Stephen King

It (Eso)

Dedico este libro a mis hijos. Mi madre y mi esposa me enseñaron a ser un hombre. Mis hijos me enseñaron a ser libre.

Naomi Rachel King, de 14 años; Joseph Hillstrom King, de 12; Owen Philip King, de 7.

Niños, la ficción es la verdad que se encuentra dentro de la mentira y la verdad de esta ficción es muy sencilla: la magia existe.

Esta vieja ciudad ha sido hogar desde que yo recuerde y aquí estará después que me haya ido. A un lado y al otro, échale una mirada. Aunque venida a menos, te llevo hasta en los huesos.

The Michael Stanley Band

¿Qué buscas, viejo amigo?
Después de tantos años, a qué vienes
con sueños que albergaste
bajo cielos ajenos
muy lejos de tu tierra.

George Seferis

Del azul del cielo al negro de la nada.

Neil Young.

Primera parte. La sombra, antes.

¡Empiezan!
Las perfecciones se acentúan.
La flor extiende sus coloridos pétalos
amplios al sol.
Pero la lengua de la abeja
no les acierta.
Se hunden de nuevo en el lodo
dando un grito
-puede decirse que es un grito
que repta sobre ellos, un estremecimiento
mientras se marchitan y se esfuman...
William Carlos Williams, Paterson

Nacido en una ciudad de muertos.
Bruce Springsteen

I. Después de la inundación (1957)

1.

El terror, que no terminaría por otros veintiocho años -si es que terminó alguna vez-, comenzó, hasta donde sé o puedo contar, con un barco de papel que flotaba a lo largo del arroyo de una calle anegada de lluvia.

El barquito cabeceó, se ladeó, volvió a enderezarse en medio de traicioneros remolinos y continuó su marcha por Witcham Street hacia el cruce de ésta y Jackson. El semáforo de la esquina estaba a oscuras y también todas las casas, en aquella tarde de otoño de 1957. Llovía sin cesar desde hacía una semana y dos días atrás habían llegado los vientos. Desde entonces, la mayor parte de Derry había quedado sin corriente eléctrica y aún seguía así.

Un chiquillo de impermeable amarillo y botas rojas seguía alegremente al barco de papel. La lluvia no había cesado, pero al fin estaba amainando. Caía sobre la capucha amarilla del impermeable y a oídos del niño sonaba como lluvia sobre el tejado de un cobertizo... un sonido reconfortante, casi acogedor. El niño se llamaba George Denbrough. Tenía seis años. William, su hermano, a quien los niños de la escuela primaria de Derry conocían como Bill el Tartaja, estaba en su casa recuperándose de una aguda gripe. En ese otoño de 1957, ocho meses antes de que comenzasen realmente los horrores y veintiocho años antes del desenlace final, Bill el Tartaja tenía diez años.

El barquito junto al cual corría George era obra de Bill. Lo había hecho sentado en su cama, con la espalda apoyada en un montón de almohadas, mientras la madre tocaba Para Elisa en el piano de la sala y la lluvia batía monótonamente la ventana de su habitación.

A un tercio de manzana, camino del semáforo apagado, Witcham Street estaba cerrada al tráfico por varios toneles de brea y cuatro caballetes color naranja en los que se leía: Ayuntamiento de derry Departamento de Obras Públicas. Tras ellos, la lluvia había desbordado alcantarillas atascadas con ramas, piedras y cúmulos de pegajosas hojas otoñales. El agua había horadado el pavimento al principio y arrancado luego grandes trozos. Hacia el mediodía del cuarto día de lluvia, algunos trozos de pavimento eran arrastrados por la intersección de Jackson y Witcham como témpanos de hielo en miniatura. Muchos habitantes de Derry habían empezado por entonces a hacer chistes nerviosos sobre el Arca. El Departamento de Obra Públicas se las había arreglado para mantener abierta Jackson Street, pero Witcham estaba intransitable desde las barreras hasta el centro mismo de la ciudad.

Todos estaban de acuerdo, sin embargo, en que lo peor había pasado. El río Kenduskeag había crecido casi hasta sus márgenes en los eriales y pocos centímetros por debajo de los muros de cemento del canal que le conducía por el centro de la ciudad. En esos momentos, un grupo de hombres -entre ellos Zack Denbrough, el padre de George y Billestaba retirando los sacos de arena que habían lanzado el día anterior con aterrorizada prisa. Un día antes, la inundación y los costosos daños parecían casi inevitables. Bien sabía Dios que ya había ocurrido anteriormente -la inundación de 1ica había sido un desastre con un costo de millones de dólares y de más de veinte vidas-. De aquello hacía ya mucho tiempo, pero aún quedaba gente por ahí que lo recordaba para asustar al resto. Una de las víctimas de la inundación había sido -hallada en Bucksport, a unos cuarenta kilómetros de distancia. Los peces le habían comido los ojos, tres dedos, el pene y la mayor parte del pie izquierdo. Agarrado por lo que restaba de sus manos, había aparecido el volante de un Ford.

Ahora, sin embargo, el río estaba retrocediendo y cuando se elevara la nueva presa hidráulica de Bangor, corriente arriba, dejaría de ser una amenaza. Al menos eso decía Zack Denbrough, que trabajaba en Hidroeléctrica Bangor. En cuanto a los demás... bueno, las inundaciones futuras esperarían. Lo importante era salir de ésta, devolver la corriente eléctrica y después olvidarla. En derry, olvidar la tragedia y el desastre era casi un arte, tal como Bill Denbrough llegaría a descubrir con el tiempo.

George se detuvo detrás de las barreras al borde de una profunda grieta abierta en la superficie de alquitrán de Witcham Street. La grieta discurría casi exactamente en diagonal. Terminaba al otro extremo de la calle, a unos doce metros de donde él se encontraba, colina abajo hacia la derecha. Rió en voz alta, mientras el agua desbordada llevaba su barco de papel hasta unas diminutas cataratas formadas por otra grieta en el pavimento. El agua había abierto un canal que corría paralelo a la grieta y el barco iba de un lado a otro de la calle arrastrado tan deprisa por la corriente que George tuvo que correr para seguirlo. El agua formaba láminas de lodo bajo sus botas. Sus hebillas sonaban con un jubiloso tintineo mientras George Denbrough corría hacia su extraña muerte. Y el sentimiento que le colmaba en ese momento era, simplemente, amor hacia su hermano... amor y también cierta tristeza porque Bill no podía estar allí para ver aquello. Claro que él trataría de contárselo cuando volviese a casa, pero sabía que

jamás conseguiría que Bill lo viese tal como éste sí lo hubiese conseguido. Bill destacaba en lectura y redacción, pero aun a su edad George tenía capacidad suficiente para comprender que no sólo por eso obtenía Bill las mejores notas; tampoco era el único motivo de que a los maestros les gustaran tanto sus composiciones. La forma de contar era sólo una parte del asunto. Bill sabía ver.

El barquito sólo era una página arrancada de la sección de anuncios clasificados del News de Derry, pero George lo imaginaba como una torpedera en una película de guerra de las que él y Bill solían ver en el cine Derry, en las matinées de los sábados. Una película d guerra en la que John Wayne luchaba contra los japoneses. La proa del barco levantaba olas a cada lado mientras seguía su precipitado curso hacia la cuneta del lado izquierdo de la calle. En ese punto, un nuevo arroyuelo corría sobre la grieta abierta en el pavimento creando un remolino bastante grande. George pensó que el barco se iría a pique. Escoró de modo alarmante pero luego se enderezó, giró y navegó rápidamente hacia la intersección. George lanzó gritos de jubilo corrió para alcanzarlo. Sobre su cabeza, una torva ráfaga de viento otoñal hizo silbar los árboles, casi completamente liberados de sus hojas a causa de la tormenta, que ese año había sido un segador implacable.

2.

Incorporado en la cama, con las mejillas aún sonrojadas (pero con la fiebre retirándose finalmente), Bill había terminado el bote, pero cuando George intentó cogerlo, Bill lo puso fuera de su alcance.

--Ahora t-t-tráeme la p-p-parafina.

--¿Qué es eso? ¿Dónde está?

--Está en el es-t-t-tante del s-ssótano, al bajar -dijo Bill-. En una caja que dice G-gu-Gulf. Tráeme eso, Junto con un cuchillo y un c-c-cuenco. Y una c-c-caja de f-fósforos.

George fue en busca de esas cosas. Oyó que su madre seguía tocando el piano, pero ya no era Para Elisa, sino algo que no le gustaba tanto, algo que sonaba seco y alborotado; oyó la lluvia azotando las ventanas de la cocina. Ese sonido era reconfortante, pero no así la idea de bajar al sótano. No le gustaba el sótano ni le gustaba bajar por sus escaleras porque siempre imaginaba que allí abajo, en la oscuridad, había algo. Era una tontería, por supuesto, lo decía su padre, lo decía su madre, y, aún más importante, lo decía Bill, pero aun así...

No le gustaba siquiera abrir la puerta para encender la luz, porque temía (era algo tan estúpido que no se atrevía a contárselo a nadie) que, mientras tanteaba en busca del interruptor, una garra espantosa se posara sobre su muñeca... y lo arrebatara hacia esa oscuridad que olía a suciedad, humedad y hortalizas podridas.

¡Qué estupidez! No existían monstruos con garras peludas y llenos de furia asesina. De vez en cuando, alguien se volvía loco y mataba a mucha gente -a veces, Chet Huthley contaba cosas de ésas, en el informativo de la noche-, y también estaban los comunistas, por supuesto, pero ningún monstruo horripilante vivía en el sótano. No obstante, la idea persistía. En aquellos momentos

interminables, mientras buscaba a tientas la llave de la luz con la mano derecha (el brazo izquierdo se cogía con fuerza a la jamba de la puerta), el olor a sótano parecía intensificarse hasta llenar el mundo entero. Los olores a suciedad, humedad y hortalizas podridas se mezclaban en un olor inconfundible e ineludible; el del monstruo, la apoteosis de todos los monstruos. Era el olor de algo que él no sabía nombrar; el olor de Eso "En el original, It. Los protagonistas transforman el artículo neutro en nombre propio para designar a la fuerza misteriosa contra la que se enfrentan (N. de la T.)" agazapado al acecho y listo para saltar. Una criatura capaz de comer cualquier cosa, pero especialmente hambrienta de carne de niño.

Aquella mañana abrió la puerta para tantear interminablemente en busca del interruptor, sujetando el marco de la puerta con la fuerza de siempre, los ojos apretados, la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios como una raicilla agonizante buscando agua en un sitio de sequía. ¿Gracioso? ¡Claro! "Mira a Georgie ¡Georgie le tiene miedo a la oscuridad! ¡Vaya tonto!"

El sonido del piano llegaba desde lo que su padre llamaba sala de estar y su madre sala de visitas. Sonaba a música de otro mundo, lejana, como deben de sonar las conversaciones y risas de una playa abarrotada al nadador exhausto que lucha contra la corriente.

¡Sus dedos encontraron el interruptor!

Lo accionaron... y nada. No había luz.

"¡Maldita sea! ¡La corriente eléctrica!"

George retiró el brazo como de un cesto lleno de serpientes. Retrocedió desde la puerta abierta, el corazón palpitante. No había corriente, por supuesto; había olvidado que la corriente estaba cortada. ¿Y ahora qué? ¿Decirle a Bill que no podía llevarle la caja de parafina porque no había luz y tenía miedo de que algo lo cogiese en las escaleras del sótano, algo que no era comunista ni un asesino loco, sino una criatura mucho peor? ¿Algo que simplemente deslizaría una parte de su maligno ser entre los peldaños para cogerle por el tobillo? Sonaría ridículo. Otros podrían reírse de esas fantasías, pero Bill no se reiría. Bill se pondría furioso. Bill diría: "A ver si creces, Georgie... ¿Quieres este barquito o no?

Como si le leyera el pensamiento, Bill gritó desde el dormitorio:

--¿Te has muerto allí abajo, GGeorgie?

-No, ya lo llevo, Bill -respondió George, y se frotó los brazos para que desapareciese la delatora carne de gallina-. Sólo me he entretenido en tomar un poco de agua.

--Bueno, pues date prisa.

Apenas George bajó los cuatro escalones que faltaban para llegar al estante del sótano, el corazón martilleándole en su garganta, el vello de la nuca erizado, los ojos ardiendo, las manos heladas y la seguridad de que, en cualquier momento, la puerta del sótano se cerraría dejándole a oscuras y entonces oiría a Eso, algo peor que todos los comunistas y los asesinos del mundo, peor que los japoneses, peor que Atila el huno, peor que los seres de cien películas de terror. Eso, gruñendo profundamente -George oiría el gruñido en esos segundos demenciales antes de que Eso se abalanzase sobre él y le despanzurrara las entrañas-. A causa de la inundación, el hedor del sótano estaba peor que nunca. La casa se había salvado por encontrarse en la parte alta de Witcham Street, cerca de la cima

de la colina, pero abajo aún seguía el agua estancada que se había filtrado por los cimientos de piedra. El olor era terroso y desagradable.

George examinó los chismes del estante tan rápidamente como pudo: latas viejas de betún Kiwi y trapos para limpiar zapatos, una lámpara de queroseno rota, dos botellas de limpiacristales Windex casi vacías, una vieja lata de cera Turtle. Por alguna razón, esa lata le impresionó y contempló la tortuga de la tapa con perplejidad hipnótica. La apartó luego hacia atrás... y allí estaba, por fin, una caja cuadrada con la inscripción Gulf.

George corrió escaleras arriba tan rápido como pudo, dándose cuenta de que llevaba salidos los faldones de la camisa y de que esos faldones serían su perdición: la cosa del sótano le permitiría llegar casi hasta arriba y entonces le cogería por el faldón de la camisa y tiraría hacia atrás y...

Llegó a la cocina y cerró la puerta de un portazo. George se apoyó contra ella con los ojos cerrados, la frente y los brazos cubiertos de sudor, sosteniendo la caja de parafina en una mano.

Oyó la voz de su madre:

--Georgie, ¿podrías golpear la puerta un poco más, la próxima vez? Incluso podrías romper los platos del aparador.

--Disculpa, mamá.

--Georgie, so inútil -llamó Bill, desde su dormitorio, con entonación grave para que la madre no le oyese.

George rió. El miedo había desaparecido, se había desprendido de él tan fácilmente como una pesadilla se desprende del hombre que despierta con la piel fría y el aliento agitado palpándose el cuerpo y mirando alrededor para asegurarse de que nada ha ocurrido en realidad: olvida la mitad cuando sus pies tocan el suelo; las tres cuartas partes, cuando sale de la ducha y comienza a secarse con la toalla; y la totalidad cuando termina el desayuno. Desaparecida por completo... hasta la próxima vez, cuando en el puño de la pesadilla todos los miedos volverán a recordarse.

"Esa tortuga -pensó George, acercándose al cajón donde se guardaban los fósforos-. ¿Dónde he visto una tortuga así?"

Pero no lo recordó.

Sacó una caja de cerillas del cajón, un cuchillo del escurridor (sosteniendo el filo lejos de su cuerpo, como le había enseñado su padre) y un pequeño bol del aparador. Luego volvió al cuarto de Bill.

--Eres un inepto, G-georgie -dijo Bill cordialmente mientras apartaba las cosas que había en su mesilla de noche: un vaso vacío, una jarra de agua, kleenex, libros, y un frasco de Vicks Vaporub (cuyo olor Bill asociaría toda su vida a pechos flemosos y narices tapadas). También estaba allí la vieja radio Philco, pero no emitía ni a Chopin ni a Bach, sino una canción de Little Richard... aunque muy bajito, tan bajito que Little Richard perdía toda su cruda y elemental potencia. La madre, que había estudiado piano en Juilliard, detestaba el rock and roll. Más que detestarlo, lo abominaba.

--No soy ningún inepto -dijo George, sentándose en el borde de la cama y poniendo en la mesa las cosas que había traído.

--Sí lo eres -dijo Bill-. No eres otra cosa que un inepto de culo gordo, negro y asqueroso.

George trató de imaginar a un chico que sólo fuese un culo con piernas y comenzó a reírse.
-Tienes un culo más grande que Augusta -dijo Bill, también riendo.
--Tu culo es más grande que todo el estado -replicó George, lo que les hizo desternillarse de risa durante casi dos minutos.
Siguió una conversación en susurros, de las que tienen muy poco significado para quien no sea un niño pequeño: acusaciones sobre quién tenía el culo más grande, quién tenía el orificio más negro, etcétera. Finalmente, Bill soltó una de las palabras prohibidas acusó a George de ser un culo gordo, grande y lleno de mierda, con lo cual rieron a carcajadas. La risa de Bill se convirtió en un ataque de tos. Cuando por fin empezó a ceder (la cara de Bill había tomado un color de ciruela que George contemplaba con cierta alarma) el sonido del piano se interrumpió. Los dos miraron en dirección a la sala, esperando el ruido del taburete los pasos impacientes de la madre. Bill hundió la boca en el hueco del codo, sofocando las últimas toses mientras señalaba la jarra. George le sirvió un vaso de agua y él se lo bebió entero.
El piano reinició Para Elisa. Bill el Tartaja no olvidaría jamás esa pieza, y aún muchos años después no podría escucharla sin que se le pusiera carne de gallina el corazón le daba un vuelco y recordaba: "Mi madre estaba tocando eso el día en que murió Georgie."
--¿Vas a seguir tosiendo, Bill?
--No.
Bill sacó un kleenex de la caja, carraspeó ruidosamente el pecho y escupió en el papel, al que arrugó arrojó al cesto que tenía junto a la cama lleno de bollos similares. Por fin abrió la caja de parafina y dejó caer un cubo ceroso en la palma de su mano. George lo observaba en silencio. A Bill no le gustaba que le hablase mientras hacía cosas, pero él sabía que si mantenía e pico cerrado, su hermano acabaría por explicar lo que estaba haciendo.
Bill cortó con el cuchillo un trocito del cubo de parafina. Luego lo puso en el cuenco, encendió un cerilla y la apoyó contra la parafina. Los dos niños observaron la llamita amarilla, mientras el viento agonizante impulsaba la lluvia contra la ventana en golpeteos ocasionales.
--Hay que impermeabilizar el barco para que no se hunda al mojarse -dijo Bill.
Cuando estaba con George tartamudeaba poco, a veces nada en absoluto. En la escuela, en cambio, tartamudeaba tanto que hablar le resultaba imposible. Los maestros miraban hacia otra parte mientras Bill se aferraba a los lados de su pupitre con la cara casi tan roja como el pelo y los ojos entrecerrados, tratando de arrancarle alguna palabra a su terca garganta. Casi siempre, la palabra surgía. Pero a veces simplemente se negaba. A los tres años había sido atropellado por un coche y arrojado contra la pared de un edificio; había estado inconsciente durante siete horas. Su madre decía que ese accidente le había provocado la tartamudez. A veces, George tenía la sensación de que su padre -y el propio Bill- no estaba tan seguro.
El trozo de parafina se había derretido casi completamente en el cuenco. La llama de la cerilla se apagó. Bill hundió el dedo en el líquido y lo sacó bruscamente con un leve silbido. Luego miró a George con una sonrisa de disculpa.
--Quema -dijo.

Pocos segundos después, hundió otra vez el dedo y comenzó a untar de cera el barco de papel. El material se secó rápidamente formando una película lechosa.
--¿Puedo poner un poco? -preguntó George.
--De acuerdo, pero no manches las mantas si no quieres que mamá te mate.
George hundió un dedo en la parafina, que aún estaba muy caliente pero ya no quemaba, y comenzó a untar el otro lado del barco.
--¡No pongas tanto, culo sucio! -dijo Bill- ¿Quieres que se hunda en el v-v-viaje inaugural?
--Perdona.
George terminó de untar la parafina y luego sostuvo el barco en las manos. Estaba un poco más pesado, pero no mucho.
--¡Guau! -exclamó-. Voy a salir para hacerlo navegar.
--Sí, ve -dijo Bill. De pronto parecía cansado... cansado y no muy bien.
--Me gustaría que vinieras -dijo George. Le hubiese gustado de veras. Bill a veces se ponía mandón al cabo de un rato, pero siempre tenía ideas estupendas-. En realidad, el barco es tuyo.
--A mí también me gustaría ir -dijo Bill, sombrío.
--Ya... -George cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, con el barco en la mano.
--Ponte el impermeable y las botas -advirtió el mayor-, si no quieres pescar una gripe como la mía. Casi seguro que la pescas de todos modos por mis g-g-gérmenes.
--Gracias, Bill. Es un barco muy bonito.
Y entonces hizo algo que no había hecho hacía tiempo, algo que Bill jamás olvidaría: besó a su hermano en la mejilla.
--Ahora sí la vas a pescar, culo sucio -dijo Bill, más animado. Sonrió-. Y guarda estas cosas. Si no, a mamá le dará un ataque.
--Está bien. -George lo recogió todo y cruzó la habitación con el bote precariamente encaramado a la caja de parafina, que iba dentro del bol.
--G-g-georgie...
George se volvió para mirar a su hermano.
--Ten cuidado.
--Descuida. -Frunció el entrecejo. Eso era algo que decían las madres, no los hermanos mayores. Resultaba tan extraño como haberle dado un beso a Bill.
Y salió. Bill jamás volvió a verlo.

3.

Y allí estaba, persiguiendo su barco de papel por el lado izquierdo de Witcham Street. Corría deprisa, pero el agua le ganaba y el barquito estaba sacando ventaja. Oyó un rugido y vio cómo cincuenta metros más adelante, colina abajo, el agua de la cuneta se precipitaba en una boca de tormenta que aún continuaba abierta. Era un largo semicírculo abierto en el bordillo de la acera y mientras George miraba, una rama desgarrada, con la corteza oscura y reluciente se hundió en aquellas fauces. Pendió por un momento y luego se deslizó hacia el interior. Hacia allí se encaminaba su barco.

--¡Mierda! -chilló horrorizado.
Forzó el paso y, por un momento, pareció que iba a alcanzarlo. Pero George resbaló y cayó despatarrado con un grito de dolor. Desde su nueva perspectiva, a la altura del pavimento, vio que el barco giraba en redondo dos veces, atrapado en otro remolino, antes de desaparecer.
--¡Mierda y mierda! -volvió a chillar, golpeando el pavimento con el puño.
Eso también le dolió, y se echó a sollozar. ¡Qué manera tan estúpida de perder el barco!
Se dirigió hacia la boca de tormenta y allí se dejó caer de rodillas, para mirar el interior. El agua hacía un ruido hueco al caer en la oscuridad. Ese sonido le dio escalofríos. Hacía pensar en...
--¡Eh! -exclamó de pronto, y retrocedió.
Allí adentro había unos ojos amarillos. Ese tipo de ojos que él siempre imaginaba, sin verlos nunca, en la oscuridad del sótano. "Es un animal -pensó-; eso es todo: un animal; a lo mejor un gato que quedó atrapado..."
De todos modos, estaba por echar a correr a causa del espanto que le produjeron aquellos ojos amarillos y brillantes. Sintió la áspera superficie del pavimento bajo los dedos y el agua fría que corría alrededor. Se vio a sí mismo levantándose y retrocediendo. Y fue entonces cuando una voz, una voz razonable y bastante simpática, le habló desde dentro de la boca de tormenta:
--Hola, George.
George parpadeó y volvió a mirar. Apenas daba crédito a lo que veía; era algo sacado de un cuento o de una película donde uno sabe que los animales hablan y bailan. Si hubiera tenido diez años más, no habría creído en lo que estaba viendo, pero no tenía dieciséis años sino seis.
En la boca de tormenta había un payaso. La luz era suficiente para que George Denbrough estuviese seguro de lo que veía. Era un payaso, como en el circo o en la tele. Parecía una mezcla de bozo y Clarabell, el que hablaba haciendo sonar su bocina en Howdy Doody, los sábados por la mañana. Búfalo Bob era el único que entendía a Clarabell, y eso siempre hacía reír a George. La cara del payaso metido en la boca de tormenta era blanca; tenía cómicos mechones de pelo rojo a cada lado de la calva y una gran sonrisa de payaso pintada alrededor de la boca. Si George hubiese vivido años después, habría pensado en Ronald Mcdonal antes que en Bozo o en Clarabell.
El payaso sostenía en una mano un manojo de globos de colores, como tentadora fruta madura. En la otra, el barquito de papel de George.
--¿Quieres tu barquito, Georgie? -El payaso sonreía.
George también sonrió, sin poder evitarlo.
--Si, lo quiero.
El payaso se echó a reír.
--¡Así me gusta! ¿Y un globo? ¿Quieres un globo?
--Bueno... sí, por supuesto. -Alargó la mano pero de inmediato la retiró-. No debo coger nada que me ofrezca un desconocido. Lo dice mi papá.
--Y tu papá tiene mucha razón -replicó el payaso sonriendo. George se preguntó cómo podía haber creído que sus ojos eran amarillos, si eran de un azul brillante como los de su mamá y de Bill-. Muchísima razón, ya lo creo. Por lo tanto, voy a presentarme. George, soy el señor Bob Gray, también conocido como Pennywise

el Payaso. Pennywise, te presento a George Denbrough. George, te presento a Pennywise. Ahora ya nos conocemos. Yo no soy un desconocido y tú tampoco. ¿Correcto?

George soltó una risita.

--Correcto. -Volvió a estirar la mano... y a retirarla-. ¿Cómo te has metido ahí adentro?

-La tormenta me trajo volaaaando -dijo Pennywise el Payaso-. Se llevó todo el circo. ¿No sientes olor a circo, George?

George se inclinó hacia adelante. ¡De pronto olía a cacahuetes! ¡Cacahuetes tostados! ¡Y vinagre blanco, del que se pone en las patatas fritas! Y olía a algodón de azúcar, a buñuelos, y también a estiércol de animales salvajes. Olía el aroma regocijante del aserrín. Y sin embargo...

Sin embargo, bajo todo eso olía a inundación, a hojas deshechas y a oscuras sombras en bocas de tormenta. Era un olor húmedo y pútrido. El olor del sótano.

Pero los otros olores eran más fuertes.

--Sí, lo huelo -dijo.

--¿Quieres tu barquito, George? Te lo pregunto otra vez porque no pareces desearlo mucho.

Y se lo enseñó, sonriendo. Llevaba un traje de seda abolsado con grandes botones color naranja. Una corbata brillante, de color azul eléctrico, le caía por la pechera. En las manos llevaba grandes guantes blancos, como Mickey y Donald.

--Sí, claro -dijo George, mirando el interior de la boca de tormenta.

--¿Y un globo? Los tengo rojos, verdes, amarillos, azules...

--¿Flotan?

--¿Que si flotan? -La sonrisa del payaso se acentuó-. Oh, sí, claro que sí. ¡Flotan! También tengo algodón de azúcar...

George estiró la mano.

El payaso le sujetó el brazo.

Y entonces George vio cómo la cara del payaso se convertía en algo tan horripilante que lo peor que había imaginado sobre la cosa del sótano parecía un dulce sueño. Lo que vio destruyó su cordura de un zarpazo.

--Flotan -croó la cosa de la alcantarilla con una voz que reía como entre coágulos.

Sujetaba el brazo de George con su puño grueso y agusanado. Tiró de él hacia aquella horrible oscuridad por donde el agua corría y rugía y aullaba llevando hacia el mar los desechos de la tormenta. George intentó apartarse de esa negrura definitiva y empezó a gritar como un loco hacia el gris cielo otoñal de aquel día de otoño de 1957. Sus gritos eran agudos y penetrantes y a lo largo de toda la calle, la gente se asomó a las ventanas y salió a los porches.

--Flotan -gruñó la cosa-, flotan, Georgie. Y cuando estés aquí abajo, conmigo, tú también flotarás.

El hombro de George chocó contra el bordillo. Dave Gardener, que ese día no había ido a trabajar al Shoeboat debido a la inundación, vio sólo a un niño de impermeable amarillo, un niño que gritaba y se retorcía en el arroyo mientras el agua lodosa le corría sobre la cara haciendo que sus alaridos sonaran burbujeantes.

--Aquí abajo todo flota -susurró aquella voz nauseabunda, riendo, y de pronto sonó un desgarro y hubo un destello de agonía y George Denbrough dejó de existir.

Dave Gardener fue el primero en llegar. Aunque llegó sólo cuarenta y cinco segundos después del primer grito, George Denbrough ya había muerto. Gardener lo agarró por el impermeable, tiró de él hacia la calle... y al girar el cuerpo de George, también él empezó a gritar. El lado izquierdo del impermeable del niño estaba de un rojo intenso. La sangre fluía hacia la alcantarilla desde el agujero donde había estado el brazo izquierdo. Un trozo de hueso, horriblemente brillante, asomaba por la tela rota.

Los ojos del niño miraban fijamente el cielo y mientras Dave retrocedía a tropezones hacia los otros que ya corrían por la calle, empezaron a llenarse de lluvia.



4.

En alguna parte del interior de la boca de tormenta, que ya estaba casi colmada por el agua ("No podía haber nadie allí dentro", declararía más tarde el comisario del condado a un periodista del News de Derry con frustración indescriptible; nadie habría resistido aquella corriente brutal), el barquito de George siguió su veloz marcha por aquellas cámaras tenebrosas y por los largos corredores de cemento en los que el agua rugía y repicaba. Durante un rato corrió paralelo a un pollo muerto que flotaba con sus amarillentas patas apuntadas hacia el techo chorreante; luego, en alguna confluencia al este de la ciudad, el pollo fue arrastrado hacia la izquierda mientras el barquito de George seguía en línea recta.

Una hora después, mientras a la madre de George le administraban una dosis de sedantes en la sala de guardia del hospital y mientras Bill el Tartaja -aturdido, pálido y silencioso en su cama- escuchaba los ásperos sollozos de su padre en la sala donde la madre había estado tocando Para Elisa, el barquito salió por un tubo de cemento como una bala por la boca de un revólver y navegó a toda velocidad por una zanja hasta un arroyuelo. Cuando se incorporó al hirviente y henchido río Penobscot, veinte minutos después, en el cielo empezaban a asomar los primeros claros de azul. La tormenta había pasado.

El barquito se tambaleaba y se sumergía y a veces se llenaba de agua, pero no se hundió; los dos hermanos lo habían impermeabilizado bien. No sé dónde acabó por naufragar, si alguna vez lo hizo. Tal vez llegó al mar y allí navega eternamente como los barcos mágicos de los cuentos. Sólo sé que aún estaba a flote en el seno de la inundación cuando franqueó los límites de Derry, Maine. Y allí abandonó esta historia para siempre.

II. Después del festival (1984)

1.

Si Adrian llevaba puesto ese sombrero, diría más tarde su sollozante amigo a la policía, era porque lo había ganado en una caseta de tiro al blanco en la feria de Bassey Park, sólo seis días antes de su muerte. Estaba orgulloso de él.
--Lo llevaba puesto porque él amaba a este pueblucho del demonio- dijo Don Hagarty, el amigo, a los policías.
--Bueno, tranquilícese -indicó a Hagarty el oficial Harold Gardener.
Harold Gardener era uno de los cuatro hijos varones de Dave Gardener. El día en que su padre había descubierto el cuerpo mutilado y sin vida de George Denbrough, Harold Gardener tenía cinco años. En la actualidad, casi veintisiete años después, contaba treinta y dos y se estaba quedando calvo. Harold Gardener aceptaba como reales el dolor y el luto de Don Hagarty, pero al mismo tiempo le resultaba imposible tomarlos en serio. Ese hombre, si hombre podía llamársele, tenía los ojos pintados y llevaba unos pantalones de satén tan ajustados que casi se le notaban las arrugas de la polla. Con luto o sin él, con dolor o sin dolor, era un simple marica. Igual que su amigo, el difunto Adrian Mellon.
--Empecemos otra vez -dijo Jeffrey Reeves, el compañero de Harold-. Salisteis del Falcon y caminasteis hacia el canal. ¿Qué ocurrió entonces?
--¿Cuántas veces tengo que repetirlo, so idiotas? -exclamó Hagarty-. ¡Lo mataron! ¡Lo empujaron al canal! ¡Para ellos sólo ha sido otra aventura en Macholandia! Don Hagarty se echó a llorar.
--Una vez más -repitió Reeves, pacientemente-. Salisteis del Falcon. ¿Y entonces?

2.

En la sala de interrogatorios, en el mismo vestíbulo, dos policías de Derry hablaban con Steve Dubay, de diecisiete años; en el departamento de pruebas, primer piso, otros dos interrogaban a john Telaraña Garton, de dieciocho, y en el despacho del jefe de policía, quinto piso, el jefe Andrew Rademacher y el ayudante del fiscal de distrito, Tom Boutillier, interrogaban a Christopher Unwin, de quince años. Unwin, vestido con pantalones vaqueros desteñidos, una remera grasienta y pesadas botas de ingeniero, estaba sollozando. Rademacher y Boutillier se ocupaban de él porque lo consideraban, bastante acertadamente, el eslabón más débil de la cadena.
--Empecemos otra vez -dijo Boutillier, en el preciso momento en que Jeffrey Reeves decía lo mismo dos pisos más abajo.
-No queríamos matarlo -balbuceó Unwin-. Fue por el sombrero. No podíamos creer que aún lo llevase, ya me entiende, después de lo que Telaraña le dijo la primera vez. Creo que sólo quisimos asustarlo.
--Por lo que dijo -interpuso el jefe Rademacher.
--Sí.
--A John Garton, en la tarde del día diecisiete.
--Sí, a Telaraña. -Unwin volvió a romper en sollozos-. Pero cuando lo vimos en dificultades, tratamos de salvarlo. Al menos, yo y Stevie Dubay... ¡No queríamos matarlo!
--Vamos, Chris, admítelo -dijo Boutillier-. Arrojasteis al canal a ese mariquita.

--Sí, pero...
--Y los tres habéis venido aquí para aclarar las coas. El jefe Rademacher y yo les estamos agradecidos, verdad, Andy¿
--Claro. Hay que ser muy hombre para reconocer o que se ha hecho, Chris.
--Entonces no lo estropees mintiéndonos ahora. Tuvisteis la intención de arrojarlo en cuanto lo visteis salir del Falcon con su amiguito, ?no¿
--¡No! -protestó Chris Unwin con vehemencia.
Boutillier sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de su camisa y cogió uno. Luego tendió el paquete a Unwin.
--?Un cigarrillo¿
Unwin aceptó el ofrecimiento. Boutillier tuvo que perseguir el extremo con la cerilla para encendérselo debido a que al muchacho le temblaba la boca.
--Pero sí cuando vieron que llevaba el sombrero, no? -preguntó Rademacher.
Unwin dio una calada profunda bajando la cabeza -el pelo grasiento le cayó sobre los ojos- y exhaló el humo por la nariz.
--Sí -reconoció, en voz casi inaudible.
Boutillier se inclinó hacia adelante con un destello en sus ojos marrones. Aunque su cara era la de un ave de rapiña, su voz sonó amable.
--¿Qué has dicho, Chris?
--He dicho que sí. Queríamos arrojarlo al canal, pero no matarlo. -Levantó la mirada con expresión angustiada, incapaz de comprender los extraordinarios cambios que se habían producido en su vida desde que saliera de su casa para participar en la última noche del Festival del Canal, con dos amigos, a las siete y media de la noche-. ¡Matarlo, no! -repitió-. Y ese tío que estaba bajo el puente... no sé quién era.
--¿De qué tío hablas? -preguntó Rademacher.
Ya habían oído esa parte y ninguno de los dos la creía. Tarde o temprano, los acusados de asesinato sacaban a relucir algún misterioso "tío". Boutillier había llegado a darle un nombre al asunto. Lo llamaba "síndrome del Manco", por el personaje de El fugitivo, aquella vieja serie de la televisión.
--El tipo vestido de payaso -dijo Chris Unwin estremeciéndose-. El tío de los globos.

3.

Los habitantes de Derry consideraban que el Festival del Canal, que se desarrolló entre el 15 y el 21 de julio, había sido un gran éxito, algo bueno para la moral, la imagen de la ciudad... y el bolsillo. Los festejos de esa semana celebraban el centenario de la inauguración del canal que corría por el centro de la ciudad. Había sido ese canal el que abriera plenamente a Derry al comercio de la madera, entre 1884 y 1910, dando origen a los años de bonanza de Derry.
La ciudad fue acicalada de este a oeste y de norte a sur. Ciertos baches, de los que algunos decían que llevaban más de diez años sin ser reparados, fueron debidamente rellenados con alquitrán hasta que las calles quedaron parejas. Los edificios municipales fueron arreglados por dentro y pintados por fuera. Desaparecieron las peores leyendas inscritas en Bassey Park -muchas de ellas,

manifestaciones contra los homosexuales, tales como -"Matad a todos los maricas y el sida es el castigo de Dios, maricas al infierno"-, borradas de los bancos y las paredes de madera que cerraban el pequeño puente cubierto sobre el canal, conocido como Puente de los Besos.

Se instaló un Museo del Canal en tres locales del centro, con material de Michael Hanlon, bibliotecario e historiador aficionado de la ciudad. Las familias más antiguas de la población prestaron gratuitamente sus tesoros y durante la semana del festival, casi cuarenta mil visitantes pagaron veinticinco centavos por cabeza para ver menús de 1890, herramientas de leñadores originarias de 1880, juguetes de los años veinte y más de dos mil fotografías, así como nueve rollos de película sobre la vida en el Derry del siglo pasado.

El museo estaba patrocinado por la Sociedad de Damas de Derry, la cual vetó algunos de los objetos que Hanlon proponía exponer (la notable sillatrampa, que databa de 1930) y fotografías (la de la banda de Bradley después del famoso tiroteo). Pero todos reconocieron que era un verdadero éxito y, en realidad, nadie quería ver esas antiguallas macabras. Era mejor acentuar lo positivo y eliminar lo negativo, como decía la vieja canción.

En el parque había una carpa enorme de lona a rayas donde se vendían refrescos; todas las noches, una banda daba un concierto. En el parque Bassey se instaló una feria con atracciones y juegos administrados por los vecinos. Un tranvía especial recorría las zonas históricas de la ciudad, de hora en hora, terminando el recorrido en la feria.

Fue allí donde Adrian Mellon ganó el sombrero a causa del que lo matarían, un sombrero de copa hecho de papel con una flor y una banda que rezaba: ¡I "un corazón pintado" Derry!

4.

--Estoy cansado -dijo John Telaraña Garton.

Como sus dos amigos, vestía imitando a Bruce Springsteen, aunque probablemente habría dicho que Springsteen era un chulo o un maricón y que él prefería a los tíos duros del heavy-metal, como deff Leppard, Twisted Sister o Judas Priest. Había arrancado las mangas de su camiseta azul para exhibir sus musculosos brazos. El pelo, castaño y espeso, le caía sobre un ojo; ese toque era más al estilo de John Cougar Mellencamp que de Springsteen. En los brazos tenía tatuajes azules, símbolos arcanos que parecían dibujados por un niño.

--No diré nada más.

--Cuéntanos sólo lo del martes por la tarde en la feria -dijo Paul Hughes.

Ese sórdido asunto preocupaba a Hughes. Una y otra vez, tenía la impresión de que el Festival había finalizado con un último número que todos, de algún modo, estaban esperando, aunque nadie se hubiera atrevido a anotarlo en el programa diario. Si lo hubiesen hecho, se habría leído lo siguiente:

Sábado, 21 horas: Concierto de la Banda de la Escuela Secundaria de Derry y los Melómanos de la Barbería.

Sábado, 22 horas: Espectáculo de fuegos artificiales.

Sábado, 22.35 horas: Sacrificio ritual de Adrian Mellon, cerrando oficialmente el Festival del Canal.

--Al infierno con la feria -replicó Telaraña.

--Sólo lo que tú le dijiste a Mellon y lo que él te dijo a ti.

--¡Maldita sea...! -Telaraña puso los ojos en blanco.

--Vamos, inténtalo -insistió el compañero de Hughes.

Telaraña gruñó y luego volvió a empezar.

5.

Garton vio a Mellon y a Hagarty contoneándose cogidos de la cintura y soltando risitas como un par de chicas. Al principio pensó que eran dos chicas. Luego reconoció a Mellon, pues ya se lo habían señalado antes. Y en ese momento vio que Mellon se volvía hacia Hagarty... y que los dos se besaban brevemente.

--¡Voy a vomitar, macho! -exclamó Telaraña, asqueado.

Le acompañaban Chris Unwin y Steve Dubay. Cuando Telaraña señaló a Mellon, Steve Dubay creyó reconocer al otro marica; se llamaba Don y había recogido en su coche a un chico de la secundaria, sólo para meterle mano.

Mellon y Hagarty volvieron a caminar hacia los tres muchachos, alejándose del tiro al blanco, rumbo a la salida de la feria. Telaraña Garton diría más tarde a los oficiales Hughes y Conley que se había sentido "herido en su orgullo cívico" al ver que un marica de mierda llevaba un sombrero con la leyenda I "corazón pintado" Derry. Ese sombrero de copa con su flor meneándose en todas direcciones era una ridiculez. Lo que, al parecer, irió aún más el orgullo cívico de Telaraña.

Cuando pasaron Mellon y Hagarty, siempre abrazados por la cintura, Telaraña gritó:

--¡Tendría que hacerte tragar ese sombrero, marica asqueroso!

Mellon se volvió hacia Garton y respondió parpadeando con coquetería:

--Si tienes hambre, tesoro, puedo conseguirte algo más sabroso que mi sombrero.

Telaraña Garton decidió arreglarle el rostro al marica. En la geografía de esa cara se alzarían montañas y los continentes cambiarían de sitio. No iba a tolerar que nadie se mofara de él. Nadie.

Cuando echó a andar hacia Mellon, Hagarty, alarmado, trató de llevarse a su amigo, pero éste se mantuvo firme, sonriendo. Más tarde, Garton diría a los oficiales Hughes y Conley que Mellon debía de estar drogado. Sí, en efecto, reconocería Hagarty, al serle sugerida la idea por los oficiales Gardener y Reeves, se había drogado con dos bollos fritos untados de miel y con la feria. No había podido reconocer, por tanto, la amenaza real que representaba Telaraña Garton.

--Pero así era Adrian -dijo Don, enjugándose los ojos con un pañuelo de papel y estropeándose la sombra brillante de los párpados-. Era uno de esos tontos-convencidos de que todo saldrá bien.

Mellon habría podido resultar seriamente herido si en ese momento Garton no hubiera sentido un golpecito en el codo. Era un bastón de goma. Al girar la cabeza, se encontró con el oficial Frank Machen, de la policía de Derry.

--Será mejor que te largues -le dijo Machen- y dejes a esas locas en paz. Venga, muévete.
--Pero me han insultado -replicó Telaraña.
Unwin y Dubay, olfateando problemas, trataron de que Garton siguiera caminando con ellos, pero él se zafó violentamente. Su hombría acababa de sufrir un insulto que debía ser vengado.
--Olvídalo -repuso Machen-. Anda, sigue caminando. No quiero tener que llevarte a comisaría.
--¡Pero me ha tratado de maricón!
--¿Y te preocupa? -preguntó Machen con sarcasmo. Garton se ruborizó intensamente.
Durante ese diálogo, Hagarty trataba, con creciente desesperación, de alejar a Adrian Mellon de la escena.
--¡Adiós, cariño! -se despidió Adrian con descaro.
--Cierra el pico -le dijo Machen-. Vete de aquí.
Garton se abalanzó contra Mellon, pero el oficial lo sujetó.
--Basta ya -advirtió-. ¿O quieres acabar en el calabozo?
--¡La próxima vez me la vas a pagar! -aulló Garton a la pareja que se marchaba, haciendo girar muchas cabezas en su dirección-. ¡Y si te veo con ese sombrero te voy a matar! ¡En esta ciudad no necesitamos maricas como tú!
Mellon, sin volverse, agitó los dedos de la mano izquierda -llevaba las uñas pintadas de rojo cereza- y se alejó contoneándose provocativamente. Garton intentó ir tras el.
--Una palabra o un movimiento más y te arresto -advirtió Machen suavemente-. Hablo en serio.
--Vamos, Telaraña -dijo Chris Unwin-. Tranquilo.
--¿A usted le gustan esos tipos? -preguntó Telaraña a Machen, ignorando a Chris y a Steve-. Diga, ¿le gustan?
--Los margaritas no me preocupan -aseguró Machen-. Mi trabajo consiste en mantener el orden y tú estás perturbándolo. Ahora bien, ¿quieres dar una vuelta conmigo o no?
--Vámonos, Telaraña -dijo Steve Dubay en voz baja.
Telaraña se avino a razones y, arreglándose la camisa con movimientos exagerados y apartándose el pelo de los ojos, siguió a sus amigos. Machen, quien también prestó declaración a la mañana siguiente a la muerte de Adrian Mellon, dijo: Lo último que le oí decir cuando se alejaba con sus compañeros, fue: "La próxima vez me la pagará caro."

6.

--Por favor, tengo que hablar con mi madre -dijo Steve Dubay por tercera vez-. Si ella no ablanda a mi padrastro, cuando yo vuelva a casa se organizará una batalla de mil demonios.
--No seas impaciente -le dijo el oficial Charles Avarino.
Tanto Avarino como su compañero, Barney Morrison, sabían que Steve Dubay no volvería a casa esa noche, ni las siguientes. El muchacho no parecía darse

cuenta del apuro en que estaba. Avarino no se sorprendió al comprobar que Dubay había dejado la escuela a los dieciséis años, antes de obtener el graduado escolar. Su coeficiente intelectual era de 68, según el test Weschler al que lo habían sometido durante una de sus tres repeticiones del séptimo curso.

--Dinos qué pasó cuando visteis a Mellon salir del Falcon.

--Mejor dejémoslo.

--Vaya, ¿y eso? -preguntó Avarino.

--Me parece que ya he hablado demasiado.

--Viniste para eso, ¿no? -repuso Avarino.

--Bueno, sí, pero...

--Escucha -dijo Morrison con suavidad sentándose junto a él y ofreciéndole un cigarrillo-. ¿Crees que a mí y a Chick nos gustan los maricas?

--No sé...

--¿Tenemos pinta de que nos gusten los maricas?

--No, pero...

--Somos tus amigos, Steve -dijo Morrison-. Y créeme: tú, Chris y Telaraña necesitáis amigos en estos momentos porque mañana los ciudadanos de Derry estarán pidiendo vuestras cabezas.

Steve Dubay pareció alarmarse. Avarino, que casi podía leer la confusa mente de aquel gamberro, sospechó que estaba pensando otra vez en su padrastro. Y aunque Avarino no sentía ningún aprecio por la pequeña comunidad gay de Derry (como cualquier otro miembro de la policía, le habría gustado cerrar el Falcon para siempre), habría sentido un gran placer en llevar personalmente a Dubay a su casa. Más aún, le habría encantado sujetarlo mientras el padrastro se ensañaba. A Avarino no le gustaban los homosexuales, pero no por eso pensaba que se los debía torturar y asesinar. A Mellon lo habían destrozado. Cuando lo sacaron a la superficie, bajo el puente del canal, tenía los ojos abiertos y dilatados por el terror. Y ese joven no tenía la menor idea de lo que había ayudado a hacer.

--No queríamos hacerle daño -repitió Steve.

Era la posición a la cual retrocedía cada vez que se sentía ligeramente confuso.

--Por eso te conviene estar a buenas con nosotros -dijo Avarino, con gravedad-. Si dices toda la verdad ahora, a lo mejor esto no pasa de un incidente nimio. ¿Verdad, Barney?

--Muy cierto -concordó Morrison.

--Y bien, ¿qué me dices? -insistió Avarino.

--Bueno...

Y Steve, lentamente, empezó a hablar.

7.

Cuando Elmer Curtie inauguró el Falcon, en 1973, pensaba que su clientela estaría compuesta, principalmente, por los pasajeros del autobús; la terminal vecina recibía a tres líneas diferentes. Pero no se le ocurrió que muchos de los pasajeros eran mujeres o familias con niños pequeños. Y otros llevaban sus propias botellas y no bajaban del autobús. Quienes lo hacían eran, habitualmente,

soldados o marinos que sólo consumían cerveza; después de todo, nadie suele emborracharse en una parada de diez minutos.

Curtie empezó a descubrir alguna de esas verdades hacia 1977, pero por entonces ya era demasiado tarde; estaba endeudado hasta las cejas y no podía salir del saldo en rojo. Se le ocurrió incendiar el negocio para cobrar el seguro, pero tendría que contratar a un profesional... y no tenía ni idea de dónde podría contratarse un incendiario profesional.

En febrero de ese año decidió esperar hasta el 4 de julio; si por entonces; las cosas no mejoraban, cogería un autobús y vería qué se podía hacer en Florida.

Pero en los cinco meses siguientes llegó una asombrosa prosperidad al bar, que estaba pintado en negro y oro, con decoración de pájaros embalsamados (el hermano de Elmer Curtie había sido un aficionado a la taxidermia, especializado en aves, y él había heredado sus cosas después de su muerte). De pronto, en vez de servir sesenta cervezas y veinte copas por noche, Elmer se encontró sirviendo ochenta cervezas y cien copas... ciento veinte... A veces, hasta ciento sesenta.

Su clientela era joven, cortés y casi exclusivamente masculina. Muchos de sus parroquianos vestían de modo extravagante, pero en esos años la vestimenta extravagante era casi reglamentaria. Hasta 1981 Elmer Curtie no se dio cuenta de que la mayoría de sus clientes eran homosexuales. Si los habitantes de Derry le hubieran oído decir eso, habrían pensado que Elmer Curtie los tomaba por tontos... pero era verdad. Como en el caso del marido engañado, fue prácticamente el último en enterarse. Y por entonces ya no le importaba. El bar daba dinero, y aunque había otros cuatro en Derry que daban ganancia, sólo en el Falcon no había parroquianos revoltosos que destrozaban periódicamente el local. Para empezar, no había mujeres por las que pelearse. Y esos hombres, maricas o no, parecían haber descubierto algún secreto para llevarse bien que sus equivalentes heterosexuales desconocían.

Una vez consciente de las preferencias sexuales de sus parroquianos, Elmer comenzó a oír rumores escalofriantes sobre el Falcon por todas partes; circulaban desde hacía años, pero hasta entonces Curtie no había tenido noticia de ello. Los narradores más entusiastas de esas anécdotas, según llegó a notar, eran hombres que no se habrían dejado llevar al Falcon ni a punta de pistola. Sin embargo, parecían sumamente enterados.

Según esos rumores, en una noche cualquiera se veía allí a hombres que bailaban abrazados, frotándose las pollas en la pista de baile; a hombres que se besaban en la boca, sentados a la barra; a hombres que hacían porquerías en los aseos. Supuestamente, en la trastienda se podía pasar un rato agradable: allí había un tipo fornido, con uniforme nazi, que tenía el brazo engrasado casi hasta el hombro y se ocupaba de uno con mucho gusto.

Ninguna de esas cosas era cierta. Si alguien iba allí para aplacar la sed con una cerveza o una copa, no veía nada fuera de lo común. Había muchos hombres, eso sí, pero lo mismo pasaba en miles de bares de obreros de todo el país. La clientela podía ser gay, pero gay no quiere decir estúpido. Si querían hacer locuras, iban a Portland. Y si querían hacer locuras gordas, como en las películas, iban a Nueva York o a Boston. Derry era una ciudad pequeña y provinciana; su pequeña comunidad homosexual conocía bien sus limitaciones.

Don Hagarty llevaba dos o tres años concurriendo al Falcon cuando, aquella noche de marzo de 1984, apareció por primera vez con Adrian Mellon. Hasta entonces había sido de los que gustan variar; rara vez se presentaba con el mismo acompañante más de cinco o seis veces. Pero hacia fines de abril, hasta el propio Elmer Curtie, a quien le importaban muy poco esas cosas, notó que Hagarty y Mellon se estaban tomando la relación en serio.

Hagarty trabajaba como dibujante para una empresa de ingenieros, en Bangor. Adrian Mellon era escritor independiente; publicaba cuando y donde podía: en revistas de compañías aéreas, en publicaciones restringidas, en diarios provincianos, suplementos dominicales o revistas de sexo. Estaba escribiendo una novela en la que llevaba trabajando desde su tercer año de universidad, hacía ya doce.

Había ido a Derry para escribir un artículo sobre el canal para el New England Byways, una publicación quincenal que aparecía en Concord. Adrian Mellon había aceptado el encargo porque así podía sacarle al Byways dinero para tres semanas, incluyendo una bonita habitación en el Derry Town House, y reunir todo el material necesario en cinco días. Dedicaría las otras dos semanas a reunir material para tres o cuatro artículos regionales más.

Pero en ese período conoció a Don Hagarty y en vez de volver a Portland al terminar las tres semanas, buscó un pequeño apartamento en una calle discreta. Sólo residió allí seis semanas antes de irse a vivir con Don Hagarty.

8.

Ese verano, dijo Hagarty a Harold Gardener y a Jeff Reeves, fue para Adrian el más feliz de su vida. Habría debido saberlo, dijo, habría debido saber que, si Dios tiende una alfombra a personas como él, es sólo para quitársela repentinamente de bajo los pies.

La única sombra, dijo, era el extraño apego que Adrian sentía por Derry. Tenía una camiseta con la leyenda "Maine es bonito. Derry es ¡genial!" Y una chaqueta del equipo los Tigres de Derry, del instituto local. Y el sombrero, por supuesto. Hagarty aseguraba que esa atmósfera le resultaba vital y vigorizantemente creativa. Tal vez había algo de cierto en eso, pues Adrian había sacado la novela, que languidecía en un baúl, por primera vez en casi un año.

--Entonces, ¿era cierto que estaba trabajando en ella? -preguntó Gardener a Hagarty; en realidad no le importaba pero quería que siguiera hablando.

--Sí. Escribió página tras página. Tal vez fuera una novela horrible, pero al menos no sería horrible e inconclusa. Esperaba terminarla para el cumpleaños de Adrian, en octubre. Él no sabía, por supuesto, cómo es Derry. Creía saberlo, pero no había vivido aquí el tiempo suficiente para verle la verdadera cara. Yo trataba de advertirle, pero él no me prestaba atención.

--¿Y cuál es la verdadera cara de Derry, Don? -preguntó Reeves.

--Se parece a una ramera muerta con el culo lleno de gusanos -dijo Don Hagarty.

Los dos policías lo miraron sorprendidos.

--Es un lugar malo -prosiguió Hagarty-. Una cloaca. ¿Van a decirme que ustedes no lo saben? ¿Han pasado aquí toda la vida y no lo saben?

Ninguno de ellos respondió. Luego, Hagarty siguió hablando.

9.

Hasta la aparición de Adrian Mellon en su vida, Don siempre había pensado en marcharse de Derry. Llevaba tres años allí. Había alquilado un apartamento con una estupenda vista al río, pero el contrato estaba por vencer y Don se alegraba. Se acabarían los largos viajes de ida y vuelta a Bangor. Y las vibraciones extrañas. Una vez le dijo a Adrian que en Derry siempre se sentía como si fueran las veinticinco horas. A Adrian podía parecerle una ciudad estupenda, pero a Don le daba miedo. No sólo por la cerrada fobia contra los homosexuales, actitud expresada tanto en los sermones del predicador como en las leyendas pintarrajeadas en Bassey Park. Adrian se había echado a reír.

--En toda ciudad norteamericana, Don, hay personas que odian a los gays -dijo-. No me digas que lo ignoras. Después de todo, estamos en la era de Ronnie Haron y Phyllis Housefly.

--Acompáñame a Bassey Park -respondió Don, al ver que Adrian creía que Derry era como cualquier otra ciudad del país-. Quiero mostrarte algo.

Fueron en el coche a Bassey Park. Eran los últimos días de la primavera, un mes antes de que asesinaran a Adrian, dijo Hagarty a los policías. Llevó a su amigo hasta las sombras oscuras y de un olor vagamente desagradable del Puente de los Besos. Señaló una de las pintadas. Adrian tuvo que encender una cerilla y arrimarse para leerla.

"Enséñame la polla, marica y te la cortaré."

--Sé lo que piensa la gente acerca de los homosexuales -dijo Don-. En Dayton, cuando era adolescente, me dieron una paliza en una parada de camioneros. En Portland, unos tipos prendieron fuego a mis zapatos, ante una cafetería, mientras un policía gordo y culón se reía sentado en el coche patrulla. He visto muchas cosas, pero nunca algo tan bestia. Mira aquí, fíjate.

Encendió otra cerilla y leyeron:

"Clavos en los ojos a todos los maricas (en el nombre de Dios)"

--Quien sea el que escribe estas pequeñas homilías es un caso grave de demencia profunda. No me sentiría tan mal si supiera que se trata de una sola persona, de un enfermo aislado, pero... -Don señaló toda la longitud del puente con un vago ademán del brazo-. Hay muchas cosas como éstas... y no creo que las haya escrito una sola persona. Por eso quiero marcharme de Derry, Adri. Hay demasiados lugares y demasiada gente aquí que parecen afectados de demencia profunda.

--Bueno, espera a que termine mi novela, ¿quieres? Por favor. Hasta octubre, nada más, te lo prometo. Aquí el aire es mejor.

"Adrián no sabía que el peligro estaba en el agua", dijo Don Hagarty, amargamente, a los policías.

10.

Tom Boutillier y el jefe Rademacher se inclinaron hacia adelante y aguzaron el oído. Chris Unwin, sentado con la cabeza gacha, hablaba monótonamente a un interlocutor invisible. Esa era la parte que les interesaba oír, la parte que enviaría a la cárcel a dos de esos salvajes.

--La feria era una mierda -dijo Unwin-. Ya estaban cerrando la montaña rusa, la batidora y los coches locos. Los únicos abiertos eran los juegos para niños. Así que seguimos caminando hasta que Telaraña vio el tiro al blanco y pagó cincuenta centavos y entonces vio un sombrero como el del marica y trató de acertarle, pero fallaba y fallaba y cada vez se ponía peor, ¿sabe? Y Steve es el que se pasa diciendo tranquilo y por qué coño no te tranquilizas, ¿sabe? Pero esa noche estaba insoportable, porque tomó esa píldora, ¿sabe? No sé qué píldora. Una roja; a lo mejor hasta legal. Pero la tenía tomada con Telaraña. Yo pensé que Telaraña le iba a pegar, ¿sabe? Le decía: No sirves ni para ganar ese sombrero de marica, tienes que ser muy malo para no ganar ni ese sombrero de marica. Al final, la señora le dio un premio, aunque no había acertado, creo que para que nos fuéramos. No sé. A lo mejor no. Pero creo que sí. Era una de esas cosas que hacen ruido, ¿sabe? Uno sopla y eso se infla y se desenrolla y hace un ruido como de pedo, ¿sabe?. Yo tenía uno que me regalaron por Navidad o por Reyes o algo así y me gustaba mucho, pero lo perdí. O a lo mejor alguien me lo birló en esa mierda de escuela, ¿sabe? Bueno, cuando la feria estaba por cerrar, Steve seguía con el rollo de que Telaraña no era capaz de ganar un sombrero de marica, ¿sabe? Y Telaraña no decía nada y me di cuenta de que era mala señal, pero no sabía qué hacer, ¿sabe? Quería cambiar de conversación, pero no se me ocurría nada. Cuando fuimos al aparcamiento, Steve dijo: ¿Adónde queréis ir, a casa? Y Telaraña: Pasemos primero por el Falcon, a ver si ese marica está por ahí.

Boutillier y Rademacher cambiaron una mirada. Boutillier levantó un dedo y se dio unos golpecitos en la mejilla. Aunque aquel tonto de las botas con flecos no lo sabía, estaba hablando de asesinato en primer grado.

--Y yo que no, que tengo que ir a casa, y Telaraña que si me da miedo pasar por el bar de los maricas. Entonces le digo: ¡No, qué coño! Y Steve, que todavía está con esa píldora, dice: ¡Vamos a hacer puré de marica, vamos a hacer puré de marica!

11.

Las cosas se combinaron de manera que todo salió mal para todo el mundo. Adrian Mellon y Don Hagarty salieron del Falcon después de tomar un par de cervezas, pasaron junto a la terminal de autobuses y se cogieron de la mano. Ninguno de los dos reparó en lo que hacía; era, simplemente, una costumbre. Por entonces eran las diez y media. Llegaron a la esquina y giraron a la izquierda.

El Puente de los Besos distaba setecientos u ochocientos metros de allí, río arriba; ellos pensaban cruzar por el puente de Main Street, menos pintoresco. El

Kenduskeag estaba bajo, como todos los veranos; no había más de un metro veinte de agua corriendo, inquieta, por entre las columnas de cemento.

Cuando el Duster se les adelantó (Steve Dubay los había visto salir del Falcon), estaban en el borde del vado.

--¡Para! -aulló Telaraña Garton. Los dos hombres acababan de pasar bajo una lámpara y él vio que iban de la mano. Eso lo enfureció... pero no tanto como ese sombrero. La flor de papel se meneaba locamente-. ¡Para, maldición!

Y Steve obedeció.

Chris Unwin negaría su participación activa en lo que siguió, pero Don Hagarty contaba otra cosa. Según dijo, Garton había bajado del automóvil casi antes de que éste se detuviera; los otros dos lo siguieron de inmediato. Esa noche, Adrian no trató de mostrarse descarado ni falsamente coqueto; se daba cuenta de que estaban metidos en un lío.

--Dame ese sombrero -dijo Garton-. ¿No me has oído, marica?

--Si te lo doy, ¿nos dejarás en paz? -Adrian jadeaba de miedo. Casi llorando, paseaba la mirada entre Unwin, Dubay y Garton, aterrorizado.

--¡Dámelo, coño!

Adrian se lo entregó. Garton sacó una navaja del bolsillo y lo cortó en dos. Después de frotarse los trozos contra el fondillo de los vaqueros, los dejó caer y los pisoteó.

Don Hagarty retrocedió un poco, mientras los muchachos repartían su atención entre Adrian y el sombrero, tratando de divisar un policía.

--Bien, ¿nos dejas en...? -comenzó Adrian.

Fue entonces cuando Garton lo golpeó en la cara arrojándolo contra la barandilla del puente, que le llegaba a la cintura. Adrian gritó, llevándose las manos a la boca ensangrentada.

--¡Adri! -gritó Hagarty.

Dubay le puso una zancadilla y Garton le asestó una patada en el estómago, arrojándolo a la calzada. Pasó un automóvil. Hagarty se incorporó sobre las rodillas y gritó pidiendo ayuda. No aminoró la marcha. Según dijo a Gardener y Reeves, el conductor ni siquiera volvió la cabeza.

--¡Cállate, marica! -dijo Dubay y le dio una patada en la cara.

Hagarty cayó de lado contra la alcantarilla, semiinconsciente. Pocos instantes después, oyó la voz de Chris Unwin; le decía que se fuera si no quería recibir lo mismo que su amigo. En su propia declaración, Unwin confirmó haber hecho esa advertencia.

Hagarty oyó golpes sordos y gritos de su amante. Adrian parecía un conejo cogido en una trampa, dijo a la policía. Él se arrastró hacia la esquina, hacia las luces de la terminal de autobuses. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió a mirar.

Adrian Mellon, que medía poco más de metro sesenta y pesaba sesenta kilos, pasaba de Garton a Dubay y de Dubay a Unwin, en una especie de juego a tres bandas. Parecía un muñeco de trapo. Lo estaban moliendo a puñetazos, desgarrándole las ropas. Garton le golpeó en la entrepierna. De la boca le brotaba sangre, empapándole la camisa. Telaraña Garton llevaba dos gruesos anillos en la mano derecha: uno era de la secundaria de Derry; en el otro, que había hecho en la clase de taller, sobresalían las letras D. B. Eran las iniciales de Dead Bugs, un

conjunto de heavymetal que él admiraba. Los anillos habían partido el labio superior de Adrian destrozándole tres dientes.

--¡Socorro! -chilló Hagarty-. ¡Socorro, socorro! ¡Lo están matando!

Los edificios de Main Street permanecían a oscuras. Nadie acudió a ayudarlo, ni siquiera de la única isla de luz blanca que señalaba la terminal de autobuses. Hagarty no lo entendió: allí había gente. Él la había visto al pasar con Adri. ¿Era posible que nadie acudiese en su ayuda? ¿Nadie en absoluto?

--¡Socorro, Socorro! ¡Lo están matando, socorro, por el amor de Dios!

--Socorro -susurró una voz muy baja, a la izquierda de Don Hagarty... y luego oyó una risita.

--¡Al agua! -chillaba Garton en ese momento. Los tres habían estado riendo mientras castigaban a Adrian-. ¡Al agua con este marrano!

--¡Al agua, al agua, al agua! -repitió Dubay, riendo.

--Socorro -volvió a decir la vocecita. Y aunque sonaba grave, se repitió aquella risita aguda. Era como la voz de un niño que no puede contenerse.

Hagarty bajó la vista y vio al payaso. Fue en ese punto cuando Gardener y Reeves comenzaron a dudar de cuanto Hagarty decía, pues el resto fue un delirio de lunático. Más tarde, sin embargo, Harold Gardener vaciló. Al descubrir que el muchacho Unwin también había visto a un payaso (al menos, eso decía), tuvo sus dudas. Su compañero no las tuvo; al menos, jamás las reconoció.

"El payaso -dijo Hagarty-, parecía una mezcla de Ronald Mcdonald y Bozo, aquel viejo payaso de la tele"; al menos, eso pensó en un principio. Eran los mechones color naranja los que le llevaban a esa comparación. Pero más tarde, al pensarlo mejor, se dijo que el payaso no se parecía a ninguno de aquellos dos. La sonrisa pintada sobre el maquillaje blanco no era color naranja sino rojo, y sus ojos despedían un extraño brillo plateado. Lentes de contacto, quizá... Pero una parte de él había pensado entonces, y seguía pensando, que tal vez aquellos ojos eran realmente color de plata. Llevaba un traje abolsado, con grandes botones color naranja. En las manos llevaba guantes de caricatura.

--Si necesitas ayuda, Don -dijo el payaso-, puedes coger un globo.

Y le ofreció el manojo que tenía en una mano.

--Flotan -dijo-. Aquí abajo todos flotamos. Muy pronto, tu amigo también flotará.

12.

--Conque ese payaso lo llamó por su nombre -dijo Jeff Reeves con tono inexpresivo.

Miró a Harold Gardener, por sobre la cabeza inclinada de Hagarty, y guiñó un ojo.

--Sí -confirmó Hagarty sin levantar la vista-. Adelante, pueden pensar que estoy loco.

13.

--Entonces lo arrojaste al agua -dijo Boutillier.
--¡Yo no! -replicó Unwin, levantando la vista. Se apartó el pelo de los ojos y los miró con ansiedad-.
Cuando vi que lo decían en serio, traté de apartar a Steve. Temí que el marica se hiciese daño. Hasta el agua hay unos tres metros.
Había seis metros noventa. Uno de los hombres de Rademacher ya había tomado la medida.
--Pero Telaraña estaba fuera de sí. Los dos seguían gritando: ¡Al agua, al agua! Y lo levantaron. Telaraña lo sostenía por los brazos y Steve por el culo, y... y...

14.

Cuando Hagarty vio lo que intentaban hacer corrió hacia ellos, gritando a todo pulmón:
--¡No, no, no!
Chris Unwin le dio un empujón y Hagarty cayó al suelo.
--¿Quieres ir al agua tú también? -susurró-. ¡Mejor vete de aquí!
A continuación arrojaron a Adrian Mellon por el puente.
--¡Larguémonos! -exclamó Steve Dubay.
Él y Webby ya retrocedían hacia el automóvil. Chris Unwin se acercó a la barandilla para mirar. Vio a Hagarty bajar resbalando por el terraplén de hierbas y sembrado de basura, hacia el agua. Luego vio al payaso. El payaso estaba sacando a Adrian por el otro lado, con un brazo; en la otra mano sostenía los globos. Adrian gemía empapado y sofocado. El payaso volvió la cabeza hacia chris con una amplia sonrisa. Chris le vio los ojos plateados, brillantes, y los dientes. Dientes grandes, dijo.
--Como los del león del circo -dijo-. Es decir, así de grandes.
Entonces vio al payaso tirar de un brazo de Adrian Mellon, hasta pasárselo por encima de los hombros.
--¿Y entonces, Chris? -dijo Boutillier.
Esa parte lo aburría. Los cuentos de hadas lo aburrían desde los ocho años.
--No sé -dijo Chris-. Porque en ese momento Steve me agarró y me empujó hacia el coche. Pero... creo que le mordió el sobaco. -Volvió a levantar la vista, inseguro-. Creo que le mordió el sobaco. Como si quisiera comérselo... Como si quisiera comerle el corazón.

15.

No ocurrió así, dijo Hagarty, cuando le dieron a leer la declaración de Chris Unwin. El payaso no había arrastrado a Adri hasta la ribera contraria; al menos él no lo había visto. Y podía asegurar que a esas alturas había sido algo más que un observador imparcial. A esas alturas estaba fuera de sí, qué demonios.
El payaso, dijo, estaba de pie cerca de la ribera opuesta con el cuerpo chorreante de Adrian entre los brazos. El brazo derecho de Adri asomaba, tieso, por detrás de la cabeza del payaso. Y era cierto que la cara del payaso estaba

contra la axila derecha de Adri, pero no lo mordía: estaba sonriendo. Hagarty le vio mirar por debajo del brazo de su amigo y sonreír.

El payaso estrujó los brazos de Adrian y Hagarty oyó un crujir de costillas.

Adri gritó.

--Flota con nosotros, Don -dijo el payaso, con su boca roja y sonriente.

Y entonces señaló con una mano enguantada hacia debajo del puente.

Allí flotaban globos: no diez ni cien sino miles, rojos, azules, verdes, amarillos. Y en cada uno se leía: ¡I "corazón pintado" Derry!

16.

--Bueno, parece que había muchos globos -dijo Reeves, dedicando otro guiño a Harold Gardener.

--Puede pensar lo que quiera -reiteró Hagarty con la misma voz cansina.

--Y usted vio todos esos globos -dijo Gardener.

Don Hagarty levantó lentamente las manos delante de su cara.

--Los vi con tanta claridad como veo mis dedos en este momento. Miles de globos. Ni siquiera se podían ver los pilares del puente. Ondulaban un poco y parecían saltar. Se oía un ruido. Un ruido extraño, grave y chirriante, que hacían al frotarse entre sí. Y cordeles. Había una selva de cordeles blancos colgando. Parecían blancas hebras de telaraña. El payaso llevó a Adri allí abajo. Vi cómo su traje rozaba aquellos cordeles. Adri emitía unos ruidos horribles, como si se ahogara. Eché a andar hacia él... y el payaso volvió la cabeza. Entonces le vi sus ojos y de inmediato comprendí quién era.

--¿Quién era, Don? -preguntó Harold Gardener suavemente.

--Era Derry -dijo Don Hagarty-. Era esta ciudad.

-¿Y qué hizo usted entonces? -quiso saber Reeves.

--Eché a correr-respondió Hagarty. Y prorrumpió en lágrimas.

17.

El 13 de noviembre, un día antes de que John Garton y Steven Dubay fueran juzgados en el tribunal de Derry por el asesinato de Adrian Mellon, Harold Gardener fue a ver a Tom Boutillier, fiscal auxiliar. Quería hablar de ese payaso.

--No había ningún payaso, Harold. Los únicos payasos, esa noche, eran esos tres muchachos. Lo sabes tan bien como yo.

--Pero hay dos testigos...

--Oh, tonterías. Unwin decidió sacar a relucir al Manco, con lo de "nosotros no matamos al marica, fue el manco", cuando advirtió que se había metido en un buen lío. En cuanto a Hagarty, estaba histérico. Había visto morir a su mejor amigo. No me sorprendería que hubiese visto ovnis.

Pero Boutillier tenía otras ideas. Gardener se lo leyó en los ojos. Que el fiscal auxiliar esquivara la responsabilidad lo irritó.

--Vamos -dijo-. Estamos hablando de dos testigos independientes. No me vengas con basura.
-Ah, ¿quieres que hablemos de basura? ¿Vas a decirme que crees en la existencia de un payaso vampiro bajo el puente de Main Street? Eso sí que es basura.
--Bueno, no es eso lo que quiero decir, pero...
--¿O que Hagarty vio un billón de globos, todos con la misma leyenda que llevaba su amante en el sombrero? Porque eso también es basura.
--No, pero...
--Entonces, ¿para qué le das vueltas a todo esto?
--¡Deja de interrogarme a mi! -rugió Gardener-. ¡Los dos describieron lo mismo, y ninguno de ellos sabía lo que el otro estaba diciendo!
Boutillier estaba sentado a su escritorio jugando con un lápiz. En ese momento, dejó el lápiz, se levantó y se acercó a Harold Gardener. Aunque medía doce centímetros menos, Gardener retrocedió un paso.
--¿Quieres perder el caso, Harold?
--No, por sup...
--¿Quieres que esos mierdas salgan en libertad?
--¡No! ,
--Bien. Ya que estamos de acuerdo en lo básico, te diré exactamente lo que pienso. Sí, probablemente había un hombre bajo el puente aquella noche. Tal vez hasta sea cierto que vestía de payaso, pero creo que era un simple borracho o un vagabundo vestido con harapos. Probablemente estaba allí buscando monedas caídas o restos de comida. Sus ojos hicieron el resto, Harold. ¿No crees que eso sí es posible?
--No lo sé -dijo Harold. Quería dejarse convencer, pero dada la exactitud de las dos descripciones... no. No lo creía posible.
--Y aquí vamos al fondo del asunto. Si introducimos a ese individuo en el caso, el abogado defensor se agarrará a eso con uñas y dientes. Dirá que esos dos inocentes corderitos sólo arrojaron a ese homosexual de Mellon desde el puente para jugar. Y señalará que Mellon todavía estaba con vida después de la caída; para eso cuenta con el testimonio de Hagarty y de Unwin.
Sus clientes no cometieron asesinato, ¡oh, no! Era un psicópata vestido de payaso. Si introducimos esto, es lo que va a pasar. Y tú lo sabes.
--De todos modos, Unwin hablará de eso.
--Pero Hagarty no -dijo Boutillier-. Porque él sí entiende. Y si Hagarty no lo confirma, ¿quién va a creer a Unwin?
--Bueno, para eso estamos nosotros -repasa Harold Gardener con una amargura de la que él mismo se sorprendió-. Pero supongo que no diremos nada.
--¡No la tomes conmigo! -replicó Boutillier levantando las manos-. ¡Ellos lo mataron! No se limitaron a arrojarlo desde el puente. Garton llevaba una navaja. Mellon recibió siete puñaladas, una de ellas en el pulmón izquierdo y dos en los testículos. Las heridas coinciden con el arma. Tenía cuatro costillas rotas; eso lo hizo Dubay con un abrazo de oso. Tenía mordeduras en los brazos, en la mejilla izquierda y en el cuello; creo que eso fue obra de Unwin y Garton, aunque sólo coincide y probablemente no sirva como prueba. Y sí, faltaba un gran trozo de carne en la axila derecha. ¿Y qué? A alguno de ellos le gustaba morder de veras.

Probablemente se excitó al hacerlo. Apostaría a que fue Garton, aunque jamás podremos probarlo. Y faltaba el lóbulo de una oreja.
Boutillier se interrumpió fulminando a Harold con la mirada.

--Si dejamos que aparezca esa historia del payaso, será imposible encarcelarlos. ¿Eso es lo que deseas?
--El tipo era un marica, pero no hacía daño a nadie -agregó Boutillier-. Y esas tres lacras sociales, con sus botas militares, le quitaron la vida. Los quiero en la cárcel, amigo. Y si me entero de que les dan por el culo en Thomaston, les enviaré una tarjeta diciéndoles que ojalá les hayan contagiado el sida.
"Muy impresionante -pensó Gardener-. Y esas condenas quedarán muy bien en tu currículum cuando te presentes para fiscal de distrito dentro de dos años."
Pero se marchó sin decir más, porque él también quería verlos entre rejas.

18.

John Webber Garton fue declarado culpable de homicidio en primer grado y sentenciado a una pena de diez a veinte años en el presidio de Thomaston.
Steven Bishoff Dubay, convicto de homicidio en primer grado, recibió una condena de quince años en la cárcel de Shawshank.
Christopher Philip Unwin fue juzgado aparte, como delincuente juvenil y declarado culpable de homicidio en segundo grado. Fue sentenciado a seis meses en el correccional de South Windham, y quedó en libertad provisional.
Las tres sentencias fueron recurridas. A Garton y a Dubay se les puede ver, en un día cualquiera, mirando a las chicas o paseando por Bassey Park, no lejos del sitio donde apareció el cadáver desgarrado de Mellon, flotando contra uno de los pilares, bajo el puente de Main Street.
Don Hagarty y Chris Unwin abandonaron la ciudad.
En el juicio principal, el de Garton y Dubay, nadie mencionó la existencia de un payaso.

III. Seis llamadas telefónicas.

1. (1985) Astanley Uris toma un baño.

Patricia Uris diría más tarde a su madre que algo iba mal y ella debía haberlo sabido. Debía haberlo sabido, dijo, porque Stanley nunca se bañaba al anochecer. Tomaba una ducha por la mañana temprano y, a veces, un largo baño de inmersión por la noche con una revista en una mano y una cerveza fría en la otra. Pero los baños a las siete de la tarde no eran su estilo.
Además, estaba aquello de los libros. Stanley tendría que haber quedado encantado con eso; sin embargo, por algún motivo que ella no llegaba a comprender, parecía preocupado y deprimido. Unos tres meses antes de aquella noche terrible, Stanley había descubierto que un amigo de su infancia era escritor, pero no escritor de verdad, dijo Patricia a su madre, sino novelista. El nombre

escrito en los libros era William Denbrough, pero Stanley solía referirse a él con el apodo de Bill el Tartaja. Había leído casi todos los libros de ese hombre. Aquella noche, la noche del baño, estaba leyendo el último. Era el 28 de mayo de 1985. También Patty había cogido uno de esos libros, por pura curiosidad, sólo para dejarlo después de tres capítulos.

No era simplemente una novela, dijo a su madre más adelante, era deterror. Lo dijo exactamente así, en una sola palabra, como habría dicho desexo. Patty era una mujer dulce y bondadosa pero no se expresaba demasiado bien; habría querido contar lo mucho que el libro la había asustado y por qué la inquietaba tanto, pero no pudo. "Estaba lleno de monstruos -dijo-. Lleno de monstruos que perseguían a los niños. Había asesinatos y... no sé... sentimientos desagradables, sufrimientos Cosas así." En realidad, le había parecido casi pornográfico. Esa palabra se le escapaba, probablemente porque no sabía lo que significaba. "Pero Stan tenía la sensación de haber redescubierto a un amigo de la infancia... Habló de escribirle, pero yo sabía que no lo haría jamás... Sabía que esas novelas lo habían puesto mal a él también... y... y..."

Y entonces Patty Uris se echó a llorar.

Esa noche, cuando apenas faltaban seis meses para cumplirse veintiocho años desde aquel día de 1957 en que George Denbrough había conocido al payaso Pennywise, Stanley y Patty estaban sentados en la salita de su casa, en un suburbio de Atlanta, con el televisor encendido. Patty, sentada en el sofá frente al aparato, repartía su atención entre un montón de ropa para repasar y Family Feud, el programa de juegos que tanto le gustaba. Adoraba a Richard Dawson, el presentador. La cadena de su reloj le parecía sumamente sexy, aunque no lo habría admitido ni en el potro de tortura. También le gustaba el programa porque casi siempre adivinaba las respuestas más populares. (En Family Feud "Nombre que dan los judíos a los que no pertenecen a su raza o religión. Family Feud es un programa de la televisión norteamericana similar al que se emite en algunos países hispanos con los nombres de Todo queda en casa o Juguemos en familia (N. de la T.)" no había respuestas acertadas, había que adivinar las más frecuentes.) Una vez había preguntado a Stan por qué a las familias del programa les resultaba tan difícil adivinar las respuestas cuando a ella le resultaba tan fácil. "Ha de ser más difícil cuando estás allí, bajo los reflectores -sugirió Stanley, y ella tuvo la sensación de que le cruzaba una sombra por la cara-. Todo es mucho más difícil cuando es real. Es entonces cuando te ahogas. Cuando es real."

Patty decidió que él debía de tener razón. A veces, Stanley era muy agudo en cuanto a la naturaleza humana. Mucho más que su viejo amigo, William Denbrough, que se había hecho rico escribiendo un montón de libros deterror, que apelaban a lo más bajo de la naturaleza humana.

¡Pero a los Uris no les iba nada mal, por cierto! El barrio donde vivían era de los elegantes. La casa que había comprado en 1979 por 87.000 dólares se podía vender rápidamente por 165.000. Ella no tenía ningún interés en vender, pero siempre convenía saber ese tipo de cosas. A veces, cuando volvía del supermercado en su Volvo (Stanley tenía un Mercedes diesel) y veía su casa, elegantemente retirada tras el seto de tejos, pensaba: "¿Quién vive aquí? ¡Vaya, si soy yo, la señora Uris!"

Pero la idea no la hacía del todo feliz; a ella se mezclaba un orgullo tan feroz que a veces la inquietaba. En otros tiempos, después de todo, había existido una muchacha de dieciocho años llamada Patricia Blum, a quien se le había negado la admisión a la fiesta de graduación en un club campestre de Glointon, Nueva York. Se le había negado la admisión, naturalmente, porque su apellido era judío. Y eso era ella en 1967: sólo una pequeña judía delgaducha. Claro que esas discriminaciones eran ilegales, jajajá, y todo eso era cosa pasada.

Pero, para una parte de ella, jamás sería cosa pasada. Una parte de ella caminaría siempre de regreso hacia el automóvil, con Michael Rosenblatt, oyendo el crujir de la grava bajo sus zapatos rumbo al coche que Michael había pedido prestado al padre por esa noche y que había abrillantado durante toda la tarde. Una parte de ella caminaría siempre junto a Michael, que llevaba esmoquin blanco alquilado; ¡cómo brillaba en la suave noche de primavera! Ella lucía un vestido largo verde pálido con el que, según su madre, parecía una sirena. Y la idea de ser una sirena judía era bastante divertida, jajajá. Caminaban con la cabeza en alto y ella no había llorado. Pero comprendía que no caminaban, no, nada de eso; iban escurriéndose como seres sórdidos, sintiéndose más judíos que nunca, sintiéndose prestamistas, viajeros en coches de ganado, aceitosos, narigones, cetrinos, sintiéndose la caricatura de un judío. Querían sentir rabia y no podían. La rabia sólo vino después, cuando ya no importaba. En ese momento, ella sólo sintió vergüenza y dolor. Y alguien rió. Fue una risa aguda, penetrante, como un veloz correr de notas en un piano. En el automóvil sí pudo llorar, claro que sí: la sirena judía llorando como una loca. Mike Rosenblatt había apoyado una mano torpe y consoladora en su nuca, pero ella lo había apartado sintiéndose avergonzada, sucia, judía.

La casa, tan elegantemente retirada tras los setos de tejos, mejoraba un poco aquello... pero no del todo. Aún estaban allí el dolor y la vergüenza. Ni siquiera la aceptación de ese vecindario elegante y adinerado borraba aquella interminable caminata, con el crujir de la gravilla bajo sus zapatos. Ni siquiera el hecho de ser miembros de ese club campestre, donde el jefe de camareros los saludaba siempre con sereno respeto: "Buenas noches, señor Uris, señora." Llegaba a su casa, acunada por su Volvo 1984, y la contemplaba en medio de los prados verdes. Y con frecuencia (tal vez con demasiada frecuencia) recordaba aquella risa aguda. Ojalá la muchacha que había reído así estuviera viviendo en una casita miserable, con un esposo goyimz que le pegara, que hubiera abortado tres veces, que su marido la engañara con mujeres enfermas, que tuviera hernia de disco, pies planos y quistes en su puerca lengua simuladora.

Se odiaba a sí misma por esos pensamientos tan poco caritativos y prometía corregirse, dejar de beber esos amargos cócteles de hiel. Pasaba meses enteros sin pensar en esas cosas. Entonces se decía: "Tal vez todo eso ha quedado atrás, finalmente. Ya no soy aquella muchacha de dieciocho años. Soy una mujer de treinta y seis. La muchacha que oía el interminable crujir de la gravilla en ese camino, la que se apartó de Mike Rosenblatt cuando él trató de consolarla porque lo hacía con mano de judío, existió hace media vida. Esa sirenita tonta ha muerto. Ahora puedo olvidarla y ser simplemente yo misma." Muy bien, perfecto. Magnífico. Pero entonces, estando en cualquier parte (en el supermercado, por ejemplo), oía una risa súbita en el otro pasillo y la piel se le erizaba, los pezones

se le ponían duros, dolorosos, y apretaba las manos a la barra del carrito o se las retorcía pensado: "Alguien acaba de decirle a alguien que soy judía, que no soy sino una judía narigona, que Stanley no es sino un judío narigón. Es contable, claro, los judíos tienen cabeza para los números. Tuvimos que dejarlos entrar en el club campestre en 1981, cuando ese ginecólogo narigón nos ganó el juicio, pero nos reímos de ello; oh, cómo reímos." Oía entonces el crepitar de la gravilla fantasmal y pensaba: "¡Sirena, sirena!"

Entonces el odio y la vergüenza volvían en tropel como una migraña y ella desesperaba, no sólo de ella misma sino de toda la raza humana. Hombres-lobo. El libro de Denbrough, el que ella había dejado sin leer, trataba de hombres-lobo. ¿Qué podía saber de hombres-lobo un hombre como ése?

Sin embargo, casi siempre se sentía mejor. Sentía que ella era mejor. Amaba a su marido, amaba su casa y, habitualmente, podía amarse a sí misma y a su vida. Les iba bien. No siempre había sido así, por supuesto. Ante su compromiso con Stanley, sus padres se habían sentido a un tiempo enfadados y tristes. Lo había conocido en una fiesta del club universitario. Stanley había llegado desde la Universidad de Nueva York, en la que era becario. Los había presentado un amigo común y al final de la velada ella tuvo la sospecha de que se había enamorado de él. Hacia las vacaciones de invierno, ya estaba segura. Cuando llegó la primavera y Stanley le ofreció un pequeño anillo de brillantes al que había ensartado una margarita, ella lo aceptó.

Al final, a pesar de sus reparos, los padres también habían acabado por aceptarlo. No les quedaba otro remedio, aunque Stanley Uris pronto entraría en un mercado laboral atestado de jóvenes contables... sin respaldo financiero familiar y con la única hija de los Blum como rehén. Pero Patty tenía veintidós años, ya era una mujer y pronto acabaría la carrera.

--Me pasaré la vida manteniendo a ese maldito cuatro ojos -oyó decir a su padre una noche en que volvía achispado después de haber ido a cenar con la madre.

--Chist, te oirá -dijo Ruth Blum.

Esa noche, Patty permaneció despierta hasta mucho después de medianoche, con los ojos secos, sintiendo frío y calor alternativamente, odiándolos a los dos. Los dos años siguientes intentó liberarse de ese odio ya tenía demasiado odio dentro de sí. A veces, al mirarse en el espejo, descubría lo que todo eso estaba haciendo en su cara, las arrugas que dibujaba allí. Fue una batalla de la que salió vencedora con la ayuda de Stanley.

Los padres de él también estaban preocupados por la boda. Naturalmente, no creían que Stanley estuviera destinado a vivir en la pobreza y la miseria, pero pensaban que los chicos se estaban precipitando. Donald Uris y Andrea Bertoly también se habían casado con veinte o veintidós años, pero parecían haberlo olvidado.

Sólo Stanley parecía seguro de sí, lleno de fe en el futuro y libre de preocupaciones por las trampas mortales que los padres veían sembradas en torno a "los chicos". Al final, esa confianza resultó más justificada que el miedo de ellos. En julio de 1972, cuando apenas se había secado la tinta en el diploma de Patty, ella consiguió un empleo como profesora de taquigrafía e inglés comercial en Traynor, una pequeña ciudad sesenta kilómetros al sur de Atlanta. Al pensar en el modo en que había obtenido el puesto, siempre le parecía un poco... bueno,

misterioso. Había hecho una lista de cuarenta posibilidades sacadas de los avisos en los periódicos decentes. Luego escribió cuarenta cartas en cinco noches pidiendo más información y formularios para solicitar empleo. Recibió veintidós respuestas indicando que el cargo ya estaba cubierto. En otros casos, la explicación más detallada de los requisitos indicaba que presentar una solicitud sería sólo una perdida de tiempo. al final se encontró con doce posibilidades, bastante parecidas entre sí. Mientras las estudiaba, preguntándose si podría rellenar doce solicitudes sin volverse loca, entró Stanley. Miró los papeles sembrados en la mesa y dio un golpecito sobre la carta de "Academias Traynor", respuesta que ella no había considerado más prometedora que las otras.

--Aquí -dijo. Ella levantó los ojos, sobresaltada por la certeza de su voz.

--¿Sabes de Georgia algo que yo ignore?

--No. Nunca estuve allí como no fuera a través del cine.

Patty lo miró arqueando una ceja.

--Lo que el viento se llevó. Vivien Leigh, Clark Gable. "Lo pensaré mañana, porque mañana será otro día" -dijo, en una mala imitación de acento sureño-. ¿No parezco recién llegado del Sur, Patty?

--Sí, del sur del Bronx. Si no sabes nada de Georgia y nunca has estado allí, ¿por qué...?

--Porque está bien.

--No es posible que lo sepas, Stanley.

--Claro que es posible -dijo él con naturalidad-. Lo sé.

Al mirarlo, ella comprendió que no era broma. Stan hablaba en serio. Y Patty sintió un estremecimiento en la espalda.

--Pero ¿cómo lo sabes?

Él estaba sonriendo, pero en ese momento vaciló como perplejo. Sus ojos se habían oscurecido; parecía mirar hacia dentro consultando algún artefacto interior que funcionaba correctamente pero que él comprendía tan poco como el funcionamiento de su reloj.

--La tortuga no pudo ayudarnos -dijo, de pronto.

Lo dijo con toda claridad. Ella lo oyó. Esa mirada hacia dentro, esa expresión cavilosa y sorprendida, todavía estaban en su cara. Y comenzaban a asustarla.

--Stanley, ¿de qué estás hablando? ¿Stanley?

Él dio un respingo. Su mano golpeó el plato de melocotones que ella había comido mientras revisaba las solicitudes. El plato se rompió contra el suelo. Los ojos de Stan parecieron despejarse.

--¡Mierda! Perdona.

--No importa, Stanley. ¿De qué hablabas?

--Lo he olvidado -dijo él-. Pero creo que debemos pensar en Georgia, cariño.

--Pero...

--Confía en mí.

Y ella confió.

La entrevista fue un éxito. Al tomar el tren de regreso a Nueva York, Patty estaba segura de haber conseguido el empleo. El director de personal le había cobrado una simpatía instantánea y ella a él. Una semana después llegó la carta de confirmación. Academias Traynor le ofrecía nueve mil doscientos dólares y un contrato a prueba.

--Te vas a morir de hambre -dijo Herbert Blum cuando su hija le informó que pensaba aceptar el trabajo-. Y mientras te mueres de hambre, te morirás de calor.

--No te preocupes, Scarlett -dijo Stan, al enterarse de lo que había opinado el padre. Aunque Patty estaba furiosa, al borde de las lágrimas, empezó a reír como una chiquilla y él la estrechó en sus brazos.

Calor pasaron, sí, pero hambre no. Se casaron el 9 de agosto de 1972. Patty Uris llegó virgen al matrimonio. En un hotel de Poconos se deslizó, desnuda, entre las sábanas frescas, turbulenta y tormentosa, con relámpagos de deseo y deliciosa lujuria entre oscuras nubes de miedo. Cuando Stanley se metió en la cama, junto a ella, fibroso de músculos, el pene ardiendo entre el rojizo vello púbico, ella susurró:

--No me hagas daño, amor.

--Jamás te haré daño -dijo él, tomándola en sus brazos.

Fue una promesa que respetó fielmente hasta el 28 de mayo de 1985, la noche del baño.

A Patty le fue bien en su trabajo de profesora. Stanley consiguió trabajo de chófer en una panadería por cien dólares a la semana. Y en noviembre de ese año, cuando se inauguró el Centro Comercial Traynor, consiguió trabajo en las oficinas por ciento cincuenta. Entre los dos ganaban diecisiete mil dólares al año. Les parecía un ingreso de reyes por aquellos tiempos en que la vida era tan barata.

En marzo de 1973, Patty Uris dejó de tomar anticonceptivos. En 1975, Stanley renunció a su empleo para instalarse por cuenta propia. Los cuatro consuegros coincidieron en que era un error. No porque Stanley hiciera mal en querer trabajar por cuenta propia, sino porque era demasiado prematuro y echaba demasiada carga financiera sobre Patty. ("Al menos, hasta que ese tonto la deje embarazada -dijo Herbert Blum a su hermano después de pasar la noche bebiendo en la cocina-, y entonces me tocará a mí mantenerlos".) La opinión de los consuegros era que el hombre no debe pensar en independizarse profesionalmente hasta que haya llegado a una edad más serena y madura: setenta y ocho años, más o menos.

Una vez más, Stanley parecía casi sobrenaturalmente confiado. Era joven, simpático, inteligente y capaz. En su trabajo anterior había hecho buenos contactos. Todas esas cosas eran premisas básicas. Lo que él no podía haber previsto era que Corridor Video, una empresa pionera en el ramo, estaba a punto de establecerse en un enorme solar, a menos de quince kilómetros del suburbio donde vivían los Uris. Tampoco podía saber que Corridor buscaría un investigador de mercado independiente, a menos de un año de haberse establecido en Traynor. Y aun menos que darían el trabajo a un joven judío de anteojos, sonrisa fácil, andar bamboleante, aficionado a los vaqueros en sus días libres y con los últimos fantasmas de acné juvenil en la cara. Sin embargo, así fue. Como si Stan lo hubiese sabido desde el principio.

Su excelente trabajo para Corridor Video mereció un ofrecimiento: un cargo con dedicación completa en la empresa y un sueldo inicial de treinta mil dólares anuales.

--Y éste es sólo el comienzo -dijo Stanley a Patty, esa noche, en la cama-. Van a crecer como el maíz en verano, querida. Si nadie hace estallar el mundo de aquí a diez años, estarán arriba junto a Kodak, Sony y RCA.

--Y tu, ¿qué vas a hacer? -preguntó ella, aunque ya lo sabían.

--Les diré que es un placer trabajar para ellos.

Stan, riendo, la estrechó y la besó. Momentos más tarde estaba sobre ella y hubo orgasmos, como cohetes brillantes que ascendieran por el cielo de medianoche Pero no hubo hijo.

En su trabajo para Corridor Video estableció contactos con algunos de los hombres más ricos y poderosos de Atlanta. Les sorprendió a los dos descubrir que la mayoría de esos hombres eran buenas personas. Entre ellos encontraron un grado de aceptación y amabilidad casi desconocido en el Norte. Patty recordaba que Stanley, cierta vez, había escrito a sus padres: "Los mejores ricos de Norteamérica viven en Atlanta, Georgia. Voy a colaborar para que algunos de ellos se hagan más ricos todavía, y ellos me harán rico a su vez y nadie será mi dueño, salvo Patricia, mi mujer. Y como yo soy su dueño, creo que no corro peligro."

Cuando dejaron Traynor, Stanley se había convertido en sociedad anónima y tenía a seis personas bajo sus órdenes. En 1983, sus ingresos alcanzaron territorios de los que Patty había oído sólo vagos rumores: era la fabulosa tierra de las "Seis Cifras". Y todo había ocurrido con tanta tranquilidad como la del pie al deslizarse en las zapatillas un sábado por la mañana. Pero, a veces, la asustaba. Una vez Stanley había hecho un chiste inquietante sobre tratos con el diablo, pero a ella no le parecía muy divertido. Probablemente no lo sería jamás.

"La tortuga no pudo ayudarnos."

A veces, sin motivo alguno, Patty despertaba con ese pensamiento como si fuera el último fragmento de un sueño por lo demás olvidado. Entonces se volvía hacia Stanley y lo tocaba para asegurarse de que aún estaba allí.

Vivían bien, no abusaban del alcohol, no buscaban sexo extramatrimonial, ni drogas; no se aburrían ni discutían sobre lo que debían hacer. Sólo había una nube. Fue Ruth, la madre de Patty, quien la mencionó por primera vez, bajo la forma de una pregunta en una carta a su hija. Ruth le escribía una vez por semana y esa carta había llegado a principios del otoño de 1979, poco después de que marcharan de Traynor.

En su mayor parte era una típica carta de Ruth Blum: cuatro hojas cubiertas de apretada escritura, cada una con el encabezamiento "Una simple nota de Ruth". Su letra era casi ilegible. Una vez, Stanley se había quejado de no poder descifrar ni una sola palabra escrita por su suegra. "¿Y para qué quieres leerlas?", había sido la respuesta de Patty.

La carta estaba llena de las noticias acostumbradas, ya que los recuerdos de Ruth Blum se extendían desde el presente en un abanico cada vez más amplio de relaciones entrecruzadas. Muchas de las personas que ella mencionaba comenzaban a desdibujarse en la memoria de Patty, como fotografías de un viejo álbum, pero para Ruth todas permanecían frescas. Al parecer, jamás perdía el interés por la salud y las andanzas de sus conocidos. Sus pronósticos eran, además, invariablemente sombríos. El padre de Patty seguía teniendo dolores de estómago. Él estaba seguro de que era sólo dispepsia; la idea de que podía tratarse de una úlcera ni siquiera le pasaría por la cabeza, escribía su esposa,

hasta el día en que empezara a escupir sangre y probablemente ni siquiera entonces. "Ya conoces a tu padre, querida. Trabaja como un mulo y a veces también piensa como si lo fuera, Dios me perdone por decir esto." Randi Harlengen se había hecho una ligadura de trompas, le habían sacado unos quistes de los ovarios grandes como pelotas de golf, pero nada maligno, gracias a Dios; era el agua de Nueva York, sin duda. El aire de la ciudad también estaba sucio, pero ella tenía la convicción de que era el agua lo que, tarde o temprano, acababa con uno. Iba formando residuos dentro de la gente. Patty no imaginaba cuántas veces ella daba gracias a Dios de que "los chicos" estuvieran en el campo, donde tanto el aire como el agua, pero especialmente el agua, eran saludables (para Ruth, todo el Sur, incluidos Atlanta y Birmingham, era el campo). Tía Margaret estaba librando otra batalla contra la compañía de electricidad. Stella Flanagan había vuelto a casarse, algunos no aprenden nunca. Richie Haber había sido despedido otra vez.

Y en medio de esa cháchara, a veces chismosa, en medio de un párrafo y sin nada que ver con el resto, Ruth Blum había formulado al vuelo la temida pregunta: "¿Y cuándo pensáis hacernos abuelos, tú y Stanley? Ya estamos listos para empezar a malcriar al bebé. Por si no te has dado cuenta, Patty, nos estamos volviendo viejos." Y luego pasaba a la chica de los Brucker, calle abajo, a quien habían hecho volver desde la escuela porque llevaba, sin sostén, una blusa casi transparente.

Deprimida, nostálgica por el hogar de Traynor, insegura y bastante asustada por lo que podía depararles el futuro, Patty fue a su nuevo dormitorio conyugal para dejarse caer en el colchón (el somier todavía estaba en el garaje y el colchón, solitario en el suelo sin alfombrar, parecía un objeto arrojado por las aguas en una extraña playa amarilla). Apoyó la cabeza en los brazos y se echó a llorar. Probablemente, ese llanto se había estado preparando. La carta de su madre no había hecho sino precipitarlo, así como el polvo hace que un cosquilleo en la nariz se convierta en estornudo.

Stanley quería tener hijos. Ella quería tener hijos. Estaban tan de acuerdo en ese tema como en la afición a la películas de Woody Allen, en la asistencia más o menos regular a la sinagoga, en las inclinaciones políticas, en la aversión por la marihuana y en muchas otras cosas. En la casa de Traynor había existido siempre una habitación extra, dividida en dos partes. A la izquierda, stanley tenía un escritorio para trabajar y un sillón para leer; a la derecha, estaba la máquina de coser de Patty y el tablero donde armaba rompecabezas. Entre ellos existía un acuerdo tácito con respecto a esa habitación: algún día sería el cuarto de Andy o de Jenny. Pero ¿dónde estaba ese hijo? La máquina de coser, los cestos de tela, el tablero, el escritorio y el sillón se mantenían en sus respectivos sitios; mes a mes parecían solidificar sus posiciones, estableciendo su legitimidad con más firmeza. Eso pensaba ella, aunque nunca llegaba a cristalizar la idea. Pero sí recordaba que cierta vez, al iniciarse un período menstrual, había tenido la sensación de que la caja de compresas parecía muy satisfecha, como si las toallitas acolchadas le estuvieran diciendo: "¡Hola, Patty! Somos tus hijos. Los únicos hijos que tendrás, y tenemos hambre. Amamántanos. Amamántanos con tu sangre."

En 1976, tres años después de descartar los anticonceptivos, consultaron con un médico de Atlanta llamado Harkavay.
--Queremos saber si hay alguna deficiencia -dijo Stanley- y, en ese caso, si se puede hacer algo para solucionarla.
Se sometieron a las pruebas. Se demostró que el esperma de Stanley y los óvulos de Patty eran normales y que todos los canales necesarios estaban abiertos.
Harkavay, que no lucía alianza matrimonial pero sí el rostro agradable y rubicundo de un universitario tras las vacaciones de invierno, les dijo que quizá sólo fueran nervios. Que ese problema era bastante común. Que, en esos casos, solía producirse un correlativo psicológico semejante a la impotencia sexual: cuando más se deseaba, menos se podía. Era preciso que se relajaran y se olvidaran de la procreación cuando hacían el amor.
En el trayecto de regreso a casa, Stan iba ceñudo. Patty le preguntó qué le pasaba.
--Yo nunca hago eso -dijo él.
--¿Qué cosa?
--Pensar en la procreación durante...
Patty se echó a reír, aunque se sentía algo asustada. Esa noche, en la cama, cuando creía que Stanley dormía desde hacía rato, éste empezó a hablar en la oscuridad. Aunque su voz era inexpresiva, sonaba ahogada por las lágrimas.
--Soy yo -dijo-. Es culpa mía.
Patty se volvió hacia él, lo buscó a tientas y lo abrazó.
--No seas tonto -dijo.
Pero su corazón palpitaba deprisa, demasiado deprisa. Era como si Stan hubiera descubierto una convicción secreta que ella guardaba sin saberlo. Sin razón alguna, sintió, supo, que él tenía razón. Algo iba mal y no en ella. Era él. Algo iba mal en él.
--No seas cenizo -susurró contra su hombro.
Él sudaba un poco y Patty comprendió que tenía miedo. El miedo surgía de él en oleadas frías. Estar desnuda a su lado era, de pronto, como estar desnuda frente a una nevera abierta.
--No soy cenizo y no soy tonto -dijo él con voz áspera y ahogada de emoción-, y tú lo sabes. Es por mi culpa. Pero no sé por qué.
--No se puede saber una cosa así. -La voz de Patty sonaba regañina, como la de su madre cuando estaba asustada. Y aunque estaba riñéndole, sintió un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.
Stanley, la estrechó entre sus brazos.
--A veces creo saber la causa -dijo-. A veces sueño algo desagradable. Entonces despierto y pienso: "Ya sé. Ya sé qué va mal." No sólo el hecho de que tú no quedes embarazada, sino todo. Todo lo que va mal en mi vida.
--¡Stanley! ¡En tu vida no hay nada que vaya mal!
--Por adentro no -dijo él-. Por adentro todo está bien. Hablo de fuera. Algo que debería haber terminado y que no terminó. Cuando despierto de esos sueños, pienso: "Toda mi vida no ha sido sino el ojo de una tormenta que no comprendo." Tengo miedo, pero entonces... se desvanece. Como los sueños.

Ella sabía que a veces Stan tenía sueños agitados. En cinco o seis oportunidades la había despertado gimiendo. Cuando tendía la mano hacia él, interrogándolo, él decía siempre lo mismo: "No me acuerdo." Luego buscaba los cigarrillos y fumaba sentado en la cama, esperando que el residuo del sueño rezumara por sus poros, como un sudor enfermizo.

No hubo hijos. En la noche del 23 de mayo de 1985 (la noche del baño), los consuegros todavía esperaban que les convirtieran en abuelos. El otro dormitorio seguía siendo "el otro dormitorio"; las compresas seguían ocupando su sitio acostumbrado en el armario, bajo el lavabo; la regla aún hacía su visita mensual. La madre de Patty, ocupada con sus propios asuntos pero no del todo ajena al sufrimiento de su hija, había dejado de preguntar en sus cartas y cuando la pareja viajaba a Nueva York dos veces al año. Ya no había comentarios humorísticos sobre la vitamina E que debían tomar. También Stanley había dejado de mencionar el asunto, pero a veces, cuando Patty lo observaba sin que él lo supiera, le descubría en la cara una gran sombra. Como si tratara, desesperadamente, de recordar algo.

Descontando esa única nube, la vida era bastante agradable para los dos hasta que sonó el teléfono en medio de Family Feud, en la noche del 28 de mayo. Patty tenía en el regazo dos camisas de Stan, dos blusas suyas, el costurero y la caja de botones; Stan, la última novela de William Denbrough. La portada del libro mostraba una bestia rugiente; la contraportada, un hombre calvo, de anteojos.

Stan, que estaba más cerca, contestó la llamada.

--¿Sí? -Una línea profunda se le formó entre las cejas-. ¿Quién es usted?

Por un instante Patty sintió miedo. Más tarde, la vergüenza la haría mentir, decir a sus padres que había presentido algo cuando sonó el teléfono; en realidad, sólo hubo ese instante, ese único levantar rápidamente la vista de su costura. Pero tal vez era cierto. Tal vez ambos sospechaban que se avecinaba algo desde mucho antes de esa llamada telefónica, algo que no concordaba con su confortable casa, tan elegantemente retirada tras los setos, algo tan asumido que no hacía falta reconocerlo... ese breve instante de miedo, como el fugaz pinchazo de un punzón de hielo, fue suficiente.

"¿Es mamá?", preguntó sin voz moviendo los labios. Temía que su padre, con diez kilos de sobrepeso y propenso a lo que él llamaba "dolores de barriga" desde los cuarenta años, hubiera sufrido un ataque al corazón.

Stan meneó la cabeza y sonrió levemente.

--¿Tú? ¡Vaya, qué sorpresa, Mike! ¿Cómo es que...?

Volvió a guardar silencio, escuchando. Mientras su sonrisa se desvanecía, Patty reconoció su expresión analítica, la que revelaba que alguien estaba planteando un problema explicando un súbito cambio en determinada situación, explicando algo extraño e interesante. Probablemente se trataba de eso último, pensó ella. ¿Un cliente nuevo? ¿Un viejo amigo? Tal vez. Volvió su atención a la pantalla del televisor donde una mujer abrazaba a Richard Dawson para besarlo apasionadamente. Richard Dawson debía de recibir más besos que el anillo del Papa. A ella no le habría disgustado besarlo.

Mientras rebuscaba un botón negro igual a los de la camisa de Stanley, Patty notó que la conversación discurría con normalidad. En cierto momento, Stanley preguntó:

--¿Estás seguro, Mike? -Y luego, tras una larga pausa-: Está bien, comprendo. Sí, voy a... Sí, todo. Entiendo. Yo... ¿Qué...? No, no puedo prometerte exactamente eso, pero lo pensaré. Ya sabes que... ¿eh? ¿De veras...? ¡Por supuesto! Sí, claro que sí. Sí... claro... gracias... sí. Adiós.
Y colgó.
Patty lo miró y vio que estaba con la vista perdida en el vacío, sobre el televisor. En la pantalla, el público aplaudía a la familia Ryan que acababa de anotarse doscientos ochenta puntos, la mayoría de ellos por adivinar que el público respondería "Matemáticas" a la pregunta "¿Qué asignatura le gusta menos al niño de la familia?". Los Ryan saltaban y daban gritos de júbilo.
Stanley, en cambio, tenía el entrecejo fruncido. Más tarde, Patty diría a sus padres que lo había visto palidecer y era cierto, pero no agregó que en ese momento le había parecido sólo un efecto de la lámpara que tenía pantalla de vidrio verde.
--¿Quién era, Stan?
--¿Qué ?
Se volvió y la miró. A Patty le pareció que estaba abstraído, ligeramente fastidiado. Sólo más tarde, al evocar la escena una y otra vez, empezó a comprender que Stan se estaba desconectando lentamente de la realidad. Su cara era la de un hombre saliendo del azul del cielo hacia el negro de la nada.
--¿Quién llamó por teléfono?
--Nadie... Nadie, de veras. Creo que voy a darme un baño.
Y se levantó.
-¿A las siete?
Él, sin contestar, se limitó a salir del cuarto. Patty habría podido preguntarle si le pasaba algo, incluso seguirlo para averiguar si se sentía mal del estómago; Stan no tenía inhibiciones sexuales, pero solía mostrarse extrañamente recatado con respecto a ciertas cosas. No habría sido nada extraño que hablara de darse un baño cuando en realidad tenía ganas de vomitar algo que le había sentado mal. Pero en ese momento estaban presentando a la familia Piscapo, y Patty sabía que Richard Dawson no dejaría de decir algo divertido sobre ese apellido; además no conseguía encontrar un botón negro, aunque estaba segura de que en la caja había montones. Se escondían, por supuesto. No cabía otra explicación.
Así pues, no volvió a pensar en él hasta que terminó el programa. Cuando aparecieron los créditos, levantó la vista y vio su silla vacía. Había oído correr el agua en la bañera durante cinco o diez minutos después... Pero no había oído el ruido de la nevera al abrirse. Eso significaba que Stan estaba arriba sin su lata de cerveza. Alguien le había echado un problema sobre las espaldas con esa llamada telefónica. Y ella, ¿había intentado ayudarlo? No. ¿Había tratado de sonsacarle algo? No. ¿Había reparado en que algo iba mal? Tampoco. Todo por ese estúpido programa de la tele. Ni siquiera podía achacar la culpa a los botones, eso era solo una excusa.
Bueno, le llevaría una lata de cerveza y se sentaría a su lado, en el borde de la bañera, para frotarle la espalda e incluso lavarle la cabeza. Así descubriría qué problema lo preocupaba.
Sacó de la nevera una lata de cerveza y subió por la escalera. La primera señal de alarma se disparó al ver que la puerta del baño estaba cerrada, no entornada.

Stanley nunca cerraba la puerta cuando se bañaba. Era una especie de chiste privado: cuando la puerta estaba cerrada significaba que él se estaba comportando como un buen chico; y si estaba abierta, significaba que no se opondría a hacer algo cuyo adiestramiento la madre había dejado, muy correctamente, en manos de otros.

Patty llamó a la puerta suavemente. Cobró conciencia de que llamar a la puerta del baño como si fuera un invitado era algo que no había hecho nunca en su vida matrimonial.

De pronto, la alarma se intensificó en ella. Pensó en el lago Carson, donde había nadado con frecuencia cuando niña. En los últimos días del verano, el lago estaba caliente como una bañera... hasta que dabas con una parte fría que te hacía estremecer de sorpresa y delicia. Sentías calor y al segundo siguiente era como si la temperatura hubiera descendido veinte grados bajo las caderas. descontando el placer, así se sentía en esos momentos, como si hubiera dado con una parte fría. Sólo que esa parte no estaba por debajo de las caderas, enfriando sus largas piernas de adolescente en las negras aguas del lago Carson.

Estaba alrededor de su corazón.

--¿Stanley? ¡Stan!

Golpeó con los nudillos. Como no obtuvo respuesta, descargó el puño contra la puerta.

--¡Stanley! -El corazón ya no estaba en su pecho. Le latía en la garganta dificultándole la respiración-. ¡Stanley!

En el silencio que siguió a su grito (y el sonido de su grito allí, a menos de nueve metros de la cama donde apoyaba la cabeza para dormir todas las noches, la asustó más aún) oyó un ruido que hizo ascender el pánico a su conciencia. Un ruido insignificante, en realidad. Era sólo el ruido de una gota de agua. Plink... plink... plink...

Imaginaba las gotas formándose en la boca del grifo, engordando, cada vez más preñadas, para caer luego: plink.

Sólo ese ruido. Nada más. Y de pronto tuvo la terrible certeza de que esa noche había sido Stanley, no su padre, el que había sufrido un ataque al corazón. Con un gemido, accionó el pomo de vidrio tallado. La puerta no se movió. Estaba cerrada con llave. Súbitamente, a Patty Uris se le ocurrieron tres nuncas: Stanley nunca se daba un baño al anochecer, Stanley nunca cerraba la puerta a menos que estuviera usando el inodoro y Stanley nunca había cerrado la puerta con llave, en ninguna ocasión.

¿Sería posible, se preguntó, prepararse para un ataque al corazón?

Patty se pasó la lengua por los labios. Lo llamó otra vez por su nombre. No hubo respuesta, salvo el persistente goteo del grifo. Al bajar la vista, vio que aún sostenía la lata de cerveza. Se quedó mirándola estúpidamente, con el corazón latiéndole en la garganta, como si nunca hubiera visto una lata de cerveza. Y cuando parpadeó, la lata se convirtió en un teléfono, negro y amenazante como una serpiente.

"¿Puedo ayudarla, señora? ¿Tiene algún problema?", le espetó la serpiente.

Patty colgó el auricular bruscamente y se apartó, frotándose la mano que lo había sujetado. Al mirar alrededor, vio que estaba otra vez en el cuarto del

televisor. Comprendió entonces que el pánico, surgido en su mente como un ratero que sube sigilosamente por una escalera, se había apoderado de ella. Recordó que había dejado caer la lata junto a la puerta del baño para correr a la planta mientras pensaba: "Todo esto es un error. Más tarde nos reiremos de esto. Stanley llenó la bañera, recordó entonces que no tenía cigarrillos y salió a comprarlos antes de desnudarse." Sí. Sólo que había cerrado la puerta del baño desde dentro y había preferido abrir la ventana sobre la bañera para descolgarse por la pared de la casa. Claro, por supuesto, sin duda...

El pánico volvió a embargarla. Era como café negro y cargado. Patty cerró los ojos para luchar contra él. Permaneció inmóvil, como una estatua pálida, con el pulso latiendo en sus sienes.

Recordaba haber bajado a toda carrera hacia el teléfono, pero ¿a quién quería llamar?

Frenética, pensó "Llamaría a la tortuga, pero la tortuga no pudo ayudarnos."

De cualquier modo, ya no importaba. Había marcado el 0 y debía de haber dicho algo, puesto que la operadora acababa de preguntarle si tenía algún problema. Si lo tenía, pero ¿cómo explicar a aquella voz que Stanley se había encerrado con llave en el baño y no respondía, que el goteo del grifo en la bañera la aterrorizaba? Alguien tenía que ayudarla. Alguien...

Se llevó el dorso de la mano contra la boca y mordió. Trató de pensar, trató de obligarse a pensar.

Los duplicados de las llaves. Los duplicados de las llaves estaban en el armario de la cocina.

Se dirigió hacia allí y uno de sus pies chocó contra la caja de los botones, que se hallaba junto a una silla. Algunos botones cayeron centelleando como ojos de vidrio a la luz de la lámpara. Entre ellos había cinco o seis de los negros.

En la cara interior de la puerta del armario, sobre el fregadero doble, había un gran tablero de madera barnizada con forma de llave. Dos años atrás uno de los clientes de Stan se lo había regalado por Navidad. El tablero estaba lleno de pequeños ganchos de los cuales pendían todas las llaves de la casa; dos duplicados por gancho. Bajo cada uno se veía una tirita de cinta adhesiva con la pulcra letra de Stan: Cochera, Desván, Baño p. baja, Baño p. alta, Puerta calle, Puerta trasera. A un lado, las llaves de los coches, rotuladas M. B. y Volvo.

Patty cogió la llave marcada Baño p. alta y echó a correr hacia la escalera pero se obligó a caminar. Si corría, el pánico la dominaría. Además, si caminaba aparentando serenidad, Dios podía pensar: "Bueno, me he pasado un poco, pero tengo tiempo de arreglarlo todo."

Al paso tranquilo de una mujer que va a una reunión del Club del Libro, Patty subió la escalera y caminó hasta la puerta del baño.

--¿Stanley? -llamó, y trató de abrir.

De pronto sintió mucho miedo. No quería usar la llave. De algún modo, usar la llave le parecía algo definitivo. Si Dios no había corregido las cosas para cuando ella hubiera abierto, ya no lo haría. Después de todo, la época de los milagros había pasado.

Pero la puerta todavía estaba cerrada. El constante plink del grifo goteante era su única respuesta.

Le temblaba la mano. Encajó la llave en la cerradura, y la hizo girar. Intentó asir el pomo de vidrio tallado, pero se le escurría porque la palma de la mano estaba empapada de sudor. Finalmente, consiguió hacerlo girar. Abrió la puerta.

--¿Stanley? Stanley...

Miró hacia la bañera, con su cortina azul recogida en un extremo y olvidó el nombre de su marido. Simplemente siguió mirando la bañera con gesto solemne, como el de un niño en su primer día de colegio. Luego comenzaría a gritar a todo pulmón. Entonces la oiría Anita Mackenzie, la vecina, y sería Anita Mackenzie quien llamaría a la policía convencida de que un delincuente había entrado en casa de los Uris.

Pero de momento Patty Uris permanecía en silencio, con las manos recogidas sobre su pecho, solemne. Y entonces, esa solemnidad casi sagrada comenzó a transformarse. Los ojos, enormes, comenzaron a sobresalir y su boca compuso una horrible mueca de horror. Quiso gritar y no pudo. Los gritos eran demasiado estridentes para salir.

El baño, iluminado por tubos fluorescentes, tenía mucha luz y no había sombras. Se veía todo, aunque una no quisiera verlo. El agua de la bañera tenía un tono rosado intenso. Stanley yacía con la espalda apoyada contra la parte posterior de la bañera. La cabeza caía tan hacia atrás que algunos mechones de corto pelo negro le rozaban la piel entre los omóplatos. Si sus ojos fijos hubieran podido ver, habría visto a Patty con la boca abierta y desencajada. Su expresión era de abismal, petrificado horror. En el borde de la bañera había una caja de hojas de afeitar Gillette Platinum Plus. Se había provocado dos cortes en la cara interior del brazo, desde la muñeca, hasta el codo, y cruzado después cada uno de esos tajos con un corte transversal en la muñeca formando dos sangrientas T mayúsculas. Las heridas relumbraban, rojo purpúrea, bajo la hiriente luz blanca. Patty pensó que los tendones y los ligamentos expuestos parecían trozos de carne barata.

En el borde del grifo reluciente se formó una gota de agua. Engordó, como si estuviera preñada. Centelleó. Cayó. Plink.

Stan había hundido el índice derecho en su propia sangre para escribir 0.una sola palabra en los azulejos celestes arriba de la bañera. Eran dos letras enormes, vacilantes:

IT

Una huella sangrienta, zigzagueante, caía desde la segunda letra de la palabra: el dedo había hecho esa marca al caer la mano en la bañera donde ahora flotaba. Patty pensó que Stanley había hecho esa marca -su última impresión sobre el mundo- mientras perdía la conciencia.

Otra gota cayo en la bañera.

Plink.

Eso la hizo reaccionar. Patty Uris recobró la voz. Con la vista fija en los ojos muertos y centelleantes de su marido, empezó a gritar.

2. Brichard Tozier se lanza a la carretera.

Rich pensaba que se las estaba arreglando muy bien hasta que comenzaron los vómitos.

Había escuchado todo lo que le había dicho Mike Hanlon, había respondido a sus preguntas y hasta formulado algunas. Tenía vaga conciencia de estar empleando una de sus voces, ninguna de las ridículas que solía emplear en la radio (Kinki Briefcase, contable sexual, "El nombre del personaje es un juego de palabras, Kinki hace referencia a las características del vello púbico; Briefcase, al maletín del ejecutivo." era su favorita, y la respuesta de la audiencia era casi tan fervorosa como la que mostraba ante su clásico coronel Buford Kissdrivel), "Baboso" sino una voz cálida, sonora, llena de confianza. Una voz de estoy-bien. Sonaba estupenda, pero era falsa, igual que las otras.

--¿Hasta dónde recuerdas, Rich? -preguntó Mike.

--Muy poco -dijo Rich. Hizo una pausa-. Lo suficiente, supongo.

--¿Vendrás?

--Iré -dijo Rich, y colgó.

Permaneció sentado en su estudio, reclinado en la silla de su escritorio, contemplando el océano Pacífico. Un par de chicos estaban retozando con sus tablas de surf. No había mucho oleaje para el surf.

El reloj de su escritorio, un costoso reloj de cuarzo regalo del representante de una casa discográfica, marcaba las 17.09 del 28 de mayo de 1985. Naturalmente, donde estaba Mike eran tres horas más tarde. Ya habría oscurecido. Eso le puso la piel de gallina. Entonces decidió moverse, hacer cosas. Lo primero, por supuesto, fue poner un disco. No lo buscó, se limitó a tomar uno cualquiera entre los miles apilados en los estantes. El rock and roll era parte de su vida, casi tanto como las voces, y le costaba hacer cualquier cosa sin música a todo volumen. El disco sacado resultó ser una recopilación de la Motown. Marvin Gaye, uno de los miembros más recientes de ese sello discográfico, que Rich solía llamar "de los muertos", cantó I Heard It through the Grapevine.

--No está mal -dijo Rich.

En realidad, su situación estaba mal y lo cierto era que lo había dejado en la miseria, pero tenía la sensación de que podría arreglárselas. No había problemas.

Comenzó a prepararse para volver a su casa. En algún momento de la hora siguiente se le ocurrió que era como si hubiese muerto y se le permitiese tomar sus últimas medidas y disponer su propio funeral. Y lo estaba haciendo bastante bien.

Llamó a su agente de viajes pensando que a esa hora debía estar de camino hacia su casa, pero lo intentó por si acaso. Milagrosamente, dio con ella. Le dijo lo que necesitaba y ella le pidió quince minutos.

--Estoy en deuda contigo, Carol -dijo.

En los últimos tres años habían dejado de llamarse "señor Tozier" y "señorita Feeny"; ahora eran Rich y Carol; muy familiar, considerando que nunca se habían visto cara a cara.

--Muy bien, paga -dijo ella-. ¿Por qué no me haces un Kinki Briefcase?

Sin siquiera hacer una pausa (cuando uno tenía que hacer una pausa para buscar su voz, no había, por lo regular, ninguna voz que encontrar) Rich dijo:

-Aquí Kinki Briefcase, contable sexual. El otro día me consultó un tío que quería saber qué era lo peor de coger el sida.

Bajó un poco la voz; mientras su ritmo se iba acelerando y tornando agitado. Era, claramente, una voz norteamericana, pero se las componía para conjurar imágenes de un adinerado colono británico, tan encantador, en su confusión, como huero. Rich no tenía la menor idea de quién era Kinki Briefcase, pero estaba seguro de que usaba trajes blancos, leía revistas caras, bebía tragos largos y olía a champú de coco.

--Se lo dije enseguida: es tratar de explicarle a tu madre que te lo contagió una haitiana. Hasta la próxima vez, éste ha sido Kinki Briefcase, contable sexual, diciéndote, como siempre: "Si no entras en calor, me necesitas de asesor."

Carol Feeny aullaba de risa.

--¡Es perfecto! ¡Perfecto! Mi novio no cree que tú puedas hacer esas voces. Dice qué ha de ser un filtro de sonido o algo así.

--Puro talento, querida -dijo Rich. Kinki Briefcase había desaparecido. Allí estaba W. C. Fields, sombrero de copa, nariz roja, palos de golf y todo-. Estoy tan lleno de talento que debo taponarme todos los orificios del cuerpo para que no se me escape como... bueno, para que no se me escape.

Ella estalló en carcajadas. Rich cerró los ojos. Sentía un principio de dolor de cabeza.

--Sé buena y haz todo lo que puedas, ¿quieres? -pidió, siempre con la voz de W. C. Fields.

Y cortó la comunicación en medio de la carcajada.

Ahora tenía que volver a ser él mismo, y eso resultaba difícil. Resultaba más difícil con cada año qué pasaba.

Cuando estaba tratando de elegir un buen par de mocasines, sonó otra vez el teléfono. Era Carol Feeny en tiempo récord. Él sintió la necesidad de adoptar la voz de Buford Kissdrivel, pero se contuvo. Carol le había conseguido un pasaje de primera clase en el vuelo sin escalas de la American Airlines desde Los Angeles hasta Boston. Saldría de Los Angeles a las 21.03, para llegar a Logan a eso de las cinco de la mañana. Desde Logan, Delta lo llevaría a Bangor, Maine, saliendo a las 7.30 y aterrizando a las 8.20. Ya le habían conseguido un sedán grande por medio de Avis. Había sólo cuarenta kilómetros desde el local de Avis, en el aeropuerto de Bangor, hasta el límite municipal de Derry.

"¿Sólo cuarenta kilómetros? -pensó Rich-. ¿Eso es todo, Carol? Bueno, tal vez sea cierto... al menos en kilómetros. Pero no tienes la menor idea de lo lejos que está Derry y yo tampoco. Pero, Dios mío, lo voy a descubrir."

--No traté de reservarte alojamiento porque no me dijiste cuánto tiempo vas a pasar allí -dijo ella-. ¿Quieres...?

--No, ya me encargaré yo -respondió Rich. Y entonces entró en escena Buford Kissdrivel con su voz engolada y sus vocales despatarradas.

--Te has portado como un ángel, corazón mío, como un ángel de verdad.

Colgó con suavidad (siempre hay que dejarlas riendo) y marcó 207-555-1212, Información del estado de Maine. Quería el número de Town House de Derry. Cielos, ése sí era un nombre del pasado. No había pensado en el Town House de Derry por... ¿Cuánto tiempo? ¿Diez, veinte, veinticinco años, tal vez? Aunque pareciera descabellado, calculaba que habían sido veinticinco años. Y si Mike no hubiera llamado, bien habría podido pasar el resto de su vida sin acordarse de ese hotel. Sin embargo, en otros tiempos pasaba junto a esa gran mole de ladrillo

todos los días. Y en más de una ocasión había pasado corriendo con Henry Bowers, Belch Huggins y aquel otro grandullón, Victor no-sé-qué, persiguiéndole y gritándole florituras como "¡Ya vas a ver, caraculo! ¡Te vamos a coger, cuatro ojos! ¡Nos las vas a pagar, mariquita!" ¿Alguna vez habían llegado a cogerle?

Antes de que Rich pudiera acordarse de eso, una telefonista le preguntó de qué ciudad, por favor.

--Derry, señorita...

¡Derry, por Dios! Hasta el nombre parecía extraño y olvidado. Pronunciarlo era como besar una antigüedad.

--¿Tiene el número del Town House de Derry?

--Un momento, señor.

"Imposible. Debe de haber desaparecido, derribado en algún programa de renovación urbana. Convertido en el Club de los Elks, en una bolera o en un salón de videojuegos. O tal vez incendiado hasta los cimientos, una noche, cuando la ley de las probabilidades hizo que algún viajante borracho se quedara dormido con el cigarrillo en la mano. Desaparecido, Richie, igual que los anteojos por los que te fastidiaba Henry Bowers. ¿Cómo dice la canción de Springsteen? "Días de gloria, perdidos en el guiño de una chica." ¿Qué chica? Pues Bev, por supuesto..."

Podía ser que el Town House estuviera cambiado, pero no había desaparecido, pues una inexpresiva voz de robot surgió en la línea:

--El número es 9-4-1-8-2-8-2. Repito: el número es...

Pero Rich lo había anotado la primera vez. Fue un placer colgarle a esa voz monótona; resultaba fácil imaginar a un gran monstruo globular, de la sección de información, sepultado en algún punto de la Tierra, sudando riachuelos y sosteniendo miles de teléfonos en miles de tentáculos articulados. Versión telefónica del doctor Pulpo, némesis de Spidey. Año tras año, el mundo en que Rich vivía se parecía cada vez más a una enorme casa electrónica hechizada donde fantasmas digitales y asustados seres humanos habitaban en intranquila coexistencia.

"Aún de pie. Parafraseando a Paul Simon, aún de pie, después de tantos años."

Marcó el número del hotel que había visto a través de los anteojos de su infancia. Marcarlos, 1-207-9418282, era fatalmente fácil. Sostuvo el auricular contra el oído mientras miraba por el amplio ventanal de su estudio. Los surfistas se habían ido, una pareja caminaba lentamente por la playa, cogidos de la mano, por el mismo lugar. Esa pareja parecía uno de los pósters de la agencia donde trabajaba Carol Feeny, perfectos. Exceptuando, claro está, el hecho de que ambos usaban gafas.

"¡Te vamos a coger, caraculo! ¡Te vamos a romper las gafas!"

"Criss", transmitió su mente de pronto. El apellido era Criss. Victor Criss.

¡Cristo! No tenía ningún interés en recordar eso a esas alturas, pero lo mismo daba. Algo estaba pasando allá en las bóvedas, allí donde Rich Tozier conservaba su colección personal de Viejos Éxitos Dorados. Las puertas se estaban abriendo.

"Sólo que allá abajo no hay discos, ¿verdad? Allá abajo no eras Rich Discos Tozier, el gran disc-jockey de KLAD, el Hombre de las Mil Voces, ¿eh? Y esas cosas que se están abriendo... no son exactamente puertas, ¿verdad?"

Trató de desechar esos pensamientos.

"Lo que debo recordar es que estoy bien. Yo estoy bien, tú estás bien, Rich Tozier está bien. Pero de todos modos, me vendría bien un cigarrillo."

Había dejado de fumar hacía cuatro años, pero sí, le habría sentado bien un cigarrillo.

"No son discos, sino cadáveres. Los sepultaste, pero ahora se ha producido una especie de descabellado terremoto y la Tierra está escupiendo a la superficie. Allá abajo no eres Rich Discos tozier; allá abajo eres Richie Cuatro Ojos, nada más, y estás con tus compañeros, tan asustado que sientes las pelotas volviéndose mermelada de ciruelas. Ésas son puertas y no se están abriendo. Son criptas, Richie. Se están resquebrajando y los vampiros que habías dado por muertos vuelven a alzar el vuelo, todos."

Un cigarrillo, sólo uno. Hasta uno light podría servir, por Dios.

"¡Te vamos a coger, cuatro ojos! ¡Te vas a tragar esa maldita cartera de libros!"

--Town House -dijo una voz masculina con acento del Norte; había viajado desde Nueva Inglaterra por el Medio Oeste y bajo los casinos de Las Vegas hasta alcanzar llegar a sus oídos.

Rich preguntó a la voz si podía reservar una suite en el Town House a partir del día siguiente. La voz le dijo que podía y le preguntó por cuánto tiempo.

--No lo sé. Tengo...

Hizo una pausa breve. ¿Qué tenía, en realidad? Con los ojos de la mente vio a un muchachito con una cartera de tartán llena de libros, que huía de los gamberros. Vio a un chiquillo con gafas, flaco, pálido, que parecía gritar a todos los gamberros que pasaban: "¡Péguenme! ¡Adelante, péguenme! ¡Tengan mis labios: háganlos puré contra mis dientes! ¡Tengan mi nariz; háganla sangrar, rómpanla, si pueden! ¡Denme un puñetazo en la oreja para que se me hinche como una coliflor! ¡Pártanme una ceja! ¡Aquí está mi barbilla: busquen el punto del knock-out! Y mis ojos, tan azules, tan aumentados por estas odiosas gafas, con una patilla remendada con celo. ¡Rompan los cristales! ¡Hundan un fragmento de vidrio en uno de estos ojos y ciérrenlo para siempre, mierda!"

Cerró los ojos y dijo:

--Tengo que ocuparme de asuntos de negocios en Derry, ¿comprende? No sé cuánto me llevará. ¿Qué tal tres días con posibilidad de prórroga?

--¿Con posibilidad de prórroga? -repitió el empleado, dubitativo. Rich esperó, paciente, a que el tipo procesara aquello en su mente-. ¡Ah, comprendo! ¡Me parece muy bien!

"Gracias; y... espero que pueda votar por nosotros en noviembre -dijo John F. Kennedy-. Jackie quiere... redecorar el Despacho Oval y yo tengo un puesto preparado para mi... hermano Bobby."

--¿Señor Tozier?

--Sí.

--Creo que la línea se cruzó por unos segundos.

"Sólo un antiguo camarada del DOP "Siglas del Partido Demócrata que significan Dear Ols Party (viejo y querido partido) El autor hace un juego de palabras llamándolo Dead Old Party (viejo partido de difuntos) (N. de la T." -pensó Rich-. Del Dead Old Party, por si quieres saberlo. No te preocupes por eso. -Le recorrió un escalofrío y volvió a decirse, casi con desesperación-: Estás bien, Rich."

--Yo también lo oí -dijo-. Líneas cruzadas, seguro. ¿Y bien?
--No hay problema -dijo el empleado-. Aquí en Derry no nos visitan demasiados hombres de negocios.
--¿De veras?
--Oh, ayuh -asintió el empleado.
Rich volvió a estremecerse. Había olvidado eso, también: ese simple modismo de Nueva Inglaterra que reemplaza al sí. Oh, ayuh.
"¡Te voy a coger, basura!", aulló la voz fantasmal de Henry Bowers. Y él sintió que otras criptas se resquebrajaban dentro de él. El hedor que percibía no era el de los cadáveres putrefactos, sino el de los recuerdos podridos y eso era, de algún modo, peor.
Dio al empleado del Town House su número de la American Express y colgó. Luego llamó a Steve Covall, director de programación de la KLAD.
--¿Qué pasa, Rich? -preguntó Steve.

El último sondeo de audiencia había demostrado que la KLAD ocupaba el primer puesto en el canibalístico mercado del rock-Fm en Los Angeles. Desde entonces, Steve estaba de excelente humor.
--Bueno, tal vez lamentes haberlo preguntado -dijo a Steve-. Voy a lanzarme a la carretera.
--A lanzarte... Creo que no te entiendo, Rich.
--Que tengo que ponerme las botas de leguas. Que me largo.
--¡Cómo! Según el programa que tengo delante de mis ojos, sales al aire mañana desde las dos a las seis de la tarde, como siempre. Más aún, a las cuatro entrevistas a Clarence Clemons en los estudios. ¿Conoces a Clarence Clemons, Rich?
--Clemons puede hablar perfectamente con Mike O.Hara en vez de hacerlo conmigo.
--Clarence no quiere hablar con Mike, Rich. No quiere conversar con Bobby Russel. Ni conmigo. Clarence es un fanático de Buford Kissdrivel y de Wyatt el Homicida de la Bolsa. Quiere hablar contigo, amigo. Y no tengo ningún interés en encontrarme con un furioso saxofonista de ciento veinte kilos que estuvo a punto de ser fichado por un equipo profesional de rugby, poniéndose frenético en mi estudio.
--No tiene fama de frenético -dijo Rich-. Y estamos hablando de Clarence Clemons, no de Keith Moon.
Hubo un silencio en la línea. Rich esperó, con paciencia.
--Estás bromeando, ¿verdad? -preguntó Steve al fin. Sonaba quejumbroso-. Porque, a menos que haya muerto tu madre, que te hayan descubierto un tumor cerebral o algo por el estilo, esto es una putada.
--Tengo que irme, Steve.
--Entonces, ¿está enferma tu madre? ¿O ha muerto?
--Murió hace diez años.
--¿Tienes un tumor cerebral?
--Ni siquiera un pólipo rectal.
--No le veo la gracia, Rich.
--Ya.

--Te estás portando como un maldito tramposo y eso no me gusta.
--A mí tampoco, pero tengo que irme.
--¿Adónde? ¿Por qué? ¿De qué se trata? Dímelo.
--Me ha llamado alguien. Alguien a quien conocí hace mucho tiempo. En otro lugar. En aquella época sucedió algo. Hice una promesa. Todos prometimos que volveríamos si ese algo volvía a empezar. Y parece que ha empezado.
--¿De qué algo estás hablando, Rich?
--Preferiría no decírtelo. -"Además, si te dijera la verdad me tomarías por loco: no recuerdo nada."
--¿Cuándo hiciste esa famosa promesa?
--Hace mucho tiempo. En el verano de 1958.
Hubo una larga pausa. Sin duda Steve Covall estaba tratando de decidir si Rich Discos Tozier, alias Buford Kissdrivel, alias Wyatt el Homicida de la Bolsa, etc., le estaba tomando el pelo o estaba sufriendo una especie de colapso mental.
--Eras apenas un niño -dijo Steve.
--De once años.
Otra larga pausa. Rich esperaba, paciente.
--Está bien-dijo Steve-. Cambiaré los turnos. Haré que Mike te reemplace. Puedo llamar a Chuck Foster para que haga algunos turnos, supongo, si descubro en qué restaurante chino se ha refugiado últimamente. Voy a hacerlo porque hemos sido amigos durante mucho tiempo. Pero no olvidaré que me has dejado plantado, Rich.
-Corta el rollo -dijo Rich. Pero su dolor de cabeza iba de mal en peor. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo. ¿O Steve lo tomaba por un irresponsable?-. Necesito unos días de licencia. Eso es todo. Y tú te portas como si te hubiera fastidiado todos los planes.
--Unos días de licencia ¿para qué? ¿Para la reunión de ex boys scouts en las Cataratas de Letrina, Dakota del Norte, o en Villa Fregona, Virginia?
--En realidad, creo que es en las Cataratas de Letrina, Arkansas -dijo Buford Kissdrivel con su gran voz de barril vacío.
Pero Steve no se dejó distraer.
--¿Todo porque hiciste una promesa cuando tenías once años? ¡A los once años no se hacen promesas en serio, por el amor de Dios! Y aunque así fuera, Rich, esto no es una compañía de seguros ni un despacho de abogados, sino el mundo del espectáculo, por Dios, y ya sabes de qué se trata, coño. Si me hubieras avisado una semana atrás lo habría arreglado. Me estás poniendo entre la espada y la pared y lo sabes, así que no insultes mi inteligencia.
Steve estaba hablando casi a gritos. Rich cerró los ojos. "No lo olvidaré", había dicho Steve y Rich suponía que era cierto. Pero Steve también había dicho que los chicos de once años no hacen promesas en serio y eso no tenía nada de cierto. Rich no recordaba la promesa y ni siquiera estaba seguro de querer recordarlo, pero había sido muy en serio.
--Tengo que irme, Steve.
--De acuerdo. Vete y déjame plantado, maldita sea.
--Steve, estás llev...
Pero Steve ya había colgado. Rich hizo lo propio. En el momento en que se alejaba, el teléfono volvió a sonar. Aun antes de atender, supo que era otra vez

Steve, más furioso que nunca. A esas alturas no serviría de nada hablar con él, no conseguiría más que empeorar las cosas. Deslizó hacia la derecha la llave que el aparato tenía a un lado y la llamada enmudeció en medio de un timbrazo.

Subió la escalera, sacó,dos maletas del armario y las llenó echando apenas una mirada al montón de ropa: vaqueros, camisas, ropa interior, calcetines. Sólo después descubriría que había llevado sólo ropa de niño. Transportó las maletas a la planta baja.

En la pared del comedor había una fotografía del Gran Sur, en blanco y negro, tomada por Ansel Adams Rich la hizo girar sobre los goznes ocultos poniendo al descubierto una gran caja de hierro. Después de abrirla, rebuscó entre los papeles de la casa, cómodamente instalada en diez hectáreas de bosque en Idaho y un manojo de acciones. Había comprado las acciones aparentemente al azar (su corredor de Bolsa se agarraba la cabeza cuando lo veía llegar), pero todas habían subido con el correr de los años. A veces le sorprendía que fuera casi rico. Todo por cortesía del rock and roll... y de su voz, por supuesto.

Una casa, bosque, acciones, póliza de seguro y hasta una copia de su último testamento. "Las ligaduras que te sujetan al mapa de tu vida", pensó.

Sintió un impulso, súbito y salvaje, de coger el encendedor y prender fuego a toda esa basura de por la presente y por lo tanto y el portador de este certificado... Y bien podía hacerlo: los papeles de su caja fuerte habían perdido, de pronto, todo significado.

En ese momento le embargó el primer terror auténtico, y no tenía nada de sobrenatural. Era sólo la súbita conciencia de que resultaba muy fácil acabar con la propia vida. Eso no daba tanto miedo. Simplemente, se acercaba el ventilador a lo que se había recolectado durante años y se lo encendía. Fácil. Era cuestión de quemarla o aventarla y luego lanzarse a la carretera.

Detrás de los papeles, que eran sólo primos segundos del efectivo, estaba el efectivo de verdad. Cuatro mil dólares en billetes de a diez, veinte y cincuenta.

Al cogerlo se preguntó si acaso había sabido lo que estaba haciendo al poner allí el dinero: cincuenta un mes, ciento veinte el siguiente, a lo mejor sólo diez el próximo. Dinero de viejo escondido en los agujeros de las ratas.

"Increíble, tío", se dijo, notando apenas su propia voz. Tenía los ojos perdidos en la playa que se veía por el ventanal. Estaba desierta, los chicos del surfing se habían marchado; la pareja supuestamente de luna de miel, también.

"Pues sí, doctor, ahora lo recuerdo todo. ¿Recuerda a Stanley Uris, por ejemplo? Puede apostar su pellejo... ¿Recuerda cómo solíamos decir eso creyendo que era el gran chiste? Los gamberros le llamaban Stanley Urina. ¡Eh, Urina! ¡Eh, maldito asesino de Cristo! ¿Adónde vas? ¿A que uno de tus amigos maricones te la chupe?"

Cerró la caja fuerte con violencia y volvió a dejar el cuadro en su sitio de un manotazo. ¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en Stanley Uris? Rich se había marchado de Derry con su familia en la primavera de 1960 y qué pronto se habían desvanecido todas aquellas caras, su pandilla, ese triste puñado de perdedores con su caseta en lo que se llamaba entonces Los Barrens, "Barrens, en inglés, significa áridos, yermos" gracioso nombre para un lugar de tan lujuriosa vegetación. Fingiéndose exploradores en la selva o marines luchando en los archipiélagos del Pacífico tomados por los japoneses, fingiéndose constructores

de presas, vaqueros, hombres del espacio en un mundo selvático, fingiéndose todo lo que a uno se le puede ocurrir, pero no olvidemos de qué se trataba en realidad: se trataba de esconderse. Esconderse de los matones. Esconderse de Henry Bowers y de Victor Criss y de Belch Huggins y de todos los demás. Qué hatajo de perdedores habían sido: Stanley Uris con su narizota de chico judío; Bill Denbrough, que no podía decir otra cosa que "Haiio, Silver!" sin tartamudear; Beverly Marsh, con sus moretones y sus cigarrillos ocultos en las mangas de la blusa; Ben Hanscom, tan enorme que parecía la versión humana de Moby Dick y Richie Tozier, con sus gafas gruesas y sus excelentes calificaciones y su boca sabihonda y su cara pidiendo que la transformasen a golpes en formas nuevas y estimulantes. ¿Había una palabra que resumiese lo que habían sido? Oh, sí. Siempre la hubo. Le mot juste. En este caso, le mot juste era desastres.

Cómo volvía... cómo volvía todo... y allí estaba, en su madriguera, temblando con el desamparo de un pájaro sin nido en medio de una tormenta, temblando porque recordaba mucho más que a aquellos chicos de la infancia. Había otras cosas, cosas que en años no habían vuelto a su cabeza, cosas que ahora temblaban rozando la superficie.

Cosas sangrientas

Una oscuridad terrible.

La casa de la calle Neibolt y Bill gritando: "¡Tú, m-m-mataste a mi hermano, hijo de p-p-puta!"

¿Lo recordaba ahora? Lo justo para no querer recordar nada más.

Un olor a basura, un olor a mierda y un olor a algo más. Algo peor que la mierda y la basura. Era el olor de la bestia, el olor de Eso, allá en la oscuridad, bajo Derry, donde las máquinas atronaban incesantemente. Se acordó, de George...

Pero eso fue demasiado. Corrió al baño, tropezando en el trayecto. Llegó... pero apenas. Patinó por los lustrosos mosaicos hasta el inodoro, de rodillas, como un loco bailarín de breakdance; agarrándose a los bordes, vomitó cuanto tenía en las entrañas. Pero ni siquiera así se le pasó. De pronto vio a Georgie Denbrough como si hubiera estado con él el día anterior. George, que había sido el comienzo de todo; Georgie, asesinado en el otoño de 1957. Georgie había muerto justo después de la inundación, con uno de los brazos arrancado de su articulación, y Rich había bloqueado todo en su memoria. Pero a veces esas cosas vuelven, claro que sí. Vuelven, a veces vuelven.

Pasó el espasmo y Rich tiró de la cadena. Hubo un rugir de agua. La cena que había comido temprano, regurgitada en trozos calientes, desapareció por las tuberías.

Hacia las cloacas.

Hacia el palpitar, el hedor y la oscuridad de las cloacas.

Bajó la tapa, apoyó en ella la frente y empezó a llorar. Era la primera vez que lloraba desde la muerte de su madre, en 1975. Sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo, ahuecó las manos bajo los ojos; las lentillas de contacto se deslizaron hacia fuera y quedaron en la palma de su mano, centelleando.

Cuarenta minutos después, sintiéndose como si hubiera salido de un encierro, purificado, de algún modo, arrojó sus maletas al maletero de su Mg y sacó el coche del garaje. La luz ya menguaba. miró su casa, con sus nuevas plantas y miró la playa, el agua que había tomado el brillo de la esmeralda clara, partido por

una estrecha senda de oro batido. Y sintió la convicción de que jamás volvería a ver nada de todo eso, que era un muerto ambulante.

--Ahora vuelvo al hogar -susurró Rich Tozier para sí-. Vuelvo al hogar, que Dios me ampare, vuelvo al hogar.

Arrancó sintiendo, una vez más, lo fácilmente que había caído en una grieta insospechada de una vida aparentemente sólida, la facilidad con que se volvía al lado oscuro, pasando del azul del cielo al negro de la nada.

Del azul al negro, sí, eso era. Allí donde cualquier cosa podía estar esperando.

3. Ben Hanscom toma una copa.

Si uno hubiera querido, en esa noche del 28 de mayo de 1985, encontrarse con el hombre al que la revista Time consideraba "tal vez la mayor promesa entre los jóvenes arquitectos norteamericanos", tendría que haber tomado hacia oeste al salir de Omaha, por la interestatal 80, girando por la salida de Swedholm hasta el centro de la ciudad. Allí tendría que salir por la 92 a la altura de Bucky.s (especialidad de la casa: escalope de pollo). Y luego girar a la derecha para tomar la 63 que cruza como un hilo el desierto pueblito de Gatlin, y entrar finalmente a Hemingford Home.

El centro de Hemingford Home hace que el de Swedholm parezca la ciudad de Nueva York. El distrito comercial consiste en ocho edificios, cinco de un lado y tres del otro. Allí está la peluquería Buen Korte (en el escaparate, un letrero escrito a mano, reza: Si eres Hippy ve a cortarse el pelo a otra parte) el cine de reestreno, la tienda de baratijas. Hay una sucursal del Banco de Propietarios de Vivienda de Nebraska, una estación de servicio, una farmacia y la ferretería Nacional Artículos para Granja, único negocio de la ciudad que prospera medianamente.

Además, cerca del extremo de la calle principal, algo apartado de los otros edificios, como un paria y: apoyado en el borde de la gran nada, está el clásico bar de carretera: La Rueda Roja. Si uno hubiera llegado tan lejos, habría visto en el aparcamiento de tierra salpicado de baches un viejo Cadillac 1968, descapotable, con dos antenas en la parte trasera. La placa de identificación decía, simplemente: El Caddy de Ben. Y dentro, caminando hacia el mostrador, uno habría encontrado al hombre: flaco, quemado por el sol, vestido con una camisa de cambray, vaqueros desteñidos y polvorientas botas de ingeniero. Tenía leves patas de gallo alrededor de los ojos. Tenía treinta y ocho años, pero aparentaba diez menos.

--Hola, señor Hanscom -dijo Ricky Lee, poniendo una servilleta de papel en el mostrador mientras Ben se sentaba.

Ricky Lee parecía algo sorprendido. Hasta entonces, nunca había visto a Hanscom en La Rueda un día de semana. Acudía regularmente todos los viernes por la noche y tomaba dos cervezas. Los sábados por la noche tomaba cuatro o cinco. Siempre preguntaba por los tres hijos varones de Ricky Lee. Siempre dejaba una propina de cinco dólares bajo la jarra de cerveza Tanto en la conversación profesional como en el aprecio personal, era holgadamente el cliente favorito de Ricky Lee. Los diez dólares semanales (y los cincuenta que dejaba bajo la jarra en cada Navidad, desde hacía cinco años) eran más que suficientes,

pero mucho más valía la compañía de ese hombre. Una compañía digna siempre era una rareza, pero en un antro de mala muerte como ése, donde lo más común es la cháchara barata, escaseaba más que los dientes en mandíbula de gallina.

Aunque Hanscom tenía sus raíces en Nueva Inglaterra y había hecho sus estudios en California, poseía algo más que un toque de tejano extravagante. Ricky Lee esperaba siempre la llegada de ben Hanscom los viernes y sábados por la noche, porque con el correr de los años había aprendido que podía contar con su presencia allí. El señor Hanscom podía estar construyendo un rascacielos en Nueva York (donde ya tenía tres edificios que habían dado mucho que hablar), una galería de arte en Redondo Beach o una galería comercial en Salt Lake City. Pero llegado el viernes por la noche, la puerta que daba al aparcamiento se abriría, entre las ocho y las nueve y media, para darle paso, como si viviera apenas al otro lado de la ciudad y hubiera decidido pasar por allí porque no había nada en la tele. Tenía avión propio y un aeródromo particular en su granja de Junkins.

Dos años antes, había estado en Londres diseñando y dirigiendo la construcción del nuevo centro de comunicaciones de la BBC, edificio que aún provocaba acaloradas discusiones en la prensa británica. (The Guardian: "El más bello, quizá, entre los edificios construidos en Londres en los últimos veinte años"; el Mirror: "Descontando la cara de mi suegra, lo más desagradable que he visto en mi vida.") Cuando el señor Hanscom aceptó ese trabajo, Ricky Lee había pensado: "Bueno, algún día volveré a verlo. O tal vez se olvide completamente de nosotros." Y ciertamente, el viernes siguiente a su partida hacia Inglaterra había pasado sin noticias de él, aunque Ricky Lee levantaba involuntariamente la mirada cada vez que se abría la puerta, entre las ocho y las nueve y media. "Bueno, alguna vez volveré a verlo. Quizá." Alguna vez resultó a la noche siguiente. A las nueve y cuarto se abrió la puerta y Ben Hanscom entró, con sus vaqueros, una remera y sus viejas botas, como si viniera apenas desde el otro lado de la ciudad. Y cuando Ricky le gritó, casi con júbilo: "¡Señor Hanscom, menuda sorpresa! ¿Qué está haciendo aquí?", el señor Hanscom, había puesto cara de leve desconcierto, como si no hubiera nada de raro en el hecho de que él estuviera allí. Tampoco había sido la única vez: apareció todos los sábados durante los dos años que le llevó terminar su trabajo en la BBC. Salía de Londres cada sábado por la mañana, a las once, en el Concorde y llegaba al aeropuerto Kennedy de Nueva York a las diez y cuarto de la mañana... cuarenta y cinco minutos antes de haber salido de Londres, al menos según el reloj. (Por Dios, es como viajar en el tiempo, ¿no?, había comentado Ricky Lee, impresionado.) Una limusina lo esperaba para llevarlo al aeropuerto Teterboro, de Nueva Jersey, viaje que habitualmente consumía menos de una hora los sábados por la mañana. Sin mayores problemas, podía estar en la cabina de su Lear antes de mediodía; aterrizaba en Junkins a eso de las dos y media. Si uno iba hacia el oeste a la debida velocidad, contaba a Ricky, el día parecía durar una eternidad. Dormía una siesta de dos horas, pasaba una hora más con su capataz y media con su secretaria. Después de la cena, iba a pasar una hora y media en La Rueda Roja.

Siempre llegaba solo, siempre se sentaba en la barra y siempre se marchaba tal como había venido, aunque bien sabía Dios, que, en esa parte de Nebraska, había muchas mujeres que habrían dado cualquier cosa por follar con él hasta

dejarlo seco. De regreso en su granja, después de dormir seis horas, el proceso se invertía.

Ricky nunca había dejado de impresionar a un parroquiano contándole esa historia. A lo mejor es gay, había sugerido una mujer. Ricky le echó una breve mirada apreciando su cuidadoso peinado, sus ropas hechas a medida, sus pendientes de brillantes, la expresión de sus ojos, y comprendió que venía del Este, probablemente de Nueva York, para hacer una breve y obligatoria visita a un pariente, tal vez a una antigua compañera de estudios, y no veía la hora de regresar. No, había contestado, el señor Hanscom no era ningún marica. Ella había sacado un paquete de cigarrillos para ponerse uno entre los labios rojos, a la espera de que él se lo encendiera. ¿Cómo lo sabe?, había preguntado ella con una sonrisita. Pues lo sé, había contestado él. Y así era. Pensó decirle: Creo que es el hombre más solitario que he visto en mi vida, pero no iba a decir una cosa así a esa neoyorquina que lo miraba como si él fuera un ejemplar raro y divertido.

Esa noche, el señor Hanscom parecía algo pálido, algo distraído.

--Hola, Ricky Lee -dijo, sentándose. Después se dedicó a estudiarse las manos.

Ricky Lee sabía que iba a pasar los seis, siete u ocho meses siguientes en Colorado Springs, supervisando la construcción de un centro cultural, amplio complejo de seis edificios insertado en la ladera de una montaña. "Cuando esté terminado, la gente dirá que parece como si un niño gigantesco hubiera dejado sus bloques de juguete sembrados en una escalera -había dicho Ben a Ricky Lee-. Bueno, no todos, pero sí algunos y tendrán razón a medias. Pero creo que va a funcionar. Es lo más grande que he intentado y hacerlo va a dar mucho miedo, pero creo que funcionará."

Ricky Lee se dijo que probablemente el señor Hanscom tenía un poco de ese miedo que sienten los actores al salir al escenario. No tenía nada de asombroso ni de malo. Cuando uno llega tan alto como para llamar la atención, también puede atraer los tiros. O a lo mejor le había picado el bicho de la gripe.

Ricky Lee sacó una jarra para cerveza y la colocó debajo del grifo.

--De eso no, Ricky Lee.

Ricky Lee se volvió sorprendido... y cuando Ben Hanscom lo miró se sintió súbitamente asustado. Porque el señor Hanscom no parecía tener miedo al escenario, ni a la gripe ni a nada de eso. parecía haber recibido un golpe terrible y estar tratando de entender qué diablos le había caído encima. "Murió alguien. Aunque no sea casado, todo el mundo tiene familia. Seguro que alguien la palmó en la suya. Es eso, seguro."

Alguien echó una moneda en el tocadiscos automático y Barbara Mandrell comenzó a cantar algo sobre un hombre ebrio y una mujer solitaria.

--¿Se siente bien, señor Hanscom?

Ben Hanscom miró a Ricky Lee con ojos que, de pronto, parecían diez... no, veinte años más viejos que el resto de su cara, y Ricky Lee se quedó atónito al observar que el señor Hanscom estaba encaneciendo. Hasta entonces no le había visto canas.

Hanscom sonrió. Fue una sonrisa espantosa, horrible. Como ver sonreír a un cadáver.

--Creo que no, Ricky Lee. No señor. Esta noche no me siento nada bien.

Ricky Lee rodeó la jarra y se acercó a él. El bar estaba tan desierto como un lunes por la noche. No había siquiera veinte parroquianos de los que pagan. Annie estaba sentada junto a la puerta de la cocina jugando a las cartas con la cocinera.

--¿Malas noticias, señor Hanscom?

--Malas noticias, eso es. Malas noticias de casa.

Miraba a Ricky Lee. Miraba a través de Ricky Lee.

--Lo siento, señor Hanscom.

--Gracias, Ricky Lee.

Ricky Lee iba a preguntar si podía ayudar en algo cuando el dijo:

--¿Qué whisky sirves aquí, Ricky Lee?

--Para los demás, Four Roses. Pero para usted tengo Wild Turkey.

Hanscom sonrió.

--Muy amable de tu parte, Ricky Lee. Creo que debes darme esa jarra, después de todo. Lo que harás será llenarla de Wild Turkey.

--¿Llenarla? -repitió Ricky Lee, atónito-. ¡Coño, voy a tener que sacarlo de aquí rodando!. -"O llamar a una ambulancia", pensó.

--Esta noche, no -dijo Hanscom-. No lo creo.

Ricky Lee miró al señor Hanscom a los ojos, para ver si bromeaba. Le llevó menos de un segundo comprobar que no. Así que sacó la jarra del bar y la botella de Wild Turkey de la estantería. Contempló el gorgoteo del líquido, fascinado a pesar suyo. Ricky Lee decidió que el señor Hanscom tenía, después de todo, bastante de tejano. Nunca en su vida había servido ni volvería a servir semejante medida de whisky.

"Nada de ambulancias. Si llega a tomarse todo esto, tendré que llamar a la funeraria."

De cualquier modo, le llevó la jarra y se sentó frente a él. Cierta vez, el padre de Ricky Lee le había dicho que si un hombre estaba en su sano juicio, uno debía darle lo que quisiera y pudiera pagar, fuera meados o veneno. Ricky Lee no sabía si el consejo era bueno o no, pero sí que, cuando uno regentaba un bar para vivir, hacía bastante por evitar que la conciencia lo convirtiera en carnada para caimanes.

Hanscom miró el monstruoso trago por un momento, pensativo. Luego preguntó:

--¿Cuánto te debo por esto, Ricky Lee?

El tabernero meneó lentamente la cabeza, sin apartar la vista de la jarra llena. No quería encontrarse con esos ojos fijos, hundidos en las órbitas.

--No -dijo-. Éste corre por cuenta de la casa.

Hanscom volvió a sonreír con más naturalidad.

--Vaya, gracias, Ricky Lee. Ahora voy a mostrarte algo que aprendí en Perú, en 1978, cuando trabajaba con un tipo llamado Frank Billings... estudiaba a sus órdenes, podría decirse. Pescó una fiebre y los médicos le inyectaron un surtido de antibióticos, sin que ninguno le hiciera efecto. Pasó dos semanas ardiendo y al fin murió. Lo que voy a mostrarte es algo que aprendí de los indios que trabajaban en el proyecto. El brebaje local es bastante potente. Si uno toma un trago, le parece suave, no hay problema, pero de pronto es como si alguien hubiera encendido un soldador dentro de la boca apuntándolo hacia la garganta. Sin embargo, los indios lo beben como si fuera Coca-Cola y rara vez vi a alguno borracho, ni siquiera con resaca. Nunca tuve valor para intentar lo que ellos hacen,

pero creo que esta noche voy a probar. Tráeme unas rodajas de limón, de las que tienes ahí.

Ricky Lee le llevó cuatro y las dejó pulcramente en una servilleta junto a la jarra de whisky. Hanscom tomó una, inclinó la cabeza hacia atrás como si estuviera por echarse gotas en los ojos y comenzó a exprimir jugo de limón en su fosa nasal derecha.

--¡Dios! -exclamó Ricky Lee, horrorizado.

La garganta de Hanscom se contrajo. Su rostro enrojeció... y Ricky Lee vio cómo le corrían lágrimas por la cara, hacia las orejas. En ese momento, el tocadiscos automático emitía algo de los Spinners: "Oh, Señor, no sé cuánto más puedo aguantar."

Hanscom buscó a tientas en el mostrador, cogió otra rodaja de limón y exprimió el jugo en la otra fosa nasal.

--Se va a matar, coño -susurró Ricky Lee.

Hanscom dejó caer en el mostrador las dos rodajas exprimidas. Tenía los ojos enrojecidos y respiraba en jadeos entrecortados. De la nariz le goteaba el claro jugo de limón hasta las comisuras de la boca. Buscó a tientas la jarra, la levantó y bebió una tercera parte. Ricky Lee, petrificado, observó el subir y bajar de su nuez.

Hanscom dejó la jarra a un lado, se extremeció dos veces e hizo una señal de asentimiento con la cabeza. Luego miró a Ricky Lee y sonrió. Ya no tenía los ojos enrojecidos.

--El resultado es el que ellos decían. Uno está tan preocupado por la nariz que ni siquiera siente lo que está bajando por la garganta.

--Usted se ha vuelto loco, señor Hanscom -dijo Ricky Lee.

--¿Apostarías tu pellejo? ¿Recuerdas esa frase, Ricky Lee? La decíamos cuando éramos pequeños, ¿verdad? "Apuesto mi pellejo". ¿Nunca te dije que yo era gordo?

--No, señor, nunca -susurró Ricky Lee. Ya estaba convencido de que el señor Hanscom había recibido una noticia tan horrible que lo había vuelto loco... al menos transitoriamente.

--Era una bola de grasa. Nunca jugaba al béisbol ni al baloncesto. Si jugábamos a cogernos, era el primero que atrapaban. Vivía tropezando conmigo mismo. Era gordo, ya lo creo. Y en mi ciudad natal había unos tíos que la tomaban siempre conmigo. Había un individuo llamado Reginald Huggins, al que todo el mundo llamaba Belch (eructo). Y otro que se llamaba Victor Criss y algunos más. Pero el verdadero cerebro era un tal Henry Bowers. Si alguna vez pisó este mundo un chico auténticamente malo, Ricky Lee, ese fue Henry Bowers. Yo no era el único con quien la tomaba. El problema era que yo no podía correr como los otros.

Hanscom se desabotonó la camisa y la abrió. Al inclinarse hacia adelante, Ricky Lee vio una rara cicatriz retorcida en el vientre del señor Hanscom, por encima del ombligo. Blanca, fruncida y vieja. Era una letra. Alguien había dibujado a tajos la letra H en el vientre de ese hombre, probablemente mucho antes de que fuera hombre.

--Esto me lo hizo Henry Bowers. Hace mil años. Y puedo considerarme afortunado de no llevar todo su nombre grabado aquí.

--Señor Hanscom...

Hanscom tomó las otras dos rodajas de limón, una en cada mano. Inclinó la cabeza hacia atrás y las exprimió como si fueran gotas nasales. Con un estremecimiento, las dejó a un lado y bebió dos grandes tragos de la jarra. Volvió a estremecerse, un trago más y luego buscó a tientas el borde acolchado del mostrador, con los ojos cerrados. Por un momento se cogió a él como si se aferrase a la borda de un velero para buscar apoyo en mar picada. Por fin volvió a abrir los ojos y sonrió al tabernero.

--Podría pasar toda la noche montado en este toro -dijo.

--Señor Hanscom, me haría un favor si dejara de hacer eso -dijo Ricky Lee, nervioso.

Annie se acercó al lugar de las camareras con su bandeja y pidió un par de cervezas. Sentía las piernas como de goma.

--¿El señor Hanscom está bien, Ricky Lee? -preguntó Annie.

Estaba mirando por encima del hombro de su patrón, que se volvió para seguir la dirección de su mirada. Hanscom, inclinado sobre la barra, escogía algunas rodajas de limón tomándolas de la bandeja donde Ricky Lee tenía los ingredientes para dar sabor a las bebidas.

--No lo sé -dijo-. Me parece que no.

--Bueno, deja de remolonear y haz algo. -Annie, como casi todas las mujeres, tenía predilección por Ben Hanscom.

--Mi padre siempre decía que cuando un hombre está en sus cabales y pide...

--Tu padre tenía menos cabeza que una ardilla -aseguró Annie-. Olvídate de lo que decía tu padre. Tienes que detenerlo, Ricky Lee. Se puede matar.

Ricky Lee se acercó nuevamente a Ben Hanscom.

--Señor Hanscom, me parece que ya ha tomado bast...

Hanscom echó la cabeza hacia atrás. Exprimió. Esa vez aspiró el jugo de limón como si fuera cocaína. Tragó el whisky como si fuera agua. Y miró a Ricky Lee, solemnemente.

--Bingo-banga, vi a toda la banda bailando en la sala de mi casa -dijo, y se echó a reír.

En la jarra sólo quedaba un dedo de whisky.

--Sí, ya basta -aseguró Ricky Lee, alargando la mano hacia la jarra.

Hanscom lo apartó suavemente.

--El daño ya está hecho, Ricky Lee -dijo-. El daño ya está hecho.

--Señor Hanscom, por favor...

--Tengo algo para tus chicos, Ricky Lee, casi lo olvido.

Llevaba puesto un chaleco descolorido y sacó algo de uno de sus bolsillos. Ricky Lee oyó un tintineo apagado.

--Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años -dijo Hanscom. No había en su voz la menor gangosidad-. Dejó unas cuantas deudas y esto. Quiero que se lo des a tus chicos, Ricky Lee.

Y puso tres dólares de plata en el mostrador, donde centellearon bajo las luces suaves. Ricky Lee contuvo la respiración.

--Es muy amable, señor Hanscom, pero no puedo...

--Había cuatro, pero di uno de ellos a Bill el Tartaja y a los otros. Billy Denbrough, así se llamaba en realidad. Nosotros le llamábamos Bill el Tartaja, así como decíamos "apuesto mi pellejo". Era uno de los mejores amigos que he tenido

en mi vida. Y he tenido unos cuantos, ¿sabes? Aun gordo como era, tenía unos cuantos amigos. Bill el Tartaja es ahora escritor.

Ricky Lee apenas lo escuchaba. Estaba mirando, fascinado, los dólares de plata: 1921, 1923 y 1924. Sólo Dios sabía cuánto podían valer, sólo por el peso en plata pura.

--No puedo aceptarlos -repitió.

--Pero yo insisto en que los aceptes.

El señor Hanscom tomó la jarra y la vació por completo. Por entonces, ya debería haber estado en el suelo, pero sus ojos no se apartaban de los de Ricky Lee. Estaban acuosos e inyectados en sangre, pero Ricky Lee habría jurado sobre un montón de Biblias que también estaban sobrios.

--Me está asustando un poco, señor Hanscom -dijo Ricky Lee.

Dos años antes, Gresham Arnold, borracho de cierta reputación en la zona, había entrado en La Rueda Roja con un cilindro de monedas de a veinticinco y un billete de veinte dólares metido en la cinta del sombrero. Entregó las monedas a Annie con instrucciones de ponerlas de a cuatro en el tocadiscos automático. Luego puso los veinte dólares en el mostrador e indicó a Ricky Lee que sirviera una copa a todos los presentes. Ese borracho, ese tal Gresham Arnold, había sido mucho antes una estrella del baloncesto que jugaba en los Carneros de Hemingford. Por primera y probablemente por última vez, había llevado a su equipo al primer puesto de la liga nacional de institutos, en 1961. Ante el joven parecía abrirse un futuro casi sin límites. Pero había abandonado la universidad en el primer semestre, víctima de la bebida, las drogas y las fiestas interminables. Volvió a su casa, destrozó el descapotable amarillo que sus padres le habían regalado por su graduación y consiguió trabajo como jefe de vendedores en el negocio de su padre, que era representante de John Deere. Pasaron cinco años. El padre no se decidía a despedirlo, de modo que acabó por vender el negocio y se retiró a Arizona, perseguido y envejecido antes de tiempo por la inexplicable (y al parecer irreversible) degeneración de su hijo. Mientras el negocio era de su padre y podía fingir, siquiera, que trabajaba, Arnold hizo algún esfuerzo por moderarse con la bebida. Después se abandonó por completo. A veces se ponía peligroso, pero la noche en que apareció con las monedas e invitó a todos los presentes, estaba más dulce que un caramelo. Todo el mundo le dio las gracias. Annie pasaba las canciones de Moe Bandy porque a Greskam Arnold le gustaba el viejo Moe Bandy. Sentado en la barra (en el mismo taburete que ocupaba el señor Hanscom en esos momentos, notó Ricky Lee con creciente intranquilidad), bebió tres o cuatro whiskys con bíter, cantando al compás de los discos, sin causar problemas. Cuando Ricky Lee cerró La Rueda, él volvió a su casa y se colgó de su cinturón en una viga de la planta alta. Gresham Arnold tenía los mismos ojos de Ben Hanscom, aquella noche.

--¿Así que estoy asustándote un poco? -preguntó Hanscom, sin apartar la vista de la jarra y cruzó pulcramente las manos frente a aquellos tres dólares de plata-. Es probable. Pero no estarás tan asustado como yo, Ricky Lee. Pide a Dios que nunca te deje estar tan asustado.

--Bueno, pero ¿qué pasa? -preguntó Ricky Lee-. A lo mejor... A lo mejor puedo echarle una mano.

--¿Qué pasa? -Ben Hanscom se echó a reír-. Bueno, no mucho. Esta noche recibí una llamada de un viejo amigo. Un tío llamado Mike Hanlon. Me había olvidado completamente de él, Ricky Lee, pero eso no me asustó tanto. Después de todo, nos conocimos en la infancia y los chicos olvidan, ¿verdad? Por supuesto. Apuesto mi pellejo. Lo que me asustó fue que, a medio camino hacia aquí, me di cuenta de que no sólo me había olvidado de Mike, sino también de mi infancia.

Ricky Lee se limitó a mirarlo. No comprendía lo que ese hombre estaba diciendo, pero se veía asustado, eso sí. No cabía duda. Parecía extraño en Ben Hanscom, pero era cierto.

--Te digo que había olvidado todo -dijo, golpeando ligeramente el mostrador con los nudillos, para dar énfasis-. ¿Has oído alguna vez de una amnesia tan absoluta que uno ni siquiera se dé cuenta de que la padece?

Ricky Lee sacudió la cabeza.

--Yo tampoco. Pero esta noche, mientras venía hacia aquí, recordé todo de golpe. Recordaba a Mike Hanlon, pero sólo porque él me había llamado por teléfono. Me acordaba de Derry, pero sólo porque él me había llamado desde allá.

--¿Derry?

--Y eso era todo. Me di cuenta de que no pensaba en mi infancia desde... No sé siquiera desde cuándo. Y entonces, justo en ese momento, todo volvió en un torrente. Como lo que hicimos con el cuarto dólar de plata, por ejemplo.

--¿Qué hicieron con él, señor Hanscom?

El ingeniero consultó su reloj y, de pronto, se levantó. Se tambaleó apenas. Eso fue todo.

--No puedo permitir que se me escape el tiempo -dijo-. Esta noche tengo que volar.

Ricky Lee puso expresión de alarma. Hanscom se echó a reír.

--No seré yo quien pilote el avión. Esta vez no. Voy con United Airlines, Ricky Lee.

--Ah. -Seguramente se le vio el alivio en la cara, pero no importaba-. ¿Adónde va?

Hanscom aún tenía la camisa abierta. Observó pensativamente las líneas blancas, melladas, de la vieja cicatriz, y comenzó a abotonarse la camisa.

--¿No te lo dije, Ricky Lee? A casa. Vuelvo a casa. Da esos dólares a tus chicos.

Echó a andar hacia la puerta. Algo en su modo de caminar, hasta en la manera de tirarse de los pantalones, aterrorizó a Ricky Lee. De pronto se parecía tanto al difunto y poco llorado Gresham Arnold que era como ver a un fantasma.

--¡Señor Hanscom! -gritó, alarmado.

Hanscom se volvió. Ricky Lee retrocedió un paso. Su trasero chocó contra la estantería, las copas tintinearon brevemente y las botellas entrechocaron. Había dado ese paso atrás porque, de pronto, tenía la seguridad de que Ben Hanscom estaba muerto. Sí, Ben Hanscom yacía muerto en algún lugar, en una zanja, en un desván, tal vez en un armario, con el cinturón alrededor del cuello y las punteras de sus costosas botas colgando a cinco centímetros del suelo. Esa cosa que estaba allí, junto al tocadiscos automático, mirándolo con fijeza, era un espectro. Fue sólo un momento, pero bastó para cubrirle el acelerado corazón con una capa de hielo. Estaba seguro de ver las sillas y las mesas a través de ese hombre.

--¿Qué pasa, Ricky Lee?
--N-n-o, nada.
Ben Hanscom miraba a Ricky Lee con los ojos bordeados por dos media lunas púrpuras. Sus mejillas ardían. Tenía la nariz roja e irritada.
--Nada -susurró Ricky Lee otra vez.
Pero no podía apartar la vista de aquella cara, la cara de un hombre que ha muerto hundido en el pecado y se yergue ante la humeante puerta del infierno.
--Yo era gordo y éramos pobres -dijo Ben Hanscom-. Ahora me acuerdo. Y recuerdo que alguien, una niña llamada Beverly o Bill el Tartaja, me salvó la vida con un dólar de plata. Me vuelvo loco de miedo por lo que pueda seguir recordando esta noche. Pero no importa lo asustado que pueda estar, porque de todos modos volverá. Todo está allí, como una gran burbuja que crece en mi mente. Y voy igual, porque todo lo que he conseguido, lo que ahora tengo, se debe, de algún modo, a lo que hicimos entonces, y en este mundo hay que pagar lo que se recibe. Tal vez por eso Dios nos hizo niños para empezar cerca del suelo. Él sabe que uno debe caerse muchas veces y sangrar mucho antes de aprender esa simple lección. Se paga por lo que se recibe, se posee lo que se paga... y, tarde o temprano, lo que se posee vuelve a uno.
--Volverá este fin de semana, ¿verdad? -preguntó Ricky Lee, con los labios entumecidos. En su creciente aflicción, sólo eso le servía de apoyo-. Volverá este fin de semana, como siempre, ¿eh?
--No lo sé -dijo Hanscom con una sonrisa horrible-. Esta vez estaré mucho más lejos que Londres, Ricky Lee.
--¡Señor Hanscom!
--Da esas monedas de plata a tus chicos -repitió.
Y se escurrió hacia la noche.
--¿Qué diablos pasa? -preguntó Annie, pero Ricky Lee no le hizo caso.
Levantó la tabla divisoria de la barra y corrió a una de las ventanas que daban al aparcamiento. Vio que se encendían los faros del Caddy de Hanscom, oyó el ronroneo del motor. El coche salió del aparcamiento levantando tras de sí una estela de polvo. Las luces traseras se redujeron a puntos rojos por la autopista 63. El viento nocturno de Nebraska comenzó a dispersar el polvo.
--Se bebe un barril entero y tú lo dejas irse con ese cochazo -protestó Anni-. Qué bien, Ricky Lee.
--No te preocupes.
--Se va a matar.
Y aunque eso había pensado Ricky Lee cinco minutos antes, se volvió hacia ella en el momento en que las luces traseras desaparecían de la vista y sacudió la cabeza.
--No lo creo -dijo-. Aunque, por su estado, sería mejor que se matara.
--¿Qué te dijo?
Él meneó la cabeza. Todo estaba confuso en su mente y la suma total carecía de significado.
--No tiene importancia. Pero no creo que volvamos a ver a ese hombre. Nunca más.

4. Eddie Kaspbrak toma su medicamento.

Si uno quiere saber todo cuanto puede saberse del norteamericano de clase media, hombre o mujer, al acercarse al final de este milenio, basta con echar un vistazo a su botiquín. Al menos eso se ha dicho. Pero ¡por Dios!, echemos un vistazo al que Eddie Kaspbrak está abriendo después de apartar misericordiosamente su cara blanca y sus grandes ojos fijos.

En el estante superior hay Anacin, Excedrin, Excedrin Pm, Contac, Gelusil, Tylenol y un gran frasco azul de Vicks. Hay una botella de Vivarin, otra de Serutan y dos de Leche de Magnesia Phillips: la común, que tiene gusto a tiza líquida, y el nuevo sabor a menta, que tiene gusto a tiza líquida con sabor a menta. Hay un frasco de Rolaids, conviviendo amistosamente con un gran frasco de Tums. Los Tums están junto a un frasco de tabletas DiGel con sabor a naranja. Los tres parecen un terceto de extrañas huchas, llenas de píldoras en lugar de monedas.

En el segundo estante, las vitaminas: allí tenemos la E, la C, la C con escaramujo. Hay B simple, complejo B y B 12. Hay L-Lysine, que se supone sirve para esos molestos problemas de la piel, y lecitina, que sirve para ese molesto colesterol acumulado dentro y alrededor del gran músculo. Hay hierro, calcio y aceite de hígado de bacalao. Hay Myadec múltiples, Centrum múltiples y, en la cima del botiquín, solitaria, una enorme botella de Geritol, por las dudas.

Si avanzamos hasta el tercer estante de Eddie, encontraremos la flor y nata de los medicamentos comerciales. ExLux, las pildoritas de Carter. Son para que Eddie Kaspbrak no sufra de estreñimiento. A poca distancia, Pepto-Bismol y Estreptocarbocaftiazol, por si la evacuación es demasiado abundante o dolorosa. También unos hisopos, en frasco con tapa de rosca, para mantener todo higienizado una vez se ha cumplido la defecación. Hay Fórmula 44 para la tos, Dristán para los resfriados, y un gran frasco de aceite de castor. Una latita de Sucrets, por si a Eddie le duele la garganta, y un cuarteto de enjuagues bucales: Chloraseptic, Cepacol, Cepestal en inhalador y, por supuesto, el viejo Listerine, imitado con frecuencia, pero jamás igualado. Visine y Marine para los ojos. Quadriderm y Neosporin para la piel (segunda línea de defensa, por si el L-Lysine no responde a las expectativas), y algunas cápsulas de tetraciclina.

Y a un lado, arracimados como amargos conspiradores, hay tres frascos de champú de brea.

El estante inferior está casi vacío, pero las cosas que hay allí son realmente serias: con esto se puede volar al espacio, sí. Con esto se puede volar más alto que el jet de Ben Hanscom y estrellarse con más fuerza que el de Thurman Munson. Allí hay Valium, Percodan, Elavil y Darvon Compound. También hay otra caja de Sucrets, pero sin Sucrets: si la abrimos, encontraremos en ella seis quaaludes.

Eddie Kaspbrak creía en el lema de los boys scouts.

Entró en el baño balanceando un bolso azul. Lo puso sobre el lavabo, abrió la cremallera y, con manos estremecidas, empezó a echarle botellas, frascos, tubos, pomos y rociadores. En otras circunstancias, los habría tomado en cautelosos puñados, pero no había tiempo para sutilezas. Tal como Eddie veía las cosas, la alternativa era tan simple como brutal: avanzar y seguir avanzando o quedarse en

un mismo sitio el tiempo suficiente para empezar a pensar de qué se trataba y, sencillamente, morir de miedo.

--¿Eddie? -llamó Myra desde la planta baja-. Eddie, ¿qué estás haciendo?

Eddie dejó caer en el bolso la caja de Sucrets que contenía los estimulantes. El botiquín ya estaba casi vacío, descontando el Midol de Myra y un pomito de Blistex, casi agotado. Después de una breve pausa, tomó el Blistex. Cuando iba a cerrar el bolso, pensó un segundo más y dejó caer también el Midol "Analgésico para dolores menstruales. (N. de la T.)" dentro del bolso. Ella podía comprar otro.

--¿Eddie? -La voz sonaba desde la escalera.

Eddie terminó de cerrar la cremallera y salió del baño balanceando el bolso. Era un hombre bajito, de cara tímida y aconejada. Había perdido gran parte del pelo; el resto crecía en parches inquietos, multicolores. El peso del bolso lo escoraba hacia un lado.

Una mujer voluminosa estaba ascendiendo lentamente de la planta baja. Eddie oyó el crujido de la escalera, que protestaba bajo su peso.

--¿Qué estás haciendo?

Eddie no necesitaba consultar con un psiquiatra para saber que, en cierto sentido, se había casado con su madre. Myra Kaspbrak era enorme. Al casarse con Eddie, cinco años antes, era sólo corpulenta, pero él solía pensar que su inconsciente había visto la enormidad potencial de esa mujer. Bien sabía Dios que su propia madre había sido una mole. Y Myra se las compuso para parecer más enorme que nunca al llegar a la planta baja. Llevaba un camisón blanco que se henchía como una colmena en el busto y en las caderas. Su cara, sin maquillar, era blanca y reluciente. Parecía asustada.

--Tengo que marcharme por un tiempo -dijo Eddie.

--¿Cómo que tienes que irte? ¿Qué llamada telefónica fue ésa?

--Nada -dijo él, huyendo por el pasillo hacia el amplio guardarropa.

Dejó en el suelo el bolso, abrió la puerta plegadiza y apartó los seis trajes negros idénticos que pendían allí, tan llamativos como una nube de tormenta contra las otras ropas, más coloridas. Para trabajar usaba siempre un traje negro. Se inclinó dentro del armario, que olía a lana y a naftalina, y sacó de la parte trasera una de las maletas. Empezó a llenarla de ropa.

La sombra de su mujer cayó sobre él.

--¿Qué está pasando, Eddie? ¿Adónde vas? ¡Dímelo!

--No puedo decírtelo.

Ella permanecía allí, observándolo, tratando de pensar qué decir, qué hacer. Le cruzó la idea de empujarlo al interior del guardarropa y quedarse allí, con la espalda contra la puerta, hasta que le pasara esa locura, pero no se decidió a hacerlo. Sin embargo, le habría sido fácil: medía siete u ocho centímetros más que él y pesaba cuarenta y cinco kilos más. Pero si no sabía qué decir ni qué hacer era porque Eddie estaba actuando incomprensiblemente. No se hubiese sentido más horrorizada si, al entrar en el comedor, hubiese encontrado el nuevo televisor de pantalla gigante flotando en el aire.

--No puedes irte -dijo-. Prometiste que me conseguirías el autógrafo de Al Pacino. -Era algo absurdo y Dios lo sabía, pero en ese momento un absurdo era mejor que nada.

--Ya lo tendrás -repuso Eddie-. Tendrás que procurártelo tú misma, ya que conducirás la limusina.
Un nuevo terror se unía a los que ya circulaban en la pobre cabeza aturdida de Myra. Lanzó un pequeño grito.
--No puedo... Yo nunca...
--Tendrás que hacerlo -dijo él, examinando sus zapatos-. No hay otra persona.
--¡Pero todos los uniformes se me han quedado pequeños! ¡Me ajustan demasiado el busto!
--Pide a Dolores que te agrande uno -sugirió él.
Descartó dos pares de zapatos, buscó una caja vacía y metió en ella un tercer par. Zapatos negros, de buena calidad, les quedaba mucho uso, pero estaban algo ajados para usarlos en el trabajo. cuando uno se ganaba la vida paseando a la gente rica por Nueva York, a la gente rica y famosa, todo tenía que lucir a la perfección. Pero servirían Para el sitio a donde iba. Y para lo que tuviera que hacer cuando llegara. Tal vez Richie Tozier...
Pero en ese momento lo amenazó la negrura, sintió que comenzaba a cerrársele la garganta. Eddie notó entonces, con verdadero pánico, que había cargado con toda una farmacia, olvidando lo más importante, su inhalador, en la planta baja, sobre el equipo estereofónico.
Cerró la maleta con violencia. Luego se volvió hacia Myra, que seguía allí, en el pasillo, con la mano contra la corta y gruesa columna de su cuello, como si fuera ella la que padecía de asma. Lo miraba fijamente, con perplejidad y terror. Eddie habría sentido lástima por ella, de no ser porque su corazón ya estaba lleno de terror por sí mismo.
--¿Qué ha pasado, Eddie? ¿Quién te llamó por teléfono? ¿Estás en dificultades? Tienes problemas, ¿no es cierto? ¿Qué problemas son?
Caminó hacia ella con el bolso en una mano y la maleta en la otra, más o menos derecho, ahora que el peso estaba mejor equilibrado. Myra le bloqueó el paso hacia la escalera. El pensó que no lo dejaría pasar. Pero, cuando su cara estaba por estrellarse en el blando bloqueo de sus pechos, la mujer se apartó... con miedo. Al pasar Eddie sin detenerse, ella rompió en angustiosos sollozos.
--¡No puedo llevar a Al Pacino! -baló-. ¡Me estrellaré contra el primer indicador que encuentre! ¡Estoy segura! ¡Eddie, tengo miedo!
El echó un vistazo al reloj que estaba en la mesa, junto a la escalera. Las nueve y veinte. El empleado del Delta le había dicho que ya había perdido el último vuelo a Maine, el que salía de La Guardia a las ocho y veinticinco. Una llamada a Amtrak le había confirmado que un tren nocturno a Boston partía de la estación a las once y media. Lo dejaría en South Station, donde podría tomar un taxi hasta las oficinas de Limusinas Cape Cod, en la Arlington Street. Cape Cod y Royal Crest, la compañía de Eddie, trabajaban en útil y recíproco acuerdo desde hacía años. Con una breve llamada a Butch Carrington, de Boston, solucionó su transporte rumbo al Norte. Butch dijo que le tendría un Cadillac listo, con el depósito lleno. Viajaría a lo grande, sin ningún cliente fastidioso sentado en el asiento trasero que le envenenara con su enorme cigarro y preguntara dónde podían encontrarse mujeres, cocaína o ambas cosas.

"A lo grande, sí -pensó-. Para viajar a lo grande, tendrías que hacerlo en una carroza fúnebre. Pero no te preocupes, Eddie: así es, probablemente, como volverás si queda algo de ti que puedan recoger."

Nueve y veinte. Tiempo de sobra para hablar con ella, para mostrarse amable. Ah, pero habría sido mejor que aquello hubiese sucedido la noche en que Myra iba a jugar a whist. Entonces él habría podido irse sigilosamente dejando una nota bajo uno de los imanes que había en la puerta de la nevera (allí ponía todas las notas para Myra). Marcharse así, como un fugitivo, no estaba bien, pero aquello era todavía peor. Era como tener que abandonar el hogar otra vez. Y aquello le había resultado tan difícil que se había visto obligado a repetirlo tres veces.

"A veces, el hogar está donde está el corazón -pensó Eddie-. Eso creo. Bobby Frist decía que el hogar es ese sitio donde, cuando tenemos que volver, están obligados a recibirnos. Por desgracia, es también el sitio donde, cuando estamos allí, no quieren dejarnos salir."

De pie en lo alto de la escalera, de pronto lleno de miedo, sibilante la respiración en el tubo capilar al que se había reducido su garganta, contempló a su sollozante esposa.

--Acompáñame a la planta baja y te diré lo que pueda -dijo.

Dejó sus dos maletas en el vestíbulo, junto a la puerta. En ese momento recordó algo más... Mejor dicho, se lo recordó el fantasma de su madre que había muerto hacía varios años, pero que aún le hablaba mentalmente con frecuencia.

"Sabes que cuando te mojas los pies siempre te resfrías, Eddie. Tú no eres como los otros: tienes un organismo muy débil, debes ser cuidadoso. Por eso debes usar siempre botas de goma cuando llueve."

En Derry llovía mucho.

Eddie abrió el armario del vestíbulo, sacó las botas de goma del gancho que las sostenía con su limpia bolsa de plástico y las puso en la maleta.

"Así me gusta, Eddie."

Había estado mirando la tele con Myra cuando una montaña le cayó encima. Eddie fue al comedor y presionó el botón que bajaba la pantalla de su Mural Vision. Tomó el teléfono y pidió un taxi. El empleado le dijo que tardaría unos quince minutos.

Después de colgar, cogió el inhalador que había sobre el caro equipo Sony. "Gasté mil quinientos dólares en un equipo de sonido que es una obra de arte, para que Myra no se perdiera una sola nota de su Barry Manilow y sus grandes éxitos", pensó. De inmediato sintió una oleada de remordimientos. Aquello no era justo y él lo sabía muy bien. Myra estaba tan satisfecha con sus viejos discos rayados como con el nuevo equipo de discos compactos, tal como había sido muy feliz en la pequeña casa de Queens, con sus cuatro habitaciones, y habría podido seguir allí hasta que ambos envejecieran. Si él había comprado ese equipo de lujo era por la misma razón que lo había hecho adquirir esa casona de Long Island, donde los dos repiqueteaban como dos guisantes olvidados en la lata: porque sus medios se lo permitían y porque era un modo de apaciguar la voz de su madre, suave, asustada, con frecuencia aturdida, siempre implacable. Eran maneras de decir: "¡Lo he conseguido, mamá! Mira todo esto. ¡Lo he conseguido! Ahora, por el amor de Dios, ¿quieres callarte un poco?"

Eddie se puso el inhalador en la boca y, como un suicida, apretó el gatillo. Una nube de horrible gusto a regaliz se abrió camino, hirviendo, por su garganta. Eddie respiró profundamente. Sintió que se volvían a abrir canales ya casi cerrados. Se alivió la presión en su pecho. Y súbitamente volvió a oír en su mente, voces espectrales.

--¿No recibió la nota que le envié?

--La recibí, señora Kaspbrak, pero...

--Bueno, por si no sabe leer, entrenador, permítame que se lo diga personalmente. ¿Me escucha?

--Señora Kaspbrak...

--Muy bien. Aquí va, con toda claridad. ¿Listo? Mi Eddie no puede asistir a las clases de educación física. Repito: No Puede asistir a educación física. Eddie es muy delicado. Si corre o salta...

-Señora Kaspbrak, en los archivos de mi oficina tengo los resultados del último examen físico de Eddie. Según ellos, Eddie es algo pequeño para su edad, pero absolutamente normal en todo lo demás. Por eso llamé a su médico de cabecera, sólo para asegurarme, y él me confirmo...

--¿Me está tratando de mentirosa, entrenador Black? ¿Es eso lo que quiere decir? ¡Bueno, aquí lo tiene! Aquí está Eddie, a mi lado. ¿Oye cómo respira? ¿Lo oye?

--Mamá... por favor... estoy bien...

--Eddie, parece mentira. Te he enseñado mejores modales. No interrumpas a los mayores.

--Lo oigo, señora Kaspbrak, pero...

--¿De veras? ¡Bien! ¡Pensé que era sordo! Parece un camión subiendo una cuesta en primera, ¿no? Y si eso no es asma...

--Mamá, no me

--Calla, Eddie, no vuelvas a interrumpirme. Si eso no es asma, entrenador Black, yo soy la reina Isabel.

--Señora Kaspbrak, cuando Eddie asiste a las clases de educación física, con frecuencia se le ve feliz y contento. Le encantan los deportes y corre a bastante velocidad. En mi conversación con el doctor Baynes surgió la palabra psicosomático. Quizá usted no haya tenido en cuenta la posibilidad de que...

--¿... de que mi hijo esté loco? ¿Es eso lo que trata de decir? ¿Trata de decir que mi hijo está loco?

--No, pero...

--Es delicado

--Señora Kaspbrak...

--Mi hijo es muy delicado.

--Señora Kaspbrak, el doctor Baynes confirmó que no ha hallado nada en absoluto...

--... en la parte física -concluyó Eddie.

El recuerdo de aquel humillante enfrentamiento, su madre aullando ante el entrenador en el gimnasio de la escuela primaria de Derry, mientras él jadeaba y se ruborizaba a su lado, y los otros chicos se agrupaban en derredor para mirar, había vuelto a él esa noche, por primera vez en muchos años. Pero no era el único recuerdo que la llamada de Mike Hanlon le devolvería, sin duda. Sentía que

muchos otros, igualmente malos o aun peores, se amontonaban y pujaban como compradores en las rebajas. Pero pronto cedería el amontonamiento y entrarían todos. De eso estaba seguro. ¿Y qué encontrarían a la venta? ¿Su cordura? Tal vez a mitad de precio, "estropeada por humo y alcohol". "Liquidamos todo."

--... nada en absoluto en la parte física -repitió: Aspiró profundamente, estremecido, y se guardó el inhalador en el bolsillo.

--Eddie -suplicó Myra-, por favor, ¡dime de qué se trata!

Las lágrimas le brillaban en las mejillas regordetas. Sus manos se retorcían incansablemente, como un par de rosáceas y lampiños animales al jugar. Cierta vez, poco antes de proponerle casamiento, Eddie había puesto la fotografía de Myra junto a la de su madre, fallecida de un ataque al corazón a la edad de sesenta y cuatro años. En el momento de su muerte, la madre de Eddie pesaba ya más de ciento ochenta kilos; ciento ochenta y uno y medio, exactamente. Por entonces se había convertido casi en un monstruo. Su cuerpo parecía todo tetas, barriga y trasero, coronado por una cara macilenta, perpetuamente horrorizada. Pero la fotografía que puso junto a la de Myra había sido tomada en 1944, dos años antes del nacimiento de Eddie ("Eras un bebé muy enfermizo -susurró la mamá espectral a su oído-. Muchas veces perdimos las esperanzas de que vivieras." En 1944 su madre era aún relativamente esbelta, con sus ochenta y un kilos.

Había hecho esa comparación, era de suponer, en un esfuerzo desesperado por no cometer un incesto psicológico. Miró la foto de su madre, la de Myra, nuevamente la de su madre.

Podrían haber pasado por hermanas. A tal punto llegaba el parecido.

Eddie contempló las dos fotografías, casi idénticas, y se prometió que no cometería esa locura. Sabía que los muchachos, en el trabajo, ya estaban haciendo bromas sobre Mr. Alfeñique y su esposa, pero ellos ignoraban lo peor. Tratándose de bromas y burlas, podía aceptarlas, pero ¿quería convertirse en el payaso de semejante circo freudiano? Ciertamente no. Rompería con Myra. Lo haría con suavidad, porque ella era muy dulce, y tenía aún menos experiencia con los hombres que él con las mujeres. Y después, cuando ella hubiera desaparecido, por fin, tras el horizonte de su vida, quizá podría tomar esas lecciones de tenis en las que pensaba desde hacía tanto tiempo. (... cuando Eddie viene a las clases de educación física, con frecuencia se le ve muy feliz y contento...) o hacerse socio para nadar en la piscina del Plaza (... le encantan los deportes...), para no mencionar el gimnasio que acaban de inaugurar en la Tercera Avenida, al otro lado del garaje... (Eddie corre rápido corre bastante rápido cuando usted no está, corre bastante rápido cuando no hay nadie que le recuerde lo delicado que es y veo en su cara, señora Kaspbrak, que él sabe, aún con sólo nueve años, que el favor más grande que podría hacerse seria correr rápido para alejarse de usted, déjelo ir, señora Kaspbrak, déjelo Correr...)

Pero al final se había casado con Myra. Al final, las viejas costumbres habían prevalecido. El hogar es el sitio donde, cuando tienes que volver, están obligados a encadenarte. Oh, habría dado de garrotazos al fantasma de su madre. Habría sido difícil, pero lo habría hecho, si con eso hubiera bastado. Fue la misma Myra quien acabó por inclinar la balanza del lado opuesto al de la independencia. Myra lo había condenado con solicitud, lo había inmovilizado con su preocupación, lo

había encadenado con su dulzura. Myra, como su madre, había captado la verdad definitiva y fatal de su carácter: Eddie era delicado porque a veces sospechaba que no era delicado en absoluto. Eddie necesitaba que lo protegieran de sus propios oscuros atisbos de posible valentía.

En días de lluvia, Myra siempre sacaba sus botas de goma y las ponía junto al perchero ante la puerta. Todas las mañanas, junto a su plato de tostadas integrales sin mantequilla, había un bol cuyo contenido, a primera vista, podía pasar por cereal para niños; pero era un catálogo de vitaminas, la mayor parte de las cuales iban en el bolso de Eddie. Myra, como su madre, era comprensiva y eso no había dejado ninguna alternativa. Siendo joven y soltero, había abandonado tres veces a su madre; sólo para regresar otras tres veces. Más adelante, pasados cuatro años de la muerte de su madre (había fallecido en su apartamento, bloqueando la puerta de entrada a tal punto que los de la ambulancia, llamados por los vecinos al oír el monstruoso golpe provocado por la caída, tuvieron que entrar por la puerta de servicio), Eddie volvió al hogar por cuarta y última vez. Al menos, él creyó entonces que era la última -a casa con la tartana; a casa, a casa con Myra la marrana-. Era una marrana, pero una marrana dulce, y él la amaba; por eso, al fin de cuentas, no tuvo la menor oportunidad. Ella lo había atraído con esa fatal, hipnótica mirada viperina de la comprensión.

Al hogar otra vez, para siempre, había pensado por entonces.

"Pero tal vez me equivoqué -pensó-. Tal vez este no es el hogar ni nunca lo fue. Tal vez el hogar está donde debo ir esta noche. El hogar es el sitio donde, cuando vas, tienes que enfrentarte finalmente a eso escondido en la oscuridad."

Se estremeció, como si hubiera salido sin las botas de goma y estuviera resfriado.

--¡Por favor, Eddie!

Estaba llorando otra vez. Las lágrimas eran su última defensa, tal como habían sido siempre las de su madre; el arma suave que paraliza, que convierte la bondad y la ternura en grietas fatídicas en la armadura de uno.

De cualquier modo, él nunca había llevado mucho blindaje, las armaduras no parecían sentarle bien.

Las lágrimas habían sido más que una defensa para su madre, habían sido un arma. Myra rara vez usaba las suyas con tanto cinismo, pero, con o sin cinismo, Eddie comprendió que en ese momento intentaba usarlas de ese modo... y lo estaba logrando.

No debía permitírselo. Sería demasiado fácil pensar en lo solitario que se sentiría en aquel tren rumbo al norte, rumbo a Boston, en la oscuridad, con la maleta sobre la cabeza, un bolso lleno de medicamentos entre los pies y el miedo aposentado sobre su pecho como una cataplasma rancia. Demasiado fácil permitir que Myra lo llevara a la planta alta y le hiciera el amor con aspirinas y friegas de alcohol. Y lo pusiera en la cama, donde podían o no hacer un tipo de amor más franco.

Pero él había hecho una promesa. Una promesa.

--Escucha, Myra -dijo, dando a su voz un tono seco y cortante.

Ella lo miró con sus ojos húmedos, desnudos, aterrorizados.

Eddie pensó en explicárselo, dentro de lo posible. Le hablaría de Mike Hanlon, que lo había llamado para decirle que todo volvía a empezar, y que creía que los otros irían en su mayoría.

Pero lo que le salió de la boca fue algo más verosímil:

--A primera hora de la mañana, ve a la oficina. Habla con Phil. Dile que tuve que irme y que tú llevarás a Pacino...

--¡Pero, Eddie, no puedo! -gimió ella-. ¡Es una gran estrella! Si me extravío, me gritará, lo sé, me gritará. Todos gritan cuando el chófer se pierde... y yo... voy a llorar... podría producirse un accidente... es probable que sí... Eddie, Eddie, tienes que quedarte...

--¡Por el amor de Dios, basta ya!

Ella retrocedió, herida. Eddie apretaba con fuerza su inhalador, pero no pensaba usarlo. Ante ella sería una debilidad, algo que podía usar en su contra. "Dios bendito, si estás allí, por favor, creeme si te digo que no quiero hacer sufrir a Myra. No quiero lastimarla, no quiero causarle dolor. Pero lo prometí, todos lo prometimos, hicimos un juramento de sangre. Por favor, ayúdame, dios mío, porque tengo que hacerlo."

--Detesto que me grites, Eddie -susurró ella.

--Y yo detesto gritarte, Myra.

Ella hizo una mueca de dolor. "Ya lo ves, Eddie. La has hecho sufrir otra vez. ¿Por qué no la arrastras por el cuarto un par de veces? Eso sería más bondadoso. Y más rápido."

De pronto (tal vez la idea de arrastrar a alguien por el suelo es lo que dio origen a la imagen) vio la cara de Henry Bowers. Era la primera vez en años que se acordaba de Henry Bowers, y eso no ayudó a devolverle su paz espiritual.

Cerró los ojos por un instante. Luego los abrió y dijo:

--No te extraviarás. Y él no te gritará. El señor Pacino es muy amable y comprensivo.

Nunca en su vida había servido de chófer a Pacino, pero se contentó con saber que, al menos, la ley de las probabilidades estaba de su parte. Según creencia popular, la mayor parte de las celebridades era insoportable, pero Eddie, después de haber llevado a muchas de ellas, sabía que eso no era verdad.

Existían excepciones a esa regla, por supuesto, y en casi todos los casos esas excepciones eran verdaderos monstruos. Sólo cabía rezar, con fervor, por el bien de Myra, que Pacino no fuera de ésos.

--¿De veras? -preguntó, tímidamente.

--Sí, de veras.

--¿Cómo lo sabes?

--Demetrio lo llevó dos o tres veces, cuando trabajaba en Limusinas Manhattan -mintió Eddie-. Dice que el señor Pacino siempre le daba cincuenta dólares de propina.

--Pues yo me conformaría con cincuenta centavos, siempre que no me gritara.

--Myra, puedes hacerlo con los ojos cerrados. Primero lo recoges en el Saint Regís, mañana a las siete de la tarde, y lo llevas al edificio de ABC. Van a regrabar el último acto de esa obra en que él actúa. Creo que se llama American Buffalo. Segundo: a eso de las once, lo llevas de nuevo al Saint Regís. Tercero: vuelves al garaje, entregas el coche y firmas el formulario.

--¿Eso es todo?
--Eso es todo. Podrías hacerlo hasta dormida, Marty.
Ella solía reír como una niña ante ese apodo cariñoso, pero ahora se limitó a mirarlo con dolorosa solemnidad infantil.
--¿Y si quiere salir a cenar en vez de volver al hotel? ¿O ir a tomar una copa? ¿O a bailar?
--No creo; pero en todo caso, lo llevas. Si te parece que va a pasar la noche de juerga, puedes llamar a Phil Tomas después de la medianoche. Por entonces habrá un chófer que pueda reemplazarte. No te cargaría con algo así si tuviera un chófer disponible, pero tengo a dos enfermos, a Demetrio de vacaciones y a todos los demás comprometidos. A la una de la madruga estarás muy cómoda en tu cama, Marty. A la una. Te lo gárgarantizo.
Lo de "gárgarantizo", tampoco la hizo reír.
Él carraspeó, inclinándose hacia adelante, con los codos en las rodillas. De inmediato, la madre fantasma susurró: "No te sientes así, Eddie. Es malo para la columna y te oprime los pulmones. Tienes pulmones muy delicados."
Volvió a erguirse, apenas consciente de lo que hacía.
--Espero que ésta sea la única vez que deba salir a conducir -dijo Myra, casi gimiendo-. En los últimos dos años me he vuelto más torpe que un caballo. Y los uniformes me quedan tan mal...
--Será la última vez, te lo juro.
--¿Quién te llamó, Eddie?
Como obedeciendo a una clave, una luz barrió la pared y se oyó un claxon: el taxi acababa de entrar por el camino de acceso Sintió una oleada de alivio: habían utilizado los quince minutos en hablar de Pacino, no de Derry, Mike Hanlon y Henry Bowers. Mejor así. Mejor para Myra y también para él. No quería pasar un minuto pensando o hablando de esas cosas mientras no fuera imprescindible.
Se levantó.
--Es mi taxi.
Ella se puso de pie, tan apresuradamente que se enredó con el volante del camisón y trastabilló. Eddie la sostuvo, pero por un momento el asunto se presentó espinoso: Myra lo sobrepasaba en cincuenta kilos.
Y estaba gimoteando otra vez.
--¡Tienes que decírmelo, Eddie!
--No puedo. No hay tiempo.
--Nunca me has ocultado nada, Eddie -sollozó ella.
--Y ahora tampoco. De veras. Es que no lo recuerdo todo. El hombre que llamó era... es... un viejo amigo. Es...
--Vas a enfermar -dijo ella, desesperada, siguiéndolo hacia el vestíbulo-. Estoy segura. Deja que te acompañe, Eddie, por favor, para que te cuide. Pacino puede tomar un taxi o cualquier otra cosa, no se va a morir, ¿qué te parece, eh?
Estaba levantando la voz, cada vez más frenética. Para espanto de Eddie, comenzó a parecerse a su madre, más y más, tal como había sido en sus últimos meses de vida: vieja, gorda y loca.
--Te daré friegas en la espalda y me encargaré de que tomes tus píldoras... Te... ayudaré... No abriré la boca, si no quieres, pero puedes contarme todo. Eddie. ¡Eddie, por favor, no te vayas! ¡Por favor, Eddie! ¡Por favor!

Él caminaba a grandes pasos hacia la puerta principal, marchando a ciegas, con la cabeza gacha, como el que avanza contra un fuerte viento. Jadeaba otra vez. Cuando levantó las maletas, cada una parecía pesar cincuenta kilos. Sentía sobre sí aquellas manos rosáceas y regordetas tocando, explorando, tironeando con deseo inerme, pero sin fuerza, tratando de seducirlo con sus dulces lágrimas de preocupación, tratando de retenerlo.

"¡No podré!", pensó, desesperado. El asma estaba empeorando, se sentía peor que de niño. Tendió la mano hacia el pomo de la puerta, pero éste pareció retroceder hacia la negrura del espacio exterior.

--Si te quedas, te haré un pastel de café y crema agria -balbuceó ella-. Comeremos palomitas de maíz... Y prepararé comida como a ti te gusta. Puedo hacerlo para el desayuno de mañana, si quieres. Comenzaré ahora mismo... con salsa de carne... Eddie, por favor, estoy asustada, me estás asustando mucho...

Lo sujetó por el cuello, tal como un policía podría apresar a un sospechoso que intentara escapar. Con un último y vacilante esfuerzo, Eddie siguió avanzando... En el momento en que llegaba al límite de su fuerza y su resistencia, sintió que su esposa lo soltaba.

Ella emitió un último gemido.

Los dedos de Eddie se cerraron en torno al pomo. Abrió la puerta y vio un taxi estacionado allí, como embajador de la tierra de la cordura. La noche estaba despejada. Las estrellas brillaban.

Se volvió hacia Myra, jadeante, respirando dificultosamente.

--Debes comprender que no hago esto porque quiera -dijo-. Si tuviera alternativa, cualquiera que fuese, no iría. Por favor, compréndelo, Marty. Me voy, pero volveré.

Oh, cómo sonaba a mentira.

--¿Cuándo? ¿Por cuánto tiempo?

--Por una semana, tal vez diez días. No más, seguramente.

--¡Una semana! -aulló ella, apretando las manos contra el pecho, como una diva en una ópera barata-. ¡Una semana, diez días! ¡Por favor, Eddie, por favor!

--Basta, Marty. ¿Me oyes? Basta ya.

Obedeció. Se quedó mirándolo, con ojos húmedos. No estaba furiosa, sólo aterrorizada por él y por sí misma. Quizá por primera vez desde que la conocía, Eddie sintió que podía amarla sin peligro. ¿Acaso era parte del acto de partir? Supuso que sí. Ya se sentía más o menos como si viviera en el extremo equivocado de un telescopio.

Pero tal vez era lo correcto. ¿Era eso lo que quería decir? ¿Al fin había decidido que era correcto amarla? ¿Correcto, aunque se pareciera a su madre de joven, aunque comiera galletitas de chocolate en la cama, mientras miraba telenovelas y las migas fueran a parar siempre del lado de él?

O era acaso que... Podía ser, tal vez, que...

Esas ideas eran cosas que él había tenido en cuenta, de un modo u otro, en un momento u otro, durante sus enmarañadas vidas de hijo, amante y esposo. Ahora, a punto de abandonar el hogar, con la sensación de que esa vez era la definitiva, se le ocurrió otra posibilidad. Una sobresaltada extrañeza le rozó como el ala de un gran ave.

¿Acaso Myra estaba aún más aterrorizada que él?

¿Acaso con su madre hubiera pasado lo mismo?
Otro recuerdo de Derry se disparó desde el subconsciente como un funesto fuego de artificio. En Center Street había una zapatería. Se llamaba Shoe Boat. Allí lo había llevado su madre, un día, cuando no tenía más de cinco o seis años. Le había indicado que se quedara quieto y se portara bien mientras ella compraba unas sandalias para una boda. Él se quedó quieto y se portó bien mientras la madre hablaba con el señor Gardener, uno de los dependientes, pero sólo tenía cinco años, tal vez seis. Cuando su madre ya había rechazado el tercer par de sandalias blancas que le enseñaba el señor Gardener, Eddie, aburrido, se dirigió al rincón más alejado para observar algo que había visto allí.
Al principio pensó que era sólo un cajón grande, puesto de lado. Al acercarse decidió que era una especie de extraño escritorio. ¡Era tan estrecho...! Estaba hecho de madera pulida, con líneas curvas y adornos tallados. Además, tenía tres escalones para subir a él, y Eddie nunca había visto un escritorio con escalones. Una vez arriba, vio que en la base de aquello había una ranura, un botón a un lado y arriba (¡maravilloso!), algo que parecía igual al Espacioscopio del capitán Video. Eddie lo rodeó y encontró un letrero. Seguramente eso había ocurrido a los seis o siete años, porque había podido leerlo susurrando cada una de las palabras: "Compruebe si sus zapatos son de la medida correcta."
Volvió a la escalerita, subió los tres peldaños hasta la pequeña plataforma y metió el pie en la ranura. ¿Eran sus zapatos de la medida correcta? Eddie no lo sabía, pero ardía por comprobarlo. Hundió la cara en el protector de goma y oprimió el botón. Una luz verde le inundó los ojos. Eddie ahogó una exclamación. Estaba viendo un pie que flotaba dentro de un zapato lleno de humo verde. Movió los dedos, y los dedos que tenía a la vista se movieron también. Eran los suyos, tal como había sospechado. Y entonces se dio cuenta de que no estaba viendo sólo sus dedos, sino también sus huesos. ¡Los huesos de su pie! Cruzó el dedo gordo sobre el segundo, como para ahuyentar la mala suerte y los dedos fantasmales de la pantalla hicieron una X que no era blanca, sino verde. Vio...
En ese momento su madre lanzó un chillido, un ruido de pánico que perforó el silencio del local como un bumerang, como una bola de fuego, como la fatalidad a caballo. Eddie apartó su rostro sobresaltado del visor y la vio correr hacia él. Volteó una silla y una de esas cosas para medir el pie que siempre hacían cosquillas salió disparada por el aire. Su amplio busto palpitaba. Su boca era una O escarlata, redonda de horror. Todas las caras se volvieron para seguirla.
--¡Eddie, sal de ahí! -aullaba-. ¡Sal de ahí, que esas máquinas provocan cáncer! ¡Bájate de ahí! ¡Eddie, Eddieee...!
Él retrocedió como si la máquina se hubiera puesto súbitamente al rojo vivo. En su sobresalto olvidó los tres escalones. Sus talones encontraron el vacío tras el peldaño superior y quedó suspendido cayendo lentamente hacia atrás mientras sus brazos giraban como aspas, perdiendo el equilibrio.
¿No había pensado, con una especie de descabellada alegría: "Me voy a caer. Voy a descubrir qué siente uno al caerse y golpearse la cabeza. ¡Qué bien!"? ¿No había pensado eso? O era sólo el hombre que imponía sus ideas adultas a lo que había pensado... o tratado de pensar la mente infantil, siempre rugiente de suposiciones confusas e imágenes percibidas a medias, imágenes que perdían sentido por su misma brillantez.

De cualquier modo, la pregunta era puramente hipotética. No se había caído. Su madre había llegado a tiempo. Su madre lo había sujetado.

Todo el mundo los miraba. Eso lo recordaba bien. Recordaba al señor Gardener recogiendo el aparato de medir zapatos y verificando su funcionamiento, mientras otro enderezaba la silla caída y hacía un gesto de divertido disgusto, antes de volver a su neutral y agradable cara de dependiente. Pero sobre todo recordaba las mejillas húmedas de su madre y su aliento caliente, agrio. La recordaba susurrándole al oído, una y otra vez: "No hagas eso nunca más, no lo hagas nunca más, nunca más." Era el cántico con que su madre ahuyentaba los problemas. Lo mismo había cantado un año antes, al descubrir que la canguro había llevado a Eddie a la piscina pública, un sofocante día de verano. Por entonces apenas comenzaba a ceder la epidemia de polio que había aterrorizado a todos al iniciarse la década. Su madre lo había sacado a rastras de la piscina diciéndole que no debía hacer eso nunca más, nunca más, mientras los otros niños los miraban como ahora los dependientes y los clientes. Y su aliento había tenido el mismo olor agrio.

Su madre lo había sacado a rastras de la zapatería gritando a los dependientes que si a su niño le pasaba algo, les entablaría juicio a todos. Eddie pasó el resto de la mañana entre un surgir y desaparecer de lágrimas aterrorizadas; ese día, el asma le molestó mucho. Por la noche, estuvo despierto varias horas después de lo acostumbrado, preguntándose qué era exactamente el cáncer, si era peor que la polio, si uno se moría de eso, cuánto tardaba y cuánto dolía antes de morir. También se preguntó si después iría al infierno.

El peligro había sido grave. De eso estaba seguro.

Y lo sabía porque su madre se había asustado mucho.

Muchísimo.

--Marty -dijo, a través de ese abismo de años-, ¿me das un beso?

Ella lo hizo, y lo abrazó con tanta fuerza que le hizo crujir los huesos de la espalda. "Si estuviéramos en el agua -pensó Eddie-, conseguiría que nos ahogáramos."

--No temas -le susurró al oído.

--¡No puedo evitarlo! -gimió ella.

--Lo sé -replicó él. Y notó que, a pesar de aquel abrazo capaz de romper costillas, el asma se le había aliviado. Ya no sonaba aquella nota sibilante en su respiración-. Lo sé, Marty.

El taxista hizo sonar otra vez el claxon.

--¿Me llamarás? -preguntó ella, trémula.

--Si puedo, sí.

--Eddie, ¿no puedes decirme de qué se trata, por favor?

Suponiendo que él se lo dijera, ¿serviría para tranquilizarla?

"Esta noche recibí una llamada de Mike Hanlon, Marty, y hablamos un rato, pero todo cuanto dijimos puede resumirse en dos cosas: "Empezó otra vez", dijo Mike, y "¿Vendrás?". Y ahora tengo fiebre, Marty, sólo que esta fiebre no la puedes bajar con aspirina, y tengo una dificultad para respirar que ese maldito chisme no me soluciona, porque el problema no está en la garganta ni en los pulmones, sino en el corazón. Volveré si puedo, Marty, pero me siento como si estuviera de pie

ante la boca de una vieja mina, llena de derrumbes al acecho, de pie allí, despidiéndome de la luz del sol."

¡Sí, seguro que sí! Con eso la dejaría muy tranquila.

--No -respondió-, no puedo decirte de qué se trata.

Y antes de que ella pudiera replicar, antes de que pudiera volver a empezar ("¡Eddie, bájate de ese taxi, que te puede dar cáncer!"), se alejó a grandes pasos, cada vez más apresurados. Cuando llegó al coche, estaba casi corriendo.

Myra seguía de pie en el umbral cuando el taxi retrocedió hasta la calle, y seguía allí cuando salieron hacia la ciudad. Una gran sombra negra de mujer, recortada contra la luz que brotaba de la casa. Eddie la saludó con la mano y creyó que ella hacía lo mismo.

--¿Adónde lo llevo? -preguntó el conductor.

--A Penne Station -dijo Eddie y aflojó la mano que apretaba el inhalador. Su asma se había ido a otra parte.

Pero cuatro horas después tuvo más necesidad que nunca de su chisme, al salir de una siesta liviana, en una sacudida espasmódica. El hombre de traje sentado al otro lado del pasillo, bajó el periódico y lo miró con una curiosidad levemente aprensiva.

"¡He vuelto, Eddie! -chilló el asma, alegremente-.

¡He vuelto, y a lo mejor esta vez conseguiré acabar. contigo! ¿Por qué no? alguna vez tiene que ocurrir, ¿verdad? ¡No puedo seguir jodiéndote eternamente!"

El pecho de Eddie se hinchaba y crujía. Cogió a tientas su inhalador, lo apuntó hacia su garganta y oprimió el gatillo. Luego volvió a recostarse en el alto asiento, estremecido, esperando el alivio. Pensaba en el sueño del que acababa de despertar. ¿Sueño? Por Dios, si sólo fuera eso... Temía que fueran recuerdos y no sueños. Había visto una luz verde, como la que brillaba dentro del aparato de rayos X de la zapatería, y un leproso putrefacto perseguía a un muchachito llamado Eddie Kaspbrak, que gritaba a todo pulmón, por unos túneles bajo tierra. Corría y corría...

(Corre bastante rápido, había dicho el entrenador Black a su madre y corría muy rápido con esa nauseabunda cosa siguiéndolo; oh, sí, bien puedes creerlo y apostar tu pellejo.)

En ese sueño tenía once años y había olido algo como la muerte del tiempo y alguien había encendido un fósforo y al bajar la vista había visto la cara de un niño llamado Patrick Hockstetter, desaparecido en julio de 1958, y los gusanos entraban y salían de sus mejillas y ese horrible olor a gas le salía de dentro y en el sueño, que era más recuerdo que sueño, había mirado a un lado y había visto dos textos escolares hinchados de humedad y cubiertos de moho. Eso significaba que allí abajo había una humedad horrible. Cómo pasé mis vacaciones: composición de Patrick Hockstetter. "Las pasé en un túnel, muerto. Mis libros se llenaron de moho y se hincharon como catálogos de grandes almacenes." Eddie abrió la boca para gritar y fue entonces cuando los escabrosos dedos del leproso se deslizaron por su mejilla y se hundieron en su boca, y entonces despertó con esa sacudida y se encontró, no en las cloacas de Derry, Maine, sino en un vagón de tren cruzando Rhode Island a toda velocidad bajo una enorme luna blanca.

El hombre sentado al otro lado del pasillo vaciló.

--¿Se siente bien, señor?

--Oh, sí -respondió Eddie-. He tenido un mal sueño. Y eso me activó el asma.
--Comprendo.

El periódico volvió a subir. Eddie vio que se trataba de aquel diario que su madre solía llamar el Jew York Times. "Juego de palabras cambiando New, nuevo, por Jew, judío (N. de la T.)" Miró por la ventana; el paisaje dormía, iluminado sólo por la luna. Aquí y allá se veían casas, a veces en grupos, la mayoría a oscuras, algunas iluminadas. Pero las luces parecían pequeñas v falsamente burlonas comparadas con el fantasmal fulgor de la luna.
"Creyó que le hablaba la luna -pensó, de pronto-. Henry Bowers. Por Dios, qué loco estaba." Se preguntó dónde estaría Henry Bowers en la actualidad. ¿Muerto? ¿En la cárcel? ¿Vagando por planicies desiertas como un virus incurable, bebiendo en las horas profundas y aturdidas de la madrugada, o tal vez matando a los estúpidos que se detenían ante su arma para pasar los dólares de sus billeteras a la propia?
¿En algún asilo estatal? ¿Mirando la luna? ¿Hablando con ella, escuchando respuestas que sólo él podía oír?
Esto último parecía aún más posible. Eddie se estremeció. "Por fin estoy recordando mi niñez. Estoy recordando cómo pasé mis vacaciones en aquel año sombrío y muerto de 1958." Presintió que ahora podría fijar casi cualquier escena de ese verano con sólo desearlo, pero no lo deseaba. "Oh, Dios, si pudiera olvidarlo todo otra vez..."
Apoyó la frente contra el sucio vidrio de la ventanilla apretando el inhalador en la mano como si fuera un objeto religioso, mientras la noche se hacía pedazos alrededor del tren.
"Rumbo al norte", pensó. Pero era un error.
No iba rumbo al norte. Porque aquello no era un tren. Era una máquina del tiempo. Al norte no, hacia atrás. Hacia atrás en el tiempo.
Creyó oír a la luna murmurar.
Eddie Kaspbrak oprimió su inhalador con fuerza y cerró los ojos para combatir un vértigo repentino.

5. Beverly Rogan recibe una paliza.

Cuando sonó el teléfono, Tom estaba casi dormido. Se inclinó para incorporarse y entonces sintió uno de los pechos de Beverly contra su hombro, al estirarse ella para atender. Se dejó caer de nuevo en la almohada preguntándose, adormilado, quién podía llamar a esa hora de la noche a su número privado, que no figuraba en el listín. Oyó que Beverly decía "Hola" y volvió a quedarse dormido. Había acabado prácticamente con docena y media de cervezas mientras miraba el partido de béisbol. Estaba hecho polvo.
En ese momento, la aguda voz de Beverly (¿Qué?) le perforó el oído como un punzón de hielo. Abrió otra vez los ojos. Cuando trató de incorporarse, el cable del teléfono se le hundió en el gordo cuello.
--Quítame esta porquería, Beverly -dijo.

Ella se apresuró a levantarse y rodeó la cama sosteniendo el cable en alto. Su cabello pelirrojo flotaba sobre el camisón en ondas naturales casi hasta la cintura. Pelo de prostituta. Sus ojos no buscaron, balbuceantes, la cara de Tom para averiguar cuál era su estado emocional y a Tom Rogan eso no le gustó. Se incorporó. Comenzaba a dolerle la cabeza. Mierda. Probablemente le había estado doliendo antes, pero mientras uno duerme no se da cuenta.

Entró en el baño, orinó durante tres horas, según le pareció y luego decidió, puesto que estaba levantado, tomar otra cerveza para tratar de anular la inminente resaca.

Al cruzar el dormitorio rumbo a la escalera con los calzoncillos blancos que flameaban como velas bajo su considerable tripa (parecía más un estibador que el gerente general de Beverly Fashions, S.A.), miró por encima del hombro y gritó, fastidiado:

--Si es esa marimacho de Lesley, dile que se busque alguna modelo que devorar y que nos deje dormir.

Beverly levantó la vista, sacudió la cabeza para indicar que no se trataba de Lesley y volvió a mirar el teléfono. Tom sintió que los músculos del cuello se le tensaban. Era como si ella no quisiese tener nada que ver. La señora. La muy puta de señora. La cosa empezaba a pintar mal. Probablemente Beverly necesitaba una clase de repaso sobre quién mandaba allí. A veces le hacía falta. Era lenta en aprender.

Bajó la escalera y caminó por el pasillo hasta la cocina. Abrió la nevera. Su mano no encontró nada más alcohólico que un envase de plástico azul con un sobrante de fideos a la Romanoff. Toda la cerveza había desaparecido, incluyendo la que guardaba bien atrás, como el billete de veinte dólares que guardaba plegado tras su carnet de conducir, para casos de emergencia. El partido había durado horas y todo para nada. Los White Sox habían perdido. Ese año no eran más que un puñado de culos fofos.

Su mirada se desvió hacia las botellas de bebida fuerte, tras el vidrio del estante superior del bar y por un momento se imaginó sirviéndose una buena medida de whisky. Pero volvió hacia la escalera decidido a no darle más problemas a su cabeza. Echó un vistazo al antiguo reloj de péndulo, al pie de la escalera, y vio que ya pasaba de la medianoche. Eso no le mejoró el humor, que, en el mejor de los casos, nunca era muy bueno.

Subió la escalera con lentitud, consciente, demasiado consciente, del modo en que estaba funcionando su corazón. Ka-bom, ka-dad. Ka-bom, ka-dad. Kabom, ka-dad. Lo ponía nervioso que el corazón le latiera en los oídos y en las muñecas, no sólo en el pecho. A veces, cuando sucedía eso, lo imaginaba no como un órgano que se contraía y se expendía, sino como un gran dial en el costado izquierdo de su pecho, con la aguja peligrosamente inclinada hacia la zona roja. Eso no le gustó; no le hacía falta esa clase de mierda. Lo que le hacía falta era dormir bien toda la noche.

Pero la estúpida con quien se había casado aún estaba hablando por teléfono.

--Comprendo, Mike... Sí... yo sí... Lo sé, pero...

Una pausa.

--¿Bill Denbrough? -exclamó ella y el punzón de hielo volvió a clavarse en el oído de Tom.

Aguardó ante la puerta del dormitorio hasta recuperar el aliento. Su corazón volvía a latir ka-dad, kadud, ka-dad. El tronar había pasado. Imaginó brevemente que la aguja se apartaba del rojo y descartó la imagen a fuerza de voluntad. Era un hombre, por el amor de Dios, y muy hombre, no una caldera con el termostato en mal estado. Estaba en forma. Era de hierro. Y si ella necesitaba aprenderlo otra vez, se lo enseñaría.

Iba a entrar, pero lo pensó mejor y permaneció donde estaba, escuchándola. No le importaba con quién estaba hablando ni qué decía, sólo escuchaba los tonos ascendentes y descendentes de su voz. Y lo que sentía era aquella vieja y sorda rabia familiar.

Había conocido a Beverly en un bar para solteros, en Chicago, cuatro años antes. La conversación se entabló con facilidad porque ambos trabajaban en el edificio de Standard Brands y conocían a varias personas en común. Tom trabajaba para King and Landry, Relaciones Públicas, en el piso 42. Beverly Marsh (su nombre de soltera) era asistente de diseños en Delia Fashions, en el ab. Delia, quien más tarde disfrutaría de un modesto renombre en el Medio Oeste, se ocupaba de la gente joven. Sus faldas, sus blusas, chales y pantalones sueltos se vendían principalmente en esos locales que Delia Castleman denominaba "tiendas para jóvenes" y Tom, "vanguardistas". Casi de inmediato, Tom Rogan detectó dos cosas en Beverly Marsh: era muy deseable y muy vulnerable. En menos de un mes sabía una tercera: que era inteligente, muy inteligente. En sus diseños de blusas y faldas de deportes vio una máquina de hacer dinero de posibilidades casi aterrorizantes.

"Pero no para los negocios vanguardistas -pensó, aunque no lo dijo (al menos por entonces). Basta de mala iluminación, de precios bajos, de exhibiciones de mierda en las trastiendas, entre las porquerías para doparse y las camisetas de grupos de rock. Esa mierda es para los principiantes."

Se enteró de muchas cosas con respecto a ella, aun antes de que Beverly supiera que le interesaba de verdad; así era como él lo deseaba. Se había pasado toda la vida buscando a una mujer como beverly Marsh y avanzó con la celeridad de un león que se lanza contra un antílope. No era que su vulnerabilidad estuviera a la vista. Al mirar, uno veía a una mujer bonita y delgada, pero bien provista. Tal vez no tenía muy buenas caderas, pero sí un culo estupendo. Y las mejores tetas que Tom había visto en su vida. A Tom le gustaban las tetas, siempre le habían gustado. Y las mujeres altas casi siempre lo desilusionaban en ese punto. Se ponían blusas finas y los pezones enloquecían a cualquiera, pero cuando uno les sacaba esas blusas finas descubría que, aparte de pezones, no había nada más. Las tetas, en sí, parecían pomos de cajón de escritorio. "Basta con lo que entra en la mano; lo demás es un desperdicio", decía su compañero de habitación en la universidad. Por lo que a Tom concernía ese hombre tenía la cabeza tan llena de mierda que rezumaba al girar.

Oh, ella era una preciosidad, claro que sí, con ese cuerpo de dinamita y esa gloriosa cascada de pelo rojo y ondeado. Pero era débil. Parecía emitir señales de radio que sólo él podía recibir. Uno se daba cuenta por ciertas cosas: por lo mucho que fumaba (pero él la tenía casi curada de eso); por el modo inquieto de mover los ojos, sin mirar nunca de frente a la persona con quien hablaba, dirigiéndole la vista sólo de vez en cuando, para apartarla de inmediato; por su costumbre de

frotarse suavemente los codos cuando se ponía nerviosa; por sus uñas, que mantenía pulcras pero excesivamente cortas. Tom reparó en eso la primera vez que la vio. En cuanto ella levantó la copa de vino blanco, él le vio las uñas y pensó: "Las mantiene así de cortas porque se las come."

Tal vez los leones no piensan, al menos no como la gente... pero ven. Y cuando los antílopes huyen de un abrevadero, alertados por el olor de la muerte próxima, los felinos observan cuál de ellos se queda en la retaguardia, quizá a causa de una pata coja, quizá porque es naturalmente más lerdo... o porque tiene menos desarrollado el sentido del peligro. Y hasta es posible que algunos antílopes (y algunas mujeres) deseen que los derriben.

De pronto oyó un ruido que lo arrancó bruscamente de esos recuerdos: el chasquido de un encendedor.

La furia sorda volvió. Su estómago se llenó de un calor no del todo desagradable. Fumaba. Ella fumaba. Tom Rogan le había dictado un curso especial sobre el tema. Y allí estaba ella, haciéndolo otra vez. Era lenta para aprender, sí, pero el buen maestro da lo mejor de sí con los alumnos lentos.

--Sí -dijo ella en ese momento-. Está bien. Sí... Escuchó, luego emitió una risa extraña, entrecortada, que Tom nunca le había oído.

--Dos cosas, ya que preguntas: resérvame alojamiento y reza por mí. Sí, está bien... Ya... yo también. Buenas noches.

Estaba colgando el auricular cuando él entró. Su intención había sido entrar con violencia, gritándole que apagara de inmediato el cigarrillo, ¡Ahora Mismo!, pero las palabras se le ahogaron en la garganta al verla. La había visto así en otras ocasiones, pero sólo dos o tres veces. Una vez, antes de la primera exhibición importante; otra, antes del primer desfile privado para compradores nacionales y, por último, al viajar a Nueva York para recibir el Premio Internacional del Diseño.

Se paseaba por el cuarto a grandes pasos, con el camisón de encaje blanco modelándole el cuerpo y el cigarrillo sujeto entre los labios (por Dios, cómo detestaba verla con una colilla en la boca), despidiendo humo sobre el hombro izquierdo.

Pero fue la cara lo que lo detuvo, lo que le hizo morir el grito en la garganta. El corazón le dio un vuelco, ka¡Bamp! Hizo una mueca de dolor, diciéndose que eso no era miedo sino sólo asombro de verla así.

Beverly sólo estaba completamente viva cuando el ritmo de su trabajo llegaba a un punto culminante. Cada una de las ocasiones que acababa de recordar se había relacionado, por supuesto, con su profesión. En esas ocasiones, Tom había visto a una mujer distinta de la que conocía tan bien. La mujer que aparecía en momentos de tensión era fuerte, pero cargada de nerviosismo; temeraria, pero imprevisible.

En ese momento había mucho color en sus mejillas, un rubor natural en los pómulos. En los ojos, bien abiertos y chispeantes, no quedaban señales de sueño. Su cabellera fluía y flotaba. Y ¡oh, miren eso, amigos y vecinos! ¡Oh, miren bien! ¿Acaso está sacando una maleta del armario? ¿Una maleta? ¡Por Dios, sí!

"Resérvame alojamiento... Reza por mí."

Bueno, no le haría falta ningún alojamiento, ningún hotel en el futuro, porque la pequeña Beverly Rogan se quedaría muy quietecita en casa, y comería de pie durante tres o cuatro días.

Eso sí, buena falta le haría una oración o dos antes de que él terminara de arreglar cuentas.
Beverly arrojó la maleta a los pies de la cama y fue hacia su cómoda. Abrió el cajón superior y sacó dos pares de vaqueros y dos jerseis de lana gorda. Arrojó todo a la maleta. Otra vez a la cómoda, con el humo del cigarrillo dejando una estela por encima del hombro. Tomó un par de sus viejas blusas marineras con las que parecía una estúpida, pero que se negaba a dejar. Sin duda quien la había llamado no era de la jet set. Esa ropa era deslucida, como las que usaba Jackie Kennedy cuando pasaba el fin de semana en Hyannisport.
Pero a él no le interesaba quién la hubiera llamado ni dónde pensaba ir, porque ella no iba a ir a ninguna parte. No era eso lo que le taladraba la cabeza, torpe y dolorida por el exceso de cerveza y la falta de sueño.
Era el cigarrillo.
Se suponía que ella se había deshecho de todos los paquetes. Pero en ese momento exhibía la prueba de que no era así. Y como aún no había visto a Tom de pie en el umbral de la puerta, él se permitió el placer de recordar las dos noches en que se había asegurado el completo dominio de esa mujer.
--No quiero verte fumar nunca más -le había dicho cuando volvían a casa desde una fiesta en Lake Forest. Había sido en octubre, en otoño-. En las fiestas y en la oficina no tengo más remedio que aguantarme esa mierda, pero cuando estoy contigo no tengo por qué tragármela. ¿Sabes qué sensación me da? Te lo voy a decir: es como tener que comerse los mocos de otro.
Esperaba que eso provocara alguna leve chispa de protesta, pero ella se había limitado a mirarlo, tímida, ansiosa de agradar. Su voz sonó grave, mansa, obediente:
--Está bien, Tom.
--Tira eso, entonces.
Ella lo hizo. Tom estuvo de buen humor durante el resto de la noche.
Pocas semanas después, al salir de un cine, ella encendió un cigarrillo y le dio una calada mientras caminaban hacia el aparcamiento. Era una helada noche de noviembre, el viento castigaba cada centímetro de piel descubierta que lograba hallar. Tom recordó que había percibido el olor del lago, como sucede a veces en las noches frías, un olor chato, como a pescado y a vacío al mismo tiempo. La dejó fumar. Hasta le abrió la portezuela para que subiese al coche. Después se sentó al volante y dijo:
--¿Bev?
Ella se quitó el cigarrillo de la boca y giró hacia él. Tom le descargó la mano abierta, dura, contra su mejilla con fuerza suficiente como para que le cosquilleara la mano, con fuerza suficiente como para que a ella se le estrellara la cabeza contra el respaldo. Sus ojos se ensancharon de sorpresa y dolor... y algo más. Se llevó la mano a la mejilla para palparse el calor, el entumecimiento cosquilleante. Y gritó:
--¡Aaaaay! ¡Tom!
Él la miró con los ojos entornados, una sonrisa indiferente, dispuesto a ver qué pasaría, cómo reaccionaría ella. La polla se le estaba endureciendo en los pantalones, pero apenas se dio cuenta. Eso quedaba para después. De momento estaban en clase. Repasó lo que acababa de ocurrir. La cara de Bev. ¿Qué había

sido esa tercera expresión, desaparecida al cabo de un instante? Primero, la sorpresa. Después, el dolor. Por último, la apariencia de un recuerdo... de algún recuerdo. Había estado allí sólo por un momento. Probablemente ella ni siquiera había notado su presencia en su cara y su mente.

A ver ahora. Estaría en lo primero que ella no dijera. Tom lo sabía.

No fue: ¡Hijo de puta!

No fue: Adiós, Mr. Macho

No fue: Hemos terminado, Tom.

Ella se limitó a mirarlo con aquellos ojos de avellana, heridos, desbordantes, y dijo:

--¿Por qué has hecho eso? -Después trató de decir algo más, pero rompió a llorar.

--Tira eso.

--¿Qué? ¿Qué, Tom?

El maquillaje le corría por la cara en rastros lodosos. A él no le molestó. Casi le gustaba verla así. Era una piltrafa, pero también tenía algo de sensual. Algo dé arrastrada. Medio lo excitaba.

--El cigarrillo. Tíralo.

El amanecer de la conciencia. Y con ella, la culpa.

--¡Lo olvidé! -exclamó ella-. ¡Eso es todo!

--Tíralo, Bev, o te ganarás otra.

Beverly bajó el cristal y arrojó el cigarrillo. Luego se volvió hacia él, pálida, asustada, pero también serena.

--No puedes... no deberías pegarme. Es una mala base para una... una... relación duradera.

Estaba tratando de hallar un tono, una cadencia adulta para hablar, pero fracasaba. Él le había provocado una regresión. Estaba en ese coche con una criatura. Voluptuosa y sensual como un demonio, pero una criatura.

--No poder y no deber son dos cosas distintas, chiquilla -dijo Tom, manteniendo la serenidad, aunque por dentro se estremecía-. Y seré yo quien decida qué constituye una relación duradera y qué no. Si lo aguantas, bien; si no, puedes largarte. No voy a detenerte. Podría darte una patada en el culo como regalo de despedida, pero no te detendría. ¿Qué más quieres que te diga?

--Tal vez ya hayas dicho bastante -susurró ella.

Y él volvió a pegarle, más fuerte que la primera vez, porque ninguna mujer podía faltarle a Tom Rogan. Hubiera golpeado a la reina de Inglaterra, si le hubiese faltado.

La mejilla de Beverly chocó contra el tablero acolchado. Su mano buscó el picaporte de la portezuela, pero cayó. Se agazapó en el rincón, como un conejo, con una mano sobre la boca, los ojos grandes, húmedos, asustados. Tom la miró por un momento; después se bajó y rodeó el coche por atrás. Le abrió la portezuela. Su aliento despedía vapor en el negro y ventoso aire de noviembre; el olor del lago llegaba con toda claridad.

--¿Quieres salir, Bev? Te vi buscar el picaporte, así que has de querer salir. Bueno, está bien. Te pedí que hicieras algo y dijiste que lo harías. Después no lo hiciste. ¿Quieres salir? Anda, baja. Mierda, baja. ¿Quieres bajar de una puta vez?

--No -susurró ella.

--¿Cómo? No te he oído.
--No quiero bajar -dijo Beverly en voz algo más alta.
--¿Qué pasa? ¿Esos cigarrillos te provocan afonía? Si no puedes hablar, te conseguiré un megáfono, mierda. Es tu última oportunidad, Beverly. Habla para que te oiga: ¿quieres bajar de este coche o quieres volver conmigo?
--Quiero volver contigo -contestó ella apretándose las manos sobre el regazo como una chiquilla. No lo miraba. Las lágrimas le corrían por las mejillas.
--Está bien. Pero primero repite esto conmigo, Bev. Repite: "Olvidé no fumar delante de ti, Tom."
Ella levantó los ojos, la mirada herida, suplicante. "Puedes obligarme a decir esto -rogaban sus ojos-, pero no lo hagas, por favor. No lo hagas. Te amo. ¿No, podemos dejarlo así?"
No, no se podía. Porque eso no era, en el fondo, lo que ella deseaba, y ambos lo sabían.
--Dilo.
--Olvidé no fumar delante de ti, Tom.
--Bien. Ahora di: "Perdón."
--Perdón -repitió ella, inexpresiva.
El cigarrillo quedó humeando en el pavimento como un trozo de mecha encendida. Los que salían del teatro les echaban una mirada; un hombre de pie junto a la portezuela abierta de un viejo Vega, una mujer sentada dentro con las manos apretadas en el regazo, la cabeza gacha, las luces recortando la catarata suave de su pelo con un borde dorado.
Tom aplastó el cigarrillo. Lo convirtió en una mancha contra el pavimento.
--Ahora di: "No volveré a fumar sin tu permiso."
--No volveré...
La voz de Beverly comenzó a atascarse.
--... no... n-n-n...
--Dilo, Bev.
--No volveré a f-fumar. Sin tu ppermiso.
Entonces él cerró la portezuela de un golpe y volvió al volante para llevarla a su apartamento del centro. Ninguno de los dos dijo palabra. La mitad de la relación había quedado establecida en el aparcamiento; la otra mitad se estableció cuarenta minutos después, en la cama de Tom.
Ella no quería hacer el amor, según dijo. Él vio una verdad diferente en sus ojos y en la humedad entre sus piernas. Cuando él le quitó la blusa, sus pezones estaban duros. Ella gimió al primer roce y lanzó una suave exclamación cuando él chupó, uno primero, el otro después, acariciándolos. Beverly le tomó la mano y se la llevó entre las piernas.
--Dijiste que no querías -le recordó Tom.
Y ella apartó la cara... pero no le soltó la mano; por el contrario, el balanceo de sus caderas se aceleró.
Él la volvió de espaldas en la cama. En vez de desgarrarle la ropa interior, se la quitó con un cuidado casi gazmoño.
Deslizarse en su interior fue como deslizarse en un aceite exquisito.
Se movió con ella, usándola, pero dejando también que ella lo usara. Beverly tuvo el primer orgasmo casi de inmediato, con un grito, clavándole las uñas en la

espalda. Después se mecieron juntos en golpes largos, lentos y en algún momento a él le pareció que había otro orgasmo. Tom llegaba al borde y pensaba en el último partido de béisbol o en quién estaba tratando de quitarle la cuenta de Chesley en el trabajo, para abstraerse. Por fin empezó a acelerar hasta que su ritmo se disolvió en un concorveo excitado. Le miró la cara: los círculos de rímel, como los de un mapache, el lápiz de labios corrido. Y se sintió súbitamente disparado hacia el abismo, delirante.

Ella sacudió las caderas hacia arriba, más y más; en aquellos tiempos la cerveza no había puesto panza entre ellos y los vientres aplaudieron en ritmo cada vez más veloz.

Cerca del final, ella gritó y le mordió el hombro.

--¿Cuántas veces te corriste? -le preguntó él, después de que ambos se ducharon.

Beverly apartó la cara. Cuando habló, lo hizo con voz casi inaudible:

--Se supone que no debes preguntar eso.

--¿Ah, no? ¿Quién te lo dijo?

Le tomó la cara con una mano, con el pulgar hundido en una mejilla y los otros dedos en la otra, la palma abarcando el mentón.

--Confiésate con Tom -dijo-. ¿Me oyes, Bev? Cuéntale a papá.

--Tres -reconoció ella.

--Bien -dijo él-. Puedes fumar un cigarrillo.

Beverly lo miró con desconfianza, desparramado el pelo rojo sobre las almohadas, cubierta sólo con las bragas. Con sólo verla así, el motor volvía a funcionar. Hizo una señal de asentimiento.

--Anda -insistió-. Está bien.

Tres meses después se casaron en el juzgado. Asistieron dos amigos de Tom; por parte de Beverly, la única amiga presente fue Kay Mccall, a quien Tom llamaba "esa zorra feminista".

Todos esos recuerdos pasaron por la mente de Tom en pocos segundos, como un fragmento cinematográfico acelerado, mientras la observaba desde el marco de la puerta. Ella había abierto el cajón del fondo, el que a veces llamaba "cajón de fin de semana", y estaba arrojando prendas interiores dentro de la maleta. No eran las cosas que a él le gustaban, esos satenes deslizantes, esas sedas suaves. Eran prendas de algodón, cosas de chiquilla casi todas desteñidas y con nudos de goma reventada en la cintura. Un camisón de algodón que parecía salido de La familia Ingalls. Hundió la mano en el fondo de ese último cajón para ver qué otra cosa había allí.

Mientras tanto, Tom Rogan caminó por la alfombra hacia el armario. Estaba descalzo, su marcha fue tan silenciosa como un golpe de brisa. Era el cigarrillo. Eso lo había vuelto loco. Hacía mucho tiempo que ella no olvidaba aquella primera lección. Había tenido que enseñarle otras desde entonces, muchas otras. Hubo días calurosos en que ella debió usar blusas de mangas largas y hasta abrigos abotonados hasta el cuello. Días grises en que se puso anteojos oscuros. Pero esa primera lección había sido súbita y fundamental.

Tom había olvidado la llamada telefónica que lo había arrancado de su profundo sueño. Era el cigarrillo. Si ella volvía a fumar era porque se había olvidado de Tom

Rogan. Momentáneamente, por supuesto, pero aun eso era mucho tiempo. No importaba el motivo. Esas cosas no debían suceder en su casa por ningún motivo.

Dentro del armario había un gancho del que colgaba una ancha correa de cuero negro. No tenía hebilla, él se la había quitado hacía mucho tiempo. Estaba doblada en el extremo donde debía haber estado la hebilla y esa sección formaba un lazo en el cual Tom Rogan deslizó la mano.

"¡Te has portado mal, Tom! -había dicho su madre, algunas veces. Bueno, tal vez correspondía decir, antes bien, "con frecuencia"-. ¡Ven aquí, Tommy! Tengo que darte una paliza." Una paliza...

Había sido el mayor de cuatro hijos. Tres meses después de nacer la menor, Ralph Rogan había muerto. Bueno, tal vez no correspondía hablar de morir, sino de suicidarse, puesto que había mezclado una generosa cantidad de lejía, endiablado brebaje que tragó sentado en el inodoro. La señora Rogan consiguió trabajo en la planta de Ford. Tom, aunque sólo tenía once años, se convirtió en el hombre de la familia. Y si fallaba, si la nena se ensuciaba en los pañales después de que se iba la niñera y el cagarro todavía estaba allí cuando mamá llegaba a casa... si él se olvidaba de cruzar a Megan en la esquina de Broad Street, después del parvulario y lo veía esa entrometida de la señora Gant... si Joey hacía un desastre en la cocina mientras él miraba América y su música... si ocurría cualquiera de estas cosas o un millar de otras nimiedades, entonces, cuando los otros chicos estaban ya en la cama, salía a relucir el palo de los castigos y la invocación: "Ven, Tom. Tengo que darte una paliza."

Mejor ser el palizador que el apalizado.

Eso, al menos, lo tenía bien aprendido desde que circulaba por la gran autopista con peaje de la vida.

Por lo tanto, sacudió el extremo suelto del cinturón y ajustó el lazo a su mano. Luego cerró el puño. Era una agradable sensación. Lo hacía sentir adulto. La banda de cuero pendía de su puño cerrado como una serpiente negra, muerta. El dolor de cabeza se le había ido.

Beverly había encontrado una última cosa en el fondo del cajón: un viejo sostén de algodón blanco con copas reforzadas. La idea de que esa tardía llamada pudiera ser de un amante surgió por un instante en la mente de Tom y se hundió otra vez. Era ridículo. Una mujer que va al encuentro de su amante no reúne blusas viejas y ropa interior de algodón raído. Además, ella no era capaz.

--Beverly -dijo suavemente.

Ella giró, sobresaltada, con los ojos bien abiertos, la cabellera suelta.

El cinturón vaciló... Tom la miró, sintiendo otra vez intranquilidad. Sí, se la veía como cuando estaban por hacer las grandes exhibiciones, pero en esas ocasiones él no se entrometía comprendiendo que, por estar llena de miedo y agresividad competitiva, era como si su cabeza estuviera inflada con gas combustible; bastaría una chispa para que estallara. Esas exhibiciones no habían sido, para ella, la oportunidad de separarse de Delia Fashions para hacer carrera (y hasta fortuna) por cuenta propia. Eso no habría importado. Pero si eso hubiera sido todo, ella no habría tenido ese talento atroz. Para ella, esas exhibiciones habían sido una especie de superexamen en el cual debía medirse con fieros maestros. Lo que ella veía en esas ocasiones era cierta bestia sin rostro. No tenía rostro, pero sí nombre: Autoridad.

Y todo ese nerviosismo de ojos dilatados estaba ahora en su cara. Pero no sólo allí, sino también alrededor de ella, como un aura casi visible, una carga de alta tensión que la tornaba, súbitamente, más tentadora y más peligrosa que en muchos años. Tom sintió miedo porque ella estaba allí, toda allí, la ella esencial, separada de la ella que Tom Rogan quería, la ella que él había hecho.

Beverly parecía sorprendida y asustada. También se la veía excitada casi hasta la locura. Le relucían las mejillas de color, pero tenía parches blancos bajo los párpados inferiores. Su frente relumbraba con una resonancia cremosa.

Y el cigarrillo seguía sobresaliendo de su boca, ahora inclinado hacia arriba. ¡El cigarrillo! Con sólo verlo, la furia sorda se abatió otra vez sobre él en una ola verde. Vagamente, en el fondo de su mente, recordó que una noche, en la oscuridad, ella le había dicho algo con voz opaca e inquieta:

--Algún día me matarás, Tom. ¿Lo sabes? Algún día se te irá la mano y ése será el final. Perderás la chaveta.

Él había contestado:

--Tú haz las cosas a mi modo, Bev, y ese día no llegará.

Antes de que la ira lo borrara todo, se preguntó si había llegado, al fin y al cabo, ese día.

El cigarrillo. No importaban la llamada, la maleta, su aspecto extraño. Primero arreglarían lo del cigarrillo. Después se acostaría con ella. Y después discutirían el resto. Por entonces, tal vez ni siquiera tuviese importancia.

--Tom -dijo ella-. Tom, tengo que...

--Estás fumando. -Su voz parecía venir desde lejos, como de una radio-. Parece que lo has olvidado, nena. ¿Dónde los tenías escondidos?

--Mira, lo apago -dijo ella y fue a la puerta del baño. Arrojó el cigarrillo al inodoro (aún desde allí Tom vio las marcas de sus dientes en el filtro). Volvió-. Era un viejo amigo, Tom. Un viejísimo amigo. Tengo que...

--¡Que callarte, eso es lo que tienes que hacer! -le gritó él-. ¡Te callas!

Pero el miedo que deseaba ver, miedo de él, no estaba en su cara. Había miedo, pero era algo brotado del teléfono y el miedo no tenía por qué llegar a Beverly desde ese lado. Era casi como si no viera el cinturón, como si no lo viera a él. Tom sintió un goteo de ansiedad. ¿Estaba allí él? La pregunta era estúpida, pero ¿estaba?

Esa cuestión era tan terrible y elemental que, por un momento, se sintió en peligro de desligarse por completo de su propia raíz, hasta quedar flotando como una semilla de cardo en la brisa fuerte. Pero se dominó. Estaba allí, claro, y basta de cháchara psicológica por esa noche, joder. Estaba allí. Era Tom Rogan, Tom Rogan, por Dios, y si ese coño barato no se ponía en línea en los siguientes treinta segundos, quedaría como sacada de entre las ruedas de un tren.

--Tengo que darte una paliza. Lo siento, nena.

Había visto antes esa mezcla de miedo y agresividad, sí. En ese momento, por primera vez, saltó hacia él como un rayo.

--Deja eso -dijo ella-. Tengo que ir al aeropuerto cuanto antes.

"¿Estás aquí, Tom? ¿Estás?"

Tom apartó ese pensamiento. La banda de cuero que, en otros tiempos, había sido un cinturón, se balanceó lentamente delante de él, como un péndulo. Sus ojos vacilaron, pero de inmediato se prendieron a la cara de Beverly.

--Escúchame, Tom. Hay problemas en la ciudad donde nací. Problemas muy graves. En aquellos tiempos tuve un amigo. Supongo que pudimos haber sido novios, pero todavía no teníamos edad para eso. Él tenía sólo once años y era muy tartamudo. Ahora es novelista. Hasta creo que leíste uno de sus libros... ¿Los rápidos negros?

Le estudiaba la cara, pero él no le dio pistas. Sólo ese péndulo del cinturón, que iba y venía, iba y venía. Permanecía de pie, con la cabeza gacha y las gruesas piernas apartadas. Entonces ella se mesó el pelo, inquieta, distraída, como si tuviera cosas muy importantes en que pensar y no hubiera visto el cinturón. Aquella pregunta horrible, acusadora, volvió a resurgir en la mente de Tom: "¿Estás aquí? ¿Seguro?"

--Ese libro estuvo por aquí durante semanas y no lo relacioné. Tal vez debí hacerlo, pero todos somos mayores y hacía muchísimo tiempo que ni siquiera me acordaba de Derry. El caso es que Bill tenía un hermano, se llamaba George. A George lo mataron antes le que yo conociera a Bill. Lo asesinaron. Y al verano siguiente...

Pero Tom había escuchado ya demasiadas locuras, desde dentro y desde fuera. Avanzó rápidamente, levantando el brazo derecho por sobre el hombro, como si estuviera por arrojar una jabalina. El cinturón siseó en el aire. Beverly trató de apartarse, pero se golpeó el hombro derecho contra la puerta del baño y se oyó un carnoso ¡whap! al encontrar el cuero su brazo izquierdo y dejar una magulladura roja.

--Tengo que darte una paliza -repitió Tom. Su voz era cuerda, hasta apenada, pero él mostraba los dientes en una sonrisa blanca y helada. Quería ver esa expresión en sus ojos, esa expresión de miedo, terror y vergüenza, la que decía: "Sí, tienes razón, me lo merecía." Esa expresión que decía: "Sí, estás ahí, siento tu presencia." Entonces volvería el amor y eso estaba bien, era bueno, porque él la amaba, de veras. Hasta podían conversar, si ella quería, sobre quién había llamado y de qué se trataba todo eso. Pero eso sería después. De momento estaban en clase. El viejo uno dos: primero la paliza, después el sexo.

--Lo siento, nena.

--Tom no hagas e...

Él lanzó el cinturón hacia el costado y vio que le lamía las caderas. Se produjo un satisfactorio chasquido al terminar en la nalga. Y...

¡Por Dios, ella lo estaba sujetando! ¡Estaba sujetando el cinturón!

Por un momento, Tom Regan quedó tan atónito por ese inesperado acto de insubordinación que estuvo a punto de perder el cinturón. Lo habría perdido, de no ser por el lazo que lo aseguraba a su puño.

Se lo arrancó de un tirón.

--Nunca más trates de quitarme nada -dijo, ronco-. ¿Me oyes? Si tratas de hacerlo otra vez, te pasarás un mes meando zumo de moras.

--Basta, Tom -dijo Beverly. El tono lo enfureció. Parecía un maestro hablando con un chiquillo caprichoso en el recreo-. Tengo que irme. No es broma. Ha muerto gente y hace tiempo prometí...

Tom oyó muy poco de todo eso. Lanzó un aullido y se arrojó hacia ella con la cabeza gacha, lanzando el cinturón a ciegas. La golpeó una y otra vez apartándola de la puerta, haciendo que retrocediera a lo largo de la pared. Más tarde, por la

mañana, no podría levantar el brazo sobre los ojos antes de tragarse tres tabletas de codeína, pero por el momento sólo sabía que ella lo estaba desafiando. No sólo había estado fumando: además había tratado de quitarle el cinturón. Oh, amigos y vecinos, ella se lo había buscado. Atestiguaría ante Dios que ella se lo había buscado y estaba por conseguirlo.

La llevó a lo largo de la pared disparando el cinturón en una lluvia de golpes. Ella mantenía las manos en alto para protegerse la cara, pero el resto de su persona era un blanco fácil. El cinturón emitía gruesos chasquidos de látigo en el silencio de la habitación. Pero ella no gritaba ni le pedía que parase, como de costumbre. Peor aún, no lloraba, como siempre lo hacía. Los únicos ruidos eran el cinturón y la respiración de ambos: la de él, pesada, áspera; la de ella, ligera y rápida.

Beverly se apartó hacia la cama y el tocador que había a un lado. Tenía los hombros rojos de los golpes del cinturón. Su pelo chorreaba fuego. Él la siguió torpemente, más lento, pero grande, muy grande. Había jugado al squash hasta dos años antes, al desgarrarse el tendón de Aquiles. Desde entonces estaba un poco pasado de peso ("muy pasado" habría sido una expresión más correcta), pero los músculos seguían allí, como un firme cordaje envainado en la grasa. Aun así, se alarmó un poco por la falta de aliento.

Ella alcanzó el tocador. Tom supuso que se agazaparía allí, tal vez tratando de meterse abajo. Pero lo que hizo fue buscar a tientas... girar en redondo... y de pronto el aire se llenó de proyectiles. Le estaba ametrallando con los cosméticos. Un frasco de perfume francés le golpeó directamente entre las tetillas, cayó a sus pies y se hizo trizas. De pronto lo envolvió un asqueante olor a flores.

--¡Basta! -bramó-. ¡Basta, perra!

En vez de cesar, las manos de Beverly arrasaron la superficie de vidrio cogiendo todo lo que allí había, arrojándolo. Él se palpó el pecho, allí donde lo había golpeado la botella, incapaz de creer que ella le hubiera arrojado algo. La tapa de vidrio le había hecho un corte. Apenas un arañazo triangular, pero cierta dama pelirroja presenciaría la salida del sol desde un hospital. Oh, sí, por cierto, una dama que...

Un bote de crema lo golpeó sobre la ceja derecha con súbita fuerza. Oyó un choque sordo que parecía provenir del interior de su cabeza. Una luz blanca estalló en el campo visual de ese ojo. Retrocedió un paso, boquiabierto. Entonces fue un poco de Nivea lo que se estrelló contra su panza con un leve ruido a palmetazo. Y ella estaba... ¿Era posible? ¡Sí! ¡Le estaba gritando!

--¡Me voy al aeropuerto, hijo de puta! ¿Me oyes? ¡Tengo algo que hacer y me voy! ¡Te conviene quitarte de en medio porque me voy!

La sangre corrió hasta el ojo derecho de Tom, dulzona, caliente. Se enjugó con los nudillos.

Permaneció allí por un momento, mirándola como si la viera por primera vez. En cierto sentido era la primera vez que la veía. Los pechos le subían y bajaban con rapidez. Su rostro echaba fuego, todo rubor y palidez. Tenía los dientes descubiertos en una mueca feroz. Sin embargo, ya había vaciado la superficie del tocador. Su depósito de municiones estaba vacío. Él seguía viéndole el miedo en los ojos... pero no era miedo a él.

--Guarda esa ropa -dijo, intentando no jadear. Eso no quedaría bien. Sonaría a debilidad-. Después guardas la maleta y te metes en la cama. Y si haces todo eso,

es posible que no te castigue demasiado. Es posible que puedas salir de la casa en dos días, no en dos semanas.

--Escúchame, Tom. -Hablaba con lentitud. Su mirada era muy clara-. Si vuelves a acercarte, te mataré ¿Lo entiendes, bolsa de tripas? Te mataré.

Y de pronto -tal vez por el odio de su cara, por el desprecio, tal vez porque lo había llamado bolsa de tripas o tal vez por el modo rebelde en que subían y bajaban sus pechos -el miedo lo sofocó. No era un pimpollo ni una flor, sino todo un maldito jardín, el miedo, el miedo horrible de no estar allí.

Tom Rogan se precipitó contra su mujer, esta vez sin aullar. Llegó silencioso como un torpedo. Probablemente su intención ya no era sólo golpear y someter, sino hacerle lo que ella, tan descaradamente, había prometido hacerle a él.

Pensó que ella huiría hacia el baño. O hacia la escalera. Pero se mantuvo firme. Su cadera golpeó contra la pared cuando echó todo su peso contra el tocador, empujándolo hacia arriba, hacia él, sus palmas sudadas hicieron que se le resbalaran las manos y se rompió dos uñas.

Por un momento la mesa se tambaleó, inclinada, hasta que ella volvió a impulsarse hacia adelante. El tocador bailó sobre una sola pata, mientras el espejo reflejaba la luz, arrojando un breve acuario contra el cielo raso. Por fin, se inclinó hacia fuera. Su borde se clavó en los muslos de Tom, derribándolo. Se oyó un tintineo musical, mientras los frascos se hacían trizas dentro. Tom vio que el espejo se estrellaba y levantó un brazo para protegerse los ojos; así perdió el cinturón. El vidrio se hizo añicos en el suelo, plata por el dorso. Algún fragmento se le clavó, haciendo brotar la sangre.

Ahora sí, Beverly lloraba, el aliento le brotaba en fuertes sollozos, casi alaridos. Una y otra vez se había imaginado abandonando a Tom, abandonando su tiranía tal como lo había hecho con la de su padre, marchándose furtivamente en la noche, con el equipaje en el maletero de su Cutlass. No era estúpida, por cierto, ni siquiera en ese momento, de pie en el borde de ese desastre increíble, no era tan estúpida como para pensar que no había amado a Tom, que no lo amaba aún, de algún modo. Pero eso no evitaba que le tuviera miedo, que lo odiara, ni que se despreciara a sí misma por haberlo elegido sobre la base de oscuras razones que habrían debido quedar en el pasado. Su corazón no se quebraba, antes bien, parecía estar asándose en su pecho, fundiéndose. Sintió miedo de que el calor de su corazón aniquilara pronto su cordura en un incendio.

Pero sobre todas las cosas, martilleando sin cesar en el fondo de su mente, oía la voz seca y tranquila de Mike Hanlon: "Ha vuelto, Beverly... ha vuelto, y prometiste..."

El tocador se levantó y volvió a caer varias veces. Parecía estar respirando.

Moviéndose con agilidad, con la boca torcida hacia abajo como en el preludio de alguna convulsión, caminó alrededor de la mesa caída, pisando de puntillas entre los fragmentos de vidrio y sujetó el cinturón en el momento justo en que Tom arrojaba el tocador a un lado. Entonces retrocedió, deslizando la mano en el lazo. Sacudió el pelo para quitárselo de los ojos y se quedó observando lo que él iba a hacer.

Tom se levantó. Un fragmento del espejo le había provocado un corte en la mejilla. Un tajo en diagonal trazaba una línea, fina como un hilo, a través de su

ceja. La miró bizqueando, mientras se levantaba lentamente, y ella vio que tenía gotas de sangre en los calzoncillos.
--Dame ese cinturón -ordenó.
Ella, en cambio, se lo envolvió dos veces en la mano y lo miró desafiante.
--Deja eso, Bev. Ahora mismo.
--Si te acercas, te mataré a latigazos. -Las palabras surgían de su boca, pero le parecía imposible estar pronunciándolas. Y de cualquier modo, ¿quién era aquel cavernícola de calzoncillos ensangrentados? ¿Su esposo, su padre? ¿El amante de sus tiempos de universidad, el que le había roto la nariz una noche, al parecer por capricho? "Oh, Dios, ayúdame -pensó-. Ahora ayúdame." Y su boca seguía hablando-. Sabes que puedo. Eres gordo y lento, Tom. Me voy, y creo que no volveré. Creo que esto ha terminado.
--¿Quién es ese tal Denbrough?
--Olvídalo. Fui...
Se dio cuenta, casi demasiado tarde, de que la pregunta había sido una treta para distraerla. Tom cargó antes de que la última palabra hubiera surgido de su propia boca. Beverly describió un arco con el cinturón y el ruido que produjo al chocar contra la boca de Tom fue el de un corcho empecinado al salir de la botella.
Tom chilló, apretándose las manos contra la boca, con los ojos enormes, doloridos, espantados. Por entre los dedos comenzó a escurrirse la sangre.
--¡Me has roto la boca, puta! -aulló, sofocado-. ¡Ah, Dios, me has roto la boca!
Volvió a atacarla, estirando las manos, con la boca convertida en un manchón rojo. Sus labios parecían partidos en dos puntos. Uno de sus incisivos había perdido la corona. Ante la mirada de beverly, él la escupió a un lado. Una parte de ella retrocedía, apartándose de esa escena, asqueada y gimiendo, con el deseo de cerrar los ojos. Pero la otra Beverly sentía la exaltación de un condenado a muerte liberado por un terremoto. A esa Beverly le gustaba todo aquello. "¡Ojalá te la hubieras tragado! -pensaba ella-. ¡Ojalá te hubieras ahogado con ella!"
Fue esa última Beverly la que descargó el cinturón por última vez, el mismo cinturón con que él la había golpeado en las nalgas, las piernas y los pechos. El cinturón que él había usado incontables voces en los últimos cuatro años. La cantidad de golpes recibidos dependía de lo mal que una se portara. ¿Tom llega a casa y la cena está fría? Dos latigazos. ¿Bev se queda trabajando hasta tarde en el estudio y se olvida de llamar a casa? Tres latigazos. Vaya, vean esto: Beverly se ha buscado otra multa de aparcamiento. Un latigazo... en los pechos. Él era bueno. Rara vez magullaba. Y ni siquiera hacía doler tanto. Descontando la humillación. Eso sí lastimaba. Y lo que más lastimaba era saber que una parte de ella quería ese dolor. Quería esa humillación.
"Esta última vez va por todas", pensó. Y bajó el brazo.
El cinturón cruzó los testículos de Tom con un ruido enérgico pero sordo, como el que hace una mujer al apalear una alfombra. Bastó con eso. Tom Rogan perdió las ganas de pelear.
Lanzó un chillido agudo y cayó de rodillas como para rezar. Tenía las manos entre las piernas y la cabeza echada hacia atrás. En el cuello le sobresalían los tendones. Su boca era una mueca patética de dolor. Su rodilla izquierda descendió directamente sobre un trozo de vidrio, parte del frasco de perfume.

Rodó silenciosamente de costado, como una ballena, apartando una mano de las pelotas para sujetarse la rodilla sangrante.

"La sangre -pensó ella-. Por Dios, está sangrando por todas partes."

"Sobrevivirá -replicó fríamente esa nueva Beverly, la que parecía haber surgido con la llamada telefónica de Mike Hanlon-: Los tipos como él siempre sobreviven. Pero sal volando de aquí antes de que él decida seguir con el baile. O antes de que resuelva ir al sótano a buscar su Winchester."

Retrocedió sintiendo una punzada de dolor en el pie. Había pisado un trozo de espejo. Se agachó para coger la maleta, sin quitar los ojos de Tom. Retrocedió hasta la puerta y salió al pasillo. Tenía la maleta delante de ella, con las dos manos y le golpeaba las piernas al caminar. Su pie herido iba dejando huellas sangrientas. Cuando llegó a la escalera, giró en redondo y bajó deprisa sin permitirse pensar. Sospechaba que, de cualquier modo, ya no le quedaban pensamientos coherentes, al menos de momento.

Sintió un leve roce contra la pierna y gritó.

Vio que era el extremo del cinturón, aún envuelto en su mano. Bajo aquella luz opaca se parecía a una serpiente muerta. Lo arrojó por sobre la barandilla con una mueca de asco y lo vio aterrizar en la alfombra del vestíbulo.

Al pie de la escalera, cogió el ruedo de su camisón de encaje blanco y se lo quitó por la cabeza. Estaba manchado de sangre y no quería tenerlo puesto un segundo más. Lo dejó caer a un lado. Desnuda, se agachó hacia la maleta. Sus pezones estaban fríos y duros como balas.

--¡Beverly, sube inmediatamente!

Lanzó una exclamación y dio un respingo, pero volvió a inclinarse hacia la maleta. Si él estaba lo bastante fuerte como para gritar así, ella tenía menos tiempo del que pensaba. Abrió la maleta y sacó una blusa, bragas y un viejo par de vaqueros. Se los puso precipitadamente, de pie junto a la puerta, sin apartar la vista de la escalera. Pero Tom no apareció allá arriba. Aulló su nombre dos veces más. En cada ocasión el sonido la hizo retroceder, con los ojos acosados y los labios descubriendo los dientes en una mueca de angustia.

Se abotonó la blusa a toda velocidad. Le faltaban los dos botones de arriba (resultaba irónico que cosiera tan poco para ella misma); probablemente parecería una prostituta buscando el último cliente de la noche. Pero no había remedio.

--¡Te voy a matar, mala puta! ¡Maldita zorra!

Cerró de un golpe la maleta y le echó el cerrojo. El brazo de una camisa quedó fuera, como una lengua. Echó un vistazo en derredor, apresuradamente, intuyendo que jamás volvería a ver esa casa. Sintió alivio ante la idea. Así pues, abrió la puerta y salió.

Estaba a tres manzanas de distancia, caminando sin rumbo, cuando se dio cuenta de que todavía estaba descalza. El pie que se había cortado, el izquierdo, le palpitaba sordamente. Tenía que ponerse algún calzado y eran casi las dos de la madrugada. Su billetera y sus tarjetas de crédito estaban en la casa. Metió la mano en los bolsillos del vaquero y sólo sacó un poco de pelusa. No tenía un centavo. Miró en derredor: un vecindario residencial, casas bonitas, prados pulcros, canteros y ventanas oscuras.

Y de pronto se echó a reír.

Beverly Rogan, sentada en un muro de piedra, con la maleta entre los pies sucios, reía. Habían salido las estrellas. ¡Y cómo brillaban! Inclinó la cabeza hacia atrás y se rió de ellas. Ese descabellado entusiasmo corría por ella otra vez; como una ola que la levantara, llevándola, purificándola, una fuerza tan poderosa que cualquier pensamiento consciente se perdía en ella; sólo el pensamiento de la sangre y su voz única, poderosa, le hablaban con algún inarticulado sistema del deseo, aunque no sabía ni le importaba saber qué deseaba. "Deseo", pensó. Y dentro de ella, aquella marea de entusiasmo pareció cobrar velocidad precipitándose hacia alguna rompiente inevitable.

Se rió de las estrellas, asustada pero libre; el terror era agudo como el dolor y dulce como una manzana madura. Cuando se encendió una luz, en un dormitorio del piso superior de la casa a la que pertenecía ese muro de piedra, levantó la maleta y huyó hacia la noche, siempre riendo.

6. Bill Denbrough coge la excedencia.

--¿Que te vas? -repitió Audra.

Lo miró desconcertada, con un poco de miedo, después levantó los pies descalzos y los escondió bajo el cuerpo. El suelo estaba frío. Pensándolo bien, toda la cabaña estaba fría. El sur de Inglaterra había tenido una primavera excepcionalmente húmeda. Más de una vez, en sus habituales paseos por la mañana y por la tarde, Bill Denbrough se sorprendía pensando en Maine... pensando, de un modo vago, en Derry.

Se suponía que la cabaña tenía calefacción central, así lo decía el anuncio, y había, por cierto, una caldera en el diminuto sótano, escondida en lo que, en otros tiempos, había sido una carbonera. Pero él y Audra habían descubierto, apenas iniciada la filmación, que los británicos no tenían de la calefacción central la misma idea que los norteamericanos. Al parecer, para los británicos había calefacción central siempre que uno no orinara un carámbano de hielo al levantarse. En ese momento era de mañana, apenas las ocho menos cuarto. Bill había colgado el el teléfono cinco minutos antes.

--No puedes irte así, Bill. Los sabes muy bien.

--Es preciso -dijo él. Al otro lado de la habitación había un bar. Se acercó para tomar una botella de Glenfiddich del último estante y se sirvió una copa. Parte de la bebida cayó fuera del vaso-. Mierda -murmuró.

--¿De quién era la llamada? ¿Qué te asusta, Bill?

--No estoy asustado.

--¿Ah, no? ¿Siempre te tiemblan así las manos? ¿Siempre tomas una copa antes de desayunar?

Bill volvió a su silla con la bata revoloteándole contra los tobillos y se sentó. Trató de sonreír, pero fue un esfuerzo triste al que renunció.

En el televisor, el locutor de la BBC desenvolvía su paquete de malas noticias matinales antes de pasar a los resultados del fútbol. Al llegar a la pequeña aldea suburbana de Fleet, un mes antes de iniciarse la filmación, ambos se habían maravillado de la calidad técnica de la televisión británica; con un buen aparato, uno tenía la sensación de que podía meterse en la escena. "Tiene más líneas o

algo así", dijo Bill. "No sé por qué, pero es una maravilla", había replicado Audra. Eso fue antes de descubrir que gran parte de los programas eran norteamericanos, como el de Dallas o interminables espectáculos deportivos que iban de lo tradicional y aburrido (campeonatos de dardos, en los que todos los participantes parecían luchadores hipertensos) a lo simplemente aburrido (el fútbol británico era malo; el criquet, aún peor).

--Ultimamente he pensado mucho en casa -dijo Bill y tomó un sorbo de su bebida.

--¿En casa? -se extrañó ella. Él rió.

--¡Pobre Audra! Casi once años de matrimonio con un hombre y no sabes nada de él. ¿Qué sabes de eso? -Volvió a reír y acabó la bebida. Su risa agradó tan poco a la mujer como lo de verlo con un vaso de whisky en la mano a esa hora de la mañana. Esa carcajada sonaba como un aullido de dolor-. Me gustaría saber si alguno de los otros tiene una esposa o un marido que estén descubriendo, en este momento, la poco que saben. Supongo que sí, forzosamente.

--Sé que te amo, Billy -dijo ella-. Durante once años eso ha sido bastante.

--Lo sé. -Le sonrió. Fue una sonrisa dulce, cansada y asustada.

--Por favor. Cuéntame qué ocurre.

Lo miraba con sus adorables ojos grises, sentada en esa casa alquilada, con los pies escondidos bajo el ruedo de su camisón, la mujer con la que se había casado por amor, la que aún amaba. Trató de ver a través de sus ojos para averiguar qué sabía ella. Trató de verlo como si fuera un cuento. Podía, pero era un cuento que jamás se vendería.

He aquí a un pobre muchachito del estado de Maine que va a la universidad gracias a una beca. Durante toda su vida ha querido ser escritor, pero cuando se inscribe en los cursos literarios se encuentra perdido, sin brújula, en una tierra extraña y atemorizante. Hay un tipo que quiere ser Updike. Otro desea ser Faulkner en versión de Nueva Inglaterra, sólo que quiere escribir novelas sobre la triste vida de los pobres en versos libres. Hay una muchacha que admira a Joyce Carol Oates, pero piensa que, por haber sido nutrida en una sociedad sexista, Oates es radiactiva en un sentido literario. Oates no puede ser limpia, dice esta muchacha. Ella será más limpia. También está el graduado gordo y bajito, que no puede hablar sino en murmullos. Ese tío ha escrito una obra en la que participan doce personajes. Cada uno de ellos dice una única palabra. Poco a poco, los espectadores se dan cuenta de que, al reunir esas palabras sueltas, se obtiene la frase: "La guerra es la herramienta de los sexistas mercaderes de muerte." La obra de este tío es calificada con un sobresaliente por el hombre que dicta el seminario de literatura creativa. Ese instructor ha publicado cuatro libros de poesía y sus tesis de licenciatura, todo en la imprenta de la universidad. Fuma marihuana y usa un medallón con el símbolo de la paz. La obra del gordo murmurador es representada por un grupo teatral guerrillero durante la huelga contra la guerra que clausura el recinto universitario en mayo de 1970. El instructor representa a uno de los personajes.

Mientras tanto, Bill Denbrough ha escrito un cuento de misterio del tipo "cuarto cerrado", tres de cienciaficción y varios de terror, que están en deuda con Edgar Allan Poe, H. P. Lovecraft y Richard Matheson. En años posteriores dirá que esos

cuentos se parecían a una carroza fúnebre en 1850, equipada con un motor de carrera y pintada de rojo chillón.

Uno de los cuentos de ciencia ficción vuelve con una mención honorífica.

"Éste es mejor -escribe el instructor, en la carátula-. En el rompehuelgas alienígena vemos el círculo vicioso en el que la violencia engendra violencia. Me gustó, especialmente, la nave espacial con "morro de aguja", como símbolo de la incursión sociosexual. Aunque esto se mantiene en una sugerencia algo confusa, resulta interesante."

Los otros no consiguen nada mejor que un aceptable.

Por fin, un día, se levanta en medio de la clase, después de que se ha analizado la viñeta de una joven cetrina, donde se habla de una vaca examinando un motor abandonado en un campo desierto (quizá después de una guerra nuclear) durante setenta minutos, poco más o menos. La joven cetrina, que fuma un cigarrillo tras otro y se pellizca ocasionalmente los granos de las sienes, insiste en que la viñeta es una declaración sociopolítica, a la manera de Orwell en sus primeros tiempos. La mayor parte de la clase está de acuerdo, incluido el instructor, pero la discusión sigue y sigue.

Cuando Bill se pone de pie, toda la clase lo mira. Es alto y tiene cierta presencia.

Hablando con cuidado, sin tartamudear (hace más de cinco años que no tartamudea), dice:

--No comprendo esto en absoluto. No comprendo nada de todo esto. ¿Es forzoso que un cuento deba ser socioalgo? Política... y cultura... historia... ¿no son ingredientes naturales de cualquier relato, si está bien contado? Es decir... -Mira en derredor, ve ojos hostiles y comprende que lo consideran una especie de ataque. Tal vez lo sea. Están pensando que quizá tengan a un sexista mercader de la muerte entre ellos-. Es decir... ¿ustedes no pueden permitir que un cuento sea, simplemente, un cuento?

Nadie responde. El silencio sale como el hilo de una rueca. Bill sigue allí, de pie, pasando la vista de un par de ojos indiferentes al otro. La muchacha cetrina lanza bocanadas de humo y apaga los cigarrillos en un cenicero que ha traído en su mochila.

Por fin, el instructor dice suavemente, como si hablara con un niño en medio de un berrinche inexplicable:

--¿Te parece que William Faulkner no hacía otra cosa que contar cuentos? ¿Te parece que a Shakespeare sólo le interesaba hacer dinero? Vamos, Bill, dinos qué opinas.

Después de una larga pausa en la que estudia la pregunta, Bill contesta:

--Opino que eso está bastante cerca de la verdad.

--Creo -dice el instructor, jugando con su bolígrafo y sonriendo a Bill con los ojos entrecerrados- que aún tienes mucho que aprender.

El aplauso se inicia en algún punto de la parte trasera del salón.

Bill se va... pero vuelve a la semana siguiente, decidido a no cejar. Mientras tanto, ha escrito un cuento titulado "Lo oscuro", sobre un niño que descubre un monstruo en el sótano de su casa. El niño se enfrenta al monstruo, lucha con él y acaba por matarlo. Bill siente una especie de exaltación sagrada mientras lo escribe; hasta le parece que no está escribiendo sino que el relato fluye a través de él. En cierto instante deja el bolígrafo y saca su mano, acalorada y dolorida, al

frío del invierno, donde sus dedos casi echan humo por el cambio de temperatura. Se pasea por un rato, con sus botas verdes cortadas, que chirrían en la nieve como diminutas bisagras sin aceitar. El cuento parece abultarle la cabeza. Le da un poco de miedo el modo en que necesita salir. Siente que, si no consigue salir a través de su mano apresurada, le hará estallar los ojos en su urgencia por escapar y convertirse en algo concreto. "Ahora sí lo hago polvo", confiesa a la ventosa oscuridad invernal y ríe un poco... una risa estremecida. Se da cuenta de que, por fin, ha descubierto cómo hacerlo. Después de intentarlo por diez años, de pronto ha hallado el botón de arranque en esa gran excavadora muerta que tanto espacio ocupa dentro de su cabeza. Y se ha puesto en marcha. No estaba hecha para llevar a los bailes a las chicas bonitas. No es un símlolo de estatus. Es algo serio. Puede acabar con todo. Y si él no se anda con cuidado, acabará también con él.

Corre dentro y termina "Lo oscuro" como si estuviera al rojo. Después de escribir hasta las cuatro de la madrugada, por fin se queda dormido sobre la carpeta. Si alguien le hubiera sugerido que, en realidad, estaba escribiendo sobre George, su hermano, se habría sorprendido. Hace años que no piensa en George... Al menos eso cree, honestamente.

El cuento vuelve con un insuficiente garabateado en la página del título. Abajo, el tutor ha garabateado dos palabras en letras mayúsculas. "Basura", chilla una. "Mierda", aúlla la otra.

Bill lleva el manuscrito de quince páginas a la estufa de leña y abre la portezuela. Está a punto de arrojarlo al interior cuando capta, de pronto, lo absurdo de lo que está haciendo. Se sienta en su mecedora, contempla un póster de Grateful Dead y se echa a reír. ¿Mierda? ¡Pues que sea mierda! ¡El mundo está lleno de ella!

--¡Que el mundo se venga abajo! -exclama Bill y ríe hasta que le brotan lágrimas de los ojos.

Vuelve a mecanografiar la página del título para reemplazar la que exhibe la opinión del instructor y envía el cuento a una revista para hombres, llamada White Tie (aunque, por lo que Bill puede apreciar, debería llamarse Mujeres desnudas con cara de drogadictas). Su manoseado catálogo de editores dice que aceptan cuentos de terror. Los dos números que ha comprado contenían, por cierto, cuatro relatos de ese tipo entre las mujeres desnudas y la publicidad de películas pornográficas y productos para la potencia sexual. Uno de ellos, escrito por alguien llamado Dennis Etchison, es bastante bueno.

Envía "Lo oscuro" sin grandes esperanzas (ha ofrecido varios cuentos a diversas revistas sin conseguir otra cosa que notas de rechazo), pero queda asombrado y en la gloria cuando el editor de White Tie lo compra por doscientos dólares, pagaderos en el momento de su publicación. El hombre agrega una breve nota diciendo que es el mejor cuento de terror desde que Ray Bradbury publicó "El frasco". "Es una lástima que sólo vayan a leerlo unas setenta personas de costa a costa", agrega, pero a Bill Denbrough no le importa. ¡Doscientos dólares!

Se presenta a su tutor con una nota de renuncia al seminario de literatura creativa. Su tutor la firma. Bill Denbrough pega la nota a la elogiosa carta del editor y clava ambas cosas en el tablón de anuncios, junto a la puerta de su tutor. En la esquina del tablero hay una historieta antibélica. Y de pronto, como moviéndose por cuenta propia, sus dedos sacan el bolígrafo del bolsillo y cruzan la tira cómica:

"Si la ficción y la política llegan, alguna vez, a ser intercambiables, voy a suicidarme, porque ya no sabré qué hacer. La política cambia siempre, ¿se dan cuenta? Los cuentos, jamás. -Hace una pausa, sintiéndose un poco bajo, pero sin poder evitarlo, agrega-: Creo que ustedes tienen mucho que aprender."

Tres días después le vuelve, por correo su nota de renuncia. El tutor la ha firmado. En el espacio designado para calificación en el momento de dejar el curso, no ha puesto el "incompleto" o el "regular" que habría correspondido por las notas obtenidas. Hay, en cambio, un furioso "insuficiente" plantado sobre la línea. Abajo, el instructor ha escrito: "¿Usted cree que el dinero demuestra algo, Denbrough?"

--Bueno, en realidad, sí -dice Bill Denbrough a su apartamento vacío.

Y una vez más comienza a reír como enloquecido.

En su último año de universidad se atreve a escribir una novela porque no tiene idea de lo que está emprendiendo. Escapa de la experiencia rasguñado y con miedo... pero vivo y con un manuscrito de casi quinientas páginas. Lo envía a The Viking Press, sabiendo que será la primera de muchas paradas para su libro, que trata de fantasmas... pero le gusta el logotipo de Viking y la editorial es, por lo tanto, un buen sitio para comenzar. En realidad, la primera parada es también la última. Viking compra el libro... y así comienza el cuento de hadas para Bill Denbrough. El antiguo Bill el Tartaja alcanza el éxito a la edad de veintitrés años. Tres años más tarde, a cuatro mil quinientos kilómetros de Nueva Inglaterra, logra una extraña especie de celebridad al casarse con una estrella de cine, cinco años mayor que él, en la iglesia de Hollywood.

Los periodistas dedicados al cotilleo del espectáculo le auguran siete meses de duración. Según dicen, la única duda es si acabará en divorcio o en anulación. Los amigos (y enemigos) de ambas partes tienen, más o menos, la misma sensación. Dejando a un lado la diferencia de edad, las disparidades son asombrosas. Él es alto, se está quedando calvo y se inclina un poco hacia la gordura; habla lentamente cuando está acompañado. Audra, por el contrario, es una estatuaria belleza de pelo castaño rojizo. Se parece menos a una mujer terrestre que a una criatura de cierta raza superior y divina.

Se ha contratado a Bill para que escriba el guión de su segunda novela, Los rápidos negros, sobre todo porque el derecho a hacer al menos el primer borrador es una condición de venta inmutable, aunque su agente gimiera, considerándolo una locura. El borrador ha resultado bastante bueno, por cierto, y ha sido invitado a Universal City para reelaboraciones y reuniones de producción.

Su agente es una mujer menuda, llamada Susan Browne. Mide exactamente un metro y medio de estatura. Es violentamente enérgica y aún más violentamente enfática.

--No lo hagas, Billy -le aconseja-. Despídete del asunto. Tienen mucho dinero invertido en eso y pueden conseguir que alguno de los buenos escriba el guión. Hasta Goldman, tal vez.

--¿Quién?

--William Goldman, el único buen escritor que se dedicó a eso y consiguió las dos cosas.

--¿De qué estás hablando, Suze?

--Se quedó allí y sigue bien -dijo ella-. Las posibilidades de lograr eso son como las de curarse de un cáncer de pulmón: se puede, pero ¿quién hace el intento? Te quemarás en sexo y alcohol. o en alguna de esas nuevas drogas. -Los ojos pardos de Susan, enloquecedoramente fascinantes, chisporrotean con vehemencia-. Y si encargan el trabajo a cualquier inepto y no a alguien como Goldman, ¿qué importa? El libro está seguro. No le pueden cambiar una palabra.
--Susan...
--¡Escucha, Billy! Cobra tu dinero y huye. Eres joven y fuerte. Eso es lo que les gusta. Si vas, primero te cercenarán la autoestima; después, la capacidad de escribir diez palabras seguidas. Pero lo peor es que te quitarán los testículos. Escribes como un adulto, pero eres sólo un niño con la frente muy grande.
--Tengo que ir.
--Eres un gilipollas -contraataca ella-. No lo hagas.
--En serio. Tengo que hacerlo.
--¡Por Dios!
--Necesito alejarme de Nueva Inglaterra. -Tiene miedo de decir lo que viene a continuación, porque es como pronunciar una maldición, pero se lo debe-. Tengo que irme lejos de Maine.
--¿Por qué?
--No sé, pero así es.
--¿Me estás diciendo algo real, Billy, o hablas simplemente como escritor?
--Es real.
Durante esta conversación están juntos en la cama. Ella tiene los pechos pequeños como melocotones, dulces como melocotones. Él la ama mucho, pero no como ambos saben que sería bueno amar. Ella se sienta, con un revoltijo de sábanas en el regazo, y enciende un cigarrillo. Está llorando, pero lo más probable es que crea que Bill no lo sabe. Hay sólo un brillo en sus ojos. Parece más prudente no mencionar el asunto. Aunque él no la ame como sería bueno amar, le tiene muchísimo afecto.
--Está bien, vete -dice ella, con voz seca y profesional, girando en su dirección-. Cuando estés listo, si todavía tienes fuerzas, telefonéame. Yo iré a recoger los pedazos... si queda alguno.
La versión fílmica de Los rápidos negros se titula El foso del demonio negro, y Audra Phillips representa el personaje femenino principal. El título es horrible, pero la película resulta bastante buena. Y él sólo pierde una parte de sí en Hollywood: su corazón.
--Bill -dijo Audra otra vez, arrancándolo de esos recuerdos. Él vio que había apagado el televisor. Miró por la ventana y vio la niebla que hociqueaba los vidrios.
--Te explicaré todo lo que pueda -dijo-. Es lo menos que mereces. Pero antes debes hacer dos cosas por mí.
--De acuerdo.
--Prepárate otra taza de té y dime qué sabes de mí. O qué crees saber.
Ella lo miró intrigada. Luego fue hacia el aparador.
--Sé que eres de Maine -dijo, sirviéndose el té. Aunque no era inglesa, su voz había adquirido un dejo de entonación británica, secuela de la parte representada en El desván, la película por cuya filmación estaban allí. Era el primer libreto original de Bill. También se le había ofrecido la dirección, pero la había rechazado,

gracias a Dios; de lo contrario, viajar ahora habría sido arruinarlo todo por completo. Sabía lo que iban a decir los del equipo: por fin Bill Denbrough muestra la hilacha, otro maldito escritor chiflado.

Bien sabía Dios que se sentía bastante loco en esos instantes.

--Sé que tenías un hermano al que querías mucho y que murió -prosiguió Audra-. Sé que creciste en una ciudad llamada Derry. Te mudaste a Bangor unos dos años después de la muerte de tu hermano y a los catorce, a Portland. Sé que tu padre murió de cáncer de pulmón cuando tenías diecisiete. Y escribiste un éxito de ventas cuando todavía estabas en la universidad, manteniéndote con una beca y un trabajo de media jornada en una empresa textil. Eso tiene que haberte parecido muy extraño... El cambio de ingresos, de perspectivas...

Cuando volvió a su lado, él vio que acababa de darse cuenta de los espacios ocultos entre ambos.

--Sé que escribiste Los rápidos negros un año después y viniste a Hollywood. Y la semana antes de iniciarse la filmación, conociste a una mujer muy complicada, llamada Audra Philips, que sabía, en parte, lo que estabas pasando, lo de esa descabellada incomprensión, porque había sido, sencillamente, Audrey Philpott hasta cinco años antes. Y esa mujer se estaba ahogando...

--No, Audra.

Ella le sostuvo la mirada, serena.

--Oh, ¿por qué no? Seamos francos y llamemos a las cosas por su nombre. Me estaba ahogando. Descubrí las anfetaminas dos años antes de conocerte; un año después, la cocaína, que era todavía mejor. Una anfeta en la mañana, coca por la tarde, vino por la noche y un Valium a la hora de acostarme: las vitaminas de Audra. Demasiadas entrevistas importantes, demasiados papeles buenos. Daba risa de tan parecida a los personajes de Jacqueline Susann. ¿Sabes cómo imagino ahora ese período, Bill?

--No.

Ella bebió un sorbo de té sin dejar de mirarlo a los ojos y sonrió.

--Era como correr por la rampa móvil del aeropuerto de Los Angeles, ¿comprendes?

--No, no del todo.

--Es una rampa móvil de unos cuatrocientos metros.

--Conozco la rampa, pero no sé qué estás...

--Si te quedas de pie en ella, te lleva hasta la zona de entrega de equipaje. Pero no hace falta que te quedes inmóvil, puedes caminar o correr y parecería que lo estás haciendo como de costumbre porque tu cuerpo olvida que estás agregando velocidad a la de la rampa. Por eso al final han puesto esos letreros que dicen "Circule despacio, rampa móvil". Cuando te conocí, me sentía como si hubiera salido a toda carrera de esa rampa a un suelo que ya no se movía. Mi cuerpo iba nueve kilómetros por delante de mis pies. No se puede mantener el equilibrio. Tarde o temprano te caes de narices. Pero yo no me caí, porque tú me sostuviste.

Apartó el té para encender un cigarrillo sin dejar de mirarlo. Él sólo vio que le temblaban las manos por el imperceptible estremecimiento de la llama que se movió de lado a lado antes de encontrar el extremo del cigarrillo. Ella aspiró profundamente y exhaló un hálito de humo.

--¿Qué otra cosa sé de ti? Sé que pareces tenerlo todo controlado. Nunca se te ve con prisa por pasar a la próxima copa, a la próxima reunión, a la próxima fiesta. Pareces convencido de que todo eso estará allí... si lo deseas. Hablas despacio. Supongo que es, en parte, por el acento de Maine, pero sobre todo por tu modo de ser. Entre todos los hombres que conozco, fuiste el primero que se atrevió a hablar despacio. Yo tenía que aminorar la marcha para escucharte. Cuando te miraba, Bill, veía a alguien que jamás corría en la rampa móvil, porque estaba seguro de que la rampa lo llevaría a su destino. Parecía no haberte tocado la histeria y la exageración. No alquilaste un Rolls Royce para lucirlo los sábados por la tarde con tu propio nombre grabado en las placas. No tenías un agente de prensa para que hiciera publicar artículos en las revistas de cotilleos. Nunca te presentaste en esos programas de entrevistas para lucirse.

--A los escritores no los invitan, a menos que sepan hacer trucos con las cartas o algo similar -dijo él, sonriendo-. Es como una ley nacional.

Pensó que ella también sonreiría, pero no fue así.

--Sé que siempre estuviste a mano cuando te necesité. Cuando salí volando de la rampa móvil. Tal vez me salvaste de tragar la píldora que no correspondía después de haber bebido demasiado. O tal vez yo habría salido a flote de todos modos y no hago sino dramatizar. Pero... no lo creo así. Adentro, donde estoy yo, no me lo parece.

Apagó el cigarrillo, al que sólo había dado dos caladas.

--Sé que, desde entonces, nunca me has fallado. Ni yo a ti. Nos entendemos en la cama. Antes, eso me importaba muchísimo. Pero también nos entendemos fuera de ella y ahora eso me parece más importante. Siento que podría envejecer contigo sin dejar de ser valiente. Sé que bebes demasiada cerveza y que no haces suficiente ejercicio. Sé que algunas noches tienes pesadillas...

Él se sobresaltó. Fue un desagradable sobresalto. Casi un susto.

--Nunca sueño.

Ella sonrió.

--Eso dices a los periodistas cuando te preguntan de dónde sacas las ideas. Pero no es cierto. A menos que, cuando gruñes toda la noche, sea por indigestión. Y no creo que sea eso, Billy.

--¿Hablo dormido? -preguntó él, cauteloso. No recordaba ningún sueño, ninguno en absoluto, bueno o malo.

Audra asintió.

--A veces. Pero nunca llego a entender lo que dices. Y un par de veces has llorado.

Él la miró, inexpresivo. Tenía mal gusto en la boca, le corría garganta abajo, como el sabor de la aspirina disuelta. "Ahora ya sabes qué sabor tiene el miedo -pensó-. Era hora de que lo averiguaras, teniendo en cuenta todo lo que has escrito sobre el tema." Supuso que uno acababa por acostumbrarse al sabor. Siempre que viviera lo suficiente.

Súbitamente, los recuerdos estaban tratando de entrar en tropel. Era como si tuviera en la mente un saco negro que se hinchaba, amenazando con escupir nocivos sueños, retazos desde el subconsciente, hacia el campo mental de visión dominado por su mente racional alerta, y si eso ocurría de pronto, enloquecería. Trató de empujarlo todo hacia atrás y lo consiguió, pero no antes de oír una voz.

Era como si alguien, sepultado vivo, hubiera gritado desde el suelo. Era la voz de Eddie Kaspbrak.

"Me salvaste la vida, Bill. Esos muchachos me vuelven loco. Algunas veces creo que quieren matarme de verdad..."

--Tus brazos -dijo Audra.

Bill se los miró. Se le había puesto carne de gallina. Pero no eran bultitos pequeños, sino enormes puntos blancos, como huevos de insectos. Los dos observaron fijamente, sin decir nada, como si contemplaran una interesante pieza de museo hasta que la carne de gallina desapareció, poco a poco.

En el silencio siguiente, Audra dijo:

--Y sé otra cosa; alguien te llamó esta mañana desde Estados Unidos y dijo que debías abandonarme.

Él se levantó, echó un breve vistazo a las botellas de licor y entró a la cocina. Volvió con un vaso de zumo de naranja diciendo: -Sabes que yo tenía un hermano y sabes que murió, pero no que fue asesinado.

Audra aspiró.

--¡Asesinado! Oh, Bill, ¿por qué no me lo...?

--¿Por qué no te lo conté? -Rió otra vez con esa risa que parecía un ladrido-. No lo sé.

--¿Qué pasó?

--Por entonces vivíamos en Derry. Habíamos sufrido una inundación, pero ya estaba pasando y George se aburría. Yo estaba en cama, con gripe. El quiso que le hiciera un barquito de papel. Yo había aprendido a hacerlos en el campamento de verano, el año anterior. Dijo que iba a hacerlo navegar por las alcantarillas de Witcham Street y de Jackson Street, porque estaban todavía llenas de agua. Entonces le hice el barquito, él me dio las gracias y salió. Fue la última vez que vi a mi hermano George con vida. Si no hubiera estado con gripe, tal vez habría podido salvarlo.

Hizo una pausa, frotándose la mejilla izquierda con la mano derecha, como si buscara un crecimiento de barba. Sus ojos, aumentados por las lentes de las gafas, parecían pensativos... pero no estaba mirando a Audra.

--Ocurrió allí mismo, en Witcham Street, no muy lejos de la intersección con Jackson. El que lo mató le arrancó el brazo izquierdo, tal como un niño podría arrancarle el ala a una mosca. El forense dijo que había muerto por el shock o por la pérdida de sangre. Por lo que pude ver, poco importaba la diferencia.

--¡Por Dios, Bill!

--Te preguntarás por qué nunca te lo conté. La verdad es que yo tampoco lo sé. Estamos casados desde hace once años y, hasta ahora, no te había enterado de lo ocurrido con Georgie. Yo conozco a toda tu familia, hasta a tus tíos. Sé que tu abuelo murió en su taller de Iowa, jugando con la sierra móvil mientas estaba borracho. Lo sé porque la gente casada, por ocupada que esté, llega a decirse casi todo al cabo de un tiempo. Aunque acaben por aburrirse y dejen de escuchar, lo captan, de cualquier modo... por ósmosis. ¿O no estás de acuerdo?

--Sí -dijo ella, débilmente-. Estoy de acuerdo, Bill.

--Y nosotros siempre hemos podido conversar, ¿verdad? Ninguno de nosotros se aburrió nunca hasta el punto de captar por ósmosis, ¿verdad?

--Bueno -comentó ella-, eso pensé siempre, hasta hoy.

--Vamos, Audra. Sabes todo lo que me ha pasado en los últimos once años de mi vida. Cada operación, cada idea, cada resfriado, cada amigo, cada individuo que me haya tratado bien o mal. Sabes que me acostaba con Susan Browne. Sabes que a veces, cuando bebo, me pongo estúpido y pongo discos a un volumen exagerado.

--Especialmente los de Grateful Dead -dijo ella.

Él rió. Esta vez ella respondió a la sonrisa.

--Sabes también lo más importante: las cosas que deseo.

--Sí, creo que sí. Pero esto... -Hizo una pausa, sacudió la cabeza y caviló por un instante-. ¿Cómo se relaciona esta llamada con tu hermano, Bill?

--Deja que te lo diga a mi modo. Si me apresuras me verás en un enredo. Es tan grande... y tan... tan extrañamente horrible... que trato de llegar a eso sigilosamente. Ya ves... nunca se me ocurrió contarte lo de Georgie.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido y sacudió la cabeza.

--Lo que trato de decirte, Audra, es que no he pensado en George desde hace veinte años o más.

--Pero me dijiste que tenías un hermano llamado...

--Repetía un dato, eso es todo. Su nombre era una palabra. No arrojaba sombra alguna en mi mente:

--Pero tal vez arrojaba una sombra en tus sueños -dijo Audra quedamente.

--¿Los quejidos? ¿Los llantos?

Ella asintió.

--Supongo que tienes razón -dijo él-. Casi con seguridad. Pero los sueños que uno no recuerda no cuentan, ¿verdad?

--¿Pretendes decirme que nunca pensaste en él?

--Exactamente.

Ella meneó la cabeza, incrédula.

--¿Ni siquiera en la forma horrible en que murió?

--Hasta hoy, no, Audra.

Ella lo miró y volvió a sacudir la cabeza.

--Antes de casarnos me preguntaste si tenía hermanos. Yo dije que mi único hermano había muerto cuando yo era niño. Sabías que mis padres ya no estaban. Y tienes tantos parientes que tu familia ocupaba todo tu campo de atención. Pero eso no es todo.

--¿A qué te refieres?

--No es sólo George lo que ha estado en ese agujero negro. Desde hace veinte años no he pensado en Derry en sí. Ni en los chicos que eran mis amigos: Eddie Kaspbrak; Richie la Boca; Stan Uris; Bev Marsh...

--Se mesó el pelo con una risa estremecida-. Es como tener un caso de amnesia tan grave que uno no se sabe amnésico. Y cuando llamó Mike Hanlon...

--¿Quién es Mike Hanlon?

--Otro de los chicos de la pandilla... la pandilla que formamos cuando murió Georgie. Claro que ya no es un chico. Ninguno de nosotros lo es. El que llamó era Mike. Dijo: "Hola, ¿hablo con la casa de Denbrough?" Yo dije: "Sí." Y él: "¿Bill? ¿Eres tú?" Y yo, "Sí." Y él dijo: "Soy Mike Hanlon." Para mí no quería decir nada, Audra, como si fuera un vendedor de enciclopedias. Y entonces agregó: "Desde Derry." Cuando dijo eso fue como si se abriera una puerta dentro de mí dejando

pasar una luz horrible, y recordé quién era. Me acordé de Georgie. Me acordé de los otros. Todo esto pasó... -Bill chasqueó los dedos-. Así. Y adiviné que iba a pedirme que fuera.

--Que volvieras a Derry.

--Sí. -Él se quitó las gafas, se frotó los párpados y volvió a mirarla. Audra no había visto nunca un hombre tan asustado-. Que volviera a Derry. Porque lo prometimos, dijo, y es cierto. Lo prometimos, todos nosotros. Los chicos. Estábamos en el arroyo que corría por Los Barrens, tomados de la mano, formando un círculo, y nos habíamos cortado las palmas con un trozo de vidrio. Éramos como un grupo de chiquillos jugando al juramento de sangre, sólo que era real.

Le mostró las palmas: en el centro de cada una se veía una cerrada escalerilla de líneas blancas que podían ser de tejido cicatrizado. Ella había tomado esas manos incontables veces sin reparar jamás en esas cicatrices. Eran borrosas, sí, pero habría jurado...

¡Y la fiesta! ¡Aquella fiesta!

No se trataba de la fiesta en que se habían conocido, aunque la segunda constituía un perfecto final de libro para la primera, al terminar la filmación de El foso del demonio negro. Había sido un festejo ruidoso y con mucho alcohol, digno ejemplo de todo lo que se hacía en Topanga Canyon. Tal vez un poco menos perverso que otras fiestas a las que ella había asistido en Los Angeles, porque la filmación había salido mejor de lo que cabía esperar y todos lo sabían. Para Audra Philips, mucho mejor aún, pues se había enamorado de William Denbrough.

¿Cómo se llamaba la autoproclamada quiromántica? Audra no lo recordaba, pero era una de las dos ayudantes del maquillador. Recordaba que la muchacha, a cierta altura de la fiesta, se había quitado la blusa (descubriendo el pequeño sostén que llevaba debajo) para atársela a la cabeza, como si fuera un pañuelo de gitana. Excitada por la marihuana y el vino, había pasado el resto de la velada leyendo las manos... al menos hasta que perdió el sentido.

Audra ya no recordaba si las interpretaciones de la muchacha habían sido buenas o malas, ingeniosas o estúpidas, porque también ella estaba bastante excitada, aquella noche. Lo que sí recordaba era que, en cierto momento, la chica había tomado la palma de Bill y la de ella, diciendo que concordaban exactamente. Eran vidas gemelas, dijo. Recordaba haber mirado, bastante celosa, mientras la muchacha seguía las líneas de aquella palma con una uña exquisitamente esmaltada. ¡Qué celos estúpidos, en esa extraña subcultura del cine, donde los hombres daban palmaditas en los traseros femeninos con la misma indiferencia con que, en Nueva York, se les daba un beso en la mejilla! Pero había algo íntimo en ese rastreo.

Y por entonces, en la palma de Bill no había ninguna cicatriz blanca.

Audra estaba segura de sus recuerdos, pues había observado la charada con los ojos celosos de la enamorada.

Y así se lo dijo a Bill.

Él asintió.

--Tienes razón. En esa época no estaban allí. Y aunque no podría jurarlo, no creo que estuvieran allí anoche. Ralph y yo estuvimos haciendo pulsos en el Plow and Barrow, por las cervezas. Me habría dado cuenta.

Le sonrió sin humor, con miedo.
--Creo que aparecieron cuando llamó Mike Hanlon. Eso creo.
--No es posible, Bill. -Pero Audra alargó la mano hacia los cigarrillos.
Bill se estaba mirando las manos.
--Lo hizo Stan -comentó-. Nos cortó las palmas con un fragmento de botella de Coca-Cola. Ahora lo recuerdo con claridad. -Miró a Audra, sus ojos parecían doloridos y desconcertados tras las gafas-. Recuerdo cómo brillaba ese trozo de vidrio al sol. Era una de las nuevas, de vidrio claro. Las de antes eran verdes, ¿recuerdas? -Ella sacudió la cabeza, pero Bill no la vio. Todavía estaba estudiando sus manos-. Recuerdo que Stan dejó sus propias manos para el final, fingió que se iba a cortar las muñecas y no las palmas. Creo que fue sólo una broma, pero estuve a punto de correr hacia él... para impedírselo. Por unos segundos pareció decidido.
--No, Bill -dijo ella en voz baja. Esa vez tuvo que afirmar el encendedor sujetándose la mano derecha con la otra, como el policía que apunta su revólver-. Las heridas no vuelven. Están allí o no están.
--Las habías visto antes, ¿eh? ¿Es eso lo que tratas de decirme?
--Son muy tenues -dijo Audra, con más aspereza de la que hubiera querido.
--Todos estábamos sangrando -dijo-. Estábamos de pie en el agua, a poca distancia de donde habíamos construido el dique, Eddie Kaspbrak, Ben Hanscom y yo, aquella vez...
--No te refieres al arquitecto, ¿no?
--¿Sabes de alguien que se llame así?
--¡Por Dios, Bill, el que construyó el nuevo centro de comunicaciones de la BBC! ¡Todavía se está discutiendo sobre si es un sueño o un aborto!
--Bueno, no sé si es el mismo o no. No me parece probable, pero supongo que puede ser. El Ben que yo conocí era una maravilla construyendo cosas. Estábamos todos allí, cogidos de la mano; yo tenía a Bev Marsh a mi derecha y a Richie Tozier a la izquierda. Estábamos en el agua, como una escena sacada de un bautismo sureño. Recuerdo que veía, en el horizonte, la torre depósito de Derry. Se la veía tan blanca como uno imagina que son las túnicas de los arcángeles. Y prometimos, juramos, que si no había terminado, que si alguna vez volvía a empezar... regresaríamos. Y lo haríamos otra vez. Y lo pararíamos. Para siempre.
--¿Qué cosa? -exclamó ella, súbitamente furiosa con Bill-. ¿Qué cosa debían parar? ¿De qué diablos estás hablando?
--Ojalá no p-p-p-preguntaras... -comenzó Bill. Y se interrumpió. Audra vio una expresión de asombrado horror que se esparcía por su rostro como una mancha-. Dame un cigarrillo.
Ella le pasó el paquete. Bill encendió uno. Audra nunca lo había visto fumar.
--Además, yo tartamudeaba.
--¿Tartamudeabas?
--Sí, por aquel entonces. Dijiste que yo era el único hombre en Los Angeles, de cuantos conocías, que se atrevía a hablar despacio. La verdad es que no me atrevía a hablar deprisa. No era por reflexión, ni por decisión, ni por prudencia. Todos los tartamudos reformados hablamos con lentitud. Es uno de los trucos que se aprenden. Como el de pensar en tu segundo nombre un momento antes de

decir cómo te llamas, porque los tartamudos tienen más problema con los sustantivos que con otras palabras. Y de todas las palabras del mundo, la que les da más trabajo es su nombre de pila.

--Tartamudeabas. -Audra sonrió como si Bill acabara de contar un chiste y ella no acabara de entenderlo.

--Hasta que George murió, yo tartamudeaba moderadamente - dijo Bill.

Ya comenzaba a oír que las palabras se le duplicaban en la mente, como si estuvieran infinitesimalmente separadas en el tiempo. Las palabras surgían con facilidad, con su cadencia común, pero mentalmente oía palabras tales como Georgie y moderadamente, que se superponían convirtiéndose en G-G-Georgie y m-momoderadamente.

--Es decir, tenía momentos realmente difíciles, sobre todo cuando me llamaban a dar la lección y especialmente si sabía la respuesta y quería darla. Pero en general me las arreglaba. Después de la muerte de George, empeoré mucho. Más adelante, alrededor de los catorce o quince años, las cosas empezaron a mejorar. Fui a la escuela secundaria de Chevrus, en Portland, y allí había una especialista, la señora Thomas, que era estupenda. Ella me enseñó algunos trucos muy buenos, como el de pensar en mi segundo nombre antes de decir: "Hola, me llamo Bill Denbrough." Como yo estudiaba francés, me enseñó a usar ese idioma cuando me atascaba en una palabra. Si estás como un disco rayado, p-p-pa-pa... sintiéndote perfectamente estúpido, piensas en francés y le mouchoir sale de tu lengua como una flecha. Siempre. Y en cuanto lo has dicho en francés puedes volver a tu idioma y dices "pañuelo" sin dificultad. Si te quedas atascado en una palabra con s, como semilla o sordo, la ceceas: cemilla, zordo, y no tartamudeas.

"Todo eso ayudó, pero sobre todo me ayudó olvidar Derry y todo lo que había pasado allí. Porque fue entonces cuando sobrevino el olvido, mientras vivíamos en Portland y yo iba a Chevrus. No lo olvidé todo de golpe, pero ahora comprendo que ocurrió en un período notablemente breve. Tal vez no más de cuatro meses. Mi tartamudeo y mis recuerdos desaparecieron juntos. Alguien borró la pizarra con todas las ecuaciones viejas.

Bebió lo que quedaba de zumo.

--Cuando tartamudeé al decir "preguntaras", hace un minuto, fue la primera vez en veintiún años, tal vez. -Miró a Audra-. Primero las cicatrices. Después, el t-tar-tartamudeo. ¿Lo ves?

--¡Lo estás haciendo a propósito!protestó ella, asustada.

--No. Supongo que no hay modo de convencer a nadie, pero es cierto. El tartamudeo es algo curioso, Audra. Fantasmal. Por una parte, ni siquiera te das cuenta de que lo haces. Pero... también es algo que se oye en la mente. Es como si una parte de tu cabeza funcionara un segundo adelantada al resto. O como esos sistemas de reverberación que los chicos solían poner en sus cacharros en la década del cincuenta, en que el sonido de la bocina de atrás surgía una fracción de segundo después que en la de adelante.

Se levantó para caminar por la habitación, inquieto. Se le veía cansado. Audra pensó, con cierta inquietud, en lo mucho que había trabajado en los últimos trece años, como si pudiera justificar su moderado talento con un furioso ritmo de trabajo, casi sin pausa. Se encontró dando vueltas a una idea inquietante. Trató de borrarla, pero no pudo. ¿Y si la llamada hubiera sido a Ralph Foster, desde la

Plow and Barrow, para invitar a Bill a jugar a los pulsos o al backgammon por una hora? ¿O tal vez de Freddie Firestone, el productor de El desván, por algún problema? Hasta una llamada equivocada.

¿A qué la llevaban esos pensamientos?

Vaya, pues a la idea de que todo ese asunto de Derry y Mike Hanlon no era sino una alucinación. Una alucinación provocada por un principio de colapso nervioso.

"Pero las cicatrices, Audra, ¿cómo explicas lo de las cicatrices? Él tiene razón. No estaban allí... y ahora están. Eso es cierto y tú lo sabes."

--Cuéntame el resto -dijo-. ¿Quién mató a tu hermano George? ¿Qué hicieron tú y esos otros niños? ¿Qué prometieron?

Bill se acercó para arrodillarse delante de ella, como un pretendiente formal a punto de declararse, y le cogió las manos.

--Creo que podría decírtelo -empezó suavemente-. Creo que, si en verdad quisiera, podría. La mayor parte no la recuerdo siquiera ahora, pero una vez que comenzara a hablar, surgiría. Puedo sentir que esos recuerdos... esperan el momento de nacer. Son como nubes llenas de lluvia. Sólo que esta lluvia sería muy sucia. Las plantas que brotaran después de una lluvia así serían monstruosas. Tal vez pueda afrontarlo ahora con los otros...

--¿Están enterados?

--Mike dice que los llamó a todos. Cree que irán todos... salvo Stan, tal vez. Dijo que Stan había hablado de un modo extraño.

--A mí todo esto me parece extraño. Me estás asustando mucho, Bill.

--Lo siento -dijo él. La besó. Era como recibir un beso de un perfecto desconocido. Audra descubrió que odiaba a ese tal Mike Hanlon-. Me pareció mejor explicar todo lo que pudiera. Me pareció que era preferible a fugarse sigilosamente, en medio de la noche. Supongo que algunos de los otros lo harán así. Pero tengo que ir. Y creo que Stan irá, aunque haya hablado de un modo extraño. O tal vez es sólo porque a mí me parece imposible no acudir.

--¿Por lo de tu hermano?

Bill meneó lentamente la cabeza.

--Podría decirte que sí, pero sería una mentira. Lo quería. Sé que ha de sonarte extraño, pues acabo de decirte que llevaba veinte años sin pensar en él, pero quería endiabladamente a ese chico. -Sonrió-. Era un ciclón, pero yo lo quería, ¿sabes?

Audra, que tenía una hermana menor, asintió.

--Lo sé.

--Pero no es por George. No puedo explicar de qué se trata. Es... -Contempló la niebla matinal por la ventana-. Me siento como el pájaro ha de sentirse cuando llega el otoño y él sabe... sabe, de algún modo, que debe volar a su terruño. Es instinto, nena... Y creo que el instinto es el esqueleto que sostiene todas nuestras ideas sobre el libre albedrío. A menos que estés dispuesto a darte a las drogas, a tragarte el revólver o a caminar largamente por un muelle corto, no puedes decir que no a algunas cosas. No puedes impedir que pasen, así como no puedes estar en el campo de béisbol con un bate en la mano y dejar que la pelota te golpee. Tengo que ir. Esa promesa... la tengo en la mente como un anz-z-z-zuelo.

Ella se levantó para acercarse cuidadosamente, se sentía muy frágil, como si pudiera romperse. Le puso una mano en el hombro para hacerlo girar hacia ella.

Y dijo:
--Entonces llévame contigo.
La expresión de horror que se encendió en la cara de Bill (no porque ella le horrorizara, sino porque se horrorizaba por ella) fue tan cruda que Audra retrocedió, realmente asustada por primera vez.
--No -dijo él-. Ni lo pienses, Audra. Ni se te ocurra. Te quiero a más de tres mil kilómetros de Derry. Creo que Derry va a ser una ciudad muy peligrosa en las próximas dos semanas. Tienes que quedarte aquí, seguir trabajando y ofrecer disculpas en mi nombre. ¡Prométélo!
--¿Tengo que prometer? -inquirió ella, sin dejar de mirarlo a los ojos-. ¿Tengo que prometerlo, Bill?
--Audra...
--Tú hiciste una promesa y mira en qué te has metido y en lo que me has metido también, porque soy tu esposa y te amo.
Las grandes manos de Bill le apretaron dolorosamente los hombros.
--¡Prométélo! ¡Prométélo! ¡Pp-pr...!
Y ella no pudo soportarlo. No pudo soportar esa palabra rota, atascada en su boca como un pez contorsionado.
--Está bien, lo prometo, lo prometo. -Estalló en lágrimas-. ¿Estás satisfecho? ¡Dios mío! Estás loco, todo esto es una locura, pero ¡lo prometo!
La rodeó con un brazo y la llevó al sofá. Le sirvió un coñac. Ella lo bebió a sorbos, dominándose poco a poco.
--¿Cuándo te vas?
--Hoy, en el Concorde. Llegaré a tiempo, si voy al aeropuerto en automóvil, en vez de tomar el tren. Freddie quería que estuviera en el set después de almorzar. Si tú vas a las nueve, no sabes nada, ¿comprendes?
Ella asintió, renuente.
--Estaré en Nueva York antes de que pase nada. Y en Derry antes de que se ponga el sol, con las debidas c-conexiones.
--¿Y cuándo te volveré a ver? -preguntó ella.
Él la abrazó con fuerza, pero no respondió a su pregunta.

Derry: El primer interludio.

A través de los años, ¿cuántos ojos humanos habían vislumbrado sus anatomías secretas?
Clive Barker, Books of Blood.

El fragmento siguiente y todos los otros fragmentos de Interludio han sido extraídos de Derry: una historia no autorizada de la ciudad, de Michael Hanlon. Se trata de una serie de notas inéditas y fragmentos de manuscritos adjuntos (que constituyen casi anotaciones en un diario), encontrada en la bóveda de la Biblioteca Pública de Derry. El título es el que figura escrito en la cubierta de la carpeta donde se guardaban estas notas antes de su publicación aquí. Sin

embargo, el autor se refiere varias veces a la obra, dentro de sus propias notas, como Derry: un vistazo a la puerta trasera del infierno.
Cabe suponer que la idea de su publicación había cruzado más de una vez por la mente del señor Hanlon.

2 de enero de 1985.
¿Es posible que toda una ciudad esté embrujada?
¿Embrujada como se supone que lo están algunas casas?
No digo un edificio de esa ciudad ni la esquina de una calle ni una pista de baloncesto en un parque, con el aro sin red sobresaliendo hacia el crepúsculo, como algún oscuro y sangriento instrumento de tortura. No digo sólo una zona, sino todo. Todo lo que hay allí.
¿Es posible?
El adjetivo que se usa en inglés para estos casos es haunted. Vea sus derivaciones:
Haunted: "Visitado con frecuencia por fantasmas o espíritus."
Haunting, el adjetivo correspondiente: "Que vuelve a la mente con insistencia; difícil de olvidar."
To haunt, el verbo: "Perseguir o aparecer con frecuencia, especialmente fantasmas." Pero... la palabrita se usa para mucho más. ¡Veamos! ""Lugar visitado con frecuencia: nidal, guarida, querencia..."" El subrayado es mío, por supuesto.
Y una más. Ésta, como la última, es una definición de haunt como sustantivo, y la que más me asusta: "Sitio donde comen los animales."
¿Como los animales que golpearon a Adrian Mellon y lo arrojaron desde el puente?
¿Como el animal que estaba esperando debajo del puente?
Sitio donde comen los animales.
¿Qué está comiendo en Derry? ¿Qué se está comiendo a Derry?
En realidad es interesante. Yo no sabía que era posible estar tan asustado como yo lo estoy desde el caso Adrian Mellon y seguir viviendo, mucho menos seguir funcionando. Es como si hubiera caído en un cuento y todo el mundo sabe que uno no tiene por qué asustarse hasta el final del cuento, momento en que el perseguidor de la oscuridad sale del bosque, por fin, para alimentarse... de uno, por supuesto.
De uno.
Pero si esto es un cuento, no es uno de esos clásicos relatos escalofriantes de Lovecraft, Bradbury o Poe. Yo sé, no todo pero sí una buena parte. No empecé al abrir el Derry News, un día de septiembre pasado, y leer la transcripción de la audiencia preliminar del muchacho Unwin y comprender que el payaso que asesinó a George Denbrough bien podía estar de regreso. Empecé, en realidad, alrededor de 1980. Creo que fue entonces cuando una parte de mí, dormida hasta ese momento, despertó... sabiendo que su tiempo tal vez estaba volviendo.
¿Qué parte? La parte del vigía, supongo.
O tal vez fue la voz de la Tortuga. Sí... me inclino por pensar que fue eso. Sé que es lo que creería Bill Denbrough.
Descubrí, en libros viejos, noticias de antiguos horrores. Leí sobre viejas atrocidades en viejos periódicos. Siempre en el fondo de la mente, cada día algo

más audible, oí el zumbido de caracola de alguna fuerza en crecimiento, fusionante. Me parecía oler el amargo aroma a ozono de los relámpagos por surgir. Comencé a tomar notas para un libro que, casi con certeza, no viviré lo bastante para escribir. Y al mismo tiempo, seguía adelante con mi vida. En un estrato de mi mente estaba y estoy viviendo con los horrores más grotescos y descabellados. En otro, continúo llevando la vida mundana de un bibliotecario de ciudad pequeña. Pongo libros en los estantes, extiendo carnets a nuevos socios, apago los monitores que los lectores descuidados suelen dejar encendidos, bromeo con Carole Danner sobre lo mucho que me gustaría acostarme con ella y ella responde bromeando sobre lo mucho que le gustaría acostarse conmigo y los dos sabemos que, en realidad, ella está bromeando y yo no, así como los dos sabemos que ella no se quedará mucho tiempo en una población tan pequeña como Derry, mientras que yo estaré aquí hasta mi muerte, pegando las páginas desgarradas del Business Week, participando en las reuniones semanales para decidir adquisiciones, con la pipa en una mano y un montón de folletos en la otra... y despertando en medio de la noche, con el puño apretado contra la boca para no gritar.

Los tópicos góticos están errados por completo. No se me ha puesto el pelo blanco. No camino dormido. No he comenzado a hacer comentarios crípticos ni llevo una babilla de espiritismo en el bolsillo de la chaqueta. Tal vez río un poco más, eso es todo, y a veces mi risa debe sonar algo estridente y rara, porque a veces la gente me mira con extrañeza cuando río.

Una parte de mí -la parte que Bill llamaría "la voz de la Tortuga"- dice que debería llamarlos a todos esta misma noche. Pero ¿estoy completamente seguro? ¿Quiero estar completamente seguro? No, por supuesto que no. Pero lo que ha pasado con Adrian Mellon se parece tanto a lo que pasó con George, el hermano de Bill el Tartaja, en el otoño de 1957...

Si es cierto que ha comenzado otra vez, los llamaré. Es preciso. Pero todavía no; es demasiado temprano. La última vez comenzó lentamente y no se puso en marcha hasta el verano de 1958. Por lo tanto... espero. Y lleno la espera con palabras escritas en este libro, con largos momentos de mirar el espejo para ver el extraño en que se ha convertido el niño.

La cara del niño era tímida y libresca, la cara del hombre es la de un cajero de banco en una película del Oeste, el tipo que nunca habla, el que sólo debe levantar las manos y poner cara de susto cuando entran los atracadores. Y si el guión requiere que los malos maten a alguien, a él le corresponde morir.

El mismo Mike de siempre. Algo soñador en su mirada, tal vez, y un poco ojeroso por el mal dormir, pero no tanto que se note a simple vista, sólo a la distancia de un beso, por ejemplo, y hace mucho tiempo que no estoy tan cerca de nadie. Quien me eche una mirada sin prestar atención, podría pensar: "Ha estado leyendo demasiado." Pero eso es todo. Difícilmente adivinaría que el hombre de blanda cara de cajero de banco está luchando duramente por resistir, por aferrarse a su propia mente.

Si tengo que hacer esas llamadas, tal vez mate a alguno de ellos.

Es una de las cosas que debo enfrentar en las largas noches, cuando el sueño no llega, tendido en la cama, con mis conservadores pijamas azules y las gafas bien dispuestos en la mesilla, junto al vaso de agua que siempre pongo allí por si

despierto con sed durante la noche. Así, tendido en la oscuridad, mientras bebo sorbitos de agua, me pregunto cuánto recordarán ellos, si algo recuerdan. De algún modo, estoy convencido de que no recuerdan nada de aquello, porque no necesitan recordar. Yo soy el único que oye la voz de la Tortuga, el único que recuerda, porque soy el único que se quedó aquí, en Derry. Y porque ellos están diseminados por los cuatro vientos, no tienen modo de enterarse de que sus vidas han seguido patrones idénticos. Si los hago volver, si les muestro esos patrones... Sí, tal vez eso mate a alguno de ellos. Tal vez los mate a todos.

Por eso lo repaso todo mentalmente. Vuelvo a ellos, tratando de recrearlos tal como fueron y tal como pueden ser ahora, tratando de decidir cuál de ellos es el más vulnerable. Richie Tozier, pienso a veces, era al que con más frecuencia atrapaban Criss, Huggins y Bowers, aunque Ben era muy gordo. Bowers era el que más miedo daba a Richie, el que más miedo nos daba a todos, pero también los otros solían intimidarlo. Si lo llamo a California, ¿no le parecerá como el horrible retorno de los grandes matones, dos desde la tumba, uno desde el manicomio de Juniper Hill, donde delira hasta hoy? A veces pienso que Eddie era el más débil. Eddie, con esa foca dominante que tenía por madre y su asma espantosa. ¿Beverly? Trataba siempre de ser dura, pero estaba tan asustada como el resto de nosotros. ¿Bill el Tartaja enfrentado a un horror que no termina cuando pone la funda a su máquina de escribir? ¿Stan Uris?

Sobre la vida de todos ellos pende una hoja de guillotina, afilada como una navaja, pero cuanto más lo pienso, más creo que ignoran la presencia de esa hoja. Soy yo quien tiene la mano sobre la palanca. Puedo hacerla funcionar con sólo abrir mi agenda telefónica y llamarlos, uno tras otro.

Tal vez no sea necesario. Me aferro a la debilitada esperanza de que pueda haber confundido los gritos de mi tímida mente con la voz más grave, más verdadera, de la Tortuga. Después de todo, ¿en qué me baso? Mellon, en julio. Una criatura hallada muerta en la calle Neibolt, en octubre último otra en Memorial Park, a principios de diciembre, justo antes de la primera nevada. Tal vez fue un vagabundo, como dicen los diarios. O un loco que huyó de Derry o se mató por remordimientos y asco de sí mismo, como dicen algunos libros que puede haber hecho el verdadero Jack el Destripador.

Tal vez.

Pero a la chica Albrecht se la encontró frente a esa maldita casa vieja, la de Neibolt Street... y la mataron el mismo día que a George Denbrough, veintisiete años antes. Después, el niño johnson, descubierto en el Memorial Park, al que le faltaba una pierna desde la rodilla. El Memorial Park es, por supuesto, el hogar de la torre depósito de Derry y el niño fue hallado casi a su pie. La torre depósito está a un tiro de piedra de Los Barrens. Es, también, el sitio en que Stan Uris vio a esos niños.

A esos niños muertos.

Aun así, todo esto podría ser sólo humo y espejismos. Podría ser. O pura coincidencia. O tal vez algo intermedio entre las dos cosas, una especie de eco maléfico. ¿Podría ser? Tal vez. Aquí, en Derry, cualquier cosa puede ser.

Según pienso, lo que estaba aquí, antes, sigue estando aquí: lo que estuvo aquí en 1957 y 1958; lo que estuvo aquí en 1929 y 1930, cuando la Liga de la Decencia Blanca incendió el Black spot; lo que estuvo aquí en 1904 y 1905 y a principios de

1906, al menos hasta que estalló la Fundición Kitchener; lo que estuvo aquí en 1876 y 1877; lo que ha aparecido cada veintisiete años, aproximadamente. A veces viene algo antes; a veces algo después... pero siempre viene. A medida que uno retrocede en el tiempo, las notas falsas son más difíciles de hallar, porque los registros se tornan más escasos y más grandes los agujeros de polilla en medio de la historia de la zona. Pero sabiendo dónde buscar (y cuándo buscar), se avanza mucho hacia la solución del problema. Pero eso siempre vuelve.

Eso.

Por lo tanto... sí: creo que tendré que hacer esas llamadas. Por algún motivo, nosotros hemos sido elegidos para detenerlo definitivamente. ¿La ciega fatalidad? ¿La ciega fortuna? ¿O es esa maldita Tortuga, otra vez? ¿Acaso da órdenes, además de hablar? No lo sé y dudo que tenga importancia. Por entonces, hace tantos años, Bill dijo: "La Tortuga no puede ayudarnos", y si fue cierto entonces, debe ser cierto ahora.

Los recuerdo de pie en el agua, cogidos de las manos, haciendo aquella promesa de regresar si eso volvía a empezar alguna vez. Casi como druidas en círculo, con las manos sangrando su propia promesa, palma contra palma. Un rito tan antiguo como la humanidad, tal vez, una desprevenida espita abierta en el árbol de todos los poderes: el que crece en la frontera entre la tierra de todo lo sabido y la de todo lo sospechado.

Porque las similitudes...

Pero aquí estoy haciendo el papel de Bill Denbrough. Tartamudeo una y otra vez sobre el mismo terreno, recito unos cuantos hechos y un montón de suposiciones desagradables y bastante etéreas, tornándome más obsesivo a cada párrafo. No sirve. Es inútil. Hasta peligroso. Pero cuesta tanto esperar los acontecimientos...

Se supone que estas notas son un esfuerzo por ir más allá de la obsesión, ampliando el foco de mi atención. Después de todo, el asunto no se reduce sólo a seis chicos y una chica, ninguno de ellos feliz, ninguno de ellos aceptado por sus padres, que cayeron en una pesadilla durante cierto verano caluroso, cuando Eisenhower ocupaba aún la presidencia. Es un intento de retirar un poco la cámara hacia atrás, por así decirlo, para ver toda la ciudad, un sitio en donde casi treinta y cinco mil personas trabajan, comen, duermen, copulan, hacen compras, conducen vehículos, caminan, van a la escuela, van a la cárcel y, a veces, desaparecen en la oscuridad.

Para saber qué es un lugar, creo necesario saber qué fue. Y si tuviera que determinar un día en el que todo esto volvió a empezar, para mí sería aquél, a principios de la primavera de 1980, en que fui a ver a Albert Carson, fallecido el verano pasado a los noventa y un años, tan lleno de honores como de años. Fue jefe de bibliotecarios, aquí mismo, entre 1914 y 1960, un período increíblemente largo (claro que él fue un hombre increíble). Consideré que, si alguien podía saber con qué historia de esta zona era mejor empezar, ése era Albert Carson. Le planteé mi pregunta mientras estábamos sentados en su porche y él me dio la respuesta con un graznido. Ya estaba luchando contra el cáncer que, a su debido tiempo, lo mataría.

--Ninguna de ellas vale una mierda, como bien sabes.

--Entonces, ¿por dónde debo empezar?

--¿Empezar qué, maldita sea?

--A investigar la historia de la zona. De la ciudad de Derry.
--Oh... Bueno, comienza con la Fricke y la Michaud. Se supone que son las mejores.
--Y después de leerlas...
--¿Leerlas? ¡No, mierda! ¡Arrójalas a la papelera! Ése es el primer paso. Después lee la de Buddinger. Branson Buddinger era un investigador asquerosamente descuidado que padecía de locura senil en su etapa terminal, si es cierto la mitad de lo que me dijeron cuando yo era un niño, pero en lo referido a Derry tenía el corazón en su sitio. Hanlon. Escribió todo mal, pero mal con sentimiento.
Me reí un poco. Carson esbozó una gran sonrisa, expresión de buen humor que en realidad asustaba un poco.
En ese momento parecía un buitre custodiando alegremente un animal recién muerto, esperando que llegara al punto justo de sabrosa descomposición antes de comenzar a cenar.
--Cuando termines con Buddinger, lee a Ives. Toma nota de todas las personas a quienes él entrevistó. Sandy Ives todavía está en la Universidad de Maine. Es erudito en tradiciones populares. Cuando termines con su libro, ve a visitarlo. Invítalo a cenar. Yo lo llevaría al Orinoka, porque allí la cena se prolonga durante horas. Exprímelo. Llena una libreta de nombres y direcciones. Habla con los veteranos que entrevistó, con los que aún estén con vida. Todavía quedamos unos cuantos, ¡ja, ja, ja! Y sonsácales algunos nombres más. Por entonces, si tienes la mitad de la inteligencia que crees, ya tendrás dónde afirmar los pies. Si rastreas a las personas adecuadas, descubrirás unas cuantas cosas que no figuran en la historia. Y tal vez te quiten el sueño.
--Derry...
--¿Qué pasa con Derry?
--No está bien, ¿verdad?
--¿Bien? -preguntó él, con aquel graznido susurrante-. ¿Qué es lo que está bien? ¿Qué significa esa palabra? ¿Estar bien es figurar en bonitas fotografías al atardecer? En ese caso, Derry está bien, porque figura en montones de bonitas fotografías. ¿Estar bien es tener un maldito comité de viejas vírgenes resecas, dedicadas a salvar la Mansión del Gobernador o a poner una placa conmemorativa frente a la torre depósito? Si eso es estar bien, Derry está muy bien, porque tenemos montones de viejas metiendo las narices en todo ¿Estar bien es tener una estatua como ese esperpento plástico de Paul Bunyan frente al Centro Municipal?; Oh, si tuviera una de napalm y mi viejo encendedor, ¡cómo me ocuparía de esa cosa horrible! Pero si uno tiene un sentido estético lo bastante amplio como para aceptar las estatuas de plástico, Derry está bien. El asunto es ¿qué significa para ti "estar bien", Hanlon? Más exactamente, ¿qué no significa?
Sólo pude menear la cabeza. Él lo sabía o no lo sabía. O me lo diría o no diría nada.
--¿Te refieres a las desagradables historias que puedas oír o a las que ya conoces? Siempre hay historias desagradables. La historia de una ciudad es como una vieja casa destartalada, llena de habitaciones, cubículos, rampas para la ropa sucia, desvanes y toda clase de escondrijos excéntricos... por no mencionar uno o dos pasadizos secretos. Si te dedicas a explorar la Mansión Derry, encontrarás

todo tipo de cosas. Sí. Tal vez lo lamentes más adelante, pero las encontrarás y una vez que algo se encuentra, es imposible no haberlo encontrado, ¿verdad? Algunas habitaciones están cerradas, pero hay llaves... hay llaves.

Sus ojos me miraron centelleando con astucia de viejo.

--Puedes llegar a pensar que has tropezado con el peor entre los secretos de Derry... pero siempre hay uno más. Y otro. Y otro.

--¿Usted...?

--Tendrás que disculparme, por ahora. Hoy me duele mucho la garganta. Es hora de tomar mis medicamentos y hacer la siesta.

En otras palabras: "Aquí tienes cuchillo y tenedor, amigo mío; ve a ver qué puedes cortar con ellos."

Comencé con la historia de Fricke y la de Michaud. Siguiendo el consejo de Carson, las arrojé a la papelera, pero antes las leí. Eran tan malas como él había insinuado. Leí la historia de buddinger, copié las notas al pie de página y les seguí el rastro. Eso fue más satisfactorio, pero las notas al pie de página tienen una peculiaridad, como cualquiera sabe: son como senderos que zigzaguean por un país silvestre y anárquico. Se bifurcan, vuelven a bifurcarse; en cualquier punto uno puede tomar el giro indebido que lo llevará a un callejón sin salida sofocado por la maleza o a un pantano de arenas movedizas. "Cuando encuentren una nota al pie de página -dijo una vez un profesor de bibliotecnología a una clase de la cual yo formaba parte-, mátenla antes de que pueda reproducirse."

Se reproduce, sí, y a veces la cría es buena, pero creo que generalmente no lo es. Las de la tiesa obra de Buddinger, Historia de la vieja Derry (1950), vagabundean por cien años de libros olvidados y polvorientas disertaciones magistrales sobre historia y folclore, a través de artículos publicados en revistas difuntas y entre aturdidoras pilas de registros municipales.

Mis conversaciones con Sandy Ives fueron más interesantes. Sus fuentes de información se cruzaban con las de Buddinger de vez en cuando, pero sólo se trataba de cruces. Ives había pasado buena parte de su vida registrando relatos verbales inverosímiles casi textualmente, práctica que, para Branson Buddinger, habrá sido equivalente a escoger el camino despreciable.

Ives había escrito una serie de artículos sobre Derry entre 1963 y 1966. Casi todos los veteranos con quienes él había hablado entonces habían muerto cuando yo comencé mi propia investigación pero tenían hijos, sobrinos, primos. Y una de las verdades del mundo es esta, por supuesto: por cada veterano que muere hay siempre un veterano que surge. Y un buen relato nunca muere, siempre pasa a la siguiente generación. Me senté en muchos porches y galerías traseras, bebí montones de té, latas de cerveza, cerveza casera, refrescos, agua de grifo y agua mineral. Escuché muchísimo, mientras giraban las cintas de mi grabador.

Tanto Buddinger como Ives estaban de acuerdo en un punto: el grupo original de colonos blancos contaba con unas trescientas personas. Eran ingleses. Tenían estatutos y se los conocía formalmente como Compañía Derrie. La tierra que se les otorgó cubría lo que es actualmente Derry, la mayor parte de Newport y pequeñas tajadas de las poblaciones circundantes. Y en 1741 todos los que estaban en el municipio de Derry simplemente desaparecieron. En junio de ese año estaban allí, formando una comunidad que, por entonces, era de unas trescientas cuarenta almas, pero al llegar octubre ya no estaban. La pequeña

aldea de casas de madera quedó completamente desierta. Una de esas casas, levantada en lo que ahora es la intersección de las calles Witcham y Jackson, se había quemado por completo. La historia de Michaud establece que todos los aldeanos fueron masacrados por los indios, pero no hay base alguna, descontando la única casa quemada, que apoye esa hipótesis. Es más probable que alguna cocina se haya calentado demasiado, prendiendo fuego a la casa.

¿Una masacre perpetrada por los indios? Dudoso. No había huesos ni cadáveres. ¿Una inundación? Ese año no las hubo. ¿Una enfermedad? Nada se sabía de eso en las poblaciones circundantes.

Simplemente desaparecieron. Todos. Los trescientos cuarenta. Sin dejar rastro.

Hasta donde sé, el único caso parecido en la historia norteamericana es la desaparición de los colonos de la isla Roanoke, Virginia. Todos los escolares del país saben de ese episodio, pero ¿quién tiene noticias de la desaparición de Derry? Al parecer, ni siquiera los que viven aquí. Interrogué a varios alumnos de secundaria que están estudiando la historia de Maine y ninguno de ellos sabía nada del asunto. Entonces revisé el texto Maine antes y ahora. Hay más de cuarenta referencias a Derry en el índice, casi todas sobre los años del apogeo de la industria maderera, pero no hay ni una palabra sobre la desaparición de los colonos originales. Sin embargo, ese... ¿cómo llamarlo?, ese silencio, también responde al esquema.

Hay una especie de cortina de silencio que cubre mucho de lo ocurrido aquí. Sin embargo, la gente habla. Creo que nada puede impedir que la gente hable. Pero es preciso escuchar con mucha atención y ésa es una rara habilidad. Me precio de haberla desarrollado en los últimos cuatro años. Un anciano me dijo que su esposa había oído voces que le hablaban desde el fregadero de la cocina tres semanas antes de que muriera su hija. Eso fue al comenzar el invierno de 1957-1958. La niña de la que hablaba fue una de las primeras víctimas en la serie de asesinatos que se inició con George Denbrough y que no acabó hasta el verano siguiente.

--Un lío de voces, todas parloteando juntas -me dijo. Era el dueño de una estación de servicio situada en Kansas Street y hablaba mientras hacía lentos viajes entre los surtidores llenando depósitos, verificando niveles de aceite, limpiando parabrisas. Dijo que había contestado una vez, aunque estaba asustada. Se inclinó sobre el sumidero y gritó: "¿Quién diablos son ustedes? ¿Cómo se llaman?" Y todas esas voces respondieron, dijo, con gruñidos, balbuceos, aullidos, gritos, risas. Y ella dijo que decían lo que el hombre poseído dijo a Jesús: "Nuestro nombre es legión." Estuvo dos años sin querer acercarse a ese fregadero. Y durante esos dos años yo tuve que ir a casa a lavar los malditos platos después de romperme la espalda aquí doce horas al día.

Estaba bebiendo una lata de Pepsi sacada de la máquina que había ante la puerta de la oficina. Era un hombre de setenta y dos o setenta y tres años, vestía mameluco gris desteñido, las arrugas le bajaban desde las comisuras de los ojos y de la boca.

--Usted creerá que estoy más loco que una cabra -dijo-, pero le voy a contar algo más, si apaga esa maquinita.

Apagué la grabadora y le sonreí.

--Teniendo en cuenta las cosas que he oído en los dos últimos años, tendrá que ir muy lejos para convencerme de que está loco -le dije.

El me devolvió la sonrisa, pero sin humor.

--Una noche estaba lavando los platos, como siempre. Fue en el otoño de 1958, cuando las cosas ya se habían calmado. Mi esposa estaba arriba, durmiendo. Betty fue la única hija que Dios quiso darnos y cuando la mataron mi esposa empezó a dormir mucho. La cosa es que saqué el tapón y el agua empezó a correr por el sumidero. ¿Sabe ese ruido que hace el agua Jabonosa cuando se va por la tubería? Como si algo la chupara, ¿no? Estaba haciendo ese ruido, pero yo no le prestaba atención, pensaba en que tenía que ir a cortar un poco de leña en el cobertizo. Y justo cuando ese ruido empezaba a apagarse, oí que mi hija estaba allí abajo. Oí a Betty en esos malditos tubos. Se reía. Estaba en algún lugar, allá, en la oscuridad, riendo. Pero parecía que estaba gritando, si uno prestaba atención. O las dos cosas al mismo tiempo. Gritaba y reía en las tuberías. Fue la única vez en mi vida que oí una cosa así. Quizá lo imaginé, pero...

Nos miramos. La luz que caía desde las ventanas sucias lo llenaba de años dándole el aspecto de un Matusalén. Recuerdo que en ese momento sentí frío, mucho frío.

--¿Cree que le estoy mintiendo? -me preguntó el viejo, ese viejo que, en 1957, tenía alrededor de cuarenta y cinco años, el viejo a quien Dios sólo había dado una hija, llamada Betty Ripsom. Betty había sido encontrada en Jackson Street, justo después de Navidad, en ese año. Estaba congelada, sus restos completamente desgarrados.

--No -dije-, no creo que esté mintiendo, señor Ripsom.

--Y usted también está diciendo la verdad -observó él con una especie de extrañeza-. Se lo veo en la cara.

Creo que iba a decirme algo más pero la campana sonó ásperamente detrás de nosotros. Un coche acababa de acercarse a los surtidores. Al sonar la campana los dos dimos un brinco y yo solté un gritito. Ripsom se puso de pie y renqueó hasta el coche limpiándose las manos con un trapo. Cuando volvió me miró como si yo fuera un desconocido desagradable que acabara de llegar. Me despedí y abandoné el lugar.

Hay otro punto en el que Buddinger e Ives están de acuerdo: las cosas no están bien en Derry; nunca han estado bien.

Vi a Albert Carson por última vez apenas un mes antes de su muerte. Su garganta había empeorado mucho, sólo podía emitir un susurro sibilante.

--¿Todavía piensas escribir una historia de Derry, Hanlon?

--Todavía juego con la idea -dije, aunque no planeaba exactamente eso y creo que él lo sabía.

--Te llevaría veinte años -susurró-. Y nadie querría leerla. Déjalo así, Hanlon. -Hizo una pausa antes de agregar-: Buddinger se suicidó, ¿lo sabías?

Lo sabía, por supuesto, pero sólo porque la gente siempre habla y yo había aprendido a escuchar. El artículo del News hablaba de una caída accidental y era cierto que Branson Buddinger había sufrido una caída. Lo que el News no mencionaba es que se había caído de un banquillo puesto junto a su ropero, ni que en esos momentos tenía un nudo corredizo al cuello.

--¿Sabes lo del ciclo? -le pregunté.

--Oh, sí -susurró Carson-, lo sé. Cada veintiséis o veintisiete años. Buddinger también lo sabía. Lo saben muchos veteranos, aunque de eso no hablarán jamás, aunque los emborraches. Déjalo así, Hanlon.

Alargó una mano que parecía la garra de un pájaro. La cerró en torno a mi muñeca y sentí el cáncer caliente que le devoraba el cuerpo comiendo todo lo que aun podía comerse, aunque por entonces no quedaba mucho.

--Michael... no te conviene meterte en esto. En Derry hay cosas terribles. Déjalo así. Déjalo así.

--No puedo.

--Entonces ve con cuidado. -De pronto los ojos enormes y asustados de una criatura me miraron desde la cara del viejo moribundo-. Ve con cuidado.

Derry.

Mi ciudad natal. Llamada así por el condado irlandés del mismo nombre.

Derry.

Aquí nací, en el Hospital de Derry. Asistí a la Escuela Primaria Municipal de Derry, más tarde fui a la Escuela Intermedia de la calle Nueve, luego al instituto de Derry. Fui a la Universidad de Maine, "No está en Derry, pero sí a la vuelta de la esquina", como dicen los viejos. Y después volví directamente aquí. A la Biblioteca Pública de Derry. Soy un hombre de ciudad pequeña llevando la vida de una ciudad pequeña: uno entre millones. Pero...

Pero en 1879, un equipo de leñadores halló los restos de otro equipo que había pasado el invierno aislado por la nieve en un campamento del Kenduskeag superior... en el extremo de lo que los niños siguen llamando Los Barrens. Eran nueve en total; los nueve, despedazados a hachazos. Habían rodado cabezas, para no hablar de brazos, uno o dos pies... y un pene, clavado en una pared de la cabaña.

Pero en 1851 John Markson mató a toda su familia con veneno; después, sentado en medio del círculo que había formado con sus cadáveres, se tragó un hongo venenoso de los peores. Su agonía debió de ser horrible. El policía que lo encontró anotó en su informe que, en un principio, tuvo la sensación de que el cadáver le estaba sonriendo; hizo un comentario sobre "la horrible sonrisa blanca de Markson". La sonrisa blanca era un gran bocado del hongo mortífero. Markson había seguido comiendo, aunque los calambres y los horribles espasmos musculares debían de estar destrozando su cuerpo moribundo.

Pero en el domingo de Pascua de 1906 los propietarios de la fundición Kitchener, que se levantaba donde ahora se encuentra la flamante galería comercial, organizaron una cacería de huevos de pascua para "todos los niños buenos de Derry". La búsqueda se llevó a cabo en el enorme edificio de la fundición. Se cerraron las zonas peligrosas y todos los empleados se ofrecieron para montar guardia a fin de que ningún pequeño aventurero decidiera explorar más allá de las barreras. En el resto del edificio se escondieron quinientos huevos de chocolate envueltos con divertidas cintas. Según Buddinger, había por lo menos un niño participante por cada huevo. Todos corrieron riendo y chillando por el silencio dominical de la fundición, buscando los huevos dentro de los cajones de escritorio, entre las grandes ruedas dentadas, en los moldes del tercer piso (en las fotografías antiguas, esos moldes parecen los de la cocina de algún gigante). Tres generaciones de Kitchener estaban presentes vigilando el alegre alboroto, listos

para entregar los premios al terminar la búsqueda que concluiría a las cuatro en punto aunque no se hubiesen encontrado todos los huevos. En realidad, el final llegó cuarenta y cinco minutos antes, a las tres y cuarto. Fue entonces cuando explotó la fundición. Al ponerse el sol, se habían extraído sesenta y dos cadáveres de entre las ruinas. La cuenta final fue de ciento dos, de los cuales ochenta y ocho eran niños. El miércoles siguiente, mientras la ciudad aún guardaba un aturdido silencio ante la tragedia, una mujer encontró la cabeza de Robert Dohay, de nueve años, enredada entre las ramas de un manzano, en el fondo de su casa; tenía chocolate entre los dientes y sangre en el pelo. Fue el último de los muertos hallados. De ocho niños y un adulto no volvió a saberse nada. Ésta constituye la peor tragedia en la historia de Derry, peor aún que el incendio del Black Spot, en 1930, y jamás recibió explicación. Las cuatro calderas de la fundición estaban cerradas. No sólo puestas al mínimo, cerradas por completo.

Pero el porcentaje de asesinatos en Derry es seis veces mayor que el de otras ciudades similares de Nueva Inglaterra. Mis primeras conclusiones al respecto me resultaron tan difíciles de creer que entregué las cifras a un estudiante de secundaria, que suele pasar aquí, en la biblioteca, el poco tiempo que no pasa frente a su ordenador. Él llegó más allá (no es sólo un tragalibros, sino un exagerado): agregó otras doce ciudades pequeñas y me entregó un gráfico computarizado donde Derry sobresalía como un pulgar herido. "Parece que aquí la gente tiene mal carácter, señor Hanlon", fue su único comentario. No respondí. De lo contrario, debería haberle dicho que algo, en Derry, tiene mal carácter.

Aquí, en Derry, los niños desaparecen sin explicación y sin que se los vuelva a ver, de cuarenta a sesenta por año. La mayoría son adolescentes. Se supone que huyen del hogar. Supongo que en algunos casos es así.

Y durante lo que Albert Carson llamaría, sin duda, el ciclo, la tasa de desapariciones se dispara. En 1930, por ejemplo, año en que se incendió el Black Spot, hubo más de 160 desapariciones de niños en Derry; debemos recordar que éstas son sólo las que fueron denunciadas a la policía y, por lo tanto, están documentadas. "No tiene nada de sorprendente -me dijo el jefe de policía actual cuando le enseñé la estadística-. Fue por la Depresión. La mayoría se habrá cansado de tomar sopa de patatas o de pasar hambre en la casa. Seguramente se fueron siguiendo las vías, en busca de algo mejor."

Durante 1958, se denunció en Derry la desaparición de 127 niños cuyas edades variaban entre tres y diecinueve años. "¿Había depresión en 1958?", pregunté al jefe Rademacher. "No -dijo-, pero la gente se muda mucho, Hanlon. Los chicos, en particular, son ligeros de pies. Discuten con los padres por haber llegado tarde a casa y se van."

Enseñé al jefe Rademacher la fotografía de Chad Lowe que había publicado el Derry News en abril de 1958. "¿Le parece que éste puede haber huido después de discutir con los padres por llegar tarde, Rademacher? Tenía tres años y medio cuando desapareció."

Rademacher, clavándome una mirada agria, me dijo que había sido un placer conversar conmigo, pero que, Si no tenía nada más que preguntar, estaba ocupado.

Haunted, haunting, haunt, dicen en inglés.

Visitado con frecuencia por fantasmas o espíritus, como las tuberías de desagüe en una cocina; aparecer o presentarse con frecuencia, como cada veinticinco, veintiséis o veintisiete años; sitio donde comen los animales, como en los casos de George Denbrough, Adrian Mellon, Betty Ripsom, la chica de Albrecht, el niño Johnson.

Sitio donde comen los animales. Sí, eso es lo que me aterra.

Si ocurre algo más, haré esas llamadas. Es preciso. Mientras tanto, tengo mis suposiciones, mi insomnio y mis recuerdos, mis malditos recuerdos. ¡Ah!, y algo más: tengo estas notas, ¿verdad? mi muro de las lamentaciones. Y heme aquí, sentado, con la mano temblando de tal modo que apenas puedo escribir. Aquí, sentado en la biblioteca desierta, después de cerrar, escuchando leves ruidos en los estantes oscuros, observando las sombras que arrojan los mortecinos globos amarillos para asegurarme de que no se muevan...

Heme aquí, sentado junto al teléfono.

Pongo sobre él la mano libre... la dejo deslizarse hacia abajo... toco el aparato que podría ponerme en contacto con todos ellos, mis viejos amigos.

Juntos penetramos profundamente.

Juntos penetramos en la negrura.

¿Saldríamos de la negrura si penetráramos por segunda vez?

No lo creo.

Dios, por favor, que no tenga que llamarles.

Dios, por favor.

Segunda parte. Junio de 1958.

Mi superficie soy yo mismo,
bajo la cual, como testigo,
está enterrada la juventud.
¿Raíces? Todo el mundo tiene raíces.
William Carlos Willians, Paterson.

A veces no sé qué voy a hacer.
La tristeza de verano no tiene cura.
Eddie Cochran.

IV. Ben Hanscom sufre una caída.

1.

Alrededor de la medianoche una de las azafatas de primera clase del vuelo 41 de United Airlines, entre Omaha y Chicago, se lleva un susto de muerte. Por unos instantes, cree que el hombre del 1-A ha muerto.

Al verlo subir en Omaha, pensó: "Vaya, con éste vamos a tener problemas. Está como una cuba." La inquietó pensar en el primer servicio, que incluía las bebidas.

Sin duda, él pediría algo fuerte... y seguramente doble. Ella tendría que decidir si servirle o no. Además, para complicar las cosas, había tormentas eléctricas a lo largo de todo el trayecto y ella estaba segura de que, en algún momento, el hombre, un tipo delgado, vestido de vaqueros y camisa de leñador va a empezar a vomitar.

Pero cuando pasó con el primer servicio, el hombre alto sólo pidió un vaso de agua mineral y la azafata no tardó en olvidarse de él porque había mucho que hacer en ese vuelo.

El vuelo 41 se escurre entre los huecos de truenos y relámpagos, como un buen esquiador colina abajo. El aire está muy movido. Los pasajeros lanzan exclamaciones y hacen chistes intranquilos sobre los relámpagos que refulgen entre las gruesas columnas de nubes alrededor del avión. "Mamá, ¿ése es Dios que les está sacando fotografías a los ángeles?", pregunta un chiquillo. Y la madre, que está bastante asustada, lanza una risa temblorosa.

El primer servicio resulta el único de ese vuelo. La señal de abrocharse los cinturones se enciende a los veinte minutos del despegue y sigue encendida. Las azafatas permanecen en los pasillos atendiendo las luces de llamadas, que se encienden como fuegos artificiales.

--Qué ocupado está Ralph, esta noche -le dice la jefa de azafatas, cuando se cruzan en el pasillo. La jefa de azafatas vuelve a la clase turista con una nueva provisión de bolsas para el mareo.

Es en parte una clave, en parte un chiste. Ralph siempre está ocupado en esa clase de vuelos. El avión da un tumbo, alguien deja escapar un suave grito, la camarera gira un poco y alarga una mano para sostenerse. Y entonces mira directamente a los ojos fijos y sin vida del hombre del 1-A.

"Oh, Dios, está muerto -piensa-. El alcohol antes de subir a bordo, después los tumbos, el corazón... murió de miedo."

El hombre tiene los ojos fijos en los suyos, pero no la ve. No se mueven. Están vidriosos. Son, sin duda, ojos de muerto.

La azafata se aparta de esa mirada horrible, su propio corazón le bombea en la garganta. Se pregunta qué hacer; da gracias a Dios porque ese hombre, al menos, no tiene un compañero de asiento que grite y provoque el pánico general. Decide notificar primero a la jefa de azafatas y después a la tripulación masculina. Tal vez puedan envolverlo en una manta y cerrarle los ojos. El piloto mantendrá la señal de ajustarse los cinturones, aunque pase la tormenta, para que nadie vaya delante para usar el baño. Cuando los otros pasajeros desembarquen, pensarán que está simplemente dormido.

Esos pensamientos le pasan por la mente a toda velocidad. Gira hacia atrás para confirmarlos con una mirada. Los ojos muertos, ciegos, se fijan en ella... y entonces el cadáver toma su vaso de agua mineral y bebe un sorbo.

En ese momento el avión vuelve a dar un brinco, se inclina y el pequeño grito de la azafata se pierde en otros gritos de miedo más estentóreos. Entonces el hombre mueve los ojos, no mucho, pero lo suficiente para que ella comprenda: está vivo y la mira. Y ella piensa: "Por Dios, cuando subió pensé que tenía alrededor de cincuenta y cinco años, pero no se acerca ni remotamente a esa edad, a pesar de las canas."

Se le acerca aunque oye el campanilleo impaciente de las llamadas detrás de ella (Raplh está ocupado, por cierto; tras un aterrizaje perfecto en O.Hare treinta minutos después, las azafatas tirarán setenta bolsitas llenas).
--¿Algún problema, señor? -pregunta, sonriendo. La sonrisa parece falsa e irreal.
--Ninguno, todo bien -dice el hombre. Ella echa un vistazo al ticket de primera clase puesto en la ranura del respaldo y ve que se llama Hanscom-. El vuelo es un poco movido, ¿verdad? Creo que tiene bastante trabajo. Por mi no se preocupe. Estoy... -Le dedica una sonrisa espantosa, una sonrisa que hace pensar en espantajos aleteando en muertos campos de otoño-. Estoy perfectamente.
--Se lo veía algo decaído.
--Estaba pensando en los viejos tiempos -dice él-. Esta noche acabo de darme cuenta de que existen cosas tales como los viejos tiempos, en lo que a mi respecta.
Más campanillas.
--Azafata... -llama alguien, nervioso.
--Bueno, si está seguro de que se siente bien...
--Pensaba en un dique que construí con unos amigos míos -dice Ben Hanscom-. Los primeros amigos que tuve, creo. Estaban construyendo el dique cuando... -Se interrumpe, sobresaltado, y ríe. es una risa franca, casi despreocupada, como la de un niño; suena muy extraña en ese avión sacudido- cuando les caí encima. Casi literalmente, es lo que hice. De cualquier modo, estaban haciendo un desastre con ese dique. Lo recuerdo.
--¡Azafata!
--Disculpe, señor. Debo seguir con mis rondas...
--Sí, por supuesto.
Ella se aleja deprisa, feliz de liberarse de esa mirada mortífera, casi hipnótica.
Ben Hanscom vuelve la cabeza hacia la ventanilla y mira hacia fuera. Se enciende un relámpago dentro de gruesas nubes de tormenta, catorce kilómetros a estribor. En el tartamudeo de luz, las nubes parecen grandes cerebros transparentes, llenos de malos pensamientos.
Se palpa el bolsillo del chaleco, pero los dólares de plata han desaparecido. De sus bolsillos a los de Ricky Lee. De pronto lamenta no haberse quedado con ninguno. Tal vez le habría sido útil. Siempre era posible, por supuesto, ir a un banco cualquiera (al menos cuando uno no estaba dando tumbos a ocho mil metros de altitud) y conseguir un puñado de dólares de plata. Pero no se podía hacer nada con esos malos sandwiches de cobre que el gobierno trataba de hacer pasar como monedas de verdad. Y tratándose de hombres lobo, vampiros y todas esas cosas que deambulan a la luz de las estrellas, lo que hace falta es plata, plata verdadera. Hace falta plata para detener a un monstruo. Hace falta...
Cerró los ojos. El aire, alrededor de él, estaba lleno de campanillas. El avión se mecía y daba tumbos y el aire estaba lleno de campanillas. ¿Campanillas?
No... campanadas.
Eran campanas. Era LA campana, la reina de todas las campanas, la que se esperaba durante todo el año, una vez la escuela perdía su novedad, como siempre ocurría al terminar la primera semana. LA campana, la que indicaba otra vez la libertad, la apoteosis de todas las campanas escolares.

Ben Hanscom, sentado en su butaca de primera clase, suspendido entre los truenos a ocho mil metros de altura, vuelve la cara hacia la ventanilla y siente que la muralla del tiempo se vuelve súbitamente muy delgada. Se ha iniciado una especie de terrible y maravillosa peristalsis. Piensa: "Dios mío, estoy siendo digerido por mi propio pasado."

Los relámpagos juegan caprichosamente sobre su cara y, aunque él no lo sabe, el día acaba de cambiar. El 28 de mayo de 1985 se ha convertido en 29 de mayo sobre el terreno oscuro y tormentoso que es, esa noche, el oeste de Illinois. Los agricultores, con la espalda dolorida por la siembra, duermen como benditos allá abajo, soñando sus sueños de mercurio, ¿y quién sabe qué cosa se mueve en sus graneros, sus sótanos y sus sembrados, mientras se encienden los relámpagos y resuenan los truenos? Nadie sabe eso; sólo se sabe que hay potencia liberada en la noche, que el aire está loco por la electricidad de la tormenta.

Pero hay campanas a ocho mil metros de altitud, cuando el avión sale otra vez al cielo despejado y su movimiento se estabiliza. Son campanas. Es LA campana, mientras Ben Hanscom duerme. Y mientras duerme, la muralla entre pasado y presente desaparece por completo, cae dando tumbos hacia atrás, a través de los años, como quien cae en un pozo profundo: el viajero del tiempo de Wells, que cae con una palanca rota en la mano, abajo, abajo, hasta la tierra de los Morlocks, donde hay máquinas que bombean y bombean en los túneles de la noche. Es 1981, 1977, 1969. Y de pronto está, en junio de 1958; brilla el sol en todas partes y, detrás de los párpados soñolientos, las pupilas de Ben Hanscom se contraen a la orden de su dormido cerebro que no ve la oscuridad tendida sobre Illinois, sino el brillante sol de un día de junio, en Derry, Maine, hace veintisiete años.

Campanas.

La campana.

La escuela.

La escuela se.

¡La escuela se...

2.

... acabó!

La campana retumbó en los pasillos de la escuela municipal de Derry, un gran edificio de ladrillo de Jackson Street. A su tañido, los niños del quinto curso, donde estaba Ben Hanscom, lanzaron un espontáneo grito de alegría... y la señora Douglas, que solía ser la más estricta de las maestras, no hizo esfuerzo alguno por acallarlos. Tal vez sabía que habría sido imposible.

--¡Niños! -exclamó, al apagarse el grito-. Prestadme atención por un momento más.

Un balbuceo de cháchara excitada, mezclada con algunos gruñidos, se elevó en el aula. La señora Douglas tenía en la mano las calificaciones.

--¡Espero haber aprobado! -dijo Sally Mueller gorjeante, a Bev Marsh, que se sentaba en la fila vecina. Sally era inteligente, bonita, vivaz. Bev también era bonita, pero esa tarde no había ninguna vivacidad en ella, por más que fuera el

último día. Se miraba, melancólica, los mocasines baratos. Tenía un cardenal amarillo desteñido en una de las mejillas.

--A mí me importa un cuerno aprobar o no -dijo.

Sally soltó un resoplido que decía: "Las señoritas no hablan así." Después se volvió hacia Greta Bowie. Ben pensó que, si Sally había cometido el error de dirigir la palabra a Beverly, era sólo por el entusiasmo de haber terminado otro curso escolar. Sally Mueller y Greta Bowie provenían de familias ricas que vivían en la parte oeste de Broadway; Bev, en cambio, iba a la escuela desde uno de esos edificios baratos que había en el último sector de Main Street. Había menos de dos kilómetros entre un barrio y otro, pero hasta los niños como Ben sabían que en realidad estaban tan distantes como la Tierra de Plutón. Bastaba con mirar el jersey barato de Beverly Marsh, su falda demasiado holgada, probablemente salida de alguna caja del Ejército de Salvación, y sus mocasines raspados, para saber la verdadera distancia entre ambos. Aun así, a Ben le gustaba más Beverly... mucho más. Sally y Greta llevaban ropas bonitas y, probablemente, se hacían la permanente o algo así cada mes; pero eso, en su opinión, no cambiaba los hechos básicos. Podían hacerse la permanente todos los días; no por eso dejarían de ser un par de mocosas malcriadas.

Beverly, en su opinión, era más simpática... y mucho más bonita, aunque él no se habría atrevido a decírselo ni en un millón de años. Sin embargo, en lo más crudo del invierno, cuando la luz del sol parecía un tenue amarillo, como un gato acurrucado en el sofá, mientras la señora Douglas dictaba sus matemáticas, leía preguntas sobre la lectura o hablaba de los yacimientos de cinc del Paraguay; en esos días en que las clases parecían interminables y no importaba que terminaran o no porque todo el mundo, fuera, era nieve medio derretida... En días como ésos Ben solía mirar a Beverly de soslayo. Probablemente se había enamorado de ella y por eso pensaba siempre en Beverly cuando Los Penguins cantaban, por radio, Angel de la tierra: "Querida mía, te amo sin cesar..." Sí, era estúpido, pero no importaba, porque él jamás se lo diría. Pensó que a los muchachos gordos tal vez sólo se les permitía amar a las niñas bonitas secretamente. Si hablaba con alguien de lo que sentía (aunque no tenía a nadie con quien hablar de eso), lo más probable era que esa persona riera hasta ahogarse. Y si se lo decía a Berverly, ella podía reír también (malo) o sentir náuseas de asco (peor).

--Ahora, por favor, acercaos a medida que os llame por vuestro nombre. Paul Anderson... Carla Bordeaux... Greta Bowie... Calvin Clark... Cissy Clark...

A medida que la señora Douglas pronunciaba los nombres, los niños de quinto curso se adelantaron uno a uno (exceptuando a los gemelos Clark, que se levantaron, como siempre, de la mano, imposibles de distinguir, como no fuera por el largo del pelo platinado y la vestimenta, vestido en la niña y vaqueros en el varón). Cada uno tomó sus calificaciones y salió serenamente del aula... para echar a correr por el pasillo hasta las grandes puertas delanteras, completamente abiertas. Desde allí, corrieron hacia el verano y desaparecieron en él, algunos en bicicleta, otros saltando o a lomos de caballos invisibles, golpeándose los muslos con la palma para hacer ruido de cascos, y otros se fueron abrazados y cantando.

--Marcia Fadden... Frank Frinck... Ben Hanscom...

Él se levantó robando a Beverly Marsh la última mirada por ese verano (al menos, eso pensó entonces) y se adelantó hasta el escritorio de la señora

Douglas. A los once años, tenía una barriga más o menos del tamaño de Nuevo México, envasada en un par de horrendos vaqueros cuyos remaches de cobre lanzaban pequeños dardos de luz y hacían jsst, jsst, jsst al rozarse sus gruesos muslos. Sus caderas se balanceaban como las de las chicas. Llevaba una sudadera holgada, aunque hacía calor. Casi siempre usaba sudaderas holgadas, porque su pecho le daba una terrible vergüenza; así había sido desde el primer día de clase, tras las vacaciones de Navidad. Al verlo con una de las camisas nuevas que le había regalado su madre, Belch Huggins, un niño de sexto grado, había graznado: "¡Eh, miren! ¡Miren lo que le trajo Santa Claus a Ben Hanscom! ¡Un buen par de tetas!" Belch había estado a punto de sufrir un colapso por lo gracioso de su ingenio. Otros rieron. Si ante Ben se hubiera abierto un agujero hacia el submundo, él se habría dejado caer silenciosamente... o tal vez con un leve murmullo de gratitud.

Desde ese día usaba sudaderas. Tenía cuatro. Era una de las pocas cosas en las que conseguía imponerse a su madre, uno de los pocos límites que, en el curso de su niñez, casi siempre complaciente, se sentía obligado a trazar. Si ese día hubiera visto a Beverly Marsh riendo con los otros, sin duda habría muerto.

--Ha sido un placer tenerte como alumno, Benjamin -dijo la señora Douglas, al entregarle sus calificaciones.

--Gracias, señora Douglas.

Un falsete burlón se oyó desde la parte trasera del aula:

--Ay, graaacias, señora Douuuglas.

Era Henry Bowers, por supuesto. Henry estaba en quinto curso, como Ben, aunque habría debido estar en sexto, con sus amigos Belch Huggins y Victor Criss, porque repetía curso. Ben tenía la sospecha de que iba a repetir otra vez. La señora Douglas no lo había llamado y eso era mala señal. Ben estaba intranquilo al respecto, porque si Henry repetía, a él le correspondería parte de la culpa... y Henry lo sabía.

Durante los exámenes finales, la semana anterior, la señora Douglas los había cambiado de asiento al azar, sacando sus nombres de un sombrero. Ben había acabado junto a Henry Bowers, en la última fila. Como siempre, enroscó el brazo alrededor de su hoja y se inclinó hacia ella, sintiendo la presión reconfortante de su panza contra el escritorio. De vez en cuando chupaba el lápiz en busca de inspiración.

A mitad del examen del martes, que era el de matemáticas, le llegó un susurro a través del pasillo. Era grave, apagado y experto como el susurro de un preso veterano al pasar un mensaje en el patio de la prisión:

--Déjame copiar.

Ben miró hacia la izquierda, directamente a los ojos negros y furiosos de Henry Bowers. Henry era corpulento, aun para sus doce años. Brazos y piernas habían adquirido músculos con el trabajo de labrador. Su padre, que estaba loco, según rumores tenía unos terrenos en el extremo de Kansas Street, cerca del límite municipal de Newport y Henry pasaba al menos treinta horas semanales trabajando con la azada, sacando hierbas, plantando, recogiendo rocas, cortando leña y cosechando, cuando había algo que cosechar.

Llevaba el pelo cortado rabiosamente a la americana, tan corto que le asomaba el cuero cabelludo. Se untaba el mechón delantero con un pomo que siempre llevaba en el bolsillo de los vaqueros; como resultado, sobre la frente parecía tener los dientes de una trilladora. Rezumaba siempre olor a sudor y goma de mascar con sabor a frutas. Para la escuela, usaba una chaqueta de motociclista color rosa con un águila en la espalda. Cierta vez, uno de cuarto grado tuvo la mala idea de reírse de aquella chaqueta. Henry se arrojó sobre el pobre diablo, ágil como una comadreja, y le propinó un doble puñetazo con una mano sucia de trabajar. El chico perdió tres dientes. A Henry le dieron dos semanas de vacaciones. Ben había abrigado la esperanza (la esperanza difusa, aunque ardiente, del pisoteado y aterrorizado) de que lo expulsaran en vez de suspenderlo. No tuvo suerte. La moneda falsa siempre vuelve. Terminada la suspensión, Henry volvió a pavonearse por el patio, resplandeciente con su chaqueta rosa y el pelo tan untado que parecía alzarse en un grito. Exhibía en ambos ojos los rastros coloridos e hinchados de la paliza que le había dado el padre loco por pelear en el patio. Las huellas de la paliza acabaron por desvanecerse; para los niños obligados a coexistir con Henry en Derry, la lección no se desvaneció. Hasta donde Ben sabía, nadie había vuelto a mencionar la chaqueta rosa con el águila a la espalda.

Cuando susurró ásperamente a Ben que le dejase copiar, tres pensamientos cruzaron velozmente la mente del chico, tan raquítica como obeso era su cuerpo. El primero era que, si la señora Douglas pescaba a Henry copiando de su examen, los suspendería a los dos. El segundo, que si no le dejaba copiar, Henry lo atraparía después de clase y le atizaría el famoso puñetazo doble, probablemente mientras Huggins lo sujetaba por un brazo y Criss por el otro.

Ésos eran pensamientos de niño, lo que no era nada sorprendente porque él era un niño. El tercero y último fue más sofisticado, casi adulto.

"Tal vez me coja, sí. Pero tal vez pueda mantenerme fuera de su alcance durante la última semana d clase. Estoy bastante seguro de que puedo, si me esfuerzo. Y durante el verano él se olvidará, creo. Sí. Es bastante estúpido. Si le suspenden en este examen, tal vez repita otra vez. Y si repite, yo me adelantaré. Ya no estaremos en la misma aula... Iré a la secundaria antes que él... Podría... podría verme libre."

--Déjame copiar -susurró Henry otra vez. Sus ojos negros echaban chispas, exigentes.

Ben negó con la cabeza y cerró más el brazo en torno a su examen.

--Ya te cogeré, gordo -susurró Henry.

Hasta ese momento su hoja estaba en blanco, aparte del nombre. Estaba desesperado. Su padre lo iba a matar.

--Si no me dejas copiar, ya verás lo que te hago.

Ben volvió a negar con la cabeza, con un estremecimiento de papada. Estaba asustado, pero también decidido. Se dio cuenta de que, por primera vez en su vida había decidido conscientemente mantener una actitud y eso también lo asustó, aunque no supo exactamente por qué; pasarían largos años antes de que lo comprendiera, pero era lo frío de su cálculo, la cuidadosa y pragmática contabilización del costo, con sus insinuaciones de madurez, lo que le asustaba, más que el propio Henry. A Henry, con suerte, podría esquivarlo. La madurez, en

que probablemente pensaría de ese modo casi siempre, tarde o temprano acabaría por atraparlo.

--¿Hay alguien hablando por allí atrás? -había dicho la señora Douglas en ese momento-. No quiero oír murmullos.

El silencio reinó en los diez minutos siguientes; las jóvenes cabezas permanecían estudiosamente inclinadas sobre las hojas que olían a tinta de mimeógrafo. De pronto, el susurro de Henry flotó otra vez a través del pasillo, bajo, apenas audible, escalofriante en la tranquila seguridad de su promesa:

--Date por muerto, gordo.

3.

Ben tomó su mochila y huyó, agradecido a los dioses encargados de amparar a los gordos de once años porque Henry Bowers, gracias al orden alfabético, no había podido salir primero del aula, para esperarlo fuera.

No corrió por el pasillo como los otros niños. Era capaz de correr con bastante velocidad, a pesar de su tamaño, pero tenía perfecta conciencia de su aspecto al correr. Pero apretó el paso y salió del vestíbulo al brillante sol de verano. Permaneció un momento con la cara al sol, agradecido por su calor y libertad. Septiembre estaba a un millón de años. El calendario podía decir otra cosa, pero el calendario mentía. El verano sería mucho más largo que la suma de sus días y le pertenecía por entero. Se sentía tan alto como la torre depósito y tan ancho como la ciudad entera.

Alguien lo empujó con fuerza. Los placenteros pensamientos escaparon de su mente, mientras se tambaleaba al borde de los peldaños de piedra. Se aferró a la barandilla justo a tiempo de evitarse una horrible caída.

--A ver si te apartas, bolsa de tripas.

Era Victor Criss, peinado con su tupé a lo Elvis, relumbrante de Brylcreem. Bajó los peldaños y caminó hacia el portón de entrada con las manos en los bolsillos de los vaqueros, el cuello de la camisa vuelto hacia arriba y tintineantes las hebillas de sus botas.

Ben, a quien el corazón seguía palpitándole por el susto, vio que Belch Huggins estaba de pie al otro lado de la calle fumando un pitillo. Al ver a Victor, se dirigió a él y le pasó el cigarrillo. Victor dio una calada, devolvió el cigarrillo a Belch y señaló a Ben, que ya iba por la mitad de la escalera. Dijo algo y ambos se separaron. La cara de Ben se encendió en una llamarada opaca. Siempre te cogían. Era cosa de la fatalidad o algo así.

--¿Tanto te gusta este lugar que piensas pasar aquí todo el dio? -dijo una voz, a su lado.

Cuando Ben se volvió, su rostro ardió aún más. Era Beverly Marsh; su pelo oscuro formaba una nube deslumbrante alrededor de la cabeza y sobre sus hombros, sus ojos tenían un adorable color gris verdoso. Llevaba un jersey con las mangas recogidas hasta el codo, gastado alrededor del cuello y casi tan abolsado como la sudadera de Ben. Demasiado abolsado, por cierto, para dejar ver si le estaba creciendo algo allí abajo. Pero a Ben no le importó; cuando el amor llega antes de la pubertad, llega en olas tan límpidas y poderosas que nadie puede

resistirse a su imperativo, y Ben no hizo esfuerzo alguno por resistir. Simplemente cedió. Se sentía tonto y exaltado a un tiempo, más miserable y azorado que nunca... pero también bendecido. Esas emociones se mezclaron en un brebaje embriagador que lo dejó, a la vez, descompuesto y regocijado.

--No -graznó-, creo que no.

--Bueno, me alegro de ello. Porque se acabaron las clases. Gracias a Dios.

--Que pases... -Otro graznido. Tuvo que carraspear; su rubor se acentuó-. Que pases unas felices vacaciones, Beverly.

--Tú también, Ben. Hasta el año que viene.

Bajó rápidamente los peldaños y Ben la contempló con ojos de enamorado: el tartán brillante de su falda, su pelo rojo contra el suéter, su cutis lechoso, un pequeño corte que cicatrizaba en el dorso de una pantorrilla (y por algún motivo, eso lo invadió con una oleada de sentimientos tan intensos que buscó a tientas la barandilla: algo enorme, inarticulado, misericordiosamente breve, tal vez una señal presexual, sin sentido para su cuerpo, donde las glándulas endocrinas aún dormían casi sin soñar, pero brillantes como un relámpago de verano) y un brazalete dorado que llevaba en el tobillo derecho, justo por encima del mocasín, reflejando el sol en relucientes destellos.

Se le escapó un ruido, una especie de ruido. Bajó los escalones como un débil anciano y se quedó al pie, observándola, hasta que ella giró a la izquierda y desapareció tras el alto seto que separaba el patio de la acera.

4.

Esperó allí sólo un momento. Después, mientras los niños aún pasaban a su lado chillando, en grupos, se acordó de Henry Bowers. Caminó alrededor del edificio apresuradamente. Cruzó el patio de los más pequeños deslizando los dedos por las cadenas de los columpios para hacerlas tintinear y saltando por encima de los subibajas. Salió por la verja, mucho más pequeña, que daba a Charter street y se encaminó hacía la izquierda, sin volver la vista atrás, hacia ese montón de piedra donde había pasado casi todos los días laborables de los últimos nueve meses. Guardó el boletín de calificaciones en el bolsillo trasero y comenzó a silbar. Llevaba un par de bambas pesadas, pero habría dicho que sus suelas cubrieron ocho manzanas sin tocar la acera.

Los habían dejado libres apenas pasado el medio día; su madre no llegaría a casa por lo menos hasta las seis, porque los viernes iba al supermercado a la salida del trabajo. Tenía el resto del día para él solo.

Fue a la plaza Mccarron por un rato y se sentó bajo un árbol sin hacer otra cosa que susurrar ocasionalmente, "Amo a Beverly Marsh", sintiéndose más embriagado y romántico cada vez que lo decía. En cierto momento, cuando un grupo de chiquillos llegó al parque y comenzó a formar equipos para un partido de béisbol, susurró dos veces las palabras "Beverly Hanscom"; después tuvo que apoyar la cara en el césped, hasta que la hierba refrescó sus mejillas ardientes. Al poco rato se levantó para caminar hacia la avenida Costello. Cinco manzanas más allá estaba la Biblioteca pública; supuso que hacia allí se encaminaba desde un

principio. Ya casi había salido del parque cuando un niño de sexto grado, llamado Peter Gordon, le vio y chilló:

--¡Eh, Tetas! ¿Quieres jugar? ¡Necesitamos a alguien que haga de gilipollas!

Hubo un estallido de risas. Ben escapó tan rápido como pudo, hundiendo la cabeza en el cuello, como si fuera una tortuga.

Aun así, se consideró afortunado; bien mirado, los chicos habrían podido perseguirlo, aunque sólo fuera para revolcarlo en el polvo y ver si lloraba. Ese día estaban demasiado entretenidos en organizar el juego. Ben se sintió feliz de dejarlos entregados a los rituales que precedían el primer juego del verano y siguió su camino.

Tres manzanas más allá, por Costello, vio algo interesante, tal vez hasta provechoso, bajo un seto: un brillo de vidrio bajo la desgarradura de una vieja bolsa de papel. Ben cogió la bolsa. Al parecer, estaba de suerte. Dentro había cuatro envases de cerveza y cuatro de gaseosa grandes. Los grandes valían cinco centavos cada una; las de cerveza, dos centavos. Veintiocho centavos bajo el seto de una casa, sólo esperando que algún chico pasara a recogerlas. Pero debía ser un chico de suerte.

--Y ése soy yo -dijo Ben, alegre, sin sospechar lo que le deparaba el resto del día.

Volvió a caminar, llevando la bolsa. Una manzana más allá estaba el mercado de la avenida Costello y allí entró. Cambió las botellas por efectivo y la mayor parte del efectivo por golosinas.

De pie ante el escaparate de los dulces, señaló aquí y allá, encantado, como siempre, por el susurro de la puerta deslizante. Compró cinco barras de regaliz rojas y otras cinco, negras, diez chupa chups, una bolsa de caramelos, una caja de chicles y un paquete de fulminantes para su pistola.

Salió con una bolsa de golosinas en la mano y cuatro centavos en el bolsillo delantero de sus pantalones. Al mirar la bolsa de papel, con su carga de dulzura, un pensamiento trató súbitamente de subir a la superficie.

"Sigue comiendo así, y Beverly Marsh jamás te mirará siquiera."

Pero era un pensamiento desagradable, así que lo apartó; era un pensamiento acostumbrado a que lo apartaran.

Si alguien le hubiera preguntado "¿Te sientes solo, : Ben?", él habría mirado a ese alguien con verdadera sorpresa. Nunca se le había ocurrido esa pregunta. No tenía amigos, pero sí libros y sueños; tenía sus modelos de automóviles, y un gigantesco equipo de piezas con el que construía todo tipo de cosas. Su madre solía exclamar que las casas fabricadas por Ben parecían mejores que algunas casas de verdad. También tenía un buen Mecano y esperaba que le regalaran el equipo más grande por su cumpleaños, en octubre. Con uno de ésos se podía hacer un reloj que daba la hora de verdad y un coche con marchas y todo. "¿Solo?", podría haber preguntado, a su vez, desconcertado. "¿A qué te refieres?"

El niño ciego de nacimiento no sabe que es ciego hasta que se lo dicen. Aun entonces tiene sólo una idea muy vaga de lo que significa la ceguera. Sólo quienes han visto anteriormente comprenden de verdad qué es eso. Ben Hanscom no tenía la sensación de estar solo porque nunca había vivido de otro modo. Si aquello hubiera sido algo nuevo o más concreto, habría podido comprenderlo, pero la soledad abarcaba toda su vida y, a la vez, la superaba. Era, simplemente,

como su pulgar torcido o la extraña melladura de uno de sus dientes, aquella que tocaba con la lengua cuando se ponía nervioso.

Beverly era un dulce sueño; las golosinas, una dulce realidad. Las golosinas eran sus amigas. Por eso mandó a paseo al extraño pensamiento, y éste se fue en silencio, sin provocar ningún escándalo. Entre la tienda y la biblioteca, devoró todas las golosinas de la bolsa. Tenía la firme intención de guardar algunas para la noche, mientras veía la televisión. Esa noche emitían Rescate, con Kenneth Tobey como el intrépido piloto de helicóptero, y Dragnet, donde los casos eran reales, pero se habían cambiado los nombres para proteger a las personas inocentes, y su policial favorito, Patrulla de caminos, donde Broderick Crawford representaba al teniente Dan Matthews. Broderick Crawford era su héroe preferido. Broderick Crawford era veloz, era rudo; Broderick Crawford no se dejaba avasallar por nadie... y, sobre todo, Broderick Crawford era gordo.

Llegó a la esquina de Costello y Kansas y cruzó hacia la Biblioteca Pública. En realidad se trataba de dos edificios: la vieja estructura de piedra delante, construida en 1890 con dinero de los potentados de la madera, y, detrás, el edificio nuevo, más bajo, donde funcionaba la biblioteca para niños. Ambas se comunicaban por un corredor encristalado.

Allí, cerca del centro, Kansas Street era de dirección única, así que Ben sólo miró a la derecha, antes de cruzar. De haber mirado a la izquierda se hubiera llevado una horrible sorpresa. A la sombra de un viejo roble, en el prado del Centro Social de Derry, a una manzana de distancia, estaban Belch Huggins, Victor Criss y Henry Bowers.

5.

--Atrapémoslo, Hank.

Victor estaba casi jadeando.

Henry observó al gordo que cruzaba la calle correteando entre bamboleos de panza, el remolino de la cabeza parecía un resorte y el culo se le meneaba dentro de los pantalones como los de las chicas. Calculó la distancia que los separaba y la que separaba a Hanscom de la biblioteca, donde estaría a salvo. Probablemente podrían atraparlo antes de que entrara, pero también era posible que Hanscom comenzara a gritar. No habría sido nada raro, con semejante marica. Y en ese caso podía intervenir algún adulto. Henry no quería interferencias. Esa perra de la Douglas lo había suspendido en lengua y en matemáticas. Tendría que hacer los cursos de preparación durante un mes, en el verano. Henry habría preferido repetir. En ese caso, el padre lo habría castigado una sola vez. Si tenía que dejarlo ir a la escuela por cuatro horas diarias durante cuatro semanas, en la temporada de más trabajo, era posible que lo castigara cinco o seis veces, hasta más. Sólo se reconcilió con su sombrío futuro pensando en vengarse con ese gordo idiota esa misma tarde.

--Sí, vamos -apoyó Belch.

--Esperaremos a que salga.

Vieron que Ben abría una de las grandes puertas y entraba. Entonces se sentaron en el suelo a fumar y a contar cuentos mientras esperaban.

Tarde o temprano saldría. Y entonces Henry le haría lamentarse de haber nacido.

6.

Ben amaba la biblioteca.

Amaba su eterna frescura, perceptible aun en los días más calurosos; amaba su silencio murmurante, quebrado sólo por susurros ocasionales, el leve golpe de un sello y el rumor de las páginas vueltas en la hemeroteca, donde los ancianos leían periódicos encuadernados; amaba la luz que caía en diagonal por las ventanas altas y estrechas, por la tarde, o relumbraba en charcos perezosos, arrojados por los globos de luz colgados del techo, en los anocheceres de invierno mientras el viento silbaba fuera. Le gustaba el olor de los libros. A veces caminaba por entre las estanterías de los adultos contemplando aquellos millares de volúmenes imaginando un mundo de vidas dentro de cada uno. Le gustaba el pasillo acristalado que conectaba el edificio viejo con la biblioteca infantil, siempre cálida, aun en invierno, a menos que el tiempo hubiera estado nublado por algunos días. La señora Starrett, jefa de bibliotecarios de esa sección, le había dicho que era resultado de algo llamado "efecto invernadero" A Ben le encantaba la idea. Años más tarde construiría el centro de comunicaciones de la BBC y las acaloradas discusiones se prolongarían por años, sin que nadie supiera (excepto el mismo Ben) que el centro de comunicaciones no era sino el pasillo acristalado de la Biblioteca Pública de Derry, puesto sobre un extremo.

También le gustaba la biblioteca infantil, aunque no tenía el sombreado encanto de la antigua, con sus globos y sus escaleras de hierro curvas, demasiado estrechas para que las usaran dos personas; una siempre tenía que retroceder. La biblioteca infantil era luminosa y soleada, algo más ruidosa, a pesar de los letreros de "Silencio, por favor". El ruido en gran parte provenía del rincón de Pooh, donde iban los más pequeños a mirar libros ilustrados. Ese día, cuando Ben entró, acababa de empezar allí la hora de los cuentos. La señorita Davies, una bibliotecaria joven y bonita, estaba leyendo Los tres cabritos.

--¿Quién camina, trip-trap, por mi puente?

La señorita Davies hablaba con el tono grave y gruñón del duende del cuento. Algunos pequeños se cubrieron la boca, riendo, pero la mayoría se limitaba a mirarla con aire solemne, aceptando la voz del duende como aceptaban las voces de sus sueños; sus ojos graves reflejaban la eterna fascinación del cuento de hadas: ¿el monstruo sería derrotado o se comería a las víctimas?

Había carteles coloridos por doquier. Aquí, un niño bueno que se había cepillado los dientes hasta echar espuma por la boca como un perro rabioso; allí, un niño malo que fumaba ("cuando sea grande quiero estar siempre enfermo, como mi papá", decía el epígrafe). Allá, una maravillosa fotografía donde se veía un billón de puntos luminosos en la oscuridad; abajo, "Una idea enciende un millar de cirios". Ralph Waldo Emerson.

Había invitaciones a participar en la "Experiencia de los scouts". Un letrero sugería que "Los clubes de niñas de hoy forman a las mujeres de mañana". Formularios de inscripción para el juego de softball y para el teatro infantil del

Centro Social. Y, por supuesto, otro cartel que invitaba a los niños a inscribirse en el "Programa de lecturas de verano". Ben era un fanático del programa de lecturas de verano. Al inscribirse, a uno le daban un mapa de Estados Unidos. Luego, por cada libro que uno leía y comentaba, obtenía un cromo para pegar en el mapa. El cromo venía con informaciones como el pájaro y la flor correspondientes a cada estado, el año en que habían sido admitidos en la Unión y qué presidentes, si los había, procedían de cada uno de ellos. Cuando los cuarenta y ocho estaban pegados en el mapa, se recibía un libro gratuitamente. Era un negocio estupendo. Ben pensaba hacer lo que sugería el letrero: "No pierdas tiempo: inscríbete hoy."

Entre ese amigable despliegue de color, un simple cartel, sobre el escritorio de la bibliotecaria, sin dibujos ni fotografías, sólo letras negras en papel blanco, rezaba:

Recuerda el toque de queda.

Siete de la tarde.

Departamento de policía de Derry.

Al mirarlo, Ben sintió un escalofrío. La excitación de recibir sus calificaciones, la preocupación por Henry Bowers, las palabras cruzadas con Beverly y el comienzo de las vacaciones le habían hecho olvidar el toque de queda... y los asesinatos.

La gente discutía sobre cuántos habían sido, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que llegaban, por lo menos, a cuatro desde el invierno; cinco, si se incluía a George Denbrough (muchos opinaban que la muerte del pequeño Denbrough podía haber sido provocada por un accidente muy extraño). El primero seguro era el de Betty Ripsom, hallada el día después de Navidad en una zona de obras en construcción en Jackson Street. La niña, de trece años, apareció mutilada y congelada en la tierra lodosa. Eso no había salido en el periódico ni era algo que Ben supiera por ningún adulto, sino que lo había escuchado en conversaciones casuales.

Unos tres meses y medio después, al comenzar la temporada de la trucha, un pescador que estaba en la ribera del riachuelo, a treinta kilómetros de Derry, enganchó algo que resultó ser la mano, la muñeca y los primeros diez centímetros de un brazo de mujer. Su anzuelo había enganchado ese horrible trofeo por la piel fláccida entre el pulgar y el índice.

La policía estatal encontró el resto de Cheryl Lamonica a setenta metros, riachuelo abajo, enredado en un árbol que había caído al agua durante el invierno anterior; sólo por azar el cadáver no había seguido hasta el Penobscot, para perderse en el mar con el deshielo de primavera.

La muchacha Lamonica tenía dieciséis años. Era de Derry, pero no asistía a la escuela. Tres años antes, había dado a luz una niña, Andrea. Vivía con su hija en el hogar paterno. "Cheryl era un poco alocada, a veces, pero en el fondo era buena -dijo su padre, sollozánte, a la policía-. Andi no deja de preguntar dónde está su madre y yo no sé qué decirle."

Se había denunciado la desaparición de la muchacha cinco semanas antes de que se encontraran los restos. La investigación policial sobre la muerte empezó con una suposición lógica: que había sido asesinada por uno de sus "amigos". Tenía muchos amigos de la base aérea de Bangor. "Casi todos eran buenos muchachos", dijo la madre de Cheryl. Uno de esos "buenos muchachos" era un

coronel de la fuerza aérea, de cuarenta años, con esposa y tres hijos en Nuevo México. Otro cumplía condena en Shawshank por robo a mano armada.

Uno de sus amigos, pensaba la policía. O un desconocido, quizá un maníaco sexual.

Si era un maníaco sexual, al parecer la había tomado también con los varones. A finales de abril, un profesor de secundaria, que realizaba una excursión con sus alumnos, había divisado un par de zapatillas de deporte rojas y una prenda de pana azul sobresaliendo de una boca de alcantarilla en Merit Street. Ese extremo de Merit había sido cerrado con vallas y el asfalto retirado con excavadoras el otoño anterior, ya que la extensión de la autopista de peaje pasaría por allí con rumbo a Bangor.

El cadáver era de Matthew Clements, de tres años, cuya desaparición habían denunciado sus padres el día anterior. Su foto salió en la primera plana del Derry News. Era un chiquillo de cabello oscuro que sonreía a la cámara. La familia Clements vivía en Kansas Street al otro lado de la ciudad. Su madre, tan aturdida por el golpe que parecía sumida en una campana de cristal de calma absoluta, dijo a la policía que Matty había estado subiendo y bajando por la acera con su triciclo ante la casa, situada en la esquina de Kansas y Kossuth Lane. Fue a poner la ropa lavada en la secadora y cuando volvió a mirar por la ventana para vigilar a Matty, ya no estaba. Sólo quedaba su triciclo tumbado en el césped entre la acera y la calle. Una de las ruedas traseras aun giraba perezosamente.

Eso fue demasiado para el comisario Borton. Al día siguiente, en una sesión especial del concejo, propuso el toque de queda. Fue aceptado por unanimidad y se puso en práctica al día siguiente. Los niños pequeños debían ser vigilados en todo momento por un "adulto cualificado", según el artículo del News. Un mes atrás, en la escuela de Ben se había organizado una asamblea especial. El comisario acudió y aseguró a los niños que no había nada que temer, mientras siguieran algunas reglas sencillas: no hablar con desconocidos, no subir a automóviles a menos que conocieran a sus conductores, recordar siempre que "el policía es un amigo"... y cumplir el toque de queda.

Dos semanas antes, al mirar dentro de una alcantarilla de Neibolt Street un niño al que Ben apenas conocía (estaba en el otro quinto curso de la escuela), había visto algo que parecía un montón de pelo flotando. Ese Frankie, o Freddy, Ross (o tal vez Roth), había salido a buscar tesoros con un artefacto de su propia invención al que llamaba "El fabuloso palo de goma". Cuando hablaba de él, uno se daba cuenta de que lo pensaba así, en letras mayúsculas y tal vez de neón. "El fabuloso palo de goma" era una rama de haya con una gran bola de chicle pegada en el extremo. En su tiempo libre, Freddy (o Frankie) caminaba por Derry con su artefacto espiando las cloacas y alcantarillas. A veces veía dinero, casi siempre monedas de un centavo, pero a veces de diez y hasta de veinticinco (por algún motivo que sólo él conocía, se refería a estas últimas con el nombre de "monstruos de muelle".) Una vez divisado el dinero, Frankie o Freddy y "El fabuloso palo de goma" entraban en acción: un toque de la goma, introduciendo el palo por la rejilla y la moneda estaba en su bolsillo.

Ben había oído rumores sobre Frankie o Freddy y su palo de goma, mucho antes de que el niño apareciera bajo los flashes al descubrir el cadáver de Veronica Grogan. "Es un asqueroso", había confiado a Ben Richie Tozier. Éste era

un niño esmirriado que llevaba gafas. Ben pensaba que, sin las gafas, Tozier vería tan bien como Mr. Magoo, sus ojos aumentados nadaban tras las gruesas lentes con una expresión de sorpresa perpetua. También tenía enormes incisivos que le habían acarreado el sobrenombre de rabitt. Estaba en el mismo quinto curso que Freddy o Frankie.

--Mete ese palo de goma por las alcantarillas todo el día, y por la noche masca el chicle de la punta.

--¡Oh, qué horror! -había exclamado Ben.

--Azí ez, tezoro -dijo Tozier, y se fue.

Frankie o Freddy había trabajado con "El fabuloso palo de goma" a través de la rejilla, convencido de haber encontrado una peluca. Pensaba que quizá podría secarla y regalársela a su madre por su cumpleaños o algo así. Tras unos minutos de esfuerzos, cuando estaba por renunciar, una cara flotó en el agua lodosa del desagüe: una cara con hojas marchitas pegadas a sus blancas mejillas y con fango en sus ojos fijos.

Freddy o Frankie corrió a su casa, aullando.

Verónica Grogan asistía al cuarto curso de la escuela religiosa de Neibolt Street, dirigida por gente a la que la madre de Ben llamaba "los cristeros". La sepultaron el mismo día en que debía cumplir diez años.

Después de ese horror más reciente, Arlene Hanscom llamó a Ben una tarde. Se sentaron en el sofá de la sala. Ella le cogió las manos y lo miró fijamente a la cara. Ben le sostuvo la mirada.

--Ben -dijo ella, por fin-, ¿eres tonto?

--No, mamá -replicó Ben, intranquilo. No tenía la menor idea de lo que originaba todo eso. No recordaba haber visto tan seria a su madre.

--No -repitió ella-, no creo que seas tonto.

Luego guardó silencio por un rato, sin mirar a Ben, con la vista mas allá de la ventana, pensativa. El hijo se preguntó, por un momento, si se había olvidado de él. Todavía era joven -tenía sólo treinta y dos años-, pero el criar sola a un niño le había dejado sus marcas. Trabajaba cuarenta horas semanales en la empaquetadora de Stark, en Newport. Después de la jornada laboral, cuando el polvo y las hilachas de algodón habían sido demasiado densos, solía toser tanto que Ben se asustaba. En aquellas noches pasaba mucho tiempo despierto mirando por la ventana hacia la oscuridad, y preguntándose qué sería de él si su madre moría. Sería entonces un huérfano, suponía. Tal vez fuera acogido por la beneficencia estatal (eso significaba que iría a vivir con granjeros que lo harían trabajar desde el amanecer hasta el anochecer) o tal vez lo enviasen al asilo de Bangor. Trataba de decirse que era una tontería preocuparse por esas cosas, pero no podía dejar de hacerlo. Y tampoco se preocupaba sólo por él mismo, sino también por su madre. Su madre era dura e insistía en salirse con la suya en casi todo, pero era buena. Él la quería mucho.

--Sabes lo de esos asesinatos -dijo, al fin, mirándolo.

Él asintió.

--Al principio la gente creía que eran... -Vaciló ante la palabra nueva que hasta entonces nunca había pronunciado delante de su hijo, pero las circunstancias lo exigían- crímenes sexuales. Tal vez lo sean, tal vez no. Tal vez se han acabado,

tal vez no. Ya nadie puede estar seguro de nada, salvo de que ahí fuera hay un maníaco que se ensaña con los pequeños. ¿Lo entiendes, Ben?
El volvió a asentir.
--¿Y sabes a qué me refiero cuando digo que podrían ser crímenes sexuales?
Ben no lo sabía -al menos con exactitud-, pero volvió a asentir. Si su madre se sentía en la obligación de hablarle de los pájaros y las abejas, además de ese otro asunto, creyó que moriría de vergüenza.
--Me preocupo por ti, Ben. Me preocupa no estar cuidándote como debería.
Ben se removió en el asiento.
--Pasas demasiado tiempo solo. Tú...
--Mamá...
--No me interrumpas -dijo ella-. Tienes que andar con cuidado, Benny. Viene el verano y no quiero estropearte las vacaciones, pero tienes que andar con cuidado. Quiero que estés en casa a la hora de cenar, todos los días. ¿A qué hora cenamos siempre?
--A las seis en punto.
--¡Exacto! Entonces escucha: si pongo la mesa y te sirvo la leche y todavía no estás lavándote las manos en el baño, cogeré el teléfono y llamaré a la policía para denunciar tu desaparición. ¿Comprendes?
--Sí, mamá.
--¿Y te das cuenta de que hablo muy en serio?
--Probablemente molestaría a la policía por nada, si tuviera que hacerlo. Sé lo que hacen los chicos. Sé que en las vacaciones se entusiasman con sus proyectos y sus juegos, siguiendo a las abejas hasta las colmenas, jugando a la pelota, pateando latas y cosas por el estilo. Ya ves que tengo una idea bastante aproximada de lo que haces con tus amigos.
Ben asintió, pensando que si ella ignoraba que él no tenía amigos, probablemente no sabía tanto como creía de su niñez. Pero no se le habría ocurrido decírselo, ni en diez mil años.
Ella sacó algo del bolsillo de su bata y se lo entregó. Era una pequeña caja de plástico. Ben la abrió y quedó boquiabierto.
--¡Ah! -exclamó, sin disimular en absoluto su admiración-. ¡Gracias!
Era un reloj. Timex con números de plata y correa de imitación de cuero. Ella le había dado cuerda. Se oía el tictac.
--¡Jo! ¡Está super! -Le dio un abrazo entusiasta y un fuerte beso en la mejilla.
Ella sonrió complacida e hizo un gesto de asentimiento. Luego volvió a ponerse seria.
--Póntelo, consérvalo puesto, úsalo, dale cuerda, cuídalo, no lo pierdas.
--Vale.
--Ahora no tienes excusa para llegar tarde. Recuerda lo que te dije: si no llegas a tiempo, la policía te buscará por mí. Al menos hasta que atrapen al chiflado que está matando niños por aquí, no te atrevas a llegar un minuto tarde o me tendrás al teléfono.
--Sí, mamá.
--Otra cosa. No quiero que vayas solo por ahí. Sabes que no debes aceptar golosinas de desconocidos ni subirte a coches de extraños (los dos estamos de acuerdo en que no eres tonto). Y eres grande para tu edad. Pero un adulto, sobre

todo si está loco, puede dominar a un niño si se lo propone. Cuando vayas al parque o la biblioteca, ve con uno de tus amigos.

--De acuerdo, mamá.

Ella volvió a mirar por la ventana y soltó un suspiro.

--Mal andan las cosas cuando se llega a una situación como ésta. De cualquier modo, en esta ciudad hay algo feo. Siempre lo he pensado. -Se volvió a mirarlo, con ceño-. Vagabundeas tanto, Ben... Has de conocer casi todos los lugares de Derry, ¿no? Al menos la parte poblada.

Ben no creía conocer todos los lugares; pero sí muchos. Y el inesperado regalo lo había emocionado tanto que habría estado de acuerdo con su madre aun si ella hubiera sugerido que John Wayne hiciera de Adolf Hitler en una comedia musical. Asintió.

--Nunca viste nada, ¿verdad? -preguntó ella-. ¿Algo, alguien... sospechoso? ¿Algo extraño? ¿Cualquier cosa que te asustara?

En su entusiasmo por el reloj, estuvo a punto de decirle lo que le había ocurrido en enero. Abrió la boca y algo, una intuición poderosa, se la cerró.

¿Qué era ese algo, exactamente? Intuición. Ni más ni menos. Hasta los niños pueden intuir las complejas responsabilidades de los mayores de vez en cuando y percibir que, en algunos casos, es más bondadoso guardar silencio. Fue eso, en parte, lo que indujo a Ben a cerrar la boca. Pero había algo más, algo no tan noble. Su madre podía ser dura. Podía ser autoritaria. Nunca lo llamaba "gordo", sino "grande" ("demasiado grande para tu edad") y cuando había sobras de la cena, con frecuencia se las llevaba a él, que estaba viendo la tele o haciendo sus deberes, y él las comía, aunque una parte borrosa de su persona se odiaba por hacerlo (pero no a su madre por ponerle la comida delante. Ben Hanscom jamás se habría atrevido a odiar a su madre; Dios lo habría fulminado con un rayo, si hubiera sentido, siquiera por un segundo, una emoción tan malvada y desagradecida). Y una parte aún más borrosa de sí mismo, el lejano Tíbet de sus pensamientos más profundos, sospechaba los motivos ocultos que llevaban a su madre a administrarle esa alimentación constante. ¿Era sólo amor maternal? Sí, sin duda. Pero... él dudaba. Ella ignoraba que Ben no tenía amigos. Esa falta de conocimiento le inspiraba desconfianza. No sabía cuál podía ser la reacción de su madre ante lo que le había pasado en enero. Si algo había pasado. Volver a las seis y quedarse en casa no era tan malo. Tal vez podría leer, ver televisión, comer, construir cosas con su Mecano. Pero tener que pasarse todo el día en la casa sería muy malo, y si le contaba lo que había visto -o creído ver- en enero, era posible que ella lo obligara a eso.

Así que, por diversos motivos, Ben no reveló la historia.

--No, mamá -dijo-. Sólo al señor Mckibbon revolviendo los cubos de basura.

Eso la hizo reír; no le gustaba el señor Mckibbon, que era republicano, además de "cristero". Esa risa cerró el tema.

Esa noche, Ben permaneció despierto hasta tarde, pero no por la idea de quedar desamparado y sin padres en un mundo duro. Se sentía amado y seguro, tendido en su cama, a la luz de la luna que entraba por la ventana. De vez en cuando, se acercaba el reloj al oído para percibir su tictac y a los ojos para admirar su esfera.

Por fin se quedó dormido. Soñó que estaba jugando béisbol con los otros niños en la parcela vacante tras el aparcamiento de camiones de Tracker Hermanos.

Acababa de despedir estupendamente una pelota y sus compañeros de equipo lo esperaban para vitorearlo en el home plate. Lo llevaron en andas. En el sueño, casi reventaba de orgullo y felicidad. Pero entonces había mirado hacia el campo central donde una cerca marcaba el límite entre el parque y el terreno cubierto de pastos que descendía hacia Los Barrens. Entre sus hierbas enredadas y esos matorrales bajos, había una silueta de pie. Sostenía un manojo de globos rojos, amarillos, azules, verdes, con una mano enguantada en blanco. Lo llamaba con la otra. Ben no podía verle la cara, pero sí el traje abolsado con grandes pompones color naranja a lo largo de la pechera y una corbata de lazo amarilla.

Era un payaso.

"Azí ez, tezoro", asintió una voz fantasmal.

A la mañana siguiente, al despertar, Ben había olvidado el sueño, pero su almohada estaba húmeda, como si hubiera llorado durante la noche.

7.

Fue hasta el escritorio principal de la biblioteca infantil sacudiéndose la estela de pensamientos dejados por el cartel del toque de queda, con tanta facilidad como el perro se sacude el agua después de nadar.

--Hola, Benny -dijo la señora Starrett. Al igual que la señora Douglas en la escuela, sentía una sincera simpatía por Ben. A los adultos, especialmente a aquellos encargados de disciplinar a los niños, les gustaba Ben porque era cortés, suave al hablar, considerado, y a veces hasta divertido. Por esas mismas razones, la mayor parte de los chicos lo tenía por un pelmazo-. ¿Ya te has aburrido de las vacaciones?

Ben sonrió. Era un chiste habitual de la señora Starrett.

--Todavía no -dijo-. Acaban de empezar. -Consultó su reloj-. Una hora y diecisiete minutos. Déme una hora más.

La señora Starrett se echó a reír cubriéndose la boca para no hacer ruido. Preguntó a Ben si quería inscribirse en el programa de lectura de verano, y él dijo que sí. Le entregó un mapa de Estados Unidos y Ben le dio las gracias.

Se alejó hacia las estanterías, sacando un libro aquí y allá para echarle un vistazo antes de volver a guardarlo. Elegir un libro no era cosa de broma. Había que andar con cuidado. Los adultos podían sacar tantos como quisieran, pero los niños sólo podían llevar tres por vez. Si uno elegía uno aburrido, tenía que aguantárselo.

Por fin eligió tres: Bravucón, El potro negro y uno que no conocía: Carretera peligrosa, su autor era un tal Henry Gregor Felsen.

--Tal vez éste no te guste -comentó la señora Starrett, al sellar el libro-. Es muy fuerte. Se lo recomiendo a los adolescentes, sobre todo a los que acaban de sacar el carnet de conducir, porque les da que pensar. Supongo que les hace aminorar la velocidad por una semana.

--Bueno, le echaré una ojeada -dijo Ben y se llevó los libros a una de las mesas, lejos del rincón de Pooh, donde el cabrito de Big Billy estaba por dar grandes dolores de cabeza al duende del puente.

Leyó Carretera peligrosa por un rato y no era malo en absoluto. Trataba de un muchacho que conducía muy bien, por cierto, pero había un policía aguafiestas que se pasaba la vida tratando de hacerle bajar la velocidad. Ben descubrió que en Iowa, donde ocurría la acción, no había límite de velocidad. Eso era estupendo.

Al cabo de tres capítulos levantó la mirada y se encontró con algo totalmente nuevo: un cartel que mostraba a un alegre cartero que entregaba una carta a un alegre niño. Decía: "Las bibliotecas también son para escribir. ¿Por qué no envías hoy mismo una carta a un amigo? ¡Sonrisas garantizadas!

Bajo el cartel había tarjetas postales presélladas, sobres presellados también y papel de cartas con un dibujo de la Biblioteca Pública de Derry en tinta azul. Los sobres costaban cinco centavos; las postales, tres; el papel, dos hojas por centavo.

Ben palpó su bolsillo. Aún tenía allí los cuatro centavos restantes de las botellas. Marcó la página en el libro y volvió al mostrador.

--¿Me daría una de esas postales, por favor?

--Con mucho gusto, Ben.

Como de costumbre, la señora Starrett se sintió encantada por su cortesía y algo entristecida por su gordura. Su madre habría dicho que el niño estaba cavando su tumba con cuchillo y tenedor. le dio la postal y lo vio volver a su asiento. En esa mesa podían sentarse seis, pero Ben era el único ocupante. Ella nunca había visto a Ben con otros chicos. Era una pena, porque Ben Hanscom, en su opinión, guardaba grandes tesoros en su interior.

8.

Ben sacó su bolígrafo; bajó la punta con un chasquido y anotó la dirección: "Señorita Beverly Marsh, Main Street, Derry, Maine, Zona 2." No sabía el número exacto de su edificio, pero la madre le había dicho que los carteros tienen una idea bastante aproximada de las direcciones cuando han pasado un tiempo en sus puestos. Si el cartero que se encargaba de esa zona entregaba su postal, magnífico. Si no, iría a la oficina de correspondencia de vuelta y sólo habría perdido tres centavos. La carta no volvería a él, por cierto, porque no tenía intención de poner el remitente.

Llevando la tarjeta con la dirección vuelta (no quería riesgos, aunque no reconocía a ninguno de los presentes), tomó unas hojas de un bloc y volvió a su asiento. Comenzó a garabatear, tachar y garabatear otra vez.

En la última semana de clases, antes de los exámenes, habían estado leyendo y redactando haiku en la clase de lengua. Haiku era una forma poética japonesa, breve y disciplinada. El haiku, según la señora Douglas, sólo podía tener diecisiete sílabas, ni más ni menos. Por lo común se concentraba en una sola imagen que se vinculaba con una emoción específica: tristeza, alegría, nostalgia, felicidad... amor.

Ben había quedado encantado con el concepto. Las clases de lengua no le interesaban demasiado. Sin embargo, en el concepto de haiku había algo que le despertaba la imaginación. La idea lo hacía feliz, como la explicación de la señora Starrett sobre el efecto invernadero. El haiku era poesía buena, en opinión de Ben,

porque era poesía estructurada. No tenía reglas secretas: diecisiete sílabas, una imagen vinculada con una emoción y nada más. Abracadabra. Contenida en sí misma y dependiente de sus propias reglas. Hasta le gustaba la palabra en sí, un deslizamiento de aire quebrado, como a lo largo de una línea de puntos, por el sonido de la "k", en el paladar: haiku.

"Su pelo", pensó y la vio bajar los peldaños de la escuela con la cabellera moviéndose sobre sus hombros. El sol no parecía destellar en él, sino arder.

Después de trabajar unos veinte minutos (con una pausa para ir en busca de más hojas para notas), buscando palabras que no fueran demasiado largas, cambiando, eligiendo, Ben logró esto:

Tu pelo es fuego de invierno,

Rescoldo de enero.

Allí arde también mi corazón.

No era magistral, pero no le salía nada mejor. Temía que, si le daba muchas vueltas, acabaría por acobardarse y hacer algo mucho peor. O por no hacer nada. Y no quería que ocurriera eso. El instante en que ella le dirigió la palabra había sido un momento culminante para Ben y quería grabarlo en su memoria. Probablemente Beverly estuviera enamorada de algún chico mayor, de sexto curso, tal vez hasta de la secundaria, y pensaría que él le había enviado el haiku. Eso la haría feliz; por lo tanto, el día en que lo recibiera, quedaría marcado en su propia memoria.

Copió el poema completo en el dorso de la postal, con letras de imprenta, como quien copia una nota de rescate y no un poema de amor; guardó el bolígrafo en el bolsillo y la tarjeta contra la cubierta de Carretera peligrosa. Luego se levantó y se despidió de la señora Starrett.

--Adiós, Ben -dijo ella-. Que disfrutes de tus vacaciones.

Pero no te olvides del toque de queda.

--No lo olvidaré.

Caminó lentamente por el pasillo acristalado entre los dos edificios disfrutando del calor ("Efecto invernadero", pensó, satisfecho de sí) seguido por el fresco de la biblioteca para adultos. Un anciano leía el News en una de las antiguas sillas de la sala de lectura. El titular destellaba: "Dulles promete la ayuda de tropas norteamericanas para líbano en caso necesario". También había una foto de Ike estrechando la mano de un árabe en el Jardín de las Rosas. La madre de Ben dijo que, cuando el país eligiera presidente a Hubert Humphrey en 1960, tal vez las cosas volvieran a moverse. Ben tenía una vaga conciencia de que reinaba algo llamado recesión y su madre tenía miedo de quedarse sin trabajo.

Un titular menos llamativo, en la mitad inferior de la página, decía: "La policía sigue buscando al psicópata".

Ben abrió la pesada puerta de entrada de la biblioteca y salió.

En el extremo de la calle había un buzón. Ben sacó la postal guardada en el libro y la echó al buzón. En el momento en que se le deslizaba de los dedos, experimentó un pequeño sobresalto: "¿Y si se da cuenta de que fui yo?"

"No seas estúpido", se respondió, algo alarmado por esa excitante idea.

Salió a Kansas Street, apenas consciente de la dirección que llevaba y sin que le importase en absoluto. En su mente comenzaba a formarse una fantasía. En ella, Beverly Marsh se le acercaba, con los ojos verdegrises muy abiertos y el cabello

pelirrojo sujeto en una coleta. "Quiero hacerte una pregunta, Ben -decía en su mente la niña de su imaginación-, y tienes que jurar que me dirás la verdad. -Le mostraba la tarjeta postal-. ¿Tú escribiste esto?"

Era una fantasía terrible. Era una fantasía maravillosa. Ben quiso borrarla. Ben quiso que se prolongara para siempre. Su rostro comenzaba a arder.

Caminó, soñó, cambió los libros de un brazo al otro y comenzó a silbar. "Pensarás que estoy loca -dijo Beverly-, pero creo que quiero besarte." Sus labios se entreabrieron.

Los de Ben quedaron, de pronto, demasiado secos para silbar.

--Creo qué yo también quiero -susurró, y sonrió. Si en ese momento hubiera mirado hacia atrás, habría visto brotar tres sombras alrededor de la suya. Si hubiera estado escuchando, habría oído resonar las botas de Victor, que se acercaba, con Belch y Henry. Pero no veía ni oía nada. Ben estaba muy lejos sintiendo los suaves labios de Beverly rozar los suyos y levantando sus manos tímidas para tocar el opaco fuego irlandés de la cabellera de ella.

9.

Como muchas ciudades, grandes o pequeñas, Derry no había sido planificada. Creció, simplemente. Para empezar, los urbanistas nunca la habrían situado en ese sitio. El centro de Derry estaba en un valle formado por el riachuelo Kenduskeag que cruzaba el distrito comercial en diagonal, de sudoeste a nordeste. El resto de la ciudad había invadido las laderas de las colinas circundantes.

El valle al que llegaron los pobladores originarios había sido pantanoso, cubierto de densa vegetación. El arroyo y el río Penobscot, en el cual vertía el Kenduskeag, era ventajoso para los comerciantes, pero una gran desventaja para quienes tenían cultivos o construían sus casas demasiado cerca de ellos, en especial por el Kenduskeag, que desbordaba cada tres o cuatro años. La ciudad seguía propensa a las inundaciones a pesar de las grandes sumas de dinero gastadas en los últimos cincuenta años para controlar el problema. Si las inundaciones se hubieran debido sólo al riachuelo en sí, con un sistema de diques se habría resuelto la cuestión. Sin embargo, había otros factores. Uno eran las bajas riberas del Kenduskeag. Otro, lo lento del drenaje. Desde principios del siglo se habían producido muchas inundaciones graves en Derry, y en 1931 una verdaderamente desastrosa. Para empeorar las cosas, las colinas donde se levantaba gran parte de Derry estaban atravesadas por pequeños cursos de agua, como el arroyo Torrault, donde había sido encontrado el cadáver de Cheryl Lamonica. En períodos de lluvias abundantes era muy posible que se desbordaran. "Si llueve dos semanas seguidas, a toda la maldita ciudad le da sinusitis", había dicho el padre de Bill el Tartaja.

El Kenduskeag discurría enjaulado en un canal de cemento a lo largo de tres kilómetros a su paso por la ciudad. Ese canal se hundía bajo Main Street, en la intersección con Canal Street, convirtiéndose en un río subterráneo por unos ochocientos metros, antes de volver a la superficie en el parque Bassey. Canal Street, donde se alineaban casi todos los bares de Derry como delincuentes en un

reconocimiento policial, corría paralela al canal en su salida de la ciudad y cada pocas semanas la policía sacaba el coche de algún borracho de las aguas contaminadas por las cloacas y los desechos de las fábricas. De vez en cuando se pescaba algún pez en el canal, pero sólo eran mutantes no comestibles.

En el noroeste de la ciudad, al lado del canal, el río había sido dominado, al menos, hasta cierto punto. Allí prosperaba el comercio, a pesar de alguna inundación ocasional. La gente caminaba junto al canal, a veces de la mano (es decir, siempre que el viento viniera del flanco adecuado; de lo contrario, el hedor restaba gran parte de romanticismo al paseo). En el parque Bassey, frente al cual, cruzando el canal, estaba la escuela secundaria, solían organizarse campamentos de boys scouts o picnics para los pequeños. En 1969, los ciudadanos descubrían con asco y horror que los hippies (uno de ellos había llegado a coser una bandera norteamericana al fondillo de sus pantalones, pero el marica insolente fue expulsado de la ciudad) iban allí para fumar marihuana e intercambiar píldoras. Hacia 1969, el parque Bassey se había convertido en una verdadera farmacia al aire libre. "Ya verán -decía la gente-, tendrá que morir alguien para que acaben con esto." Y, por supuesto, al fin ocurrió: un muchacho de diecisiete años apareció muerto junto al canal, con las venas llenas de heroína casi pura. Después de aquello, los drogatas empezaron a alejarse del parque Bassey y hasta se decía que el espíritu del muerto rondaba el lugar. La historia era estúpida, por supuesto, pero al menos era una estupidez útil ya que mantenía lejos de allí a los borrachos y los viciosos.

En la parte sudoeste de la ciudad, el río presentaba un problema aún mayor. Allí las colinas habían sido profundamente cortadas por la desaparición del gran glaciar y heridas, más adelante, por la interminable erosión del Kenduskeag y su red de tributarios; en muchos lugares aparecía el lecho rocoso, como el esqueleto medio enterrado de un dinosaurio. Los viejos empleados del Departamento de Obras Públicas sabían que, tras la primera helada fuerte del otoño, no faltarían trabajos de reparación de aceras en ese sector. El cemento se contraía tornándose quebradizo y el suelo rocoso surgía bruscamente como si la tierra quisiera dar algo a luz.

Lo que mejor crecía en el poco suelo fértil restante eran las plantas de raíces poco profundas y de naturaleza resistente; en otras palabras: hierbas y matorrales. Arbustos achaparrados, matas densas y virulentas proliferaciones de hiedra y zumaque en sus variedades venenosas brotaban dondequiera que encontrasen asidero. El sudoeste era el sitio donde la tierra descendía abruptamente hacia la zona que los habitantes de Derry denominaban Los Barrens. Los Barrens, que no tenían nada de yermos, eran una franja de unos dos kilómetros y medio de ancho por cuatro y medio de largo. Limitaba, a un lado, con el tramo superior de Kansas Street, por el otro, con Old Cape, un conjunto de viviendas para personas de escasos recursos donde el drenaje era tan malo que se hablaba de inodoros y desaguaderos literalmente reventados.

El Kenduskeag corría por el centro de Los Barrens. La ciudad había crecido hacia el nordeste y a ambos lados de ese sector, pero el único vestigio de urbanización allá abajo era la bomba número tres de Derry (instalación municipal para bombear las aguas residuales) y el vertedero municipal. Desde el aire, Los Barrens parecían una gran daga verde señalando hacia el centro de la ciudad.

Para Ben, toda esa geografía acoplada con geología sólo significaba una vaga noción de que, a su lado derecho, ya no había casas; la tierra había descendido. Una desvencijada barandilla blanqueada, que le llegaba más o menos a la cintura, corría a lo largo de la acera, como gesto simbólico de protección. Oía constantemente el correr del agua; era el fondo musical de su fantasía.

Se detuvo para mirar sobre Los Barrens aún imaginando los ojos de Beverly y el limpio olor de su pelo.

Desde allí, el Kenduskeag parecía sólo una serie de guiños entrevistos por el denso follaje. Algunos chicos decían que allí había mosquitos grandes como gorriones en esa época del año; otros hablaban de arenas movedizas a poca distancia del río. Ben no creía lo de los mosquitos, pero la idea de que hubiera ciénagas lo asustaba.

Hacia la izquierda divisó una nube de gaviotas que describía círculos en el aire y se lanzaba en picado. Sus gritos le llegaron apenas. Al otro lado estaban Los Altos de Derry y los techados de Old Cape, en su parte más próxima a Los Barrens. A la derecha de Old Cape, señalando al cielo como un dedo blanco y romo, estaba situada la torre depósito de Derry. Directamente debajo de Ben, una tubería de desagüe herrumbrado sobresalía de la tierra vertiendo aguas residuales colina abajo, en un pequeño arroyuelo centelleante que desaparecía entre los arbustos enredados.

La agradable fantasía de Ben se quebró súbitamente ante una idea horrible: ¿y si por esa tubería, en ese mismo instante, aparecía una mano de muerto? ¿Y si, cuando él se volviera para huir, viera un payaso allí mismo? Un payaso extraño, vestido con un traje abolsado con grandes pompones color naranja en lugar de botones. ¿Y si...?

Una mano cayó sobre su hombro. Ben gritó.

Hubo risas. Giró en redondo encogiéndose contra la barandilla blanca que dividía la acera protectora de Kansas Street de los salvajes Barrens (la barandilla crujió) y vio a Henry Bowers, Belch Huggins y Victor Criss.

--Hola, Tetas -dijo Henry.

--¿Qué quieres? -preguntó Ben, tratando de mostrarse valiente.

--Quiero atizarte -dijo Henry. Parecía dispuesto a ello y sus ojos negros echaban chispas-. Tengo que enseñarte algo, Tetas. No te molestará, porque a ti te encanta aprender cosas, ¿verdad?

Alargó la mano hacia Ben, que la esquivó.

--Sujetadlo.

Belch y Victor le inmovilizaron los brazos. Ben lanzó un chillido, cobarde, débil y conejuno, pero no podía evitarlo. "Por favor, Dios, que no me hagan llorar y que no me rompan el reloj", pensó Ben, desesperado. No sabía si llegarían a romperle el reloj o no, pero estaba seguro de que lo harían llorar, estaba seguro de que lloraría a mares antes de que acabaran con el.

--Chillas como un cerdo -dijo Victor, torciendo la muñeca de Ben-. ¿No chilla como un cerdo?

--Ya lo creo -rió Belch.

Ben intentó zafarse. Belch y Victor volvieron a inmovilizarlo.

Henry cogió la sudadera de Ben y tiró hacia arriba descubriendo el grotesco vientre que pendía sobre el cinturón.

--¡Menuda tripa! -exclamó, asqueado-. ¡Por Dios!
Victor y Belch rieron. Ben miró alrededor, desesperado, en busca de ayuda, pero no había nadie. Allá abajo, en Los Barrens, se oían los grillos y las gaviotas.
--¡Será mejor que me dejéis en paz! -advirtió. Todavía no balbuceaba, pero le faltaba poco-. ¡Os conviene!
--¿Ah, sí? -preguntó Henry, como francamente interesado-. ¿Y si no, Tetas? Qué, ¿eh?
Ben pensó en Broderick Crawford, el que hacía de Dan Matthews en Patrulla de caminos -ese tío era duro, ese tío no soportaba mierdas de nadie-. Y entonces rompió a llorar Dan Matthews hubiera azotado a esos tipos hasta hacerlos huir despavoridos. Lo habría hecho a golpes de barriga.
--Mirad al bebé -rió Victor.
Belch lo imitó. Henry sonrió, pero su cara aún tenía esa expresión grave y reflexiva, casi triste. Eso asustó a Ben. Era como si se preparara para algo más que una simple paliza.
Como para confirmar la idea, Henry metió la mano en sus vaqueros y sacó una navaja.
El terror de Ben hizo explosión. Había estado sacudiendo inútilmente el cuerpo hacia ambos lados, pero de pronto se lanzó hacia adelante. Por un instante estuvo a punto de liberarse: estaba sudando y las manos que le sujetaban los brazos no eran muy firmes. Belch logró retenerle la muñeca derecha, pero apenas. Victor lo perdió por completo. Otra sacudida...
Pero Henry se adelantó un paso y le dio un empujón. Ben cayó hacia atrás. La barandilla crujió y Ben sintió que cedía un poco bajo su peso. Belch y Victor volvieron a inmovilizarlo.
--Ahora sujetadlo -ordenó Henry-. ¿Entendido?
--Claro, Henry -dijo Belch, algo intranquilo-. No escapará. No te preocupes.
Henry se adelantó hasta que su estómago plano estuvo casi en contacto con la panza de Ben. Éste lo miraba fijamente, mientras las lágrimas escapaban de sus ojos dilatados. "¡Estoy atrapado! -gemía su mente. Trató de acallarla pero no pudo-. ¡Atrapado, atrapado, atrapado!"
Henry abrió la hoja que era larga, ancha y tenía su nombre grabado. La punta brillaba al sol de la tarde.
--Ahora voy a hacerte un examen -dijo Henry, con la misma voz reflexiva-. Vienen los exámenes, Tetas; vas a tener que prepararte.
Ben sollozó. El corazón le palpitaba locamente en el pecho. La nariz le chorreaba mocos que iban a acumularse en el labio superior. Sus libros prestados habían quedado esparcidos a sus pies. henry pisó Bravucón, le echó un vistazo y lo arrojó a la alcantarilla de una patada.
--Aquí viene la primera pregunta de tu examen, Tetas. Cuando alguien te diga "Déjame copiar" en los exámenes finales, ¿qué contestarás?
--¡Que sí! -exclamó Ben-. ¡Voy a contestar que sí! ¡Claro! ¡Copia todo lo que quieras!
La punta de la navaja se apretó contra su estómago. Estaba fría como una cubeta recién salida del congelador. Ben hundió la panza. Por un momento el mundo se puso gris. Henry movía la boca, pero Ben no llegaba a entender lo que

estaba diciendo. Era como un televisor con el sonido al mínimo. Y el mundo flotaba, flotaba...

"¡No vayas a desmayarte! -chilló su mente, presa del pánico-. ¡Si te desmayas es capaz de matarte!"

El mundo volvió a una especie de foco. Ben vio que tanto Belch como Victor habían dejado de reír. Parecían nerviosos, casi asustados. Eso tuvo el efecto de una bofetada reanimadora. Ben pensó: "Ahora, de pronto, no saben qué va a hacer Henry, de qué es capaz. Las cosas están tan mal como pensabas, tal vez peor. Tienes que usar la cabeza. Aunque nunca lo hayas hecho, aunque no vuelvas a hacerlo, ahora tienes que pensar. Porque en sus ojos se ve que los otros tienen motivos para sentirse nerviosos. En sus ojos se ve que está más loco que una cabra."

--Esa respuesta está mal, Tetas -dijo Henry-. Si alguien, cualquiera, te pide que lo dejes copiar, me importa una mierda que lo hagas. ¿Entendido?

--Sí -dijo Ben, con el estómago sacudido por los sollozos-. Sí, entiendo.

--Bien. Aún falta lo más difícil. ¿Estás preparado?

--Sí, creo que sí.

Un coche se acercó lentamente hacia ellos. Era un polvoriento Ford 1951, con una pareja de ancianos en el asiento delantero, como un par de maniquíes abandonados. Ben vio que el viejo giraba lentamente la cabeza hacia él. Henry se acercó más ocultando la navaja. Ben sintió que la punta se le hundía por encima del ombligo. Todavía estaba fría. Parecía imposible, pero así era.

--Si gritas -dijo Henry- tendrás que recoger tus tripas.

Estaban tan cerca que hubieran podido besarse. Ben sintió el olor dulzón de los chicles de fruta que comía Henry.

El coche continuó por Kansas Street, lento y sereno como si desfilara en un acontecimiento oficial.

--Bueno, Tetas, aquí va la segunda pregunta. Si yo te pido que me dejes copiar en los exámenes finales, ¿qué contestarás?

--Que sí, que sí.

Henry sonrió.

--Así me gusta. Eres inteligente, Tetas. Y aquí va la tercera pregunta. ¿Qué puedo hacer para que no lo olvides?

--No... no sé -susurró Ben.

Henry sonrió. Por un momento se le iluminó el rostro. Parecía casi hermoso.

--Ya sé -dijo, como si hubiera descubierto una gran verdad-. ¡Ya sé, Tetas! ¡Voy a grabarte mi nombre en esa barriga grande que tienes!

Victor y Belch volvieron a reír. Ben sintió una especie de loco alivio, pensando que todo era una broma, un susto que los tres le habían dado. Pero Henry Bowers no reía. Ben comprendió, de pronto, que Victor y Belch reían porque ellos también sentían alivio. Para ambos era obvio que Henry no podía hablar en serio. Pero así era.

La navaja se deslizó hacia arriba. En la piel pálida de Ben apareció una brillante línea roja.

--¡Eh! -gritó Victor. Fue un sonido sofocado, sorprendido.

--¡Sujetadlo! -rugió Henry-. ¡Sujetadlo, capullos!

Ya no quedaba nada reflexivo en la cara de Henry. En esos momentos era el rostro retorcido de un demonio.

--¡Por Dios, Henry, no irás a cortarlo de verdad! -aulló Belch y su voz sonó aguda, casi como la de una niña.

A partir de ese momento las cosas se precipitaron pero para Ben fueron muy lentas; todo ocurrió en una serie de instantáneas, como en los ensayos fotográficos de la revista Life. Su pánico había desaparecido. De pronto descubría algo dentro de él. Como el pánico no tenía ninguna utilidad, ese algo se lo comió por entero.

En la primera instantánea, Henry le había levantado la sudadera hasta las tetillas. Le brotaba sangre del corte vertical practicado por encima de su ombligo.

En la segunda, Henry bajaba otra vez la navaja operando a toda velocidad como un cirujano lunático bajo un bombardeo. Brotó más sangre. "Retroceder -pensó Ben fríamente, en tanto la sangre corría hacia abajo, acumulándose entre la cintura de sus vaqueros y su piel-. Tengo que retroceder. Sólo así podré escapar." Belch y Victor ya no lo sujetaban. A pesar de la orden de Henry, se habían apartado, horrorizados. Pero si echaba a correr, Bowers lo atraparía.

En la tercera, Henry unió los dos trazos verticales con una breve línea horizontal. Ben sintió que la sangre le corría hasta debajo de los calzoncillos, un caracol pegajoso se le deslizaba por el muslo izquierdo.

Henry se inclinó hacia atrás, arrugando el ceño, con la estudiada concentración del artista que pinta un paisaje. "Después de H viene E", se dijo Ben. Y fue eso lo que lo puso en movimiento. Se echó un poco hacia adelante y Henry volvió a empujarlo. Ben chocó contra la barandilla que separaba Kansas Street del terraplén hacia Los Barrens. Al hacerlo, levantó el pie derecho y lo plantó en el vientre de Henry. No era un acto de venganza. Ben sólo quería aumentar su impulso hacia atrás. Y entonces, al ver la expresión de sorpresa en la cara de Henry, se sintió colmado de una alegría salvaje tan intensa que, por una fracción de segundo, tuvo la sensación de que la cabeza le iba a estallar.

Entonces se oyó un chasquido en la barandilla. Ben vio que Victor y Belch sujetaban a Henry, antes de que cayera sentado en la alcantarilla, junto a los restos de Bravucón; un momento después, Ben caía hacia atrás, en el vacío. Cayó con un grito que era casi una carcajada.

Golpeó contra el terraplén con la espalda y las nalgas, justo por debajo de la tubería que había visto un rato antes. Fue una suerte haber caído más abajo. De lo contrario, bien podría haberse roto la columna. Se hundió en un espeso almohadón de hierbas y apenas sintió el impacto. Dando tumbos, acabó sentado y siguió deslizándose por la cuesta, hacia atrás, con la sudadera enredada alrededor del cuello; sus manos lanzaban zarpazos en busca de apoyo, pero no hacían sino arrancar manojos de pasto.

La cima del terraplén (parecía imposible haber estado, un momento atrás, de pie allí arriba) retrocedió con loca velocidad de dibujitos animados. Vio que Victor y Belch lo miraban, con caras de asombro. Tuvo tiempo de lamentarse por los libros de la biblioteca. Y entonces chocó violentamente contra algo y estuvo a punto de seccionarse la lengua con los dientes.

Era un árbol caído que le había frenado casi al precio de partirle la pierna izquierda. Ben trepó por el terraplén liberando su pierna con un gruñido. El árbol lo

había detenido a medio descenso. Más abajo, los matorrales eran densos. El agua que caía del desagüe le corría por las manos.
Oyó un chillido. Ben levantó la vista y vio que Henry Bowers saltaba con la navaja sujeta entre los dientes. Aterrizó sobre ambos pies con el cuerpo echado hacia atrás para no perder el equilibrio. Resbaló y echó a correr grotescamente por el terraplén.
--¡Gue goy a negar, Hehas! -chillaba, con el cuchillo en la boca.
Ben no necesitaba a un intérprete jurado para entender que Henry estaba diciendo, "Te voy a matar, Tetas".
--¡Gue goy a negar, hijo uta!
En ese momento Ben comprendió lo que debía hacer. Logró ponerse de pie antes de que Henry llegara, con la navaja ya en la mano, tendida como si fuera una bayoneta. Ben tenía conciencia periférica de que la pernera izquierda de sus vaqueros estaba hecha trizas, de que su pierna sangraba más que su vientre pero no estaba fracturada. Al menos eso cabía esperar.
Se agazapó ligeramente para conservar el equilibrio. En el instante en que Henry trataba de sujetarlo con una mano, mientras describía un arco con la navaja sostenida en la otra, Ben dio un paso al lado. Perdió el equilibrio, pero al caer estiró la maltratada pierna izquierda. Por un momento, Ben quedó boquiabierto sobreponiéndose a su terror con una mezcla de asombro y admiración: Henry Bowers parecía volar, exactamente como Supermán, por sobre el árbol caído que había detenido a Ben. Tenía los brazos estirados hacia adelante, tal como George Reeves en la televisión. Sólo que George Reeves siempre se comportaba como si volar fuera una cosa natural, tal como bañarse o almorzar en el porche trasero. Henry, en cambio, parecía como si le hubiesen metido un hierro candente en el culo. Abría y cerraba la boca.
Por fin se estrelló en la tierra. La navaja se le escapó de la mano. Rodó sobre un hombro, aterrizó de espaldas y resbaló espatarrado hacia los matorrales. Se oyó un chillido. Un golpe seco. Después, silencio.
Ben se sentó, aturdido, contemplando el sitio donde Henry acababa de desaparecer. De pronto, rocas y guijarros comenzaron a rebotar a su lado. Volvió a levantar la mirada. Victor y Belch estaban descendiendo el terraplén, con más cuidado que Henry y, por lo tanto, con más lentitud. Pero lo alcanzarían pronto, si no hacía algo.
Lanzó un gemido. ¿Jamás acabaría aquella locura?
Sin apartar la vista de ellos, pasó por sobre el árbol caído y bajó por el terraplén jadeando ásperamente. Sentía una punzada en el costado y la lengua le dolía endiabladamente. Las matas ya eran tan altas como él y le llenaba la nariz un hedor a vegetación podrida. Oyó ruido de agua por alguna parte, a poca distancia, borboteando sobre piedras y guijarros.
Sus pies resbalaron y volvió a caer, rodando, se golpeó el dorso de la mano contra una roca saliente, atravesó unos espinos que desgarraron su sudadera así como sus manos y mejillas.
Por fin, con una sacudida, quedó sentado, con los pies en el agua. Era un arroyuelo que discurría hacia una densa arboleda, a la derecha; aquello parecía tan oscuro como una cueva. Miró hacia la izquierda. Henry Bowers yacía de

espaldas en medio del agua. Sus ojos, entreabiertos, sólo mostraban la parte blanca. De una oreja le brotaba sangre que corría hacia Ben en hilos.
"¡Oh, Dios, lo he matado! ¡Oh, Dios, soy un asesino! ¡Oh, Dios mío!"
Olvidando que Belch y Victor venían tras él (o tal vez comprendiendo que perderían todo interés cuando vieran que su temerario líder había muerto), Ben chapoteó seis metros contracorriente hasta llegar a él. Henry tenía la camisa hecha jirones y le faltaba un zapato. Ben tenía una vaga noción de que también quedaba muy poco de sus propias ropas y de que su cuerpo era un gran sonajero de dolores. Lo peor era el tobillo izquierdo. Ya se había hinchado, contra la zapatilla empapada. Ben cojeaba tanto que ya no parecía caminar sino mecerse como un marinero en tierra después de una larga travesía.
Se inclinó sobre Henry Bowers. Los ojos de Henry se abrieron de pronto. Sujetó a Ben por la pantorrilla con una mano sanguinolenta. Su boca se movió y aunque sólo surgió de ella una serie de aspiraciones sibilantes, el chico llegó a comprender que decía: "Te voy a matar, gordo de mierda."
Henry estaba tratando de incorporarse usando la pierna de Ben como apoyo. Ben tiró frenéticamente hacia atrás y cayó sentado por tercera vez en los últimos cuatro minutos. Por añadidura, volvió a morderse la lengua. El agua salpicó en derredor. Por un instante, ante sus ojos reverberó un arco iris. A Ben, los arco iris le importaban un bledo. También le importaba un bledo hallar una marmita llena de monedas de oro. Se conformaba con su gorda y miserable vida.
Henry giró sobre sí. Trató de ponerse de pie. Volvió a caer. Logró incorporarse sobre manos y rodillas. Y por fin se levantó tambaleante. Clavó en Ben sus ojos negros. Su tupé estaba revuelto; parecía un maizal después de un fuerte viento.
De pronto, Ben se enfadó. Más que enfadarse, se sintió furioso. No había hecho nada, sólo caminar con los libros de la biblioteca bajo el brazo, imaginando inocentemente que besaba a Beverly Marsh, sin molestar a nadie. ¿Y de pronto todo aquello? Ropa hecha jirones. Tobillo izquierdo lesionado. Piernas llenas de cortes, la lengua mordida y el maldito monograma de Henry Bowers en el estómago. Pero fue el pensar en los libros de la biblioteca, de los que se le haría responsable, lo que le impulsó a arrojarse contra Henry Bowers. Los libros perdidos y una imagen de los ojos de la señora Starrett, cargados de reproche cuando él se lo explicara. Fuese cual fuere el motivo (los cortes, la torcedura, los libros, hasta las calificaciones que llevaba en el bolsillo trasero, a esa altura empapado, tal vez ilegible) bastó para que avanzara. Se inclinó hacia adelante, con un chapoteo de zapatillas en el agua y asestó a Henry una patada en los testículos.
Henry lanzó un alarido, que espantó a los pájaros de los árboles. Por un momento quedó despatarrado, aferrándose la entrepierna, con ojos fijos en Ben.
--Aggg... -gimió.
--Cierto -dijo Ben.
--Aggg...
--Cierto.
Henry se hundió lentamente de rodillas, no caía: se doblaba. Aún seguía mirando a Ben con sus ojos negros, incrédulos.
--Aggg...
--Muy cierto -aseguró Ben.

Henry cayó de costado, siempre aferrado a sus testículos, y comenzó a rodar lentamente de lado a lado.
--¡Aggg...! -gimió-. Mis pelotas. ¡Oh! Me has destrozado las pelotas. ¡Mierda! -Comenzaba a recobrar un poco las fuerzas y Ben retrocedió. Le asqueaba lo que había hecho, pero también le llenaba con una especie de justiciera fascinación-. ¡Oh...! Mierda, mis pelotas... ¡Ag, ag!
Ben podría haber permanecido allí, hasta que Henry se recobrara lo suficiente como para perseguirlo. Pero en ese instante un guijarro le golpeó por encima de la oreja derecha y le provocó un dolor tan intenso y penetrante que, mientras no sintió el calor de la sangre al brotar, creyó haber sido picado por una avispa.
Giró en redondo. Los otros dos venían corriendo por el medio del arroyuelo, hacia ellos. Cada uno llevaba un puñado de guijarros. Victor arrojó uno y Ben lo sintió silbar junto al oído. Agachó la cabeza y otro le golpeó en la rodilla derecha haciéndole chillar de dolor. Un tercero le rebotó en el pómulo derecho.
Buscó la orilla opuesta y la subió a toda velocidad aferrándose a raíces salientes y matorrales. Al llegar arriba (un último guijarro le azotó las nalgas al levantarse) echó un vistazo por encima del hombro.
Belch estaba arrodillado junto a Henry, mientras Victor, a dos metros de distancia, arrojaba guijarros. Se abrió paso entre los matorrales, tan altos como un hombre. Había visto lo suficiente. En realidad había visto demasiado. Lo peor era que Henry Bowers estaba levantándose. Como el Timex de Ben, Henry podía recibir una paliza sin dejar de funcionar. Ben se lanzó hacia los matorrales avanzando en una dirección que, con un poco de suerte, sería el oeste. Si podía cruzar hacia Old Cape, pediría diez centavos a alguien para tomar el autobús a su casa. En cuanto llegara, cerraría la puerta con llave y sepultaría esos harapos ensangrentados en la basura y esa pesadilla acabaría, por fin. Se imaginó sentado en su sillón de la sala, recién bañado, con su mullido albornoz, viendo los dibujos animados de Pato Daffy y bebiendo leche con sorbete. "Aférrate a ese pensamiento", se dijo, ceñudo, y continuó andando.
Los arbustos le saltaban a la cara; Ben los apartaba. Las espinas estiraban sus garras; él trataba de ignorarlas. Llegó a una zona donde el terreno, plano, era negro y lodoso. Sobre él se extendía un denso crecimiento de plantas parecidas al bambú; de la tierra se elevaba un olor fétido. Una idea ominosa (ciénagas) le cruzó, como una sombra, mientras miraba el brillo del agua estancada en el cañaveral. No quería adentrarse por allí. Aunque no fuera una ciénaga, el barro le chuparía las zapatillas. Giró hacia la derecha, corriendo a lo largo de los bambúes, hasta llegar a una parte donde había bosque de verdad.
Los árboles (abetos, en su mayoría) crecían por doquier, combatiendo entre sí por un poco de espacio y sol, pero había menos vegetación y Ben pudo avanzar más deprisa. Ya no estaba seguro de la dirección en que avanzaba, pero creía llevar cierta ventaja. Los Barrens estaban rodeados por la ciudad de Derry en tres lados; al cuarto lo limitaba la prolongación de la autopista, a medio terminar. Tarde o temprano llegaría a alguna parte.
El vientre le palpitaba dolorosamente. Se recogió los restos de la sudadera para echarle un vistazo. Al verlo hizo una mueca de repulsión. Su vientre parecía un grotesco adorno de árbol navideño, untado de sangre roja y manchado de verde

por la resbalada a lo largo del terraplén. Con sólo mirar aquello sentía ganas de vomitar el almuerzo.

Oyó un murmullo grave, algo más adelante; era una sola nota, sostenida, apenas al alcance de su oído. Cualquier adulto, decidido sólo a escapar de allí (los mosquitos acababan de encontrar a Ben y, aunque no tenían el tamaño de gorriones, eran bastante grandes) lo habría pasado por alto, quizá no habría llegado a percibirlo. Pero Ben era un niño y el miedo ya se le estaba pasando. Giró hacia la izquierda y se abrió paso por entre unos laureles bajos. Detrás de ellos, sobresaliendo de la tierra, se veía un cilindro de cemento de casi un metro de altura y un metro veinte de diámetro Lo coronaba una cubierta de hierro con las palabras. "Red de alcantarillados de Derry". El sonido, que a esa distancia era más un zumbido que un murmullo, provenía de su interior.

Ben acercó un ojo a uno de los orificios de ventilación, pero no vio nada. Se oía el zumbido y un correr de agua, allá abajo, pero nada más. Aspiró hondo y recibió una bocanada de acritud húmeda y nauseabunda. Retrocedió con una mueca. Era una cloaca, o tal vez una combinación de cloaca y túnel de drenaje, había muchos de ellos en Derry, tan temerosa de las inundaciones. No era gran cosa. Pero le había provocado un miedo extraño. En parte, por ver una obra humana en esa selva enmarañada, pero en parte, también, por la forma de aquel cilindro de cemento que sobresalía de la tierra. El año anterior, Ben había leído La máquina del tiempo, de H. G. Wells; primero, en la versión de historieta; después, el libro completo. Ese cilindro, con su cubierta de hierro, le hacía pensar en los pozos que llevaban al país de los desquiciados y horribles Morlocks.

Se alejó de allí tratando de hallar nuevamente el oeste. Llegó a un pequeño claro y giró hasta que su sombra cayó detrás de él. Entonces caminó en línea recta.

Cinco minutos más tarde oyó más ruidos de agua y voces. Voces de niños.

Se detuvo. Fue entonces cuando oyó chasquidos de ramas y otras voces a su espalda. Eran perfectamente reconocibles. Pertenecían a Victor, Belch y Henry Bowers.

Al parecer, la pesadilla aún no había terminado.

Ben buscó un sitio para esconderse.

10.

Salió de su escondrijo pasadas unas dos horas, sucio y desaliñado, pero algo descansado. Por increíble que resulte, se había quedado dormido. Al oír que aquellos tres iban tras él, Ben había estado cerca de petrificarse como un animal encandilado por los faros de un camión. Se le había ocurrido tenderse en el suelo, acurrucarse y dejar que le vapulearan a su antojo. Era una idea descabellada, pero también parecía, extrañamente, una buena idea.

En cambio, Ben comenzó a avanzar hacia el ruido del agua y de aquellos niños. Trató de captar lo que estaban diciendo, con tal de sacudirse aquella amedrentante parálisis. Hablaban de un proyecto. Hasta le pareció reconocer a una o dos de las voces. Se oyó un chapuzón, seguido por una carcajada. La risa

llenó a Ben con una especie de nostalgia estúpida, haciéndole cobrar conciencia de su peligrosa situación.

Si iban a atraparlo, no había por qué condenar a esos niños a una dosis de la misma medicina. Ben volvió a girar hacia la derecha. Como muchos gordos, era notablemente ligero de pies. Pasó tan cerca de los niños que vio sus sombras moverse entre él y el brillo del agua, pero ellos no lo vieron ni lo oyeron. Gradualmente, sus voces fueron quedando atrás.

Salió a un sendero estrecho, abierto en la tierra desnuda. Lo estudió por un momento, pero sacudió la cabeza. Lo cruzó y volvió a hundirse en la espesura. Ahora se movía con más lentitud apartando los matorrales en vez de cruzarlos raudamente. Aún avanzaba con un rumbo más o menos paralelo al arroyuelo donde había visto jugar a los niños. Aun a través de los árboles y las matas, se lo veía más ancho que el curso en que habían caído él y Henry.

Allí había otro cilindro de cemento, apenas visible entre unas enredaderas de frambuesa. Más allá, un terraplén descendía hacia el agua. Un olmo viejo, retorcido, se inclinaba sobre el agua; sus raíces, medio descubiertas por la erosión de la ribera, parecían un enredo de cabellos sucios.

Ben rogó que no hubiera bichos ni víboras allí abajo, pero estaba demasiado asustado y aturdido como para que le importara mucho. Se abrió paso entre las raíces y encontró, debajo de ellas, una pequeña cueva. Se recostó hacia atrás. Una raíz se le clavó como un dedo furioso. Ben cambió de posición y la raíz le prestó un cómodo apoyo.

Allí venían Henry, Belch y Victor. Él esperaba que se dejaran engañar y siguieran el sendero, pero no tuvo tanta suerte. Por un momento estuvieron muy cerca de él; casi podía tocarlos alargando la mano desde su escondite.

--Seguro que esos mocosos de allá atrás lo vieron -dijo Belch.

--Bueno, vamos a averiguar -dijo Henry. Volvieron sobre sus pasos y, momentos después, Ben lo oyó bramar-: ¿Qué coño estáis haciendo aquí?

Ben no oyó la respuesta. Los niños estaban demasiado lejos y el Kenduskeag resonaba demasiado. Pero le pareció que el chico estaba asustado.

Luego, Victor Criss aulló algo que Ben no comprendió.

--¡Qué, diquecito de mierda!

¿Diquecito? O tal vez Victor había dicho "¡Dije "chito", mierda!"

--¡Vamos a romperlo! -propuso Belch.

Hubo chillidos de protesta, seguidos por un grito de dolor. Alguien se echó a llorar. No habían podido atraparlo a él, pero allí tenían a otro grupo de niños pequeños con los que descargar su furia.

--Sí, rompámoslo dijo Henry.

Chapoteos. Chillidos. Sonoras carcajadas de Belch y Victor. Un grito furioso de uno de los niños.

--No fastidies, tartamudo imbécil -dijo Henry Bowers.

Se oyó un fuerte chasquido. El ruido del agua se hizo más fuerte y rugió por un instante, para retomar su plácido gorgoteo. De pronto, Ben comprendió. Diquecito, sí, eso había dicho Victor. Los niños (él había tenido la impresión de que había dos o tres) estaban construyendo un dique. Henry y sus amigos acababan de destrozarlo. Ben creyó adivinar quién era uno de los niños. El único "tartamudo

imbécil" del que tenía noticias era Bill Denbrough, que estaba en el otro quinto curso.

--¡No tenías por qué hacer eso! -protestó una voz débil y temerosa. Ben la reconoció también, aunque no pudo ponerle rostro de inmediato-. ¿Por qué lo habéis hecho?

--¡Porque sí, capullo! -bramó Henry. Se oyó un golpe sordo, seguido por un grito de dolor y sollozos.

--Cierra el pico -dijo Victor-. Deja de llorar, quejica, o te arranco las orejas.

El llanto se convirtió en una serie de sorbidas ahogadas.

--Nos vamos -dijo Henry-, pero antes quiero saber una cosa: ¿habéis visto a un chico gordo hace unos diez minutos? Gordo y lleno de sangre y cortes.

La respuesta fue demasiado breve para ser otra cosa que "no".

--¿Seguro? -insistió Belch-. Mejor que no mientas.

--Est-t-toy s-s-seguro -replicó Bill Denbrough.

--Vamos -dijo Henry-. Probablemente volvió por allí.

--Adiós, capullos -se despidió Victor Criss.

Más chapoteos. La voz de Belch volvió a oírse, pero más lejos. Ben no pudo distinguir las palabras. A menos distancia, el llanto se reanudó. El otro niño murmuraba consuelos. Ben decidió que eran sólo dos: Bill el Tartaja y el llorón.

Se quedó donde estaba, medio sentado medio tendido, oyendo a los dos niños junto al río y los ruidos que hacían Henry y sus secuaces al alejarse por Los Barrens. El sol le lanzaba reflejos a los ojos y destellaba en las raíces enredadas que lo rodeaban. Allí todo estaba sucio, pero era cómodo y seguro... El ruido del agua era tranquilizador. Hasta el llanto de aquel niño lo serenaba. Sus dolores se habían reducido a una leve palpitación; el ruido de los gamberros se perdió por completo. Esperaría hasta asegurarse de que no volvían y después echaría a correr.

Ben oyó el latido de la maquinaria de drenaje que provenía de la tierra: una vibración grave, pareja, que surgía del suelo hacia la raíz donde estaba apoyado y de ahí a su espalda. Volvió a pensar en los Morlocks, en sus carnes desnudas. Imaginó que su olor sería tan húmedo y putrefacto como el que brotaba de los orificios de ventilación. Pensó en los pozos, tan hundidos en la tierra; pozos con escalerillas herrumbradas a los costados. Dormitó y en algún momento, sus pensamientos se convirtieron en un sueño.

11.

Pero no soñó con Morlocks, sino con lo que le había ocurrido en enero, aquello que no se había atrevido a contar a su madre.

Fue en el primer día de clase tras las vacaciones de Navidad. La señora Douglas había pedido un voluntario para que se quedara a ayudarla con el recuento de libros devueltos antes de las vacaciones. Ben levantó la mano.

--Gracias, Ben -dijo la señora Douglas, premiándolo con una sonrisa fulgurante.

--Lameculos -comentó Henry Bowers por lo bajo.

Era un día de esos que, en el invierno de Maine, suelen ser los mejores y también los peores: sin nubes, luminosos hasta hacer lagrimear, pero tan fríos que

intimidan. Para empeorar la baja temperatura, soplaba un fuerte viento que daba al frío un filo cortante.

Ben contaba los libros y dictaba las cifras que la señora Douglas anotaba sin molestarse en verificar, notó él, con orgullo; después, ambos los llevaron abajo, al depósito, por pasillos donde los radiadores resonaban. Al principio, la escuela había estado llena de ruidos: puertas de armarios metálicos que se cerraban con violencia, el clac-ti-clac de una máquina de escribir, en la oficina; el canto algo desafinado del orfeón, en el piso alto; el nervioso tud-tud-tud de las pelotas de baloncesto en el gimnasio y el roce de las zapatillas cuando los jugadores corrían.

Poco a poco, esos ruidos fueron cesando; por fin, cuando los libros estuvieron guardados, sólo quedó el sonido de los radiadores, el leve suish-suish de la escoba del señor Fazlo, que barría el vestíbulo con serrín, y el ulular del viento, allá fuera.

Ben miró por el único ventanuco del depósito y vio que estaba oscureciendo rápidamente. Eran las cuatro de la tarde y el crepúsculo estaba a un paso. Membranas de nieve seca volaban y se arremolinaban entre los columpios soldados al suelo por la congelación. Jackson Street estaba desierta. Miró por un momento más, esperando que algún coche pasara por la esquina de Jackson y Witcham, pero no fue así. Era como si todos los habitantes de Derry, salvo él y la señora Douglas, estuvieran muertos o hubieran huido.

Miró a la mujer y notó, con un dejo de miedo, que ella sentía casi exactamente lo mismo. Se le veía en los ojos que estaba pensativa, distante; no parecían los ojos de una maestra cuarentona, sino los de una criatura. Tenía las manos cruzadas debajo del busto, como si rezara.

"Tengo miedo -pensó Ben-, y ella también lo tiene. Pero ¿de qué?"

No lo sabía. Entonces ella lo miró, soltando una risa breve, casi azorada.

--Te he entretenido demasiado -dijo-. Lo siento, Ben.

--No importa. -Él se miró los zapatos. La quería un poco, no con el cariño incondicional que había prodigado a la señorita Thibodeau, su maestra de primer curso, pero la quería, sí.

--Si tuviera coche te llevaría hasta tu casa... Mi marido pasará a recogerme a eso de las cinco y cuarto. Si quieres esperar, podríamos...

--No, gracias -respondió Ben-. Tengo que llegar a casa antes.

Eso no era del todo verdad, pero sentía una extraña aversión ante la idea de conocer al marido de la señora Douglas.

--Quizá tu madre pueda...

--Ella tampoco tiene coche -aclaró Ben. . Pero no hay problema. Mi casa dista sólo a quince manzanas.

--Quince manzanas no es mucho con buen tiempo, pero con este frío se te harán muy largas. Si aprieta el viento te refugiarás en alguna parte, ¿oyes, Ben?

--Claro. Iré al mercado de Costello y me quedaré junto a la estufa o algo así. Al señor Gedreau no le molesta. Además, llevo pantalones para nieve y la bufanda nueva que me regalaron en Navidad.

La señora Douglas pareció tranquilizarse un poco... pero volvió a mirar la ventana.

--Es que parece hacer tanto frío -dijo-. Todo parece tan... tan adverso...

Ben no conocía esa palabra, pero comprendió lo que ella quería decir: ha pasado algo. ¿Qué?

De pronto comprendió que la había visto como a cualquier persona y no simplemente como a su maestra. Eso era lo que había ocurrido. De pronto le había visto la cara de un modo completamente distinto y por eso se convertía en una cara nueva: la cara de un poeta cansado. La imaginó volviendo a casa con su marido, sentada en el coche junto a él, con las manos cruzadas, mientras la calefacción siseaba y el hombre le hablaba de su trabajo. La imaginó preparando la cena para ambos. Un pensamiento raro le cruzó por la mente; a los labios le subió una pregunta de las que hacen para entablar conversación: "¿Tiene hijos, señora Douglas?"

--En esta época del año suelo pensar que, en realidad, los humanos no estamos hechos para vivir tan al norte del ecuador -comentó ella-. Al menos en estas latitudes. -Luego sonrió y parte de aquella cualidad extraña desapareció de su cara, o tal vez de los ojos de Ben. Al menos en parte, pudo verla como siempre.

"Pero jamás volverás a verla así, no del todo", pensó, horrorizado-. Me siento vieja hasta la primavera y luego vuelvo a sentirme joven. Así me pasa todos los años. ¿Estás segura de que no tendrás problemas, Ben?

--Descuide.

--Eres un buen chico, Ben.

Él volvió a clavar la vista en sus zapatos, ruborizado, de satisfacción.

En el pasillo, el señor Fazlo dijo, sin apartar los ojos del serrín:

--Cuidado con los congelamientos, chico.

--No se preocupe.

Llegó a su taquilla, la abrió y sacó sus pantalones para nieve. Le había contrariado la insistencia de su madre en que volviera a ponérselos ese invierno, en los días muy fríos, porque le parecían cosa de niños pequeños, pero esa tarde se alegró de contar con ellos. Caminó lentamente hacia la puerta, cerrando la cremallera de su anorak, ajustando los cordones de su capucha, poniéndose los mitones. Se detuvo en el primer peldaño de la escalinata, cubierta de nieve, para escuchar, por un momento, el chasquido de la puerta al cerrarse con llave a su espalda.

La escuela de Derry cavilaba tristemente bajo la piel amoratada del cielo. El viento soplaba sin pausa. En el mástil, los ganchos de la cuerda repiqueteaban un ritmo solitario contra el poste. El viento entumeció las mejillas de Ben.

"Cuidado con los congelamientos, chico."

Se apresuró a envolverse en la bufanda hasta quedar convertido en una pequeña y regordeta caricatura de Red Ryder. El cielo oscurecido tenía una belleza fantástica, pero Ben no se detuvo a admirarlo; hacía demasiado frío. Se puso en marcha.

Al principio, mientras el viento estuvo a su espalda, no hubo demasiado problema; por el contrario, hasta parecía ayudarlo a avanzar. Sin embargo, en Canal Street tuvo que girar a la derecha, casi contra el viento que ahora parecía contenerlo, como si tuviera algo contra él. La bufanda lo protegía, pero no lo suficiente. Le palpitaban los ojos y la humedad de su nariz se congeló, convirtiéndose en estalactita. Las piernas se le estaban entumeciendo. Varias

voces tuvo que esconder las manos enguantadas bajo las axilas para calentarlas. El viento daba alaridos casi humanos.

Ben se sentía a un tiempo asustado y regocijado. Asustado, porque comprendía algunos relatos que había leído, como "Encender fuego", de Jack London, en los que la gente moría congelada de verdad. En una noche como ésa, con quince grados bajo cero, sería más que posible morir congelado.

En cuanto al regocijo, era difícil de explicar. Se trataba de una sensación solitaria, algo melancólica. Estaba fuera; pasaba en alas del viento, sin que la gente protegida tras sus ventanas iluminadas lo viera. Los otros estaban dentro, dentro de la luz y el calor. No sabían que él había pasado. Sólo él lo sabía. Era un secreto.

El aire en movimiento escocía como si estuviera lleno de agujas, pero era fresco y limpio. De la nariz le salía vapor blanco.

Y al llegar el ocaso, con el resto del día convertido en una fría raya amarillonaranja en el oeste, las primeras estrellas como crueles esquirlas de diamante en el cielo, Ben llegó al canal. Ya estaba apenas a tres manzanas de su casa, ansioso por sentir el calor en la cara y las piernas.

Aun así, se detuvo.

El canal estaba congelado en su zanja de cemento como un helado río de leche, con la superficie abultada, resquebrajada, nubosa. Aunque inmóvil, se lo veía completamente vivo bajo esa áspera luz puritana; poseía una belleza propia, única y difícil.

Ben giró en dirección contraria: hacia el sudoeste. Hacia Los Barrens. Cuando miró en esa dirección, el viento quedó otra vez a su espalda haciéndole flamear los pantalones de nieve. El canal corría en línea recta, entre sus paredes de cemento, quizá por unos ochocientos metros; después, el cemento desaparecía y el río se despatarraba en Los Barrens, que en esa temporada eran un esquelético mundo de malezas heladas y salientes ramas desnudas.

Allí abajo, en el hielo, había una silueta de pie.

Ben la miró. "Puede haber un hombre allí abajo, pero ¿es posible que esté vestido con lo que le veo? Es imposible", pensó.

La figura vestía un traje de payaso, blanco plateado, que se sacudía contra él en ese viento polar. Calzaba enormes zapatos naranja, haciendo juego con los pompones que adornaban en hilera la pechera de su traje. Con una mano sujetaba un manojo de cordeles que se elevaba hasta un colorido manojo de globos. Cuando Ben observó que los globos flotaban hacia él, sintió que la irrealidad se abatía sobre él con más potencia. Cerró los ojos, se los frotó, volvió a abrirlos. Los globos todavía parecían flotar hacia él.

Oyó la voz del señor Fazlo en su cabeza. "Cuidado con los congelamientos, chico."

Tenía que ser una alucinación o un espejismo provocado por algún curioso efecto del clima. Podía haber un hombre allí abajo, en el hielo; hasta era teóricamente posible, quizá, que vistiera un traje de payaso. Pero los globos no podían flotar hacia Ben, contra el viento. Sin embargo, eso parecía.

--¡Ben! -llamó el payaso desde el hielo. Ben pensó que la voz estaba sólo en su mente, aunque parecía oírla con los oídos-. ¿Quieres un globo, Ben?

Había algo tan maligno en esa voz, que Ben sintió deseos de echar a correr. Pero sus pies parecían tan soldados a la acera como los columpios del patio escolar al suelo.

--¡Flotan, Ben! ¡Todos flotan! ¡Toma uno y verás!

El payaso comenzó a caminar por el hielo hacia el puente del canal, donde estaba el chico. Ben lo vio acercarse sin moverse; lo observaba como el pájaro observa a la serpiente que se acerca. Los globos deberían haber reventado en ese frío tan intenso, pero no era así; flotaban por delante del payaso, cuando deberían haber estado tras de él, tratando de escapar hacia Los Barrens... de donde, según afirmaba una parte de la mente de Ben, había salido ese ser en un principio.

Entonces Ben notó algo más.

Aunque los últimos rayos del día arrojaban un fulgor rosado sobre el hielo del canal, el payaso no hacía sombra alguna. Ninguna en absoluto.

-Te gustará estar aquí, Ben -dijo el payaso. Ya estaba tan cerca que Ben oía el club-club de sus curiosos zapatos sobre el hielo-. Te va a gustar, te lo prometo; a todos los niños les gusta, porque es como la Isla del Placer en Pinocho y la Tierra de Nunca Jamás en Peter Pan. ¡No están obligados a crecer, y eso es lo que todos quieren! ¡Anda, ven! Ven a ver, toma un globo, alimenta a los elefantes, sube a la Vuelta al Mundo. ¡Oh, te gustará, Ben, y cómo flotarás...!

Y Ben, a pesar de su miedo, sintió que una parte de él quería un globo. ¿Quién tenía un globo capaz de flotar contra el viento? ¿Quién había oído hablar de semejante cosa? Sí... quería un globo y quería ver la cara del payaso que estaba inclinada contra el viento, como para protegerse de aquellas ráfagas gélidas.

¿Qué habría sucedido si, en ese momento, no hubiera sonado el silbato de las cinco en el ayuntamiento de Derry? Ben nunca lo supo. Tampoco quería saberlo. Lo importante fue que sonó como un picahielo que perforara el intenso frío invernal. El payaso levantó los ojos, como sobresaltado y Ben le vio la cara.

"¡La Momia! ¡Oh, Dios mío, es la Momia!", fue su primer pensamiento, acompañado por un horror vertiginoso que lo obligó a aferrarse a la barandilla del puente. No podía haber sido la momia, claro que no. Había momias egipcias a montones y él lo sabía, pero su primera impresión había sido la de ver allí la Momia, ese monstruo polvoriento representado por Boris Karloff en aquella vieja película que él había visto en la televisión, el mes anterior.

No, no era esa momia, no podía ser, los monstruos del cine no existían, todo el mundo lo sabía, hasta los pequeñajos. Pero...

No era maquillaje lo que el payaso lucía. Tampoco estaba envuelto en un montón de vendas. Eran vendas, sí, casi todas alrededor del cuello y las muñecas, agitadas hacia atrás por el viento, pero Ben le veía la cara con claridad. Tenía arrugas profundas; su piel era un mapa de pergamino que trazaba arrugas, mejillas desgarradas, carne árida. La piel de la frente estaba partida, pero sin sangre. Labios muertos sonreían desde unas fauces en que los dientes se inclinaban como lápidas. Sus encías estaban agujereadas y negras. Ben no le vio los ojos, pero algo centelleaba muy atrás, en los fosos de carbón de aquellas cuencas, algo así como las frías gemas en los ojos de los escarabajos egipcios. Y aunque el viento venía de atrás, creyó oler a canela y especias, a mortajas

podridas tratadas con drogas extrañas, a arena, a sangre tan vieja que se había secado en escamas y granos de herrumbre...

--Todos flotamos aquí abajo -graznó el payasomomia.

Y Ben notó, con renovado horror, que de algún modo había llegado al puente. En esos momentos estaba justo debajo de él estirando una mano seca y torcida de la que colgaban como estandartes las tiras de piel, una mano en que el hueso se veía al trasluz, como marfil amarillo.

Un dedo, casi sin carne, acarició la punta de su bota. Entonces se quebró la parálisis de Ben. Siguió cruzando el puente a grandes saltos, con el silbato de las cinco aún chillándole en los oídos: sólo cesó cuando llegó a la otra orilla. Tenía que ser un espejismo. El payaso no podía haber avanzado tanto durante los diez o quince segundos que duraba el toque de silbato.

Pero su miedo no era un espejismo y tampoco las lágrimas calientes que le brotaban de los ojos, para congelarse unos segundos después. Corrió, haciendo resonar la acera con las.botas y oyó que, tras él, la momia vestida de payaso trepaba desde el canal rechinando sus antiguas uñas de piedra contra el hierro, con los viejos tendones chirriando como bisagras secas. Oyó el árido silbido de su aliento que entraba y salía por fosas nasales tan resecas como los túneles bajo la gran pirámide. Olió su sudario de especias arenosas y supo que, en un momento, sus manos, tan descarnadas como las construcciones geométricas que él hacía con su Mecano, descenderían sobre sus hombros. Él giraría la cabeza y sus ojos se clavarían en la cara arrugada, sonriente. Esas negras cuencas oculares estarían allí, con sus honduras profundas, relumbrantes, y la boca desdentada bostezaría y él tendría su globo. Oh, sí, todos los globos que deseara.

Pero cuando llegó a la esquina de su calle, sollozando y sin aliento, con el corazón martilleando un ritmo loco en sus oídos, cuando al fin miró por encima de su hombro, la calle estaba desierta. El puente arqueado, con sus flancos de cemento y su anticuado pavimento de adoquines también estaba desierto. Desde allí no podía ver el canal en sí, pero Ben sintió que, en todo caso, tampoco habría visto nada. No: si la momia no había sido una alucinación ni un espejismo, si había sido real, estaría esperando debajo del puente... como el duende en el cuento de los tres cabritos.

Debajo. Escondido debajo.

Ben caminó apresuradamente hasta su casa, volviendo la mirada cada pocos pasos hasta que la puerta quedó bien cerrada con llave a su espalda. Explicó a su madre (tan cansada por el trabajo pesado en la empaquetadora que, en verdad, no había notado mucho su ausencia) que se había quedado para ayudar a la señora Douglas con el recuento de los libros. Luego se sentó ante una cena de fideos y pavo sobrante del domingo. Devoró tres porciones y con cada una la momia se hizo más distante, más quimérica. No era real; esas cosas nunca eran reales: sólo cobraban vida entre los anuncios de las películas que daban por la tele en la noche o durante las sesiones de los sábados, donde con un poco de suerte, uno conseguía dos monstruos por veinticinco centavos y, si tenía otros veinticinco, todas las palomitas de maíz que pudiera tragar.

No, no eran reales. Los monstruos de la tele, los monstruos del cine, los monstruos de las historietas sólo eran reales cuando uno se iba a la cama y no podía dormir, cuando los últimos cuatro caramelos guardados bajo la almohada

como protección contra los peligros de la noche ya habían sido masticados, sólo cuando la cama se convertía en un lago de sueños rancios, cuando el viento aullaba afuera, cuando uno tenía miedo de mirar la ventana porque allí podía haber una cara, una cara vieja, sonriente, que en vez de pudrirse se había secado como una hoja vieja, los ojos hundidos en las cuencas negras, sólo cuando uno veía una mano desgarrada sosteniendo un manojo de globos: "Ven a ver, toma un globo, alimenta a los elefantes, monta la Vuelta al Mundo. Ben, oh, Ben, cómo vas a flotar..."

12.

Ben despertó con una exclamación ahogada, aún reviviendo aquel sueño de la momia, lleno de pánico por la oscuridad próxima y vibrante que lo rodeaba. Dio un respingo; la raíz dejó de sostenerlo y se le hundió otra vez en la espalda, como exasperada.

Vio luz y trepó hacia allí. Salió a rastras al sol de la tarde y al parloteo del arroyo y todo volvió a su lugar. Era verano, no invierno. La momia no lo había llevado a su cripta desierta. Ben se había escondido, simplemente, para escapar de los gamberros, en un agujero arenoso, bajo un árbol medio desarraigado. Estaba en Los Barrens. Henry y sus amigos se desquitaron con un par de chicos que jugaban en el arroyo, porque no habían podido desquitarse del todo con Ben.

Ben contempló ceñudo su ropa destrozada. Su madre iba a servirle dieciséis sabores diferentes de paliza.

Había dormido el tiempo suficiente como para entumecerse. Se deslizó por el terraplén y comenzó a caminar a lo largo del arroyuelo haciendo una mueca de dolor a cada paso. Era un revoltijo de dolores sordos y agudos; se habría dicho que Spike Jones estaba tocando un ritmo rápido sobre trozos de vidrio dentro de sus músculos. Al parecer, había sangre seca o casi en cada centímetro de su piel a la vista. Los constructores de diques se habrían ido. No sabía por cuánto tiempo había dormido, pero aunque sólo hubiera sido media hora, el encuentro con Henry y sus amigos habría convencido a Denbrough y a su amigo de que, en bien de su salud, les convenía cualquier otro lugar; Tombuctú, por ejemplo.

Ben marchaba ceñudo, sabiendo que, si los gamberros volvían, no tendría posibilidad de huir. Poco le importaba.

Al doblar un recodo del arroyo, quedó inmóvil por un segundo, mirando. Los constructores de diques ano estaban allí. Uno de ellos era Bill el Tartaja Denbrough, sí. Estaba arrodillado junto al otro niño, que se había sentado contra la barranquilla con la cabeza tan hacia atrás que la nuez de Adán sobresalía como una cuña. Tenía sangre seca alrededor de la nariz, en el mentón y a lo largo del cuello. En una mano sostenía algo.

Bill el Tartaja giró bruscamente y vio a Ben. Ben vio entonces, horrorizado, que al otro niño le pasaba algo. Denbrough estaba muerto de miedo. "Cuándo terminará este día", pensó, angustiado.

--¿P-p-p-podrías ay-y-yud-d-darme? -dijo Bill Denbrough-. T-t-tiene el inhal-lad-dor v-v-vacío. Q-quizá se está...

Su cara se petrificó. Excavó en derredor de la palabra, tartamudeando como una ametralladora. Volaba la saliva de sus labios y pasaron casi treinta segundos de "mu-mu-mu-mu" antes de que Ben comprendiera lo que Denbrough trataba de decir: que el otro chico podía estar muriéndose.

V. Bill Denbrough sale pitando (I)

1.

Bill Denbrough piensa: "Estoy muy cerca del viaje espacial; sería lo mismo si estuviera dentro de una bala disparada por una pistola.

Esta idea, aunque acertada, no le resulta especialmente consoladora. En realidad, durante la primera hora después del despegue del Concorde (tal vez fuera mejor hablar de disparo), ha estado lidiando con una leve claustrofobia. El avión es estrecho... de una estrechez perturbadora. Aunque la comida es exquisita, las azafatas que la sirven deben retorcerse, doblarse y agacharse para cumplir con el trabajo; parecen una troupe de gimnastas. Ese dificultoso servicio priva a Bill de una parte del placer que podría darle la comida. Su compañero de asiento, en cambio, no parece muy molesto.

El compañero de asiento representa otra desventaja. Es gordo y no muy pulcro. Aunque sobre la piel use colonia fina, por debajo de ella Bill detecta el olor inconfundible del polvo y el sudor. Tampoco es muy detallista con su codo izquierdo, que de vez en cuando golpea a Bill con un sonido suave.

Una y otra vez, sus ojos van al indicador digital que hay en el frente de la cabina. Muestra la velocidad de esa bala británica. En ese momento, con el Concorde ya a velocidad de crucero, llega al punto máximo, algo más de dos mach Bill saca un bolígrafo de la camisa y usa la punta para operar los botones del reloj computadora que le regaló Audra por Navidad. Si el machiómetro funciona bien (y Bill no tiene motivos para pensar que no), están volando a razón de veintisiete kilómetros por minuto. No está seguro de que le aproveche el dato.

Más allá de la ventanilla, pequeña y gruesa como las de las viejas cápsulas espaciales Mercurio, se ve un cielo que no es azul sino purpúreo crepuscular, aunque es mediodía. Allí donde se encuentran el mar y el cielo, el horizonte tiene una ligera curva. "Aquí estoy -piensa Bill-, con un cóctel en la mano y el codo de un gordo clavado en mi bíceps, contemplando la curvatura de la Tierra."

Sonríe un poco, pensando que, si un hombre puede soportar algo así, no debería temer a nada. Pero tiene miedo y no sólo de volar a veintisiete kilómetros por minuto en esa cabina estrecha y frágil. Casi puede sentir que Derry se precipita hacia él. Y ésa es la expresión correcta, exactamente. A pesar de los veintisiete kilómetros por minuto, la sensación es de estar completamente inmóvil mientras Derry se precipita hacia él, como un gran carnívoro que ha permanecido a la espera por mucho tiempo y acaba de abandonar su escondrijo. ¡Derry, ah,

Derry! ¿Y si escribimos una oda a derry? ¿Al hedor de sus moliendas y sus ríos? ¿Al digno silencio de sus calles arboladas? ¿A la biblioteca, la torre depósito, el parque Bassey, la escuela primaria?
¿A Los Barrens?
Se están encendiendo luces en su cabeza: grandes luces intermitentes. Es como si hubiera pasado veintisiete años sentado en un teatro a oscuras, esperando que pasara algo y ahora ha comenzado, por fin. Sin embargo, el escenario revelado, foco tras foco, no es el de una inocua comedia como Arsénico y encaje antiguo; en opinión de Bill Denbrough se parece más a El gabinete del doctor Caligari.
"Todos esos relatos que escribí -piensa, con una diversión estúpida-, todas esas novelas vinieron de Derry; Derry era la fuente. Vinieron de lo que ocurrió aquel verano y de lo que ocurrió a george, el otoño anterior. Tantos periodistas me hicieron "Esa pregunta..." Siempre les di una respuesta equivocada."
El codo del gordo vuelve a clavarse en él. El hombre derrama parte de su bebida. Bill está a punto de decirle algo, pero se arrepiente.

"Esa pregunta", por supuesto, era: "¿De dónde saca sus ideas?" Probablemente, todos los escritores de ficción tenían que responder a ella (o al menos, fingir que respondían) dos veces por semana, pero un tipo como él, que se ganaba la vida escribiendo sobre cosas que nunca existieron y jamás existirían, debía responder (o fingir que respondía) con mayor frecuencia.
"Todos los escritores tienen un pasadizo que baja al subconsciente -decía, sin mencionar que, a cada año incluso la existencia de ese subconsciente le parecía dudosa-. Pero el que escribe relatos de terror tiene un pasadizo que baja aún más, tal vez... Tal vez hasta el sub-subconsciente, por decirlo así."
Respuesta elegante, pero que nunca lo había convencido. ¿Subconsciente? Bueno, allá abajo había algo, sí; pero, en su opinión, la gente daba demasiada importancia a una función que, probablemente, era el equivalente mental del lagrimeo cuando entraba polvo a los ojos o de los flatos una hora después de una comida abundante. La segunda comparación era, quizá, la mejor, pero no era fácil decir a los periodistas que, para uno, cosas como los sueños, las ansias vagas y las sensaciones de algo ya visto se reducían a un montón de pedos mentales. Ellos parecían necesitar algo, todos esos periodistas con sus libretas y sus casetes japoneses, y Bill quería ayudarlos en lo posible. Sabía que escribir era trabajo duro, endemoniadamente duro. No había por qué dificultarles aún más las cosas.
Ahora piensa: "Siempre has sabido que la pregunta es errónea, aun antes de la llamada de Mike. La pregunta correcta es de dónde sacas las ideas, no por qué sacas ideas de alguna parte. Había un pasadizo, sí, pero no era la versión freudiana ni jungiana del subconsciente lo que salía por allí; no había tal red de alcantarillados de la mente ni cavernas subterráneas llenas de Morlocks. En el otro extremo del pasadizo no había nada, salvo Derry. Sólo Derry. Y..."
... ¿y quién camina, trip-trap, por mi puente?
De pronto se incorpora y esta vez es su codo el que se desmanda: se hunde profundamente, por un instante, en el costado de su gordo compañero de asiento.
--Cuidado, amigo -dice el gordo-. No hay espacio, ¿entiende?

--Usted deje de clavarme el suyo y yo d-d-dejaré de c-c-clavarle el mío.

El gordo le echa una mirada agria, incrédula, de qué diablos me está hablando. Bill se limita a mirarlo hasta que el otro aparta los ojos, murmurando.

¿Quién está allí?

¿Quién camina, trip-trap, sobre mi puente?

Mira otra vez por la ventanilla y piensa. "Hemos salido pitando."

Le arden los brazos y la nuca. Acaba con el resto de su cóctel de un solo trago. Otra de esas grandes luces acaba de encenderse.

Silver, su bicicleta. Así la había llamado, como el caballo del Llanero Solitario. Una Schwinn grande, de sesenta centímetros de altura. "Te vas a matar con eso, Billy", le había dicho el padre, pero sin mucha convicción. Desde la muerte de George se preocupaba muy poco por las cosas. Antes había sido duro. Justo pero duro. Desde entonces uno podía salirse con la suya. Hacía cosas de padre, decía cosas de padre, pero allí quedaba todo. Era como si estuviera siempre alerta, por si George volvía a casa.

Bill la había visto en la vidriera de Byle and Cycle de la Main Street, cavilosamente inclinada en su soporte, la más grande de todas las exhibidas. Era opaca donde las otras brillaban, recta donde las otras tenían curvas, curva en donde las otras eran rectas. Contra la rueda delantera había un cartel: "Segunda mano. Haga su oferta."

Lo que ocurrió fue que Bill entró y el propietario hizo su propia oferta, que Bill aceptó (no habría sabido regatear con él aunque su vida hubiera dependido de ello). El precio, veinticuatro dólares, le pareció muy justo, hasta generoso. Pagó por Silver con el dinero que había ahorrado en los últimos siete u ocho meses: dinero recibido por su cumpleaños, por Navidad y por cortar el césped. Veía esa bicicleta en la vidriera desde el día de Acción de Gracias. La pagó y la llevó a casa, caminando, en cuanto la nieve comenzó a fundirse. Era curioso, porque hasta el año anterior nunca había pensado mucho en bicicletas. La idea pareció surgirle de buenas a primeras, tal vez uno de esos días interminables tras la muerte de George. Tras el asesinato de George.

En un principio, Bill estuvo a punto de matarse, sí. El primer paseo en bicicleta terminó con un tumbo deliberado para no estrellarse contra la empalizada que cerraba Kossuth Lane (no era tanto estrellarse contra la empalizada lo que temía, como atravesarla y caer a Los Barrens desde dieciocho o veinte metros de altura). Salió de ésa con un corte de doce centímetros entre la muñeca y el codo del brazo izquierdo. Antes de transcurrida una semana, no pudo frenar a tiempo y pasó como un rayo por la intersección de Witcham y Jackson a más de cincuenta kilómetros por hora. Era un chiquillo montado en un mastodonte de color gris polvoriento (Silver sólo era de plata gracias a su imaginación voluntariosa), con naipes ametrallando los rayos de ambas ruedas en un rugido incesante. Si hubiera aparecido un automóvil, habría quedado hecho picadillo. Como Georgie.

Poco a poco, al avanzar la primavera, fue dominando a Silver. Ni su padre ni su madre notaron, en ese período, que el chico estaba cortejando a la muerte en bicicleta. A él le parecía que, después de los primeros días, ellos ni siquiera reparaban en la presencia de la bicicleta; para ellos era sólo una antigualla, apoyada contra la pared del garaje en días de lluvia.

Pero Silver era mucho más que una antigualla polvorienta. No parecía gran cosa, pero volaba como el viento. El amigo de Bill, su único amigo de verdad, era un chico llamado Eddie Kastpbrak y que era bueno para la mecánica. Él había enseñado a Bill cómo mantener a Silver en forma: qué tuercas ajustar y verificar regularmente, dónde aceitar los engranajes, cómo tensar la cadena, cómo emparchar el neumático cuando se pinchaba.

"Tendrías que pintarla", había dicho Eddie.

Pero Bill no quería pintar a Silver. Por motivos que ni siquiera podía explicarse a sí mismo, quería a la Schwinn tal como era. Parecía un trasto de esos que los chicos descuidados dejan siempre en el jardín, bajo la lluvia, una de esas bicicletas que son puro chirrido, sacudidas y lenta fricción. Parecía un trasto, pero volaba como el viento. Era capaz de...

--Era capaz de salir pitando -dice en voz alta, y ríe-, como si la llevara el diablo.

Su gordo compañero de asiento le echa una mirada áspera; su risa tiene esa cualidad hueca, aullante, que había asustado a Audra poco antes.

Sí, parecía una ruina con su pintura vieja y aquel castillo anticuado, montado sobre la rueda trasera, con la antigua bocina de bulbo negro; esa bocina estaba soldada al manubrio por un tornillo herrumbrado del tamaño de un puño de bebé. Una ruina,

Pero ¡cómo iba Silver! ¡Santo cielo!

Y era una suerte que fuera así, porque Silver salvó la vida a Bill Denbrough en la última semana de junio de 1958, una semana después de que conociera a Ben Hanscom, una semana después de que él, Ben y Eddie construyeran el dique; la misma semana en que Ben, Richie Bocazas Tozier y Beverly Marsh aparecieron en Los Barrens, después de la sesión de cine del sábado. Richie iba tras él, en el cestillo de Silver, el día en que Silver le salvó la vida. Por lo tanto, era de suponer que Silver había salvado también la de Richie. Y entonces recordó la casa de la que huían, sí Lo recordó muy bien. Esa maldita casa de Neibolt Street.

Ese día había salido pitando para huir del diablo. Huía de un demonio de ojos brillantes. Un demonio viejo, peludo, con la boca llena de dientes ensangrentados. Pero todo eso fue después. Si Silver había salvado la vida de Richie y la suya, ese día, quizá había salvado también la de Eddie Kaspbrak el día en que Bill y Eddie conocieron a Ben, junto a los restos de su dique, en Los Barrens. Henry Bowers, que parecía haber pasado por una picadora, había aplastado la nariz a Eddie, con lo cual el chico se atacó de asma y entonces resultó que su aspirador estaba vacío. Y ese día había sido Silver también, Silver al rescate.

Bill Denbrough, que no tenía bicicleta desde hace casi diecisiete años, mira por la ventanilla de un avión que en 1958 sólo habría imaginado en las revistas de ciencia ficción, "¡Hai-oh, Silver, Arreee!", piensa. Y tiene que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

¿Qué fue de Silver? No logra recordarlo. Esa parte de la escena todavía está a oscuras; ese foco aún no se ha encendido. Tal vez sea mejor así. Tal vez sea más misericordioso.

Hai-oh.

Hai-oh, Silver.

Hai-oh, Silver.

2.

--¡Arreee! -gritó.

El viento le arrancó las palabras para llevárselas por sobre el hombro, como un estandarte arrebatado. Surgieron grandes y fuertes en un rugido triunfal. Eran las únicas palabras que siempre surgían.

Pedaleó por Kansas Street hacia el centro, cobrando velocidad poco a poco. Silver volaba una vez cobraba impulso, pero dárselo costaba bastante. Ver la bicicleta gris tomar velocidad era como observar un avión rodar por la pista. Al principio, uno no podía creer que semejante artefacto pudiera separarse de la tierra. La idea resultaba absurda. Pero después, antes de que uno se preguntara si sería un espejismo, el avión estaba en el aire, esbelto y gracioso como un sueño.

Así era Silver.

Bill inició un pequeño tramo colina abajo y comenzó a pedalear más deprisa, sus piernas bombeando arriba y abajo mientras se sostenía erguido sobre el cuadro de la bicicleta. Había aprendido muy pronto, tras haberse golpeado un par de veces con ese cuadro en el peor sitio en que un chico puede golpearse, a tirarse de los calzoncillos antes de subir a Silver. Más avanzado el verano, al contemplar ese procedimiento, Richie diría: "Bill hace eso porque piensa que, algún día, puede querer hijos. A mí me parece una mala idea, pero, bueno, a lo mejor salen a la mujer."

Él y Eddie habían bajado el asiento todo lo posible y ahora le raspaba la parte baja de la espalda mientras pedaleaba. Una mujer que desbrozaba su jardín se hizo visera con la mano para verlo pasar sonriendo. Aquel muchacho de la bicicleta enorme le hacía pensar en un mono que había visto en el circo Bailey montado en un monociclo. "Pero en cualquier momento se va a matar -pensó, volviendo a su jardín-. Esa bicicleta es demasiado grande para él." Pero no era cosa suya, claro.

3.

Bill había tenido el sentido común de no discutir con los gamberros cuando salieron de los matorrales, como cazadores tras el rastro de una bestia que ya hubiera atacado a uno de ellos. Eddie, sin embargo, no había contenido su lengua, por lo que Henry Bowers se desquitó con él.

Bill sabía muy bien quiénes eran; Henry, Belch y Victor eran los peores elementos de la escuela. Habían atizado un par de veces a Richie Tozier, con quien Bill solía charlar. A su modo de ver, había sido, en parte, culpa del propio Richie. No por nada lo llamaban Bocazas.

Un día de abril, cuando los tres pasaban por el patio del colegio, Richie dijo algo sobre sus cuellos subidos, como los usaba Vic Morrow en Combate. Bill, que estaba sentado contra el edificio jugando distraídamente con unas canicas, no había llegado a captarlo todo. Tampoco Henry y sus amigos... pero ellos habían

oído lo suficiente para volverse hacia Richie. Era de suponer que el chico había querido hablar en voz baja. El problema era que Richie no tenía nada parecido a la voz baja.

--¿Qué has dicho, cabrón cuatro ojos? -inquirió Victor Criss.

--Nada -respondió Richie.

Esa negativa (junto con su cara, que parecía horrorizada y llena de miedo) podría haber acabado la cosa. Sólo que la boca de Richie era como un caballo inclinado a desbocarse sin motivo. Y esa boca agregó, súbitamente:

--Deberíais excavaros la cera de los oídos, chicos. ¿Queréis un poco de dinamita?

Lo miraron por un instante, incrédulos, y se lanzaron tras él. Bill el Tartaja ya había presenciado la desigual carrera desde su principio hasta su anunciada conclusión, desde su sitio, contra el muro del edificio. No tenía sentido inmiscuirse; aquellos tres grandullones se sentirían muy felices si podían atizar a dos chicos por el precio de uno.

Richie corrió en diagonal, cruzando el patio de los pequeños y se metió entre los columpios; sólo comprendió que era un callejón sin salida cuando chocó contra la cerca instalada entre el patio y el parque con que lindaban los terrenos de la escuela. Trató de subir por la cerca, todo dedos aferrantes y zapatillas en punta. Le faltaba una tercera parte para llegar arriba cuando Henry y Victor Criss lo bajaron a tirones: Henry, por la espalda de la chaqueta; Victor, por el fondillo de los vaqueros. Richie cayó de espaldas en el asfalto. Sus gafas volaron. Alargó la mano para cogerlas pero Belch Huggins las apartó de un puntapié. Por eso, ese verano, una de las patillas estaba remendada con cinta adhesiva.

Bill hizo una mueca dolorida y caminó hasta el frente del edificio. Había observado que la señora Moran, una de las maestras de cuarto grado, ya corría a separarlos, pero sabía que ellos darían su merecido a Richie antes de que ella llegara. Gallina, gallina, mirad al bebé llorón.

Bill sólo había tenido pequeños problemas con ellos. Se burlaban de su tartamudeo, por supuesto. De vez en cuando, con las pullas venía alguna crueldad. Un día de lluvia, cuando iban a almorzar en el gimnasio, Belch Huggins le había quitado la bolsa del almuerzo para aplastarla en el suelo con su bota, triturando el contenido.

--¡Oh, ca-ca-caramba! -se burló Belch, fingiendo horror-. ¡D-d-disculpa lo de tu alm-m-muerzo, c-c-carac-c-culo!

Y se fue tranquilamente por el pasillo, hacia Victor Criss, que estaba apoyado contra la fuente de agua, ante el lavabo de los chicos, riendo a mandíbula batiente. Pero eso no había sido tan grave. Bill consiguió que Eddie Kaspbrak le diera medio bocadillo de mermelada y mantequilla y Richie se declaró muy feliz de darle su huevo picante, la madre se lo ponía en la bolsa día por medio y, según decía Richie, le daba ganas de vomitar.

Pero había que mantenerse lejos de ellos, y si eso era imposible, había que tratar de volverse invisible.

Eddie se había olvidado de las reglas y lo habían hecho papilla.

No se sintió tan mal hasta que los gamberros se fueron arroyo abajo y cruzaron a la otra orilla, aunque ,la nariz le sangraba como una fuente. Cuando su pañuelo quedó completamente empapado, Bill le dio el suyo y le hizo poner una mano en

la parte posterior del cuello, con la cabeza echada hacia atrás. Recordaba que su madre se lo indicaba a Georgie, que a veces había tenido hemorragias nasales.
Oh, pero pensar en George dolía.
Sólo cuando los pasos de búfalo de los gamberros se perdieron completamente por Los Barrens y cuando la hemorragia nasal cesó, fue que le atacó el asma. Eddie comenzó a jadear para aspirar el aire, abriendo y cerrando las manos; su respiración sonaba como un silbido de flauta.
--¡Mierda! -jadeó-. ¡Asma! ¡Cuernos!
Rebuscó a tientas su inhalador y por fin lo sacó del bolsillo. Parecía un bote de limpiacristales. Se lo puso en la boca y apretó el gatillo.
--¿Mejor? -preguntó Bill.
--No. Está vacío. -Los ojos de Eddie estaban llenos de pánico.
El inhalador vacío cayó de su mano. El arroyo seguía riendo entre dientes, como si no le importara que Eddie Kaspbrak apenas pudiera respirar. Bill pensó, caprichosamente, que los gamberros habían acertado en una cosa: aquello había sido un diquecito de mierda. De pronto sintió una furia sorda.
--T-t-tómatelo con c-c-calma, EEddie -dijo.
Durante los cuarenta minutos siguientes, Bill permaneció sentado junto a su amigo, con la esperanza de que el ataque de asma cesara, desvaneciéndose gradualmente. Cuando apareció Ben Hanscom, su inquietud se había convertido en auténtico miedo. El ataque, en vez de pasar, estaba empeorando. Y la farmacia de Center Street, estaba casi a cinco kilómetros. ¿Y si él iba a buscar el medicamento y al volver encontraba a Eddie inconsciente? Inconsciente o (no, mierda, por favor no pienses eso) o muerto, insistió su mente, implacable. "Como Georgie, muerto como Georgie." "¡No seas gilipollas! ¡No se va a morir!"
No, probablemente no. Pero ¿y si al volver encontraba a Eddie en coma? Bill sabía mucho de comas; hasta había deducido que se llamaban así por las comas de los dictados. Después de todo, ¿qué era una coma sino una pausa que detenía el cerebro? En los seriales de doctores, como Ben Casey, la gente siempre estaba cayendo en coma y a veces se quedaban así, a pesar de todos los esfuerzos de Ben Casey.
Por eso se quedó allí, sabiendo que debía irse, que no le hacía ningún bien a Eddie quedándose allí, pero no quería dejarlo solo. Una parte de él, irracional y supersticiosa, estaba segura de que Eddie caería en coma en cuanto él le volviera la espalda. Entonces miró corriente arriba y vio a Ben Hanscom. Conocía a Ben, por supuesto; el chico más gordo de una escuela siempre goza de una desdichada notoriedad. Ben estaba en el otro quinto curso. Bill solía verlo en el recreo, siempre solo, habitualmente en un rincón, leyendo un libro o comiendo el almuerzo que llevaba en una bolsa que parecía un saco de lavandería.
En ese momento, al mirarlo, Bill lo encontró aún peor que a Henry Bowers. Aunque costara creerlo, era cierto. Bill no sabía qué batalla habían librado esos dos. Ben tenía el pelo levantado en picos absurdos, apelmazados por la mugre. Su jersey o sudadera (nadie habría podido decir qué había sido al comenzar el día, y ya no importaba) era un harapo sucio, manchado con una asquerosa mezcla de sangre y pasto. Sus pantalones habían desaparecido a la altura de las rodillas.
Ben vio que Bill lo miraba y retrocedió con ojos cautos.

--¡N-n-no te v-v-vayas! -gritó Bill. Levantó las manos con las palmas hacia fuera, para mostrar que era inofensivo-. Nec-c-cesitamos ay-y-yuda.

Ben se acercó un poco más, todavía cauteloso. Caminaba como si las piernas lo estuvieran matando.

--¿Se han marchado? ¿Bowers y esos tipos?

--S-sí -dijo Bill-. Escucha, ¿ppuedes qu-quedarte c-c-c-con mi am-amigo mientras v-v-voy a bubuscarle el mediccam-mento? T-tiene a-a-a...

--¿Asma?

Bill asintió con la cabeza.

Ben se acercó y se dejó caer penosamente sobre una rodilla junto a Eddie, que permanecía recostado, con los ojos casi cerrados y el pecho jadeante.

--¿Quién le atizó? -preguntó Ben. Cuando levantó la mirada, Bill le vio la misma furia frustrada que él sentía-. ¿Fue Henry Bowers?

Bill volvió a asentir.

--Me lo imaginaba. Bien, ve. Yo me quedo con él.

--Gra-gra-gracias.

--No me lo agradezcas -dijo Ben-. Fue culpa mía que cayeran sobre vosotros. Ve, date prisa. Tengo que llegar a casa antes de cenar.

Bill se fue sin decir nada más. Le habría gustado decir a Ben que no se lo tomara muy a pecho; lo que había pasado no era culpa suya, así como tampoco era culpa de Eddie haber abierto la boca tan estúpidamente. Los tíos como Henry y sus compinches eran accidente que a cualquiera le tocaban, la versión infantil de los tornados, las inundaciones o el granizo. Le habría gustado decir eso, pero estaba tan nervioso que le habría llevado veinte minutos, y para ese entonces Eddie podría haber entrado en coma (ésa era otra cosa que Bill había aprendido de los doctores Casey y Kildare: uno nunca se pone en coma, entra en ella).

Trotó corriente abajo, volviéndose una sola vez para mirar atrás. Vio a Ben Hanscom recogiendo guijarros a orillas del agua. Por un momento no se le ocurrió para qué hacía eso, pero enseguida lo comprendió: era una reserva de municiones. Por si ellos volvían.

4.

Los Barrens no tenían misterios para Bill. Esa primavera había jugado mucho allí, con Richie, con Eddie, y a veces solo. No había explorado toda la zona, ciertamente, pero sabía cómo volver a Kansas Street desde el Kenduskeag sin dificultad, y así lo hizo aquella tarde. Salió ante un puente de madera donde Kansas Street cruzaba uno de los arroyuelos innominados que brotaban del sistema de drenaje hacia el Kenduskeag. Bajo ese puente estaba atada Silver, con su manubrio sujeto a uno de los soportes del puente mediante un trozo de cuerda.

Bill desató la cuerda, se la guardó en la camisa y sacó a Silver a la acera a viva fuerza, jadeando y sudando; un par de veces perdió el equilibrio y cayó sentado.

Pero al fin llegó arriba.

Y, como siempre, en cuanto estuvo montado en Silver se convirtió en otra persona.

5.

--¡Hai-oh, Silver! ¡Arreee!

Las palabras sonaron más graves que de costumbre -era casi la voz del hombre en que se convertiría-. Silver fue cobrando velocidad lentamente; el acelerado clicti-clac de los naipes prendidos con pinzas a los rayos iban marcando el aumento. Bill, de pie sobre los pedales, aferraba el manubrio con las muñecas hacia arriba. Parecía un hombre que tratara de levantar una pesa. En el cuello le sobresalían los tendones. Las venas le palpitaban en las sienes. Su boca se estiraba en una temblorosa mueca de esfuerzo, mientras libraba la familiar batalla contra el peso y la inercia, exprimiéndose para poner a Silver en movimiento.

Como siempre, el esfuerzo valió la pena.

Silver empezó a rodar con más velocidad. Las casas pasaban deslizándose en vez de asomarse a los tumbos. A la izquierda, donde Kansas se cruzaba con Jackson, el Kenduskeag se convirtió en el canal. Más allá de la intersección, Kansas se encaminaba velozmente colina abajo, hacia Center y Main, el distrito comercial de Derry.

Allí las calles se cruzaban con frecuencia, pero todas tenían stop a favor de Bill y la posibilidad de que algún conductor las pasara por alto y lo convirtiera en una mancha sanguinolenta contra el pavimento nunca le había pasado por la cabeza. De cualquier modo, no es probable que hubiese cambiado sus hábitos. Podía haberlo hecho, tal vez, antes o después en su vida; pero esa primavera y comienzo de verano habían sido un tiempo extrañamente tormentoso para él. Ben habría quedado atónito si alguien le hubiera sugerido que se sentía solo; Bill habría quedado igualmente atónito si alguien le hubiera sugerido que estaba cortejando a la muerte "¡P-p-p-por sup-p-puesto que n-no!", habría contestado indignado. Pero eso no cambiaba el hecho de que sus paseos en bicicleta por Kansas Street hacia el centro se habían hecho habituales al entibiarse el clima.

Ese sector de Kansas recibía el nombre de Up-Mile Mill. Bill lo enfiló a toda velocidad, inclinado sobre el manillar de Silver para reducir la resistencia del viento, con una mano puesta sobre el pomo resquebrajado de la bocina para advertir a los desprevenidos, el pelo pelirrojo ondeando hacia atrás. El repiqueteo de los naipes era un rugido constante. La mueca de esfuerzo se convirtió en una gran sonrisa. A la derecha, las casas de familia dieron paso a los locales de negocios (casi todos depósitos y envasadores de carne), que pasaban, borrosos, en un zumbido aterrador pero satisfactorio. A su izquierda discernía el canal.

-¡Hai-oh Silver, Arreee! -vociferó triunfante.

Silver voló por sobre el primer bordillo y sus pies perdieron contacto con los pedales. Iba a rueda libre, ya completamente en manos del dios designado para proteger a los niños, quienquiera que fuese. Giró hacia la calle superando la máxima indicada de cuarenta.

Ya todo había quedado atrás: el tartamudeo; los ojos vacuos y doloridos de su padre cuando trajinaba en su taller; el terrible polvo acumulado sobre el piano sin usar, porque su madre no había vuelto a tocar -la última vez había sido en el funeral de George, tres himnos metodistas- George, saliendo a la lluvia con su

impermeable amarillo y el barquito de papel parafinado; el señor Gardener subiendo la calle veinte minutos después con su cadáver envuelto en un edredón ensangrentado; el alarido agónico de su madre. Todo quedaba atrás. Él era el Llanero Solitario, John Wayne, Bo Diddley, era cualquiera que deseara ser, nadie que llorara, se asustara y quisiera ir con su m-m-mamá.

Silver volaba y Bill el Tartaja volaba con ella. La sombra de ambos, con forma de caballete, volaba tras ellos. Bajaron juntos por Up-Mile Mill, entre el bramar de los naipes. Los pies de Bill empezaron a pedalerar buscando más velocidad aún, buscando llegar a una velocidad hipotética, no la del sonido sino la de la memoria, y cruzar la barrera del dolor.

Volaba, inclinado sobre el manillar, volaba como si lo llevara el diablo.

La triple intersección de Kansas, Center y Main se aproximaba vertiginosamente. Era un espanto de tránsito en un solo sentido, señales contradictorias y semáforos que debían estar sincronizados pero no lo estaban. Como proclamara un editorial del Derry News, el resultado era un flujo de tráfico concebido en el infierno.

Como siempre, Bill echó rápidos vistazos a derecha e izquierda, calculando el tráfico y buscando huecos. Si fallaba en sus cálculos -si tartamudeaba, podría decirse-, le esperaba la muerte o heridas graves.

Salió como una flecha hacia el tránsito lento que atascaba la intersección, pasó un semáforo en rojo y se desvió a la derecha para esquivar un viejo Buick. Lanzó una mirada por encima del hombro para asegurarse de que el carril de en medio estaba desierto. Volvió la vista hacia adelante y vio que, en cinco segundos, iba a estrellarse contra la trasera de una camioneta detenida en medio de la intersección, mientras el gordo rubicundo que la conducía estiraba el cuello para leer todas las señales y asegurarse de que, por algún viraje equivocado, no había terminado en las playas de Miami.

A la derecha de Bill, el carril estaba colmado con un autobús que cubría el trayecto entre Derry y Bangor. Se deslizó en esa dirección, disparado entre la camioneta y el autobús, siempre a cincuenta kilómetros por hora. En el último momento inclinó la cabeza a un lado, para evitar que el espejo lateral de la camioneta le reorganizase los dientes. El humo caliente del escape del autobús le dio un latigazo en la garganta como un trago de licor fuerte. Oyó un chirrido cuando la punta de su manillar rozó el aluminio de la carrocería. Vio por un instante la cara del conductor, blanca como un papel bajo la gorra. Esgrimía el puño y gritaba algo. Seguramente no era para desearle feliz cumpleaños.

Tres ancianas iban cruzando Main, desde el Banco de Nueva Inglaterra hacia el Shre-Boat. Al oír el rugir de los naipes, las tres levantaron la mirada y quedaron boquiabiertas: un niño, subido en una bicicleta enorme, pasó a quince centímetros de ellas como un espejismo.

Lo peor -y lo mejor- del viaje había quedado atrás. Una vez más, había experimentado la posibilidad muy real de su propia muerte; una vez más, se había encontrado capaz de afrontarla. El autobús no lo había arrollado; sanos y salvos estaban él y las tres ancianas con sus bolsas de compras y sus cheques de la jubilación; tampoco se había estampado contra la trasera de la camioneta. Ahora iba otra vez colina arriba, perdiendo velocidad. Algo se perdía con ella -oh, bien podía llamarlo deseo, ¿no? Todos los recuerdos y los pensamientos estaban

alcanzándolo-. Hola, Bill, vaya, te perdimos de vista por un rato, pero aquí estamos; reuniéndose con él, trepándole por la camisa para saltarle al oído, precipitándose al interior de su cerebro como chiquillos por un tobogán. Sintió que se acomodaban en sus sitios habituales, empujándose mutuamente con sus cuerpos febriles. ¡Vaya! ¡Qué bien! ¡Ya estamos otra vez en la cabeza de Bill! ¡Pensemos en George! Bueno, ¿quién empieza?

"Piensas demasiado, Bill."

No, ése no era el problema. El problema era que imaginaba demasiado.

Giró hacia un callejón y salió, pocos segundos después, en Center Street, pedaleando lentamente, sintiendo el sudor que le corría por la espalda. Desmontó de Silver frente a la farmacia Center y entró.

6.

Antes de la muerte de George, Bill le habría planteado los puntos principales del asunto a Mr. Keene, hablando con él. Aunque el farmacéutico no era exactamente amable (al menos eso pensaba Bill), tenía paciencia y no se burlaba. Pero en esa época la tartamudez de Bill estaba mucho peor y él temía que, si no se daba prisa, le pasara algo a Eddie.

--Hola, Billy Denbrough, ¿en qué puedo servirte? -dijo el señor Keene.

Bill tomó un folleto de vitaminas y escribió en el dorso: "Eddie Kaspbrak y yo estábamos jugando en Los Barrens. Tiene un grave ataque de asma, casi no puede respirar. ¿No puede darme un recambio para su inhalador?"

El señor Keene leyó la nota, echó un vistazo a los afligidos ojos azules de Billy dijo:

-Por supuesto. Espérame aquí y no toques lo que no debas.

Bill cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, impaciente, mientras el señor Keene buscaba en el mostrador trasero. Aunque no tardó más de cinco minutos, el chico tuvo la sensación de que había tardado un siglo en volver con uno de los botes de plástico flexible que usaba Eddie. Se lo entregó a Bill, diciendo:

--Esto debería solucionar el problema.

--G-g-gracias -dijo Bill-. No tttengo d-d-d...

--No importa, hijo. La señora Kaspbrak tiene cuenta. Se lo anotaré. Ella te estará agradecida por lo que has hecho.

Bill, aliviado, dio las gracias al señor Keene y se marchó a toda prisa. El farmacéutico abandonó el mostrador para observarlo. Vio que Bill arrojaba el inhalador en el cestillo y subía a la bicicleta. "¿Es posible que domine semejante bicicleta? -se preguntó-. Lo dudo." Pero el chico Denbrough se las compuso para alejarse pedaleando lentamente. La bicicleta, que a los ojos del señor Keene era un mal chiste, se balanceaba descabelladamente mientras el inhalador rodaba en el cestillo.

El señor Keene sonrió. Si Bill hubiera visto esa sonrisa, habría confirmado su opinión de que el señor Keene no era, exactamente, el campeón de la simpatía. Era una sonrisa agria, la del hombre que ha encontrado mucho que cuestionar pero poco que enaltecer en el género humano. Sí, agregaría la medicación para el asma a la cuenta de Sonia Kaspbrak y ella, como siempre, se sorprendería (con

más suspicacia que gratitud) de su bajo precio. La señora Kaspbrak, según el señor Keene, era de las que no confían en las cosas baratas para curarse. Él habría podido esquilmarla en cada compra de Hydrox para su hijo y a veces sentía la tentación de hacerlo, pero ¿a qué participar en la estupidez de esa mujer? Después de todo, él no pasaba hambre.

¿Barato? Claro que sí. Hydrox Vaporizador era maravillosamente barato, pero hasta la señora Kaspbrak admitía que mitigaba bastante bien las crisis de asma de su hijo, a pesar de eso. Era barato porque no era mas que una combinación de hidrógeno y oxígeno, con un toque de alcanfor para dar al rocío un leve gusto a medicina.

En otras palabras, el medicamento para el asma que usaba Eddie era agua de grifo.

7.

Bill tardó más en el trayecto de regreso porque iba cuesta arriba. En varios puntos tuvo que desmontar y llevar a Silver a pulso. No tenía la fuerza necesaria para mantener la bicicleta en movimiento sobre las cuestas pronunciadas.

Para cuando hubo atado su bicicleta bajo el puente y regresado al arroyo, eran ya las cuatro y diez. Le cruzaban por la mente todo tipo de suposiciones sombrías. El chico Hanscom había desertado dejando morir a Eddie. Los gamberros habían vuelto para rematarlos. O... peor aún... el hombre que se ocupaba de matar a los chicos podía haberse apoderado de ellos. Tal como había cogido a George.

Sabía que eso había provocado muchos rumores y especulaciones. Bill tartamudeaba, pero no era sordo (aunque la gente parecía creer que sí, porque él hablaba sólo cuando era imprescindible). Algunos pensaban que el asesinato de su hermano no tenía ninguna relación con los de Betty Ripsom, Cheryl Lamonica, Matthew Clements y Veronica Grogan. Otros aseguraban que George, Ripsom y lamonica habían muerto a manos de un hombre, mientras que los otros dos casos eran obra de un imitador. Una tercera teoría sostenía que los varones habían sido asesinados por un hombre; las chicas, por otro.

Bill creía que todos eran obra de la misma persona... si era una persona. A veces lo dudaba. A veces se extrañaba de lo que sentía con respecto a Derry ese verano. ¿Sería consecuencia de la muerte de George, del hecho de que sus padres lo ignoraran, tan sumidos en el dolor por el hijo menor que no se daban cuenta de que el mayor seguía con vida y estaba sufriendo? ¿Por todas esas cosas combinadas con los otros asesinatos? ¿Por las voces que a veces parecían hablarle en la cabeza, susurrándole (y, ciertamente, no eran variaciones de su propia voz porque ésas no tartamudeaban), aconsejándole que hiciera ciertas cosas y otras no? ¿Eran esas cosas las que le hacían ver a Derry de un modo diferente? ¿Verla a veces amenazadora, con calles inexploradas que, en vez de acoger, parecían bostezar en una especie de silencio ominoso? ¿Era eso lo que hacía que algunas caras pareciesen enigmáticas y asustadas?

No lo sabía, pero estaba convencido -así como de que todas las muertes eran obra de la misma mano- de que Derry había cambiado, y de que la muerte de su hermano había señalado el principio de ese cambio. Las negras suposiciones que

surgían en su cabeza provenían de la idea inquietante de que en Derry en esa temporada, podía ocurrir cualquier cosa. Cualquier cosa.

Pero cuando tomó la última curva todo estaba estupendamente. Ben Hanscom seguía allí, sentado junto a Eddie. Eddie se había incorporado, las manos en el regazo, la cabeza inclinada, el pecho aún zumbándole. El sol, ya bajo, proyectaba largas sombras verdes a través del arroyo.

--Sí que has ido rápido -dijo Ben levantándose-. No te esperaba hasta dentro de media hora.

--Tengo una bicicleta muy rá-rápida -dijo Bill con cierto orgullo.

Por un momento los dos se miraron con cautela. Luego Ben sonrió, como tanteando, y Bill le devolvió la sonrisa. El chico era gordo pero parecía un tío legal. Y había aguantado. Para eso hacían falta agallas, porque Henry y sus malditos amigos aún podían andar por ahí.

Bill guiñó el ojo a Eddie, que lo miraba con muda gratitud.

--T-t-toma, E-e-e-eddie.

Le lanzó el inhalador. Eddie se lo llevó a la boca, apretó el gatillo y aspiró convulsivamente. Luego se reclinó hacia atrás, con los ojos cerrados. Ben lo observaba con preocupación.

--¡Vaya! Sí que le ha dado fuerte, ¿no?

Bill asintió.

--Por un rato tuve miedo -dijo Ben, en voz baja-. No sabía qué hacer si le daban convulsiones o algo así. Traté de recordar lo que nos enseñaron en la Cruz Roja, en abril. Pero sólo recordé lo de meterle un palo entre los dientes para que no se mordiera la lengua.

--Creo que eso es para los e-epepilépticos.

--Puede que tengas razón.

--Pero n-no l-le va a p-p-pasar nada -aclaró Bill-. Ese cc-hisme lo cura. M-mira.

La dificultosa respiración de Eddie se había normalizado. Abrió los ojos y los miró.

--Gracias, Bill -dijo-. Ésta sí fue fuerte.

--Creo que empezó cuando te aplastaron la nariz, ¿no? - preguntó Ben.

Eddie sonrió y se levantó, guardando el inhalador en el bolsillo trasero.

--Ni siquiera estaba pensando en mi nariz. Pensaba en mi madre.

--¿De veras?

Ben parecía sorprendido, pero su mano cogió los jirones de su sudadera, nervioso.

--En cuanto vea la sangre que tengo en la camisa me llevará a las urgencias del hospital.

--¿Por qué? -inquirió Ben-. Si ya pasó. ¡Jo!, me acuerdo de un chico que iba conmigo en el parvulario, Scooter Morgan. Empezó a sangrarle la nariz cuando se cayó del columpio. A él sí lo llevaron a las urgencias, pero porque seguía sangrando.

--¿Sí? -preguntó Bill-. ¿Y m-mmurió?

--No, pero faltó a la escuela una semana.

--No importa qué haya pasado -comentó Eddie, sombrío-. Ella me llevará igual. Dirá que tengo trozos de hueso en el cerebro o algo por el estilo.

--P-p-pero los huesos ¿t-t-te pueden llegar al cecerebro? -se extrañó Bill.

Aquello estaba convirtiéndose en la conversación más interesante de las últimas semanas.

--No sé. Si le crees a mi madre, puede pasarte cualquier cosa. -Eddie se volvió hacia Ben-. Me lleva a las urgencias una o dos veces por mes. Detesto ese lugar. Una vez, un enfermero le dijo que tendrían que cobrarle alquiler. Ella se enfadó.

--Vaya -dijo Ben-. ¿Y por qué no le dices que no? Algo como "¡Pero, mamá, si estoy bien! Quiero quedarme a ver Caza submarina". Algo así.

--Ohhh -murmuró Eddie, incómodo.

--Tú te llamas Ben Ha-Ha-Hanscom, ¿no? -preguntó Bill.

--D-disculpa.

--Sí. Y tú Bill Denbrough.

--S-Sí. Y él es e-e-e-e...

--Eddie Kaspbrak -se presentó Eddie-. Detesto que tartamudees mi nombre, Bill. Pareces Elmer Fudd.

--Bueno, encantado de conoceros -saludó Ben.

Sonó afeminado y algo tímido. Entre los tres se hizo el silencio. Pero no era un silencio incómodo. En él se hicieron amigos.

--¿Por qué te perseguían esos tipos? -preguntó Eddie, al fin.

--S-siempre están pe-persiguiendo a alg-g-guien -observó Bill-. Odio a esos follamadres.

Ben guardó silencio por un instante, sobre todo por admiración a Bill, por haber usado lo que su madre solía llamar la peor palabra. Ben no había dicho nunca la peor palabra en voz alta, aunque la había escrito (en letras pequeñas) en un poste de teléfono, en la noche de Halloween, dos años atrás.

--Bowers se sentó junto a mí durante los exámenes -dijo luego-. Quería copiar de mi trabajo. No lo dejé.

--Parece que quieres morir joven -dijo Eddie, admirado.

Bill el Tartaja estalló en una carcajada. Ben lo miró duramente, pero decidió que no estaba riéndose de él y sonrió.

--Creo que sí -reconoció-. La cuestión es que ahora tiene que hacer el curso de recuperación. Él y esos dos bastardos estaban esperándome, y así fueron las cosas.

--P-p-parece que te hub-b-biera atrropellad-do un tren- observó Bill.

--Caí aquí abajo desde Kansas. Por la ladera.

Ben miró a Eddie-. Ahora que lo pienso, creo que nos vamos a encontrar en las urgencias. Cuando mamá vea esta ropa, me va a llevar allí.

Esa vez, Bill y Eddie rompieron a reír al unísono y Ben los imitó. Le dolía la barriga cuando se reía, pero igual rió, aguda y algo histéricamente. Al fin tuvo que sentarse en el barranco y el ruido a burbuja reventada que hizo su trasero contra la tierra le hizo reír otra vez. Le gustaba el sonido de su risa con la de ellos. Era un sonido que nunca había oído: no el de risa mezclada (eso lo había oído muchas veces) sino el de risa mezclada de la cual formaba parte la suya propia.

Miró a Bill Denbrough, que le sostuvo la mirada, y eso bastó para hacerles reír otra vez.

Bill, se subió el cuello de la camisa y comenzó a caminar encorvado, con gesto hosco y chulo. Su voz se hizo más grave:

--Te voy a matar, capullo. No me vengas con mierdas. Seré tonto, pero soy grandullón. Rompo nueces con la cabeza. Meo vinagre y cago cemento. Me llamo Tocinillo Bowers y soy la polla jefe por estas partes de Derry.

Eddie se destornilló de risa, con las manos sujetándose el vientre. Ben estaba doblado en dos, con la cabeza entre las rodillas, los ojos lagrimeantes y los mocos pendiéndole de la nariz, riendo como desaforado.

Bill se sentó con ellos y poco a poco los tres se tranquilizaron.

--Algo hay de bueno en este asunto, después de todo -dijo Eddie, por fin-. Si Bowers tiene que hacer el curso de recuperación, no lo veremos mucho por aquí.

--¿Vosotros soléis jugar en Los Barrens? -preguntó Ben.

Ni en mil años se le habría cruzado esa idea por la cabeza, con la mala fama que tenían Los Barrens, pero ahora que estaba allí no le parecían tan malos. En realidad, ese sector del barranco era muy agradable a esa hora, cuando la tarde avanzaba lentamente hacia el crepúsculo.

--C-claro. Es guai. C-c-casi nonadie nos mo-molesta aq-q-quí. Bb-bowers y esos otros no v-v-vienen nunca.

--¿Tú y Eddie?

--Y R-r-r...

Bill sacudió la cabeza. Cuando tartamudeaba, su rostro se contraía. De pronto, Ben tuvo una idea rara: Bill no había tartamudeado ni una vez mientras imitaba a Henry Bowers.

--¡Richie! -exclamó Bill. Hizo una pausa y prosiguió-: Richie T-tozier también s-s-suele venir. Pero hoy t-ttenía que ayudar a su pa-pa-padre a limpiar la bu... bu-bu...

--La buhardilla -completó Eddie y arrojó una piedra al agua. Plonc.

--Sí, lo conozco -dijo Ben-. ¿Venís mucho por aquí?

La idea lo fascinaba... y le hacía sentir una especie de estúpidas ansias.

--B-b-bastante -respondió Bill-. ¿Por qué no v-vienes ma-ma-mañana? Yyo y E-edie est-t-tábamos tratando de hacer un d-d-dique.

Ben no pudo contestar. Estaba atónito, no sólo por el ofrecimiento, sino por el aire espontáneo con que había sido hecho.

--A lo mejor deberíamos hacer otra cosa -sugirió Eddie-. Después de todo, el dique no estaba funcionando demasiado bien.

Ben se levantó para bajar al arroyo sacudiéndose la tierra de sus enormes fondillos. Todavía quedaban montones de pequeñas ramas a cada lado del arroyo, pero cualquier otra cosa que hubieran puesto había sido arrastrada por el agua.

--Tendríais que conseguir tablas -dijo Ben-. Conseguir tablas y ponerlas una frente a otra... como el pan de un sandwich.

Bill y Eddie lo miraban, intrigados. Ben se hincó sobre una rodilla.

--Mirad -explicó-: tablas aquí y aquí. Las hundís en el fondo, una frente a la otra. ¿Entendéis? Después, antes de que el agua pueda llevárselas, rellenáis el espacio de en medio con rocas y arena...

--Relle-llenamos -dijo Bill.

--¿Eh?

--Que rell-llenamos contigo.

--Oh.

Ben se sentía estúpido (y estaba seguro de que se le notaba en la cara). Pero no le importó parecer estúpido porque de pronto se sintió feliz. No recordaba haberse sentido tan feliz en muchísimo tiempo.

--Bueno, sí. Entonces, si rellenáis... si rellenamos el espacio de en medio con piedras y cosas así, se sostendrá. A medida que el agua se acumule, la tabla que esté contra la corriente se inclinará contra las rocas. La segunda tabla, después de un rato, se torcería hacia atrás y se iría con el agua, supongo, pero si tenemos una tercera tabla... Bueno, mirad.

Y dibujó en el polvo con un palito. Bill y Eddie Kaspbrak se inclinaron sobre el diseño para estudiarlo con sobrio interés.

--¿Has construido alguna vez un dique? -preguntó Eddie con tono de respeto.

--No.

--Entonces, ¿c-c-cómo sabes que va a funcionar?

Ben lo miro, desconcertado.

--Seguro que funciona. ¿Por qué no iba a funcionar?

--Pero ¿c-c-cómo lo s-s-sabes? -insistió Bill. Ben reconoció el tono de la pregunta; no era de sarcasmo ni de incredulidad, sino de interés-. ¿Cómo te d-das c-c-cuenta?

--No lo sé, me doy cuenta -dijo Ben.

Miró nuevamente su dibujo, como para confirmar su seguridad. Nunca en su vida había visto un encajonado, ni siquiera en diagramas, y no tenía idea de que acababa de dibujar una representación bastante exacta de esa técnica.

--B-b-bueno -aceptó Bill y dio a Ben una palmada en la espalda-. Nos v-v-vemos ma-mañana.

--¿A qué hora?

--Yo-yo y E-eddie venimos a las o-o-ocho y memedia, m-m-más o menos.

--Siempre que yo no esté con mi madre en las urgencias- suspiró Eddie.

--Traeré algunas tablas -dijo Ben-. El viejo de la otra manzana tiene muchas. Le voy a pedir unas cuantas.

--Y trae algo de comer -sugirió Eddie-. Bocadillos, patatas fritas, cosas así.

--Bueno.

--¿T-t-tienes algún rev-revólver?

--Tengo una escopeta de aire comprimido -respondió Ben-. Me la regaló mi madre por Navidad, pero se pone furiosa si disparo dentro de la casa.

--T-t-tráela -dijo Bill-. A l-l-lo mejor jug-g-gamos a los p-p-pistoleros.

--De acuerdo -dijo Ben, alegremente-. Ahora, tengo que volver a mi casa.

--No-nosotros también- recordó Bill.

Los tres salieron juntos de Los Barrens. Ben ayudó a Bill a subir la bicicleta por el terraplén, mientras Eddie los seguía, otra vez respirando con trabajo y mirando con melancolía su camisa manchada de sangre.

Bill les dijo adiós y se fue pedaleando con fuerza, mientras gritaba:

--¡Hai-oh, Silver! ¡Arreee!

--Esa bicicleta es gigantesca -observó Ben.

--Ya lo creo -dijo Eddie. Había aspirado un poco más de su inhalador y ya respiraba con normalidad-. A veces me lleva atrás. Va tan rápido que me muero de miedo. Es buen chico. -Lo dijo como con indiferencia, pero en sus ojos había énfasis. Había adoración-. Sabes lo que pasó con su hermano, ¿no?

--No. ¿Qué pasó?
--Murió el otoño pasado. Alguien lo mató. Le arrancó un brazo, como quien arranca un ala a una mosca.
--¡Vaya!
--Antes Bill tartamudeaba un poco, pero ahora es terrible. ¿Te has dado cuenta de que tartamudea?
--Bueno... me lo pareció.
--Pero su cabeza no tartamudea nada. ¿Comprendes?
--Sí.
--Te lo cuento porque, si quieres ser amigo de Bill, es mejor no mencionar lo de su hermano. No le hagas preguntas ni nada de eso. Se pone muy nervioso.
--Entiendo -concordó Ben.
De pronto recordaba vagamente haber oído hablar del niño al que habían matado en el otoño. Se preguntó si su madre habría estado pensando en George Denbrough al regalarle el reloj o sólo en los asesinatos más recientes.
--¿Ocurrió después de la inundación? -preguntó.
--Sí.
Habían llegado a la esquina de Kansas y Jackson, donde tendrían que separarse. Algunos chicos corrían por allí, jugando. Un niño de pantaloncitos azules pasó junto a Ben y Eddie con aire de importancia; llevaba un sombrero a lo David Crockett dado vuelta, de modo que la cola le pendía entre los ojos, y llevaba un aro mientras chillaba:
--¡A coger el aro, chicos! ¡A coger el aro, chicos! ¿Queréis?
Los dos chicos mayores lo siguieron con la mirada, divertidos. Después Eddie dijo:
--Bueno, tengo que irme.
--Espera -exclamó Ben-. Tengo una idea, por si no quieres ir a las urgencias.
--¿Sí?
--¿Tienes cinco centavos?
--Tengo diez. ¿Para qué?
Ben echó un vistazo a las manchas pardas que estaban secándose en la camisa de Eddie.
--Ve a la cafetería, pide un batido de chocolate. Y vuelca la mitad en tu camisa. Después le dices a tu madre que se te cayó encima.
A Eddie le brillaron los ojos. En los cuatro años transcurridos desde la muerte de su padre, su madre había perdido notablemente la vista. Por vanidad (y porque no sabía conducir) se negaba a consultar con un oftalmólogo para que le recetara gafas. Las manchas de sangre seca y las de chocolate se parecen bastante. Quizá...
--Podría ser -dijo.
--Pero si se da cuenta, no le digas que la idea fue mía.
--De acuerdo -aceptó Eddie-. Hasta luego, cara de borrego.
--Adiós.
--No -explicó Eddie, con paciencia-. Cuando te digo eso, tienes que responder: "Hasta luego, cara de pato."
--¡Ah! Hasta luego, cara de pato.
--Bien. -Eddie sonrió.

--¿Sabes una cosa? -dijo Ben-. Vosotros dos sois geniales.
Eddie pareció azorado y casi nervioso.
--Bill sí lo es -reconoció.
Y se puso en marcha. Ben lo siguió con la vista mientras caminaba por Jackson Street. Luego giró hacia su casa. Tres calles más allá vio a tres siluetas familiares en la parada del autobús, en la esquina de Jackson y Main. Estaban casi de espaldas a Ben. El chico agachó la cabeza tras un seto, con el corazón palpitante. Cinco minutos después se detuvo allí el interurbano Derry Newport Haven. Henry y sus amigos aplastaron las colillas en la calle y subieron.
Ben esperó a que el autobús se perdiera de vista y luego apuró el paso de regreso a su casa.

8.

Esa noche, a Bill Denbrough le ocurrió algo terrible. Le ocurría por segunda vez.
Sus padres estaban abajo, viendo la tele, casi sin hablar, sentados en los extremos del sofá como si fueran sujetalibros. En otros tiempos, ese comedor había estado lleno de risas y charlas, a veces a tal punto que no se podía ver la tele.
--¡A ver si te callas, Georgie! -gritaba Bill.
--Me callo si tú dejas de comerte todas las palomitas de maíz -replicaba su hermanito-. Ma, dile a Bill que me dé las palomitas de maíz.
--Bill, da las palomitas de maíz a tu hermano. Y no me digas "ma", George. Parece un balido de oveja.
Otras veces, el padre contaba un chiste y todos reían. George no entendía todos los chistes, pero reía porque los otros lo hacían.
En aquellos tiempos, sus padres eran también sujetalibros en los extremos del sofá, pero él y George eran los libros. Tras la muerte de George, Bill había tratado de oficiar de libro entre ellos, mientras veían la tele, pero era un trabajo muy frío. Ellos emanaban frío en ambas direcciones y el calentador de Bill no alcanzaba para tanto. Tenía que irse porque ese tipo de frío le helaba las mejillas y lo hacía lagrimear.
--¿Q-q-queréis oír un ch-chiste nnuevo que me c-c-contaron en la escescuela? -había intentado una vez.
Silencio de ambos. En la tele, un criminal suplicaba a su hermano sacerdote que lo escondiera.
El padre levantó la vista de la publicación que estaba leyendo y echó a Bill una mirada algo sorprendida. Luego volvió a la revista. Tenía la foto de un cazador despatarrado en un banco de nieve, mirando hacia arriba, hacia un enorme y rugiente oso polar. "Destrozado por el asesino de los páramos blancos", era el título del artículo. Bill había pensado: "Ya sé dónde hay un páramo blanco: aquí mismo, entre papá y mamá, en este sofá."
Su madre ni siquiera levantó la vista.
-Es así: ¿c-c-cuántos fra-franceses hacen f-falta para cambiar una b-bbombilla? -insistió Bill.

Sentía el sudor en la frente, como solía ocurrirle en la escuela, cuando la maestra tenía que llamarlo a dar la lección. Su voz sonaba estridente, pero no pudo bajarla. Las palabras le despertaban ecos en la cabeza, como campanas enloquecidas. Levantaban ecos, se atascaban, volvían a brotar.

--¿S-sabéis cu-cu-cuántos?

--Uno para subirse a la mesa y sujetar la bombilla y cuatro para dar vueltas a la mesa -dijo Zack Denbrough distraídamente, mientras volvía la página.

--¿Decías algo, querido? -preguntó la madre.

En Noche de teatro, el hermano sacerdote decía al hermano delincuente que se entregara y rezara pidiendo perdón.

Bill seguía allí, sudando, pero frío... muy frío. Hacía frío allí porque, en realidad, él no era el único libro entre esos dos sujetalibros; Georgie todavía estaba allí, sólo que ahora era un georgie invisible, un Georgie que nunca pedía palomitas de maíz ni aullaba porque Bill lo pellizcaba. Esa nueva versión de George nunca hacía travesuras. Era un Georgie manco, pálido, pensativo y silencioso a la luz azul y blanca, sombreada, del Motorola. Tal vez no eran sus padres, sino George el que emitía ese gran frío. Tal vez era George el verdadero asesino de los páramos blancos. Por fin, Bill huyó de ese hermano frío e invisible y subió a su cuarto, donde se tendió boca abajo en la cama para llorar sobre la almohada.

El cuarto de George seguía tal como estaba en el día de su muerte. Dos semanas después del entierro, Zack había puesto unos cuantos de sus juguetes en una caja de cartón para entregarlos a Cáritas y al Ejército de Salvación. Sharon Denbrough lo había visto salir con la caja en los brazos y se había desquiciado. Bill, al verla, cayó contra la pared, con las piernas súbitamente flojas. Su madre parecía tan loca como Elsa Lanchester en La novia de Frankenstein.

--"¡No te atrevas a tocar sus cosas!" -chilló.

Zack, encogiendo el cuerpo, llevó la caja de juguetes al cuarto de George, sin decir palabra. Incluso puso cada cosa en el mismo sitio en que se encontraba. Bill, al entrar, vio a su padre arrodillado junto a la cama de George (cuyas sábanas la madre seguía cambiando, aunque sólo una vez por semana, en vez de dos), con la cabeza entre los brazos musculosos y peludos. Su padre estaba llorando, y eso aumentó su terror. De pronto se le ocurría una espantosa posibilidad: quizá, a veces, las cosas no salían mal una sola vez; quizá, a veces, seguían cada vez peor y peor, hasta que todo estaba completamente arruinado.

--P-p-p-papá...

--Anda, Bill -dijo el padre con voz sofocada y estremecida. Su espalda subía y bajaba. Bill ansiaba tocar esa espalda para ver si su mano podía aquietar esas sacudidas desesperadas. No se abrevió-. Anda, vete.

Se paseó por el pasillo de la planta alta, mientras oía que la madre también lloraba abajo, en la cocina. Era un ruido chillón y desolado. Bill pensó: "¿Por qué lloran tan separados?" Y de inmediato apartó de sí el pensamiento.

9.

En la primera noche de las vacaciones, Bill entró en la habitación de Georgie. El corazón le palpitaba pesadamente, sentía las piernas rígidas y torpes de tensión.

Entraba allí con frecuencia, pero no porque le gustara estar allí. La habitación estaba tan llena de la presencia de George que parecía embrujada. Cuando entraba, n o podía dejar de pensar que, en cualquier momento, la puerta del armario se abriría chirriando. Y allí estaría Georgie, entre las camisas y los pantalones que ano colgaban de sus perchas, un Georgie cubierto por un impermeable ensangrentado, con una manga amarilla colgante y vacía. Sus ojos serían inexpresivos y horribles, ojos de zombie, como en las películas de terror. Cuando saliera del armario, sus botas chapotearían al caminar por el cuarto, hacia donde estaba Bill, sentado en su cama, petrificado de horror.

Si cualquier noche de ésas, mientras él estaba allí, sentado en la cama de su hermano, se hubiera cortado la luz, habría tenido un ataque al corazón, probablemente fatal, en cuestión de diez segundos. De todos modos, entraba. Junto con el miedo al fantasma de George, había una necesidad muda y suplicante, un ansia de superar, de algún modo, la muerte de George y de encontrar alguna manera de seguir viviendo. No de olvidar a George, sino de hacerlo menos tétrico. Se daba cuenta de que sus padres no tenían mucho éxito en el intento; si quería hacerlo por sí mismo, tendría que hacerlo solo.

Pero no era tan sólo por él mismo que entraba en esa habitación; también entraba por Georgie. Había querido a George; en vida de él se llevaban bastante bien. Oh, tenían sus malos momentos; bill podía dar a George un buen coscorrón, o George acusaba a Bill cuando bajaba a la cocina a hurtadillas, para acabar con la crema de limón, pero en general se entendían. Ya era bastante terrible que George hubiera muerto. Pero que él lo convirtiera en una especie de monstruo espeluznante, eso era todavía peor.

Echaba de menos al pequeño, ésa era la verdad. Echaba de menos su voz y su risa, el modo en que sus ojos solían buscar los de él, llenos de confianza, seguros de que Bill tenía la respuesta a cualquier problema. Y había una cosa rarísima: a veces sentía que quería a George mucho más cuando le tenía miedo, pues en ese miedo (cuando temía que un George zombi estuviera acechando en el ropero o debajo de la cama) recordaba mejor su cariño por George. En su esfuerzo por reconciliar esas dos emociones, el cariño y el terror, Bill se sentía muy cerca de hallar la resignación definitiva.

Ésas no eran cosas que él hubiera podido expresar; en su mente, las ideas eran sólo una maraña incoherente. Pero su corazón comprendía, y con eso bastaba.

A veces ojeaba los libros de George. Otras veces repasaba sus juguetes.

Desde diciembre no había mirado el álbum de fotografías de George.

Esa noche, después de su encuentro con Ben Hanscom, Bill abrió la puerta del armario (preparándose, como siempre, para enfrentarse a la presencia de Georgie con su impermeable ensangrentado, entre la ropa colgada; esperando, como siempre, ver una mano pálida salir de la oscuridad para aferrarle el brazo) y tomó el álbum del estante superior.

"Mis fotografías", rezaba la portada con letras de oro. Abajo, pegadas con cinta Scotch ya algo amarillenta y desprendida, varias palabras cuidadosamente impresas: "George Elmer Denbrough, a los 6 años." Bill lo llevó a la cama donde Georgie dormía, con el corazón más acelerado que nunca. No sabía por qué volvía a sacar el álbum, después de lo que había pasado en diciembre.

"Un segundo vistazo, nada más. Sólo para convencerme de que la primera vez no pasó de verdad, de que fue sólo mi cabeza jugándome una mala pasada."

Bueno, al menos era una posibilidad.

Hasta era posible que fuera así. Pero Bill sospechaba que la culpa era del álbum mismo. Ejercía cierta fascinación descabellada sobre él. Lo que había visto... o creído ver...

Abrió el álbum. Estaba lleno de fotos que George había conseguido de sus padres y sus tíos. A George no le importaba conocer a las personas o los lugares fotografiados, lo que le fascinaba era la idea de la fotografía en sí. Cuando no conseguía, por mucho que fastidiara, que alguien le diera fotos nuevas para su álbum, se sentaba en la cama, cruzado de piernas justo donde Bill estaba ahora, y contemplaba las viejas, volviendo las páginas para estudiar las imágenes en blanco y negro. Allí estaba su madre, joven e increíblemente hermosa. Su padre, con dieciocho años, uno entre tres cazadores, junto al cadáver de un venado. El tío Hoyt, de pie entre algunas rocas, con un esturión. La tía Fortuna, en la Feria Agrícola de Derry, orgullosamente arrodillada junto a un cesto de tomates de su cosecha. Un viejo Buick, una iglesia, una casa, una ruta que iba de alguna parte a otra. Todas fotografías tomadas por razones perdidas y encerradas allí, en el álbum de un niño muerto.

Bill se vio a sí mismo a los tres años, incorporado en una cama de hospital, con un turbante de vendajes cubriéndole el pelo, las mejillas y la mandíbula fracturadas. Había sido atropellado por un coche en el aparcamiento de A and P, en Center Street. Recordaba muy poco de esa hospitalización: sólo que le daban helados batidos con leche y que la cabeza le había dolido espantosamente durante tres días.

Allí estaba toda la familia, en el césped de la casa: Bill, de pie junto a su madre, cogido de su mano; George, apenas un bebé, dormido en brazos de Zack. Y allí...

No era la última página del álbum, pero sí la última que importaba, porque las siguientes estaban en blanco. La última fotografía era la del curso de George, tomada en octubre del año pasado, diez días antes de que muriera. Se lo veía con una camisa de marinero, el pelo rebelde aplastado con agua. Estaba muy sonriente, con dos huecos en la dentadura donde jamás crecerían dientes nuevos... "A menos que sigan creciendo después de la muerte", pensó Bill y se estremeció.

Miró con fijeza la fotografía por un rato. Estaba por cerrar el libro cuando lo de diciembre volvió a ocurrir.

En la fotografía, los ojos de George se movieron. Buscaron los de Bill. Su sonrisa importada, de fotografía, se convirtió en una horrible mueca libidinosa. Su ojo derecho se cerró con un guiño: "Nos veremos pronto, Bill. En mi armario. Tal vez esta noche."

Bill arrojó el libro al otro lado de la habitación y se cubrió la boca con las manos.

El álbum chocó contra la pared y cayo al suelo, abierto. Las páginas se volvieron, aunque no había corriente de aire, y el libro quedó mostrando otra vez esa horrible foto, la que rezaba: "Amigos de la escuela, 1955-1958."

La foto empezó a sangrar.

Bill quedó petrificado. Quiso gritar, pero de su boca sólo surgieron débiles gemidos.

La sangre corrió por la página y comenzó a gotear al suelo.
Bill huyó de la habitación.

VI. Uno de los desaparecidos: Relato del verano de 1958.

1.

No todos aparecieron. No, no todos aparecieron. Y de tanto en tanto, las suposiciones no daban en el blanco.

2.

Extracto del Derry News, 21 de junio de 1958, primera plana:
Nuevos temores por la desaparición de un niño.
Anoche se denunció la desaparición de Edward L. Corcoran, domiciliado en el 73 de Charter Street, Derry. La denuncia fue efectuada por su madre, Monica Macklin y por su padrastro, Richard P. Macklin. El niño Corcoran tiene diez años. Su desaparición ha renovado los temores de que un asesino aceche a los niños de la ciudad.
La señora Macklin dijo que el niño falta de su hogar desde el 19 de junio, fecha en que no volvió a su casa al terminar el último día de clases antes de las vacaciones.
Cuando se le preguntó por qué habían tardado más de veinticuatro horas en efectuar la denuncia, el matrimonio Macklin se negó a hacer comentarios. Richard Borton, jefe de policía, también rehusó hacer comentarios, pero una fuente policial informó al Derry News que el niño Corcoran no tenía buenas relaciones con su padrastro y que anteriormente había pasado alguna noche fuera de su casa. Según esa fuente, las notas escolares del pequeño pudieron influir en el hecho de que el niño no volviera a su hogar. Harold Metcalf, director de la Escuela Derry, declinó hacer comentarios sobre las calificaciones de Corcoran, señalando que no son de interés público.
"Espero que la desaparición de este niño no provoque temores innecesarios -dijo el comisario Borton-. Es comprensible que la comunidad esté intranquila, pero quiero destacar que recibimos anualmente entre treinta y cincuenta denuncias de desapariciones de menores. La mayoría de ellos aparecen sanos y salvos en el curso de una semana. Quiera Dios que ocurra otro tanto en el caso de Edward Corcoran."
Borton reiteró su convicción de que los asesinatos de George Denbrough, Betty Ripsom, Cheryl Lamonica, Matthew Clements y Veronica Grogan no fueron obra de una misma persona. "En cada crimen hay diferencias esenciales", afirmó Borton, aunque se negó a dar detalles. Dijo que la policía local, trabajando en estrecha colaboración con la fiscalía del estado de Maine, aún sigue varias pistas. Al preguntársele anoche, en entrevista telefónica, qué valor pueden tener esas pistas, el comisario Borton respondió: "Son muy buenas." Ante la pregunta de si se

esperaba alguna detención próximamente por cualquiera de esos asesinatos, Borton se negó a hacer comentarios.

Del Derry News, 22 de junio de 1958, primera plana:

Sorpresiva exhumación por orden del tribunal.

La desaparición de Edward Corcoran dio un extraño giro al ordenar el juez de distrito de Derry, Erhardt K. Moulton, la exhumación del hermano menor del niño ausente, llamado Dorsey, a última hora de ayer. La orden del tribunal se produjo a petición conjunta del fiscal de distrito y el forense oficial.

Dorsey Corcoran, quien también vivía con su madre y su padrastro en Charter 73, murió en mayo de 1957 por causas accidentales, según se dijo. El niño fue llevado al hospital municipal con fracturas múltiples, incluyendo una de cráneo. Richard P. Macklin, el padrastro, declaró que el niño había estado jugando en una escalerilla, en su garaje, y, al parecer, había caído desde arriba. el niño murió tres días después sin haber recobrado la conciencia.

La desaparición de Edward Corcoran, de diez años, fue denunciada el miércoles anterior. Cuando se preguntó al comisario Richard Borton si el señor Macklin o su esposa estaban bajo sospecha por la muerte del hijo menor o por la desaparición de Edward, rehusó hacer comentarios.

Del Derry News, 24 de junio de 1958, primera plana:

Macklin arrestado por dar muerte a golpes a su hijastro

Se sospecha de él por la desaparición de otro menor

El comisario Richard Borton, de la policía de Derry, anunció ayer en conferencia de prensa que Richard P. Macklin, domiciliado en el 73 de Charter Street, ha sido detenido y acusado del asesinato de su hijastro Dorsey Corcoran. El niño Corcoran murió en el hospital de Derry el 31 de mayo del año pasado por causas supuestamente "accidentales".

"El examen forense demuestra que el niño fue brutalmente golpeado", dijo Borton. Aunque Macklin declaró que el pequeño había caído de una escalerilla mientras jugaba en el garaje, Borton dijo que el informe forense mostraba fuertes golpes causados por un instrumento romo. Cuando se le preguntó de qué tipo de instrumento se trataba, Borton dijo: "Quizá un martillo. Por ahora, lo importante es la conclusión del forense en cuanto a que el niño recibió repetidos golpes con un objeto que pudo romperle los huesos. Las heridas, particularmente las del cráneo, no concuerdan con las que se producirían en una caída. Dorsey Corcoran fue golpeado casi hasta la muerte y luego abandonado en las urgencias del hospital para que allí muriera."

Al preguntársele si los médicos que atendieron al niño Corcoran pudieron haber incurrido en negligencia por no informar un caso de maltrato o la verdadera causa de la muerte, Borton manifestó: "Tendrán que responder a muchas preguntas cuando el señor Macklin sea sometido a juicio."

Al pedírsele opinión sobre la posible incidencia de estos hallazgos en la reciente desaparición del hermano mayor de Dorsey Corcoran, Edward, cuya desaparición fue denunciada por Richard y Monica Macklin hace cuatro días, el comisario Borton respondió: "Creo que las cosas se presentan más graves de lo que supusimos en principio, ¿verdad?"

Del Derry News, 25 de junio de 1958, página 2:

"Edward Corcoran presentaba magulladuras" dice la maestra.

Henrietta Dumont, a cargo del quinto curso de la Escuela Primaria Municipal, de Jackson Street, declaró que Edward Corcoran, desaparecido desde hace aproximadamente una semana, solía presentarse en la escuela "lleno de moretones". La señora Dumont, maestra de uno de los dos quintos cursos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, dijo que unas tres semanas antes de su desaparición el niño llegó a la escuela con ambos ojos inflamados. Cuando le preguntó qué le había pasado, dijo que su padre "se la había dado" por no comer la cena.

Al preguntársele por qué no había informado sobre un maltrato de tan obvia gravedad, la señora Dumont declaró: "No es la primera vez que veo algo semejante en mis años de maestra. Las primeras veces que me encontré con un alumno cuyos padres confundían disciplina con maltrato, traté de hacer algo para remediarlo. La subdirectora, que en esos tiempos era Gwendolyn Rayburn, me dijo que no me entrometiera, pues cuando el personal de una escuela se involucra en casos donde se sospecha maltrato, el Consejo Escolar se ve perjudicado cuando llega el momento de asignar presupuestos. Acudí al director y me ordenó que me olvidara del asunto si no quería ser amonestada. Le pregunté si, en un caso como ése, la amonestación figuraría en mi expediente. Él respondió que las amonestaciones no tenían por qué figurar en los expedientes. Y yo capté el mensaje."

Cuando se le preguntó si la actitud del sistema escolar de Derry seguía siendo la misma, la señora Dumont dijo: "Bueno, ¿qué cabe pensar, a la luz de la situación actual? Podría agregar que yo no estaría hablando con ustedes si no me hubiera jubilado al terminar este año lectivo."

La señora Dumont prosiguió: "Desde que se supo esto, todas las noches rezo por que Eddie Corcoran se haya ido, harto ya de esa bestia que tenía por padrastro. Rezo por que, cuando lea en el diario o se entere de que Macklin está en la cárcel, ese pobre niño vuelva a su casa."

En una breve entrevista telefónica, Monica Macklin negó de pleno las acusaciones de la señora Dumont. "Rich nunca castigó a Dorsey y tampoco a Eddie. Lo digo ahora con toda firmeza y cuando muera y deba comparecer ante el trono del Señor, miraré a Dios a los ojos y le diré exactamente lo mismo."

Del Derry News, 28 de junio de 1958, página 2:

"Papá tuvo que dármela porque soy malo", dijo Dorsey a la maestra antes de recibir el castigo mortal.

Una maestra de parvularios, radicada en la ciudad, que se negó a identificarse, dijo ayer a un periodista del Derry News que el pequeño Dorsey Corcoran asistió a su clase preescolar, menos de una semana antes de su muerte, con graves lesiones en el pulgar y tres dedos de la mano derecha.

"Le dolía tanto que el pobrecillo no podía hacer su tarea - dijo la maestra-. Tenía los dedos hinchados como salchichas. Cuando le pregunté qué le había pasado, dijo que su padre (el padrastro Richard P. Macklin) le había retorcido los dedos por caminar por el suelo que su madre acababa de encerar. "Papi tuvo que dármela porque soy malo", fue su modo de expresarlo. Sentí ganas de llorar. Él quería pintar su lámina como los otros niños, así que le di una aspirina y lo dejé colorear mientras los otros escuchaban un cuento. Le encantaba colorear las láminas; era

lo que más le gustaba, y ahora me alegro de haber podido darle un poco de felicidad aquel día.

"Cuando murió, no se me ocurrió que pudiera no ser un accidente. En un principio atribuí la caída a que no podía sostenerse bien con esa mano. Ahora pienso que me resulta difícil aceptar que un adulto pueda hacer semejante cosa a un niño. Pero he aprendido algo. Y por Dios que desearía no saberlo."

Edward, el hermano mayor de Dorsey Corcoran, de diez años, aún sigue sin aparecer. Desde su celda en la cárcel del distrito, Richard Macklin sigue negando cualquier participación, tanto en la muerte de su hijastro menor como en la desaparición del mayor.

Del Derry News, 30 de junio de 1958, primera plana:

Macklin interrogado por las muertes de Grogan y Clements.

Según informante, tiene coartada muy firme.

Del Derry News, 6 de julio de 1958, primera plana:

Borton: "Macklin será acusado sólo del asesinato de Dorsey".

Edward Corcoran sigue sin aparecer.

Del Derry News, 24 de julio de 1958, primera plana:

Padrastro confiesa haber matado a golpes a su hijastro.

En un dramático giro del juicio contra Richard Macklin por el asesinato de su hijastro Dorsey Corcoran, Macklin cedió al severo interrogatorio de Bradley Whitsun, fiscal del distrito, y admitió haber golpeado al niño, de cuatro años de edad, con un martillo que luego enterró en la huerta de su esposa, antes de llevar al niño al hospital de Derry.

La sala, atónita y silenciosa, escuchó al arrepentido Macklin (quien previamente había admitido que castigaba a ambos hijastros, ocasionalmente, cuando hacía falta, por su propio bien):

--No sé qué me pasó. Vi que estaba subiendo otra vez a esa maldita escalerilla y cogí el martillo y comencé a pegarle. No quería matarlo. Juro por Dios que nunca pensé matarlo.

--¿Dijo algo antes de morir? -preguntó Whitsun.

--Dijo: "Basta, papá; perdona, te quiero" -respondió Macklin.

--¿Y usted paró?

--Al rato -replicó Macklin.

Luego se echó a llorar de un modo tan histérico que el juez Erhardt Moulton ordenó un receso.

Del Derry News, 18 de septiembre de 1958, página 16:

¿Dónde está Edward Corcoran?

Su padrastro, condenado a una pena entre dos y diez años en la prisión estatal de Shawshank por el homicidio de Dorsey, el hermanito de cuatro años de Edward, continúa afirmando no tener idea del paradero de éste. Su madre, que ha iniciado trámite de divorcio contra Richard P. Macklin, declaró que en su opinión su esposo miente.

¿Es así?

"Por mi parte, no lo creo", dijo el capellán Ashley O.Brian, quien atiende a los prisioneros católicos de Shawshank. Macklin adoptó la fe católica poco después de iniciar el cumplimiento de su condena, y el capellán O.Brian ha pasado muchas horas con él. "Está sinceramente arrepentido", prosigue el sacerdote, agregando

que, al preguntar al interno por qué deseaba ser católico, Macklin había respondido: "Dicen que los católicos hacen acto de contrición, y yo necesito hacer mucho de eso, si no quiero ir al infierno cuando muera."

"Sabe lo que hizo al niño menor -dice el padre O.Brian-. Si también hizo algo al mayor, no lo recuerda. En lo que a Edward se refiere, cree tener las manos limpias."

Si Macklin tiene o no las manos limpias con respecto a la desaparición de Edward es algo que sigue preocupando a los habitantes de Derry, pero él ha probado su inocencia en cuanto a los otros asesinatos de niños que se han producido en la ciudad. Pudo presentar coartadas indestructibles en el caso de los tres primeros y, cuando se produjeron otros siete asesinatos, durante julio y agosto, él estaba ya en la cárcel.

Los diez asesinatos siguen sin resolverse.

En una entrevista exclusiva concedida al Derry News, Macklin aseguró no saber nada sobre el paradero de Edward Corcoran. "Les pegaba a los dos -dijo, en un doloroso monólogo, interrumpido por frecuentes accesos de llanto-. Los quería, pero también les pegaba, no sé por qué. Tampoco sé por qué Monica no me lo impedía, ni por qué me encubrió al morir Dorsey. Creo que podría haber matado a Eddie como maté a Dorsey, pero juro ante Dios que no lo hice. Sé lo que se puede opinar, pero no lo hice. Creo que él escapó de casa. Y en ese caso, debo agradecerle a Dios que así fuera."

Cuando se le preguntó si tiene conciencia de padecer lagunas en su memoria, si acaso pudo haber matado a Edward y borrarlo de su mente, Macklin respondió: "No tengo conciencia de ninguna laguna. Sé demasiado bien lo que hice.

He ofrendado mi vida a Cristo y voy a pasar el resto de mis días tratando de pagar por eso."

Del Derry News, 27 de enero de 1960, primera plana:

El cadáver encontrado no es del niño Corcoran

El comisario Richard Borton declaró a la prensa, en el día de hoy, que el cuerpo de un niño hallado en avanzado estado de descomposición no es el de Edward Corcoran, aunque tendría aproximadamente la misma edad. Edward desapareció de su domicilio en Derry en junio de 1958. El cadáver apareció en Aynesford, Massachusetts, sepultado en un foso de grava. Tanto la policía estatal de maine como la de Massachusetts abrigaron al principio la teoría de que podría tratarse del niño Corcoran, pensando que podría haber sido recogido en la carretera por un violador de niños, tras huir de su casa de Charter Street, donde su hermano menor había fallecido como consecuencia de un brutal castigo.

El examen dental demostró concluyentemente que el cadáver encontrado en Aynesford no es el del niño Corcoran, quien ya lleva diecinueve meses sin aparecer.

Del Press Herald, de Portland, 19 de julio de 1967, página 3:

Asesino convicto se suicida en Falmouth.

Richard P. Macklin, condenado nueve años atrás por el homicidio de su hijastro de cuatro años, fue encontrado sin vida en su pequeño apartamento de Falmouth, ayer a última hora de la tarde. El muerto, que gozaba de libertad condicional, vivía y trabajaba en Falmouth desde que fue liberado de la prisión estatal de Shawshank, en 1964. Al parecer, se había suicidado. "La nota dejada indica un

estado mental extremadamente confuso", declaró el comisario Brandon K. Roche, de la policía de Falmouth. Aunque se negó a divulgar el contenido de la nota, una fuente policial reveló que consistía en dos frases: "Anoche vi a Eddie. Estaba muerto."

El Eddie mencionado bien podría ser el hijastro de Macklin, hermano del niño por cuyo asesinato se le condenó en 1958. Fue la desaparición de Edward Corcoran la que llevó a la condena de Macklin por la muerte a golpes de Dorsey, el hermano menor del desaparecido. Desde hace nueve años se ignora el paradero del niño. En 1966, la madre del menor hizo declarar a su hijo legalmente fallecido, a fin de recuperar los ahorros bancarios a nombre de Edward Corcoran. La cuenta de ahorros contenía dieciséis dólares.

3.

Eddie Corcoran estaba muerto, sí.

Murió en la noche del 19 de junio, sin que su padrastro tuviera nada que ver con eso. Murió mientras Ben Hanscom, en su casa, miraba la tele con su madre; mientras la madre de Eddie Kaspbrak tocaba ansiosamente la frente de su hijo buscando señales de su enfermedad favorita, la "fiebre intermitente", mientras el padre de Beverly Marsh (que mostraba, al menos en cuanto a su temperamento, un notable parecido con el padrastro de Eddie y Dorsey Corcoran) aplicaba un violento puntapié al trasero de la chica, indicándole que fuera "a lavar esos malditos platos, como te dijo tu madre"; mientras Mike Hanlon oía los insultos de algunos estudiantes de secundaria (uno de los cuales engendraría, años más tarde, a ese magnífico homosexófobo llamado John Webby Garton), que pasaban en un viejo Dodge mientras el niño arrancaba las hierbas del jardín, en su casita de Witcham Street, no lejos de la granja cultivada por el demente padre de Henry Bowers; mientras Richie Tozier echaba un vistazo subrepticio a las chicas medio desnudas que ilustraban un ejemplar de Gem encontrado entre la ropa interior de su padre, logrando una considerable erección y mientras Bill Denbrough arrojaba el álbum fotográfico de su hermano fallecido al otro lado de la habitación, lleno de incrédulo horror.

Aunque ninguno de ellos lo recordaría más tarde, todos levantaron la mirada en el momento exacto en que Eddie Corcoran moría... como si escucharan un grito lejano.

El Derry News había acertado en un aspecto al menos: las calificaciones de Eddie le hacían tener miedo de volver a casa y enfrentarse a su padrastro. Además, en esos días su madre y su padrastro peleaban mucho y eso empeoraba las cosas. Cuando se enzarzaban en serio, la madre gritaba un montón de acusaciones, casi todas incoherentes. El padrastro respondía primero con gruñidos, luego con chillidos ordenándole que se callara y por fin con bramidos furiosos, Eddie nunca había visto que levantara la mano a su madre, probablemente no se atrevía. En los viejos tiempos había reservado sus puños para Eddie y Dorsey; ahora que Dorsey había muerto, Eddie recibía la parte de su hermanito, además de la propia.

Esos certámenes de gritos iban y venían en ciclos. Eran más comunes a finales de mes, cuando llegaban las facturas. De vez en cuando si las cosas empeoraban, pasaba un policía llamado por algún vecino y les pedía que bajaran la voz. Eso solía terminar con el asunto. La madre solía señalar al agente con un dedo, desafiándolo a detenerla, pero el padrastro rara vez abría la boca.

Eddie estaba seguro de que su padrastro tenía miedo de la policía.

En esos períodos de tensión, el chico prefería pasar inadvertido. Era lo más prudente. Bastaba con recordar lo que le había pasado a Dorsey. Eddie no conocía los detalles y no quería conocerlos, pero se hacía una buena idea. Opinaba que Dorsey había estado en el sitio menos adecuado en el momento menos conveniente: el garaje, el último día del mes. A él le habían dicho que Dorsey había caído por la escalerilla, en el garaje. "Cincuenta veces le dije que no se subiera allí", decía el padrastro. Pero su madre no había podido mirarlo; cuando, por casualidad, sus ojos se encontraron, Eddie vio en los de ella un pequeño destello de miedo que no le gustó. El viejo se sentaba a la mesa de la cocina, con una botella de cerveza, mirando la nada por debajo de sus prominentes cejas. Eddie se mantenía fuera de su alcance. Cuando el padrastro gritaba se podía vivir. Era cuando dejaba de gritar que se hacía preciso andar con cuidado.

Dos noches antes, le había arrojado a Eddie una silla cuando el chico se levantó para ver qué ponían en el otro canal. No hizo más que levantar una de las sillas de aluminio de la cocina, alzarla por encima de su cabeza, y arrojarla. Pegó a Eddie en el trasero y lo hizo caer. Todavía le dolía la retaguardia, pero la cosa habría sido peor si le hubiera dado en la cabeza.

Y después, aquella noche en que el viejo se había levantado, súbitamente, para frotarle el pelo con un puñado de puré de patatas, sin el menor motivo. Un día, a finales de septiembre, Eddie, al volver de la escuela, cometió la estupidez de dejar que la puerta trasera se cerrara ruidosamente mientras el padrastro dormía la siesta. Macklin salió del dormitorio en calzoncillos, con el pelo en tirabuzones, las mejillas erizadas con la barba del fin de semana y el aliento hediendo a la cerveza del fin de semana. "Bien, Eddie -dijo-, tengo que dártela por haber golpeado esa maldita puerta." En el léxico de Rich Macklin, "dártela" era el eufemismo que significaba "reventarte a golpes". Y fue lo que hizo con Eddie, aquel día. Eddie ya estaba inconsciente cuando el viejo lo arrojó al vestíbulo. La madre había puesto allí un par de percheros bajos, para que los chicos colgaran sus chaquetas. Esos ganchos le clavaron duros dedos acerados en la parte baja de la espalda, y entonces se desmayó. Cuando volvió en sí, diez minutos después, su madre estaba gritando que iba a llevar a Eddie al hospital y que él no podría impedírselo.

--¿Después de lo que le pasó a Dorsey? -había observado el padrastro-. ¿Quieres ir a la cárcel, mujer?

No se volvió a hablar de hospitales. Ella ayudó a Eddie a meterse en la cama, donde quedó temblando con la frente bañada de sudor. En los tres días siguientes sólo salió de su habitación cuando estaba solo en la casa. Entonces bajaba lenta y trabajosamente a la cocina, para coger el whisky que el padrastro guardaba bajo el fregadero. Unos tragos atenuaban el dolor. Hacia el quinto día, el dolor había desaparecido casi por completo, pero orinó sangre por dos semanas.

Y el martillo ya no estaba en el garaje.

¿Que se podía decir de eso?
Oh, claro que el martillo común, el Craftsman, estaba todavía allí. El que faltaba era el Scotti, el que no rebotaba, el martillo especial del padrastro, que ni él ni Dorsey podían tocar. "Si alguien toca esto -les había dicho después de comprarlo-, le voy a poner las tripas de bufanda." Dorsey había preguntado, tímidamente, si era muy caro. El viejo le dijo que no fuera curioso, joder. Dijo que no se lo podía hacer rebotar, por fuerte que fuese el golpe.
Y ya no estaba.
Si las calificaciones de Eddie eran bajas, se debía a que había perdido muchos días de clase desde el nuevo casamiento de su madre, pero el chico no tenía nada de tonto. Y creía saber lo que había sido del martillo Scotti. Tal vez su padrastro lo había usado para golpear a Dorsey y después lo había enterrado en el jardín o tirado al canal. Esa clase de cosas ocurría con frecuencia en las historietas de terror que Eddie leía, las que guardaba en el último estante de su armario.
Se acercó un poco más al canal, que ondulaba entre sus flancos de cemento como seda aceitada. Una brazada de rayos de luna reverberaba en su superficie oscura, tomando forma de boomerang. Eddie se sentó, balanceando ociosamente las zapatillas contra el cemento. Como las seis semanas anteriores habían sido bastante secas, el agua pasaba a unos tres metros de sus suelas gastadas. Pero si uno miraba con atención los muros del canal, se podían ver los diversos niveles a los que subía de vez en cuando. Un poco por encima del nivel actual, el cemento estaba manchado de color pardo oscuro. Esa mancha parduzca se decoloraba poco a poco hasta el amarillo; después, hasta un color casi blanco, allí donde los talones de Eddie tocaban la pared.
El agua fluía suave y silenciosamente de una arcada de cemento, adoquinada por dentro, más allá del sitio donde Eddie estaba sentado: después seguía hacia el puente de madera cubierto que unía el parque Bassey con el instituto secundario. Los lados y el suelo del puente, hasta las vigas del techo, estaban cubiertos con un jeroglífico de iniciales, números telefónicos y declaraciones. Declaraciones de amor, declaraciones de que Fulana la chupaba, declaraciones de que a los maricas se les llenaría el culo de alquitrán caliente. De vez en cuando declaraciones excéntricas e indescifrables. La que había intrigado a Eddie a lo largo de toda la primavera decía: "Salve a los rusos judíos. Gane valiosos premios."
¿Qué significaba eso exactamente? ¿Tenía algún significado? ¿Tenía alguna importancia?
Eddie no fue esa noche al Puente de los Besos; no tenía ninguna prisa por cruzar al lado del instituto secundario. Probablemente dormiría en el parque, quizá sobre las hojas secas que se acumulaban bajo el estrado de la orquesta; pero por el momento prefería estar sentado allí. Le gustaba estar en el parque; iba allí con frecuencia cuando necesitaba pensar. A veces había gente disponiéndose para pasar la noche en los bosquecillos del parque, pero Eddie no se metía con ellos y ellos no se metían con él. En los recreos escolares había oído horribles historias sobre los invertidos que paseaban por el parque Bassey después del anochecer; aunque las aceptaba, a él nunca lo habían molestado. El parque era un sitio apacible, y la mejor parte era, para él, exactamente aquella en que se encontraba.

Le gustaba sentarse allí en el verano, cuando el agua, de tan baja, gorgoteaba entre las piedras y hasta se separaba en arroyuelos que se arremolinaban. Le gustaba al iniciarse la primavera, justo después del deshielo; entonces había que quedarse de pie junto al canal, porque estaba tan frío que congelaba el trasero; él pasaba allí una hora o más, encapuchado en su viejo chaquetón, que le quedaba pequeño desde hacía dos años, con las manos metidas en los bolsillos, sin darse cuenta de que su delgado cuerpo temblaba y se sacudía. En la semana siguiente al deshielo, el canal tenía un poder terrible, irresistible. A él le fascinaba el modo en que el agua hervía de espuma al salir del arco adoquinado, y rugía al pasar junto a él, llevando palos, ramas y toda clase de desechos. Más de una vez se había imaginado junto al canal, a principios de primavera, en compañía de su padrastro; se imaginaba dando un buen empujón a ese hijo de puta. El caería con un grito, revoloteando los brazos en busca de equilibrio, y Eddie treparía al parapeto de cemento para ver cómo lo arrastraba la corriente; su cabeza sería un bulto negro y bamboleante en medio de esas pequeñas olas rebeldes, coronadas de blanco. Erguiría bien la espalda, sí, y se haría bocina con las manos para aullar:

--¡Eso fue por Dorsey, maldito bastardo! ¡Nos veremos en el infierno!

Eso no ocurriría nunca, por supuesto, pero era una fantasía grandiosa. Un sueño grandioso para soñarlo allí, sentado junto al canal; en su...

Una mano ciñó el pie de Eddie.

El chico estaba mirando más allá del canal, hacia la escuela, con una sonrisa adormilada y complacida, mientras imaginaba a su padrastro arrastrado por la correntada de primavera, fuera de su vida para siempre. Aquella mano lo sobresaltó a tal punto que estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al canal.

"Es uno de los invertidos de los que se habla", pensó, y miró hacia abajo. Quedó boquiabierto y a continuación se orinó de miedo en los vaqueros. No era un invertido.

Era Dorsey.

Dorsey, tal como lo habían enterrado. Dorsey, con su chaqueta azul y sus pantalones grises; sólo que ahora la chaqueta estaba hecha jirones enlodados, y la camisa era un harapo amarillo y sus pantalones se adherían húmedamente a sus piernas como palos de escoba. Y su cabeza estaba horriblemente deformada, como si se la hubieran hundido por atrás y se hubiera abultado hacia delante.

Dorsey sonreía.

--Eddieeee -graznó su hermano muerto, tal como uno de los muertos que salían de la tumba en las historietas de terror. La sonrisa de Dorsey se acentuó. Sus dientes amarillos relucieron. En aquella oscuridad, en alguna parte, había cosas que parecían retorcerse.

--Eddieeee... He venido a verte, Eddieeee...

Eddie trató de gritar. Lo sacudían oleadas de horror, y tuvo la sensación de estar flotando. Pero no era un sueño; estaba despierto. La mano ceñida a su zapatilla era blanca como panza de trucha. Los pies descalzos de su hermano se adherían al cemento. Uno de sus talones había sido arrancado de un mordisco.

--Baja, Eddieeee...

Eddie no pudo gritar. Sus pulmones no tenían aire suficiente como para un grito. Extrajo un sonido gemebundo, curiosamente agudo. Cualquier voz más potente

parecía estar fuera de sus posibilidades. Pero todo estaba bien. En unos segundos su mente estallaría, y después nada tendría importancia. La mano de Dorsey era pequeña, pero implacable. Las nalgas de Eddie se deslizaron hacia el canal.

Gimiendo, echó una mano atrás y se aferró al borde de cemento, para tirar de sí hacia atrás. Sintió que la mano perdía asidero y oyó un siseo furtivo. Tuvo tiempo para pensar: "Ese no es Dorsey. No sé qué es, pero no es Dorsey." Entonces la adrenalina inundó su cuerpo y lo hizo reptar hacia atrás, exhalando el aliento en silbidos breves y chillones.

Sobre el borde de cemento del canal aparecieron dos manos blancas. Hubo un ruido como de un lambetazo. Gotas de agua volaron hacia arriba, en el claro de luna, desde la piel pálida y muerta. La cara de Dorsey apareció sobre el borde. En sus ojos hundidos, relucieron sordas chispas rojas. Su pelo mojado se adhería al cráneo y el lodo le rayaba las mejillas.

Por fin, el pecho de Eddie se desatascó. Aspiró profundamente y lanzó un alarido. Se puso de pie y echó a correr. Corría mirando por encima del hombro para saber dónde estaba Dorsey y, como resultado, se estrelló contra un viejo olmo.

Sintió como si alguien (su padrastro por ejemplo) le hubiera hecho estallar una carga de dinamita en el hombro izquierdo. Muchas estrellas salieron disparadas o girando en tirabuzón por su cabeza. Cayó al pie del árbol como herido por un hacha de guerra, con la sangre goteándole por la sien izquierda. Pasó noventa segundos, tal vez, nadando en las aguas de la semiinconsciencia. Luego se las arregló para levantarse otra vez. Soltó un quejido cuando trató de mover el brazo izquierdo. Estaba entumecido. Levantó la mano derecha y se frotó la cabeza, que le dolía ferozmente.

Entonces recordó por qué se había estrellado contra el olmo. Miró en derredor.

Allí estaba el muro del canal, blanco como hueso y recto como una flecha bajo el claro de luna. No había rastros de la cosa que había salido del canal... si acaso había existido esa cosa. Siguió girando, lentamente, hasta completar un círculo. El parque Bassey estaba silencioso e inmóvil como una fotografía en blanco y negro. Los sauces llorones balanceaban sus brazos finos, tenebrosos, al abrigo de los cuales podía acechar cualquier cosa, encorvada y demente.

Eddie echó a andar, tratando de mirar en todas direcciones al mismo tiempo. El hombro dislocado le palpitaba en dolorosa sincronización con el ritmo cardíaco.

--Eddieee -gemía la brisa entre los árboles-, ¿no quieres verme, Eddieee? - Sintió que unos fláccidos dedos de cadáver le acariciaban el cuello. Giró en redondo, levantando las manos. Se le enredaron los pies y cayó, pero comprobó que habían sido sólo las hojas de sauce movidas por la brisa.

Se levantó. Quería correr, pero cuando lo intentó otra carga de dinamita estalló en su hombro. Tuvo que detenerse. Sabía que a esa altura debería estar superando el susto, y se calificó de tonto por aterrorizarse ante un reflejo o por quedarse dormido y tener una pesadilla. Pero no era así. El corazón ya le latía tan deprisa que no era posible distinguir un latido de otro; tuvo la certeza de que pronto le estallaría de miedo. No podía correr, pero cuando salió de entre los sauces alcanzó un paso de trote renqueante.

Fijó la vista en la farola que había en el portón principal del parque. Se encaminó hacia allí, algo más rápido, pensando: "Llegaré hasta la luz, y pasará el susto, llegaré hasta la luz, y pasará el susto. Luz plena, no más pena, noche buena..."
Algo lo seguía.
Eddie lo sintió avanzar pesadamente por el bosquecillo de sauces. Si volvía la cabeza lo vería. Lo estaba alcanzando. Ya oía sus pasos, una especie de marcha arrastrada, chapoteante. Pero no quiso mirar atrás; no, miraría hacia la luz y continuaría avanzando hacia ella, y ya estaba casi llegando, casi...
Fue el hedor lo que le hizo mirar atrás. Un hedor mareante, como una montaña de pescado convertida en carroña bajo el calor del verano. Era el olor de un océano muerto.
Ya no era Dorsey quien lo seguía. Era el Monstruo de la Laguna Negra. Tenía el hocico largo. Un fluido verde goteaba desde dos aberturas negras en sus mejillas, como bocas verticales. Sus ojos eran blancos y parecían de gelatina. Sus dedos con escamas tenían uñas que parecían hojas de afeitar. Respiraba con un ruido burbujeante y grave, como el de un buzo con el regulador atascado. Cuando vio que Eddie lo miraba, sus labios verdinegros se contrajeron, descubriendo unos colmillos enormes en una sonrisa muerta y vacua.
Iba tras él, chorreando, y Eddie lo comprendió súbitamente: quería llevárselo al canal, llevarlo a la húmeda negrura del pasaje subterráneo del canal. Para devorarlo.
Eddie echó a correr. La farola del portón estaba más cerca. Ya podía ver su halo de insectos y polillas. Un camión pasó a poca distancia. La mente desesperada de Eddie se dijo que el conductor quizá iba bebiendo café mientras escuchaba música por la radio sin saber que, a menos de doscientos metros, había un niño que, en unos segundos, podía morir.
El hedor. El abrumador hedor se acercaba y lo rodeaba por completo.
Tropezó contra un banco del parque. Su asiento asomaba a cuatro o cinco centímetros desde el pasto, verde sobre verde, casi invisible en la oscuridad. El borde se clavó contra la espinilla de eddie, causando un estallido de vidrioso dolor. Cayó al pasto.
Al mirar atrás vio que el monstruo se acercaba, centelleantes sus ojos, con las escamas chorreando lodo del color de las algas; las agallas subían y bajaban en el cuello abultado, abriendo y cerrando las mejillas.
--¡Aggg! -graznó Eddie. Al parecer, no podía decir otra cosa-. ¡Aggg! ¡Aggg! ¡Aggg!
Ahora se arrastraba, hundiendo los dedos en el césped, con la lengua fuera.
Un segundo antes de que las manos callosas del monstruo, apestando a pescado, se cerraran alrededor de su cuello, tuvo una idea consoladora: "Esto es un sueño; no puede ser de otra manera. No hay ningún monstruo, no hay ninguna Laguna Negra. Y aunque la hubiera, eso era en Sudamérica o en los pantanos de Florida, algo así. Esto es sólo un sueño. Voy a despertar en mi cama, o tal vez entre la hojarasca bajo el estrado de la orquesta, y..."
Aquellas manos de batracio atenazaron su cuello. Los gritos ásperos de Eddie se ahogaron. Cuando el monstruo le hizo girar, los ganchos que brotaban de sus dedos garabatearon marcas sangrantes, como caligrafía, en su cuello. El chico miró aquellos ojos blancos, relucientes. Sintió que los dedos le apretaban el cuello

como ceñidas bandas de algas vivas. Su vista, aumentada por el terror, reparó en la aleta, algo así como una cresta de gallo en la cabeza encorvada del monstruo. Mientras las manos apretaban cortándole el aire, pudo ver que la luz de la farola tomaba un tono verde ahumado al trasluz de esa membrana.

--No... eres... de verdad -jadeó.

Pero comprendió, vagamente, que aquel monstruo era real. Después de todo, lo estaba matando.

Sin embargo, algo de raciocinio perduró hasta el mismo final. Mientras el monstruo le clavaba las garras en el cuello, mientras su arteria carótida cedía, en un chorro caliente e indoloro que manchó las escamas de reptil de aquella cosa, las manos de Eddie tantearon el lomo de la bestia, buscando un hipotético cierre de cremallera, y sólo cayeron cuando el monstruo le arrancó la cabeza de los hombros, con un gruñido grave y satisfecho.

En tanto la imagen que Eddie tenía de Eso comenzaba a desvanecerse, Eso se transformó prontamente en otra cosa.

4.

Sin poder dormir, acosado por las pesadillas, un niño llamado Michael Hanlon se levantó poco después del alba en el primer día de vacaciones. Había una luz pálida, arropada en una niebla densa y baja que se levantaría a eso de las ocho, quitando la envoltura a un perfecto día de verano.

Pero eso sería más tarde. De momento, el mundo era todo gris y rosa, silencioso como un gato en la alfombra.

Mike, vestido con pantalones de pana, camiseta y zapatillas de deporte negras, bajó la escalera, desayunó un bol de cereales Wheaties (en realidad no le gustaba esa marca, pero la había pedido por el regalo que traía la caja) y luego cogió su bicicleta y se dirigió hacia la ciudad, circulando por las aceras debido a la niebla. La niebla lo cambiaba todo convirtiendo los objetos comunes, como las bocas de incendio y las señales de tráfico, en cosas misteriosas, extrañas y algo siniestras. Los coches se dejaban oír pero no ver; gracias a la extraña cualidad acústica de la niebla, uno no sabía si estaban lejos o cerca hasta que los veía aparecer, con fantasmales halos de humedad alrededor de los faros.

Giró a la derecha por Jackson Street dejando el centro a un lado y luego cruzó hacia Main por Palmer Lane; mientras pedaleaba por el callejón, de una sola manzana, pasó ante la casa donde viviría cuando fuera adulto. No la miró. Era sólo una vivienda pequeña, de dos plantas, con un garaje y un jardín pequeño. No emitía vibraciones especiales para el niño que pasaría allí la mayor parte de su vida adulta como propietario y único habitante.

En Main giró a la derecha y siguió hasta el parque Bassey, aún sin rumbo, paseando, simplemente, para disfrutar la tranquilidad de la hora temprana. Una vez dentro, desmontó de la bicicleta y caminó hacia el canal. No se le ocurrió, por cierto, que sus sueños de la noche anterior tuvieran relación con la dirección de sus pasos. Ni siquiera recordaba qué había soñado, sólo que un sueño había seguido a otro hasta que despertó, a las cinco de la madrugada, sudoroso,

temblando y con la idea de que debía desayunar rápidamente para ir en bicicleta a la ciudad.

Allí, en Bassey, la niebla tenía un olor desagradable: olor marino, salado y rancio. No era la primera vez que lo percibía, por supuesto. En las nieblas del amanecer, muchas veces en Derry se olfateaba la presencia del océano, aunque la costa estaba a sesenta kilómetros de allí. Pero el olor de esa mañana parecía más denso. Casi peligroso.

Algo atrajo su mirada. Se agachó para recoger una navaja barata, de dos hojas. Alguien había grabado en el flanco las iniciales E. C. Mike la contempló por un momento, antes de guardársela en el bolsillo. El que pierde llora, el que encuentra atesora.

Miró a su alrededor. Cerca de donde había encontrado la navaja, había un banco tumbado. Lo puso en posición correcta. Más allá del banco vio un sitio donde el pasto estaba aplastado... y a partir de allí, dos surcos. El césped ya comenzaba a levantarse, pero los surcos aún eran nítidos. Se alejaban en dirección al canal.

Y había sangre ("el pájaro, acuérdate del pájaro, acuérdate del"). Pero no quería acordarse del pájaro; por eso apartó la idea. "Una pelea de perros, eso es todo. Uno debe de haber salido malherido." Era una idea convincente, pero por algún motivo no lo convenció. Los recuerdos del pájaro insistían en volver: el que había visto en la fundición Kitchener, un ejemplar que Stan Uris nunca habría hallado en su libro sobre aves.

"Basta. Vete de aquí", se dijo.

Pero en vez de irse, siguió los surcos. Mientras los seguía; concibió en su mente una pequeña historia. Era un caso de asesinato. Veamos: un chico que no ha vuelto a su casa está en la calle después del toque de queda. El asesino lo atrapa. ¿Y cómo se deshace del cadáver? Lo arrastra hasta el canal y lo arroja allí, por supuesto. ¡Igual que en Alfred Hitchcock presenta!

Las marcas que estaba siguiendo podían, sí, haber sido dejadas por un par de zapatos y bambas llevados a rastras.

Mike se estremeció y miró a su alrededor, intranquilo. La historia parecía excesivamente real.

"Y supongamos que no lo hizo un hombre, sino un monstruo. Como en las historietas de terror o en los libros de terror o en las películas de terror o en un mal sueño. En un cuento de hadas o algo así."

Decidió que la historia no le gustaba. Era estúpida. Trató de quitársela de la cabeza, pero no pudo. Era una idiotez. Había sido una idiotez ir a la ciudad esa mañana. Y otra idiotez seguir esos dos surcos en el césped. Su padre le tendría preparadas un montón de tareas para hacer en casa. Tenía que volver y poner manos a la obra si no quería que la hora más calurosa de la tarde lo encontrara en el granero, apilando heno. Sí, tenía que volver. Y eso era lo que iba a hacer.

"Por supuesto -pensó-: ¿Qué quieres apostar?"

En vez de volver a su bicicleta y regresar a casa para comenzar con sus tareas, siguió los surcos por el pasto. Aquí y allá había más gotas de sangre, ya medio seca. Pero no mucha. No tanta como allá atrás, junto al banco que había enderezado.

Ahora se oía el canal, que corría serenamente. Un momento después, vio el borde de cemento materializado en la niebla.
Allí, en el césped, había algo más. "Vaya, hoy es mi día de suerte", dijo su mente con dudoso ingenio. Una gaviota graznó en alguna parte y Mike se encogió de miedo, pensando otra vez en el pájaro que había visto aquel día de primavera.
"No sé qué hay en el pasto y no quiero mirar." Eso era muy cierto, oh, sí, pero ya estaba allí, inclinándose para ver qué era, con las manos apoyadas en los muslos.
Un trocito de tela desgarrada con una gota de sangre. La gaviota volvió a graznar. Mike miró fijamente el jirón ensangrentado y recordó lo que le había pasado en la primavera.

5.

Todos los años, durante abril y mayo, la granja de los Hanlon despertaba de su somnolencia invernal.
Mike reconocía la llegada de la primavera, no cuando en las ventanas de la cocina aparecían los primeros azafranes ni cuando los niños empezaban a llevar sacos y canicas a la escuela, ni siquiera cuando los Senators de Washington inauguraban la temporada de béisbol, sino cuando el padre le gritaba que le ayudara a sacar el camión del granero. La mitad delantera era un viejo automóvil Ford A; la de atrás, una camioneta cuya trasera estaba hecha con los restos de la puerta del gallinero viejo. Si el invierno no había sido demasiado frío, entre los dos solían ponerlo en marcha simplemente empujándolo camino abajo. La cabina no tenía puertas, ni parabrisas. El asiento era la mitad de un viejo sofá que Will Hanlon había recogido en el vertedero de Derry. El pomo de la palanca de cambio era un picaporte redondo, de vidrio.
Lo empujaban camino abajo, uno de cada lado cuando empezaba a rodar con facilidad, Will subía de un salto, daba el contacto, pisaba el embrague y ponía la primera con la manaza cerrada sobre el pomo de puerta. Después gritaba: "¡Empújame hasta que pase lo difícil!"
Soltaba el embrague y el viejo motor Ford tosía, se ahogaba, lanzaba escupitajos... y a veces arrancaba, con trabajo al principio, suavizándose después. Will rugía colina abajo, hacia las granjas Rhulin, y usaba ese camino de entrada para dar la vuelta (si hubiera ido en dirección contraria, Butch, el loco, el padre de Henry Bowers, probablemente le habría volado la cabeza con un rifle). Después volvía, haciendo bramar el motor sin silenciador, mientras Mike brincaba de entusiasmo, lanzando vítores. La madre, a la puerta de la cocina, se secaba las manos con un repasador y fingía un desagrado que, en realidad, no sentía.
Otras veces el camión no arrancaba. Entonces Mike tenía que esperar a que su padre volviera del granero llevando la manivela y murmurando por lo bajo. Mike estaba muy seguro de que algunas de esas palabras murmuradas eran palabrotas; en esos momentos su padre le inspiraba un poco de miedo. (Sólo mucho más tarde, durante una de las interminables visitas al hospital donde Will Hanlon agonizaba, descubrió que su padre murmuraba porque la manivela una vez lo había golpeado al escapar de su sitio, haciéndole un corte en la boca.)

--Apártate, Mickey -decía, encajando la manivela en la base del radiador. Y cuando el Ford A estaba, por fin, en marcha, decía que al año siguiente lo cambiaría por un Chevrolet. Pero nunca lo hacía. Ese viejo híbrido Ford A aún estaba tras la casa, hundido en la hierba hasta los ejes.

Cuando funcionaba, con Mike ya sentado junto a su padre olfateando el aceite caliente y los humos de escape, entusiasmado por la brisa que entraba por el agujero sin vidrios, pensaba: "Ya está aquí la primavera. Todos estamos despertando." Y en su alma se elevaba un hurra silencioso. Sentía amor hacia todo lo que le rodeaba y, sobre todo, hacia su padre, que le sonreía, exclamando:

--¡Sujétate, Mickey! ¡Allá vamos!

Y volaba por la carretera, con las ruedas traseras escupiendo tierra negra y arcilla gris. Los dos se bamboleaban dentro de la cabina, sobre el asiento sofá, riendo como tontos. Will hacía pasar el Ford A por la hierba alta del sembrado trasero que se reservaba para el heno, ya hacia el sembrado del sur (patatas), el del oeste (maíz y habas) o el del este (guisantes, calabazas y calabacines). Los pájaros salían volando desde la hierba al paso del camión, chillando de terror. Una vez fue una codorniz la que alzó el vuelo, ave magnífica, tan parda como los robles al avanzar el otoño. El explosivo zumbar de sus alas se escuchó aun por encima del rugido del motor.

Esos paseos eran la puerta de Mike Hanlon hacia la primavera.

El trabajo del año se iniciaba con la cosecha de rocas. Durante una semana, todos los días, sacaban el Ford A y cargaban la parte trasera de piedras que hubieran podido romper una hoja de arado cuando llegara el momento de abrir la tierra y plantar. A veces el camión se atascaba en el barro de primavera y Will mascullaba por lo bajo; palabrotas, suponía Mike. Él conocía algunas de esas palabras y expresiones, pero otras, como "hijo de una gran ramera", lo intrigaban. Había encontrado esa palabra en la Biblia y, hasta donde captaba la situación, una ramera era una mujer que venía de un sitio llamado Babilonia. Una vez decidió preguntárselo al padre, pero el Ford A estaba hundido en el barro hasta los amortiguadores, de modo que decidió esperar mejor oportunidad pues había nubes de tormenta en el ceño de su padre. Acabó consultándolo con Richie Tozier, y Richie le dijo lo que su propio padre le había explicado: que una ramera era una mujer a la que se pagaba para que tuviera relaciones sexuales con los hombres.

--¿Qué quiere decir tener relaciones sexuales? -preguntó Mike.

Richie se había alejado apretándose la cabeza con las manos.

En cierta ocasión, Mike preguntó a su padre por qué, si todos los años pasaban abril cosechando piedras, siempre había más piedras al abril siguiente.

Estaban de pie ante el vertedero, al atardecer del último día de la cosecha de piedras de ese año. Un camino de tierra apisonada que no se merecía el nombre de carretera iba desde el fondo del sembrado oeste hasta ese barranco, próximo a la ribera del Kenduskeag. El barranco era un confuso montón de rocas extraídas de año en año de los terrenos de Will.

Will había contemplado esas malas tierras, que él había cultivado sólo al principio, con ayuda de su hijo después (bajo esas rocas, él lo sabía, estaban los restos podridos de los tocones que él mismo había arrancado, de uno en uno, antes de poder arar). Encendió un cigarrillo y dijo:

--Según solía decir mi padre, Dios ama las piedras, las moscas, las hierbas y a la gente pobre por sobre el resto de sus creaciones. Por eso hizo tantas de esas cosas.

--Pero es como si cada año regresaran.

--Sí, tienes razón -respondió Will-. No cabe otra explicación.

Una gaviota graznó al lado del Kenduskeag en un crepúsculo oscuro que había dado al agua un color rojo naranja intenso. Era un graznido solitario, tan solitario que puso carne de gallina en los brazos cansados de Mike.

--Te quiero, papá -dijo súbitamente, sintiendo ese cariño con tanta intensidad que las lágrimas le anegaron los ojos.

--Bueno, yo también te quiero, Mickey -repuso su padre y lo abrazó con fuerza.

Mike sintió la tela áspera de su camisa contra la mejilla.

--Y ahora, ¿qué te parece si volvemos a casa? Tenemos el tiempo justo para darnos un buen baño antes de que esa buena mujer sirva la cena.

--Ayuh -asintió Mike.

--Ayuh -replicó Will Hanlon.

Y los dos rieron, cansados pero felices.

"Ya está aquí la primavera -pensó Mike esa noche, al adormilarse en su cuarto, mientras sus padres miraban la tele en el cuarto vecino-. Ha vuelto la primavera. Gracias, Señor, muchas gracias." Y al volverse para dormir, dejándose caer en el sueño, oyó otra vez el grito de la gaviota. La primavera daba mucho trabajo pero era hermosa.

Terminada la cosecha de piedras, Will dejaba el Ford A entre el pasto crecido, detrás de la casa, y sacaba del granero el tractor. Había llegado el momento de gradar; el padre conducía el tractor mientras Mike iba en la parte trasera, sujeto al asiento de hierro, o caminaba a un lado recogiendo las piedras que se les pasaran por alto para arrojarlas a un lado. Después se plantaba y finalmente venía el trabajo del verano: azada y más azada. La madre reparaba a Larry, Moe y Curly, los tres espantajos, mientras Mike ayudaba a su padre a hacer bramaderas para poner sobre cada una de las cabezas rellenas de paja. Una bramadera era una lata con ambos extremos cortados. Se ataba un trozo de cordel, bien encerado y tenso, atravesando el centro de la lata, y cuando el viento soplaba provocaba un sonido escalofriante, una especie de graznido. Las aves no tardaban en descubrir que Larry, Moe y Curly no representaban amenaza alguna, pero las bramaderas siempre las espantaban.

A partir de julio había que cosechar, además de azadonar: primero los guisantes y los rábanos; después la lechuga y los tomates sembrados bajo el cobertizo; en agosto el maíz y las habas; en septiembre más maíz y más habas, para terminar con las calabazas y los calabacines. En algún momento, entre todo eso, venían las patatas. Después, cuando los días se acortaban y el aire se enfriaba, él y su padre guardaban las bramaderas (que desaparecerían durante el invierno, invariablemente; siempre había que hacer nuevas al llegar la primavera). Al día siguiente, Will llamaba a Norman Sadler (tan tonto como su hijo Moose, pero infinitamente más bueno) y éste acudía con su máquina de cosechar patatas.

Durante las tres semanas siguientes todos trabajaban en la recolección de patatas. Además de la familia, Will contrataba a tres o cuatro chicos de la secundaria para que ayudaran a cambio de veinticinco centavos por saco. El Ford

A recorría lentamente los surcos del sembrado sur, el más grande, a escasa velocidad y con la trasera abierta; iba lleno de sacos, cada uno con el nombre de la persona que lo había llenado. Al terminar la jornada, Will abría su vieja billetera y pagaba a cada recolector en efectivo. También Mike y su madre recibían su paga; ese dinero era de ellos, y will Hanlon nunca preguntaba qué hacían con él. Mike había recibido una participación del 5 por ciento en la granja al cumplir los cinco años (edad suficiente, decía Will, para manejar una azada y distinguir entre la hierba y las plantas de guisantes). Cada año se le asignaba otro uno por ciento; pasado el día de Acción de Gracias, Will computaba los beneficios de la granja y deducía la parte de Mike. Pero el chico nunca veía un centavo de ese dinero, pues él se lo depositaba en su cuenta de ahorros para la universidad, y no se tocaría bajo ninguna circunstancia.

Al fin llegaba el día en que Normie Sadler volvía a su casa con su cosecha de patatas. Por entonces, el aire habría tomado un tono gris y habría escarcha en las calabazas anaranjadas apiladas a un lado del granero. Mike, de pie en el patio, con la nariz roja y las manos sucias metidas en los bolsillos del vaquero, contemplaba a su padre, que llevaba al granero el Ford A y después el tractor. Pensaba: "Nos estamos preparando para dormir otra vez. La primavera desapareció. El verano se fue. La cosecha terminó." Sólo quedaba en ese momento el extremo abotargado del otoño: árboles desnudos, tierra congelada, un encaje de hielo en las orillas del Kenduskeag. En los sembrados, los cuervos se posaban a veces en los hombros de Moe, Larry y Curly y se quedaban todo el tiempo que desearan: los espantajos estaban mudos, desprovistos de amenaza.

El final de un año más no horrorizaba a Mike (a los nueve y diez años era aún demasiado joven como para hacer metáforas mortales), porque había muchas cosas interesantes que hacer: andar en trineo por el parque Mccarson o en la colina Rhulin; en Derry, si uno era valiente (aunque eso era, generalmente, para los más grandes), patinar en el hielo y organizar batallas con bolas de nieve o construcciones de castillos de nieve. Había tiempo para pensar en salir con su padre en busca de un pino navideño. Había tiempo para pensar en los esquís que podrían regalarle o no en Navidad. El invierno era hermoso... pero cuando veía a su padre llevar el Ford A al granero... (la primavera desapareció, el verano se fue, la cosecha terminó) siempre se sentía triste, así como se sentía triste cuando veía las bandadas emigrando hacia el sur, así como sentía a veces ganas de llorar sin motivo, ante cierta inclinación de la luz. Nos estamos preparando otra vez para dormir...

No todo era escuela y tareas, tareas y escuela. Will Hanlon había dicho a su mujer, más de una vez, que los chicos necesitaban tiempo para ir de pesca, aunque no era pescar lo que hacían. Cuando Mike llegaba a casa desde la escuela, lo primero que hacía era poner sus libros sobre el televisor de la sala; lo segundo, prepararse una merienda (era especialmente adepto a los sandwiches de cebolla y mantequilla de maní, gusto que desataba en su madre gestos de indefenso espanto); lo tercero, leer la nota que su padre le hubiera dejado diciéndole dónde estaría él y cuáles eran sus tareas: ciertos surcos a los que arrancar las hierbas o dónde iniciar la cosecha, cestos a llevar, siembras a rotar, lugares a barrer, cualquier cosa. Pero un día laboral a la semana (a veces dos) no había nota alguna. En esas ocasiones Mike iba de pesca, aunque no era pescar lo

que hacía. Esos días eran grandiosos. Como no tenía un sitio determinado al que ir, no sentía prisa por llegar allí.
De vez en cuando, el padre le dejaba otro tipo de notas: "Tareas, ninguna. Ve a Old Cape y observa los rieles del tranvía." Mike iba a la zona de Old Cape, buscaba las calles con las vías aún visibles y las inspeccionaba con atención, maravillado al pensar que por el medio de las calles hubieran circulado cosas parecidas a trenes. Por la noche hablaba de eso con su padre y él le enseñaba fotografías de su álbum de Derry donde se veían los tranvías en funcionamiento; desde el techo les brotaba un extraño mástil conectado a un cable eléctrico y tenían anuncios de cigarrillos en los lados.
En una ocasión había enviado a Mike al parque Memorial, donde se encontraba la torre depósito, para contemplar el baño de las aves. En cierta ocasión fueron juntos a los tribunales para ver una máquina terrible, hallada en la buhardilla por el comisario Borton. Ese artefacto se llamaba silla para vagabundos. Era de hierro moldeado, con cepos para las manos y las piernas. En el respaldo y el asiento había salientes redondeadas. Mike recordó una fotografía que había visto en un libro: la foto de la silla eléctrica de Sing Sing. El comisario dejó que Mike se sentara en la silla para vagabundos y probara los cepos.
Cuando pasó la primera y ominosa novedad de usar los cepos, Mike miró interrogativamente a su padre y al comisario Borton, sin saber por qué ése era un castigo tan terrible para los "vagos", como llamaba el comisario a los empleados que habían pasado por la ciudad en las décadas de 1920 y 1930. Esos salientes eran incómodos, por supuesto, y los cepos dificultaban cualquier cambio de posición, pero...
--Bueno, tú eres sólo un chico -dijo el comisario, riendo-. ¿Cuánto pesas? ¿Treinta y cinco, cuarenta kilos? Casi todos los vagos que el comisario Sully sentaba en esa silla pesaban el doble. Después de una hora empezaban a sentirse incómodos; después de dos o tres muy molestos; al cabo de cuatro o cinco realmente mal. A las siete u ocho horas comenzaban a gritar y a las dieciséis o diecisiete casi todos estaban llorando. Cuando se cumplía el plazo de veinticuatro horas, estaban dispuestos a jurar ante Dios y todos los hombres que, si alguna vez volvían por las vías de Nueva Inglaterra, pasarían muy lejos de Derry. Hasta donde sé, la mayoría respetaba esa palabra. Las veinticuatro horas de silla eran muy persuasivas.
De pronto la silla pareció tener más bultos que se clavaban en las nalgas, la columna, la cintura y hasta en la nuca.
--Por favor, ¿puedo levantarme? -preguntó Mike.
El comisario Borton volvió a reír. Hubo un momento de pánico, durante el cual Mike temió que el comisario se limitara a balancear las llaves de los cepos delante de sus ojos, diciendo: "Te soltaré, sí... cuando se cumplan las veinticuatro horas."
Mientras volvían a la casa, preguntó:
--¿Para qué me has traído, papá?
--Ya lo sabrás cuando seas grande -respondió Will -A ti no te gusta el comisario, ¿verdad?
--No -contestó su padre con voz tan seca que Mike no se abrevió a preguntar más.

Pero a Mike le gustaban la mayoría de lugares de Derry que su padre le hacía visitar. A los diez años, Will había logrado ya transmitirle su propio interés por los estratos de la historia de Derry. A veces, mientras deslizaba los dedos por la rugosa superficie donde se asentaba el baño de los pájaros o cuando se agachaba para inspeccionar las vías de tranvías, entonces le asaltaba una profunda sensación de tiempo: el tiempo como algo real, como algo que tenía un peso invisible, así como la luz del sol, supuestamente, tenía peso (algunos de los chicos, en la escuela, se habían reído al decirles eso a la señora Greengus, pero Mike se sentía demasiado aturdido por el concepto como para reír. Su primer pensamiento fue "¿La luz tiene peso? Oh, Dios, eso es terrible"). El tiempo, como algo que, tarde o temprano, lo enterraría.

La primera nota que le dejó su padre, aquella primavera de 1958, estaba garabateada en el dorso de un sobre y sujeta bajo un salero. El aire tenía una dulce tibieza primaveral y su madre había abierto todas las ventanas. "No hay tareas -decía la nota-. Si quieres, ve en bicicleta por Pasture Road. Verás, a la izquierda, un montón de escombros y maquinarias viejas. Echa un vistazo y trae un recuerdo. ¡No te acerques al sótano! Y vuelve antes del oscurecer. Ya sabes por qué."

Mike sabía por qué, claro que sí.

Dijo a su madre a dónde iba y ella frunció el ceño.

--¿Por qué no preguntas a Randy Robinson si puede ir contigo?

--Sí, bueno. Pasaré a preguntarle -dijo Mike.

Lo hizo, pero Randy había ido con su padre a Bangor para comprar semillas de patatas. Así que Mike siguió en su bicicleta solo, hasta Pasture Road. Era un trayecto largo: algo más de seis kilómetros. Mike calculó que eran las tres cuando apoyó la bicicleta contra la vieja cerca de madera, al costado izquierdo de Pasture Road, y trepó por ella. Tendría una hora para explorar, antes de iniciar el regreso. Habitualmente, su madre no se enfadaba siempre que estuviese de regreso a las seis, hora en que servía la cena, pero un episodio memorable le había enseñado que ese año las cosas eran distintas. En la única ocasión en que llegó tarde a cenar, encontró a su madre casi histérica. Lo azoto con el paño de secar los platos, mientras el chico permanecía boquiabierto ante la puerta de la cocina, con la trucha en el cestito, a sus pies.

--¡No vuelvas a darme semejantes sustos! -gritó la madre-. ¡Nunca más, nunca más!

Cada nunca más era acentuado por otro azote con el paño de cocina. Mike esperaba que su padre interviniera para interrumpir aquello, pero Will no lo hizo. Tal vez sabía que, si se entrometía, ella volcaría también contra él su furia de gata salvaje. Y Mike aprendió la lección; sólo hizo falta una azotaina con el trapo de los platos. En casa antes del oscurecer.

Cruzó el terreno hacia las titánicas ruinas que se levantaban en el centro. Eran, por supuesto, los restos de la fundición Kitchener. Aunque él había pasado por allí, nunca se le hubiera ocurrido explorarlas y tampoco había sabido de ningún chico que lo hiciera. En ese momento, al agacharse para examinar algunos ladrillos tumbados que formaban un tosco mojón, creyó comprender el motivo. El terreno estaba soleado de una forma deslumbrante, bañado por el sol de primavera (ocasionalmente, al pasar una nube frente al sol, una gran persiana de sombras

recorría lentamente el lugar), pero allí había algo escalofriante, un silencio meditabundo quebrado sólo por el viento. Mike se sentía como el explorador que encuentra los últimos restos de una fabulosa ciudad perdida.

Delante y a la derecha, vio el flanco redondeado de un enorme cilindro de azulejos que se elevaba entre el elevado pasto. Corrió hacia allí. Era la chimenea principal de la fundición. Echó un vistazo al interior del hueco y sintió otro escalofrío. Era tan amplio, que él habría podido meterse dentro, pero no pensaba hacerlo. Sólo Dios sabía qué porquería habría allí adherida a los azulejos interiores, ennegrecidos por el humo, qué bestias o bichos horribles podrían haber establecido su residencia en ese hueco. El viento soplaba a ráfagas. Cuando penetraba por la boca de la chimemea caída, despedía un sonido fantasmal, como el de los cordeles encerados que él y su padre ponían en las bramaderas al terminar el invierno. Retrocedió, nervioso. De pronto pensaba en la película que había visto con su padre la noche anterior en la tele. Se llamaba Rodan. Por la noche le había parecido muy divertida. Su padre reía y gritaba "¡Caza ese pájaro, Mickey!" cada vez que aparecía Rodan, y Mike le disparaba con el dedo hasta que la madre se asomó para decirles que se callaran si no querían provocarle un dolor de cabeza.

Pero ahora no resultaba tan divertido. En la película habían sido unos mineros japoneses los que liberaban a Rodan en las entrañas de la tierra al excavar el túnel más profundo del mundo. Y al mirar el hueco negro de ese tubo resultaba muy fácil imaginar a ese pájaro agazapado en el otro extremo, con las alas correosas, como de murciélago, plegadas sobre el lomo, la mirada fija en esa pequeña y redonda cara infantil, mirando con sus ojos circundados de oro Mike, estremecido, retrocedió.

Caminó a lo largo de la chimenea, que se había hundido en la tierra hasta dejar al descubierto sólo la mitad de su circunferencia. El suelo se elevaba ligeramente. Siguiendo un impulso, el chico trepó a ella. La chimenea era menos temible por fuera donde la superficie de los azulejos estaba calentada por el sol. Mike se puso de pie y caminó por ella, con los brazos tendidos (la superficie era ancha y no corría peligro de caerse, pero estaba fingiendo ser un equilibrista de circo). Le gustaba el modo en que el viento le revolvía el pelo.

En el otro extremo, bajó de un salto y comenzó a examinar cosas: ladrillos, moldes retorcidos, trozos de madera, fragmentos herrumbrados de alguna maquinaria. "Trae un recuerdo", había dicho su padre en la nota y él quería elegir uno interesante.

Vagabundeó por entre los escombros acercándose al sótano de la fundición con cuidado de no cortarse con los vidrios rotos que abundaban por ahí.

Mike no había olvidado la advertencia de su padre en cuanto a no acercarse a ese sótano; tampoco ignoraba la masacre que se había producido allí más de cincuenta años antes. Estaba convencido de que, si en Derry había un lugar embrujado, era ése. A pesar de eso, o por eso mismo, estaba decidido a quedarse hasta que hubiera hallado algo realmente digno de llevar a casa para enseñárselo a su padre.

Avanzó con lentitud hacia el sótano. De pronto, una voz le advirtió, susurrante, que estaba acercándose demasiado, que algún sector, debilitado por las lluvias de primavera, podría derrumbarse bajo sus talones y arrojarlo a ese agujero, donde

sólo Dios sabía cuántos hierros estarían esperando para atravesarlo y depararle una muerte herrumbrosa y dolorosa.

Levantó un marco de ventana y lo arrojó a un lado. Allí había un cazo, lo bastante grande como para la sopera de un gigante con el mango retorcido por algún calor inimaginable. Allá, un pistón demasiado voluminoso como para levantarlo ni siquiera moverlo. Pasó por encima y...

"¿Y si encuentro un cráneo? -pensó-. El cráneo de uno de esos chicos que murieron aquí mientras buscaban huevos de Pascua en mil novecientos no sé cuántos."

Miró el terreno bañado por el sol, horrorizado ante la idea. El viento hacía sonar una nota grave en sus oídos, mientras otra sombra navegaba silenciosamente por el solar, como la sombra de un murciélago gigantesco... o de un pájaro ciclópeo. Una vez más cobró conciencia del silencio que allí reinaba, de lo extraño del terreno, con montones de mampostería y sus columnas de hierro, inclinadas a un lado y a otro. Era como si allí, mucho tiempo antes, se hubiera librado una terrible batalla.

"No seas idiota -se dijo, intranquilo-. Todo lo que se podía encontrar aquí lo encontraron hace cincuenta años, después de aquello. Y aunque no hubiera sido así, a estas horas cualquier chico o algún adulto, habrían encontrado... el resto. ¿O crees que sólo tú has venido aquí en busca de recuerdos?"

"No, no digo eso, pero..."

"¿Pero qué? -inquirió el lado racional de su mente. A Mike le pareció que estaba hablando demasiado fuerte, demasiado rápido-. Aunque aún quedara algo por encontrar, se habría podrido hace años. ¿Y qué?"

Encontró, entre la hierba, un cajón de escritorio astillado. Después de echarle un vistazo lo arrojó a un lado y se acercó al sótano, donde los restos eran más densos. Sin duda allí encontraría algo.

"Pero ¿y si hay fantasmas? Buena pregunta. ¿Y si aparece una mano por el borde de ese sótano y se acerca a mí? Chicos vestidos de fiesta, con ropas desgarradas y podridas por cincuenta años de lodo en primavera y lluvia en otoño y nieve en invierno. Chicos sin cabeza, sin piernas, con la barriga abierta como arenques. Chicos igual a mí que tal vez habrían venido a jugar por la noche bajo las vigas de hierro y las columnas herrumbradas..."

"¡Oh, basta, por el amor de Dios!"

Pero un escalofrío le recorrió la espalda. Decidió que era hora de coger cualquier cosa y salir pitando de allí. Levantó algo, casi al azar, y resultó una rueda dentada de unos veinte centímetros de diámetro. Usó el lápiz que llevaba en el bolsillo para quitar apresuradamente la tierra de entre los dientes. Luego se guardó el recuerdo en el bolsillo. Ahora se iría de allí enseguida, sí...

Pero sus pies se movieron lentamente en la dirección incorrecta, hacia el sótano; se dio cuenta, con horror, de que necesitaba mirar dentro. Necesitaba ver.

Se sujetó de una viga que brotaba de la tierra y se balanceó hacia adelante tratando de mirar hacia abajo. No podía. Estaba a cuatro o cinco metros del borde pero aún no llegaba a ver el fondo del sótano.

"No me importa ver el sótano o no. Ahora mismo me voy. Ya tengo mi recuerdo. No tengo por qué mirar ese agujero. Y la nota de papá decía que no me acercara."

Pero esa curiosidad entristecida, casi febril, no lo dejó en paz. Se acercó al sótano, paso a paso, trémulo, consciente de que, en cuanto la viga de madera estuviera fuera de su alcance, ya no tendría de dónde sujetarse, consciente también de que el suelo estaba embarrado y poco firme. A lo largo del borde se veían depresiones como tumbas donde el suelo había cedido y comprendió que en esos lugares se habían producido derrumbes.

Con el corazón palpitando, con el paso duro y medido de un soldado, llegó al borde y miró hacia abajo.

Anidado en el sótano, el pájaro levantó la mirada.

En un principio, Mike no estuvo seguro de lo que veía. Todos los nervios de su cuerpo parecían congelados, incluyendo los que transportaban el pensamiento. No era sólo por el espanto de ver a un pájaro monstruoso con el pecho naranja como el de un petirrojo y el plumaje descoloridamente gris, como el de un gorrión. Era, sobre todo, por el espanto de lo inesperado. Había ido preparado para ver restos de maquinaria medio sumergidos en charcos de agua estancada y en lodo negro. En cambio, estaba viendo un nido gigantesco que llenaba todo el sótano. Con las pajas que lo componían hubieran podido hacerse varias parvas de heno, pero eran briznas plateadas, viejas. El pájaro estaba posado en el medio, con los ojos de bordes brillantes negros como alquitrán caliente; por un momento de locura, antes de que se rompiera su parálisis, Mike se vio reflejado en cada uno de ellos.

Entonces la tierra comenzó súbitamente a moverse bajo sus pies. Mike oyó el sonido desgarrado de las raíces que cedían y notó que estaba resbalando.

Con un chillido se lanzó hacia atrás, manoteando en busca de equilibrio. Lo perdió y cayó pesadamente al suelo sembrado de escombros. Un trozo de metal, duro y romo, se le hincó dolorosamente en la espalda. Tuvo tiempo de pensar en la silla para vagabundos antes de oír el sonoro susurro de las alas.

Trepó de rodillas, arrastrándose, sin dejar de mirar por encima del hombro. El pájaro se elevó desde el sótano. Sus garras escamosas eran color naranja opaco. Las alas que batía, cada una de tres metros o más, agitaron el pasto como la hélice de un helicóptero. El ave emitió un graznido zumbante y gorjeante. Unas cuantas plumas sueltas le cayeron de las alas y descendieron en espiral hacia el sótano.

Mike se puso de pie y echó a correr.

Corrió a toda velocidad por el terreno sin mirar atrás, temeroso de mirar atrás. Ese pájaro no se parecía a Rodan, pero él percibía que era su espíritu que se elevaba desde el sótano de la fundición Kitchener como de una horrible caja de sorpresas. Tropezó y cayo, pero se levantó para volver a correr.

Aquel graznido extraño, entre zumbante y gorjeante, volvió a dejarse oír. Una sombra lo cubrió y al levantar la mirada vio que el ave había pasado a metro y medio por encima de su cabeza. Abría y cerraba su pico amarillento descubriendo la rosada superficie interior. Giró otra vez en dirección a Mike. El viento que generaba le barrió la cara trayendo consigo un olor seco y desagradable: polvo de buhardillas, antigüedades muertas, almohadones podridos.

Mike se desvió hacia la izquierda. Entonces volvió a ver la chimenea caída. Corrió en esa dirección. El ave graznó dejando oír el aleteo de sus alas. Parecían velámenes. Algo golpeó a Mike en la nuca y un fuego ardoroso le corrió hasta el

cuello. Sintió que se esparcía como sangre comenzando a gotear por el cuello de su camisa.
El ave volvió a girar para cogerlo con sus garras y llevárselo como si fuera un ratón. Quería llevárselo a su nido. Quería comérselo.
Mientras volaba hacia él, en picado, con aquellos ojos negros, horriblemente vivos, fijos en él, Mike giró bruscamente hacia la derecha. El ave no lo alcanzó por muy poco. El hedor de sus alas era insoportable.
Ahora corría en dirección paralela a la chimenea caída. Ya tenía el extremo a la vista. Si llegaba hasta allí y lograba girar a la izquierda para meterse dentro, tal vez se salvase. El pájaro parecía demasiado grande como para entrar allí. Estuvo a punto de no llegar. El ave voló nuevamente contra él apuntando hacia arriba al llegar, levantando un huracán con las alas. Sus garras escamosas descendían ya hacia Mike. Chilló otra vez y en esa oportunidad el niño creyó oír una nota de triunfo en su grito.
Bajó la cabeza, levantó el brazo y se lanzó hacia adelante. Las garras se cerraron. Por un momento, su antebrazo quedó en poder del ave. Era como estar apresado por unos dedos poderosos coronados por duras uñas. Mordían como dientes. Los aleteos del ave sonaban como truenos. Mike tuvo apenas conciencia de las plumas que caían alrededor, algunas rozándole la mejilla como besos fantasmales. Luego, el pájaro volvió a elevarse. Por un momento, Mike se sintió tironeado hacia arriba hasta quedar de puntillas... y por un segundo petrificante las punteras de sus bambas perdieron contacto con la tierra.
--¡Suéltame! -vociferó, torciendo el brazo.
Las garras siguieron sujetándolo, pero de pronto se desgarró la manga de la camisa. Mike cayó al suelo con un golpe seco, y el pájaro graznó. Mike volvió a correr rozando las plumas de la cola, haciendo arcadas ante aquel hedor. Era como correr por entre una cortina de plumas.
Tosiendo aún, con los ojos irritados por las lágrimas y el polvo asqueroso que cubría las plumas del ave, cayó dentro de la chimenea derrumbada. Ya no pensaba en lo que podía acechar allí dentro. Corrió hacia la oscuridad donde sus sollozos jadeantes cobraban un eco oscuro. Retrocedió unos seis metros antes de girar hacia el brillante círculo de luz. El pecho le subía y le bajaba espasmódicamente. De pronto comprendió que, si había calculado mal el tamaño del ave o el diámetro de la chimenea, estaba perdido. No había salida. Eso era un callejón cerrado. El otro extremo de la chimenea estaba oculto en la tierra.
El ave volvió a graznar. De pronto se oscureció la luz del extremo abierto. Aquel pájaro se había posado en tierra. Mike vio sus patas amarillas, escamosas, tan gruesas como un muslo de hombre. Luego, el animal agachó la cabeza para mirar dentro. Mike se encontró mirando fijamente aquellos ojos, horriblemente vivos, negros como alquitrán fresco y con aros de oro a modo de iris. Su pico se abría y se cerraba una y otra vez, siempre con un chasquido audible, como el que uno oye al cerrar los dientes con fuerza.
"Afilado -pensó Mike-. Es un pico afilado. Yo sabía, claro, que los pájaros tienen el pico afilado, pero hasta ahora no había pensado en eso."
Otro chillido. Sonaba tan potente en aquella garganta de azulejos que Mike se cubrió las orejas con las manos.
El ave comenzó a entrar, trabajosamente, por la boca de la chimenea.

--¡No! -gritó el chico-. ¡No, no puedes!
La luz se iba borrando mientras el pájaro metía su cuerpo por el tubo de la chimenea. "Oh, Dios mío, ¿cómo no pensé que era casi todo plumas, que podía estrecharse?" La luz desapareció por completo. Sólo quedaban la negrura total, el sofocante olor del pájaro y el sonido susurrante de sus plumas.
Mike cayó de rodillas y comenzó a tantear el suelo curvo de la chimenea con las manos. Encontró un trozo de azulejo roto cuyos bordes filosos estaban forrados por algo que parecía musgo. Echó el brazo hacia atrás y lo arrojó. Se oyó un ruido seco. El ave repitió su gorgojeo zumbante.
--¡Sal de aquí! -aulló Mike.
Reinó el silencio... y luego se inició otra vez aquel sonido susurrante, como de papel de seda, al reanudar el pájaro su forcejeo por avanzar en el tubo. Mike palpó el suelo, encontró otros fragmentos de azulejo y comenzó a arrojarlos, uno tras otro. Rebotaban sordamente en el ave y tintineaban contra la curva de la chimenea.
"Por favor, Dios mío -pensó Mike-. Por favor, por favor, Dios mío..."
Entonces se le ocurrió que debía retroceder por el tubo. Había entrado por la base de la chimenea; lo lógico era que se estrechara hacia arriba. Podría retroceder escuchando ese susurro que lo seguía; si tenía suerte, tal vez llegara a un punto donde el ave no pudiera seguir avanzando.
Pero ¿y si el pájaro se atascaba?
En ese caso, él y el pájaro morirían juntos allí. Morirían juntos y juntos se pudrirían. En la oscuridad.
--¡Por favor, Dios mío! -vociferó, sin saber que había hablado en voz alta.
Arrojó otro fragmento de azulejo y esa vez su impulso fue más poderoso. Sintió, diría a los otros mucho después, como si alguien estuviera detrás de él en ese momento y ese alguien hubiera dado a su brazo un gran impulso. Esa vez no se oyó el rebote entre las plumas, sino un ruido chapoteante, como el que podría hacer una palmada en la superficie de gelatina semisolidificada. El pájaro chilló pero no de furia, sino de auténtico dolor. El tenebroso tremolar de sus alas llenó la chimenea; un aire maloliente pasó junto a Mike como un huracán agitándole la ropa. Entre toses y arcadas, retrocedió entre el polvo y el musgo que se arremolinaban.
Volvió la luz, gris y débil al principio, pero cada vez más potente, mientras el ave retrocedía. Mike rompió en lágrimas y, dejándose caer de rodillas, comenzó a buscar trozos de azulejos enloquecidamente. Sin ser consciente, se adelantó con las manos llenas de proyectiles (la luz le permitía ver que estaban manchados de musgo y líquenes azul grisáceo, como lápidas de pizarra) hasta que llegó casi a la boca de la chimenea. No dejaría, en lo posible, que el ave volviera a entrar.
Estaba allí, inclinado, con la cabeza torcida, tal como suelen ponerla en su percha los pájaros adiestrados y Mike vio dónde le había dado con su último proyectil. El ojo derecho había desaparecido casi por completo; en vez de aquella centelleante burbuja de alquitrán fresco, había un cráter lleno de sangre. Un engrudo gris blancuzco goteaba desde la comisura corriendo hasta el pico. En ese chorro mórbido se retorcían diminutos parásitos.
Lo vio y se lanzó hacia adelante. Mike comenzó a arrojarle trozos de azulejo que le golpearon en la cabeza y el pico. El ave se retiró por un momento y volvió a

atacar con el pico abierto, descubriendo otra vez aquel interior rosa... y revelando algo que dejó a Mike momentáneamente petrificado, con la boca abierta: la lengua del ave era plateada, con una superficie tan resquebrajada como lava volcánica enfriada. Y sobre esa lengua, como extrañas pelotas de pasto seco que hubieran arraigado allí, había varios pompones color naranja.

Mike arrojó los últimos fragmentos directamente al interior de aquellas fauces abiertas. El pájaro volvió a retirarse aullando de rabia, frustración y dolor. Por un momento Mike vio sus garras de reptil. Luego, sus alas batieron el aire y la monstruosa figura desapareció.

Un momento después, el chico levantó la cara, casi gris bajo el polvo y los trozos de musgo que los ventiladores de aquellas alas habían arrojado contra él, hacia el repiqueteo de las uñas contra el azulejo. Lo único limpio en su rostro eran los surcos lavados por las lágrimas.

El pájaro se paseaba allá arriba. Tac-tac-tac-tac.

Mike retrocedió un poco, recogió más trozos de azulejos y los amontonó ante la boca de la chimenea, tan cerca como se atrevió a ponerlos. Si aquello volvía, él dispararía a quemarropa. La luz, fuera, aún era intensa. Corría mayo y aún tardaría en oscurecer, pero ¿qué pasaría si el ave decidía esperar?

Mike tragó saliva. Por un instante, los flancos secos de su garganta se tocaron entre sí.

Arriba: tac-tac-tac.

Ya tenía un buen montón de municiones. En la penumbra que reinaba allí, más allá de donde el ángulo del sol creaba una espiral de sombras dentro del tubo, parecía un puñado de vajilla rota barrida por un ama de casa. Mike se frotó las palmas sucias contra las perneras de los vaqueros y esperó.

Transcurrió cierto tiempo antes de que algo pasara; no habría podido decir si fueron cinco minutos o veinticinco. Sólo tenía conciencia de que el pájaro seguía paseándose allá arriba como un insomne a las tres de la madrugada.

Por fin, sus alas volvieron a agitarse. Aterrizó frente a la boca de la chimenea. Mike, de rodillas tras su montón de azulejos, comenzó a arrojarle proyectiles antes de que pudiera inclinar la cabeza. Uno de ellos dio en la pata amarilla arrancando un hilo de sangre casi negra. Mike aulló, triunfal, aunque su voz casi se perdió bajo el chillido furioso del ave:

--¡Vete de aquí! ¡Te seguiré acribillando hasta que te largues, lo juro!

El pájaro voló hasta la parte superior de la chimenea y reanudó sus paseos.

Mike esperaba.

Por fin, las alas volvieron a agitarse levantando vuelo. Mike aguardó a que aquellas patas de gallina gigantesca volvieran a aparecer. No fue así. Esperó un rato más, seguro de que era una treta. Por fin comprendió que si seguía allí no era por eso. Esperaba porque sentía miedo de salir, de abandonar la protección del agujero.

"¡Nada de eso! ¡No me gusta eso! ¡No soy un gallina!"

Se llenó las manos de fragmentos de azulejo y guardó otros en su camisa. Así armado, salió de la chimenea tratando de mirar a todos los lados al mismo tiempo, lamentando no tener ojos en la nuca. Sólo se veía el terreno sembrado de restos destrozados y mohosos dejados por el estallido de la fundición Kitchener. Giró en redondo, seguro de ver al pájaro subido en el borde de la chimenea como un

cuervo, un cuervo tuerto; sólo querría que el niño lo viera antes de atacar por última vez con aquel pico filoso para clavar, desgarrar, arrancar.
Pero el ave no estaba allí.
Se había ido.
Los nervios de Mike cedieron.
Dejó escapar un entrecortado alarido de miedo y corrió hacia la cerca, maltratada por el clima, que separaba el solar de la carretera. Mientras corría dejó caer los trozos de azulejos. Los que llevaba bajo la camisa cayeron también. Franqueó la cerca con una sola mano, como Roy Rogers cuando se exhibe ante Dale Evans. Aferró el manillar de su bicicleta y corrió junto a ella diez o doce metros antes de subir. Después pedaleó como un loco, sin atreverse a mirar atrás ni a disminuir la marcha, hasta llegar a la intersección de Pasture Road y Main Street, donde había mucho tráfico.
Cuando llegó a su casa, el padre estaba cambiando las bujías al tractor. Observó que el chico estaba polvoriento y desharrapado. Mike vaciló un segundo antes de explicar que se había caído de la bicicleta al esquivar un bache.
--¿No te hiciste daño, Mike? -preguntó Will, observando a su hijo con más atención.
--No, papá.
--¿Ninguna torcedura?
--Tampoco.
--¿Seguro?
Mike asintió.
--¿Has recogido algún recuerdo?
Mike metió la mano en el bolsillo y sacó la rueda dentada para mostrársela al padre. Will le echó una breve mirada antes de extraer un diminuto fragmento de azulejo de la parte carnosa del pulgar de Mike. Eso pareció interesarle más.
--¿Es de la vieja chimenea?
Mike asintió.
--¿Te has metido allí?
Mike volvió a asentir.
--¿No has visto nada allí dentro? -De inmediato, como para trocar la pregunta en chiste, aunque no había sonado nada chistosa, Will agregó-: ¿Algún tesoro enterrado?
El chico sacudió la cabeza, con una sonrisita.
--Bueno, no le cuentes a tu madre que estuviste curioseando por allí. Nos mataría, a mí y a ti. -Miró a su hijo más de cerca- . Mike, ¿seguro que estás bien?
--Claro.
--Pareces algo ojeroso.
--Estoy un poco cansado -explicó Mike-. No te olvides de que hay doce, quince kilómetros hasta allá, ida y vuelta. ¿Quieres que te ayude con el tractor, papá?
--No, creo que por esta semana he terminado de acondicionarlo. Ve a lavarte.
Cuando Mike iba a hacerlo, el padre lo llamó otra vez.
--No quiero que vuelvas a ese lugar -dijo-, al menos mientras no se aclare ese asunto y atrapen a ese bastardo. Tú no has visto a nadie por allí, ¿verdad? ¿No te persiguió nadie, no trataron de detenerte a gritos?
--No había ninguna persona, papi -dijo Mike.

Will encendió un cigarrillo, moviendo la cabeza.
--Creo que hice mal en mandarte allá. Esos lugares... a veces son peligrosos.
Sus ojos se encontraron por un instante.
--Está bien, papá -dijo Mike-. De cualquier modo, no quiero volver. Me dio un poco de miedo.
El padre volvió a menear la cabeza.
--Cuanto menos se diga, mejor, supongo. Ahora ve a lavarte. Y di a tu madre que ponga tres o cuatro salchichas más.
Mike así lo hizo.

6.

"Eso ya no importa -pensó Mike Hanlon, mirando los surcos que llegaban hasta el parapeto del canal-. Eso ya no importa. De cualquier modo pudo haber sido un sueño, y además..."
En el borde del canal había manchas de sangre reseca. Mike las observó. Después bajó la vista al canal. El agua negra pasaba suavemente. A los lados de cemento se adherían cintas de sucia espuma amarillenta, que a veces se liberaban para flotar corriente abajo, en perezosas curvas. Por un momento, sólo por un momento, dos manojos de esa espuma se unieron para formar una cara, una cara de niño, con los ojos vueltos hacia arriba, en un rictus de terror y agonía.
Mike dio un respingo.
La espuma se separó, perdiendo otra vez significado. En ese momento Mike oyó un fuerte chapoteo a su derecha. Giró bruscamente la cabeza, encogiéndose un poco, y por un instante creyó ver algo en las sombras del túnel de salida, donde el canal volvía a la superficie, tras su paso por debajo de la ciudad.
De inmediato desapareció.
De pronto, helado y temblando, el chico buscó en el bolsillo la navaja que había encontrado en el pasto y la arrojó al canal. Se oyó un pequeño chapoteo que provocó un oleaje; se inició en un círculo, pero la corriente le dio forma de punta de flecha. Después, nada.
Nada, salvo el miedo y la mortífera certidumbre de que algo, muy cerca, lo estaba observando, calculando sus posibilidades, tomándose tiempo.
Giró, con intención de caminar hacia su bicicleta (correr habría sido dignificar esos miedos y perder la propia dignidad), pero entonces volvió a sonar aquel chapoteo, más potente. Al cuerno con la dignidad. Mike echó acorrer en busca del portón y de su bicicleta. Subió y salió pedaleando a toda prisa. El olor a mar fue, de inmediato, muy denso... demasiado denso. Estaba en todas partes. Y el agua que goteaba de las ramas mojadas hacía demasiado ruido.
Algo venía hacia él. Oyó pasos acechantes, arrastrados, en el césped.
Se irguió sobre los pedales, aplicando toda su fuerza, y voló por Maine sin mirar atrás. Se dirigió hacia su casa a toda velocidad preguntándose qué demonios le había hecho huir.
Después trató de pensar en sus tareas, en todas sus tareas y en nada más que en sus tareas. Al cabo de un rato tuvo éxito.

Y cuando vio los titulares en el periódico, al día siguiente ("Nuevos temores por la desaparición de un niño"), pensó en la navaja que había arrojado al canal, en aquellas iniciales E. C. grabadas en el mango. Pensó en la sangre que había visto en el césped.
Y pensó en aquellos surcos que se interrumpían a la vera del canal.

VII. El dique en Los Barrens.

1.

Vista desde la autopista a las cinco menos cuarto de madrugada, Boston parece una ciudad de muertos cavilando tristemente sobre alguna tragedia de su pasado; una plaga, tal vez una maldición. Del océano viene el olor de la sal, pesado y sofocante. Largas franjas de niebla matutina oscurecen, en su mayor parte, lo que podría estar a la vista.
Mientras conduce hacia el norte, por Storrow Drive, el Cadillac 84 que ha retirado de Limusinas Cape Cod, Eddie Kaspbrak piensa que puede sentirse la edad de se lugar, tal vez como en ninguna otra ciudad de Norteamérica. Comparada con Londres, Boston es un niño; comparada con Roma, un bebé de pecho; pero para Norteamérica es vieja, viejísima. Ya estaba en esas lomas hace trescientos años, cuando nadie había pensado en impuestos al té y a los sellos, cuando los grandes próceres aún no habían nacido.
Su vetustez, su silencio y el olor neblinoso del mar: todo eso pone nervioso a Eddie. Cuando Eddie está nervioso necesita de su inhalador. Se lo mete en la boca y dispara una nube de rocío revitalizante a su garganta.
Hay pocas personas en las calles por las que pasa, y sólo uno o dos peatones en los puentes para cruce; ellos desmienten la impresión de haber caído en un relato lovecraftiano, de ciudades condenadas, demonios ancestrales y monstruos de nombres impronunciables. Allí, amontonados en torno de las señales que indican paradas de autobús, hay camareras, enfermeras, empleados públicos, rostros desnudos y abotagados por el sueño.
"Así me gusta -piensa Eddie, pasando bajo un cartel que reza: "Puente Tobin"-. Así me gusta: limítense a los autobuses. Olvídense del metro. Los metros son mala idea; yo no bajaría a ellos. Abajo no. En los túneles no.
Es una mala idea para tener en la cabeza; si no se deshace pronto de ella, necesitará otra vez de su inhalador. Cabe agradecer que en el puente Tobin el tránsito sea más denso. Pasa junto a un monumento en construcción; a un lado, se lee una advertencia algo intranquilizante: ¡No corras! ¡Te esperamos!
Allí un letrero verde indica: I-95 a Maine. A toda Nueva Inglaterra. Le echa un vistazo y, de pronto, un escalofrío lo sacude hasta los huesos. Sus manos se sueldan momentáneamente al volante del Cadillac. Le gustaría creer que son los primeros síntomas de alguna enfermedad, un virus, tal vez una de las "fiebres intermitentes" de su madre, pero sabe que no es así. Es la ciudad erguida tras él, silenciosamente detenida en el filo que separa el día de la noche, y lo que ese

cartel le promete. Está enfermo, si, de eso no cabe duda, pero no se trata de un virus ni de una fiebre intermitente. Ha sido envenenado por sus propios recuerdos.

"Tengo miedo -piensa Eddie-. Era eso lo que estaba siempre en el fondo. El miedo. Eso era todo. Pero al final, creo que, de algún modo, lo invertimos. Lo usamos. ¿Cómo?"

No lo recuerda. Se pregunta si alguno de los otros lo recordará. Por el bien de todos, espera que así sea.

Un camión pasa zumbando a su izquierda. Eddie, que aún lleva las luces encendidas, hace un guiño con los faros en cuanto el camión se adelanta a distancia prudencial. Lo hace sin pensar. Se ha convertido en algo automático, como parte de su trabajo de conducir. El invisible conductor del camión, a su vez, hace dos rápidos guiños con sus intermitentes, agradeciéndole la cortesía. "Si todo fuera tan fácil y sencillo", piensa Eddie.

Sigue los carteles hasta la I-95. El tránsito hacia el norte es escaso, aunque las vías hacia el sur, a la ciudad, comienzan a llenarse a pesar de la hora temprana. Eddie conduce el gran coche como flotando, previendo casi todas las señales de tráfico y ubicándose en el carril correcto mucho antes de lo necesario. Hace años, literalmente, que no pasa de largo ante la salida buscada. Elige sus carriles tan automáticamente como ha indicado al camionero que podía adelantar sin problemas, tan automáticamente como, en otros tiempos, encontró el camino en el laberinto de senderos de Los Barrens, allá en Derry. El hecho de que nunca antes había conducido por los alrededores de Boston, una de las ciudades más confusas de Norteamérica para el automovilista, no parece preocuparle.

De pronto recuerda algo más sobre aquel verano, algo que Bill le dijo un día: "Tienes una b-b-brújula en la c-c-cabeza, E-E-Eddie."

¡Qué complacido quedó con eso! Vuelve a sentirse complacido mientras el Cadillac 1984 vuela hacia el peaje. Aumenta la velocidad hasta el límite legal de cien kilómetros por hora y busca música relajada en la radio En aquellos tiempos habría podido morir por Bill, si hubiera sido necesario. Con que Bill se lo hubiera pedido, Eddie se habría limitado a responder: "Por supuesto, Gran Bill. ¿Tienes pensado cuándo?"

Eddie ríe, no mucho, sólo un resoplido, pero basta para provocarle una risa de verdad. Ultimamente no ríe casi nunca, y en ese negro peregrinaje no esperaba, por cierto, mucha risada (esa palabra era de Richie; quería decir carcajadas, como cuando preguntaba: "¿Alguna buena risada por tu lado en lo que va del día, Eds?"). Pero es de suponer que, si Dios tiene la crueldad de conceder a los fieles lo que más desean en la vida, bien puede caer en la perversidad de repartir una o dos risadas por el camino.

--¿Alguna buena risada por tu lado, últimamente, Eds? - pregunta en voz alta.

Y vuelve a reír. Joder, cómo detestaba que Richie le llamara Eds... Pero también, en cierto modo, le gustaba. Así como a Ben Hanscom terminó por gustarle, tal vez, que Richie le llamara parva. Era algo así como... un nombre secreto. Una identidad secreta. Un modo de ser alguien completamente aparte de los miedos, las esperanzas, las exigencias de los padres. Richie no sacaba bien una sola de sus bienamadas voces, pero tal vez sabía lo importante que era, para descastados como ellos, convertirse a veces en otras personas.

Eddie echa un vistazo al cambio alineado sobre el tablero del Cadillac; acomodar el cambio es otra de las triquiñuelas automáticas del oficio. Cuando llegan los peajes, no conviene andar buscando la moneda correspondiente, sólo para descubrir que estamos en un peaje automático sin el cambio necesario.

Entre las monedas hay dos o tres dólares de plata falsa. Siempre tiene unos cuantos a mano, porque los peajes automáticos de las autopistas de Nueva York los aceptan.

Y eso enciende otra luz en su mente: dólares de plata. Pero no esos sandwiches de cobre, sino dólares de plata de verdad, con la Libertad estampada en una cara, vestida de gasas. Los dólares de plata de Ben Hanscom. Si, pero ¿no fue Bill, o Ben, o Beverly, quien una vez usó esas monedas de plata para salvarles la vida? No está seguro. En realidad, no está seguro de nada. ¿O es que no quiere recordar?

"Allá dentro estaba oscuro -piensa súbitamente. Eso lo recuerda-. Allá dentro estaba oscuro."

Boston ya ha quedado bien atrás y la niebla comienza a levantarse. Delante están "Maine y toda Nueva Inglaterra". Delante está Derry, y en Derry hay algo que debería haber muerto hace veintisiete años, pero que de algún modo no murió. Algo con tantas caras como Lon Chaney. Pero ¿qué es eso, en realidad? ¿Acaso no lo vieron al final, como realmente era, con todas las máscaras descartadas?

Ah, recuerda tantas cosas... pero no lo suficiente.

Recuerda que amaba a Bill Denbrough; recuerda muy bien eso. Bill nunca se burlaba de su asma. Bill nunca le llamaba "mariquita llorón". Quería a Bill como habría querido a un hermano mayor... o a su padre. Bill sabía qué hacer. A dónde ir. Qué cosas ver. Bill nunca era obstáculo para nada. Cuando se corría con Bill, se corría como si a uno lo llevara el diablo y se reía mucho... pero nunca se perdía el aliento. Y nunca perder el aliento era grandioso, joder, tanto que Eddie se lo diría a todo el mundo. Cuando uno corría con el gran Bill, habrá risadas todos los días.

--Claro, chico, toooodos los días -dice, en una de las voces de Richie Tozier, y vuelve a reír.

Había sido idea de Bill hacer ese dique en Los Barrens, y en cierto modo fue el dique lo que los unió a todos. Ben Hanscom fue el que les mostró cómo construirlo... y lo hicieron tan bien que se metieron en líos con el señor Nell, el policía de la zona. Pero había sido idea de Bill. Y aunque todos, menos Richie, habían visto, en Derry, cosas muy extrañas, terroríficas, desde principios de ese año, fue Bill el primero en reunir valor para decir algo en voz alta.

Ese dique.

Ese maldito dique.

Se acordó de Victor Criss: "Vamos, chicos. Era un diquecito de mierda, créanme. Para qué lo querían."

Un día después, Ben Hanscom, sonriente, les decía:

"Podríamos.

Podríamos inundar.

Podríamos inundarlos."

2.

Bill y Eddie miraron a Ben con cara de duda; luego, las cosas que Ben había llevado: algunas tablas (sustraídas del patio trasero del señor Mckibbon, sin duda, pero eso no importaba, porque mckibbon, probablemente, se las había sustraído a alguien), una maza y una pala.

--No sé -dijo Eddie, mirando a Bill de reojo-. Ayer, cuando probamos, no funcionó muy bien. La corriente se llevaba los palos.

--Pero con esto va a funcionar -aseguró Ben.

Él también miraba a Bill, esperando la decisión final.

--B-bueno, p-p-probemos -dijo Bill-. E-e-e-esta ma-mañana llamé a Rr-richie Tozier. Va a v-v-venir más t-t-tarde. A lo mejor él y StSt-Stanley quieren ay-ayudar.

--¿Qué Stanley? -preguntó Ben.

--Uris -completó Eddie.

Estaba observando cautelosamente a Bill; ese día se le notaba algo diferente, menos entusiasmado con la idea de hacer un dique. Bill estaba pálido, como distante.

--¿Stanley Uris? Creo que no lo conozco. ¿Va a la Derry?

--Es de nuestra edad, pero ya terminó cuarto -aclaró Eddie-. Empezó la escuela un año después, porque cuando era pequeño siempre estaba enfermo. Si crees que ayer te dieron una buena paliza, deberías alegrarte de no estar en el pellejo de Stan. A Stan siempre lo están moliendo a palos.

--Es j-j-judío -explicó Bill-. A m-m-muchos chi-chicos no les g-gusta porque es ju-ju-judío.

--¿Ah, sí? -se extrañó Ben-. ¿Judío? -Después de una pausa, añadió con cautela-: ¿Es como ser turco... o egipcio?

--Creo que m-m-más bien como ser tur-tur-turco -dijo Bill. Cogió una de las tablas que Ben había traído y la estudió. Medía alrededor de un metro ochenta de largo y casi un metro de ancho-. mi p-p-papá dice que c-c-casi todos los ju-judíos son na-narigones y t-t-tienen muchi-muchísima pasta p-pp-pero St-St-St...

--Pero Stan tiene una nariz como todas y nunca tiene un centavo -le ayudó Eddie.

--Sí -confirmó Bill, y esbozó una verdadera sonrisa por primera vez en el día.

Ben sonrió.

Eddie sonrió.

Bill arrojó la tabla a un lado y se levantó para sacudirse los vaqueros. Cuando bajó al borde del arroyo, los otros dos le siguieron. Bill hundió las manos en los bolsillos traseros, con un hondo suspiro. Eddie estaba seguro de que su amigo iba a decir algo grave. Bill miró a Eddie, luego a Ben y, finalmente, a Eddie otra vez. Ya no sonreía, y Eddie tuvo miedo de pronto.

Pero Bill sólo dijo:

--¿Tienes tu inhalador, E-Eddie?

El chico se dio una palmada en el bolsillo.

--Estoy armado -dijo.

--Oye, ¿cómo fue lo de la chocolatada? -preguntó Ben.

Eddie se echó a reír.

--¡Grandioso! -confirmó.
Él y Ben soltaron una carcajada, mientras Bill los miraba, sonriente pero desconcertado. Cuando Eddie le explicó el asunto, él hizo una señal de asentimiento.
--L-a-la ma-madre de Eddie t-t-tiene mi-miedo de que él se rompa y no coco-consiga re-repuesto.
Eddie resopló e hizo ademán de empujarlo al arroyo.
--Cuidado con lo que haces, caraculo -dijo Bill, imitando la voz de Henry Bowers-. Te voy a volver la cara de un puñetazo y podrás mirarte cuando te limpies.
Ben cayó al suelo, chillando de risa. Bill le dirigió una mirada, sin dejar de sonreír, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Sonreía, sí, pero algo distante. Miró a Eddie y después señaló a Ben con la cabeza.
--El ch-chico está m-medio t-t-tocado -dijo.
--Sí -concordó Eddie. Pero algo le hacía sentir que se limitaban a representar un rato agradable. Bill tenía algo en la cabeza. Probablemente lo diría en su momento. Ahora bien: ¿Eddie tenía ganas de enterarse?-. Este chico es mentalmente retardado.
--Petardeado -sugirió Ben, aún riendo.
--¿V-v-vas a enseñ-ñ-ñarnos c-c-cómo se hace un dique o p-p-piensas pasarte el día con el c-c-culo en el suelo?
Ben volvió a levantarse. Miró el arroyo, que discurría a velocidad moderada. El Kenduskeag no era muy ancho en esa parte de Los Barrens, pero el día anterior los había derrotado. Ni Bill ni Eddie habían podido descubrir el modo de resistirse a la corriente. Pero Ben sonreía con la sonrisa de alguien que piensa hacer algo nuevo, algo divertido, y no muy difícil. Eddie pensó: "Él sabe cómo hacerlo; creo que sabe, sí."
--Bueno -dijo-. Tendrán que sacarse los zapatos, chicos, porque se van a mojar los piececillos.
La madre mental que Eddie llevaba en la cabeza habló de inmediato, severa y autoritaria como un agente de tráfico: "¡Ni se te ocurra Eddie! ¡Ni se te ocurra! Mojarse los pies es un modo entre mil de pescar un resfriado. Y el resfriado lleva a la neumonía. ¡Así que ni se te ocurra!"
Bill y Ben ya estaban sentados en la orilla, quitándose las bambas y los calcetines. Ben se enrollaba trabajosamente las perneras del vaquero. Bill miró a Eddie con ojos llenos de simpatía. de pronto, Eddie tuvo la seguridad de que el Gran Bill conocía exactamente sus pensamientos. Y se sintió avergonzado.
--¿V-v-vienes?
--Sí, claro -dijo Eddie.
Se sentó en la ribera para descalzarse, mientras la madre rezongaba dentro de su cabeza... pero su voz se estaba tornando cada vez más lejana y hueca. Fue un alivio notarlo; era como si alguien hubiera enganchado la espalda de su blusa con un anzuelo y se la estuviera llevando lejos por un largo pasillo.

3.

Era uno de esos perfectos días de verano que, en un mundo donde todo estuviera en su sitio, uno jamás olvidaría. Una brisa moderada mantenía lejos a la mayoría de mosquitos y tábanos. El cielo tenía un color azul seco y brillante. La temperatura andaba por los veintidós o veintitrés grados. Los pájaros, cantando, se ocupaban de sus pajariles asuntos en los matorrales y en los árboles. Eddie tuvo que usar su inhalador una sola vez, pero su pecho se alivió de inmediato y su garganta pareció ensancharse como por arte de magia. Pasó el resto de la mañana con el chisme olvidado en el bolsillo trasero.

Ben Hanscom, que el día anterior pareció tan tímido e inseguro, se convirtió en un general lleno de confianza en sí mismo, una vez dedicado de lleno a la construcción del dique. De vez en cuando subía a la barranquilla y allí se erguía, con las manos lodosas en las caderas, observando la obra en marcha, mientras murmuraba para sí. A veces se mesaba el pelo, que, hacia las once de la mañana, estaba erguido en descabellados y cómicos picos.

Eddie sintió, en un principio, inseguridad; después, una sensación de júbilo; por fin, algo totalmente extraño, a un tiempo misterioso, atemorizante y estimulante. Era una sensación tan ajena a su temperamento habitual que no pudo darle nombre hasta que se fue a la cama, por la noche, y repasó el día con la vista perdida en el techo. Poder. Eso había sido su sensación. Poder. Aquello daría resultado, por Dios, y daría un resultado aún mejor de lo que él y Bill (tal vez el mismo Ben) habían soñado.

Notó que también Bill se estaba entusiasmando; al principio, sólo un poco, aún mascullando lo que tenía en mente, fuera lo que fuese; después, poco a poco, se fue entregando a la tarea. Una o dos veces descargó una palmada en el carnoso hombro de Ben diciéndole que era un tipo increíble. Ben enrojeció de satisfacción.

Ben hizo que Eddie y Bill pusieran una tabla cruzando el arroyo, mientras él usaba la maza para asentarla en el lecho de la corriente.

--Listo; está clavada, pero tú tendrás que sostenerla para que la corriente no se la lleve -dijo a Eddie.

Y Eddie quedó de pie en medio del arroyo, sujetando la tabla, mientras el agua, al pasar por arriba, convertía sus manos en ondulantes estrellas de mar.

Ben y Bill instalaron una segunda tabla a medio metro de la primera, corriente abajo. Ben usó nuevamente la maza para asentarla y, mientras su compañero la sujetaba, comenzó a llenar el espacio entre las dos tablas con tierra arenosa de la ribera. Al principio, el material salía por los extremos de las tablas en nubes arenosas y a Eddie le pareció que aquello no iba a dar resultado, pero cuando Ben empezó a agregar rocas y barro del lecho, las nubes de arenisca empezaron a disminuir. En menos de veinte minutos había creado un abultado canal de tierra y piedras entre las dos tablas, en medio del riachuelo. Pata Eddie, aquello era como un sueño.

--Si tuviéramos cemento de verdad, en vez de sólo barro y piedras... tendrían que cambiar de sitio toda la ciudad para mediados de la semana que viene -aseguró Ben, arrojando la pala a un lado.

Se sentó en la orilla para recobrar el aliento, mientras Bill y Eddie reían. Él les sonrió. Cuando sonreía, en las líneas de su cara aparecía el fantasma del apuesto hombre que llegaría a ser. El agua había comenzado ya a agolparse tras las tablas que hacían frente a la correntada.

Eddie preguntó qué iban a hacer para impedir que el agua escapara por los flancos.
--Hay que dejarla salir. No importa.
--¿No?
--No.
--¿Por qué?
--No sé explicarlo, pero hay que dejar pasar un poco.
--¿Cómo lo sabes?
Ben se encogió de hombros. Su gesto decía: "Qué sé yo; lo sé." y Eddie guardó silencio.
Cuando hubo descansado, Ben cogió una tercera tabla, la más gruesa de las cuatro o cinco que había llevado laboriosamente a través de la ciudad y la puso cuidadosamente contra la tabla inferior acuñando un extremo en el lecho del arroyo y apretando el otro contra la tabla que Bill había sostenido. Así creó el soporte que había dibujado el día anterior.
--Bueno -dijo, echándose atrás con una gran sonrisa-, creo que ya podéis soltar. El material que hay entre las dos tablas soportará la mayor parte de la presión del agua. Y el soporte se hará cargo del resto.
--¿No se irá con el agua? -preguntó Eddie.
--No. El agua lo hará clavarse más hondo.
--Y si te equivocas, te mama-mataremos -dijo Bill.
--De acuerdo -reconoció Ben.
Bill y Eddie se retiraron. Las dos tablas que formaban la base del dique crujieron un poco, se inclinaron un poco... y eso fue todo.
--¡Guau! -se asombró Eddie.
--Es g-g-genial -dijo Bill.
--Sí -confirmó Ben-. Vamos a comer.

4.

Se sentaron a comer en la ribera, sin hablar mucho, mientras contemplaban el agua acumulada tras el dique y las filtraciones por los extremos de las tablas. Eddie vio que ya habían alterado un poco la geografía del arroyo: la corriente desviada estaba abriéndole huecos a la costa. Ante la mirada de los chicos, el nuevo curso del arroyo socavó la orilla más alejada al punto de provocar una pequeña avalancha.
Corriente arriba, el agua formaba un estanque más o menos circular; en un punto había llegado a sobrepasar la orilla. Unos arroyuelos brillantes, llenos de reflejos, corrían por el pasto y la maleza. Poco a poco, Eddie comenzó a comprender lo que Ben había sabido desde un principio: el dique ya estaba construido. Las aberturas entre las tablas y la ribera actuaban como esclusas. Ben no había podido explicarlo porque no conocía el término. Sobre las tablas, el Kenduskeag había tomado un aspecto henchido. El sonido carcajeante el agua llana, que avanzaba parloteando entre piedras y guijarros, ya no existía; todas las rocas, corriente arriba a partir del dique, estaban cubiertas. De vez en cuando, un

poco de césped y tierra, socavados por el arroyo ensanchado, caían a la corriente con un chapoteo.

Corriente abajo, el curso del agua estaba casi vacío. Unos hilos delgados e inquietos corrían por el centro, pero eso era casi todo. Las piedras, que habían estado bajo el agua por un tiempo incontable, se secaban al sol. Eddie las contempló maravillado... y con aquella sensación extraña. Ellos habían hecho eso, ellos. Vio que una rana pasaba saltando y la imaginó pensando: "¿Adónde diablos se ha ido el agua?" Entonces soltó una carcajada.

Ben estaba guardando sus envolturas vacías en la bolsa que había llevado para el almuerzo. Tanto Eddie como Bill quedaron asombrados ante la abundancia de la merienda que Ben desplegó: dos bocadillos de mermelada y mantequilla de cacahuete, uno de fiambre, un huevo duro (con su pizca de sal en un trocito de papel encerado retorcido), dos barras de higo, tres pastas grandes de chocolate y un turrón.

--¿Qué dijo tu madre cuando vio la paliza que te habían dado? -preguntó Eddie.

--¿Eh? -Ben apartó la vista del estanque, cada vez mas amplio, y disimuló un eructo tras el dorso de la nano-. Oh, bueno, yo sabía que ayer era su tarde de ir al supermercado. Llegué a casa antes que ella, me bañé y me deshice de la ropa que tenía puesta. Probablemente no note la falta de la sudadera porque tengo muchas, pero voy a tener que comprarme otros vaqueros antes de que se ponga a husmear en mis cajones.

La idea de desperdiciar el dinero en algo tan poco esencial arrojó una momentánea tristeza al rostro de Ben.

--¿Y d-d-de tus mo-mo-moretones?

--Le dije que, en el entusiasmo de terminar las clases, salí corriendo de la escuela y caí por los escalones de entrada.

Ben puso cara de sorpresa algo ofendida al ver que Eddie y Bill reían. Bill, que estaba comiendo tarta de chocolate hecha por su madre, despidió un chorro de migas pardas y sufrió un acceso de tos. Eddie, que seguía aullando de risa, le dio unas palmadas en la espalda.

--Bueno, la verdad es que estuve a punto de caerme -dijo Ben-. Pero fue porque Victor Criss me empujó, no porque yo fuera corriendo.

--Con esa sudadera yo me cocinaría como en un asador -dijo Bill, acabando con el último bocado de tarta.

Ben vaciló. Por un momento pareció a punto de callar, pero al fin dijo:

--Cuando uno es gordo, conviene usar sudaderas.

--¿Por la panza? -preguntó Eddie.

Bill resopló.

--Por las t-t-t-t...

--Sí, por las tetas, y qué.

--Sí dijo Bill-, y qué.

Hubo un momento de torpe silencio. Luego Eddie dijo

--Mirad qué oscura se pone el agua que sale por ese lado del dique.

--¡Jolín! -Ben se levantó de un salto-. ¡La corriente está llevándose el relleno! Ojalá tuviéramos cemento...

El daño fue reparado deprisa, pero hasta Eddie se dio cuenta de lo que pasaría cuando no hubiera nadie allí para rellenarlo; tarde o temprano, la erosión haría que la tabla superior se derrumbara contra la otra. Y entonces todo se vendría abajo.
--Podemos rellenar los lados -sugirió Ben-. Eso no impedirá la erosión, pero la frenará un poco.
--Si usamos arena y lodo, ¿no seguirá yéndose con el agua? - preguntó Eddie.
--Usaremos manojos de pasto.
Ben asintió, sonriendo, e hizo una O con el pulgar el índice de la mano derecha.
--Vamos. Yo recogeré el césped y tú me dirás dónde ponerlos, Big; Ben.
Desde atrás, una voz estridente exclamó:
--¡Dios mío! ¡Alguien ha hecho una piscina en Los Barrens, con bronceadores para el ombligo y todo!
Eddie se volvió, al notar que Ben se ponía tenso ante el sonido de aquella voz extraña y que sus labios se apretaban. A cierta distancia, corriente arriba, en el sendero que Ben había cruzado el día anterior, estaban Richie Tozier y Stanley Uris.
Richie bajó a saltos hasta el arroyo. Después de echar a Ben una mirada de interés, pellizcó a Eddie en la mejilla.
--¡No hagas eso! ¡Detesto que hagas eso, Richie!
--Oh, si te encanta, Ed -aseguró Richie, radiante-. ¿Qué me cuentas? ¿Disfrutando de buenas risadas o no?

5.

Hacia las cuatro, los cinco abandonaron el trabajo. Se sentaron en el barranco, más arriba (el punto donde Bill, Ben y Eddie habían almorzado estaba ya bajo el agua), para contemplar la obra. Hasta a Ben le costaba creérselo. Sentía una mezcla de triunfo, cansancio e inquietud, casi miedo. Se descubrió pensando en la película Fantasía y en el ratón Mickey, aprendiz de brujo, que había sabido lo suficiente como para poner en marcha las escobas, pero no para detenerlas.
--Increíble, joder -dijo Richie Tozier, mientras se ajustaba las gafas.
Eddie le echó un vistazo, pero aquello no era una de sus actuaciones: Richie estaba pensativo, casi solemne.
Al otro lado del riachuelo, donde la tierra se elevaba para inclinarse luego colina abajo, habían creado un nuevo sector pantanoso. Los arbustos se erguían desde treinta centímetros de agua. Detrás del dique, el Kenduskeag, llano e inocuo esa misma mañana, se había convertido en una quieta y henchida extensión de agua.
Hacia las dos, el estanque ensanchado tras el dique había socavado tanto la ribera que las esclusas habían tomado el tamaño de riachos. Todos, menos Ben, salieron en una expedición de emergencia por el vertedero en busca de más materiales. Ben, mientras tanto, rellenaba metódicamente las filtraciones.
Los expedicionarios volvieron, no sólo con tablas, sino con cuatro neumáticos viejos, la portezuela herrumbrada de un Hudson 1949 y una gran chapa de acero corrugado. Bajo la dirección de Ben, agregaron dos alas al dique original bloqueando la salida del agua por los lados. Con esas alas inclinadas hacia atrás, contracorriente, el dique funcionaba aún mejor que antes.

--Lo has arreglado -dijo Richie-. Eres un genio, tío.
Ben sonrió.
--No ha sido nada.
--Tengo cigarrillos -dijo Richie-. ¿Os apetece?
Sacó el arrugado paquete blanco y rojo de sus pantalones y lo pasó. Eddie lo rechazó pensando en lo que podía hacer un cigarrillo a su asma. Stan también rehusó. Bill tomó uno y Ben lo imitó, tras un instante de vacilación. Richie sacó un librillo de cerillas y encendió primero el de Ben y luego el de Bill. Estaba a punto de encender el suyo cuando Bill le apagó la cerilla de un soplido.
--Muchas gracias, capullo -dijo Richie.
Bill sonrió, como pidiendo disculpas.
--Tres con un solo fós-fós-fósforo -dijo-. T-t-ttrae ma-mala suerte...
--Mala suerte la de tus padres, cuando tú naciste -replicó Richie.
Y encendió otra cerilla para su cigarrillo. Después se acostó y cruzó los brazos detrás de la cabeza, el cigarrillo entre los dientes.
--El sabor de la calidad -dijo, repitiendo la propaganda de esa marca. Después giró la cabeza para mirar a Eddie con un guiño-. ¿Verdad, Eds?
Eddie vio que Ben lo miraba con una mezcla de admiración y cautela. Era comprensible. Él conocía a Richie Tozier desde hacía cuatro años, pero aún no lo entendía. Richie sacaba nueves y dieces en su boletín de calificaciones, pero también regulares y deficientes en conducta. El padre armaba un escándalo y la madre lloraba cada vez que pasaba eso. Entonces Richie juraba portarse mejor y cumplía... por quince o veinte días. El problema era que Richie no podía quedarse quieto más de un minuto seguido; en cuanto a mantener la boca cerrada, jamás. Allí abajo, en Los Barrens, eso no le provocaba problemas, pero Los Barrens no eran la Tierra de Nunca Jamás. Ellos sólo podían ser los Niños Salvajes por unas pocas horas diarias (la idea de que un niño salvaje llevara un inhalador en el bolsillo trasero hizo sonreír a Eddie). Lo único malo de Los Barrens era que uno siempre tenía que irse. Allá fuera, en el mundo adulto, las tonterías de Richie siempre causaban líos... entre los adultos, lo cual era grave, y entre tipos como Henry Bowers, lo que era todavía peor.
Su llegada, esa tarde, había sido un ejemplo perfecto. Ben apenas había tenido tiempo de decir "hola" antes de que Richie cayera de rodillas a sus pies iniciando una serie de grotescas reverencias con los brazos y las manos abofeteando el barro cada vez que se inclinaba. Al mismo tiempo, comenzó a hablar con una de sus voces.
Richie tenía diez o doce voces diferentes. Una tarde de lluvia había dicho a Eddie, en la buhardilla del garaje de los Kaspbrak, mientras leían revistas de La pequeña Lulú, que su ambición era llegar a ser el mayor ventrílocuo del mundo. Sería mejor que Edgar Bergen y participaría todas las semanas en El Show de Ed Sullivan. Eddie lo admiraba por esa ambición, pero preveía dificultades. Para empezar, todas las voces de Richie se parecían mucho a la voz de Richie Tozier. Eso no impedía que Richie fuera divertido, de vez en cuando. Cuando se refería a las agudezas verbales y a los pedos audibles, la terminología de Richie era la misma: para él, eso era soltarse uno bueno y se pasaba la vida soltándose buenos de ambas especies, generalmente cuando no debía. En segundo término, cuando Richie oficiaba de ventrílocuo, movía los labios un poco en todos los sonidos y en

los de "p" y "b" los movía mucho. Tercero, cuando Richie decía que iba a hacer imitaciones con la voz, habitualmente no la proyectaba muy lejos. Casi todos sus amigos eran demasiado buenos (o se divertían demasiado con el encanto le Richie, a veces agotador) como para mencionarle esos pequeños fallos.
Mientras se prosternaba frenéticamente delante del sorprendido y azorado Ben Hanscom, Richie usó la voz que llamaba "del negro Jim".
--¡Pero vean, vean, si es Parva Clahoun! -vociferó-. ¡No se me caiga encima, señó Parva, señó! ¡Me va'ce puré, señó! Ciento cincuenta kilos de ca.ne que se mueve, un metro de teta a teta, Parva huele iguá que mie.da de pantera. Lo llevo donde quiera, señó, pero no se caiga encima, encima de este pobre negrito.
--No te preocupes -dijo Bill-. Ass-sí es Ri-richie. E-e-es chichi-flado.
Richie se levantó de un salto.
--Oí muy claramente eso, Denbrough. Si no me deja en paz, le arrojaré encima a Parva, aquí presente.
-La m-m-mejor p-p-parte de ti se esescurrió p-ppor las pi-piernas de t-t-tu padre.
--Cierto -dijo Richie-, pero mira cuánto material de primera quedó. ¿Cómo estás, Parva? Richie Tozier, Hacedor de Voces, a tu servicio.
Tendió la mano. Ben, aturdido, iba a estrechársela cuando Richie la retiró. Ben se quedó parpadeando. Por fin Richie le estrechó la mano.
--Me llamo Ben Hanscom, por si te interesa -dijo Ben.
--Te he visto en la escuela. -Richie señaló con un amplio ademán el estanque, cada vez más extenso-. Seguramente eso ha sido idea tuya. Estos inútiles no sabrían encender un petardo con un lanzallamas.
--Venga, Richie -dijo Eddie.
--Ah, ¿eso significa que la idea fue tuya, Eds? Caramba, disculpa. -Se arrojó a los pies de Eddie y comenzó otra vez con sus locas reverencias.
--¡Basta, levántate, que me estás salpicando de barro! - chilló Eddie.
Richie volvió a levantarse de un salto y le pellizcó la mejilla.
--¡Ay, qué niño bonito! -exclamó.
--¡Basta!
--Confiesa, Eds: ¿quién construyó el dique?
--B-B-Ben nos enseñó c-c-cómo se hacía -dijo Bill.
--Muy bien. -Richie giró en redondo y descubrió a Stanley Uris de pie tras él, con las manos en los bolsillos, observando la actuación de su compañero-. Te presento a Stan el Galán. Uris, Ben. Stan es judío. Él mató a Jesucristo. Al menos eso es lo que Victor Criss me dijo un día. Desde entonces le hago la pelota. Imagínate: si es tan viejo que ha de tener edad para comprarnos unas latas de cerveza. ¿No es cierto, Stan?
--Creo que ése debe haber sido mi padre -aclaró Stan, en voz baja y agradable.
Todos se deshicieron en risas, incluido Ben. Eddie rió hasta quedar jadeante y con lágrimas en los ojos.
--¡Uno bueno! -exclamó Richie, paseándose con los brazos sobre la cabeza, como los árbitros de fútbol para señalar que un tanto ha sido válido-. ¡Stan el Galán soltó uno bueno! ¡Vivimos un momento histórico! ¡Aleluya!
--Hola -dijo Stan a Ben, como si no prestara atención a Richie.
--Hola -respondió Ben-. En segundo curso estuvimos juntos. Tú eras el chico que...

--... nunca decía nada -terminó Stan, sonriendo.
--Eso.
--Stan no es capaz de decir "mierda" aunque la tenga en la boca -dijo Richie-. Y mira que muchas veces tiene la boca llena de eso. ¡Alelu...!
--B-b-basta, Richie -dijo Bill.
--Bueno, pero primero debo deciros otra cosa, aunque me duela en el alma. Creo que estáis perdiendo el dique. El valle está a punto de inundarse, compinches. Saquemos primero a las mujeres y los niños.
Y Richie, sin molestarse en recogerse los pantalones, ni siquiera en quitarse las bambas, saltó al agua y empezó a plantar trozos de césped contra el ala más próxima de la represa, donde la correntada empezaba a brotar en arroyos lodosos. Sus anteojos tenían una patilla remendada con cinta adhesiva, y el extremo suelto le flameaba contra el pómulo mientras trabajaba. Bill sorprendió la mirada de Eddie y sonrió, encogiéndose de hombros. Así era Richie. Era capaz de enloquecer a uno... pero resultaba una agradable compañía.
Pasaron una hora más trabajando en el dique. Richie obedecía de buena gana las órdenes de Ben (que se habían vuelto algo vacilantes, con otros dos chicos bajo su mando) y las cumplía a ritmo frenético. Cuando cada tarea quedaba acabada, se presentaba nuevamente ante Ben para recibir otra misión, ejecutando un saludo militar, mientras entrechocaba los talones mojados de sus bambas. De vez en cuando arengaba a los otros con una de sus voces, ya la del comandante alemán, ya la de Toodles, el mayordomo inglés, el senador del Sur (que se parecía bastante al Gallo Claudio y, con el correr del tiempo, originaría un personaje llamado Buford Baboso) y el locutor de Noticiarios Cinematográficos.
La obra no avanzaba: volaba. Poco antes de las cinco, mientras descansaban sentados en la ribera, parecía que ya tenían el asunto dominado. La portezuela de coche, la lámina de acero arrugado y los viejos neumáticos se habían convertido en la segunda etapa del dique, todo ello sostenido por una colina de tierra y piedras. Bill, Ben y Richie fumaban; Stan estaba tendido de espaldas. Se habría pensado que estaba mirando el cielo, pero Eddie lo conocía bien. Stan estaba observando los árboles al otro lado del arroyo, atento a cualquier pájaro que pudiera anotar en su libreta esa noche. Eddie se había sentado con las piernas cruzadas, placenteramente cansado y bastante feliz. En ese momento, los otros le parecían los mejores tíos con quienes uno podía entablar amistad. Encajaban bien; era como si los bordes de cada uno coincidieran con los de los otros. No hubiera podido explicarlo mejor, y en realidad no había por qué explicarlo. Decidió que bastaba con que fuera así.
Miró a Ben, que sostenía con torpeza su cigarrillo a medio fumar escupiendo con frecuencia, como si no le gustara su sabor. Le vio apagarlo y cubrir con tierra la larga colilla.
Ben levantó la vista. Al ver que Eddie lo observaba, desvió los ojos, avergonzado.
Entonces Eddie se volvió hacia Bill y vio en su cara algo que no le gustó. Bill estaba mirando los árboles y los matorrales, al otro lado del arroyo, con los ojos grises y pensativos. Esa expresión cavilosa estaba otra vez allí. Se lo veía casi como perseguido por fantasmas.

Como si le leyera los pensamientos, Bill giró hacia él. Eddie le sonrió, pero no hubo respuesta a su sonrisa. Bill apagó el cigarrillo y paseó la vista por los otros. Hasta Richie se había retirado al silencio de sus propias cavilaciones, algo que ocurría con la frecuencia de los eclipses lunares.

Eddie sabía que Bill rara vez decía algo de importancia, a menos que el silencio fuera absoluto, porque le costaba mucho hablar. Y de pronto lamentó no tener nada que decir. Deseó que Richie se lanzara con una de sus voces. Tuvo la súbita seguridad de que Bill iba a abrir la boca para decir algo terrible, algo que lo cambiaría todo. Eddie tomó su chisme y lo retuvo en la mano, sin darse cuenta.

--Oíd, ¿p-p-puedo cont-contaros a-aalgo? -pregunto Bill.

Todos lo miraron. "¡Suelta un chiste, Richie! -pensó Eddie-. Suelta un chiste, di algo ridículo, avergüénzalo. Cualquier cosa con tal de que se calle. No sé qué va a decir, pero no quiero escuchar. No quiero que las cosas cambien. No quiero tener miedo."

En su mente, un susurro tenebroso graznó: "Te cobraré sólo diez centavos."

Eddie se estremeció y trató de imitar esa voz, junto con la súbita imagen que despertaba en su mente: la casa de Neibolt Street, con su jardín delantero lleno de hierbas; a un lado, enormes girasoles cabeceando en el patio descuidado.

--Por supuesto, Gran Bill -dijo Richie-. ¿De qué se trata?

Bill abrió la boca (más aflicción para Eddie), la cerró (bendito alivio para Eddie) y volvió a abrirla (afliccion renovada).

--S-s-si os r-r-reís, n-n-no v-volveré a jun-juntarme c-c-con esta pandilla -dijo Bill-. P-p-parece c-c-cosa de lo-lo-locos, pero os juro que no es m-m-mentira.

--No vamos a reír -aseguró Ben. Miró a los otros-.

Stan sacudió la cabeza. Richie hizo lo mismo.

Eddie quería decir: "Sí vamos a reír, Billy. Nos reiremos hasta desfallecer y diremos que eres estúpido ¿Por qué no te callas?" Pero no lo dijo, por supuesto Después de todo, era el Gran bill. Sacudió la cabeza; angustiado. No, no reiría. Nunca en su vida había tenido menos ganas de reír.

Allí sentados, por encima de la represa que Ben les había enseñado a construir, pasearon la vista entre la cara de Bill y el estanque, cada vez más amplio, y el pantano que también se extendía más allá, para volver a la cara de Bill, escuchando, en silencio. Él les contó lo que le había pasado al abrir el álbum de fotografías de George: que el George de la fotografía escolar había girado la cabeza para guiñarle un ojo, que el libro había sangrado al arrojarlo él al otro lado de la habitación. Fue un relato largo y penoso. Cuando Bill terminó, estaba enrojecido y sudando. Eddie nunca le había oído tartamudear tanto.

Pero al fin la historia quedó contada. Bill los miró sucesivamente, a un tiempo temeroso y desafiante. Eddie vio una expresión idéntica en las caras de Ben, Richie y Stan. Era de miedo solemne y respetuoso, sin el menor tinte de incredulidad. Entonces sintió el impulso de levantarse bruscamente gritando: "¡Tonterías! ¡Quién va a creer semejante idiotez! Y aunque tú la creas, no pensarás que nosotros nos la tragamos, ¿no? ¡Las fotografías no guiñan el ojo! ¡Los álbumes no sangran! ¡Estás más loco que una cabra, Gran Bill!"

Pero no podía hacerlo porque ese miedo solemne estaba también en su cara. No podía verlo, pero lo sentía.

"Vuelve, chico -susurró aquella voz áspera-: Te la chuparé gratis. ¡Vuelve!"

"No -gimió Eddie-. Vete, por favor. No quiero pensar en eso."
"Vuelve, chico."
Y entonces Eddie vio algo más. En la cara de Richie no, pero en la de Stan y la de Ben sí, seguro. Comprendió que había algo más; lo comprendió porque sentía la misma expresión en su propia cara.
La identificación de algo conocido.
"Te la chuparé gratis."
La casa de Neibolt Street, número 29, estaba situada ante los ferrocarriles de Derry. Era vieja y tenía las aberturas cerradas con tablas. Su porche se iba hundiendo poco a poco en la tierra. Su jardín era un montón de hierbas crecidas. En esas hierbas crecidas había un viejo triciclo, enmohecido y tumbado, con una rueda asomada en ángulo.
Pero en el lado izquierdo del porche había un enorme sector desnudo y allí se veían las sucias ventanas del sótano abiertas en los derruidos cimientos de la casa. En una de esas ventanas, Eddie Kaspbrak había visto por primera vez la cara del leproso, seis semanas antes.

6.

Los sábados, si Eddie no tenía con quien jugar, solía bajar a los ferrocarriles, sin motivo alguno; simplemente, le gustaba estar allí.
Salía en su bicicleta por Witcham Street y luego cortaba hacia el noroeste, por la carretera 2. La escuela religiosa de Neibolt Street estaba emplazada en la esquina de Neibolt con la carretera 2. Era un edificio de madera, desvencijado pero limpio, con una gran cruz arriba y las palabras "Dejad que los niños vengan a mí", escritas sobre la puerta principal con grandes letras doradas. A veces, los sábados, Eddie oía allí dentro música y canciones. Era música evangélica, pero el que tocaba el piano lo hacía más como Jerry Lee Lewis que como un pianista de iglesia. Tampoco las canciones sonaban muy religiosas a los oídos de Eddie, aunque se hablaba mucho de "la bella Sión" y de "lavarse en la sangre del cordero" y de qué gran amigo teníamos en Jesús. Pero los que cantaban parecían estar divirtiéndose mucho para ser cantos sacros, a su modo de ver. De cualquier modo, aquello le gustaba tanto como Jerry Lee Lewis cuando hablaba de sacudir el esqueleto. A veces se detenía por un rato en la acera de enfrente con la bicicleta apoyada contra un árbol, y fingía leer en el pasto, aunque en realidad se movía al compás de la música.
Otros sábados, la iglesia estaba cerrada y en silencio. Entonces él continuaba hacia los ferrocarriles sin detenerse, hasta donde Neibolt terminaba en un aparcamiento lleno de hierbas crecidas en las grietas del asfalto. Allí apoyaba la bicicleta contra la cerca de madera y se quedaba contemplando el ir y venir de los trenes. Pasaban muchos en sábado. La madre le había dicho que, en los viejos tiempos, se podía tomar un tren de pasajeros en ese lugar que entonces era la estación de Neibolt. Pero los trenes de pasajeros habían dejado de pasar al iniciarse la guerra de Corea.
Pero por Derry seguían pasando los grandes trenes de mercancías. Se dirigían hacia el sur cargados de papel, fibra de madera y patatas, o hacia el norte, con

productos manufacturados para esas ciudades que la gente de Maine solía llamar "las grandes del norte". A Eddie le gustaba, sobre todo, contemplar los vagones que pasaban cargados de coches; relucientes Ford y Chevrolet. "Algún día tendré un coche como ésos -se prometía-. Como ésos o todavía mejor. ¡Hasta un Cadillac!"

Había, en total, seis vías, que entraban en la estación como telarañas tendidas hacia el centro: Bangor y las grandes líneas del norte por un lado, las del sur y Maine del oeste, las de Boston y Maine desde el sur y las de la costa, procedentes del este.

Un día, dos años antes, mientras Eddie contemplaba el paso de un tren por las vías de la costa, un ferroviario borracho le había arrojado una caja desde un tren que pasaba a poca velocidad. Eddie lo esquivó y la caja aterrizó a tres metros de distancia. Estaba llena de cosas, de cosas vivas que repiqueteaban y se movían.

--¡Ultima vuelta, chico! -gritó el ferroviario borracho. Sacó un botellín del bolsillo trasero y bebió.

Después lo estrelló contra el suelo y gritó-: ¡Llévale eso a tu mamá! ¡Cortesía de esta maldita Línea de la Costa que nos deja en la calle!

Mientras decía esas palabras, se tambaleó, ya que el tren iba cobrando velocidad. Por un momento, Eddie pensó que iba a caerse.

Cuando el tren desapareció, Eddie se acercó a la caja y se inclinó cautelosamente hacia ella. Lo que había dentro se arrastraba, tembloroso. Si el ferroviario hubiera dicho que eran para él, eddie habría dejado todo allí. Pero el hombre había dicho que se las llevase a su madre. Y Eddie, como Ben, saltaba en cuanto se mencionaba a su madre.

Cogió un trozo de cuerda y ató el cajón al cesto de su bicicleta.

Su madre estudió el contenido con más desconfianza que él y lanzó un alarido... más de placer que de terror. En el cajón había cuatro grandes langostas con las pinzas abiertas con cuñas. Ella las preparó como cena y se enfurruñó mucho porque Eddie no quiso probarlas.

--¿Qué crees que comen los Rockefeller esta noche en Bar Harbor? -preguntó-. ¿Qué crees que cenan los ricachos de Nueva York? ¿Bocadillos de mermelada y mantequilla de cacahuete? ¡Comen langosta, Eddie, igual que nosotros! Y ahora anda, prueba.

Pero Eddie no quería. Al menos eso era lo que su madre decía. Tal vez era verdad, pero él hubiera dicho que no podía. No dejaba de pensar en los movimientos dentro del cajón y en los repiqueteos de las pinzas. Ella siguió diciéndole que era un plato estupendo y que él estaba perdiéndoselo hasta que el chico, jadeando, tuvo que usar su chisme. Entonces lo dejó en paz.

Eddie se retiró a su habitación para leer. Su madre llamó a Eleanor Dunton, una amiga. Eleanor fue de visita y las dos se dedicaron a leer fotonovelas viejas y revistas de cotilleos, riendo como chiquillas y atiborrándose de langosta. A la mañana siguiente, cuando Eddie se levantó para ir a la escuela, su madre aún roncaba en su cama, dejando escapar frecuentes pedos que sonaban como largas y suaves notas de trompeta (estaba "tirándose unos buenos", habría dicho Richie). En la ensaladera sólo quedaban algunas manchitas de mayonesa.

Aquél fue el último tren de la Southern Seacoast que Eddie vio en su vida. Más adelante, al encontrarse con el señor Braddock, jefe de la estación de Derry, le preguntó qué había pasado.

--La compañía quebró -dijo el señor Braddock-. Eso es todo. ¿No lees los diarios? Está pasando lo mismo en todo el maldito país. Y ahora vete de aquí. Éste no es lugar para niños.

A partir de entonces, Eddie caminaba a veces por la vía cuatro, que había sido la línea costera, escuchando a un locutor mental que cantaba nombres dentro de su cabeza con monótona y encantadora entonación del Este. Esos nombres, esos nombres mágicos: Camden, Rockland, Bar Harbor, Wascasset, Bath, Portland, Ogunquit, Berwick; caminaba por la vía cuatro, hacia el este, hasta cansarse, hasta que las hierbas crecidas entre las traviesas lo entristecían; Una vez levantó la mirada y vio gaviotas (probablemente sólo gaviotas de vertedero, a las que importaba un bledo no ver jamás el océano, pero a él no se le había ocurrido pensarlo) que giraban y graznaban allá arriba. Aquel sonido lo hizo sollozar.

En cierta época había existido una verja de entrada a los patios de maniobras, pero había volado en una tormenta sin que nadie se molestara en reemplazarla. Eddie iba y venía a voluntad, aunque el señor Braddock lo ahuyentaba cuando lo veía (igual que a los otros chicos). A voces había camioneros que lo perseguían a uno (pero no demasiado), pensando que uno andaba por allí con ideas de robar algo... y a veces, así era.

Pero el sitio, en general, era tranquilo. Había una caseta de guardia, pero estaba desierta, con los vidrios de las ventanas rotos desde 1950, más o menos, no existía ningún servicio de seguridad permanente. El señor Braddock ahuyentaba a los niños durante el día y, por las noches, un sereno pasaba cuatro o cinco veces, con un viejo Studebaker que llevaba un potente reflector instalado junto al radiador. Eso era todo.

Sin embargo, a veces había vagabundos y malvivientes. Si algo asustaba a Eddie, eran ellos: aquellos hombres de mejillas sin afeitar, piel resquebrajada y ampollas en las manos y en los labios. Pasaban un tiempo viajando por las vías; luego bajaban para quedarse en Derry hasta que subían a otro tren y se iban a otra parte. A veces les faltaban dedos. Habitualmente estaban borrachos y le pedían a uno cigarrillos.

Un día, uno de esos tipos había salido a rastras de debajo del porche de la casa, en el 29 de Neibolt, para ofrecer a Eddie "chupársela por veinticinco centavos". Eddie retrocedió, con la piel helada y la boca seca amo naftalina. Tenía carcomida una de las aletas de la nariz. Se veía directamente el canal rojo y escamoso.

--No tengo veinticinco centavos -dijo Eddie, retrocediendo hacia su bicicleta.

--Te lo hago por diez -graznó el vagabundo, avanzando hacia él.

Vestía roídos pantalones de franela verde. Un bulto le creció en los pantalones. Se bajó la cremallera y metió la mano. Trataba de sonreír. Su nariz era un espanto rojo.

--No... tampoco tengo diez -dijo Eddie.

Y de pronto pensó: "Oh, Dios mío, tiene lepra. Si me toca, voy a contagiarme." Entonces perdió la serenidad y echó a correr. Oyó que el vagabundo lo seguía, arrastrando patéticamente los pies.

--¡No te vayas, chico! Te la chupo gratis. ¡No te vayas!

Eddie subió a su bicicleta de un salto, con el aliento ya silbante, sintiendo que su garganta se cerraba. Su pecho había adquirido peso. Apoyó los pies en los pedales y, cuando empezaba a tomar velocidad, una de las manos del vagabundo golpeó el cesto. La bicicleta se estremeció. Eddie miró por encima del hombro y vio que el vagabundo corría junto a la rueda trasera con los labios contraídos, descubriendo las manchas negras de sus dientes en una expresión que podía ser de desesperación o de furia.

A pesar de las piedras que tenía en el pecho, Eddie aumentó la velocidad de su pedaleo temiendo que aquellas manos cubiertas de costras se cerraran alrededor de su brazo, arrancándolo de su Raleigh para arrojarlo en la zanja, donde sólo Dios sabía qué podía pasarle. No se abrevió a mirar atrás hasta haber pasado como un rayo delante de la escuela religiosa y la intersección con la carretera 2. Por entonces, el vagabundo había desaparecido.

Eddie se reservó aquella terrible anécdota durante casi una semana. Por fin, la confió a Richie Tozier y a Bill Denbrough mientras leían historietas sobre el garaje.

--No tenía lepra, gilipollas -dijo Richie-. Era sífilis.

Eddie miró a Bill para ver si Richie le estaba tomando el pelo; era la primera vez que oía hablar de una enfermedad llamada siflis y parecía invento de Richie.

--¿Existe esa siflis, Bill?

Bill asintió gravemente.

--Pero no es siflis sino sísí-sífilis.

--¿Y qué es eso?

..Una enfermedad que te viene de follar -dijo Richie-. Sabes lo que es follar, ¿verdad?

--Por supuesto -respondió Eddie.

Ojalá no se estuviera ruborizando. Sabía que, cuando uno crecía, el pene rezumaba algo cuando se ponía duro. Boogers Taliendo le había proporcionado los detalles, un día, en la escuela. Según Boogers, follar era frotar el pito contra la barriga de una chica hasta que se ponía duro. Después se frotaba un poco más hasta que uno empezaba a "sentir eso". Cuando Eddie preguntó qué se sentía, Boogers se limitó a mover la cabeza de un modo misterioso, diciendo que no se podía describir pero que uno se daba cuenta en cuanto lo sentía. Dijo que se podía practicar acostándose en la bañera y frotándose el pito con jabón de olor (Eddie había hecho la prueba, pero lo único que sintió al cabo de un rato fue ganas de orinar). La cosa es que, según Boogers, cuando uno "sentía eso", surgía una cosa del pene. Casi todos los chicos llamaban a eso "correrse", pero Boogers dijo que su hermano mayor le había enseñado que la palabra realmente científica era sumum. Y cuando uno "sentía eso", tenía que sujetar el pito y apuntarlo para lanzar el sumum en el ombligo de la chica. Entonces entraba en el ombligo de la chica y hacía un bebé allí dentro.

"¿Y a las chicas les gusta?", había preguntado Eddie a Boogers Taliendo.

"Parece que sí", había contestado Boogers, también confundido.

--Y ahora escucha, Eds -dijo Richie-, porque después puede que surjan más preguntas. Algunas mujeres tienen esa enfermedad. Algunos hombres también, pero casi siempre son las mujeres. Un tío se puede contagiar de una mujer...

--... o de otro t-t-tipo, si son mma-ric-c-cones -aclaró Bill.

-Eso. La cuestión es que te contagias la sífilis por follar con alguien que ya la tiene.
--¿Y qué te pasa? -preguntó Eddie.
--Te pudres -dijo Richie.
Eddie lo miró fijamente, espantado.
--Suena desagradable, lo sé, pero es cierto -confirmó Richie-. Lo primero que te desaparece es la nariz. A algunos tipos que tienen sífilis se les cae la nariz. Después el pito.
--P-p-por f-favor -rogó Bill-. Aacabo de c-c-comer.
--Vamos, hombre, estamos hablando de temas científicos - protestó Richie.
--Entonces -inquirió Eddie-, ¿qué diferencia hay entre la lepra y la sífilis?
--Que la lepra no te viene por follar -respondió Richie. Y estalló en un vendaval de risas que dejó confundidos tanto a Bill como a Eddie.

7.

A partir de ese día, la casa del 29 de Neibolt Street había adquirido una especie de fulgor en la imaginación de Eddie. Cuando miraba su patio lleno de hierbas, su porche desvencijado y las tablas clavadas a sus ventanas, se apoderaba de él una fascinación enfermiza. Seis semanas atrás, había dejado su bicicleta en la gravilla de la calle (la acera terminaba cuatro puertas más allá) para cruzar el prado hacia el porche de aquella casa.
El corazón le latía con fuerza y su boca tenía otra vez aquella sequedad. Al escuchar a Bill mientras contaba lo de esa horrible fotografía, comprendió que, al acercarse a esa casa, había sentido lo mismo que al entrar en la habitación de George. Se sentía como si hubiese perdido el control sobre sí mismo.
No sentía que sus pies se movieran. Era la casa la que, sombría y silenciosa, parecía acercarse a él.
Débilmente, oyó una locomotora Diesel en las vías y el ruido de las acopladuras. Estaban dejando algunos vagones en las vías laterales y enganchando otros para formar un convoy.
Su mano apretó el pulverizador, pero el asma, extrañamente, no se había cerrado como aquel día al huir del vagabundo de la nariz podrida. Sólo tenía la sensación de estar quieto observando el deslizarse sigiloso de la casa hacia él como sobre un par de vías ocultas.
Eddie miró bajo el porche. Allí no había nadie. Eso no le sorprendió. Estaban en primavera y los vagabundos aparecían en Derry a principios de otoño, en las seis semanas en que se podía conseguir trabajo en las fincas de los alrededores. Había patatas y manzanas que cosechar, cercas de nieve que reparar, graneros y techos que necesitaban retoques antes de que llegase diciembre.
No había vagabundos bajo el porche, pero sí abundantes señales de que habían estado allí: latas de cerveza vacías, botellas de licor vacías; una manta acartonada apoyada contra los cimientos como un perro muerto; montones de periódicos arrugados, un zapato y un olor como a basura. Había también una espesa capa de hojas marchitas.

Sin querer hacerlo, pero incapaz de evitarlo, Eddie había entrado reptando bajo el porche. Sentía que el corazón le palpitaba en la cabeza lanzando manchas de luz blanca a través de su campo visual.

Allí abajo el olor era más fuerte: alcohol, sudor y el aroma de las hojas putrefactas. Las hojas muertas ni siquiera crujían bajo las manos y las rodillas. Tanto ellas como los diarios viejos se limitaban a suspirar.

"Soy un vagabundo -pensó Eddie-. Soy un vagabundo que anda por las vías. Eso es lo que soy. No tengo dinero, no tengo casa, pero consigo una botella, un dólar y un lugar para dormir. Esta semana recogeré manzanas y patatas; la semana próxima, cuando la escarcha endurezca el suelo, qué me importa, subiré a un vagón que huela a remolacha azucarera y me sentaré en un rincón. Y si hay un poco de heno, me cubriré con él, tomaré un traguito, masticaré un bocado y tarde o temprano llegaré a Portland o a Beantown, y si no me echa algún guardia del ferrocarril, tomaré un tren rumbo al Sur y cuando llegue recogeré limones o limas o naranjas. Y si me pescan, construiré carreteras para que viajen los turistas. Qué diablos, no será la primera vez, ¿no? Soy sólo un viejo vagabundo solitario, no tengo dinero, no tengo casa, pero algo tengo: tengo una enfermedad que me está comiendo. La piel se me cuartea, se me caen los dientes, ¿y sabes qué?: siento que me estoy pudriendo como una manzana. Lo siento, siento que eso me come desde dentro hacia fuera, me come, me come..."

Eddie apartó a un lado la manta acartonada con el pulgar y el índice e hizo una mueca al sentir su tejido apelmazado. Una de las ventanas bajas del sótano estaba directamente a su espalda con un vidrio roto y el otro opaco de polvo. Se inclinó hacia adelante, sintiéndose casi hipnotizado. Se acercó a la ventana, se acercó a la oscuridad del sótano respirando olor a vejez, a moho y a podredumbre seca, se acercó cada vez más a lo negro. Sin duda el leproso lo habría atrapado si el asma no hubiera elegido ese momento, exactamente, para atacar. Le apretó los pulmones con un peso indoloro pero atemorizante; de inmediato, su respiración tomó aquel sonido familiar, detestable, sibilante.

Retrocedió y fue entonces cuando apareció la cara. Su aparición fue tan súbita, tan sorprendente (pero también tan esperada) que Eddie no habría podido gritar, aun sin el ataque de asma. Sus ojos se dilataron. Su boca se abrió. No era el vagabundo de la nariz carcomida, pero tenía cierto parecido. Un terrible parecido. Sin embargo... aquello no podía ser humano; Nada podía seguir con vida estando tan carcomido.

Tenía agrietada la piel de la frente. El hueso blanco, revestido por una mucosa amarilla, espiaba por allí como la lente de un reflector empañado. La nariz era un puente de cartílago desnudo sobre dos canales rojos, muy abiertos. Un ojo era jubilosamente azul; el otro, una masa de esponjoso tejido negro pardusco. El labio inferior del leproso caía hacia abajo como hígado. No tenía labio superior; sus dientes asomaban en un anillo libidinoso.

Sacó bruscamente una mano por el vidrio roto Sacó la otra a través del vidrio sucio de la izquierda reduciéndolo a fragmentos. Sus manos estaban llenas de llagas. Las babosas reptaban por ellas. Gimiendo y jadeando, Eddie se arrastró hacia atrás. Apenas podía respirar. Su corazón era una locomotora desbocada. El leproso parecía vestir los harapientos restos de algún extraño traje plateado. Por entre los mechones pardos de su cabeza reptaban cosas vivas.

--¿Quieres que te la chupe, Eddie? -graznó la aparición, sonriendo con los restos de su boca y canturreando-: Bobby cobra sólo diez y quince por otra vez y si quieres lo hace tres. -Guiñó el ojo-. Ése soy yo, Eddie: Bob Gray. Y ahora que nos hemos presentado debidamente...

Una de sus manos cogió el hombro derecho de Eddie. El chico lanzó un grito débil.

--No te asustes -dijo el leproso.

Y Eddie vio, con terror de pesadilla, que estaba saliendo por la ventana. El escudo de hueso que tenía tras la frente medio pelada rompió el fino soporte de madera que separaba los dos vidrios. Sus manos se agarraron a la tierra musgosa cubierta de hojas. Las hombreras plateadas de su traje... de su disfraz, o lo que fuera... comenzaron a pasar por la- abertura. Aquel único ojo azul y centelleante no se apartaba de la cara de Eddie.

--Aquí vengo, Eddie, no te asustes -graznó-. Te gustará estar aquí abajo, con nosotros. Aquí abajo hay algunos amigos tuyos.

Su mano se estiró otra vez. En algún rincón de su mente enloquecida por el pánico, Eddie tuvo la súbita y fría seguridad de que, si aquella cosa tocaba su piel desnuda, él también empezaría a pudrirse. La idea quebró su parálisis. Reptó hacia atrás en cuatro patas, luego giró en redondo y se arrojó de cabeza hacia el otro extremo del porche. La luz del sol, que caía en rayos estrechos y polvorientos por entre las rendijas de las tablas del porche, rayaba su cara. Su cabeza empujó -a través de las sucias telarañas que se enredaban en el pelo. Miró sobre su hombro y vio que el leproso ya tenía medio cuerpo fuera.

--De nada te servirá correr, Eddie -anunció.

El chico había llegado al otro extremo del porche, donde había una verja de madera a través de la cual pasaba el sol imprimiendo diamantes de luz en su frente y sus mejillas. Bajó la cabeza y se arrojó contra ella sin vacilar, arrancando la verja con un chirrido de clavos herrumbrosos. Detrás había una maraña de rosales y Eddie pasó por ella, levantándose a tropezones, sin sentir las espinas que le abrían leves cortes en los brazos, la cara y el cuello.

Giró en redondo y retrocedió sobre sus flojas piernas, sacando el inhalador del bolsillo. Todo eso no podía estar ocurriendo. Él había estado pensando en el vagabundo y su mente... bueno... le había montado un numerito, le había mostrado una película de terror, como las de la matinée del sábado, con Frankenstein y el Hombre Lobo, de las que daban a veces en el Bijou, el Gem o el Aladdin Claro, eso era todo. ¡Se había asustado solo! ¡Qué tonto!

Tuvo tiempo hasta de emitir una risa temblorosa ante la osadía de su imaginación, antes de que las manos podridas salieran disparadas de bajo el porche, lanzando zarpazos a los rosales con demencial ferocidad, arrancándolos, dejando en ellos gotas de sangre.

Eddie lanzó un chillido.

El leproso estaba saliendo. Vestía un traje de payaso, un traje de payaso con grandes botones naranja en la pechera. Al ver a Eddie, sonrió. Su semiboca se abrió dejando salir la lengua. Eddie volvió a chillar, pero nadie hubiera podido oír su chillido sofocado por el estrépito de la locomotora diesel en las vías. La lengua del leproso no se había limitado a asomar. Medía casi un metro y se desenroscaba como los cornetines de papel que reparten en las fiestas.

Terminaba en una punta de flecha que se arrastraba por la tierra. Por ella corría una espuma espesa y viscosa, amarillenta. La recorrían varios bichos.
Los rosales, que al pasar Eddie mostraban los primeros toques de verde primaveral, adquirieron un color negro muerto y hojaldroso.
--Te la chupo -susurró el leproso, mientras se levantaba.
Eddie corrió a su bicicleta. Fue una carrera igual a la de antes, sólo que ésta tenía algo de pesadilla, como cuando no podemos movernos sino con torturante lentitud por mucha prisa que nos demos... y en esos sueños, ¿no se oye, no se percibe siempre algo que nos va alcanzando? ¿No se huele siempre su aliento hediondo, como Eddie lo estaba oliendo?
Por un momento sintió una descabellada esperanza: tal vez eso era, en verdad, una pesadilla. Tal vez despertaría en su propia cama, bañado en sudor, tal vez hasta llorando... pero vivo. A salvo. Luego apartó la idea. Su encanto era mortífero; su consuelo, fatal.
No trató de subir inmediatamente a su bicicleta; corrió, en cambio, con ella, con la cabeza gacha, empujando el manillar. Se sentía como si se estuviera ahogando, no en agua, sino dentro de su propio pecho.
--Te la chupo -susurró el leproso otra vez-. Vuelve cuando quieras, Eddie. Trae a tus amigos.
Sus dedos podridos parecieron tocarle la parte posterior del cuello, pero tal vez fue sólo un hilo de telaraña desprendido del porche, adherido a su pelo, que rozaba su carne temerosa. Eddie subió de un salto a la bicicleta y se marchó a todo pedal sin importarle que su garganta se hubiera cerrado otra vez, sin importarle un bledo el asma, sin mirar hacia atrás. No miró atrás hasta que se encontró en su casa. Y por entonces, por supuesto, ya no había nada a su espalda, salvo dos chicos que iban hacia el parque a jugar a la pelota.
Esa noche, tendido en su cama, tieso como un atizador, con una mano aferrando el inhalador y la mirada perdida en las sombras, oyó otra vez el susurro del leproso: "De nada te servirá correr, Eddie."

8.

--Caray -dijo Richie, respetuosamente.
Era la primera vez que uno de ellos abría la boca desde que Bill Denbrough terminara su relato.
--¿T-t-t-tienes otro cici-cigarrillo, R-R-Richie?
Richie le dio el último del paquete que había cogido, casi vacío, del escritorio de su padre. Hasta se lo encendió.
--¿No lo soñaste, Bill? -preguntó Stan.
Bill sacudió la cabeza.
--N-no fue ningún s-s-sueño.
--Real -agregó Eddie, en voz baja.
Bill lo miró duramente.
--¿Q-qué?
--Real. -Eddie lo miraba casi con recelo-. Eso ocurrió de verdad. Fue real.

Y, sin poder contenerse, aun antes de que supiera que iba a decirlo, se encontró narrando la historia del leproso que había salido del sótano en Neibolt, 29. A mitad de la historia tuvo que usar el chisme. Y al final se echó a llorar, con su flaco cuerpo estremecido.
Todos lo miraban como si se sintieran incómodos. Por fin, Stan le apoyó una mano en la espalda. Bill le dio un abrazo torpe, mientras los otros apartaban la vista, abochornados.
--Es-s-s-está bien, Eddie. N-n-no imp-importa.
--Yo también lo vi -dijo Ben Hanscom, súbitamente, con voz áspera, asustada.
Eddie levantó la vista con el rostro todavía anegado en lágrimas, los ojos enrojecidos.
--¿Qué?
--Vi al payaso -dijo Ben-. Pero no era como tú has dicho... al menos cuando yo lo vi. No era viscoso. Estaba... estaba seco. -Hizo una pausa, con la cabeza gacha y la vista fija en sus manos sobre sus regordetes muslos-. Creo que era la momia.
--¿Como en las películas? -preguntó Eddie.
--Sí, pero no igual -aclaró Ben-. En las películas se nota el truco. Da miedo, pero uno se da cuenta de que es todo montaje, ¿no? Todos esos vendajes están demasiado bien puestos. Pero este tipo... creo que así son las momias de verdad. A excepción del traje.
--¿Q-q-qué t-tra-traje?
Ben miró a Eddie:
--Un traje plateado, con grandes botones naranja en la pechera.
Eddie quedó boquiabierto. Luego dijo:
--Si estás bromeando, dilo. Todavía... todavía sueño con ese baboso del porche.
--No bromeo -aseguró Ben.
Y comenzó a contar su historia. La contó con lentitud, comenzando con su ofrecimiento voluntario para ayudar a la señora Douglas con los libros y terminando con sus propias pesadillas. Hablaba despacio, sin mirar a los otros, como si estuviera avergonzado de su propia conducta. No levantó la cabeza hasta haber terminado.
--Seguramente fue un sueño -dijo Richie. Vio que Ben hacía una mueca de dolor y se apresuró a agregar-: No te lo tomes a mal, Big Ben, pero tienes que comprenderlo: los globos no pueden ir contra el viento...
--Las fotografías tampoco pueden hacer guiños -apuntó Ben.
Richie paseó su mirada entre Ben y Bill, preocupado. Acusar a Ben de soñar despierto era una cosa, pero acusar a Bill, otra muy distinta. Bill era el líder, el tío a quien todos miraban con respeto. Nadie lo expresaba en voz alta, porque no hacía falta. Pero Bill era el de las ideas, el que siempre tenía algo que hacer en los días aburridos, el que recordaba juegos olvidados por los otros. Y de algún modo, todos sentían algo reconfortantemente adulto en Bill, tal vez era su sentido de la responsabilidad. Todos presentían que Bill cogería las riendas cuando hiciera falta. La verdad es que Richie creía la historia de Bill, por descabellada que fuera. Y tal vez no quería creer en la de Ben... ni en la de Eddie.
--A ti nunca te pasó nada de eso, ¿eh? -le preguntó Eddie.
Richie hizo una pausa, comenzó a decir algo, sacudió la cabeza y se detuvo. Por fin dijo:

--Lo más espantoso que he visto últimamente fue a Mark Prenderlist echándose una meada en el parque Mccarron. Tiene la polla más asquerosa del mundo.
Ben dijo:
--¿Y tú, Stan?
--No -contestó apresuradamente. Pero apartó la Vista. Su cara estaba pálida; sus labios, de tan apretados, habían quedado blancos.
--¿T-t-t-te p-pasó algo, SSt-Stan? -preguntó Bill.
--¡No, te digo que no!
Stan se puso de pie y caminó hasta la orilla con las -manos en los bolsillos, para mirar el curso de agua.
--¡Vamos, Stanley! -clamó Richie, en agudo falsete. Era otra de sus voces: la abuelita gruñona. Cuando hablaba como abuelita gruñona, Richie caminaba encorvado, con un puño a la espalda y riendo entre dientes. De cualquier modo, se parecía más a Richie Tozier que a otra cosa.
--Confiesa, Stanley, cuéntale a tu abuelita de ese payaso malo y te daré una pastita de chocolate. Tú cuenta...
--¡Cállate! -chilló Stan súbitamente, girando hacia Richie, que retrocedió atónito-. ¡A ver si te callas!
--Sí, amo -dijo Richie, y se sentó.
Miraba a Stan con desconfianza. Las mejillas del chico judío se habían encendido, pero aun así parecía más asustado que furioso.
--Vale ya -dijo Eddie, en voz baja-. No importa, Stan.
--No fue un payaso -dijo Stanley. Sus ojos los recorrieron uno a uno. Parecía estar debatiéndose consigo mismo.
--P-p-puedes c-c-contar -dijo Bill, también en voz baja-. N-n-nosotros hem-mos contado.
--No era un payaso. Era...
Fue entonces cuando los interrumpió la voz poderosa, enronquecida por el whisky, del señor Nell, que los hizo saltar como ante un disparo:
--¡Que me cuelguen! ¿Qué estáis haciendo? ¡Malditos críos!

VIII. La habitación de Georgie y la casa de Neibolt street.

1.

Richard Tozier apaga la radio que ha estado bramando Like a Virgin de Madonna, en Wzon (una emisora que dice ser la ¡Am estéreo rockera de Bangor!), sale al arcén y apaga el motor del Mustang que alquiló en Avis en el aeropuerto de Bangor. Baja del coche. Oye la agitación de su propia respiración. Ha visto un letrero que le erizó la piel de la espalda.
Camina hasta la parte delantera del coche y apoya una mano en el capó. Oye que el motor tintinea suavemente al enfriarse. Oye también el graznido breve de un arrendajo. Hay grillos. Eso es todo lo que hay de banda sonora.
Ha visto el cartel, lo deja atrás y, de pronto, está otra vez en Derry. Después de veinticinco años, Richie bocazas Tozier ha vuelto a la ciudad natal. Ha...

Un ardor le aguijonea los ojos cortándole el aliento. Deja escapar un gritito estrangulado. Sólo una vez sintió algo remotamente parecido a ese dolor quemante: en la universidad, cuando una pestaña se metió bajo una de sus lentillas, pero aquello fue en un solo ojo. Este dolor terrible es en los dos.

Antes de que pueda llevarse las manos a la cara, el dolor ha desaparecido.

Baja otra vez las manos, lenta, pensativamente y contempla la carretera 7. Ha salido de la autopista de peaje en Etna-Haven, ya que, por algún motivo, no desea llegar por la autopista de peaje que estaba en construcción en la zona de Derry cuando él y sus padres se sacudieron de los zapatos el polvo de esa pequeña y extraña ciudad para mudarse al Medio Oeste. No, la autopista de peaje habría sido un atajo, pero también un error.

Así que había conducido por la carretera 9 cruzando el soñoliento conjunto de viviendas que componen Heaven Village, para coger luego la carretera 7. A medida que avanzaba, la luz del día se hacia más intensa.

Y ahora, esta señal. Es la misma clase de señal que marca los limites de seiscientas ciudades del estado de Maine, pero ¡cómo le ha estrujado el corazón!

Condado de Penobscot. Derry. Maine.

Más allá, un letrero de los Elks, otro del Rotary Club y, para completar la trinidad, uno que proclama:

"¡Los leones de Derry rugen por el fondo unido!" Más allá está sólo la carretera 7, que continúa en línea recta entre bosques de pinos y abetos. Bajo esa luz silenciosa, mientras el día se va afirmando, los árboles parecen tan soñadores como humo de cigarrillo acumulado en el aire inmóvil de una habitación cerrada.

"Derry -piensa-. Derry, Dios me ayude, Derry. Apedreemos a los cuervos."

Allí está él, en la carretera 7. Ocho kilómetros más adelante, si el tiempo o algún tornado no se la han llevado en los años transcurridos, estará la Granja Rhulin, donde su madre compraba los huevos y la mayor parte de las verduras para la casa. Tres kilómetros más allá, la carretera 7 se convierte en Witcham Road y, por supuesto, Witcham Road acaba por convertirse en Witcham Street, aleluya, amén. Y en algún punto entre la Granja Rhulin y la ciudad, pasará ante la casa de los Bowers y, después ante la de los Hanlon. A unos ochocientos metros de la casa de los Hanlon vería el primer reflejo del Kenduskeag y la primera maleza extendida de verde venenoso: las fértiles tierras bajas a las que, por algún motivo, se llamaba Los Barrens.

"En verdad, no sé si puedo enfrentarme a todo eso -piensa Richie-. Seamos francos: no sé si puedo."

Toda la noche anterior ha pasado, para él, en un sueño. Mientras viajaba, dejando el camino atrás, el sueño prosiguió. Pero en ese momento se ha detenido (es decir, el cartel lo ha detenido) y acaba de despertar a una extraña verdad: el sueño era la realidad. Derry es la realidad.

Al parecer, no puede dejar de recordar. Piensa que sus recuerdos acabarán por volverlo loco, por eso se muerde los labios y junta las manos apretando palma contra palma como para no volar en pedazos. Siente que pronto volará en pedazos, pronto. Es como si hubiera en él una parte loca que en verdad ansía lo que puede estarle esperando. Pero la mayor parte de él sólo se pregunta cómo sobrevivirá a los días siguientes. Él...

Y ahora sus pensamientos vuelven a romperse.

Un venado ha salido a la carretera. Oye el ligero golpe de sus cascos blandos en el pavimento.

El aliento de Richie se interrumpe en medio de una exhalación; luego empieza otra vez lentamente. Mira, aturdido; una parte de él piensa que nunca vio algo así en Rodeo prive. No, hacia falta que volviese a la ciudad natal para ver algo así.

Es una hembra. Ha salido de los bosques a la derecha y se detiene en medio de la carretera 7, con las patas delanteras a un lado de la línea discontinua, las traseras al otro. Sus ojos oscuros miran mansamente a Richie Tozier. Él lee en esos ojos interés, pero no miedo.

Lo mira, maravillado, pensando que es un presagio, un portento, alguna de esas tonterías que dicen las adivinas. Y de pronto, inesperadamente, vuelve a él un : recuerdo del señor Nell. ¡Cómo los asustó aquel día, al caer sobre ellos tras los relatos de Bill, Ben y Eddie!

Mientras contempla al venado, Richie aspira profundamente y se descubre hablando con una de sus voces... pero es, por primera vez en veinticinco años, la voz del policía irlandés, incorporada a su repertorio después de aquel día memorable. Sale, en la mañana silenciosa, más potente, más grande de lo que Richie hubiera creído.

--¡Por las barbas de Cristo! ¿Qué hace una chica como tú en esta tierra olvidada de Dios, animalito? ¡Maldita sea! ¡Será mejor que te largues!

Antes de que mueran los ecos, antes de que el primer arrendajo asustado pueda reñirle por su sacrilegio el venado agita la cola como si fuera una bandera de tregua y desaparece entre los abetos humosos a un lado de la carretera, dejando sólo un montoncito de píldoras humeantes para demostrar que, aun a los treinta y siete años, Richie Tozier sigue siendo capaz de soltarse uno bueno de vez en cuando.

Richie se echa a reír. Al principio es sólo una risita entre dientes, pero luego se ríe su propia ridiculez: de pie a la luz del alba de una mañana de Maine, a cinco mil kilómetros de su casa, gritándole a un venado con acento de policía irlandés. Las carcajadas se convierten en risitas, las risitas se convierten en bufidos, los bufidos en aullidos y, finalmente, se ve obligado a apoyarse contra el coche porque las lágrimas le corren por la cara y se pregunta, confusamente, si no va a orinarse en los pantalones. Cada vez que empieza a dominarse, su vista cae sobre ese manojo de pelotitas y estalla en nuevos accesos de risa.

Resoplando y gimiendo, por fin logra sentarse otra vez al volante y poner en marcha el Mustang. Un camión cargado de fertilizantes químicos pasa con estrépito. Después de dejarlo pasar, Richie reinicia la marcha hacia Derry. Ahora se siente mejor, más sereno... o tal vez es sólo porque se está moviendo, dejando el camino atrás, y el sueño ha vuelto a imponerse.

Vuelve a pensar en el señor Nell, en el señor Nell aquel día junto al dique. El señor Nell preguntó a quién se le había ocurrido aquella travesura. Recuerda que los seis se miraron hasta que Ben se adelantó un paso, pálido, con los ojos bajos, la cara temblorosa, esforzándose por no balbucear. El pobre chico habrá pensado que iban a echarle de cinco a diez años de cárcel por inundar las alcantarillas de Witcham Street, piensa Richie, pero de cualquier modo se hizo responsable. Y con eso los obligó a todos a adelantarse para respaldarlo. Era eso o pasar por cobardes. Y sus héroes televisivos no eran cobardes. Eso los unió para siempre,

como una soldadura, para bien o para mal Por lo visto, los había mantenido unidos durante los últimos veintisiete años. A veces, los acontecimientos son como fichas de dominó. La primera derriba a la segunda, la segunda a la tercera y así sucesivamente.

Richie se pregunta cuándo había sido demasiado tarde para retroceder ¿Cuando Stan y él aparecieron para ayudar a construir el dique? ¿Cuando Bill les contó que la fotografía de su hermano le había guiñado el ojo? Tal vez... Pero para Richie Tozier, las fichas de dominó comenzaron a caer en el momento en que Ben Hanscom dio un paso adelante y dijo: "Yo les enseñé... "

2.

--... a hacerlo. Es culpa mía.

El señor Nell se limitó a mirarlo con los labios apretados y las manos remetidas bajo el chirriante cinturón de cuero negro. Apartó la vista de Ben para contemplar el estanque, cada vez más ancho detrás del dique, y luego volvió a mirar al chico. Su cara era la de quien no da crédito a sus ojos Era un corpulento irlandés de pelo prematuramente blanco, peinado hacia atrás en pulcras ondas bajo la gorra azul de visera. Tenía pequeños ramilletes de capilares rotos en sus mejillas. Su estatura era mediana, pero para los cinco chiquillos parecía medir, como poco, dos metros y medio.

El señor Nell abrió la boca para hablar, pero antes de que lo hiciera Bill Denbrough se puso junto a Ben.

--L-l-la id-id-dea f-fue mí-mía -tartamudeó.

Aspiró profundamente y, mientras el señor Nell lo miraba impasible, con el sol arrancando destellos a su insignia, consiguió tartamudear el resto de lo que quería decir: que no era culpa de Ben, que él había pasado por casualidad y les había enseñado a mejorar lo que ya estaban haciendo.

--Yo también -dijo Eddie, abruptamente, y se puso al otro lado de Ben.

--¿Qué es eso de yo también? -preguntó el señor Nell-. ¿Es tu nombre o tu dirección, muchacho?

Eddie se ruborizó hasta las raíces del pelo.

--Yo estaba aquí con Bill antes de que Ben llegara -dijo-. Solo quería decir eso.

Richie dio un paso adelante para situarse junto a Eddie. Por la cabeza le pasó una idea de que una o dos voces podrían alegrar un poco al señor Nell e inspirarle pensamientos alegres. Al pensarlo mejor (cosa que Richie hacía rara vez y que, por tanto, era algo extraordinario), decidió que una o dos voces podían empeorar las cosas. El señor Nell no parecía tener lo que Richie solía denominar "humor risáceo". Más aún, las risas parecían ser lo último que cabía esperar de él. Por eso se limitó a decir en voz baja:

--Yo también participé.

Y se obligó a cerrar la boca.

--Y yo -dijo Stan, poniéndose junto a Bill.

Ahora los cinco estaban en hilera ante el señor Nell. Ben miró a un lado y otro, más que aturdido, estupefacto por el apoyo recibido. Por un momento, Richie pensó que el viejo Parva iba a echarse a llorar de gratitud.

--¡Mierda! -dijo el señor Nell. Y aunque parecía profundamente disgustado, su cara pareció de pronto a punto de reír-. Nunca había visto tan desastrada banda de mocosos. Si sus padres supieran dónde están esta noche habría unos cuantos fondillos calientes. De cualquier modo, creo que los habrá.

Richie no podo contenerse más; su boca se abrió sencillamente y echó a correr, como el hombrecito de jengibre, cosa que ocurría con frecuencia:

--¿Cómo van las cosas allá en la vieja patria, señor Nell? - preguntó, imitando el acento irlandés del policía-. Ah, usted es un festín para los ojos, ya lo creo, un hombre encantador, todo un orgullo para la vieja patria.

--Seré todo un orgullo para tus fondillos en menos de tres segundos -dijo el señor Nell, secamente.

Bill giró hacia él, gruñendo:

--¡Por el a-a-amor de O-d-dios, RRichie, c-c-cácállate!

--Buen consejo, Master William Denbrough -dijo el señor Nell-. Seguro que Zack no sabe que estás aquí, en Los Barrens, jugando entre las cagarrutas flotantes, ¿verdad?

Bill bajó los ojos y negó con la cabeza. Sus mejillas ardían.

El señor Nell miró a Ben.

--No recuerdo tu nombre, hijo.

--Ben Hanscom, señor -susurró el chico.

El señor Nell asintió y miró la presa.

--¿Esto fue idea tuya?

--Cómo construirla sí, señor. -El susurro de Ben fue casi inaudible.

--Bueno, eres un demonio de ingeniero, chico, pero no sabes una mierda de Los Barrens ni del sistema de drenaje de Derry, ¿verdad?

Ben sacudió la cabeza.

--El sistema tiene dos partes -explicó Nell-. Una parte lleva los desechos humanos sólidos (la mierda, si no ofendo vuestros tiernos oídos, chicos). La otra, el agua residual: el agua de los retretes y la que va a las tuberías desde los fregaderos, las lavadoras y las duchas, junto con la que corre por las alcantarillas de la ciudad. Bueno, no habéis causado problemas en el paso de los desechos sólidos, gracias a Dios, porque todo eso se bombea al Kenduskeag algo más abajo. Probablemente algunos buenos cagarros se están secando al sol a un kilómetro de aquí, gracias a lo que habéis hecho, pero al menos podéis estar seguros de que no hay mierda pegada al techo de ninguna casa. Pero en cuanto a las aguas residuales... no hay bombas para las aguas residuales. Corren colina abajo por lo que los ingenieros llaman drenajes de gravedad. Y tú has de saber dónde terminan los drenajes de gravedad, ¿verdad, grandullón?

--Allá arriba -dijo Ben, señalando la zona inmediatamente posterior a la presa que había quedado sumergida en gran parte. Lo hizo sin levantar la vista. Por las mejillas empezaban a correrle grandes lágrimas. El señor Nell fingió no darse cuenta.

--En efecto, así es. Todos los drenajes de gravedad alimentan arroyos que van a Los Barrens. En realidad, muchos de esos arroyuelos que corren por aquí abajo son aguas residuales, que salen de la alcantarillas tan escondidas en la maleza que no se las ve. La mierda va por un lado y todo lo demás por el otro, Dios

bendiga la inteligencia del hombre. ¿Y se os ha pasado por la cabeza que habéis estado todo el día chapoteando en los meados y el agua sucia de toda Derry?

De pronto, Eddie comenzó a jadear y tuvo que usar su chisme.

--Lo que habéis hecho ha devuelto el agua a seis, siete u ocho depósitos centrales que sirven a Witcham, Jackson, Kansas y cuatro o cinco callejas transversales. -Nell clavó en Bill Denbrough una mirada seca-. Una de ellas sirve a tu propio hogar, joven Master Denbrough. Y así estamos, con sumideros que no desaguan, lavadoras que no desaguan, tuberías exteriores que descargan alegremente el agua en los sótanos...

Ben dejó escapar un sollozo que sonó a ladrido. Los otros lo miraron por un instante. El señor Nell apoyó una manaza en el hombro del chico, estaba encallecida y áspera, pero en ese momento era tierna.

Bueno, bueno. No hay por qué tomárselo tan a pecho; grandullón. A lo mejor no es tan grave, al menos por ahora. A lo mejor exageré un poco para que me entendieras bien. Me enviaron a ver si algún árbol había caído en el arroyo. De vez en cuando pasa. Diremos que fue eso y sólo vosotros cinco y yo sabremos que no fue así. En esta ciudad tenemos últimamente problemas peores que un poco de agua acumulada. Pondré en el informe que localicé la obstrucción y que algunos niños me ayudaron a despejarla. No voy a mencionar los nombres. No habrá citaciones por construir presas en Los barrens.

Los estudió a los cinco. Ben se estaba enjuagando los ojos con el pañuelo. Bill miraba el dique, pensativo. Eddie tenía el inhalador en una mano. Stan aferraba a Richie por un brazo, listo para apretar con fuerza si el chico mostraba indicios de decir cualquier cosa que no fuera muchas gracias, señor.

--No tenéis nada que hacer en un lugar tan infecto como éste, chicos -prosiguió el señor Nell-. Han de haber sesenta enfermedades diferentes cultivándose aquí abajo. El basural por un lado, arroyos llenos de pis y agua sucia, mierda, bichos, pantanos... No tenéis nada que hacer en un lugar tan sucio, no. Cuatro bonitos parques para que juguéis a la pelota todo el día y os encuentro aquí.

--N-n-nos g-g-gusta est-estar aquí -dijo Bill, súbitamente desafiante-. Aq-q-quí ab-b-bajo nadie n-n-nos da la estática.

--¿Qué ha dicho? -preguntó el señor Nell a Eddie.

--Ha dicho que aquí abajo nadie nos da la estática -repitió Eddie con voz débil y sibilante, pero también firme-. Y tiene razón. Cuando vamos al parque y decimos que queremos jugar a béisbol nos dicen que sí, que cómo no, que si queremos ser segunda base o tercera.

Richie exclamó:

--¡Eddie se soltó uno bueno! Y... ¡ha llegado!

El señor Nell lo miró. Richie se encogió de hombros.

--Disculpe. Pero él tiene razón. Y Bill también. Nos gusta estar aquí.

Richie pensó que el señor Nell se enojaría ante eso, pero el canoso policía los sorprendió a todos con una sonrisa.

--A mí también me gustaba esto cuando era niño -dijo-. Y no os lo voy a prohibir. Pero escuchad bien lo que voy a deciros.-Les apuntó con un dedo y todos lo miraron seriamente-. Si venís a jugar aquí,hacedlo en grupo, como ahora. Juntos. ¿Me entendéis?

Ellos asintieron.

--Eso significa estar juntos todo el tiempo. Nada de jugar al escondite ni a nada que os separe. Sabéis lo que está pasando en esta ciudad... Bien, no os prohíbo que vengáis porque no me haríais caso. Pero por vuestro propio bien, en cualquier parte de Los Barrens, manteneos juntos. -Miró a Bill-. ¿Está en desacuerdo conmigo, joven Bill Denbrough?

--N-n-no, señor -dijo Bill-. Nn-nos ma-mamant-t-t...

--Está bien, entiendo -interrumpió el señor Nell-. A ver esa mano.

Bill tendió la mano derecha y el señor Nell se la estrechó.

Richie se sacudió a Stan y dio un paso adelante.

--¡Seguro que sí, señor Nell, oh príncipe entre los hombres, seguro que sí! -Tomó la enorme mano del señor Nell y la estrechó sin dejar de sonreír. A los divertidos ojos del irlandés, el chico parecía una horrible parodia de Roosevelt.

--Gracias, chico -dijo, recuperando la mano-. Tendrás que practicar un poco ese tono; de momento pareces tan irlandés como Groucho Marx.

Los otros chicos rieron, sobre todo de alivio. Stan dirigió a Richie una mirada de reproche: ¡A ver si creces de una vez!

El señor Nell les estrechó la mano a todos. A Ben, el último.

--No tienes nada de que avergonzarte, salvo de una equivocación, grandullón. En cuanto a ese dique... ¿alguien te enseñó a hacerlo?

Ben negó con la cabeza.

--¿Lo has montado tú solo?

--Sí, señor.

--¡Vaya, vaya! Algún día construirás cosas grandes, grandullón, estoy seguro. Pero Los Barrens no son buen lugar para eso. -Miró alrededor, pensativo-. Aquí nunca se hará nada grande. Es un lugar horrible. -Suspiró-. Desmontad eso, niños. Desmontadlo ahora mismo. Creo que me voy a sentar aquí a la sombra de estos matojos, a mirar cómo lo hacéis -dijo, exagerando su acento irlandés y mirando a Richie.

--Sí, señor -dijo Richie, humilde, y eso fue todo.

El policía asintió y los chicos pusieron manos a la obra. Una vez más, se volvieron hacia Ben, esta vez para que les enseñara el modo más rápido de deshacer lo que les había enseñado a construir. El señor Nell sacó un botellín de un bolsillo y tomó un largo trago. Tosió, recobró el aliento en un suspiro explosivo y miró a los niños con ojos acuosos, benignos.

--Qué tendrá el señor en su botella, ¿eh? -preguntó Richie, con su nueva voz irlandesa, desde el arroyo, hundido en el agua hasta las rodillas.

--Richie, ¿no puedes cerrar el pico?-siseó Eddie.

El señor Nell miró a Richie, que contemplaba la botella. No tenía etiqueta.

--Esto es el remedio para la tos que toman los dioses, hijo mío. Ahora veamos si puedes doblar el espinazo tan rápido como mueves la lengua.

3.

Más tarde, Bill y Richie iban caminando juntos por Witcham Street. Bill empujaba a Silver. Después de erigir y derribar la presa, no le quedaban energías para llevar

la bicicleta a velocidad de crucero. Los dos estaban perdidos, desaliñados y cansadísimos.

Stan les preguntó si querían ir a su casa para jugar al Monopoly, o a las damas, pero ninguno aceptó. Se estaba haciendo tarde. Ben, cansado y deprimido, dijo que iría a su casa para ver si alguien había devuelto los libros que había sacado de la biblioteca. Tenía esperanza de que así fuera, porque la biblioteca municipal insistía en escribir la dirección de quien llevaba el libro, no sólo su nombre, en la tarjeta de devolución de cada volumen. Eddie dijo que iría a ver el Show del rock, por televisión, porque actuaría Neil Sedaka y él quería saber si Sedaka era negro. Stan le dijo que no fuera estúpido; bastaba oírlo para darse cuenta de que era blanco. Eddie aseguró que con oírlo no podía saber nada; hasta el año anterior había estado completamente seguro de que Chuck Berry era blanco, pero cuando se presentó en Bandas de América resultó ser negro.

--Por suerte, mi madre todavía lo cree blanco -dijo-. Si descubriera que es negro, probablemente no me dejaría escucharlo.

Stan apostó a Eddie cuatro cómics a que Neil Sedaka era blanco y los dos se desviaron juntos hacia la casa de Eddie para arreglar el asunto.

Y allí estaban Bill y Richie, siguiendo un rumbo que, al cabo de un rato, los llevaría a la casa de Bill. Ninguno de los dos decía gran cosa. Richie se descubrió pensando en el relato de Bill sobre la fotografía que le había guiñado el ojo. A pesar de su cansancio, se le ocurrió una idea. Era una locura, pero también tenía su atractivo.

--Billy -dijo-, hagamos un alto. Estoy rendido.

Bill refunfuñó pero se detuvo.

Puso a Silver en el borde del verde prado del seminario teológico y se sentó con Richie en los amplios escalones de piedra que llevaban al gran edificio victoriano.

--Q-q-qué día -protestó Bill, sombrío. Tenía ojeras y estaba muy pálido-. S-s-será mejor q-q-que llames a tu casa cu-cu-cuando lleg-lleguemos a la mía. P-p-para q-q-que tus p-p-padres no se preocupen.

--Claro. Seguro. Oye, Bill...

Richie hizo una momentánea pausa pensando en la momia de Ben, en el leproso de Eddie y en lo que Stan había estado a punto de contarles. Por un segundo, algo nadó en su propia mente, algo acerca de esa estatua de Paul Bunyan que había en el centro municipal. Pero eso había sido sólo un sueño, por el amor de Dios.

Apartó esos pensamientos irrelevantes y dijo:

--Vamos a tu casa, ¿qué te parece? Echemos un vistazo a la habitación de Georgie. Quiero ver esa foto.

Bill miró a Richie, espantado. Trató de hablar, pero no pudo. Su tensión era demasiado grande. Se conformó con sacudir la cabeza.

Richie dijo:

--Ya escuchaste lo que contó Eddie. Y lo de Ben. ¿Crees en lo que dijeron?

--N-n-no s-s-sé. C-C-Creo que v-v-vieron a-aalgo.

--Sí. Yo también. Con todos esos chicos que han asesinado por aquí, creo que ellos también habrían tenido cosas para contar. La única diferencia entre Ben, Eddie y esos chicos es que a Ben y a Eddie no los atraparon.

Bill enarcó las cejas, pero no mostró mucha sorpresa. Richie esperaba esa actitud. Bill no era nada tonto.
--Pensemos un rato en esto, gran Bill -dijo-. Cualquiera puede vestirse de payaso y asesinar chicos. No sé para qué, pero nadie entiende por qué los locos hacen sus locuras, ¿no?
--S-s-s...
--Sí. No se diferencia mucho del bromista de las historietas de Batman.
El sólo oír en voz alta sus ideas entusiasmaba a Richie. Por un momento se preguntó si estaba tratando de demostrar algo o sólo arrojando una cortina de humo para poder ver esa habitación, esa foto. A fin de cuentas, probablemente no importaba. A fin de cuentas, tal vez bastaba con ver que los ojos de Bill se encendían con el mismo entusiasmo.
--¿P-p-pero qué t-t-tiene q-q-que ver la f-f-foto?
--¿Qué te parece a ti, Billy?
En voz baja, sin mirarlo, Bill opinó que no tenía nada que ver con los asesinatos.
--C-c-creo que f-f-fue el fafa-fantasma de G-ggeorgie.
--¿Un fantasma en una fotografía?
Bill asintió con la cabeza.
Richie lo pensó. La idea de un fantasma no forzaba en absoluto su mente infantil. Estaba seguro de que esas cosas existían. Sus padres eran metodistas; Richie iba a la iglesia todos los domingos y, además, a las reuniones de la Juventud Metodista, los jueves por la noche. Ya sabía bastante de la Biblia y sabía que la Biblia aceptaba todo tipo de cosas raras. Según la Biblia, el mismo Dios era un Espíritu, al menos una tercera parte y eso era sólo el comienzo. Uno se daba cuenta de que la Biblia creía en los demonios porque Jesús había expulsado a unos cuantos del cuerpo de un fulano. Bastante divertida la cosa. Cuando Jesús preguntó al tío que los tenía cómo se llamaba, los demonios contestaron por él diciéndole que se fuera al infierno o algo así. Algunas de las cosas que contaba la Biblia eran aún mejores que las historietas de terror. Siempre estaban friendo a la gente en aceite o la gente se ahorcaba, como Judas Iscariote. Y eso del perverso rey Acab, que se había caído del trono y todos los perros fueron a lamer su sangre. Y los asesinatos en masa de bebés que habían acompañado a los nacimientos de Moisés y Jesucristo. Y los tipos que salían de sus tumbas o volaban por el aire. Y los soldados que derribaban murallas. Y los profetas que veían el futuro y peleaban contra los monstruos. Todo eso estaba en la Biblia y era verdad, palabra por palabra. Eso decía el reverendo Craig, eso decían los padres de Richie y eso decía Richie. Estaba perfectamente dispuesto a dar como posible la explicación de Bill. Era la lógica lo que le preocupaba.
--Pero dices que te asustaste. ¿Qué motivos tenía el fantasma de George para asustarte, Bill?
--Ha d-d-de estar fuf-fuf-furioso conmigo. P-p-por hacerlo ma-matar. ffue c-c-culpa mí-mía. Yo-yoyo lo hice salir c-c-con el ba... con el ba...
Como no podía sacar la palabra, meció la mano en . el aire. Richie asintió para demostrar que comprendía lo que Bill quería decir... pero no para mostrarse de acuerdo.
--No lo creo -dijo-. Si lo hubieras apuñalado por la espalda sería otra cosa. O si, por ejemplo, le hubieras dado un revólver cargado para que jugara y él se hubiera

matado de un tiro. Pero no era un revólver, sólo un barquito. No quisiste hacerle daño. Por el contrario-agregó Richie, levantando un dedo para agitarlo ante Bill con aires de abogado-. Sólo querías que el pequeño se divirtiera un poco, ¿no?

Bill recordó con desesperada intensidad. Lo que Richie acababa de decir lo hacía sentir mejor con respecto a la muerte de George, por primera vez en meses, pero una parte de él insistía, con tranquila firmeza, en que no podía sentirse mejor. Claro que fue culpa tuya, insistía esa parte de él; no del todo, tal vez, pero sí en parte.

"De lo contrario, ¿por qué hay un sitio tan frío en el sofá, entre tu padre y tu madre? De lo contrario, ¿por qué nadie dice nada en la mesa durante la cena? Ahora sólo se oyen los tenedores y los cuchillos hasta que tú no aguantas más y preguntas si p-p-puedes levantarte, p-p-por favor."

Se hubiera dicho que él mismo era el fantasma, una presencia que hablaba y se movía, pero sin ser oída ni vista, apenas una cosa vagamente percibida, pero nunca aceptada como real.

No le gustaba la idea de ser culpable, pero lo único que se le ocurría para explicar la conducta paterna era mucho peor: que todo el amor y la atención recibidos antes de sus padres habían sido, de algún modo, provocados por la presencia de George; al desaparecer George, no quedaba nada para él. Y todo eso había pasado al azar, sin motivo alguno. Y si uno aplicaba el oído a esa puerta podía oír los vientos de locura que soplaban dentro.

Por eso repasó lo que había hecho, sentido y dicho el día de la muerte de Georgie; una parte de él tenía la esperanza de que Richie tuviera razón; otra parte deseaba, con igual fuerza, que no fuera así. Él no había sido un santo con George, por cierto. Se habían peleado muchas veces. ¿Ese día, tal vez?

No, no se habían peleado. Para empezar, Bill todavía no estaba lo suficientemente repuesto como para pelearse con su hermano. Había estado durmiendo, soñando algo, soñando con una tortuga un animalito curioso, no recordaba cuál. Al despertar, la lluvia estaba amainando y George murmuraba para sus adentros, tristemente, en el comedor. Preguntó a George qué pasaba. Él le dijo que estaba tratando de hacer un barco de papel como lo enseñaba su Libro de actividades, pero que le salía siempre mal. Bill le dijo que le llevara el libro. Y allí, sentado junto a Richie en los escalones del seminario, recordó cómo se habían encendido los ojos de su hermanito cuando el barco de papel quedó bien y lo feliz que se había sentido también él de que Georgie lo considerara un tipo estupendo, capaz de cualquier cosa. Se había sentido, en suma, como un gran hermano mayor.

El barquito había matado a George, pero Richie tenía razón: no era como haber dado a George un revólver cargado para que jugara. Bill no podía adivinar lo que iba a pasarle.

Aspiró hondo, estremecido, sintiendo como si una roca cayera rodando desde su pecho. De pronto se sintió menor, mucho mejor con respecto a todo.

Abrió la boca para decírselo a Richie, pero en cambio rompió en llanto.

Alarmado, su amigo lo rodeó con un brazo (después de mirar alrededor, para asegurarse de que no estaban a la vista de nadie que pudiera tomarlos por dos maricas).

--Está bien -dijo-. Ya ha pasado todo, Bill, ¿verdad? Vamos, cierra las compuertas.
--¡Yo n-n-no que-quería que lo m-mma-mataran! -sollozó Bill-. ¡Ni siquiera se me pasó por la cabeza!
--Joder, Billy, ya lo sé -aseguró Richie-. Si querías sacártelo de encima, lo habrías empujado por la escalera o algo así. -Richie le palmeó el hombro y le dio un pequeño abrazo, un poco duro, antes de soltarlo-. Vamos, basta de lloriqueos, ¿eh? Pareces un bebé.
Poco a poco, Bill se calmó. Aún dolía, pero ese dolor parecía mas limpio, como si se hubiera abierto de un tajo para sacarse algo que se le estaba pudriendo dentro. Y ese alivio aún estaba allí.
--No quería que lo m-m-mat-mataran -repitió-. Y s-s-si dices a alal-alguien que est-que estuve llorando, t-t-te par-t-t-to la cara.
--No se lo diré a nadie-prometió Richie-, no te preocupes. Era tu hermano. Si mataran a mi hermano, yo lloraría hasta que se me cayera la cabeza, joder.
--T-t-tú no t-t-tienes herm-hermano.
--Sí, pero si lo tuviera.
--¿Llo-llorarías?
--Claro. -Richie hizo una pausa, fijando en Bill su mirada cautelosa. Trataba de decidir si a Bill se le había pasado del todo. Aún seguía enjugándose los ojos enrojecidos con el pañuelo, pero probablemente ya estaba bien-. Yo sólo quería decir que George no tiene motivos para perseguirte. Así que la foto puede tener alguna relación con... bueno, con eso otro. Con el payaso.
--A-a-a l-lo mejor Geor-George no s-s-sabe. A-l-lo me-mejor cree...
Richie comprendió lo que Bill estaba tratando de expresar y lo descartó con un ademán.
--Cuando uno estira la pata sabe todo lo que la gente pensaba de uno, Gran Bill. -Hablaba con el aire indulgente de un maestro que corrigiera las fatuas ideas de un patán-. Está en la Biblia. Allí dice: "Sí, aunque ahora no podemos ver mucho en el espejo, veremos a través de él como a través de una ventana cuando muramos." Eso está en la Primera a los Tesalonicenses o en la Segunda de Babilonios, ya lo olvidé. Es decir...
--Ya m-m-me d-d-doy c-c-cuenta -dijo Bill.
--Bueno, ¿y qué te parece?
--¿Qué?
--¿Vamos a ese cuarto a echar un vistazo? A lo mejor encontramos una pista sobre quién es el asesino de chicos.
--T-t-tengo ni-miedo.
--Yo también -dijo Richie.
Pensaba que era sólo una tontería, algo para poner a Bill en movimiento. Pero entonces su estómago crujió y descubrió que era cierto: estaba verde de miedo.

4.

Los dos chicos entraron en la casa de los Denbrough como si fueran fantasmas.

El padre de Bill todavía estaba trabajando. Sharon Denbrough leía un libro sentada en la mesa de la cocina. El olor de la cena (pescado) se filtraba hasta el vestíbulo. Richie llamó a su casa para informar a su madre que no había muerto, que estaba en casa de Bill.

--¿Quién anda ahí? -preguntó la señora Denbrough cuando Richie colgó. Los chicos quedaron petrificados mirándose con aire de culpabilidad. Por fin Bill anunció: .

--S-s-soy yo, mamá. Y Ri-ri-ri.

--Richie Tozier, señora-chilló su amigo.

--Hola, Richie -saludó la señora Denbrough, con voz ausente, casi como si no estuviera allí-. ¿Quieres quedarte a cenar?

--Gracias, señora, pero mi madre va a pasar a buscarme dentro de media hora.

--Salúdala de mi parte, ¿quieres?

--Sí, señora, por supuesto.

--V-v-vamos -susurró Bill-. Baba-basta de cháchaachara.

Subieron a la habitación de Bill. Los estantes estaban atestados con una variada colección de libros y cómics. Había más revistas en el escritorio junto a una vieja máquina de escribir Underwood para oficinas que le habían regalado sus padres por Navidad, dos años antes; a veces Bill escribía cuentos con ella. Lo hacía con más frecuencia desde la muerte de George. La ficción parecía calmarle la mente.

En el suelo, al otro lado de la cama, había un tocadiscos con un montón de ropa amontonada sobre la tapa. Bill dejó la ropa en los cajones del escritorio y sacó los discos. Los repasó hasta elegir seis que colocó en el eje del plato. En cuanto encendió el aparato, los Fleetwoods comenzaron a cantar Come Softly Darling.

Richie se apretó la nariz. Bill sonrió, aunque el corazón le daba tumbos.

--A e-e-ellos n-no les g-g-gusta el r-r-rock. Es-éste me lo reg-regalaron p-p-para mi c-c-cumpleaños. Y dos de P-Pat B-Boone y T-T-Tommy Sands. Guardo l-los de Lit-Little RiRichard y Scream Jay Hawkins p-ppara c-cuando ellos n-no est-están. Ppero si ella oye mú-música creerá que est-tamos e-en mi hab-bi-tación. Vva-vamos.

La habitación de George estaba al otro lado del pasillo con la puerta cerrada. Richie la miró, humedeciéndose los labios.

--¿No la tienen bajo llave? -preguntó a Bill. De pronto sintió deseos de que estuviera cerrada con llave.

Bill, pálido, sacudió la cabeza e hizo girar el pomo. Entró y miró a Richie. Al cabo de un momento, Richie lo siguió. Bill cerró la puerta tras ellos apagando el sonido de los Fleetwoods. richie dio un pequeño salto ante el suave chasquido de la cerradura.

Miró alrededor, temeroso pero lleno de curiosidad. L o primero que notó fue el olor a hongos secos en el aire. "Hace rato que aquí nadie abre una ventana -pensó-. Caramba, aquí ni siquiera se respira. Ésa es la sensación que da." Se estremeció levemente ante la idea y volvió a humedecerse los labios.

Sus ojos se detuvieron en la cama de George y pensó que el niño dormía ahora bajo un edredón de tierra en el cementerio. Pudriéndose. No tenía las manos cruzadas porque se necesitan dos manos para cruzar sobre el pecho y a Georgie lo habían enterrado con una sola.

De su garganta escapó un ruidito. Bill lo miró con aire inquisitivo.

--Tienes razón -dijo Richie, con voz ronca-. Esto da miedo. No me explico cómo soportas entrar solo.
--Él e-e-era ni-mi her-hermano -dijo Bill-. A veces m-m-me v-vienen g-gganas.
En las paredes había pósters para niños. En uno estaban los sobrinos del Pato Donald marchando hacia la espesura con uniforme de boy scouts. Otro, coloreado por el mismo George, mostraba a mr. Do deteniendo el tráfico para que un grupo de niños cruzara la calle hacia la escuela. Abajo decía: "Mr. Do dice ¡Espera la señal del guardia!" "El niño no se preocupaba mucho por escribir recto", pensó Richie y se estremeció. El niño tampoco podría mejorar jamás su caligrafía. Richie miró la mesa que había junto a la ventana. La señora Denbrough había puesto allí todos los boletines de notas de George, entreabiertos. Al mirarlos, sabiendo que no habría ningún otro, sabiendo que George había muerto antes de aprender a no pasarse del borde al colorear, sabiendo que su vida había terminado eterna e irrevocablemente con esos pocos boletines de parvulario y primer grado, la ruda verdad de la muerte abrumó a Richie por primera vez. Era como si una gran caja de hierro cayera en su cerebro hundiéndose allí. "¡Yo también puedo morir! -gritó su mente, de pronto, con traicionado horror-. ¡Cualquiera puede morir!"
--Oh, Dios, Dios -balbució, y no pudo agregar nada más.
--Sí -dijo Bill casi en un susurro. Se sentó en la cama de George-. Mira.
Richie vio el álbum de fotografías cerrado en el suelo. "Mis fotografías -leyó Richie-. George Denbrough, edad 6 años."
"¡Seis años! -Chilló su mente-. ¡Seis años para siempre! ¡A cualquiera podría pasarle! ¡A cualquiera, joder! "
--Est-estaba ab-ab-abierto -apuntó Bill-. Antes.
--Se cerró -dijo Richie, intranquilo, sentándose en el borde de la cama, junto a Bill, para mirar el álbum-. Muchos libros se cierran solos.
--Las hoj-hoj-hojas, sí, p-p-pero la t-tapa nu-nunca. Y s-s-se cerró.-Bill miró a Richie con solemnidad, muy oscuros los ojos en su cara pálida y cansada-. P-p-pero qu-quiere que t-t-tú lo ab-ab-abras de n-n-nuevo.
Richie se levantó para acercarse lentamente al álbum. Estaba al pie de una ventana enmarcada por cortinas claras. Al mirar hacia fuera, vio el manzano de los Denbrough, en el patio, un columpio se balanceaba lentamente de una rama negra y retorcida.
Miró otra vez el libro de George.
Una mancha seca, parda, coloreaba el espesor de las hojas en el medio del libro. Parecía salsa de tomate reseca. Seguramente George había estado comiendo una hamburguesa mientras miraba su álbum; un mordisco y un poco de ketchup salpicó el libro. Los peques siempre hacían torpezas como ésa. Podía ser ketchup. Pero Richie sabía que no lo era.
Tocó el álbum y enseguida apartó la mano. Estaba muy frío. Allí donde estaba, el fuerte sol de verano, apenas filtrado por las ligeras cortinas, debía de haber estado calentándolo todo el día. Pero estaba frío.
"Mejor lo dejo -pensó Richie-. De cualquier modo, no quiero mirar este álbum estúpido, lleno de gente que no conozco. Mejor le digo a Bill que cambie de opinión. Iremos a su habitación a leer revistas. Después me iré a casa a cenar y me acostaré temprano porque estoy cansado. Y mañana, cuando despierte, estaré seguro de que esto es sólo ketchup. Sí, señor."

Abrió el álbum con manos que parecían estar a mil kilómetros de él en el extremo de largos brazos de plástico-y vio caras y casas en el álbum de George, las tías, los tíos, los bebés, las plazas, los viejos Ford y Studebaker, los barzones, las verjas, baches llenos de agua lodosa, un tiovivo en la feria de Esty, la torre depósito, las ruinas de la fundición Kitchener...

Sus dedos pasaron las páginas cada vez más deprisa, hasta que las fotos se acabaron. Volvió atrás, no quería hacerlo, pero no pudo impedirlo. Allí había una foto del centro de Derry: las calles Main y Canal, tomada alrededor de 1930; más allá, nada.

--Aquí no hay ninguna foto escolar de George -dijo Richie, mirando a Bill con una mezcla de alivio y exasperación .. ¿Qué clase de trola quisiste hacerme tragar, Gran Bill?

--¿Q-q-qué?

-La última foto del álbum es ésta. El resto de las páginas está en blanco.

Bill se levantó de la cama para reunirse con él. Contempló la foto de Derry tal como había sido casi treinta años antes, con sus coches y sus camiones anticuados, sus anticuadas farolas formadas por racimos de globos que parecían grandes uvas blancas y los peatones que caminaban úunto al canal, captados en medio de un paso por el chasquido del obturador. Volvió la página y, tal como Richie acababa de decir, no había nada más.

No, un momento: nada no. Allí había un único esquinero, de los que se usan para montar fotografías en un álbum.

--Estaba aquí -dijo Bill, golpeando el esquinero con un dedo-. Mira.

--¡Cuernos! ¿Qué le habrá pasado?

--N-n-no s-s-sé.

Bill había cogido el álbum de manos de Richie y lo tenía ya en su regazo. Volvió las páginas buscando la foto de George. Renunció al cabo de un minuto, pero las páginas no: se volvieron solas girando lentamente y sin pausa. Bill y Richie se miraron con los ojos dilatados y volvieron a fijar la vista en el libro.

Llegó otra vez a la última fotografía y las páginas dejaron de pasar. Allí estaba el centro de Derry en color sepia: la ciudad, tal como había sido mucho antes de que Bill y Richie nacieran.

--¡Eh! -exclamó Richie, quitando el álbum a Bill. En su voz ya no había miedo; de pronto, su cara estaba llena de extrañeza-. ¡Joder!

--¿Q-q-qué? ¿Qué p-p-pasa?

--¡Nosotros! ¡Aquí estamos nosotros, mira!

Inclinados sobre el álbum, compartiéndolo, ambos parecían niños ensayando en un coro. Bill aspiró profundamente y Richie comprendió que él también había visto.

Atrapados bajo la lustrosa superficie de esa vieja fotografía en blanco y negro, dos niños caminaban por Main hacia la intersección con Center, punto donde el canal se hacía subterráneo a lo largo de dos kilómetros. Los dos destacaban claramente contra el bajo muro de cemento que bordeaba el canal. Uno llevaba bambas. El otro vestía con una especie de traje marinero y una gorra de tweed. Estaban en escorzo en relación con la cámara, como si miraran algo al otro lado de la calle. El niño de las bambas era Richie Tozier, sin lugar a dudas. Y el de la gorra de tweed, Bill el Tartaja.

Se vieron en una fotografía que los triplicaba en edad o poco menos. Richie sintió súbitamente que la boca se le resecaba como polvo, como vidrio. Pocos pasos más adelante de los niños, en la foto, un hombre sujetaba el ala de.su sombrero, con el sobretodo congelado eternamente en un flameo, arrebatado por una ráfaga que llegaba de atrás. En la calle había un Ford T, un PierreArrow y un Chevrolet con estribos.
--N-n-no p-p-puedo cre-creer... -comenzó Bill.
Y entonces la foto empezó a moverse.
El Ford T que habría debido permanecer eternamente inmóvil en medio del cruce de calles (al menos, hasta que los productos químicos de la vieja foto acabaran de disolverse) pasó a través de ella exhalando una niebla de vapores por el escape y siguió rumbo a Up-Mile Hill. Una mano pequeña y blanca asomó por la ventanilla del conductor para indicar giro a la izquierda. Giró en Court Street y pasó más allá del blanco borde de la foto perdiéndose de vista.
El Pierce-Arrow, los Chevrolet, los Packard, todos comenzaron-a circular. Después de veintiocho años, los faldones de aquel sobretodo concluyeron, por fin, su flameo y el hombre se ajustó el sombrero en la cabeza para seguir caminando.
Los dos chicos completaron el giro quedando de frente. Un momento después, Richie vio que ambos habían estado mirando a un perro callejero que venía trotando por Center. El niño del traje de marinero, Bill, se llevó los dedos a la boca y silbó. Richie aturdido, notó que ola el silbido, así como los motores de los automóviles. Eran ruidos leves, como si los oyera a través de un vidrio grueso, pero allí estaban.
El perro echó un vistazo a los dos niños y siguió corriendo. Los chicos se miraron, riendo como tontos. Iban a seguir caminando, pero el Richie de bambas tomó a Bill del brazo y señaló el canal. Entonces giraron en esa dirección.
"No-pensó Richie-, no, no hagan eso..."
Se acercaron al muro de cemento y súbitamente el payaso asomó sobre el borde como de una horrible caja de sorpresas, un payaso con la cara de Georgie Denbrough, el pelo aplastado hacia atrás, la boca con vertida en una odiosa sonrisa de pintura sangrante, agujeros negros en los ojos. Una mano llevaba tres globos en un cordel. La otra se alargó hacia el niño del traje de marinero y lo tomó del cuello.
--¡N-n-no! -gritó Bill, estirando la mano hacia la foto... hacia el interior de la foto.
--¡No, Bill! -gritó Richie y lo sujetó.
Llegó casi demasiado tarde. Vio que la punta de los dedos de Bill atravesaban la superficie de la foto para entrar en ese otro mundo. Vio que la punta de aquellos dedos perdían el rosa cálido de la carne viva para tomar el color de croma momificada que pasa por blanco en las fotos viejas. Al mismo tiempo, se volvieron pequeñas y desconectadas. Era como esa peculiar ilusión óptica que vemos al hundir la mano en un cuenco de vidrio lleno de agua: la mano hundida parece estar flotando descarnada a varios centímetros del brazo que ano tenemos fuera del agua.
Una serie de cortes en diagonal tajeaban los dedos de Bill allí donde dejaban de ser sus dedos para convertirse en dedos de foto; era como si hubiera metido la mano entre las paletas de un ventilador.

Richie lo tomó del brazo y le dio un firme tirón. Ambos cayeron hacia atrás. El álbum de George golpeo, cayó al suelo y se cerró con un sonido seco. Bill se metió los dedos en la boca, con lágrimas de dolor en los ojos. Richie vio que hilos de sangre le corrían por la palma hasta la muñeca.

--Déjame ver -dijo.

--Du-duele -se quejó Bill.

Tendió la mano a Richie, con la palma hacia abajo. Tenía tajos paralelos en el índice, el mayor y el anular. El pequeño apenas había tocado la superficie de la fotografía (si acaso tenía superficie) y no tenía corte alguno, pero Bill dijo a Richie, más tarde, que la uña había sido cortada limpiamente, como con tijeras de manicura.

--Maldita sea, Bill -dijo Richie. Tiritas; era lo único que se le ocurría. Por Dios, había tenido suerte; si él no lo hubiera tirado del brazo, esos dedos podrían haber sido amputados-. Tenemos que curar eso. Tu madre...

--N-n-no te p-preocupes p-por mi m-m-madre.

Tomó otra vez el álbum salpicando el piso con sangre.

--¡No lo vuelvas a abrir! -exclamó Richie, tirándole frenéticamente del hombro-. ¡Por Dios, Billy, has estado a punto de perder los dedos!

Bill se lo sacudió. Mientras hojeaba el álbum, en su cara había una sombría decisión que asustó a Richie. Sus ojos parecían los de un loco. Sus dedos heridos marcaron el libro de George con sangre fresca; aún no parecía ketchup, pero lo parecería cuando hubiera tenido tiempo de secarse. Por supuesto.

Y allí estaba, otra vez, la escena del centro de Derry.

El Ford T estaba en medio de la intersección. Los otros coches, petrificados en sus primitivos lugares. El hombre que caminaba hacia la esquina sujetaba el ala de su sombrero; su sobretodo había vuelto a henchirse, en medio de un flameo.

Los dos niños habían desaparecido.

No había ningún niño en la fotografía. Pero...

--Mira -susurró Richie.

Tuvo cuidado de mantener la punta del dedo bien lejos de la foto. Sobre la pared de cemento, en el borde del canal, se veía un arco: la parte superior de algo redondo.

Un globo.

5.

Salieron justo a tiempo de la habitación de George. La madre de Bill era una voz al pie de la escalera y una sombra en la pared.

--¿Habéis estado peleando? -preguntó, ásperamente-. Oí ruidos.

--Un p-p-poquito, ni-mamá.-Bill lanzó una mirada aguda a Richie. Decía: "No abras la boca."

--Bueno, tranquilizaos de una vez. Creí que el techo se me iba a caer en la cabeza.

--E-e-está b-bien.

Oyeron que ella volvía hacia la parte delantera de la casa. Bill se había envuelto la mano herida en un pañuelo; la tela se estaba poniendo roja y en cualquier

momento empezaría a gotear. Fueron al baño, donde Bill puso la mano bajo el grifo hasta que dejó de sangrar. Una vez limpios, los cortes se veían finos pero profundos. Con sólo mirarlos, a Richie se le revolvió el estómago. Los envolvió con tiritas tan rápido como pudo.

--C-cómo du-duele-dijo Bill.

--¿Por qué tenías que meter la mano ahí, pedazo de idiota?

Bill miró con solemnidad sus anillos de apósitos; después levantó la mirada hacia Richie.

--E-era el p-p-payaso -dijo-. Era el p-p-payaso, hac-hac-haciéndose p-p-pasar por G-g-george.

--Eso -confirmó Richie-. Y también era el payaso haciéndose pasar por la momia cuando lo vio Ben. Y el payaso haciéndose pasar por vagabundo cuando lo vio Eddie.

--El le-le-leproso.

--Eso.

--Pero ¿e-e-es re-re-realmente un p-p-payaso?

--Es un monstruo -repuso Richie, secamente-. Alguna clase de monstruo que tenemos aquí mismo, en Derry. Y está matando a los chicos.

6.

Un sábado, no mucho después del incidente del dique en Los Barrens el señor Nell y la foto que se movía, Richie, Ben y Beverly Marsh se encontraron, no con un monstruo, sino con dos... y pagaron para verlos. Al menos Richie pagó. Esos monstruos asustaban, pero no eran peligrosos de verdad. Acechaban a sus víctimas desde la pantalla del cine Aladdin, mientras Richie, Ben y Bev miraban desde la galería.

Uno de los monstruos era un hombre lobo representado por Michael Landon. Y estaba estupendo. El otro era un corredor de coches muerto, representado por Garry Conway. Era resucitado por un descendiente de Víctor Frankenstein, quien arrojaba las partes que no le hacían falta a unos cocodrilos que tenía en el sótano. El programa incluía también un noticiero de Movie Tone que mostraba la última moda de París y las últimas explosiones de cohetes Vanguard en Cabo Cañaveral, dos dibujos animados de Warner Brothers, uno de Popeye y otro de Pingüi (por algún motivo, el gorro que usaba Pingüi siempre hacía reír a Richie), y los avances de próximos estrenos, que incluían dos películas que Richie puso inmediatamente en su lista de cosas para ver: Me casé con un monstruo del espacio exterior y The Blob.

Durante la función, Ben estuvo muy callado. La vieja Parva había estado a punto de ser descubierta por Henry, Belch y Victor, algo antes, y Richie supuso que eso lo tenía preocupado. Pero Ben ni siquiera se acordaba de esos malvados. El motivo de su silencio era Beverly. Su proximidad lo abrumaba a tal punto que estaba casi enfermo. Tenía carne de gallina y un momento después, con sólo sentir que ella se movía en la butaca, se le encendía la piel como con fiebre tropical. Cuando la mano de Beverly rozaba la suya, al tomar palomitas de maíz, él

temblaba de exaltación. Más tarde pensaría que esas tres horas en la oscuridad, junto a Beverly, habían sido las más largas y las más cortas de su vida.
Richie, sin saber que Ben estaba en la afiladas garras del primer amor, se sentía de maravillas. Para él había pocas cosas mejores que un par de películas de terror en un cine lleno de chicos que chillaban y gritaban en las escenas sanguinarias. Por cierto, no relacionó ninguno de los sucesos de esas dos películas baratas con lo que estaba pasando en la ciudad... al menos, no por el momento.
El viernes por la mañana había visto el anuncio de "Doble terror en sábado matiné" publicado en el News y casi de inmediato olvidó lo mal que había dormido la noche anterior... hasta que había tenido que levantarse a encender la luz del armario, cosa de chiquillos, sin duda, pero hasta entonces no había podido pegar un ojo. Sin embargo, a la mañana siguiente las cosas parecían otra vez normales... o casi. Empezaba a pensar que tal vez él y Bill habían compartido la misma alucinación. Claro que los cortes en los dedos de Bill no eran alucinaciones; o tal vez se los había hecho con las hojas del álbum. Era papel grueso. Podía ser. Tal vez. Además, ¿quién los obligaba a pasarse los diez años siguientes pensando en eso? Nadie.
Por lo tanto, tras una experiencia que habría puesto a cualquier adulto a la búsqueda del psiquiatra más cercano, Richie Tozier se levantó, desayunó con tortitas, vio el anuncio de las dos películas de terror, revisó sus fondos, descubrió que estaban un poco escasos (tal vez "inexistentes" sería la palabra más adecuada) y empezó a fastidiar a su padre pidiéndole tareas para hacer.
El padre, que había bajado a la cocina con la bata de dentista ya puesta, dejó el suplemento de deportes y se sirvió la segunda taza de café. Era un hombre de aspecto agradable y facciones delgadas. Llevaba gafas con montura de acero, estaba quedándose calvo por atrás y moriría de cáncer de laringe en 1973. Miró el aviso que Richie señalaba.
--Películas de terror -dijo Wentworth Tozier.
--Sí -confirmó Richie, sonriente.
--Y crees que no puedes perdértelas.
--¡Sí!
--Probablemente morirías de desilusión si no vieras esas dos basuras.
--¡Sí, sí, en efecto! ¡Estoy seguro! ¡Grauag! -Richie cayó de la silla al suelo apretándose el cuello con la lengua afuera. Era su modo de poner en marcha su encanto.
--Oh, Dios, Richie, ¿por qué no dejas de hacer eso? -pidió la madre, que estaba friéndole un par de huevos para completar las tortitas.
--Vaya, Richie -dijo el padre, mientras el chico volvía a su silla-, el lunes te di tu asignación. Y hoy, viernes, necesitas más dinero.
--Bueno...
--¿Qué ha sido de la asignación?
Richie adoptó la voz de Toodles, el mayordomo inglés.
--Vaya, la gasté, qué te parece, jefe. Fue mi contribución al esfuerzo de guerra. Todos debemos combatir a los sanguinarios hunos, cada uno a su modo, ¿no?
Qué terrible, ¿eh-wot? Qué cosa espantosa, ¿wotwot? Qué cosa...
--Eres un descarado -dijo Went, amistosamente, mientras cogía la mermelada de frambuesa.

--Nada de peleas a la hora del desayuno, por favor -dijo Maggie Tozier a su esposo, mientras traía los huevos de Richie a la mesa. Y a Richie-: No me explico por qué quieres llenarte la cabeza con esa basura.

--Oh, mamá -dijo Richie.

Por fuera suplicaba; por dentro, se sentía jubiloso. Conocía a sus padres y estaba seguro de conseguir lo que buscaba: trabajo que hacer y permiso para ir a la función del sábado.

Went se inclinó hacia Richie, con una amplia sonrisa.

--Creo que te tengo exactamente donde quería. -dijo.

--¿De veras, papi? -Richie también sonrió... algo intranquilo.

--Oh, sí. ¿Te has fijado en nuestro césped?

--Por cierto que sí, jefe -respondió Richie, tratando otra vez de convertirse en Toodles-. Un poco desastrado, ¿eh-wot?

--Wot-wot -concordó el padre-. Y tú, Richie, te encargarás de remediar ese estado.

--¿Yo?

--Tú. Lo cortarás, Richie.

--Sí, papá, por supuesto -dijo Richie.

Pero una sospecha terrible acababa de florecer en su mente. Tal vez su padre no se refería sólo al césped del frente.

La sonrisa de Wentworth Tozier se ensanchó hasta convertirse en la mueca sanguinaria de un tiburón.

--Todo. El del frente, el de atrás y el de los lados. Cuando termines, te daré dos pavos.

--No entiendo, papá -dijo Richie, pero temía entender.

--Dos dólares.

--¿Dos dólares por todo el césped? -exclamó Richie, ofendido-. ¡Pero si es el más grande de la manzana! ¡Caramba, papá!

Went suspiró y volvió a tomar el periódico. Richie leyó el titular de la primera plana: ""Nuevos temores por la desaparición de un niño""

Pensó por un instante en el extraño álbum de George Denbrough, pero eso había sido una alucinación, seguramente... y de cualquier modo, eso había sido ayer y hoy era hoy.

--Supongo que no tienes tantas ganas de ver esas películas, después de todo -dijo Went, desde atrás del periódico.

Un momento después, sus ojos aparecieron por arriba, estudiando a Richie con un aire bastante presumido. Estudiándolo como el jugador que tiene cuatro cartas de un mismo palo estudia a su adversario por sobre el abanico de cartas.

--Cuando se lo encargas a los mellizos Clark, le das dos dólares a cada uno.

--Eso es cierto -admitió Went-. Pero ellos no quieren ir mañana al cine. De lo contrario, han de tener fondos suficientes porque últimamente no han venido a verificar el estado del césped que rodea nuestra casa. Tú, por el contrario, deseas ir y careces de los fondos necesarios. Esa presión que sientes en la cintura puede deberse a los cinco panqueques y a los dos huevos de tu desayuno, Richie, o a que te tengo agarrado. ¿Wot-wot?

Los ojos de Went volvieron a perderse tras el periódico.

--Me está extorsionando -dijo Richie a su madre, que sólo tomaba una tostada. Estaba tratando otra vez de perder unos kilos-. Esto es extorsión, espero que te des cuenta.
--Sí, querido, me doy cuenta -dijo su madre- Tienes huevo en el mentón.
Richie se limpió.
--¿Tres dólares si tengo todo listo cuando vuelvas a casa, esta noche? -preguntó al periódico.
Los ojos de su padre volvieron a aparecer brevemente.
--Dos con cincuenta.
--Oh, vaya -suspiró Richie-. Eres peor que Rico Mac Pato.
--Es mi ídolo -dijo Went tras el periódico-. Decídete, Richie. Quiero leer este comentario de boxeo.
--Hecho -dijo Richie y volvió a suspirar.
Cuando los padres lo tenían a uno pillado, sabían muy bien cómo apretar. Mientras cortaba el césped practicó sus voces.

7.

Terminó (el frente, la parte trasera y los lados) a las tres de la tarde del viernes y comenzó el sábado con dos dólares y cincuenta centavos en los bolsillos de su vaquero. Casi una fortuna. Llamó a Bill, pero Bill le dijo que tenía que ir a Bangor para su terapia.
Richie le dio su pésame y agregó, con su mejor voz de Bill el Tartaja:
--D-d-dales c-c-con t-t-todo, Gg-gran B-b-bill.
--Vete al cuerno, T-t-tozier-dijo Bill y cortó.
A continuación, Richie llamó a Eddie Kaspbrak, pero lo encontró aún más deprimido que a Bill. La madre había comprado un billete de autobús.
Irían a visitar a las tías de Eddie que vivían en Haven, en Bangor y en Hampden, respectivamente. Las tres eran gordas, como la señora Kaspbrak, y las tres solteras.
--Las tres van a pellizcarme la mejilla y dirán cuánto he crecido -se quejó Eddie.
--Eso es porque saben que eres encantador, Eds, como yo. Desde la primera vez que te vi me di cuenta de que eras un niño muy encantador.
--A veces eres un plomo, Richie.
--Entre colegas nos conocemos, Eds, y tú eres el mejor de nosotros. ¿Irás a Los Barrens la semana que viene?
--Supongo que sí, si vosotros también vais. ¿Quieres que juguemos a pistoleros?
--Puede ser. Pero... Gran Bill y yo tenemos algo que contaros.
--¿Qué?
--En realidad, creo que le corresponde contarlo a Bill. Hasta pronto. Que te diviertas con tus tías.
--Muy gracioso.
Su tercera llamada fue a Stan el Galán, pero Stan había caído en desgracia con sus padres por romper la ventana mientras jugaba. Tenía que pasarse el fin de semana haciendo tareas en la casa y probablemente también el fin de semana

siguiente. Richie preguntó a Stan si iría a Los Barrens en la semana siguiente. Stan dijo que sí, siempre que su padre no decidiera dejarlo castigado.
--Venga, Stan, fue sólo una ventana -dijo Richie.
--Sí, pero grande -replicó Stan, antes de colgar.
Richie se acordó de Ben Hanscom. Buscó en la guía y halló a una tal Arlene Hanscom. Era el único nombre de mujer entre los cuatro Hanscom anotados, de modo que Richie se arriesgó a llamar:
--Me gustaría ir, pero ya me gasté la asignación -dijo Ben. Lo dijo como si le avergonzara admitirlo; en realidad se había gastado todo en golosinas, pastas, refrescos y bocadillos.
Richie, que tenía dinero (y a quien no le gustaba ir al cine solo), propuso:
--Yo pago las entradas. Puedes devolvérmelo después.
--¿Sí? ¿De veras?
--Seguro -exclamó Richie-. ¿Por qué no?
--¡De acuerdo! -aceptó Ben, feliz-. ¡Oh, será grandioso! ¡Dos películas de terror! ¿Una es de hombres lobo?
--Sí.
--¡Guau! ¡Me encantan las películas de hombres lobo!
--Bueno, no te vayas a mojar los pantalones.
Ben se echó a reír.
--Nos encontramos delante del Aladdin, ¿te parece bien?
--Sí, de acuerdo.
Richie colgó y se quedó mirando el teléfono, pensativo. De pronto se le ocurrió que Ben Hanscom estaba muy solo.

8.

El día era claro y fresco; había brisa. Richie caminaba casi bailando por Center Street hacia el Aladdin chasqueando los dedos y canturreando Rockin Robin por lo bajo. Se sentía muy bien. Ir al cine siempre lo hacía sentir bien; le encantaba ese mundo mágico, esos sueños mágicos. Sintió pena por todos los que tuvieran algo que hacer en un día tan bonito: Bill, con su terapia; Eddie, con sus tías; y el pobre Stan el Galán, que pasaría la tarde fregando los escalones del porche o barriendo el garaje sólo porque había roto una ventana.
Richie sacó el yo-yo que llevaba en el bolsillo trasero para practicar un poco. Ansiaba adquirir esa habilidad, pero hasta el momento no había tenido éxito. Ese maldito chisme se le enredaba en los dedos.
De pronto vio a una chica de falda tableada beige y blusa blanca, sin mangas, sentada en un banco ante la tienda de Shook. Estaba tomando algo que parecía un helado de pistacho. El pelo castaño-rojizo, brillante, cuyos reflejos parecían cobrizos y a veces casi rubios, le llegaba a los omóplatos. Richie sólo conocía a una chica con ese color de pelo: Beverly Marsh.
A Richie le gustaba mucho Bev. Bueno, le gustaba, sí, pero no de ese modo. La admiraba por su aspecto (y sabía que no era el único; las chicas como Sally Mueller y Greta Bowie odiaban a beverly como a la peste; aún eran demasiado jóvenes para comprender que, teniéndolo todo con tanta facilidad, tuvieran que

competir en materia de aspecto con una chica que vivía en esos apartamentos horribles de la parte baja de Main Street), pero sobre todo porque era fuerte y poseía un agudo sentido del humor. Además, solía tener cigarrillos. Le gustaba, en resumen, porque era una buena tía. De cualquier modo, una o dos veces se había sorprendido preguntándose qué color de bragas llevaría bajo sus cortas faldas algo desteñidas.

Al acercarse al banco Richie cerró el cinturón de su invisible impermeable, se bajó un invisible sombrero y fingió ser Humphrey Bogart. Agregando la voz correcta, se convirtió en Humphrey Bogart... al menos a su modo de ver. Para cualquier otro, parecía Richie Tozier con un leve resfriado.

--Hola, cariño -dijo, acercándose al banco-. A qué esperar aquí el autobús. Los nazis nos han cortado la retirada. El último avión sale a medianoche. Tú viajarás en él, cariño. Y también yo... pero yo me las arreglaré.

--Hola, Richie -dijo Bev.

Cuando giró hacia él se le vio un moretón en la mejilla derecha, como la sombra del ala de un cuervo. Una vez más, Richie quedó asombrado ante su tipo... pero en ese momento Richie pensó que era realmente bella. Nunca se le había ocurrido que pudiera haber chicas bellas fuera de las películas, ni que él pudiera conocer a una Tal vez era ese moretón lo que le hacía ver la posibilidad de su belleza: un contraste, un defecto peculiar que primero atraía la atención y después, de algún modo, definía el resto: los ojos azulgrisáceos, los labios naturalmente rojos, la piel de niña, tersa e impecable. Había una salpicadura de diminutas pecas en su nariz.

--¿Se te ha perdido algo? -preguntó ella, sacudiendo la cabeza con arrogancia.

--Tú, cariño. Te has puesto verde como queso gruyere. Pero cuando salgamos de Casablanca irás al mejor sanatorio. Te volveremos blanca otra vez. Lo Juro por mi santa madre.

--No seas idiota, Richie. No te pareces en nada a Humphrey Bogart. -Pero al decirlo sonrió.

Richie se sentó a su lado.

--¿No vas al cine?

--No tengo dinero -dijo ella-. ¿Me dejas ver tu yo-yo?

El se lo dio.

--Tendría que arrojarlo al río -le dijo-. No funciona correctamente.

Ella pasó el dedo por el anillo del cordel y Richie se ajustó las gafas para ver lo que hacía. Beverly puso la palma hacia arriba, con el Duncan bien sujeto en la palma de su mano ahuecada y dejó deslizar el yo-yo por el dedo índice. Llegó exactamente hasta el extremo del cordel y quedó suspendido. Cuando ella recogió los dedos, como para llamar a alguien, el artefacto despertó y trepó por el hilo hasta su mano.

--Vaya -se asombró Richie.

--Eso es cosa de niños -dijo Bev-. Mira esto.

Volvió a arrojar el yo-yo. Lo dejó suspendido por un momento y luego lo hizo realizar una serie de secas ascensiones, hasta subir a su mano otra vez.

--Basta -protestó Richie-. Detesto las exhibiciones.

--¿Y qué te parece esto? -preguntó Bev, con una dulce sonrisa.

Llevó el Duncan rojo atrás y delante, terminando con dos vueltas completas (con las cuales estuvo a punto de golpear a una anciana, que los fulminó con la

mirada). El yo-yo terminó en su palma ahuecada, con el cordel enroscado a su eje. Bev lo devolvió a Richie y se sentó otra vez. El chico se instaló junto a ella, boquiabierto de admiración. Bev soltó una risita.

--Cierra la boca o te tragarás una mosca.

Richie cerró la boca secamente.

--Además, esa última parte fue pura suerte. Es la primera vez en mi vida que hago dos vueltas completas seguidas sin que se me pare.

Varios chicos pasaban junto a ellos, rumbo al cine. Peter Gordon pasó con Marcia Fadden. Se decía que salían juntos, pero Richie imaginaba que era sólo porque vivían en casas contiguas, en Broadway Oeste, y eran ambos tan tímidos que necesitaban del mutuo apoyo. Peter Gordon ya tenía una buena cosecha de acné, aunque sólo tenía doce años. A veces iba con Bowers, Criss y Huggins, pero no tenía valor para intentar nada por su cuenta.

Echó un vistazo a Richie y a Bev y canturreó:

--¡Richie y Beverly están de novios! Primero de novios, después casados...

--... y aquí viene Richie con un bebé en brazos -concluyó Marcia, graznando de risa.

--Sentaos aquí, capullos -dijo Bev, mostrándoles el dedo medio.

Marcia apartó la vista, disgustada.

Gordon la rodeó con un brazo y dijo a Richie, sobre el hombro.

--A lo mejor nos vemos después, cuatro-ojos.

--A lo mejor ves la faja de tu madre -respondió Richie con picardía, aunque sin mucho sentido.

Beverly se destornilló de risa. Por un momento se apoyó en el hombro de Richie y el chico supo que su contacto no era precisamente desagradable. Pero ella se incorporó enseguida.

--Qué par de gilipollas -dijo.

--Sí, creo que Marcia Fadden mea agua de rosas -dijo Richie.

A Beverly le dio otro ataque de risa.

--Chanel número cinco -murmuró con voz apagada por las manos con que se cubría la boca.

--Seguro -confirmó Richie, aunque no tenía la menor idea de lo que era Chanel número cinco-. Oye, Bev ..

--¿Qué?

--¿Me enseñas a dominar el yo-yo?

--Probaré. Nunca he enseñado a nadie.

--¿Tú cómo lo aprendiste? ¿Quién te enseñó?

Ella lo miró con ceño.

--No me enseñó nadie. Lo imaginé, simplemente. Es como hacer girar un bastón de majorette. Lo hago de maravillas.

--Cuánta humildad -comentó Richie, poniendo los ojos en blanco.

--Bueno, pero es cierto. Y no tomé clases ni nada de eso.

--¿Sabes manejar el bastón?

--Claro.

--Vas a ser majorette en la secundaria, ¿eh?

Ella sonrió. Era una sonrisa que Richie nunca había visto: sabia, cínica y triste. El chico retrocedió ante ese poder desconocido, tal como había retrocedido ante la fotografía móvil.
--Eso es para la gente como Marcia Fadden -dijo-. Para ella, Sally Mueller y Greta Bowie, las que mean agua de rosas. Los padres ayudan a comprar el equipo de deporte y los uniformes; y ellas muerden el anzuelo. Yo jamás seré majorette.
--Por Dios, Bev, no exageres.
--Claro que sí, es la verdad. -Ella se encogió de hombros-. Pero no me importa. ¿A quién le interesa dar tumbos de carnero y enseñar las bragas a un millón de personas? Mira, Richie. Fíjate en esto.
Pasó los diez minutos siguientes mostrando a Richie cómo manejar el yo-yo. Al final, el chico empezó a cogerle el truco.
--No tiras con suficiente fuerza -observó ella.
Richie miró el reloj del Trust Merril, al otro lado de la calle, y se levantó de un salto guardándose el yo-yo en el bolsillo trasero.
--Tengo que irme, Bev. Me espera Ben. Va a creer que cambié de opinión.
--¿Qué Ben?
--Oh, Ben Hanscom.
--Ben me cae bien.
--A mí también me cae bien -dijo-. Hace un par de días construimos un dique en Los Barrens y él...
--¿Vais allá abajo? ¿Tú y Ben jugáis allá?
--Sí, con un grupo de chicos. Allá abajo se está bien. - Richie volvió a mirar el reloj-. Tengo que irme, de veras. Ben me está esperando.
--Ya.
Él hizo una pausa, luego dijo:
--Si no tienes nada que hacer, ¿por qué no vienes conmigo?
--Ya te he dicho que no tengo dinero.
--Pago yo. Tengo un par de dólares.
Ella arrojó los restos de su barquillo en una papelera. Sus ojos, ese claro tono azul y gris, se volvieron hacia él con tranquila diversión. Fingiendo ahuecarse el peinado, preguntó:
--Oh, caramba, ¿debo considerarlo como una proposición?
Por un momento, Richie se sintió confundido. Hasta percibió el rubor que le subía a las mejillas. Había hecho la invitación de un modo natural, tal como se la había hecho a Ben... aunque a Ben le había dicho que debía devolverle el dinero. Sí. Y a Beverly no.
De pronto se sintió un poco raro. Había dejado caer los ojos, retrocediendo ante ese gesto burlón y en ese momento vio que la falda de la chica se había subido un poquito al inclinarse ella hacia la papelera; se le veían las rodillas. Levantó los ojos, pero no sirvió de nada, porque se encontró con sus nacientes pechos.
Como solía hacer en momentos de confusión, se refugió en el absurdo.
--¡Sí! ¡Una proposición! -vociferó hincándose ante ella con las manos entrelazadas-. ¡Dime que si, por favor! Si te niegas me mataré, te lo juro, ¿eh-wot? ¿Wot-wot?

--Oh, Richie, qué loco eres -protestó ella, riendo otra vez. Pero ¿no estaba también un poco ruborizada? En todo caso, eso la hacía aún más bonita-. Levántate si no quieres que te arrastren.

Él se levantó y volvió a caer a su lado. Estaba con- vencido de que unas pocas tonterías siempre servían contra el mareo.

--¿Quieres venir?

--Claro -aceptó ella-. Gracias. ¡Imagínate, es la primera vez que recibo una proposición! No veo la hora de anotarlo en mi diario esta noche.

Apretó las manos contra el pecho, parpadeando. Luego se echó a reír.

--Por qué no dejas de hablar de proposiciones -protestó Richie.

Ella suspiró.

--No eres muy romántico, Richie.

--No lo soy, joder.

Pero se sentía encantado. El mundo, de pronto, era un lugar claro y amistoso. Se descubrió mirándola de reojo de vez en cuando mientras ella contemplaba los escaparates: los vestidos y camisones de Cornell-Hopley, las toallas y cacerolas del bazar. Y echaba miradas subrepticias a su pelo, al contorno de su mentón. Observó sus brazos desnudos. Vio el borde de su enagua. Y todo eso le encantó. No habría podido decir por qué, pero lo ocurrido en el cuarto de George Denbrough nunca le había parecido más lejano que en ese momento.

Era hora de irse, hora de encontrarse con Ben, pero se quedaría allí un momento más, mientras ella miraba escaparates, porque era agradable mirarla y estar con ella.

9.

Los chicos estaban sacando sus entradas ante la taquilla del Aladdin y entrando en el vestíbulo. Mirando por las puertas de vidrio, Richie vio una multitud en el mostrador de golosinas. La máquina de hacer palomitas estaba sobrecargada: su tapa grasienta no dejaba de subir y bajar. Ben no estaba por ninguna parte. Preguntó a Beverly si ella lo había visto, pero la chica sacudió la cabeza.

--Tal vez ya entró.

--Dijo que no tenía dinero. Y esa hija de Frankenstein no deja pasar a nadie sin entrada.

Richie señaló a la señora Cole, que estaba ante las puertas interiores del Aladdin desde los tiempos del cine mudo. Su pelo, teñido de rojo intenso, era tan escaso que se veía el cuero cabelludo. Tenía gruesos labios que pintaba de color ciruela; grandes parches rojos le cubrían las mejillas y sus cejas eran dos rayas pintadas a lápiz negro. La señora Cole era perfectamente democrática: odiaba a todos los chicos por igual.

--Vaya, no quería entrar sin él, pero la función está por comenzar -dijo Richie-. ¿Dónde cuernos se ha metido?

--Puedes pagarle la entrada y dejársela en la taquilla -dijo Bev, muy práctica-. Así, cuando llegue...

Pero en ese momento Ben apareció por la esquina de las calles Macklin y Center. Venía jadeando; la panza se le bamboleaba bajo la sudadera. Al ver a

Richie, levantó una mano para saludarlo, pero entonces vio a Bev y su mano se detuvo en medio del ademán. Sus ojos se ensancharon por un instante. Acabó su saludo y se acercó lentamente.

--Hola, Richie -dijo. Luego miró a Bev por un segundo, como si temiera que una mirada más detenida provocara una llamarada-. Hola, Beverly.

--Hola, Ben -dijo ella.

Entre los dos se produjo un extraño silencio. No era exactamente bochornoso; era, pensó Richie, casi poderoso. Y sintió una vaga punzada de celos, porque entre ellos había pasado algo y, fuera lo que fuese, ese algo lo dejaba fuera.

--¡Por fin, Ben! -exclamó-. Ya creía que te habías acobardado. Estas películas te van a hacer perder cinco kilos Te dejan el pelo blanco, hombre. Cuando salgas del cine estarás tan tembloroso que el acomodador tendrá que ayudarte a subir por el pasillo.

Richie echó a andar hacia la taquilla. Ben le tocó el brazo y empezó a decir algo. Pero miró a Bev, que le estaba sonriendo, y tuvo que empezar otra vez.

--Yo estaba aquí -dijo-, pero cuando llegaron esos tipos tuve que ir hasta la esquina y dar la vuelta a la manzana.

--¿Qué tipos ? -preguntó Richie, aunque ya lo adivinaba.

--Henry Bowers, Victor Criss, Belch Huggins. Y algunos más.

Richie silbó.

--Seguramente ya han entrado. No los veo comprando golosinas.

--Sí, creo que sí.

--Yo de ellos, no gastaría dinero en ver películas de terror -comentó Richie-. Iría a mi casa a mirarme en el espejo. Hay que ahorrar.

Bev rió con júbilo, pero Ben se limitó a sonreír. Desde hacía una semana, Henry Bowers había decidido matarlo. Ben estaba seguro.

--Se me ocurre algo -dijo Richie-. Subiremos a la galería. Ellos estarán en la segunda o la tercera fila.

--¿Seguro? -preguntó Ben.

No estaba nada seguro de que Richie supiera hasta qué punto eran malvados esos chicos... y Henry, por supuesto, el peor.

Richie, que había escapado a una buena paliza a manos de Henry y sus amigos tres meses antes (había logrado despistarlos en la sección de juguetes de la tienda Freese, nada menos), los conocía mejor de lo que Ben pensaba.

--Si no estuviera completamente seguro, no entraría - aseguró-. Quiero ver estas películas, Ben, pero no morir por ellas.

--Además, si nos molestan podemos pedir a Foxy que los eche a patadas - sugirió Bev.

Foxy era el señor Foxworth, el hombre enjuto y sombrío que dirigía el Aladdin. En ese momento estaba vendiendo golosinas y palomitas de maíz mientras canturreaba su letanía: "Esperen turno, esperen turno." Con su raído esmoquin y su camisa almidonada, ya amarillenta, parecía un director de pompas fúnebres en decadencia.

Ben miró dubitativamente a Bev, a Foxy y a Richie.

--No puedes permitir que ellos dirijan tu vida -le reprochó Richie, suavemente-. ¿No te das cuenta?

--Supongo que tienes razón -suspiró Ben.

En realidad no estaba muy seguro, pero Beverly había dado a la ecuación un nuevo giro. De no ser por ella, habría tratado de convencer a Richie de que dejaran el cine para otro día. En todo caso, lo habría dejado solo. Pero allí estaba Bev y él no quería pasar por gallina delante de la chica. Además, la idea de estar con ella en la galería, en la oscuridad (aunque Richie se sentara entre ambos, cosa muy probable), tenía un poderoso atractivo.

--Esperaremos a que comience el espectáculo antes de entrar -dijo Richie. Con una gran sonrisa, dio a Ben un suave puñetazo en el brazo-. Jolín, ¿acaso quieres vivir eternamente?

Ben frunció el entrecejo, pero luego resopló de risa. Richie también rió. Al verlos, Beverly hizo otro tanto.

Richie se acercó nuevamente a la taquilla. Labios de Hígado los miró agriamente.

--Buenasss tardesss, mi estimada señora-dijo con su mejor voz de barón inglés-. Estoy sumamente necesitado de tres boletos para ver sus encantadoras filmaciones norteamericanas

--Basta de idioteces y dime qué quieres, chico -ladró Labios de Hígado por el agujero redondo del vidrio.

Sus cejas pintadas se movieron de un modo que perturbó a Richie, que se limitó a pasar un dólar arrugado por la ranura, murmurando:

--Tres, por favor.

Tres entradas salieron por la ranura. Richie las tomó. Labios de Hígado le envió una moneda de veinticinco centavos de cambio.

--No se hagan los listos, no tiren cajas, no griten, no corran por el pasillo ni por el vestíbulo.

--No, señora -murmuró Richie, retrocediendo hacia Ben y Bev, a quienes dijo-: Siempre me reconforta ver a una vieja como ésa, tan amante de los niños.

Se quedaron fuera un rato más esperando que la función empezara. Labios de Hígado los estudiaba suspicazmente desde su jaula de vidrio. Richie deleitó a Bev con la historia del dique en Los Barrens, pronunciando los parlamentos del señor Nell con su nueva voz de policía irlandés. No pasó mucho tiempo sin que Beverly comenzara con risitas y terminara con grandes carcajadas. Hasta Ben sonreía un poco, aunque los ojos se le desviaban constantemente hacia las grandes puertas de vidrio o hacia la cara de Beverly.

10.

En la galería se estaba bien. Durante la primera parte de El joven Frankenstein, Richie divisó a Henry Bowers y sus malditos amigos. Estaban en la segunda fila, tal como él había imaginado. Eran cinco o seis, de doce, trece y catorce años, todos con botas de motociclista apoyadas en los respaldos de la fila delantera. Foxy se acercaba y les decía que bajaran los pies. Ellos los bajaban. Foxy se iba y las botas de motociclista volvían a subir. A los cinco o diez minutos, volvía Foxy y la escena se repetía. Porque Foxy no tenía agallas para echarlos de allí y ellos lo sabían.

Las películas eran estupendas. El joven Frankenstein era debidamente grotesco. El joven hombre-lobo, sin embargo, daba más miedo, tal vez porque parecía triste. Lo que le había pasado no era culpa suya. Era culpa de un hipnotizador, el chico convertido en hombrelobo estaba lleno de rabia y malos sentimientos. Richie se preguntó si habría en el mundo mucha gente que ocultara ese tipo de malos sentimientos. Henry Bowers rezumaba malos sentimientos por los cuatro lados, pero no se molestaba en ocultarlos, por cierto.

Beverly, sentada entre los dos chicos, comía palomitas de maíz, gritaba, se cubría los ojos y a veces reía. Mientras el hombre lobo acechaba a la chica que hacía ejercicios en el gimnasio, después de clases, ella apretó la cara contra el brazo de Ben y Richie la oyó ahogar una exclamación de sorpresa a pesar de los gritos de los doscientos chicos que había abajo.

Por fin mataron al hambre-lobo. En la última escena, un policía decía a otro, que así la gente aprendería a no jugar con las cosas que estaban mejor en manos de Dios. El telón bajó y se encendieron las luces. Hubo aplausos. Richie se sentía satisfecho, aunque con un poco de dolor de cabeza. Probablemente tendría que ir pronto al oculista para que le cambiara otra vez las gafas. Si seguía así, pensó, cuando llegara a la secundaria llevaría culos de botella.

Ben le tiró de la manga.

--Nos han visto, Richie -dijo con voz horrorizada.

--¿Eh?

--Bowers y Criss. Miraron hacia aquí arriba cuando salían. ¡Nos vieron!

--Basta ya -dijo Richie-. Tranquilízate, Ben Tú tranquilízate. Saldremos por la puerta lateral y no habrá problemas. Bajaron la escalera, Richie delante, Beverly en medio y Ben cerrando la marcha, mirando sobre el hombro cada dos escalones.

--¿Es cierto que esos dos te la tienen jurada, Ben? - preguntó Beverly.

--Sí, creo que sí. El último día de clases me peleé con Henry Bowers:

--¿Te pegó mucho?

--No tanto como quería. Por eso sigue furioso, supongo.

--Ese energúmeno también perdió bastante pellejo -murmuró Richie-, según oí decir. Y no creo que eso le haya gustado mucho.

Abrió la puerta de emergencia y los tres salieron al callejón que corría entre el Aladdin y el Bar Nan. Un gato que había estado escarbando los cubos de basura les bufó y salió corriendo por el callejón, cerrado en un extremo por una cerca de tablas. El gato subió y franqueó la cerca. La tapa de un cubo de la basura cayó en estruendo. Bev dio un brinco y se aferró al brazo de Richie, pero luego se echó a reír, nerviosa.

--Las películas me han asustado -dijo.

--Ya se te... -comenzó Richie.

--Hola, caraculo -dijo Henry Bowers.

Los tres se volvieron sobresaltados. Henry, Victor y Belch estaban allí, cerrando la boca del callejón. Detrás de ellos había otros dos tipos.

--Mierda, ya lo sabía -gimió Ben.

Richie giró velozmente hacia el Aladdin, pero la puerta se había cerrado tras ellos y no había modo de abrirla desde afuera.

--Despídete, caraculo -dijo Henry. Y de pronto corrió hacia Ben.

Tanto entonces como más tarde, las cosas que ocurrieron a continuación parecieron, a ojos de Richie, como salidas de una película. Porque esas cosas no ocurren en la vida real. En la vida real, los más chicos reciben la paliza, recogen sus bártulos y se van a su casa.

Y esa vez no fue así.

Beverly se adelantó un poco, casi como si quisiera salir al encuentro de Henry, tal vez para estrecharle la mano. Richie oía resonar las hebillas de aquellas botas. Victor y Belch se acercaban al jefe, mientras los otros dos chicos montaban guardia en la boca del callejón.

--¡Déjalo en paz! -gritó Beverly-. ¿Por qué no te metes con los grandes como tú?

--Ése es más grande que un camión, zorra -bramó Henry-. Y ahora sal de...

Richie estiró el pie. No era su intención: su pie se estiró solo, tal como su lengua, a veces, al pronunciar agudezas peligrosas para la salud. Henry tropezó con él y cayó hacia adelante.

Empezó a levantarse con la camisa manchada de posos de café, barro y trocitos de lechuga.

--¡Os voy a matar! -bramó.

Hasta ese momento, Ben había estado aterrorizado. Entonces algo estalló en él. Dejó escapar un rugido y cogió uno de los cubos de la basura. Por un momento, mientras lo sostenía en alto, desparramando basura por todas partes, estaba pálido y furioso. Arrojó el recipiente que golpeó a Henry en la parte baja de la espalda y lo aplastó otra vez contra el suelo.

--¡Salgamos de aquí! -gritó Richie.

Corrieron hacia la boca del callejón. Victor Criss intentó cerrarles el paso. Ben, bramando, bajó la cabeza y se lanzó contra su barriga.

--¡Ay! -gruñó Victor.

Belch aferró a Beverly por la coleta y la arrojó contra la pared del Aladdin. La chica rebotó contra los ladrillos y corrió por el callejón frotándose el brazo. Richie, mientras la seguía, tomó la tapa de un cubo. Belch Huggins le lanzó un puñetazo. Richie se protegió con la tapa de latón. Cuando el puño de Belch chocó con ella se oyó un fuerte bonnng, casi melodioso, y Richie sintió que el impacto viajaba por su brazo hasta el hombro. Belch dejó escapar un grito y comenzó a dar saltitos sujetándose la mano.

--Allá se halla la tienda de mi padre -dijo Richie. Y corrió tras sus compañeros.

Uno de los chicos que custodiaban la boca del callejón había atrapado a Beverly y Ben estaba forcejando con él. El otro chico empezó a golpearlo en los riñones. Richie dio un puntapié en las nalgas del que estaba pegando a Ben. El chico aulló de dolor. Richie tomó a Beverly por un brazo y a Ben con la otra mano.

--¡Corred! -gritó.

El chico con el que Ben estaba forcejando soltó a Beverly y dio un puñetazo a Richie. El oído del chico estalló de dolor. Después quedó entumecido y muy caliente. Un agudo silbato empezó a sonarle en la cabeza, como el que se oía cuando la enfermera de la escuela le ponía a uno los audífonos para probar la capacidad auditiva.

Corrieron por Center Street ante las miradas de todo el mundo. El gran vientre de Ben subía y bajaba como un yo-yo. La coleta de Beverly ondeaba. Richie soltó a Ben para sostenerse las gafas, por miedo a perderlas. Todavía le resonaba la

cabeza y sentía que la oreja se le iba a hinchar, pero se sentía de maravilla. Empezó a reír. Beverly lo imitó. Muy pronto también Ben estaba riendo.
Se detuvieron en Court Street y se dejaron caer en un banco, frente a la comisaría; en ese momento parecía el único lugar de Derry donde podían estar a salvo. Beverly pasó un brazo alrededor del cuello de Ben y el otro por el de Richie para darles un abrazo.
--¡Eso estuvo estupendo! -Le chisporroteaban los ojos-. ¿Habéis visto esos tíos?
--Ya lo creo -jadeó Ben-. Y no quiero volver a verlos en toda mi vida.
Eso los impulsó a otra tormenta de risa histérica. Richie esperaba que la banda de Henry apareciera tras la esquina y los persiguiera otra vez, con comisaría o sin ella. Pero no podía dejar de reír. Beverly tenía razón. Había sido fantástico.
--¡El Club de los Perdedores se anota uno bueno! -chilló, exuberante-. ¡Juá-juá-juá! ¡Bravo, niños!
Un policía asomó la cabeza por una ventana de la planta alta, para gritarles:
--¡Eh, chicos! ¡Largaos de aquí!
Richie abrió la boca para decir algo ingenioso, quizá con voz de policía irlandés, pero Ben le dio un codazo.
--Cierra el pico, Richie -ordenó.
Y un instante después le costó creer que había dicho semejante cosa.
--Eso, Richie -concordó Bev, mirándolo con cariño-. Bip-bip.
--Está bien -dijo Richie-. Bueno, ¿qué queréis hacer? ¿Queréis que busquemos a Henry Bowers y le preguntemos si quiere arreglar las cosas con una partida de Monopoly?
--Muérdete la lengua -retrucó Ben.
--¿Eh? ¿Y eso qué quiere decir?
--Dejémoslo -suspiró Bev.
Vacilante y ruborizado, Ben preguntó:
--¿Te lastimó ese tipo al tirarte del pelo, Beverly?
Ella le sonrió y tuvo la certeza de algo que hasta entonces sólo era una suposición: que había sido Ben Hanscom el que le había enviado aquella postal con aquel hermoso haitu.
--No, no fue nada -aseguró.
--Vayamos a Los Barrens -propuso Richie. Y allá fueron... o huyeron. Más tarde, Richie pensaría que eso estableció una costumbre para el resto del verano. Los Barrens se habían convertido en su refugio. Beverly, como Ben en su primer encuentro con los matones, nunca había bajado hasta entonces. Se puso entre Richie y Ben para bajar, en fila india, por el sendero. Su falda se movía atractivamente y, al verla, Ben cobró conciencia de las oleadas de sentimientos que lo invadían, poderosas como calambres estomacales. Ella llevaba puesto su brazalete de tobillo, que centelleaba bajo el sol de la tarde.
Cruzaron el brazo del Kenduskeag por donde los chicos habían construido la presa (el arroyo se dividía unos setenta metros más arriba y volvía a unirse doscientos metros más allá, en dirección a la ciudad) pisando algunas piedras grandes, algo más abajo de donde había estado el dique. Encontraron otro sendero y acabaron por salir a la ribera de la rama oriental del arroyo, más amplia que la otra. Centelleaba a la luz vespertina. A la izquierda, Ben vio dos de aquellos cilindros de cemento con cubiertas arriba. Debajo de ellos, sobresaliendo por

encima del arroyo, había tuberías de cemento, de las que caían al Kenduskeag finos chorros de agua cenagosa. "Cuando alguien caga en la ciudad, por aquí sale la cosa", pensó Ben, recordando la explicación del señor Nell. Sintió una especie de furia desolada, impotente. En otros tiempos, tal vez había habido pesca en ese río. Ahora no había muchas esperanzas de pescar una trucha; a lo más se podía pescar un manojo de papel higiénico usado.

--Qué bien se está aquí -suspiró Bev.

--Sí, no está mal -coincidió Richie-. Se han ido los tábanos y la brisa aleja a los mosquitos. -La miró con aire esperanzado-. ¿Tienes un cigarrillo?

--No -dijo ella-. Tenía dos, pero los fumé ayer.

--Lástima.

Se oyó un silbato y todos levantaron la vista; un largo tren de carga pasaba por el terraplén, al otro lado de Los Barrens, rumbo al patio de maniobras. Menudo panorama verían los pasajeros, pensó Richie. Primero el barrio pobre de Old Cape; después los pantanos de bambúes, al otro lado del Kenduskeag; por fin, antes de abandonar Los Barrens, el foso humeante que era el basural de la ciudad.

Por un breve instante pensó otra vez en la historia de Eddie, lo del leproso que había visto bajo la casa abandonada de Neibolt Street. Lo apartó de su mente y se volvió hacia Ben.

--¿Qué parte te gustó más?

--¿Eh? -Ben se volvió hacia él, con cara culpable. Mientras Bev miraba al otro lado del Kenduskeag, absorta en sus propios pensamientos, él le había estado observando el perfil... y el moretón de la mejilla.

--De las películas, idiota. ¿Qué parte te gustó más?

--Me gustó cuando el doctor Frankenstein arroja los cuerpos a los cocodrilos que hay debajo de su casa -dijo Ben-. Eso fue lo mejor, para mí.

--Fue horrible -opinó Beverly, estremecida-. Detesto esas cosas: los cocodrilos, las pirañas, los tiburones.

--¿Qué son las pirañas? -preguntó Richie, inmediatamente interesado.

--Peces pequeñitos -explicó Beverly-. Tienen muchos dientes pequeñitos, pero terriblemente afilados. Si te metes en un río donde hay pirañas, te comen hasta los huesos.

--¡Ah!

--Una vez vi una película. Los nativos querían cruzar un río, pero el puente se había caído -dijo ella-. Así que cogieron una vaca y la hicieron entrar al río, y cruzaron mientras las pirañas se la comían. Cuando la sacaron, la vaca era sólo un esqueleto. Tuve pesadillas durante una semana.

--Vaya, cómo me gustaría tener algunos peces de éstos-dijo Richie alegremente-. Los pondría en la bañera de Henry Bowers.

Ben soltó una risita.

--No creo que se bañe.

--Eso no lo se, pero si se que será mejor cuidarnos de esos tipos -apuntó Beverly, tocándose el moretón de la mejilla-. Anteayer mi padre me dio una buena tunda por romper unos platos. Y con una a la semana me basta.

Hubo un momento de silencio que habría podido ser incómodo, pero no lo fue. Richie lo quebró diciendo que a él le había gustado más la parte en que el

hombre-lobo agarraba al hipnotizador perverso. Por una hora o más hablaron de las películas y de otras terroríficas que habían visto, y de las que emitían por televisión en Alfred Hitchcock presenta. Mev vio margaritas en la orilla y cortó una. La puso primero bajo el mentón de Richie y después bajo el de Ben, para ver si les gustaba la mantequilla. Dijo que a los dos les gustaba. Los dos cobraron aguda conciencia de su ligero contacto en el hombro y del limpio olor de su pelo. Su rostro estuvo cerca del de Ben sólo por un momento, pero esa noche él soñó con el aspecto que habían tenido sus ojos durante ese momento interminable.

Cuando la conversación comenzaba a decaer, oyeron voces de dos personas que venían por el sendero. Los tres se volvieron rápidamente hacia allí. Richie reparó en que tenían el río a la espalda. No habría forma de huir.

Las voces se acercaron. Richie y Ben se pusieron, inconscientemente, algo por delante de Beverly.

Los matorrales del final del camino se estremecieron... y de pronto apareció Bill Denbrough. Venía con un chico a quien Richie conocía muy poco. Se llamaba Bradley y ceceaba espantosamente. "Tal vez iba a Bangor con Bill para la terapia de la lengua", pensó Richie.

--¡Gran Bill! -dijo. Y luego, con la voz de Toodles-: Nos alegra volver a verlo, señor Denbrough.

Bill los miró y sonrió. En ese momento, mientras Bill miraba a Ben, a Beverly y luego otra vez a Bradley, Richie tuvo una inesperada certidumbre: Beverly era parte de ellos; así lo decían los ojos de Bill. En cambio, Bradley no. Podía quedarse un rato; hasta era posible que volviera alguna otra vez a Los Barrens porque nadie le diría: "No, disculpa, pero el Club de los Perdedores ya tiene un miembro con problemas de dicción." Pero no formaba parte de ellos.

El pensamiento le produjo un miedo súbito e irracional. Por un momento se sintió como si hubiera nadado un largo trecho y descubriera, de pronto, que ya no hacía pie. Hubo un destello intuitivo: "Nos está llevando a algo. Nos está eligiendo uno a uno. Nada de todo esto es casual. ¿Estamos ya todos?"

Entonces la intuición se perdió en una maraña sin significado, como si un vidrio se rompiera contra el suelo de piedra. Además, no importaba. Allí estaba Bill, y Bill se haría cargo de todo; Bill no dejaría que las cosas se les fueran de las manos. Era el más alto y sin duda el más apuesto. Bastaba con mirar a Bev, que tenía los ojos clavados en él, y a Ben, que la observaba con tristeza, comprendiendo. Bill era, también, el más fuerte de todos, y no sólo en un sentido físico. Había más que eso, pero Richie aún no conocía la palabra carisma ni el otro significado del vocablo magnetismo; por eso pensó sólo que la fuerza de Bill era más profunda y podía manifestarse de muchos modos, algunos, tal vez, inesperados. Y sospechó también que, si Beverly se enamoraba de él, ben no se pondría celoso ("como se pondría -pensó Richie-, si se enamorara de mí") sino que lo aceptaría como algo natural. Y había otra cosa: Bill era bueno. Parecía estúpido pensarlo (aunque en realidad no lo pensaba; lo sentía, simplemente) pero así era. Bill parecía irradiar bondad y fuerza. Era como los caballeros de las películas viejas que todavía hacen llorar, dar gritos de júbilo y aplaudir al final. Fuerte y bueno.

Cinco años después, cuando sus recuerdos de lo ocurrido en Derry, durante aquel verano y antes, comenzaban a evaporarse rápidamente, a Richie Tozier, ya

en la adolescencia, se le ocurrió que john Kennedy le hacía pensar en Bill el Tartaja.

"¿Quién?", reaccionó su mente.

Levantó la vista, algo intrigado, y sacudió la cabeza. "Alguien que conocí", pensó. Y descartó su vaga intranquilidad subiéndose los anteojos hasta la frente para concentrarse en su tarea. "Alguien que conocí hace mucho tiempo."

Bill Denbrough puso los brazos en jarras, sonrió como un sol y dijo:

--Bu-bu-bueno, a-a-aquí est-estamos. Y ahora, ¿q-q-qué se ha-ha-hace?

--¿Tienes cigarrillos?-preguntó Richie.

11.

Cinco días después, cuando junio tocaba a su fin, Bill dijo a Richie que quería ir a Neibolt Street para investigar el porche donde Eddie había visto al leproso.

Acababan de volver a casa de Richie. Bill caminaba junto a Silver. Había llevado a Richie en la cesta durante la mayor parte del trayecto, en un vigorizante viaje a toda velocidad a través de Derry, pero tuvo la prudencia de bajarlo a una manzana de su casa. Si la madre de Richie los veía juntos en esa bicicleta, le daría un ataque.

La cesta de Silver estaba llena de pistolas de juguete; dos eran de Bill y tres de Richie. Habían pasado casi toda la tarde en Los Barrens, jugando a pistoleros. Beverly Marsh había aparecido a eso de las tres, con vaqueros desteñidos llevando una vieja escopeta de aire comprimido. El ruido del disparo parecía el de un almohadón inflado cuando alguien se sentaba encima. La especialidad de Beverly era treparse a los árboles y disparar desde allí sobre la gente desprevenida. El moretón de su mejilla se había descolorido hasta tomar un color amarillento.

--¿Qué has dicho? -preguntó Richie. Estaba asustado... pero también algo intrigado.

--Q-q-quiero echar un vi-vistazo bajo ese p-p-porche -dijo Bill.

Su voz era la de un empecinado, pero no miraba a Richie. En sus pómulos había una fuerte mancha de color. Habían llegado a la casa de Richie, y allí estaba Maggie Tozier, en el porche, leyendo un libro. Los saludó con la mano:

--¡Hola, chicos! ¿Queréis té helado?

--Enseguida vamos, mamá -dijo Richie. Y a Bill-: Allá no habrá nadie. Probablemente Eddie vio a un vagabundo y perdió la cabeza. Por Dios, ya lo conoces.

--Sí, lo c-c-conozco. P-p pero recu-recuerda lo de la f-f-foto del álálbum.

Richie cambió de posición, incómodo. Bill levantó la mano derecha. Las tiritas ya no estaban, pero aún se veían círculos de tejido cicatrizado en los tres primeros dedos.

--Sí, pero...

--E-e-escúchame-dijo Bill.

Habló muy lentamente, mirándolo a los ojos. Una vez más, repasó las similitudes entre el relato de Ben y el de Eddie... y las relacionó con lo que ellos habían visto

en la fotografía móvil. Sugirió, una vez más, que el payaso había asesinado a los niños que en diciembre aparecieron muertos en Derry.
--Y t-t-tal vez no s-s-sólo a ellos -terminó-. ¿Q-q-qué me d-d-dices de todos los que des-des-desaparecieron? ¿Y de Ed-ed-Eddie Corcoran?
--Lo asustó el padrastro, joder -dijo Richie.
-T-t-tal vez sí, p-p-pero tal vez n-no. Yo l-l-lo c-conocía un p-ppoquito; sé q-q-que el padre le p-ppegaba. T-t-también sé q-q-que a veces pasaba la nonoche f-f-fuera de su c-c-asa p-p-para huir de él.
--Y tú crees que el payaso pudo atraparlo mientras estaba fuera de su casa -dijo Richie.
Bill asintió.
--Y entonces, ¿qué quieres? ¿Pedirle un autógrafo?
--S-s-si el p-payaso mató a los ototros, t-también m-m-mató a G-georgie. -Los ojos de Bill se encontraron con los de Richie. Eran duros, inflexibles, implacables-. Q-q-quiero m-matarlo.
--Por Dios -dijo Richie, asustado-. ¿Y cómo piensas hacerlo?
--Mi-mi p-p-papá tiene una pistola. Él no s-s-sabe que yo sé, p-p-pero la v-vi. Está en el último estante de su r-r-ropero:
--Me parece muy bien, si es hombre -dijo Richie-, y siempre que lo encontremos sentado sobre un montón de huesos de chicos.
--¡Tenéis el té servido, chicos! -anunció la madre de Richie alegremente-. ¡Venid!
--¡Enseguida vamos, mamá! -repitió Richie, ofreciéndole una amplia sonrisa que desapareció en cuanto se volvió hacia Bill-. Yo no dispararía contra un tipo sólo porque vistiera de payaso, Billy. Eres mi mejor amigo, pero yo no lo haría ni dejaría que tú lo hicieras, Si pudiera impedírtelo.
--¿Y s-s-si hubiera u-u-un mo-montón de huesos?
Richie no dijo nada por un momento. Luego preguntó.
--¿Qué harás si no es un hombre, Billy? ¿Y si es una especie de monstruo? ¿Y si existen esas cosas? Ben Hanscom dijo que era la momia y que los globos flotaban contra el viento, y que no tenía sombra. La foto del álbum... no sé si lo imaginamos o si era mágica. Pero no creo haberlo imaginado. Por lo menos, tus dedos no imaginaron nada, ¿eh?
Bill sacudió la cabeza.
--Entonces, ¿qué vamos a hacer si no es un hombre, Billy?
--T-t-tendremos que im-imaginar otra c-c-cosa.
--Oh, sí -dijo Richie-. Disparas cuatro o cinco voces, y si continúa avanzando hacia nosotros, como el hombre-lobo de la película que vi con Ben y Bev, puedes probar con tu tirachinas. Y si el tirachinas no da resultado, yo le arrojaré polvo para hacerlo estornudar. Y si con todo eso sigue avanzando, podemos pedir tiempo muerto y decirle: Eh, espere un momento, señor monstruo. Esto no da resultado. Voy a consultar en la biblioteca y vuelvo. ¿Es eso lo que vas a decir, Gran Bill?
Miró a su amigo, expectante. Una parte de él quería que Bill insistiera con su idea de inspeccionar bajo el porche de aquella casa vieja, pero otra parte quería (desesperadamente) que Bill abandonara la idea. De algún modo, aquello era como haber entrado en alguna de las sesiones terroríficas del Aladdin, pero de otro modo, de un modo crucial, no se parecía en nada a eso. Porque uno no se sentía a salvo, como en el cine, donde uno sabía que todo terminaría bien y que,

en todo caso, saldría con el trasero intacto. La fotografía de Georgie no había sido una película. Richie creía estar olvidándose de eso, pero al parecer se engañaba, porque podía ver los cortes en los dedos de Billy. Si no lo hubiera sacado a tirones...

Bill, increiblemente, estaba sonriendo. Sonreía, sí.

--T-t-tú quisiste que t-t-te llevara a v-v-ver esa fo- fo-foto-señaló-. Ahora q-q-quiero lle-llevarte a ver u-u-una casa. Toma y daca.

--Asquerosa caca -rimó Richie.

Y los dos rompieron a reír.

--M-n-mañana por la mañana -dijo Bill, como si todo estuviera resuelto.

--¿Y si es un monstruo? -preguntó Richie, mirándolo a los ojos-. ¿Y si el revólver de tu padre no lo detiene, Bill?

--P-p-pensaremos otra c-c-cosa -repitió Bill-. Qué remedio.

Echó la cabeza hacia atrás y rió como un loco. Un momento después, Richie lo imitó.

Caminaron juntos hasta el porche de Richie. Maggie había preparado té frío y un plato de pastas.

--¿Q-q-quieres venir?

--No -dijo Richie-. Pero iré.

Bill le dio una palmada en la espalda, y eso pareció reducir el miedo a algo soportable... aunque Richie tuvo la súbita seguridad (y no se equivocaba) de que aquella noche el sueño tardaría en llegar.

--Parece que estaban discutiendo algo muy importante-comentó la señora Tozier, sentándose otra vez, con el libro en una mano y un vaso de té en la otra, mientras miraba a los muchachitos, llena de expectativa.

--Oh, a Denbrough se le ha metido en la cabeza que los Red Sox van a ascender a primera división -dijo Richie.

--Yo y m-m-mi padre es-es-estamos seguros de que t-t-tienen una b-b-buena op-p-p-oportunidad -dijo Bill, y probó su té-. E-e-está m-m-muy b-bueno, sese-señora T-T-Tozier.

--Gracias, Bill.

--Los Red Sox van a llegar a primera el día en que tú dejes de tartamudear, boca de trapo -dijo Richie.

--¡Richie! -chilló la señora Tozier.

Estuvo a punto de dejar caer su vaso. Pero tanto Richie como Bill Denbrough reían histéricamente. Miró a su hijo, a Bill, otra vez a su hijo, conmovida por una extrañeza que era, en su mayor parte, simple perplejidad, pero también un miedo tan delgado y agudo que le penetró hasta lo más hondo del corazón y quedó vibrando allí, como un diapasón de vidrio.

"No los comprendo, a ninguno de los dos -pensó-. No sé a dónde van, qué hacen, qué quieren... ni qué será de ellos. A veces... oh, a veces siento miedo por ellos, y otras veces siento miedo de ellos..."

Se descubrió pensando, no por primera vez, que habría sido hermoso tener también una niña. Una hermosa niña rubia que ella habría vestido con faldas combinadas con lazos y, en domingo, con zapatitos de charol negro. Una bonita niña a la que hubiese gustado preparar bizcochos después de clase y que hubiera

pedido muñecas, no libros de ventriloquia y modelos de automóviles muy veloces. A una niña habría podido entenderla.

12.

--¿Lo conseguiste? -preguntó Richie, ansioso.

Iban llevando sus bicicletas por Kansas Street, a lo largo de Los Barrens, a las diez de la mañana siguiente. El cielo estaba gris y opaco. Habían anunciado lluvias para la tarde. Richie no había podido dormirse hasta medianoche, y Denbrough parecía haber tenido el mismo problema, porque parecía tener dos buenas bolsas de carbón bajo los ojos.

--L-l-lo conseguí-confirmó Bill, dando unas palmadas a su chaqueta verde.

--Enséñame -pidió Richie, fascinado.

--Ahora no. -Bill sonrió-. Pp-podría verlo a-alguien Ta-también traje esto.

Y sacó su tirachinas Bullseye del bolsillo trasero.

--Oh, mierda, estás chiflado -dijo Richie, y se echó a reír.

Bill simuló estar ofendido.

--L-l-la idea fue t-t-tuya, Tozier.

El tirachinas de aluminio había sido su regalo de cumpleaños, a los diez, término medio elegido por Zack entre el rifle calibre 22 que Bill quería y la rotunda negativa de su madre a dejarlo usar un arma de fuego. El folleto de instrucciones decía que el tirachinas era una buena arma de caza, cuando uno aprendía a usarla. "En las manos adecuadas, Bullseye es tan mortífero y efectivo como un buen arco o un arma de fuego", proclamaba el folleto. Después de ensalzar semejantes virtudes, advertía que la honda podía ser peligrosa. Su propietario no debía apuntar a nadie con ninguna de las veinte municiones incluidas, así como no le apuntaría con una pistola cargada.

Bill todavía no la manejaba muy bien (y sospechaba que jamás llegaría a conseguirlo), pero consideraba que la advertencia del folleto estaba justificada. El grueso elástico tenía mucho impulso y cuando acertaba a una lata le hacía un agujero tremendo.

--¿Sabes usarla, Gran Bill? -preguntó Richie.

--Un p-p-poco -dijo Bill.

Era cierto sólo en parte. Después de mucho estudiar las ilustraciones del folleto y de practicar en el parque de Derry hasta dejarse el brazo entumecido, había llegado a dar en el blanco más o menos tres veces de cada diez intentos. Y una vez casi había hecho diana.

Richie tiró del elástico, lo hizo sonar y devolvió el arma sin decir nada. Le parecía muy dudoso que prestara tanto servicio como la pistola de Zack Denbrough cuando de matar monstruos se tratara.

--Bien -dijo-. Así que has traído tu tirachinas. Vaya, gran cosa. Eso no es nada. Mira lo que traje yo, Denbrough.

Y sacó de su chaqueta un paquete con la caricatura de un gordo que estornudaba.

Los dos se miraron por un instante. Y luego estallaron en carcajadas palmeándose mutuamente la espalda.

--E-e-estamos preparados para c-ccualquier eventualidad - dijo Bill, por fin, enjuagándose los ojos con la manga.

--Desde luego, Bill el Tartaja.

--Escucha. Va-va-vamos a dejar tu b-b-bicic-c-cleta ahí abajo, en Los Barrens. D-donde yo dejo a SS-Silver cuando jugamos. T-tú vendrás en m-m-mi cesta, p-p-por si t-tenemos q-q-que salir hu-hu-huyendo.

Richie asintió. No le parecía adecuado discutir, pues su pequeña Raleigh (a veces se golpeaba las rodillas contra el manillar, cuando pedaleaba muy rápido) parecía un pigmeo comparada con Silver. Sabía que Bill era más fuerte y Silver más veloz.

Llegaron al pequeño puente, donde Bill le ayudó a colgar su bicicleta. Después se sentaron y, con el ruido ocasional del tráfico sobre sus cabezas, Bill abrió la cremallera de su chaqueta y sacó la pistola de su padre.

--T-t-ten mucho c-c-cuidado, ¿quieres? -dijo, entregándola a Richie, que se quedó boquiabierto. Es este tipo de p-p-pistolas n-no-no tiene se-seguro.

--¿Está cargada? -preguntó Richie con temor reverencial.

La pistola, una Ppk-Walther era increíblemente pesada.

--T-t-todavía no -dijo Bill, palmeándose el bolsillo-. Aq-quí t-t-tengo algunas b-b-balas. Pero mi pp-papá dice que s-s-si el arma te nota d-ddescuidado, s-s-se carga sola. P-p-para poder d-d-disparar c-c-contra ti.

Su rostro esbozó una extraña sonrisa, expresando que, si bien no creía en semejante tontería, la creía a pies juntillas.

Richie comprendió. En el arma había algo de mortífero que él nunca había percibido en los revólveres de su padre (aunque la escopeta tenía algo, en su modo de inclinarse contra el interior del armario, en el garaje, casi como si dijera: "Podría ser muy malvada si me lo propusiera, créeme"). Pero esa pistola Walther, parecía fabricada exclusivamente para matar gente. Y Richie comprendió, con un escalofrío, que para eso la habían fabricado. ¿Qué otra cosa se podía hacer con una pistola? ¿Encender un cigarrillo?

Giró el cañón hacia sí, poniendo cuidado en mantener las manos lejos del gatillo. Le bastó echar un vistazo a aquel negro ojo sin párpados para comprender la peculiar sonrisa de Bill. Recordó lo que le había dicho su padre: "Si recuerdas que las armas descargadas no existen, nunca tendrás problemas con las armas de fuego, Richie." Y la devolvió a Bill, aliviado de desprenderse de ella.

Bill volvió a guardársela bajo la chaqueta. De pronto, la casa de Neibolt Street parecía menos atemorizante... pero la posibilidad de que hubiera derramamiento de sangre adquiría, en cambio, nuevas fuerzas.

Miró a Bill, tal vez con intención de disuadirlo, pero interpretó su expresión y se limitó a decir:

--¿Listo?

13.

Como de costumbre, cuando Bill levantó el pie del suelo, Richie tuvo la seguridad de que iban a estrellarse contra el implacable pavimento. La gran bicicleta se bamboleaba locamente de lado a lado. Los naipes sujetos a los rayos

dejaron de disparar tiros para iniciar el fuego de ametralladora. Los bamboleos se hicieron más pronunciados. Richie cerró los ojos y esperó a que ocurriera lo inevitable.

Entonces Bill vociferó:

--¡Hai-oh, Silver, arreee!

La bicicleta tomó más velocidad y por fin cesó de marearlos con ese bamboleo. Richie aflojó las manos aferradas a la cintura de Bill y se sostuvo del castillo montado sobre la rueda trasera. Bill cruzó Kansas Street en diagonal, voló por las calles laterales a una velocidad cada vez mayor y se encaminó hacia Witcham Street como si corriera por estratos geológicos. Abandonaron Straphan Street y tomaron por Witcham a una velocidad exorbitante. Bill inclinó a Silver hasta casi tumbarla, bramando otra vez:

--¡Hai-oh, Silver!

--¡Vamos, Gran Bill! -gritó Richie, tan asustado que estaba a punto de ensuciarse los vaqueros, pero riendo como loco-. ¡Échale el resto!

Bill respondió poniéndose de pie sobre los pedales, para imprimirles un ritmo lunático. Richie estudió su espalda, asombrosamente ancha, considerando que sólo tenía once años, y el movimiento de sus hombros bajo la chaqueta. De pronto tuvo la seguridad de que eran invulnerables, de que vivirían por siempre jamás. Bueno, tal vez los dos no... pero Bill sí, seguro. Bill no tenía idea de lo fuerte que era, tan seguro, tan perfecto.

Volaron por Witcham Street, entre casas cada vez más espaciadas, por intersecciones menos frecuentes.

--¡Hai-oh, Silver! -chilló Bill.

Y Richie aulló, con su voz de negro Jim, potente y aguda:

--¡Aio, Silver! ¡Eso é, amito, eso é! ¡Cómo cure el amito, señó! ¡Aio, Silver, Arreeee!

Ya estaban cruzando terrenos verdes, planos y sin profundidad bajo el cielo gris. Richie distinguió, en la distancia, la vieja estación de ladrillos. A su derecha, los depósitos de hojalata marchaban en fila. Silver se sacudió sobre un par de vías del tren; luego cruzó otras.

Y allí estaba Neibolt Street saliendo hacia la derecha. Bajo el cartel de su nombre, otro decía: "A la vía del tren". Estaba oxidado y colgaba torcido. Más abajo había un tercer cartel, más grande, de fondo amarillo con letras negras. Era casi un comentario a lo que eran las vías en sí. Decía: "Callejón sin salida".

Bill viró hacia Neibolt, se acercó a la acera y bajó el pie.

--D-d-desde aquí ir-iremos c-ccaminando.

Richie se bajó de la cesta, con una sensación de alivio y pena.

--De acuerdo.

Caminaron por la acera, resquebrajada y llena de hierbas. Delante, en las vías, una locomotora diesel marchaba lentamente, dejaba apagar su ruido y volvía a empezar.

--¿Tienes miedo? -preguntó Richie.

Bill, que llevaba a Silver por el manillar, le dirigió una breve mirada.

--S-sí. ¿Y tú?

--Por supuesto.

Bill le contó que, la noche anterior, había interrogado a su padre sobre Neibolt Street. Al parecer, allí habían vivido muchos ferroviarios hasta el final de la Segunda Guerra Mundial: ingenieros, maquinistas, señaleros o peones. La calle había declinado junto con la estación. A medida que Bill y Richie avanzaban, las casas se iban separando cada vez más y se tornaban más sucias, más pobres. Las últimas tres o cuatro, a ambos lados, estaban vacías y cerradas con tablas, con los patios invadidos por la hierba. Un cartel de "se vende" se balanceaba desoladamente en un porche. A ojos de Richie, ese letrero parecía tener mil años. La acera se interrumpió. Ahora caminaban por una senda apisonada, donde las hierbas crecían sin mucha convicción.

Bill se detuvo y señaló.

--A-a-ahí est-está.

El 29 de Neibolt Street había sido, en otros tiempos, una pulcra vivienda roja al estilo de Cape Cod. Tal vez, pensó Richie, ahí había vivido un ingeniero, un soltero que no usaba pantalones sino vaqueros, y guantes de cuero, y gorras acolchadas. Un tipo que iba a esa casa una o dos veces al mes, para pasar tres o cuatro días escuchando la radio mientras atendía el jardín. Un tipo que comía casi todo frito (y sin verduras, aun que las cultivaría para sus amigos) y que, en las noches ventosas, pensaba en la muchacha de sus sueños.

Ahora, la pintura roja se había desteñido hasta un rosa debilucho que se estaba descascarillando en feos parches parecidos a llagas. Las ventanas eran ojos ciegos, cerradas con tablas. Casi todas las tejas habían desaparecido. La hierba crecía a ambos lados de la casa y el césped estaba cubierto de dientes de león, los primeros de la temporada. A la izquierda, una alta cerca de madera, cuyo blanco, tal vez níveo algún día, había tomado un gris opaco casi igual al del cielo cubierto, se inclinaba a un lado y otro, entre los arbustos, como si estuviera ebria. Por la mitad de esa cerca, Richie divisó un bosquecillo de girasoles; los más altos parecían superar el metro y medio. Tenían un aspecto horripilante que no le gustó. La brisa los sacudía, haciendo que cabecearan como diciendo: "Han llegado los chicos Muy bien, ¿no? Más chicos para nosotros." Richie se estremeció.

Mientras Bill apoyaba a Silver contra un olmo, Richie estudió la casa. Vio que una rueda asomaba entre el pasto denso, cerca del porche, y lo señaló. Bill asintió; era el triciclo caído que había mencionado Eddie.

Miraron calle arriba y calle abajo. El chu-chu de la locomotora subió, bajó y volvió a acentuarse. El ruido parecía pender como un hechizo con el cielo nublado. Neibolt estaba completamente desierta. Richie oía algún coche, de vez en cuando, por la carretera 2, pero no lo podía ver.

La locomotora se oyó más cerca y más lejos, más cerca y más lejos.

Los enormes girasoles cabeceaban con aire sabio. "Chicos frescos. Buenos niños para nosotros."

--¿L-l-listo? -preguntó Bill.

Richie dio un saltito.

--¿Sabes una cosa? Los últimos libros que saqué de la biblioteca vencen hoy -dijo Richie-. Tendría que...

--C-c-corta el r-rollo, R-r-richie. ¿Est-estás listo o no?

--Creo que sí -dijo Richie, sabiendo que no estaba listo ni lo estaría nunca.

Cruzaron el césped lleno de hierbas hasta el porche.

--M-m-mira es-eso.
En el lado izquierdo, el enrejado del porche estaba inclinado hacia fuera, contra una maraña de arbustos. Los dos niños vieron clavos herrumbrados que se habían desprendido. Allí había viejos rosales; aunque las rosas florecían descuidadamente a ambos lados de la parte desprendida, las que estaban alrededor y enfrente de esa abertura tenían un aspecto esquelético y muerto.
Bill y Richie se miraron sombríamente. Todo lo que Eddie había dicho se estaba confirmando; siete semanas después, allí estaban las pruebas.
--En realidad no quieres ir ahí abajo, ¿verdad? -rogó Richie.
--N-n-no -dijo Bill-, p-p-pero voy a ir.
Y Richie, con el corazón encogido, vio que hablaba muy en serio. La luz gris había vuelto a sus ojos. En las líneas de su cara había una pétrea voluntad que lo hacía parecer mayor. Richie pensó: "Creo que está decidido a matarlo, si lo encuentra aquí. Tal vez quiera matarlo y llevar la cabeza a su padre, para decirle: Mira, esto es lo que mató a Georgie; ahora puedes volver a hablar conmigo por las noches, a contarme cómo te fue en el trabajo o a quién le tocó pagar el café esta mañana."
--Bill...
Pero Bill ya no estaba allí. Iba hacia el extremo derecho del porche, por donde Eddie debía de haberse escurrido. Richie tuvo que correr para seguirlo y estuvo a punto de caer sobre el herrumbroso triciclo enredado en el pastizal.
Alcanzó a Bill en el momento en que éste se ponía en cuclillas para mirar bajo el porche. En ese extremo no había verja; alguien, algún vagabundo, la habría arrancado tiempo atrás, para refugiarse allí abajo, donde no llegara la nieve del invierno, la fría lluvia otoñal ni los chubascos de verano.
Richie se agachó a su lado, con el corazón palpitando como un tambor. Bajo el porche no había sino montones de hojas podridas, periódicos amarillentos y sombras. Demasiadas sombras.
--Bill -repitió.
--¿Qué? -Bill había vuelto a sacar la Walther de su padre.
Retiró el cargador y tomó cuatro balas de su bolsillo. Las cargó una a una, mientras Richie le observaba, fascinado. Cuando volvió a mirar bajo el porche, reparó en algo más. Había vidrios rotos. Fragmentos de vidrio que refulgían débilmente. El estómago de Richie se retorció dolorosamente. No era ningún estúpido, y comprendía que ese detalle venía a confirmar el relato de Eddie. Si había astillas de vidrio entre las hojas fermentadas, bajo el porche, la ventana había sido rota desde dentro, desde el sótano.
--¿Q-qué? -preguntó Bill, otra vez, levantando la mirada hacia él.
Su cara estaba pálida. Al mirar ese rostro decidido, Richie arrojó mentalmente la toalla.
--Olvídalo -dijo.
--¿V-v-vienes?
--Sí.
Se metieron a rastras por debajo del porche.
El olor de las hojas en descomposición solía ser agradable, pero aquél no. Las hojas parecían esponjas bajo las manos y las rodillas. Richie tuvo la sensación de

que formaban un grueso colchón. De pronto se preguntó qué haría si una mano o una garra surgía de entre las hojas para apresarlo.

Bill estaba examinando la ventana rota. Había fragmentos de vidrio por todas partes. La varilla de madera que separaba los paneles yacía bajo los peldaños del porche en. dos trozos astillados. La parte alta del marco sobresalía como un hueso roto.

--Esto recibió un golpe muy fuerte -susurró Richie.

Bill, que estaba espiando hacia dentro (o tratando de hacerlo), asintió.

Richie lo apartó con el codo para mirar también. El sótano era un penumbroso batiburrillo de cajas y cajones. El suelo era de tierra y, como las hojas, despedía un aroma húmedo y mohoso. A la izquierda se veía el bulto de una caldera que proyectaba tuberías redondas -hacia el bajo cielo raso. Más allá, en un extremo del sótano, Richie vio una casilla grande, con flancos de madera. Lo primero que se le ocurrió fue que se trataba de un establo, pero ¿quién podría tener caballos en un sótano? Luego comprendió que, en una casa tan vieja, la caldera debía de haber sido de carbón y no de petróleo. Nadie se había molestado en efectuar la adaptación de la caldera, porque nadie tenía interés en la casa. Esa casilla debía de ser una carbonera. A la derecha, Richie divisó un tramo de escalera que subía al nivel de la calle.

Bill estaba sentado, encorvado hacia adelante... y antes de que Richie pudiera percatarse de sus intenciones, las piernas de su amigo estaban desapareciendo por la ventana.

--¡Bill, por el amor de Dios! -siseó-. ¿Qué estás haciendo? ¡Sal de ahí!

Bill no contestó: Siguió deslizándose. Su chaqueta se enroscó por la espalda y estuvo a punto de engancharse en un trozo de vidrio que habría podido hacerle un buen corte. Un segundo después, sus zapatillas golpearon el duro suelo de dentro.

--Maldita sea -murmuró Richie frenéticamente, mirando el cuadrado de oscuridad donde su amigo acababa de desaparecer-. Bill, ¿te has vuelto loco?

--Si quieres, R-R-Richie, puedes q-q-quedarte ahí Mo-no-monta guardia.

Lo que él hizo fue ponerse boca abajo y meter las piernas por la ventana del sótano, antes de que le fallara el valor, rezando para no cortarse las manos o el vientre con el vidrio roto.

Algo le sujetó las piernas. Richie lanzó un alarido.

--S-s-ssoy yo -susurró Bill. Un momento después, Richie estaba de pie a su lado, bajándose la camisa y la chaqueta-. ¿Quién creíste que era?

--El hombre del saco -dijo Richie, con una risa estremecida.

--T-t-tú ve p-p-por ese l-l-lado y yo i-i-i...

--Ni pensarlo -replicó Richie. Oía claramente el latir de su corazón en su voz, sobresaltada e irregular-. Voy contigo, Gran Bill.

Avanzaron hacia la carbonera; Bill, algo más adelante, con la pistola en la mano; Richie lo seguía de cerca, tratando de mirar a todos lados al mismo tiempo.

Bill se detuvo ante un flanco de la carbonera, por un momento, y luego se asomó súbitamente, sosteniendo el revólver entre ambas manos. Richie apretó los ojos con fuerza, preparándose para la detonación. No la-hubo. Abrió los ojos, cauteloso.

--S-s-sólo c-c-carbón -dijo Bill, con una risita nerviosa.

Richie se puso a un lado y miró. Todavía quedaba una carga de carbón, amontonado hasta el cielo raso en la parte trasera de la casilla. Era negro como ala de cuervo.

--Vamos a... -comenzó Richie.

En ese momento se abrió la puerta de la escalera, con un violento estruendo, dejando pasar la blanca luz del día.

Los dos chicos gritaron.

Richie oyó gruñidos como de un animal salvaje enjaulado. Vio que unos mocasines descendían por los peldaños. Más arriba había unos vaqueros desteñidos... manos que se balanceaban...

Pero no eran manos... sino garras. Enormes garras deformes.

--¡T-t-trepa por el c-c-carbón! -aulló Bill.

Pero Richie estaba petrificado. Súbitamente supo qué era aquelLo, lo que iba a matarlos en ese sótano que apestaba a tierra húmeda y a vino barato. Lo sabía, pero necesitaba verlo.

--¡Ha-ha-hay una ve-ventana a-a-ahí arriba!

Las garras estaban cubiertas de espeso pelo pardo, los dedos terminaban en uñas melladas. Por fin, Richie vio una chaqueta de seda negra, con ribetes naranja: los colores de la secundaria de Derry.

--¡Ve-ve-vete! -vociferó Bill, dando a Richie un fuerte empujón.

Richie cayó despatarrado en el carbón. Sus aristas se le clavaron dolorosamente abriéndose paso a través de su aturdimiento. Hubo avalanchas bajo sus pequeñas manos. Aquellos gruñidos salvajes seguían y seguían.

El pánico deslizó su capucha sobre la mente de Richie.

Apenas consciente de lo que hacía, trepó por la montaña de carbón ganando terreno, resbalando hacia atrás para volver a avanzar, aullando mientras subía. La ventana, allá arriba, estaba negra de polvo de carbón y apenas dejaba pasar algo de luz. Estaba cerrada con un pasador. Richie aplicó sobre ella todo su peso, pero no pudo hacerla girar. Los gruñidos ya sonaban más próximos.

Abajo estalló un disparo, casi ensordecedor en el cuarto cerrado. El humo de la pólvora, áspero y acre, le llegó a la nariz. Entonces se dio cuenta de que había estado tratando de girar el pasador en dirección contraria. Cambió la dirección del movimiento y la ventana se abrió con un chirrido prolongado, herrumbroso. El polvo de carbón le cayó en las manos como pimienta.

La pistola volvió a disparar un segundo bramido ensordecedor. Bill Denbrough gritó:

--¡Tú mataste a mi hermano, hijo de puta!

Por un momento, la bestia que había bajado por la escalera pareció reír, pareció hablar; era como si un perro cruel hubiera comenzado a ladrar palabras confusas. Richie creyó, que aquella cosa vestida con la chaqueta de la secundaria había graznado, a su vez: "Y a ti también voy a matarte..."

--¡Richie! -vociferó Bill.

Y Richie oyó el repiqueteo del carbón que caía, mientras Bill empezaba a trepar. Los rugidos y los gruñidos continuaban. Hubo un astillar de madera. Aquello era una mezcla de ladridos y aullidos, como una fría pesadilla.

Richie dio a la ventana un fuerte empellón, sin importarle que el vidrio pudiera romperse y reducirle las manos a jirones. Ya no le importaba nada.

El vidrio no se rompió; giró hacia fuera, sobre una vieja bisagra de acero escamada de herrumbre. Cayó otro poco de polvo negro, esta vez en la cara de Richie. Se retorció hasta salir al patio lateral como una anguila, aspirando el aire fresco, sintiendo el latigazo de la hierba alta en la cara. Tuvo una vaga conciencia de que estaba lloviendo. Vio los gruesos tallos de los grandes girasoles, verdes y velludos.

La Walther se disparó por tercera vez y la bestia del sótano aulló; fue un sonido primitivo, de rabia pura. Luego Bill gritó:

--¡Me ha at-atrapado, Richie! ¡Ayú-ayúdame! ¡Me atr...!

Richie giró en redondo, en cuatro patas, y vio la cara aterrorizada de su amigo vuelta hacia arriba, en el cuadrado de ventana por la cual, en cada otoño, habían descargado una carretada de carbón para el invierno.

Bill yacía despatarrado en el carbón. Sus manos se agitaban intentando alcanzar infructuosamente el marco de la ventana. Y se deslizaba hacia atrás... No: estaba siendo arrastrado hacia atrás. Richie apenas veía algo. Era una sombra móvil, corpulenta, detrás de Bill. Una sombra que gruñía y gimoteaba, casi humana.

No hacía falta verla. Richie la había visto el sábado anterior, en la pantalla del Aladdin. Era una locura total, pero aun así el chico no puso en tela de juicio su propia cordura ni esa conclusión.

El hombre-lobo había atrapado a Bill Denbrough.

Sólo que no era Michael Landon, con un montón de maquillaje en la cara y mucha piel postiza. Era real.

Como para demostrarlo, Bill volvió a aullar.

Richie estiró la mano y aferró las manos de Bill. En una de ellas encontró la Walther y, por segunda vez en ese día, miro directamente su ojo negro... sólo que ahora estaba cargada.

Forcejearon por Bill. Richie lo tenía por las manos; el hombre-lobo, por los tobillos.

--¡Ve-vete de aquí, Richie! -bramó Bill-. ¡Lárgate...!

De pronto, la cara del hombre lobo salió de la oscuridad. Tenía la frente baja y echada hacia atrás, cubierta de vello. Sus mejillas eran huecas y peludas. Sus ojos pardo oscuro traslucían una horrible inteligencia. La boca se abrió en una serie de gruñidos de espuma blanca que le goteaba por la barbilla. En la cabeza, el pelo estaba peinado hacia atrás, en una horrible parodia de la cola de pato que usaban los adolescentes. Echó la cabeza atrás y rugió, sin apartar los ojos de Richie.

Bill trepó por el carbón. Richie lo cogió por los brazos y tiró con fuerza. Por un momento creyó que iba a ganar. Pero entonces el hombre-lobo se apoderó nuevamente de las piernas de Bill y tiró de él hacia atrás, llevándoselo hacia la oscuridad. Era más fuerte. Había apresado a Bill y quería quedárselo.

En ese instante, sin la menor idea de lo que estaba haciendo ni de por qué lo hacía, Richie oyó que la voz del policía irlandés brotaba de una mala imitación; ni siquiera se trataba del señor Nell. Era la voz de todos los policías irlandeses que alguna vez agitaron la porra después de media noche para comprobar las puertas de los establecimientos cerrados.

--¡O lo sueltas, muchacho, o te rompo esa cabezota! ¡Por Cristo que te la rompo! ¡Suéltalo ahora mismo si no quieres que te sirva tu propio hígado en una bandeja!

La bestia del sótano dejó escapar un ensordecedor rugido de ira... pero Richie creyó detectar otra nota en ese bramido: miedo, tal vez. O dolor.
Dio un tremendo tirón y Bill voló por la ventana, cayendo al pasto. Miró fijamente a Richie, con grandes ojos horrorizados.
--¡Rá-rápido! -jadeó, mientras tomaba a Richie de la camisa-. ¡Te-tenemos qu...!
Richie oyó que el carbón volvía a caer en avalanchas. Un momento después, la cara del hombre-lobo llenó la ventana del sótano, gruñéndoles. Sus garras buscaron el pasto inquieto.
Bill aún tenía la Walther, no la había soltado en ningún momento. La sujetó con las dos manos, reducidos los ojos a ranuras y apretó el gatillo. Se produjo otro terrible estallido y Richie vio que el cráneo del hombre-lobo perdía un pedazo; un torrente de sangre le corrió por la cara, el pelaje y el cuello de la chaqueta escolar.
Rugiendo siempre, empezó a salir por la ventana.
Richie se movía con lentitud, como en un sueño. Metió la mano bajo la chaqueta y buscó el bolsillo posterior. De allí sacó el sobre con la caricatura del hombre que estornudaba. Lo abrió en el momento en que la sangrante bestia asomaba por la ventana, a viva fuerza, cavando profundos surcos en la tierra con sus garras. Abrió el paquete y lo estrujó.
--¡Vuelve a tu lugar, chico! -ordenó, con la voz del policía irlandés.
Una nube blanca rodeó la cara del hombre lobo. Sus rugidos cesaron súbitamente. Miró a Richie con una sorpresa casi cómica y emitió un sonido sibilante, sofocado. Sus ojos, rojos y legañosos, giraron hacia el chico y parecieron grabárselo, de una vez para siempre.
Entonces empezó a estornudar.
Estornudó una y otra vez. Del hocico le brotaban kilos de saliva y el moco, negriverdoso, voló de las fosas nasales. Una de esas gotas salpicó la piel de Richie, quemándole como ácido. Se la enjugó con un alarido de dolor y asco.
Aún había furia en esa cara, pero también dolor. Era inconfundible. Bill podría haberlo herido con la pistola de su padre, pero Richie le había hecho más daño... primero, con la voz del policía irlandés; después, con el polvo que hacía estornudar.
"Jolín, si tuviera un poco de polvo pica-pica y un vibrador de chasco, tal vez podría matarlo", pensó.
En ese instante, Bill lo sujetó por el cuello de la ropa y tiró de él hacia atrás.
Fue oportuno. El hombre lobo dejó de estornudar tan bruscamente como había empezado, y lanzó un zarpazo a Richie. Era increíblemente veloz.
Richie podría haberse quedado así, con el sobre vacío en una mano, mirando al hombre lobo con aturdimiento de drogado, pensando en lo parda que era su piel, lo roja que era su sangre, pensando que en la vida real nada venía en blanco y negro. Podría haber seguido sentado allí hasta que esas garras se cerraran en torno a su cuello y sus largas uñas le arrancaran la garganta, pero Bill lo levantó de un tirón.
Richie lo siguió, a tropezones. Corrieron hacia el frente de la casa. Richie pensó: "No se atreverá a perseguirnos. Ahora estamos en la calle, no se atreverá, no se atreverá, no se..."
Pero los seguía. Le oían detrás de ellos, balbuceando, gruñendo...

Allí estaba Silver, aún inclinada contra el árbol. Bill subió de un salto y arrojó la pistola de su padre al cestillo donde tantos revólveres de juguete había llevado. Richie echó un vistazo atrás mientras trepaba a la cesta trasera y vio que el hombre lobo cruzaba el prado hacia ellos a unos metros de distancia. Sobre la chaqueta de la secundaria se estaban mezclando sangre y saliva. Por la sien derecha asomaba un fragmento de hueso blanco. Había manchas blancas de polvo para estornudar en su hocico. Y Richie vio otras dos cosas que parecieron completar el horror. En lugar de cremallera, la chaqueta de aquella cosa tenía grandes pompones naranja. Lo otro era peor. Era algo que le hizo sentir a punto de desmayarse, de entregarse, de dejarse matar: la chaqueta tenía un nombre bordado en hilo de oro.

En el sanguinolento bolsillo izquierdo, manchadas, pero legibles, se leían las palabras "Richie Tozier".

El hombre lobo se arrojó contra ellos.

--¡Vamos, Bill! -aulló Richie.

Silver comenzó a moverse, pero demasiado lentamente. Bill tardaba tanto en hacerla tomar velocidad...

El hombre lobo cruzó el sendero marcado en el momento en que Bill pedaleaba hasta la mitad de la calle. Llevaba los vaqueros desteñidos manchados de sangre. Al mirar hacia atrás, con una horrible fascinación casi hipnótica, Richie vio que las costuras habían cedido en algunos lugares por los que asomaban mechones de pelo áspero.

Silver se bamboleó locamente. Bill iba de pie sobre los pedales, aferrado al manillar con las muñecas hacia arriba, la cara vuelta hacia el cielo nublado, con el cuello surcado de tendones salientes.

Una zarpa se estiró hacia Richie que soltó un grito angustioso y la esquivó. El hombre-lobo gruñó y esbozó una horrible sonrisa. Estaba tan cerca que Richie le vio las córneas amarillentas y percibió olor a carne podrida en su aliento. Sus dientes eran colmillos torcidos.

El chico volvió a gritar ante un nuevo zarpazo. Estaba seguro de que iba a arrancarle la cabeza, pero la zarpa pasó frente a él fallando por escasos centímetros. La fuerza del manotazo le apartó el pelo sudoroso de la frente.

--¡Hai-oh, Silver, Arreeee! -vociferó Bill a todo pulmón.

Había llegado a la cima de una pequeña cuesta. No era mucho, pero bastó para dar impulso a Silver. Los naipes empezaron a zumbar. Bill pedaleaba furiosamente. Silver dejó de bambolearse y tomó un curso recto por Neibolt, hacia la carretera 2.

"Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios -pensaba Richie, incoherente-. Gracias a..."

El hombre-lobo volvió a rugir ("Oh, Dios mío, parece que estuviera detrás de mí") y Richie perdió el aliento: algo tiraba de su camisa y de su chaqueta, estrangulándole la garganta. Emitió un ruido gorgoteante y logró aferrarse a Bill un segundo antes de verse fuera de la bicicleta. Bill se inclinó hacia atrás, pero siguió aferrado al manillar. Por un momento, Richie pensó que la bicicleta se limitaría a alzar la rueda delantera, arrojándolos a ambos. En ese instante su chaqueta se desgarró por la espalda con un fuerte ruido que, extrañamente, sonó como un grotesco pedo.

Volvió la cabeza y se encontró con aquellos ojos cenagosos, asesinos.
--¡Bill! -Trató de aullar el nombre, pero salió sin fuerza, sin sonido.
De cualquier modo, Bill pareció oírlo. Pedaleó más que nunca en su vida. Era como si las entrañas le estuvieran subiendo, perdiendo anclas. En el fondo de la garganta sentía un dulzón gusto a sangre. Los ojos le sobresalían de las órbitas. Su boca colgaba, abierta, tragando aire a paladas. Y lo llenó un descabellado, irresistible entusiasmo, algo salvaje, libre, totalmente suyo. Un deseo. Se irguió sobre los pedales, instándolos, castigándolos.
Silver siguió cobrando velocidad. Ya empezaba a sentir la carretera. Empezaba a volar.
--¡Hai-oh, Silver! -gritó otra vez-. ¡Hai-oh, Silver! ¡Arreee!
Richie seguía escuchando el veloz golpeteo de los zapatos en el pavimento. Cuando se volvió a mirar, la zarpa del hombre-lobo lo golpeó por encima de los ojos con una fuerza entumecedora. Por un momento, Richie pensó que se le había desprendido la tapa de los sesos. Las cosas parecieron súbitamente opacas, carentes de importancia. Los sonidos iban y venían. El mundo perdió color. Giró hacia atrás aferrándose desesperadamente a Bill. La sangre caliente le chorreó hasta el ojo derecho, ardorosa.
La zarpa voló otra vez golpeando el guardabarro trasero. Richie sintió que la bicicleta se balanceaba locamente, a punto de caer, pero volvió a enderezarse. Bill gritó: "¡Hai-oh, Silver, arree!", pero eso también sonó lejano, sólo un eco oído en el momento de apagarse.
Richie cerró los ojos, prendido a Bill, y esperó que llegara el final.

14.

Bill también había oído el sonido de los zapatos y comprendió que el payaso aún no renunciaba, pero no se abrevió a mirar. "Vamos, muchacho -pensó-. ¡Dámelo todo, todo lo que tengas para dar! ¡Vamos, Silver!"
Una vez más, Bill Denbrough se encontró corriendo como si lo llevara el diablo. Sólo que ahora huía de un diablo vestido de sonriente payaso, cuya cara sudaba pintura blanca, cuya boca se curvaba en una roja mueca vampiresa, cuyos ojos eran brillantes monedas de plata. Un payaso que, por algún motivo, llevaba una chaqueta de la secundaria de Derry sobre su traje plateado, con volantes y pompones naranja.
Neibolt Street pasaba como un borrón. Silver empezaba a zumbar. ¿Era sólo idea suya o el payaso había quedado un poco atrás? Aún no se abrevió a girarse Richie lo estaba estrujando, dejándolo sin aliento. Bill hubiera querido decirle que aflojara un poco, pero tampoco se abrevió a gastar fuerzas en eso.
Allá delante, como un bello sueño, estaba el "Stop" que indicaba la intersección de Neibolt con la carretera 2. Los coches pasaban en ambas direcciones por Witcham Street. En su exhausto terror, a Bill le pareció casi un milagro.
En ese momento, porque tendría que aplicar los frenos un segundo después (o hacer algo realmente ingenioso), se arriesgó a mirar por encima del hombro.

Lo que vio le hizo frenar a Silver con un brusco movimiento. Silver patinó con la rueda trasera, y la cabeza de Richie golpeó dolorosamente el hombro derecho de Bill.
La calle estaba completamente desierta.
Pero a veinticinco metros de distancia, más o menos, junto a la primera de las casas abandonadas que formaban una especie de cortejo fúnebre junto a las vías del tren, había un objeto pequeño de un naranja intenso. Estaba junto a una alcantarilla abierta en el bordillo.
--Ehhh...
Casi demasiado tarde, Bill se dio cuenta de que Richie estaba cayendo. Tenía los ojos vueltos hacia arriba, en blanco, y la patilla remendada de sus gafas colgaba, torcida. De la frente le brotaba un hilo de sangre.
Bill lo sujetó por el brazo y los dos se deslizaron a la derecha. Al perder Silver el equilibrio, se estrellaron contra la calle en una maraña de brazos y piernas. Bill se despellejó la frente y gritó de dolor. Eso hizo que Richie parpadeara.
--Voy a mostrarle cómo llegar al tesoro, señor, pero ese tal Dobbs es muy peligroso -dijo con ronco acento español.
Era su voz de Pancho Villa, pero su cualidad flotante, desconectada, asustó terriblemente a Bill. Vio que había varios pelos ásperos pegados a la herida de Richie; eran rizados, como el vello púbico de su padre. Eso le dio más miedo aún. Entonces propinó a Richie una buena bofetada.
--¡Au! -chilló el chico. Sus ojos parpadearon y se abrieron por completo-. ¿Por qué me pegas, Gran Bill? Me vas a romper las gafas. Ya están bastante estropeadas, por si no te has dado cuenta.
--M-m-me p-p-pareció que t-t-te estabas mu-mu-muriendo o algo así -dijo Bill.
Richie se incorporó lentamente en la calle y se llevó una mano a la cabeza.
--¿Qué pas...?
Entonces lo recordó. Sus ojos se abrieron de súbito espanto y se arrastró de rodillas, jadeando.
--N-n-no -dijo Bill-. S-s-se ha ido, R-R-Richie. Se ha ido.
Richie vio la calle desierta donde nada se movía y estalló en lágrimas. Bill lo miró por un momento. Luego lo rodeó con los brazos. Richie se aferró a su cuello y lo estrechó a su vez. Quería decir algo ingenioso, algo así como que Bill debería haber probado la Bullseye contra el hombre lobo, pero no le salió nada. Salvo sollozos.
--N-n-no, Richie -dijo Bill-. No llo-llo...
Entonces él también rompió a llorar. Quedaron abrazados y de rodillas en la calle, junto a la bicicleta tumbada, mientras las lágrimas formaban surcos en sus mejillas cubiertas de polvo de carbón.

IX. La limpieza.

1.

En algún lugar del cielo del estado de Nueva York, en la tarde del 29 de mayo de 1985, Beverly Rogan empieza a reír otra vez. Sofoca la risa con ambas manos, temerosa de que alguien la crea loca, pero no puede contenerse.

"En aquel entonces retamos mucho -piensa. Es algo más, otra luz en la oscuridad-. Teníamos siempre miedo, pero no podíamos dejar de reír, tal como no puedo ahora."

El hombre sentado junto a ella es joven y guapo, de pelo largo. Le ha dirigido varias miradas apreciativas desde que el avión despegó de Milwaukee, a las dos y media (de eso hace casi dos horas y media, con una escala en Cleveland y otra en Filadelfia), pero ha respetado su evidente deseo de no conversar; después de algunos intentos de conversación, a los que ella respondió con cortesía, pero nada más, ha abierto su bolso para sacar una novela de Robert Ludlum.

Ahora la cierra, marcando la página, y pregunta:

--¿Se siente bien?

Ella asiente, tratando de ponerse seria, pero suelta una nueva carcajada. Él sonríe, intrigado.

--No es nada -dice ella, tratando de ponerse seria. Pero no sirve de nada; cuanto más lo intenta, más quiere su cara deshacerse en risas. Como en los viejos tiempos-. Es que, de buenas a primeras, me di cuenta de que no sabia en qué compañía estaba viajando. Sólo sé que tenía un pato grande en el lado...

Pero sólo el pensarlo es demasiado. Rompe en nuevas carcajadas. La gente la mira; hay algunos ceños fruncidos.

--Republic -dice él.

--¿Perdón?

--Está viajando a quinientos diez kilómetros por hora en un aparato de Republic Airlines. Figura en el folleto Ddsc que tiene en el bolsillo del asiento.

--¿Qué es Ddsc?

Él saca el folleto (que tiene, efectivamente, el logotipo de Republic en la portada); indica dónde están las salidas de emergencia, dónde los aparatos de flotación, cómo usar las mascarillas de oxígeno, como asumir la posición de aterrizaje de emergencia.

--El folleto "Despídase de su Culo" -aclara y esta vez los dos estallan en una carcajada.

"Si que es guapo", piensa ella. Es un pensamiento fresco, despejado, de esos que se tienen al despertar, cuando una no tiene la mente sobrecargada. Viste un suéter y vaqueros desteñidos. Lleva el pelo, de color rubio oscuro, recogido en una coleta y eso recuerda a Beverly la que ella usaba cuando era niña. Piensa: "Seguro que tiene una hermosa polla de universitario cortés. Lo bastante larga como para divertirse, pero no tanto como para ser muy arrogante."

Vuelve a reír, incapaz de contenerse. Se da cuenta de que ni siquiera tiene pañuelo para enjugarse los ojos y eso la hace reír aún más.

--Será mejor que se controle si no quiere que la azafata la expulse del avión -dice él.

Ella se limita a sacudir la cabeza, riendo; ya le duelen las costillas y el estómago

Él le tiende un pañuelo, y ella lo usa. De algún modo, eso la ayuda a controlarse. No cesa enseguida, por cierto, pero su risa va menguando a pequeñas sacudidas

y jadeos. De vez en cuando piensa en el gran pato sobre el flanco del avión y suelta otro torrente de risitas.
Al cabo de un momento, le devuelve el pañuelo.
--Gracias.
--Por Dios, señora, ¿qué le ha pasado en la mano? -El se la suelta por un momento.
Beverly baja la vista y ve sus uñas desgarradas, las que se rompió hasta la cutícula al tumbar el tocador contra Tom. Ese recuerdo duele más que las uñas y acaba definitivamente con la risa. Retira la mano con suavidad.
--Me la cogí con la puerta del coche, en el aeropuerto-dice, pensando en todas las mentiras que ha dicho para ocultar lo que Tom le hacía, en todas las mentiras que decía para disimular los moretones que le hacia su padre. ¿Es ésa la última mentira? Qué maravilloso seria, casi demasiado como para creerlo. Piensa en un médico que asistiera a un caso de cáncer terminal y dijera: "Las radiografías muestran que el tumor se está reduciendo. No tenemos idea de por qué, pero así es."
--Ha de dolerle mucho -dice él.
--Tomé unas aspirinas. -Ella vuelve a abrir la revista proporcionada por la compañía, aunque él sabe que ya la ha hojeado dos veces.
--¿Adónde va?
Beverly cierra la revista, lo mira, sonríe.
--Usted es simpático, pero no quiero conversar. ¿De acuerdo?
--De acuerdo -dice él, devolviéndole la sonrisa-. Pero si quiere brindar por el pato del avión cuando lleguemos a Boston, cuente conmigo.
--Gracias, pero debo tomar otro avión.
--Vaya suerte -comenta él, mientras vuelve a abrir su novela-. Su risa es maravillosa. Podría enamorar a cualquiera.
Ella abre otra vez su revista, pero se descubre observando sus uñas rotas en vez de leer el articulo sobre los placeres de Nueva Orleáns. Bajo dos de ellas tiene ampollas de sangre purpúrea. en su mente oye los gritos de Tom: "¡Te voy a matar, hija de puta!" Se estremece. Hija de puta para Tom, hija de puta para las costureras que se afanaban antes de los desfiles importantes y recibían, a cambio, las iras de Beverly Rogan; hija de puta para su padre, mucho antes de que Tom o las indefensas costureras fueran parte de su vida.
Hija de puta.
Pedazo de puta.
Grandísima puta.
Cierra momentáneamente los ojos.
El pie, cortado por un trozo de cristal al huir de la habitación, le palpita más que los dedos. Kay le dio una tirita, un par de zapatos y un cheque por mil dólares que Beverly se apresuró a cobrar, a las nueve de la mañana, en el First Bank of Chicago.
Contra las protestas de Kay, Beverly libró un cheque suyo por mil dólares, en una simple hoja de papel para máquina.
--Cierta vez leí que tienen que pagar un cheque sin fijarse en qué papel está escrito -dijo a Kay. Su voz parecía surgir de otro sitio. Como de una radio en otra habitación-. Alguien cobró, una vez, un cheque firmado en una cápsula de

descompresión. Lo leí en El libro de los récords, me parece. -Hizo una pausa y rió, intranquila. Kay la miraba con sobriedad, casi solemne-. Pero en tu lugar lo cobraría muy pronto, antes de que a Tom se le ocurra cancelar las cuentas.

Aunque no se siente cansada (sabe, sin embargo, que a esas alturas funciona a base de pura energía nerviosa y café) la noche anterior le parece algo soñado.

Recuerda haber sido seguida por tres adolescentes que la llamaban y silbaban, pero sin atreverse a abordarla. Recuerda su alivio al ver el blanco resplandor fluorescente de una tienda nocturna, volcado sobre las aceras, en una esquina. Recuerda que entró y dejó que el encargado, lleno de granos en la cara, le mirara la pechera de la blusa vieja, mientras lo convencía de que le prestara cuarenta centavos para el teléfono público. No fue difícil, considerando el espectáculo que estaba ofreciendo.

Llamó primero a Kay Mccall marcando de memoria. El teléfono sonó diez o doce veces; empezaba a temer que Kay estuviera fuera de casa cuando su voz soñolienta murmuró:

--Que la excusa sea buena, quienquiera que sea.

--Soy Bev -dijo, vacilando. Luego se lanzó de lleno-. Necesito ayuda.

Hubo un silencio. Por fin Kay volvió a hablar. Ahora parecía totalmente despierta.

--¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

--Estoy en una tienda nocturna, en la esquina de Streyland Avenue y no sé qué calle. Acabo de abandonar a Tom.

Su amiga, enfática y excitada repuso:

--¡Bien! ¡Por fin! Iré a buscarte. ¡Ese hijo de puta! ¡Ese mierda! Iré a buscarte en el Mercedes, ¡con bombos y platillos!

--Voy a tomar un taxi -dijo Bev, sosteniendo los otros veinte centavos en la mano sudorosa. En el espejo redondo de la pared posterior vela que el empleado le miraba el trasero con profunda y soñadora concentración.

--Pero tendrás que pagarme el taxi cuando llegue. No tengo dinero. Ni un centavo.

--Le daré cinco dólares de propina -exclamó Kay-. ¡Me has dado la mejor noticia desde que Nixon renunció! Date prisa, mujer, y... -Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz seria, tan llena de bondad y amor que Beverly se sintió a punto de llorar-. Gracias a Dios que lo has hecho, Bev. Lo digo en serio. Gracias a Dios.

Kay Mccall, una ex diseñadora que se casó rica, se divorció más rica aún y descubrió el feminismo en 1972, tres años antes de que Beverly la conociera. En el momento culminante de su controvertida popularidad, se la acusó de haber abrazado el feminismo después de usar leyes arcaicas y machistas para sacar a su esposo, un industrial, hasta el último centavo de lo que la ley permitía.

--¡Tonterías! -había asegurado Kay a Beverly, cierta vez-. Los que dicen eso nunca se acostaron con Sam Chacowicz. Unas cosquillas, dos sacudidas y a otra cosa: ése era el lema de Sammy. la única vez que aguantó más de sesenta segundos fue masturbándose en la bañera. Yo no lo estafé; me limité a cobrar mi sueldo de soldado con retroactividad.

Escribió tres libros: uno sobre el feminismo y la mujer trabajadora, otro sobre feminismo y familia y el tercero sobre feminismo y espiritualidad. Los dos primeros

fueron bastante exitosos. En los tres años transcurridos desde el último, sin embargo, había pasado un poco de moda y Beverly pensaba que, para ella, era una especie de alivio. Sus inversiones habían dado buenos frutos ("El feminismo y el capitalismo no se excluyen mutuamente, gracias a Dios", había dicho a Beverly), por lo que ahora era una mujer adinerada, con casa en la ciudad, casa en el campo y dos o tres amantes lo bastante viriles como para seguirle el tren en la cama, pero no tanto como para ganarle jugando al tenis. "Cuando llegan a eso, los dejo de inmediato", decía ella, como si hablara en broma, aunque Beverly se preguntaba si era realmente así.

Beverly llamó un taxi. Se acurrucó en el asiento trasero con su muleta, feliz de escapar a la mirada del empleado. Dijo al conductor la dirección de Kay.

Su amiga la estaba esperando en el extremo del sendero de entrada, con un abrigo de visón sobre el camisón de franela. Calzaba pantuflas rosadas con pompones. Por suerte, los pompones no eran anaranjados; eso habría podido hacer que Beverly huyera otra vez en la noche, gritando. El trayecto hasta la casa de Kay había sido extraño; iba recuperando recuerdos con tanta celeridad y nitidez que se sentía asustada. Era como si alguien hubiera entrado en su cabeza con una excavadora, para excavar un cementerio mental cuya existencia ella ignorara hasta entonces. Sólo que eran nombres y no cadáveres los que aparecían, nombres que ella no había recordado en años: Ben Hanscom, Richie Tozier, Greta Bowie, Henry Bowers, Eddie Kaspbrak... Bill Denbrough. Especialmente, Bill; lo apodaban Bill el Tartaja, con esa franqueza de los chicos que a veces se toma por candor y otras veces por crueldad. Él le había pareado perfecto, hasta que abrió la boca y comenzó a hablar, claro.

Nombres... lugares... cosas que habían pasado.

Con frío y calor alternativamente, había recordado las voces del desagüe... y la sangre. Su padre le había dado una buena tunda por gritar. Su padre... Tom...

La amenazó el llanto... y en ese momento Kay pagó al conductor y le dio tal propina que el hombre, asombrado, exclamó:

--¡Gracias, señora! ¡Es muy amable!

Kay la llevó a la casa, la metió bajo la ducha, le dio una bata cuando salió, preparó café y revisó sus heridas. Le puso tintura de yodo en el pie y una tirita sobre el corte. Vertió una generosa dosis de coñac en su segunda taza de café y le ordenó que la bebiera hasta la última gota. Después preparó bistecs con champiñones.

--Muy bien -dijo-, ¿qué pasó? ¿Hay que llamar a la policía o sólo enviarte a Reno para que trámites el divorcio lo más rápido posible?

--No puedo decirte mucho -dijo Beverly-. Te parecería demasiado demencial. Pero en realidad la culta fue mía...

Kay golpeó la mesa. Bev dio un respingo en la silla.

--No quiero oírte decir eso -exclamó Kay con las mejillas encendidas y los ojos pardos echando chispas-. ¿Cuánto tiempo hace que somos amigas? ¿Nueve años, diez? Si llego a oírte decir una vez más que fue culpa tuya, vomitaré. ¿Me oyes? Voy a vomitar, joder. No fue culpa tuya, ni esta vez ni la vez anterior ni nunca.

¿No sabes el miedo que teníamos todos tus amigos de que ese hombre tarde o temprano acabara por matarte?

Beverly la miraba con ojos como platos.
--Y eso si habría sido culpa tuya, al menos hasta cierto punto, por seguir con él y dejar que pasara. Pero ahora lo has dejado. Y no vengas, con las uñas rotas, el pie herido y marcas de cinturón en los hombros, a decirme que fue culta tuya.
--No me pegó con el cinturón -dijo Bev. La mentira fue automática... tanto como la intensa vergüenza que ruborizó su cara.
--Si has terminado con Tom, también deberías terminar con las mentiras -observó Kay. La miró con tanto cariño, tan largamente, que Bev se vio obligada a bajar la vista. Sentía regusto a lágrimas en el fondo de la garganta-. ¿A quién creías engañar? -preguntó Kay, sin levantar la voz. Alargó la mano sobre la mesa para tomar las de Bev-. Las gafas ahumadas, las blusas de manga larga y cuello alto... Tal vez hayas engañado a uno o dos clientes, pero no a tus amigos, Bev. A la gente que te estima, no.
Entonces Beverly se echó a llorar y lloró mucho rato, con desolación, mientras Kay la abrazaba. Más tarde, antes de acostarse, contó a su amiga lo que pudo: que la había llamado un viejo amigo de Derry, donde se había criado, para recordarle una promesa hecha mucho tiempo antes. Había llegado el momento de cumplir con esa promesa, dijo, y Kay le preguntó si iría. Ella dijo que si y así había comenzado el problema con Tom.
--¿Qué promesa hiciste? -preguntó Kay.
Beverly sacudió la cabeza.
--No puedo decírtelo, Kay, por mucho que me gustaría.
Kay asintió.
--De acuerdo. Es justo. ¿Qué vas a hacer con Tom cuando vuelvas de Maine?
Bev, que empezaba a tener la seguridad de que jamás volvería de Derry, se limitó a responder:
--Primero vendré a verte y lo decidiremos juntas. ¿Te parece bien?
--Muy bien -dijo Kay-. ¿Eso también es una promesa?
--En cuanto vuelva -dijo Bev con firmeza-. Puedes contar con eso.
Y abrazó a Kay con fuerza.
Con el importe del cheque en el bolsillo y los zapatos de Kay en los pies, decidió coger un autobús rumbo a Milwaukee, temiendo que Tom hubiera ido a buscarla al aeropuerto O.Hare. Kay, que la acompañó al banco y a la estación trató de
--O.Hare está lleno de guardias de seguridad, querida -le dijo-. No tienes por qué preocuparte. Si él se acerca, bastará con que grites a todo pulmón.
Beverly meneó la cabeza.
--Quiero mantenerme muy lejos de él. Es el único modo de hacer las cosas.
Kay la miró con astucia.
--Tienes miedo de que él te disuada, ¿verdad?
Beverly recordó al grupo de siete chicos de pie en el arroyo; pensó en Stanley y en su trocito de botella de Coca-Cola, refulgente al sol; pensó en el dolor fino al cortarle él la palma con un tajo en diagonal; pensó en las manos cogidas en circulo y en la promesa de volver si aquello volvía a empezar... de volver para matarlo definitivamente.
--No -dijo-. No podría disuadirme de esto. Pero podría hacerme daño, con guardias o sin ellos. No sabes cómo se puso anoche, Kay.

--Sé cómo se ha puesto en otras ocasiones -dijo Kay, frunciendo el ceño-, ese idiota se cree muy hombre.
--Estaba como enloquecido -dijo Bev-. Los guardias de seguridad tal vez no podrían detenerlo. Así es mejor, créeme.
--Está bien -aceptó Kay.
Bev pensó, algo sorprendida, que a Kay la desilusionaba la falta de una confrontación, de una gran ruptura.
--Cobra ese cheque cuanto antes -le indicó Bev, una vez más- , porque él no dejará de cancelar las cuentas. Ya verás.
--Claro -dijo Kay-. Si lo hace, iré a verlo con un látigo y me cobraré en especies.
--No te acerques a él -le aconsejó Beverly-. Es peligroso. Kay. Créeme. Anoche estaba... -"estaba como mi padre", iba a decir pero en cambio dijo-. Estaba como loco.
--Está bien. No te preocupes. Ve a cumplir con tu promesa. Y piensa un poco en lo que vendrá después.
--Si -mintió Bev.
Tenía demasiado en que pensar: en lo que había pasado aquel verano, cuando ella tenía once años, por ejemplo. En Richie Tozier, a quien había enseñado a usar el yo-yo, por ejemplo. En las voces del desagüe, por ejemplo. Y en algo que había visto, algo tan horrible que aun entonces, mientras abrazaba a Kay por última vez, junto al largo flanco plateado del ronroneante autobús, su mente no le permitía ver.
Ahora, mientras el avión del pato en el flanco inicia su largo descenso hacia la zona de Boston, su mente retorna a eso otra vez... y a Stan Uris... y al poema sin firma que llegó en una postal... y a las voces... y a esos pocos segundos en los que estuvo cara a cara con algo que era, tal vez, infinito.
Mira por la ventanilla, mira hacia abajo y piensa que la malignidad de Tom es insignificante comparada con la malignidad que la está esperando en Derry. Si existe alguna compensación, es que allá estará Bill Denbrough... y hubo un tiempo en que una niña de once años llamada Beverly Marsh amó a Bill Denbrough. Recuerda la postal con el hermoso poema escrito en el dorso, y recuerda haber sabido, en otros tiempos, quién lo escribió. Ya no lo recuerda, como tampoco recuerda exactamente qué decía el poema... pero piensa que pudo haber sido de Bill. Si, bien pudo haber sido obra de Bill Tartaja Denbrough.
De pronto recuerda el momento de irse a la cama después de haber visto aquellas dos películas de terror, con Richie y Ben. Después de su primera cita. Se había hecho la chistosa con Richie, al decir eso; en aquellos tiempos ésa era su defensa en la calle; pero una parte de ella se había sentido conmovida, entusiasmada y algo asustada En realidad había sido su primera cita aunque hubiera dos chicos en vez de uno. Richie le había pagado la entrada, como en una verdadera cita. Más tarde, tras la persecución de aquellos matones, pasaron el resto de la tarde en Los Barrens. Y Bill Denbrough apareció con otro niño. No recuerda quién era, pero si recuerda el modo en que los ojos de Bill se posaron en ella por un momento y la sacudida eléctrica que eso le provocó... una sacudida y un rubor que pareció calentarle todo el cuerpo.
Recuerda haber pensado todo eso mientras se ponía el camisón e iba al baño para lavarse la cara y los dientes. Recuerda haber pensado que le llevaría mucho

tiempo conciliar el sueño, esa noche, porque había mucha en que pensar... y sería bonito pensar en todo eso, porque ellos parecían chicos buenos, chicos con los que uno podía trabar amistad, tal vez compartir un poco de confianza. Eso seria bonito. Eso seria bueno, como el paraíso.

Y pensando en todo eso, tomó la esponja y se inclinó sobre el lavabo para mojarla. Y entonces una voz.

2.

Salió del sumidero, susurrando:

--Ayúdame...

Beverly retrocedió, sobresaltada; la esponja cayó al suelo. Sacudió un poco la cabeza, como para despejarse, y volvió a inclinarse sobre el lavabo, mirando el sumidero con curiosidad. El baño estaba en la parte trasera de un apartamento de cuatro habitaciones. Se oía débilmente la televisión, una película que parecía ambientada en el Oeste. Cuando terminara, probablemente su padre sintonizara un partido de béisbol o una pelea, y después se quedaría dormido en la poltrona.

El empapelado del baño tenía un detestable dibujo de ranas sobre lirios de agua. Hacía bultos y ondulaba sobre el yeso irregular de la pared. En algunos lugares tenía humedad; en otros se estaba desprendiendo. La bañera tenía manchas de óxido y el asiento del inodoro estaba rajado. Por sobre el lavabo asomaba una bombilla completamente descubierta. Beverly creía recordar que, en otros tiempos, habían tenido allí un aplique, pero se había roto y nunca había sido reemplazado. El suelo estaba cubierto de un linóleo que había perdido ya el dibujo, salvo un pequeño sector bajo el lavabo.

No era una habitación muy acogedora, pero Beverly estaba tan habituada a ella que ya no reparaba en su aspecto.

También el lavabo tenía manchas de agua. El desagüe era, simplemente, un círculo de unos cinco centímetros de diámetro con un tope en cruz de donde el cromado había desaparecido tiempo atrás. Había también una tapa de goma que colgaba de una cadena arrojada de cualquier manera sobre el grifo marcado F. El agujero de desagüe estaba muy oscuro; al inclinarse hacia él, Beverly notó un olor desagradable, como a pescado, que surgía del agujero. Arrugó la nariz, asqueada.

--Ayúdame...

Ahogó una exclamación. Había, sí, una voz. Beverly había pensado que podía ser un estremecimiento de las tuberías... o tal vez sólo su imaginación: consecuencia de esas películas.

--Ayúdame, Beverly.

La invadieron oleadas de frío y calor. Se había quitado la banda de goma del pelo que caía sobre sus hombros en una cascada luminosa. Sintió que sus raíces trataban de erizarse.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se inclinó otra vez hacia el lavabo, susurrando a medias:

--¿Hay alguien ahí?

La voz del desagüe parecía la de un niño muy pequeño que apenas sabía hablar. Y a pesar de la carne de gallina, su mente buscó una explicación racional.

Aquélla era una casa de apartamentos. Los Marsh vivían en la parte posterior de la planta baja. Había otras cuatro unidades. Tal vez hubiera en el edificio una criatura que se entretenía hablando dentro de la tubería. Y algún efecto acústico...

--¿Hay alguien ahí? -preguntó al desagüe del baño, ahora con voz más alta.

De pronto se le ocurrió que, si su padre entraba en ese momento, la creería loca.

No hubo respuesta del desagüe, pero el desagradable olor pareció acentuarse. Le hizo pensar en las cañas de bambú de Los Barrens y en el vertedero; convocaba imágenes de fuegos lentos, amargos, y de barro pegajoso que trataba de quitarle a una los zapatos.

Pero no había niños pequeños en el edificio, eso era lo curioso. Los Tremont tenían un niño de cinco y dos niñas menores, pero el señor Tremont había perdido su empleo en la zapatería de la avenida Tracker y, después de atrasarse en el pago del alquiler, un buen día desapareció poco antes de que terminaran las clases, en el destartalado camión del padre. En el primer apartamento del primer piso vivía Skipper Bolton, pero tenía catorce años.

--Todos queremos conocerte, Beverly...

Se llevó la mano a la boca, con ojos dilatados de horror. Por un momento, sólo por un momento, creyó haber visto que algo se movía allá abajo. Tuvo súbita conciencia de que el pelo le caía sobre los hombros en dos gruesos mechones, cerca, muy cerca del desagüe. Algún instinto la obligó a erguir la espalda para apartar de ahí su pelo.

Miró alrededor. La puerta del baño estaba firmemente cerrada,. Se oía débilmente la televisión; Cheyenne Bodie estaba advirtiendo al malo que dejara el revolver antes de que alguien saliera herido. Ella estaba sola. Exceptuando, claro está, aquella voz.

--¿Quién eres? -preguntó al lavabo, en un susurro.

--Matthew Clements -murmuró la vozEl payaso me trajo aquí abajo, a los caños, y morí. Muy pronto va a ir a buscarte, Beverly. Y a Ben Hanscom, y a Bill Denbrough y a Eddie...

Ella se llevó las manos a las mejillas y se las apretó con fuerza. Sus ojos se ensanchaban... se ensanchaban Sintió frío. De pronto, la voz sonaba ahogada y viejísima... pero aun así reptaba en ella una corrupta alegría.

--Flotaras aquí abajo con tus amigos, Beverly, todos flotamos aquí abajo. Di a Bill que Georgie le envía saludos, di a Bill que Georgie lo echa de menos, pero que lo verá pronto, dile que georgie estará en el armario una noche de éstas, quizá con un trozo de alambres para hundírselo en el ojo, dile...

La voz se quebró con una serie de hipos ahogados; de pronto, una brillante burbuja roja se infló en el agujero y estalló, enviando gotas de sangre a la porcelana descolorida.

En ese momento, la voz ahogada hablaba con celeridad e iba cambiando: ya era la voz del niño que se había oído primero, ya la de una chica adolescente, ya la de una niña a quien Beverly conocía: Veronica Grogan. Pero Veronica había muerto. La habían encontrado en una alcantarilla, muerta.

--Soy Matthew... soy Betty... soy Veronica... estamos aquí abajo... aquí abajo, con el payaso... y la bestia... y la momia... y el hombre lobo... y contigo, Beverly, estamos aquí abajo contigo y flotamos, cambiamos...

Una bocanada de sangre brotó súbitamente del sumidero salpicando el lavabo, el espejo y el empapelado con su diseño de lirios y ranas. Beverly lanzó un alarido súbito y penetrante. Retrocedió, apartándose del lavabo, chocó contra la puerta, la abrió a manotazos y corrió hacia la sala, donde su padre estaba levantándose.

--¿Qué demonios te pasa? -preguntó con ceño.

Aquella noche estaban solos en la casa; la madre de Bev trabajaba en el turno de tres a once en Green.s, el mejor restaurante de Derry.

--¡En el baño! -gritó, histérica-. ¡El baño, papá, en el baño...!

--¿Alguien estaba espiándote, Beverly?

La mano del padre salió disparada para sujetarla por el brazo, con fuerza. En su cara había preocupación, pero una preocupación codiciosa, algo más atemorizante que consolador.

--No... el lavabo... en el lavabo... el... la -rompió en sollozos. El corazón le latía con tanta fuerza que temió ahogarse.

Al Marsh la apartó a un lado con una expresión que decía: "Oh, Dios, y ahora qué", y entró en el baño. Estuvo allí tanto tiempo que Beverly volvió a asustarse. Por fin bramó:

--¡Beverly! ¡Ven aquí!

No era cuestión de desobedecer. Si los dos hubieran estado de pie al borde de un acantilado y él hubiera ordenado dar un paso hacia el frente, su obediencia instintiva la habría hecho franquear el borde antes de que su mente racional pudiera intervenir.

La puerta del baño estaba abierta. Allí estaba su padre: un hombre grande que ya estaba perdiendo el pelo castaño rojizo, heredado por Beverly. No bebía, no fumaba, no iba con mujeres. "En casa tengo todas las mujeres que me hacen falta", decía, a veces, y en esas ocasiones esbozaba una sonrisa peculiar, cargada de secretos; en vez de iluminarle el rostro, tenía el efecto contrario. Ver esa sonrisa era como observar la sombra de una nube pasando velozmente por un terreno rocoso. "Ellas se ocupan de mí y cuando hace falta yo me ocupo de ellas."

--Ahora dime de qué tontería se trata -preguntó al verla entrar.

Beverly sintió la garganta reseca. El corazón le retumbaba en el pecho y sintió ganas de vomitar. Había sangre en el espejo corriendo en largos hilos. Había manchas de sangre en la bombilla, sobre el lavabo. La sangre corría también por los lados de porcelana cayendo en gordas gotas al piso de linóleo.

--Papá... -susurró ella, ronca.

Él se volvió, disgustado (como ocurría con tanta frecuencia) y comenzó a lavarse las manos en la pileta ensangrentada.

--Habla, mujer, por Dios. No sabes el susto que me has dado. A ver si te explicas.

Se estaba lavando las manos en el lavabo. Beverly vio manchas de sangre en la tela gris de los pantalones, allí donde rozaban los bordes, si su frente tocaba el espejo (estaba muy cerca), tendría sangre también sobre la piel. La chica ahogó un grito en la garganta.

Él cerró el grifo. Tomó una toalla con dos abanicos de salpicaduras rojas y comenzó a secarse las manos. Beverly, casi desmayada, le vio llenarse de sangre

los grandes nudillos y las líneas de la palma. Vio sangre bajo sus uñas como marcas de culpabilidad.

--¿Y bien? Estoy esperando -dijo al arrojar la toalla ensangrentada hacia el toallero.

Había sangre... sangre por todas partes... y su padre no la veía.

--Papá...

No tenía idea de lo que ocurriría a continuación, pero su padre la interrumpió:

--Me preocupas, Beverly -dijo-. No vas a crecer nunca, Beverly. Te pasas correteando por ahí, no haces nada en la casa, no sabes cocinar, no sabes coser. Te pasas la mitad del día en las nubes, con la nariz metida en un libro y la otra mitad con majaderías. Me preocupas.

Su mano le dio una dolorosa palmada en la nalga. Ella soltó un grito sin dejar de mirarlo fijamente. Él tenía una pequeña salpicadura en la poblada ceja derecha. "Si la miro fijamente terminaré por volverme loca y ya nada de esto importará", pensó.

--Me preocupas mucho -agregó él y la golpeó otra vez, con más fuerza, por encima del codo.

Al día siguiente Beverly tendría un gran moretón entre amarillento y purpúreo.

--Muchísimo -dijo él, lanzándole un derechazo al estómago.

Contuvo el puño en el último instante, por lo que Beverly perdió sólo la mitad del aliento. Se dobló en dos, jadeando, con los ojos llenos de lágrimas. El padre la miraba, impasible. Se metió las manos ensangrentadas en los bolsillos del pantalón.

--Tienes que crecer, Beverly -dijo con tono amable y condescendiente. ¿No te parece?

Ella asintió. Le palpitaba la cabeza. Lloró en silencio. Si sollozaba, iniciando lo que su padre llamaba "gimoteos de bebé", no haría sino enfurecerlo. Al Marsh había pasado toda su vida en Derry; a quien quisiera saberlo (y a veces a quien no tenía interés) decía que allí pensaba ser enterrado, con un poco de suerte, a la edad de ciento diez años. "No hay motivo para que no viva eternamente -solía decir a Roger Aurlette, quien le cortaba el pelo una vez al mes-. No tengo vicios."

--Y ahora explícate -ordenó-, y que sea breve.

--Había... -Beverly tragó saliva-. Había una araña. Una araña grande, gorda, negra. Salió... salió arrastrándose del desagüe y... creo que volvió a meterse.

--¡Ah! -El padre sonrió, como si esa explicación lo complaciera-. ¿Era eso? Si me lo hubieras dicho, Beverly, no te habría pegado. Todas las niñas tienen miedo a las arañas. ¡Maldición! ¿Por qué no me lo dijiste?

El se inclinó hacia el agujero; Beverly tuvo que morderse los labios para no gritar una advertencia... pero otra vez hablaba, dentro de ella, una voz horrible, que no podía ser parte de su persona sino la voz del mismo diablo: "Deja que se lo lleve, si lo quiere. Deja que lo arrastre hacia abajo. Mira lo que te sacarás de encima."

Volvió la espalda a aquella voz, horrorizada. Permitir que ese pensamiento se quedara en su cabeza, siquiera por un instante, la condenaría al infierno, sin duda alguna.

Él miraba hacia el ojo del desagüe. Sus manos chapoteaban en la sangre que manchaba el lavabo y Beverly tuvo que luchar sombríamente con sus náuseas. Le dolía el estómago allí donde el padre la había golpeado.

--No veo nada -dijo él-. Estos edificios son viejos, Bev. Los desagües parecen autopistas, ¿sabes? Cuando yo trabajaba de portero allá, en la escuela secundaria vieja, de vez en cuando salían ratas ahogadas a los inodoros. Las chicas se volvían locas. -Rió al pensar en esas manías femeninas-. Casi siempre cuando el Kenduskeag estaba alto. Hay menos bichos en las cañerías desde que instalaron el sistema nuevo, eso sí. -La rodeó con un brazo para estrecharla-. Mira, vete a la cama y no pienses más en el asunto, ¿de acuerdo?

Ella sintió su amor por él. "Nunca te pego si no lo mereces, Beverly", le había dicho él, una vez, al protestar ella por un castigo injusto. Y tenía que ser cierto, claro, porque él era capaz de amar. A veces pasaba todo el día con ella, enseñándole a hacer cosas, charlando con ella o paseando por la ciudad, y en esas ocasiones Beverly pensaba que su corazón se iba a hinchar de felicidad hasta matarla. Lo amaba; trataba de aceptar que él debía corregirla con frecuencia porque, según decía, era el trabajo que le había dado Dios. "A las hijas -decía Al Marsh-, hay que corregirlas más que a los chicos." Él no tenía hijos varones y Beverly sentía, vagamente, que eso también podía ser culpa de ella.

--Está bien, papá -dijo.

Fueron juntos hasta el pequeño dormitorio de la niña. El brazo ya le dolía por el golpe recibido. Ella miró por encima del hombro y vio la pileta ensangrentada, el espejo ensangrentado, la pared ensangrentada, el suelo ensangrentado y pensó: "¿Cómo voy a hacer para entrar aquí a lavarme? Por favor, Dios, Dios querido, perdóname por haber tenido malos pensamientos sobre papá. Puedes castigarme todo lo que quieras, porque me lo merezco. Haz que me caiga y me lastime o que tenga la gripe, como el año pasado, cuando tosía tanto que una vez vomité, pero por favor, Dios, haz que mañana la sangre no esté más, por favor, ¿sí?"

El padre la arropó, como todas las noches, y le dio un beso en la frente. Después se mantuvo un momento allí, de pie, en la postura que ella recordaría siempre como "su" modo de tenerse de pie, tal vez de ser: algo inclinado hacia adelante, con las manos metidas en los bolsillos; los ojos azules la miraban desde arriba, desde una cara de perro salchicha luctuoso. En años posteriores, cuando hacía años que ya no pensaba en Derry, a veces veía a un hombre sentado en el autobús, o tal vez de pie en un rincón... formas, oh, formas de hombres, a veces atisbadas cuando cerraba el día, a veces vistas al otro lado de una plaza, a la luz del mediodía, en un,claro y ventoso día otoñal, formas de hombres, reglas de hombres, deseos de hombres: o Tom, tan parecido a su padre cuando se quitaba la camisa y se encorvaba ligeramente delante del espejo para afeitarse. Formas de hombres

--A veces me preocupas, Bev -dijo, pero ya no había enfado ni turbación en su voz. Le tocó el pelo con suavidad, apartándoselo de la frente.

Entonces ella estuvo a punto de gritar. "¡El baño está lleno de sangre, papá! ¿No la has visto? ¡Hay sangre por todas partes! ¿No la has visto?" Pero guardó silencio, mientras él salía y cerraba la puerta tras de sí, llenando su cuarto de oscuridad.

Aún estaba despierta, con la vista perdida en las sombras, cuando llegó su madre, a las once y media, y cuando se apagó el televisor. Oyó que sus padres entraban en el cuarto matrimonial; oyó también el ruido del somier cuando hicieron el amor. Beverly había oído una conversación entre Greta Bowie y Sally Muller,

comentando que ese acto sexual dolía como fuego y que ninguna chica decente quería hacerlo: "Al final, el hombre te mea ahí abajo", dijo Greta, y Sally había exclamado: "¡Oh, puaj, yo jamás dejaría que un muchacho me hiciera eso!" Si dolía tanto como Greta decía, la madre de Bev se lo guardaba muy bien; Bev la había oído gritar una o dos veces, con voz contenida, pero no parecía en absoluto un grito de dolor.

El lento crujir de los elásticos se aceleró hasta un ritmo tan rápido que llegó casi al frenesí; luego se interrumpió. Hubo un período de silencio; después, algo de charla en voz baja; por fin, los pasos de su madre que iba al baño. Beverly contuvo el aliento. Esperando a que su madre gritara o no.

No hubo grito alguno, sólo el ruido del agua corriendo en el lavabo seguido por un chapoteo. Luego el agua resbaló por el sumidero con su familiar gorgoteo, la madre estaba lavándose los dientes. Momentos después, el somier de la cama grande volvió a crujir, cuando su madre volvió a acostarse.

Cinco minutos después, el padre comenzó a roncar.

Un miedo oscuro le envolvió el corazón cerrándole la garganta. Descubrió que tenía miedo de volverse sobre el lado derecho (su posición favorita para dormir) porque podía haber algo mirándola por la ventana. Por eso se limitó a permanecer de espaldas, tiesa, contemplando el cielo raso. Minutos u horas después, no había modo de saberlo, concilió un sueño inquieto y frágil.

3.

Beverly siempre despertaba cuando sonaba el despertador de sus padres. Tenía que ser rápida, porque apenas sonaba el timbre su padre lo apagaba de un manotazo. Se vistió deprisa mientras el padre usaba el baño y se detuvo por un instante frente al espejo (como casi todos los días) para mirarse el pecho, tratando de detectar si sus senos habían crecido algo durante la noche. Habían comenzado a aparecer a fines del año anterior. En un principio había dolido un poco, pero ya no. Eran muy pequeños, apenas manzanitas de primavera, pero allí estaban. Era cierto: la niñez terminaba, ella sería mujer.

Sonrió a su imagen y puso una mano tras la cabeza levantándose la cabellera y sacando pecho. Rió con la risa natural de una chiquilla... y de pronto se acordó de la sangre que había brotado del desagüe, en el baño, la noche anterior. Las risitas terminaron abruptamente.

Se miró el brazo y descubrió el moretón formado durante la noche, una mancha oscura entre el hombro y el codo, una mancha con muchos dedos marcados.

El inodoro se cerró de un manotazo y sonó el flujo del depósito.

Moviéndose con rapidez para que su padre no se enfadase con ella esa mañana (esa mañana era mejor que no reparara en ella siquiera), Beverly se puso unos vaqueros y la sudadera de la secundaria de Derry. Y entonces, porque ya no podía seguir postergándolo, abandonó su habitación para ir al baño. Se cruzó en la sala con el padre que volvía a su habitación para vestirse. El pijama azul batía por su amplitud. Gruñó algo que ella no pudo entender. De cualquier modo, respondió:

--Está bien, papá.

Se detuvo por un momento frente a la puerta cerrada del baño tratando de prepararse para lo que podía encontrar dentro. "Al menos, es de día", pensó, y eso la consoló un poco. No mucho, pero al menos un poco. Aferró el pomo de la puerta, lo hizo girar y entró.

4.

Para Beverly fue una mañana muy atareada. Preparó el desayuno para su padre: zumo de naranja, huevos revueltos y tostadas, en la versión de Al Marsh pan caliente pero poco tostado). Él se sentó a la mesa, parapetado tras el News, y lo comió todo.

--¿Dónde está el beicon?

--No hay más, papá. Lo terminamos ayer.

--Prepárame una hamburguesa.

--Queda sólo un poco de c... El papel crujió y descendió un poco. Aquella mirada azul cayo sobre ella como si tuviera peso.

--¿Qué has dicho? -preguntó él con suavidad.

--Dije que enseguida, papá. Él la miró sólo un instante más. Luego el periódico volvió a subir y Beverly corrió a la nevera para sacar la carne. Preparó una hamburguesa aplastando el puñadito de carne picada que quedaba en la nevera para que pareciese más grande. Él la comió leyendo la página de deportes mientras Beverly le preparaba el almuerzo: un par de bocadillos de mermelada y mantequilla de cacahuetes, un gran trozo de tarta que su madre había traído la noche anterior del restaurante y un termo de café caliente con azúcar.

--Dile a tu madre que quiero ver esta casa limpia hoy mismo -dijo, cogiendo la comida-. Parece una cuadra. Me paso todo el día limpiando porquerías en el hospital. No me gusta nada encontrar una porqueriza en mi propia casa. No lo olvides, Beverly.

--No, papá. Se lo diré.

Él le dio un beso en la mejilla, la abrazó torpemente y luego se marchó. Como de costumbre, Beverly fue a la ventana de su habitación para seguirlo con la vista mientras se alejaba por la calle. Como de costumbre, experimentó un subrepticio alivio al verle girar en la esquina... y se odió por eso.

Lavó los platos y luego salió un rato a la escalera de atrás con el libro que estaba leyendo. Lars Theramenius, con su largo pelo rubio reluciendo con su serena luz interior, vino con sus pasitos inseguros desde el edificio vecino para mostrar a Beverly su nuevo camión y sus nuevos rasguños en las rodillas. Beverly miró ambas cosas y propinó grandes exclamaciones. Un momento después la llamó su madre.

Cambiaron las sábanas de ambas camas, lavaron los suelos y enceraron el linóleo de la cocina. Su madre se encargó del suelo del baño, por lo que Beverly se sintió agradecida. Elfrida Marsh era una mujer menuda de pelo canoso y aspecto ceñudo. Su rostro arrugado decía al mundo entero que llevaba bastante tiempo en esta tierra y que pensaba permanecer aquí un poco más .. También decía al mundo que nada de todo eso había sido fácil y que no esperaba cambios inmediatos en el estado de cosas.

--¿Quieres limpiar los cristales de la sala, Bewie? -preguntó, volviendo a la cocina. Ya llevaba puesto su uniforme de camarera-. Tengo que ir al San José, en Bangor, a visitar a Cheryl Tarrent. Anoche se rompió una pierna.

--Sí, yo me encargo -prometió Beverly-. ¿Qué le pasó a la señora Tarrent? ¿Se cayó?

Cheryl Tarrent era una compañera de trabajo de su madre.

--Tuvo un accidente de coche con ese inútil con el que se ha casado -respondió la madre, ceñuda-. El marido había estado bebiendo. Debes dar gracias a Dios todas las noches de que tu padre no beba, Bewie.

--Lo hago -respondió Beverly. Era cierto.

--Creo que ella va a perder el empleo, y él no dura en ninguno.-Un tono de lúgubre horror se filtró en la voz de Elfrida-. Tendrán que vivir del gobierno, supongo.

Era lo peor que se le podía ocurrir a Elfrida Marsh. No se comparaba siquiera con perder un hijo o descubrir que una tenía cáncer. Se podía ser pobre; una podía pasarse toda la vida rascando el fondo de la olla, como ella decía. Pero por debajo de todo, aun por debaúo de las alcantarillas, estaba el momento en que uno tuviera que vivir del gobierno y comer con el sudor de los otros como limosna. Y ésa era la perspectiva a la que se enfrentaba Cheryl Tarrent.

--Cuando hayas limpiado los cristales y sacado la basura, puedes ir a jugar un rato, si quieres. Tu padre va a la bolera esta noche, así que no tienes que prepararle la cena. Pero quiero que estés en casa antes del oscurecer. Ya sabes por qué.

--Está bien, mamá.

--Dios mío, cómo creces -dijo Elfrida. Miró, por un momento, los bultitos en la sudadera. Su mirada reflejaba amor, pero ninguna compasión-. No sé qué voy a hacer aquí cuando estés casada y tengas tu propio hogar.

--Creo que me quedaré aquí toda la vida -dijo Beverly, sonriendo.

La madre la abrazó brevemente y le besó la comisura de la boca con sus labios secos y calientes.

--No me engaño -replicó-. Pero te quiero, Bewie.

--Yo también te quiero, mamá.

--Cuando termines con esas ventanas, repasa para estar segura de que no queden marcas -recomendó mientras recogía su cartera y se acercaba a la puerta-. De lo contrario, te las verás con tu padre.

--Ya las repasaré. -En el momento en que la madre abría la puerta para salir, Beverly preguntó, tratando de fingir indiferencia-. ¿No has visto nada raro en el baño, mamá?

Elfrida la miró, con el entrecejo fruncido.

--¿Raro?

--Bueno... anoche vi una araña. Salió del desagüe. ¿No te lo dijo papá?

--¿Anoche hiciste enfadar a tu padre, Bewie?

--¡No! No, no. Le dije que había salido una araña del desagüe y que me había asustado. Él me contó que en la escuela vieja, a veces encontraban ratas ahogadas en los inodoros. Por los desagües. ¿No te contó lo de la araña?

--No.

--Oh, bueno, no importa. Sólo quería saber si la habías visto.

--No vi ninguna araña. Ojalá pudiéramos comprar un linóleo nuevo para ese baño. -Miró al cielo azul y sin nubes-. Dicen que cuando una mata a una araña, viene lluvia. No la mataste, ¿verdad?
--No -aseguró Bev-, no la maté.
La madre volvió a mirarla, con los labios apretados.
--¿Segura que no hiciste enfadar a tu padre anoche?
--¡Segura!
--Bewie... ¿alguna vez te toca?
--¿Qué? -Beverly miró a su madre, perpleja. Dios, su padre la tocaba todos los días-. No entiendo qué...
--No importa -cortó Elfrida-. No te olvides de sacar la basura. Y si esos cristales quedan manchados, no solo con tu padre te las verás.
--No me
(¿alguna vez te toca?)
olvidaré.
--Y vuelve antes de que oscurezca.
--Sí.
(él)
(se preocupa mucho)
Elfrida se fue. Beverly volvió a su cuarto para seguirla con la vista hasta la esquina, como a su padre. Cuando estuvo segura de que su madre iba, definitivamente, en camino hacia la parada del autobús, sacó el balde, el limpiacristales y algunos trapos de bajo el fregadero. Volvió a la sala y empezó con las ventanas. El apartamento parecía demasiado silencioso. Cada vez que crujía el suelo 0 se golpeaba una puerta, daba un respingo. Cuando alguien hizo correr el agua en el inodoro de los Bolton, en el piso contiguo, Beverly soltó una exclamación que era casi un grito.
Y no podía dejar de vigilar la puerta cerrada del baño.
Por fin se acercó, la abrió otra vez y miró adentro. Su madre lo había limpiado esa mañana y la mayor parte de la sangre acumulada bajo el lavabo había desaparecido, al igual que las marcas del borde. Pero aún quedaban vetas marrones secándose en la pileta misma, manchas y salpicaduras en el espejo y el empapelado.
Mientras contemplaba su pálida imagen se dio cuenta, con súbito y supersticioso miedo, de que la sangre del espejo causaba el efecto de que era su propia cara la que sangraba. Volvió a pensar: "¿Qué voy a hacer con esto? ¿Me he vuelto loca? ¿Me lo estoy imaginando?"
De pronto, el sumidero emitió una risa gorjeante.
Beverly lanzó un alarido y salió dando un portazo. Cinco minutos después, las manos aún le temblaban tanto que estuvo a punto de dejar caer la botella de limpiacristales mientras limpiaba las ventanas de la sala.

5.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando Beverly Marsh, con el apartamento cerrado y la llave en el bolsillo de sus vaqueros, cogió por Richard Street un paso

estrecho que conectaba Main y Center. Allí tropezó con Ben Hanscom, Eddie Haspbrak y un niño llamado Bradley, que estaban jugando a arrimar monedas...
--¡Hola, Bev! -saludó Eddie-. ¿Tuviste pesadillas después de ver esas películas?
--No -dijo Beverly, sentándose en cuclillas para observar el juego-. ¿Cómo estás tan enterado?
--Me lo contó Ben -replicó Eddie, señalándolo con el pulgar. Ben estaba ruborizado sin motivo aparente.
--¿Qué películas? -preguntó Bradley.
Y entonces Beverly lo reconoció: había ido a Los Barrens con Bill Denbrough. Iban juntos a la terapeuta de Bangor. Beverly casi lo descartó de su mente. Si se le hubiera preguntado, tal vez habría dicho que, por algún motivo, le parecía menos importante que Ben y Eddie, como si estuviera menos allí.
--Un par de historias de monstruos -le dijo y se acercó hasta ponerse entre Ben y Eddie-. ¿Tiras tú?
--Sí -dijo Ben; la miró rápidamente y desvió los ojos.
--¿Quién va ganando?
--Eddie -informó Ben-. Tiene buena mano.
Bev miró a Eddie que se frotaba solemnemente las uñas en la pechera de la camisa y soltó una risita.
--¿Me dejáis jugar?
--Por mí, sí -dijo Eddie-. ¿Tienes monedas?
Bev buscó en el bolsillo y sacó tres monedas de un centavo.
--Por Dios, ¿cómo te animas a salir de tu casa con semejante fortuna? -preguntó Eddie-. Yo me moriría de miedo.
Ben y Bradley Donovan se echaron a reír.
--Oh, las chicas también solemos ser valientes -respondió Beverly muy seria.
Un momento después, todos reían.
Bradley tiró el primero; luego, Ben; y finalmente Beverly. Eddie, que iba ganando, tenía el último turno. Arrojaba las monedas hacia la pared posterior de la farmacia. A veces se quedaban cortos; a veces la moneda rebotaba contra la pared. Al final de cada ronda, el que había tirado la moneda más cercana a la pared recogía los cuatro centavos. Cinco minutos después, Beverly tenía veinticuatro centavos. Había perdido una sola ronda.
--¡Eza chica haze trampa! -protestó Bradley, disgustado, y se levantó para irse. Había perdido el buen humor. Miró a Beverly con enfado y humillación a un tiempo-. No habría que dejar que laz chicaz...
Ben se levantó de un salto. Era sobrecogedor ver a Ben Hanscom levantarse de un salto.
--¡Retira eso!
Bradley miró a Ben boquiabierto.
--¿Qué?
--¡Que retires lo que has dicho! ¡Ella no hizo trampa!
Bradley miró a Ben, a Eddie, a Beverly que aún estaba de rodillas. Después, otra vez a Ben.
--¿Quierez un labio gordo para que haga juego con el rezto de tu perzona, eztúpido?
--Seguro -dijo Ben.

Súbitamente, una sonrisa le cruzó la cara. Algo en la cualidad de esa sonrisa hizo que Bradley diera un paso atrás, sorprendido e inquieto. Tal vez lo que vio en ella fue, simplemente, que después de haberse enredado con Henry Bowers y salir indemne, no una sino dos veces, Ben Hanscom no iba a dejarse aterrorizar por el escuálido de Bradley Donovan, que tenía las manos llenas de verrugas además de ese catastrófico ceceo.

--Claro, y después se me echarán todos encima -dijo Bradley, dando otro paso atrás. Su voz había tomado un tono incierto y había lágrimas en sus ojos-. ¡Zon todoz unoz trampozoz!

--Retira lo que has dicho de ella -repitió Ben.

--No importa, Ben -dijo Beverly. Tendió a Bradley el puñado de monedas-. Toma las tuyas. De cualquier modo, yo no jugaba por el dinero.

Desde las pestañas inferiores de Bradley resbalaron lágrimas de humillación. Dio un golpe en la palma de Beverly tirándole las monedas al suelo, y corrió hacia Center. Los otros se quedaron mirándolo, boquiabiertos. Cuando estuvo a distancia segura, Bradley giró en redondo para gritar:

--¡Lo que paza ez que erez una perra! ¡Trampoza, trampoza! ¡Tu madre ez una puta!

Beverly ahogó una exclamación. Ben corrió hacia Bradley, pero sólo consiguió tropezar con un cajón vacío e irse de bruces. Bradley había desaparecido y el gordo se dio cuenta de que no se dejaría alcanzar. Entonces volvió junto a Beverly para ver si estaba bien. Esa palabra lo había espantado tanto como a ella.

Beverly vio preocupación en su rostro. Abrió la boca para decir que estaba bien, que no se afligiera, que los palos y las piedras rompen los huesos pero que los insultos no hacen daño... y de pronto aquella extraña pregunta que su madre le había hecho

(¿alguna vez te toca?)

volvió a ella. Extraña pregunta, sí; simple pero llena de matices ominosos, turbia como café frío. En vez de decir que los insultos jamás le harían daño, rompió en llanto.

Eddie la miró, incómodo, sacó el inhalador del bolsillo y se lo llevó a la boca. Después se agachó y empezó a recoger los centavos desparramados, con expresión concentrada.

Ben se acercó a ella para consolarla, pero se detuvo. Era demasiado bonita. Ante una cara tan bonita, se sentía inerme.

--Anímate -le dijo, sabiendo que sonaba idiota, pero sin que se le ocurriera nada más útil. Le tocó ligeramente los hombros (ella se había cubierto la cara con las manos para ocultar sus ojos mojados y sus mejillas abotagadas), pero apartó los dedos como si ella quemara. listaba tan enrojecido que parecía al borde de una apoplejía-. Anímate, Beverly.

La chica bajó las manos y exclamó, con voz aguda, furiosa:

--¡Mi madre no es una puta! Es... ¡es camarera!

Ben la miró boquiabierto. Eddie levantó la vista desde los adoquines con las manos llenas de monedas. Y de pronto los tres rompieron a reír histéricamente.

--¡Camarera! -cloqueó Eddie. Sólo tenía una vaga idea de lo que significaba puta, pero esa comparación le parecía divertida ¡Eso es tu madre!

--¡Sí, sí, eso! -exclamó Beverly, riendo y llorando al mismo tiempo.

Ben reía tanto que no pudo mantenerse en pie y se sentó, pesadamente, en un cubo de la basura, Su mole hundió la tapa y lo hizo caer de lado. Eddie lo señaló, aullando de risa, mientras Beverly lo ayudaba a levantarse.
Una ventana se abrió encima de ellos.
--¡Marchaos de aquí, chicos! -chilló una mujer-. ¡Hay gente que trabaja de noche, recuerden! ¡Esfumaos!
Sin pensar, los tres se cogieron de la mano, con Beverly en el medio, y corrieron hacia Center Street. Todavía iban riendo.

6.

Unieron sus recursos y descubrieron que tenían cuarenta centavos; lo suficiente para dos batidos. Como el señor Keene era un ogro y no quería que los chicos menores de doce años se quedaran en el mostrador de refrescos (aseguraba que los juegos mecánicos de la trastienda podían corromperlos), se llevaron los batidos en dos vasos de cartón encerado hasta el parque Bassey y se sentaron en la hierba para beberlos. Ben tenía uno de café y Eddie había pedido frambuesa. Beverly se sentó entre los dos con una pajita para probar de los dos, como una abeja en las flores. Se sentía otra vez bien, por primera vez desde que el desagüe había vomitado su borbotón de sangre la noche anterior. Deshecha y emotivamente exhausta, pero bien, en paz consigo misma.
--No sé qué le pasó a Bradley -dijo Eddie, por fin, con tono de azorada apología-. Nunca se había puesto así.
--Tú me defendiste -dijo Beverly y repentinamente besó a Ben en la mejilla-. Gracias.
Ben volvió a ponerse escarlata.
--No hiciste trampas -murmuró, y se bebió la mitad de su batido de café en tres largos sorbos. A eso siguió un eructo tan fuerte como un disparo de rifle.
--¿Te queda algo dentro? -preguntó Eddie.
Beverly rió a carcajadas sujetándose el vientre.
--Basta -rogó-. Me duele el estómago. Basta, por favor.
Ben sonreía. Esa noche, antes de dormir, reviviría una y otra vez el momento en que ella lo había besado.
--¿Te encuentras bien? -preguntó.
Ella asintió.
--No fue por él. En realidad, no me importó lo que dijo de mi madre. Fue por algo que me pasó anoche. -Vaciló, mirando a Ben, a Eddie, a Ben otra vez-. Tengo... tengo que contárselo a alguien o enseñarlo o algo así. Creo que me eché a llorar porque tengo miedo de estarme volviendo majareta.
--¿De qué estáis hablando, chiflados? -preguntó una voz.
Era Stanley Uris, como siempre, menudo, delgado y demasiado limpio para sus once años escasos. Con su camisa blanca, pulcramente remetida en los vaqueros bien lavados, el pelo peinado y sus zapatillas impecables parecía el adulto más pequeño del mundo. En ese momento sonrió, rompiendo la ilusión.
"Ella se callará lo que iba a decir -pensó Eddie-, porque Stan no estaba aquí cuando Bradley insultó a su madre."

Pero Beverly, después de una vacilación, lo hizo. Porque Stanley, de algún modo, era distinto a Bradley. Él estaba allí.
"Stanley es uno de nosotros -pensó Beverly y se preguntó por qué eso le erizaba la piel-. No les hago ningún favor si lo cuento, ni a ellos ni a mí tampoco." Pero ya era demasiado tarde. Ya estaba hablando.
Stan se sentó con ellos, sereno y grave. Eddie le ofreció los restos del batido de frambuesa, pero él meneó la cabeza sin apartar los ojos de Beverly. Ninguno de los otros hablaba.
Beverly les contó el episodio de las voces, entre las que había reconocido la de Ronnie Grogan. Sabía que Ronnie había muerto, pero era su voz, de todos modos. Les habló de la sangre que su padre no había visto ni sentido, ni tampoco su madre, por la mañana.
Cuando terminó, miró todas las caras temerosa de lo que podría ver en ellas... pero no halló señales de incredulidad. De terror sí, pero de incredulidad, ninguna.
Por fin, Ben dijo:
--Vayamos a ver.

7.

Entraron por la puerta trasera, no sólo porque a esa cerradura correspondía la llave de Bev, sino también porque su padre la mataría si la señora Bolton la veía entrar en el apartamento con tres chicos en ausencia de sus padres.
--¿Por qué? -preguntó Eddie.
--No lo entenderías, tonto -dijo Stan-. Tú calla.
Eddie iba a contestar, pero echó otra mirada a la expresión tensa de Stan y decidió mantener el pico cerrado.
La puerta daba a la cocina, llena del sol de la tarde y de silencio estival. Los platos del desayuno relucían en el escurridor. Los cuatro niños se detuvieron junto a la mesa; cuando arriba se golpeó una puerta, todos dieron un salto; después rieron, nerviosos.
--¿Dónde está? -susurró Ben.
Beverly, con el corazón palpitándole en las sienes, los condujo por el pasillo al que daba el dormitorio de sus padres a un lado y la puerta cerrada del baño en el extremo. Después de abrirla, entró rápidamente y tapó el sumidero del lavabo. Luego dio un paso atrás para ponerse entre Ben y Eddie. La sangre se había secado dejando manchas marrones en el espejo, el lavabo y el empapelado. Beverly las miró; resultaba más fácil mirar las manchas que a sus amigos.
En voz tan infantil que apenas pudo reconocerla como propia, pregunto:
--¿La veis? ¿Alguno de vosotros la ve? ¿Está allí?
Ben se adelantó un paso y Beverly volvió a sorprenderse de sus delicados movimientos a pesar de su gordura. Tocó una de las manchas de sangre, después otra, y por fin una larga chorreadura en el espejo.
--Aquí. Aquí. Aquí. -Su voz sonó inexpresiva y autoritaria.
--¡Jolín! Es como si hubieran matado un cerdo aquí dentro - exclamó Stan.

--¿Y todo eso salió del sumidero? -preguntó Eddie, a quien el espectáculo estaba poniendo enfermo. Como su respiración se tornaba dificultosa, sujetó su inhalador.

Beverly tuvo que contenerse para no romper otra vez a llorar. No quería hacerlo; temía que ellos la descartaran como a cualquier otra chica. Pero tuvo que aferrar el pomo de la puerta hasta que una oleada de confianza la reconfortó. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo segura que estaba de estar volviéndose loca, teniendo alucinaciones, o algo así.

--Y tus padres no la vieron -se maravilló Ben. Tocó una salpicadura de sangre que se había secado en el lavabo, apartó la mano de inmediato y se la limpió en el faldón de la camisa-. Caray...

--No sé cómo voy a hacer para volver a entrar aquí -dijo Beverly-, a lavarme los dientes o... ya me entienden.

--Bueno, ¿por qué no limpiamos esto? -preguntó Stanley, de pronto. Beverly lo miró.

--¿Limpiar?

--Claro. Tal vez no podamos dejar muy limpio el empapelado; está en las últimas, como quien dice. Pero sí podríamos sacar el resto. ¿Tienes trapos?

--Bajo el fregadero de la cocina -dijo Beverly-. Pero si los usamos, mi madre va a preguntar por ellos.

--Tengo cincuenta centavos -dijo Stan. Sus ojos no se apartaban de la sangre que había salpicado el suelo, alrededor del lavabo-. Limpiaremos lo mejor posible y llevaremos los trapos a la lavandería automática por la que pasamos al venir. Los lavaremos y secaremos; estarán otra vez bajo el fregadero antes de que tus padres vuelvan.

--Dice mi madre que la sangre no se desprende de la tela - objetó Eddie . . Parece que se fija o algo así.

Ben soltó una risita histérica.

--No importa que salga o no -dijo-: Ellos no la ven.

Nadie necesitó preguntar a quiénes se refería.

--De acuerdo -aceptó Beverly-. Probemos.

8.

Durante la media hora siguiente, los cuatro limpiaron como duendes sombríos. A medida que la sangre desaparecía de las paredes, el espejo y la porcelana del lavabo, Beverly sentía que su corazón se sosegaba más y más. Ben y Eddie se encargaron del lavabo y el espejo, mientras ella fregaba el suelo. Stan trabajaba en el empapelado con estudiada minuciosidad utilizando un trapo casi seco. Al final sacaron la sangre casi por completo, Ben terminó desenroscando la bombilla y reemplazándola con una cogida de la despensa. Las tenía en abundancia: Elfrida Marsh había comprado una provisión para dos años en la feria anual de Derry.

Usaron un balde, un líquido limpiador y abundante agua caliente. Cambiaban el agua con frecuencia porque a ninguno le gustaba meter las manos allí una vez que el agua se ponía rosa.

Por fin Stanley retrocedió, contemplando el baño con el aire crítico del chico en quien la pulcritud y el orden no son, simplemente, algo inculcado, sino innato y dijo:

--Creo que no se puede hacer más.

Aún quedaban leves rastros de sangre en una parte del empapelado, donde el papel estaba tan desgastado que Stanley no se había atrevido sino a tocarlo con suavidad Sin embargo, aun allí la sangre había perdido su anterior fuerza ominosa; era poco más que una mancha en tono pastel, sin significado.

--Gracias -dijo Beverly a todos. No recordaba haber dicho nunca esa palabra con tanta sinceridad-. Gracias a los tres.

--De nada -murmuró Ben. Por supuesto, se había ruborizado otra vez.

--No tiene importancia -repuso Eddie.

--Vamos a ocuparnos de estos trapos -apuntó Stanley.

Su rostro era decidido, casi severo. Más adelante, Beverly pensaría que tal vez sólo Stanley comprendió que acababan de dar otro paso hacia una confrontación inconcebible.

9.

Llenaron una taza de jabón en polvo y la vertieron en un frasco de mayonesa vacío. Bev buscó una bolsa de papel para poner los trapos ensangrentados y los cuatro bajaron a la lavandería automática, en la esquina de Main y Cony Street. Dos manzanas más allá se veía el canal centelleando en el sol de la tarde.

En la lavandería sólo había una mujer con uniforme de enfermera que esperaba junto a una secadora. Miró con desconfianza a los cuatro niños, pero enseguida volvió a su edición de bolsillo de La caldera del diablo.

--Agua fría -dijo Ben, en voz baja-. Dice mi madre que la sangre se lava con agua fría.

Metieron los trapos en la lavadora mientras Stan cambiaba sus dos monedas de veinticinco. Volvió y se quedó observando a Bev que echaba el jabón en polvo sobre los trapos y cerraba la puerta del aparato. Luego puso dos monedas de diez en la ranura y lo puso en funcionamiento.

Beverly había colaborado con casi todas sus monedas ganadas en el juego para comprar los batidos, pero aún encontró cuatro más en el fondo del bolsillo izquierdo. Las sacó para ofrecérselas a Stan, que puso cara de ofendido.

--Jo, invito a una chica a la lavandería y quiere pagar su parte.

Beverly rió.

--¿Estás seguro de que no quieres?

--Seguro -afirmó Stan-. La verdad, Beverly, me duele gastar esos cuarenta centavos, pero estoy seguro.

Los cuatro fueron a la hilera de sillas de plástico y allí se sentaron, sin hablar. La lavadora chapoteaba con los trapos en el interior. Abanicos de burbujas resbalaban contra el grueso vidrio del ojo de buey. Al principio, las burbujas eran rojizas y Bev se sintió algo descompuesta al verlas, pero descubrió que le costaba apartar la vista. La espuma sanguinolenta poseía una horrible fascinación. La enfermera los miraba cada vez con más frecuencia por encima del libro. Tal vez

había temido que se mostraran demasiado bulliciosos, pero de pronto su silencio la ponía nerviosa. Cuando la secadora acabó, sacó sus prendas, las dobló, las puso en una bolsa de plástico y se fue, dedicándoles una última mirada de desconcierto.

En cuanto se hubo marchado, Ben dijo, con aspereza:

--No eres la única.

--¿Qué? -inquirió Beverly.

--Que no eres la única -repitió Ben-. Mira...

Se interrumpió para mirar a Eddie, que hizo un gesto de asentimiento. Miró también a Stan y el chico puso cara de desdicha, pero acabó por encogerse de hombros y asintió también.

--¿De qué me estáis hablando? -preguntó Beverly. Estaba cansada de que todo el mundo le dijera cosas inexplicables ese día; apretó con fuerza el brazo de Ben-. Si sabéis algo de esto, decídmelo.

--¿Quieres contarle tú? -preguntó Ben a Eddie.

Kaspbrak sacudió la cabeza. Sacó el inhalador del bolsillo y lo utilizó.

Ben, hablando con lentitud y eligiendo sus palabras, contó a Beverly cómo había conocido a Bill Denbrough y a Eddie Kaspbrak en Los Barrens, al terminar las clases, hacía casi una semana, por mucho que costara creerlo. Le habló del dique que había construido allí, al día siguiente y repitió la historia de Bill sobre la fotografía de su hermano muerto que había vuelto la cabeza para guiñarle un ojo. Contó su propia aventura con la momia que caminaba sobre el hielo del canal, en pleno invierno, con globos que flotaban contra el viento. Beverly lo escuchaba todo con creciente horror, sintiendo que se le agrandaban los ojos, que sus manos y sus pies se enfriaban.

Ben quedó en silencio, mirando a Eddie. Eddie, después de aplicarse otra sibilante bocanada de su inhalador, narró nuevamente la historia del leproso, hablando con tanta celeridad como Ben lo había hecho con lentitud; sus palabras tropezaban entre sí en su urgencia por acabar de una vez. Terminó con un pequeño sollozo, pero esa vez no lloró.

--¿Y tú? -preguntó ella, mirando a Stan Uris.

--Yo...

Hubo un súbito silencio que los sobresaltó a todos, tal como había podido hacerlo una súbita explosión.

--Los trapos están lavados -dijo Stan.

Lo vieron levantarse y abrir el lavarropas. Sacó los estropajos que estaban apelotonados en un manojo y los examinó.

--Queda una manchita -dijo-, pero no se nota demasiado. Podría pasar por zumo de uva.

Todos asintieron gravemente, como ante documentos importantes. Beverly sintió un alivio similar al que había experimentado al ver el baño otra vez limpio. Así como podría soportar la mancha desteñida en el raído empapelado, también podría soportar la leve mancha rojiza en los trapos de su madre. Había hecho algo para solucionarlo y eso parecía lo más importante. Aunque no hubiera resultado del todo, bastaba para confortarle el corazón. Y eso era suficiente para la hija de Al Marsh.

Stan los arrojó a una secadora y puso otros diez centavos. La máquina empezó a girar mientras Stan volvía a su asiento entre Eddie y Ben.

Por un momento, los cuatro guardaron silencio, observando girar y caer los trapos en la máquina. El zumbido de la secadora era tranquilizante, casi soporífero. Una mujer pasó junto a la puerta con un carrito lleno de provisiones; les echó un vistazo y siguió caminando.

--Sí, vi algo -dijo Stan súbitamente-. No quería hablar de eso porque prefería pensar que era un sueño o algo así. Tal vez un ataque, como los que tiene ese chico Stavier. ¿Alguno de ustedes lo conoce?

Ben y Bev sacudieron la cabeza. Eddie dijo:

--¿Ese que tiene epilepsia?

--Ese, sí. Ya podéis imaginaros si fue grave. Yo habría preferido pensar que era algo así y no que había visto algo... real, de verdad.

--¿Qué fue? -preguntó Bev.

Pero no estaba segura de querer saberlo. Aquello no era como escuchar relatos de fantasmas junto a la hoguera de un campamento mientras uno comía salchichas y carne asadas. Allí, en esa lavandería automática de ambiente sofocante, se veían grandes rollos de pelusa bajo las máquinas de lavar (cagarrutas de fantasma, los llamaba su padre), motas de polvo bailando en los cálidos rayos de sol que entraban por la sucia ventana, y revistas viejas con las cubiertas rotas. Eran todas cosas normales. Bonitas, normales y aburridas. Pero tenía miedo. Tenía muchísimo miedo. Porque sentía que esos relatos no eran invenciones, que esos monstruos no eran inventados: la momia de Ben, el leproso de Eddie... Cualquiera de ellos o ambos podían salir por la noche, tras la puesta del sol. O el hermano de Bill Denbrough, manco e implacable, navegando por las negras cloacas de la ciudad con monedas de plata en vez de ojos.

Sin embargo, como Stan no respondía inmediatamente, insistió:

--¿Qué fue? Stan comenzó con cuidado:

--Estaba en ese pequeño parque, donde está la torre depósito...

--Oh, Dios, no me gusta ese lugar -dijo Eddie lúgubremente-. Si hay en Derry un lugar maldito, es ése.

--¿Qué? -exclamó Stan, ásperamente-. ¿Qué dijiste?

--¿No sabes lo que pasaba allí? -se extrañó Eddie-. Mi madre no me dejaba acercar aun antes de que empezaran los asesinatos de chicos. Ella... me cuida mucho. -Les ofreció una sonrisa intranquila y apretó el inhalador que tenía en el regazo-. Es que allí se ahogaron algunos chicos. Tres o cuatro. Se... ¿Stan? Stan, ¿te sientes bien?

La cara de Stan Uris estaba gris. Su boca se movía sin sonidos. Sus ojos se quedaron en blanco. Una mano trató débilmente de asir el aire y luego cayó contra el muslo.

Eddie hizo lo único que se le ocurrió: se inclinó hacia él, rodeó con su brazo los hombros caídos de Stan y le puso el inhalador en la boca disparando un buen chorro.

Stan comenzó a toser y a hacer arcadas. Se irguió, con los ojos otra vez enfocados y tosió contra el hueco de las manos. Por fin, aspiró profundamente y volvió a reclinarse contra la silla.

--¿Qué me has dado? -preguntó.
--Es mi remedio contra el asma -se disculpó Eddie.
--Por Dios, sabe a cagarro de perro muerto.
Todos rieron, pero fue una risa nerviosa. Todos miraban a Stan, inquietos. Ahora volvía un poco de color a sus mejillas.
--Es bastante malo, sí -reconoció Eddi con cierto orgullo.
--Sí, pero ¿es kosher? -preguntó Stan.
Todos volvieron a reír, aunque ninguno de ellos sabía exactamente qué significaba kosher.
Stan fue el primero en dejar de reír y miró a Eddie con intensidad.
--Cuéntame todo lo que sepas de la torre depósito -dijo. Eddie comenzó, pero también Ben y Beverly contribuyeron con algunos datos.
La torre depósito de Derry estaba situada en Kansas Street, a unos dos kilómetros y medio del centro por el lado oeste, cerca de Los Barrens. En cierta época, hacia fines del siglo pasado, había suministrado toda el agua consumida por Derry, ya que contenía cuatro millones y medio de litros. Gracias a una galería circular al aire libre, situada justo bajo el tejado, ofrecía una vista espectacular de la ciudad y la campiña circundante, por lo que había sido un sitio concurrido hasta 1930. Muchas familias iban al pequeño parque en sábado o en domingo, cuando hacía buen tiempo; subían los ciento sesenta peldaños de la escalera interior, hasta la galería, y disfrutaban del panorama. Con frecuencia llevaban también el almuerzo para hacer un picnic.
Las escaleras discurrían entre la parte exterior de la torre, de tablas delgadas, pintadas de blanco deslumbrante, y su depósito interior, un gran cilindro de acero inoxidable que se elevaba a treinta y un metros con ochenta centímetros. Esas escaleras subían hasta la cima en una estrecha espiral.
Justo por debajo de la galería, una gruesa puerta de madera, abierta sobre la parte interior de la torre depósito, daba a una plataforma sobre el agua, un pequeño lago de montaña, negro, suavemente chapoteante, iluminado por bombillas de magnesio atornilladas a pantallas de lata. El agua tenía exactamente treinta metros de profundidad cuando el cilindro estaba lleno.
--¿De dónde venía el agua? -preguntó Ben.
Bev, Eddie y Stan se miraron mutuamente. Ninguno lo sabía.
--Bueno, ¿y qué pasó con esos chicos que se ahogaron?
Sobre eso había escasa información. Al parecer, en aquellos días ("tiempos de antes", los llamó Ben, solemne, al participar en el relato), la puerta que daba a la plataforma sobre el agua quedaba siempre sin llave. Una noche, dos niños (o tal vez fuera uno solo, o quizá tres) habían encontrado también franca la puerta de abajo. Subieron como desafío, pero salieron, por error, no a la galería sino a la plataforma. En la oscuridad, cayeron desde el borde sin saber dónde estaban.
--A mí me lo contó Vic Crumly, que dijo saberlo por su padre -comentó Beverly-, así que puede ser cierto. El padre de Vic dijo que, una vez en el agua no tenían salvación, porque no había de dónde sujetarse. La plataforma quedaba fuera de su alcance. Dijo que debieron de nadar en círculos, pidiendo ayuda, probablemente toda la noche. Y como nadie los oyó, se extenuaron hasta que...
Dejó morir la voz, sintiendo que el horror penetraba en ella. Con los ojos de la mente veía a aquellos chicos patalear como cachorrillos empapados. Se

sumergían y volvían a salir, escupiendo. manoteaban más y nadaban menos, según el pánico se iba imponiendo. Los dedos arañaban inútilmente las paredes de acero pulido, buscando asidero. Oyó los ecos inexpresivos de sus gritos. ¿Por cuánto tiempo? ¿Quince minutos, media hora? ¿Por cuánto tiempo hasta que los gritos cesaron y ellos quedaron flotando, simplemente, boca abajo, como extraños peces que el encargado encontraría a la mañana siguiente?

--Dios mío -dijo Stan.

--Oí decir que una mujer perdió también a su bebé -agregó Eddie, súbitamente-. Fue entonces cuando cerraron la torre para siempre. Al menos eso me dijeron. Sé que antes la gente podía subir. Pero una vez subió esa señora con su bebé, la plataforma sale directamente al agua. Y la señora fue hasta la barandilla con el bebé en brazos. No se sabe si lo dejó caer o si se le escapó. Me contaron que un hombre quiso salvarlo, haciéndose el héroe. Se zambulló, pero el bebé ya no estaba. A lo mejor tenía un abrigo o algo así. Cuando la ropa se moja, tira hacia abajo.

Eddie metió la mano en el bolsillo para sacar un fresquito pardo. Lo abrió, extrajo dos píldoras blancas y se las tragó.

--¿Qué es eso? -preguntó Beverly.

--Aspirinas. Me duele la cabeza.

La miró a la defensiva, pero Beverly no dijo nada más.

Ben terminó el relato. Después del incidente del bebé (él, por su parte, había oído que se trataba de una niña de tres años), el Concejo Municipal había resuelto cerrar la torre-depósito, tanto abajo como arriba, y prohibir las excursiones a la galería. Desde entonces permanecía clausurada. El encargado iba y venía; de vez en cuando la visitaban los empleados de mantenimiento y, una vez por temporada, se organizaban visitas con guía. Los ciudadanos interesados podían seguir a una señora de la Sociedad Histórica por la escalera de caracol hasta la galería de la cima, donde podían admirar el panorama y sacar fotografías para mostrar a los amigos. Pero la puerta de la plataforma estaba siempre con candado.

--¿Todavía está llena de agua? -preguntó Stan.

--Creo que sí -dijo Ben-. He visto que las autobombas cargan allí durante la temporada de incendios. Conectan una manguera a la tubería del fondo.

Stanley estaba mirando otra vez la secadora, donde los trapos giraban y giraban. El manojo se había separado; algunos trapos flotaban como paracaídas.

--¿Qué viste allí? -preguntó Bev.

Por un momento él no pareció dispuesto a responder. Luego aspiró profundamente, estremecido, y dijo ; algo que en principio les pareció muy alejado del tema.

--Le pusieron Memorial Park por el 23 regimiento de Maine, en la guerra civil. Los llamaban los Azules de Derry. Antes había una estatua, pero se vino abajo por una tormenta, en los años cuarenta. Como no había dinero para reparar la estatua, la reemplazaron por el baño para pájaros. Un gran baño para pájaros.

Todos lo estaban mirando. Stan tragó saliva. Su garganta emitió un chasquido audible.

--Yo soy observador de aves, ¿sabéis? Tengo un álbum, un par de binoculares y todo. -Miró a Eddie-. ¿Te queda alguna aspirina?

Eddie le entregó el frasquito. Stan tomó dos y tras una breve vacilación sacó otra. Devolvió el frasquito y tragó las aspirinas una tras otra, haciendo muecas. Luego prosiguió con su historia.

10.

El encuentro de Stan se había producido en una lluviosa tarde de principios de primavera, dos meses antes. Con el impermeable puesto, el libro de aves y los binoculares guardados en una bolsa, cerrada por un cordel, se había puesto en marcha hacia el Memorial Park. Él y su padre solían ir juntos, pero esa noche: su padre tenía que trabajar y a la hora de la cena había llamado especialmente para hablar con Stan.

Un cliente de la agencia, también observador de aves, había distinguido un ejemplar que parecía un cardenal macho, Fingillidue richmondena, bebiendo en el baño de pájaros del Memorial Park. A esas aves les gustaba comer, beber y bañarse hacia el crepúsculo. Era muy raro encontrar un cardenal tan al norte de Massachusetts. ¿Iría Stan a ver si podía divisarlo? El tiempo no acompañaba, pero...

Stan dijo que sí. Su madre le hizo prometer que no se bajaría la capucha del impermeable, pero Stan no necesitaba que se lo mencionaran; era muy precavido. Nunca había problemas para hacerle usar las botas de goma o los pantalones para la nieve.

Caminó los dos kilómetros y medio hasta el Memorial Park bajo una llovizna tan fina y vacilante que parecía una niebla. El aire estaba opaco, pero excitante. A pesar de los últimos montones de nieve que desaparecían bajo la hierba y los bosquecillos (Stan los vio como montones de fundas sucias) había olor a brotes nuevos. Mientras miraba las ramas de olmos, arces y robles bajo el cielo de plomo, Stan pensó que sus siluetas lucían misteriosamente engrosadas. Estallarían en una o dos semanas desplegando hojas de un verde delicado, casi transparente.

"Esta tarde el aire huele a verde", pensó, sonriendo.

Caminaba deprisa, porque sólo quedaba una hora de luz. Era tan meticuloso con respecto a sus avistamientos como en cuanto a su vestimenta y hábitos de estudio; si no disponía de luz suficiente para estar del todo seguro, no anotaría al cardenal, aunque en el fondo supiera que lo había visto.

Cruzó el Memorial Park en diagonal. La torre depósito era una gran silueta blanca a la izquierda, pero Stan apenas le echó una mirada. No tenía el menor interés en ella.

Memorial Park era un rectángulo que se inclinaba colina abajo. El césped, blanco y muerto a esa altura del año, se mantenía bien cortado durante el verano y con canteros circulares llenos de flores. Pero no había juegos infantiles. Se le consideraba plaza para adultos.

En el otro extremo, la pendiente se suavizaba antes de caer abruptamente hasta Kansas Street y Los Barrens. En ese sector nivelado estaba el baño de pájaros que su padre le había mencionado. Se trataba de un cuenco de piedra de poca profundidad, fijado a un pedestal de mampostería demasiado grande para las

nimias funciones que cumplía. Según el padre de Stan, antes de que se acabara el dinero pensaban volver a instalar allí la estatua del soldado.
--Prefiero el baño para pájaros, papá -había dicho Stan.
El señor Uris le revolvió el pelo.
--También yo, hijo. Más baños para pájaros y menos balas; ese es mi lema.
En la parte alta de ese pedestal había una frase tallada en la piedra. Stanley no le encontró sentido; las únicas palabras latinas que entendía eran las clasificaciones de géneros de su libro sobre aves. "Apparebat eidolon senex. Plinio", rezaba la inscripción.
Stan se sentó en un banco, sacó su álbum de aves y volvió las páginas hasta encontrar, una vez más, la fotografía de esa variedad de cardenales; la repasó hasta familiarizarse con los detalles. era difícil confundir al macho con otro pájaro, pues era rojo como un coche de bomberos. Pero Stan era un chico meticuloso; esas cosas fortalecían su sensación de pertenecer al mundo. Por eso estudió la fotografía durante largos tres minutos antes de cerrar el libro (la humedad del aire estaba enroscando las esquinas de las hojas) y ponerlo otra vez en la bolsa. Sacó los binoculares del estuche y se los llevó a los ojos. No había necesidad de ajustarlos, ya que la anterior ocasión los había usado en ese mismo sitio.
No se movió. No se levantó para pasearse ni dirigió los binoculares de un lado al otro para descubrir otras cosas. Permaneció quieto, con los binoculares enfocando el baño de pájaros mientras la llovizna caía sobre su impermeable amarillo.
No se aburría. Miraba hacia abajo, hacia aquel equivalente de una convención avícola. Cuatro gorriones pardos estuvieron allí un rato hundiendo el pico en el agua y arrojándose gotas sobre sus lomos. Después vino un azulejo, como un policía que disolviera un grupo de alborotadores. En las lentes de Stan el azulejo era tan grande como una casa y sus gorjeos amenazadores sonaban absurdamente débiles en comparación. Los gorriones se alejaron. El azulejo, ya en dominio de todo, se pavoneó en el sitio, bañándose;acabó por aburrirse y alzó el vuelo. Volvieron los gorriones, pero se alejaron otra vez al llegar un par de petirrojos para bañarse y (tal vez) discutir asuntos importantes.
El padre de Stan se había reído ante la vacilante sugerencia de Stan de que, tal vez, los pájaros hablaban. Seguramente el padre tema razón al decir que los pájaros no poseían inteligencia suficiente para hablar, que sus cerebros eran demasiado pequeños. Pero, por Dios, parecían estar conversando.
Se les unió un pájaro nuevo. Era rojo. Stan se apresuró a ajustar los binoculares. ¿Era...? No. Era una tanagra escarlata; buen pájaro, pero no el cardenal que él estaba buscando. Se le unió un carpintero que visitaba con frecuencia el Memorial Park. Stan lo reconoció por el ala derecha desgarrada. Como siempre, se preguntó qué podía haberle pasado; una escapada por un pelo de las garras de un gato parecía la explicación más probable. Iban y venían otros pájaros. Stan vio un grajo, torpe y feo, un mirlo, otro carpintero. Por fin, como recompensa, detectó a un pájaro nuevo. No era el cardenal sino un molobro, que parecía vasto y estúpido en la lente de los binoculares. Dejó caer los binoculares contra el pecho y volvió a sacar el álbum rogando que el molobro no alzara vuelo antes de que él pudiera confirmar el avistamiento. Al menos tendría algo que llevar a su padre. Y ya era hora de irse. La luz se estaba apagando rápidamente. Sentía frío y estaba mojado. verificó los datos en el libro y volvió a mirar por los binoculares. Aún estaba allí; no

se bañaba; no hacía más que mirar con cara de tonto. Era un molobro, casi con toda seguridad. Sin señales distintivas (al menos, ninguna que se pudiera individualizar a esa distancia) y con tan poca luz resultaba difícil confirmarlo. Pero tal vez le quedaran tiempo y luz para otra comprobación. Miró la ilustración del libro, estudiándola con concentración, y volvió a tomar los binoculares. Apenas los había fijado en el baño de pájaros cuando un sonoro bum hizo que el probable molobro agitara las alas. Stan trató de seguirlo con los binoculares, pero lo perdió. Emitió un siseo de disgusto.Bueno, si había venido una vez, tal vez volvería. Y después de todo, sólo era un molobro

(probablemente un molobro)

no un águila dorada o un pingüino emperador.

Stan guardó los binoculares en el estuche y apartó su álbum. Después se levantó y miró en derredor tratando de individualizar la causa de un brusco ruido. No había sonado como un disparo ni como un caño de escape. Antes bien, como una puerta abierta de golpe en una película de terror, llena de castillos, mazmorras y efectos sonoros.

No vio nada.

Se levantó y echó a andar hacia la cuesta, rumbo a Kansas Street. En ese momento la torre depósito quedaba a su derecha. Era un cilindro blanco, fantasmal entre la llovizna y la penumbra. Parecía flotar.

¿Flotar? Qué pensamiento extraño. Seguramente había venido de su propia cabeza (¿de qué otra parte podía venir un pensamiento?) pero no le parecía suyo, en absoluto.

Miró la torre depósito con atención y luego se encaminó hacia allí. El edificio estaba circundado por ventanas que lo envolvían en una espiral. Stan pensó en el cartel de peluquería que tenía el señor Aurlette en su fachada. Las tablas blancas sobresalían sobre cada una de esas ventanas oscuras como si fueran cejas sobre un ojo. "¿Cómo habrán hecho eso?", se preguntó Stan, con menos interés del que habría sentido Ben Hanscom. Y fue entonces cuando vio que, al pie de la torre, había un amplio rectángulo oscuro.

Se detuvo y pensó que era un lugar muy extraño para poner una ventana, tan asimétrica con respecto a las otras. Por fin se dio cuenta de que no era una ventana, sino una puerta.

"El ruido que oí -pensó-. Fue esa puerta al abrirse de golpe."

Miró alrededor. Un crepúsculo temprano, sombrío. El cielo blanco se disolvía en un púrpura opaco; la niebla se espesaba un poco más tomando el aspecto de la lluvia franca que caería durante toda la noche. Crepúsculo y neblina, pero viento no.

Pero... si no se había abierto por el viento, ¿la habría abierto alguien de un empujón? ¿Por qué? Parecía demasiado pesada para que alguien pudiera empujarla haciendo semejante estruendo. Tal vez una persona muy corpulenta...

Stan, curioso, se acercó a investigar.

La puerta era más grande de lo que él había supuesto: un metro ochenta de alto, sesenta centímetros de espesor; las tablas que la componían estaban sujetas por bandas de bronce. Stan la empujó hasta cerrarla a medias. Giraba suavemente sobre sus goznes, a pesar del tamaño, y sin hacer el menor ruido.

"Bueno, entonces no fue la puerta lo que oíste -pensó-. Tal vez un avión de propulsión. Probablemente la puerta estaba abierta desde un prin..."

Su pie golpeó algo. Stan bajó la vista y vio que era un candado. Mejor dicho: los restos de un candado. Alguien lo había reventado. De su cuerpo asomaban flores de metal, mortíferamente afiladas.

Stan, con el entrecejo fruncido, volvió a abrir la puerta y miró dentro.

Una escalera estrecha llevaba hacia arriba describiendo una espiral. La barandilla de la escalera era de madera y se apoyaba en gigantescas vigas que parecían unidas por cuñas y no por clavos.

Algunas de esas cuñas parecían más gruesas que el brazo de Stan.

--¿Hay alguien aquí? -preguntó Stan.

No hubo respuesta.

Tras una breve vacilación avanzó un paso para ver mejor la angosta garganta de la escalera. Nada. Richie habría dicho que aquello era ciudad Escalofrío. Se volvió para salir... y entonces oyó música.

Era débil, pero la reconoció: música de organillo.

Inclinó la cabeza para escuchar; la arruga de su frente comenzó a borrarse. Música de organillo, claro, la música de los carnavales y las ferias. Conjuraba recuerdos tan deliciosos como efímeros: palomitas de maíz, algodón de azúcar, buñuelos fritos, repiquetear de cadenas en atracciones como el Gusano Loco, el Látigo y las Tazas.

El ceño cedió paso a una sonrisa dubitativa. Stan subió un paso, luego otro, con la cabeza inclinada. Hizo una pausa. Como si pensando en las ferias se pudiera crear una, hasta podía oler el maíz tostado, el algodón de azúcar, los buñuelos... ¡y más aún!: pimientos, salchichas, humo de cigarrillos, aserrín. Y también el olor del vinagre blanco, de ese que se echa a las patatas fritas. Se olía a mostaza, amarilla y muy caliente, como la que se pone a las salchichas con una cuchara de madera.

Aquello era asombroso... increíble... irresistible.

Subió otro peldaño. Fue entonces cuando oyó pasos ansiosos y susurrantes que descendían. Inclinó la cabeza otra vez. La música de feria había cobrado volumen, como para disimular los pasos. Llegó a reconocer la melodía: era Camptown Races.

Pasos, sí, pero no exactamente pasos susurrantes. En realidad sonaban... acuosos. Como si alguien caminara con botas de goma llenas de agua.

Camptown ladies sing dis song, doodah doodah

(Cuish-cuish)

Camptown Racetrack nine miles Long, doodah doodah

Scnish-losh...

Vio sombras bamboleándose en la pared, sobre él. El terror atenazó la garganta de Stan. Era como tragarse algo caliente y horrible, un repulsivo medicamento que lo galvanizaba a uno como la electricidad. Las sombras lo provocaron.

Los vio sólo por un momento. Tuvo apenas ese breve tiempo para observar que eran dos, que iban encorvados y con aspecto antinatural. Tuvo sólo ese momento porque la luz se estaba yendo rápidamente. Y en el momento en que giraba, la pesada puerta de la torre se cerró a su espalda.

Stanley corrió escaleras abajo (había subido más de doce escalones, aunque sólo recordaba dos o tres), asustado. Había demasiada oscuridad y no se veía nada. Oyó su propia respiración, oyó la música de feria que seguía sonando, allá arriba.

"¿Qué hace un organillo aquí, en la oscuridad? ¿Quién lo toca?"

Y oyó pasos mojados. Se acercaban. Se estaban acercando.

Golpeó la puerta con las manos. Lo hizo con tanta fuerza que hasta sus codos despidieron chispas de dolor. Antes se había abierto con tanta facilidad... y ahora no se movía.

No... eso no era cierto. Al principio se abrió apenas lo suficiente para permitirle ver una burlona franja de luz gris que corría verticalmente por el lado izquierdo. Después desapareció. Como si alguien estuviera al otro lado, sosteniendo la puerta cerrada.

Jadeante, aterrorizado, Stan empujó la puerta con todas sus fuerzas. Sintió que las bandas de bronce se le clavaban en las manos. Nada.

Apoyó la espalda con las manos abiertas contra la puerta. El sudor, oleoso y caliente, le corría desde las raíces del pelo. La música de organillo se había vuelto más audible. Despertaba ecos en la escalera de caracol. Pero ya no tenía nada de alegre. Se había convertido en una endecha fúnebre. Aullaba como viento y agua. Con los ojos de la mente, Stan vio una feria rural de fin de otoño, viento y lluvia batiendo un camino desierto, estandartes flameando, carpas henchidas cayéndose, alzando vuelo como murciélagos de lona. Vio juegos desiertos erguidos contra el cielo, como patíbulos. El viento tamborileaba en los extraños ángulos de sus soportes. De pronto comprendió que la muerte estaba allí, que la muerte iba por él y que huir era imposible.

Por la escalera cayó un súbito torrente de agua. Ya no se olía a maíz tostado, ni a buñuelos, ni a algodón de azúcar, sino a podredumbre mojada. Era el hedor de un cerdo muerto que ha estallado en una furia de gusanos en un sitio apartado del sol.

--¿Quién está allí? -aulló.

Le respondió una voz grave, burbujeante, que parecía ahogada de barro y agua vieja.

--Los muertos, Stanley. Somos los muertos. Nos hundimos, pero ahora flotamos... y tú también flotarás.

Sintió que el agua le mojaba los pies y se apretó contra la puerta, horrorizado. Ya estaban muy cerca. Se sentía su proximidad. Se les podía oler. Algo se le clavó en la cadera al golpear la puerta, una y otra vez, en un enloquecido esfuerzo por escapar.

--Estamos muertos, pero a veces fanfarroneamos un poco por ahí, Stanley. A veces...

Era su libro de pájaros.

Sin pensarlo, Stan lo cogió. Tenía la bolsa en el bolsillo del impermeable y no podía sacarla. Uno de ellos había llegado abajo. Se oían sus pasos arrastrados en el pequeño vestíbulo de la entrada. En un momento estiraría la mano haciéndole sentir su carne fría.

Dio un tirón terrible y sacó el álbum. Lo sostuvo ante sí como si fuera un endeble escudo sin pensar en lo que hacía, pero seguro de que era lo correcto.

--¡Petirrojos! -vociferó en la oscuridad.
Y por un momento, la cosa que se aproximaba (estaba a menos de cinco pasos) vaciló. Y por un momento Stan sintió que la puerta cedía.
Pero ya no estaba acurrucado contra ella. Se irguió en toda su estatura, en la oscuridad. Se humedeció los labios y comenzó a entonar:
--¡Petirrojos! ¡Grullas!¡Alondras! ¡Tanagras escarlatas! ¡Grajos! ¡Carpinteros! ¡Paros! ¡Ruiseñores! ¡Pelí...!
La puerta se abrió con un chirrido de protesta y Stan dio un paso hacia atrás, hacia el aire neblinoso. Cayo de espaldas en la hierba seca. Había doblado el álbum casi por la mitad; más tarde, aquella misma noche, descubriría las nítidas huellas de sus dedos, hundidos en la cubierta, como si estuviera encuadernado con algún material esponjoso y no en cartón duro.
No trató de levantarse sino que clavó los talones en el suelo arrastrando el trasero por el césped resbaladizo. Tenía los labios apretados. Dentro de ese rectángulo oscuro veía ano dos pares de piernas por debajo de la sombra diagonal arrojada por la puerta, ahora entornada. Veía vaqueros que, al pudrirse, habían tomado un color negro purpúreo. Hilos color naranja se adherían a las costuras y el agua chorreaba desde los bajos doblados, encharcando los zapatos, casi completamente podridos, que dejaban al descubierto dedos purpúreos e hinchados.
Las manos pendían a los costados, laxas, demasiado largas y cerúleas. De cada dedo colgaba, balanceándose, un pequeño pompón naranja.
Stan, sosteniendo su álbum doblado como un escudo, con la cara mojada por la llovizna, el sudor y las lágrimas, susurraba en un ronco sonsonete:
--Gorriones... papagayos... picaflores... albatros... kiwis...
Una de aquellas manos se movió mostrando una palma de la que el agua interminable había borrado todas las líneas, dejando algo tan idiotamente suave como la mano de un maniquí.
Un dedo se desenroscó... y volvió a enroscarse. El pompón se balanceaba, saltando.
Lo llamaba por señas.
Stan Uris, que moriría en una bañera veintisiete años después, con los antebrazos abiertos en canal, se irguió sobre las rodillas; después, sobre los pies; por fin echó a correr. Cruzó corriendo Kansas Street sin mirar a los lados y se detuvo en la otra acera, jadeando, para echar un vistazo atrás.
Desde allí no veía la puerta de la torre depósito. Sólo la torre, gruesa pero grácil, erguido en la oscuridad.
--Estaban muertos -susurró Stan, espantado.
Se volvió bruscamente y echó a correr hacia su casa.

11.

La secadora se había detenido. También Stan.
Los otros tres se limitaron a mirarlo por un largo momento. Su piel estaba casi tan gris como el anochecer de abril que acababa de narrarles.
--Jolín -dijo Ben, por fin.

--Es cierto -dijo Stan en voz baja-. Lo juro por Dios.
--Yo te creo -aseguró Beverly-. Después de lo que pasó en casa, podría creer cualquier cosa.
Se levantó súbitamente, casi haciendo caer la silla, y fue a la secadora. Empezó a sacar los trapos uno a uno para plegarlos. Estaba de espaldas al grupo, pero Ben supo que lloraba. Habría querido acercarse, pero le faltó valor.
--Tenemos que hablar con Bill sobre esto -dijo Eddie-. Bill sabrá qué hacer.
--¿Hacer? -repitió Stan, volviéndose a mirarlo-. ¿Qué cabe hacer?
Eddie lo miró.
--Bueno...
--Yo no quiero hacer nada -siguió Stan. Lo miraba con tanta dureza que Eddie se removió en la silla-. Quiero olvidarme de todo. Eso es todo lo que quiero hacer.
--No es tan fácil -observó Beverly serenamente, volviéndose. Bev había acertado: el sol que entraba en diagonal por las ventanas sucias se reflejó en líneas brillantes en sus mejillas-. No se trata sólo de nosotros. Oí hablar a Ronnie Grogan. Y el niño que habló primero... tal vez era ese pequeño de los Clements, el que desapareció de su triciclo.
--¿Y qué? -la desafió Stan.
--¿Y si sigue matando? -preguntó ella-. ¿Y si se lleva a otros chicos?
Los ojos del niño se cruzaron con los de ella, azules, respondiendo a la pregunta sin hablar: "¿Y a mí qué me importa?"
Pero Beverly no apartó la vista. Al fin fue Stan quien se vio obligado a hacerlo... tal vez porque ella todavía lloraba, pero tal vez porque ella, en su preocupación por los demás, se volvía más fuerte.
--Eddie tiene razón -dijo Bev-. Tendríamos que hablar con Bill. Después, quizá con el comisario...
--Muy bien -dijo Stan. Si trataba de mostrarse despectivo, no lo consiguió. Su voz sonaba sólo a cansancio-. Niños muertos en la torre depósito. Sangre que sólo los niños pueden ver y los adultos no. Payasos que merodean por el canal. Globos que flotan contra el viento. Momias. Leprosos bajo los porches. El comisario Borton se desternillaría de risa... y después nos mandaría al manicomio.
--Si fuéramos todos -propuso Ben-. Si fuéramos juntos...
--Seguro -exclamó Stan-. Claro. ¿Por qué no escribes una novela? -Se dirigió a la ventana con las manos en los bolsillos, furioso, inquieto y asustado. Miró fuera y sin mirarles, repitió- : ¿Por qué no escribes una jodida novela?
--No -dijo Ben serenamente-. Será Bill quien escriba las novelas.
Stan se volvió, sorprendido y los otros lo miraron. Ben Hanscom tenía una expresión horrorizada, como si inesperadamente se.hubiera dado una bofetada.
Bev plegó los últimos trapos.
--Pájaros -dijo Eddie.
--¿Qué? -preguntaron Bev y Ben al unísono.
Eddie miraba a Stan.
--¿Escapaste gritando nombres de pájaros?
--Puede ser -reconoció Stan-. O tal vez la puerta estaba sólo atascada y de pronto se soltó.
--¿Sin que tú la forzaras? -señaló Bev.
Stan se encogió de hombros.

--Creo que fueron los nombres de pájaros que gritaste - insistió Eddie-. Pero ¿por qué? En las películas uno les muestra una cruz...
--O reza un Padrenuestro... -agregó Ben.
--... o el salmo veintitrés -concluyó Beverly.
--Conozco el salmo veintitrés -respondió Stan-, pero lo del crucifijo no me saldría tan bien. Recordad que soy judío.
--Pájaros -repitió Eddie-. ¡Madre de Dios!
Dirigió a Stan otra mirada culpable, pero su amigo miraba la calle, malhumorado.
--Bill sabrá qué hacer -dijo Ben, concordando finalmente con Bev y Eddie-. Apuesto cualquier cosa.
--Oíd -adujo Stan, mirándolos severamente-, podemos hablar con Bill, si queréis. Pero para mí eso será todo. Podéis tratarme de gallina, de marica, de lo que queráis. No soy un gallina; no lo creo. Pero lo que vi en la torre...
--Si no te asustara algo como eso estarías loco, Stan - señaló Beverly:
--Sí me asustó, pero ése no es el problema -observó Stan-. No es siquiera lo que estoy diciendo. ¿No comprendéis...?
Lo miraban expectantes, con ojos afligidos y levemente esperanzados, pero Stan no pudo explicar lo que sentía. Se le habían acabado las palabras. Había un cúmulo de sensaciones dentro de él y no encontraba las palabras adecuadas. Podía ser muy meticuloso, muy seguro de sí, pero tenía sólo once años y apenas había terminado el cuarto curso.
Quería decirles que había cosas peores que tener miedo. Podías tener miedo a los coches cuando vas en bicicleta. Podías tenerle miedo a la polio. Podías tener miedo a ese loco de Kruschev. Podías tener miedo de ahogarte si nadabas donde no tocabas fondo. Podías tener miedo de muchas cosas y seguir funcionando.
Pero lo de la torre depósito...
Quería decirles que esos niños muertos, los que hablan bajado por la escalera de caracol en la oscuridad, habían hecho algo peor que asustarlo: lo habían ofendido.
Ofendido, sí. Era la única palabra que se le ocurría, pero si la pronunciaba se reirían de él. Le tenían cariño, sin duda, y lo habían aceptado como a un igual, pero aun así se reirían de él. sin embargo, había cosas que ofendían el sentido del orden de cualquier persona cuerda, ofendían la idea esencial de que Dios había dado a la tierra una inclinación sobre el eje para que el crepúsculo durara sólo veinte minutos en el ecuador y más de una hora en los polos; que, después de hacer eso, había dicho: "Bueno, si pueden calcular la inclinación, podrán calcular todo lo que quieran. Porque hasta la luz tiene peso y cuando la nota de un silbato desciende bruscamente es por el efecto Doppler y cuando un avión rompe la barrera del sonido el estruendo no es el aplauso de los ángeles ni la flatulencia de los diablos, sino el aire que cae de nuevo en su lugar. Yo les di la inclinación y me senté en la platea para presenciar el espectáculo. No tengo otra cosa que decir salvo que dos más dos son cuatro, que las luces del cielo son estrellas, que si hay sangre los adultos la ven tanto como los niños, y que los niños muertos muertos están."
Se puede vivir con el miedo, habría dicho Stan, si hubiera podido. Tal vez no eternamente, pero sí mucho tiempo. En cambio, con la ofensa no se puede vivir, porque abre una grieta en tu pensamiento y si miras dentro de ella ves que allí hay

cosas vivas, cosas con ojos amarillos que no parpadean y que huele muy mal en esa oscuridad. Y al cabo de un rato acabas por pensar que tal vez haya todo un universo distinto allá abajo, un universo donde hay una luna cuadrada en el cielo, donde las estrellas ríen con voces frías; un universo donde algunos triángulos tienen cuatro lados y otros cinco, y otros cinco a la quinta potencia. En ese universo puede haber rosas que canten. Todo lleva al todo, les habría dicho, si hubiera podido. Ved a vuestra iglesia y escuchad esas historias de que Jesús caminó sobre las aguas, pero si yo viera a un tipo haciendo eso gritaría hasta quedarme ronco. Porque a mí no me parecería un milagro sino una ofensa.

Como no podía decir nada de eso, se limitó a insistir:

--Asustarse no es problema. Pero no quiero meterme en algo que me haga terminar en el manicomio.

--Pero ¿nos acompañarás a hablar con él? -preguntó Bev-. ¿Escucharás lo que nos diga?

--Por supuesto -dijo Stan y se echó a reír-. Tal vez convenga llevar mi álbum de pájaros.

Todos rieron. Y de esa manera resultó más fácil.

12.

Beverly se despidió de ellos en la puerta de la lavandería y volvió sola a su casa, llevando los trapos. El apartamento aún estaba desierto. Guardó los trapos bajo el fregadero de la cocina y cerró el armario. Después miró hacia el baño.

"No voy a entrar allí -pensó-. Voy a encender el (televisor para ver Bandas de América. Tal vez pueda aprender ese paso de baile."

Fue a la sala y encendió el televisor. Cinco minutos después lo apagó, mientras Dick Clark mostraba la cantidad de grasa que sale de la cara de la adolescente común con sólo una toallita desinfectante Stri-Dex. "Si crees que puedes limpiarte la cara sólo con agua y jabón -decía Dick, mostrando la toallita sucia a la cámara para que todas las adolescentes de Norteamérica pudieran verla-, fíjate en esto."

Beverly fue al armario de la cocina donde estaban las herramientas de su padre. Entre ellas había una cinta métrica extensible. La cogió y fue al baño.

Estaba reluciente, silencioso. En algún lugar, muy lejos, se oían los chillidos de la señora Doyon ordenándo a su hijo Jim que saliera inmediatamente de la calle.

Se acercó al lavabo y miró dentro del oscuro ojo del sumidero.

Así estuvo por un rato, con las piernas frías como mármol dentro de los vaqueros. Sentía los pezones erectos y los labios resecos. Aguardó oír las voces.

No hubo voz alguna.

Soltó un pequeño suspiro estremecido y comenzó a introducir la cinta de acero en el desagüe. Descendió con facilidad, como una espada por la garganta de un faquir tragasables. Veinte centímetros, veinticinco, treinta. Y se detuvo al chocar contra el codo del caño, tal vez. Beverly la sacudió, sin dejar de empujar, y al fin la cinta volvió a deslizarse por la tubería. Cuarenta centímetros. Sesenta, noventa.

Mientras observaba la cinta amarilla que surgía de su estuche cromado, ennegrecido por las grandes manos de su padre, los ojos de su mente la vieron deslizarse por la oscuridad de los tubos, ensuciándose un poco, desprendiendo

escamas de herrumbre. "Allí abajo, donde el sol nunca brilla y la noche nunca cesa", pensó.

Imaginó el extremo de la cinta, con su pequeño tope de acero, deslizándose más y más en la oscuridad. Una parte de su mente gritaba: "¿Qué estás haciendo?" No ignoró su voz... pero no podía hacerle caso. El extremo de la cinta bajaba ahora en línea recta hacia el sótano. Lo imaginó golpear contra las tuberías de la cloaca... y en ese momento la cinta volvió a detenerse.

Beverly la sacudió otra vez. Hubo un sonido espectral, como el de un serrucho vibrando. Vio mentalmente el extremo metálico revolviéndose contra el fondo de esa tubería más ancha que debía tener un revestimiento de cerámica. Lo vio curvarse... y luego empujó un poco más.

Un metro ochenta, dos. Dos cincuenta.

Y de pronto, la cinta comenzó a correr entre sus manos por sí misma, como si algo tirara del otro extremo. No sólo tiraba: corría con ella. Beverly miró la cinta que se desenroscaba, los ojos como platos y la boca convertida en un círculo de miedo. Miedo sí, pero no sorpresa. Lo había sabido desde un principio. Había sabido que ocurriría.

La cinta llegó a su fin. Seis metros.

Una risa suave brotó del desagüe, seguida de un susurro que era casi un reproche:

--Beverly, Beverly... no puedes luchar contra nosotros... Si lo intentas morirás... Si lo intentas morirás... Beverly...

Algo chasqueó dentro del estuche metálico y, de pronto, la cinta comenzó a enroscarse con celeridad. Los números y las marcas pasaban como un borrón. En los últimos dos metros, el amarillo se trocó en un rojo oscuro y chorreante. Beverly soltó un grito y la dejó caer al suelo, como si se hubiera convertido en una serpiente.

Otra vez había sangre fresca goteando en la porcelana blanca del lavabo y escurriéndose por el sumidero. La niña se inclinó, sollozando; el miedo era un peso congelado en su estómago. Recogió la cinta entre el pulgar y el índice. Sosteniéndola así, lejos de su cuerpo, la llevó a la cocina. Mientras caminaba, la sangre goteó al linóleo desteñido del pasillo y la cocina.

Se tranquilizó pensando en qué diría su padre, en qué le haría su padre, si descubría que había ensangrentado la cinta. Claro que él no podría ver esa sangre.

Cogió uno de los trapos limpios y volvió al baño. Antes de empezar a limpiar ajustó el tapón de goma en el sumidero para cerrar aquel ojo. La sangre estaba fresca y fue fácil limpiarla. Siguió sus propias huellas limpiando las grandes gotas en el linóleo. Después enjuagó el paño y lo estrujó.

Cogió un segundo trapo para limpiar la cinta métrica. La sangre estaba espesa, viscosa. En dos sitios había formado coágulos oscuros.

Aunque la sangre sólo cubría los últimos dos metros, o menos, ella limpió la cinta en toda su longitud, para retirar cualquier rastro de su paso por las tuberías. Luego la guardó en el armario y llevó los dos trapos sucios a la parte trasera del apartamento.

La señora Doyon seguía gritándole a Jim. Su voz sonaba clara, casi como una campana, en la tarde silenciosa y cálida.

En el patio trasero, en su mayor parte tierra desnuda, hierbas y tendederos, había un incinerador herrumbrado. Beverly arrojó los trapos dentro y se sentó en los peldaños. Las lágrimas surgieron bruscamente y ella luego no hizo esfuerzo por contenerlas.
Apoyó los brazos en las rodillas, la cabeza en los brazos, y luego lloró. Lloró mientras la señora Doyon ordenaba a Jim que no se quedara en medio de la calle, ¿o quería que lo atropellara un coche?

Derry: el segundo interludio.

Quaeque ipsa misarrima vidi,
Et quorum pars magna fui.
Virgilio.

Con el infinito no se juega.
Mean Streets.

14 de febrero de 1985. Día de San Valentín.

Otras dos desapariciones de niños la semana pasada. Justo cuando empezaba a relajarme. Uno de ellos es un chico de dieciséis años llamado Dennis Torrio; la otra, una pequeña de sólo cinco que estaba jugando en el patio de su casa, en Broadway Oeste. La madre sólo encontró su trineo, uno de esos platillos voladores de plástico azul. La noche anterior había caído otra nevada; unos diez centímetros de nieve. No había más huellas que las de ella, me dijo el comisario Rademacher cuando lo llamé. Creo que lo fastidió muchísimo. Eso no va a quitarme el sueño, por cierto; tengo cosas peores que hacer.
Le pregunté si podía ver las fotos policiales. Se negó. Le pregunté si las huellas se alejaban hacia alguna alcantarilla o reja de cloaca. A eso siguió una larga pausa. Luego Rademacher dijo:
--Empiezo a preguntarme si no le convendría consultar a un loquero, Hanlon. La criatura fue secuestrada por su padre. ¿No lee los diarios?
--¿El chico de Torrio también fue secuestrado por su padre? -pregunté.
Otra larga pausa.
--Deje el asunto en paz, Hanlon -dijo él-. Déjeme a mí en paz. -Y colgó.
Claro que leo los diarios. ¿Acaso no los despliego todas las mañanas, personalmente, en la sala de lectura de la biblioteca pública? La niña Laurie Ann Winterbarger estaba bajo la custodia de su madre desde la primavera de 1982 tras un agrio juicio de divorcio. La policía trabaja con la hipótesis de que Horst Winterbarger, quien supuestamente trabaja como empleado de mantenimiento de maquinarias en alguna parte de Florida, viajó en automóvil a Maine para secuestrar a su hija. Suponen que estacionó su coche junto a la casa y que llamó a la niña; por eso no había más huellas que las de ella. Sobre el hecho de que la niña no había visto a su padre desde los dos años, tienen menos que decir. Parte

de la profunda acritud que acompañó al divorcio de los Winterbarger se originó en las declaraciones de la mujer, según las cuales Horst Winterbarger habría abusado sexualmente de la pequeña en, al menos, dos ocasiones. Pidió al tribunal que negara a su marido todo derecho de visita, lo cual fue concedido pese a las encendidas réplicas de Winterbarger. Rademacher asegura que la sentencia del tribunal, al separar a Winterbarger de su hija única, pudo haberlo impulsado a apoderarse de la niña. Eso, al menos, tiene cierta verosimilitud, pero ¿reconocería la pequeña Laurie Ann a su padre, después de tres años, al punto de correr a su encuentro si él la llamara? Rademacher dice que sí, aunque ella no lo veía desde los dos años. Yo no lo creo. Y la madre dice que le había enseñado a no hablar con desconocidos ni acercarse a ellos, lección que casi todos los niños de Derry aprenden temprano y con efectividad. Rademacher dice que la policía estatal de Florida tiene una orden de busca y captura contra Winterbarger y que allí termina su responsabilidad.

"Los asuntos de custodia pertenecen al campo de los abogados más que al de la policía", dijo este idiota gordo y pomposo, según el Derry News del viernes pasado.

Pero el chico Torrio... Eso es otra cosa. Una vida familiar sin problemas. Jugaba al fútbol con los Tigres de Derry. Estaba en el equipo de honor de su escuela. En el verano de 1984 había seguido un curso de supervivencia en terreno salvaje con excelentes calificaciones. No tenía antecedentes de drogadicción. Estaba de novio con una chica que lo quería de verdad. Tenía muchos motivos para vivir y para quedarse en Derry al menos por dos o tres años.

Pero ha desaparecido.

¿Qué le ocurrió? ¿Una brusca crisis de identidad? ¿Un automovilista ebrio lo atropelló y sepultó su cadáver? ¿O está todavía en Derry, tal vez en el lado oscuro de Derry, haciendo compañía a gente como Betty Ripsom, Patrick Hockstetter, Eddie Corcoran y los otros? ¿Está...?

(más tarde)

Ya estoy otra vez en lo mismo, recorriendo una y otra vez el mismo terreno sin hacer nada constructivo; no hago sino darme cuerda hasta sentir ganas de aullar. Doy un respingo cada vez que cruje la escalerilla de hierro que lleva a las estanterías. Las sombras me sobresaltan. Me descubro preguntándome cómo reaccionaría si, mientras estuviese ordenando los libros en los estantes, empujando mi carrito de ruedas de goma, una mano saliera de entre dos hileras de volúmenes, una mano que buscara a tientas...

Esta tarde tuve otra vez un deseo irresistible de empezar a llamarlos. Hasta llegué a marcar el 404, código de Atlanta, donde vive Stanley Uris. Pero me limité a sostener el auricular contra la oreja preguntándome si quería llamarlos porque estaba realmente seguro, ciento por ciento, o sólo porque estaba tan nervioso que no soportaba estar solo; necesito hablar con alguien que sepa (o pueda llegar a saber) a qué se deben estos nervios.

Por un momento oí a Richie diciendo "¿Insignias? ¿Insignias? ¿Equipos? ¡No necesitamos ninguna apestosa insignia, señorrr!", con su voz de Pancho Villa, tan claramente como si lo tuviera a mi lado... y colgué. Porque cuando uno quiere ver a alguien tanto como yo deseaba ver a Richie (o a cualquiera de ellos) en ese momento, no se puede confiar en las propias motivaciones. Nunca mentimos

mejor que cuando nos mentimos a nosotros mismos. El hecho es que todavía no estoy al ciento por ciento seguro. Si apareciera otro cadáver, llamaría... pero por ahora debo suponer que ese idiota pomposo de Rademacher puede tener razón. Es posible que la pequeña recordara a su padre; podría tener fotografías de él. Y supongo que un adulto realmente persuasivo podría convencer a una criatura de que se acercara al coche, por mucho que se hubiera aconsejado al niño.

Hay otro miedo que me persigue. Rademacher sugirió que puedo estar enloqueciendo. No lo creo, pero si los llamo ahora, ellos podrían pensar que estoy loco. Peor aún, ¿y si siquiera me recordaran? "¿Mike Hanlon? ¿Quién? No recuerdo a ningún Mike Hanlon. No, no me acuerdo de usted en absoluto. ¿Qué promesa?"

Presiento que llegará el momento debido para llamarlos... y cuando llegue ese momento, sabré que es el debido. Los circuitos de mis amigos pueden abrirse al mismo tiempo. Es como si dos grandes ruedas dentadas estuvieran entrando en una especie de poderosa convergencia: yo y el resto de Derry por un lado, todos mis amigos de la infancia por el otro.

Cuando llegue el momento, ellos oirán la voz de la Tortuga.

Por eso esperaré y tarde o temprano me daré cuenta. No creo que sea ya cuestión de llamar o no llamar, sino de cuándo llamar.

20 de febrero de 1985. El incendio del Black Spot.

--Un ejemplo perfecto de cómo intentará la Cámara de Comercio reescribir la historia, Mike -me habría dicho el viejo Albert Carson, probablemente cloqueando de risa-. Lo intentan y a veces llegan a rozar el éxito... pero los viejos recuerdan las cosas como realmente fueron. Siempre recuerdan y a veces te lo dicen, si sabes preguntar.

Hay gente que lleva veinte años viviendo en Derry y no sabe que, en otros tiempos, hubo una barraca "especial" para soldados rasos en la vieja base aérea de Derry, una barraca situada casi a un kilómetro del resto de la base y que, en mitad del invierno, cuando la temperatura rondaba los veinte grados bajo cero y con un viento de sesenta kilómetros por hora aullando por esas pistas y bajando la sensación térmica a algo increíble, ese kilómetro de más se convertía en algo capaz de provocar congelamiento y hasta la muerte.

Las otras siete barracas tenían calefacción a petróleo, ventanas reforzadas y aislamiento térmico. Eran abrigadas y cómodas. La barraca "especial", que albergaba a los veintisiete hombres de la compañía E, era calentada por una antigua caldera de leña. El único aislamiento térmico era la pila de ramas de pino y abeto que los hombres ponían alrededor. Uno de los hombres consiguió, cierta vez, todo un juego de ventanas reforzadas, pero los veintisiete ocupantes de la barraca "especial" fueron enviados a Bangor, ese mismo día, para prestar ayuda en la base, y cuando volvieron, por la noche, cansados y con frío, todas esas ventanas estaban rotas. Todas.

Eso ocurrió en 1930, cuando la mitad de la fuerza aérea norteamericana aún se componía de biplanos. En Washington, Billy Mitchell había sido juzgado por un tribunal militar y degradado a pilotar un escritorio debido a su obstinación en tratar

de formar una flota más moderna y que había acabado por fastidiar a sus superiores. No mucho después, renunciaría.
Se volaba, por lo tanto, bastante poco en la base de Derry, a pesar de sus tres pistas. Las operaciones militares consistían, en su mayor parte, en trabajos inventados.
Uno de los soldados de la compañía E que volvieron a Derry después de esa gira de servicio, terminada en 1937, fue mi padre. Él me contó esto:
"Un día, en la primavera de 1930 (unos seis meses antes del incendio del Black Spot), yo volvía con cuatro de mis compañeros de Boston, donde habíamos pasado un permiso de tres días.
Cuando entramos por el portón encontramos, justo después del puesto de control, a un tipo grandullón apoyado en una pala, sacándose el fundillo de los pantalones del trasero. Un sargento, de alguna ciudad sureña, de pelo color zanahoria, dientes picados, granos... Parecido a un mono sin pelo en el cuerpo, no sé si me explico. Había muchos de ésos en el ejército, durante la depresión.
La cosa es que los cuatro entramos, recién llegados del permiso y sintiéndonos de maravilla, y vimos en sus ojos que estaba buscando pelea para jodernos. Enseguida le hicimos el saludo, como si fuera un general condecorado. A lo mejor habríamos podido pasar, pero era un hermoso día de primavera, brillaba el sol y a mí se me fue la lengua.
--Buenos días, sargento Wilson -le dije.
Y él replicó:
--¿Le he dado permiso para hablarme? -preguntó.
--No, señor -dije.
Él mira al resto de nosotros: Trevor Dawson, Carl Roone y Henry Whitsun, que murió en el incendio de ese otoño, y les dice:
--Este negrito avispado corre de mi cuenta. Si no queréis pasar una tarde de mierda trabajando, largaos a la oficina de oficiales. ¿Entendido?
Ellos se fueron. Y Wilson brama:
--¡Daos prisa, imbéciles! ¡Quiero veros la suela de los zapatos!
Luego Wilson me llevó a uno de los cobertizos donde se guardaban los equipos y me dio una pala. Me acompañó al gran campo que estaba donde ahora se levanta la terminal de autobuses de la Northeast Airlines. Medio sonriendo me mira, señala la tierra y dice:
--¿Ves ese agujero, negro?
No había ningún agujero, pero me pareció mejor darle la razón en todo. Así que miré el lugar que él señalaba y dije que lo veía, claro. Entonces él me propinó un puñetazo en la nariz y me tiró al suelo. Me dejó planchado, con la sangre chorreando sobre la única camisa limpia que me quedaba.
--¡No lo ves, porque algún estúpido lo rellenó! -me grita. Pero sonreía, y me di cuenta de que estaba disfrutando-. Y lo que vas a hacer, caraculo, es sacar toda la tierra de mi agujero. ¡Ahora!
Así que me puse a cavar, por más de dos horas, y muy pronto estaba metido en ese agujero hasta la barbilla. El último medio metro era arcilla; cuando terminé estaba con el agua hasta los tobillos y tenía los zapatos empapados.
--Salga de ahí, Hanlon -me dice el sargento Wilson. Estaba sentado en la hierba, fumando un cigarrillo. No me ofreció ninguna ayuda. Yo estaba perdido de pies a

cabeza, para no mencionar la sangre sobre mi camisa. Se levantó y señaló el agujero.

--¿Qué ves allí, negro? -preguntó.

--Su agujero, sargento Wilson -digo.

--Bien, he decidido que no lo quiero. No quiero ningún agujero hecho por un negro. Vuelva a echar la tierra, soldado Hanlon.

Así que volví a rellenarlo. Cuando terminé estaba poniéndose el sol y empezaba a hacer frío. Él se acercó a mirar en cuanto di los últimos golpes de pala a la tierra para asentarla.

--¿Y ahora qué ves, negro? -preguntó.

--Un montón de tierra, señor -dije.

Y él me pegó otra vez. Por Dios, Mikey, esa vez estuve a punto de dar un salto y abrirle la cabeza con el filo de la pala. Pero si lo hubiera hecho no habría vuelto a ver el cielo, como no fuera por entre las rejas. Aun así, a veces pienso que habría valido la pena. El caso es que conseguí mantener la calma.

--¡Eso no es un montón de tierra, estúpido piojoso! -me vocifera, escupiendo saliva-. ¡Eso es "Mi agujero", y será mejor que saques esa tierra de ahí ahora mismo!

Así que saqué la tierra de su agujero y después lo volví a rellenar, y después él viene a preguntarme por qué le había llenado el agujero cuando él se disponía a cagar dentro. Así que vuelvo a sacar la tierra. Y él se baja los pantalones y apunta su trasero rojo y flaco hacia el agujero y me sonríe, mientras hace lo suyo, y dice:

--¿Qué tal va, Hanlon?

--Perfectamente, señor -le contesto, porque había decidido no ceder hasta caer desmayado o muerto. Me sentía humillado.

--Bueno, ya me encargaré de eso -dice él-. Para empezar, le conviene llenar ese agujero, soldado Hanlon. Mueva ese culo negro. Está perdiendo el ritmo.

Así que lo rellené otra vez; por el modo en que sonreía, me di cuenta de que apenas estaba empezando. Pero entonces vino un compinche suyo con una lámpara de gas, a decirle que había habido una inspección por sorpresa y que Wilson había cometido una infracción por haber estado ausente. Mis amigos dieron el presente por mí, así que no tuve problemas, pero los de Wilson, si es que se los puede llamar amigos, no se iban a molestar.

Entonces me dejó ir. Al día siguiente yo esperaba ver su nombre en la lista de sancionados, pero no apareció. Seguramente dijo al teniente que había estado enseñando a un negro bocazas quién era el dueño de todos los agujeros de la base: los que ya estaban cavados y los que no lo estaban. Probablemente le dieron una medalla en vez de mandarlo a pelar patatas. Y así eran las cosas en la compañía E, en Derry."

Corría 1958 cuando mi padre me contó esta historia. Calculo que se acercaba a los cincuenta años, aunque mi madre sólo tenía unos cuarenta. Le pregunté por qué había vuelto a Derry.

"Bueno, sólo tenía dieciséis años cuando me enrolé -dijo-. Tuve que agregarme edad para que me aceptaran. Y tampoco fue idea mía. Me lo ordenó mi madre. Yo era grande, y supongo que por eso pasó la mentira. Nací y me crié en Burgaw, Carolina del Norte, y allá sólo veíamos carne después de la cosecha de tabaco o en el invierno, a veces, si mi padre cazaba un mapache o una zarigüeya. el único

buen recuerdo que conservo de Burgaw es el pastel de zarigüeya con tortas de maíz.

Cuando murió mi padre, en un accidente con una máquina de labranza, mi madre dijo que llevaría a Pichón Philly a Corith, donde tenía familia. Pichón: Philly era el benjamín de la familia.

--¿Te refieres a mi tío Phil? -pregunté, sonriendo al pensar que alguien pudiera haberlo llamado Pichón Philly. Vivía en Tucson, Arizona; era abogado y estaba en el ayuntamiento de la ciudad desde hacía seis años. Cuando yo era chico lo consideraba rico. Supongo que lo era, considerando la posición de los negros en 1958. Ganaba veinte mil dólares al año.

--A él me refiero -confirmó mi madre-. Pero en aquellos tiempos era sólo un mocoso de doce años, que usaba un sombrero de papel y un mono remendado; no tenía zapatos. Era el menor, después de mí. Los mayores ya no estaban en casa: dos habían muerto, dos estaban casados y el otro en la cárcel (Howard nunca fue trigo limpio).

Vas a ir al ejército -me dijo tu abuela Shirley-. No sé si empiezan a pagar enseguida, pero en cuanto te paguen me envías un giro. No me gusta que te vayas, hijo, pero si no nos mantienes a mí y a Philly, no sé qué será de nosotros. Me dio mi certificado de nacimiento para que lo presentara a la oficina de reclutamiento y entonces vi que había arreglado la fecha, no sé cómo, para darme dieciocho años.

Bueno, fui a los tribunales, donde estaba el encargado de reclutar, y pedí alistarme. Él me dio los formularios y señaló la línea donde tenía que poner mi marca.

--Sé escribir mi nombre -le dije. Y él rió como si no me creyera.

--Bueno, escribe, negrito -dijo.

--Un momento -repliqué-. Quiero hacerle un par de preguntas.

--Adelante.

--¿Es cierto que en el ejército se come carne dos veces por semana? Eso dice mi madre, pero quiero asegurarme.

--No, no se come carne dos veces por semana.

--Ya lo imaginaba -dije, pensando que ese hombre parecía un mal bicho, pero que al menos es un mal bicho sincero. Y entonces él me dijo:

--Se come carne todas las noches.

--Ya veo que me toma por idiota -dije.

--En eso tienes razón, negro.

--De acuerdo, pero si me alisto quiero mandar mi paga a mi madre y a Pichón Billy.

--Rellena esto -me explica, señalando un formulario para asignaciones-. ¿Qué otra cosa tienes en la cabeza?

--¿Se puede estudiar para oficial?

Cuando dije eso, él se rió tanto que parecía a punto de ahogarse. Después dijo:

--Mira, hijo, el día en que haya oficiales negros en este ejército, Jesucristo bailará el charlestón por los teatros. ¿Firmas o no firmas? Se me acaba la paciencia Además, apestas.

Firmé, y vi que él adjuntaba el formulario de asignación a mi solicitud; después me tomó juramento y yo ya fui soldado. Creí que me enviarían a Nueva Jersey,

donde el ejército estaba construyendo puentes, ya que no había guerra en ninguna parte. Pero fui a parar a Derry, Maine, y a la compañía E.

Suspiró y se movió en la silla; era un hombre corpulento, cuyo pelo blanco se rizaba hasta pegarse al cráneo. En ese momento teníamos una de las mejores fincas de Derry y, probablemente, el mejor puesto caminero de productos al sur de Bangor. Los tres trabajábamos mucho y mi padre tenía que contratar mano de obra adicional durante la cosecha. Nos iba bien.

--Volví porque había visto el Sur y había visto el Norte -dijo él-, y en todas partes existía el mismo odio. No fue el sargento Wilson el que me convenció de eso. El no era más que un sureño bruto, que llevaba el Sur dondequiera fuese. No necesitaba vivir en el Sur para odiar a los negros. Los odiaba, simplemente. No; lo que me convenció fue el incendio del Black Spot. Mira, Mikey, en cierto sentido...

Echó un vistazo a mi madre, que estaba tejiendo. Ella no había levantado la mirada, pero comprendí que escuchaba con atención. Creo que mi padre también lo sabía.

--En cierto sentido -prosiguió-, fue el incendio lo que me hizo hombre. En ese incendio murieron sesenta personas, dieciocho de la compañía E. Cuando terminó el incendio ya no quedaba compañía. Henry Whitsun, Stork Anson, Alan Snopes, Everett Mccaslin, Horton Sartoris... Todos mis amigos murieron en ese incendio. Y no fue obra del viejo sargento Wilson ni de sus amigos, todos campesinos brutos. Fue obra de la Liga de la Decencia Blanca, sección Derry. Algunos de los chicos que van a la escuela contigo, hijo, fueron sus padres los que encendieron cerillas para incendiar el Black Spot. Y no estoy hablando de los chicos pobres, no.

--¿Por qué, papá? ¿Por qué hicieron eso?

--Era sólo Derry -dijo mi padre, frunciendo el entrecejo. Encendió lentamente su pipa y sacudió el fósforo para apagarlo-. No sé por qué ocurrió aquí. No puedo explicarlo, pero al mismo tiempo no me sorprende.

La Liga de la Decencia Blanca era la versión norteña del Ku Klux Klan, ¿entiendes? Marchaban con las mismas sábanas blancas, quemaban las mismas cruces, enviaban las mismas cartas de amenazas a los negros que, en opinión de ellos, estaban progresando más de lo que les correspondía u ocupando puestos destinados a los blancos. En las iglesias donde los predicadores hablaban de la igualdad de los negros, a veces ponían cargas de dinamita. Los libros de historia hablan más del Kkk que de la Liga de la Decencia Blanca; mucha gente ni siquiera sabe que existió, tal vez porque casi todos los libros de historia han sido escritos por norteños.

Era popular, sobre todo en las grandes ciudades y en las zonas industriales. Nueva York, Nueva Jersey, Detroit, Baltimore, Boston, Portsmouth: todas tenían sus ramas. En Maine trataron de organizarse, pero sólo tuvieron éxito en Derry. Oh, por un tiempo hubo en Lewiston una rama bastante benevolente; pero a ellos no les preocupaba que los negros fueran violando mujeres blancas o robando trabajo a los blancos, por que allá no había negros. En Lewiston se ocupaban de los vagabundos, de los desocupados y del ejército comunista, como llamaban a los que se habían quedado sin trabajo. La Liga de la Decencia Blanca solía expulsar a esa gente de la ciudad en cuanto entraban. A veces les ponían hortiga en el fondillo de los pantalones. A veces prendían fuego a sus camisas.

Bueno, aquí la Liga quedó bastante desarticulada después del incendio del Black Spot. Las cosas se les fueron de las manos, ¿comprendes? Como parece suceder en esta ciudad, de vez en cuando."

Hizo una pausa, chupando su pipa.

"--Es como si la Liga de la Decencia Blanca fuera una semilla más -prosiguió-, y hubiera encontrado aquí la tierra que le convenía. Era un club para ricos, como otro cualquiera. Y después del incendio, todos e limitaron a esconder sus sábanas, a protegerse mutuamente, y todo se escondió bajo el papelerío. -Su voz había tomado una especie de cruel desprecio que hizo levantar la vista a mi madre, con cara de preocupación-. Después de todo, ¿quién había muerto? Dieciocho negros del ejército, catorce o quince negros de la ciudad, cuatro miembros de una orquesta le negros... y unos cuantos negrófilos. ¿Qué importaba?

--Will -dijo mi madre suavemente-, basta ya.

--No -dije yo-. ¡Quiero que me lo cuente!

--Va siendo hora de que te acuestes, Mikey -dijo él, revolviéndome el pelo con su manaza-. Sólo quiero contarte algo más, y no creo que por ahora lo entiendas; ni siquiera estoy seguro de entenderlo yo mismo. Lo que pasó aquella noche en el Black Spot, por horrible que fuera... no creo que haya pasado por ser nosotros negros. Ni siquiera porque el Black Spot estaba cerca de Broadway Oeste, donde viven los ricos de Derry. No creo que esa Liga de la Decencia Blanca haya funcionado tan bien aquí sólo porque odiaba a los negros y los vagabundos más que la gente de Portland, Lewiston o Brunswick. Es por la tierra. Parece que las cosas malas, las cosas que dañan, se dan bien en la tierra de esta ciudad. Lo he pensado mucho, de año en año. No sé por qué, pero así es.

Pero también hay aquí gente buena, y en aquel entonces también había gente buena. A los funerales asistieron miles de personas, tanto negros como blancos. Los negocios cerraron casi por una semana. Enviaban cestos de comida y cartas de pésame con sinceridad. Y muchos echaron una mano. En esa época conocí a mi amigo Dewey Conroy, y ya sabes que es blanco como la nieve, pero para mí es un hermano. Moriría por Dewey, si él me lo pidiera. Nadie conoce el corazón ajeno, pero creo que él también moriría por mí, si a eso vamos.

La cosa es que el ejército envió a otra parte a los que sobrevivimos al incendio, como si tuviera vergüenza. Y creo que así era. Yo acabé en Fort Hood, donde pasé seis años. Allí conocí a tu madre y nos casamos en Galveston, en la casa de su familia. Pero en todos esos años no me quité Derry de la cabeza. Y después de la guerra traje a tu madre aquí. Y aquí naciste. Y aquí estamos, a menos de cinco kilómetros del sitio donde estaba el Black Spot, en 1930. Bueno, creo que es hora de que te acuestes, jovencito.

¡Quiero que me cuentes lo del incendio! -pedí-. ¡Cuéntame, papá!

Él me miró con ese gesto ceñudo que siempre me hacía callar, tal vez porque no lo empleaba con frecuencia. Casi siempre sonreía.

--No es cuento para niños -dijo-. Otra vez será, Mikey. Cuando los dos hayamos recorrido unos cuantos años mas."

Pasaron otros cuatro años antes de que me enterara de lo ocurrido en el Black Spot aquella noche; por entonces, las recorridas de mi padre habían llegado a su fin. Me lo contó todo desde la cama del hospital donde yacía, atiborrado de

sedantes, entrando a la realidad o saliendo de ella, según dormitara o no, mientras el cáncer se abría paso en sus intestinos, comiéndoselo...

26 de febrero de 1985.

Estuve leyendo lo que escribí en la última parte de esta libreta y me sorprendí de romper en lágrimas por mi padre, que murió hace ya veintitrés años. Recuerdo mi dolor cuando ocurrió; duró casi dos años. Después, cuando terminé la secundaria, en 1965, mi madre me dijo: "¡Qué orgulloso habría estado tu padre!" Entonces lloramos abrazados y yo pensé que ése era el fin, que con esas lágrimas tardías habíamos acabado de enterrarlo. Pero ¿quién sabe cuánto tiempo puede durar el luto? Es posible que treinta o cuarenta años tras la muerte de un hijo, un hermano, uno despierte a medias, pensando en esa persona con la misma sensación de vacío, de sitios que tal vez no se llenen nunca... quizá ni siquiera en la muerte.

Abandonó el ejército en 1937, con una pensión por incapacidad. Por entonces, el ejército de mi padre se había vuelto más guerrero; según me dijo una vez, cualquiera que tuviera dos dedos de frente se daba cuenta de que, muy pronto, los cañones volverían a dejarse oír. En el ínterin, él había ascendido a sargento; perdió la mayor parte del pie izquierdo cuando un nuevo recluta, asustado, retiró el seguro a una granada de mano y la dejó caer, en vez de arrojarla. El artefacto rodó hasta mi padre y estalló con un ruido que, según él, sonó como una tos en medio de la noche.

Gran parte de los armamentos con que se entrenaban los soldados en aquellos tiempos eran defectuosos, cuando no habían pasado tanto tiempo en depósitos que estaban casi inutilizables. Las balas no se disparaban y los fusiles solían estallarte en las manos. La armada tenía torpedos que habitualmente no iban a donde se los apuntaba y, cuando lo hacían, no estallaban. La fuerza aérea utilizaba aviones cuyas alas se desprendían si aterrizaban con demasiada dureza; he leído que en 1939, en Pensacola, un oficial de aprovisionamiento descubrió toda una flota de camiones del gobierno que no funcionaba porque las cucarachas les habían comido los manguitos de goma y las correas.

Por lo tanto, mi padre salvó la vida gracias a una combinación de burocracia anquilosada y equipos defectuosos. La granada explotó sólo a medias y él perdió sólo parte de un pie, en vez de quedar hecho papilla.

Gracias a la pensión por incapacidad, pudo casarse con mi madre un año antes de lo que había planeado. No vinieron enseguida a Derry; primero se mudaron a Houston, donde trabajaron en la industria de guerra. Mi padre era capataz de una fábrica de detonadores para bombas. Mi madre era remachadora. Sin embargo, tal como me contó aquella noche en que yo tenía once años, nunca dejó de pensar en Derry. Y ahora me pregunto si ese algo ciego no pudo estar actuando ya entonces, atrayéndolo para que yo pudiera tomar mi sitio en el círculo que se formó en Los Barrens aquella tarde de agosto. Si el engranaje del universo funciona bien, el bien siempre compensa el mal... pero el bien puede ser igualmente espantoso.

Mi padre estaba suscrito al Dewy News y no dejaba de leer los avisos donde se ofrecían lotes en venta. Habían ahorrado bastante. Por fin, él vio que se vendía

una granja con buenas perspectivas, al menos sobre el papel. Los dos viajaron desde Texas en autobús para echarle un vistazo y la compraron el mismo día. El First Merchants Bank, del condado de Penobscot, le otorgó una hipoteca a diez años, y aquí se instalaron.

"--Al principio tuvimos problemas -dijo mi padre-. Había gente que no quería negros en el vecindario. Ya sabíamos que pasaría eso, pues yo no había olvidado lo del Black Spot, pero esperamos a que pasara. Los chicos nos arrojaban piedras o latas de cerveza. Creo que, ese primer año, repuse más de veinte vidrios. Y algunos no eran tan pequeños. Un día, al levantarnos, encontramos una cruz esvástica pintada en el costado del gallinero; todos los pollos estaban muertos, alguien les había envenenado la comida. Fueron los últimos pollos que traté de criar.

Pero el alguacil del condado (en aquellos días no había comisario porque Derry era muy poca cosa para tenerlo) se interesó en el caso y trabajó con ganas. A eso me refiero, Mikey, cuando te digo que aquí hay tanto bien como mal. Para ese Sullivan importaba muy poco que yo tuviera piel negra y pelo rizado. Salió cinco o seis veces, habló con la gente y por fin descubrió al que lo había hecho. ¿Y quién crees que había sido? Tienes tres posibilidades, y las dos primeras no cuentan.

--No sé -dije.

Mi padre rió con ganas y los ojos comenzaron a lagrimearle. Sacó del bolsillo un gran pañuelo blanco y se los enjugó.

--¡Pues era Butch Bowers, nada menos! -dijo-. El padre del chico que, según dices, es el peor matón de tu escuela. El padre es un mierda y el hijo también.

--En la escuela, algunos chicos dicen que el padre de Henry está loco -le dije. Creo que, por entonces, yo estaba en el cuarto grado, lo bastante avanzado como para que Henry Bowers me hubiera pateado el trasero más de una vez; y ahora que lo pienso, casi todos los sinónimos peyorativos de negro que conozco los oí, por primera vez, de labios de Henry Bowers, entre primero y cuarto grado.

--Ya -dijo mi padre-. La idea de que Butch Bowers esté loco puede no estar muy errada. Dicen que nunca estuvo bien desde que volvió de la guerra; peleó con los marines en el Pacífico. La cuestión es que el alguacil lo detuvo. Butch aullaba que era una trampa de los negrófilos y que él iba a demandarlos a todos. Creo que su lista iba desde aquí a Witcham Street. No creo que tuviera un par de calzoncillos sanos en los cajones, pero hablaba de iniciar juicio contra mí, contra el alguacil Sullivan, el municipio de Derry, el condado de Penobscot y sabe Dios quién más.

En cuanto a lo que pasó después... Bueno, no puedo jurar que sea cierto, pero así lo supe por Dewey Conroy. Dewey dice que el alguacil fue a ver a Butch a la cárcel de Bangor. Y le dijo: "Es hora de que cierres el pico y escuches un poco, Butch. Ese negro no quiere presentar acusación. No quiere que vayas a la penitenciaría; sólo pide que le pagues sus pollos. Con doscientos dólares, estaría en paz."

Y Butch le dice que puede meterse los doscientos dólares donde le quepan. Y el alguacil Sullivan le dijo: "En la penitenciaría de Shawshank hay una calera, Butch, y dicen que, después de trabajar allí dos años, la lengua se te pone verde como un helado de lima. Anda, elige: ¿dos años juntando cal o doscientos dólares?"

--¿Por matarle los pollos a un negro? -preguntó Butch.

--Espabílate, Butch. Por los pollos no te van a encerrar, pero sí por la esvástica que pintaste en la puerta después de matarlos.

Dice Dewey que Butch quedó boquiabierto y Sullivan se fue para que lo pensara. Tres días después, Butch dijo a su hermano (el que murió congelado dos años después, mientras cazaba borracho) que vendiera su nuevo Mercury, el que Butch había comprado con la paga del ejército y del que tanto se pavoneaba. Así que cobré mis doscientos dólares y Butch juró incendiar mi casa. Se lo dijo a todos sus amigos. Así que una tarde lo alcancé. Él había comprado un viejo Ford, de antes de la guerra, para reemplazar al Mercury, y yo tenía una furgoneta desvencijada. Lo paré en Witcham street, junto a los patios de maniobra, y bajé con mi Winchester.

--Si llega a haber un incendio en mi casa, te dejo seco -le dije.

--A mí no me hablas así, negro piojoso -chilló entre el enojo y el susto-. Un mierda como tú no puede hablar así a un blanco.

Bueno, yo estaba harto de todo eso, Mikey. Y sabía que, si no lo asustaba en ese momento para siempre, jamás me lo sacaría de encima. No había nadie por ahí. Metí una mano en el Ford y lo agarré del pelo. Le puse el cañón del rifle bajo el mentón y apoyé la culata contra la hebilla de mi cinturón. Y le dije: "La próxima vez que me insultes verás chorrear tus sesos en el techo de este coche. Y lo digo en serio, Butch: si hay un incendio en mi casa, te mataré y quizá también a tu mujer, a tu mocoso y a ese inútil de hermano que tienes."

Entonces se echó a llorar. Nunca había visto algo tan patético.

--Qué mal están las cosas -decía-, para que un mier... un neg... un tipo pueda amenazar a un trabajador honrado, a plena luz del día, al lado de la carretera.

--Sí, las cosas están muy mal -reconocí-, pero eso no me importa. Lo único que me importa es saber si quedamos de acuerdo o si quieres aprender a respirar por la nuca.

Dijo que quedábamos de acuerdo. Y nunca más volví a tener problemas con Butch Bowers. Salvo, tal vez, cuando murió tu perro, Mr. Chips. Y no tengo pruebas de que Bowers haya metido la mano en eso. A lo mejor Chippy comió un cebo envenenado o algo así.

Desde ese día nos han dejado bastante tranquilos. Cuando pienso en todo lo que viví, no me arrepiento. Aquí hemos vivido bien. Si a veces sueño con el incendio, bueno, nadie puede vivir una vida natural sin tener pesadillas de vez en cuando."

28 de febrero de 1985.

Hace varios días que me senté a escribir la historia del incendio del Black Spot, tal como me la contó mi padre, y todavía no he llegado a ella. Creo que es en El señor de los anillos donde uno de los personajes dice: "Los caminos llevan a otros caminos", que no se puede iniciar camino más fantástico que el que parte del propio umbral y lleva a la acera, pues desde ahí se puede ir... bueno, a cualquier parte. Lo mismo ocurre con los relatos. Uno lleva al siguiente, y a otro, y a otro; tal vez van en la dirección que uno deseaba, pero tal vez no. Quizá, a fin de cuentas, lo que importa es la voz que narra y no la narración en sí.

Es su voz lo que recuerdo, la voz de mi padre, baja y lenta, sus risas entre dientes y sus carcajadas francas. Hace una pausa para encender la pipa o sonarse la nariz; a veces va en busca de una lata de cerveza a la nevera. Esa voz, que para mí de algún modo es la voz de todas las voces, la voz de todos los años, la voz última de este lugar: la que no está en las entrevistas de Ives ni en ninguna de las pobres historias de este lugar... ni en mis propias cintas grabadas.

La voz de mi padre.

Ahora son las diez; la biblioteca cerró hace una hora; fuera se está iniciando una buena ventisca. Oigo que diminutos espéculos de aguanieve golpean las ventanas y el corredor acristalado que lleva a la biblioteca infantil. También oigo otros ruidos: crujidos y suaves choques sigilosos fuera del círculo luminoso donde me he sentado, escribiendo en las hojas amarillas de un bloc. Sólo ruidos de un viejo edificio que se asienta, me digo... pero no sé. No sé si fuera, en algún lugar de esta tormenta, hay un payaso vendiendo globos en la noche.

Bueno... no importa. Creo que por fin me he abierto paso hasta el relato final de mi padre. Se lo escuché, en el hospital, seis semanas antes de que muriera.

Yo iba a visitarlo con mi madre todas las tardes, al salir de la escuela, y otra vez al anochecer, solo. Mi madre tenía que quedarse en casa con sus labores, a esa hora, pero insistía en que yo fuera. Iba en mi bicicleta, porque mi madre no me dejaba hacer autostop, ni siquiera cuatro años después del último asesinato.

Fueron seis semanas difíciles para un chico de sólo quince años. Yo quería a mi madre, pero llegué a detestar esas visitas nocturnas; lo veía arrugarse y empequeñecerse, veía extenderse y adentrarse en su cara los pliegues del dolor. A veces lloraba, aunque trataba de dominarse. Y cuando llegaba el momento de volver a casa estaba ya oscureciendo, y yo pensaba otra vez en el verano de 1958, y temía mirar hacia atrás, porque allí podría estar el payaso... o el hombre-lobo... o la momia de Ben... o mi pájaro. Pero temía, sobre todo, que la forma asumida por Eso, cualquiera fuese, fuera la cara de mi padre, asolada por el cáncer. Entonces pedaleaba tan rápido como me era posible, por mucho que el corazón me palpitara en el pecho; entraba tan acalorado y sudoroso que mi madre decía:

--¿Por qué te das tanta prisa, Mikey? Te vas a enfermar.

Y yo decía:

--Quería llegar a tiempo para ayudarte con las tareas.

Entonces ella me daba un beso y un abrazo, diciéndome que era un buen chico.

Con el correr del tiempo llegó a resultarme difícil encontrar tema de conversación con él. Mientras iba hacia el centro me devanaba los sesos en busca de algo que contarle, temiendo el momento en que ambos nos quedáramos sin nada que decir. Su agonía me asustaba y me ponía furioso, pero también me avergonzaba; entonces y ahora, me parecía que la muerte, para un hombre o una mujer, debería ser algo rápido. El cáncer estaba haciendo más que matarlo: lo degradaba, lo envilecía.

Nunca hablábamos del cáncer, y a veces yo pensaba que debíamos tocar el tema, que no había nada más; entonces quedábamos desconcertados, como los chicos que se encuentran sin asiento en el juego de las sillas. Yo entraba en una especie de frenesí, tratando de decir algo, ¡cualquier cosa!, con tal de no reconocer eso que estaba aniquilando a mi padre, el que una vez había sujetado a

Butch bowers por el pelo para apoyarle el rifle contra el cuello, exigiéndole que lo dejara en paz. Nos veríamos forzados a hablar de eso pero, si lo hacíamos, yo acabaría llorando. No podría contenerme. Y a los quince años creo que nada me asustaba tanto como la idea de llorar delante de mi padre.

Fue durante una de esas pausas interminables, amedrentadoras, cuando volví a preguntarle por el incendio del Black Spot. Esa tarde lo habían llenado de drogas porque el dolor era muy fuerte; él perdía la conciencia y volvía a recuperarla; a veces hablaba con claridad; a veces, en ese idioma exótico que llamo "onirocieno". En ocasiones yo estaba seguro de que se dirigía a mí, pero a ratos me daba la impresión de haberme confundido con su hermano Phil. Si le pregunté por lo del Black Spot no fue por un motivo especial; simplemente me vino a la cabeza y lo aproveché.

Sus ojos se aclararon y sonrió levemente.

--No lo has olvidado, ¿eh, Mikey?

--No, señor -dije, aunque llevaba tres años o más sin acordarme del asunto-. No me lo quito de la cabeza.

--Bueno, te lo contaré. Creo que ya tienes edad, con tus quince años, y tu madre no está aquí para impedírmelo. Además, debes estar enterado. Creo que sólo en Derry podría ocurrir una cosa así, y también debes saber eso. Para que estés prevenido. Para ese tipo de cosas, este lugar parece haber tenido siempre las condiciones adecuadas. Te vas con cuidado, Mikey, ¿verdad?

--Sí -le dije.

--Bueno. -Su cabeza se apoyó otra vez en la almohada-. Así me gusta. -Creí que se adormecería, pues había cerrado los ojos, pero en cambio comenzó a hablar.

--Cuando yo estaba en la base militar aquí, en 1929 y 1930 había un Club de Oficiales, en la colina donde está ahora la escuela municipal de Derry. Estaba justo detrás del Px, donde antes podías comprar un paquete de Lucky Strike por siete centavos. El Club de Oficiales era sólo un gran cobertizo de chapa corrugada, pero por dentro lo habían arreglado muy bien: alfombras, cabinas a lo largo de las paredes, un jukebox. En los fines de semana se podían tomar bebidas suaves... siempre que uno fuera blanco, claro. Casi todos los sábados por la noche llevaban bandas de jazz y era un lugar muy bonito. En el bar no se servían más que gaseosas, por la Prohibición; ya sabes, pero decían que sí se podían conseguir cosas más fuertes... siempre que uno tuviera estrellita verde en la tarjeta militar. Era como una contraseña secreta. Casi siempre era cerveza casera, pero los fines de semana servían cosas más fuertes. Si uno era blanco, claro.

Nosotros, los de la Compañía E, no teníamos autorización para acercarnos, por supuesto. Así que cuando teníamos pase para salir por la noche, íbamos a la ciudad. En aquellos tiempos Derry era todavía una ciudad maderera; había ocho o diez bares, casi todos en una zona que llamaban la Manzana del Infierno. Los llamaban "puercos ciegos", y estaba bien, porque casi todos los clientes actuaban como cerdos mientras estaban dentro y, cuando los echaban, salían casi ciegos. El alguacil y la policía estaban informados, pero esos bares seguían abiertos toda la noche, como en los buenos tiempos de 1890. Supongo que había algunas manos untadas, pero tal vez no tantas como puedes pensar, ni con tanto dinero: en Derry la gente acostumbra hacer la vista gorda. Algunos servían cosas fuertes,

además de cerveza; por lo que me han contado, lo que se conseguía en la ciudad era tan bueno como el whisky ilegal y la ginebra casera que servían en el Club de Oficiales para blancos los viernes y sábados por la noche. Esa bebida llegaba desde Canadá en camiones; en su mayoría las botellas contenían lo que la etiqueta decía. Las buenas eran caras, pero también había mucho alcohol de quemar, como le llamábamos, que te dejaba una terrible resaca pero no una ceguera; y si quedabas ciego, al menos duraba poco. Por las noches tenías que agachar la cabeza, porque volaban las botellas. Estaban el Nan.s, el Paraíso, el Rincón de Wally, el Dólar de Plata y un bar llamado Cuerno de Pólvora donde podías conseguir una prostituta. Oh, en cualquiera de esos bares podías conseguir prostitutas; no era nada difícil, pues había muchas interesadas en averiguar si el pan de centeno tenía otro gusto. Pero la gente como yo, Trevor Dawson y Carl Roone, mis amigos de aquellos tiempos, lo pensábamos muy bien antes de buscarnos una prostituta blanca.

Como ya he dicho, esa noche estaba muy drogado. No creo que, de lo contrario, hubiera dicho esas cosas a su hijo de quince años.

--Bueno, no pasó mucho tiempo sin que se presentara un representante del Consejo Municipal pidiendo hablar con el mayor Fuller. Dijo que se trataba de "algunos problemas entre los vecinos y los soldados" y de "preocupaciones del electorado" y de "cuestiones de decencia pública", pero en realidad lo que venía a decir estaba claro como el agua: no quería ver a los negros del ejército en sus pocilgas, molestando a las mujeres blancas y bebiendo alcohol ilegal en un bar donde sólo podían entrar blancos.

Todo lo cual era ridículo, por cierto. La flor y nata de la femineidad blanca que tanto lo preocupaba era, en su mayoría, un montón de viejas callejeras; en cuanto a molestar a los hombres... Bueno, sólo puedo decir que nunca vi a un miembro del Concejo Municipal en el Dólar de Plata ni en el Cuerno de Pólvora. Los hombres que iban a beber en esos antros eran leñadores, hombres con gruesas chaquetas de cuadros y manos llenas de cicatrices; a algunos les faltaba un ojo o varios dedos; y a casi todos la mayoría de la dentadura. Y todos olían a leña fresca, aserrín y savia. Llevaban pantalones de franela verde y botas de goma; llenaban el suelo de nieve hasta dejarlo negro. Olían a lo grande, Mikey, y caminaban a lo grande y hablaban a lo grande. Es que eran grandes. Una noche, en el Rincón de Wally, vi a un sujeto desgarrar la manga de su camisa, haciendo pulsos con otro tipo. Pero no fue un simple desgarrón. La manga de esa camisa casi estalló, joder; salió volando de su brazo hecha jirones. Todo el mundo gritaba y aplaudía. Alguien me dio una palmada en la espalda, diciendo: "Eso sí que es un pedo de pulseador, negro."

Lo que quiero decir es que, si esos hombres hubieran querido sacarnos de allí, no vernos en sus bares cuando salían de los bosques para beber whisky y gozar de mujeres, de carne y hueso, nos habrían puesto de patitas en la calle. Pero el hecho es, Mikey, que a ellos les daba lo mismo.

Una noche, uno de ellos me llevó aparte. Medía un metro ochenta, lo cual era mucho para aquellos tiempos y estaba como una cuba; olía como un cesto de melocotones podridos. Creo que la ropa ya caminaba sola. Me mira fijo y me dice:

--Oiga, señor, quiero preguntarle algo. ¿Usted es negro?

--En efecto -le respondí.

--Commen ça va? -dice él en ese francés del valle Saint John que parece casi el que hablan los mestizos del Mississippi. Y sonríe tanto que se le ven los cuatro dientes-. ¡Me lo imaginaba! ¡Es que vi uno en un libro! También tenía esos... esos...
Y como no sabe expresar lo que está pensando, me da una palmada en la boca.
--Los labios gordos -dije.
--¡Sí, eso! -Y rió como un chico-. ¡Labios gogdos! Épais lévres! ¡Labios gordos! ¡Te invito a una cerveza!
--Muy bien -dije, por seguirle la corriente.
Eso también lo hizo reír. Me dio en la espalda unas palmadas que casi me arrojan de bruces y se abrió paso hasta el mostrador, donde había setenta hombres y quince mujeres, más o menos.
--¡Dos cervezas ahora mismo, capullo! -le chilló al tabernero, que era un grandullón de nariz partida llamado Romeo Duprée-. ¡Una para mí y otra pour l.homme avec les épais lévres! -Y todos rieron, sin maldad, Mikey.
La cuestión es que toma las cervezas, me da la mía y dice:
--¿Cómo te llamas? No quiero llamarte Labios Gordos. No queda bien.
--William Hanlon -le digo.
--Bueno, a tu salud, William Anlon -me dice.
--No, a la suya. Usted es el primer blanco que me paga una copa. -Y era cierto.
Bebimos esas cervezas y después otras dos más. Y él me dice:
--¿Seguro que eres negro? Porque, aparte de esos labios gordos, yo te veo blanco de piel parda.
Mi padre se echó a reír y yo hice otro tanto. Él rió tanto que empezó a dolerle el vientre. Tuvo que sujetárselo, haciendo una mueca, con los ojos en blanco y mordiéndose el labio inferior.
--¿Quieres que llame a la enfermera, papá? -le pregunté, alarmado.
--No, no, ya pasará. Lo peor de esto, Mikey, es que no puedes reírte cuando tienes ganas. Cosa que ocurre muy pocas voces.
Guardó silencio por unos momentos. Ahora comprendo que sólo esa vez estuvimos cerca de mencionar lo que estaba matándolo.
Tal vez habría sido mejor para ambos el haber hablado más.
Él tomó un sorbo de agua y prosiguió:
--De cualquier modo, los que no nos querían allí no eran las pocas mujeres que recorrían esas pocilgas ni los leñadores que iban a buscarlas, sino los cinco viejos del Concejo Municipal, ellos y los diez o doce que los apoyaban: la vieja guardia de Derry, ¿comprendes? Ninguno de ellos había pisado nunca el Paraíso ni el Rincón de Wally; ellos se emborrachaban en el club campestre que por entonces estaba en las Lomas de Derry, pero querían asegurarse de que ninguno de esos leñadores ni de esas zorras viejas se contaminara con la compañía de los negros de la compañía E.
Así que el mayor Fuller le dijo:
--Yo nunca los quise aquí. Sigo pensando que es un error. Deberían enviarlos de nuevo al Sur, o a Nueva Jersey.
--Ése no es mi problema -le dijo aquel viejo diablo. Mueller, creo que se llamaba.
--¿El padre de Sally Mueller? -le interrumpí, sobresaltado.
Sally Mueller estaba en la secundaria conmigo.

Mi padre esbozó una sonrisa agria y torcida.
--No, debió de ser el tío. El padre de Sally Mueller estaba en la universidad, por aquel entonces. Pero si hubiera estado en Derry, creo que habría apoyado al hermano. Y por si estás preguntándote hasta qué punto es verdad esta parte de la historia, sólo puedo decirte que fue Trevor Dawson quien me repitió esta conversación; ese día estaba fregando el suelo, en el Club de Oficiales y lo oyó todo.
--Donde mande el gobierno a estos negros es cosa suya, no mía -dice Mueller al mayor Fuller-. A mí me preocupa dónde vayan los viernes y sábados por la noche. Si andan de juerga por la ciudad, habrá disturbios. Como sabe, en esta ciudad tenemos una Liga de la Decencia Blanca.
--Bueno, pero me veo en un aprieto, señor Mueller -le dice el mayor-. No puedo dejar que vayan al Club de Oficiales, no sólo porque los reglamentos no permiten que los negros alternen con los blancos, sino porque esto es para oficiales, justamente, y todos esos negros son soldados rasos.
--Ése tampoco es problema mío. Confío en que usted se haga cargo del asunto. El rango conlleva responsabilidades. -Y se marchó.
Bueno, Fuller solucionó el problema. La base de Derry era, por esos tiempos, muy extensa, aunque en el terreno no había casi nada. En total, creo que eran unas cincuenta hectáreas. Hacia el norte terminaba justo detrás de Broadway Oeste, donde había una especie de cinturón verde. Donde está ahora el Memorial Park, allí instalaron el Black Spot.
Era sólo un cobertizo viejo, expropiado a principios de 1930, cuando ocurrió todo esto, pero el mayor Fuller reunió a la compañía E y nos dijo que sería nuestro propio club. Oyéndolo, cualquiera habría dicho que era Papá Noel o algo así. Y tal vez eso pensaba él, puesto que estaba dando un sitio especial a un grupo de soldados negros, aunque sólo fuera un cobertizo. Después agregó, como si tal cosa, que en adelante las pocilgas de la ciudad nos estaban prohibidas.
Hubo mucha amargura a causa del asunto, pero ¿qué íbamos a hacer? No teníamos nada que decir. Fue un tal Dick Hallorann, que estaba de cocinero, quien sugirió que podríamos arreglarnos bien si nos esmerábamos.
Y lo hicimos. Nos esmeramos de verdad. Y nos quedó bastante bonito, al fin de cuentas. La primera vez que algunos entramos a echarle un vistazo, quedamos bastante deprimidos. Era oscuro y maloliente; estaba lleno de herramientas viejas, cajas y desechos mohosos. Sólo tenía dos ventanucos y no había electricidad. El suelo era de tierra. Carl Roone se rió, medio con amargura, y dijo: "Este mayor es todo un príncipe, ¿no? Mirad qué club nos ha regalado. ¡Ja!"
Pero Hallorann nos puso en marcha... Hallorann, Carl y yo. Creo que Dios nos perdonará por lo que hicimos. Él sabe que no teníamos idea de cómo iba a terminar aquello.
Después de un tiempo los otros nos siguieron. Como la mayor parte de Derry estaba fuera de nuestro alcance, no había otra cosa que hacer. Martilleamos, clavamos, limpiamos... Trev Dawson, que era bastante buen carpintero, nos enseñó a abrir más ventanas. Y el bribón de Alan Snopes apareció con vidrios de distintos colores para que los pusiéramos; algo así como un cruce entre vidrios de carnaval y los que se ven en las iglesias.
--¿De dónde has sacado esto? -le pregunté.

Alan era el mayor del grupo; tenía cuarenta y dos años, así que le llamábamos Papá Snopes. Se puso un Camel en la boca y me hizo un guiño.
--Confiscaciones de medianoche -me dijo. Y así dejó las cosas.
La cuestión es que el club quedó bastante bonito y hacia mediados del verano ya lo estábamos usando. Trev Dawson y algunos otros habían separado con una mampara la cuarta parte de atrás, para instalar una pequeña cocina; era apenas una parrilla y un par de sartenes hondas, para preparar hamburguesas y patatas fritas. A un lado había un bar, pero sólo para gaseosas y zumos; joder, sabíamos guardar nuestro lugar. ¿Acaso no nos lo habían enseñado? Si queríamos beber cosas fuertes, lo hacíamos a escondidas.
El suelo seguía siendo de tierra, pero lo manteníamos humedecido para que no levantara polvo. Trev y Papá Snopes tendieron una línea eléctrica; más confiscaciones de medianoche, supongo. En julio ya podíamos ir allí, y sentarnos a tomar una cola y una hamburguesa o una salchicha. Era bonito. Nunca llegamos a terminarlo, porque todavía estábamos trabajando en las mejoras cuando el incendio lo consumió. Pasó a ser una especie de entretenimiento... o un modo de desafiar a Fuller, Mueller y el Concejo Municipal. Pero creo que lo reconocimos como propio cuando Ev Mccaslin y yo, un viernes por la noche, pusimos un cartel que anunciaba: "Black Spot. Compañía E. Reservado derecho de admisión". ¡Como un club exclusivo!
Quedó tan bien que los chicos blancos empezaron a cabrearse y remozaron el Club de Oficiales. Le agregaron un salón especial y una pequeña cafetería. Era como si quisieran competir con nosotros. Pero nosotros no teníamos ningún interés en competir con ellos.
Mi padre me sonrió desde su cama de hospital.
--Éramos todos jóvenes, aparte de Snopes, pero no del todo tontos. Sabíamos que los blancos te dejan competir con ellos, pero si parece que vas a sacarles ventaja, alguien te rompe las piernas para que no corras tanto. Teníamos lo que necesitábamos y con eso bastaba, pero entonces ocurrió algo.
Hizo silencio, con el entrecejo fruncido.
--¿Qué ocurrió, papá?
--Descubrimos que podíamos formar una banda de jazz bastante decente -dijo con lentitud-. Martin Devereaux, que era cabo, tocaba la batería. Ace Stevenson, la trompeta. Papá Snopes se defendía con el piano; tocaba de oído, pero era pasable. Había otro que tocaba el clarinete y George Brannock, el saxofón. De vez en cuando participaba algún otro con la guitarra, la armónica, la mandolina o hasta un peine envuelto en papel encerado.
Eso no pasó de la noche a la mañana, como comprenderás, pero hacia finales de agosto ya teníamos un conjunto de dixieland que tocaba en el Black Spot, viernes y sábados por la noche. Fueron mejorando al acercarse el otoño; nunca llegaron a ser grandes pero tocaban de un modo diferente... con más fuerza... como si...
Agitó su mano flaca por encima de las sábanas.
--Tocaban con alma -sugerí, sonriente.
--¡Eso! -exclamó él, devolviéndome la sonrisa-. ¡Lo has captado! Tocaban el dixieland con alma. Y al poco la gente de la ciudad empezó a aparecer por nuestro club. Venían algunos soldados blancos de la base. El local llegó a llenarse incluso

todos los fines de semana. Eso tampoco ocurrió de la noche a la mañana. Al principio las caras blancas parecían granos de sal en un pimentero, pero fueron acudiendo más y más con el correr del tiempo.

Cuando aparecieron esos blancos nos olvidamos de andar con prudencia. Ellos traían sus propias botellas en bolsas de papel; casi siempre eran bebidas blancas, pero de la mejor calidad, por comparación, lo que se podía conseguir en las pocilgas de la ciudad era basura. Te estoy hablando de tragos de clubes elegantes, Mikey; cosa de ricos. Chivas Regal, Glenfiddich, ese tipo de champán que sirven a los pasajeros de primera clase en los transatlánticos... Tendríamos que haber buscado el modo de pasar aquello, pero no sabíamos cómo. ¡Ellos eran de la ciudad! ¡Joder, eran blancos!

Y como te digo, éramos jóvenes y estábamos orgullosos de nuestro club. No previmos que las cosas podían torcerse. Todos sabíamos que Mueller y sus amigos estaban enterados de lo que pasaba, pero no nos dimos cuenta de que podían volverse locos. Y lo digo en serio: volverse locos. Estaban en sus grandes mansiones victorianas, en Broadway Oeste, a medio kilómetro de nosotros, que escuchábamos blues. Eso no les gustaba. Pero mucho menos les gustaba saber que sus chicos también estaban ahí, bailando junto con los negros. Porque no eran sólo los leñadores y las viejas zorras los que acudían a nuestro club. En la ciudad se puso de moda que los jóvenes vinieran a bailar al compás de esa orquesta sin nombre hasta la una de la madrugada. Y no venían sólo de Derry: también de Bangor, Newport, Haven, Cleaves Milis, Old Town y las pequeñas ciudades de la zona. Había muchachos de la Universidad de Maine que iban a bailar con sus novias. Técnicamente, por supuesto, el club era para soldados y estaba prohibido para los civiles que no tuvieran invitación. Pero de hecho, Mikey, abríamos la puerta a las siete y la dejábamos abierta hasta la una. Hacia mediados de octubre, en la pista de baile tenías que estar cadera a cadera con otras seis personas. No había lugar para bailar, así que uno se quedaba en un mismo sitio y se retorcía... pero nadie se quejó nunca. A medianoche aquello era como un vagón de carga que se sacudía en medio del tren expreso.

Hizo una pausa para beber otro sorbo de agua. Cuando prosiguió le brillaban los ojos.

--Bien. Fuller habría terminado con eso, tarde o temprano. Si hubiera sido temprano, habría muerto menos gente. Bastaba con que mandara a la policía militar para que confiscara todos los licores traídos por los parroquianos. Eso habría estado bien; era lo que él quería, en el fondo. Así podría encerrarnos sin problemas, hacernos juzgar por un tribunal militar; algunos hubiéramos acabado en la cárcel militar; otros, transferidos a otro destino. Pero Fuller era lento. Creo que temía lo mismo que nosotros: enfadar a algunas personas de la ciudad. Mueller no había vuelto a visitarlo, y creo que al mayor Fuller le daba miedo ir a la ciudad para hablar con él. Se hacía el poderoso, ese Fuller, pero tenía las agallas de un conejo.

Por eso, en vez de tendernos una trampa, con lo cual muchos de los que murieron aquella noche todavía estarían con vida, dejó que la Liga de la Decencia Blanca se hiciera cargo del asunto. Vinieron con sus sábanas blancas, a principios de noviembre, y se prepararon una parrillada.

Volvió a guardar silencio, pero esa vez no bebió agua; se limitó a mirar el rincón más alejado de su habitación, mientras un timbre sonaba suavemente fuera y una enfermera pasaba frente a la puerta abierta, haciendo chirriar levemente el linóleo. Se oía un televisor en alguna parte y una radio. Recuerdo haber oído el viento que soplaba fuera. Y aunque era pleno verano, el viento hacía un ruido frío. No sabía nada de Los cien de Caín, que emitían por televisión, ni de los Four Seasons, que cantaban Camina como hombre por la radio.

--Probablemente se reunieron en la casa de alguien, tal vez en el sótano, para ponerse las sábanas y preparar las antorchas que usaban -prosiguió, por fin.

Me han dicho que otros entraron directamente en la base por Ridgeline Road, que era la entrada principal. No voy a decir quién, pero me contaron que llegaron en un Packard, con sus sábanas blancas, sus bonetes blancos y sus antorchas. Había un puesto de control donde Ridgeline Road se desviaba de Witcham Road para entrar en la base, y el oficial de guardia los dejó pasar.

Era sábado por la noche y el local estaba atestado de gente que bailaba. Había doscientas o trescientas personas. Y llegaron esos blancos, siete u ocho, en su Packard verde botella; otros venían por entre los árboles que separaban la base de las casas elegantes de Broadway Oeste. No eran jóvenes, en su mayoría; a veces me pregunto cuántos casos de angina y úlceras sangrantes habrá habido al día siguiente. Espero que muchos. ¡Esos malditos asesinos!

El Packard estacionó en la colina y encendió dos veces los faros. Tres o cuatro hombres bajaron y se reunieron con el resto. Algunos tenían esas latas de cuatro litros que se compraban en las estaciones de servicio, llenas de gasolina. Todos llevaban antorchas. Uno de ellos se quedó al volante del Packard. Mueller tenía un Packard, ¿sabes? Ya lo creo que sí. Y era verde.

Se reunieron detrás del Black Spot y empaparon sus antorchas con gasolina. Tal vez sólo querían asustarnos. He oído otra cosa, pero también oí eso. Preferiría creer que sus intenciones eran ésas, porque no tengo maldad suficiente para creer lo peor.

Puede que la gasolina chorreara por los mangos de esas antorchas y que, al encenderlas, los que las sostenían se asustaran y las arrojaran al suelo. Como sea, aquella negra noche de otoño se encendió de pronto con luz de antorchas. Algunos las sostenían en alto y las agitaban; algunos trozos de estropajo cayeron sobre ellos. Otros reían. Pero hubo algunos que las arrojaron por las ventanas traseras, a nuestra cocina. En un minuto y medio el club ardía como un infierno.

Los hombres de fuera ya tenían puestas sus puntiagudas capuchas blancas. Algunos entonaban: "¡Salid, negros! ¡Salid, negros! ¡Salid, negros!" Algunos quizá lo decían para asustarnos, pero creo que casi todos trataban de advertirnos, así como prefiero creer que esas antorchas cayeron en nuestra cocina por casualidad.

De cualquier modo, no importaba mucho. La banda estaba tocando a pleno pulmón. Todo el mundo lanzaba exclamaciones, aplaudía y disfrutaba. Dentro, nadie se dio cuenta de que algo iba mal hasta que Gerry Mcgrew, que esa noche era ayudante de cocina, abrió la puerta de la cocina y estuvo a punto de morir quemado como por un soldador. Las llamas saltaron tres metros y le achicharraron la chaquetilla de camarero. También le quemaron casi todo el pelo.

Yo estaba sentado hacia la mitad, por el lado del oeste, con Trev Dawson y Dick Hallorann, cuando ocurrió. Al principio pensé que había estallado la cocina de gas.

No había hecho más que levantarme a medias cuando la gente que iba hacia la puerta me derribó. Veinticinco personas me pasaron por la espalda, y creo que fue la única vez, durante todo ese horror, que sentí miedo de verdad. La gente aullaba que quería salir, que el club se estaba incendiando. Pero cada vez que yo trataba de levantarme, alguien me pisoteaba otra vez. Un pie enorme me aplastó la cabeza y me hizo ver las estrellas. Se me aplastó la nariz contra aquel suelo aceitado; aspiré tierra y comencé a estornudar y toser. Otra persona me pisó la espalda, a la altura de la cintura. Sentí que un tacón alto de señora se me hincaba entre las nalgas, y te aseguro, hijo, que no quisiera recibir otro enema como ése.

Ahora parece divertido, pero estuve a punto de morir en esa estampida. Me pisotearon, me patearon y me aplastaron en tantas partes que al día siguiente no podía tenerme en pie. Aullaba, pero todos seguían pasándome por encima sin prestarme atención.

Fue Trev el que me salvó. Vi su manaza parda tendida hacia mí y me aferré a ella como un náufrago a un salvavidas. Él tiró y me sacó de allí. Alguien me plantó un pie aquí, en el cuello...

Se masajeó la zona donde la mandíbula se curva hacia la oreja. Yo asentí.

--... y me dolió tanto que por un momento me desmayé. Pero no solté la mano de Trev y él tampoco me soltó. Por fin pude ponerme en pie, justo cuando la mampara de la cocina se derrumbaba. Sonó como ¡flump!, el ruido que hacen los charcos de gasolina cuando les prendes fuego. Vi que caía entre un gran chisporroteo y que la gente se apartaba. Algunos lo consiguieron. Otros no. Uno de nuestros compañeros (creo que Hort Sartoris) quedó sepultado abajo, y por un segundo vi su mano abrirse y cerrarse bajo todas esas brasas. A una muchacha blanca de unos veinte años se le encendió la espalda del vestido. Estaba con un muchacho de la universidad y le rogó a gritos que la ayudara. Él se limitó a darle dos barridas con la mano y después corrió con los otros. Ella quedó allí, gritando, mientras el vestido ardía sobre su cuerpo.

La cocina era un infierno. Las llamas eran tan brillantes que no las podías mirar. El calor era de horno, Mikey, una parrilla. Uno sentía que la piel se le ponía lustrosa, que los pelos de la nariz se le chamuscaban.

--¡Larguémonos de aquí! -chilló Trev, y comenzó a arrastrarme a lo largo de la pared-. ¡Vamos!

Entonces Dick Hallorann lo sujetó. No tenía más de diecinueve años y miraba con ojos que parecían bolas de billar, pero no perdió la cabeza. Y él nos salvó la vida.

--¡Por allí no! -gritó-. ¡Por aquí! -Y señaló el estrado de la orquesta... justo donde estaba el fuego.

--¡Estás loco! -gritó Trevor. Tenía un vozarrón pero entre el ruido del fuego y los gritos de la gente apenas se le oía-. ¡Asate tú si quieres! ¡Willy y yo nos largamos fuera!

Todavía me tenía cogido por la mano y empezó a arrastrarme hacia la puerta, aunque ya había tanta gente arremolinada que no se la veía. Yo me sentía tan aturdido que no sabía dónde estaba el techo y dónde el suelo. Sólo sabía que no quería asarme cómo un pavo humano.

Dick sujetó a Trev por el pelo, con todas sus fuerzas. Cuando Trev se volvió hacia él, le dio una bofetada. Recuerdo que la cabeza de Trev rebotó contra la pared y yo creí que Dick se había vuelto loco. Y entonces Dick aulló:

--¡Si vas por ahí morirás! ¡Esa puerta está atascada, negro estúpido!

--¡Qué sabes tú!-le bramó Trev.

Y entonces se oyó un fuerte ¡bang!, como el de un petardo, pero era el tambor de Marty Devereaux, que había estallado por el calor. El fuego ya corría por las vigas y se estaba encendiendo el aceite del suelo.

--¡Claro que sé! -gritó Dick-. ¡Claro que sé!

Dick me tomó de la otra mano y por un momento, quedé en medio del tira y afloja. Por fin Trev echó un vistazo a la puerta y siguió a Dick. Dick nos llevó hasta una ventana y levantó una silla para romperla, pero el calor la hizo estallar antes que él. Entonces tomó a Trev Dawson por el fondillo de los pantalones y lo impulsó hacia arriba.

--¡Trepa! -le grita-. ¡Trepa, hijo de puta!

Y Trev subió, pasando de cabeza por el agujero.

Después me levantó a mí. Yo me cogí del marco de la ventana para tirar. Al otro día tenía las manos llenas de ampollas, porque esa madera ya estaba humeando. Caí de cabeza. Si Trev no me hubiera sujetado tal vez me habría roto el cuello.

Cuando nos volvimos, aquello era una pesadilla, Mikey. La ventana era sólo un cuadrado de luz amarilla y quemante. Las llamas salían por varios puntos del techo de lata. Se oían los aullidos de la gente que estaba dentro.

Vi que dos manos pardas se agitaban delante del fuego: las manos de Dick. Trev Dawson me hizo un estribo con las de él y así llegué hasta la ventana para ayudar a Dick. Cuando cargué con su peso, el estómago apoyó contra el edificio, y fue como apoyarla contra un horno. Apareció la cara de Dick; por unos segundos creí que no podríamos sacarlo. Había respirado un montón de humo y estaba a punto de desmayarse. Tenía los labios partidos y la espalda de la camisa le ardía.

Y entonces estuve a punto de soltarlo, porque me llegó el olor de la gente que se quemaba dentro. Algunos dicen que el olor de carne humana chamuscada es como el de costillas de cerdo asadas, pero no es así. Es parecido a lo que se huele cuando terminan de castrar potros. Encienden un buen fuego y arrojan todo eso allí, y cuando el fuego se aviva se oye que las pelotas de caballo revientan como castañas, y así huele la gente cuando empieza a cocinarse dentro de la ropa. Olí eso y comprendí que no iba a soportar mucho tiempo, así que tiré una vez más con fuerza, y Dick salió. Había perdido un zapato.

Perdí apoyo en las manos de Trev y caí. Dick cayó encima de mí. ¡Ese negro piojoso tenía una cabeza muy dura! Quedé casi sin aliento por unos segundos, rodando y sujetándome la barriga.

Al fin pude ponerme de rodillas y luego de pie. Y entonces vi esas figuras que corrían hacia la arboleda. Al principio creí que eran fantasmas; después les vi los zapatos. Por entonces había tanta luz alrededor del Black Spot que parecía de día. Vi los zapatos y comprendí que eran hombres enfundados en sábanas. Uno de ellos había quedado algo rezagado. Y vi que...

Dejó la frase inconclusa, humedeciéndose los labios.

--¿Qué viste, papá? -pregunté.

--No importa -dijo-. Dame agua, Mikey.

Se la di. El bebió y tuvo un acceso de tos. Una enfermera que pasaba asomó la cabeza y dijo:
--¿Necesita algo, señor Hanlon?
--Un juego de intestinos nuevos -dijo mi padre-. ¿Tiene alguno a mano, Rhoda?
Ella le dedicó una sonrisa nerviosa y vacilante, antes de seguir de largo. Mi padre me entregó el vaso y yo lo puse sobre la mesa.
--Lleva más tiempo contar que recordar. ¿Vas a llenarme otra vez el vaso antes de irte?
--Claro, papá.
--¿Esta historia va a darte pesadillas, Mikey?
Abrí la boca para mentir, pero lo pensé mejor. Y ahora pienso que, si hubiera mentido, él se habría interrumpido allí mismo. Por entonces estaba muy perdido, pero quizá no tanto.
--Creo que sí -dije.
--Eso no es tan malo. En las pesadillas podemos pensar lo peor. Supongo que para eso son.
Alargó la mano y yo la tomé. Así estuvimos mientras él terminaba.
--Me volví a tiempo para ver a Trev y Dick, que iban hacia el frente del edificio; corrí tras ellos, aún tratando de recobrar el aliento. Había cuarenta o cincuenta personas allí fuera; algunas lloraban, otras vomitaban, las había gritando y haciendo las tres cosas al mismo tiempo. Algunos yacían en el pasto, desmayados por el humo. La puerta estaba cerrada y se oían alaridos al otro lado; la gente aullaba pidiendo salir, por el amor de Dios, que estaban quemándose.
Era la única puerta, aparte de la que comunicaba la cocina con el trastero. Para entrar había que empujar la puerta. Para salir se tiraba de ella. Algunas personas habían salido; después, la misma gente empezó a apelotonarse y a empujar contra la puerta, que se cerró. Los que estaban atrás seguían empujando para alejarse del fuego y todo el mundo quedó atascado. Los de delante quedaron aplastados. No había modo de abrir esa puerta contra el peso de todos los que empujaban. Allí estaban, atrapados, mientras el incendio rugía.
Fue Trev Dawson quien hizo que murieran sólo unos ochenta, en vez de doscientos, y por su esfuerzo no le dieron una medalla sino dos años en la prisión militar de Rye. Porque en ese momento se acercó un camión grande y viejo, conducido por mi viejo amigo el sargento Wilson, el dueño de todos los agujeros de la base.
Baja y empieza a vociferar órdenes incongruentes y que, de cualquier modo, la gente no podía oír. Trev me tomó del brazo y corrimos hacia él. Yo había perdido de vista a Dick Hallorann, por entonces; ni siquiera lo vi hasta el día siguiente.
--¡Necesito este camión, sargento! -le chilla Trevor a la cara.
--No me estorbes, negro piojoso -dice Wilson, y lo empuja. Y sigue gritando todas esas tonterías confusas. Nadie le prestaba atención, pero de cualquier modo no le duró mucho, porque Trevor dawson lo tumbó de un puñetazo.
Trev podía pegar muy fuerte; cualquier otro hombre habría quedado en el suelo, pero ese idiota tenía una cabeza dura. Se levantó, chorreando sangre por la nariz y la boca, y dijo:
--Te voy a matar, negro cabrón.

Trev le atizó en el estómago y, mientras él se doblaba en dos, yo junté las manos y lo golpeé en la nuca con tanta fuerza como pude. Era cosa de cobardes golpear a un hombre por la espalda, pero los momentos desesperados exigen medidas desesperadas Y mentiría, Mikey, si no te dijera que fue un placer hacerlo.

Cayó como un venado bajo el hacha. Trev corrió al camión, lo puso en marcha y lo llevó hasta quedar frente al Black Spot, a la izquierda de la puerta. Puso la primera, pisó el acelerador y ¡adelante!

--¡Apartaos! -grité a la multitud que estaba alrededor-. ¡Cuidado con el camión!

Salieron desperdigados como codornices, y por puro milagro Trev no atropelló a nadie. Chocó contra el edificio a cuarenta kilómetros por hora y se estrelló de cara contra el volante del camión. Vi que despedía sangre por la nariz cuando sacudió la cabeza para despojarse. Puso marcha atrás, retrocedió cincuenta metros y se lanzó otra vez. ¡Wam!

El Black Spot era sólo lata corrugada, y bastó con esa segunda embestida. Se derrumbó todo el costado de aquel horno y las llamas salieron bramando. No me explico cómo alguien pudo sobrevivir en ese infierno, pero sí, así fue. La gente es mucho más dura de lo que parece, Mikey, y si no me crees fíjate en mí, que estoy cogido al mundo sólo con las uñas. Ese lugar era un horno de fundición, un mar de llamas y humo, pero la gente salía corriendo en un torrente. Eran tantos que Trev ni siquiera se atrevió a retroceder con el camión, por miedo a atropellar a algunos. Así que bajó y se me acercó corriendo, dejando el vehículo allí.

Nos quedamos viendo el final de todo. En total no habían pasado ni cinco minutos, pero parecía una eternidad. Los últimos diez o doce salieron en llamas. La gente los sujetaba y los hacía rodar por tierra, tratando de apagarlos Al mirar hacia dentro, vimos que otros trataban de salir y comprendimos que no podrían.

Trev me cogió de la mano y yo se la apreté con fuerza. Y así nos quedamos, de la mano, como tú y yo en este momento, Mikey, él con la nariz partida, la sangre corriéndole por la cara y los ojos tan hinchados que se le estaban cerrando. Mirábamos a la gente. Ellos fueron los verdaderos fantasmas, sólo brasas con forma de hombres y mujeres intentando alcanzar la abertura que Trev había abierto con el camión del sargento Wilson. Algunos estiraban las manos, como si esperaran que alguien los rescatara. Otros caminaban, nada más, hacia ninguna parte. Tenían la ropa en llamas y la cara empapada. Uno tras otro fueron cayendo y no se los vio más.

La última fue una mujer. Se le había quemado el vestido encima y sólo tenía la braga. Ardía como una vela. En el último segundo pareció mirarme a los ojos; entonces vi que tenía los párpados en llamas.

Cuando ella cayó, terminó todo. El edificio se convirtió en una columna de fuego. Cuando llegaron los coches de bomberos de la base y otros dos del cuartel de Main Street, ya estaba casi consumido. Así fue el incendio del Black Spot, Mikey.

Bebió el resto del agua y me dio el vaso para que lo llenara en el surtidor del pasillo.

--Creo que esta noche mojaré la cama, Mikey.

Lo besé en la mejilla y fui al pasillo para llenarle el vaso. Cuando volví, estaba otra vez absorto, con los ojos vidriosos y contemplativos. Dejé el vaso en la mesilla de noche y él murmuró "gracias". El reloj de su mesilla marcaba casi las ocho. Hora de volver a casa.

Me incliné para darle un beso de despedida... pero en cambio me oí susurrar:
--¿Qué viste?
Sus ojos, que se estaban cerrando, se levantaron apenas. Tal vez sabía que era yo; tal vez creía estar oyendo la voz de sus propios pensamientos.
--¿Humm?
--Qué viste -susurré. No quería oír, pero tenía que oír. Tenía calor y frío al mismo tiempo, me ardían los ojos, las manos se me congelaban. Pero tenía que oír. Como la mujer de Lot tuvo que volverse a mirar la destrucción de Sodoma.
--Era un ave -dijo él-. Arriba, sobre los últimos hombres que corrían. Un halcón, tal vez. Pero grande. Nunca se lo conté a nadie. Me habrían encerrado. Ese pájaro tenía unos veinte metros de ala a ala. El tamaño de un Zero japonés. Pero vi... vi sus ojos... y creo... que me vio.
Ladeó la cabeza hacia la ventana, de donde venía la oscuridad.
--Se lanzó en picado y cogió al último hombre. Lo agarró por la sábana... y oí sus alas cuando se lo llevaba... Era un ruido como de fuego... y se quedó suspendido en el aire, como los helicópteros... Y yo pensé: "Los pájaros no pueden hacer eso." Pero ése podía, porque... porque...
Quedó en silencio.
--¿Por qué, papá? -susurré-. ¿Por qué podía quedarse suspendido en el aire?
--No estaba suspendido en el aire -musitó él.
Lo miré, pensando que ahora sí, se había dormido. Nunca en mi vida había sentido tanto miedo... porque, cuatro años antes, yo había visto a ese pájaro. De algún modo inimaginable, tenía esa pesadilla casi olvidada. Fue mi padre el que la volvió a mí.
--No estaba suspendido en el aire -dijo mi padre medio entre sueños-. Flotaba... Flotaba. Tenía grandes manojos de globos atados en cada ala y flotaba...

1 de marzo de 1985.

Ha vuelto otra vez. Ahora lo sé. Esperaré, pero en el fondo estoy seguro. No sé si podré soportarlo. Siendo niño pude defenderme, pero los niños son diferentes. Muy diferentes.
Anoche escribí todo eso en una especie de frenesí; de cualquier modo, no habría podido volver a mi casa. Derry se ha cubierto con una gruesa capa de hielo y, aunque esta mañana ha salido el sol, nada se mueve.
Escribí hasta pasadas las tres de la mañana, tratando de sacármelo todo. Había olvidado ese gigantesco pájaro visto a los once años. Fue la historia de mi padre lo que me hizo recordar... y ya nunca volví a olvidarlo. En ningún detalle. En cierto modo, creo que fue el último regalo que me hizo. Un regalo espantoso, pero también maravilloso, a su modo.
Dormí allí donde estaba con la cabeza apoyada en los brazos, el bolígrafo y el cuaderno en la mesa, frente a mí. Esta mañana desperté con el trasero entumecido y dolor de espalda, pero sintiéndome libre de algún modo, purgado de esa vieja historia.
Y entonces comprobé que por la noche, mientras dormía, había tenido visitas.

Las huellas, al secarse, habían dejado leves impresiones lodosas; iban desde la puerta de la calle (que cerré con llave; siempre la cierro con llave) hasta el escritorio en que dormí.

No había huellas que salieran.

Sea lo que fuere, vino a mí en la noche, dejó su talismán... y después simplemente desapareció.

Atado a mi lámpara de lectura había un solo globo, lleno de helio, que flotaba en un rayo de sol matinal inclinado diagonalmente desde una de las altas ventanas.

En su superficie tenía un retrato mío, sin ojos, con sangre que corría desde las cuencas destrozadas y un grito distorsionando la boca sobre la piel de goma.

Al mirarlo grité. El grito levantó ecos en toda la biblioteca respondiendo, vibrando en la escalera de caracol metálica que lleva a las estanterías.

El globo reventó con una fuerte explosión.

Tercera parte. Adultos.

El descenso
hecho de desesperaciones
y sin logros
realiza un nuevo despertar
que es un reverso
de la desesperación.
Por lo que no podemos lograr, lo que
se niega al amor
lo que hemos perdido en la anticipación...
sigue un descenso,
infinito e indestructible.
William Carlos Willians, Paterson.

¿No tienes ganas de volver a casa ahora?
¿No tienes ganas de volver a casa?
Todos los hijos de Dios se cansan de vagabundear.
¿No tienes ganas de volver a casa?
¿No tienes ganas de volver a casa?
Joe South.

X. La reunión.

1. Bill Dembroug coge un taxi.

El teléfono lo arrancó de un sueño demasiado profundo para soñar. Lo buscó a tientas, sin abrir los ojos, sin despertar del todo. Si hubiera dejado de sonar en ese momento, él habría podido volver a dormir sin pausa, tan fácil y simplemente como antes se deslizaba por las colinas nevadas del parque Mccarron, en su Flexible Flyer. Uno corría con el trineo, se arrojaba en él y volaba hacia abajo a la

velocidad del sonido. De mayor ya no se puede hacer eso, podrías romperte el espinazo.
Sus dedos se movieron por el disco del teléfono, resbalaron y volvieron a trepar. Tuvo la vaga premonición de que era Mike Hanlon; Mike Hanlon, que lo llamaba desde Derry para decirle que debía volver, que debía recordar, que habían hecho una promesa, que Stan Uris les había cortado las palmas con un fragmento de botella y que todos habían hecho una promesa...
Pero todo eso ya había ocurrido.
Bill había llegado el día anterior, ya avanzada la tarde, poco antes de las seis. Era de suponer que, si Mike lo había llamado el último, todos ellos habrían llegado a diversas horas; hasta era probable que alguno hubiera pasado allí la mayor parte del día. Por su parte, no había visto a ninguno, no sentía ninguna prisa por verlos. Después de registrarse en el hotel subió a su habitación y pidió que le subieran la comida; una vez que la tuvo ante sí, descubrió que no podía comer. Luego se había dejado caer en la cama para dormir sin sueños hasta ese momento.
Abrió un ojo y buscó torpemente el teléfono. Su mano cayó en la mesilla y él siguió tanteando mientras abría el otro ojo. Sentía la cabeza totalmente en blanco, totalmente desconectada, como si estuviera funcionando a pilas.
Por fin logró levantar el auricular. Se incorporó sobre un codo y se lo puso contra el oído.
--¿Sí?
--¿Bill?
Era la voz de Mike Hanlon; al menos, en eso había acertado. Una semana atrás no recordaba a Mike en absoluto, pero ahora bastaba una palabra para identificarlo. Era maravilloso... pero de un modo aciago.
--Sí, Mike.
--Te he despertado, ¿no?
--No importa. -En la pared, sobre el televisor, había una pintura de pescadores de langostas con impermeables amarillos y sombreros de lluvia tendiendo trampas. Al mirarlo, Bill recordó dónde estaba, en el Town House de Derry, el hotel de Main Street. Unos ochocientos metros más allá, cruzando la calle, estaba el parque Bassey, el puente de los Besos, el canal-. ¿Qué hora es, Mike?
--Diez menos cuarto.
--¿De qué día?
--Treinta. -Mike parecía divertido.
--Sí. Claro.
--He organizado una pequeña reunión -dijo Mike.
--¿Sí? -Bill sacó las piernas de la cama-. ¿Han llegado todos?
--Todos, menos Stan Uris -dijo Mike. De pronto había en su voz un matiz extraño-. La última fue Bev. Llegó anoche, ya tarde.
--¿Por qué dices que es la última, Mike? Stan podría llegar hoy.
--Stan ha muerto, Bill.
--¿Qué? ¿Cómo? ¿Acaso el avión...?
--Nada de eso -dijo Mike-. Mira, si no te importa, creo que deberíamos esperar a estar juntos. Sería mejor contarlo a todos al mismo tiempo.
--¿Tiene algo que ver con esto?

--Sí, eso creo. -Mike hizo una breve pausa-. Estoy seguro.
Bill sintió el peso familiar del miedo que se instalaba otra vez en torno a su corazón. Entonces, uno se acostumbraba tan pronto a eso. ¿O lo había llevado siempre consigo, sin sentirlo, sin pensar, como el hecho inevitable de su propia muerte?
Buscó sus cigarrillos, encendió uno y apagó la cerilla con la primera bocanada.
--¿Ayer no se reunió nadie?
--No... no lo creo.
--Y tú aún no has visto a ninguno de nosotros.
--No, sólo os he hablado por teléfono.
--De acuerdo -dijo Bill-. ¿Dónde se hace la reunión?
--¿Recuerdas la vieja fundición?
--Por supuesto. En Pastare Road.
--Estás atrasado, amigo. Ahora se llama Mail Road. Tenemos la tercera galería comercial de este estado. "Cuarenta y ocho tiendas diferentes bajo un mismo techo, para su comodidad al comprar."
--Suena muy n-n-norteamericano, sí.
--¿Bill?
--¿Qué?
--¿Estás bien?
--Sí.
Pero su corazón palpitaba locamente y el extremo del cigarrillo le temblaba. Había tartamudeado. Mike lo sabía. Hubo un momento de silencio. Luego Mike dijo:
--Pasando la galería hay el restaurante Jade Oriental. Tienen salas privadas para grupos. Ayer reservé una. Podemos ocuparla toda la tarde.
--¿Crees que tardaremos tanto?
--No lo sé.
--Si cojo un taxi, ¿sabrá llevarme?
--Por supuesto.
--¿Terreno neutral? -sugirió Bill.
--Sí, supongo que es eso.
--¿La comida es buena?
--No lo sé. ¿Cómo estás de apetito?
Bill soltó una bocanada de humo y una risa mezclada con tos.
--No muy bien, amigo.
--Sí, ya te oigo -dijo Mike.
--¿A mediodía?
--Alrededor de la una. Dejemos que Beverly duerma un poco más.
Bill apagó el cigarrillo.
--Bueno -dijo Bill y anotó el nombre del restaurante en el bloc que había junto al teléfono-. ¿Por qué allí?
--Porque es nuevo, supongo -dijo Mike-. Me pareció...
--¿Se casó?
Mike volvió a vacilar.
--Ya nos pondremos al día con todo -dijo.

--Como cuando uno vuelve a la reunión de la secundaria, diez años después, ¿no? -comentó Bill-. Hay que ver quién engordó, quién está calvo, quién tiene hij-j-jos.
--Ojalá fuera eso -dijo Mike.
--Sí, Mikey, ojalá.
Colgó el teléfono. Se dio una larga ducha y pidió un desayuno que no deseaba. Apenas lo probó. No, su apetito no andaba nada bien.
Bill llamó a la Compañía de Taxis Big Yellow y pidió que pasaran a recogerlo a la una menos cuarto pensando que quince minutos sería tiempo más que suficiente para llegar a Pastare Road (le era totalmente imposible llamarlo Mail Road). Pero había subestimado el atasco de tráfico a la hora de comer... y lo mucho que Derry había crecido.
En 1958 Derry era sólo una pequeña ciudad con unos treinta mil habitantes entre los límites del municipio y otros siete mil en los suburbios.
Ahora se había convertido en una ciudad importante, pequeña todavía, comparada con Londres o Nueva York, pero próspera, considerando el nivel de Maine, donde Portland, la ciudad más grande del estado, apenas podía jactarse de contar con trescientas mil almas.
Mientras el taxi avanzaba lentamente por Main Street ("Ahora vamos sobre el canal -pensó Bill-; no se lo ve, pero está allí abajo, corriendo en la oscuridad") y luego tomaba por Center, su primer pensamiento fue bastante predecible: cuánto había cambiado todo. Pero el pensamiento predecible vino acompañado de un profundo horror inesperado. Recordaba su niñez como un tiempo nervioso, lleno de temores, no sólo por el verano de 1958, en que siete de ellos se habían enfrentado al terror, sino por la muerte de George, el profundo sueño en que sus padres parecían haber caído después de esa muerte, las burlas por su tartamudez, Bowers, Huggins y Criss, que los perseguían continuamente tras la pelea a pedradas en Los Barrens
(Bowers, Huggins y Criss, oh, cielos. Bowers, Huggins y Criss, oh cielos)
y la simple sensación de que Derry era fría, de que Derry era dura, de que a Derry le importaba un cuerno si ellos vivían o morían y, mucho menos, si triunfaban o no sobre el Payaso Pennywise. Los habitantes de Derry llevaban mucho tiempo viviendo con Pennywise, con todos sus disfraces... y tal vez, de algún modo descabellado, habían llegado a comprenderlo. A tenerle simpatía, a necesitarlo. ¿A quererlo? Tal vez. Sí, tal vez eso también.
Entonces, ¿por qué ese horror?
Tal vez porque el cambio, de algún modo, parecía muy opaco. O porque Derry parecía haber perdido, para él, su rostro esencial.
El Teatro Bijou había desaparecido reemplazado por un aparcamiento ("Sólo para personas autorizadas", anunciaba el cartel sobre la rampa. "Se avisa grúa"). El Shoboat y el comedor de Bailley, los locales vecinos, también habían desaparecido dejando lugar a una sucursal del Northern National Bank. De la endeble estructura de hormigón en bloque sobresalía un indicador digital que marcaba la hora y la temperatura en grados Fahrenheit y Celsius. La farmacia Center, cubil del señor Keene, el sitio donde Bill había comprado el medicamento para el asma de Eddie, tampoco estaba. El callejón de Richard se había convertido en un extraño híbrido llamado "minigalería". Cuando el taxi se detuvo

ante un semáforo en rojo, Bill miró dentro y pudo ver una tienda de discos, una casa de productos dietéticos y un local de juguetes y juegos electrónicos que anunciaba una liquidación de piezas de Scalectrix.
El taxi reanudó la marcha con una sacudida.
--Vamos a tardar un rato -dijo el conductor-. Me gustaría que todos estos malditos bancos desaparecieran. Perdone mi lengua, si usted es religioso.
--Está bien -dijo Bill. Fuera estaba muy nublado. En ese momento, unas gotas de lluvia golpearon el parabrisas. La radio murmuraba algo sobre un paciente fugado de un asilo para enfermos mentales, que parecía muy peligroso, después siguió murmurando sobre los Red Sox que de peligrosos no tenían nada. Chaparrones aislados, después aclarando. Cuando Barry Manilow empezó a gemir por mandy, que venía y daba sin tomar nada, el taxista apagó la radio.
--¿Cuándo los construyeron?
--¿A los bancos?
--Sí.
--A finales de los años sesenta o principios de los setenta, casi todos -dijo el taxista. Era un hombre grande de cuello enrojecido. Llevaba una cazadora a cuadros rojos y negros y una gorra color naranja fosforescente en la cabeza-. Consiguieron ese dinero para renovación y lo usaron para derribar todo. Vinieron los bancos. Creo que eran los únicos que podían venir. Menuda porquería, ¿no? Renovación urbana, lo llaman. Renovación, una mierda, digo yo. Y perdone mi lengua, si usted es religioso. Se habló mucho de que iban a revitalizar el centro de la ciudad. ¡Ja, bonita revitalización! Derribamos casi todos los negocios de antes y pusieron un montón de bancos y aparcamientos. Y nadie encuentra un mísero sitio para aparcar. Habría que colgar a todo el Concejo Municipal de los cojones, eso es lo que habría que hacer. Menos a esa mujer, la Polock, que también es concejal. A ella habría que colgarla de las tetas. Aunque, creo que no tiene. Es más lisa que una tabla, hija de puta. Y perdone mi lengua, si usted es religioso.
--En realidad, soy religioso -dijo Bill, sonriente.
--Entonces le conviene bajarse de mi taxi y meterse en la iglesia, joder -dijo el taxista.
Y los dos prorrumpieron en una carcajada.
--¿Hace mucho que vive aquí? -preguntó Bill.
--Toda la vida. Nací en el Hospital Municipal y me enterrarán en el cementerio de Monte Esperanza.
--Ya -comentó Bill.
El taxista carraspeó, bajó la ventanilla y escupió al aire lluvioso un escupitajo verdoso. Su actitud era de sombrío buen humor.
--El que recoja eso no tendrá que comprar chicles por una semana, joder. Y perdone mi lengua si usted es religioso.
--No todo ha cambiado -dijo Bill. El deprimente desfile de bancos y aparcamientos se iba deslizando hacia atrás a medida que ascendían por Center. Más allá de la colina y pasando por el First National Bank, cobraron cierta velocidad-. El Aladdin todavía está.
--Psé -reconoció el taxista-. Pero se salvó por los pelos. Los muy hijos de puta querían tirarlo abajo.
--¿Para hacer otro banco? -preguntó Bill.

Una parte de él descubría, divertida, que la otra parte se horrorizaba ante la idea. No podía creer que nadie en su sano juicio quisiera derribar esa majestuosa cúpula, con su centelleante araña de cristal, sus curvas escalinatas y su elefantiásico telón que no se limitaba a abrirse cuando empezaba el espectáculo, sino que se elevaba en mágicos pliegues, pinzas y drapeados, todo iluminado desde abajo en tonos de rojo, azul, amarillo y verde, mientras las poleas, arriba, gruñían y repiqueteaban. "El Aladdin noexclamaba esa horrorizada parte de él-. ¿Cómo pudieron siquiera pensar en derribar el Aladdin para hacer un banco?"

--Claro, un banco -dijo el taxista-. Ha acertado, señor. Era el Mercantil de Penobscot el que le había echado el ojo, los muy bastardos (perdone mi lengua, si es religioso) querían tirarlo abajo y hacer una "galería bancaria", como decían ellos. Ya tenían todos los papeles tramitados y el Aladdin estaba clausurado. Entonces un grupo de gente formó un comité, toda gente que vivía aquí desde hacía mucho, y presentaron peticiones, hicieron manifestaciones y gritaron hasta que hubo una asamblea pública. Y Hanlon les dio una buena patada en el culo a los del Mercantil.

El taxista parecía satisfecho.

--¿Hanlon? -preguntó Bill, sobresaltado-. ¿Mike Hanlon?

--Exacto -afirmó el taxista. Se volvió por un momento para mirar a Bill, descubriendo una cara redonda y mofletuda, con gafas de carey que tenían viejas motas de pintura blanca en las patillas-. El bibliotecario. Un negro. ¿Lo conoce?

--Lo conocía -dijo Bill, recordando cómo había conocido a Mike en julio de 1958.

Había sido por Bowers, Huggins y Criss, otra vez, por supuesto. Bowers, Huggins y Criss

(oh, cielos)

por todas partes, desempeñando su propio papel, como inconscientes grapas que los habían unido a los siete.

--Jugábamos juntos, de niños -agregó-. Antes de que yo me fuese.

--Vaya, mire por dónde -dijo el taxista-. Qué pequeño es este mundo de mierda, perdone...

--... mi lengua si usted es religioso-terminó Bill, al unísono.

--Mire por dónde -repitió el taxista, cómodamente. Viajaron en silencio un rato, antes de que él dijera-: Derry ha cambiado mucho. Pero sí, muchas cosas siguen como antes. El Town House, donde lo recogí. La torre-depósito en el Memorial Park. ¿Se acuerda de ese lugar, señor? Cuando éramos pequeños decíamos que estaba hechizado.

--Lo recuerdo.

--Mire, allí está el hospital. ¿Lo reconoce?

A la derecha se veía el hospital Municipal de Derry. Detrás de él corría el Penobscot, hacia su encuentro con el Kenduskeag. Bajo el lluvioso cielo de primavera, el río tenía el color opaco del peltre. El hospital que Bill recordaba (un edificio de madera blanca, con dos alas y tres plantas) aún estaba allí, pero rodeado y empequeñecido por un complejo de edificios que sumaban quizá una docena. A la izquierda había un aparcamiento con más de quinientos coches. según su cálculo.

--¡Por Dios, eso no es un hospital! ¡Parece el recinto de una universidad, coño! -exclamó Bill.

El conductor rió entre dientes.
--Como no soy religioso, le perdono su lengua. Sí, ya es casi tan grande como el de Bangor. Tienen laboratorio de radiología, centro de terapia, seiscientas habitaciones, lavandería propia y sabe Dios qué más. El viejo hospital sigue allí, pero ahora sólo como administración.
Bill sintió una extraña sensación de desdoblamiento, la misma que recordaba haber sentido al ver la primera película tridimensional: tratar de unir dos imágenes que no coincidían. Uno podía engañar la vista y el cerebro para que lo hicieran, pero podía terminar con un buen dolor de cabeza... y en ese momento sintió que le venía uno. La nueva Derry, sí. Pero la vieja Derry aún estaba allí, como el edificio de madera del hospital. La vieja Derry estaba casi toda sepultada bajo las construcciones nuevas... pero la vista se sentía irremediablemente atraída hacia ella, la buscaba.
--Las vías del ferrocarril deben de haber desaparecido, ¿no? -preguntó Bill.
El taxista volvió a reír, encantado.
--Considerando que se marchó cuando era niño, señor, tiene buena memoria. -Bill pensó: "Si me hubieras visto la semana pasada, amigo"-. No quedan más que ruinas y vías herrumbradas. Ni siquiera los mercancías se detienen aquí. Un tío quería comprar el terreno para poner una especie de parque de diversiones, con tiro al blanco, minigolf, frontones para pelota, kartings y un local con juegos de video y qué sé yo qué más. Pero hubo lío con los propietarios del terreno. Por el momento está todo en los tribunales.
--Y el canal -murmuró Bill, cuando giraban hacia Pastare Road que, tal como Mike había dicho, estaba señalizado con un letrero verde que rezaba: "Mall Road"-. El canal todavía está aquí.
--Ya -dijo el taxista-. Creo que ése va a estar siempre.
Ahora Bill tenía a su izquierda la galería de Derry. Al pasar junto a ella volvió a sentir esa extraña sensación de desdoblamiento. En su infancia, todo eso había sido un largo campo lleno de pastos y gigantescos girasoles bamboleantes que marcaba el extremo nordeste de Los Barrens. Por atrás, hacia el oeste, estaban los bloques de Old Cape para gente de bajos recursos. Recordaba haber explorado ese campo con cuidado de no caer en el sótano abierto de la fundición Kitchener que había estallado el domingo de Pascua de 1906. Ese lote estaba lleno de reliquias que ellos habían desenterrado con el solemne interés de arqueólogos que investigaran ruinas egipcias: ladrillos, cazos, trozos de hierro con candados herrumbrosos, trozos de vidrio, botellas llenas de un engrudo que olía como el peor de los venenos. Allí cerca había pasado algo malo, en el foso de grava próximo al vertedero, pero aún no lo recordaba. Sólo recordaba un nombre, Patrick Humboldt, y que se relacionaba con una nevera. Y algo sobre un pájaro que había perseguido a Mike Hanlon. ¿Qué...?
Sacudió la cabeza. Fragmentos inconexos. Eso era todo.
El campo había desaparecido, junto con los restos de la fundición. Bill recordó súbitamente la gran chimenea de la fundición revestida de azulejos, ennegrecida de hollín en los últimos tres metros, tendida en la hierba alta como una tubería gigantesca. De algún modo habían trepado para caminar por ella, con los brazos extendidos como equilibristas en la cuerda floja, riendo...

Sacudió la cabeza para expulsar el espejismo de la galería, un grupo de edificios con letreros de "Sears, J. C. Penney, Woolworth, Cvs, York Steak House y Libros Walden". Había caminos que entraban a los aparcamientos y salían de ellos. La galería seguía allí porque no era un espejismo. La fundición Kitchener ya no existía, ni tampoco la hierba que crecía entre sus ruinas. La realidad era la galería, no los recuerdos.

Pero él, por algún motivo, no pudo creer eso.

--Bueno, aquí estamos, señor -dijo el taxista, entrando en el aparcamiento de un edificio que parecía una gran pagoda de plástico-. Un poco tarde, pero mejor tarde que nunca, ¿no?

--Claro que sí -dijo Bill, entregando un billete de cinco dólares al taxista-. Quédese con el cambio.

--¡Gracias! -exclamó el taxista-. Si necesita que alguien lo lleve, llame a Big Yellow y pregunte por Dave. Ése soy yo.

--Preguntaré por el taxista religioso -dijo Bill, sonriente- El que ya tiene su parcela elegido en Monte Esperanza.

--Eso -repuso Dave, riendo-. Que lo pase bien, señor.

--También usted, Dave.

Se detuvo un momento bajo la lluvia ligera y observó al taxi que se alejaba. Había olvidado hacer una pregunta al taxista tal vez a propósito. Su intención había sido preguntar a Dave si le gustaba vivir en Derry.

Bill Denbrough giró

Oriental. En el vestíbulo estaba Mike Hanlon, sentado en una silla de mimbre de respaldo ancho. Se levantó y Bill tuvo la sensación de que una honda irrealidad se abatía sobre él... atravesándolo. La sensación de desdoblamiento estaba allí otra vez.

Él recordaba a un chico de un metro cincuenta y siete, poco más o menos, delgado y ágil. Ante él tenía a un hombre que llegaba al metro setenta, muy delgado. La ropa parecía colgar de su cuerpo. Y las arrugas de su cara decían que estaba al final de los cuarenta. El espanto de Bill debió reflejársele en la cara, porque Mike dijo:

--Conozco mi aspecto.

Bill enrojeció.

--No es para tanto, Mike. Es que te recuerdo de niño, nada más.

--¿Nada más?

--Pareces un poco cansado.

--Estoy un poco cansado -dijo Mike-, pero ya me pasará. Supongo.

Entonces sonrió y la sonrisa le iluminó la cara. Bill vio al niño que había conocido veintisiete años antes. Así como el viejo hospital había sido ahogado por el hormigón armado y el vidrio, así el niño que Bill conociera había sido ahogado por los accesorios inevitables de la edad adulta. Tenía arrugas en la frente, surcos en las comisuras de la boca que le llegaban casi a la barbilla y el pelo se le estaba agrisando sobre las orejas. Pero así como el viejo hospital, aunque sofocado, seguía estando allí, así también estaba el niño que Bill conocía.

Mike alargó la mano.

--Bienvenido a Derry, Gran Bill.

Bill, sin prestar atención a la mano, abrazó a Mike. Su amigo le devolvió el abrazo con firmeza.
--Nosotros nos ocuparemos de lo que va mal, Mike, sea lo que sea -dijo Bill. Oyó en su garganta el sonido áspero de las lágrimas, pero no le importó-. Ya lo derrotamos una vez. Pp-podemos hacerlo otra v-v-vez.
Mike se apartó, sujetándolo con los brazos estirados; aunque seguía sonriendo había demasiado brillo en sus ojos. Sacó un pañuelo y se los enjugó.
--Claro, Bill -dijo-. Seguro.
--¿Quieren seguirme, caballeros? -preguntó la mujer.
Era una sonriente oriental que vestía un delicado kimono rosa con un dragón de cola enroscada. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño sobre la cabeza y sujeto con peinetas de marfil.
--Podemos ir solos, Rose -dijo Mike.
--Muy bien, señor Hanlon. -Les sonrió a ambos-. Creo que les une una buena amistad.
--Creo que sí -dijo Mike-. Por aquí, Bill.
Lo condujo por un corredor en penumbras, más allá del comedor principal, hacia una puerta donde pendía una cortina de cuentas.
--¿Los otros...? -empezó Bill.
--Ya están todos aquí-dijo Mike-. Todos los que pudieron venir.
Bill vaciló ante la puerta por un momento, súbitamente asustado. No era lo desconocido lo que le asustaba, no era lo sobrenatural; era saber que medía treinta centímetros más que en 1958 y que había perdido la mayor parte de su pelo. De pronto se sintió intranquilo, casi aterrorizado, ante la perspectiva de verlos a todos otra vez, con las caras de niño casi gastadas, casi sepultadas bajo el cambio, como el viejo hospital. Bancos erigidos dentro de cabezas donde, en otros tiempos, se elevaron mágicos palacios de imágenes.
"Hemos crecido -pensó-. No pensamos que pasaría esto en aquel entonces. A nosotros no. Pero así fue y si entro será realidad. Ahora todos somos adultos."
Miró a Mike, desconcertado.
--¿Que aspecto tienen? -se oyó preguntar con voz insegura-. Mike... ¿qué aspecto tienen?
--Entra y lo sabrás -respondió Mike con amabilidad.
Y condujo a Bill al interior de la pequeña sala privada.

2. Bill Denbrough echa un vistazo.

Quizá fue la penumbra de la habitación lo que provocó la ilusión que duró sólo un brevísimo instante, pero Bill se preguntaría, más tarde, si había sido una especie de mensaje dirigido a él: que el destino también podía ser bondadoso.
En ese breve instante él tuvo la sensación de que ninguno de ellos había crecido, de que sus amigos habían actuado como Peter Pan y aún eran niños.
Richie Tozier se había echado atrás en su silla, balanceándola contra la pared y estaba diciendo algo a Beverly Marsh, que tenía una mano sobre la boca para disimular una risita. Richie tenía una sonrisa de bromista perfectamente familiar. Y allí estaba Eddie Kaspbrak, sentado a la izquierda de Beverly. En la mesa, frente a

él, junto al vaso de agua, había un frasco de plástico con una especie de culata en la parte alta. Los accesorios eran más artísticos, pero la finalidad seguía siendo, obviamente, la misma: se trataba de un inhalador. Sentado a una cabecera de la mesa, observando al trío con expresión de ansiedad, diversión y concentración, estaba Ben Hanscom.

Bill descubrió que su mano se le iba a la cabeza y se dio cuenta, con melancólica diversión, que había estado a punto de frotarse la calva para ver si el pelo le había vuelto por arte de magia, ese pelo rojo, fino, que había empezado a perder antes de abandonar la universidad.

Eso quebró la burbuja: Richie no tenía gafas, notó, y pensó: "Probablemente lleva lentillas. Es lógico. Odiaba aquellas gafas." Las camisetas y los pantalones de pana que usaba en aquel entonces habían sido reemplazados por un traje a medida de novecientos dólares, estimó Bill.

Beverly Marsh (si es que seguía llamándose Marsh) se había convertido en una mujer de belleza deslumbradora. En vez de la despreocupada coleta lucía el pelo (que conservaba casi exactamente su tonalidad anterior) suelto sobre los hombros de su sencilla blusa blanca en un torrente de discreto color. En esa penumbra relumbraba como un lecho de brasas cubiertas de ceniza. A la luz del día, aunque fuera de un día nublado como aquél, se dijo Bill, lanzaría llamas. Y se descubrió tratando de imaginar cómo sería hundir las manos en esa cabellera. "La historia más vieja del mundo -se dijo-. Amo a mi esposa, pero ¡oh, criatura!"

Eddie había llegado a parecerse un poco a Anthony Perkins. Su cara tenía arrugas prematuras (aunque en sus movimientos parecía más joven que Richie o Ben) y los anteojos sin montura lo envejecían aún más. Llevaba el pelo corto, peinado según el anticuado estilo de 1958 o 1960. Se había puesto una chillona chaqueta deportiva a cuadros que parecía sacada de una liquidación por cierre... pero en la muñeca llevaba un reloj Patek Philippe y en el dedo meñique de la mano derecha lucía un rubí. La piedra era demasiado grande, vulgar y ostentosa como para no ser auténtica.

El que había cambiado mucho era Ben y al mirarlo otra vez Bill sintió que la irrealidad lo asaltaba. Su rostro era el mismo; su pelo, aunque encanecido y más largo, seguía peinado con la inusual raya a la derecha. Pero Ben había adelgazado. Se le veía muy cómodo en su silla con el sencillo chaleco de cuero abierto, mostrando la camisa de cambray azul. Llevaba vaqueros, botas de cowboy y un cinturón ancho con hebilla de plata. Esas prendas se ceñían con holgura a un cuerpo delgado, de caderas estrechas. En una muñeca llevaba una pulsera de eslabones gruesos no de oro sino de cobre. "Adelgazó -se dijo Bill-. Es la sombra de lo que era... El viejo Ben adelgazó. Quién lo hubiera dicho."

Entre los seis reinó un momento de silencio que desafiaba cualquier descripción. Fue uno de los momentos más extraños en la vida de Bill Denbrough. Si bien Stan no estaba allí, había un séptimo comensal, sin lugar a dudas. Allí, en ese comedor privado, Bill sintió su presencia tan patente que estaba casi personificada, pero no balo la forma de un esqueleto con túnica blanca y una guadaña al hombro. Era la zona en blanco en el mapa que se extendía entre 1958 y 1985, zona que algún explorador habría podido llamar "El Gran Desconocido". Bill se preguntó qué había allí exactamente. Beverly Marsh, con una falda corta que mostraba la mayor parte de sus largas y delgadas piernas; una Beverly Marsh con botitos a go-go, el pelo

planchado y partido al medio. Richie Tozier llevando una pancarta que decía "Acaben con la guerra" por un lado y "Fuera rotc de la universidad" por el otro. Ben Hanscom con casco, conduciendo una excavadora con la camisa suelta, mostrando un vientre cada vez menos prominente sobre el cinturón. ¿Era negra esa séptima criatura? No tenía relación alguna con H. Rap Brown ni con el Gran Maestre Flash; este tipo usaba simples camisas blancas y pantalones holgados y se sentaba a trabajar en una biblioteca de la Universidad de Maine, escribiendo estudios sobre el origen de las notas al pie de la página y las ventajas de tal sistema sobre tal otro para catalogar libros, mientras fuera había manifestaciones y Phil Ochs cantaba "Richard Nixon, búscate otro país", y morían hombres con el vientre abierto en aldeas cuyos nombres no podían pronunciar. Allí estaba, estudiosamente inclinado sobre su trabajo (Bill lo veía), sobrio y absorto, sabiendo que ser bibliotecario era acercarse bastante al asiento situado en la cumbre de la máquina de la eternidad. ¿Era él el séptimo? ¿O era un joven de pie frente al espejo, mirando cómo se le estiraba la frente, mirando el peine lleno de cabellos rojos, mirando un montón de cuadernos universitarios reflejados en el espejo, cuadernos que contenían el borrador completo y confuso de una novela titulada Joanna y que sería publicada un año más tarde?

Algo de todo eso, todo eso, nada de todo eso.

En realidad no importaba. El séptimo estaba allí y en ese momento todos lo sintieron... y tal vez comprendieron mejor que nunca el horrible poder de aquello que los había atraído hasta allí. "Eso vive -pensó Bill, sintiendo un escalofrío-. Ojos de tritón, cola de dragón. Mano de gloria... Fuera lo que fuese. Eso está aquí otra vez, en Derry. Eso."

Y de pronto sintió que Eso era el séptimo. Que Eso y el tiempo eran, de algún modo, intercambiables. Que Eso llevaba la cara de todos, además de las otras mil con que había aterrorizado y matado... Y la idea de que Eso pudiera ser ellos era la peor de todas. "¿Cuánto de nosotros quedó atrás, aquí? -pensó con súbito terror-. ¿Cuánto de nosotros quedó en las cloacas y en las alcantarillas donde Eso vivía... y donde se alimentaba? ¿Es por eso que olvidamos? ¿Porque parte de nosotros nunca tuvo futuro, nunca creció, nunca salió de Derry?"

No vio respuestas en sus caras. Sólo sus propias preguntas reflejadas.

Los pensamientos toman forma y pasan, en cuestión de segundos o fracciones de segundos, y crean su propio marco cronológico. Todo eso pasó por la mente de Bill Denbrough en no más de cinco segundos.

Entonces Richie Tozier, recostado contra la pared, volvió a sonreír y dijo:

--Oh, cielos, miren esto: ¡Bill Denbrough ha adoptado la moda "cúpula de cromo"! ¿Cuánto hace que te enceras la cabeza, Gran Bill?

Y Bill, que no tenía idea de lo que iba a salirle, abrió la boca y se oyó decir:

--Vete a la mierda, Bocazas.

Hubo un momento de silencio... y luego todos estallaron en carcajadas. Bill se acercó para estrechar manos; aunque había algo horrible en lo que sentía, también había algo consolador: la sensación de haber vuelto para siempre al hogar.

3. Ben Hanscom adelgaza.

Mike Hanlon pidió aperitivos y, para compensar el silencio anterior, todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Beverly Marsh se llamaba ahora Beverly Rogan. Dijo estar casada con un hombre maravilloso, de Chicago, que le había transformado la vida y que, por obra de alguna magia benigna, había podido trastocar su simple talento para la costura en una próspera empresa de modas. Eddie Kaspbrak poseía una empresa de limusinas en Nueva York.

--Mi mujer bien podría estar en la cama con Al Pacino, en este momento -dijo con una sonrisa, y el comedor volvió a llenarse de risas.

Todos conocían las carreras de Bill y Ben, pero Bill tuvo la sensación de que hasta tiempos muy recientes no habían asociado personalmente sus nombres (el de Ben como arquitecto, el suyo mismo como escritor) con personas que ellos hubieran conocido. Beverly llevaba en su cartera ejemplares de Jounna y Los rápidos negros y le pidió que se los autografiara. Él, al hacerlo, notó que ambos estaban impecables, como si hubieran sido adquiridos en el quiosco del aeropuerto al bajar del avión.

De modo parecido, Richie contó a Ben lo mucho que había admirado el centro de comunicaciones de la Bbc, en Londres... pero en sus ojos había una especie de luz intrigada, como si no pudiera asociar ese edificio con ese hombre... o con el niño gordo y serio que les había enseñado el modo de inundar la mitad de Los Barrens con tablas viejas y una herrumbrosa portezuela de automóvil.

Richie era disc-jockey en California. Les dijo que lo conocían con el apodo de El hombre de las mil voces, y Bill gruñó.

--Por Dios, Richie, tus voces eran siempre espantosas.

--Los halagos no le servirán de nada -replicó Richie, altanero.

Cuando Beverly le preguntó si usaba lentillas, Richie dijo, en voz baja:

--Acércate más, nena, y mírame a los ojos.

Beverly lo hizo y lanzó una exclamación de deleite, mientras Richie inclinaba un poco la cabeza para que ella pudiera ver los bordes inferiores de las lentes blandas Hydromist.

--¿La biblioteca sigue igual? -preguntó Ben a Mike Hanlon.

Mike sacó su billetera y extrajo una instantánea de la biblioteca tomada desde arriba. Lo hizo con el aire orgulloso de quien muestra fotos de sus hijos al preguntársele por su familia.

--La tomó un tipo desde un avión pequeño -dijo, mientras la fotografía pasaba de mano en mano-. He estado tratando de que el concejo municipal o algún donante particular nos proporcionen efectivo suficiente para ampliar esto y hacer un mural para la biblioteca infantil. Hasta el momento no ha habido suerte. Pero es una buena foto, ¿no?

Todos estuvieron de acuerdo. Ben la retuvo por más tiempo mirándola con fijeza. Por fin dio unos golpecitos sobre el corredor de vidrio que conectaba los dos edificios.

--¿Reconoces esto de alguna parte, Mike?

El bibliotecario sonrió.

--Es tu centro de comunicaciones -dijo, y los seis estallaron en una carcajada.

Llegaron los aperitivos. Todos se sentaron.

Volvió a caer aquel silencio súbito, incómodo y confuso

Se miraron mutuamente.
--Bueno -preguntó Beverly, con su voz dulce, ligeramente ronca-, ¿por qué brindamos?
--Por nosotros -dijo Richie.
Ya no sonreía. Miró a Bill. Entonces, con absoluta nitidez, Bill vio una imagen de sí mismo con Richie; en medio de Neibolt Street, desaparecido el payaso, el hombre-lobo o lo que fuera, ambos abrazados y llorando. Cuando levantó su copa, le temblaba la mano; parte de su bebida cayó en la servilleta.
Richie se levantó lentamente. Los otros, uno a uno, siguieron su ejemplo: el primero Bill; después Ben y Eddie, Beverly y, por fin, Mike Hanlon.
--Por nosotros -dijo Richie. Su voz, como la mano de Bill, temblaba un poco-. Por el Club de los Perdedores de 1958.
--Los Perdedores -dijo Beverly, algo divertida.
--Por los Perdedores -repitió Eddie, pálido y envejecido tras los anteojos sin montura.
--Por los Perdedores -concordó Ben. Una sonrisa leve y dolorosa ponía un fantasma en las comisuras de su boca.
--Por los Perdedores -dijo Mike Hanlon, suavemente.
--Por los Perdedores -terminó Bill.
Entrechocaron las copas y bebieron.
Volvió a caer aquel silencio y en esa oportunidad Richie no lo quebró. Esa vez parecía necesario.
Se sentaron otra vez y Bill dijo:
--Bueno, Mike, suelta el rollo. Dinos qué ha estado pasando aquí y qué podemos hacer.
--Primero comamos -dijo Mike-. Después hablaremos.
Así que comieron... largamente y bien. Como en el chiste de los condenados a muerte, pensó Bill, pero sentía un apetito que no recordaba desde hacía siglos... desde que era niño, se sintió tentado de pensar. La comida no era una maravilla, pero distaba mucho de ser mala y la había en abundancia. Los seis comenzaron a intercambiar parte de sus platos: costillas, moo goo ga pan, alas de pollo cocidas al vapor, rollitos de primavera, brotes de soja envueltos en tocino, tiras de carne ensartadas en palillos de madera.
Comenzaron con bandejas de pu-pu, y Richie, infantil pero divertido, asó un poquito de cada cosa en el centro del fondue que compartía con Beverly.
--Me encanta flambear las cosas -dijo a Ben-. Comería mierda, siempre que me la flambearan a la vista.
--A lo mejor es lo que estás comiendo -comentó Bill.
Beverly rió con tantas ganas que tuvo que escupir un bocado en su servilleta.
--Oh, Dios, creo que voy a vomitar -dijo Richie, imitando a Don Pardo.
Beverly rió aún más, hasta ponerse intensamente roja.
--Basta, Richie -dijo-. Te lo advierto.
--Acepto la advertencia -dijo Richie-. Que te aproveche, querida.
Rose les trajo el postre: una enorme tarta Alaska, que flambeó a la cabecera de la mesa, ocupada por Mike.
--Más flambé a la vista -dijo Richie, con la voz de quien se encontrara en el paraíso-. Ésta puede ser la mejor comida de mi vida.

--Oh, a no dudarlo -aseguró Rose.
--Si apago eso de un soplido, ¿se me concede el deseo? -le preguntó él.
--En el Jade Oriental todos los deseos se conceden, señor.
La sonrisa de Richie vaciló bruscamente
--Aplaudo la intención-dijo-, pero en verdad pongo en duda que sea cierto.
Tomaron el postre con avidez.
Cuando Bill se recostó hacia atrás, con la barriga tensa contra el cinturón, reparó en las copas acumuladas en la mesa. Parecían centenares. Sonrió cobrando conciencia de que, por su parte, había consumido dos martinis antes de la comida y sólo Dios sabía cuántas cervezas antes del postre. Los otros habían hecho otro tanto. En ese estado, hasta unos trozos de bolos fritos les habrían sabido bien. Sin embargo, no se sentía ebrio.
--Desde que era un chiquillo no comía así -dijo Ben. Lo miraron. Un leve rubor le tiñó las mejillas-. Literalmente. Ésta debe de ser la comida más abundante que he consumido desde que entré en el ciclo superior de la secundaria.
--¿Te pusiste a dieta? -preguntó Eddie.
--Sí -dijo Ben-. Según la dieta de libertad de Ben Hanscom.
--¿Cómo te decidiste? -preguntó Richie.
--Para qué contarlo. Es historia antigua... -Ben cambió de posición, incómodo.
--No puedo hablar por los otros -adujo Bill-, pero a mí me gustaría conocerla. Vamos, Ben, cuenta. ¿Cómo fue que Ben Calhoun se convirtió en el modelo fotográfico que tenemos ante nosotros?
--No hay mucho que contar -dijo Ben-. En realidad, nada. Después de aquel verano de 1958, pasamos dos años más en Derry. Mi madre se quedó sin trabajo y tuvimos que irnos a Nebraska porque allá vivía una hermana de mi madre que se ofreció a hospedarnos hasta que saliéramos del paso. No fue muy agradable. Mi tía Jean era una maldita avara que se pasaba la vida diciéndole a uno cuál era su lugar en el gran plan de las cosas y qué suerte teníamos de que mi madre tuviera una hermana caritativa y qué suerte la nuestra de no vernos obligados a depender del subsidio de paro y todo ese tipo de cosas. Yo estaba tan gordo que le daba asco. No me daba tregua. "Ben, tendrías que hacer más ejercicio. Ben, te dará un ataque cardíaco antes de los cuarenta anos si no bajas de peso Considerando que en el mundo mueren de hambre tantos niños, Ben, tendría que darte vergüenza."
Hizo una pausa para beber un poco de agua.
--Lo curioso es que también sacaba a relucir a los niños muertos de hambre si yo no dejaba mi plato limpio.
Richie asintió, riendo.
--Bueno, el país estaba saliendo a duras penas de una recesión; mi madre tardó casi un año en encontrar trabajo permanente. Cuando abandonamos la casa de tía Jean, que vivía en La Vista, y conseguimos una en Omaha, yo había aumentado unos cuarenta kilos sobre lo que pesaba cuando me conocisteis. Creo que aumenté la mayor parte para mortificar a mi tía.
Eddie silbó.
--Eso significa que pesabas alrededor de...
--Alrededor de noventa y cinco kilos -completó Ben-. Iba a la secundaria East Side, de Omaha, y las horas de educación física eran... bueno, bastante

desagradables. Los otros chicos me llamaban Toneles. Con eso os podéis hacer una idea.

Las burlas se prolongaron unos siete meses Un día, mientras nos vestíamos en el vestuario, después de la clase, dos o tres chicos empezaron a darme palmadas en la barriga. Dijeron que era "batir grasa". Muy pronto se agregaron otros dos o tres. Después, cuatro o cinco más. Y de pronto todos ellos estaban persiguiéndome por el vestuario y el pasillo, pegándome en la barriga, en el culo, en la espalda, en las piernas Me asusté y empecé a gritar. Entonces ellos rieron como enloquecidos.

Francamente -dijo, bajando la mirada para ordenar sus cubiertos fue la última vez que recuerdo haber pensado en Henry Bowers hasta que me llamó Mike hace dos días. El muchacho que empezó todo eso era un campesino, con manos grandes, curtidas. Mientras todos me perseguían recuerdo haber pensado que Henry acababa de regresar. Creo... no, estoy seguro de que fue entonces cuando caí presa del pánico.

Me persiguieron por el pasillo, más allá de los vestidores donde los del equipo de fútbol guardaban sus cosas. Yo estaba desnudo y rojo como una langosta. Había perdido todo sentido de la dignidad o... de mí mismo. De dónde estaba. Pedía ayuda a gritos. Y ellos me seguían, gritando: "¡Vamos a batir grasa, vamos a batir grasa!" Había un banco...

--No te obligues a contar todo esto -le dijo Beverly. Se había puesto pálida como la ceniza. Estaba jugueteando con su vaso de agua y estuvo a punto de volcarlo.

--Deja que termine -dijo Bill.

Ben lo miró por un instante. Luego hizo un gesto de asentimiento.

--En el extremo del corredor había un banco. Caí sobre él y me golpeé la cabeza. Un minuto después estaban todos alrededor de mí. Y entonces se oyó una voz que decía: "Bueno, basta. A cambiarse todo el mundo."

Era el entrenador que estaba en el umbral de la puerta con su equipo azul de gimnasia y su camiseta blanca. Nadie hubiera podido decir cuánto tiempo llevaba allí. Todos lo miraron; algunos sonriendo; otros con cara de culpables; otros inexpresivos. Y se fueron. Y yo rompí a llorar.

El entrenador siguió allí, de pie en el umbral de la puerta que daba al gimnasio, observándome; observando a aquel chico gordo, desnudo, enrojecido por el batido de grasa, que lloraba en el suelo. Y por fin dijo: "Benny, ¿por qué no te callas, joder?"

Para mí fue una sorpresa tan grande oír esas palabras en boca de un profesor que obedecí. Levanté la vista hacia él y él se acercó para sentarse en el banco. Se inclinó hacia mí; el silbato que le colgaba del cuello se balanceó y me golpeó en la frente. Por un segundo creí que iba a besarme o algo así; me eché hacia atrás, pero lo que hizo fue cogerme un pezón con cada mano y apretar. Después se frotó las palmas en los pantalones, como si hubiera tocado algo sucio.

"¿Crees que voy a consolarte?", me preguntó. "Pues no. A ellos los asqueas, y a mí también. Tenemos motivos diferentes, pero eso es porque ellos son chicos y yo no. Ellos no saben por qué los asqueas. Yo sí. Es porque te veo sepultar el buen cuerpo que Dios te ha dado en un saco de grasa. Eso es una estúpida autoindulgencia; me da ganas de vomitar. Y ahora vas a escucharme, Benny, porque no pienso repetírtelo. Tengo que encárgame del equipo de fútbol, del de

baloncesto y del de atletismo; cuando tengo un rato libre, lo dedico al de natación. Así que voy a decírtelo una sola vez. Tú eres gordo de aquí arriba." Y me palmeó la cabeza en el sitio donde me había golpeado su maldito silbato. "Los gordos son gordos de ahí. Si pones a dieta eso que tienes entre oreja y oreja, vas a adelgazar. Pero los tipos como tú no son capaces de eso."

--¡Menudo mamón! -exclamó Beverly, indignada.

--Sí -reconoció Ben, sonriendo-. Pero él no lo sabía. Probablemente había visto sesenta veces esa película de Jack Webb, The D. I., y creía estar haciéndome un favor. Al final, resultó que sí. Porque en ese momento pensé...

Apartó la vista, con el ceño fruncido... y Bill tuvo la extraña sensación de saber lo que Ben iba a decir antes de que abriera la boca.

--Acabo de decirles que recuerdo haber pensado en Henry Bowers, por última vez, cuando los chicos me perseguían para batir grasa. Bueno, cuando el entrenador se levantó para irse fue la última vez que pensé en lo que habíamos hecho en el verano de 1958. Pensé...

Vaciló otra vez, mirando a cada uno, como si los estudiara. Luego prosiguió:

--Pensé en lo bien que nos desenvolvíamos cuando estábamos juntos. Pensé en lo que habíamos hecho, en cómo lo hicimos y de pronto me di cuenta de que, si el entrenador hubiera tenido que enfrentarse a algo así, probablemente habría encanecido de inmediato y el corazón se le habría detenido como un reloj viejo. No fui justo, por supuesto, pero él tampoco había sido justo conmigo. Lo que ocurrió fue muy sencillo...

--Te enfureciste -dijo Bill.

Ben sonrió.

--Sí, en efecto -dijo él-. Lo llamé: ¡Entrenador!

Él se volvió.

"¿Usted dijo que adiestra al equipo de carreras?", le pregunté.

"En efecto -dijo-, aunque eso no significa nada para ti."

"Pues escúcheme, pedazo de estúpido mamón -le dije. Quedó boquiabierto y se le dilataron los ojos-. En marzo pienso estar en ese equipo de carrera. ¿Qué le parece?"

"Creo que te conviene cerrar la boca antes de que te metas en problemas", me contestó.

"Voy a echar por tierra todo lo que usted diga -le aseguré-. Voy a correr más que usted. Y entonces tendrá que disculparse."

Apretó los puños. Por un momento pensé que iba a darme una torta. Pero volvió a abrir las manos.

"Sigue hablando, gordo -dijo con suavidad-. Eres un bocazas pero el día en que corras más que yo, renuncio a este puesto y vuelvo a la recogida de maíz." Y se fue.

--¿Y adelgazaste? -preguntó Richie.

--Al final, sí -respondió Ben-. Pero el entrenador se equivocaba. La cosa no empezaba en mi cabeza, sino con mi madre. Esa noche volví a casa y le dije que quería adelgazar. Terminamos discutiendo y llorando, los dos. Ella sacó a relucir la historia de siempre: que yo no era gordo sino de huesos grandes, y que los chicos grandes que van a ser hombres grandes tienen que comer mucho para mantenerse. Creo que, para ella, era una especie de seguridad. La asustaba tener

que criar sola a un varón. No tenía educación ni oficio en especial, salvo su voluntad de trabajar. Si podía servirme un segundo plato y mirar al otro lado de la mesa y verme robusto, sólido...

--Sentía que estaba ganando la batalla -sugirió Mike.

--Exacto. -Ben bebió el resto de su cerveza y se limpió un bigotito de espuma con el dorso de la mano-. Así que la peor de las guerras no la tuve con mi cabeza sino con mi madre. Ella no lo aceptaba; tardó meses en convencerse. No me arreglaba la ropa ni quería comprarme ropa nueva. Por entonces yo vivía corriendo, iba a todas partes a la carrera, a veces el corazón me palpitaba tanto que me sentía a punto de perder el conocimiento. La primera vez que corrí un kilómetro terminé vomitando y me desmayé. Después, durante un tiempo, sólo vomitaba. Y al cabo de varias semanas, tenía que sostenerme los pantalones para correr.

Conseguí un reparto de diarios; corría con la bolsa colgada del cuello, rebotándome contra el pecho, mientras me sujetaba los pantalones. Mis camisas empezaban a parecer velas de lona. Y por la noche, cuando llegaba a casa y comía sólo la mitad de mi plato, mi madre rompía en lágrimas y decía que yo me estaba matando de hambre, que iba a morirme, que ya no la quería, que no me importaba lo mucho que trabajaba para mantenerme.

--Cielos -murmuró Richie, encendiendo un cigarrillo-. No sé cómo te las arreglaste, Ben.

--Recordando la cara del entrenador -dijo Ben-. Recordaba su expresión después de estrujarme los pezones en aquel pasillo. Así lo conseguí. Con el dinero que me pagaban por el reparto, me compré vaqueros y ropa. Cuando Henry me arrojó a Los Barrens y los vaqueros se me destrozaron también tuve que comprarme otros.

--Sí -recordó Eddie, sonriendo-. Y me sugeriste lo del batido. ¿Recuerdas eso?

Ben asintió.

--Si me acordé de eso -prosiguió-, fue sólo por un instante. Por entonces, en la escuela, inicié el curso de salud y alimentación, y descubrí que se podía comer casi toda la verdura que se deseara sin aumentar de peso. Una noche mi madre preparó una ensalada de lechuga, espinaca, trocitos de manzana y un sobrante de jamón. Nunca me ha gustado mucho esa comida de conejos, pero comí tres porciones y la alabé hasta cansarme.

Eso ayudó a solucionar el problema. A mi madre no le interesaba mucho lo que yo comiera, siempre que comiera mucho. Me sepultó en ensaladas. Pasé los tres años siguientes comiendo verdura. A veces tenía que mirarme al espejo para asegurarme de que no estuvieran creciéndome orejas y dientes de conejo.

--¿Y qué pasó con el entrenador? -preguntó Eddie-. ¿Entraste en el equipo de atletismo? -Tocó su inhalador, como si la idea de correr se lo hubiera recordado.

--Oh, sí -dijo Ben-. Los cien y los doscientos metros. Por entonces había perdido treinta kilos y crecido cinco centímetros, así que la gordura restante estaba mejor distribuida. El primer día de las pruebas para la selección gané los cien metros de largo; y también los doscientos. Entonces me acerqué al entrenador, que de furioso habría podido masticar clavos y escupir grapas, y le dije: "Va siendo hora de que vuelva a cosechar maíz de pueblo en pueblo. ¿Cuándo regresa a Kansas?"

Al principio no dijo nada; se limitó a empujarme y plancharme de espaldas en el suelo. Después me dijo que saliera de allí. Que no quería a ningún bocazas como yo en su equipo de atletismo.
"No correría para usted ni aunque me lo ordenara el presidente Kennedy -le dije, limpiándome el polvo-. No voy a exigirle que cumpla con su palabra, sólo porque me puso en marcha... pero la próxima vez que coma mazorcas, acuérdese de mí."
Me dijo que, si no me iba de inmediato, me mataría. -Ben sonreía un poquito... pero no había nada de agradable en esa sonrisa; tampoco nostalgia, por cierto-. Ésas fueron sus palabras textuales. Todo el mundo nos miraba, incluidos los chicos que habían perdido; parecían bastante avergonzados. Entonces dije:
"Voy a decirle una cosa, entrenador: le perdono una, porque es un lamentable fracaso y ya está viejo para mejorar. Pero si llega a ponerme otra vez la mano encima, haré que pierda este empleo. bajé de peso para poder disfrutar de cierta dignidad y vivir un poco más tranquilo. Son cosas por las que vale la pena luchar."
Bill dijo:
--Todo eso suena estupendo, Ben... pero mi alma de escritor se pregunta si un chico puede hablar así.
Ben asintió, con su peculiar sonrisa.
--Dudo que pueda, si no ha pasado por las cosas que vivimos nosotros. El caso es que yo las dije... y muy en serio.
Bill se quedó pensándolo. Al cabo, asintió.
--Tienes razón.
--El entrenador se echó hacia atrás con los brazos en jarras -dijo Ben-. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Nadie dijo nada. Me alejé y ésa fue la última vez que traté con el entrenador Woodleigh. Cuando mi preceptor me entregó el boletín de materias para el año siguiente, alguien había escrito a máquina la palabra dispensado junto a educación física y tenía las iniciales de él.
--¡Lo derrotaste! -exclamó Richie, sacudiendo los puños sobre la cabeza-. ¡Bravo, Ben!
Ben se encogió de hombros.
--Creo que, antes bien, derroté a una parte de mí mismo. El entrenador me puso en marcha, según creo... pero si me convencí de que podía hacerlo fue por pensar en vosotros. Y lo hice.
Ben volvió a encogerse de hombros, con un gesto encantador, pero Bill creyó ver finas gotas de sudor en su frente.
--Fin de las confesiones. Pero me vendría bien otra cerveza. Hablar da sed.
Mike llamó a la camarera.
Los seis terminaron pidiendo otra ronda y hablaron de asuntos intrascendentes hasta que llegaron las bebidas. Bill contempló su cerveza, observando las burbujas que trepaban por el vidrio. Le divertía y horrorizaba, a un tiempo, darse cuenta de que esperaba con ansias que otro comenzara a hablar de los años transcurridos: que Beverly les hablara de su maravilloso marido (aunque fuera aburrido, como lo son todos los hombres maravillosos), o que Richie Tozier rememorara incidentes divertidos en la emisora, o que Eddie Kaspbrack les contara cómo era, en verdad, Edward Kennedy, y cuánta propina dejaba Robert Redford... o tal vez ofreciera alguna teoría profunda sobre por qué Ben había podido adelgazar y él seguía prendido de su inhalador.

"El hecho -pensó Bill -es que Mike empezará a hablar en cualquier momento y no estoy seguro de querer saber lo que va a decirnos. El hecho es que mi corazón está latiéndome demasiado rápido y que siento las manos demasiado frías. El hecho es que tengo veinticinco años más de lo que debería tener para que este miedo pudiese justificarse. Y lo mismo puede decirse de todos. Entonces... que alguien diga algo. Hablemos de nuestras carreras, de nuestros cónyuges, de lo que se siente al mirar a los antiguos compañeros de juego y darse cuenta de que uno también ha recibido sus buenos puñetazos en la nariz propinados por el tiempo. Hablemos de sexo, de béisbol, del precio de la gasolina, del futuro de las naciones, del Pacto de Varsovia. De cualquier cosa, menos de lo que nos trajo aquí. Que alguien diga algo."

Alguien habló. Fue Eddie Kaspbrak. Pero no habló de cómo era Edward Kennedy ni de cuánto dejaba Redford de propina, ni siquiera de por qué había tenido que seguir usando el inhalador, sino que preguntó a Mike cuándo había muerto Stan Uris.

--Anteanoche. Cuando hice las llamadas.

--¿Tuvo algo que ver con... con la razón por la que hemos venido?

--Él no dejó nota, de modo que nadie puede saberlo seguro -respondió Mike-. Pero ocurrió casi inmediatamente después de mi llamada; por eso creo poder decir que sí.

--Se suicidó, ¿verdad? -dijo Beverly, inexpresiva-. Oh, Dios, pobre Stan...

Los otros estaban mirando a Mike, que terminó su cerveza y dijo:

--Se suicidó, sí. Al parecer, poco después de recibir mi llamada fue al baño, llenó la bañera, se metió dentro y se cortó las venas.

Bill miró alrededor de la mesa. De pronto parecía rodeada de rostros pálidos, espantados, nada de cuerpos, sólo esas caras, como círculos blancos. Como globos blancos, globos de luna, anclados allí por una antigua promesa que debería haber prescrito hacía mucho tiempo.

--¿Cómo te enteraste? -preguntó Richie-. ¿Salió en los periódicos de aquí?

--No. Desde hace algún tiempo estoy suscrito a los periódicos de las ciudades más próximas al sitio donde vive cada uno de vosotros. Y les he seguido el rastro.

--Yo soy espía -comentó Richie, agrio-. Gracias, Mike.

--Me correspondía -dijo Mike.

--Pobre Stan -repitió Beverly. Parecía aturdida, como si no pudiera aceptar la noticia-. Pero aquella vez se portó con tanto valor, con tanta... decisión.

--La gente cambia -dijo Eddie.

--¿Te parece? -pregunto Bill-. Stan era... -Movió las manos sobre el mantel, tratando de hallar las palabras adecuadas-. Era una persona ordenada, de las que tienen sus libros separados en obras de ficción: y no ficción... y por orden alfabético en cada caso. Recuerdo algo que dijo una vez. No recuerdo dónde estábamos ni qué hacíamos, pero creo que fue hacia el final de las cosas. Dijo que podía soportar el miedo pero que detestaba estar sucio. Para mí, ésa era la esencia de: Stan. Tal vez la llamada de Mike fue demasiado. Tal vez vio sólo dos opciones: conservar la vida y ensuciarse o morir limpio. Tal vez la gente no cambia tanto como pensamos. Quizá... quizá sólo nos volvemos mas rígidos.

Hubo un momento de silencio. Después Richie dijo:

--Bueno, Mike, ¿qué ha estado pasando en Derry? Cuéntanos.

--Puedo contaros una parte -dijo Mike-. Puedo contaros, por ejemplo, lo que está pasando ahora... y algunas cosas sobre vosotros mismos. Pero no puedo contar lo que pasó en el verano de 1958 y no creo que haga falta. A su debido tiempo, vosotros mismos lo recordaréis. Y creo que, si os dijera demasiado antes de que estuvierais mentalmente preparados para recordar, lo que pasó con Stan...

--¿Podría repetirse con nosotros? -preguntó Ben, serenamente.

Mike asintió.

--Sí. Eso es lo que temo, exactamente.

--Entonces cuéntanos lo que puedas, Mike.

--Está bien -dijo él-. Lo haré.

4. Los Perdedores obtienen la primicia.

--Los asesinatos han vuelto a empezar -dijo Mike. Levantó la mirada para pasearla por la mesa. Sus ojos se detuvieron en Bill.

--El primero de los "nuevos asesinatos", si se me permite esa horripilante presunción, comenzó en el puente de Main Street y terminó debajo de él. La víctima fue un homosexual algo aniñado, llamado Adrian Mellon. Padecía una grave afección asmática.

La mano de Eddie se movió para tocar su inhalador.

--Ocurrió este verano, el 21 de julio, la última noche del Festival del Canal, que fue una especie de celebración, un...

--... un ritual de Derry -completó Bill, en voz baja. Sus largos dedos masajeaban lentamente las sienes. No era difícil adivinar que pensaba en su hermano George... George, que, casi con certeza, había abierto el camino en la última ocasión.

--Un acto ritual, sí -reconoció Mike quedamente. Les contó rápidamente lo que había sucedido con Adrian Mellon observando el modo en que ellos iban dilatando los ojos, más y más. Les habló de lo que había informado el News y de lo que no había dicho... incluyendo los testimonios de Don Hagarty y Christopher Unwin sobre cierto payaso que había estado bajo el puente, como el duende en la vieja fábula: un payaso que parecía un cruce entre Ronald Mcdonald y Bozo, según Hagarty.

--Era él -dijo Ben con voz ronca-. Era ese degenerado de Pennywise.

--Hay algo más -dijo Mike, mirando a Bill-. Uno de los oficiales encargados de la investigación, el que sacó a Adrian Mellon del canal, era un policía de la ciudad llamado Harold Gardener.

--Oh, cielos -murmuró Bill.

--¿Bill? -Beverly lo miró y le puso una mano en el brazo. Parecía llena de sorpresa y preocupación-. ¿Qué pasa, Bill?

--Harold tendría unos cinco años por entonces -dijo Bill. Sus ojos aturdidos miraron a Mike como pidiendo confirmación.

--Sí, exacto.

--¿Qué pasa, Bill? -preguntó Richie.

--Ha-ha-harold Gardener era hijhij-hijo de Dave Gardener - dijo Bill-. Dave vivía cerca de casa cuando m-m-murió George. Él fue el primero que encontró a Ge... Ge... a mi hermano y lo trajo a casa, envuelto en una manta.
Guardaron silencio. Beverly se cubrió los ojos con la mano por un instante.
--Todo concuerda demasiado bien, ¿verdad? -dijo Mike, finalmente.
--Sí -reconoció Bill-. Concuerda, ya lo creo.
--Como os dije, en estos años he seguido el rastro de cada uno de vosotros -prosiguió Mike-, pero sólo cuando ocurrió esto comprendí por qué lo hacía, me di cuenta de que había una finalidad real y concreta. Aun así me contuve; quería ver cómo se desarrollaban las cosas. No sé si os dais cuenta, pero necesitaba estar completamente seguro antes de... perturbar vuestra vida. Y no seguro en un noventa por ciento, ni siquiera en un noventa y cinco. Quería el ciento por ciento.
En diciembre del año pasado, un niño de ocho años llamado Steven Johnson apareció muerto en el Memorial Park. Al igual que Adrian Mellon, había sido mutilado inmediatamente antes o inmediatamente después de su muerte, pero pudo haber muerto de puro miedo.
--¿Violado? -preguntó Eddie.
--No. Sólo mutilado.
--¿Cuántos, en total? -preguntó Eddie, aunque no parecía querer saberlo.
--Muchos -dijo Mike.
--¿Cuántos? -repitió Bill.
--Nueve. Hasta ahora.
--¡No puede ser! -exclamó Beverly-. ¡Habría salido en los periódicos... en la televisión! Cuando ese policía loco mató a tantas mujeres en Castle Rocke, Maine... y todos esos niños que asesinaron en Atlanta...
--Sí, eso -dijo Mike-. He pensado mucho en eso. En realidad, es lo más parecido a lo que está pasando aquí, y Bev tiene razón: ese episodio fue noticia en todo el país. En algunos aspectos, la comparación con lo de Atlanta es lo que más me asusta. El asesinato de nueve niños... deberíamos tener aquí corresponsales de televisión, parapsicólogos fanfarrones, periodistas de los principales diarios... todo el circo informativo.
--Y no es así -dijo Bill.
No, no es así. Oh, el dominical Telegram, de Portland, publicó un artículo. Después de los dos últimos casos salió otro en el Globe de Boston. Y un programa de televisión que se grababa allí, ¡Buenos días!, lo mencionó en un bloque dedicado a asesinatos nunca resueltos, pero sólo de pasada... Ciertamente, el experto que mencionó los casos de Derry no parecía saber que hubiera existido una serie similar en 1958, ni otra en 1929.
Hay algunos motivos ostensibles, por supuesto. Atlanta, Nueva York, Chicago, Detroit... son ciudades de grandes medios y cuando en las ciudades de grandes medios ocurre algo, causa impacto. En Derry no hay emisoras de radio ni de televisión, a menos que se cuente la pequeña Fm que llevan los departamentos de idiomas de la escuela secundaria. Tratándose de medios de difusión, Bangor ha copado este mercado.
--Exceptuando el Derry News -apuntó Eddie, y todos rieron.
--Pero todos sabemos que esto no concuerda con el modo en que funciona el mundo actual. En algún momento la historia debería haber cobrado difusión

nacional. Pero, no fue así. Y creo que el motivo es éste, simplemente: Eso no quiere.

--Eso -musitó Bill, casi para sus adentros.

--Eso -concordó Mike-. Si debemos dar un nombre a Eso, bien puede ser el que solíamos darle. He empezado a pensar que Eso está aquí desde hace tanto tiempo que se ha convertido en parte de derry, tanto como la torre depósito, el canal, el parque Bassey o la biblioteca. Sólo que Eso no es un detalle de la geografía exterior, ¿comprendéis? Tal vez lo fue en otros tiempos, pero ahora está dentro. De algún modo, Eso se ha metido dentro. Es el único modo en que llego a comprender todas las cosas terribles que han ocurrido aquí, tanto las explicables como las que no tienen explicación alguna. En 1930 hubo un incendio en un club de negros llamado Black Spot. Un año antes, un grupo de delincuentes no muy brillantes fue eliminado a tiros en Canal Street, en plena tarde.

--La banda Bradley -dijo Bill-. Los apresó el Fbi, ¿no?

--Eso es lo que se dice oficialmente. Por lo que he podido averiguar (y daría cualquier cosa por creer que no fue así, porque quiero a esta ciudad), la banda Bradley, sus siete miembros, murieron a manos de los buenos ciudadanos de Derry. Algún día lo contaré.

Existió también la explosión de la fundición Kitchener durante una búsqueda de huevos de Pascua, en 1906. Hubo una horrible serie de mutilaciones a animales ese mismo año, por la que finalmente detuvieron a Andrew Rhulin, el tío-abuelo de quien ahora dirige las granjas Rhulin. Al parecer, lo mataron a porrazos los tres agentes que debían detenerle. Ninguno de los agentes fue sometido a juicio.

Mike Hanlon sacó una pequeña libreta de un bolsillo interior y siguió hablando mientras la hojeaba, sin levantar la mirada:

--En 1877 hubo cuatro linchamientos dentro de los límites municipales. Uno de los ahorcados fue el predicador laico de la Iglesia metodista, quien, al parecer, ahogó a sus cuatro hijos en la bañera, como si fueran gatitos y después mató a su mujer de un tiro en la cabeza. Le puso el revólver en la mano para que pareciera suicidio, pero no engañó a nadie. Un año antes encontraron a cuatro hacheros en una cabaña, a orillas del Kenduskeag, literalmente hechos pedazos. En viejos diarios se habla de desapariciones de niños, de familias enteras, pero no figuran en ningún documento público. Y hay más y más. Pero con eso podéis haceros una idea.

--Me hago una idea, sí -dijo Ben-. Aquí pasa algo, pero debe quedar en privado.

Mike cerró la libreta, volvió a guardarla y los miró con seriedad.

--Si yo fuera agente de seguros en vez de bibliotecario, tal vez podría hacer un gráfico. Mostraría una tasa anormalmente alta de crímenes violentos, sin excluir la violación, el incesto, los robos de domicilios, los robos de coches, los malos tratos a mujeres y niños, los asaltos.

En Texas hay una ciudad de medianas dimensiones donde la tasa de crímenes violentos está muy por debajo de lo que cabría esperar en una población de ese tamaño. Se ha atribuido la extraordinaria placidez de la gente que la habita a un elemento del agua, una especie de sedante natural. Aquí ocurre exactamente lo contrario. Derry es un lugar violento en cualquier época. Pero cada veintisiete años, aunque el ciclo nunca ha sido exacto, la violencia aumenta hasta un punto furioso... y nunca ha sido noticia de difusión nacional.

--Estás sugiriendo que aquí hay una especie de cáncer -dijo Beverly.
--En absoluto. El cáncer no tratado resulta invariablemente mortal. Derry no ha muerto, por el contrario, progresa... de un modo nada espectacular, que no llama la atención a la prensa, por supuesto. Es, simplemente, una pequeña ciudad, bastante próspera, en un estado relativamente despoblado, donde pasan cosas desagradables con demasiada frecuencia... y donde ocurren cosas siniestras cada veinticinco o veintisiete años.
--¿Eso es constante desde un principio? -preguntó Ben.
Mike asintió.
--Constante desde un principio: 1715-1716, 1740 a 1743 aproximadamente (ése debió de ser un mal período), 1769, etcétera. Hasta la actualidad. Tengo la sensación de que ha ido de mal en peor, tal vez porque al terminar cada ciclo hay más habitantes en Derry, tal vez por otros motivos. Y en 1958 el ciclo parece haber llegado a un final prematuro. De lo cual fuimos responsables.
Bill Denbrough se inclinó hacia adelante, los ojos súbitamente encendidos.
--¿Estás seguro de eso? ¿Seguro?
--Sí-dijo Mike-. Los otros ciclos, en su totalidad, llegaron al momento culminante en septiembre y después terminaron a lo grande. Hacia Navidad o hacía Pascua a lo sumo, la vida ya había recobrado más o menos su ritmo normal... En otras palabras, hubo períodos malos de catorce a veinte meses, cada veintisiete años. Pero el año malo que se inició cuando murió tu hermano en octubre de 1957, terminó abruptamente en agosto de 1958.
--¿Por qué? -preguntó Eddie con ansiedad. Su respiración se había tornado más hueca. Bill recordó ese silbido agudo al inhalar y comprendió que pronto estaría prendido al viejo inhalador-. ¿Qué hicimos?
La pregunta quedó suspendida. Mike pareció estudiarla... y al fin sacudió la cabeza.
--Ya te acordarás -dijo-. A su debido tiempo, te acordarás.
--¿Y si no recordamos? -preguntó Ben.
--En ese caso, que Dios nos ayude.
--Nueve niños muertos este año -dijo Richie-. ¡Cielos!
--Lisa Albrecht y Steve Johnson, a fines de 1984 -puntualizó Mike-. En febrero desapareció un chico llamado Dennis Torrio, de la escuela secundaria; su cadáver apareció a mediados de marzo en Los Barrens, mutilado. A poca distancia encontraron esto.
Sacó una fotografía del mismo bolsillo en el que había guardado la libreta y la hizo circular. Beverly y Eddie le echaron una mirada, intrigados, pero Richie Tozier reaccionó violentamente dejándola caer como Si quemara.
--¡Por Dios! ¡Por Dios, Mike!
Levantó la vista, con los ojos espantados. Un momento después pasó la fotografía a Bill.
El novelista la miró y tuvo la sensación de que el mundo flotaba alrededor en tonos grises. Por un momento creyó que iba a desmayarse. Oyó un gruñido y supo que lo había emitido él. Dejó caer la foto.
--¿Qué pasa? -oyó decir a Beverly-. ¿Qué significa eso, Bill?
--Es la foto escolar de mi hermano -dijo Bill, por fin-. Es GeGe-Georgie. La foto de su álbum. La que se movió. La que me guiñó el ojo.

Volvieron a pasarla de mano en mano mientras Bill permanecía inmóvil a la cabecera de la mesa, perdida la vista en el espacio. Era la fotografía de una fotografía. Mostraba una maltratada instantánea puesta contra un fondo blanco. Labios sonrientes que descubrían dos agujeros donde nunca habían crecido dientes nuevos ("A menos que crezcan en el ataúd", pensó Bill, estremecido). En el margen se leía: "Compañeros de escuela 1957-1958."

--¿Apareció este año? -preguntó Beverly, otra vez. Como Mike asintiera, se volvió hacia Bill-. ¿Cuándo la viste por última vez?

Él se humedeció los labios y trató de hablar. No salió nada. Hizo otro intento mientras las palabras le resonaban en la cabeza, consciente de que volvía el tartamudeo. Luchó contra el terror.

--No he visto esa foto desde 1958. Esa primavera, el año en que George murió... Cuando traté de enseñársela a Richie, había de-desaparecido.

Hubo un jadeo angustiante que les hizo girar la cabeza. Eddie volvió a poner el inhalador en la mesa, algo azorado.

-¡Eddie Kaspbrak en marcha! -exclamó Richie alegremente. De pronto, fantasmagórica, surgió de su boca la voz del locutor de noticieros cinematográficos-. En el día de la fecha, en Derry, toda una ciudad sale a presenciar el desfile de los asmáticos. El astro del espectáculo es el gran Ed Cabeza de Moco, conocido en toda Nueva Inglaterra como...

Se interrumpió. Eddie se elevó una mano hacia la cara, como para taparse los ojos. Bill pensó: "No, no es eso. No lo hace para taparse los ojos, sino para empujarse las gafas hacia arriba. Gafas que ya ni siquiera están allí. Oh, Dios bendito, ¿qué está pasando aquí?"

--Disculpa, Eddie -dijo Richie-. He sido cruel. No sé en qué diablos estaba pensando.

Y miró a los otros, desconcertado.

Mike Hanlon dijo:

--Me había prometido, al descubrirse el cadáver de Steven Johnson, que, si ocurría algo más, si se producía un solo caso que fuera evidente, haría esas llamadas. Y acabé demorando otros dos meses las llamadas. Era como si me hubiera hipnotizado lo que ocurría la conciencia, la deliberación con que ocurría. La foto de George apareció junto a un tronco caído, a menos de tres metros del cadáver de Torrio. No estaba escondida. Por el contrario, se hubiera dicho que el asesino deseaba que fuera descubierta. Y estoy seguro de que así era.

--¿Cómo conseguiste la foto de la policía, Mike? -preguntó Ben-. Porque de eso se trata, ¿no?

--Sí, de eso se trata. En el departamento de policía hay un tío que no se opone a ganar un poco de dinero extra. Le pago veinte dólares por mes, todo lo que puedo permitirme; él me pasa los datos.

El cuerpo de Dawn Roy apareció cuatro días después del de Torrio. En el parque Mccarron. Trece años. Decapitada.

Veintitrés de abril de este año. Adam Terrault. Dieciséis años. Se denunció su desaparición cuando no volvió a su casa tras el ensayo de la orquesta. Lo encontraron al día siguiente, a muy poca distancia del sendero que atraviesa la arboleda detrás de Broadway Oeste. También decapitado.

Seis de mayo. Frederick Cowan. Dos años y medio. Apareció en el baño de la planta alta, ahogado en el inodoro.
--Oh, Mike -exclamó Beverly.
--Sí, horrible -repuso él, casi con furia-. ¿No crees que me doy cuenta?
--¿La policía -preguntó ella-está convencida de que no pudo ser... bueno, una especie de accidente?
Mike sacudió la cabeza.
--La madre estaba tendiendo ropa en el patio trasero. Oyó el ruido de un forcejeo y un grito de su hijo. Corrió tanto como pudo. Mientras subía la escalera dice haber oído que el depósito del baño se vaciaba repetidas veces. Y, la risa de alguien. Dijo que no parecía humana.
--¿Y no vio a nadie? -preguntó Eddie.
--A su hijo -dijo Mike-. Tenía la columna rota y el cráneo fracturado. La mampara de la ducha tenía el vidrio roto. Había sangre por todas partes. La madre está ahora en el Instituto de Salud Mental de Bangor. Mi... mi informante policial dice que ha enloquecido.
--No me extraña, joder -dijo Richie con voz ronca-. ¿Quién tiene cigarrillos?
Beverly le dio uno. Richie lo encendió con mano temblorosa.
--La teoría policial es que el asesino entró por la puerta de la calle mientras la señora Cowan tendía ropa en el fondo. Después, mientras ella subía por la escalera de atrás, suponen que él saltó desde la ventana del baño al patio que ella acababa de abandonar. Pero la ventana es muy pequeña. A un chico de siete años le costaría pasar por allí. Y caería desde siete metros y medio. A rademacher no le gusta hablar de estas cosas y ningún periodista (ninguno del News, por cierto) lo ha presionado al respecto.
Mike tomó un sorbo de agua y pasó otra fotografía. Ésta no había sido tomada por la policía: era otra foto escolar. Mostraba a un niño sonriente, de unos trece años, vestido con sus mejores galas, con las manos pulcramente cruzadas en el regazo, pero con un destello travieso en los ojos. Era negro.
--Jeffrey Holly -dijo Mike-. El trece de mayo. Una semana después de que asesinaron al niño Cowan. Vientre desgarrado. Lo encontraron en el parque Bassey, junto al canal.
Nueve días después, el veintidós de mayo, un niño de quinto curso, John Feury, apareció muerto en Neibolt Street.
Eddie emitió un gritito agudo y tembloroso. Buscó a tientas su inhalador y lo hizo caer de la mesa. El artefacto rodó hasta Bill, que lo recogió. La cara de Eddie había tomado un color amarillo enfermizo. El aliento le silbaba fríamente en la garganta.
--¡Denle algo de beber! -bramó Ben-. Que alguien le consiga...
Pero Eddie movió la cabeza. Accionó su inhalador contra la garganta y el pecho le dio una sacudida. Volvió a accionar el aparato otra vez y se reclinó en el asiento con los ojos entornados, jadeando.
--Ya pasará -jadeó-. Dadme un minuto y estaré con vosotros.
--¿Estás seguro, Eddie? -preguntó Beverly-. Quizá te convendría acostarte...
--Ya pasará -repitió él-. Fue sólo... la impresión.
Ya me comprendéis. La impresión. Me había olvidado completamente de Neibolt Street.

Nadie contestó. No hacía falta. Bill pensaba: "Uno cree haber llegado al límite de su capacidad y entonces Mike saca a relucir otro nombre y otro, como un brujo negro con el sombrero lleno de trucos malignos y uno cae otra vez de culo."
Era demasiado para que pudieran asumirlo todo de una vez, ese relato de inexplicable violencia, dirigida directamente, de algún modo, a las seis personas allí reunidas. Al menos eso sugería la foto de George.
--A John Feury le faltaban ambas piernas -prosiguió Mike, suavemente-, pero el forense dice que se las arrancaron después de morir. Le falló el corazón. Parece haber muerto de miedo, literalmente. Lo encontró el cartero, que vio asomar una mano por debajo del porche...
--Fue en el número 29, ¿no? -preguntó Richie. Bill le echó una mirada rápida que Richie devolvió con un leve asentimiento antes de volverse otra vez hacia Mike-. Neibolt Street, 29.
--Oh, sí, dijo Mike con la misma serenidad-. Fue en el número 29. -Bebió otro poco de agua-. ¿Te sientes bien de veras, Eddie?
Eddie asintió. Su respiración se había aliviado.
--Rademacher hizo un arresto al día siguiente del descubrimiento del cadáver -dijo Mike-. Ese mismo día, casualmente, el News publicó en primera plana un artículo pidiendo su renuncia.
--¿Después de ocho asesinatos? -observó Ben-. Qué enérgicos.
Beverly quiso saber a quién habían arrestado.
--A un sujeto que vive en un pequeño cobertizo, por la carretera 7, casi en los límites del municipio de Newport. Una especie de ermitaño. Tenía la casucha techada con maderas robadas y quemaba leña para cocinar. Se llama Harold Earl. Probablemente no ve doscientos dólares en efectivo en todo el año. Alguien que pasaba en coche lo vio de pie en su patio, mirando el cielo, el día en que descubrieron el cadáver de John Feury. Tenía la ropa cubierta de sangre.
--Entonces, tal vez... -comenzó Richie, esperanzado.
--Había tres venados descuartizados en su cobertizo -dijo Mike-. Había estado cazando furtivamente en Haven. La sangre de su ropa era de venado. Rademacher le preguntó si había matado a John Feury. Según informes, el detenido dijo: "Sí, maté a mucha gente, casi todos durante la guerra." También dijo que por la noche había visto cosas en los bosques. A veces luces azules suspendidas a pocos centímetros del suelo. Luces de cadáver, las llamó él. Y a varios Pie Grande.
Lo enviaron al Instituto de Salud Mental de Bangor. Según el informe médico, casi no tiene hígado. Había estado bebiendo disolvente de pinturas...
--Oh, por Dios -susurró Beverly.
--... y es propenso a las alucinaciones. Hasta hace tres días, Rademacher aún seguía con su idea de que Earl era el sospechoso principal. Mandó que ocho tipos fueran a excavar alrededor del cobertizo, en busca de cabezas, pantallas de lámpara hechas con piel humana o sabe Dios qué.
Mike hizo una pausa, bajó la cabeza y luego prosiguió, con voz algo más ronca:
--Yo había estado esperando, pero cuando me enteré de este último, os llamé a todos. Ojalá lo hubiera hecho antes.
--Veamos -dijo Ben.

--La víctima fue otro niño de quinto curso. Compañero del niño Feury. Lo encontraron a la altura de Kansas Street, cerca del sitio donde Bill escondía su bicicleta cuando íbamos a Los Barrens. Se llamaba Jerry Bellwood. Estaba destrozado. Lo... lo que quedaba de él apareció al pie de un muro de contención que levantaron a lo largo de Kansas, en casi toda su extensión, hace unos veinte años, para detener la erosión del suelo. La policía fotografió la sección de la pared donde hallaron a Bellwood menos de media hora después de retirar el cadáver. Aquí está la foto.

La entregó a Rich Tozier, que la pasó a Beverly después de echarle un vistazo. Ella la miró por un instante, hizo una mueca de espanto y la entregó a Eddie, quien la contempló por largo rato, absorto, antes de cederla a Ben. Ben la pasó a Bill tras una mirada muy rápida.

Unas letras de imprenta trazaban un camino inestable a lo largo del muro de cemento. Decían:

"Volved a casa volved a casa volved a casa"

Bill miró a Mike con gesto sombrío. Hasta ese momento se había sentido desconcertado y con miedo, ahora experimentaba las primeras sacudidas del enfado. Se alegró de eso. No era bonito sentirse enfadado, pero era mejor que el espanto, mejor que el miserable miedo.

--¿Esto está escrito con lo que yo pienso?

--Sí -dijo Mike-. Sangre de Jerry Bellwood.

5. Richie recibe un abucheo.

Mike había recogido sus fotografías. Tenía la impresión de que Bill podía pedirle la de George, pero él no lo hizo. Entonces las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y, cuando todas estuvieron fuera de la vista, el grupo, él incluido, experimentó una especie de alivio.

--Nueve niños -estaba diciendo Beverly-. No lo puedo creer. Es decir... lo creo, pero "no puedo" creerlo. ¿Nueve niños y nada? ¿Absolutamente nada?

--No exactamente -aclaró Mike-. La gente está furiosa y tiene miedo... al menos eso parece. En realidad, es imposible saber quiénes sienten eso y quiénes fingen.

--¿Que "fingen"?

--¿Recuerdas, Beverly, que cuando éramos niños un hombre dobló su periódico y entró en su casa mientras tú le pedías ayuda a gritos?

Por un momento, algo pareció saltar a los ojos de ella; se la vio aterrorizada y consciente. Después, sólo desconcertada.

--No... ¿Cuándo ocurrió eso, Mike?

--No importa. Ya lo recordarás, cuando llegue el momento. Por ahora sólo puedo decir que, en Derry, todo parece estar como debería. Frente a tan horrenda cadena de asesinatos, la gente hace todo lo que uno espera de un pueblo, y muchas de esas cosas son las mismas que se hicieron mientras desaparecían

niños y se encontraban sus cadáveres en 1958. La Comisión de Seguridad para los Niños ha vuelto a reunirse, sólo que esta vez lo hace en la escuela primaria municipal y no en la secundaria. Hay dieciséis detectives de la oficina de la fiscalía estatal en la ciudad y también un contingente de agentes del FBI; no sé cuántos son y no creo que Rademacher lo sepa, aunque habla mucho. Se ha vuelto a imponer el toque de queda...

--Ah, sí, el toque de queda. -Ben se frotaba lentamente el costado del cuello-. Eso sirvió de muchísimo en 1958, por lo que recuerdo.

--... y hay grupos de madres acompañantes, para que todos los escolares, desde el jardín de infancia hasta el octavo grado, vuelvan a su casa bien vigilados. El "News" ha recibido más de dos mil cartas, sólo en las últimas tres semanas, exigiendo una solución. Y, como cabía esperar, ha vuelto a iniciarse la emigración. A veces, creo que es el único modo de saber quiénes son sinceros en su deseo de que esto cese y quiénes no. Los sinceros se asustan y se van.

--¿La gente se está yendo, de verdad? -preguntó Richie.

--Pasa cada vez que el ciclo se pone en marcha. Es imposible saber cuántos se van, porque el ciclo no ha caído nunca en año de censo desde 1850, más o menos. Pero es un número considerable. Huyen como niños que descubrieran que la casa está embrujada de verdad.

--Volved a casa, volved a casa, volved a casa -musitó Beverly. Cuando apartó la vista de sus manos fue a Bill a quien miró, no a Mike-. "Eso" quería que nosotros volviéramos. ¿Por qué?

--"Tal vez" quiere que todos estemos aquí -observó Mike crípticamente-. Puede querer venganza. Después de todo, una vez lo paramos en seco.

--Venganza o sólo poner las cosas en orden -dijo Bill.

Mike asintió.

--En la vida de todos vosotros también hay cosas que no están en orden, como sabréis. Ninguno de vosotros salió de Derry indemne, sin su marca. Todos olvidasteis lo que pasó aquí, y los recuerdos de aquel verano aún son sólo fragmentarios. Además, es curioso el hecho de que todos seáis ricos.

--Oh, vamos -protestó Richie-. No se puede decir que...

--Tranquilo -dijo Mike, levantando la mano con una leve sonrisa-. No estoy acusándoos de nada; sólo trato de poner las cartas sobre la mesa. Todos vosotros sois ricos, desde la óptica de un bibliotecario de ciudad pequeña que no llega a ganar once mil dólares al año, deducidos los impuestos, ¿comprendéis?

Rich encogió los hombros de su costoso traje, con aire incómodo. Ben parecía concentrado en desgarrar pequeñas tiras de su servilleta. Nadie miraba directamente a Mike, salvo Bill.

--Ninguno de vosotros es multimillonario realmente -continuó el bibliotecario-, pero disfrutáis de una situación más que holgada dentro de la clase media-alta norteamericana. Aquí estamos entre amigos, de modo que podéis confesar: si uno de vosotros declaró menos de noventa mil dólares en la declaración de renta de 1984, que levante la mano.

Todos se miraron entre sí, casi furtivamente, azorados, como parecen sentirse siempre los norteamericanos, por la desnuda realidad de su propio éxito, como si el dinero fuera huevos duros y la solvencia, el dolor de estómago que sobreviene inevitablemente a una ración excesiva de ellos. Bill sintió calor en las mejillas, pero

no pudo evitar que enrojecieran. Sólo por el primer borrador del guión de "El desván" le habían pagado diez mil más que la suma mencionada por Mike. Le habían prometido veinte mil dólares por cada uno de los manuscritos adicionales que pudiesen hacer falta. Además, estaban los derechos de autor... y un suculento adelanto por dos libros que acababa de prometer por contrato. ¿Cuánto había declarado en 1984? Algo más de ochocientos mil dólares. Una suma que llegaba a parecer casi monstruosa junto a las ganancias que Mike había declarado: apenas once mil anuales.

"Conque eso te pagan por mantener el faro encendido, Mike, viejo amigo -pensó Bill-. ¡Por Dios, en algún momento habrías debido pedir aumento!"

Mike dijo:

--Bill Denbrough, novelista de éxito en una sociedad donde los novelistas son pocos, y menos aún los que pueden vivir de la profesión. Beverly Rogan, diseñadora de modas, actividad que cuenta con más interesados, pero con menos elegidos aún. Y ella es, de hecho, la más solicitada en toda la zona media del país, en la actualidad.

--Oh, no es por mí -dijo Beverly, emitiendo una risita nerviosa. Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior-. Es por Tom. El éxito es de él. Sin él, yo todavía estaría cambiando forros a faldas viejas. No tengo el menor sentido empresarial, y hasta Tom lo dice. Es sólo... por Tom, como os digo.

Dio una profunda calada a su cigarrillo y lo apagó.

--En mi humilde opinión, la dama eleva demasiadas protestas -observó Richie.

Ella giró rápidamente en el asiento y le clavó una mirada dura, algo ruborizada.

--¿Qué quieres decir, Richie Tozier?

--¡No me pegue, s.orita Sca.lett! -exclamó Richie con su aguda y temblorosa voz de negrito.

Y en ese momento Bill vio, con fantasmagórica claridad, al niño que conociera; no era sólo una presencia sustituida, que acechara bajo el exterior adulto de Rich, sino una criatura casi más real que el hombre mismo.

--¡No me pegue! Deje que le traiga otro jarabe de menta, s.orita Sca.lett, pu.e que lo beba en el po.che, que está un poquito más fresco. ¡No azote a este pobre negrito!

--Eres incorregible, Richie -dijo Beverly fríamente-. ¿Por qué no maduras?

Richie la miró; su sonrisa se desvanecía lentamente en la incertidumbre.

--Hasta que volví a esta ciudad, creía haberlo hecho -dijo.

Tú, Rich -continuó Mike-, quizá eres el discjockey más cotizado del país. Tienes a Los Angeles en la palma de la mano. Además, cuentas con dos programas de difusión nacional, uno de los cuales está entre los cuarenta de mayor audiencia, y otro llamado "Los chiflados Cuarenta"...

--Andate con cuidado, tonto -dijo Richie, con la gruñona voz de Mr. T, aunque estaba ruborizado-. Te voy a cambiar de lugar el frente y el dorso. Te haré cirugía cerebral con el puño. Te...

--Eddie -prosiguió Mike, sin prestarle atención-, tú tienes un próspero servicio de limusinas en una ciudad donde tienes que andar a los codazos entre lujosos coches con chófer cuando cruzas la calle. En Nueva York van a la quiebra dos compañías de ésas por semana, pero a ti te va muy bien.

>Tú, Ben, eres probablemente el de mayor éxito entre los arquitectos jóvenes del mundo.

Ben abrió la boca, probablemente para protestar, pero volvió a cerrarla.

Mike les sonrió, abriendo las manos en un gesto amplio.

--No quiero avergonzar a nadie, pero es preciso que las cartas estén sobre la mesa. Hay quienes triunfan jóvenes y hay quienes tienen éxito en trabajos muy especializados; si no hubiera quienes triunfan contra toda probabilidad, creo que todo el mundo renunciaría. Si se tratara sólo de uno o dos dentro del grupo podría pasar por coincidencia. Pero ocurre con todos vosotros, y eso incluye a Stan Uris, que era el contable más codiciado de Atlanta... y eso significa de todo el Sur. En mi opinión, ese éxito brota de lo que ocurrió aquí hace veintisiete años. Si todos hubierais estado expuestos al contacto con asbesto, en esa época, y todos tuvierais cáncer de pulmón, la correlación no sería menos evidente o persuasiva. ¿Alguno está en desacuerdo?

Los miró. Nadie dijo nada.

--Salvo tú -apuntó Bill-. ¿Qué pasó contigo, Mikey?

--¿No es obvio? -El bibliotecario sonrió-. Me quedé aquí.

--Mantuviste el faro encendido -dijo Ben. Bill se volvió a mirarlo, sobresaltado, pero el arquitecto miraba atentamente a Mike y no se dio cuenta-. Eso no me hace sentir muy bien, Mike. En realidad, me hace sentir como un gran aprovechado.

--Amén -concordó Beverly.

Mike sacudió la cabeza, paciente.

--No tenéis por qué sentiros culpables. ¿Creéis que fue por decisión propia que seguí en Derry? Así como tampoco fue por decisión propia que vosotros os marchasteis. Éramos pequeños, caramba. Por un motivo u otro, vuestros padres decidieron mudarse, y vosotros fuisteis parte del equipaje que ellos se llevaron. Mis padres se quedaron. Pero ¿la decisión fue de ellos, en realidad, de cualquiera de ellos? ¿Cómo se decidió quién se iría y quién se quedaría? ¿Fue cuestión de suerte, de fatalidad, de "Eso", de algún otro? No lo sé. Pero no tuvo nada que ver con nosotros, los chicos. Así que no insistáis con eso.

--¿No estás... resentido? -preguntó Eddie.

--He estado demasiado ocupado para almacenar resentimiento -explicó Mike-. Pasé mucho tiempo observando y esperando. Observaba y esperaba aun antes de darme cuenta de que lo hacía, pero en los últimos cinco años, he estado en una especie de alerta roja. Desde principios de año llevo un Diario. Y cuando uno escribe, piensa más... o tal vez más específicamente. Una de las cosas de las que me he estado ocupando es del carácter de "Eso". "Eso" cambia; lo sabemos. Creo que también manipula, y deja su marca en la gente, sólo por la naturaleza de lo que es, tal como el olor de un zorrino queda en la piel aun después de un largo baño, si ha vaciado su vejiga cerca de uno. Así como el saltamontes escupe su jugo en la palma del que lo toma en la mano.

Mike se desabotonó lentamente la camisa y abrió los bordes. Todos pudieron ver marcas de cicatrices en la suave piel parda de su pecho, entre las tetillas.

--Tal como las garras dejan cicatrices -agregó.

--El hombre lobo -dijo Richie, casi gimiendo-. ¡Oh, cielos, Gran Bill, el hombre lobo! Cuando volvimos a Neibolt...

--¿Qué? -preguntó Bill, como si lo hubieran sacado de un sueño-. ¿Qué, Richie?

--¿No te acuerdas?
--No. ¿Y tú?
--Casi... casi lo recordé... -Richie, entre confuso y asustado, guardó silencio.
--¿Quieres decir que esa cosa no es maligna? -preguntó Eddie a Mike. Miraba fijamente las cicatrices, como hipnotizado-. ¿Que es sólo parte del orden... natural?
--"Eso" no es parte del orden natural que comprendemos o aceptamos -dijo Mike, mientras volvía a abotonarse-, y no encuentro motivos para operar sobre cualquier otra base que la que está al alcance de nuestro entendimiento: que "Eso" mata, mata a los niños. Bill lo comprendió antes que ninguno de nosotros. ¿Recuerdas, Bill?
--Recuerdo que quería encontrarme con "Eso" para matarlo -dijo Bill. Por primera vez (y desde entonces ocurriría siempre) oyó que el pronombre adquiría rango de nombre propio en su propia voz-. Pero no tenía un punto de vista muy general sobre el asunto, no sé si me explico. Sólo quería matarlo porque "Eso" había matado a George.
--¿Todavía lo deseas?
Bill lo pensó, mirándose las manos sobre la mesa. Recordó a George con su impermeable amarillo, la capucha y el barquito de papel parafinado. Levantó la vista hacia Mike.
--M-m-más que nunca -dijo.
Mike asintió, como si fuera exactamente lo que esperaba.
--Eso dejó su marca en nosotros. Hizo sobre nosotros su voluntad, tal como ha hecho su voluntad con toda esta ciudad, un día sí, un día no, aún durante esos largos períodos en que duerme, hiberna o hace lo que sea, entre sus períodos más... vitales.
Mike levantó un dedo.
--Pero si obró su voluntad en nosotros, en algún punto, de algún modo, nosotros también le impusimos nuestra voluntad. Lo paramos antes de que hubiera terminado. Estoy seguro de que lo hicimos. ¿Lo debilitamos, lo herimos? ¿Estuvimos, en realidad, casi a punto de matarlo? Creo que sí. Creo que estuvimos tan cerca de matarlo que nos fuimos convencidos de haberlo hecho.
--Pero tú tampoco recuerdas esa parte, ¿verdad? -preguntó Ben.
--No. Recuerdo todo hasta el quince de agosto de 1958, con claridad casi perfecta. Pero desde entonces hasta el cuatro de septiembre, más o menos, cuando empezaron otra vez las clases, todo está en blanco absoluto. No se trata de que lo recuerde en parte o borrosamente: ha desaparecido por completo. Con una sola excepción: creo recordar que Bill gritaba algo de fuegos fatuos.
El brazo de Bill se sacudió convulsivamente y golpeó contra una de las botellas vacías, que cayó al suelo.
--¿Te has hecho daño? -preguntó Beverly, levantándose a medias.
--No -dijo él con voz áspera y seca. Tenía carne de gallina en el brazo. Tenía la sensación de que le había crecido el cráneo, lo sentía
("los fuegos fatuos")
presionar contra la piel tensa de la cara, en palpitaciones incesantes.
--Voy a recoger los...
--No. Siéntate. -Quiso mirarla y no pudo. No podía aceptar los ojos de Mike.

--¿Te acuerdas de los fuegos fatuos, Bill? -musitó Mike.
--No -dijo él. Su boca estaba como cuando el dentista se entusiasma demasiado con la novocaína.
--Ya te acordarás.
--Ojalá no.
--De cualquier modo, así será -dijo Mike-. Pero por el momento... no. Yo tampoco. ¿Alguno de vosotros?
Todos negaron con la cabeza.
--Pero algo hicimos -observó Mike, en voz baja-. En cierto momento pudimos ejercer una especie de voluntad de grupo. En cierto momento alcanzamos un entendimiento especial, fuera consciente o inconsciente. -Se movió, inquieto-. Lástima que Stan no esté con nosotros. Tengo la sensación de que él, con su mente ordenada, podría haber tenido alguna idea.
--Tal vez la tuvo -dijo Beverly-. Y tal vez por eso se mató. Por comprender que, si existía algo de magia, no funcionaría entre adultos.
--Yo creo que puede funcionar -corrigió Mike-. Porque hay otra cosa que los seis tenemos en común. No sé si alguno de vosotros se ha dado cuenta.
A Bill le tocó entonces abrir la boca y volver a cerrarla.
--Venga -le instó el bibliotecario-. Tú sabes de qué se trata. Te lo leo en la cara.
--No estoy muy seguro de saberlo -replicó Bill, pero "creo" que ninguno de nosotros tiene hijos.
Hubo un momento de asombrado silencio.
--Sí -dijo Mike-. Así es.
--¡Por todos los santos! -exclamó Eddie, indignado-. ¿Qué tiene que ver eso con el precio de las habas en Perú? ¿De dónde sacaste la idea de que todo el mundo tiene, forzosamente, que tener hijos? ¡Eso es una locura!
--¿Tenéis hijos tú y tu mujer? -preguntó Mike.
--Si has estado siguiéndonos el rastro como dices, sabes muy bien que no tenemos. Pero insisto en que eso no significa nada.
--¿Habéis "tratado" de tenerlos?
--No usamos anticonceptivos, si a eso te refieres. -Eddie hablaba con una dignidad conmovedora, pero tenía las mejillas arreboladas-. Sucede que mi esposa tiene algunos... ¡Mierda! Tiene un montón de kilos de más. Consultamos con un médico y él nos dijo que mi esposa no podría tener hijos si no bajaba de peso. ¿Somos criminales por eso?
--Tómatelo con calma, Eds -lo tranquilizó Richie, inclinándose hacia él.
--¡No me llames Eds y "no se te ocurra" pellizcarme las mejillas! -exclamó él, girando hacia Richie-. ¡Sabes que no lo soporto!
Richie retrocedió, parpadeando.
--¿Beverly? -preguntó Mike-. ¿Tú y Tom?
--No tenemos hijos -dijo-. Y tampoco usamos anticonceptivos. Tom quiere tener chicos... y yo también, por supuesto -agregó, apresurada, recorriendo a los presentes con la mirada. Bill se dijo que tenía los ojos demasiado brillantes, casi como los de una actriz que estuviera ofreciendo una buena representación-. Es que aún no han venido.
--¿Os hicisteis exámenes? -preguntó Ben.
--Oh, sí, por supuesto -respondió ella con una osa ligera, casi temblorosa.

En uno de esos arrebatos de esclarecimiento que a veces experimentan quienes han sido dotados de curiosidad y penetración psicológica, Bill comprendió de pronto muchas cosas sobre Beverly y su marido, Tom alias el "Hombre Más Grande del Mundo". Beverly se había sometido a los exámenes de fertilidad, pero lo más probable era que el "Hombre Más Grande del Mundo" se hubiera negado a considerar, siquiera por un momento, la posibilidad de que algo fallara en el esperma que se fabricaba en sus Bolsas Sagradas.
--¿Qué hay de ti y tu esposa, Gran Bill? -intervino Rich-. ¿Lo habéis intentado?
Todos lo miraron con curiosidad... porque estaba casado con una mujer a la que todos conocían. Audra no era la mejor actriz ni la mujer más adorada del mundo, pero sí la clase de celebridad que, de algún modo, había reemplazado al talento como moneda de cambio en la última mitad del siglo Xx. Era una desconocida cuyo rostro adorable les era familiar. Beverly, en especial, parecía llena de curiosidad.
--Lo hemos intentado de vez en cuando, desde hace seis años -dijo Bill-. En los últimos ocho meses no, por la película que estamos filmando. Se titula "Buhardilla".
--¿Sabes?, todos los días, de cinco y cuarto a cinco y media de la tarde, tenemos un programita de entretenimientos titulado "Visitando a las estrellas" -comentó Richie-. La semana pasada se ocuparon de esa famosa película, destacando lo del matrimonio que trabaja unido y todo eso. Mencionaron tu nombre y el de ella, pero no los relacioné contigo.
--Es curioso -dijo Bill-. El caso es que a Audra le pareció inoportuno quedar embarazada justo antes de pasarse diez semanas en actuaciones fatigosas, considerando que estaría descompuesta por las mañanas. Pero queremos tener hijos, sí. Y lo hemos intentado mucho.
--¿Habéis hecho exámenes de fertilidad? -preguntó Ben.
--Ajá, hace cuatro años, en Nueva York. Los médicos descubrieron un pequeñísimo tumor benigno en el útero de Audra. Dijeron que era una suerte, pues, aunque no le habría impedido quedar embarazada, podría haber provocado un embarazo extrauterino. Pero tanto ella como yo somos fértiles.
Eddie repitió tercamente:
--Eso no demuestra nada.
--Pero es sugestivo -murmuró Ben.
--Y por tu parte, Ben -preguntó Bill-, ¿no ha habido ningún pequeño accidente?
--Nunca me casé, siempre he tenido cuidado y no ha habido ningún juicio por paternidad -dijo Ben-. Aparte de eso, no puedo asegurar nada.
--¿Queréis escuchar una historia divertida? -preguntó Richie, con voz de policía irlandés.
Era una estupenda voz de policía irlandés. "Has mejorado de un modo indecible, Richie -pensó Bill-. Cuando chico no te salía, por mucho que lo intentaras. Sólo una vez... o dos... ¿cuándo
("los fuegos fatuos")
fue?
--Y no olvides esta recomendación, querido amiguito.
De pronto, Ben Hanscom se tapó la nariz y exclamó, con aguda voz de niño:
--¡Bip-bip, Richie! ¡Bip-bip! ¡Bip-bip!

Al cabo de un momento, Eddie, riendo, se tapó la nariz y se unió a la broma. Beverly hizo lo mismo.
--¡Está bien! -protestó Richie, riendo también-. ¡Está bien, renuncio! ¡Por el amor de Dios!
--Oh, muchachos -dijo Eddie, derrumbándose en la silla, casi llorando de risa-. Esta vez hemos ganado, Bocazas. Bravo, Ben.
Ben estaba sonriendo, pero parecía algo extrañado.
--Bip-bip -repitió Bev, riendo-. Me había olvidado de eso. Te lo hacíamos a cada rato, Richie.
--Porque vosotros nunca supisteis apreciar el talento, eso es todo -replicó Richie. Como en los viejos tiempos, se le podía hacer perder el equilibrio, pero era como uno de esos muñecos con base pesada: casi de inmediato volvía a levantarse-. Ésa fue una de tus pequeñas contribuciones al club de los fracasados, ¿verdad, Ben?
--Si, eso creo.
--¡Qué hombre! -exclamó Richie, con voz estremecida de admiración. Y comenzó a hacer grandes reverencias sobre la mesa, casi metiendo la nariz en su taza de té cada vez que descendía-. ¡Qué hombre, caramba, qué hombre!
--Bip-bip, Richie -dijo Ben, solemne. De pronto soltó una franca risa de barítono, muy diferente de su vacilante voz de la infancia-. Sigues siendo el mismo Correcaminos de siempre.
--Bueno, ¿queréis que os lo cuente o no? -preguntó Richie-. Por mi parte, me da igual. Abucheadme hasta cansaros. Yo sé resistir los ataques. Estáis hablando con el hombre que una vez entrevistó a Ozzy Osbourne.
--Cuenta -dijo Bill.
Echó un vistazo a Mike; se lo veía más feliz (o más relajado) desde el comienzo del almuerzo. ¿Era acaso porque veía el vínculo mutuo casi inconsciente que estaba produciéndose, ese fácil volver a los antiguos papeles que casi nunca se produce cuando se reúnen viejos amigos? Bill pensó que sí. Y pensó también: "Si existen ciertas condiciones previas para la fe en la magia que posibilita el uso de esa magia, tal vez esas condiciones previas aparecerán solas, inevitablemente". El pensamiento no le resultó muy reconfortante. Le hizo sentirse atado a la punta de un misil teledirigido.
Bip-bip, por cierto.
--Bueno -estaba diciendo Richie-, puedo hacer de esto una historia larga y triste o la versión para historietas, al estilo Lorenzo y Pepita. Pero me ajustaré a un término medio. Un año después de marcharme a California conocí a una muchacha, y los dos nos enamoramos. Comenzamos a vivir juntos. Al principio ella tomaba la píldora, pero no le sentaba bien. Habló de conseguir un dispositivo intrauterino, pero a mí no me gustaba mucho la idea; los periódicos empezaban a publicar las primeras noticias de que no eran del todo inócuos.
>Habíamos hablado mucho de los hijos y teníamos decidido que no queríamos tenerlos, ni siquiera si llegábamos a legalizar la relación. Que era irresponsable traer niños a un mundo tan amenazado, peligroso y superpoblado, blabla-bla, vamos a poner una bomba en el lavabo del Bank of America y después vendremos a fumar un poco de marihuana mientras hablamos de las diferencias entre el maoísmo y el trotskismo. ¿Entendéis?

>O tal vez soy demasiado duro con nuestra posición de entonces. Joder, éramos jóvenes y razonablemente idealistas. La cuestión es que me hice cortar los cables, como dicen los de Beverly Hills, con su elegancia infaliblemente vulgar. No hubo ningún problema con la operación y no hubo efectos desagradables. Porque suele haberlos, por si vosotros no lo sabéis. A un amigo mío se le hincharon las pelotas hasta el tamaño de neumáticos de Cadillac. Yo iba a regalarle un par de tiradores con dos toneles para el cumpleaños, pero se le deshincharon antes.

--Muestra de tu acostumbrado tacto -comentó Bill.

Beverly volvió a reír. Richie le dedicó una sonrisa.

--Gracias por esas palabras de apoyo, Bill. En tu último, libro utilizaste doscientas seis veces la palabra "mierda". Las conté.

--Bip-bip, Bocazas -dijo Bill, solemne, y todos rieron.

A Bill le parecía casi imposible que, diez minutos antes, hubieran estado hablando de niños asesinados.

--Sigue, oh Richie -lo instó Ben-. El tiempo avanza, implacable.

--Sandy y yo convivimos dos años y medio -prosiguió Richie-. Por dos veces estuvimos a punto de casarnos. Tal como resultaron las cosas, creo que nos ahorramos muchos dolores de cabeza y todo ese papeleo de los bienes conyugales. Ella recibió un ofrecimiento para trabajar con una firma de abogados de Washington más o menos al mismo tiempo que a mí me ofrecían un programa de fin de semana en la KLAD; no era gran cosa, pero equivalía a tener un pie dentro. Ella me dijo que era su gran oportunidad y que yo debía ser un machista insensible, un verdadero cardo, si la retenía; más aun, ya estaba harta de California. Yo le dije que para mí también era una gran oportunidad. Así que nos tiramos los platos a la cabeza, y cuando se acabaron los platos, Sandy se fue.

Un año después, decidí tratar de revertir la vasectomía. No tenía motivos valederos y sabía, por lo que había leído, que las probabilidades eran escasas. Pero no me importó.

--¿Tenías alguna pareja estable, por entonces? -preguntó Bill.

--No, y eso es lo más curioso. -Richie frunció el entrecejo-. Simplemente un día desperté con ese... no sé, ese antojo de hacerla revertir.

--Estabas loco, sin duda -intervino Eddie-. Anestesia general en vez de local, cirugía... tal vez hasta una semana de hospitalización...

--Sí, el médico me dijo todo eso -respondió Richie-. Y yo le dije que, de cualquier modo, quería hacerlo. No sé por qué. El médico me advirtió que el período de recuperación sería doloroso y que el resultado no era seguro. Dije que no me importaba y que me operara, cuanto antes. Y él me dijo: "Refrénese, hijo. Primero quiero una muestra de esperma para asegurarme de que la operación sea necesaria." Yo le dije: "¡Pero bueno, si me hicieron ese examen después de la vasectomía, y estaba bien!" Él me dijo que algunas veces los vasos se reconectaban espontáneamente. "¡Mierda! Eso no me lo habían dicho", dije yo. Él me explicó que las posibilidades eran remotas, infinitesimales, pero antes de emprender una operación tan delicada teníamos que comprobarlas. Así que entré en el baño de caballeros, con un ejemplar de "Playboy", y llené un tazón.

--Bip-bip, Richie -dijo Beverly.

--Sí, tienes razón -reconoció Richie-. Lo de "Playboy" es mentira. En los consultorios nunca hay revistas tan interesantes. La cuestión es que el médico me

llamó tres días después para preguntarme qué quería recibir antes: la buena noticia o la mala.

>"Primero la buena", le dije.

>"La buena es que no hace falta ninguna operación -dijo él-. La mala es que si se ha acostado con alguien en los últimos dos o tres años, en cualquier momento puede caerle un juicio por paternidad."

>"¿Eso quiere decir lo que yo creo?", pregunté.

>"Eso quiere decir que usted no ha estado disparando con balas de fogueo en estos años. Hay millones de bailarines en su muestra de esperma. Por el momento, se le acabó el placer de montar a pelo sin preocupaciones, Richard."

>Le di las gracias y colgué. Después llamé a Sandy, a Washington.

>"¡Rich!", me dice.

De pronto, la voz de Richie se convirtió en la de esa chica a la que nadie conocía. No era una imitación, ni siquiera un parecido; era un retrato cantado.

--"¡Qué maravilla oírte! ¿Sabes que me casé?", me dice.

>"Ah, qué bien. ¿Por qué no me avisaste? Te habría mandado una coctelera", le digo.

>Y ella: "Siempre tan gracioso."

>Y yo le dije: "Claro, siempre tan gracioso. A propósito, Sandy: por casualidad, no estuviste con ningún chico después de mudarte a Washington, ¿no? ¿Ni siquiera alguna menstruación fuera de fecha o algo así?"

>"Eso no me parece nada divertido, Rich", dijo ella. Me di cuenta de que estaba por colgar, así que le conté lo ocurrido. Ella se echó a reír, sólo que esa vez lo hizo con ganas, como reíamos nosotros siete cuando alguien contaba un chiste. Cuando se calmó, le pregunté qué le parecía tan divertido.

>"Es estupendo. Esta vez el chiste te lo hicieron a ti -dijo-. ¡A "Discos" Tozier, por fin! ¿Cuántos bastardos has engendrado desde que me marché, Rich?"

>"¿Eso significa que aún no has experimentado las alegrías de la maternidad?", le pregunté.

>"Espero para julio -me respondió-. ¿Alguna otra pregunta?"

>"Sí. ¿Cuándo cambiaste de opinión sobre lo inmoral que es traer hijos a este mundo de mierda?"

>"Cuando encontré un hombre que no era un mierda", respondió ella, y colgó.

Bill se echó a reír. Rió hasta que le corrieron las lágrimas por las mejillas.

--Sí -dijo Richie-. Creo que se apresuró a colgar para quedarse con la última palabra, pero hubiera podido quedarse todo el día con el auricular en la mano. Yo sé reconocer cuándo he perdido. Una semana después volví al consultorio del médico para preguntarle si podía aclararme un poco los porcentajes de regeneración espontánea. Dijo que había hablado al respecto con algunos de sus colegas. Según resultó en los tres años transcurridos entre 1980 y 1982, se registraron veintitrés casos de regeneración espontánea. Seis de ellos resultaron, simplemente operaciones mal hechas. Otros seis, estafas ideadas para engordar la cuenta bancaria del médico. Por lo tanto, hubo once casos auténticos en tres años.

--¿Once entre cuántos? -preguntó Beverly.

--Entre veintiocho mil seiscientos dieciocho -especificó Richie.

Se hizo el silencio en la mesa.

--Fijaos qué lotería me tocó -agregó él-. Y no resultó ningún hijo de eso. ¿No es para reírse, Eds?
Eddie comenzó:
--Eso no prueba...
--No -intervino Bill-, no prueba nada. Pero sugiere una relación, sin duda. Ahora bien, ¿qué vamos a hacer? ¿Lo has pensado, Mike?
--Claro que lo he pensado -dijo Mike-, pero no podía decidir nada mientras no nos reuniéramos a hablar. No podía predecir el resultado de esta reunión antes de que se produjera.
Hizo una larga pausa, contemplándolos con aire pensativo.
--Tengo una idea -agregó-, pero antes de explicarla, creo que debemos resolver algo. ¿Vamos a actuar o no? ¿Vamos a tratar otra vez de matar a "Eso"?
¿O dividimos la cuenta del almuerzo entre seis y volvemos a lo que cada uno estaba haciendo?
--Parece que... -comenzó Beverly.
Pero Mike la miró sacudiendo la cabeza. Todavía no había terminado.
--Debéis comprender que nuestras posibilidades de triunfar son imprevisibles. Sé que no son buenas, así como que habrían sido algo mejores si Stan estuviera aquí. Buenas no, pero sí mejores. como Stan no está, el círculo que formamos aquel día está roto. No creo que podamos destruir a "Eso", ni siquiera alejarlo por un tiempo, como antes, si el círculo está roto. Creo que "Eso" nos matará, uno a uno, probablemente de modo horrible. Siendo niños formamos un círculo completo, de algún modo que tampoco ahora comprendo. Creo que, si decidimos actuar, tendremos que tratar de constituir un círculo más reducido.
Mike volvió a mirarlos, con ojos hundidos y cansados.
--Por eso me parece mejor que votemos. Quedarse e intentarlo otra vez, o volver cada uno a su casa. Ésas son las opciones. Os hice venir por una antigua promesa, aun sin estar seguro de que la recordaríais, pero no puedo reteneros aquí sólo con eso. Los resultados serían peores.
Miró a Bill y en ese momento el escritor comprendió lo que sobrevendría. Sintió miedo, pero no pudo impedirlo. Luego, con el mismo alivio que quizá experimenta el suicida al sacar las manos del volante, en el coche a toda velocidad, para cubrirse los ojos, lo aceptó. Mike los había reunido allí. Mike les había explicado todo claramente... y ahora cedía el liderazgo. Depositaba el mando de jefe en la persona que lo había llevado en 1958.
--¿Qué opinas tú, Gran Bill? Formula la pregunta.
--Antes de hacerlo -dijo Bill-, quiero saber si todos la "entendéis". Ibas a decir algo, Bev.
Ella meneó la cabeza.
--Muy bien. Creo que la pregunta es ésta: ¿nos quedamos a luchar o nos olvidamos de todo? Los que queráis quedaros, levantad la mano.
Nadie se movió durante cinco segundos. Bill recordó ciertas subastas, en las que el precio de algún artículo subía repentinamente a la estratosfera y quienes no querían ofrecer se convertían en estatuas, temerosos de rascarse o de espantar una mosca por si el subastador tomaba el gesto por otros cinco o veinte mil.
Pensó en Georgie. Georgie, que nunca le había hecho mal a nadie, que sólo quería salir a jugar tras haber estado en cama toda la semana. Georgie, con las

mejillas enrojecidas, el barquito de papel en una mano, abrochándose el impermeable con la otra. Georgie, que le daba las gracias y le besaba la mejilla afiebrada. "Gracias Bill. Es un barco muy bonito."

Sintió que la vieja cólera le subía. Pero en este momento era adulto, dotado de una perspectiva más amplia. Ya no era sólo por Georgie. Por su cabeza desfiló una horrible lista de nombres: Betty Ripsom, descubierta congelada en el suelo; Cheryl Lamonica, pescada en el Kenduskeag; Matthew Clements, arrancado de su triciclo; Verónica Grogan, de nueve años, encontrada en una cloaca; Steven Johnson, Lisa Albrecht, tantos otros... y sólo Dios sabía cuántos de los desaparecidos.

Levantó lentamente la mano y dijo:

--Acabemos con él. Esta vez lo haremos de verdad.

Por un momento, su mano se exhibió allí, sola, como la mano del único chico en toda la clase que conoce la respuesta acertada, el que todos los alumnos detestan. Por fin, Richie suspiró y levantó la mano diciendo:

--Joder. No puede ser peor que entrevistar a Ozzy Osbourne.

Beverly levantó la mano. Había recobrado el color, pero en manchas intensas que le encendían los pómulos. Parecía a un tiempo muy exaltada y asustada.

Mike levantó la mano.

Ben lo imitó.

Eddie Kaspbrak se reclinó en la silla, como si quisiera fundirse con ella para desaparecer. Su rostro, flaco y de aspecto delicado, mostraba un miedo angustioso; miró a derecha e izquierda y, finalmente, a Bill. Por un momento, el escritor tuvo la seguridad de que Eddie se levantaría y huiría de la habitación sin mirar atrás. Pero levantó una mano y tomó su inhalador con la otra.

--¡Bien, Eds! -dijo Richie-. Apuesto a que esta vez vamos a pasarlo en grande.

--Bip-bip, Richie -respondió Eddie con voz temblorosa.

6. Los fracasados comen el postre.

--Bueno, Mike, ¿cuál era tu idea? -preguntó Bill. Rose, la camarera, había roto el clima al entrar con un plato de galletas de la suerte. Recorrió con la vista a las seis personas, que mantenían la mano en alto con amable falta de curiosidad. Todos la bajaron deprisa. Nadie abrió la boca hasta que Rose volvió a retirarse.

--Es muy simple -dijo Mike-, pero también podría ser muy peligroso.

--Adelante -pidió Richie.

--Creo que por el resto del día deberíamos separarnos. Cada uno de nosotros debería volver al sitio que mejor recuerde de Derry... exceptuando Los Barrens, claro. No creo que ninguno de nosotros deba ir allí... al menos por ahora. Consideradlo como una serie de giras turísticas a pie, si os parece.

--¿Cuál es el propósito, Mike?

--No estoy del todo seguro. Debéis comprender que me estoy guiando casi enteramente por la intuición.

--Pero tiene buen ritmo y se puede bailar al compás -dijo Richie.

Los otros sonrieron. Mike, no; lo que hizo fue asentir.

--Es una buena manera de expresarlo. Guiarse por la intuición es como escuchar un ritmo y seguirlo con el cuerpo. A los adultos nos resulta difícil usar la intuición; ése es el principal motivo por el que me parece conveniente hacerlo. Después de todo, los chicos funcionan a base de intuición el ochenta por ciento del tiempo, al menos hasta los catorce años.

--Te refieres a conectarnos otra vez a la situación -sugirió Eddie.

--Supongo que sí. Es una idea, nada más. Si no se os ocurre ningún lugar al que ir, dejad que los pies os lleven a cualquier parte. Esta noche nos reuniremos en la biblioteca para hablar de lo que haya pasado.

--Si es que algo pasa -dijo Ben.

--Oh, creo que algo pasará.

--¿Qué? -preguntó Bill.

Mike meneó la cabeza.

--No tengo idea. Pero creo que podría ser desagradable. Hasta es posible que alguno de nosotros no se presente en la biblioteca esta noche. Claro que no tengo motivos para decir eso... salvo la intuición.

Aquello fue recibido en silencio.

--¿Por qué solos? -preguntó Beverly, por fin-. Si vamos a hacer esto en grupo, ¿por qué quieres que empecemos solos, Mike? Sobre todo si resulta tan peligroso como piensas.

--Creo poder responder a eso -apuntó Bill.

--Hazlo, Bill -dijo Mike.

--Esto "comenzó" a solas para cada uno de nosotros -explicó Bill a Beverly-. No lo recuerdo todo... pero eso sí. La foto de George que se movía. La momia de Ben. El leproso que Eddie vio bajo el porche de Neibolt. Mike, que encontró sangre en la hierba, cerca del canal, en el parque Bassey. Y el pájaro... hubo algo con un pájaro, ¿verdad, Mike?

El bibliotecario asintió, ceñudo.

--Un ave grande.

--Sí, pero no tan amistosa como el de Barrio Sésamo.

Richie rió.

--¡El James Brown de Derry se apunta un tanto! Oh, cielos, qué bendición.

--Bip-bip, Richie -dijo Mike.

Y Richie calló.

--Para ti fue la voz en la tubería y la sangre que salió por el sumidero -prosiguió Bill, dirigiéndose a Beverly-. Para Richie...

Pero entonces se interrumpió, desconcertado.

--Parezco la excepción que confirma la regla, Gran Bill - dijo Richie-. La primera vez que entré en contacto con algo extraño, ese verano, fue en la habitación de George, contigo, cuando fuimos a mirar ese álbum de fotos. La fotografía de Center Street, junto al canal, que empezó a moverse. ¿Recuerdas?

--Sí -dijo Bill-. Pero ¿estás seguro de que no ocurrió nada antes de eso, Richie? ¿Absolutamente nada?

--Yo... -Algo centelleó en los ojos de Richie. Por fin dijo, lentamente-: Bueno, algo pasó el día en que Henry y sus amigos me persiguieron, antes de que terminaran las clases. Escapé por la sección de juguetes de Freese.s. Subí por el

Centro Municipal y me senté en un banco del parque. Y allí creí ver... pero fue sólo un "sueño".
--¿Qué fue? -preguntó Beverly.
--Nada -dijo Richie casi con brusquedad-. Un sueño, de veras. -Miró a Mike-. Pero no me molesta dar un paseo. Es un modo de pasar la tarde: recuerdos del viejo hogar.
--¿De acuerdo, entonces? -preguntó Bill.
Todos asintieron.
--Y nos reuniremos en la biblioteca, esta noche a las... ¿Qué hora sugieres, Mike?
--Las siete en punto. Si llegáis tarde, tocad el timbre. La biblioteca cierra a las siete en días laborables, hasta que empiezan las vacaciones escolares.
--A las siete -dijo Bill, recorriéndolos sobriamente con la mirada-. Id con cuidado. Recordad que ninguno de nosotros sabe, en realidad, lo que está haciendo. Consideradlo una misión de reconocimiento. Si veis algo, no peleéis: huid.
--Soy amante, no guerrero -dijo Richie, con la soñadora voz de Michael Jackson.
--Bueno, es hora de ponerse en marcha -observó Ben. Una pequeña sonrisa le levantó la comisura izquierda de la boca, más amarga que divertida-. No tengo la menor idea en este momento, de dónde puedo ir, si Los Barrens están prohibidos. Para mí era el mejor lugar... en compañía de vosotros. -Sus ojos pasaron a Beverly, se detuvieron en ella por un instante y se apartaron otra vez-. No se me ocurre ningún otro lugar. Probablemente pase un par de horas caminando, mirando edificios y mojándome los pies.
--Ya hallarás dónde ir, Ben -dijo Richie-. Puedes visitar alguno de los sitios donde comprabas comida y cargar combustible.
Ben se echó a reír.
--Mi capacidad ha disminuido mucho desde los once años. He comido tanto que tal vez tendréis que sacarme de aquí rodando.
--Bueno, estoy dispuesto -dijo Eddie.
--¡Un momento! -exclamó Beverly, cuando todos empezaban a retirar las sillas-. ¡Las galletas de la suerte! ¡No os olvidéis!
--Sí -dijo Richie-. Estoy viendo la mía: ""Pronto te comerá un monstruo enorme. Que te diviertas""
Mientras todos reían, Mike pasó la fuente de galletas a Richie, que cogió una y entregó el plato a su vecino. Bill notó que nadie abría la galleta esperando a que cada uno tuviera la suya. En el momento en que Beverly, aún sonriente, tomaba la suya, Bill sintió que se elevaba un grito a su garganta: "¡No! ¡No lo hagas! ¡Es parte de "Eso" déjala, no la abras!"
Pero era demasiado tarde. Beverly había roto su galleta, Ben estaba haciendo lo mismo, Eddie estaba cortando la suya con un tenedor. Un momento antes de que la sonrisa de Beverly se convirtiera en una mueca de horror, Bill tuvo tiempo de pensar: "Lo sabíamos, de algún modo. Lo sabíamos, porque nadie se limitó a morder la galleta, como se hace normalmente. De algún modo, una parte de nosotros sigue recordando... todo."
Y ese insensato conocimiento le resultó el más horripilante; expresaba, con más elocuencia que Mike, hasta qué punto "Eso" había tocado a cada uno de ellos, de qué modo su toque aún surtía efecto.

De la galleta de Beverly brotaba sangre como de una arteria cortada. Le empapó la mano y corrió hasta el mantel blanco que cubría la mesa, manchándolo de un rojo brillante que se esparció en líneas rosa.
Eddie Kaspbrak emitió un grito ahogado y se apartó bruscamente de la mesa. Un bicho enorme, cuyo caparazón quitinoso era de un feo amarillo pardusco, estaba saliendo de su galleta como de un capullo. Sus ojos de obsidiana miraban ciegamente. Mientras trepaba al plato de Eddie, las migas de la galleta cayeron de su lomo en una pequeña lluvia que Bill oyó con claridad; esa tarde, cuando decidiera dormir por un par de horas, ese ruido acosaría sus sueños. Al liberarse por completo, el bicho se frotó las patas traseras, emitiendo un zumbido seco, chirriante. Era una especie de grillo, terriblemente mutado. Avanzó torpemente hasta el borde del plato y cayó en el mantel, patas arriba.
--¡Oh, Dios! -logró decir Richie, con voz ahogada-. ¡Oh, Dios, Gran Bill, es un ojo, Dios bendito, un ojo, maldición...!
Bill giró bruscamente la cabeza y vio que Richie tenía la vista fija en su galleta de la suerte con una mueca de repulsión en la boca. Un trozo de la superficie glaceada había caído al mantel dejando al descubierto un agujero desde el cual un ojo humano miraba con vidriosa intensidad. Tenía migas de galletita esparcidas por el iris pardo, inexpresivo, y clavadas en la esclerótica.
Ben Hanscom arrojó la galleta. No fue un gesto calculado, sino la reacción sobresaltada de quien ha llevado una desagradable sorpresa. Mientras la galleta rodaba por la mesa, Bill vio dos dientes dentro de ella, oscurecidas las raíces con sangre seca. Repiqueteaban como semillas en una calabaza hueca.
Beverly estaba tomando aliento para gritar, con los ojos clavados en el grillo que había salido de la galleta de Eddie; el bicho pataleaba tendido en el mantel.
Bill se puso en movimiento por mera reacción. "Por intuición -pensó, mientras se arrojaba desde su asiento para plantar una mano sobre la boca de Beverly, un instante antes de que surgiera el grito-. Heme aquí actuando por pura intuición. Mike debería sentirse orgulloso de mí."
De la boca de Beverly no surgió un alarido, sino un ahogado "¡Mmmf!".
Eddie estaba emitiendo esos ruidos sibilantes que Bill recordaba con tanta claridad. No era problema: un buen disparo de su viejo inhalador lo dejaría en condiciones. Echó una mirada feroz a los otros, y lo que salió de su boca fue algo de aquel verano, algo arcaico y muy adecuado al caso:
--¡Punto en boca! ¡Todo el mundo punto en boca! ¡Ni una palabra! ¡"Punto en boca"!
Rich se pasó una mano por los labios. La tez de Mike había adquirido un sucio color grisáceo, pero asintió. Todos se apartaban de la mesa. Bill no había abierto su galleta, pero en ese momento vio que los costados se movían lentamente, hinchándose una y otra vez.
--¡Mmmmff! -resopló otra vez Beverly, contra su mano. El aliento le hizo cosquillas en la palma.
--Punto en boca, Bev -recomendó él, retirando la mano.
Ella parecía toda ojos. Tenía la boca torcida.
--Bill, Bill... ¿Has visto...?

Sus ojos volvieron al grillo y se clavaron en él. El bicho parecía estar muriendo. Sus ojos rugosos le devolvieron la mirada, hasta que la muchacha empezó a gemir.
--Ba-ba-basta -ordenó él, ceñudo-. Vuelve a la mesa.
--No puedo, Bill. No puedo acercarme a ese...
--¡Puedes! ¡Es p-p-preciso!
Se oyeron pasos, rápidos y ligeros, que se acercaban por el breve pasillo, al otro lado de la cortina de cuentas. Bill miró a los otros.
--¡Todo el mundo a la mesa! ¡Hablad! ¡Como si no hubiera pasado nada!
Beverly lo miró con ojos suplicantes, pero Bill sacudió la cabeza. Tomó asiento y acercó su silla, tratando de no mirar la galleta que había en el plato. Se había hinchado como una ampolla inimaginable que se estuviera llenando de pus. Y aún palpitaba lentamente. "Estuve a punto de morderla", pensó.
Eddie volvió a usar su inhalador, enviando llovizna a sus pulmones con un ruido fino, largo, agudo.
--¿Y quién va a ganar el campeonato? -preguntó Bill, sonriendo como un poseso.
En ese momento entró Rose, con un cortés gesto inquisitivo. Con el rabillo del ojo, Bill vio que Bev había vuelto a la mesa. "Buena chica", pensó.
--Creo que los Bears de Chicago lo tienen bien -dijo Mike.
--¿Está todo en orden? -preguntó Rose.
--M-muy bien -replicó Bill, señalando a Eddie con el pulgar-. Nuestro amigo tuvo un acceso de asma. Ya tomó su medicamento y está mucho mejor.
Rose miró a Eddie.
--Mejor -jadeó Eddie.
--¿Quieren que despeje la mesa?
--Dentro de un momento -dijo Mike, dedicándole una sonrisa amplia y falsa.
--¿Disfrutaron de la comida? -Los ojos de la oriental volvieron a estudiar la mesa, con cierta duda sobrepuesta a una profunda serenidad. No vio el grillo ni el ojo ni los dientes ni el modo en que la galleta de Bill parecía estar respirando. Su mirada pasó también sobre la mancha de sangre.
--Todo estuvo muy bien -aseguró Beverly, sonriendo.
Fue una sonrisa más natural que la de Bill y la de Mike. Eso pareció tranquilizar a Rose, convenciéndola de que, si algo andaba mal allí, no era culpa de su servicio ni de su cocina. "La muchacha tiene mucha fibra", pensó Bill.
--¿Buenos presagios en las galletas de la suerte? -preguntó Rose.
--Bueno -respondió Richie-, no sé si los otros fueron buenos, pero el mío era un regalo para la vista.
Bill oyó un imperceptible crujido. Al bajar la vista a su plato, vio que una pata asomaba de su galleta, rascando el plato.
"Yo pude haber mordido eso", volvió a pensar. Pero mantuvo la sonrisa.
--Muy buenos -respondió.
Richie estaba observando el plato donde una gran mosca, gris oscuro, nacía lentamente de entre los restos de la galleta entre débiles zumbidos. De la galleta brotaba un engrudo viscoso que se acumulaba en el mantel. Por fin se percibió un olor: el olor penetrante y espeso de las heridas infectadas.
--Bueno, si no puedo serles útil...

--No se preocupe -dijo Ben-. Muy buena comida. Muy... muy original.
--Los dejo, entonces -dijo ella, haciéndoles una reverencia entre las cuentas de la cortina.
Todavía se oía el tintineo cuando todos volvieron a apartarse de la mesa.
--¿Qué es? -preguntó Ben con voz ronca, observando el plato de Bill.
--Una mosca -respondió el novelista-. Una mosca mutante. Cortesía de un escritor llamado George Langlahan, creo. Escribió un cuento llamado "La mosca", con el cual hicieron una película. No fue muy buena, pero el cuento me dio un miedo espantoso. "Eso" ha vuelto a sus viejos trucos, sí. Ultimamente he estado pensando en ese asunto de la mosca, porque estaba planeando una novela. Pensaba llamarla "Bichos de la carretera". Suena b-bastante estúpido, pero...
--Disculpad -dijo Beverly, distante-. Tengo que ir a vomitar.
Desapareció antes de que nadie pudiera levantarse.
Bill sacudió su servilleta y la arrojó sobre la mosca, que tenía el tamaño de una cría de gorrión. Una cosa tan grande no podría haber surgido de una galleta china, pero allí estaba. Zumbó dos veces bajo la servilleta y quedó en silencio.
--Cielos -musitó Eddie.
--Salgamos de aquí -dijo Mike-. Esperaremos a Beverly en el vestíbulo.
En el momento en que Beverly salía del tocador para señoras, los hombres se reunieron junto a la registradora. Ella parecía pálida pero compuesta. Mike pagó la cuenta, besó a Rose en la mejilla y todos salieron a la tarde lluviosa.
--¿Esto no ha hecho que nadie cambie de idea? -preguntó Mike.
--Yo no -repuso Ben.
--Ni yo -dijo Eddie.
--¿De qué idea me hablas? -fue la respuesta de Richie.
Bill sacudió la cabeza y miró a Beverly.
--Me quedo -dijo ella-. Bill, ¿a qué te referías cuando dijiste que "Eso" había vuelto a sus viejos trucos?
--Pensaba escribir un relato sobre bichos -dijo él-. Ese cuento de Langlahan se me había metido en las ideas. Y por eso vi una mosca. Lo tuyo fue sangre, Beverly. ¿Por qué tenías sangre en la mente?
--Probablemente por la que salió del sumidero -explicó Beverly-, en el baño de mi casa, cuando yo tenía once años.
Pero ¿era realmente por eso? No lo parecía. Lo que había surgido en su mente, al ver la sangre en sus dedos, había sido la huella ensangrentada que había dejado tras de sí, al pisar el frasco de perfume roto. Tom. Y
("Bevvie, a veces me preocupas mucho")
su padre.
--Tú también te encontraste con un bicho -dijo Bill a Eddie-. ¿Por qué?
--No era un simple bicho, sino un grillo. Tenemos grillos en el sótano. Una casa de doscientos mil dólares y no podemos deshacernos de los grillos. Por la noche nos vuelven locos. Un par de noches antes de que llamara Mike, tuve una pesadilla terrible. Soñé que despertaba en una cama llena de grillos. Traté de dispararles con mi inhalador, pero por más que lo apretaba no salían sino crujidos. Un momento antes de despertar descubrí que también el aparato estaba lleno de grillos.

--Pero la anfitriona no vio nada -dijo Ben, mirando a Beverly-. Tal como tus padres no vieron la sangre en el lavabo.
--Sí -reconoció ella.
Se miraron bajo la fina lluvia primaveral.
Mike consultó su reloj.
--Dentro de veinte minutos pasa un autobús -dijo-. De lo contrario, puedo llevar a cuatro de vosotros en mi coche, si nos apretamos. También puedo llamar dos o tres taxis. Lo que queráis.
--Creo que iré caminando desde aquí -dijo Bill-. No sé a dónde voy, pero un poco de aire fresco me hará bien.
--Yo pediré un taxi -dijo Ben.
--Lo compartiré contigo, si me dejas en el centro -propuso Richie.
--Bueno. ¿Adónde vas?
Richie se encogió de hombros.
--Todavía no estoy seguro.
Los otros prefirieron esperar el autobús.
--Hasta las siete de la noche -les recordó Mike-. Id con cuidado.
Todos asintieron, aunque Bill se preguntó hasta qué punto se podía hacer una promesa así cuando se lidiaba con enemigos desconocidos y tan formidables. Iba a decirlo, pero observó la cara de sus amigos y comprendió que ya lo habían pensado. Entonces echó a andar, levantando una mano en breve ademán de despedida. El aire neblinoso era agradable contra la cara. La caminata hasta el centro sería larga, pero no importaba. Tenía mucho en que pensar. Era una suerte que la reunión hubiera terminado y que empezara lo serio.

XI. Paseos.

1. Ben Hanscom inicia la retirada.

Richie Tozier bajó del taxi en la triple intersección de las calles Kansas, Center y Main. Ben lo despidió en lo alto de Up Mile Hill. El conductor era el "hombre religioso" de Bill, pero ni Richie ni Ben lo sabían: Dave había guardado un moroso silencio. Ben habría podido bajarse con Richie, pero le pareció mejor que cada uno iniciara el paseo a solas.
De pie en la esquina de Kansas y Daltrey, Ben contempló al taxi que se perdía en el tráfico, con las manos hundidas en los bolsillos, tratando de quitarse de la mente la horrible escena del almuerzo. No pudo; sus pensamientos insistían en volver a esa mosca gris oscuro que había salido de la galleta de Bill, con sus alas venosas pegadas al lomo. Trataba de apartar de su mente esa imagen enfermiza y creía haberlo conseguido, sólo para descubrir, cinco minutos después, que su mente estaba otra vez en lo mismo. 705
"Estoy tratando de justificarla de algún modo", pensó, dando a la expresión, no el sentido moral, sino el matemático. Los edificios se construyen observando ciertas leyes naturales; las leyes naturales pueden expresarse en ecuaciones; las ecuaciones deben justificarse. ¿Dónde estaba la justificación de lo ocurrido menos de media hora antes?

"Déjalo, -se dijo, no por primera vez-. Si no puedes justificarlo, déjalo."
Muy buen consejo; el problema consistía en que no podía seguirlo. Recordó que, un día después de haber visto a la momia en el canal congelado, su vida había seguido como de costumbre; el niño sabia que eso había estado muy cerca de atraparlo, pero su vida se- guía: fue a la escuela, hizo su examen de aritmética, visitó la biblioteca al salir de clase y comió con su buen apetito habitual. Simplemente había incorporado a su vida lo que había visto en el canal y si había estado a punto de morir en sus manos... Bueno, los chicos estaban siempre al borde de la muerte. Cruzaban la calle a toda carrera y chapoteaban en el lago, hasta descubrir súbitamente que ya no hacían pie; caían de las barras para aterrizar sobre el culo; y de los árboles, directamente de cabeza.
En ese momento, de pie bajo la leve llovizna, frente a la ferretería Trustwhorty que en 1958 había sido casa de empeño ("Frati Hermanos", recordó Ben; los escaparates estaban siempre llenos de pistolas, rifles, navajas de afeitar y guitarras colgadas, como animales exóticos), se le ocurrió que los chicos eran más capaces cuando se trataba de casi-morir; también para incorporar lo inexplicable a la vida. Creían, implícitamente, en el mundo invisible. Los milagros, tanto los blancos como los negros, debían ser tornados en consideración pero no detenían el mundo, bajo ningún concepto. A los diez años, una súbita conmoción de belleza o de terror no estaba reñida con dos buenas salchichas con queso a la hora del almuerzo.
Pero cuando uno crecía, todo eso cambiaba. Uno ya no permanecía despierto en la cama, seguro de que algo acechaba en el ropero o rascaba la ventana... pero cuando algo pasaba de verdad, algo más allá de la explicación racional, los circuitos se sobrecargaban. Uno empezaba a retorcerse y hacia cosas raras con los nervios. No podía incorporar lo ocurrido a la experiencia vital. No lo digería. Su mente insistía en volver a "Eso", tocándolo ligeramente con las zarpas, como el gatito con un ovillo de hilo, hasta que, llegado el momento, se volvía loco o llegaba a un punto en el que ya era imposible seguir funcionando.
"Y si tal cosa ocurre -pensó Ben-, "Eso" me habrá atrapado. A todos nosotros. Estaremos listos."
Echó a andar por Kansas Street, sin conciencia de estar dirigiéndose a ningún lugar en especial. Y de pronto pensó: "¿Qué hicimos con el dólar de plata?"
Atún no lo recordaba.
"El dólar de plata, Ben... Beverly te salvó la vida con él. Tal vez a todos... y especialmente a Bill. Eso estuvo a punto de destriparme antes de que Beverly... ¿hiciera qué cosa? ¿Y cómo pudo dar resultado? Ella lo hizo retroceder y todos la ayudamos pero ¿cómo?"
De pronto, una palabra acudió a él, una palabra que no tenía ningún significado pero que le erizó la piel: "Chüd".
Bajó la mirada a la acera y, por un momento, vio la forma de una tortuga dibujada con tiza; el mundo pareció arremolinarse ante sus ojos. Los cerró con fuerza y, cuando volvió a abrirlos, vio que no era una tortuga: sólo una rayuela medio borrada por la lluvia.
"Chüd".
¿Qué significaba?
--No lo sé -dijo en voz alta.

Cuando miró en derredor, apresuradamente, por si alguien lo había oído hablar consigo mismo, vio que había salido de Kansas y que estaba en la avenida Costello. Durante la comida había dicho a los otros que sólo en Los Barrens se había sentido feliz, siendo niño... pero eso no era del todo cierto. Existía otro lugar. Por casualidad había llegado a ese otro lugar: la Biblioteca Pública de Derry. Se detuvo frente a ella durante unos minutos con las manos todavía en los bolsillos. No había cambiado; admiró su línea tanto como lo había hecho de niño. Como tantos edificios de piedra que han sido bien diseñados, lograba confundir con sus contradicciones al observador: su solidez de roca se equilibraba, de algún modo, con la delicadeza de sus arcos y sus columnas esbeltas. Su aspecto era, a un tiempo, achaparrado y seguro como un banco y limpiamente grácil (bueno, era grácil, si, comparado con otros edificios de la ciudad, sobre todo los erigidos a principios del siglo. Sus ventanas, entrecruzadas por finas barras de hierro, tenían una redondeada gracia). Esas contradicciones la salvaban de la fealdad. A Ben no le sorprendió del todo experimentar una oleada de amor por ese sitio.

En la avenida Costello no había grandes cambios. Mirando alrededor distinguió el Centro Municipal de Derry. Se descubrió preguntándose si el mercado de la avenida Costello estaría aún en el punto donde la avenida, que era circular, se unía con Kansas Street.

Cruzó el prado de la biblioteca notando apenas que estaba mojándose las botas, para echar un vistazo al pasaje vidriado que comunicaba la biblioteca de los adultos con la infantil. Tampoco, había sufrido cambios; desde allí, casi bajo las ramas de un sauce llorón, vio pasar a varias personas, en ambos sentidos. Lo invadió el viejo deleite; entonces olvidó de verdad lo que había pasado al terminar la comida. Recordaba haber ido a ese mismo lugar, cuando niño, en invierno. avanzando con la nieve hasta la cadera, para quedarse allí durante unos quince minutos. Iba cuando estaba oscureciendo, recordó, y también entonces eran los contrastes los que lo llevaban a ese sitio y lo retenían allí, con los dedos entumecidos y la nieve derritiéndose dentro de sus botas de goma, mientras el mundo se ponía purpúreo con las tempranas sombras del invierno y el cielo tomaba, al este, el color de la ceniza; al oeste, el de las brasas. Hacía frío, tal vez doce o trece grados bajo cero, más aún si soplaba el viento de los helados Barrens, como ocurría con frecuencia.

Pero allí, a menos de cuarenta metros de donde él estaba, la gente iba y venía en mangas de camisa. Allí, a menos de cuarenta metros, había un camino-tubo de Luz brillante, blanca, arrojada por tubos fluorescentes. Los niños pasaban juntos, riendo; los novios de la secundaria iban de la mano (y la bibliotecaria los obligaba a soltarse cada vez que los veía). Era algo mágico, con una magia que él, con su corta edad, no había sabido atribuir a cosas tan mundanas como la energía eléctrica y la calefacción a petróleo. La magia era aquel reluciente cilindro de luz y vida que conectaba esos dos edificios oscuros como una cuerda de seguridad; la magia era observar a la gente que pasaba por él, cruzando el oscuro terreno nevado, a salvo de la oscuridad y el frío. Eso les daba un aspecto amable.

Tarde o temprano, él seguía caminando (como ahora) y rodeaba el edificio hasta la puerta principal, pero siempre se detenía a mirar hacia atrás una vez (como, ahora) antes de que el abultado hombro de piedra de la biblioteca para adultos le ocultara ese delicado cordón umbilical.

Melancólicamente divertido por el sordo dolor de la nostalgia, Ben subió los peldaños hasta la puerta de la biblioteca para adultos; se detuvo por un momento en la estrecha galería, justo detrás de las columnas, siempre tan alta y fresca, por caluroso que fuera el día. Después abrió la puerta con sus herrajes y una ranura para introducir libros y entró en el silencio.

La fuerza de los recuerdos estuvo a punto de aturdirlo al encontrarse bajo la mansa luz de los globos luminosos. No era una fuerza física, como un golpe en la mandíbula o una bofetada, sino esa extraña sensación de que el tiempo se dobla sobre si mismo, la sensación de algo ya vivido. Ben la había experimentado anteriormente, pero nunca con una fuerza tan desorientadora. Durante el par de segundos que estuvo junto a la puerta, se sintió literalmente perdido en el tiempo, sin estar seguro de su edad. ¿Tenía treinta, ocho, u once años?

Allí reinaba la misma quietud, quebrada sólo por algún susurro ocasional, el golpe seco de un bibliotecario sellando libros o avisos de vencimiento de préstamos, el discreto murmullo de las páginas al volverse. Amó la calidad de la luz como la había amado entonces. Entraba en diagonal por las altas ventanas, gris como ala de paloma en esa tarde lluviosa: una luz que tenía algo de soñolienta y perezosa.

Cruzó el suelo de linóleo rojo y negro cuyo diseño estaba borrado casi por completo, tratando, como en aquellos tiempos, de silenciar el ruido de sus pasos. La biblioteca para adultos se elevaba en una cúpula central, donde se amplificaban todos los sonidos.

Vio que las escaleras de hierro en caracol que llevaban a las estanterías aún estaban allí, una a cada lado del escritorio principal que tenía forma de herradura. Pero también vio un diminuto ascensor en forma de jaula que había sido agregado en algún momento de los veinticinco años transcurridos desde que él se fuese con su madre. Fue un alivio, en cierto modo: aligeraba esa sofocante sensación de cosa ya vivida.

Se sintió como, un invasor al cruzar el amplio espacio, como un espía de otro país. Esperaba que la bibliotecaria sentada ante el escritorio levantara la vista, lo mirara y le diera el alto con voz clara y sonora, que haría trizas la concentración de todos los lectores para centrarla en él. "¡Eh, usted! Sí, a usted le hablo. ¿Qué hace aquí? ¡No tiene nada que hacer aquí! ¡Usted es forastero! ¡Es de otro tiempo! ¡Salga de aquí ahora mismo, antes de que llame a la policía!"

La bibliotecaria levantó la vista, sí; era una joven bonita; por un momento absurdo, Ben tuvo la sensación de que la fantasía iba a hacerse realidad cuando aquellos ojos celestes se encontraron con los de él. Pero los ojos siguieron de largo, indiferentes, y Ben pudo volver a caminar. Si era un espía, no lo habían descubierto.

Pasó bajo el caracol de una de aquellas escaleras de hierro forjado estrechas y empinadas, para buscar el corredor que llevaba a la biblioteca infantil. Notó, divertido (y sólo después de haberlo hecho) que había cruzado otro camino de su antigua conducta: acababa de mirar hacia arriba, esperando, como cuando era niño, ver a alguna muchacha con faldas que bajara por esos escalones. Recordaba (ahora sí podía recordar) que cierto día, sin motivo alguno, a los ocho o nueve años, había mirado hacia arriba, directamente bajo la falda de una bonita estudiante de secundaria; sus ojos se toparon con una prenda interior de color

rosa. Así como, el súbito destello del sol en el brazalete que Beverly Marsh llevaba en el tobillo había arrojado una flecha de algo mis primitivo que el amor y el afecto hacia su corazón, aquel último día de clases de 1958, así también le había afectado la visión de la braguita rosa. Recordaba haberse sentado ante una mesa de la biblioteca infantil para pensar en ese inesperado espectáculo durante veinte minutos, encendidas las mejillas y la frente, con un libro sobre historia de los trenes abierto ante él, sin leer. Su pene era una dura ramita dentro de los pantalones, una rama que había hundido sus raíces hasta él vientre. Se imaginó casado con ella, en una casita de las afueras y disfrutando de placeres que no comprendía en absoluto.

Los sentimientos habían pasado, con tanta brusquedad como habían aparecido, pero nunca más pudo pasar bajo la escalera sin mirar hacia arriba. No volvió a ver nada tan interesante o conmovedor (cierta vez una gorda que bajaba con lento cuidado, y él apartó la vista apresuradamente, avergonzado, como un violador). pero el hábito persistió. Y ahora, ya adulto, acababa de repetirlo.

Caminó lentamente por el corredor acristalado notando otros cambios. Había carteles amarillos que rezaban: "A la OPEP le encanta que usted malgaste energía eléctrica. ¡Ahorre un vatio!", pegados sobre los interruptores. Cuando entró en ese mundo a escala reducida, de mesas y sillas de madera blanca, ese mundo donde las fuentes de agua estaban a un metro veinte de altura, vio que las fotos enmarcadas no eran de Dwight Eisenhower y Richard Nixon, sino de Ronald Reagan y George Bush.

Pero...

Esa sensación de algo ya vivido volvió a abatirse sobre él. Quedó indefenso y sintió el aturdido horror del hombre que, tras media hora de chapotear inútilmente, descubre que la costa no se acerca, que se está ahogando.

Era la hora de los cuentos. En el rincón, un grupo de diez o doce pequeños había formado un semicírculo de sillas diminutas y escuchaba.

-¿Quién camina, "trip-trap", sobre mi puente? -leyó la bibliotecaria, con el tono grave y gruñón del duende del cuento.

Y Ben pensó: "Cuando levante la cabeza veré que es la señorita Davies, sí, será la señorita Davies y no habrá envejecido un solo día."

Pero, cuando ella levantó la cabeza, Ben vio, a una mujer mucho más joven de lo que había sido la señorita Davies, aun en aquel entonces.

Algunos de los niños se taparon la boca para reír, pero otros se limitaron a observarla; sus ojos revelaban la fascinación eterna del cuento de hadas: ¿sería derrotado, el monstruo...?

--Soy yo, Billy el cabrito, quien camina, "trip-trap", sobre tu puente -prosiguió la bibliotecaria.

Y Ben, pálido, pasó a su lado.

"¿Cómo puede ser el mismo cuento? El mismísimo cuento. ¿Voy a creer que se trata sólo de una coincidencia? Pues no lo creo... ¡Maldita sea, no lo creo!"

Se inclinó hacia la fuente de agua. Tuvo que agacharse tanto como Richie cuando hacía sus reverencias orientales, diciendo: "Salami, salami..."

"Debería hablar con alguien -pensó, presa del pánico-. Con Mike, con Bill, con alguien. ¿Sería cierto que alguien está ligando pasado y presente o es sólo mi

imaginación? Porque si es cierto, no estoy seguro de estar preparado para tanto. Yo..."

Cuando miró hacia el escritorio, su corazón pareció detenerse por un momento, antes de empezar a latir al doble de la velocidad habitual. El cartel era simple, directo... y familiar: "Recuerda el toque de queda. 19 horas. Policía de Derry".

En ese instante todo pareció aclararse para él. Todo volvió en un horrible destello de luz. Comprendió entonces que la votación hecha durante la comida era inútil. No había modo, de retroceder, no hubieran podido. Estaban todos sobre un sendero tan predeterminado, como, el sendero, de recuerdos que lo había hecho levantar la mirada al pasar bajo la escalera de caracol. Allí, en Derry, había un eco mortífero, y sólo cabía esperar que ese eco pudiera ser alterado lo suficiente para que les permitiera escapar con vida.

--Cielos -murmuró, frotándose una mejilla con la palma de la mano.

--¿Puedo ayudarlo, señor? -preguntó una voz a la altura de su codo.

Ben dio un pequeño respingo. Era una muchacha de unos diecisiete años, de pelo rubio oscuro, que llevaba recogido a los lados de la cabeza con hebillas rectas. Ayudante de bibliotecaria, por supuesto; también las había habido en 1958. Eran estudiantes de secundaria que ordenaban los libros en los estantes, enseñaban a los pequeños a usar el fichero, ayudaban con los deberes escolares y orientaban a los desconcertados estudiantes con las bibliografías y las notas al pie. Se les pagaba una miseria, pero siempre había jovencitas dispuestas a hacerlo, porque era un trabajo agradable.

Analizando con más atención la cara simpática pero interrogante de la chica, recordó que él ya no tenía nada que hacer allí: era un gigante en la tierra de los pequeños. Un intruso. Si en la biblioteca para adultos se había sentido incómodo por la posibilidad de que alguien lo mirara o le dirigiera la palabra, allí, en cambio, le resultaba un alivio. Para empezar, demostraba que él seguía siendo adulto. El hecho de que la muchacha no usara sujetador bajo su camisa también lo alivió en vez de excitarlo: si necesitaba alguna prueba de que estaba en 1985 y no en 1958, la tenía en los visibles puntos de los pezones contra la tela de algodón.

--No, gracias -dijo. Luego, sin motivo, se oyó agregar-: Estaba buscando a mi hijo.

--¿Sí? ¿Cómo se llama? Tal vez lo haya visto. -La chica sonrió-. Conozco a casi todos los que vienen.

--Se llama Ben Hanscom -dijo él-. Pero no lo veo por aquí.

--Dígame cómo es y si lo veo le daré un mensaje.

Ben comenzaba a incomodarse y a lamentar haberse metido en eso.

--Bueno, es bastante gordito y se me parece un poco. Pero no se preocupe, señorita. Si lo ve, dígale que su padre estuvo aquí, camino de casa.

--Lo haré -dijo ella, sonriendo.

Pero la sonrisa no le llegó a los ojos y Ben comprendió súbitamente que ella no se había acercado a hablarle por simple cortesía ni por voluntad de ayudar. Era ayudante en la biblioteca infantil de una ciudad donde, en los últimos ocho meses, nueve niños habían sido asesinados. Viendo a un desconocido en ese mundo a escala reducida, donde los adultos rara vez entraban, como no fuera para dejar a sus hijos o para recogerlos, cualquiera sospechaba, naturalmente.

--Gracias -le dijo con una sonrisa que trató de ser tranquilizadora, y salió como si se lo llevara el diablo.

Volvió por el corredor a la biblioteca de adultos y se acercó al escritorio siguiendo un impulso misterioso. Pero se suponía que esa tarde era preciso seguir los impulsos, ¿no? Seguir los impulsos y ver a dónde llevaban.

La bonita bibliotecaria se llamaba Carole Danner. Detrás de ella, Ben vio una puerta con un panel de vidrio opaco; sobre el vidrio se leía: "Michael Hanlon-Jefe de bibliotecarios".

--¿Puedo ayudarle? -preguntó la señorita Danner.

--Creo que sí -dijo Ben-. Es decir, eso espero. Me gustaría sacar un carnet.

--Muy bien -dijo ella, cogiendo un formulario-. ¿Está domiciliado en Derry?

--Actualmente no.

--En ese caso, ¿cuál es su dirección?

--Carretera Rural Star, 2, Hemingford Home, Nebraska. -Hizo una breve pausa, algo divertido por la expresión de la mujer, y agregó el código postal-: cinco nueve tres cuatro uno.

--¿Es una broma, señor Hanscom?

--No, en absoluto.

--Entonces, ¿piensa mudarse a Derry?

--No, no lo tengo pensado.

--¿No le parece que es mucho viajar para llevarse un libro en préstamo? ¿No hay bibliotecas en Nebraska?

--Es algo sentimental -dijo Ben. En cualquier otro, momento le habría resultado embarazoso explicar eso a una desconocida, pero descubrió que no lo era-. Crecí en Derry, ¿sabe? He vuelto ahora por primera vez desde que era niño. Estaba paseando, observando los cambios y las cosas que siguen iguales. Y de pronto se me ocurrió que, por los diez años vividos aquí, entre los tres y los trece años, no tengo una sola cosa que me los recuerde. Ni siquiera una postal. Tenía unos dólares de plata, pero perdí uno de ellos y regalé el resto a un amigo. Supongo que quiero un recuerdo de mi niñez. Es tarde, pero ¿acaso no dicen que es mejor tarde que nunca?

Carole Danner sonrió. Y su bonita cara se convirtió en hermosa.

--Muy bien -dijo-. Si quiere pasar diez o quince minutos observando la biblioteca, cuando vuelva al escritorio le tendré el carnet preparado.

--Supongo que debo pagar una tasa, por no ser de la ciudad y todo eso.

--Cuando era niño, ¿tenía carnet?

--Sí, claro. -Ben sonrió-. Exceptuando a mis amigos, creo que ese carnet de la biblioteca era lo más importante...

De pronto, una voz llamó, cortando el silencio de la biblioteca como un bisturí.

--Ben, ¿quieres subir aquí?

Ben giró en redondo, dando un respingo culpable, como hacen todos cuando alguien grita en una biblioteca. No vio a nadie que conociera... y un momento después se dio cuenta de que nadie había levantado la mirada; nadie daba señal de sorpresa o de fastidio. Los ancianos seguían leyendo sus periódicos y revistas. En las mesas del cuarto de referencias, dos estudiantes secundarias tenían la cabeza metida en una montaña de papeles y de fichas. Varios curiosos estudiaban las hileras de libros señalados con el cartel "Obras de ficción contemporáneas "

préstamo a siete días". Un viejo, tocado con una ridícula gorra de chófer, la pipa fría apretada entre los dientes, seguía hojeando una carpeta de dibujos de Luis de Vargas.

Ben volvió a mirar a la joven, que lo observaba, intrigada.

--¿Le ocurre algo?

--No -dijo Ben, sonriente-. Me pareció oír algo. Creo que estoy más afectado por el viaje de lo que pensaba. ¿Qué me decía?

--En realidad era usted el que estaba hablando. Pero yo estaba a punto de agregar que, si usted tenía carnet cuando residía aquí, su nombre todavía estará en los archivos. Ahora tenemos todo en microfilm. Creo que las cosas han cambiado un poco desde que usted era niño.

--Sí. En Derry han cambiado muchas cosas... pero muchas otras parecen seguir igual.

--De cualquier modo, puedo buscarlo, y prepararle un carnet de renovación. Son gratuitos.

--Estupendo -dijo Ben.

Antes de que pudiera agradecer, la voz volvió a romper el silencio sacramental de la biblioteca, ahora vociferando con ominosa alegría:

--¡Sube arriba, Ben! ¡Sube, culo gordo! ¡Ven a ver tu vida, Ben Hanscom!

Ben carraspeó.

--Se lo agradezco -agregó.

--No hay de qué. -Ella lo miró inclinando la cabeza-. ¿Empieza a hacer calor fuera?

--Sí, un poco. ¿Por qué?

--Está...

--¡Fue Ben Hanscom! -aulló la voz. Venía desde arriba, desde las estanterías-. ¡Ben Hanscom mató a los niños! ¡Atrápenlo!

--...transpirando -concluyó ella.

--¿De veras? -fue la estúpida réplica de Ben.

--Se lo haré preparar de inmediato -prometió ella.

--Gracias.

La joven se encaminó hacia la vieja máquina de escribir que ocupaba la esquina de su escritorio.

Ben se alejó lentamente, con el corazón convertido en un tambor. Sudaba, sí; sentía las gotas que le caían por la frente, por las axilas, por el vello del pecho. Al levantar la vista vio al payaso Pennywise de pie, en lo alto de la escalera izquierda. Lo miraba. Tenía la cara blanca de pintura grasienta; sus labios sangraban lápiz labial en una sonrisa de asesino. Las cuencas de sus ojos eran agujeros vacíos. Sostenía un manojo de globos en una mano y un libro en la otra.

"No es un payaso -pensó Ben-. Es "Eso". Aquí estoy, en medio de la Biblioteca Pública de Derry, en una tarde de primavera de 1985. Soy un hombre adulto y me veo cara a cara con la peor pesadilla de mi niñez. Estoy frente a frente con él."

--Sube, Ben -llamó Pennywise-. No te haré daño. ¡Tengo un libro para darte! Un libro... y un globo. ¡Sube!

Ben abrió la boca para contestar: "Si crees que voy a subir estás loco", pero de pronto comprendió que, si lo hacía, todo el mundo lo miraría, todo el mundo pensaría: "¿Quién es ese loco?"

--Oh, ya sé que no puedes responder -siguió Pennywise y soltó una risita-. Pero, casi te engañé, ¿verdad? "Disculpe, señor. ¿Tiene Tío Pepe en botella de litro...? ¿Sí...? Ah, ¿y por qué no lo deja salir, pobre viejo?" "Perdone, señora, ¿podría decirme si su nevera está andando...? ¿Sí...? Entonces le conviene vigilarla para que no se escape."

El payaso, allá arriba, echó la cabeza atrás con una carcajada chillona. Sus chillidos levantaron ecos en la cúpula, como una bandada de murciélagos negros. Ben tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no taparse los oídos con las manos.

--Vamos, sube, Ben -llamó Pennywise-. Quiero que hablemos en terreno neutral. ¿Qué te parece?

"No voy a subir -pensó Ben-. Cuando me acerque a ti no querrás verme. Vamos a matarte."

El payaso volvió a bramar de risa.

--¿Matarme? ¿A mí? -Y de pronto, horriblemente, su voz fue la de Richie Tozier. No exactamente la de él, sino su voz de negrito-: ¡No me mate, amito, que vo. a se. un negro bueno! ¡No mate a este pobre negrito, amo!

Luego, otra vez aquella carcajada estridente.

Temblando, Ben cruzó el centro resonante de la biblioteca de adultos. Tenía náuseas. Se detuvo ante una estantería de libros y tomó uno al azar, con mano temblorosa. Sus dedos fríos hojearon el volumen.

--¡Ésta es tu única oportunidad, Ben! -clamó la voz, atrás y arriba-. Sal de la ciudad. Vete antes de que oscurezca. Esta noche estaré persiguiéndote... a ti y a los otros. Eres demasiado adulto para detenerme, Ben. Todos sois demasiado adultos. No conseguiréis más que morir. Vete, Ben. ¿O quieres ver esto?

Ben giró lentamente, siempre con el libro en las manos heladas. No quería mirar, pero parecía tener una mano invisible bajo el mentón, levantándole la cabeza más y más.

El payaso había desaparecido. en los alto de la escalera izquierda estaba Drácula, pero no un Drácula de película (no era Bela Lugosi ni Christopher Lee ni Frank Langella ni Francis Lederer ni Reggie Nalder), sino un anciano con la cara parecida a una raíz retorcida, mortalmente pálido; sus ojos eran rojos, purpúreos, del color de los coágulos de sangre. Cuando abrió la boca, dejó al descubierto una serie de hojas de afeitar, dispuestas en ángulos en sus encías; era como mirar un mortífero laberinto de espejos donde un solo paso en falso podría cortarlo a uno en dos.

-¡"Kiii-runch"! -aulló.

Y sus mandíbulas se cerraron. La sangre le manó de su boca en una inundación rojo-negruzca. Algunos trozos de sus labios cortados cayeron sobre la seda blanca de su fina camisa deslizándose por la pechera; dejaban atrás sangrientas huellas de caracol.

--¿Qué vio Stan Uris antes de morir? -preguntó el vampiro a gritos, riendo por el agujero ensangrentado de su boca-. ¿Vio a Tío Pepe en botella de litro? ¿A David Crockett, rey de la frontera salvaje? ¿Qué vio, Ben? ¿Quieres verlo tú también? ¿Qué vio?

Y otra vez la risa estridente. Ben comprendió que él también iba a gritar, sí, no había modo de contener el grito, iba a surgir. La sangre estaba goteando desde el

descansillo de la escalera en una horrible ducha. Una gota había caído en la artrítica mano de un viejo que leía el "Wall Street Journal". Le corría por los nudillos, sin que él la viera, sin que la sintiera.

Ben tomó aliento, seguro que a continuación vendría el grito, inconcebible en el silencio de esa lluviosa tarde primaveral, tan chocante como el corte de un cuchillo... o una boca llena de hojas de afeitar.

En cambio, lo que surgió en un torrente desigual, tembloroso, balbuceando y no gritando, como en plegaria, fueron estas palabras:

--Hicimos balines con él, por supuesto. Convertimos el dólar de plata en balines de plata.

El señor de la gorra de chófer que había estado estudiando los dibujos de Vargas, levantó ásperamente la vista.

--Tonterías -dijo.

Ahora sí, la gente levantó la mirada. Alguien chistó al viejo.

--Perdón -dijo Ben, en voz baja y temblorosa. Tenía la vaga conciencia de que el sudor le corría por la cara y de que tenía la camisa pegada al cuerpo-. Estaba pensando en voz alta...

--Tonterías -repitió el anciano, levantando un poco el tono-. No se pueden hacer balas de plata con dólares de plata. Es un error. Cosa de historietas. El problema es la gravedad específica...

De pronto apareció la señorita Danner.

--Tendrá que guardar silencio, señor Brockhill, -dijo con amabilidad-. La gente está leyendo...

--Ese hombre está enfermo -dijo Brockhill, mientras volvía a su libro-. Déle una aspirina, Carole.

Carole Danner miró a Ben con expresión preocupada.

--¿De veras se siente mal, señor Hanscom? Sé que es una terrible descortesía decir esto, pero se le ve muy mal.

Ben dijo:

--Almorcé... comida china. No me ha caído bien.

--Si quiere descansar, en la oficina del señor Hanlon hay un catre. Podría...

--No. Gracias, pero no.

Lo que deseaba no era descansar, sino salir de allí. Levantó la vista hacia el descansillo. El vampiro había desaparecido. Pero había algo atado a la barandilla de hierro forjado que rodeaba el descansillo: un globo. Y en su abultada superficie se leía una frase: "¡Que te diviertas! ¡Esta noche morirás!"

--Su carnet ya está listo -dijo ella, apoyándole una mano en el brazo-. ¿Todavía lo quiere?

--Si, gracias -dijo Ben. Aspiró profunda y trémulamente-. Lamento este problema.

--Espero que se recupere -dijo ella.

--No daría resultado -dijo el señor Brockhill, sin levantar la vista de los dibujos ni quitarse la pipa apagada de la boca-. Invento de las malas novelas. Las balas saldrían a tumbos.

Y Ben, hablando otra vez sin saber lo que iba a decir, dijo:

--Eran balines, no balas. Enseguida nos dimos cuenta de que no podríamos hacer balas. Porque éramos niños. Yo tuve la idea de...

--¡Chissst! -dijo alguien.
Brockhill clavó en Ben una mirada sobresaltada; parecía a punto de decir algo, pero volvió a sus dibujos.
Ya ante el escritorio, Carole Danner le entregó una pequeña tarjeta naranja que en la parte superior tenía un nombre impreso: "Biblioteca Pública de Derry". Ben, asombrado, se dio cuenta de que era su primer carnet de biblioteca en su vida adulta. El que tenía de niño había sido de color amarillo.
--¿Está seguro de que no necesita descansar, señor Hanscom?
--Me siento mejor, gracias.
--¿Seguro?
Él consiguió sonreír.
-Seguro.
-Sí, se lo ve un poco mejor -comentó ella. Pero lo dijo con vacilación, como si comprendiera que era cortés aun sin creerlo.
Un momento después, ella puso un libro bajo el aparato de microfilmación que se usaba para registrar los préstamos de volúmenes. Ben sintió un matiz de diversión casi histérica. "Es el libro que tomé del estante cuando el payaso comenzó a hablar con la voz del negrito -se dijo-. Ella creyó que yo quería retirarlo. Acabo de retirar mi primer libro de la biblioteca de Derry, después de veinticinco años y ni siquiera sé cómo se titula. Y no me importa. Sólo quiero salir de aquí. Con eso basta."
--Gracias -dijo, poniéndose el libro bajo el brazo.
--No tiene nada que agradecer, señor Hanscom. ¿Seguro de que no quiere una aspirina?
--Seguro -dijo él. Y entonces vaciló-. ¿Sabe qué fue de la señora Starrett? Barbara Starrett. Era jefa de la biblioteca infantil. Hace tres años. Fue un ataque, por lo que tengo entendido. Una lástima, porque era relativamente joven... cincuenta y ocho años. El señor Hanlon cerró la biblioteca por ese día.
--Oh -dijo Ben.
Sintió que un hueco se le abría en el corazón. Eso era lo que pasaba cuando uno volvía a su "antes era así", como dice la canción. Aunque la tarta estuviera recubierta de dulce, lo de dentro era amargo. La gente se había olvidado de uno, o se moría, o perdía el pelo y los dientes. A veces, uno descubría que hasta había perdido la cabeza. Oh, era grandioso estar vivo. Claro que sí.
--Lo siento -dijo ella-. Le tenía aprecio, ¿verdad?
--Todos los chicos queríamos a la señora Starrett -dijo Ben, alarmado al sentir las lágrimas aflorar.
--¿Se sien...?
"Si vuelve a preguntarme si me siento bien, la estrangularé."
Echó un vistazo al reloj, y dijo:
--Tengo que darme prisa, de veras. Gracias por su amabilidad.
--Que se divierta, señor Hanscom.
"Claro. Porque esta noche moriré."
Se despidió y volvió a cruzar la sala. El señor Brockhill le observó por un instante, atento, suspicaz.

Ben miró hacia el descansillo de la izquierda. El globo seguía flotando allí, atado con un cordel al hierro forjado. Pero la frase impresa en su curva decía: "¡Yo maté a Barbara Starrett! El payaso Pennywise."

Apartó la vista, sintiendo en su garganta que el pulso volvía a precipitarse. Salió a la calle y se sorprendió al encontrarse con la luz del sol. Arriba, las nubes comenzaban a desenredarse; un cálido sol de mayo bajaba dando a la hierba un tono imposiblemente verde y fértil. Ben sintió que algo comenzaba a aflojarse en su corazón. Tuvo la sensación de que en la biblioteca había dejado atrás una carga insoportable...

Entonces miró el libro que había retirado inadvertidamente y sus dientes se apretaron con fuerza. Era "Bulldozer", de Stephen W. Meader, uno de los volúmenes que había retirado de la biblioteca el día en que se adentró en Los Barrens para huir de Henry Bowers y sus amigos.

Y hablando de Henry, la huella de su bota aún se veía en la cubierta.

Estremecido, torpe, le dio la vuelta. La biblioteca podía haber adoptado un sistema microfílmico, pero aún había un bolsillo en la tapa posterior con una tarjeta guardada dentro. En cada línea se veía un nombre escrito y el sello del bibliotecario, indicando la fecha en que debía ser devuelto. Ben leyó lo siguiente:

Retirado: Charles N. Brown.
Fecha de devolución: 14 mayo 58.
Retirado: David Hartwell.
Fecha de devolución: 1 junio 58.
Retirado: Joseph Brennan.
Fecha de devolución: 17 junio 58.

Y en la última línea de la tarjeta, su propia firma infantil, escrita con gruesos trazos de lápiz:

Benjamín Hanscom. 9 julio 58.

Estampado sobre esa tarjeta, sobre la solapa del libro, en el grosor de las páginas, una y otra vez, en borrosa tinta roja que parecía sangre, se leía una sola palabra: "Cancelado."

--Oh, Dios -murmuró Ben. No sabía qué otra cosa decir; eso parecía cubrir toda la situación-. Oh, Dios, Dios bendito.

Se detuvo a la nueva luz del sol, preguntándose qué le estaría pasando a los otros.

2. Eddie Kaspbrak toma un atajo.

Eddie bajó del autobús en la esquina de Kansas Street con el pasaje Kossuth. Kossuth corría cuatrocientos metros colina abajo antes de cortarse abruptamente allí donde la tierra desmoronada se inclinaba hacia Los Barrens. No tenía la menor idea de por qué había escogido ese sitio para bajar del vehículo; el pasaje Kossuth no tenía ningún significado para él. Tampoco conocía a nadie en esa parte de

Kansas. Pero le parecía un lugar adecuado. No sabía más pero le pareció suficiente. Beverly había bajado del autobús, saludándolo brevemente con la mano, en una de las paradas de Main Street. Mike había vuelto a la biblioteca en su coche.

En ese momento, mientras contemplaba el Mercedes, pequeño y algo ridículo que se alejaba, Eddie se preguntó qué estaba haciendo allí: de pie en una oscura esquina de una oscura ciudad, a ochocientos kilómetros de Myra, que debía de estar muy preocupada por su causa. De inmediato sintió un vértigo casi doloroso; se tocó el bolsillo de la chaqueta y recordó que había dejado el Dramamine en el hotel con el resto de sus fármacos. Pero tenía aspirinas. No había salido jamás sin aspirinas, así como no salía sin pantalones. Tragó un par en seco y echó a andar a lo largo de Kansas, pensando, vagamente, que podría ir a la biblioteca, o quizá cruzar a la avenida Costello. Ya comenzaba a aclarar. Podía caminar hasta Broadway Oeste para admirar las viejas casas victorianas que se levantaban allí, en las dos únicas zonas residenciales de Derry dotadas de verdadera belleza. De niño lo había hecho algunas veces, caminar por Broadway Oeste con aire indiferente, como si fuera camino de otro lugar. Allí estaba la casa de los Mueller, cerca de la esquina de Witcham con Broadway Oeste: una mansión roja, con torrecillas a cada lado y seto al frente. Los Mueller, tenían un jardinero que siempre lo miraba con ojos suspicaces cuando él pasaba por allí.

También estaba la casa de los Bowie, a cuatro puertas de distancia de la de los Mueller, en la misma acera. Probablemente era uno de los motivos por los que Greta Bowie y Sally Mueller eran tan amigas en la escuela primaria. Tenía tejado verde y torrecillas también, pero no cuadradas en la parte superior, como las de los Mueller, sino coronadas por extraños conos que parecían bonetes de cumpleaños. En el verano siempre había muebles de jardín en el prado lateral: una mesa con una bonita sombrilla amarilla, sillones de mimbre, un columpio de cuerda tendido entre dos árboles. En la parte trasera a veces jugaban a criquet. Al pasar, como por casualidad (como si fuera camino de otra parte), Eddie oía a veces el chasquido de las pelotas, risas y gruñidos, cuando a alguien "se le escapaba" la pelota. Una vez había visto a la propia Greta con un vaso de limonada en una mano y el palo de criquet en la otra, delgada y bonita más allá de lo que cualquier poeta habría podido expresar; hasta sus hombros, quemados por el sol, parecían maravillosos a Eddie Kaspbrak, quien por entonces tenía nueve años. Iba detrás de su pelota, que se había escabullido, y así se puso a la vista de Eddie.

Ese día, el chico se enamoró un poquito de ella; el pelo rubio, brillante, caía hasta los hombros de su falda pantalón, de un azul fresco. Greta miró alrededor y, por un momento, Eddie pensó que lo había visto. Pero no era así, porque cuando él levantó la mano en un tímido saludo, ella no respondió a su gesto; se limitó a enviar su pelota otra vez hacia el césped trasero y corrió tras ella. Eddie siguió caminando, sin resentimiento por el saludo no correspondido (estaba convencido de que ella no lo había visto) ni por el hecho de que nunca lo invitaran a uno de esos partidos de criquet los sábados por la tarde. ¿Qué interés podría tener una chica tan hermosa como Greta Bowie en invitar a un chico como él, de pecho hundido, asmático y con cara de rata ahogada?

"Sí -pensó, caminando sin rumbo fijo por Kansas Street-, debería haber ido a Broadway Oeste para contemplar otra vez aquellas casas... la de los Mueller, la de los Bowie, la del doctor Hale, la de los Tracker..."

Ante ese último apellido sus pensamientos se interrumpieron abruptamente, porque... ¡hablando del demonio!, allí estaba, frente al garaje de camiones de Tracker Hnos.

--Todavía sigue aquí -pensó Eddie en voz alta y se echó a reír-. ¡Qué cabrón!

Phil y Tony Tracker, dos solterones de toda la vida, tenían en Broadway Oeste la casa más hermosa de las de esa calle: una impecable mansión victoriana, con verdes prados y grandes canteros de flores que se alborotaban (a la manera ordenada de un jardín inglés) durante la primavera y el verano. Cada otoño se sellaba la carretera de entrada, para que estuviera siempre negra como un espejo oscuro. Las tejas del tejado de aguas tenían el verde perfecto de la menta que coincidía casi con el del prado; a veces la gente se detenía a fotografiar las ventanas de la buhardilla, muy antiguas y notables.

--Cuando dos hombres se toman el trabajo de mantener tan bien una casa, tienen que tener malas costumbres -había dicho una vez la madre de Eddie, con expresión gruñona, sin que el chico se atreviera a pedir aclaraciones.

El garaje de camiones era el polo opuesto de la casa. Era una estructura de ladrillos, de poca altura. Los ladrillos estaban viejos y en algunas partes se desmoronaban con su tono naranja sucio pasando a negro hollín en la parte inferior del edificio. Las ventanas estaban uniformemente mugrientas, excepto un pequeño círculo abierto en la parte baja de la ventana que correspondía a la oficina del gerente. Ese vidrio, permanecía impecable gracias a los niños, porque el gerente tenía un almanaque de "Playboy" en su escritorio. Ninguno de los chicos que iban a jugar al béisbol en la parte trasera dejaba de detenerse a limpiar el vidrio con su guante para contemplar la modelo del mes.

El parque estaba rodeado por una extensión de gravilla por tres lados. Los camiones con el letrero "Tracker Hnos. Derry-Newton-Providence-HartfordNueva York" pintado en el flanco solían estar allí, en desordenada abundancia. A veces eran sólo cabinas o remolques, silenciosamente erguidos sobre las ruedas.

Los hermanos Tracker mantenían los camiones en la parte trasera del edificio, dentro de lo posible, pues ambos eran fanáticos del béisbol y les gustaba que los chicos fueran a jugar allí. Phil Tracker conducía camiones, así que los chicos lo, veían rara vez, pero Tony, hombre de enormes brazos y barriga, llevaba los libros y administraba. Eddie (que nunca jugaba porque la madre lo habría matado si él se hubiera atrevido a arriesgar sus delicados pulmones con el polvo, buscándose fracturas, conmociones cerebrales y Dios sabía qué cosas) se acostumbró a verlo allí. Era parte del verano; su voz constituía un elemento del juego. Tony Tracker, fantasmagórico a pesar de su corpulencia, con la camisa blanca centelleante entre la luz del crepúsculo y las luciérnagas, chillaba:

--¡Tienes que ponerte bajo la pelota para atajarla, Rojo! ¡No apartes los ojos de esa pelota, Mediometro! ¡No vas a pegarle nunca si no la miras! ¡Corre, Pata de Elefante! ¡Pon esas zapatillas en la cara del segunda base!

Nunca llamaba a nadie por su nombre. Era siempre: eh, "Rojo"; eh, "Rubio", eh, "Cuatroojos"; eh, "Mediometro".

Eddie, sonriente, se acercó un poco más... y entonces se evaporó su sonrisa. El largo edificio de ladrillos, donde se recibían las cargas, se reparaban los camiones y se almacenaba mercadería por poco tiempo, estaba oscuro y silencioso. Crecían las hierbas por entre la grava y ya no había camiones en los patios laterales: sólo una cabina, herrumbrosa y opaca.

Al acercarse un poco mas, distinguió un cartel de "Se vende" en la ventana.

Tracker Hermanos ha desaparecido, se dijo, sorprendido ante la tristeza que le causaba la idea, como si alguien hubiera muerto. Entonces se alegró de no haber ido a Broadway Oeste. Si la empresa de transportes que parecía eterna, se había acabado, ¿qué habría sido de esa calle por la que tanto le gustaba caminar de niño? Comprendió intranquilo, que prefería no saberlo. No quería ver a Greta Bowie con el pelo encanecido y las caderas engrosadas por exceso de silla, de bebida y de comida. Era mejor, más seguro, mantenerse lejos.

"Eso es lo que todos deberíamos haber hecho: mantenernos lejos. No tenemos nada que hacer aquí. Volver al sitio donde uno ha crecido es como hacer una de esas descabelladas pruebas de contorsionista: meterse los pies en la boca y tragarse a uno mismo, hasta que nada queda. No se puede hacer, y cualquiera en su sano juicio debería alegrarse de que no sea posible. De cualquier modo, ¿qué habrá sido de Tony y Phil Tracker?"

En el caso de Tony, un ataque cardiaco, tal vez. Tenía unos treinta y cinco kilos de más. Y con el corazón había que tener cuidado. Los poetas escribían mucho sobre los corazones deshechos y Barry Manilow los nombraba en sus canciones; a Eddie le parecía bien (él y Myra tenían todos los discos de Barry Manilow), pero él prefería hacerse un buen electrocardiograma todos los años. Sí, claro: el corazón de Tony habría renunciado a ese mal empleo. ¿Y Phil? Mala suerte en las carreteras, quizá. Eddie, que también se ganaba la vida conduciendo (antes, al menos; últimamente sólo conducía para los famosos y pasaba el resto de sus días conduciendo un escritorio) conocía bien la mala suerte que acecha en las rutas. El viejo Phil podía haber caído por un barranco, en Nueva Hampshire o en los bosques de Tainesville, al norte de Maine, a causa del hielo en la carretera, o por haberle fallado los frenos bajo la lluvia. Eso, o cualquiera de las cosas que se decían en las canciones country sobre camioneros. Conducir escritorios podía ser un trabajo solitario, pero Eddie, que había estado tras el volante más de una vez, con el inhalador en el tablero, reflejado fantasmagóricamente en el parabrisas (y un bote de píldoras en la guantera) sabía que la verdadera soledad era un borrón rojizo: el color de las luces traseras del coche que iba delante, reflejadas en el pavimento mojado por una lluvia torrencial.

--Oh, Dios, cómo pasa el tiempo -dijo Eddie Kaspbrak en un susurro. Ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

Sintiéndose enternecido y triste al mismo tiempo (estado más común en él de lo que habría podido creer), rodeó el edificio. Sus costosos mocasines crujían en la grava. Por fin estuvo frente al terreno donde se jugaba al béisbol cuando él era niño... cuando, al parecer, el noventa por ciento del mundo estaba hecho de niños.

El lugar no había cambiado mucho, pero bastó un vistazo para convencerlo de que ya no se jugaba allí; la tradición había muerto, simplemente, en algún momento de los años transcurridos.

En 1958, el rombo del terreno de juego no había estado demacrado por líneas de cal, sino por huellas abiertas por los pies al correr. No había bases, en realidad; los niños que iban a jugar allí (todos mayores que los perdedores, aunque Eddie recordó, en ese momento, que Stan Uris jugaba con ellos de vez en cuando; como bateador era sólo pasable, pero corría mucho y tenía reflejos de ángel) tenían siempre cuatro trozos de lona sucia guardados bajo la plataforma de carga. Cuando se reunía un grupo suficiente, las lonas se retiraban con aire de ceremonia; al caer el crepúsculo al extremo de impedir el juego, se las volvía a guardar con la misma ceremonia.

Eddie no vio rastros de las huellas abiertas. Los hierbajos crecían profusamente entre la grava. Aquí y allá se veían botellas de refrescos y cervezas, rotas y centelleantes. En los viejos tiempos, esos fragmentos de vidrio habrían sido retirados. Lo único que permanecía igual era la alambrada de la parte trasera, de tres metros y medio, herrumbrada como sangre seca. Enmarcaba el cielo en muchas hileras de rombos.

"Esto era territorio familiar -pensó Eddie, divertido, con las manos en los bolsillos, ocupando el mismo sitio que había sido la meta, veintisiete años atrás-. Por encima de la alambrada y hacia Los Barrens. Eso se llamaba El Automático."

Rió con ganas y se volvió para mirar, nervioso, como si fuera un fantasma el que reía en voz alta, no un tipo bien vestido, de posición tan sólida como... como...

"Vamos, Eds -pareció susurrar la voz de Richie-. De sólido no tienes nada y en los últimos años los momentos de felicidad han sido pocos y raros, ¿no?".

--Sí, es cierto -reconoció Eddie en voz baja, mientras pateaba algunos guijarros.

En verdad, sólo había visto pasar dos pelotas sobre esa alambrada, ambas lanzadas por el mismo chico: Belch Huggins. Belch era enorme, casi hasta lo ridículo. A los doce años media ya un metro ochenta y pesaba unos ochenta kilos. Lo llamaban Belch (eructo) porque era capaz de eructar con asombrosa potencia. En sus mejores momentos parecía un cruce entre rana-toro, con cigarra. A veces se golpeaba rápidamente la boca con la mano, mientras eructaba, emitiendo un sonido que parecía un ronco grito indio.

Belch era enorme, sin llegar a gordo, recordó Eddie, pero se hubiera dicho que no era voluntad de Dios que un niño, de doce años alcanzara tamaña corpulencia: si no hubiera muerto ese verano, habría llegado al metro noventa y cinco; tal vez habría aprendido, mientras tanto, cómo maniobrar con ese cuerpo descomunal por un mundo de personas más pequeñas. Quizá habría aprendido a moverse con desenvoltura. Pero a los doce años era torpe y perverso; no llegaba a ser retardado pero, casi lo parecía, por la falta de gracia de sus movimientos. No tenía en absoluto los ritmos naturales de stanley; era como si su cuerpo no se hablara con su cerebro y existiera en su propio cosmos de truenos lentos. Eddie recordaba la tarde en que una pelota baja, lenta y larga había sido lanzada directamente hacia la posición de Belch, en el campo exterior. Belch no necesitaba siquiera moverse. Permaneció mirando hacia arriba, con el guante levantado en un gesto casi sin objetivo y la pelota, en vez de hundirse en su guante, le pegó directamente en la coronilla, produciendo un sonido hueco. Fue como si la hubieran arrojado desde tres pisos de altura sobre el techo de un automóvil. Rebotó hasta alcanzar más de un metro de altura y bajó limpiamente al guante de Belch. Un desdichado, de nombre Owen Phillips, festejó con una carcajada aquel

sonido hueco. Belch se acercó para patearle el culo con tanta fuerza, que el chico Phillips había corrido a su casa, aullando, con un agujero en los fondillos. Nadie más rió, al menos por fuera. Eddie se dijo que, si Richie Tozier hubiera estado allí, no habría podido evitarlo y Belch lo hubiera mandado al hospital.

Belch era igualmente lento como bateador; era fácil ganarle de mano y, si pegaba una, hasta el más torpe de los "infielders" se le adelantaba sin problemas. Pero cuando pegaba una, la enviaba muy, muy lejos. Las dos veces que Eddie vio a Belch enviar una pelota por sobre la cerca fueron dos maravillas. La primera nunca fue recobrada, aunque diez o doce chicos la buscaron largamente por el terraplén que se hundía en Los Barrens.

La segunda sí fue recobrada. La pelota pertenecía a otro chico de sexto curso (Eddie no recordaba su nombre, pero los otros le llamaban "Estornudo" porque siempre estaba resfriado) y había estado en uso por media primavera y medio verano de 1958. Como resultado, ya no era la creación esférica casi perfecta, de cuero blando y costura roja que saliera de la caja; tenía manchas de hierba y varios cortes. Sus costuras empezaban a aflojarse en un lado. Eddie, que solía recobrar las pelotas perdidas cuando el asma se lo, permitía (disfrutando el indiferente "¡Gracias!" con que se la recibían los jugadores) sabía que pronto alguien traería cinta engomada para emparcharla, a fin de que les sirviera por una semana más.

Pero antes de que llegara ese día, un muchacho de séptimo curso, con el extraño nombre de Stringer Dedham, arrojó hacia Belch Huggins una pelota con lo que él llamaba "cambio de velocidad". belch calculó perfectamente el "pitch" (las pelotas lentas eran su especialidad) y bateó con tanta fuerza que la envejecida pelota de Estornudo perdió su cubierta que cayó a uno o dos metros de la segunda base, como, una gigantesca polilla blanca. La pelota en sí continuó subiendo hacia un glorioso crepúsculo, desmadejándose. En el trayecto, mientras los chicos seguían su curso en maravillado silencio, pasó por encima del alambrado y continuó. Eddie recordaba que Stringer Dedham había dicho "¡Menudo golpe!", con voz pasmada de asombro. La pelota seguía dibujando una senda en el cielo. Todos vieron el cordel que se iba soltando. Tal vez antes de que cayera, seis muchachos treparon por la alambrada. Eddie recordó que Tony Tracker, riendo, había gritado:

¡Ésa parecía salida del Yankee Stadium! ¿Me oís? ¡Del Yankee Stadium tendría que haber salido, joder!

Fue Peter Gordon quien encontró la pelota, no lejos del arroyo que el Club de los Perdedores cerraría con un dique, menos de tres semanas después. Lo que restaba no medía más de siete centímetros de diámetro, que no se hubiera roto el cordel era una especie de milagro.

Por tácito acuerdo, los niños llevaron los restos de aquella pelota a Tony Tracker, quien la examinó sin decir palabra, rodeado de niños igualmente silenciosos. Visto desde lejos, el grupo aparentaba una solemnidad casi religiosa: la veneración de una reliquia. Belch Huggins ni siquiera corrió de base en base. Estaba entre los otros, como, si no tuviera idea exacta de dónde estaba. Lo que Tony Tracker le devolvió aquel día, era más pequeño, que una pelota de tenis.

Eddie, perdido en esos recuerdos, caminó desde el sitio, donde había estado, la meta, cruzando el montículo, del "pitcher" (sólo que no era un montículo, sino una

depresión sin grava) hasta salir del rombo. Se detuvo por un instante, sorprendido por el silencio; luego siguió caminando hasta la cerca. Estaba más herrumbrada que nunca y cubierta por una fea planta trepadora, pero, seguía allí. Al otro lado se veía el descenso del suelo, agresivamente verde.

Los Barrens se parecían más que nunca a una selva. Por primera vez Eddie se preguntó por qué llamaban Barrens (áridos) a una zona de vegetación tan enmarañada y selvática. ¿Por qué no llamarla La Espesura? ¿O La Jungla?

Barrens.

El sonido era ominoso, casi siniestro. Lo que conjuraba en la mente no era una maraña de arbustos y árboles tan densos que debían luchar por recibir un poco de sol, sino terrenos áridos y desiertos que se extendían interminablemente. Barrens. Mike había dicho que todos ellos eran yermos, y parecía cierto. Ni un sólo niño, entre los siete. Aun con la moda de la planificación familiar, resultaba un desafío a la ley de las probabilidades.

Dejó vagar los ojos a través del ruinoso campo en forma de diamante oyendo el ruido lejano de los coches de Kansas Street, el ruido lejano del agua corriendo y goteando allá abajo. Podía verla brillar en el sol de primavera como destellos de cristal. Los troncos de bambú aún estaban allí, en medio del verde. Más allá, en los terrenos cenagosos que bordeaban el Kenduskeag, había, supuestamente, arena movediza.

"Allá abajo, en ese revoltijo, pasé los días más felices de mi niñez, pensó, estremecido.

Estaba por gritar sobre sus talones cuando algo le llamó la atención: un cilindro de cemento con una pesada tapa de acero. Agujeros Morlock los llamaba Ben, riendo con la boca pero no con los ojos. Llegaban casi a la cintura (si uno era niño) y en la tapa se leía "Dpto. De Obras Publicas de Derry", en relieve metálico, formando un semicírculo. Y muy adentro se oía un zumbido. Algún tipo de maquinaria.

"Agujeros Morlock. Allí fuimos. A finales de agosto. Entramos por uno de esos agujeros Morlock, como les decía Ben, en las cloacas, pero al cabo de un rato ya no eran cloacas. Eran... eran... ¿qué? Allá abajo estaba Patrick Hockstetter. Antes de que "Eso" se lo llevara, Beverly le vio hacer algo malo, que la hizo reír, pero sabia que era malo. Tenía algo que ver con Henry Bowers, ¿no? Sí, creo que sí. Y..."

Giró súbitamente en redondo y echó a andar hacia el abandonado garaje. No quería seguir contemplando Los Barrens. No le gustaban los pensamientos que conjuraban. Quería estar en su casa, con Myra. No quería estar allí. Él...

-¡Cógela, chico!

Giró hacia la voz. Una especie de pelota venia sobre el alambrado directamente hacia él. Rebotó en la grava. Eddie alargó una mano y la cogió. En su acto reflejo, el movimiento fue tan pulcro que resultó casi elegante.

Cuando miró lo que tenía en la mano, todo en él pareció aflojarse. En otros tiempos había sido una pelota de béisbol. Ahora era sólo una esfera envuelta en cordel porque la cubierta se había desprendido de un golpe. Se veía el cordel suelto, colgando, que pasaba sobre la cerca, como, un hilo de telaraña, y desaparecía en Los Barrens.

"Dios -pensó Eddie-. Dios, está aquí. "Eso" está aquí, conmigo, "ahora"."

--Baja a jugar, Eddie -dijo la voz, al otro lado del alambrado.
Y Eddie reconoció, con horror próximo al desmayo, la voz de Belch Huggins, asesinado en los túneles bajo Derry en agosto de 1958. Allí estaba Belch, en persona, trepando por el terraplén al otro lado de la cerca.
Llevaba un uniforme de béisbol de los Yankees, lleno de hojas otoñales y manchado de verde. Era Belch, pero también el leproso, una criatura odiosamente levantada de la húmeda tumba en que había pasado largos años. La carne de su cara pesada pendía en hilachas y surcos pútridos. Tenía un ojo vaciado. En su pelo se agitaban cosas. Llevaba en una mano un guante de béisbol lleno de moho. Hundió los dedos putrefactos de la mano derecha en los rombos de la alambrada y, cuando los enroscó, Eddie oyó un horrible ruido de "chapoteo" que estuvo a punto de volverlo loco.
--Ésa podría haber salido del Yankee Stadium -dijo Belch, sonriendo. Un sapo, nocivamente blanco y pataleante, cayó de su boca al suelo-. ¿Me oyes? ¡Ésa podría haber salido del maldito estadio de los Yankees! Y a propósito, Eddie, ¿quieres que te la chupe? Lo hago por diez centavos. Demonios, te lo hago gratis.
La cara de Belch se transformó. La nariz bulbosa, como de gelatina, cayó hacia adentro, revelando dos canales de carne viva, los que Eddie había visto en sus sueños. Su pelo se hizo áspero, más retirado de las sienes y blanco como telaraña. La piel podrida de la frente se desgarró, descubriendo el hueso blanco, cubierto de una sustancia mucosa, como los lentes empañados de un reflector. Belch había desaparecido; ahora estaba allí lo que había aparecido bajo el porche del 29 de Neibolt Street.
--Bobby cobra sólo diez -croó, mientras empezaba a trepar por el alambrado, dejando trozos de carne en los rombos de los hilos cruzados. La cerca tintineaba bajo su peso. Allí donde tocaba la enredadera, el verde se volvía negro-. Te lo hace donde estés. Cinco más por otra vez.
Eddie trató de gritar, pero no emitió sino un chirrido seco, sin sentido. Sus pulmones parecían la ocarina más vieja del mundo. Bajó la mirada a la pelota que tenía en la mano y, de pronto, el objeto empezó a exudar sangre por entre los cordeles. Las gotas cayeron a la grava y le salpicaron los mocasines.
La arrojó y dio dos pasos atrás, tambaleándose, con los ojos dilatados, frotándose las manos en la pechera de la camisa. El leproso había llegado a lo alto de la cerca. Su cabeza se balanceaba recortada contra el cielo: una silueta de pesadilla, como las máscaras de la noche de Brujas. Sacó la lengua: un metro de lengua que descendió por la cerca como una serpiente.
Estaba allí... y al segundo siguiente había desaparecido.
No se borró como los fantasmas de película; simplemente desapareció de repente. Pero Eddie oyó un sonido que confirmaba su solidez esencial: un "pop", como el de una botella de champán descorchada. Era el ruido del aire que se precipitaba a llenar el vacío allí donde había estado el leproso.
Giró en redondo y echó a correr, pero no pudo avanzar tres metros antes de que cuatro formas tiesas surgieran de entre las sombras bajo la plataforma de carga. Al principio pensó que eran murciélagos y se cubrió la cabeza, gritando. Luego vio que eran- cuadrados de lona, los mismos que los muchachos habían usado de bases para jugar allí.

Giraban y flameaban en el aire inmóvil; Eddie tuvo que agachar la cabeza para esquivar una. De pronto, a un tiempo, se asentaron en sus sitios de costumbre levantando pequeñas nubes de polvo: meta, primera base, segunda, tercera.
Jadeando, Eddie corrió más allá de la meta, con los labios apretados y el rostro blanco como queso crema.
¡"Wac"! El ruido de un bate al golpear una pelota fantasma. Y entonces...
Eddie se detuvo, con las piernas ya sin fuerzas y un gruñido en los labios. La tierra se abultaba en línea recta, desde la meta a la primera base, como si un topo gigantesco estuviera excavando rápidamente un túnel apenas bajo la superficie de la tierra. A cada lado rodaba la grava. La forma bajo la tierra llegó a la base y la lona voló por el aire con tanta fuerza que emitió un chasquido como el que hacen los limpiabotas cuando se sientan bien y sacuden el paño. La tierra empezó a abultarse entre la primera y la segunda base, cada vez a más velocidad. La segunda base voló por el aire con un sonido similar. Apenas había vuelto a aposentarse cuando la forma subterránea había llegado a la tercera y corría hacia la meta.
También la meta voló, pero antes de que la lona pudiera descender, aquella cosa asomó de la tierra como un horrible regalo de cumpleaños. Y la cosa era Tony Tracker; su rostro era una calavera a la cual aún se aferraban algunos trozos de carne ennegrecida. Su camisa blanca era un amasijo de hebras podridas. Asomó de la tierra en la meta, hasta la cintura, meciéndose como un grotesco gusano.
--Puedes apretar ese bate todo lo que quieras -dijo Tony Tracker con voz arenosa, chirriante. Sus dientes sonreían con lunática familiaridad-. Da igual; ya te atraparemos. A ti y a tus amigos. ¡Y jugaremos!
Eddie lanzó un chillido y retrocedió, tropezando. Había una mano en su hombro. La esquivó. La mano ejerció presión por un momento, antes de retirarse. Eddie se volvió. Era Greta Bowle. Estaba muerta. Le faltaba la mitad de la cara. En la roja carne restante reptaban los gusanos. Tenía un globo verde en una mano.
--Accidente de coche -dijo con la mitad reconocible de la boca, y sonrió. La sonrisa provoco un indecible sonido de desgarramiento, y Eddie vio moverse tendones como terribles correas-. Yo tenía dieciocho años, Eddie. Borracha y llena de droga. Aquí estamos tus amigos, Eddie.
Él retrocedió apartándose de ella con las manos delante de la cara. Greta caminó hacia él. En sus piernas se había secado la sangre en largas salpicaduras. Llevaba mocasines.
Y en ese momento, detrás de ella, vio el horror definitivo: Patrick Hockstetten avanzaba hacia él, cruzando el terreno. También él lucía el equipo de los Yankees.
Eddie echó a correr. Greta le lanzó otro manotazo desgarrándole la camisa y salpicándole un liquido horrible detrás del cuello. Tony Tracker estaba saliendo de su cueva de topo humano. Patrick Hockstetter tropezaba y se tambaleaba. Eddie echó a correr sin saber de dónde sacaba aliento para hacerlo, pero corrió de todos modos. Y mientras corría vio unas palabras flotando frente a sí, las mismas que había visto impresas en el globo verde de Greta Bowie:

"Los medicamentos para el asma producen cáncer de pulmón.

Cortesía de la farmacia Center".

Eddie corrió. Corrió y corrió. En algún momento cayó desmayado cerca del parque McCarron. Algunos chicos, al verlo, se apartaron de él porque parecía un borracho o podía tener alguna enfermedad extraña y, por lo que ellos sabían, hasta podía ser el asesino y hablaron de denunciarlo a la policía, pero al final no hicieron nada.

3. Beverly Rogan hace una visita.

Beverly caminaba por la Main Street, distraída, desde Town House adonde había ido a ponerse un par de vaqueros y una blusa fruncida de color amarillo intenso. No iba pensando en el sitio al que se dirigía. En cambio, pensaba esto:

Tu pelo es fuego invernal
brasa de enero.
Allí ardo yo.

Lo había escondido en el último de sus cajones, bajo la ropa interior. Su madre podría encontrarlo, pero eso no importaba. Lo que importaba era que su padre nunca revisaba ese cajón. Si lo hubiera visto, la habría mirado con -aquellos ojos brillantes, casi amistosos, paralizantes por completo, para preguntarle, casi cordialmente: "¿Has estado haciendo algo que no debieras, Bev? ¿Estuviste haciendo algo con un muchacho?" Dijera ella que sí o que no, habría un rápido par de bofetadas, tan rápido y tan duro que, en un principio, ni siquiera dolerían; se tardaba unos segundos hasta que el vacío se disipaba y el dolor llenaba su sitio. Y entonces, la voz de su padre otra vez, casi cordial: "Me preocupas mucho, Beverly. Me preocupas muchísimo. Tienes que madurar, ¿no te parece?."

Bien podía ser que su padre siguiera viviendo en Derry. Allí estaba la última vez que ella tuvo noticias suyas, pero de eso habían pasado... ¿cuántos años? ¿Diez? Por entonces ni siquiera estaba casada con Tom. Había recibido una postal con la horrible estatua plástica de Paul Bunyan frente al Centro Municipal. Esa estatua había sido erigida en la década de los cincuenta. Era uno, de los puntos destacados de su niñez, pero la tarjeta de su padre no despertó en ella nostalgias ni recuerdos; bien podría mostrar el Gateway Arch de Saint Louis o el Golden Gate de San Francisco.

"Espero que te vaya bien y seas buena chica -decía la tarjeta-. Me gustaría que me enviaras algo, si puedes, porque no tengo gran cosa. Te quiero, Bevvie. Papá."

La había querido de verdad y probablemente eso tenía mucho que ver con el modo en que ella se había enamorado de Bill Denbrough, tan desesperadamente, en aquel largo verano de 1958: de todos los chicos, Bill era el único que proyectaba una autoridad como la que ella asociaba a su padre... pero era una autoridad distinta, una autoridad que escuchaba. Ni los ojos ni los actos de Bill reflejaban que él justificaba la existencia de la autoridad con "preocupaciones" como las de su padre... como si las personas fuesen mascotas a mimar y disciplinar a un tiempo.

Por la razón que fuese, al terminar aquella primera reunión como grupo completo en julio de aquel año, la reunión en la que Bill se había hecho cargo del grupo de un modo tan completo y sin esfuerzos, ella estaba locamente enamorada de él. Decir que era un deslumbramiento de colegiala era como definir el Rolls-Royce diciendo que es un vehículo de cuatro ruedas. Ella no reía como una tonta ni se ruborizaba al verlo; tampoco escribía su nombre con tiza en los árboles o en las paredes del Puente de los Besos. Simplemente vivía con su cara en el corazón, constantemente, con una especie de dolor dulce, perenne. Hubiera muerto por él.

Resultaba natural, posiblemente, que deseara ver en él al autor de ese poema de amor... aunque nunca había llegado a convencerse de eso. No, ella había sabido quién era el autor del poema. Y más tarde, en algún momento, ¿no lo había reconocido el mismo chico que se lo había enviado? Sí, Ben se lo había dicho (aunque ahora no podría recordar, ni por todo el oro del mundo, en qué circunstancias lo había dicho en voz alta), y hasta ese momento había ocultado su amor tan discretamente como ella ocultaba el que sentía por Bill,

("pero tú se lo dijiste, Bevvie, le dijiste que lo amabas, sí)

para cualquiera que supiera mirar (y que fuera bondadoso) eso era evidente en el modo en que él dejaba siempre alguna distancia entre ambos, en su manera de aspirar súbitamente cuando ella le tocaba el brazo o la mano, en el hecho de que él se vistiera con más cuidado cuando sabía que iba a verla. Querido, gordo, dulce, Ben.

Ese difícil triángulo preadolescente había terminado. Cómo había terminado era otra de las cosas que aún no podía recordar. Tenía la sensación de que Ben había confesado haber escrito y enviado ese pequeño poema de amor. Que ella había dicho a Bill que lo amaba y que lo amaría eternamente. Y de algún modo, esas dos confesiones habían ayudado a salvar la vida de todos... ¿o no? No lo recordaba. Esos recuerdos (o esos recuerdos de recuerdos) eran como islas que no eran islas sino, vértebras de una misma espina dorsal coralina, que asomaba sobre el nivel del agua, no separada, sino en una sola pieza. Sin embargo, cuando trataba de profundizar más para ver el resto, intervenía una imagen enloquecedora: la de los grajos que volvían a Nueva Inglaterra cada primavera atestando los cables telefónicos, los árboles y los tejados, llenando con sus disputas y sus chismorreos el aire del deshielo. Esa imagen acudía a ella una y otra vez, ajena y perturbadora como una onda de radio.

Súbitamente se dio cuenta de que estaba ante la lavandería automática donde ella, Stan Uris, Ben y Eddie habían lavado los trapos aquel día de junio: trapos manchados con una sangre que sólo ellos podían ver. Ahora las ventanas estaban empañadas con jabón; pegado a la puerta había un cartel escrito a mano: "Dueño vende". Espiando entre las pinceladas de jabón, Beverly vio un local vacío con cuadrados de un amarillo más claro allí donde habían estado las máquinas de lavar.

"Estoy yendo a casa", pensó, horrorizada, pero siguió caminando.

El vecindario no había cambiado mucho. Faltaban algunos árboles más: probablemente, olmos atacados por alguna enfermedad. Las casas lucían algo más abandonadas. Había más ventanas rotas que en su infancia. Algunos vidrios rotos habían sido reemplazados por cartón, otros no.

Y allí estaba ya, frente al 127 de Main Street, bajos. Aún seguía en el mismo sitio. La pintura blanca desconchada que ella recordaba se había convertido en pintura marrón desconchada, pero la casa seguía siendo inconfundible. Allí estaba la ventana de lo que había sido su cocina; allí, la ventana de su habitación.

("¡Jim Doyon, sal inmediatamente de la calle! ¿Quieres que te atropelle un coche?")

Se estremeció cruzando los brazos contra el pecho con los codos envueltos en las palmas.

"Bien podría ser que papá aún viviera aquí. Oh, sí, él no pensaba cambiar de casa mientras pudiese evitarlo. No tienes más que acercarte, Beverly. Mira los buzones. Tres buzones para tres apartamentos, como en los viejos tiempos. Y si hay uno que diga "Marsh", puedes tocar el timbre y muy pronto oirás un arrastrar de zapatillas por el pasillo, se abrirá la puerta y podrás ver al hombre cuyo esperma te hizo pelirroja, zurda y con habilidad para el dibujo. ¿Recuerdas qué habilidad tenía él para el dibujo? Podía dibujar lo que se le antojara. Cuando tenía ganas, claro. Y eso no ocurría con frecuencia. Creo, que tenía demasiadas preocupaciones. Pero cuando tenía ganas, tú te sentabas por horas enteras a observar, mientras él dibujaba gatos, perros, caballos y vacas con un "muuuu" saliéndole de la boca en un globito. Tú reías y él también reía. Y después él decía: "Ahora tú, Bevvie", y tú sostenías la pluma mientras él te guiaba la mano, y el gato, la vaca o el hombre sonriente salían bajo tus propios dedos, mientras olías su colonia para después de afeitar y el calor de su piel. Sube, Beverly. Toca el timbre. Sadrá y verás que es viejo, que tiene arrugas profundas en la cara y que sus dientes, los que queden, son amarillos. Te mirará diciendo caramba pero si es Bevvie, Bevvie ha venido a visitar a su viejo papá, pasa Bevvie, cuánto me alegro de verte. Me alegro, porque siempre me preocupas, Bevvie, me preocupas "mucho""

Caminó lentamente por el sendero, de entrada y las hierbas que crecían entre las resquebrajadas baldosas de cemento le rozaron los vaqueros. Miró atentamente las ventanas de la planta baja, pero estaban cubiertas por cortinas. Observó los buzones. Segundo piso, "Starkweathers". Primer piso, "Burke". Planta baja (perdió el aliento), "Marsh".

"Pero no voy a tocar el timbre. No quiero verlo. No voy a tocar el timbre."

¡Por fin una decisión firme! ¡La decisión que abriría las puertas a una vida plena y útil de decisiones firmes! ¡Volvió por el camino! ¡Volvió al centro! ¡Subió al hotel! ¡Hizo las maletas! ¡Tomó un taxi! ¡Un avión! ¡Dijo a Tom que desapareciera! ¡Vivió triunfalmente! ¡Murió feliz!

Tocó el timbre.

Oyó el campanilleo familiar en el salón, sones que siempre le habían parecido un nombre chino: ching-chong. Silencio. No hubo respuesta. Pasó el peso del cuerpo de un pie a otro; de pronto necesitaba orinar.

"No hay nadie en casa -pensó, aliviada-. Ahora me puedo marchar."

Pero volvió a tocar: chin-chong. No hubo respuesta. Pensó en el encantador poemita de Ben y trató de recordar exactamente cuándo y cómo había confesado su autoría, y por qué, por un breve instante, lo había asociado a su primer período menstrual. ¿Acaso había tenido la primera regla a los once años? No, sin duda, aunque a mediados de invierno habían comenzado a crecerle dolorosamente los

pechos. ¿Por qué...? Entonces, intrusa, surgió la imagen mental de miles de grajos en los cables telefónicos y los tejados, todos parloteando bajo el blanco cielo de primavera.

"Ahora me marcharé. Ya he llamado dos veces; es suficiente."

Pero llamó otra vez.

¡Chin-chong!

Entonces oyó que alguien se acercaba y el ruido era exactamente el que había imaginado: el cansado susurro de viejas zapatillas. Miró alrededor, aterrorizada, y estuvo a punto de salir disparada. ¿Podría bajar por el camino de cemento y doblar la esquina dejando pensar a su padre que había sido sólo una travesura de chicos? ¿Eh, señor, tiene Tío Pepe en botella...?"

Dejó escapar el aliento con brusquedad y tuvo que tragar saliva. Porque lo que estaba a punto de brotar fue una risa de alivio. No era su padre, por cierto. De pie en el umbral, mirándola, había una mujer que ya se acercaba a los ochenta años. Tenía pelo largo y hermoso, casi completamente blanco, pero con vetas de oro purísimo. Tras los anteojos sin montura se veían ojos tan azules como el agua de los fiordos que, probablemente, habían despedido a sus antepasados. Llevaba un vestido de seda purpúrea, raído, pero aún digno. Su rostro arrugado era bondadoso.

--¿Sí, señorita?

--Disculpe -dijo Beverly. La necesidad de reír había pasado en un instante. Notó que la anciana lucia un camafeo en la garganta. Debía de ser marfil auténtico rodeado por una banda de oro tan fino que resultaba casi invisible-. Creo que me he equivocado de timbre. -"O lo pulsé mal a propósito", susurró su mente-. Buscaba el apartamento de Marsh.

--¿Marsh? -La frente se cubrió de delicadas arrugas.

--Si, verá...

--"Aquí" no hay ningún Marsh -dijo la anciana.

--Pero...

--A menos que... No se refiere a "Alvin" Marsh, ¿verdad?

--¡Sí! -dijo Beverly-. ¡Mi padre!

La mano de la anciana se elevó para tocar el camafeo. Miró a Beverly con más atención haciéndola sentir ridículamente joven, como si fuera una niña que iba a vender pastitas o etiquetas buscando donaciones para el equipo de fútbol. Entonces la anciana sonrió... una sonrisa amable que era, sin embargo, triste.

--Caramba, señorita, no me gusta ser la que le dé una mala noticia, justamente una desconocida, pero su padre murió hace cinco años.

--Pero... en el timbre...

Beverly miró otra vez y emitió una exclamación aturdida, que no llegaba a risa. En su agitación, en su certeza inconsciente de que su padre aún estaría allí, había confundido "Kersh" con "Marsh".

--¿Usted es la señora Kersh? -preguntó, aturdida por la noticia sobre su padre, pero también sintiéndose estúpida por el error; la señora la tomaría por analfabeta o poco menos.

--En efecto --dijo la anciana.

--¿Y usted... conoció a mi padre?

--Muy poco -dijo la señora Kersh.

Su modo de hablar se parecía un poco al de Yoda en "El imperio contraataca" y Beverly tuvo nuevamente ganas de reír. ¿En qué otro momento había experimentado los mismos cambios bruscos de emociones? En verdad, no recordaba cuándo... pero tenía el horrible presentimiento de que lo haría muy pronto.
--Él alquiló el apartamento de la planta baja antes que yo. Nos vimos por unos días, él yendo y yo viniendo. Se cambió a Roward Lane. ¿Conoce el pasaje?
--Sí -dijo Beverly.
Roward Lane se abría en esa misma calle, a cuatro manzanas de distancia; allí, los edificios de apartamentos eran mas pequeños y aun mas ruinosos.
--Yo solía verlo en el mercado de la avenida Costello, a veces -dijo la señora Kersh-; también en la lavandería, antes de que la cerraran. De vez en cuando cambiábamos unas palabras. Yo... oh, está muy pálida. Lo siento. Pase y le serviré un té.
--No se preocupe -dijo Beverly, débilmente.
Pero en realidad se sentía pálida, como un vidrio empañado a través del cual casi era imposible mirar. No le vendría mal un té y una silla.
--No es ninguna molestia -dijo la señora Kersh, cálidamente-. Es lo menos que puedo hacer, después de haberle dado una noticia tan desagradable.
Antes de que pudiera protestar, Beverly se encontró en su viejo apartamento, que ahora parecía mucho más pequeño pero bastante seguro. Seguro, probablemente, porque casi todo estaba cambiado. en vez de la mesa de fórmica rosa con sus tres sillas, había una pequeña mesa redonda, no mucho más grande que una mesita rinconera, con flores de tela en un florero de arcilla. En vez de la vieja nevera Kelvinator, con su motor redondo encima (su padre vivía luchando con él para mantenerlo en funcionamiento), se veía una Frigidaire de color cobrizo. La cocina era pequeña pero parecía suficiente. En las ventanas pendían cortinas azul intenso; detrás de los vidrios asomaban tiestos con flores. El suelo, de linóleo cuando ella era niña, había sido devuelto a la madera original que, tras muchas aplicaciones de cera, tenía un brillo maduro.
La señora Kersh apartó la vista de las hornallas donde estaba poniendo agua a calentar.
--¿Usted creció en esta casa?
--Sí -dijo Beverly-, pero ahora se la ve muy distinta, tan limpia y elegante... ¡Es una maravilla!
--Qué amable es -comentó la señora Kersh y la sonrisa la rejuveneció-. Tengo algo de dinero, ¿comprende? No es gran cosa, pero con mi jubilación vivo a gusto. Cuando era joven vivía en Suecia. Vine a este país en 1920, a los catorce años, sin dinero. Es la mejor manera de aprender el valor del dinero, ¿no le parece?
--Sí -dijo Bev.
--Trabajaba en el hospital -dijo la señora Kersh-. Muchos años, desde 1925 trabajé allí. Llegué a ecónoma en jefe. Tenía todas las llaves. Mi esposo invirtió nuestro dinero muy bien. Ahora he llegado a un pequeño puerto. Eche un vistazo a la casa, señorita, mientras hierve el agua.
--No, no podría...
--Por favor. Todavía me siento culpable.

Y ella miró. El cuarto de sus padres era ahora el de la señora Kersh y la diferencia era profunda. Parecía más luminoso y aireado. Una gran cómoda de cedro, con las iniciales R. G. grabadas en la madera, lanzaba al aire su suave aroma. La cama estaba cubierta por un amplio edredón estampado con mujeres sacando agua, pastores llevando al ganado, hombres apilando heno. Un edredón maravilloso.

La habitación de Bev se había convertido en salita de costura. Había allí una máquina Singer, con su mesa de hierro forjado bajo un par de lámparas sencillas y eficaces. En una pared colgaba un cuadro de Jesús; en otra, una foto de John F. Kennedy. Bajo el retrato de Kennedy había una hermosa vitrina llena de libros en vez de porcelana, sin haber perdido en el cambio.

Lo último que visitó fue el baño.

Lo habían redecorado en un color rosa, demasiado suave y agradable como para parecer chillón. Todos los artefactos eran nuevos, pero ella se aproximó al lavabo con la sensación de que la vieja pesadilla había vuelto a atraparla. Miraría por ese ojo negro y sin párpados, se iniciaría el susurro, y entonces la sangre...

Se inclinó sobre el lavabo captando un reflejo de su cara pálida y sus ojos oscurecidos en el espejo y miro hacia el interior del ojo esperando las voces, la risa, los quejidos, la sangre.

No hubiera podido decir cuánto tiempo pasó así, inclinada sobre el lavabo, esperando lo ocurrido veintisiete años atrás. Fue la voz de la señora Kersh la que le hizo reaccionar:

--¡El té, señorita!

Dio un respingo, rota la semihipnosis, y salió del baño. Si en algún lugar de ese desagüe había existido la magia negra, ya se había ido... o dormía.

--¡Oh, es muy amable de su parte!

La señora Kersh levantó la mirada con su sonrisa brillante.

--¡Oh, señorita, si supiera que pocas visitas recibo últimamente no diría eso. Caramba, si más que esto le sirvo al hombre de Hidroeléctricas Bangor que viene a verificar el contador! ¡Lo estoy engordando!

En la mesa redonda de la cocina había tazas y platitos delicados de porcelana blanca con bordes azules. Había un plato de pastitas y pequeños trozos de tarta. Además de los dulces, una tetera de peltre despedía un suave vapor de agradable fragancia. Bev, divertida, pensó que sólo faltaba una cosa: los diminutos sandwiches descortezados: queso crema y aceitunas, berros y ensalada de huevo. Siéntese, señorita, y yo serviré.

--No soy señorita -corrigió Beverly, levantando la mano izquierda para mostrar el anillo.

La señora Kersh sonrió.

--A todas las chicas jóvenes y bonitas les digo señorita -aclaró-. Es costumbre. No se ofenda.

--No, en absoluto. -Pero Beverly, por algún motivo, experimentaba un deje de intranquilidad. En la sonrisa de la anciana, algo le había parecido un poco... ¿desagradable? ¿Falso? ¿Alerta? Qué ridículo.

--Me encanta el modo en que ha arreglado la casa.

--¿Sí? -dijo la anciana sirviendo el té.

La infusión parecía oscura, lodosa. A Beverly no le apetecía mucho beberla... y de pronto se dijo que no quería estar allí.
"Bajo el timbre, decía Marsh", le susurró su mente, de súbito, y tuvo miedo.
La señora Kersh le pasó el té.
--Gracias -dijo Beverly. Aunque pareciera lodo, su aroma era maravilloso. Lo probó. Sabía bien. "Deja de asustarte por cualquier cosa", se dijo-. Esa cómoda de cedro, es una pieza estupenda.
--¡Ah, es una antigüedad! -dijo la señora Kersh.
Y rió. Beverly notó que la belleza de la anciana tenía un solo defecto, bastante común en la zona del Norte: sus dientes eran muy feos; fuertes sí, pero feos, amarillos; los dos incisivos estaban cruzados. Los caninos parecían muy largos, casi colmillos.
"Eran blancos; cuando abrió la puerta sonrió y tú misma notaste que eran muy blancos."
De pronto su miedo creció. De pronto sintió la necesidad de estar lejos de allí.
--¡Muy antiguo, sí! -exclamó la señora Kersh y bebió el contenido de su taza de un solo trago, con un súbito y sorprendente ruido absorbente. Miró a Beverly, le "sonrió", y ella vio que sus ojos también habían cambiado. Las córneas eran amarillas, ancianas, surcadas por legañosas vainillas rojas. Su pelo era mis ralo; la trenza parecía desnutrida, sin sus reflejos dorados, de un tono gris opaco.
--Muy antiguo -siguió la señora Kersh sobre su taza vacía mirando astutamente a Beverly con sus ojos amarillentos. Sus dientes torcidos volvieron a aparecer en una sonrisa repulsivo, casi libidinosa-. Me acompañó desde la patria. ¿Las iniciales talladas, R. G.? ¿Las ha visto usted?
--Si. -Su voz parecía provenir desde lejos. Una parte de su cerebro insistía: "Si ella no se da cuenta de que has notado el cambio, tal vez no corras peligro, si ella no se da cuenta y no ve que..."
--Mi padre -dijo ella. Beverly vio que también el tono de su vestido había cambiado. Se había convertido en un negro escabroso que se iba deshaciendo. El camafeo era un cráneo, cuya mandíbula colgaba en una mueca morbosa-. Se llamaba Robert Gray, más conocido por el apodo de Bob Gray, más conocido como Pennywise el Payaso Bailarín. Aunque ése tampoco era su nombre. Pero a él le gustaban sus chistes.
Volvió a reír. Algunos dientes se le habían puesto tan negros como el vestido. Las arrugas de su piel eran más profundas. El rosa lechoso de su cutis se había convertido en un amarillento enfermizo. Sus dedos eran garras. Sonrió a Beverly.
--Coma algo, querida.
Su voz se había elevado media octava, pero en ese registro sonaba cascada, casi el ruido de una puerta de cripta que se balanceara sobre goznes llenos de tierra negra.
--No, gracias, -se oyó decir Beverly con la voz aguda de la criatura que piensa oh-me-tengo-que-ir. Las palabras no parecían originarse en su cerebro. Antes bien, brotaban de su boca y tenían que llegar hasta sus oídos para que ella tuviera conciencia de lo que había dicho.
--¿No? -preguntó la bruja, siempre sonriente.
Sus garras manotearon el plato. Empezó a meterse en la boca, con las dos manos, finas pastitas de melaza y delicados trozos de tarta. Sus horribles dientes

desgarraban y mordían; sus uñas, largas y sucias, se clavaban en los dulces; las migas caían por la laja huesuda de su mentón. Su aliento tenía el olor de viejos cadáveres reventados por los gases de su propia descomposición. Su risa era un carcajeo mortífero. Su pelo, era más ralo; aquí y allá dejaba ver el cuero cabelludo.

--Oh, a mi padre le gustaban sus chistes. Esto es un chiste, señorita, por si le gustan: mi padre me parió antes que mi madre. ¡Me caló por el culo! ¡J, j, j!

--Tengo que irme -se oyó decir Beverly con la misma voz aguda y herida, la de una niña a la que se ha avergonzado cruelmente en su primera fiesta.

No había fuerza en sus piernas. Tuvo la vaga conciencia de que en su taza no había té sino mierda líquida, pequeño recuerdo de las cloacas que corrían bajo la ciudad. Y ella había bebido parte de eso; no mucho pero sí un sorbo. "Oh Dios, por favor, por favor..."

La mujer estaba encogiéndose ante sus ojos. Enflaquecía. Ahora era una vieja con cara de manzana marchita que reía con una voz aguda y chillona, meciéndose.

--Oh, mi padre y yo somos una sola cosa -dijo-, sólo él, sólo, yo. Y usted, querida, si es prudente huirá, volverá corriendo a su casa, porque quedarse será peor que morir. En Derry nadie muere de verdad. Usted ya lo sabía; ahora lo confirma.

Beverly, a cámara lenta, recogió sus piernas. Como desde fuera, se vio a si misma poniéndose de pie y retrocediendo de la mesa y de la bruja, en un tormento de horror e incredulidad. Por primera vez comprendía que esa pequeña mesa de comedor, tan pulcra, no era de roble oscuro sino de cobertura de chocolate. Aun ante sus ojos, la bruja, siempre riendo, con los ojos amarillentos y viejos astutamente desviados hacia el rincón, partió un trozo y se lo puso ávidamente en la trampa negra que era su boca.

Las tazas eran de barquillo blanco, cuidadosamente rodeado con cobertura teñida de azul. Los cuadros de Jesús y de John Kennedy eran creaciones de azúcar casi transparente. Mientras ella los observaba, Jesús le saco la lengua y Kennedy le dedicó un guiño lascivo.

--¡Te estamos esperando! -aulló la bruja. Sus uñas se clavaron en la mesa trazando profundos surcos en la superficie de chocolate-. ¡Oh sí, sí!

Las luces que pendían del techo eran glóbulos de caramelo. Bajó la mirada y vio que sus zapatos estaban dejando huellas en las tablas del suelo, que no eran tablas sino barras de chocolate. El olor a dulce era sofocante.

"Oh, Dios, es el cuento de Hansel y Gretel. Es la bruja, la que siempre me daba miedo porque se comía a los niños..."

--¡A ti y a tus amigos! -vociferó la bruja, riendo, ¡A ti y a tus amigos! ¡En la jaula! ¡En la jaula hasta que el horno esté caliente!

Mientras ella bramaba de risa, Beverly corrió hacia la puerta, pero corría como, en cámara lenta. La carcajada de la vieja se le arremolinaba alrededor de la cabeza como una nube de murciélagos. Beverly chilló. El vestíbulo hedía a azúcar, chocolate y dulce de café, a horribles fresas sintéticas. El pomo de la puerta, imitación cristal cuando ella entró, era en ese momento un monstruoso diamante de azúcar.

--Me preocupas, Bevvie... Me preocupas "mucho".

Giró en redondo, con el pelo rojo ondeando contra su cara. Su padre venía tambaleándose por el pasillo, con el vestido negro de la bruja y su camafeo de calavera; en la cara le pendía la carne blanda, negros los ojos como la obsidiana, las manos abriéndose y cerrándose. la boca sonriendo con baboso fervor.

--Te pegaba porque quería Follarte, Bevvie, eso era lo único que quería. Quería Follarte, quería Comerte, quería comerte el conejito, quería chuparte el clítoris, "ñam-ñam", Bevvie, ooohhh... Quería ponerte en una jaula... y calentar el horno... y sentirte el coño, tu coño gordito y cuando estuviese bien gordito, comer... comer... "comer"...

Aullando, Beverly tiró del pegajoso pomo y huyó al porche decorado con praliné y suelo de chocolate duro. Lejos, vagamente, como, nadando en su campo visual, los coches iban y venían; una mujer salió de Costello.s empujando un carrito cargado de provisiones.

"Tengo que salir de aquí -pensó-. Allá fuera está la realidad, con que sólo pueda llegar a la acera..."

--Correr no te servirá de nada, Bevvie -dijo su padre, riendo-. Hemos esperado mucho tiempo por esto. Nos vamos a divertir. Vamos a llenarnos la barriga.

Ella volvió a mirar hacia atrás. Su difunto padre ya no lucía el vestido negro de bruja sino el traje de payaso de grandes botones naranja. Y una gorra de mapache al estilo de 1958, cuando Fess Parker las popularizó con la película de Disney sobre David Crockett. En una mano sujetaba un manojo de globos. En la otra, la pierna de una criatura, como si fuera una pata de pollo. Cada globo tenía una leyenda escrita: "eso vino del espacio exterior".

--Di a tus amigos que soy el último de una raza agonizante -dijo, con aquella sonrisa hundida, mientras avanzaba a tropezones por los peldaños del porche, siguiéndola-. Unico superviviente de un planeta moribundo. He venido a robar a todas las mujeres... a violar a todos los hombres... y a aprender cómo se baila el twist.

Comenzó a retorcerse como un loco, con los globos en una mano, y la sangrante pierna amputada en la otra. El traje de payaso flameaba, pero Beverly no sentía el viento. Sus piernas se enredaron, haciéndola caer al pavimento con las manos tendidas para frenar el golpe. El impacto le subió hasta los hombros. La mujer que pasaba con el carrito de provisiones se detuvo a mirarla, dudando, pero luego apretó el paso.

El payaso se acercaba otra vez, arrojando a un lado, la pierna amputada. La presa cayó al césped con un ruido indescriptible. Beverly sólo, permaneció un instante en la acera, segura, en el fondo, de que despertaría pronto, de que eso no era real, de que era un sueño, sin duda...

Comprendió que no era así un momento antes de que las garras torcidas del payaso la tocaran. Era real; podía matarla. Tal como había matado a los niños.

--¡Los grajos conocen tu verdadero nombre! -le gritó de pronto.

"Eso" retrocedió y ella tuvo la impresión de que la sonrisa de sus labios, dentro de la gran sonrisa roja pintada alrededor, se convertía en una mueca de odio y dolor... y tal vez de miedo. Quizá fuera sólo su imaginación; por cierto, ella no tenía idea de por qué había dicho semejante locura, pero le dio un segundo de tiempo.

Estaba de pie y corriendo. Hubo un chirrido de frenos y una voz áspera, a un tiempo furiosa y asustada, chilló:
--¡Por qué no miras por dónde vas, estúpida!
Tuvo, una borrosa visión del camión de panadería que había estado a punto de atropellarla al lanzarse a la calle como el niño tras una pelota de goma. Un momento después estaba en la acera opuesta, jadeando, con una puntada quemante en el costado. El camión de la panadería siguió por Main Street.
El payaso había desaparecido. La pierna había desaparecido. La casa aún estaba allí, pero ruinosa y desierta, con las ventanas cerradas con tablas, resquebrajados los peldaños que llevaban al porche.
"¿Estuve realmente allí o todo fue un sueño?"
Pero tenía los vaqueros sucios, la blusa amarilla manchada de polvo, y chocolate en los dedos.
Se los frotó contra el vaquero y se alejó deprisa con el rostro acalorado y la espalda fría como hielo. Sus ojos parecían pulsar en las órbitas con el rápido golpeteo seco de su corazón.
"No podemos derrotarlo. Sea "Eso" lo que sea, no podemos derrotarlo. Hasta quiere que lo intentemos. "Eso" quiere ajustar la vieja cuenta. No está contento con el empate, supongo. Tendríamos que huir de aquí... irnos, simplemente."
Algo le rozó la pantorrilla, ligero como la zarpa de un gato.
Se lo sacudió con un pequeño chillido. Al bajar la mirada se echó hacia atrás con una mano contra la boca.
Era un globo, tan amarillo como su blusa. En eléctricas letras azules, se leía: "ezo ez, tezoro".
Ante sus ojos, el globo se fue calle arriba, rebotando livianamente, arrastrado por la agradable brisa primaveral.

4. Rickie Tozier se larga.

"Bueno, algo pasó el día en que Henry y sus amigos me persiguieron, antes de que terminaran las clases..."
Richie iba caminando por Canal Street, más allá del parque Bassey. De pronto se detuvo con las manos en los bolsillos mirando hacia el Puente de los Besos, pero sin verlo del todo.
"Escapé por la sección de juguetes de Freese.s."
Desde la descabellada conclusión de la comida caminaba sin sentido, tratando de aceptar las cosas horribles que contenían las galletitas de la suerte... o que parecían contener. Pensó que, con toda probabilidad, de ellas no había surgido nada. Aquello había sido una alucinación en masa provocada por todas las porquerías espeluznantes de las que habían estado hablando. La mejor prueba era que Rose no había visto nada de todo eso. Claro que los padres de Beverly tampoco habían visto la sangre salida del sumidero, pero eso no era lo mismo.
"¿No? ¿Por qué?"

--Porque ahora somos adultos -murmuró. Y descubrió que el pensamiento no tenía poder ni lógica; era como un estribillo de canción infantil, sin significado alguno.
Volvió a caminar.
"Subí por el centro municipal y me senté en un banco del parque, por un rato. Y allí creí ver..."
Se detuvo otra vez, con el entrecejo fruncido.
¿Qué cosa?
"...pero fue sólo un sueño".
¿Lo fue? ¿Fue de veras un sueño?
Miró a la izquierda y vio el gran edificio de vidrio, ladrillo y acero, que tan moderno parecía a fines de los cincuenta y que ahora parecía antiguo y desvencijado.
"Heme aquí -pensó-. Otra vez en el maldito centro de la ciudad. Escenario de esa otra alucinación. O sueño. O lo que fuera."
Los otros lo tenían por el payaso de la clase, el loco, y él había vuelto fácilmente al viejo papel. "Ah, todos caemos fácilmente en nuestros viejos papeles, ¿no lo sabias?" Lo mismo pasaba, seguramente, cuando se reunían los egresados de la secundaria, después de diez o veinte años: el comediante, que había descubierto en la universidad su vocación por el sacerdocio; después de dos copas volvía casi automáticamente a sus chistes y bromas; el genio de la literatura, que había terminado al volante de un camión, se encontraba de pronto desertando sobre John Irving; el que había tocado con el conjunto Los Perros los sábados por la noche, antes de convertirse en profesor de matemáticas, aparecía de pronto en el escenario, con la orquesta, una guitarra al hombro, cantando una pieza de aquel entonces con alegre y alcohólica ferocidad. ¿Cómo decía la canción de Springsteen? "No hay retirada, nena, ni rendición..." pero era más fácil creer en las canciones viejas después de tomar un par de copas o una buena dosis de hierba.
"Pero, Richie creía que la alucinación estaba en la reversión y no en la vida actual. Bien podría ser que el niño fuera el padre del hombre, pero padres e hijos suelen tener aficiones muy diferentes y sólo un parecido pasajero. Son...
"Pero dijiste "adultos", y ahora suena a tontería; suena a cháchara hueca. ¿Por qué, Richie? ¿Por qué? Porque Derry está más rara que nunca. Dejémoslo así, ¿quieres?"
Porque las cosas no eran tan simples, por eso.
En su niñez había sido una máquina de decir sandeces, un cómico a veces vulgar, a veces divertido, porque era un modo de seguir viviendo sin que a uno lo mataran tíos como Henry Bowers y sin enloquecer de aburrimiento y soledad. En ese momento se dio cuenta de que gran parte del problema había sido su propia mente, que habitualmente avanzaba a una velocidad diez o veinte veces superior a la de sus compañeros de clase. Ellos lo tenían por extraño, chiflado y hasta suicida, según la ocurrencia de que se tratara, pero tal vez había sido un simple caso de hiperactividad mental... si podía ser simple el efecto de estar constantemente en hiperactividad mental.
De cualquier modo, era el tipo de cosas que uno llega a controlar después de un tiempo; uno llega a controlarlo si encuentra salidas para esa hiperactividad, por ejemplo: tipos como "Kinki Briefcase o Buford Kissdyivel". Eso había descubierto

Richie en los meses posteriores a su aparición, bastante casual, en la emisora de radio de la universidad. En su primera semana tras el micrófono habla descubierto todo lo que siempre había deseado. Al principio no fue muy bueno; estaba demasiado entusiasmado como para ser bueno. Pero comprendió que tenía la posibilidad de ser, en ese trabajo, no simplemente bueno sino grandioso, y bastó esa noción para ponerlo en la luna llevado por una nube de euforia. Al mismo tiempo, comenzaba a comprender el gran principio que mueve al universo, al menos, esa parte del universo que se relaciona con las carreras y con el éxito: uno encuentra al tío loco que andaba corriendo por dentro, de uno, arruinándole la vida; lo persigue hasta un rincón y lo atrapa. Pero no lo mata, ¡oh, no! La muerte es demasiado piadosa para bichos como ese pequeño bastardo. Se le pone un arnés y se empieza a arar. Una vez que uno lo tiene entre las varas, ese tipejo loco trabaja como un demonio. Y le proporciona a uno unas cuantas diversiones, de vez en cuando. A eso se reducía todo, en realidad. Y con eso bastaba.

Él había sido divertido, claro que sí: una risa por minuto. Pero al final había dejado atrás las pesadillas que formaban el lado oscuro de todas esas risas. Al menos, eso creía. Hasta ese momento. momento en el que la palabra adulto dejaba, súbitamente, de tener sentido a sus propios oídos.

Y allí tenía algo más con que entenderse o al menos algo sobre lo que pensar: allí estaba la estatua, enorme y totalmente idiota, de Paul Bunyan, frente al Centro Municipal.

"Debo ser la excepción que confirma la regla, Gran Bill. ¿Estás seguro de que no hubo nada, Richie? ¿Nada en absoluto? Junto al Centro Municipal... creí ver..."

Un dolor agudo le aguijoneó los ojos por segunda vez en el día. Levantó las manos para apretárselos con un quejido. Un segundo después, el dolor había desaparecido tan inesperadamente como había llegado. Pero también había olfateado algo, ¿no? Algo que no estaba allí, en realidad, pero sí algo que había estado allí, algo que le hacia pensar en

("estoy aquí contigo, "Richie", sujeta mi mano, puedes sujetarte")

Mike Hanlon. Era "humo" lo que le había hecho arder los ojos y lagrimear. Veintisiete años antes había respirado ese humo; al final, sólo habían quedado allí Mike y él mismo y había visto...

Pero ya no estaba.

Dio un paso más hacia la estatua de plástico, tan sorprendido por su alegre vulgaridad como de niño se había sentido abrumado por su tamaño. El mítico Paul Bunyan media seis metros de altura; la base le agregaba un metro ochenta adicional. Sonreía al tránsito, de Canal Street desde el prado del Centro Municipal.

El Centro Municipal había sido edificado entre 1954 y 1955 para un equipo de baloncesto que nunca llegó a concretarse. Un año después en 1956, el Concejo Municipal de Derry aprobó una asignación de fondos para la estatua. Fue un acalorado debate, tanto en las reuniones públicas del concejo como en las cartas de lectores al "Derry News". Muchos pensaban que sería una estatua "encantadora", que no dejaría de atraer al turismo. Otros consideraban que un Paul Bunyan de plástico sería horrible, de mal gusto e increíblemente vulgar. Según Richie recordaba, la profesora de artes visuales de la secundaria había escrito al "News" diciendo que, si llegaba a erigirse en Derry semejante

monstruosidad, la haría volar. Richie, sonriendo, se preguntó si le habrían renovado el contrato.

La controversia (que él reconocía ahora como típica de ciudad pequeña, una tempestad en un vaso de agua) duró seis meses, aunque carecía de importancia, naturalmente, porque la estatua ya había sido comprada. Aún si el Concejo Municipal hubiera decidido algo tan aberrante (sobre todo, tratándose de Nueva Inglaterra) como no utilizar un objeto en el que se habla invertido dinero, ¿dónde cuernos iban a guardarla? Por fin, la estatua, moldeada en alguna planta de plásticos de Ohio, fue puesta en su lugar, aún envuelta en una lona tan grande que habría podido servir de vela a un clíper. Se la descubrió el 13 de mayo de 1957, sesquicentenario del municipio. Una facción emitió previsibles gemidos de ira; la otra, gemidos de embeleso igualmente previsibles.

Aquel día, al ser descubierto, Paul lucía un mono y una camisa a cuadros rojos y blancos. Su barba era espléndidamente negra, espléndidamente poblada, espléndidamente leñadora. Apoyada contra un hombro, llevaba su hacha de plástico, sin duda la mejor hacha de plástico; sonreía a los cielos septentrionales que ese día eran tan azules como, la piel de su famoso compañero; sin embargo, "Babe" no estaba presente en la ceremonia; el costo calculado de agregar a la estatua un buey azul se había considerado prohibitivo.

Los niños que asistieron a la ceremonia (había cientos, entre ellos Richie Tozier, de diez años, en compañía de su padre) quedaron fascinados ante el gigante de plástico. Los padres levantaban a los más pequeños hasta el pedestal para tomarles fotos; después observaban, entre divertidos y temerosos, a los niños que trepaban y se arrastraban, riendo, sobre las enormes botas negras de Paul (corrección: las enormes botas negras de plástico).

Fue en marzo del año siguiente cuando Richie, exhausto y aterrorizado, acabó en uno de los bancos situados frente a la estatua, después de eludir. por estrechísimo margen, a los señores Bowers, Criss y Huggins en una persecución que partió desde la escuela primaria municipal, cruzando la mayor parte del centro de la ciudad. Por fin los había esquivado en la juguetería de Freese.s.

La sucursal de esa gran tienda era poca cosa, comparada con la de Bangor, pero Richie no estaba para preocuparse por esas nimiedades; por entonces era cuestión de encontrar cualquier puerto en la tormenta. Henry Bowers venía pisándole los talones y, por entonces, él empezaba a flaquear lastimosamente. Como último recurso, se zambulló en la puerta giratoria de la tienda. Henry, que parecía no entender las leyes físicas de ese artefacto, estuvo a punto de perder el extremo de los dedos en un intento por atrapar a Richie, que pasaba al interior del negocio.

Voló por la escalera hacia abajo, con los faldones de la camisa ondeando, mientras la puerta giratoria dejaba oír una serie de ruidos casi tan fuertes como disparos; comprendió que "Larry, Moe y Curly" aún lo seguían. Mientras bajaba hacia el primer sótano, reía pero era sólo a causa de los nervios: estaba tan aterrorizado como un conejo en una trampa. Aquellos tres mamones tenían toda la intención de darle una buena paliza. (Richie no tenía idea de que, unas diez semanas después, consideraría a ese grupo y a Henry en especial, capaces de cualquier cosa cercana al asesinato; sin duda se habría puesto lívido de terror si hubiera previsto la apocalíptica pelea a pedradas de julio, momento en que hasta

la última cláusula restrictiva desaparecería de su mente.) Y el episodio era típicamente idiota.
Richie había entrado en el gimnasio con los otros niños de quinto curso en el momento en que un grupo de sexto, entre quienes Henry sobresalía como un buey entre las vacas, salía de él. Henry todavía estaba en quinto, pero hacía gimnasia con los del curso siguiente. Las tuberías del techo habían estado goteando otra vez, pero el señor Fazio aún no había tenido tiempo de poner su cartel de ¡"cuidado! ¡suelo mojado"! en su pequeño caballete. Henry resbaló en un charco y aterrizó de culo.
Antes de que Richie pudiera impedirlo, su boca traidora espetó:
--¡Bien, talón de plátano!
Hubo un estallido de risa, tanto entre los compañeros de Henry como entre los de Richie, pero la cara de Henry no reía al levantarse; tenía el color de los ladrillos recién horneados.
--Ya te arreglaré después, cuatro ojos -dijo y siguió caminando.
La carcajada cesó de inmediato. Los chicos presentes miraron a Richie como si ya estuviera muerto. Henry no se detuvo a comprobar las reacciones: se fue, simplemente, con la cabeza gacha, los codos enrojecidos por el golpe y los fondillos del pantalón mojados. Al contemplar ese sitio mojado, Richie sintió que su boca, suicidamente ingeniosa, volvía a abrirse... pero en esa oportunidad la cerró con fuerza, tan rápidamente que estuvo a punto de amputarse la punta de la lengua con sus dientes.
"Bueno, pero ya lo olvidará -se dijo, intranquilo, mientras se cambiaba-. Lo olvidará, claro. El viejo Henry no tiene tantos circuitos de memoria en funcionamiento. Probablemente cada vez que caga tiene que releer el manual de instrucciones."
Ja-ja.
--Date por muerto, Bocazas -le dijo Vince "Boogers" Taliendo, mientras se cubría con el slip un miembro con forma y tamaño de un cacahuete anémico. Pero lo dijo con cierto respeto entristecido-. No te preocupes. Te llevaré flores.
--Córtate las orejas y lleva coliflores -replicó Richie, vivaz.
Y todos rieron, hasta el viejo "Boogers" Tallend. ¿Por qué no? Bien podían reír. ¿Preocuparme yo? Todos estarían en casa viendo a Jimmy Dodd y los Mosqueteros, "El club de Mickey Mouse" o a Frankie Lymon cantando "No soy un delincuente juvenil" en "Bandas de América", mientras Richie volaba por el departamento de lencería femenina hacia el de juguetes derramando sudor por la espalda hasta la raja del culo, con sus aterrorizadas pelotas tan subidas que parecían colgarle del ombligo. Oh, sí, bien podían reír. Ja, ja, ja, ja.
Henry no se olvidó. Richie había salido por la puerta del parvulario, por precaución, pero Henry tenía apostado a Belch Huggins allí, también por si acaso. Ja, ja, ja, ja.
Richie vio a Belch; de lo contrario no habría existido carrera alguna. Belch estaba mirando hacia el parque de Derry, con un cigarrillo apagado en una mano, mientras con la otra se despegaba soñadoramente del culo los fondillos del pantalón. Richie, palpitante el corazón, cruzó silenciosamente el patio. Había caminado casi una manzana por Charter Street cuando Belch giró la cabeza y lo

vio. Llamó a gritos a Henry y Victor y desde entonces se prolongaba la persecución.

Cuando Richie llegó, al departamento de juguetes estaba total y horriblemente desierto. Ni siquiera quedaba allí algún vendedor retrasado, un bienvenido adulto que pusiera fin a la situación antes de que se les escapara de las manos. El chico oía ya la proximidad de los tres jinetes del apocalipsis. Y ya no podía seguir corriendo. Cada inhalación le provocaba una intensa puntada en el flanco.

Su vista se fijó en una puerta que decía "Salida de emergencia. Alarma conectada". En su pecho se renovó la esperanza.

Corrió por el pasillo, atestado de patos Donald en cajas de sorpresa, tanques del ejército norteamericano fabricados en Japón, pistolas de fulminante y robots a cuerda. Llegó a la puerta y golpeó la barra con todas sus fuerzas. La puerta se abrió dejando entrar el fresco aire de fines de invierno. La alarma se disparó con un relincho estridente. Inmediatamente, Richie giró hacia atrás y se dejó caer en el siguiente pasillo. Desapareció de la vista antes de que la puerta volviera a cerrarse.

Henry, Belch y Victor irrumpieron en el departamento de juguetes en el momento en que la puerta se cerraba con un chasquido, interrumpiendo la alarma. Corrieron hacia ella, Henry en cabeza, serio y decidido.

Por fin apareció un dependiente, a toda carrera. Llevaba una bata de nylon azul sobre la chaqueta a cuadros, de una fealdad insoportable y gafas tan rosas como ojos de conejo blanco. Richie le encontró parecido con Wally Cox en el papel del señor Peepers; tuvo que zafar su boca traidora contra el brazo para impedir que soltara vendavales de exhausta risa.

--¡Eh, chicos! -exclamó el señor Peepers-. ¡No podéis salir por ahí! ¡Es una salida de emergencia! ¡Vosotros, eh! ¡A vosotros os hablo!

Victor le echó una mirada, algo nervioso, pero Henry y Belch no se apartaron de su camino, así que él acabó por seguirlos. La alarma volvió a bramar, esa vez por más tiempo, mientras ellos salían al callejón. Antes de que cesara de sonar, Richie estaba de pie y trotando otra vez hacia la sección de lencería.

--¡Haré que os prohíban la entrada a la tienda! -chilló el dependiente. Richie, mirando sobre el hombro, usó su voz de abuelita gruñona:

--¿Nunca le dijeron que es "igual" al señor Peepers, joven?

Y así había escapado. Así había terminado a un kilómetro y medio de Fraseas frente al Centro Municipal... y, según sus devotas esperanzas, fuera de peligro. Al menos, por el momento. Estaba agotado. Se sentó en un banco, a la izquierda de la estatua de Paul Bunyan, buscando sólo un poco de paz para recuperarse. Dentro de poco se levantaría para volver a casa, pero por ahora le resultaba demasiado agradable estar así, sentado al sol de la tarde. El día se había iniciado frío, lluvioso y oscuro, pero ahora se podía creer que la primavera ya estaba en camino.

Más allá, en el mismo prado, se veía la marquesina del Centro Municipal, que en ese día de marzo ponía este mensaje en grandes letras azules, translúcidas:

¡Chicos!
Próximamente
El rock and roll show

de Arnie Ginsberg
Jerry Lee Lewis
The Penguins
Frankie Lymon y los Teenagers
Gene Vincent y los Blue Caps
Freddy "Boom-Boom" Cannon
28 de marzo
¡Una noche inolvidable!

Era un espectáculo que Richie tenía muchas ganas de ver, pero sabía que no contaba con la menor posibilidad. Para su madre, una fiesta de sano entretenimiento no incluía a Jerry Lee Lewis diciendo a los jóvenes de América que tenemos una polla en el galpón, qué galpón, cuál galpón, mi galpón. Tampoco incluía a Freddy Cannon, cuya chica de Tallahassee tenía un chasis de alta fidelidad. Estaba dispuesta a admitir que, en sus tiempos de adolescente, se había dejado la garganta frente a Frank Sinatra. pero, tal como, la madre de Bill Denbrough, no quería saber nada con el rock and roll. Chuck Berry la aterrorizaba; también declaraban que Richard Penniman, más conocido por sus votantes adolescentes con el apodo de "Little Richard", le daba ganas de "ladrar como una gallina".

Frase de la que Richie nunca había pedido traducción.

Su padre era neutral con respecto al rock and roll, a él quizá habría podido convencerlo, pero en el fondo Richie sabía que se impondrían los deseos de su madre, al menos hasta que él tuviese dieciséis o diecisiete años. Y por entonces, según la firme convicción de su madre, la locura del rock and roll habría quedado atrás.

Richie estaba seguro de que Danny y los Juniors tenían más razón que su madre al respecto: el rock and roll no moriría jamás. Por una parte, lo adoraba, aunque sus fuentes eran sólo dos: "Bandas de América" por el canal 7, por la tarde, y la WMEX de Boston por la noche, cuando el éter se aligeraba y la voz ronca, entusiasta, de Arnie Ginsberg ondulaba como la voz de un espíritu convocado en una sesión de espiritismo.

El ritmo no se limitaba a hacerle feliz: le hacía sentir más grande, más fuerte, más "presente". Cuando Frankie Ford cantaba "Sea Cruise" o Eddie Cochran "Summertime Blues", Richie se sentía realmente transportado de alegría. En esa música había potencia, una potencia que parecía pertenecer, por derecho propio, a todos los chicos flacuchos, gordos, feos, tímidos... los perdedores del mundo. Se percibía en él un voltaje loco, frenético, que podía matar y exaltar. Idolatraba a Fats Domino (junto a quien el mismo Ben Hanscom parecía delgadito) y a Buddy Holly, que llevaba gafas como él mismo, y a Screaming Jay Hawkins, que en sus conciertos salía de un ataúd (así le habían contado), y a los Dovells, que bailaban tan bien como si fuesen negros.

Bueno, "casi" tan bien.

Algún día escucharía todo el rock and roll que se le antojase; estaba seguro de que el rock estaría esperándole cuando su madre cediese por fin. Pero eso no sucedería el 28 de marzo de 1958... ni en el 1959, ni...

Sus ojos se habían apartado vagamente de la marquesina y... seguramente se había quedado dormido. Era la única explicación que tenía sentido. Lo que ocurrió a continuación sólo ocurría en los sueños.

Y allí estaba otra vez Richie Tozier, después de haber conseguido todo el rock and roll que había deseado... y de descubrir, por suerte, que aún no le bastaba. Sus ojos subieron a la marquesina del Centro Municipal y leyeron, con un detestable don para encontrar lo no buscado, en las mismas letras azules:

14 de junio
¡Heavy-metal-manía!
Judas Priest
Iron Maiden
Entradas aquí y en taquillas autorizadas.

"En algún momento descartaron aquello del "sano entretenimiento", pero a mi modo de ver es la única diferencia", pensó Richie.

Y oyó a Danny y los Juniors, opacos y distantes, como voces oídas por un largo pasillo, surgidas de una radio barata: "El rock and roll nunca morirá. Me lo tragaré hasta el final... Pasará a la historia. Espera y lo verás."

Richie volvió a mirar a Paul Bunyan, santo patrono de Derry, que había surgido a la existencia, según decían, porque allí se recogían los troncos cuando venían río abajo. En otros tiempos, llegada la primavera, tanto el Penobscot como el Kenduskeag estaban atestados de troncos, de un lado a otro, centelleantes las cortezas negras a la luz del sol. Si uno tenía los pies veloces, podía caminar desde la Manzana del Infierno hasta la taberna de Ramper, en Brewster (un lugar de tan mala reputación que se la llamaba "el cántaro de sangre") sin mojarse las botas más allá del tercer cruce de los cordones. Al menos, así se decía en los tiempos en que Richie era niño, y tal vez había un poco de Paul Bunyan en todos esos cuentos.

"Oh, viejo Paul -pensó, mirando la estatua de plástico-. ¿Qué has hecho desde que me fui? ¿Has probado algún cante nuevo al volver a casa cansado, arrastrando el hacha detrás de ti? ¿Has inventado algún lago para meterte en el agua hasta el cuello? ¿Has asustado a algún chiquillo como me asustaste a mí aquel día?"

Ah, de pronto lo recordaba todo, así como se recuerda la palabra que uno tenía en la punta de la lengua.

Había estado sentado allí, bajo la madura luz de marzo, algo adormecido, pensando en volver a su casa para ver la última media hora de "Bandas de América" y de pronto recibió en la cara un golpe de aire caliente que le apartó el pelo de la frente. Cuando levantó la vista se encontró con la enorme cara plástica de Paul Bunyan frente a la suya, más grande que en una pantalla de cine: lo llenaba todo. El golpe de aire había sido causado por Paul al agacharse... aunque ya no se parecía a Paul. La frente se había vuelto estrecha y ruda; de la nariz, roja como la de un borracho habitual, surgían mechones de pelo duro; sus ojos estaban inyectados en sangre y uno bizqueaba un poco.

El hacha ya no descansaba sobre su hombro. Paul estaba apoyado en su mango y la punta roma de la cabeza había cavado una trinchera en la acera. Aún

sonreía, pero su gesto no tenía ya nada de alegre. De entre sus gigantescos dientes amarillos surgía un olor como el de animalitos pudriéndose entre zarzas calientes...

--Te voy a comer -dijo el gigante, en voz baja y resonante. Era un ruido de piedras cayendo durante un terremoto-. Si no me devuelves mi gallina, mi arpa y mis bolsas de oro, te voy a comer bien comido.

El aliento de esas palabras hizo que la camisa de Richie flameara como una vela en un huracán. Se encogió contra el banco, muy abiertos los ojos, el pelo erizado, envuelto en una ola de hedor a carroña.

El gigante empezó a reír. Apoyó las manos en el mango del hacha, como un jugador de béisbol lo habría hecho con su bate y la arrancó del agujero que había hecho en la acera. El hacha empezó a elevarse en el aire con un susurro grave, mortal. De pronto, Richie comprendió que el gigante tenía intenciones de partirlo por la mitad.

Pero sintió que no podía moverse; le invadía una especie de apatía. ¿Qué importaba? Se había adormecido; aquello era un sueño. En cualquier momento, algún automovilista haría sonar la bocina y él despertaría.

--Eso es -había tronado el gigante-: ¡Despertarás en el "infierno"!

Y en el último instante, cuando el hacha llegaba a lo más alto y quedaba allí, suspendida, Richie comprendió que no se trataba de un sueño. En todo caso, era un sueño que podía matar.

Tratando de gritar, pero sin poder emitir sonido alguno, rodó desde el banco a la grava que rodeaba la estatua, aunque ahora sólo quedaba de ella una base con dos enormes tornillos de acero, allí donde habían estado los pies. El sonido del hacha colmó el mundo con su insistente susurro. La sonrisa del gigante se había convertido en una mueca asesina. Sus labios descubrían las encías de plástico rojo, odiosamente rojo y reluciente.

La hoja del hacha golpeó el banco allí donde había estado Richie un momento antes. El borde era tan afilado que casi no se la oyó, pero el banco quedó partido en dos. Ambas mitades se separaron y cayeron a los lados.

Richie estaba de espaldas. Siempre tratando de gritar, se arrastró hacia atrás con los talones. La grava se le metió por el cuello de la camisa y el fondillo de los pantalones. Y allí estaba paul erguido ante él, mirándolo con ojos del tamaño de túneles. Allí estaba Paul, mirando al niñito que se acurrucaba contra la grava.

El gigante dio un paso hacia él. Richie sintió que la tierra se estremecía. La grava se levantó en una nube.

Richie rodó hasta quedar boca abajo y se levantó tambaleante. Sus piernas intentaron correr antes de que hubiese recobrado el equilibrio pero volvió a caer de bruces. Oyó el aliento abandonar sus pulmones. El pelo le cayó sobre los ojos. El tráfico seguía corriendo por las calles Main y Canal, como todos los días como si nada pasara, como si nadie, en esos coches, se diese cuenta de que Paul Bunyan había cobrado vida y bajado de su pedestal a fin de cometer un asesinato con un hacha gigantesca.

Se borró la luz del sol. Richie yacía en un parche de sombra que tenía la silueta de un hombre.

Se arrastró de rodillas, estuvo a punto de caer de lado, logró levantarse y echó a correr. Corrió con las rodillas casi tocando el pecho y los codos sacudidos como

pistones. Detrás de él se oía otra vez ese susurro espantoso, persistente, que no parecía sonido, sino una presión sobre la piel, contra los tímpanos: "suiiippp"...

La tierra tembló. Los dientes de Richie se entrechocaron como platos en un terremoto. Richie no necesitaba volverse a mirar para saber que el hacha de Paul se había enterrado hasta el mango en la acera, a centímetros de sus pies.

Enloquecido, en su mente, oyó cantar a los Dovells: "Oh the kids in Bristol are sharp as a pistol when they do the Bristol Stomp..."

Salió de la sombra a la luz, y entonces empezó a reír. Era la misma risa exhausta que la había surgido al huir por las escaleras de la tienda. Jadeante, con esa punzada ardiente otra vez en el costado, se arriesgó, por fin, a mirar sobre el hombro.

Allá estaba la estatua de Paul Bunyan, de pie en su pedestal, como siempre, con el hacha al hombro y la cabeza levantada hacia el firmamento, con los labios entreabiertos en la sonrisa eterna, optimista del héroe mítico. El banco que su hacha había partido en dos estaba intacto. La grava en la que el gigante había plantado su enorme pie permanecía rastrillada pulcramente, exceptuando el sitio en que Richie cayó mientras

("huía del gigante")

dormitaba. No había huellas, ni marcas del hacha en la acera. No había sino un chico que había sido perseguido por otros chicos más grandes y que, por lo tanto, había tenido un pequeño (pero potente) sueño sobre un coloso homicida. El Henry Bowers tamaño super, como quien dice.

--Mierda -dijo Richie con voz tenue y temblorosa. Después emitió una risa insegura.

Permaneció allí un rato más para ver su la estatua volvía a moverse (quizá le hiciese un guiño, quizá pasase el hacha de un hombro a otro, quizá bajase a atacarlo otra vez). Pero no pasó nada, por supuesto.

Por supuesto.

Un sueño. Nada más que eso.

Pero tal como había dicho Abraham Lincon o Sócrates o alguien así, cada cosa a su tiempo. Era la hora de volver a casa y tranquilizarse.

Y, si bien habría sido más rápido cortar por los terrenos de Centro Municipal, decidió no hacerlo. No quería acercarse otra vez a la estatua. Por lo tanto, siguió el camino más largo y, al caer la noche, ya había olvidado el incidente casi por completo.

Hasta ese momento.

"He aquí un hombre -pensó- vestido con las ropas más caras de Los Angeles; con sus lentillas cómodamente adaptadas a los ojos: he aquí un hombre que recuerda el sueño de un niño, para quien una camisa de cuello cerrado y un par de zapatos con hebillas eran el colmo de la elegancia; he aquí un adulto que contempla la misma estatua. Y aquí estoy, viejo Paul, para decirte que no has cambiado nada, no has envejecido un solo día, grandísimo hijo de puta."

La antigua explicación aún resonaba en su mente; un sueño.

Si era necesario, podía creer en monstruos. Los monstruos no eran gran cosa. ¿Acaso no había transmitido por radio, más de una vez, los informativos referidos a gente como Idi Amin Dada y Jim Jones o ese tipo que había hecho volar a tanta gente en un restaurante? ¡Los monstruos eran cosa de todos los días! ¿A quién le

hacía falta pagar una entrada de cine cuando salía más barato un diario y gratis un informativo radiofónico? Y quien puede creer en monstruos como Jim Jones, bien podía creer en la variedad propuesta por Mike Hanlon al menos por un tiempo. Hasta podía decirse que "Eso" tenía su propio y lamentable encanto, pues venía del "exterior" y nadie era responsable de él. Rich podía creer en un monstruo con tantas caras como máscaras de goma en una tienda de novedades, al menos en teoría. Pero una estatua de plástico de seis metros que bajase de su pedestal y tratase de cortarlo a uno con un hacha de plástico... Eso ya era demasiado. Y tal como había dicho Abraham Lincoln, Sócrates o alguno de ésos, uno puede tragarse muchas cosas, pero otras no. No sólo porque...

Otra vez el agudo aguijonazo en los ojos, sin previo aviso, arrancándole un grito espantado. Ése fue peor: más mondo y más prolongado. Lo aterrorizó. Se cubrió los ojos con las manos y buscó, instintivamente, el párpado inferior con la intención de sacarse las lentillas. "Tal vez sea una especie de infección. ¡Pero cómo duele, por Dios!"

Tiró de los párpados hacia abajo. Estaba listo para parpadear, con el gesto practicado que haría saltar las lentillas (y pasaría los quince minutos siguientes buscándolas a tientas entre la grava, pero a quién le importaba, si en ese momento sentía clavos en los ojos) cuando el dolor desapareció. No fue cediendo poco a poco: desapareció de un momento a otro. Sus ojos lagrimearon por un instante.

Bajó lentamente las manos, con el corazón galopándole en el pecho; estaba listo para quitárselas en el momento en que el dolor volviese a comenzar. No hizo falta. Y de pronto se descubrió pensando en la única película de terror que lo había asustado de verdad, cuando era niño, tal vez por todo lo que le habían fastidiado por sus gafas y por lo mucho que sufría en su vista. Esa película había sido "The crawling eye" con Forrest Tucker. No era muy buena. Los otros se habían desternillado, pero Richie no. Richie había quedado frío, blanco y mudo sin una sola de sus voces a la que recurrir mientras ese ojo gelatinoso salía de la niebla londinense prefabricada en el plató, haciendo ondular sus tentáculos fibrosos. En la visión de aquel ojo habían tomado cuerpo cien temores e inquietudes no del todo comprendidos. Una noche, poco después, había sonado que se miraba al espejo y clavaba un largo alfiler lentamente en el iris negro de su ojo, sintiendo la resistencia entumecida y acuosa que se llenaba de sangre. Recordaba (ahora lo recordaba) que, al despertar, había encontrado la cama orinada. Y la mejor señal de lo horroroso que había sido el sueño era el hecho de no haberse avergonzado ante esa indiscreción nocturna: con alivio, había abrazado la tela mojada bendiciendo la realidad de su vista.

--Al cuerno -dijo Richie Tozier, en voz baja y no muy firme.

Y se levantó para irse.

Volvería al Town House para dormir una siesta. Si ésa era la calle del Recuerdo, prefería las autopistas de Los Angeles en las horas punta. El dolor de sus ojos debía ser un síntoma de su cansancio más la tensión de encontrarse con el pasado de improviso, en una sola tarde. Basta de golpes, basta de explorar. No le gustaba el modo en que su mente resbalaba de un tema a otro. Ya se había horrorizado bastante. Era hora de dormir un poco y tomar cierta distancia con respecto a las cosas.

Al levantarse, sus ojos fueron a la marquesina del Centro Municipal, una vez más. Y de inmediato sus piernas flaquearon. Tuvo que sentarse otra vez.

Richie Tozier, el hombre de las mil voces Vuelve a Derry, la tierra de las mil danzas.
En honor de bocazas,
El Centro Municipal presenta con orgullo
El rock-show de Richie Tozier "todos muertos"
Buddy Holly Richie Valens
The Bing Bopper,
Frankie Lymon Gene Vincent
Marvin Gaye
Grupo
Jimi Hendrix (primera guitarra)
John Lennon (guitarra rítmica)
Phil Linott (guitarra bajo)
Keith Moon (batería)
Vocalista especialmente invitado: Jim Morrison.
¡Bienvenido a casa, Richie!
¡Tú también estas muerto!

Sintió como si le hubiesen quitado el aliento de un golpe... Y entonces oyó otra vez ese sonido, ese sonido que era casi una presión en la piel y los tímpanos, ese susurro homicida: "suuuiiippp". Rodó del banco a la grava, pensando: "Conque así es la sensación de cosa ya vivida; ahora ya lo sabes, no tendrás que preguntarlo nunca más..."

Cayó sobre el hombro y rodó, levantando la vista hacia Paul Bunyan. Sólo que ya no era Paul Bunyan. Allí estaba, en cambio, el payaso, resplandeciente, fantástico y de plástico, seis metros de colores brillantes. Los pompones naranja, grandes como balones de baloncesto, corrían por la pechera de su traje plateado, fundidos en plástico. En vez de hacha, sostenía un enorme manojo de globos de plástico, en los que se leían dos inscripciones: "Para mi todo sigue siendo rock and roll y rock-show de Richie Tozier "todos muertos"".

Se arrastró hacia atrás, con las palmas y los talones. La grava le entró por el fondillo de los pantalones. Sintió que se desgarraba una manga de su costosa chaqueta deportiva. Rodó sobre sí mismo, se puso de pie, tambaleante, y miró atrás. El payaso lo miraba. Sus ojos rodaban en las cuencas, húmedos.

--¿Lo he asustado, amigo? -tronó.

Y Richie oyó que su boca decía, sin relación alguna con su cerebro petrificado:

--Las emociones baratas, en el asiento trasero de mi coche, Bozo, eso es todo.

El payaso sonrió, asintiendo, como si no esperase otra cosa. Sus labios rojos se abrieron para mostrar unos dientes como colmillos, cada uno de los cuales terminaba en una punta de navaja.

--Podría cogerte ahora si quisiera -dijo-. Pero esto va a ser muy divertido.

--Para mí también -dijo la boca de Richie-. Y lo más divertido será cuando vayamos a arrancarte la cabeza, capullo.

La sonrisa del payaso se ensanchó más aún. Levantó una mano, con su guante blanco, y Richie sintió que el viento provocado por el gesto le apartaba el pelo de la frente, como veintisiete años antes. El dedo índice lo señaló, grande como una viga.

"Grande como una vi...", pensó Richie. Y entonces sintió de nuevo el dolor, hundiendo picas herrumbradas en la suave gelatina de sus ojos.

--Antes de mirar la paja en el ojo ajeno, fíjate en la viga que tienes en el propio -entonó el payaso con voz vibrante.

Y Richie volvió a sentirse envuelto en el hedor dulzón de su aliento a carroña.

Levantó la vista y dio cinco o seis pasos hacia atrás. El payaso se estaba inclinando con las manos enguantadas apoyadas en las rodillas.

--¿Quieres jugar otro poco, Richie? ¿Qué te parece si te señalo el pito y te provoco un cáncer de próstata? También puedo apuntarte a la cabeza y dejarte un buen tumor cerebral... pero la gente diría que no hice sino aumentar lo que ya estaba ahí. Puedo señalarte la boca y esa lengua estúpida se convertirá en un montón de pus chorreante. Puedo, Richie. ¿Quieres verlo?

Los ojos de "Eso" se estaban ensanchando, y en esas pupilas negras, grandes como balones, Richie vio la demencial oscuridad que debía existir detrás del universo; vio una asquerosa felicidad que lo llevaría a la locura. En ese momento comprendió que "Eso" podría hacer cualquiera de esas cosas y más.

Sin embargo, oyó su propia voz, aunque por entonces ya no era su voz, ni tampoco una de sus voces creadas, pasadas o presentes. Era una voz que nunca había oído, alta y orgullosa, chillona, que se hacía burla a sí misma. Una voz de negro viejo.

--Salme de ensima, payaso trompetero e. sirco viejo -chilló y de repente rió otra vez-. Yo tengo el mango, la lengua y la polla pa. mandar. Yo tengo el tiempo y la mina pa. haser lo que quiera. Y si no te vas cagando, te vo. a sacar la mierda a palo.. ¿Me oye., cara pálida .e letrina?

Richie creyó notar que el payaso se encogía, pero no se detuvo a comprobarlo. Corrió con los codos convertidos en pistones y la chaqueta flameando detrás, sin importarle que el padre de un pequeño lo mirara con desconfianza, como a un loco. "En realidad, amigo -pensó Richie-, creo que me he vuelto loco. Oh Dios, sí. Y ésa ha debido ser la peor imitación de la historia, pero de algún modo sirvió..."

Y entonces la voz del payaso tronó tras él. El padre del pequeño no la oyó, pero el niño, frunció el rostro y empezó a llorar. El padre lo consoló desconcertado. Richie, a pesar de su propio terror, observó por el rabillo del ojo ese pequeño espectáculo secundario. Mientras tanto, la voz del payaso sonaba, tal vez jubilosa, tal vez enojada:

"Aquí abajo tenemos el ojo, Richie, ¿me oyes? El que se arrastra. Si no quieres volar, si no quieres despedirte, baja por debajo de esta ciudad y saluda al gran ojo. Baja y lo verás cuando quieras. Cuando quieras, ¿me oyes, Richie? Trae tu yo-yo. Haz que Beverly se ponga una falda ancha, con cuatro, o cinco enaguas. Que se ponga el anillo del marido al cuello. Que Eddie se ponga los mocasines finos. ¡Vamos a jugar, Richie! ¡Y escucharemos todos los éxitos!"

Al llegar a la acera, Richie se atrevió a mirar sobre el hombro, pero lo que vio no era en absoluto reconfortante. Paul Bunyan no había reaparecido. El payaso tampoco estaba. En lugar de ambos había una estatua de plástico de seis metros

que representaba a Buddy Holly. Tenía una escarapela en una de las estrechas solapas de su chaqueta a cuadros. Rezaba: "Rock-show "todos muertos"".

Una de las patillas de sus gafas estaba reparada con cinta adhesiva.

El pequeño lloraba histéricamente; el padre se lo llevaba rápidamente hacia el centro, en brazos, pero dio un amplio rodeo al pasar cerca de Richie.

Richie siguió caminando

("que las piernas no me fallen")

tratando de no pensar en

("escucharemos todos los éxitos")

lo que acababa de pasar. Sólo quería pensar en la triple medida de whisky que tomaría en el bar del Town House antes de echarse a dormir la siesta.

La idea de una copa, una de la inofensiva variedad doméstica, lo hizo sentir mejor. Miró sobre el hombro una vez más y el hecho de que Paul Bunyan estuviera otra vez allí, sonriendo al cielo, con el hacha de plástico al hombro, lo hizo sentir mejor aún. Empezó a apretar el paso poniendo distancia entre él y la estatua. Hasta empezaba a pensar en que todo hubiera sido una alucinación cuando el dolor volvió a herirle los ojos, profundo e insoportable, haciéndole dar un grito ronco. Una chica bonita que iba caminando delante de él con la vista perdida en las nubes, soñadora, se volvió a mirarlo y, tras una momentánea vacilación, se acerco apresuradamente.

--¿Se siente bien, señor?

--Son mis lentillas -dijo él con voz tensa-, mis malditas lentillas. ¡Oh, cómo duele!

Levantó los dedos tan deprisa que estuvo a punto de metérselos en los ojos. Mientras bajaba los párpados, pensó: "No voy a poder parpadear para sacármelos, eso es lo que va a pasar, no voy a poder y seguirá doliendo, doliendo, doliendo, hasta que me quede ciego, ciego, ci..."

Pero un parpadeo bastó, como siempre. El mundo nítido y definido, donde los colores se mantenían dentro de los límites y las caras eran claras, obvias, cayó. En su lugar aparecieron grandes borrones de color pastel. Y aunque la chica lo ayudó a buscar en la acera durante casi quince minutos, ninguno de los dos pudo encontrar siquiera una lentilla.

En el fondo de su mente, Richie creyó oír la risa del payaso.

5. Bill Denbrough ve un fantasma.

Esa tarde, Bill no vio a Pennywise... pero sí vio un fantasma. Un fantasma de verdad. Así lo creyó entonces y ningún acontecimiento subsiguiente le hizo cambiar de opinión.

Había subido por Witcham Street y se detuvo un rato junto a la boca de tormenta donde George había encontrado su fin aquel lluvioso día de octubre de 1957. Se puso en cuclillas para mirar hacia dentro de aquella boca, abierta en la piedra del bordillo. El corazón le palpitaba.

--Eh, ¿por qué no sales? -dijo en voz baja.

Y tuvo la idea, no muy descabellada, de que su voz flotaba por pasillos oscuros y chorreantes sin apagarse, alimentándose de sus propios ecos, rebotando en las paredes de piedra musgosa y en la maquinaria, muerta desde hacía mucho

tiempo. La sintió flotar sobre aguas quietas y sombrías, y tal vez repetirse simultáneamente desde cien desagües diferentes en otras partes de la ciudad.
--Si no sales, iremos a buscarte.
Esperó la respuesta, nervioso, agachado y con las manos entre los muslos, como, un "catcher" entre dos jugadas. No hubo contestación.
Iba a incorporarse cuando una sombra cayo sobre él.
Bill levantó la vista, listo para cualquier cosa... pero, era sólo un niño, tal vez de diez u once años. Llevaba pantaloncitos desteñidos de "boy scout" que exhibían sus rodillas llenas de costras. Tenía un helado en una mano y en la otra una tabla de patinar casi tan maltratada como sus rodillas. El polo era naranja fosforescente. La tabla era verde fosforescente.
--¿Usted habla con las cloacas, señoro? -preguntó el niño.
--Sólo cuando estoy en Derry -dijo Bill.
Se miraron con solemnidad, por un momento, y luego rompieron a reír al mismo tiempo.
--Quiero hacerte una p-p-pregunta estúpida -dijo Bill.
--Diga.
--¿Has oído algo en alguna de éstas?
El chico miró a Bill como si lo considerara chiflado.
-E-está bien -dijo él-, dejémoslo a-a-así.
Siguió caminando; se había alejado diez o doce pasos, colina arriba, con la vaga idea de echar un vistazo a su antigua casa, cuando el niño lo llamó:
--¿Señor?
Bill se volvió. Llevaba la chaqueta deportiva enganchada en un dedo y echada sobre el hombro, el cuello desabrochado y la corbata floja. El niño lo observó con atención, como si lamentara su decisión de seguir hablando. Por fin se encogió de hombros, como si pensara: "Bah, al infierno."
--Sí, he oído algo.
--¿Sí?
--Sí.
--¿Qué decía?
--No sé. Era un idioma extranjero. Lo oí en una de esas estaciones de bombeo, que hay en Los Barrens, esas que parecen tubos que salen del suelo.
--Si, ya sé a qué te refieres. ¿Lo que oíste era un chico?
--Al principio era un chico; después parecía un hombre. -El niño, hizo una pausa-. Me dio miedo. Corrí a casa y se lo dije a mi padre. Él dijo que debía ser un eco o algo así, que venía por las tuberías desde alguna casa.
--¿Y crees que era eso?
El chico sonrió con simpatía.
--En mi "Créase o no", de Ripley, leí que un tipo sacaba música de sus dientes. Música de radio. Sus empastes eran como radios pequeñitas. Creo que, si me creí eso, puedo creer cualquier cosa.
--A-ajá -dijo Bill-. Pero esto, ¿lo crees?
El chico sacudió la cabeza con desgana.
--¿Alguna vez volviste a oír esas voces?

--Una vez sí, cuando me estaba bañando -dijo el pequeño-. Era una voz de chica. Sólo lloraba. No decía nada. Cuando terminó me dio miedo sacar el tapón, porque me pareció que podía ahogarla, ¿me entiende?

Bill volvió a asentir.

El chico lo miraba con franqueza, los ojos brillantes y fascinados.

--¿Usted conoce esas voces, señor?

--Las oí -dijo Bill-. Hace mucho, mucho tiempo. ¿Conocías a alguno de los chi-chicos que han sido asesinados aquí, hijo?

Los ojos del niño perdieron el brillo y cobraron inquietud y cautela.

--Dice mi padre que no debo hablar con desconocidos. Dice que cualquiera podría ser el asesino.

Dio otro paso para alejarse de Bill, retirándose hacia la sombra del olmo donde él había estrellado su bicicleta veintisiete años atrás torciendo el manillar.

--Yo no, chico -le dijo él-. Estuve cuatro meses en Inglaterra. Llegué ayer.

--De cualquier modo no tengo que hablar con usted -insistió el chico.

--Me parece bien -convino Bill-. Estamos en un p-p-país libre.

Después de una pausa, el niño dijo:

--A veces jugaba con Jolinny Feury. Era un buen chico -concluyó, como sin dar importancia al asunto y se acabó el helado. Como si acabara de acordarse, sacó la lengua, momentáneamente, de un naranja brillante, y se lamió el brazo.

--No te acerques a las cloacas ni a las alcantarillas -dijo Bill en voz baja-. Manténte lejos de lugares desiertos. Y de los patios del ferrocarril. Pero, sobre todo, no te acerques a las cloacas ni a las alcantarillas.

Los ojos del chico habían recobrado el brillo. Por un rato no dijo nada.

--Señor, ¿quiere que le cuente algo divertido? -preguntó al fin.

--Claro.

--¿Usted vio esa película del tiburón asesino?

--La vio todo el mundo. "Tiburón".

--Bueno, tengo un amigo que se llama Tommy Vicananza. No es muy inteligente. Tiene serrín en la cabeza.

--Ya.

--Cree que vio a ese tiburón en el canal. Hace un par de semanas estaba solo en el parque Bassey y dice que vio una aleta. Que tenía dos metros y medio, tres metros... Dice que "la aleta sola" era así de grande. Y dice: "Fue el tiburón lo que mató a Johnny y a los otros chicos. Yo lo sé porque lo vi." Y yo le digo: "Vamos, Tommy, ese canal está tan contaminado que nada podría vivir allí. ¡Y dices que viste al tiburón! Lo que pasa es que tienes serrín en la cabeza." Pero Tommy dice que lo vio levantarse en el agua, como hacia al final de la película; dice que trató de morderlo, pero que él se escapó a tiempo. Qué divertido, ¿no, señor?

--Muy divertido -dijo Bill.

--¿No es cierto que tiene serrín en la cabeza?

Bill vaciló.

--No te acerques tampoco al canal, hijo ¿me entiendes?

--Entonces, ¿usted se lo cree?

Bill vaciló de nuevo. Iba a encogerse de hombros, pero acabó haciendo una señal de asentimiento. El chico dejó escapar el aliento en un susurro grave, siseante, y bajó la cabeza como avergonzado.

--Sí. A veces creo que yo también tengo serrín en la cabeza.
--Te entiendo. -Bill se acercó al chico, que lo miró con solemnidad, sin apartarse-. Te estás destrozando las rodillas con esa tabla, hijo.
El niño, se miró las rodillas llenas de costras y sonrió.
--Sí, creo que sí, a veces me caigo.
--¿Puedo probarla? -preguntó Bill.
El chico miró boquiabierto; después se echó a reír.
--¡Qué divertido! Nunca vi a un mayor en una tabla de patinar.
--Te daré veinticinco centavos -dijo Bill.
--Dice mi papá...
--Que nunca aceptes dinero ni golosinas de desconocidos. Es un buen consejo. De cualquier modo, te daré veinticinco centavos. ¿Qué te parece? Iré sólo hasta la esquina de la calle Jackson.
--Quédese con la moneda -dijo el chico, rompiendo a reír otra vez; era una risa alegre y fresca-. No la necesito. Tengo, dos dólares. Prácticamente soy rico. Pero eso es algo que quiero ver. Eso sí: si se hace daño no me eche la culpa a mí.
--No te preocupes -repuso Bill-. Estoy asegurado.
Hizo girar una de las ruedas de la tabla con el dedo; le gustó la veloz facilidad con que giraba: parecía haber un millón de cojinetes allí dentro. Sonaba bien y despertaba algo muy antiguo en el pecho de Bill. Un deseo caliente como la voluntad, encantador como el amor. Sonrió.
--¿Qué le parece? -preguntó el chico.
--Que me voy a matar de un golpe.
El chico rió otra vez.
Bill puso la tabla en la acera y apoyó un pie en ella. La hizo rodar atrás y adelante, probándola. El chico lo observaba. Mentalmente, Bill se vio viajando calle abajo, hacia la esquina de Jackson, en esa tabla verde aguacate, con la cabeza calva centelleando al sol y las rodillas flexionadas en esa frágil postura que adoptan los novatos del esquí. Esa postura indicaba que, mentalmente ya estaban cayendo. Sin duda el chico no usaría así la tabla. Sin duda volaría con ella
("como si se lo llevara el demonio")
como si no existiera el mañana.
La sensación agradable se le apagó en el pecho. Vio, con demasiada claridad, que la tabla huía bajo sus pies para seguir disparada calle abajo, sin estorbos, con su verde fosforescente, ese color que sólo a los chicos podía gustar. Se vio cayendo sentado, tal vez de espaldas. La imagen se borró lentamente dejando lugar a una habitación privada en el hospital Municipal de Derry, como aquella donde habían visto a Eddie con el brazo fracturado. Bill Denbrough, con el torso enyesado y una pierna en tracción. Entra un médico, mira su gráfico, le echa un vistazo y dice: "Ha cometido dos faltas graves, señor Denbrough. La primera: conducción temeraria de una tabla de patinar. La segunda: olvidar que ya está cerca de los cuarenta años."
Se agachó, volvió a recoger la tabla y la devolvió a su dueño.
--Mejor no -dijo.
--Gallina -contestó el chico.
Bill escondió los pulgares bajo los brazos y sacudió los codos, diciendo:
--Cloc-cloc-cloc...

El chico se echó a reír.
--Bueno, me tengo que ir a casa.
--Ten cuidado con eso -advirtió Bill.
--Con una tabla de patinar no se puede tener cuidado -respondió el chico, mirando a Bill como si ese adulto tuviera la cabeza llena de serrín.
--Ya -dijo Bill-. Está bien, te entiendo. Pero no te acerques a las cloacas ni a los desagües. Y cuando salgas, hazlo siempre con tus amigos.
El chico asintió.
--Estoy cerca de mi casa.
"También mi hermano estaba cerca de casa", pensó Bill. Y dijo:
--De cualquier modo, pasará pronto.
--¿Sí? -inquirió el muchachito.
--Creo que sí.
--Bueno. Hasta luego... ¡Gallina!
El chico puso un pie en la tabla y empujó con el otro. Una vez estuvo en movimiento, subió también el otro pie y salió calle abajo como un trueno, a una velocidad que Bill consideró suicida. Pero manejaba la tabla tal como él había supuesto: con garbosos e indiferentes movimientos de cadera. Bill sintió de pronto afecto por él, entusiasmo, el deseo de ser ese niño junto con un miedo casi sofocante. El chiquillo volaba como si no existieran la muerte y el envejecimiento. Parecía eterno e ineludible con sus pantaloncitos de "boy-scout" y sus zapatillas raídas, sus tobillos desnudos y sucios, el pelo ondeando.
"¡Cuidado, hijo, que vas a pasar de largo en la esquina!", pensó Bill, alarmado. Pero el chico disparó sus caderas a la izquierda, como un bailarín de break-dance; los dedos de sus pies giraron sobre la tabla verde y, sin esfuerzo, giró zumbando hacia Jackson Street, dando por sentado que no habría allí ningún obstáculo.
"No siempre será así, hijo", pensó Bill.
Siguió caminando hasta su vieja casa, pero no se detuvo; se limitó a aminorar el paso como quien vagabundea. En el prado había gente: una madre en una mecedora, con un bebé dormido en los brazos, contemplaba a dos niños, de ocho y diez años, aproximadamente, que jugaban al badminton en el césped, aún mojado por la lluvia. El menor logró lanzar la pelota sobre la red y la mujer gritó:
--¡Bravo, Sean!
La casa aún estaba pintada de verde oscuro y tenía el mismo tragaluz sobre la puerta, pero los parterres de su madre habían desaparecido. También, por lo visto, las barras para gimnasia que su padre había levantado en el fondo, con caños viejos. Recordó que, un día, Georgie se había caído de lo más alto astillándose un diente. ¡Cómo había llorado!
Vio todo eso (lo viejo y lo nuevo) y pensó en acercarse a la mujer que tenía al bebé dormido en los brazos. Pensó decirle: "Hola, me llamo Bill Denbrough. En otros tiempos vivía en esta casa." La mujer diría: "Ah, qué bien." ¿Y qué más? ¿Podría preguntarle si en la viga de la buhardilla aún estaba la cara que él había tallado cuidadosamente, la que él y Georgie solían usar para probar puntería con los dardos? ¿Podría preguntarle si sus hijos dormían, a veces, en el porche trasero, en noches muy calurosas, hablando en voz baja mientras observaban la danza de los relámpagos en el horizonte? Tal vez podría hacer esas preguntas, pero era seguro que tartamudearía mucho si trataba de mostrarse simpático. Y en

realidad, ¿quería las respuestas? Tras la muerte de Georgie, aquella casa se había vuelto fría. De cualquier modo, lo que él buscaba con su, retorno a Derry, fuera lo que fuese, no estaba allí.

Así que siguió hasta la esquina y giró a la derecha, sin mirar atrás.

Pronto se encontró en Kansas Street rumbo al centro otra vez. Se detuvo por un rato ante la cerca que bordeaba la acera para contemplar Los Barrens. La cerca era la misma: madera desvencijada cuya pintura blanca se estaba borrando. Y Los Barrens parecían estar igual... más salvajes, tal vez. Las únicas diferencias visibles eran un largo puente que cruzaba sobre el enmarañado verdor (la extensión de la autopista) y la desaparición de la sucia humareda que siempre había indicado el sitio del vertedero municipal reemplazado por una moderna planta de procesamiento de desperdicios. Todo lo demás estaba tan igual como, si él lo hubiera visto el verano anterior: hierbas y matojos que descendían hacia esa zona plana, pantanosa y a densos bosquecillos de arbustos achaparrados a la izquierda. Vio los cañaverales que ellos llamaban bambúes, cuyos tallos plateados alcanzaban tres y cuatro metros de altura. Recordó que Richie, cierta vez, había tratado de fumar de eso, asegurando que era como lo que fumaban los músicos de jazz y que estimulaba. Sólo había conseguido ponerse enfermo.

Bill oía el rumor del agua que corría en multiples arroyuelos, mientras el sol se reflejaba en la amplia extensión del Kenduskeag. Y el olor era el mismo, aun desaparecido el vertedero. El denso perfume de la vegetación, en lo más acentuado del crecimiento primaveral, no llegaba a disimular el hedor de los desechos humanos, leves pero inconfundibles. Olor a corrupción: un vaho del mundo subterráneo.

"Aquí es donde acabó todo aquella vez y donde ahora -pensó con un estremecimiento-. Aquí dentro... bajo la ciudad."

Se detuvo por un rato convencido de que debía ver algo, alguna manifestación del mal que iban a combatir. No había nada. Oía correr el agua, un sonido lleno de vida, primaveral, que le hizo pensar en el dique construido allá abajo. Los árboles y los arbustos ondulaban ante la leve brisa. No había nada más. Siguió caminando, sacudiéndose el polvo blanco de las manos.

Continuó camino del centro, medio recordando, medio soñando, hasta que apareció otra criatura. Esa vez era una niña de unos diez años con pantalones de pana y blusa roja desteñida. Iba haciendo rebotar una pelota con una mano y en la otra llevaba una muñeca cogida por el pelo rubio.

--¡Oye! -dijo Bill.

Ella levantó la mirada.

--¿Qué?

--¿Cuál es la mejor tienda de Derry?

Ella lo pensó por un momento.

--¿Para mí o para cualquiera?

--Para ti -dijo Bill.

--Rosa de Segunda Mano, Ropas de Segunda Mano -dijo ella sin vacilar.

--¿Cómo has dicho?

-¿Eh?

--Preguntaba si eso era el nombre de una tienda.

--Por supuesto -replicó la niña, mirando a Bill como si lo creyera débil mental-. "Rosa" de Segunda Mano, "Ropas" de Segunda Mano. Mi madre dice que es un local de trastos viejos, pero a mí me gusta. Tienen cosas viejas. Discos muy raros. Y postales. Tiene olor a buhardilla. Me tengo que ir. Adiós.

Siguió caminando sin mirar atrás haciendo rebotar su pelota y con la muñeca cogida por el pelo.

--¡Oye! -le gritó Bill.

Ella se volvió con desparpajo.

--La tienda. ¿Dónde está?

--Siga recto. Está al pie de Up-Mile Hill.

Bill sintió que el pasado se plegaba sobre él. No había sido su intención preguntar nada a la niña: la pregunta había salido de su boca como el corcho de una botella de champán.

Descendió por Up-Mile Hill rumbo al centro. Los depósitos y frigoríficos que recordaba desde su niñez (sombríos edificios de ladrillos, con ventanas sucias que rezumaban repulsivos olores de carne) habían desaparecido en su mayoría, si bien aún estaban allí el Armour y el Star. Pero Hemphill ya no existía; Eagle Beef y Kosher habían sido reemplazados por un banco y una panadería. Y en el sitio anexo de Tracker Hermanos había un cartel con letras anticuadas que anunciaba como había anticipado la niña del muñeco: "Rosa de Segunda Mano, Ropas de Segunda Mano". Los ladrillos estaban pintados de un color amarillo que quizá había sido alegre, diez o doce años antes. Ahora se veía sucio, como el color que Audra llamaba "amarillo orina".

Bill se encaminó lentamente hacia allí mientras la sensación de cosa ya vivida volvía a él. Más tarde diría a los otros que estaba seguro de qué fantasma iba a ver antes de haberlo visto.

El escaparate de Rosa de Segunda Mano, Ropas de Segunda Mano estaba más que sucio: estaba mugriento. No se trataba de uno de esos locales de antigüedades del Este, con bonitas camitas talladas y armarios finos o vajilla de la época de la Depresión iluminada por reflectores ocultos: eso era lo que su madre llamaba, con absoluto desdén, "una compraventa yanqui". Los artículos estaban desparramados en profusión, amontonados sin sentido aquí y allá. Había vestidos colgados de perchas, guitarras atadas del mástil como si fueran criminales ejecutados. Había una caja con discos de 45 rpm: "Diez centavos cada uno", decía el letrero; "Doce por un dolar. Andrews Sisters, Perry Como, Jimmy Rogers..." Había conjuntos para niños y horribles zapatos con una tarjeta: "Usados pero en buen estado, un dolar un par". Había dos televisores que parecían ciegos. Un tercero lanzaba imágenes legañosas de "La tribu Brady" a la calle. Una caja de libros viejos en ediciones baratas, casi todos sin tapa ("Dos por 0,25 diez por un dolar, hay mas adentro, algunos picantes"), descansaba sobre una radio grande de sucia cubierta de plástico blanco, con un dial más grande que un despertador. Ramos de flores plásticas, en floreros sucios, decoraban una mesa de comedor astillada y llena de marcas.

Bill vio todas esas cosas como caótico fondo de lo que había atraído su mirada. La contempló con ojos grandes, incrédulos. La carne de gallina corría por su cuerpo, arriba y abajo. Sentía la frente caliente, las manos frías. Por un momento

tuvo la impresión de que todas las puertas interiores se abrirían de par en par y lo recordaría todo.
Allí estaba "Silver", en el escaparate de la derecha.
Aún le faltaba el soporte y la herrumbre había florecido en los guardabarros, pero la bocina seguía en su manillar, aunque el bulbo de goma estuviera marcado por los años y las grietas. La bocina en si, que Bill había mantenido siempre bien lustrada, estaba opaca y llena de abolladuras. El cesto trasero, plano, que tantas veces sirvió de asiento a Richie, aún estaba en su sitio, pero torcido, sostenido por un solo tornillo. Alguien había cubierto el asiento con falso cuero de tigre, ya tan raído que las rayas eran casi invisibles.
"Silver".
Bill levantó una mano distraída para secarse las lágrimas que le resbalaban lentamente por las mejillas. Después de hacerlo mejor con el pañuelo, entró.
La atmósfera de Rosa de Segunda Mano, Ropas de Segunda Mano tenía el musgo de los años. Era, como había dicho la niña, un olor a buhardilla, pero no agradable como los olores de ciertas buhardillas. No era olor a aceite de lino primorosamente aplicado a mesas viejas ni a terciopelos y panas antiguas. Era olor a encuadernaciones podridas, a sucios plásticos cocinados por el sol del verano, a polvo y a cagarrutas de ratón.
Desde el televisor del escaparate "La tribu Brady" carcajeaba y gritaba. Con ella competía, desde algún sitio de la trastienda, la voz radiofónica de un disc-jockey que se identificaba como "tu amigo Bobby Russell", prometiendo el nuevo álbum de Prince a quien llamara por teléfono y pudiera dar el nombre del actor que había representado a Wally en "Leave It to Beaver". Bill lo sabía: era un chico llamado Tony Dow, pero no tenía interés en ese disco. La radio estaba en un estante alto entre varias fotos del siglo pasado. Debajo estaba el propietario, un hombre cuarentón vestido con vaqueros modernos y camiseta. Llevaba el pelo alisado hacia atrás y estaba, más que flaco, consumido. Tenía los pies apoyados en el escritorio repleto de libros de contabilidad entre los que destacaba una vieja caja registradora. Estaba leyendo una novela en edición barata que, sin duda, nunca había sido nominada para el premio Pulitzer; se titulaba "Los machos del andamio". En el suelo, frente al escritorio, había un poste de barbería con las bandas girando hacia arriba hasta el infinito. Su cable gastado serpenteaba por el suelo hasta un enchufe, como una serpiente cansada. Frente a él, la tarjeta decía: ¡"Especie en extinción! 250 dólares".
Cuando tintineó la campanilla instalada sobre la puerta, el hombre sentado tras el escritorio señaló la página del libro con un trozo de caja de fósforos y levantó la vista.
--¿En qué puedo servirle?
Bill abrió la boca para preguntar por la bicicleta del escaparate, pero antes de que pudiera hablar su mente se llenó con una sola frase, insistente, palabras que apartaron cualquier otro pensamiento:
"Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto a los espectros."
"¿Qué, por Dios?"
("castiga")
--¿Busca algo en especial? -preguntó el propietario y miró a Bill con atención.

Divertido a pesar de su inquietud, Bill pensó: "Me mira como si pensara que he estado fumando de lo que usan los músicos de jazz para colocarse."
--Sí, tengo in-interés en e-e-e...
("el poste tosco y recto")
--¿El poste de la barbería?
Los ojos del propietario mostraban algo que Bill, aun en su confusión, recordaba y odiaba desde su niñez: la inquietud de la persona que debe escuchar a un tartamudo, la necesidad de precipitarse a terminar el pensamiento para que el pobre tío se calle. "¡Pero yo no tartamudeo! ¡Lo he superado! ¡No tartamudeo. maldita sea!"
("e insiste, infausto")
Tenía las palabras tan claras en la mente como si alguien las estuviera pronunciando allí, como si fuera un hombre poseído por los demonios en los tiempos bíblicos: un hombre invadido por una presencia desconocida. Sin embargo, reconoció la voz y supo que era la suya. Sintió que el sudor le brotaba, caliente, en la cara.
--Podría hacerle
("ha visto los espectros")
una oferta por ese poste -estaba diciendo el propietario-. Para serle franco, se lo dejaría a ciento setenta y cinco, ¿qué le parece? Es la única antigüedad auténtica que tengo por aquí.
("poste")
--"Poste" -repitió Bill, casi vociferando. El propietario retrocedió un paso-. No es el "poste" lo que me interesa.
-¿Se siente bien, señor? -Su tono solícito quedaba desmentido por la dura cautela de sus ojos.
Bill notó que apartaba la mano izquierda del escritorio y comprendió, con un destello de razonamiento inductivo, no intuición, que había un cajón abierto fuera de su vista y que el hombre tenía la mano sobre una pistola. Quizá le preocupaban los asaltos; quizá tenía miedo, simplemente. Después de todo, su homosexualidad era evidente y ésa era la ciudad en que unos delincuentes juveniles habían dado a Adrian Mellon un baño mortal.
("castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insistente, infausto, que ha visto los espectros")
Eso alejaba cualquier otro pensamiento. ¿De dónde había salido?
("castiga")
Una y otra vez.
Con un esfuerzo súbito, Bill lo atacó. Lo hizo obligando a su cerebro a traducir la frase extraña al francés. Era lo mismo que le había ayudado a derrotar el tartamudeo en su adolescencia. Mientras las palabras marchaban por su conciencia, las iba cambiando... y de pronto sintió que se aflojaba la trampa del tartamudeo.
Se dio cuenta de que el propietario acababa de decir algo.
--¿C-c-cómo dice?
--Dije que, si piensa tener una crisis, tendrá que ser en la calle. No necesito esa clase de mierda aquí dentro.
Bill aspiró profundamente.

--E-empecemos de nuevo -dijo-. Supongamos q-que acabo de e-entrar.
--De acuerdo -dijo el propietario-. Acaba de entrar. ¿Y bien?
--Esa bicicleta del e-escaparate -dijo Bill-. ¿Cuánto cuesta?
--Veinte dólares. -El hombre parecía más tranquilo, pero, su mano izquierda seguía oculta-. Creo que antes era una Schwinn, pero, ahora es un hibrirido. -Midió a Bill con la vista-. Una bicicleta grande. Usted mismo podría usarla.
Bill se acordó de la tabla verde.
--Creo que ya no estoy en edad de a-andar en bicicleta.
El propietario se encogió de hombros y, por fin, subió la mano izquierda.
--¿Tiene hijos?
--U-un varón.
--¿De qué edad?
--D-de once.
--Es demasiado grande para un chico de once años.
--¿Acepta cheques de viajero?
--Hasta diez dólares por encima del importe de la compra.
--Puedo darle uno de veinte -dijo Bill-. ¿Me permite hacer una llamada telefónica?
--Si es local...
--Sí.
--Adelante.
Bill llamó a la biblioteca pública. Allí estaba Mike.
--¿De Dónde llamas, Bill? -preguntó-. ¿Estás bien?
--Perfectamente. ¿Has visto a alguno de los otros?
--No. Nos veremos esta noche. -Hubo una breve pausa-. Eso espero. ¿En qué puedo ayudarte, Gran Bill?
--Acabo de comprar una bicicleta -dijo Bill-. Quería saber si puedo llevarla a tu casa. ¿Tienes garaje a algún sitio donde pueda guardarla?
Otro silencio.
--¿Mike? ¿Estás...?
--Aquí -respondió Mike-. ¿Es "Silver?
Bill miró al propietario de la tienda. Había vuelto a su libro... o tal vez se limitaba a mirar la página mientras escuchaba con atención.
--Sí -dijo.
--¿Dónde estás?
--En Rosa de Segunda Mano, Ropas de Segunda Mano.
--Está bien -dijo Mike-. Yo vivo en pasaje Palmer, sesenta y uno. Te convendría subir Main...
--Sé llegar.
--Está bien, allí nos veremos. ¿Te gustaría cenar?
--Me encantaría. ¿Puedes dejar tu trabajo?
--No hay problema. Carole me reemplazará. -Mike volvió a vacilar-. Dice que hace una hora , antes de que yo volviera, vino un fulano y se fue como si fuera un muerto viviente. Por su descripción era Ben.
--¿Seguro?
--Sí. Y la bicicleta. Es parte del asunto, ¿no?

--No me extrañaría -dijo Bill, sin apartar la vista del propietario, que parecía absorto en su libro.
--Nos veremos en casa -dijo Mike-. No olvides: número sesenta y uno.
--Está bien. Gracias, Mike.
Bill colgó. El propietario se apresuró a cerrar su libro.
--¿Ha encontrado dónde guardarla, amigo?
--Sí.
El escritor sacó sus cheques de viajero y firmó uno de veinte. El propietario examinó las dos firmas con un cuidado que, en circunstancias normales, a Bill le habría parecido insultante. Por fin, el hombre garabateó una factura de venta y metió el cheque de viajero en su vieja registradora. Se levantó con las manos, estirándose, y se fue hacia el frente del local, zigzagueando entre las montañas de trastos viejos con una delicadeza distraída que a Bill le resultó fascinante.
Levantó la bicicleta, la hizo girar y la llevó hasta el espacio libre. Mientras Bill sujetaba el manillar para ayudarlo, otro estremecimiento lo fustigó. "Silver". "Silver". Otra vez. Tenía a "Silver" en sus manos y
("castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto espectros")
tuvo que desechar la idea porque lo hacía sentir mareado y raro.
--La rueda trasera está un poco baja -dijo el propietario.
En realidad, estaba plana como un "cr(pe".
--No hay problema -dijo Bill.
--¿Podrá llevarla desde aquí a pie?
"Antes me arreglaba bien con ella; ahora no sé", pensó.
--Creo que sí. Gracias.
--Si quiere hablar de ese poste de barbería, no deje de volver.
El propietario sostuvo la puerta abierta. Bill sacó la bicicleta, tomó por la izquierda y echó a andar hacia Main. La gente miraba, entre divertida y curiosa, a aquel hombre calvo que llevaba una enorme bicicleta a pie, con la rueda trasera pinchada, pero Bill no prestó atención. Le maravillaba lo bien que sus manos adultas se ajustaban aún a las empuñaduras de goma. Recordó que siempre había tenido intención de anudar cintas de diferentes colores en el agujero de cada una para que flamearan al viento, pero nunca había llegado a hacerlo.
Se detuvo en la esquina de Main y Center ante una librería y apoyó la bicicleta contra el edificio, para quitarse la chaqueta. No era fácil llevar una bicicleta con una rueda pinchada y la tarde se había vuelto calurosa. Arrojó la chaqueta al cestillo y continuó. "La cadena está herrumbrada -pensó-. El que la tenía no se ocupaba mucho de ella.."
("de esta cosa")
Se detuvo otra vez, con el entrecejo fruncido, tratando de recordar qué había sido de "Silver" . ¿La había vendido? ¿Regalado? ¿Perdido, tal vez? No recordaba. Pero volvió esa frase idiota
("el poste magro y recto e insiste")
extraña y fuera de lugar como mecedora en campo de batalla, como tocadiscos en una estufa, como hilera de lápices en la acera.
Bill sacudió la cabeza. La frase se dispersó como el humo. Siguió empujando a "Silver" hacia la casa de Mike.

6. Mike Hanlon establece una relación.

Pero antes preparó la cena: hamburguesas con cebolla y champiñones salteados, acompañadas con ensalada de espinaca. Por entonces habían terminado de arreglar a "Silver" y estaban más que dispuestos a comer.

La casa era una pulcra vivienda al estilo Cape Cod, blanca, con detalles verdes. Cuando Bill apareció por el pasaje Palmer, Mike acababa de llegar, sentado al volante de un viejo Ford que tenía marcas de herrumbre en la carrocería y una rotura en la ventanilla posterior. Bill recordó entonces lo que el bibliotecario había señalado tan serenamente: de los miembros del Club de los Perdedores, los que habían abandonado Derry habían dejado de ser perdedores. Mike, por haber permanecido en la ciudad, se había quedado atrás.

Metió a "Silver" en el garaje de Mike, que tenía el suelo de tierra batida y estaba tan ordenado como la casa. Las herramientas colgaban de sus respectivos clavos; las luces, con pantallas cónicas de hojalata, se parecían a las que iluminan las mesas de billar. Bill apoyó la bicicleta contra la pared y los dos la miraron por un rato sin decir nada, las manos en los bolsillos.

--Es "Silver", sí -dijo Mike por fin-. Pensé que podías haberte equivocado, pero no. ¿Qué vas a hacer con ella?

--No lo sé. ¿Tienes un inflador de bicicletas?

--Sí, y también un equipo para emparchar. ¿Esas cubiertas son sin cámara?

--Siempre lo fueron. -Bill se inclinó para estudiar la cubierta rota-. Sí, sin cámara.

--¿Quieres pedalear otra vez?

--N-ni pensarlo -respondió Bill-. Pero no me gusta verla así, inútil.

--Como quieras, Gran Bill. Tú mandas.

Bill giró bruscamente la cabeza, pero Mike se había acercado a la pared del garaje y estaba sacando un inflador. De un armario cogió una cajita de lata que entregó a Bill. El escritor la observó con curiosidad: el equipo se parecía a los de su niñez: una pequeña caja de lata, de tapa brillante y granulada con la que se frotaba la goma alrededor del agujero antes de aplicar el parche. Parecía flamante; tenía aún una etiqueta adhesiva con el precio: "7,23". Bill creía recordar que, en su infancia, esos equipos se compraban por un dólar a, lo sumo.

--No me digas que tenías esto porque sí -dijo Bill. No era una pregunta.

--No -reconoció Mike-. Lo compré la semana pasada.

--¿Tienes bicicleta?

--No -dijo Mike, mirándolo a los ojos.

--Y compraste este equipo porque se te ocurrió.

--Fue un impulso -dijo Mike sin apartar sus ojos de Bill-. Me desperté pensando que podía hacerme falta. Y la idea siguió durante todo el día. Así que... compré el equipo. Y ahora te viene bien.

--Ahora "me" viene bien -repitió Bill-. ¿Qué diablos significa todo esto?

--Pregúntaselo a los otros esta noche.

--¿Los veremos allí? ¿Qué piensas tú?

--No lo sé, Gran Bill. -Mike hizo una pausa antes de agregar-: Existe la posibilidad de que no se presenten todos. Quizá uno o dos decidan desaparecer de la ciudad. O... -Se encogió de hombros.
--¿Y qué haremos si pasa eso?
--No lo sé -repitió Mike, señalando el equipo de emparchar-. Pagué siete pavos por eso. ¿Piensas usarlo o sólo mirarlo?
Bill sacó su chaqueta del cesto y la colgó de una percha. Luego la rueda trasera. No le gustó el chirrido herrumbrado del eje y recordó el chasquido casi silencioso de la tabla de patinar del chico. "Lo que le hace, falta es un poco de aceite -pensó-. Y no le vendría mal engrasar la cadena. Está mohosa... Y naipes. Le hacen falta naipes en los rayos. Seguramente Mike tiene algunos. De los buenos, plastificados, de esos tan resbaladizos que, la primera vez, siempre terminan desparramados en el suelo en cuanto uno intenta barajarlos. Naipes, si, y pinzas para sujetarlos..."
Se interrumpió, súbitamente helado.
"Por el amor de Dios, ¿qué estás pensando?"
--¿Algún problema, Bill? -preguntó Mike.
--No, ninguno. -Sus dedos tocaron algo pequeño, redondo, duro. Metió las uñas abajo y tiró. De la cubierta se desprendió una pequeña chincheta-. Aquí está la culpable -dijo, y en su mente volvió a sonar, extraño, espontáneo y poderoso: "Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto a los espectros". Pero esta vez a la voz, su voz, siguió la de su madre diciendo: "Prueba otra vez, Billy. Estuviste muy cerca de decirlo bien".
Se estremeció.
("el poste")
Sacudió la cabeza. "Ni siquiera ahora podría decir eso sin tartamudear", pensó. Y por un momento se sintió apunto de comprenderlo todo. De inmediato se le borró.
Abrió el equipo de emparchar y puso manos a la obra. Le llevó un rato solucionar el problema. Mientras tanto, Mike, apoyado contra la pared, bajo un rayo del sol tardío, con las mangas recogidas y la corbata floja, silbaba una melodía que Bill identificó, finalmente, como "She Blinded Me with Science".
Mientras esperaba a que se secara el pegamento, Bill (por hacer algo, se dijo) aceitó la cadena, los ejes y el piñón. Eso no mejoraría el aspecto de "Silver", pero, al menos desapareció el chirrido, lo cual lo satisfizo. De cualquier modo, esa bicicleta nunca habría ganado un concurso de belleza; su única virtud era volar como el rayo.
Por entonces ya eran las cinco y media de la tarde y casi había olvidado la presencia de Mike, absorto como estaba en los pequeños y satisfactorios menesteres de mantenimiento. Por fin atornilló la boquilla del inflador a la válvula de la rueda trasera y vio engordar la cubierta; calculó la presión correcta y comprobó que el parche resistía.
Cuando consideró que todo estaba en orden, desenroscó el inflador y, en el momento en que estaba por poner a la bicicleta sobre sus ruedas, oyó el rápido aleteo de unos naipes. Giró en redondo y se quedó estupefacto.
Mike estaba allí, de pie, con un mazo de cartas de dorso azul en una mano.
--¿Las quieres?

Bill soltó un suspiro largo y tembloroso.
--Supongo que también tienes pinzas, ¿verdad?
Mike sacó cuatro del bolsillo de su camisa y se las ofreció.
-Y las tenías por casualidad, ¿no?
-Más o menos -dijo Mike.
Bill tomó las cartas y trató de barajarlas, pero le temblaban las manos y se le escurrieron entre los dedos. Volaron por todas partes... pero sólo dos aterrizaron con la cara hacia arriba. Bill las miró y levantó los ojos hacia Mike. El bibliotecario tenía la vista clavada en los naipes esparcidos, boquiabierto.
Las dos cartas a la vista eran el as de espadas.
--Es imposible -dijo Mike-. Acabo de abrir ese mazo. Fíjate. -Señaló la lata para desperdicios, junto a la puerta, y Bill vio una envoltura de celofán-. ¿Cómo es posible que haya dos ases de espadas en un mazo?
Bill se inclinó para recogerlas.
--¿Cómo es posible que, de todo un mazo esparcido por el suelo, sólo dos caigan cara arriba? -agregó-. Ahí tienes una pregunta aún más...
Miró el dorso de los ases y se los mostró a su amigo. Uno era azul; el otro, rojo.
--Por Dios, Mike, ¿en qué nos has metido?
--¿Qué vas a hacer con ésas? -inquirió Mike, como aturdido.
--Ponerlas en la bicicleta, por supuesto. -De pronto, Bill se echó a reír-. Eso es lo que se supone que haga, ¿no te parece? Si existen ciertas condiciones previas para emplear la magia, se presentarán inevitablemente por cuenta propia. ¿Me equivoco?
Mike no respondió. Se limitó a contemplar a su amigo mientras éste sujetaba las cartas a la rueda trasera de "Silver". Le costó un poco porque aún le temblaban las manos, pero al fin terminó. Entonces, aspirando profundamente, hizo girar la rueda trasera. Los naipes golpetearon con fuerza contra los rayos en el silencio del garaje.
--Vamos -dijo Mike-. Acompáñame, Gran Bill. Prepararé algo para comer.
Una vez tomaron las hamburguesas, se sentaron a fumar y contemplar el crepúsculo en el patio trasero. Bill sacó su billetera, extrajo una tarjeta de presentación y escribió en ella la frase que lo acosaba desde que vio a "Silver" en el escaparate. La mostró a Mike, que la leyó con atención, ahuecando los labios.
--¿Tiene algún sentido para ti? -preguntó Bill.
--"Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto los espectros." -Hizo un gesto de asentimiento-. Sí, sé qué es.
--Bueno, dímelo. ¿O vas a salirme otra vez con esa i-i-idiotez de que debo recordarlo solo?
--No -dijo Mike-, creo que en este caso puedo decírtelo. Esa frase es un antiguo trabalenguas inglés que se convirtió en ejercicio de dicción para ceceosos y tartamudos. Aquel verano, el de 1ieh, tu madre insistía en que lo aprendieras. Tú solías andar por ahí murmurándolo por lo bajo.
--¿Sí? -se extrañó Bill. Y luego agregó, lentamente, respondiendo a su propia pregunta-: Sí.
--Seguramente tenías muchos deseos de complacerla.
Bill, que súbitamente se sentía al borde del llanto, se limitó a asentir con la cabeza. No estaba en condiciones de hablar.

--Nunca lo conseguiste -dijo Mike-. Eso lo recuerdo. Te esforzabas, pero siempre se te enredaba la lengua.
--Sí que lo dije -contestó Bill-. Una vez, al menos.
--¿Cuándo?
Bill descargó el puño contra la mesa con tanta fuerza que le dolió.
--¡No lo recuerdo! -gritó.
Y luego, inexpresivo, repitió:
--No, no lo recuerdo.

XII. Tres huéspedes sin invitación.

1.

Un día después de que Mike Hanlon hiciera sus llamadas, Henry Bowers empezó a oír voces. Las voces habían estado hablándole durante todo el día. En principio, Henry pensó que provenían de la luna. Ya avanzada la tarde, mientras trabajaba en la huerta, levantó la vista y vio la luna en el cielo azul, pálida y pequeña. Una luna-fantasma.
Por eso creyó que era la luna que le estaba hablando. Sólo una luna-fantasma podía hablar con voces fantasmales: las voces de sus antiguos amigos, las voces de aquellos chicos que solían jugar en Los Barrens, tanto tiempo atrás. Y otra vez... una a la que no se atrevía a poner nombre.
Victor Criss fue el primero en hablar desde la luna. "Van a volver, Henry. Todos, tío. Vuelven a Derry."
Luego fue Belch Huggins el que habló desde la luna, tal vez desde su cara oscura. "Tú eres el único, Henry. De todos nosotros, el único que queda. Tienes que arreglar cuentas con ellos, por mí y por Vic. Ningún rapaz puede derrotarnos de ese modo. Caramba, una vez bateó una pelota en el campo de Tracker y Tony dijo que esa bola podría haber salido del estadio de los Yankees."
Siguió trabajando con la azada mientras contemplaba la luna-fantasma en el cielo. Al cabo de un rato, Fogarty se acercó y le pegó en la nuca haciéndole caer de bruces.
--Estás sacando los guisantes junto con las hierbas, idiota.
Henry se levantó sacudiéndose la tierra de la cara y del pelo. Allí estaba Fogarty, con su chaquetilla y sus pantalones blancos, enorme, con su voluminosa barriga. Los guardias (a quienes en juniper Hill se llamaba "consejeros") tenían prohibido llevar porras, pero varios de ellos, entre quienes estaban Fogarty, Adler y Koontz, llevaban bolsas de monedas en el bolsillo. Casi siempre golpeaban con ellas en el mismo lugar: en la nuca. No había reglamento que prohibiera las monedas; en Juniper Hill no se las consideraba armas peligrosas.
--Lo siento, señor Fogarty -dijo Henry, ofreciéndole una amplia sonrisa que mostró una fila irregular de dientes amarillos. Parecían postes en la acera de una casa embrujada. Henry había empezado a perder los dientes a los catorce años.
--Sí, lo sientes -dijo Fogarty-. Y lo sentirás mucho más si te pesco haciendo eso otra vez, Henry.

--Sí, señor Fogarty.
Fogarty se alejó, dejando grandes huellas pardas con sus zapatos negros en la tierra de la huerta oeste. Aprovechando que estaba de espaldas, Henry se tomó un momento para mirar en derredor. Habían sacado a todos los de la sala azul a trabajar con la azada apenas amainada la lluvia. Allí se ponía a los que antes habían sido muy peligrosos y que se consideraban sólo moderadamente peligrosos. En realidad, todos los pacientes de Juniper Hill estaban considerados moderadamente peligrosos. Se trataba de una institución para enfermos mentales con tendencias asesinas, situada en las afueras de Augusta, cerca de la frontera municipal de Sidney. Henry Bowers estaba allí porque en el otoño de 1958 lo habían declarado culpable del asesinato de su padre. Aquel año había sido famoso por los juicios a criminales. Tratándose de juicios a criminales, 1958 era el gran año.
Sólo que ellos no lo consideraban culpable de asesinar sólo a su padre. Si hubiera sido sólo por su padre, Henry no habría pasado veinte años en el hospital para enfermos mentales de Augusta, casi siempre inmovilizado por medios químicos o físicos. No, no sólo por su padre. Las autoridades creían que él los había matado a todos o a casi todos.
Tras el veredicto, el "Derry News" había publicado un artículo en primera plana titulado "Termina la larga noche de Derry". En él recordaban los puntos destacados: el cinturón del desaparecido Patrick Hockstetter que se encontró en el escritorio de Henry; el montón de libros escolares, algunos asignados a Belch Huggins, otros a Victor Criss, ambos desaparecidos y amigos del chico Bowers, que habían aparecido en el armario de Henry; y lo más condenatorio: una braguita, escondida en una desgarradura de su colchón, identificada, gracias a una marca de lavandería, como perteneciente a Veronica Grogan, fallecida.
Henry Bowers, según el "Derry News", era el monstruo que había asolado Derry en la primavera y el verano, de 1958.
Pero el "Derry News", en su primera plana del 6 de diciembre, había proclamado que terminaba la larga noche de Derry. Y hasta un "idiota" como Henry sabía que en Derry la noche jamás terminaría.
Lo habían acribillado a preguntas, rodeándolo, apuntándole con el dedo. El jefe de policía lo había abofeteado dos veces; un detective llamado Lottman le había dado un puñetazo en el vientre para que confesara y no les hiciera perder tiempo.
-Allí fuera hay gente que no está nada contenta, Henry -le había dicho ese Lottman-. Hace mucho tiempo que no se lincha a nadie en Derry, pero podría volver a ocurrir.
Seguramente estaban dispuestos a prolongar aquello todo el tiempo necesario, no porque temieran que los justos de Derry irrumpieran en la comisaría para llevarse a Henry y colgarlo de un manzano silvestre, sino porque ansiaban desesperadamente cerrar las cuentas de ese verano, lleno de sangre y horror. Habrían prolongado aquello, pero Henry no lo hizo necesario. Querían que él se confesara culpable de todo; al cabo de un rato lo comprendió así. A él no le molestó. Después del horror visto en las cloacas, después de lo que había pasado con Belch y Victor, ya todo le daba igual. Dijo que sí, que había matado a su padre. Eso era cierto. Sí, había matado a Victor Criss y a Belch Huggins. Eso también era cierto; al menos, los había llevado a los túneles donde habían sido

asesinados. Sí, había matado a Patrick. Sí, también a Verónica. Sí a éste, sí a todos. No era verdad, pero no importaba. Había que cargar con la culpa. Tal vez para eso lo habían dejado vivir. Y si se negaba...

Comprendió lo del cinturón de Patrick. Se lo había ganado a las cartas, un día de abril, pero no le quedaba bien y por eso lo arrojó dentro de su escritorio. También comprendía lo de los libros; diablos, los tres andaban juntos y no se preocupaban nada por los textos. Probablemente los armarios de ellos estaban llenos de libros de Henry y la policía seguramente lo sabía.

En cuanto a la braguita... no, no sabía cómo podía haber ido a parar a su colchón.

Pero creía saber quién -"o qué"- se había encargado de eso.

Mejor no hablar de esas cosas.

Mejor cerrar la boca.

Así que lo enviaron a Augusta. Por fin, en 1979 lo trasladaron a Juniper Hill; desde entonces sólo se había metido en líos una vez, y eso porque al principio nadie entendía. Un sujeto quiso apagarle el velador. El velador era un Pato Donald saludando con sombrerito de marinero. Donald era la protección cuando se ponía el sol. Sin luz alguna, podían entrar "cosas". Los cerrojos de la puerta y el alambrado no las detenían. Entraban en forma de niebla. "Cosas". Hablaban y reían... y a veces daban manotazos. Cosas peludas, cosas suaves, Cosas con ojos. El tipo de cosas que habían asesinado a Vic y a Belch, mientras los tres perseguían a los chicos por los túneles, debajo de Derry, en agosto de 1958.

En ese momento, al mirar alrededor, vio a los otros internos de la sala azul. Allí estaba George DeVille, que había asesinado a su mujer y a sus cuatro hijos una noche del invierno de 1962. George mantenía la cabeza inclinada. Su pelo blanco ondeaba en la brisa y de la nariz le colgaban los mocos mientras trabajaba con la azada. Un crucifijo de madera se bamboleaba contra su pecho. allá estaba Jimmy Donlin. En los periódicos sólo se decía de él que había matado a su madre en Portland, durante el verano de 1965; lo que los periódicos no decían era que Jimmy había intentado un novedoso experimento para deshacerse del cadáver: cuando la policía lo encontró, Jimmy ya se había comido más de la mitad, incluyendo los sesos. "Con ellos me volví el doble de inteligente", confesó Jimmy a Henry, cierta noche, tras la hora de apagar la luz.

Una hilera detrás de Jimmy estaba el pequeño francés Benny Beaulieu, trabajando frenéticamente y cantando el mismo verso una y otra vez, como siempre. Benny había sido incendiario... pirómano. En ese momento, mientras trabajaba, repetía un verso de The Doors: "Trata de incendiar la noche, trata de incendiar la noche, trata de incendiar la noche, trata de..."

Al cabo, de un rato eso acababa por alterar los nervios a cualquiera.

Más allá de Benny estaba Franklin de Cruz, que había violado a más de cincuenta mujeres antes de que lo atraparan con las manos en la masa, en un parque de Bangor. Las edades de sus víctimas iban de los tres a los ochenta y un años. No era muy remilgado, Frank de Cruz. Y junto a él, pero más atrás, Arlen Weston pasaba tanto tiempo contemplando soñadoramente su azada como usándola. Fogarty, Adler y John Koonts habían probado el método de las monedas para convencerlo de que se diera un poco de prisa; un día, Koontz le había pegado con demasiada fuerza y Arlen había sangrado, no sólo por la nariz sino

también por las orejas, y esa noche había tenido convulsiones. No fueron muy grandes. Pero desde entonces, Arlen se había retirado cada vez más hacia su propia negrura interior; ahora era un caso desesperado, casi totalmente desconectado del mundo. Detrás de Arlen...

--Si no levantas eso te ajustaré las cuentas, Henry -bramó Fogarty.

Henry levantó la azada y siguió trabajando. No quería tener convulsiones y terminar como Arlen Weston.

Pronto empezaron otra vez las voces. Pero esa vez eran las de los otros, las voces de los chicos que lo habían metido en eso, susurrándole desde la luna-fantasma.

"Ni siquiera pudiste alcanzar a un gordo, Bowers -susurró uno, de ellos-. Ahora soy rico, y tú estás dándole a la azada. ¡Me río de ti, imbécil!"

"No p-p-podías atrapar n-n-ni un reresfriado, B-b-bowers. ¿Has le-leleído algún b-b-buen libro d-d-desde que te en-encerraron? ¡Yo escribí un m-mmontón! Soy ri-ri-rico y tú estás en Ju-ju-juniper Hill. ¡Me río de ti, pedazo de estúpido!"

--Callaos -susurró Henry a las voces fantasmales, usando la azada más deprisa y volviendo a arrancar las plantas de guisantes junto con las hierbas. El sudor le corría por las mejillas como, si fuera llanto-. Podíamos haberlos atrapado. Claro que podíamos.

"Te hicimos encerrar, capullo -rió otra voz-. Me perseguiste, pero no pudiste atraparme y ahora también yo soy rico. ¡Bien, talón de plátano!"

--Cállate -murmuró Henry, apresurando el trabajo-. ¡Cállense todos!

"¿Querías meterte bajo mis braguitas, Henry? -lo provoco otra voz-. ¡Qué lástima! Dejé que todos me lo hicieran; yo era más que una cualquiera. Pero ahora también soy rica y estamos otra vez todos juntos y estamos haciéndolo otra vez, pero tú no podrías, aunque yo te lo permitiera, porque no se te pone tiesa. Así que me río de ti, Henry, me río, de ti..."

Trabajó como enloquecido, haciendo volar hierbas, tierra y plantas de guisantes. Ahora las voces de la lunafantasma eran más audibles, levantaban ecos y volaban en su cabeza. Y Fogarty corría hacia él, vociferando, pero Henry no lo, escuchaba. Por culpa de las voces.

"Ni siquiera pudiste atrapar a un negro como yo, ¿eh? -canturreó otra voz fantasmal, burlona-. En esa pelea a pedradas os dejamos muertos. ¡Os dejamos jodidamente muertos! ¡Me río de ti, cara culo! ¡Cómo me río de ti!"

Y un momento después todos estaban parloteando a la vez, riéndose de él llamándolo talón de plátano y preguntándole si le gustaban los tratamientos de "electroshock" que le habían aplicado en la sala roja y si le gustaba estar en Ju-Ju-Juniper Hill. Preguntaban y reían, reían y preguntaban, hasta que Henry dejó caer el azadón y empezó a gritarle enfurecido a la luna-fantasma, pero entonces la luna cambió y se convirtió en la cara del payaso. Su cara era un queso blanco, podrido y lleno de hoyos; sus ojos, agujeros negros; su sonrisa roja y sanguinolenta, de tan ingenua y obscena, resultaba insoportable y entonces gritó, no de rabia sino de terror, y la voz del payaso habló desde la luna-fantasma y lo que dijo fue: "Tienes que volver, Henry, tienes que volver y terminar la obra. Tienes que volver a Derry y matarlos a todos. Por mi. Por..."

Entonces, Fogarty, que llevaba casi dos minutos chillándole (mientras los otros internos observaban desde sus hileras, con las azadas en la mano, como, cómicos

falos, la expresión no exactamente interesada sino casi, sí, casi "pensativa", como si comprendiesen que todo eso era parte del misterio que los había llevado, allí, que el súbito ataque de Henry Bowers era interesante por algo más que motivos técnicos) se cansó de gritarle, le dio un buen golpe con las monedas y Henry cayó como un saco de patatas, mientras la voz del payaso lo seguía en aquel terrible torbellino de oscuridad. cantando una y otra vez: "Mátalos a todos, Henry, mátalos a todos, mátalos, mátalos..."

2.

Henry Bowers estaba despierto, en su cama.

La luna había bajado, por lo que experimentaba una profunda gratitud. Por la noche, la luna era menos fantasmagórica, más real, y si tenía que ver la horrible cara del payaso en el cielo, cabalgando las colinas y los bosques, estaba seguro de que moriría de terror.

Yacía de lado mirando fijamente su velador. El Pato Donald se había quemado; lo había reemplazado por Mickey y Minnie bailando una polca. Henry media los años de su encarcelamiento por veladores quemados que iba sustituyendo.

Exactamente a las 2.04 de la madrugada del 30 de mayo, se le apagó el velador. Dejó escapar un pequeño gemido: nada más. Esa noche estaba Koontz a la puerta de la sala azul. Koontz era el peor de todos, peor que el mismo Fogarty, el que le había pegado con tanta fuerza, esa tarde, que apenas podía mover la cabeza.

Alrededor dormían los otros internos de la sala azul. Benny Beaulieu dormía con ligaduras elásticas. Se le había permitido ver una reposición de "Emergencia" por el televisor de la sala, al terminar el trabajo; a eso de las seis había empezado a masturbarse constantemente sin dejar de aullar: "¡Trata de incendiar la noche! ¡Trata de incendiar la noche! ¡Trata de incendiar la noche!" le habían dado un sedante, lo que había solucionado el problema durante unas cuatro horas. A eso de las once había vuelto a empezar dándole a su vieja pistola con tantas ganas que la hizo sangrar entre los dedos mientras chillaba: "¡Trata de incendiar la noche!" Así que le habían dado otro sedante y le habían puesto las ligaduras. Ahora dormía; su carita flaca, en la penumbra, estaba tan seria como la de Aristóteles.

Desde todas partes se oían ronquidos, gruñidos, alguna que otra pedorreta. Percibió la respiración de Jimmy Donlin; era inconfundible, aunque Jimmy dormía cinco camas más allá: rápida y algo sibilante, lo que hacía que Henry pensara en máquinas de coser. Detrás de la puerta que daba al pasillo sonaba el televisor de Koontz. Seguramente estaba viendo películas mientras comía su merienda acompañada de cerveza. Koontz prefería los sándwiches de cebolla con mucha mantequilla de cacahuete. Henry, al enterarse, se había estremecido pensando: "Y luego dicen que los locos estamos todos encerrados."

Esa vez la voz no llegó desde la luna.

Esa vez surgió bajo su cama.

Henry la reconoció de inmediato: era la de Victor Criss que había perdido la cabeza bajo Derry, veintisiete años antes, arrancada por el monstruo

Frankenstein. Henry lo había visto todo y después había visto que los ojos del monstruo se movían y fijaban en él su mirada acuosa y amarilla. Sí, el monstruo Frankenstein había matado a Victor y después a Belch, pero Vic estaba allí otra vez, como la reposición de una película en blanco y negro, de los años cincuenta, cuando el presidente era calvo y los Buick tenían estribo.

Y ahora que había pasado, ahora que la voz estaba allí, Henry descubrió que no tenía miedo. Se sentía sereno, casi aliviado.

-Henry -dijo Victor.

-¿Vic? -exclamó Henry-. ¿Qué haces ahí abajo?

Benny Beaulieu resopló en su sueño. La máquina de coser de Jimmy se detuvo por un instante. En el pasillo, Koontz bajó el volumen del televisor. Henry Bowers pudo imaginarlo con la cabeza inclinada, una mano en el volumen, la otra tocando el cilindro que abultaba el bolsillo de su chaqueta: el atado, de monedas.

--No hace falta que hables en voz alta, Henry -dijo Vic-. Basta con que pienses: yo te oigo. Y ellos no pueden oírme.

--¿Qué quieres, Vic? -preguntó Henry.

Por largo rato no hubo respuesta. Henry pensó que Vic se había ido. Ante la puerta, el televisor volvió a sonar con más potencia. Después se oyó un rasguido bajo la cama y los elásticos chirriaron un poquito: una sombra oscura estaba saliendo de abajo. Vic lo miró, sonriente. Henry le devolvió la sonrisa, intranquilo. Porque Vic se parecía al monstruo de Frankenstein. Tenía una cicatriz alrededor del cuello, tal vez porque le habían vuelto a coser la cabeza. Sus ojos eran de un gris verdoso, extraño, y las córneas parecían flotar en una sustancia viscosa.

Vic seguía teniendo doce años.

--Quiero lo mismo que tú -dijo Vic-. Quiero saldar la deuda que me deben.

--Saldar la deuda -dijo Henry Bowers, soñador.

--Pero para eso tienes que salir de aquí -dijo Vic-. Tendrás que volver a Derry. Te necesito, Henry. Todos te necesitamos.

--A ti no pueden hacerte daño -dijo Henry, comprendiendo que no hablaba sólo con Vic.

--A mí no pueden hacerme daño si sólo creen a medias -dijo Vic-. Pero hay algunas señales inquietantes, Henry. En aquel entonces, tampoco creíamos que pudiesen vencernos. Pero el gordo se te escapó, en Los Barrens. El gordo y el de los chistes y la zorrita, los tres se nos escaparon aquel día, después del cine. Y en la pelea a pedradas, cuando salvaron al negro...

--¡No me hables de eso! -exclamó Henry. Por un momento hubo en su voz toda la perentoria dureza que lo había convertido en jefe. De inmediato se echó atrás temiendo que Vic le hiciese daño. sin duda, Vic podría hacer lo, que quisiese, puesto que era un fantasma. Pero Vic se limitó a sonreír.

--Si creen sólo a medias, puedo encargarme de ellos -dijo-. Pero tú estás vivo, Henry. Tú puedes castigarlos. Tú puedes saldar la deuda que me deben.

--Saldar la deuda -repitió Henry. Miró a Vic con nuevas dudas-. Pero no puedo salir de aquí, Vic. Hay rejas en las ventanas y esta noche Koontz está de guardia. Koontz es el peor. Tal vez mañana...

--No te preocupes por Koontz -dijo Vic, levantándose. Henry vio que aún llevaba los vaqueros de aquel día, manchados con el barro seco de las cloacas-. Yo me encargo de Koontz.

Vic alargó la mano.
Tras un momento, Henry se la estrechó. Caminó con él hacia la puerta de la sala azul, hacia el sonido del televisor. Casi habían llegado cuando despertó Jimmy Donlin, el que se había comido los sesos de su madre. Sus ojos se dilataron al ver al visitante de Henry. Era su madre. Le asomaba un centímetro de enagua, como, siempre y le faltaba la parte superior de la cabeza. Sus ojos enrojecidos rodaron hacia él. Cuando sonrió, Jimmy vio las manchas de lápiz labial en sus grandes dientes amarillos, como siempre. Jimmy empezó a chillar.
--¡No, mamá! ¡No, mamá! ¡No, mamá!
Koontz acudió presuroso. Primero vio a Bowers, alto, barrigón y algo ridículo con el pijama, gomosa su carne floja bajo la luz que llegaba desde el pasillo. Luego miró a la izquierda y se quedó de una pieza. Junto a Bowers había algo vestido de payaso. Medía dos metros y medio, más o menos. Su traje era plateado con pompones naranja en la pechera, y tenía enormes zapatones en los pies. Pero la cabeza no era de hombre ni de payaso, sino de perro doberman, el único animal, en este mundo, al que John Koontz tenía miedo. Sus ojos eran rojos. Su hocico sedoso se arrugó descubriendo unos inmensos colmillos blancos.
El atado de monedas cayó de los dedos exánimes de Koontz y rodó hasta el rincón. Al día siguiente, Benny Beaulieu, que no despertó en ningún momento, lo encontraría y lo guardaría en su armario para comprar cigarrillos durante todo un mes.
Koontz tomó aliento para gritar otra vez mientras, el payaso se lanzaba hacia él.
--¡Empieza el circo! -gruñó. Y sus manos enguantadas de blanco cayeron sobre los hombros de Koontz.
Las manos debajo de los guantes, eran garras.

3.

Por tercera vez en el día (en ese larguísimo día), Kay McCall se acercó al teléfono.
Esa vez llegó más lejos que en las dos primeras ocasiones: esperó a que levantaran el auricular del otro lado y oyó una sonora voz de policía irlandés:
--Comisaría de la calle Seis. Aquí el sargento O.Bannon.
Entonces Kay colgó.
"Oh, lo estáis haciendo muy bien, sí. Después de seis o siete veces más, tal vez te salgan las agallas que te hacen falta para darles tu nombre."
Fue a la cocina y se preparó un whisky con soda, aunque sabía que no era muy conveniente después de haber tomado un tranquilizante. Recordó un pasaje de la canción que se entonaba en las cafeterías universitarias de su juventud: "Me llené la cabeza de whisky y la barriga de ginebra. Dice el doctor que eso me matará pero no dice cuándo". Y soltó una risa balbuceante. A lo largo del bar había un espejo. Vio su imagen y dejó abruptamente de reír.
"¿Quién es esa mujer?
Un ojo hinchado, casi cerrado.
"¿Quién es esa mujer maltratada?"

La nariz, roja como la de un caballero ebrio tras treinta años de pelear contra molinos de viento y con un tamaño grotesco.

"¿Quién es esa mujer maltratada que parece una de esas que se arrastran a los refugios de mujeres cuando están aterrorizadas o se sienten valientes pero se ponen furiosas como para dejar al hombre que les pega sistemáticamente semana tras semana, mes tras mes, año tras año?"

Un corte lleno de puntos en una mejilla.

"¿Quién es esa Kay?"

Un brazo en cabestrillo.

"¿Quién? ¿Eres tú? ¿Es posible?"

--He aquí a... Miss América -cantó.

Quiso que su voz sonara dura y cínica. Empezó así, pero vaciló en la séptima sílaba y se quebró en la octava. No fue una voz dura sino asustada. Ella lo sabía; no era la primera vez que tenía miedo, pero siempre lo había superado. Esa vez tardaría mucho tiempo en superarlo.

El médico que la había atendido, en uno de los pequeños cubículos de la sala de urgencias, en las Hermanas de la Misericordia, era joven y bastante atractivo. En otras circunstancias ella habría considerado ociosamente (o no tan ociosamente) la posibilidad de llevarlo a su casa para una aventura sexual. Pero no se sentía excitada en absoluto. El dolor no conducía a la excitación. El miedo tampoco.

Él se llamaba Geffin y a Kay no le gustó el modo en que la miraba. Le vio llevar un, vaso de papel al lavabo llenarlo a medias de agua y sacar un paquete de cigarrillos del cajón para ofrecérselo.

Ella tomó uno y él lo encendió; tuvo que seguir la punta con la cerilla porque a Kay le temblaba la mano. Después arrojó la cerilla en un vaso de papel.

--Maravilloso hábito, ¿no? -dijo él.

--Fijación oral -replicó Kay.

El médico asintió. Después se hizo el silencio. Él no dejaba de mirarla. Ella tuvo la sensación de que esperaba verla llorar y eso la enfureció, porque se sentía a punto de hacerlo; detestaba que adivinaran sus emociones, sobre todo si se trataba de un hombre.

--¿Fue su amigo? -preguntó él, por fin.

--Prefiero no hablar de eso.

--Ajá. -Siguió fumando y mirándola.

--¿Su madre no le enseñó que no es cortés mirar fijamente a una persona?

Había querido decirlo con sequedad pero sonó a súplica: "Por favor, no me mire, sé qué aspecto tengo." A esa idea siguió otra; sospechaba que su amiga Beverly la había tenido más de una vez: que lo peor de la paliza iba por dentro, donde una podía sufrir algo que cabía llamar hemorragia espiritual. Sabía cuál era su aspecto, sí. Peor aún, sabía lo que estaba sintiendo. Se sentía cobarde. Y eso era horrible.

--Voy a decirle algo una sola vez -pronuncio Geffin, en voz baja y agradable-. Cuando trabajo en la sala de urgencias veo unas veinticinco mujeres maltratadas por semana. Los internos atienden a otras tantas. Así que... mire, allí, en el escritorio, tiene un teléfono. Llame a la comisaría en la calle Seis, dé su nombre y su dirección. Dígales qué pasó y quién lo hizo. Después, cuando cuelgue, saque la botella de whisky que tengo en ese mueble de archivo, estrictamente con

propósitos medicinales, por supuesto, y los dos brindaremos. Porque, en mi opinión, la única forma de vida inferior al hombre capaz de maltratar a una mujer es una rata sifilítica.

Kay sonrió débilmente.

--Le agradezco la propuesta -dijo-, pero no me interesa. De momento.

--Ajá -dijo él-. Pero cuando llegue a su casa échese una buena mirada en el espejo, señorita McCall. Quienquiera que lo haya hecho, hizo un buen trabajo.

Entonces Kay lloró. No pudo evitarlo.

Tom Rogan había llamado cerca de mediodía, un día después de que ella viera partir a Beverly, sana y salva, para preguntarle si había tenido algún contacto con su mujer. Parecía tranquilo y razonable. Kay le dijo que llevaba casi dos semanas sin verla. Tom le dio las gracias y colgó.

A eso de la una sonó el timbre mientras ella escribía en su estudio. Fue a la puerta.

--¿Quién es?

--Floristería Cragin -dijo una voz aguda.

Qué estúpida había sido al no darse cuenta de que era Tom hablando en falsete, qué estúpida al creer que él renunciaría con tanta facilidad, qué estúpida al retirar la cadena antes de abrir la puerta.

Él había entrado y ella sólo había podido decir "Sal inmediat...", antes de que el puño de Tom se estrellara contra su ojo derecho, y lanzando un rayo de increíble tormento en su cabeza. Retrocedió por el vestíbulo, tambaleándose, aferrándose a las cosas para mantenerse en pie: un delicado florero para una sola rosa se estrelló contra el mosaico, un perchero cayó. Ella se derrumbó sobre sus propios pies en el momento en que Tom cerraba la puerta para avanzar hacía ella.

--¡Sal de aquí! -vociferó ella.

--En cuanto me digas dónde está mi mujer -repuso Tom, acercándose.

Ella tuvo la vaga impresión de que él tampoco lucía muy bien. En realidad, habría sido mejor decir que estaba horrible. Y experimentó una difusa pero feroz alegría. Si Tom había maltratado a Bev, era obvio que ella le había pagado con la misma moneda y con creces. Por lo visto, no había podido ponerse en pie por todo un día y por su aspecto habría estado mejor en un hospital.

Pero también se lo veía muy perverso y encolerizado.

Kay se levantó trabajosamente y retrocedió sin quitarle los ojos de encima, como si él fuera un animal salvaje escapado de su jaula.

--Te dije que no la había visto y es la verdad. Ahora, sal de aquí antes de que llame a la policía.

--La has visto -dijo Tom. Sus labios hinchados trataban de sonreír. Ella notó que sus dientes tenían aspecto extraño, desigual: algunos se habían roto-. Te llamo, te digo que no sé dónde está Bev. Me respondes que no la has visto en las últimas dos semanas. Y ni una pregunta. Ni una palabra para desalentarme, aunque se muy bien que me detestas. Vamos, estúpida, ¿dónde está? Dímelo.

Kay corrió hacia el otro extremo del vestíbulo con intención de encerrarse en la sala. Llegó hasta allí sin ser alcanzada, porque él renqueaba, pero antes de que pudiera echar el cerrojo, él coló el cuerpo, dio un empellón y pasó. Ella trató de correr otra vez, pero Tom la sujeto, por el vestido tirando con tanta fuerza que le desgarró la parte posterior hasta la cintura.

"Ese vestido lo hizo tu mujer, malnacido", pensó ella. Y entonces se sintió girar por la fuerza.
--¿"A dónde fue"?
Kay le propinó una violenta bofetada que lo hizo bambolear y le abrió otra vez el corte de la mejilla izquierda. Él la cogió por el pelo y le dio un puñetazo. Por un momento ella tuvo la sensación de que su nariz había estallado. Gritó, tomó aire para volver a gritar y tosió, ahogada por su propia sangre. Estaba totalmente aterrorizada. Nunca había sospechado que se pudiera sentir tanto terror. Ese hijo de puta la iba a matar.
Gritó y gritó, hasta que él le golpeó en el vientre dejándola sin aire. Kay volvió a toser y jadear. Por un momento espantoso pensó que se ahogaría.
--¿"A dónde fue"?
Kay sacudió la cabeza.
--No... la... he visto -jadeó-. Irás a la cárcel... gilipollas...
Tom la incorporó de un tirón y ella sintió que algo cedía en su hombro. Más dolor, tan fuerte que estuvo a punto de vomitar. Él la hizo girar otra vez sin soltarle el brazo y se lo retorció a la espalda. Kay se mordió el labio, decidida a no gritar más.
--¿"A dónde fue"?
Kay sacudió la cabeza.
Él volvió a tirar de su brazo con violencia. Su aliento cálido jadeaba contra la oreja de Kay.
--¿"A dónde fue"?
--...sé.
--¿Qué?
--¡"No lo sé"!
Tom la soltó y le dio un empujón. Kay cayó al suelo, sollozando; de la nariz le brotaban moco y sangre. Hubo un chasquido casi musical. Cuando se volvió a mirar, Tom se estaba inclinando hacia ella. Había roto la parte superior de un florero de cristal de Waterford. Lo cogía por la base, sosteniendo el borde mellado a pocos centímetros de su cara. Ella lo miró como hipnotizada.
--Deja que te diga algo -pronunció él, entre breves jadeos y aliento caliente-: si no me cuentas dónde está, tendrás que recoger del suelo los restos de tu, cara. Tienes tres segundos.
"Mi cara", pensó ella. Y fue eso, por fin, lo que la hizo ceder... o derrumbarse: la idea de que ese bruto usara el borde del florero para destrozarle la cara.
--Volvió a su ciudad -sollozó Kay-. A Derry. Es una ciudad llamada Derry, en el estado de Maine.
--¿En qué viajó?
--En a-a-autobús hasta Milwaukee. Desde allí tomaría un avión.
--¡Maldita zorra! -gritó Tom, incorporándose. Se paseó sin rumbo, pasándose las manos por el pelo, que se erizó en ridículos mechones-. ¡Coño de mierda!
Tomó una delicada escultura de madera que representaba a un hombre y una mujer haciendo el amor; Kay la conservaba desde que tenía veintidós años. La arrojó contra la chimenea, donde se hizo astillas. Por un momento se encontró con su propia imagen en el espejo de la repisa. Se miró con los ojos dilatados, como si estuviera ante un fantasma. Después volvió a lanzarse contra ella. Había sacado

algo del bolsillo de su chaqueta. Estúpidamente asombrada, ella vio que se trataba de una novela. La portada era negra, aparte las letras rojas que componían el título y una foto de varios jóvenes de pie en un barranco, sobre un río. "Los rápidos negros".

--¿Quién es este bastardo?

--¿Eh? ¿Quién?

--Denbrough. Denbrough. -Sacudió el libro frente a la cara de ella, impaciente. De pronto la abofeteó. La mejilla de Kay ardió de dolor y tomó un color rojo, opaco, como de brasas-. ¿Quién es?

Ella empezó a comprender.

--Eran amigos de la infancia. Los dos vivían en Derry.

Él volvió a pegarle con el libro.

--Por favor... -sollozó ella-. Por favor, Tom.

Tom acercó una silla de estilo colonial, de gráciles patas, la puso frente a ella y se sentó a horcajadas mirándola por encima del respaldo.

--Escúchame -dijo-. Escucha a tu tío Tommy. ¿Puedes prestar atención, zorra feminista?

Ella asintió. Sentía gusto a sangre, caliente y cobriza. Su hombro le quemaba. Rezó para que estuviera sólo dislocado y no roto. Pero eso no era lo peor. ""La cara. Me iba a destrozar la cara...""

--Si llamas a la policía y dices que estuve aquí, lo negaré. No puedes probar una mierda. La criada tiene el día libre y estamos solos. Puede que me arresten igual, por supuesto, porque todo es posible, ¿no?

Ella asintió otra vez, como si su cabeza estuviera sujeta a un hilo.

--Por supuesto. Y lo que haré entonces será pagar la fianza y venir aquí. Entonces encontrarán tus tetas en la mesa de la cocina y tus ojos en la pecera. ¿Lo entiendes?

Kay rompió otra vez en sollozos. Ese hilo atado a su cabeza seguía funcionando, la subía y la bajaba.

--¿Por qué?

--¿Qué?

-¡Despierta, cabrona hijaputa! ¿Por qué volvió allá?

--¡No lo sé!

Él meneó el florero roto.

--No lo sé -insistió, en voz más baja-. Por favor. No me lo dijo. Por favor, no me hagas daño...

Tom arrojó el florero a la papelera y se levantó. Se fue sin mirar atrás: un oso enorme, desgarbado.

Kay fue tras él y cerró la puerta con llave. Fue a la cocina y cerró también esa puerta. Tras una pausa, subió la escalera, renqueando, tan deprisa como, se lo permitía el vientre dolorido, para cerrar las puertas-ventanas que daban a la galería superior. No era imposible que él decidiera trepar por una de las columnas y volver a entrar. Estaba herido, pero también estaba loco.

Se acercó al teléfono por primera vez, pero, no había hecho sino posar la mano en él cuando recordó su advertencia. "Lo que haré entonces será pagar la fianza y venir aquí. Entonces encontrarán tus tetas en la cocina y tus ojos en la pecera."

Apartó la mano del teléfono.

Entró en el baño, y contempló su nariz de tomate, chorreante, y su ojo ennegrecido. No lloró. La vergüenza y el espanto eran demasiado para llorar. "Oh, Bev, hice lo que pude, querida. Pero mi cara... dijo que me destrozaría la cara..."
En el botiquín tenía Darvon y Valium. Acabó por tomar uno de cada uno. Luego fue a las Hermanas de la Misericordia para que la atendieran y allí conoció al doctor Geffin; por el momento, era el único, hombre a quien no habría borrado gustosamente de la faz de la tierra.
Y desde allí a casa otra vez, a casa otra vez...
Se acercó a la ventana de su dormitorio para mirar fuera. El sol ya estaba bajo el horizonte. En la costa este estaría atardeciendo. En Maine eran más o menos las siete.
"Más tarde decidirás qué hacer con la policía. Ahora, lo importante es prevenir a Beverly. Sería mucho más fácil, querida Bev, si me hubieras dicho dónde te hospedarías. Supongo que no lo sabías."
Aunque había dejado de fumar hacía dos años, tenía cigarrillos en el cajón de su escritorio para casos de emergencia. Sacó uno del paquete, lo encendió e hizo una mueca; estaba rancio. Lo fumó, de todos modos, con un párpado entrecerrado, para evitar el humo y el otro cerrado. Cortesía de Tom Rogan.
Trabajosamente, con la mano izquierda (el muy hijo de puta le había dislocado, el brazo derecho), telefoneó a información de Maine y pidió nombre y número, de todos los hoteles y moteles de Derry.
--Eso tardará un rato, señora -dijo la operadora, vacilando.
--Tardará más de lo que piensa -dijo Kay-. Tendré que escribir con la mano izquierda. Tengo la derecha estropeada.
--No es costumbre...
--Escúcheme -la interrumpió Kay con amabilidad-. Llamo desde Chicago; estoy tratando de encontrar a una amiga que ha abandonado, a su esposo para volver a Derry, su ciudad natal. Su esposo sabe a dónde fue. Me arrancó la información a golpes. Ese hombre es un psicópata. Mi amiga debe saber que él va a buscarla.
Hubo una larga pausa. Por fin, la operadora dijo con voz más humana:
--Creo que lo que usted necesita es el número de la policía de Derry.
--Perfecto. Lo anotaré también. Pero debo prevenir a mi amiga -dijo Kay-. Y... -Pensó en las mejillas cortadas de Tom, en el chichón de su frente, en el de su sien, en su cojera y en sus labios horriblemente hinchados-. A lo mejor basta con advertirle que él va hacia allá.
Hubo una pausa.
--¿Me oye? -preguntó Kay.
--Albergue para chóferes Arlington -dijo la operadora-: 6438146. Posada de Bassey: 6484083. Hostal Bunyan...
--Más lento, ¿quiere? -pidió ella, escribiendo con frenesí. Buscó un cenicero. Como no lo encontró, aplastó el cigarrillo en la superficie del escritorio-. Bueno, siga.
--Posada Clarendon...

4.

A la quinta llamada tuvo suerte. Beverly Rogan estaba inscrita en el Town House. Su suerte fue sólo parcial, porque Beverly había salido. Dejó su nombre, su número y un mensaje para que Bev la llamara en cuanto volviese, por tarde que fuese.

El empleado del hotel repitió el mensaje. Luego, Kay fue a la planta alta y tomó otro Valium. Después se acostó a esperar el sueño. El sueño no vino. "Lo siento, Bev -pensó, mirando la oscuridad, flotando en la droga-. Lo que él dijo que me haría... no pude soportarlo. Llama pronto, Bev. Por favor, llama pronto. Y cuídate de ese loco hijo de puta con quien te casaste."

5.

El loco hijo de puta con quien Bev se había casado, tuvo más suerte con las combinaciones de transportes de la que había tenido su mujer el día anterior porque de O.Hare, centro de la aviación comercial de Estados Unidos. Durante el vuelo leyó una y otra vez la breve nota sobre el autor incluida en el volumen de "Los rápidos negros". William Denbrough había nacido en Nueva Inglaterra y tenía otras tres novelas publicadas (también disponibles, se agregaba, en ediciones Signet). Vivía en California con su esposa, la actriz Audra Phillips. Por entonces estaba dedicado a otra novela. Al notar que esa edición de "Los rápidos negros" databa de 1976, Tom dio por sentado que, desde entonces, el sujeto habría escrito otras obras.

Audra Phillips... La había visto en el cine, ¿no? Rara vez prestaba atención a las actrices (Tom llamaba buenas películas a las de crímenes, persecuciones o monstruos), pero si esa mujer era la que él pensaba, había reparado especialmente en ella porque se parecía muchísimo a Beverly: pelo largo y rojo, ojos verdes, tetas estupendas.

Se irguió en el asiento, dándose golpecitos en la pierna con la novela, tratando de olvidar que le dolía la cabeza y la boca. Sí, estaba seguro. Audra Phillips era la pelirroja de las tetas buenas. La había visto en una película con Clint Eastwood y, un año después, en otra de terror: "Luna de cementerio". En esa ocasión había ido con Beverly; al salir del cine, él le había mencionado que esa actriz se le parecía mucho. "No lo creo -había dicho Bev-. Yo soy más alta y ella es más bonita. Además, su pelo es más oscuro." Eso fue todo. Hasta el momento no había vuelto a pensar en el asunto.

"Él y su esposa, la actriz Audra Phillips..."

Tom tenía vagas nociones de psicología que había usado para manipular a su mujer durante sus años de casados. Y ahora lo carcomía una idea más desagradable, más sensación que idea: Bev y ese Denbrough habían jugado juntos en la niñez y Denbrough se había casado con una mujer que, pese a la opinión de su mujer se parecía asombrosamente a ella.

¿A qué habían jugado Denbrough y Beverly de niños? ¿A doctores? ¿A papá y mamá?

¿A que otros juegos?

Tom, sin dejar de golpearse la pierna con el libro, sintió que le palpitaban las sienes.

Cuando llegó al aeropuerto internacional de Bangor y recorrió los mostradores de alquiler de automóviles, las chicas (algunas vestidas de amarillo, otras de rojo, otras de verde claro) observaron con nerviosismo su aspecto y le dijeron, con más nerviosismo aún, que no tenían automóviles para alquilar, lamentablemente.

Tom se acercó a un quiosco de periódicos y compró un diario de Bangor. Buscó los anuncios clasificados sin prestar atención a la gente que lo miraba y eligió tres promisorios. Acertó con la segunda llamada.

--El diario dice que usted vende un furgón LTD, modelo 1976, por mil cuatrocientos dólares.

--Así es.

--Le propongo algo -dijo Tom, tocando la billetera de su bolsillo, con seis mil dólares-: tráigalo al aeropuerto y cerraremos el trato aquí mismo. Usted me da el coche y una factura de venta, más la documentación. Yo le doy el dinero en efectivo.

El dueño, del LTD hizo una pausa. Luego adujo:

--Tendré que quitarle mis placas de identificación.

--Sí, como quiera.

--¿Su nombre, señor?

--Barr -dijo Tom, leyendo un cartel que rezaba: "Aerolíneas Bar Harbor".

--¿Cómo nos reconoceremos, señor Barr?

--Estaré junto a la puerta más alejada. Me reconocerá porque mi cara no está en muy buenas condiciones. Ayer fui a patinar con mi mujer y me di un golpe terrible. Tuve suerte, porque no hubo fracturas.

--Caramba, lo lamento, señor Barr.

--Ya pasará. Usted tráigame ese coche, amigo.

Colgó y salió a la cálida y fragante noche de primavera.

El tío del LTD llegó diez minutos después. Era muy joven. Cerraron trato. El chico le extendió una factura que Tom guardó en el bolsillo de su chaqueta con gesto indiferente, mientras el chico retiraba las placas de Maine.

--Te doy otros tres dólares por ese destornillador -dijo Tom cuando la tarea estuvo terminada.

El chico le miró con asombro, pero se encogió de hombros y le entregó la herramienta a cambio de los tres dólares. "No es asunto mío", decía el gesto. Y Tom pensó: "Cuánta razón tienes, amigo." Lo despidió y luego se sentó al volante del LTD.

Era una porquería: la transmisión chirriaba, había ruidos por todas partes, la carrocería resonaba y los frenos estaban flojos. No tenía importancia. Tom entró en el aparcamiento y estacionó junto a un Subaru que parecía llevar bastante tiempo allí. Usó el destornillador del chico para retirar las placas del Subaru y ponerlas en el LTD, canturreando mientras trabajaba.

A las diez de la noche iba hacia el este, por la carretera 2, con un mapa del estado abierto en el asiento, a su lado. Conducía en silencio, porque la radio del coche no funcionaba. No tenía importancia. Había mucho en que pensar. En todas las cosas fantásticas que haría con Beverly cuando la alcanzara, por ejemplo.

En el fondo de su alma, estaba seguro de que Beverly andaba cerca.

Y fumando.

"Oh, querida mía, hiciste muy mal en joder a Tom Rogan. Ahora, la cuestión es qué vamos a hacer contigo."
El Ford volaba por la noche persiguiendo la luz de sus faros. Al llegar a Newport, Tom ya lo sabía. Buscó una tienda abierta y compró un cartón de Camel. El propietario le dio las buenas noches. Tom le retribuyó el deseo.
Arrojó el cartón al asiento y siguió viaje. Condujo lentamente por la carretera 7, buscando la salida. Allí estaba: "Carretera 3. Haven 21. Derry 15".
Giró y aceleró más. De vez en cuando miraba el cartón de cigarrillos, sonriendo un poquito. Bajo el resplandor verdoso del tablero, su cara llena de cortes y chichones parecía extraña, monstruosa.
"Tengo algunos cigarrillos para ti, Bevvy -pensó mientras el furgón corría entre bosques de pinos y abetos, rumbo a Derry, a casi cien kilómetros por hora-. Oh, sí, todo un cartón. Sólo para ti. Y cuando te coja, querida, haré que te comas hasta el último. Y si ese Denbrough necesita algunas lecciones, eso también se puede arreglar. No hay problema, Bevvie. Ningún problema."
Por primera vez desde que esa mala zorra había huido después de golpearla, Tom empezó a sentirse bien.

6.

Audra Denbrough voló en primera clase a Maine, en un DC-10 de British Airways. Había salido de Heathrow a las seis menos diez, aquella tarde, siempre siguiendo el sol. El sol iba ganando; mejor dicho, ya había ganado, pero no importaba. Por un golpe de suerte providencial, descubrió que el vuelo, 23 de Londres a Los Angeles hacía una escala para repostar combustible... en el aeropuerto internacional de Bangor.
El día había sido una descabellada pesadilla. Freddie Firestone, productor de "El desván", había preguntado por Bill de inmediato, como era de esperar. Acababa de tener problemas por causa de la doble que debía caer por una escalera reemplazando a Audra. Al parecer, los dobles también tenían sindicato y esa mujer había cubierto su cuota de actuaciones por la semana o algo así. El sindicato exigía a Freddie que firmara un compromiso de aumento de salario o que contratara a otra mujer para esa toma. El problema consistía en que no se disponía de ninguna otra mujer cuyo físico correspondiera al de Audra. Freddie sugirió al hombre del sindicato que enviaran a un doble. Después de todo, no hacía falta que se arrojara en ropa interior. Tenían una peluca adecuada y la encargada de vestuarios podría proporcionarles postizos y acolchados hasta para el trasero.
El representante sindical dijo que no se podía. Violaba el estatuto reemplazar una mujer por un hombre. Era discriminación sexual.
El carácter de Freddie era famoso en el mundillo cinematográfico y a esas alturas de la discusión perdió los estribos. Envió al cuerno al hombre del sindicato. Éste le recomendó que cuidara la lengua si quería seguir teniendo dobles para "El desván". Después frotó el pulgar y el índice en un gesto de sugiriendo codicia que enfureció a Freddie. Ese hombre era grande pero flojo. Freddie, que aún jugaba al fútbol cuando podía, era alto y duro. Expulsó al sindicalista y volvió a su despacho

para meditar. Veinte minutos después salió vociferando el nombre de Bill. Debía replantear toda esa escena eliminando la caída. Audra se vio obligada a decirle que Bill ya no estaba en Inglaterra.
--¿"Qué"? -dijo Freddie, boquiabierto, mirando a Audra como si ésta hubiera perdido el juicio-. ¿Qué me estás diciendo?
--Lo llamaron de Estados Unidos. Eso es lo que te estoy diciendo.
Freddie hizo ademán de sujetarla y Audra retrocedió asustada. Freddie se miró las manos; luego se las guardó en los bolsillos y se limitó a mirarla.
--Lo siento, Freddie -dijo ella quedamente-. De veras.
Se levantó y fue a servirse un poco de café notando que las manos le temblaban un poco. Al sentarse oyó la voz de Freddie, amplificada por los altavoces del estudio, indicando a todos que volvieran a su casa; no se filmaría más por el resto del día. Audra hizo un gesto de dolor. Diez mil libras se estaban yendo por el desagüe.
Freddie apagó el intercomunicador del estudio y se levantó para servirse café. Volvió a sentarse y le ofreció un paquete de cigarrillos.
Audra negó con la cabeza.
Él tomo uno, lo encendió y la miró entrecerrando los ojos a través del humo.
--Esto es grave, ¿no?
--Si -dijo Audra, manteniendo la compostura.
--¿Qué pasó?
Porque le tenía auténtica simpatía y verdadera confianza, Audra le contó cuanto sabía. Freddie la escuchaba con atención, gravemente. El relato no llevó mucho tiempo. Cuando terminó aún resonaban portezuelas y se ponían en marcha motores en el aparcamiento.
Freddie guardó silencio por un rato mirando por la ventana. Después giró hacia ella.
--Fue una especie de colapso nervioso.
Audra meneó la cabeza.
--No, nada de eso. "Él" no es de ésos. -Tragó saliva antes de agregar-: Deberías haberlo visto.
Freddie esbozó una sonrisa torcida.
--Comprenderás que los hombres adultos rara vez se sienten obligados a respetar las promesas que hicieron de niños. Y tú has leído la obra de Bill; sabes que gran parte de ella se refiere a la niñez y es muy buena. Acertadísima. Es absurdo pensar que ha olvidado cuanto le pasó en aquel entonces.
--Pero esas cicatrices en las manos... -dijo Audra-. No las tuvo nunca, hasta esta mañana.
--¡Tonterías! Tú no las habías visto hasta esta mañana.
Ella se encogió de hombros.
--Las habría visto.
Y se dio cuenta de que él tampoco creía en eso.
--¿Qué hacemos entonces? -preguntó Freddie.
Ella no pudo hacer otra cosa que sacudir la cabeza. El productor encendió otro cigarrillo con la colilla del primero.
--Puedo arreglar las cosas con el del sindicato -dijo-. Personalmente no, claro; en estos momentos no me enviaría una doble ni para salvarme del infierno. Haré

que Teddy Rowland vaya a verlo. Teddy es una mariposa, pero tiene una lengua capaz de convencer a cualquiera. Pero después, ¿qué? Nos quedan cuatro semanas de filmación y tu marido está en Massachusetts...

--Maine...

--Donde sea. ¿Y hasta qué punto podremos contar contigo si él no está?

--Yo...

Se inclinó hacia adelante.

--Te tengo simpatía, Audra. De veras. Y también a Bill, a pesar de este lío. Creo que podemos arreglarnos. Si hay que arreglar el libreto, lo arreglaré yo. No será la primera vez que haga remiendos de ese tipo, bien lo sabe Dios. Y si a él no le gusta cómo queda, no podrá culpar a nadie, Puedo arreglarme sin Bill pero no sin ti. Te necesito trabajando a toda máquina, no en Estados Unidos corriendo tras tu marido. ¿Lo harás?

--No lo sé.

--Yo tampoco. Pero debes pensar en lo que voy a decirte. Si te portas como un soldado y haces tu parte, podemos mantener las cosas en calma por un tiempo, quizá por el resto de la filmación. Pero si te vas, se acabó. No soy vengativo; no voy a amenazarte con encargarme de que nadie te dé trabajo si me plantas. Pero debes saber que, si te haces fama de temperamental, puede ocurrirte exactamente eso. Te estoy hablando con el corazón en la mano. ¿Te molesta?

--No -dijo ella, inquieta.

En realidad, le daba igual. No podía pensar sino en Bill. Freddie era un buen hombre, pero no entendía nada; en último caso, bueno o no, él no pensaba sino en su película. No había visto la expresión de Bill... ni lo había oído tartamudear.

--Bueno. -Freddie se levantó-. Acompáñame al bar. A los dos nos vendrá bien una copa.

Ella sacudió la cabeza.

--Una copa es lo último que necesito. Me voy a casa a pensar en todo esto.

--Te pediré un coche -dijo él.

--No. Tomaré el tren.

El productor la miró fijamente, con una mano en el teléfono.

--Creo que piensas ir a buscarlo -dijo Freddie-. Y te advierto que es un grave error. Aunque algo lo esté enloqueciendo, en el fondo es sensato. Se quitará el problema de encima y volverá. Si hubiese querido que le acompañases te lo habría dicho.

--No he decidido nada -mintió ella, sabiendo que todo estaba decidido, aun antes de que esa mañana el coche la recogiera para llevarla al estudio.

--Ten cuidado, preciosa -dijo Freddie.

Audra sintió la fuerza de aquella personalidad que la acosaba exigiéndole que cediera, que prometiera, que trabajara y esperara pasivamente el regreso de Bill... si no volvía a desaparecer en ese agujero del pasado del que había venido.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

--Adiós, Freddie.

Volvió a su casa y llamó a British Airways. Dijo a la empleada que quería llegar a una pequeña dudad de Maine, llamada Derry. Hubo un silencio mientras la mujer consultaba el ordenador. Luego, la noticia, como señal divina, de que British

Airlines, con su vuelo 23, hacía escala en Bangor, a setenta y cinco. kilómetros de distancia.
--¿Le reservo un billete, señora?
Audra cerró los ojos y vio la cara amable y severa de Freddie. Le oyó decir: "Ten cuidado, preciosa."
Freddie no quería que fuera. Bill no quería que fuera. Entonces, ¿por qué el corazón le gritaba que debía ir? Cerró los ojos. "Dios, qué liada estoy..."
--Señora, ¿aún sigue ahí?
--Resérveme billete -dijo Audra. Vaciló: "Ten cuidado, preciosa..." Tal vez le convenía pensarlo mejor, poner distancia entre sí misma y esa locura. Comenzó a revolver su cartera en busca de su tarjeta de crédito-. Para mañana. En primera clase, si es posible.
"Si cambio de idea, puedo cancelarlo. Probablemente lo haré. Voy a despertar cuerda y todo estará claro."
Pero por la mañana no hubo nada claro y su corazón seguía reclamándole que viajase. La noche había sido un loco tapiz de pesadillas. Llamó a Freddie, porque se sentía obligada. No tuvo tiempo para mucho; aún estaba tratando de explicarle que Bill podía necesitarla cuando se oyó un suave chasquido en la línea. Freddie había colgado sin pronunciar palabra tras el "Hola" inicial.
Pero, en cierto sentido, ese chasquido decía cuanto hacía falta decir.

7.

El avión aterrizó en Bangor a las 19.09. Audra fue la única que desembarcó mientras los otros pasajeros la miraban con curiosidad, preguntándose qué interés podía tener alguien en ese sitio olvidado de la mano de Dios. Audra pensó decir: "Es que busco a mi marido. Vino a una pequeña ciudad, cerca de aquí, porque un amigo de la infancia lo llamó para recordarle una promesa que él no tenía del todo presente. La llamada le recordó también que llevaba veinte años sin pensar en su difunto hermano. Ah, sí, y también le devolvió la tartamudez... y unas extrañas cicatrices blancas en la palma de las manos."
Pero, los agentes de aduana llamarían al manicomio.
Recogió su maleta y se acercó a las cabinas de alquiler de automóviles, tal como lo haría Tom Rogan una hora después. Tuvo más suerte de la que le tocaría a él: National Car Rental tenía un Datsun disponible.
La chica rellenó el formulario para que ella lo firmara.
--Ya me parecía que era usted -dijo la chica. Y agregó, tímida-: ¿Me daría un autógrafo, por favor?
Audra se lo dio, firmado en el dorso de un formulario en blanco mientras pensaba: "Disfrútalo mientras puedas, cariño. Si Freddie Firestone está en lo, cierto, dentro de cinco años no valdrá un comino."
Consiguió un mapa de carreteras. La chica, tan deslumbrada que apenas podía hablar, logró indicarle la mejor ruta para llegar a Derry.
Diez minutos después, Audra estaba en marcha. En cada intersección se obligaba a recordar que debía conservar la derecha; si llegaba a tomar por la izquierda, como en Inglaterra, tendrían que recogerla raspando el asfalto.

Mientras tanto, notó que nunca en su vida había estado, tan asustada.

8.

Por uno de esos extraños caprichos del destino o de coincidencia (que se producen con más frecuencia en Derry, por cierto) Tom había ocupado, una habitación, en el Koala de Jackson Street. audra había cogido una habitación en el Holiday Inn. Ambos moteles ocupaban terrenos contiguos; los aparcamientos estaban separados sólo, por una acera de cemento. Y también por casualidad, el Datsun alquilado, por Audra y el LTD comprado por Tom quedaron aparcados frente a frente, separados sólo por esa acera. Ambos dormían ahora; Audra, en silencio, de lado; Tom Rogan. de espaldas, roncando tanto que le batían los labios hinchados.

9.

Henry pasó ese día escondido al lado de la carretera 9. A ratos dormía. A ratos observaba los coches de policía que pasaban como perros de caza. Mientras los Perdedores comían juntos, Henry escuchaba las voces de la luna.

Y cuando cayó la oscuridad, salió a la carretera y estiró el pulgar.

Al cabo de un rato pasó un tonto que lo recogió.

Derry: El tercer interludio.

Un pájaro vino por el camino.
No sabía que yo le veía.
Por la mitad a un gusano partió
y crudo se lo comió.
Emily Dickinson. "Un pájaro vino por el camino".

17 de marzo de 1985.

El incendio del Black Spot se produjo a finales del otoño de 1930. Hasta donde he podido determinar, aquel siniestro, del que mi padre escapó a duras penas, finalizó el ciclo de asesinatos y desapariciones correspondiente a los años 1929-1930, así como la explosión de la fundición puso fin a otro ciclo, unos veinticinco años antes. Es como si hiciera falta un monstruoso sacrificio al terminar cada ciclo para aquietar la terrible potencia que aquí opera... para poner a "Eso" a dormir durante otro cuarto de siglo más o menos.

Pero si hace falta semejante sacrificio para finalizar cada ciclo, se diría que hace falta un acontecimiento similar para iniciarlo.

Lo cual me conduce a la banda de Bradley.

Su ejecución se produjo en la triple intersección de las calles Canal, Main y Kansas (no lejos, en realidad, del sitio que figuraba en la fotografía que se movió a la vista de Bill y Richie, un día de junio de 1958). Ocurrió unos trece meses antes del incendio del Black Spot, en octubre de 1929, poco antes del derrumbe de la bolsa.

Como en el caso del incendio del Black Spot, muchos residentes de Derry fingen no recordar lo que ocurrió ese día. O bien estaban fuera de la ciudad visitando a algún pariente. O bien dormían la siesta y no se enteraron de nada hasta que lo escucharon por radio, esa noche. O simplemente lo miran a uno a la cara y mienten.

Las anotaciones policiales de ese día indican que el comisario Sullivan no estaba siquiera en la ciudad. "Claro que lo recuerdo -me dijo Aloysius Nell, desde una tumbona al sol en la terraza del asilo Paulson, de Bangor-. Era mi primer año en la policía. Cómo no voy a acordarme. Sullivan estaba en el oeste de Maine cazando aves. Cuando volvió, ya se los habían llevado, envueltos en sábanas." (Sullivan se puso más frenético que una gallina mojada.) Pero en un libro sobre pistoleros titulado "Sangrientos y malvados", hay una foto que muestra a un hombre sonriente junto al cadáver acribillado de Al Bradley, en el depósito de cadáveres; si ese hombre no es el comisario Sullivan, tiene que ser su hermano mellizo.

Fue el señor Keene quien finalmente me contó lo que considero la verdadera versión de la historia (Norbert Keene, propietario de la farmacia Center entre 1925 y 1975). Habló conmigo de buena gana, pero, al igual que el padre de Betty Ripsom, me hizo apagar la grabadora antes de soltar la lengua. Eso no cambiaba nada, porque todavía oigo su voz de papel: otro, cantante "a capella" en el maldito coro de esta ciudad.

--No hay motivos para que no te lo cuente -dijo-. Nadie va a publicar esa historia. Y si alguien lo, hiciera, nadie le creería. -Me ofreció un anticuado frasco de boticario-. ¿Una gomita de regaliz? Recuerdo que preferías las rojas, Mikey.

Tomé una.

--¿Estuvo o no presente el comisario, Sullivan aquel día?

El señor Keene, sonriendo, tomó una gomita de regaliz.

--Tienes tus dudas, ¿eh?

--Tengo mis dudas -asentí, mascando el regaliz rojo.

No había comido ninguno desde los tiempos en que, siendo niño, empujaba mis monedas sobre el mostrador hacia el señor Keene, por entonces más joven y vital. Sabía tan bien como en aquella época.

--Eres demasiado joven para recordar el "home run" de Bobby Thomson para los Giants, en 1951 -dijo Keene-. Por entonces tendrías apenas cuatro años.

--Algunos años después, el diario, publicó un articulo sobre ese partido y parece que casi un millón de neoyorquinos aseguraron haber estado en el estadio ese día.

El señor Keene masticó su regaliz; un poco, de saliva oscura chorreó desde la comisura de su boca. La limpió cuidadosamente con su pañuelo. Estábamos sentados en el despacho de la trastienda, pues aunque Norbert Keene tenía ochenta y cinco anos y llevaba diez jubilado, aún le llevaba los libros al nieto.

--¡En el caso de la banda de Bradley pasa exactamente lo contrario! -exclamó. Sonreía, pero no era una sonrisa simpática sino cínica, fríamente reminiscente-. En aquel entonces, en la parte más poblada de Derry vivían unas veinte mil personas. Las calles Main y Canal estaban pavimentadas desde hacia cuatro años, pero Kansas aún era de tierra. En el verano, se levantaba polvo y en los meses de lluvia se convertía en un pantano. Al comenzar el verano, limpiaban Up-Mile Hill, y todos los días de la Independencia el alcalde anunciaba que se iba a pavimentar Kansas, pero no lo hicieron hasta 1942. Era... pero ¿qué estaba diciendo?

--En el centro de Derry vivían unas veinte mil personas -contestó.

--Ah, sí. Bueno, de esas veinte mil, la mitad o más ya habrán muerto; cincuenta años es mucho tiempo y en Derry la gente tiende extrañamente a morir joven. Tal vez sea el aire. Pero de los que aún viven, no encontrarás más de diez o doce dispuestos a decirte que estaban en la ciudad el día en que la banda de Bradley, se fue al infierno. Butch Rowden, el de la carnicería, ése confesaría, supongo. Tiene una fotografía en la pared en la que se ve uno de los coches, ni siquiera te das, cuenta de que es un coche. Charlotte Littlefield te diría una o dos cosas si la cogieras por el lado bueno. Enseña en la secundaria y se acuerda de muchos detalles, aunque no tendría más de diez o doce años por aquel entonces. Carl Snow... Aubrey Stacey... Eben Stampnell... y ese viejo que pinta cuadros raros y se pasa la noche bebiendo en el bar de Wally; Pickman, creo que se llama. Ellos se acuerdan. Todos estaban allí.

Dejó apagar la voz mirando el trocito de regaliz que tenía en la mano. Pensé en azuzarlo, pero decidí no hacerlo. Por fin continuó:

--Los otros, en su mayoría, te mentirían, como miente la gente al decir que estaba en el estadio cuando Bobby Thomson lanzó aquella pelota. Eso es lo que quería decirte. Pero la gente miente sobre aquello del estadio porque habría querido estar allí. En cambio, miente sobre lo que pasó en Derry aquel día porque habrían preferido no estar. ¿Me comprendes, hijo?

Asentí.

--¿Seguro que quieres saber el resto? -preguntó-. Se te nota un poco nervioso, Mikey.

--No quiero -reconocí-, pero me parece mejor saberlo.

--Bien.

Era mi día de evocaciones. Cuando volvió a ofrecerme el frasco de boticario, con las gomas de regaliz, recordé súbitamente un programa de radio que solían escuchar mis padres cuando yo era pequeño: "Mr. Keene, rastreador de personas perdidas".

--El comisario estaba aquí ese día, claro que sí. Se suponía que iría a cazar aves, pero cambió de idea cuando Lal Machen fue a decirle que esperaba a Al Bradley esa misma tarde.

--¿Cómo sabía Machen eso? -pregunté.

--Bueno, eso es bastante revelador -dijo el señor Keene; aquella sonrisa cínica volvió a arrugarle la cara-. Bradley nunca llegó a enemigo público número uno en la lista del FBI, pero lo buscaban desde 1928. Al Bradley y su hermano George asaltaron seis o siete bancos en el Medio Oeste y después secuestraron a un

banquero para pedir rescate. Se pagaron los treinta mil dólares pedidos (una gran suma para aquellos tiempos), pero ellos, de todos modos, mataron al banquero.
>Por entonces, el Medio Oeste era demasiado peligroso para las bandas que operaban allí, así que Al, George y sus hombres huyeron al nordeste y alquilaron una finca grande por aquí, cerca del límite municipal de Newport, no lejos de donde están ahora las granjas Rhulin.
>Eso ocurrió en el verano de 1929, en julio o en agosto, quizá a principios de septiembre; no estoy seguro. Eran ocho: Al Bradley, George Bradley, Joe Conklin y su hermano Cal, un irlandés llamado Arthur Malloy, a quien apodaban "Cegatón", porque era corto de vista pero no se ponía las gafas a menos que fuera absolutamente necesario, y Patrick Caudy, un jovencito de Chicago del que decían que era un loco asesino, pero bello como un Adonis. También había dos mujeres en la banda: Kitty Donahue, la concubina de George Bradley, y Marie Hauser, quien pertenecía a Caudy, aunque a veces pasaba de mano en mano, según se contó después.
>Tenían una idea equivocada cuando llegaron aquí, hijo: creyeron que tan lejos de Indiana estarían a salvo.
>Por un tiempo se quedaron quietos, pero al fin se aburrieron y decidieron ir de caza. Tenían armas de sobra, pero andaban escasos de municiones. Así que el siete de octubre vinieron todos a Derry en dos automóviles. Patrick Caudy llevó a las mujeres de compra mientras los otros iban a la tienda de deportes de Machen. Kitty Donahue compró un vestido en Freese.s; murió con él puesto dos días después.
>Lal Machen atendió personalmente al hombre. Lal murió en 1959. Era demasiado gordo. Pero con la vista no tenía ningún problema y reconoció a Al Bradley en cuanto lo vio entrar, según dijo. Creyó reconocer a los otros, pero sobre Malloy no estuvo seguro hasta que lo vio ponerse las gafas para mirar unos cuchillos.
>Al Bradley se acercó a él y le dijo:
>--Necesitaríamos municiones.
>--Bueno, han venido al mejor lugar para eso -dijo Lal.
>Bradley le entregó un papel. Ese papel se ha perdido, por lo que sé, pero dijo Lal que dejaba frío a cualquiera. Querían quinientas balas del 38, ochocientas del 45, sesenta del 50, que ya no se fabrica más, municiones para escopeta y mil balas del 22 para rifle corto y largo. Además, fíjate, seis mil balas para ametralladora del 45.
--¡Mierda! -exclamé.
El señor Keene esbozó su cínica sonrisa y me ofreció el frasco. Primero sacudí la cabeza, pero acabé por tomar otro regaliz. Keene continuó:
--Bonita lista de compras, chicos -dice Lal.
>--Vamos, Al -dijo "Cegatón" Malloy-, ya te dije que aquí no íbamos a conseguir nada. Vamos a Bangor. Allá tampoco encontraremos nada de esto, pero el paseo me vendrá bien.
>--Un momento -dice Lal, frío como un pescado-. No pienso perderme una venta como ésta para que la haga ese judío de Bangor. Puedo darles ahora mismo las del 22 y las de escopeta. En cuanto al resto podría tenérselo preparado... pasado mañana.

>Bradley sonrió y dijo que le parecía estupendo. Cal Conklin todavía prefería ir a Bangor, pero ganó la mayoría.

>--Si no está seguro de poder cumplir con el pedido -dijo Al Bradley a Lal-, dígalo ahora. Soy buena persona pero cuando me enfurezco no conviene que nadie se me ponga delante.

>--Entiendo -dijo Lal-, y le voy a tener todo listo, señor... ¿Su nombre?

>--Rader -dijo Bradley-. Richard D. Rader, servidor.

>Le tendió la mano y Lal se la estrechó con ganas, sin dejar de sonreír.

>--Encantado, señor Rader.

>Cuando Bradley le preguntó a qué hora podría pasar con sus amigos para recoger la mercancía, Lal Machen les dijo que a las dos de la tarde. Asintieron y se fueron. Lal los observaba. Se reunieron en la acera con las dos mujeres y con Caudy. Lal reconoció también al chico.

>¿Y qué crees que hizo Lal, entonces? -preguntó el señor Keene, con los ojos brillantes-. ¿Llamar a la policía?

--Supongo que no -respondí-, teniendo en cuenta lo que ocurrió después. A mí no me habrían alcanzado las piernas para correr al teléfono.

--Bueno, tal vez si y tal vez no -replicó el señor Keene, con la misma sonrisa cínica y los mismos ojos brillantes.

Me estremecí, porque comprendí lo que pensaba... y él se dio cuenta de que yo lo comprendía. Una vez que algo gordo se pone en marcha, no se lo puede detener: sigue rodando hasta que encuentra una planicie que le haga perder el impulso. Si te pones delante, te aplasta... pero no se detiene.

--Tal vez sí y tal vez no -repitió el señor Keene-. Pero te diré lo que hizo Lal Machen. Por el resto de ese día y todo el día siguiente, cada vez que entraba un hombre él le decía que la banda de Bradley había estado cazando por Newport y Derry con ametralladoras y que Bradley y los suyos volverían al día siguiente, a eso de las dos, para recoger sus municiones. Que él les había prometido proporcionarles municiones y que pensaba respetar su promesa.

--¿Cuántos? -Pregunté, hipnotizado por sus ojos centelleantes.

De pronto, el olor seco de esa trastienda -olor a medicamentos y polvos, a Musterole y a Vicks Vaporub y a jarabe Robitussin para el catarro- me resultó sofocante. Pero no podía irme así como no podía suicidarme conteniendo la respiración.

--¿Quieres saber a cuántos les dio la noticia? -preguntó el señor Keene.

Asentí.

--No estoy seguro. No estaba allí. Supongo que lo dijo a cuantos le parecieron de confianza.

--De confianza -musité.

--Hombres de Derry, ¿comprendes?

>Yo fui a su tienda a eso de las diez, al día siguiente de la visita de los Bradley. Me contó la historia y luego me preguntó qué necesitaba. Iba sólo a retirar mi carrete de película revelado, pero después dije que también llevaría municiones para mi Winchester.

>--¿Vas a cazar, Norb? -me pregunta Lal, pasándome las balas.

>--Podría acabar con algunas plagas -dije y nos reímos.

El señor Keene rió palmoteándose el flaco muslo como si fuera el mejor chiste del mundo. Después se inclinó y me dio una palmadita en la rodilla.

--La cuestión, hijo es que la historia circuló todo lo necesario. Ya se sabe lo que pasa en los pueblos pequeños. Si eliges a la gente adecuada y le cuentas lo que quieres divulgar... ¿comprendes? ¿Quieres otro regaliz?

Tomé uno con dedos entumecidos.

--Engordan -dijo el señor Keene, sonriendo. En ese momento lo vi viejo, infinitamente viejo, con los bifocales que le resbalaban por la nariz huesuda y la piel demasiado tensa en los pómulos como para arrugarse.

>Al día siguiente vine a la farmacia con mi rifle. Bob Tanner, el mejor ayudante que he tenido nunca, trajo la escopeta de su padre. A eso de las once vino Gregory Cole para comprar bicarbonato y te aseguro que llevaba un Colt 45 encajado en el cinturón.

>--Te vas a volar los huevos con eso, Greg -le dije.

>--He venido desde Milford para esto, y llevo una resaca de la hostia -me dice Greg-. Creo que volarán huevos, sí, pero no serán los míos.

>A eso de la una y media puse mi letrerito: "Sea paciente, por favor. Vuelvo pronto". Tomé mi rifle y salí por atrás al callejón de Richard. Pregunté a Bob Tanner si quería acompañarme, pero dijo que prefería preparar la medicina para la señora Emerson y reunirse conmigo después. "Déjeme uno con vida, señor Keene", dijo, pero le contesté que no podía prometerle nada.

>En Canal Street apenas había tráfico: ni automóviles ni peatones. De vez en cuando pasaba algún camión de reparto, pero eso era todo. Vi a Jake Pinnette cruzar la calle con un rifle en cada mano. Se reunió con Andy Criss y ambos se sentaron en uno, de los bancos que había junto al monumento a la guerra; ya sabes, donde el canal se hace subterráneo.

>Petie Vannes, Al Nell y Jimmy Gordon estaban sentados en los escalones del Palacio de Justicia comiendo sandwiches y fruta que habían llevado en una bolsa e intercambiaban bocadillos como los chicos en el colegio. Todos iban armados. Jimmy Gordon tenía un Springfield de la Gran Guerra más grande que él.

>Vi pasar a un chico rumbo a Up-Mile Hill; tal vez era Zack Denbrough, el padre de tu amiguito, el que se hizo escritor. Kenny Borton le grita desde la ventana de la sala de lectura, en el local de ciencia cristiana: "Te conviene salir de aquí, niño; va a haber tiroteo". Zack echó un vistazo a su cara y salió como si se lo llevara el diablo.

>Había hombres por todas partes armados, de pie en los portales, sentados en los peldaños asomados a las ventanas. Greg Cole estaba sentado en un portal con su 45 en el regazo y dos docenas de balas alineadas a su lado como si fueran soldados de Juguete. Bruce Jagermeyer y el sueco Olaf Theramenius se habían ubicado bajo la marquesina del Bijou a la sombra.

El señor Keene me miraba... miraba a través de mí. Sus ojos ya no brillaban: tenían la neblina del recuerdo, la suavidad que sólo se ve en la mirada del hombre cuando recuerda los mejores momentos de su vida: su primer triunfo deportivo, tal vez, o la primera trucha de buen tamaño que logró pescar o la primera vez que se acostó con una mujer bien dispuesta.

--Recuerdo haber oído el viento, hijo -dijo, soñador-. Recuerdo haber oído el viento y el reloj del Palacio de Justicia, que daba las dos. Bob Tanner apareció detrás de mi; yo estaba tan tenso que estuve a punto de volarle la cabeza.

>Él se limitó a hacerme un gesto tranquilizador y cruzó al almacén de Vannock arrastrando su sombra detrás de sí.

>Cualquiera habría dicho que al llegar las dos y diez sin que ocurriese nada y luego las dos y cuarto y luego las cuatro y veinte, la gente empezaría a marcharse, ¿no? Pero no fue así. Todo el mundo seguía en su sitio. Porque...

--Porque ustedes sabían que esa banda iba a aparecer, ¿verdad? -sugerí-. No cabía duda.

Me dedicó una sonrisa luminosa como maestro complacido por la repuesta del alumno.

--¡Efectivamente! Nadie dijo nada. Nadie sugirió: "Bueno, esperemos hasta las cuatro y veinte y si no aparecen me vuelvo al trabajo." Seguíamos allí, en silencio. A eso de las dos y veinticinco de la tarde, dos automóviles bajaron por Up-Mile Hill y llegaron a la intersección; uno era rojo; el otro, azul oscuro; un Chevrolet y un La Salle. En el Chevrolet iban los hermanos Conklin, Patrick Caudy y Marie Hauser. En el La Salle, los Bradley, Malloy y Kitty Donahue.

>Empezaron a cruzar la intersección sin problemas. De pronto, Al Bradley clavó los frenos tan de repente que Caudy estuvo a punto de chocar contra él. La calle estaba demasiado tranquila y bradley lo notó. Era sólo un animal pero no hace falta gran cosa para alertar a un animal que se ha visto perseguido por cuatro años.

>Abrió la puerta del La Salle y se irguió sobre el estribo, por un momento, para mirar alrededor. Después hizo un gesto con la mano a Caudy, indicándole que retrocediera. Caudy dijo: "¿Qué, jefe?" Lo oí con toda claridad; fue lo, único que les oí decir aquel día. También recuerdo que había un destello de sol. Surgía de una polvera con espejo: la mujer de Hauser se estaba empolvando la nariz.

>Fue entonces cuando aparecieron Lal Machen y su ayudante, Biff Marlon. Salieron corriendo del negocio y Lal gritó: "¡Levante las manos, Bradley, están rodeados!. Antes de que Bradley pudiera apenas volver la cabeza, Lal empezó a disparar. Al principio falló pero luego acertó al hombro del criminal. La sangre empezó a salir en el acto de aquel agujero. Bradley se sujetó de la portezuela y se arrojó al interior del coche. Puso la marcha. Y entonces todo el mundo empezó a disparar.

>Todo acabó en cinco minutos, pero pareció muchísimo más tiempo. Petie, Al y Jimmy Gordon, sentados en los escalones de los tribunales, disparaban contra la parte trasera del Chevrolet. Vi a Bob Tanner, con una rodilla en el suelo disparando como un loco. Jagermeyer y Theramenius, desde el teatro, acribillaban el flanco derecho del La Salle. Greg Cole estaba en la alcantarilla sujetando el 45 con ambas manos y apretando el gatillo frenéticamente.

>Serían cincuenta o sesenta los hombres que disparaban al mismo tiempo. Cuando todo terminó, Lal Machen extrajo treinta y seis balas de la pared de su tienda. Y eso fue tres días después. A esas alturas, todo el que deseaba un recuerdo había ido a escarbar en los ladrillos con una navajita. En lo peor de la escena, aquello parecía una batalla. Alrededor de Machen estallaron todos los vidrios de las ventanas.

>Bradley condujo el La Salle en semicírculo y no lo hizo con ninguna lentitud, por cierto, pero cuando terminó de dar la vuelta tenía las cuatro ruedas pinchadas, los faros delanteros rotos y el parabrisas hecho añicos. Mally y George Bradley disparaban con revólver por las dos ventanillas traseras. Vi que Malloy recibía un balazo en el cuello; se le desgarró de punta a punta. Disparó dos veces más y quedó colgando de la ventanilla con los brazos afuera.

>Caudy trató de girar con el Chevrolet, pero sólo consiguió estrellarse contra la trasera del La Salle. Allí acabó todo, hijo, porque los parachoques se trabaron, y ya no pudieron huir.

>Joe Conklin bajó el asiento trasero y se plantó en medio de la intersección con una pistola en cada mano. Disparaba contra Jake Pinnette y Andy Criss. Los dos cayeron del banco que ocupaban y aterrizaron en el pasto. Andy Criss gritaba: "¡Me han matado, me han matado!", aunque ni siquiera tenía un rasguño. El otro tampoco.

>Joe Conklin tuvo tiempo de vaciar sus dos pistolas antes de que lo tocaran. El sombrero de paja que llevaba se le voló dejando ver su raya al medio. Mientras se ponía una de las pistolas bajo el brazo para cargar la otra. Alguien le disparó a las piernas y cayó. Kenny Borton dijo, más tarde, que había sido obra suya, pero no se puede asegurar nada. Pudo haber sido cualquiera.

>Cal, el hermano, de Conklin, bajó unos segundos después y cayó como seco con un agujero en la cabeza.

>Después salió Marie Hauser. Tal vez trataba de rendirse; no sé. Todavía llevaba la polvera en la mano derecha. Creo que gritaba, pero a esas alturas no se oía nada porque llovían balas de todas partes. La polvera voló de su mano. Quiso volver al coche pero recibió un tiro en la cadera. De algún modo se las arregló para arrastrarse y meterse en el coche.

>Al Bradley pisó el acelerador del La Salle y logró moverle de nuevo. Arrastró el Chevrolet dos o tres metros antes de que el parachoques se desprendiese.

>Los chicos seguían haciendo llover plomo. Todas las ventanillas habían reventado. Uno de los guardabarros estaba caído en la calle. Malloy colgaba de la ventanilla, muerto, pero los dos hermanos Bradley seguían con vida. George disparaba desde el asiento trasero. Junto a él estaba su mujer, muerta, con un balazo en el ojo.

>Al Bradley llegó a la intersección grande; su coche subió a la acera y allí se detuvo bajó y echó a correr por Canal Street. Lo acribillaron.

>Patrick Caudy bajó del Chevrolet; por un minuto pareció dispuesto a rendirse, pero sacó una 38 de la sobaquera y disparó tres veces, sin apuntar; de pronto, su camisa fue perforada. Se deslizó por el lado del Chevrolet, hasta quedar sentado en el estribo y disparó una vez más. Por lo que sé, ésa fue la única bala que hirió a alguien: rebotó en algo y rozó a Greg Cole en el dorso de la mano. Le dejó una cicatriz que él exhibía cuando estaba borracho; por fin, alguien (creo que Al Nell) se lo llevó aparte y le dijo que era mejor callarse lo que había pasado con la banda de Bradley.

>La Hauser bajó y esa vez no había dudas de que, trataba de rendirse, porque llevaba las manos en alto. Quizá nadie tuvo intenciones de matarla, pero en ese momento había fuego cruzado y ella se metió en medio.

>George Bradley corrió hasta el banco del monumento antes de que alguien le hiciera puré la nuca con una escopeta. Cayó muerto, con los pantalones meados.

Casi sin darme cuenta, cogí otro regaliz.

--Siguieron llenando de balas aquellos dos coches por un minuto más antes de que el fuego empezara a disminuir -dijo el señor Keene-. Cuando a los hombres se les aviva la sangre, la cosa tarda en enfriarse. Fue entonces cuando miré hacia atrás y vi al comisario Sullivan detrás de Neil y los otros, en los peldaños del Palacio de Justicia, disparando contra el Chevrolet con un Remington. Si alguien te dice que no estuvo allí, no le creas: aquí tienes a Norbert Keene que lo vio con estos ojos.

>Cuando cesó el fuego, los coches ya no parecían coches sino chatarra rodeada de trozos de vidrio. Los hombres comenzaron a acercarse. Nadie hablaba. Sólo se oía el viento y el crujir de los vidrios bajo los pies. Entonces empezaron a tomar fotos. Y debes recordar esto hijo: cuando empiezan a tomar fotografías es porque se acabó la historia.

--El "Derry News" no publicó nada de eso -balbuceé.

Los titulares de ese día rezaban: "Policía estatal y FBI acaban con la banda Bradley en enfrentamiento callejero", con un subtítulo: "Apoyo de la policía local".

--Por supuesto que no -sonrió el señor Keene, encantado-. Vi al director Mack Laughlin plantar dos balas en el cuerpo de Joe Conklin.

--Cielos -murmuré.

--¿No quieres otro regaliz, hijo?

--He comido de sobra. -Me humedecí los labios-. Señor Keene, ¿cómo pudo ocultarse algo de tanta magnitud?

--No se ocultó -replicó él sorprendido-. Simplemente, nadie mencionó el asunto. Y en realidad, ¿a quién le interesaba? Los que cayeron ese día no fueron el presidente Hoover y su señora. Fue lo mismo que matar a unos perros rabiosos capaces de morderte a la primera.

--Pero ¿y las mujeres?

--Un par de rameras -dijo con indiferencia-. Además, eso pasó en Derry, no en Nueva York ni en Chicago. El lugar, hijo, interesa tanto como lo que pasa. Por eso los titulares son mas grandes cuando un terremoto mata a doce personas en Los Angeles que cuando mata a tres mil en alguna remota comarca del Medio Este.

"Además, eso paso en Derry."

Lo he oído decir otras veces y supongo que, si continúo con esta investigación, lo oiré muchas más. Lo dicen como si hablaran con un retardado: con paciencia. Tal como uno contestaría: "Por la ley de gravedad", si alguien preguntara por qué estamos pegados al suelo, cuando caminamos. Lo dicen como si fuera una ley natural que cualquier hombre normal debería comprender. Y lo peor, por supuesto, es que sí, lo comprendo.

Tenía una última pregunta para Norbert Keene.

--¿Vio usted aquel día, una vez iniciada la refriega, a alguien que no conociese?

La respuesta del señor Keene fue tan pronta que mi temperatura sanguínea bajó diez grados... al menos, ésa fue mi sensación.

--¿Te refieres al payaso? ¿Cómo te enteraste, hijo?

--Lo oí en alguna parte.

--Lo vi sólo por un instante. Una vez las cosas se pusieron al rojo, estuve muy atento a lo mío, claro. Pero en cierto momento me volví y lo vi calle arriba, entre los suecos, bajo la marquesina del Bijou. No vestía de payaso ni nada de eso. Llevaba un mono de granjero y una camisa de algodón. Pero tenía la cara cubierta con esa pintura blanca que usan los payasos y una enorme sonrisa roja, pintada. Además, tenía mechones de pelo artificial, de color naranja. Bastante cómico.

>Lal Machen no lo vio. Pero Biff, sí. Sólo que Biff debió de confundirse, porque creyó verlo en una de las ventanas de un apartamento, a la izquierda. Y cuando hablé del asunto con Jimmy gordon (lo mataron en Pearl Harbor, no sé si lo, sabías; se hundió con su barco, el "California"), dijo haber visto a ese tipo detrás del monumento a la guerra.

El señor Keene sacudió la cabeza, sonriendo.

--Es extraño, cómo se pone la gente en una cosa así y más extraño todavía lo que recuerdan cuando todo pasa. Puedes escuchar dieciséis relatos diferentes: no habrá dos que coincidan. Lo del arma que tenía ese payaso, por ejemplo...

--¿Qué arma? ¿También él disparaba?

--Exacto -dijo el señor Keene-. La única vez que lo vi parecía tener un Winchester. Más tarde se me ocurrió que debió parecerme un Winchester porque ésa era el arma que yo tenía. Biff Marlow creyó verlo con un Remington porque era su propia arma. Y cuando interrogué a Jimmy, dijo que el tipo disparaba con un viejo Springfield, como el suyo. Curioso, ¿no?

--Curioso -logró balbucir-. Señor Keene... ¿a ninguno de ustedes le extrañó ver allí a un payaso vestido con un mono de granjero?

--Exacto -dijo él-. Nos extrañó, sí, aunque no era gran cosa, como comprenderás. Imaginamos que sería alguien con ganas de participar, pero sin ser reconocido. Tal vez un miembro del Concejo Municipal; Horst Mueller o Trace Naugler, que por entonces era el alcalde. También pudo haber sido un profesional que quería pasar inadvertido: un médico, un abogado. Yo no habría reconocido ni a mi propio padre en aquel revuelo.

Rió un poquito. Le pregunté dónde estaba la gracia.

--También existe la posibilidad de que fuera un payaso de verdad. En aquella época, la feria de Esty llegaba mucho antes que en la actualidad. La semana en que los Bradley encontraron su final, esa feria estaba en lo mejor. Allí había payasos. Tal vez alguno de ellos se enteró de que teníamos un carnaval propio y vino a participar.

Sonrió secamente.

--Ya casi he terminado -dijo-, pero quiero contarte algo más, ya que pareces tan interesado y escuchas con atención. Fue algo que Biff Marlow dijo quince años más tarde mientras tomábamos unas cervezas en Bangor. Lo dijo de repente. sin que tuviera nada que ver con lo que estábamos hablando. Dijo que ese payaso estaba asomado por la ventana a tal punto que habría debido caerse. No asomaba sólo la cabeza, los hombros y los brazos; Biff dijo que había sacado el cuerpo hasta las rodillas y que estaba suspendido en el aire, disparando contra los coches, con esa enorme sonrisa roja.

--Como si estuviera flotando -dije.

--Exacto -asintió el señor Keene-. Y Biff observó otra cosa, algo que lo inquietó durante semanas. Una de esas cosas que uno tiene en la punta de la lengua, pero

no logra sacar; como un mosquito posado en la piel. Según dijo, finalmente se dio cuenta de lo que era una noche en que tuvo que levantarse para ir al baño. Mientras estaba allí, meando, sin pensar en nada en especial, se le ocurrió de pronto que el tiroteo había empezado a las dos y veinticinco de la tarde, a pleno sol. Pero el payaso no hacía sombra. No hacía nada de sombra.

Cuarta parte. Julio de 1958.

Tú letárgica, atendiéndome, esperando el fuego yo,
atendiéndote estremecido por tu belleza.
Estremecido por tu belleza.
Estremecido.
William Carlos Williams, "Paterson".

Pues yo nací con mi traje de nacer
El médico me palmeó en el culo
y dijo: "Vas a ser algo especial,
tú, dulce culito."
Sidney Simien, "Mi culito"

XIII. La apocalíptica batalla a pedradas.

1.

Bill es el primero en llegar. Se sienta en una de las sillas de respaldo alto, junto a la puerta de la sala de lectura, y observa a Mike que atiende a los últimos lectores de la noche: una anciana con un montón de novelas baratas de terror, un hombre con un grueso tomo histórico sobre la guerra civil, y un chico escuálido que espera para retirar una novela cuya etiqueta adhesiva indica un plazo de siete días. Bill nota, sin sorpresa, que es suya, la última publicada. Siente que la sorpresa está más allá de él, el don de encontrarse con lo no buscado, una realidad en la que se creía y que ha resultado apenas un sueño.

Una muchacha bonita, con falda escocesa sujeta con un alfiler de gancho dorado ("Cielos -piensa Bill-, hacia años que no veía una de ésas. ¿Se estarán poniendo otra vez de moda?"), saca fotocopias con un ojo puesto en el gran reloj de péndulo, tras el escritorio de control. Los sonidos son suaves y consoladores como los de cualquier biblioteca: roces y chirridos de zapatos en el linóleo rojo y negro del suelo, el incesante tictac del reloj que deja caer secos segundos; el ronroneo gatuno de la fotocopiadora.

El chico retira su novela de William Denbrough y se acerca a la muchacha en el momento en que ella empieza a arreglar sus fotocopias.

--Puedes dejar esas copias en el escritorio, Mary -dice Mike-. Yo me encargo de guardarlas.

Ella le dirige una sonrisa agradecida.

--Gracias, señor Hanlon.

--Buenas noches. Buenas noches, Billy. Id a casa directamente.
--¡Si no te andas con cuidado te agarrará el coco! -canturrea el chico escuálido, mientras desliza un brazo por la cintura de la chica.
--Bueno, no creo que tenga ningún interés en dos fulanos tan feos como vosotros -dice Mike-, pero id con cuidado de todos modos.
--Sí, señor Hanlon -responde Mary, bastante seria, mientras da un ligero puñetazo al hombro del chico-. Vamos, guiñapo -dice riendo.
Al hacer eso, deja de ser una quinceañera bonita y mansamente deseable para convertirse en la niña de once años, pero no tan desgarbada, que fue Beverly Marsh. Cuándo pasan junto a Bill, se siente estremecido ante su belleza... y tiene miedo; querría acercarse al chico y decirle, con severidad, que vaya a su casa por calles iluminadas y no se vuelva si alguien le habla.
"No se puede tener cuidado con una patineta, señor", dice una voz fantasmal dentro de su cabeza. Y Bill esboza una melancólica sonrisa de adulto.
Observa al chico, que abre la puerta para que pase su amiguita. Salen al vestíbulo. Bill apostaría sus derechos de autor sobre el libro que ese tal Billy lleva bajo el brazo a que le ha robado un beso antes de abrirle la puerta exterior. "Y si no lo hiciste, jódete por tonto, -piensa.- Ahora llévala a casa sana y salva. ¡Por el amor de Dios, llévala a casa sana y salva!.
Mike le llama.
--Enseguida estaré contigo, Gran Bill. En cuanto haya archivado esto.
Bill hace un gesto de asentimiento y cruza las piernas. La bolsa de papel que tiene en el regazo crepita un poco. Dentro hay un botellín de whisky; tal vez no haya deseado nunca una copa con tantas ganas como en estos momentos. Mike podrá darles agua, al menos, aunque no hielo. Y tal como se siente en ese momento, muy poca agua le bastará.
Piensa en "Silver", apoyada en la pared del garaje, en la casa de Mike. Y desde allí sus pensamientos avanzan naturalmente hasta el día en que se reunieron todos en Los Barrens (todos, menos Mike) y cada uno volvió a contar su historia; leprosos bajo los porches, momias que caminaban en el hielo, sangre en los sumideros y niños muertos en la torre-depósito; fotos que se movían y bombres-lobo que perseguían a los niños por calles desiertas.
Aquel día, antes del 4 de julio, se habían adentrado en Los Barrens. Ahora lo recuerda. En la ciudad hacía calor, pero estaba fresco en la sombra enmarañada de la ribera oriental del Kenduskeag. Recuerda que había uno de esos cilindros de cemento, a poca distancia; murmuraba para sus adentros, tal como la fotocopiadora había murmurado para la bonita quinceañera. Bill recuerda eso, y recuerda también que, una vez contadas todas las historias, los otros lo miraron.
Buscaban que él les dijera qué hacer a continuación, cómo proceder, y él, simplemente, no lo sabía. El no saberlo le produjo una especie de desesperación.
En este momento, al mirar la sombra de Mike, estirada y grande en la pared de madera oscura, le sobreviene una súbita certeza: si no lo supo en aquella oportunidad fue porque el grupo no estaba completo aún, aquel 3 de julio por la tarde. La integración se cumplió más tarde, en el foso de grava abandonada detrás del vertedero, por donde se podía salir de Los Barrens trepando fácilmente por cualquiera de los dos lados: las calles Kansas o Merit. En realidad, en el sitio exacto donde estaba ahora la elevación de la ruta interestatal. El foso de grava no

tenía nombre; era viejo sus costados desmigajados estaban llenos de hierbas y matojos. Allí aún había municiones de sobra, más que suficientes para una apocalíptica batalla a pedradas.

Pero antes de eso, en la ribera del Kenduskeag, él no había sabido qué decir. ¿Qué pretendían que dijera? ¿Qué quería decir él? Recuerda haber mirado todas las caras, una a una: la de Ben, la de Bev, la de Eddie, la de Stan, la de Richie. Y recuerda música. Little Richard. "Juomp-bomp-a-lompbomp..."

Música a bajo volumen. Y dardos de luz en sus ojos. Recuerda los dardos de luz porque...

2.

Richie había colgado su radio de transistores en la rama más baja del árbol contra el cual estaba recostado. Aunque se habían puesto a la sombra, el sol rebotaba en la superficie del Kenduskeag, caía en el cromado de la radio y, desde allí, en los ojos de Bill.

--S-s-saca eso, R-R-Richie --dijo Bill, Me v-v-va a dejar ci-ciego.

--Sí, Gran Bill -repuso Richie, sin ninguna salida graciosa.

Y bajó la radio de la rama. Además, la apagó, y Bill lamentó que lo hubiera hecho. El silencio, roto sólo por el agua ondulante y el vago zumbido de úa maquina que bombeaba aguas residuales, parecía muy estridente. Todos los ojos lo observaban. Él quiso decirles que miraran a otra parte. ¿Por quién lo tomaban? ¿Por un bicho raro?

Pero no pudo decir eso, por supuesto, porque ellos no hacían sino esperar a que él les dijese qué hacer. Habían descubierto algo espantoso y necesitaban que él les dijese cómo actuar. ¿"Por qué yo"?, habría querido gritarles. Pero no lo hizo porque también sabía eso. Era porque, le gustara o no, había sido designado para ese puesto. Porque era el de las ideas, porque había perdido un hermano, por culpa de "Eso", fuera lo que fuese. Pero, por sobre todas las cosas, porque se, había convertido, de un modo oscuro que jamás comprendería por completo, en el Gran Bill.

Echó una mirada a Beverly y apartó rápidamente la vista de la serena confianza que encontró en sus ojos. Cuando miraba a Beverly sentía algo raro en la boca del estómago. Algo como polillas.

--No p-p-podemos ir a la policía -dijo, por fin. Su voz sonó, demasiado áspera a sus propios oídos; demasiado alta-. Tampoco podemos recurrir a nuestros p-p-pa-padres. A menos que... -Miró a Richie con aire esperanzado-. ¿Q-q-qué me di-dices de tu madre y tu padre, cuatro-ojos? P-p-parecen bastante pa-pasables.

--Mi buen amigo -dijo Richie, con la voz de Toodles, el mayordomo-, es evidente que no posee conocimiento alguno sobre mis progenitores. Ellos...

--Habla como la gente, Richie -dijo Eddie desde su sitio, junto a Ben.

Estaba sentado junto a Ben por una simple razón: ese chico le hacía sombra. Su rostro lucía pequeño, enjuto y preocupado como el de un anciano. Tenía el inhalador en la mano derecha.

--Dirían que estoy para chaleco de fuerza -dijo Richie.

Ese día llevaba un par de gafas viejas. La víspera, amigo de Henry Bowers llamado Gard Jagermeyer se le había acercado por detrás, en el momento en que Richie había salido de la heladería con un barquillo de pistacho, y había gritado "Tú te quedas", mientras lo golpeaba salvajemente en la espalda con los puños entrelazados. Ese tal Jagermeyer pesaba unos dieciocho kilos más que Richie. Lo arrojó a la alcantarilla haciéndole volar las gafas y el barquillo. Así se había roto el cristal izquierdo: la madre estaba furiosa y había prestado muy poco oído a las explicaciones del chico.

--Yo sólo sé que actúas a tontas y a locas -le había dicho-. Francamente, Richie, ¿crees que tenemos un árbol de gafas del que podemos arrancar un par nuevo cada vez que rompes los viejos?

--Pero, mamá, ese chico me empujó vino por atrás, y era grande y me empujó...

Richie estaba al borde de las lágrimas. Esa imposibilidad de explicarse ante su madre lo hacía sufrir más que verse arrojado a la alcantarilla por Gard Jagermeyer, un tío tan estúpido que ni siquiera se habían molestado en enviarlo a los cursos de verano.

--No quiero oír una palabra más -dijo Maggie Tozier, secamente-. Pero la próxima vez que veas llegar a tu padre extenuado, después de trabajar hasta muy tarde por tercera vez consecutiva, piensa un poco, Richie. Hazme el favor, piensa.

--Pero, mamá...

--Basta.

La voz de la madre sonó seca y definitiva; peor aún parecía a punto de llorar. Salió del cuarto y el televisor se encendió a demasiado volumen. Richie se quedó solo, miserablemente sentado ante la mesa de la cocina.

Fue ese recuerdo lo que hizo que Richie volviera a sacudir la cabeza.

--Mis padres son buenas personas, pero jamás creerán algo así.

--¿Y o-o-otros chi-chicos?

Miraron en derredor, recordaría Bill años más tarde, como buscando a alguien que no estaba allí.

--¿Quién? -preguntó Stan-. No sé de nadie que merezca confianza.

--De cu-cu-cualquier modo... -dijo Bill con voz afligida.

Y se produjo un breve silencio, mientras él pensaba qué decir.

3.

Interrogado al respecto, Ben Hanscom habría dicho que Henry Bowers lo odiaba más que a los otros Perdedores por lo que había ocurrido aquel día en Los Barrens, al caer ambos desde Kansas Street y por lo que había ocurrido el día en que él, con Richie y Beverly, habían escapado desde el Aladdin, pero, también y sobre todo, porque, al no permitirle copiar de su examen, había hecho que lo enviaran a los cursos de verano provocando la ira de su padre, Butch Bowers, que tenía fama de loco.

Ante la misma pregunta, Richie Tozier habría dicho que Henry lo odiaba a él más que a nadie por el día en que había escapado, por la gran tienda de Fresse, de él y sus otros mosqueteros.

Stan Uris habría dicho que él era el más odiado por Henry a causa de ser judío. (Estaba en el tercer curso, y Henry, que ya cursaba quinto, le había lavado la cara con nieve hasta hacérsela sangrar mientras él gritaba, histérico de dolor y miedo.)

Bill Denbrough creía merecer todo el odio de Henry por ser flaco y tartamudo y por vestir bien. ("¡P-p-pero m-mmiren a ese ma-ma-maldito mama-marica!", había gritado, Henry, en cierta fiesta escolar, aú verlo aparecer con corbata. Antes de terminar el día, la corbata había sido arrancada de un tirón y arrojada a un árbol de Charter Street).

En realidad, odiaba a los cuatro, pero el habitante de Derry que merecía el primer puesto en la lista de odios de Henry no figuraba en el Club de los Perdedores, aquel 3 de julio. Era un niño negro llamado Michael Hanlon, quien vivía a cuatrocientos metros de la granja de Los Bowers.

El padre de Henry, que merecía plenamente su fama de loco, era Oscar "Butch Bowers. "Butch" Bowers asociaba su declinación financiera, física y mental a la familia Hanlon en general y al padre de Mike en particular. Will Hanlon, según decía siempre a sus pocos amigos y a su hijo, lo había hecho encerrar en la cárcel al morir todos sus pollos.

--Para cobrar el seguro, por supuesto -decía mirando a su público, desafiándolo a negarlo. Hizo algunos de sus amigos mintieran para apoyarlo" Y por culpa suya tuve que vender mi Mercury.

--¿Quién lo respadó, papá? -había preguntado Henry, que tenía ocho años, exaltado ante la injusticia sufrida por su padre. Para sus adentros pensaba que, cuando fuese mayor, buscaría a esos mentirosos, los llenaría de miel y los plantaría en hormigueros, como en esas películas del oeste que pasaban en el Bijou los sábados por la tarde.

Como su hijo era auditorio incansable (aunque, de habérsele preguntado, él habría respondido que así debía ser), Bowers llenaba sus oídos con una letanía de odio y mala suerte. Explicaba a su hijo que, aunque todos los negros eran estúpidos, algunos eran también astutos y que en el fondo, odiaban a los hombres blancos y que querían "hacérselo a las blancas". Tal vez no había hecho sólo por el seguro, después de todo, decía "Butch"; tal vez Hanlon había decidido echarle la culpa de la muerte de esos pollos porque "Butch" era quien tenía el puesto de venta más próximo a la carretera. De todos modos, lo había hecho, tan seguro como que la mierda se pega a las mantas. Y después había conseguido que unos cuantos negrófilos de la ciudad lo respaldaran y amenazaran a "Butch con meterlo en la cárcel si no le pagaba.

--¿Y por qué no? -preguntaba "Butch" a su silencioso hijo, de ojos redondos y cuello sucio-. ¿Por qué no? Después de todo, yo sólo peleé por este país contra los japoneses. Como nosotros había muchos, pero él era el único negro del condado.

Al asunto de los pollos había seguido un incidente tras otro: a su tractor se le había roto el eje; se le rompió el arado bueno en el sembrado norte; le salió en el cuello un grano que se infectó, hubo que abrirlo y, tras una nueva infección, extirparlo quirúrgicamente; el negro empezó a usar su dinero mal habido para bajar sus precios haciendo que "Butch" perdiera clientela.

Aquello era una letanía incesante en los oídos de Henry: el negro, el negro, el negro. Todo era culpa del negro. El negro tenía una bonita casa blanca, con dos

plantas y caldera de petróleo, mientras que "Butch", con su mujer y su hijo, vivían en un cobertizo de papel alquitranado, o poco más. Cuando la granja dejó de dar dinero suficiente y "Butch" tuvo que ir a trabajar en los bosques por una temporada, fue por culpa del negro. Cuando se les secó el pozo, en 1956, fue por culpa del negro.

Meses después, Henry, que tenía diez años, empezó a alimentar a "Mr. Chips", el perro de Mike, con huesos de caldo y bolsas de patatas fritas. Llegó el momento en que "Mr. Chips" sacudía la cola y acudía corriendo cuando él lo llamaba. Cuando el perro estuvo acostumbrado a Henry y sus bocados, recibió medio de carne picada llena de insecticida. Había encontrado el veneno en el cobertizo de atrás y con los ahorros y tres semanas compró la carne en la carnicería de Costello.

"Mr. Chips" comió la mitad de la carne envenenada se detuvo.

--Anda, termina con eso, negro piojoso -lo instó- Henry.

"Mr. Chips" meneó la cola. Como Henry lo había llamado así desde un principio, consideraba que ése era su segundo nombre. Cuando empezaron los dolores, Henry sacó un trozo de soga y ató el perro a un haya, para que no pudiera regresar a su casa. Luego se sentó en una roca plana, calentada por el sol, con la barbilla, apoyada en las manos, para ver agonizar al animal. Tardó mucho en morir, pero a Henry le pareció tiempo bien empleado. Al final, "Mr. Chips" tuvo convulsiones; por entre los dientes le escurría una espuma verde.

--¿Te gusta, negro piojoso? -preguntó Henry. El perro, al oír su voz, levantó sus ojos moribundos y trató de menear la cola-. ¿Te ha gustado el almuerzo perro de mierda?

Una vez el perro estuvo muerto, Henry le quitó la soga y volvió a su casa, a contar a su padre lo que había hecho. Por aquel entonces Oscar Bowers estaba rematadamente loco; un año después, su esposa lo abandonaría después de recibir una paliza de muerte. Henry sentía por su padre el mismo miedo y a veces lo odiaba espantosamente, pero también lo amaba. Y esa tarde, después de contarle lo que había hecho, sintió que por fin había hallado la clave para lograr el afecto de su padre, porque "Butch" le dio en la espalda unas palmadas tan fuertes que el chico estuvo a punto de caer, lo llevó a la sala y le sirvió una cerveza. Era la primera vez que Henry tomaba cerveza y por el resto de su vida asociaría su sabor con emociones positivas: victoria y amor.

--Brindemos por un trabajo bien hecho -había dicho el demente padre de Henry.

Entrechocaron sus botellas pardas y bebieron su contenido. Hasta donde Henry podía asegurarlo, los negros nunca descubrieron quién había matado al perro, pero debían tener sus sospechas. Ojalá las tuvieran.

Los del Club de Perdedores conocían a Mike de vista; al ser el único niño negro de la ciudad, habría sido extraño que no lo conocieran. Pero eso era todo, porque Mike no iba a la escuela municipal. Como su madre era bautista devota, lo enviaban a la escuela religiosa de Neibolt Street. Entre las lecciones de geografía, lectura y aritmética, había lecciones bíblicas y análisis de temas tales como "El significado de los diez mandamientos en un mundo sin Dios", y coloquios sobre cómo tratar los problemas morales de cada día (si uno veía a un compañero robar algo en una tienda, por ejemplo, u oía que un maestro pronunciaba el nombre de Dios en vano).

Para Mike, la escuela religiosa estaba bien. A veces sospechaba, aunque de un modo muy vago, que se estaba perdiendo algunas cosas, tal vez una comunicación más amplia con la gente de su edad, pero estaba dispuesto a esperar al instituto para llegar a ellas. La perspectiva lo ponía un poco nervioso, porque su piel era parda, pero sus padres recibían buen trato, de la gente de la ciudad, hasta donde él podía apreciar y Mike estaba convencido de que, si él trataba bien a los otros, a él se lo trataría de la misma manera.

La excepción a esa regla era, por supuesto, Henry Bowers.

Aunque trataba de demostrarlo lo menos, posible, Mike vivía aterrorizado por su causa. En 1958, Mike era delgado y de buena contextura, más alto, que Stan Uris, pero menos que Bill Denbrough. Era rápido y ágil, lo cual lo había salvado de varias palizas a manos de Henry. Además, por supuesto, iban a distintas escuelas. Gracias a eso y a la diferencia de edad, sus caminos convergían rara vez. Mike se tomaba muchas molestias para que así fuese. Por eso, la ironía consistia en que, aunque Henry lo odiaba más que a ningún otro chico de Derry, lo había acosado menos que a los otros.

Tenía sus marcas, desde luego. Tras la muerte del perro, en la primavera, Henry saltó de entre los arbustos mientras Mike caminaba hacia la ciudad para ir a la biblioteca. Se acercaba el fin de marzo y hubiera podido ir en bicicleta porque hacía bastante calor, pero en aquellos tiempos Witcham Street terminaba en tierra más allá de la casa de los Bowers; por lo tanto, en aquella temporada era un pantano, donde las bicicletas no servían para nada.

--Hola, negro -había dicho Henry saliendo de entre los matojos con una gran sonrisa.

Mike retrocedió dirigiendo rápidas miradas cautelosas a derecha e izquierda, buscando una posibilidad de huir. Sabía que, si lograba eludir a Henry, podría sacarle buena ventaja. Henry era grande y fuerte, pero lento.

-Voy a hacerme un muñeco de alquitrán -dijo Henry, avanzando hacia él-. No eres tan negro como, hace falta, pero yo me encargo de eso.

Mike desvió los ojos a la izquierda y torció el cuerpo en esa dirección. Henry cayó era la trampa y se arrojó hacia allí, tan rápida y pronunciadamente que no pudo echarse atrás. Mike, invirtiendo el movimiento con dulce y natural celeridad, echó a correr hacia la derecha (en el instituto integraría el equipo de fútbol; una fractura de pierna le impediría cubrir el récord de puntos anotados). Habría escapado con facilidad de no ser por el barro: Estaba resbaladizo y Mike cayó de rodillas. Antes de que pudiera levantarse Henry cayó sobre él.

--¡"Neggronegggroneeegro"! -gritó Henry, en una especie de éxtasis religioso, mientras lo hacía rodar.

El barro subió por su espalda y por el fondillo de sus pantalones. Sintió que se le metía en los zapatos. Pero sólo empezó a llorar cuando Henry le untó la cara de lodo tapándole las fosas nasales.

--¡Ahora sí que eres negro! -aulló Henry, alegremente, mientras le frotaba el pelo con barro-. ¡Ahora eres negro de verdad! -Desgarró su chaqueta y la camiseta que llevaba debajo y le plantó una cataplasma oscura en el ombligo-. ¡Ahora eres más negro que la medianoche! -vociferó, triunfal, mientras aplicaba tapones de barro a sus orejas. Luego se echó atrás, y chilló-: ¡"Yo" maté a tu perro, negro!

Pero, Mike no lo oyó por el barro que tenía en las orejas y por sus propios sollozos aterrorizados.
Por fin, Henry pateó un -último terrón pegajoso contra él y se encaminó hacia su casa sin mirar atrás. Pocos momentos después Mike se levantó e hizo otro tanto, aún llorando.
Por supuesto, su madre se puso furiosa; quería que Will Hanlon llamara al comisario Borton para que fuera a casa de los Bowers antes del anochecer.
--No es la primera vez que persigue a Mikey -le oyó decir el chico, sentado en la bañera, mientras sus padres hablaban en la cocina. Era su segundo baño; el agua del primero se había puesto negra casi en el instante en que se sumergió en ella. La madre, en su cólera, había vuelto a su denso dialecto tejano, que al chico le era apenas comprensible-. ¡Mándale la policía, Will Hanlon! ¡El perro y la criatura! Les mandas a la policía, ¿me entiendes?
Will entendió, pero no hizo lo que su esposa le pedía. Al cabo de un rato, cuando ella se hubo tranquilizado (por entonces era de noche y Mike dormía desde hacía dos horas) él le recordó la realidad de la vida. El comisario Borton no era el viejo Sullivan. Si hubiera ocupado ese puesto en la época del incidente con los pollos, Will jamás habría conseguido sus doscientos dólares. Algunos hombres apoyaban; otros, no. Borton era de estos últimos. En realidad, era un veleta.
--No es la primera vez que Mike tiene problemas con ese chico -dijo a Jessica-. Pero no los tiene graves porque se cuida de Henry Bowers. Esto servirá para que ponga aún más cuidado.
--Entonces, ¿vas a permitir que se salgan con la suya?
--Supongo que Bowers ha contado a su hijo muchas mentiras sobre lo que le pasó conmigo -dijo Will-. Por eso el chico nos odia, y porque el padre le ha dicho que hay que odiar a los negros. Todo se remonta a eso. No puedo cambiar el hecho de que nuestro hijo es negro, así como no puedo decirte que Henry Bowers será el último en odiarlo por el color de su piel. Tendrá que entenderse con eso por el resto de su vida, como me ha pasado a mí y como te ha pasado a ti. Hasta en esa escuela cristiana a la que te empeñaste en que fuese, la maestra les dijo que los negros no eran tan buenos como los blancos porque Cam, hijo de Noé, miró a su padre cuando estaba desnudo y borracho, mientras los otros dos hijos apartaron la vista. Por eso los hijos de Cam fueron condenados a ser siempre taladores de bosques y acarreadores de agua, les dijo. Y según Mikey, lo miraba directamente a él mientras contaba la historia.
Jessica miró a su marido con expresión angustiada. Cayeron dos lágrimas, una de cada ojo, que resbalaron lentamente por su cara.
--¿No hay forma de salvarse de esto, jamás?
La respuesta fue bondadosa, pero implacable; en aquellos tiempos, las mujeres tenían fe en sus maridos Jessica no había recibido motivos para dudar de su Will.
--No. No hay modo de salvarse de que nos traten de negros, ni ahora ni en el mundo en que hemos nacido. Los negros campesinos de Maine siguen siendo negros. A veces pienso que, si volví a Derry, es porque no había mejor lugar para recordarlo. Pero voy a hablar con nuestro hijo.
Al día siguiente llevó a Mike al granero. Will se sentó en el yugo del arado y dio unas palmaditas a su lado, para que Mike lo imitara.
--Te conviene mantenerte lejos de Henry Bowers -le dijo.

Mike asintió.
--Su padre está loco.
Mike volvió a asentir. Había oído hablar de eso en la ciudad y sus pocos encuentros con el señor Bowers reforzaban esa idea.
--Y no quiero decir que esté un poco chiflado -prosiguió Will, encendiendo un cigarrillo liado por él, mientras miraba a su hijo-. Está a tres pasos del loquero. Así volvió de la guerra.
--Creo que Henry también está loco -dijo Mike.
Su voz sonaba baja pero firme, y eso fortaleció el corazón del padre. Sin embargo, aunque su vida incluía incidentes tales como haber estado a punto de morir quemado vivo en una improvisada taberna llamada Black Spot, no podía creer que un chico como Henry estuviera loco.
--Bueno, presta demasiada atención a su padre, pero eso es natural -dijo. Sin embargo, su hijo estaba mucho más cerca de la verdad. Henry Bowers, ya por asociación constante con su padre o por otro motivo, algo interno, estaba enloqueciendo, lenta pero seguramente.
--No quiero que vivas huyendo -dijo Will- pero por el hecho de ser negro tendrás que soportar muchas cosas. ¿Comprendes lo que quiero decir?
--Si, papá -dijo Mike, pensando en Bob Gautier, un compañero de escuela.
Bob había tratado de explicarle que lo negro no podía ser un insulto porque su padre lo decía constantemente. Más aún, afirmaba Bob, gravemente, debía de ser un elogio, porque en la pelea que transmitieron por televisión, el viernes por la noche, su padre había dicho, de un luchador que, después de una gran paliza, seguía de pie: "Tiene la cabeza más dura que un negro." "Y mi papá es tan cristiano como tu papá", había concluido el chico. Mike recordaba que, al mirar aquella cara blanca, enjuta y severa, no había sentido rabia, sino una terrible tristeza que le daba ganas de llorar. En la cara de Bob veía franqueza y buenas intenciones, pero su sensación era de soledad, de distancia, de un gran vacío sibilante entre él y el otro chico.
--Veo que me entiendes -dijo Will, revolviéndole el pelo-. Así pues, tienes que mirar muy bien dónde pisas. Tienes que preguntarte si Henry Bowers vale la pena. ¿Vale la pena?
--No -dijo Mike-. No, no la vale.
Pasaría un tiempo antes de que cambiara de idea. Eso ocurrió, en realidad, el 3 de julio de 1958.

4.

Mientras Henry Bowers, Victor Criss, Belch Huggins, Peter Gordon y un chico de la secundaria medio retrasado que se llamaba Steve Sadler (a quien conocían por el apodo de "Moose", por el personaje de "Archie sus amigos") perseguían al sofocado Mike Hanlon por vías del ferrocarril en dirección a Los Barrens. Distantes unos seiscientos metros, Bill y el resto de los Perdedores seguían sentados en la ribera del Kenduskeag, estudiando aquel problema de pesadilla.
--C-c-creo que sé dó-dónde está -dijo Bill, rompiendo por fin el silencio.
--En las cloacas -agregó Stan.

Y todos dieron un respingo, ante un ruido súbito y áspero. Eddie, con una sonrisa de culpabilidad, volvió a dejar el inhalador en su regazo.
Bill asintió.
--Ha-hace unas n-noches p-p-pregunté a mi pa-pa-dre co-cómo eran las c-ccloacas.
--Toda esta zona era originariamente un pantano -explicó Zack a su hijo-, y los fundadores de la ciudad se las arreglaron para edificar lo que ahora es el centro en la peor parte posible. La sección del canal que corre bajo las calles Main y Center para salir en el parque Bassey es sólo un desagüe que contiene al Kenduskeag. La mayor parte del año, esos desagües están casi vacíos, pero, son importantes cuando se producen inundaciones... -Hizo una pausa, pensando, quizá, que durante la inundación del otoño anterior había perdido a su hijo menor-. A causa de las bombas -concluyó.
--¿Q-q-qué bombas? -preguntó Bill, girando la cabeza sin siquiera darse cuenta. Cuando tartamudeaba en ciertos sonidos, solía despedir saliva sin notarlo.
--Las bombas de drenaje -dijo su padre-. Están en Los Barrens. Son tubos de cemento que sobresalen casi un metro del suelo.
--B-b-ben Ha-hanscom les dice a-aagujeros Mo-Morlock -dijo Bill, sonriendo.
Zack le devolvió la sonrisa... pero era apenas una sombra de sus sonrisas de antes. Estaban en el taller, donde Zack hacía clavijas para sillas sin mayor interés
--En realidad, son sólo bombas de sumidero -explicó-. Están puestas en cilindros, a unos tres metros de profundidad y bombean el agua residual y la de escurrimiento cuando la inclinación de la tierra se nivela o asciende un poco. La maquinaria es vieja: habría que cambiarla, pero cuando el municipio pide fondos, el concejo siempre dice que no hay. Si me hubieran dado veinticinco centavos por cada vez que he debido meterme allí abajo, hundido hasta las rodillas en excrementos, para rebobinar alguno de esos motores...
Pero no tienes por qué oír hablar de estas cosas, Bill. ¿Por qué no vas a mirar la tele? Creo que dan algo bueno.
--Pe-pe-pero me int-interesa -dijo Bill, y no sólo por haber llegado a la conclusión de que había algo terrible bajo Derry, en algún lugar.
--¿Para qué quieres saber sobre las bombas de cloaca? -preguntó Zack.
--U-un inf-informe para la e-eescuela -dijo Bill, descabelladamente.
--¡Pero si las clases ya terminaron!
--P-p-para el año q-q-que viene.
--Bueno, es un tema muy aburrido -dijo Zack-. Lo más probable es que tu maestro te suspenda por aburrido. Mira, éste es el Kenduskeag. -Dibujó una línea recta en la leve capa de aserrín que cubría el banco de carpintero-. Aquí están Los Barrens. Ahora bien, como el centro es más bajo que las zonas residenciales, como las calles Kansas, Old Cape o Broadway Oeste, casi todas las aguas residuales del centro deben ser bombeadas para que lleguen al río. Las aguas residuales de las casas bajan en Los Barrens por cuenta propia, ¿ves?
--S-s-sí -dijo Bill, acercándose para mirar las líneas hasta que su hombro quedó contra el brazo de su padre.
--Algún día prohibirán bombear al río desechos sin procesar y entonces se acabará todo esto. Por el momento, tenemos bombas en ésos... ¿cómo les llama tu amigo?

--Agujeros Morlock -dijo Bill sin tartamudear. Ni él ni su padre se dieron cuenta.
--Sí. Para eso son las bombas de los agujeros Morlock, como te decía, y funcionan bastante bien, salvo cuando llueve demasiado y se desbordan los arroyos. Porque, aunque los desagües de gravedad y las cloacas con bombas deberían ser sistemas separados, en realidad se entrecruzan por toda la zona. ¿Lo ves? -Dibujó una serie de cruces que irradiaban desde la línea que representaba al Kenduskeag. Bill asintió-. Bueno, lo único que necesitas saber sobre desagües es que el agua va donde puede. Cuando sube mucho, comienza a llenar los desagües, además de las cloacas. Cuando el agua de los desagües sube al punto de llegar a esas bombas, se producen cortocircuitos. Eso me complica la vida, porque a mi me toca arreglarlas.
--¿Q-q-qué tam-tamaño t-t-tienen las c-cloacas y los des-desagües, papá?
--¿Te refieres al diámetro?
Bill asintió.
--Las cloacas principales pueden tener hasta un metro ochenta de diámetro. Las secundarias, que vienen de las zonas residenciales, un metro veinte, uno y medio, calculo; tal vez las haya algo más grandes. Y te diré una cosa, Billy, y repítesela a tus amigos: no entréis nunca en esos tubos, ni para jugar ni por motivo alguno.
--¿Por qué?
--Desde 1885, hubo diez o doce gobiernos diferentes que las fueron construyendo. Durante la Depresión se instaló todo un sistema secundario de drenaje y otro terciario de cloacas; por entonces había mucho dinero para obras públicas. Pero los tíos que se encargaron de esos proyectos murieron en la guerra y, unos cinco años después, el departamento de aguas descubrió que los planos habían desaparecido en su mayor parte. Unos cuatro kilos de planos desaparecieron sin dejar rastro entre 1937 y 1950. Eso quiere decir que nadie sabe a dónde van esas malditas tuberías ni por qué.
--Mientras funcionan, a nadie le importa. Cuando dejan de funcionar, el departamento de aguas envía a tres o cuatro pobres tíos que deben descubrir qué bomba se estropeó o dónde está el atascamiento. Y cuando bajan, más les vale prepararse. Está oscuro, huele mal y hay ratas. Todos son buenos motivos para no meterse, pero hay otro más importante: que uno puede perderse. No sería la primera vez.
"Perdidos debajo de Derry. Perdidos en las cloacas. Perdidos en la oscuridad." La idea era tan horrible, tan escalofriante, que Bill enmudeció por un momento. Luego dijo:
--Pero ¿nunca ma-ma-mandaron a alguien a hacer un mapa...?
--Tengo que terminar estas clavijas -dijo Zack abruptamente, volviéndole la espalda-. Ve a ver qué echan por la tele.
--Pe-pe-pero, pa-papá...
--Anda, Bill.
Y Bill sintió otra vez la frialdad. Aquella frialdad convertía las cenas en una especie de tortura mientras su padre hojeaba publicaciones especializadas en electricidad (quería conseguir un ascenso para el año siguiente) y su madre leía sus interminables novelas de misterio británicas: Marsh, Sayers, Innes, Allingham. Comiendo en esa frialdad, la comida perdía su sabor; era como comer cenas congeladas. A veces, después, subía a su dormitorio y se tendía en la cama

sujetando su contraído estómago y pensaba: "Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto los espectros." Pensaba en eso cada vez más desde la muerte de Georgie, aunque hacía dos años que su madre le había enseñado el trabalenguas. En su mente había tornado un sentido de talismán: el día en que pudiese acercarse a su madre y pronunciar esa frase sin tartamudear ni detenerse, mirándola a los ojos, la frialdad se disiparía y a ella se le iluminarían los ojos y lo abrazaría, diciendo: "¡Magnífico, Billy! ¡Qué bien lo has hecho!"

Naturalmente, no había contado eso a nadie. No habrían podido arrancárselo ni arrastrándolo con caballos salvajes; ni el potro ni el látigo le habrían hecho renunciar a esa fantasía secreta que guardaba en el centro de su corazón. Si llegaba a pronunciar esa frase, la que ella le había enseñado como por casualidad, una mañana de sábado, mientras él y Georgie veían dibujos animados en la tele, eso sería como el beso que había despertado a la Bella Durmiente de su frío sueño para volverla al cálido mundo del amor del Príncipe Azul.

"Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, e insiste, infausto, que ha visto los espectros."

Tampoco lo contó a sus amigos aquel 3 de julio. En cambio, les explicó lo que su padre le había dicho sobre los sistemas cloacales y de desagüe de Derry. Era un niño al que las invenciones le surgían fácil y naturalmente (a veces con más facilidad que la verdad); por lo tanto, la escena que pintó fue muy diferente de la que había servido de marco a la conversación: él y su padre, dijo, habían estado viendo la tele y tomando café juntos.

--¿Tu padre te deja tomar café? -preguntó Eddie.

--P-p-por sup-supuesto.

--Oh -exclamó Eddie-. Mi madre no me deja. Dice que la cafeína es peligrosa. -Hizo una pausa-. Pero, ella toma a montones.

--Mi padre me deja tomar café -dijo Beverly-. Pero si supiera que fumo, me mataría.

--¿Por qué estáis tan seguros de que está en las cloacas? -preguntó Richie, mirando alternativamente a Bill y a Stan Uris.

--P-p-porque t-t-todo apunta allí -dijo Bill-. L-l-las voces que oyó Be-be-beverly ve-venían del sumidero. Y la s-s-sangre. C-cuando el pa-payaso nos p-p-persiguió, esos b-botones naranja estaban junto una b-b-boca de t-tormenta. Y Ge-georgie...

--No era un payaso, Gran Bill -dijo Richie-. Ya te lo he dicho. Ya sé que parece una locura, pero era un hombrelobo. -Miró a los otros, a la defensiva-. Lo juro. Yo lo vi.

Bill dijo:

--Para ti fue un hom-b-b-bre-l-llobo.

--¿Eh?

--¿N-no te das c-c-cuenta? Ti viste un homb-bre-l-l-lobo por la pe-película que d-d-dieron en el A-a-aladdin.

--No entiendo.

--Creo que yo sí -apuntó Ben, en voz baja.

--F-f-fui a la bi-blioteca y lo b-bbusqué -insistió Bill-. Creo que es un gl-gl... -Hizo una pausa, forzando la garganta, y lo escupió-: "Glamour".

--¿Clamor? -preguntó Eddie, dubitativo.

--"G-g-glamour" -corrigió, Bill-. Con G de g-g-gato.
Les habló de lo que decía la enciclopedia sobre el tema y sobre un capítulo que había leído en un libro llamado "La verdad de la noche". El "glamour", les dijo, era el nombre gaélico de la criatura que, estaba asolando Derry; otras razas y otras culturas tenían nombres diferentes para designarlo, pero todos significaban lo mismo. Los indios de las llanuras lo llamaban "manitú"; a veces tomaba la forma de un puma, un alce o un águila. Esos mismos indios creían que, a veces, el espíritu de un "manitú" podía entrar en una persona; en esos casos, ellos podían dar a las nubes la forma de los animales que daban nombre a sus casas. Los himalayos le llamaban "tallus" o "taelus"; era un ser mágico y maligno que podía leer los pensamientos y asumir la forma de aquello que uno más temía. En Europa central se lo había llamado "eylak", hermano del "vurderlak" o vampiro. En Francia era "le loup-garou", "el que cambia de piel", concepto torpemente traducido por hombre-lobo. Pero bill les dijo que "le loup-garou" (que él pronunciaba "le lup-garú") podía convertirse en cualquier cosa: en lobo, halcón, oveja y hasta en bicho.
--¿Y alguno de esos libros decía cómo vencer a un "glamour"? -preguntó Beverly.
Bill hizo un gesto de asentimiento, pero no parecía muy esperanzado.
--Los him-himalayos tenían un ri-ririto para de-de-deshacerse de e-e-él, pero es as-asqueroso.
Lo miraron. No querían oírlo, pero era preciso.
--Ses-se llamaba ri-rito de "ChChüd" -dijo Bill, y paso a explicarlo.
El santón de los himalayos rastreaba al "taelus". El "taelus" sacaba la lengua. Entonces uno hacía lo mismo. Se superponían las lenguas y los dos mordían con fuerza hasta quedar como injertados, ojo contra ojo.
--Oh, tengo ganas de vomitar -dijo Beverly.
Ben le dio una palmadita vacilante en la espalda; luego miró alrededor para ver si alguno se había dado cuenta. Nadie; los otros miraban a Bill, hipnotizados.
--¿Y entonces? -preguntó Eddie.
--B-b-bueno, pa-parece una l-l-locura, pero el libro d-d-dice que entonces empezaban a c-c-contar chi-chistes y adivinanzas.
--¿Qué? -exclamó Stan.
Bill asintió, con la cara del periodista que desea transmitir, sin decirlo directamente, que no es él quien fabrica la noticia, que se limita a transmitirla.
--A-Así. Pri-primero el monstruo, el "t-t-taelus", c-cuenta uno; des-después el santón, y así, p-p-por tu-turnos...
Beverly volvió a sentarse, con las rodillas contra el pecho y las manos cruzadas a la altura de las pantorrillas.
--No me explico cómo pueden hablar con las lenguas... clavadas de ese modo.
Richie sacó la lengua, la sujetó con los dedos y entonó:
--¡Mi padre trabaja en un cagadero!
Eso los hizo reír a todos, aunque era un chiste muy tonto.
--A-a-a lo m-mejor era por t-t-telepatía. P-p-pero s-si el hu-hu-humano reía pri-primero, a ppp-esar del do-dodo...
--¿Dolor? -preguntó Stan.
Bill asintió.

--... entonces el "taelus" lo ma-mamataba y se lo c-c-comía. El alma, supongo. P-p-pero si el ho-hom-bre hacía reír p-p-primero al "t-taelus", él se tenía que ir lejos p-p-por ci-cien a-aaños.

--Y el libro, ¿no dice de dónde viene algo así? -preguntó Ben.

Bill negó con la cabeza.

--¿Te crees algo de todo eso? -preguntó Stan, como si quisiera burlarse y no hallara fuerza mental ni moral para hacerlo.

Bill se encogió de hombros.

--C-c-c-casi lo c-creo.

Parecía a punto de decir algo más, pero meneó la cabeza y guardó silencio.

--Eso explica muchas cosas -dijo Eddie-. El payaso, el leproso, el hombre-lobo... -Miró a Stan-. Y los niños muertos, supongo.

--Este trabajo es a medida para Richard Tozier -dijo Richie con la voz de locutor de noticiero cinematográfico-. El hombre de los mil chistes y los seis mil acertijos.

--Si te lo encargáramos a ti, nos mataría a todos -dijo Ben-. Lentamente. Con gran sufrimiento.

Todos volvieron a reír.

--Bueno, pues entonces ¿qué hacemos? -inquirió Stan.

Una vez más, Bill sólo pudo mover la cabeza... y sintió que casi lo sabía. Stan se levantó.

--Vámonos a otra parte -dijo-. Se me está durmiendo el culo.

--A mi me gusta estar aquí -dijo Beverly-. Hay sombra y se está bien. -Echó un vistazo a Stan-. Supongo, que quieres hacer cosas de críos, como ir al vertedero a romper botellas a pedradas.

--A mi me gusta romper botellas a pedradas -dijo Richie, levantándose junto con Stan-. Es que llevo dentro a un James Dean, nena. -Se levantó el cuello de la camisa y empezó a dar grandes pasos, como Dean en "Rebelde sin causa"-. Me hacen sufrir -dijo con cara de malhumor, rascándose el pecho-. Ya entiendes, claro. Mis padres. La escuela. La so-cie-dad. Todos. Son las presiones, nena. Es...

--Es una porquería -dijo Beverly con un suspiro.

--Tengo algunos petardos -dijo Stan.

Todos se olvidaron de los "glamoures", los "manitúes" y la mala imitación de Richie al ver el paquete de petardos que Stan acababa de sacar de su bolsillo. Hasta Bill quedó impresionado.

--P-por Dios, St-St-Stan, ¿de d-d-dónde los has sacado?

--Me los dio ese chico gordo con el que voy a la sinagoga algunas veces. Se los cambié por revistas de "Superman" y "La pequeña Lulú".

--¡Vamos a hacerlos estallar! -exclamó Richie-. Vamos a hacerlos estallar, Stanny, y no le diré a nadie que tú y tu papá mataron a Jesucristo, lo prometo, ¿qué te parece? Diré que tienes la nariz pequeña, Stanny. ¡Les diré que no estás circuncidado!

Beverly se desternilló de risa. Y Bill. Y también Eddie. Al cabo de un momento, hasta Stan los imitó. Esas risas flotaron sobre la ancha corriente del Kenduskeag, en aquella víspera del día de la Independencia; era un sonido de verano, brillante como rayos de sol rebotando en el agua. Ninguno de ellos vio los ojos naranja que los miraban fijamente desde un matorral de espinos y moras silvestres, a la izquierda. Esas zarzas cubrían la ribera a lo largo de diez metros. En el centro

había un agujero Morlock. Era desde ese tubo de cemento sobresaliente que miraban aquellos ojos, del diámetro de barriles.

5.

Si Mike tropezó con Henry Bowers y su no muy alegre banda aquel mismo día, fue por ser víspera del glorioso 4 de julio. La escuela religiosa tenía una banda en la que Mike tocaba el trombón. El día 4, la banda marcharía en el desfile anual tocando hinmos y marchas. Era una ocasión que Mike esperaba ansiosamente desde hada más de un mes.

Fue caminando al último ensayo porque su bicicleta tenía la cadena salida. Debía estar allí a las dos y media, pero salió de su casa a la una, porque quería limpiar su trombón, guardado en la sala de música, hasta que brillara. Aunque sus ejecuciones no eran mejores que las voces de Richie, le gustaba el instrumento; cuando se sentía triste, media hora de trombonazos le animaba a la perfección. Llevaba en un bolsillo una lata de pulidor de metales y, colgando de la cadera, dos o tres trapos limpios. Nada más lejos de sus pensamientos que la existencia de Henry Bowers.

Si hubiera echado un vistazo atrás al aproximarse a Neibolt, todo habría cambiado, pues allí estaban Henry, Victor, Belch, Peter Gordon y Moose Sadler, a lo ancho de toda la carretera. Y si ellos hubieran salido de la casa de Bowers cinco minutos después, cuando Mike estuviese ya fuera de vista, tras la loma siguiente, la apocalíptica batalla a pedradas y todo lo que siguió habrían sucedido de otro modo o nada de todo eso habría pasado.

Pero fue el mismo Mike, años después, quien sugirió que ninguno de ellos era dueño de sus propios actos en los eventos de ese verano; que si la suerte y el libre albedrío hubieran desempeñado algún papel había sido ínfimo. Señalaría varias coincidencias sospechosas en aquel almuerzo del reencuentro, pero había una, al menos, de la que él no tenía conciencia.

Aquel día, la reunión en Los Barrens se interrumpió cuando Stan Uris sacó los petardos y el Club de los Perdedores se encaminó al vertedero para hacerlos estallar. Mientras tanto, Victor, Belch y los otros habían ido a la granja de los Bowers porque Henry tenía petardos, buscapiés y M-80 (cuya posesión se convertiría en delito pocos años después). Los gamberros pensaban bajar a la carbonera del patio del ferrocarril para hacerlos estallar.

Ninguno de ellos, ni siquiera Belch, iba a la granja de los Bowers en circunstancias ordinarias, principalmente porque el padre de Henry estaba loco, pero también porque siempre terminaban ayudando a Henry con sus trabajos: arrancar hierbas, recoger piedras, cortar leña, cargar agua, enfardar heno y cosechar lo que estuviese maduro en ese momento. Esos chicos no eran alérgicos al trabajo exactamente, pero bastante tenían que hacer en sus propias casas sin necesidad de sudar por el chiflado de "Butch", a quien no le importaba mucho quién recibiese sus golpes. Una vez había pegado a Victor Criss con un leño por dejar caer un cesto de tomates que llevaba al puesto de la carretera. Recibir un leñazo no era nada agradable, pero lo peor era que "Butch" Bowers había

canturreado: "¡Voy a matar a todos lo japoneses! ¡Voy a matar a todos los japoneses, joder!", mientras le pegaba.
Belch Huggins, tonto como era, había sabido expresarlo perfectamente al decir a Victor, dos años antes: "Con los locos no se jode." Y Victor, riendo, había estado de acuerdo.
Pero el canto de sirena de esos petardos había sido irresistible.
--Te propongo una cosa, Henry -dijo Victor, cuando Henry lo llamó a las nueve de la mañana para invitarlo-. Nos encontramos en la carbonera a eso de la una. ¿Qué te parece?
--Si vas a la carbonera a eso de la una no me encontrás -respondió Henry-. Tengo demasiado que hacer. Si apareces a las tres, me encontrás. Y el primer M-80 te estallará directamente en el culo, Vic.
Vic, tras una breve vacilación, accedió a ayudarlo.
Los otros también fueron. Entre los cinco, todos chicos corpulentos que trabajaron como esclavos, las tareas estuvieron terminadas en las primeras horas de la tarde. Cuando Henry preguntó a su padre si podía irse, Bowers se limitó a mover lánguidamente la mano. Ya se había instalado en el porche trasero para pasar la tarde con una botella de sidra junto a la mecedora y la radio portátil en la barandilla (esa tarde, los Red Sox jugaban con los Senators de Washington). Cruzada sobre el regazo tenía una espada japonesa desenvainada, recuerdo de la guerra que, según contaba, había arrancado al cuerpo de un japonés moribundo, en la isla de Tarawa (en realidad, la había cambiado por seis botellas de cerveza y tres cigarrillos de marihuana, en Honolulú). En aquellos tiempos, Butch siempre sacaba su espada cuando bebía. Y como todos los chicos, incluido su propio hijo, estaban secretamente convencidos de que, tarde o temprano, atacaría a alguien con ella, lo mejor era poner distancia cuando aparecía en el regazo de Butch.
Los chicos acababan de salir a la carretera cuando Henry divisó a Mike Hanlon.
--¡Es el negro! -dijo, con los ojos encendidos como los de un niño que espera la inminente llegada de Papá Noel.
--¿El negro? -Belch Huggins parecía desconcertado, porque muy rara vez veía a los Hanlon. De pronto, sus ojos turbios se iluminaron-. ¡Ah, el negro, sí! ¡Vamos a atraparlo, Henry! Belch salió disparado. Los otros iban a seguirlo pero Henry los sujetó. Henry tenía más experiencia que sus compañeros tratándose de perseguir a Mike Hanlon; sabía que atraparlo no era fácil. Ese negrito corría, sí.
--No nos ve. Caminemos rápido hasta que nos descubra. Así acortaremos la distancia.
Así lo hicieron. Para un observador habría resultado divertido: los cinco parecían participantes en esa peculiar competencia olímpica del decathlón. La respetable tripa de Moose Sadler subía y bajaba bajo la remera. La cara de Belch iba cubierta de sudor y no tardó en ponerse roja. Pero la distancia entre ellos y Mike se acortaba: doscientos metros, ciento cincuenta, cien... Y hasta ese momento, el negrito no había mirado hacia atrás. Se lo oía silbar.
--¿Qué le vas a hacer, Henry? -preguntó Victor Criss en voz baja.
Parecía sólo interesado, pero en verdad estaba preocupado. En los últimos tiempos, Henry lo preocupaba cada vez más. No le molestaba que quisiera dar a Hanlon una paliza, desgarrarle la camisa o arrojar sus pantalones a la rama de un árbol, pero no estaba seguro de que fuera eso lo que Henry tenía pensado. Ese

año habían tenido varios encuentros desagradables con los niñatos de la escuela primaria municipal a los que su amigo llamaba "mierditas secas". Henry estaba acostumbrado a dominarlos y aterrorizarlos, pero desde marzo venían burlándolo una y otra vez. Habían perseguido a uno de ellos, Tozier, el cuatro-ojos, hasta Freese, sólo para perderlo cuando parecían tenerlo seguro. Y en el último día de clases, el chico Hanscom...

Pero a Victor no le gustaba pensar en eso.

Lo que le preocupaba era esto, simplemente: que Henry pudiera llegar "demasiado lejos". Qué era "demasiado lejos", prefería no pensarlo. Pero su intranquilo corazón planteaba la pregunta.

--Lo atraparemos y lo llevaremos a la carbonera -dijo Henry-. Tengo pensado ponerle un par de petardos en los zapatos para ver si baila.

--Pero los M-80 no, Henry, ¿eh?

Si Henry pretendía algo así, Victor se largaría. Con un M-80 en cada zapato, ese negro perdería los pies, y eso si era llegar "demasiado lejos".

--De ésos tengo sólo cuatro -dijo Henry sin apartar la vista de la espalda de Mike Hanlon. La distancia se había reducido a setenta y cinco metros, de modo que habló en voz baja-. ¿Crees que voy a desperdiciar dos en un negro roñoso?

--No, Henry, claro.

-Le pondremos sólo un par de petardos en los zapatos -dijo Henry-. Después lo dejaremos desnudo y arrojaremos la ropa a Los Barrens. A lo mejor, al ir a buscarla se enreda en hidra venenosa.

--También podemos revolcarlo en el carbón -dijo Belch. Sus ojos, antes opacos, estaban relucientes-. ¿Te parece bien, Henry?

--Buena idea, sí -respondió el otro con un tono indiferente que a Victor no terminó de gustarle- Lo revolcaremos en el carbón tal como lo revolqué en el barro la vez pasada. Y... -Henry sonrió, mostrando los dientes que ya empezaban a estropearse, aunque sólo tenía doce años-. Tengo que decirle algo. Creo que la vez pasada no me oyó.

¿De que se trata, Henry? -preguntó Peter. Peter Gordon sólo sentía interés y entusiasmo. Provenía de una de las "buenas familias" de Derry. Vivía en Broadway Oeste y, dentro de dos años, lo enviarían al instituto de Groton... por lo menos, eso creía él, aquel 3 de julio. Era más inteligente que Vic Criss pero como no llevaba mucho tiempo en el grupo, no se daba cuenta del modo en que Henry iba degenerando.

--Ya te enterarás -dijo Henry- Ahora cállate, que nos estamos acercando.

Estaban a veinticinco metros de Mike. Henry iba a abrir la boca para ordenar el ataque cuando Moose Sadler disparó el primer petardo del día. Moose había comido tres platos de habas la noche anterior y el pedoneo sonó como un disparo.

Mike se volvió. Henry vio que dilataba los ojos.

--¡Cogedlo! -aulló.

Mike permaneció petrificado por un instante. Luego salió disparado para salvar la vida.

6.

Los Perdedores se abrieron paso entre los bambúes de Los Barrens en este orden: Bill, Richie; Beverly, que caminaba esbelta y bonita con sus vaqueros y su blusa blanca, sin mangas; Ben, que trataba de no bufar demasiado (aunque ese día hacia más de 27 grados, se había puesto una de sus sudaderas holgadas); Stan, y Eddie, que cerraba la marcha con su inhalador asomando por el bolsillo delantero.

Bill había caído en una fantasía de "safari en la jungla", como solía ocurrir cuando caminaba por esa parte de Los Barrens. Las cañas, altas y blancas, limitaban la visibilidad al sendero que ellos habían abierto. La tierra era negra y elástica, con parches mojados que era preciso esquivar o pasar de un salto, si uno no quería embarrarse los zapatos. Los charcos de agua estancada tenían extraños colores desteñidos de arcoiris. En el aire flotaba un hedor compuesto a medias por el vertedero y la vegetación podrida.

Bill se detuvo en un recodo del Kenduskeag y se volvió hacia Richie.

--T-t-tigre, T-t-tozier.

Richie, con un gesto de asentimiento, giró hacia Beverly.

--Un tigre -susurró.

--Un tigre -repitió ella a Ben.

--¿Comehombres? -preguntó Ben, conteniendo el aliento para no jadear.

--Está cubierto de sangre -fue la respuesta.

--Tigre comehombres -murmuró Ben a Stan.

Y éste pasó la noticia a Eddie, cuyo flaco rostro estaba extático de entusiasmo.

Desaparecieron en el cañaveral dejando desierto el sendero de tierra negra que lo recorría en curva. El tigre pasó frente a ellos y todos lo tuvieron casi a la vista: pesado, tal vez doscientos kilos, todo músculos que se movían con gracia y potencia bajo la seda de su pelaje a rayas. Casi vieron sus ojos verdes y las motas de sangre que le rodeaban el hocico después del último grupo de pigmeos que se había zampado.

Las cañas repiquetearon levemente, con un ruido a un tiempo musical y fantasmagórico, y todo, volvió a quedar en silencio. Podría haber sido un soplo de la brisa estival... o el paso de un tigre africano, camino a la parte de Los Barrens que daba a Old Cape.

--Se ha ido -dijo Bill.

Soltó el aliento contenido y volvió al sendero. Los otros lo imitaron.

Richie era el único que estaba armado: mostró una pistola detonadora con la culata envuelta en cinta aislante y dijo, ceñudo:

--Si te hubieras apartado, Bill, habría podido abatirlo de un tiro.

Y se ajustó las gafas viejas al puente de la nariz con la boca del arma.

--Hay wa-wa-watusis por aquí -explicó Bill-. No puedes arries-arriesgarte a q-q-que se oiga el disparo. ¿Q-q-quieres que nos c-c-caigan encima?

--Ya -murmuró Richie, convencido.

Bill les indicó que siguieran y todos volvieron a avanzar por el sendero que se estrechaba al terminar el cañaveral. Salieron a la ribera del Kenduskeag donde había una serie de piedras grandes para cruzar el río. Ben les había enseñado a colocarlas. Se cogía una piedra grande y se la dejaba caer en el agua; luego se buscaba otra y se la dejaba caer, estando de pie en la primera y así sucesivamente, hasta que se había cruzado el río (que allí, a esa altura del año,

tenía sólo treinta centímetros de profundidad y mostraba bancos de arena en los bajíos) sin haberse mojado los pies. El truco era tan simple que parecía cosa de niños, pero a nadie se le había ocurrido hasta que Ben lo explicó. Tenía habilidad para ese tipo de cosas, pero lo demostraba sin hacer que uno se sintiera estúpido.

Bajaron por la orilla en fila india y empezaron a cruzar por los secos lomos de las piedras allí plantadas.

--¡Bill! -exclamó Beverly.

Él se quedó inmóvil, sin mirar atrás, con los brazos tendidos. El agua discurría en derredor.

--¿Qué pasa?

--¡Allí hay pirañas! Hace dos días las vi comerse una vaca entera. El animal cayó y, un minuto después, sólo quedaban los huesos. ¡Ten cuidado!

--Está bien -dijo Bill-. Abrid los ojos, hombres.

Avanzaron tambaleándose de piedra en piedra. En el momento en que Eddie Kaspbrak llegaba al medio, un tren de mercancías pasó por el terraplén y el súbito soplo de su silbato lo hizo vacilar, casi perdido el equilibrio. Miró el agua brillante y, por un momento, entre los destellos de sol que arrojaban dardos de luz a sus ojos, creyó ver las pirañas. No eran parte de la mentira que componía la fantasía selvática de Bill: de eso estaba seguro. Los peces que veía eran como grandes carpas, con feas mandíbulas de bagre. De entre los labios gruesos asomaban dentaduras de serrucho; al igual que las carpas, eran naranja. Tan naranja como los pompones que solían lucir los payasos en sus trajes.

Y nadaban en círculos en el agua poco profunda, dando dentelladas.

Eddie agitó los brazos. "Me caigo -pensó-, me voy a caer y me comerán vivo."

Stanley Uris lo sujetó con firmeza por la muñeca y lo devolvió al centro de gravedad.

--Por poco -dijo-. Si te hubieras caído, tu madre te habría dado una buena.

Por una vez, nada estaba tan lejos de la mente de Eddie como su madre. Los otros ya habían llegado a la ribera opuesta y contaban los vagones del tren. Eddie miró a Stan a los ojos, fijamente, como enloquecido. Después volvió la vista al agua. Vio una bolsa de patatas fritas que pasaba danzando, pero nada más. Miró otra vez a Stan.

--Stan, he visto...

--¿Qué?

Eddie sacudió la cabeza.

--Nada, supongo. Estoy sólo un poco

("pero estaban allí, si que estaban, yo los vi y me habrían comido vivo")

sobresaltado. A causa del tigre, supongo. Sigamos.

Esa ribera occidental del Kenduskeag, la de Old Cape, era un pantano durante la estación lluviosa y el deshielo de primavera, pero no se habían producido lluvias fuertes en las últimas dos semanas y el barro se había secado formando una extraña superficie resquebrajada, de la que brotaban varios cilindros de cemento, arrojando pequeñas sombras. A unos veinte metros de distancia, una tubería de cemento sobresalía sobre la corriente vertiendo un fino chorro de agua parda.

Ben dijo, en voz baja:

--Esto da miedo.

Los otros asintieron.

Bill los condujo por la ribera seca hasta los densos matorrales, donde se oía el zumbido de los insectos. De vez en cuando, un fuerte batir de alas anunciaba el despegue de un pájaro. Una ardilla se les cruzó en el camino. Unos cinco minutos después, cuando se acercaban al pequeño barranco que custodiaba el lado ciego del vertedero, pasó una rata grande con un trozo de celofán prendido de los bigotes; cruzó frente a Bill y siguió en su carrera secreta por una microcósmica espesura que le pertenecía sólo a ella.

El olor del vertedero les llegaba ahora claro y penetrante. Una columna de humo negro se elevaba al cielo. La tierra, aún muy cubierta de vegetación, excepto el sendero estrecho, empezó a cubrirse de desechos. Bill llamaba a eso "caspa de vertedero", cosa que encantaba a Richie. Al oírlo por primera vez había reído casi hasta las lágrimas. Deberías anotarlo, gran Bill; es realmente buenísimo."

Trozos de papel, prendidos en las ramas, ondulaban y flameaban como estandartes baratos. Aquí se veía el destello plateado del sol estival, reflejado en varias latas que cubrían el fondo de un hoyo verde y enredado; allá, otros rayos, más cálidos, rebotaban en una botella de cerveza. Beverly divisó una muñeca de plástico, tan rosado que casi parecía hervido. Lo recogió, pero volvió a arrojarlo con un gritito al ver los escarabajos grisáceos que pululaban bajo su falda mohosa y por sus piernas podridas. Se frotó los dedos en el vaquero.

Subieron a lo alto del barranco para mirar el vertedero.

--Oh, mierda -dijo Bill, hundiendo las manos en los bolsillos, mientras los otros se reunían alrededor.

Ese día estaban quemando el extremo, norte, pero allí, en esa parte, estaba el encargado, (Armando Fazio, "Mandy" para los amigos, hermano soltero del portero de la escuela municipal) arreglando la excavadora D-9 de la Segunda Guerra Mundial que usaba para amontonar la basura antes de quemarla. Se había sacado la camisa. La gran radio portátil instalada bajo la lona que sombreaba el asiento transmitía los prolegómenos del partido Red Sox Senators.

--Por aquí no se puede bajar -reconoció Ben.

Mandy Fazio no era mala persona, pero cuando veía a algún chico en el vertedero, lo ahuyentaba de inmediato: por las ratas, por el veneno que sembraba periódicamente para disminuir su procreación, por la posibilidad de cortes, caídas y quemaduras... pero, sobre todo, porque el vertedero no le parecía buen sitio para los niños.

"¡Qué buenos que sois! -gritaba a los chicos que iban al vertedero con sus rifles para disparar contra las botellas (las ratas o las gaviotas) o atraídos por la exótica fascinación de los hallazgos: se podía encontrar un juguete que aun funcionara, una silla remendable para un club infantil o un televisor viejo que aún tuviese el tubo intacto; cuando se lo rompía con una piedra, la explosión era muy satisfactoria . ¡Qué buenos que sois! -aullaba Mandy, no porque estuviese furioso, sino porque era sordo, y no usaba audífono-. ¿No os enseñan vuestros padres a ser buenos? ¡Los niños buenos no juegan en el vertedero! ¡Id al parque! ¡Id a la biblioteca! ¡Id al centro municipal a jugar al hockey! ¡Sed buenos!"

--No -dijo Richie-. Parece que en el vertedero no se puede.

Se sentaron por un rato, para ver cómo trabajaba Mandy con su excavadora, con la esperanza de que se fuera, pero la presencia de la radio sugería que Mandy pensaba quedarse allí toda la tarde. Eso habría fastidiado al mismo Papa,

pensó Bill, porque no había mejor sitio para disparar cohetes. Se los podía poner bajo envases de hojalata y ver cómo volaban por el aire, o encender las mechas y dejarlos caer en una botella, y de inmediato poner pies en polvorosa. Las botellas no siempre estallaban, pero habitualmente sí.

--Ojalá tuviésemos algunos petardos M-80 -suspiró Richie, sin saber que muy pronto le arrojarían uno a la cabeza.

--Dice mi madre que la gente debe conformarse con lo que tiene -dijo Eddie con tanta solemnidad que todos rieron.

Cuando pasó la risa, todos volvieron la vista hacia Bill.

Él pensó por un rato y dijo:

--C-c-conozco otro l-lugar. En el e-e-extremo de Los Ba-barrens, junto a las ví-vías del f-f-ferrocarril, hay un fo-foso de g-g-grava...

--¡Sí! -exclamó Stan, levantándose-. ¡Lo conozco! ¡Eres un genio, Bill!

--Allí sí que harán eco -dijo Beverly.

--Bueno, vamos -dijo Richie.

Y los seis, faltando uno para el número mágico, caminaron a lo largo del barranco que rodeaba el vertedero. Mandy Fazio levantó la vista y los vio recortados contra el cielo azul, como indios que salieran de cacería. Pensó gritarles que Los Barrens no eran buen lugar para los chicos, pero volvió a su trabajo. Por los menos no estaban en su vertedero.

7.

Mike Hanlon pasó corriendo junto a la escuela religiosa sin detenerse y voló por Neibolt hacia las vías del ferrocarril. En los ferrocarriles había un portero, pero el señor Gendron era muy viejo y aún más sordo que Mandy Fazio. Además, en verano le gustaba pasar la mayor parte del día durmiendo en el sótano, junto a la caldera silenciosa, tendido en una derrengada tumbona, con el "Derry News" en el regazo. Mike podía gastarse el puño y la voz golpeando la puerta y llamando al viejo para que le dejase entrar; Henry Bowers lo alcanzaría y lo despedazaría.

Así que siguió corriendo.

Pero no a ciegas; trataba de hacerlo con ritmo, dominando la respiración, sin exigirse a fondo. Henry, Belch y Moose Sadler no le ofrecían problemas. Aun cuando estaban frescos, corrían como búfalos heridos. Victor Criss y Peter Gordon, en cambio, eran mucho más veloces. Al pasar junto a la casa donde Bill y Richie habían visto al payaso (o al hombre-lobo), echó una mirada atrás y se alarmó al comprobar que Peter Gordon estaba reduciendo la distancia. Le sonreía alegremente, con una sonrisa deportiva y juguetona.

Al aparecer la verja con su letrero de, "Propiedad privada - Prohibida la entrada", Mike se vio, obligado a exigirse a fondo. No había dolor, su respiración era rápida pero controlada, sabía, sin embargo, que empezaría a dolerle todo el cuerpo si tenía que mantener ese ritmo durante mucho tiempo.

La verja estaba abierta a medias. Echó una segunda mirada atrás y vio que había recuperado un poco de ventaja. Victor iba unos diez pasos más atrás que Peter; los otros, cuarenta o cincuenta metros mas allá. Pero le bastó ese vistazo para notar la sombría furia de la cara de Henry.

Pasó por la abertura, giró en redondo y cerró la verja oyendo el chasquido del cerrojo. Un momento después, Peter Gordon se arrojaba contra el alambrado; y más tarde Victor Criss aparecía a su lado. A Peter se le había borrado la sonrisa, reemplazada por una expresión ceñuda. Buscó a manotazos el picaporte pero no lo había sino por dentro, por supuesto.
--Vamos, chico, abre la verja. Eso es jugar sucio.
--¿Y jugar limpio qué es? -jadeó Mike-. ¿Cinco contra uno? si no lo hubiera oído.
Mike miró a Victor y lo notó preocupado. Iba a hablar, pero entonces los otros llegaron a la verja.
--¡Abre, negro! -bramó Henry, mientras empezaba a sacudir el alambrado con tal ferocidad que Peter lo miró sorprendido-. ¡Abre! ¡Abre ahora mismo!
--No -dijo Mike.
--¡Abre! -gritó Belch-. ¡Vamos, negro de mierda!
Mike se apartó de la verja; el corazón le vibraba en el pecho. No recordaba haber tenido tanto miedo. Todos se alinearon contra la verja, gritándole; Mike nunca había imaginado que existieran tantos sinónimos "negro". Reparó apenas en que Henry estaba sacando algo del bolsillo, que encendía un fósforo con la uña del pulgar... y de pronto una llama roja y redonda voló por sobre la alambrada. Se apartó por instinto en el momento en que el petardo estallaba a su izquierda, levantando polvo.
Eú ruido los acalló a todos por un momento; Mike los miraba, incrédulo, a través de la alambrada y ello hacían otro tanto. Peter Gordon parecía completamente horrorizado; hasta Belch estaba aturdido.
"Ahora le tienen miedo" pensó Mike, súbitamente. Y una voz nueva había dentro de él, quizá, por primera vez: una voz perturbadoramente adulta. "Tienen miedo pero eso no los detendrá. Tienes que escapar, Mikey, porque va a pasar algo. Quizá no todos querrán que pase; Victor no y tal vez Peter Gordon tampoco; pero pasará igual, porque Henry "hará" que pase. Vete, vete pronto."
Retrocedió dos o tres pasos. Entonces Henry Bowers dijo:
--El que mató a tu perro fui yo, negro.
Mike quedó petrificado, como si lo hubieran golpeado en el vientre con un bola de hierro. Miró a Henry Bowers a los ojos y comprendió que ese chico estaba diciendo la verdad: él había matado a "Mr. Chips".
Ese momento de comprensión le pareció casi eterno; mientras miraba los ojos enloquecidos de Henry, rodeados de sudor, y su cara ennegrecida por la cólera, le pareció comprender muchas cosas por primera vez; la menor de ellas, que Henry estaba mucho más loco de lo que él había imaginado. Comprendió, sobre todas las cosas, que el mundo no era bueno. Fue eso, antes que la noticia en sí, lo que le arrancó el grito:
--¡Maldito cobarde hijo de puta!
Henry emitió un chillido de ira y atacó la alambrada subiendo como un mono, con fuerza brutal que resultaba aterrorizante. Mike aguardó un momento más, por ver si esa voz adulta que había hablado dentro de él decía la verdad. Y si, decía la verdad porque tras una pequeñísima vacilación, los otros también empezaron a trepar.
Mike giró en redondo y volvió a correr cruzando las vías del ferrocarril. El tren que los Perdedores habían visto cruzar Los Barrens estaba ya muy lejos; no se

oía sino la propia respiración de Mike y el tintineo musical de la alambrada. Henry y los otros iban trepando la cerca.

Mike cruzó un triple juego de vías. Al cruzar el segundo grupo de rieles, tropezó; en su tobillo se encendió un breve dolor. Se levantó y siguió corriendo. Allá atrás se oyó un golpe seco: Henry había saltado desde lo alto de la alambrada.

--¡Ve preparando el culo, negro! -aulló.

El yo razonador de Mike había decidido que su única posibilidad estaba en Los Barrens. Si lograba llegar hasta allí podría esconderse entre los matojos, en los cañaverales... o, si las cosas llegaban a un punto desesperante, ocultarse en uno de aquellos tubos de drenaje.

Podría hacer todo eso, tal vez... pero en el pecho tenía una furiosa chispa sin relación alguna con su yo razonador. Comprendía que Henry lo persiguiera a la menor oportunidad, pero lo, de "Mr. Chips"... matar a "Mr. Chips"... "¡Mi perro no era un negro, hijo de puta, cobarde de mierda!", pensaba Mike mientras corría y su desconcertada furia iba en aumento.

Luego oyó otra voz, la de su padre: "No quiero que te pases la vida huyendo... tienes que mirar muy bien dónde pisas. Tienes que preguntarte si Henry Bowers vale la pena..."

Mike había estado corriendo en línea recta a través de las vías, rumbo a los cobertizos de almacenamiento. Detrás de ellos, otra alambrada separaba los terrenos del ferrocarril de Los Barrens. Había planeado escalar esa verja y saltar al otro lado, pero en lugar de hacerlo giró bruscamente a la derecha hacia el foso de grava.

El foso se había usado como carbonera hasta 1935, más o menos, a fin de aprovisionar los trenes que pasaban por Derry. Después vinieron las locomotoras Diesel y los trenes eléctricos. Por varios años desapareció el carbón (cuyos restos fueron robados por quienes tenían calderas a carbón). Un contratista local había excavado la grava existente, pero desde su quiebra, en 1955, el pozo estaba desierto. Un desvío de los rieles llegaba hasta allí y volvía a su origen, pero estaba opaco de herrumbre y lleno de hierbas entre los durmientes podridos. En el foso mismo crecían los pastos rivalizando con los girasoles por lograr espacio. Y entre la vegetación aún había abundante escoria de carbón.

Sin dejar de correr, Mike se quitó la camisa. Al llegar al borde del foso miró atrás. Henry iba cruzando las vías con sus compañeros diseminados alrededor. Eso quizá estaba bien.

Avanzando tan rápido como pudo, con la camisa a modo de bolsa. Mike recogió cinco o seis puñados de terrones duros. Luego volvió hacia la alambrada, llevando la camisa por las mangas. En vez de trepar por la malla de alambre, apoyó la espalda contra ella y dejó caer el carbón, del que recogió dos trozos.

Henry no vio el carbón; sólo vio que el negro estaba atrapado contra la alambrada. Y corrió hacia él, chillando.

--¡Ésta va por mi perro, hijo de puta! -gritó Mike, sin darse cuenta de que había comenzado a llorar.

Arrojó uno de los trozos, que golpeó a Henry en la frente con un fuerte ruido. Henry cayó de rodillas y se llevó las manos a la cabeza. La sangre le brotó entre dedos como por ensalmo.

Los otros se detuvieron, patinando, con idéntica incredulidad reflejada en la cara. Henry soltó un agudo grito de dolor y volvió a levantarse, sin dejar de apretarse la cabeza. Mike le arrojó otro trozo de carbón, pero el chico lo esquivó y echó a andar hacia él. Cuando Mike arrojó un tercer trozo, Henry apartó una mano, de la frente herida y desvió el proyectil con un gesto casi indiferente. Sonreía de oreja a oreja.

--¡Ah, qué sorpresa te vas a llevar! ¡Qué sorp...! ¡"Oh"!

Quiso decir algo más, pero de la boca sólo le brotaban sonidos inarticulados, como gárgaras. Mike había arrojado otro trozo de carbón y éste lo había golpeado directamente en la garganta. Henry volvió a caer de rodillas. Peter Gordon quedó boquiabierto. Moose Sadler tenía la frente arrugada, como si tratara de resolver un difícil problema de matemáticas.

--¿Vosotros a qué esperáis? -logró preguntar Henry. La sangre manaba entre sus dedos. Su voz sonaba mohosa y su acento, extranjero-. ¡Atrapadlo! ¡Atrapad a ese capullo negro!

Mike no esperó para comprobar si los otros obedecían o no. Dejó caer la camisa y saltó hacia lo alto de la alambrada. Cuando empezaba a subir, sintió que unas manos ásperas le aferraban el pie. Al mirar hacia abajo, se encontró con la cara contraída de Henry Bowers manchada de sangre y carbón. Liberó su pie de un tirón dejando la bamba en manos de Henry. Impulsó la planta descalza contra la cara de Henry y oyó que algo crujía. El otro volvió a aullar y retrocedió, tambaleándose, con la mano contra la nariz que sangraba a chorros.

Otra mano, la de Belch Huggins, le tironeó por un instante de los vaqueros, pero logró liberarse. Pasó una pierna por el borde de la alambrada. Y entonces algo lo golpeó con fuerza cegadora en un lado de la cara. Algo caliente le goteaba por la mejilla. Otras cosas le golpearon en la cadera, en el antebrazo, en el muslo: le estaban arrojando sus propios proyectiles.

Se dejó colgar por un momento, sosteniéndose con las manos y luego cayó, rodando dos veces sobre sí mismo. Allí, el suelo cubierto de pastos duros iba en pendiente; tal vez eso le salvó la vista, hasta la vida: Henry se había acercado otra vez a la alambrada y acababa de arrojar uno de sus cuatro M-80. Estalló con un terrorífico ¡"crrrack"!, que levantó ecos e hizo volar una amplia porción de pasto.

Mike, con los oídos resonantes, dio una voltereta y se levantó, tambaleándose. Ya estaba entre las hierbas altas, en el borde de Los Barrens. Se pasó una mano por la mejilla derecha y la retiró ensangrentada. Eso no lo preocupo mucho; no esperaba salir indemne de esa aventura.

Henry le arrojó un petardo, pero Mike lo esquivó sin dificultad.

--¡Vamos a atraparlo! -rugió Henry y empezó a trepar por la cerca.

--Coño, Henry, no sé...

Para Peter Gordon aquello había llegado demasiado lejos; por primera vez se encontraba en una situación que, de pronto, se había vuelto salvaje. Las cosas no tenían que ponerse sangrientas, al menos para el bando propio, cuando las posibilidades eran tan favorables a uno.

--Será mejor que lo sepas -dijo Henry mirando a Peter desde la mitad de la alambrada. Colgaba allí como una araña con forma humana. Sus ojos doloridos se clavaron en su amigo; la sangre los enmarcaba por ambos lados. La patada de

Mike le había roto la nariz, aunque Henry no lo descubriría sino algo después-. Será mejor que lo sepas si no quieres que vaya por ti, mamón.
Los otros empezaron a subir la alambrada; Peter y Victor, con cierta reticencia; Belch y Moose, con tan pocas ganas como antes:
Mike no esperó más. Giró en redondo y corrió hacia la maleza. Henry vociferaba:
--¡Ya te cogeré, negro! ¡Ya te cogeré!

8.

Los Perdedores habían llegado al otro lado del foso de grava, que era apenas una enorme depresión en la tierra cubierta de pastos, retirada tres años antes la última carga de grava. Todos se habían reunido alrededor de Stan para observar su paquete de petardos. En ese momento se oyó la primera explosión. Eddie dio un salto, aún alterado por las pirañas que creía haber visto; no estaba seguro de cómo eran las pirañas de verdad, pero al menos estaba seguro de que no parecían grandes carpas con dientes.
-Tlanquilo, Eddie-san -dijo Richie, con su voz de chino-. Sólo otlos niños tilando petaldos.
--E-e-eso da as-asco, Ri-richie -dijo Bill.
Los otros rieron.
--Tengo que insistir, Gran Bill -dijo Richie-. Siento que, si algún día llego a mejorar, podré conquistar tu amor.
Y arrojó besitos al aire. Bill le apuntó con un dedo. Ben y Eddie, juntos, sonreían.
De pronto, Stan Uris gorjeó una imitación de Paul Anka, espectralmente exacta:
--"Oh, Im so young and you.re so old.. This my darling I.ve been told..."
--¡Sabe cantar! -chilló Richie con su voz de negrito esclavo-. ¡Dios bendito, este muchacho sabe cantar! -Y luego, con la voz de locutor de noticiero cinematográfico-: ¿Quiere firmar aquí, en la línea de puntos? -Richie rodeó con un brazo los hombros de Stan y lo favoreció con una amplia sonrisa-. Te haremos crecer el pelo, muchacho. Te daremos una gui-ta-rra. Te...
Bill le dio dos suaves puñetazos en el brazo. Todos estaban entusiasmados por la perspectiva de encender los petardos.
--Abre los paquetes, Stan -dijo Beverly-. Tengo cerillas.
Todos volvieron a reunirse en circulo mientras Stan abría el paquete de petardos. La etiqueta negra tenía exóticas letras chinas y una sobria advertencia que hizo reír a Richie: "No lo sostenga en la mano después de encender la mecha."
--Menos mal que lo advierten -comentó. Yo tenía la costumbre de retenerlos después de encender la mecha. Pensaba que era la forma de curarse los granos.
Con lentitud casi reverencial, Stan retiró el celofán rojo y ordenó los tubos de cartón, azules, rojos y verdes, en la palma de la mano. Las mechas estaban trenzadas.
--Voy a desenredar las... -empezó a decir.
Y entonces se oyó una explosión. El eco rodó lentamente por Los Barrens. Una nube de gaviotas se elevó desde el lado oriental del vertedero, entre grandes

chillidos. Entonces todos saltaron. Stan dejó caer los petardos y tuvo que levantarlos.

--¿Qué fue eso?. ¿Dinamita? -preguntó Beverly.

Miraba a Bill que tenía la cabeza erguida y los ojos alerta. Nunca lo había visto tan hermoso... pero había algo demasiado tenso en la actitud de la cabeza. Era como el venado que olfatea un incendio.

--Creo que ha sido un M-80 -dijo Ben-. El año pasado, el 4 de julio, había en el parque unos chicos de la secundaria que tenían dos. Los pusieron en un cubo de la basura. Hicieron un ruido así.

--¿Y agujerearon el cubo? -preguntó Richie. como si dentro hubiera un enano que le hubiera dado un buena patada.

--La explosión sonó cerca -comentó Eddie, mirando a Bill.

--Bueno, ¿vamos a encender éstos o no? -preguntó Stan. Había destrenzado diez o doce, antes de guardar el resto en el papel encerado para usarlos después

--Claro -dijo Richie.

--Gu-gu-guárdalos.

Todos miraron a Bill con aire interrogante, algo asustados, más por su tono abrupto que por sus palabras.

--Gu-gu-gu-guár-guárdalos -repitió Bill, con la cara contraída por el esfuerzo de pronunciar el vocablo-. V-vva a p-p-pasar a-a-algo.

Eddie se pasó la lengua por los labios. Richie se ajustó las gafas al puente de la nariz sudoroso. Ben se acercó a Beverly sin siquiera pensarlo.

Cuando Stan abría la boca para decir algo, se produjo otra explosión, más leve: otro petardo.

--Pi-piedras -ordenó Bill-. Pipiedras. P-p-pro-proyectiles.

Y Bill empezó a llenarse los bolsillos de piedras. Los otros lo miraban desconcertados... y entonces Eddie sintió que se le cubría la frente de sudor. De pronto comprendió cómo era un ataque de malaria. Había sentido algo parecido el día en que él y Bill conocieron a Ben, el día en que Henry Bowers le había hecho sangrar la nariz. Pero eso era peor. Tal vez eso anunciaba que Los Barrens se iban a convertir, por un rato, en Hiroshima.

Ben empezó a recoger piedras. Y luego, Richie le imitó. Las gafas le resbalaron y cayeron al suelo, tintineantes. Las plegó con aire distraído y se las guardó dentro de la camisa.

--¿Por qué has hecho eso, Richie? -preguntó Beverly. Su voz sonaba débil pero tensa.

--No sé, cariño -dijo él. Y siguió juntando piedras.

--Beverly, tal vez sería mejor que... eh... volvieras al vertedero por un rato -dijo Ben, con las manos llenas de piedras.

--Me cago en tu sugerencia -dijo ella-. Déjame en paz, Ben Hanscom.

Y también ella se agachó para juntar proyectiles.

Stan los observaba, pensativo; estaban buscando piedras como granjeros lunáticos. Por fin empezó a imitarlos con los labios comprimidos en una línea fina y mojigata.

Eddie experimentó aquella familiar sensación de ahogo. Su garganta se estaba reduciendo a un pinchazo de alfiler.

"Ahora no, maldición -pensó-. Ahora no, que mis amigos me necesitan. Como dijo Bev, me cago en eso."
Y también empezó a recoger piedras.

9.

Henry Bowers había crecido demasiado como para ser ágil o rápido en circunstancias ordinarias; pero esas circunstancias distaban mucho de lo ordinario. Estaba en un frenesí de dolor e ira que le prestaban un efímero genio físico, ajeno al pensamiento. Porque el pensamiento consciente había desaparecido; sentía la mente como un incendio de pastos al caer la tarde, totalmente roja y gris de humo. Partió tras Mike Hanlon como un toro tras el capote rojo.
Mike seguía un sendero rudimentario a lo largo del río del gran foso, senda que, a su debido tiempo, lo llevaría al vertedero. Pero Henry estaba demasiado enloquecido como para prestar atención a sutilezas tales como un sendero: avanzaba a saltos entre matorrales y espinos, en línea recta, sin sentir los cortes de las espinas ni las bofetadas de las ramas en la cara, el cuello y los brazos. Lo único que le interesaba era la cabeza rizada del negro que se iba acercando. Tenía uno de los M-80 en la mano derecha y una cerilla de madera en la izquierda. Cuando alcanzara al negro, la encendería, la acercaría a la mecha y metería el petardo en la bragueta de aquel negro.
Mike sabía que Henry iba ganando distancia y que los otros lo seguían de cerca. Trató de aumentar su velocidad, ya muy asustado; mantenía el pánico a raya sólo mediante un esfuerzo de voluntad. Al cruzar las vías se había torcido el tobillo; la lesión era más grave de lo que pareció en principio y ya estaba cojeando. El ruidoso avance de Henry le evocaba desagradables imágenes: era como ser perseguido por un perro asesino o un oso encolerizado.
El sendero se ensanchó. Mike cayó en un foso de grava. Rodó hasta el fondo, se puso de pie y ya había cruzado la mitad cuando se dio cuenta de que allí había otros chicos. Eran seis. Estaban dispuestos en línea recta y tenían expresiones extrañas. Sólo más tarde, cuando tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos, comprendió lo que le resultó extraño: parecía que lo estaban esperando.
--Ayudadme -logró decir mientras cojeaba hacia ellos. Instintivamente, se dirigió al niño alto y pelirrojo-. Chicos... gamberros...
Fue entonces cuando Henry llegó al foso. Vio a los seis y se detuvo, patinando. Por un momento su rostro quedó marcado por la incertidumbre. Miró hacia atrás y vio a sus secuaces. Cuando se volvió hacia los Perdedores (Mike estaba de pie, junto a Bill Denbrough, jadeando) lo hizo con una amplia sonrisa.
--Te conozco, niñato -dijo, mirando a Bill. Dirigió la vista a Richie-. Y a ti también. ¿Dónde están tus cristales, cuatro-ojos? -Antes de que Richie pudiera contestar vio a Ben-. ¡Vaya! ¡El judío y el gordo también están aquí! ¿Ésa es tu novia, gordo?
Ben dio un saltito de miedo, como si le hubieran clavado un dedo.
En ese momento Peter Gordon se detuvo junto a Henry. Victor llegó y se le puso al otro lado; Belch y Moose Sadler llegaron los últimos y se colocaron junto a Peter y Victor. Los dos grupos quedaron frente a frente, en hileras casi formales.

Henry habló, jadeando con fuerza; su voz sonaba casi como la de un toro humano.
--Tengo que ajustar cuentas con muchos de vosotros, pero por hoy lo dejaremos así. Quiero a ese negro. Así que vosotros os largáis, mierditas secas.
--¡Ya habéis oído! -dijo Belch, muy vivaz.
--¡Él mató a mi perro! -gritó Mike con voz aguda y rota-. ¡Él mismo lo dijo!
--Ven aquí ahora mismo -dijo Henryy tal vez conserves el pellejo.
Mike temblaba, pero no se movió.
Bill dictaminó, suave y claramente:
--Los Barrens nos pertenecen. Largaos d-de aq-aquí.
Henry abrió los ojos, como si hubiera recibido un inesperado bofetón.
-¿Y quién me va a obligar? -preguntó-. ¿Tú capullo?
--No-no-nosotros -tartamudeó Bill-. E-e-esta-mos hartos de a-a-aguantarte, B-b-bowers. Ve-vete.
--Pedazo de gilipollas tartamudo -dijo Henry. Bajó la cabeza y se lanzo a la carga.
Bill tenía un puñado, de rocas; todos ellos tenían un puñado, salvo Mike y Beverly, que sólo había tomado una. Bill empezó a arrojarlas contra Henry, sin prisa, pero con fuerza y bastante puntería. La primera falló; la segunda golpeó en el hombro. Si la tercera hubiera fallado, Henry habría alcanzado a Bill. Pero no fue así: golpeó a Henry en medio de su cabeza gacha.
El chico lanzó un grito de sorprendido dolor y levantó la mirada... para recibir otros cuatro impactos: uno de Richie Tozier, en el pecho; otro de Eddie, que le dio en el omóplato; un tercero de Stan Uris, en la pantorrilla; y el cuarto de Beverly, en el estómago.
Los miró, incrédulo. A continuación, el aire se llenó de proyectiles sibilantes. Henry se echó atrás con la misma expresión aturdida y llena de dolor.
--¡Eh, chicos! -gritó-. ¡Ayudadme!
--Al at-ataque --dijo Bill en voz baja.
Y se adelantó el primero, sin comprobar si su orden era obedecida.
Todos corrieron con él, atacando a pedradas, no sólo a Henry, sino a todos los otros. Los gamberros manoteaban en el suelo, recogiendo municiones. pero no tuvieron tiempo de hacerlo, porque las piedras llovían sobre ellos. Peter Gordon lanzó un grito al recibir en el pómulo una piedra lanzada por Ben. Retrocedió unos pasos y se detuvo. Arrojó una o dos piedras, vacilando... pero acabó por huir. Eso ya era demasiado; en Broadway Oeste las cosas no se hacían así.
Henry tomó un puñado de proyectiles con un solo movimiento salvaje. Para fortuna de los Perdedores, la mayor parte eran guijarros. Lanzó uno de los más grandes contra Beverly y le provocó un corte en el brazo. Beverly gritó.
Ben, aullando, corrió hacia Henry Bowers, que se volvió a tiempo de verlo llegar, pero no para apartarse. Se vio sorprendido fuera de equilibrio. Ben pesaba sesenta y ocho kilos. El resultado fue implacable: Henry no cayó despatarrado, sino que voló. Aterrizó de espaldas y siguió deslizándose. Ben corrió nuevamente hacia él, apenas consciente de un dolor cálido en la oreja: Belch Huggins le había acertado con una piedra del tamaño de una pelota de golf.
Henry comenzaba a incorporarse sobre las rodillas, mareado, cuando Ben lo pateó con todas sus fuerzas; su pie, calzado con bambas, dio de lleno contra la

cadera izquierda haciéndolo rodar de espaldas. Sus ojos lanzaron una llamarada hacia el gordo.

--¡A las chicas no se les arrojan piedras! -aulló Ben. No recordaba haberse sentido tan enfurecido en su vida-. ¡No sé...!

De pronto vio, una llama en la mano de Henry: estaba encendiendo una cerilla. La arrimó a la gruesa mecha del M-80 y arrojó el petardo a la cara de Ben. El chico, sin pensar, lo desvió con la palma de la mano como con un raquetazo y el M-80 volvió por donde había venido. Henry lo vio llegar, abriendo los ojos, y rodó para apartarse, entre gritos. El petardo estalló una fracción de segundo después, ennegreciendo la camisa de Henry por la espalda; parte de la tela voló por los aires.

Un momento después, Ben recibió un golpe de Moose Sadler que lo arrojó de rodillas. Su dentadura se cerró contra la lengua, arrancándole sangre. Parpadeó, aturdido. Moose venía hacia él, pero antes de que pudiera llegar, Bill se interpuso y le lanzó una andanada de piedras. Moose giró en redondo, aullando.

--¡Me has atacado por detrás, gallina! -gritaba enfurecido-. ¡Cobarde traidor!

Mientras se recuperaba para contraatacar, Richie apareció junto a Bill y empezó a disparar sus municiones contra Moose sin dejarse impresionar por la retórica del enemigo en cuanto a qué constituía o no un ataque de gallina; los había visto perseguir de a cinco a un solo chiquillo asustado y no le parecía que eso los pusiera a la altura del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda. Una de sus pedradas partió la ceja izquierda del retardado. Moose aulló.

Eddie y Stan Uris se sumaron a Bill y Richie. Beverly también se acercó, con el brazo herido pero con los ojos encendidos. Volaban las piedras. Belch Huggins gritó al recibir una en el codo y empezó a saltar torpemente, frotándose. Henry se puso de pie, con la camisa hecha jirones, aunque la piel permanecía casi milagrosamente indemne. Antes de que pudiera volverse, Ben Hanscom le arrojó una piedra a la nuca y volvió a hacerle caer.

Fue Victor Criss quien más daño hizo a los Perdedores aquel día. En parte, porque tenía una puntería bastante buena, pero sobre todo, paradójicamente, porque participaba muy poco, en el plano emocional. Cada vez sentía menos ganas de estar allí. Las batallas a pedradas podían tener graves consecuencias: fractura de cráneo, dientes rotos, hasta un ojo cegado. Pero ya que estaba allí, pensaba hacer su parte.

Esa frialdad le permitió tomarse treinta segundos más y recoger un puñado de piedras de buen tamaño. Arrojó una contra Eddie, mientras los Perdedores recomponían su línea, y le dio en el mentón. El chico cayó, llorando y sangrando. Ben giró hacia él, pero Eddie ya se estaba poniendo de pie, con la sangre grotescamente colorida contra su piel pálida; sus ojos parecían ranuras.

Victor disparó contra Richie y le dio en el pecho. La pedrada fue devuelta, pero Vic la esquivó con facilidad y arrojó una contra Bill Denbrough. Bill echó la cabeza atrás, pero le faltó velocidad: la piedra le abrió un tajo en la mejilla.

Bill se volvió hacia Victor. Sus miradas se encontraron y el gamberro vio algo en los ojos del tartamudo que lo asustó como el mismo diablo. Absurdamente, en los labios le temblaron las palabras. "¡Me arrepiento!" Pero eso no era algo que uno dijera a un niño. A menos que uno estuviese dispuesto a que los propios compañeros lo pusieran negro a insultos.

Bill ya corría hacia él y Victor empezó a caminar en su dirección. En ese momento, como mediante una señal, telepática, empezaron a arrojarse piedras, siempre, acortando la distancia. En derredor, la lucha menguó, porque los otros empezaban a observarlos. Hasta Henry volvió la cabeza.

Victor esquivaba pero Bill no se tomaba la molestia. Las piedras del adversario le daban en el pecho, el hombro, el estómago. Una le rozó en la oreja. Como si nada lo conmoviera, él seguía arrojando sus proyectiles con fuerza asesina. La tercera golpeó a Victor en la rodilla; hubo un ruidito seco, de rotura, y el chico dejó escapar un gruñido. Se había quedado sin municiones. A Bill le quedaba una piedra, suave y blanca, con trocitos de cuarzo, del tamaño de un huevo de pato. A Criss le pareció muy dura.

Bill estaba a menos de metro y medio.

--T-t-te largas de a-aquí ahora m-mmismo -dijo-, si no q-q-quieres que ttt-e ab-abra la c-c-ca-beza. Y v-v-a en se-se-serio.

Victor lo miró a los ojos y comprendió que decía la verdad. Sin una palabra más, giró sobre sus talones y se alejó por donde Peter Gordon se había retirado.

Belch y Moose Sadler miraban alrededor, vacilantes. A Sadler le corría sangre por la comisura de la boca; por la cara de Belch corría un hilo rojo que bajaba desde el cuero cabelludo.

Henry movía la boca pero sin poder pronunciar palabra.

Bill se volvió hacia él.

--V-v-vete -dijo.

--¿Y si no me voy? -Henry trataba de sonar rudo, pero Bill detectó algo diferente en sus ojos. Estaba asustado y se iría. Eso habría debido dar a Bill una agradable sensación, hasta un aire triunfal, pero sólo le inspiró cansancio.

--S-s-si no t-t-te vas, se-seremos seis co-contra uno. Te p-p-podemos mandar al ho-o-ospital.

--Siete -dijo Mike Hanlon, sumándoseles. En cada mano llevaba una piedra grande como una pelota de tenis-. Ponme a prueba, Bowers. Me encantaría.

--¡Maldito negro! -A Henry se le quebró la voz. Estaba al borde del llanto. Eso quitó a Belch y a Moose las pocas ganas de pelear que tenían. Ambos retrocedieron, dejando caer las piedras de las manos laxas. Belch miró en torno, como si se preguntase dónde había ido a parar.

--Sal de nuestra zona -dijo Beverly.

--Cállate, zorra -dijo Henry-, put...

Cuatro piedras le golpearon en cuatro lugares diferentes. Henry dio un alarido y retrocedió a tropezones haciendo flamear los jirones de su camisa. Su vista pasó de las caras ceñudas, ancianamente jóvenes de los chiquillos, a las frenéticas de Belch y Moose. Allí no encontraría ayuda, no encontraría nada en absoluto. Moose apartó la cara, azorado.

Henry se levantó, sollozando y sorbiendo por su nariz rota.

--Os voy a matar -dijo.

De pronto corrió al sendero y un momento después había desaparecido.

--Iros -dijo Bill a Belch-. Largaos de aq-q-quí. Y no v-v-volváis. Los Barrens son nuestros.

--Te vas a arrepentir de haber hecho esto a Henry, niñato -dijo Belch-. Vamos, Moose.

Echaron a andar con la cabeza gacha, sin mirar atrás.
Los siete chicos permanecieron en un semicírculo, sangrando todos por alguna herida. La apocalíptica batalla a pedradas había durado menos de cuatro minutos, pero Bill tenía la sensación de haber combatido a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial, en ambos frentes.
Los silbidos de Eddie, que forcejeaba por respirar, rompieron el silencio. Ben se acercó a él, pero los turrones y las galletas de chocolate que había comido camino de Los Barrens empezaron a revolvérsele en el estómago. Siguió de largo y corrió hacia los matorrales, donde vomitó tan silenciosamente como le fue posible.
Fueron Richie y Bev quienes auxiliaron a Eddie. Beverly le rodeó la cintura con un brazo, mientras Richie le sacaba el inhalador del bolsillo y decía:
--Muerde esto, Eddie.
Y Eddie aspiró con esfuerzo, entrecortadamente, mientras Richie accionaba el gatillo.
--Gracias -logró decir, al fin.
Ben salió de entre los matorrales, ruborizado, limpiándose la boca con una mano. Beverly se acercó y le cogió ambas manos.
--Gracias por defenderme -dijo.
El chico, asintió, sin apartar la vista de sus zapatillas sucias.
--Lo mereces -dijo.
Uno a uno, todos se volvieron para observar a Mike, el de la piel oscura. Lo miraban con cautela y curiosidad. Mike conocía esa curiosidad (no recordaba un instante en su vida en que no la hubiera despertado) y les devolvió la mirada con franqueza.
Bill apartó la vista de él para volverse hacia Richie. Richie le sostuvo la mirada. Y Bill creyó oír un chasquido: alguna pieza definitiva entraba limpiamente en su sitio, dentro de una maquinaria cuya finalidad les era desconocida. Unas astillas de hielo le recorrieron la espalda.
"Ahora estamos todos reunidos", pensó. Y la idea era tan potente, tan correcta, que por un momento creyó haberla expresado en voz alta. Pero no había necesidad de tanto, por supuesto; la veía presente en los ojos de Richie, en los de Ben, en los de Eddie, en los de Beverly, en los de Stan.
"Ahora estamos todos reunidos -volvió a pensar-. Que Dios nos ayude. Ahora es cuando empezamos de verdad. Por favor, Dios mío, ayúdanos."
--¿Cómo te llamas? -preguntó Beverly.
--Mike Hanlon.
--¿Quieres hacer estallar unos petardos? -preguntó Stan.
La sonrisa de Mike fue respuesta suficiente.

XIV. El álbum.

1.

Al final resulta que Bill no es el único, todos los demás han traído alcohol.

Bill tiene bourbon, Beverly tiene vodka y una caja de zumo de naranja, Richie ha llevado seis cervezas y Ben Hanscom una botella de Wild Turkey. Mike tiene también seis cervezas en su pequeña nevera de la sala de bibliotecarios.

Eddie Kaspbrack llega el último con una pequeña bolsa en sus manos.

--¿Qué llevas ahí, Eddie? -le pregunta Richie-. ¿Refrescos Za-Rex o Kool-Ald?

Con una sonrisa nerviosa, Eddie saca primero una botella de ginebra y luego otra de zumo de ciruela.

Se produce un silencio y Richie dice finalmente:

--Que alguien llame a los loqueros. Eddie Kaspbrack por fin se desmadra.

--La ginebra con zumo de ciruela es muy saludable -replica Eddie.

Y todos rompen a reír y el sonido de su regocijo rebota como un eco en la biblioteca silenciosa corriendo a través del puente de cristal que une la biblioteca de los mayores con la de los niños.

--Lánzate de cabeza -dice Ben enjugándose los ojos llorosos-. Lánzate de cabeza, Eddie. Apuesto a que eso te hace mover la correspondencia.

Sonriendo, Eddie llena su vaso de cartón con tres cuartas partes de zumo de ciruela y luego añade sobriamente dos medidas de ginebra.

--Eddie, te quiero de verdad -dice Beverly y Eddie la mira perplejo, pero sonriente. Beverly dirige entonces sus ojos alrededor de la mesa-. Os quiero a todos.

--T-t-también to-todos te que-queremos -dice Bill.

--Sí, te queremos -dice Ben, y ría-. Creo que todos nos queremos todavía. ¿Sabéis lo insólito que esto resulta?

Hay un instante de silencio. A Mike no le sorprende ver que Richie ha vuelto a ponerse las gafas.

--Las lentillas empezaron a arderme y tuve que sacármelas -explica Richie, ante su pregunta-. ¿Y si vamos al grano?

Todos miran a Bill, como en el foso de grava, y Mike piensa; "Miran a Bill cuando necesitan un capitán, a Eddie cuando hace falta un navegante. Vamos al grano, qué frase endiablada. ¿Les cuento que los cadáveres recuperados no presentaban señales de haber sido violados ni mutilaciones, exactamente, sino que habían sido parcialmente comidos? ¿Les digo que tengo siete cascos de minero, de esos que tienen luces potentes en la parte delantera, guardados en mi casa, incluido uno para cierto tipo llamado Stan Uris, que no salió a escena, como decíamos en aquellos tiempos? ¿O bastará con decirles que vayan a acostarse y que duerman bien toda la noche, porque las cosas terminarán mañana, definitivamente, para "Eso" o para nosotros? Tal vez no haga falta decir nada de todo eso y el motivo por el que no hace falta ya ha sido establecido: aún se quieren. Las cosas han cambiado en los últimos veintisiete años, pero eso, milagrosamente, sigue igual. Tal vez sea, nuestra única esperanza verdadera, y de Los Barrens."

Lo único que resta, en realidad, es terminar de repasar las cosas, completar la tarea de ponerse al tanto, de ajustar el presente al pasado, para que la banda de experiencia forme una especie de rueda. "Sí, eso es. La tarea de esta noche es hacer la rueda; mañana veremos si aún gira... como giro cuando expulsamos a los gamberros del foso de grava y de Los Barrens."

--¿Has recordado el resto? -pregunta Mike a Richie.

Richie bebe un poco de cerveza y hace un gesto de negación.
--Recuerdo que nos contaste lo del pájaro... y lo de la chimenea. -Una sonrisa arruga su cara-. Me acordé de eso mientras caminaba hacia aquí, con Bevvie y Ben. Qué condenada película de horror fue aquello.
--Bip-bip, Richie -dice Beverly, sonriendo.
--Bueno, tú lo sabes -dice él, ajustándose las gafas en la nariz con un gesto fantasmagóricamente parecido al de los viejos tiempos. Mira a Mike y le guiña un ojo-. Tú y yo lo sabemos, ¿no, Mikey?
El bibliotecario deja escapar un resoplido de risa y asiente.
--¡Miss Sca.lett! ¡Miss Sca.lett! -chilla Richie, con su voz de negrito esclavo-. ¡En la chimenea hase mucho caló, Miss Sca.lett!
Bill dice. riendo:
--Otro triunfo de ingeniería y arquitectura, logrado por Ben Hanscom.
Beverly asiente.
--Cuando trajiste el álbum de tu padre a Los Barrens, Mike, estábamos excavando nuestra casita.
--¡Oh, cielos! -dice Bill, incorporándose súbitamente-. Y las fotos...
Richie asiente, ceñudo.
--Lo mismo que en el cuarto de Georgie. Sólo que esa vez las vimos todos.
Ben agrega:
--Yo me acordé de lo que hicimos con la moneda de plata de veinticinco centavos.
Todos lo miran.
--Di las otras tres a un amigo mío, antes de venir aquí -explica Ben, en voz baja-. Se las di para sus chicos. Recordaba que antes eran cuatro, pero no sabía qué había hecho con la otra. Ahora ya lo sé. -Mira a Bill-. Hicimos un balín con él, ¿verdad? Tú, yo y Richie. Al principio pensamos hacer una bala de plata...
--Tú estabas muy seguro de poder hacerla -afirma Richie-, pero al final...
--Nos a-acobardamos -concluye Bill.
El recuerdo ha caído naturalmente en su lugar y él oye ese "click" suave, pero distinguible. "Nos estamos aproximando", piensa.
--Volvimos a Neibolt Street -dice Richie-. Todos.
--Me salvaste la vida, Gran Bill -recuerda Ben, súbitamente. Bill sacude la cabeza-. Sí que lo hiciste.
Y en esa oportunidad Bill no niega. Sospecha que tal vez lo hizo, aunque no recuerda cómo. ¿Sería él? Tal vez Beverly... pero eso no está allí. Todavía no, al menos.
--Disculpadme un segundo -dice Mike-. Tengo cerveza en la nevera.
--Toma de la mía -invita Richie.
--Hanlon no beber cerveza de blanco -replica Mike-. Y menos de la tuya, Bocazas.
--Bip-bip, Mikey -se burla Richie.
Y Mike va por su cerveza en una cálida oleada de risa general.
Enciende la luz de la salita de bibliotecarios, una habitación triste, con sillas raídas, una mesa de formica muy necesitada de limpieza y un tablón de anuncios cubierto de notas viejas, informaciones sobre sueldos y horarios y algunas caricaturas del "New Yorker", ya amarillas y enroscadas en los bordes. Al abrir la

pequeña nevera, siente que el impacto se hunde en él hasta los huesos, blanco como el hielo, tal como el frío del invierno se hunde en uno hasta hacer dudar de que pueda volver la primavera. Los globos, azules y naranja, salen en tropel, por docenas, como un ramillete para fiestas. Mike piensa, en medio de su espanto: "Sólo falta el coro infantil cantando Feliz cumpleaños.. Pasan rozando su cara y se elevan hacia el techo. De pronto ve lo que hay detrás de los globos, lo que "Eso" ha puesto en la nevera, junto a su cerveza, como para una merienda de medianoche, una vez sus indignos amigos hayan contado sus indignas anécdotas y vuelto a sus alojamientos, en esa ciudad que ya no es la de ellos.

Mike da un paso atrás llevándose las manos a la cara para cubrirse los ojos. Tropieza con una silla y, a punto de caer, aparta las manos. Aún está allí.. la cabeza degollada de Stan Uris, junto a las seis latas de cerveza; no una cabeza de hombre, sino la de un niño de once años. Tiene la boca abierta en un alarido mudo, pero Mike no le ve los dientes, ni la lengua porque la boca está llena de plumas. Son plumas de color pardo, increíblemente grandes. Y él sabe muy bien de qué ave provienen. Había visto al pájaro en mayo de 1958 y todos lo vieron a principios de agosto, ese mismo año. Años después, hablando con su padre moribundo, descubrió que Will Hanlon también lo había visto una vez, al escapar del incendio del Black Spot. La sangre del cuello desgarrado, al gotear, ha formado un charco espeso en el fondo de la nevera. Brilla como un rubí rojo oscuro bajo el implacable resplandor de la bombilla.

--Eh... eh... eh...

Pero Mike no puede emitir otro sonido que ése. Entonces la cabeza abre los ojos. Y son los ojos plateados y brillantes del payaso Pennywise. Los ojos giran en dirección a él; los labios empiezan a retorcerse alrededor de las plumas. Está tratando de hablar. Tal vez intenta pronunciar una profecía, como el oráculo del teatro griego.

--Me pareció mejor reunirme con vosotros, Mike, porque no podéis ganar sin mí. No podéis ganar sin mí y lo sabéis, ¿verdad? Podríais haber tenido alguna oportunidad si yo hubiese aparecido entero, pero mi cerebro tan norteamericano, no soportó la tensión. Vosotros seis, sin mí no haréis más que soñar con los viejos tiempos y haceros matar. Por eso me pareció mejor asomar la cabeza para avisaros. Asomar la cabeza, ¿entiendes, Mikey? ¿Entiendes, viejo amigo? ¿Entiendes, negro cabrón?

"¡No eres real!", grita Mike. Pero no emite ningún sonido. Parece un televisor sin volumen.

Grotescamente, la cabeza le guiña un ojo.

--Soy real, muy real. Real como las gotas de lluvia. Y tú sabes de qué estoy hablando, Mikey. Lo que vosotros seis estáis planeando es como despegar en un avión sin tren de aterrizaje. No tiene sentido subir si no se puede bajar, ¿verdad? Tampoco tiene sentido bajar si no se puede volver a subir. Nunca se te ocurrirán los chistes y los acertijos que hacen falta. Nunca me harás reír, Mikey. Todos vosotros habéis olvidado lo que hay que hacer para convertir el alarido de terror en lo inverso. Bip-bip, Mikey. ¿Qué me dices? ¿Te acuerdas del pájaro? Nada más que un gorrión, pero ¡qué terrible! ¿No? Grande como un edificio, grande como esos monstruos de las películas japonesas que te asustaban cuando eras pequeño. Ya han pasado definitivamente los tiempos en que sabías cómo alejar

ese pájaro de tu puerta, Mikey. Créeme. Si supieras usar la cabeza te irías de aquí, saldrías de Derry ahora mismo. Si no sabes usarla, acabará como la que ves aquí. El mensaje de hoy, para transitar el gran sendero de la vida, es: Usala si no quieres perderla, mi buen amigo.

La cabeza rueda hasta quedar con el rostro hacia abajo (las plumas de la boca emiten un horrible crujido) y cae de la nevera. Golpea contra el suelo y rueda hacia él, como una horripilante pelota; el pelo pegoteado de sangre cambia de sitio con la cara sonriente, rueda hacia él, dejando un viscoso rastro de sangre y trocitos de pluma, mientras la boca sigue moviéndose alrededor de su coágulo de plumas.

--¡Bip-bip, Mikey! -chilla, mientras Mike retrocede como enloquecido con las manos tendidas hacia delante para protegerse-. Bip-bip, bip-bip, bip-bip, coño, bip.

De pronto se oye un súbito pop, como el de un corcho de plástico al escapar de una botella de champán barato. La cabeza desaparece. "Era real -piensa Mike, atónito-. No hubo nada sobrenatural en ese ruido; era el ruido del aire que vuelve a un espacio súbitamente vacío... Real, oh, Dios, real." Una fina red de gotitas rojas flota hacia arriba y vuelve a caer con un repiqueteo. Pero no hará falta limpiar el saloncito; Carole no verá nada cuando vuelva mañana, aunque tenga que ir pateando globos para llegar hasta el hornillo a prepararse el primer café de la mañana. Qué práctico. Y Mike ríe con estridencia.

Levanta la vista. Sí, los globos siguen allí. Los azules dicen: "Los negros de Derry son unos pájaros tontos". Los naranjas: "Los Perdedores siguen perdiendo, pero Stanley Uris va a la cabeza".

No tiene sentido subir si no se puede bajar, ha dicho la cabeza parlante. No tiene sentido bajar si no pueden volver a subir. Eso último le hace pensar otra vez en los cascos de minero. De pronto recuerda el primer día en que bajó a Los Barrens, tras la reyerta a pedradas. Fue el 6 de julio dos días después de haber marchado en el desfile de la Independencia... dos días después de haber visto al payaso Pennywise en persona, por primera vez. Después de pasar aquel día en Los Barrens, escuchando sus anécdotas y contando la propia, fue a su casa y preguntó a su padre si podía mirar su álbum de fotografías.

¿Por qué, al fin de cuentas, bajó a Los Barrens aquel 6 de julio? ¿Sabía entonces que los hallaría en ese lugar? Sí, por lo visto. No sabía sólo que estaban allí, sino dónde estaban. Recuerda que hablaban sobre una casita para el club. Pero a él le pareció que hablaban sobre eso por no hablar de otro tema que no sabían cómo abordar.

Mike levanta la vista hacia los globos. Trata de recordar exactamente qué pasó ese día caluroso. De pronto le resulta importante recordar exactamente qué pasó, cada matiz de lo vivido, su estado anímico del momento.

Porque fue entonces cuando todo empezó a ocurrir. Hasta el momento los otros habían estado hablando de matar a "Eso", pero sin hacer ningún movimiento, ningún plan. Con la llegada de Mike, el circulo se cerró y la rueda empezó a girar. Algo más tarde, ese mismo día, Bill, Richie y Ben fueron a la biblioteca para iniciar una seria investigación sobre cierta idea que Bill tenía desde hacía un par de días, una semana, un mes. Todo comenzaba a...

--¿Mike? -llama Richie, desde la sala de ficheros, donde se han reunidos los otros-. ¿Sigues allí?

Mike contempla los globos, la sangre, las plumas que hay dentro de la nevera.
--Será mejor que vengáis -dice.
Oye el ruido de las sillas, el murmullo de voces. Percibe con claridad la voz de Richie que dice:
--Oh, cielos, y ahora qué.
Y otro oído, dentro de su memoria, oye la voz de Richie decir otra cosa.
Y de pronto recuerda lo que ha estado buscando; más aún, comprende por qué parecía tan huidizo. La reacción de los otros, cuando él apareció en el claro, dentro de la parte más oscura y densa de Los Barrens, aquel día, fue... nada. Ni sorpresa ni preguntas sobre cómo los había encontrado. Nada. Ben comía un turrón, recuerda. Beverly y Richie estaban fumando, Bill, tendido en el suelo, con las manos bajo la nuca, contemplaba el cielo. Eddie y Stan miraban con aire dubitativo una serie de cordeles y estacas que delimitaban un cuadrado de suelo de un metro y medio de lado.
Ni sorpresa ni preguntas, nada. Simplemente apareció y fue aceptado. Era como si, sin siquiera saberlo, lo hubiesen estado esperando. Y con ese tercer oído, el oído de la memoria, oye la voz del negrito esclavo, como un rato antes: "Por Diosito, Miss Clawdy, aquí viene

2.

otra vez ese negrito. Caramba, pe.o qué está pasando en estos Ye.mos. Pe.o mire ese pelo motoso, Gran Bill...
Bill no se molestó en volverse; siguió contemplando, soñador, las gordas nubes de verano que marchaban por el cielo. Estaba prestando toda su atención a una cuestión muy importante. De cualquier modo, Richie no se ofendió por ese desinterés y siguió bromeando:
--Todo ese pelo, motoso me da gana de tomá otro jarabe de menta. Lo viá tomá en la galería, que está un poquito má fresca.
--Bip-bip, Richie -dijo, tras un bocado de turrón.
Beverly se echó a reír.
--Hola -saludó Mike inseguro.
El corazón le latía con demasiada fuerza, pero estaba decidido a seguir adelante. Tenía que darles las gracias y el padre le había enseñado a pagar siempre lo que se debía... cuanto antes, para que no aumentasen los intereses.
Stan volvió la cabeza.
--Hola -dijo. Y volvió a mirar el cuadro delimitado en el centro de aquel claro-. ¿Estás seguro de que va a resultar, Ben?
--Seguro -dijo Ben-. Hola Mike.
--¿Quieres un cigarrillo? -preguntó Beverly-. Me quedan dos.
--No gracias. -dijo Mike-. Por cierto, quería darles otra vez las gracias por la ayuda del otro día. Esos tíos me iban a descalabrar de verdad. Y siento mucho que hayáis salido lastimados.
Bill restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

--N-no te p-p-preocupes. La-la han tenido c-c-con nos-nosotros todo el año. -De pronto se incorporó, mirando a Mike con interés-. ¿T-te p-p-puedo hacer una p-pregunta?
--Claro que sí. -Mike se sentó con recelo. No era la primera vez que oía uno de esos prefacios. El chico Denbrough iba a preguntarle qué se sentía al ser negro.
Pero Bill preguntó otra cosa:
--Cuando L-l-arsen an-anotó ese t-t-tanto en la s-s-serie mundial, hace dos años, ¿cre-crees q-q-que fue s-ssólo su-suerte?
Richie dio una profunda calada a su cigarrillo y empezó a toser. Beverly le palmeó la espalda, de buen humor.
--Apenas empiezas, Richie. Ya aprenderás.
--Creo que se va a derrumbar, Ben -observó Eddie mirando el cuadro del cordel-. No creo que me entusiasme mucho la idea de quedar enterrado vivo.
--No vas a quedar enterrado vivo -dijo Ben-. En todo caso, puedes chupar ese maldito inhalador hasta que te saquen.
Para Stanley Uris, aquello resultó divertidísimo. Se reclinó sobre un codo con la cara hacia arriba y rió hasta que Eddie le dio un puntapié en la pantorrilla ordenándole que se callara.
--Sólo suerte -dijo Mike, por fin-. Un tanto así es más suerte que otra cosa.
--E-e-eso -convino Bill.
Mike esperó más preguntas, pero Bill parecía satisfecho. Volvió a tendersa, con las manos entrelazadas bajo la nuca y siguió estudiando las nubes que pasaban.
--¿Qué vais a hacer? -preguntó Mike, mirando el cuadrado que formaba el cordel.
--Oh, esto es la gran idea de Ben para esta semana- dijo Richie-. La última vez inundó Los Barrens, eso fue muy divertido, pero esto será sensacional. Este mes se trata de la operación "Hágase su propia casita". El mes que viene...
--N-n-no tienes p-p-por qué burlarte de B-b-ben -dijo Bill, siempre mirando al cielo-, quedará muy bien.
--Por el amor de Dios, Bill, sólo era una broma.
--A veces bro-bromeas dem-demasiado, Ri-Richie.
El otro aceptó el reproche en silencio.
--Sigo sin entender -dijo Mike.
--Bueno, es muy simple -explicó Ben-. Ellos querían hacer una casita en un árbol. Se podía, pero la gente tiene la mala costumbre de romperse los huesos cuando se cae de la rama.
--Cuqui, cuqui, dame tus huesos -dijo Stan. Y rió, mientras los otros lo miraban, desconcertados. Stan no tenía mucho sentido del humor y el que tenía resultaba bastante extraño.
--Usted se estar volviendo loco, señorrrr -dijo Richie, a lo Pancho Villa-. Es el calorrrr y las cucarachas, sí.
--Bueno -siguió Ben-, lo que vamos a hacer es excavar un metro y medio en el cuadrado que he delimitado aquí. No podemos ir mucho más abajo o nos encontraremos con la capa de agua. Por aquí está muy cerca de la superficie. Después entablonamos los costados para estar seguros de que no va a derrumbarse.
Echó una mirada significativa a Eddie, pero el otro seguía preocupado.

--¿Y después? -preguntó Mike.
--Después ponemos una tapa arriba.
--¿Eh?
--Ponemos tablas sobre el agujero. Se puede instalar una puerta-trampa o algo así, para poder entrar y salir. Hasta las ventanas, si queremos.
--Ne-necesitamos b-b-bisagras -apuntó Bill, sin dejar de mirar las nubes.
--Las podemos comprar en la ferretería de Reynolds -dijo Ben.
--¿T-t-todos te-tenéis a-a-asignaciones?
--Yo tengo cinco dólares -dijo Beverly-. Los ahorré cuidando niños.
Richie empezó a arrastrarse hacia ella.
--Te amo, Bevvie -dijo, mirándola con ojos melancólicos-. ¿Quieres casarte conmigo? Viviremos en una cabaña entre los pinos...
--¿Queée? -preguntó Beverly, mientras Ben los observaba con una extraña mezcla de ansiedad, diversión e interés.
--En una "piraña" entre los "canos" -dijo Richie-. Con cinco dólares alcanza, cariño. Tú y yo, con el bebé, somos tres.
Beverly, ruborizada, rió un poco y se apartó de él.
--Co-co-compartimos gastos -dijo Bill-. P-p-por eso t-t-tenemos un cclub.
--Y después de poner la trampilla -prosiguió Ben-, aplicamos una cola especial que se llama Tangle Track y pegamos el césped. Podemos cubrirla con hojarasca. podríamos estar ahí abajo y la gente (Henry Bowers, por ejemplo) pasaría por arriba sin darse cuenta de nada.
--¿Se te ocurrió a ti? -preguntó Mike-. ¡Jolín es estupendo!
Ben sonrió. Le había llegado el turno de ruborizarse. Bill se incorporó súbitamente y miró a Mike.
--¿Q-q-quieres par-participar?
--Oh... claro -respondió Mike.
Los otros intercabiaron una mirada, Mike la sintió, además de verla. "Somos siete", pensó. Y se estremeció sin motivo aparente.
--¿Cuándo vais a abrir el agujero?
--M-m-muy p-pronto -dijo Bill.
Y Mike supo (lo supo) que no se refería sólo a la casita subterránea. Ben también lo supo. Y Richie y Beverly y Eddie. Stan Uris había dejado de sonreír.
--V-v-vamos a in-iniciar el p-p-proyecto muy pronto.
Entonces se hizo una pausa y Mike cobró súbita conciencia de dos cosas: querían decirle algo... y él no estaba seguro de querer saberlo. Ben había recogido un palito y hacía garabatos en el polvo, el pelo le ocultaba la cara. Richie se mordisqueaba las uñas, ya melladas. Sólo Bill lo miraba de frente.
--¿Pasa algo? -preguntó Mike, intranquilo.
Bill habló con lentitud:
--E-e-esto es un c-c-club. Pu-puedes e-e-entrar, pero t-t-tienes que guguardar n-n-nuestros se-se-se-cretos.
--¿Como el de la casita quieres decir? Mike, más intranquilo aún-. Bueno, por supuesto que sí...
--Tenemos otro secreto, chico -dijo Richie, sin mirarlo-. Y Gran Bill dice que este verano tenemos que hacer algo más importante que casitas subterráneas.
--Y tiene razón -agregó Ben.

Se oyó un jadeo sibilante y súbito. Mike dio un respingo. Era sólo Eddie, que acababa de aplicarse su inhalador. Miró a Mike como, pidiendo disculpas, se encogió de hombros e hizo un gesto afirmativo.

--Bueno -dijo Mike, por fin-, no me tengáis en suspenso. Contadme.

Bill miraba a los otros.

--¿Hay a-a-alguien que no l-l-lo qui-quiera en el c-c-club?

Nadie respondió. Nadie levantó la mano.

--¿Q-q-quién se lo d-d-dice?

Otra larga pausa. Esa vez Bill no la interrumpió. Por fin, Beverly miró a Mike con un suspiro.

--Los chicos asesinados -dijo-. Sabemos quién los mató.

3.

Se lo contaron todo. Lo del payaso en el hielo, lo del leproso bajo el porche, lo de la sangre y las voces que surgían del sumidero, lo de los niños muertos de la torre-depósito. Richie le contó lo que había ocurrido cuando él y Bill habían vuelto a Neibolt Street. Bill fue el último en hablar, revelando lo de la foto que se había movido y la otra, aquella en la que él había metido la mano. Terminó explicando que "Eso" había matado a su hermano Georgie y que el Club de los Perdedores estaba decidido a acabar con el monstruo... fuera lo que fuese.

Mientras volvía a su casa, más tarde, Mike pensó que habría debido escuchar con incredulidad, transformada en horror, y acabar por huir, sin mirar atrás, convencido de que estaba siendo objeto de una broma a manos de chicos blancos a quienes no les gustaban los negros o de que estaba en presencia de seis auténticos lunáticos a quienes la demencia se les había contagiado, así como todo un curso podía pescar una gripe virulenta.

Pero no huyó, porque a pesar del horror, sentía un extraño consuelo. Consuelo y algo más, algo más elemental: la sensación de haber echado raíces. "Somos siete", volvió a pensar, cuando Bill terminó de hablar.

Abrió la boca, sin saber qué iba a decir.

--He visto el payaso -fue lo que dijo.

--¿Qué? -preguntaron Richie y Stan, al unísono. Beverly giró la cabeza tan deprisa que su coleta pasó del hombro izquierdo al derecho.

--Lo vi el día de la Independencia -agregó Mike, lentamente. Los ojos de Bill, agudos y concentrados, permanecían clavados en los suyos, exigiéndole que continuara-. Sí, el 4 de julio...

Se interrumpió, pensando: "Pero yo lo conocía. Lo conocía, porque no fue esa la primera vez que lo vi. Y no fue tampoco la primera vez que vi algo.. algo extraño."

Pensó entonces en el pájaro. Era la primera vez que se permitía pensar en él (como no fuera en sus pesadillas) desde mayo. Había creído que estaba enloqueciendo. Era un alivio descubrir que no era así... pero ese alivio daba miedo. Se humedeció los labios.

--Sigue -dijo Bey, impaciente-. Date prisa.

--Bueno, yo estaba en el desfile. Yo...

--Te vi -interrumpió Eddie, Tocabas el saxofón.
--En realidad, es un trombón -dijo Mike-. Toco en la banda de la escuela de Neibolt. Como os decía, vi al payaso. Estaba repartiendo globos entre los chicos, en la triple esquina del centro. Era tal como dicen Ben y Bill: traje plateado, botones naranja, maquillaje blanco en la cara, gran sonrisa roja. No sé si era lápiz de labios o maquillaje, pero parecía sangre.
Los otros, ya entusiasmados, hacían gestos de asentimiento, pero sólo Bill lo miraba con extrema atención.
--¿M-Mechones de pelo n-n-naranja? -preguntó, representándolos en su propia cabeza con los dedos, sin darse cuenta.
Mike asintió.
--Al verlo... me asusté. Y mientras yo lo miraba, se volvió y me saludó con la mano, como si me leyera la mente o los sentimientos. Y eso... bueno, me asustó aún más. En ese momento no sabía por qué, pero me asusté tanto que, por unos segundos, no pude seguir tocando el trombón. Se me secó la boca y sentí...
Echó un vistazo a Beverly. Ahora lo recordaba todo con claridad: el sol, que de pronto le había parecido intolerable, deslumbrante sobre el bronce del instrumento y el cromo de los automóviles; la música, demasiado alta; el cielo, demasiado azul. El payaso había levantado una mano enguantada en blanco (la otra estaba llena de cordeles de globos) agitándola lentamente, demasiado roja y ancha su sonrisa sangrienta, como un grito invertido. Recordó que le había ardido la piel de los testículos, que de pronto había sentido los intestinos flojos y calientes, como si pudiera cagarse en cualquier momento. Pero no podía decir esas cosas delante de Beverly. Esas cosas no se decían delante de las chicas, aunque fueran el tipo de chicas que podían oír cosas como "puta" o "joder".
--Tuve miedo -concluyó, sintiendo que eso era demasiado flojo, pero sin saber cómo expresar el resto.
Pero todos asentían, cómo si comprendieran, y él experimentó un alivio indescriptible. De algún modo, ese payaso que lo miraba, esbozando su sonrisa roja, moviendo la mano enguantada... eso había sido peor que la persecución de Henry Bowers y sus compinches. Muchísimo peor.
--Luego quedó atrás -prosiguió Mike-. Marchamos por la cuesta de Main. Y "volví a verlo", entregando globos a los chicos. Sólo que muchos no querían aceptarlos. Los niños pequeños lloraban. No pude explicarme cómo había podido llegar allí tan rápido. Para mis adentros pensó que había dos, ¿entendéis? Dos, vestidos del mismo modo. Un equipo. Pero entonces se volvió y me saludó otra vez. Y me di cuenta de que era el mismo. El mismo hombre.
--No es un hombre -dijo Richie.
Beverly se estremeció. Bill la rodeó con un brazo por un instante y ella lo miró con gratitud.
--Me saludó con la mano... y me guiñó el ojo. Como si tuviésemos un secreto entre los dos. O como... A lo mejor sabía que yo lo había reconocido.
Bill dejó caer el brazo que rodeaba los hombros de Beverly.
--¿Q-q-que lo rec-reconociste?
--Creo que sí -dijo Mike-. Tengo que comprobar algo antes de asegurarlo. Mi padre tiene algunas fotos. Las colecciona. Vosotros jugáis mucho aquí, ¿no?
--Claro -dijo Ben-. Por eso estamos haciendo una casita.

Mike asintió.
--Veré si me equivoco. En todo caso, puedo traer las fotos.
--¿F-f-fotos viejas?
--Sí.
--¿Y q-q-qué más?
Mike Hanlon abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Miró a los otros, inseguro.
--Vais a decir que estoy loco. O que miento.
--¿T-t-te pa-parece que n-n-nosotros est-estamos locos?
Mike sacudió la cabeza.
--Puedes estar seguro -dijo Eddie-. Yo tengo un montón de cosas que me andan mal, pero no estoy chiflado... creo.
--No -aseguró Mike-. No creo que estéis chiflados.
--B-b-bueno, no-nosotros t-t-tampoco creemos que e-e-estés ch-ch-ch... loco -dijo Bill.
Mike los miró a todos, carraspeó y dijo:
--Vi un pájaro. Hace dos o tres meses. Un pájaro. Stan Uris preguntó:
--¿Qué clase de pájaro?
Mike lo describió:
--Se parecía a un gorrión, más o menos, pero también a un petirrojo. Tenía el pecho naranja.
--Bueno, ¿y qué tiene de raro un pájaro? -preguntó Ben-. En Derry hay muchos pájaros.
Pero se sentía intranquilo; le bastó con mirar a Stan para saber que el chico estaba recordando lo que había ocurrido en la torre-depósito y cómo él había impedido que acabase de ocurrir, fuera lo que fuese,. gritando nombres de pájaros. Pero se olvidó de todo cuando Mike volvió a hablar.
--Ese pájaro era más grande que una furgoneta -dijo.
Contempló sus caras espantadas, sorprendidas, esperando que rieran, pero no fue así. Stan parecía impactado. Se había puesto tan pálido que su piel tenía el color de la opaca luz de invierno.
--Es verdad, lo juro -dijo Mike-. Era un pájaro gigantesco, como esos prehistóricos que aparecen en las películas.
--Sí, como en "La garra gigante" -dijo Richie.
--Pero no parecía prehistórico -dijo Mike-. Tampoco era como los de las leyendas griegas y romanas.
--¡Los roc-roc-rocs! -sugirió Bill.
--Eso. Tampoco era como ésos. Era sólo una combinación de petirrojo y gorrión, los dos pájaros más comunes del mundo. -Mike rió, algo desesperadamente.
--¿D-d-dónde ...? -comenzó Bill.
--Cuéntanos -intervino Beverly.
Después de tomarse un momento para ordenar sus ideas, Mike lo hizo. Y al contarlo, mientras veía aquellas caras que se iban tornando preocupadas, temerosas, pero no incrédulas ni despectivas, sintió que un peso increíble le liberaba el pecho. Como le había ocurrido a Ben con su momia o a Eddie con su leproso y a Stan con los chicos ahogados, había visto algo que habría vuelto loco a un adulto, por la fuerza colosal de una irrealidad demasiado grande como para descartarla con una explicación o, a falta de explicación racional, dejarla a un lado.

La luz del amor divino había quemado la cara de Elías, según Mike había leído; pero al ocurrir eso, Elías era anciano y tal vez eso cambiaba las cosas. ¿Acaso no había en la Biblia otro fulano, apenas mas que un chico, que había detenido a un ángel?

Después de presenciar aquello, Mike había seguido adelante con su vida, integrando el recuerdo a su visión del mundo. Como aún era bastante niño, su punto de vista era bastante amplio. De cualquier modo, lo ocurrido aquel día era como un fantasma en los rincones más oscuros de su mente. A veces, en sus sueños, huía de ese pájaro grotesco que imprimía su sombra sobre él, desde lo alto. De esos sueños recordaba algunos; otros, no, pero allí estaban, sombras con movimiento propio.

Y lo poco que había olvidado, lo mucho que eso lo afligía, era visible, sólo de una manera: en el alivio que experimentaba al compartirlo con los otros. En ese momento comprendió que, por primera vez, se permitía pensar plenamente en eso desde aquel amanecer junto al canal, la mañana en que vio aquellos extraños surcos... y la sangre.

4.

Mike contó la historia del pájaro de la fundición y de cómo había corrido al interior de la chimenea para escapar de él. Más tarde, tres de los Perdedores (Ben, Richie y Bill) fueron a la biblioteca pública. Ben y Richie vigilaban por si aparecían Bowers y compañía, pero Bill sólo miraba la acera con ceño, perdido en sus pensamientos. Una hora después de su relato, Mike se había separado de ellos diciendo que su padre le necesitaba en casa a las cuatro para cosechar guisantes. Beverly tenía que hacer algunos recados y preparar la cena para su padre. Tanto Eddie como Stan tenían sus propias obligaciones. Pero antes de separarse hasta el día siguiente empezaron a excavar lo que sería (si Ben no se equivocaba) la casita subterránea. Para Bill (y para todos, según sospechaba), la primera palada de tierra había sido casi un acto simbólico. Estaban en marcha. Fuera lo que fuese aquello que se esperaba de ellos como grupo, como "unidad", estaban en marcha.

Ben preguntó a Bill si daba crédito a la historia de Mike Hanlon. En ese momento pasaban junto al centro cívico y vieron la biblioteca: un cuerpo de piedra, cómodamente sombreado por olmos centenarios, libres de la plaga que, más adelante, los haría ralear.

--Sí -dijo Bill-. C-c-creo que e-es verdad. Co-cosa de l-l-locos, pero v-v-verdad. ¿Y tú, Ri-Ri-Richie?

Richie asintió.

--Sí. Preferiría pensar que es mentira, pero, lo creo. ¿Recuerdan lo que dijo sobre la lengua del pájaro?

Bill y Ben asintieron. Pompones naranja en la lengua.

--Ésa es la cuestión -apuntó Richie-. Es como los villanos de las historietas, como Luthor, el Acertijo o ésos. Siempre deja una señal característica.

Bill asintió, pensativo. Sí, era, como los villanos de las historietas. ¿Porque ellos lo veían así? ¿Porque pensaban en "Eso" de ese modo? Sí, tal vez sí. Era cosa de chicos, pero al parecer, en eso se basaba ese monstruo: en cosas de chicos.
Cruzaron la calle hacia la acera de la biblioteca.
--P-p-pregunté a St-Stan si a-aalguna vez oyó hab-hablar de un p-ppájaro así -dijo Bill-. No ne-ne-necesariam-m-mente grande, p-p-pero rere-re...
--¿Real? -sugirió Richie.
Bill asintió.
--D-d-dice que p-p-podría haber un pa-pájaro c-c-como ése en Su-Sudamérica o en A-Africa. p-p-pero por aqquí no.
--Entonces, ¿él no lo creyó? -preguntó Ben.
--S-s-sí lo cre-creyó -dijo Bill.
Y entonces les contó lo que Stan había sugerido a Bill, mientras caminaban juntos hacia el sitio en que habían dejado la bicicleta. Stan tenía la idea de que nadie más podía haber visto ese pájaro antes de que Mike les contara la anécdota. Otra cosa sí, tal vez, pero el pájaro no, porque el pájaro era el monstruo personal de Mike Hanlon. Pero de pronto... jolín, de pronto el pájaro era propiedad de todo el Club de los Perdedores. Cualquiera de ellos podía verlo. Tal vez no fuera exactamente el mismo; a Bill podría parecerle un cuervo; a Richie, un halcón; a Beverly, un águila dorada. Pero "Eso" podía ser un pájaro para todos ellos a partir de ese momento. Bill respondió que, si era verdad, cualquiera de ellos podría ver al leproso, a la momia o, posiblemente, a los chicos muertos.
--Eso significa que deberíamos hacer algo muy pronto, si vamos a hacer algo -replicó Stan-. "Eso" sabe...
--¿Q-q-qué? -preguntó Bill-. T-ttodo lo q-que nos-nosotros s-sabemos.
--Mira, tío, si "Eso" sabe tanto, estamos listos -fue la respuesta de Stan-. Pero puedes estar bien seguro de que sabe que conocemos su existencia. Creo que trataba de atraparnos. ¿Todavía piensas en lo que hablamos ayer?
--Sí.
--Ojalá pudiese ir contigo.
--I-i-irán Ben y Ri-Richie. Ben es muy in-inte-lig-gente. Y Ri-RiRichie también, c-c-cuando no b-b-bromea.
Ahora, de pie ante la biblioteca, Richie preguntó a Bill qué tenía pensado, exactamente. Bill se lo explicó, hablando lentamente para no tartamudear demasiado. La idea le daba vueltas en la cabeza desde hacía dos semanas, pero había hecho falta la historia de Mike sobre el pájaro para cristalizarla.
¿Qué se hace para eliminar a un pájaro?
Pegarle un tiro es bastante definitivo.
¿Qué se hace para eliminar a un monstruo?
Las películas sugerían que pegarle un tiro con una bala de plata era bastante definitivo.
Ben y Richie escucharon todo eso con mucho respeto. Después, Richie preguntó:
--¿De dónde se sacan las balas de plata, Gran Bill? ¿Las pides por correo?
--M-m-muy gra-gracioso. T-t-tenemos que hac-hacerla.
--¿Cómo?
--Creo que para averiguar eso hemos venido a la biblioteca.

Richie asintió y se ajustó las gafas en el puente de la nariz. Detrás de los cristales, sus ojos lucían agudos y pensativos... pero cargados de dudas, según le pareció a Bill. Él también las tenía. Al menos, no se leían en esos ojos ganas de hacer el tonto y ése era un paso adelante.

--¿Estás pensando en la Walther de tu padre? -preguntó Richie-. ¿La que llevamos a Neibolt Street?

--Sí -contestó Bill.

--Aunque pudiésemos hacer balas de plata -dijo Richie-, ¿de dónde sacaríamos la plata?

--Yo me encargo de eso -repuso Ben.

--Bueno... está bien. Dejaremos eso por cuenta de Parva. ¿Y después? ¿Vamos otra vez a Neibolt Street?

Bill asintió.

--O-o-otra vez. Y le vo-vo-volamos los s-s-sesos.

Se demoraron por un momento, mirándose con solemnidad, y entraron en la biblioteca.

5.

--¡Maldita sea, otra vez ese tipo negro! -exclamó Richie, con la voz de policía irlandés.

Había pasado una semana, promediaba julio y la casita subterránea estaba casi lista.

--¡Muy buenos días, señor O.Hanlon, señor! Y muy, pero muy buen día promete ser, bueno como una patata en brote, como decía mi anciana ma...

--Que yo sepa, lo de muy buenos días se dice sólo hasta el mediodía, Richie -observó Ben, asomándose por el agujero. Y el mediodía pasó hace dos horas.

Él y Richie habían estado poniendo tablas en los flancos del agujero. Ben se había quitado la sudadera porque hacía calor y el trabajo era pesado. Su camiseta estaba agrisada de sudor y se le pegaba a los michelines. Parecía prestar muy poca atención a su aspecto, pero Mike supuso que, si hubiese oído llegar a Beverly, habría estado dentro, de su abultada sudadera en menos tiempo del que se necesita para un suspiro de amor.

--No seas tan puntilloso. Pareces Stan, el galán -dijo Richie.

Había salido del agujero cinco minutos antes porque, según dijo, era hora de una pausa para fumar.

--¿No dijiste que no tenías mis cigarrillos? -se había extrañado Ben.

--No tengo, pero el principio no cambia.

Mike venía con el álbum de fotos de su padre bajo el brazo.

--¿Dónde están los otros? -preguntó.

Sabía que Bill no podía estar lejos porque había dejado su propia bicicleta bajo el puente, muy cerca de "Silver".

--Eddie y Bill fueron al vertedero hace media hora para recoger más tablas -dijo Richie-. Stanny y Bey, fueron a la ferretería de Reynolds para conseguir bisagras. No sé qué estará haciendo Ben ahí abajo, pero no creo que sea nada bueno. Ese

chico necesita que lo vigilen, ¿sabes? A propósito: si todavía quieres pertenecer al club, tienes que pagar veintitrés centavos. Tu parte de las bisagras.

Mike pasó el álbum del brazo izquierdo al derecho para rebuscar en sus bolsillos. Contó veintitrés centavos (lo cual dejó un total de diez en sus áreas) y los entregó a Richie. Luego caminó hasta el borde del agujero para mirar el interior.

Pero, en realidad, ya no era un agujero. Los costados estaban pulcramente cortados a escuadra y cubiertas de tablas. Eran tablas irregulares, pero Ben, Bill y Stan se habían encargado de darles el mismo tamaño con herramientas tomadas del taller de Zack Denbrough (y Bill había cuidado muy bien de que todas volviesen al taller noche a noche, en las mismas condiciones en que habían sido cogidas). Ben y Beverly habían clavado travesaños entre los soportes. El agujero seguía poniendo algo nervioso a Eddie, pero así era su temperamento. A un lado habían amontonado cuidadosamente los cuadrados de césped que, más adelante, pegarían a la trampilla.

--Parece que sabéis hacerlo -comentó Mike.

--Por supuesto -dijo Ben, señalando el álbum-. ¿Qué has traído?

--Un álbum de Derry. Mi padre colecciona fotos viejas y recortes sobre la ciudad. Es su afición. El otro día estaba hojeándolo... Os dije que creía haber visto antes a ese payaso. Y era cierto. Estaba aquí. Por eso lo traje. Le dio demasiada vergüenza agregar que no se había atrevido a pedir permiso a su padre. Temía las preguntas a las que pudiese llevar esa petición y por eso lo había cogido como un ladrón mientras el padre plantaba patatas en el sembrado y la madre tendía la ropa en el patio trasero.

--Se me ocurrió que vosotros debíais echarle un vistazo -agregó.

--Bueno, a ver -dijo Richie.

--Preferiría esperar a que estuvieseis todos reunidos. Sería mejor.

--Bueno. -En realidad, Richie no tenía muchas ganas de seguir viendo fotos de Derry ni en ése ni en ningún otro álbum, después de lo que había pasado en la habitación de Georgie-. ¿Quieres ayudarnos a terminar el entablado?

-Por supuesto.

Mike dejó el álbum en el suelo, bastante lejos del agujero para que no se ensuciase con tierra, y tomó la pala de Ben.

--Cava aquí -indicó Ben, mostrando el punto a Mike-, más o menos treinta centímetros. Después yo pongo una tabla y la sostengo contra el lado mientras tú vuelves a echar la tierra.

--Bien pensado --dijo Richie, sabiamente, sentado en el borde de la excavación, balanceando las zapatillas adentro.

--Y a ti, ¿qué te pasa? -preguntó Mike.

--Nada -respondió Richie, tranquilamente.

--¿Cómo anda tu proyecto con Bill? -Mike se detuvo el tiempo suficiente para quitarse la camisa y empezó a cavar. Allí abajo hacía calor; los grillos zumbaban, soñolientos, como relojes estivales en la espesura.

--Bueno, no tan mal... -dijo Richie, y Mike creyó ver que lanzaba a Ben una leve mirada de advertencia-. Supongo.

--¿Por qué no enciendes la radio, Richie? -preguntó Ben.

Deslizó una tabla en el agujero que Mike había cavado y la sostuvo allí. La radio de Richie estaba colgada por la correa en su sitio de costumbre, en la rama gruesa de un arbusto cercano.

--Tiene las pilas gastadas -dijo Richie-. Di mis últimos veinticinco centavos para las bisagras, ¿recuerdas? Qué cruel, Ben, qué cruel. Después de todo lo que he hecho por ti. Además, desde aquí sólo capto la WABI, que pasa rock de maricas.

--¿Qué? -se extrañó Mike.

--Ben cree que Tommy Sands y Pat Boone cantan rock and roll, pero eso es porque está loco. Rock es el que canta Elvis, o el de Erme K, Doe, o el de Carl Perkins, Bobby Darin, Buddy Holly. "Ahoh Peggy... my Peggy. Su-uh-oh...

-Por favor, Richie -dijo Ben.

--Y también -dijo Mike, reclinándose sobre la pala- Fats Domino, Chuck Berry, Little Richard, Shep y los Limelights, LaVerne Baker, Frankie Lymon y los Teenagers, Hank Ballard y los Midnighters, los Coasters, Isley Brothers, los Crest, los Chords, Stick McGhee...

Lo estaban mirando tan sorprendidos que Mike se echó a reír.

--Después de Little Richard perdí el rastro -dijo Richie.

Little Richard le gustaba, pero su héroe secreto, ese verano era Jerry Lee Lewis. Por casualidad, su madre había entrado en la sala mientras actuaba Jerry Lee en "Bandas de América". Fue en el momento en que Jerry Lee trepaba al piano y lo tocaba con los pies, con el pelo colgándole sobre la cara. Cantaba "High School Confidential". Por un momento Richie creyó que su madre se desmayaría. No fue así, pero quedó tan afectada por el espectáculo que esa noche, durante la cena, habló de enviar a Richie a uno de esos campamentos de estilo militar por el resto del verano. ahora Richie sacudía su pelo sobre los ojos y comenzaba a cantar: "Come on baby all the cats are at the high school...

Ben empezó a tambalearse en el fondo del agujero, sujetándose la barriga como si tuviese ganas de vomitar. Mike se apretó la nariz, pero reía tanto que los ojos se llenaron de lágrimas.

--¿Qué pasa? -preguntó Richie-. ¿Y a vosotros qué os duele? ¡Fue estupendo! ¡Lo digo muy en serio!

--Oh Dios -dijo Mike. Reía tanto que apenas podía hablar-. Eso no tenía precio. De veras. Impagable.

--Los negros no saben apreciar lo bueno -dijo Richie-. Creo que hasta la Biblia lo dice.

--Vete al cuerno -dijo Mike, riendo.

Cuando Richie le preguntó qué quería decir con eso, Mike se sentó en el suelo con un golpe seco y se meció atrás y adelante, aullando de risa y sujetándose el estómago.

--A lo mejor piensas que estoy envidioso -dijo Richie-. A lo mejor piensas que me gustaría ser negro.

Entonces también Ben cayó al suelo, riendo como un loco.

--Basta, Richie -balbuceó-. Me voy a cagar en los pantalones. Si no paras, me vas a ma... matar.

--Pero no quiero ser negro -dijo Richie-. ¿A quién le gusta ponerse pantalones rosa, vivir en Boston y comprar "pizza" en porciones? Yo quiero ser judío, como Stan. Quiero tener una casa de empeños para vender navajas y guitarras usadas.

Ben y Mike aullaron de risa. Sus carcajadas resonaron en la garganta verde y selvática que recibía el nombre de Barrens, haciendo que los pájaros alzasen vuelo y que las ardillas quedasen momentáneamente petrificadas en las ramas. Era un sonido joven, penetrante, vivo, vital, espontáneo y libre. Casi todos los seres vivos, al alcance de ese sonido, reaccionaron de algún modo, pero lo que había salido de un ancho desagüe de cemento hacia el Kenduskeag no era algo vivo. La tarde anterior había estallado una súbita y violenta tormenta eléctrica sin que la futura sede del club se viese muy afectada, pues, una vez iniciadas las excavaciones, Ben cubría el agujero con un trozo de tela alquitranada que Eddie escamoteó de la tienda de Wally; olía a pintura, pero servía. Por dos o tres horas, los desagües de Derry se habían llenado de torrentosas aguas. Y ese torrente había empujado ese desagradable equipaje a la luz del sol para que lo hallasen las moscas.

Era el cadáver de un niño de nueve años, llamado Jimmy Cullum. Exceptuando la nariz, le faltaba la cara, convertida en una masa sin facciones. La carne tenía pozos profundos y negros que tal vez sólo Stan Uris habría reconocido como lo que eran: picotazos. Picotazos dejados por un pico muy grande.

El agua rebullía sobre los lodosos pantalones chinos de Jimmy Cullum; sus manos blancas flotaban como peces muertos y también tenían picotazos, aunque no tantos. Su camisa de algodón se inflaba y volvía a caer, una y otra vez, como un fuelle.

Bill y Eddie, cargados de tablas escamoteadas en el vertedero, cruzaron el Kenduskeag por las piedras, a menos de cuarenta metros del cadáver. Oyeron las risas de Richie, Ben y Mike y, sonriendo pasaron apresuradamente junto al inadvertido despojo de Jimmy Cullum, para averiguar qué los divertía tanto.

6.

Aún estaban riendo cuando Bill y Eddie aparecieron en el claro, sudorosos bajo la carga de madera. Hasta Eddie, habitualmente pálido como un queso, tenía algo de color en la cara. Dejaron caer las tablas nuevas en el montón, mientras Ben salía del agujero para inspeccionarlas.

--¡Buen trabajo! -dijo-. ¡Estupendo!

Bill cayó al suelo.

--¿P-p-puedo suf-sufrir ahora mi i-i-infarto o es-espero un p-p-poco más?

--Espera un poco más -dijo Ben.

Había llevado a Los Barrens algunas herramientas propias y estaba revisando las tablas recién traídas para arrancar clavos y retirar tornillos. Descartó una porque estaba astillada. Al golpear otra con los nudillos, descubrió un sonido hueco en tres higares y la descartó. Eddie se sentó en un montón de tierra para observarlo. Mientras se daba un disparo de inhalador, Ben arrancó un clavo herrumbrado con el extremo de su martillo. El clavo chilló como un desagradable animal al que hubiesen dado un pisotón.

--Si te cortas con un clavo herrumbrado te puede dar tétanos -informó Eddie a Ben.

--¿Si? -dijo Richie-. ¿Y qué son los tétanos? Parece enfermedad de mujeres.

--No seas idiota -explicó Eddie-. No tiene nada que ver con las tetas. Son unos microbios especiales que crecen en la herrumbre, ¿sabes? Si te cortas, se te meten dentro del cuerpo y... te comen los nervios -continuó Eddie, con un rubor aún más oscuro, dando otro gatillazo a su inhalador.

--Caramba -exclamó Richie, impresionado-. ¿Y es grave?

--Primero la mandíbula se te pone tan rígida que no puedes abrir la boca, ni siquiera para comer. Tienen que abrirte un agujero en la mejilla y te dan líquidos por un tubo.

--Oh, vaya -dijo Mike, irguiéndose en el agujero, con los ojos muy abiertos, mostrando las córneas muy blancas en la cara oscura-. ¿Seguro?

--Me lo dijo mi madre -repuso Eddie-. Después se te cierra la garganta, no puedes comer más y te mueres de hambre.

Imaginaron ese horror en silencio.

--No hay cura -agregó Eddie.

Más silencio.

--Por eso -concluyó Eddie, enérgico-, siempre tengo mucho cuidado con los clavos herrumbrados. Una vez tuvieron que darme una inyección contra el tétanos y me dolió mucho.

--Entonces -preguntó Richie-, ¿para qué vas al vertedero a traer toda esta porquería?

Eddie echó una breve mirada a Bill, que estaba contemplando la casita, y en esa mirada había todo el amor y la veneración necesarias para responder a semejante pregunta. Pero además dijo, suavemente:

--Algunas cosas hay que hacerlas aunque sean peligrosas. Es la primera cosa importante que descubrir sin que me la diese mi madre.

Siguió otro silencio, pero no incómodo. Por fin, Ben volvió a sacar clavos oxidados. Al cabo de un rato, Mike Hanlon se acercó a ayudarle.

La radio de Richie, privada de su voz (al menos hasta que el dueño cobrara su asignación o encontrase un césped que cortar), se balanceaba en la rama baja, a impulsos de una leve brisa. Bill tuvo tiempo de reflexionar en lo extraño que era todo eso extraño, y perfecto: que los siete estuviesen en Derry ese verano. Algunos de los chicos que él conocía estaban de viaje, visitando a parientes, de vacaciones en Disneylandia o en Cape Cod, en el caso de un compañero, en un lugar increíblemente distante, a juzgar por el nombre: Gstaad. Había chicos en los campamentos de la iglesia, en los de los "boy-scouts", en campamentos de ricos donde se aprendía a nadar y a jugar a golf, donde se aprendía a decir: "¡Eh, muy bueno!" y no "Vete al diablo", cuando el adversario, jugando a tenis, hacía un saque perfecto. Eran chicos cuyos padres se los habían llevado "lejos", simplemente. Bill lo comprendía bien. Sabía que algunos chicos querían irse "lejos", asustados por el coco que acechaba en Derry, ese verano, pero lo más probable era que fuesen los padres los más asustados por ese coco. Muchos de los que pensaban tomarse las vacaciones en casa, decidían súbitamente irse "lejos".

("¿Gstaad? ¿Eso quedaba en Suecia, en Argentina, en España?")

En cambio. Era un poco como durante la epidemia de polio de 1956, en que cuatro chicos, tras haber nadado en el estanque del monumento O.Brian, se habían contagiado la enfermedad. Los adultos (palabra que Bill asociaba

completamente con padre y madre) habían decidido entonces, como ahora; que "lejos" era mejor. Más seguro. Todos los que pudieron se habían ido. Bill comprendía ese "lejos". Podía maravillarse ante una palabra tan fabulosa como Gstaad, pero esa maravilla era triste consuelo comparado con el deseo: Gstaad era "lejos"; Derry era el deseo.

"Y ninguno de nosotros se ha ido "lejos" -pensó, observando a Ben y a Mike, que sacaban los clavos de las tablas usadas, y a Eddie, que se alejaba hacia los matorrales para echar una meada (había que hacerlo cuanto antes, para evitar problemas en la vejiga, había dicho a Bill, cierta vez, pero también era preciso cuidarse de la hiedra venenosa, porque a nadie le gustaba tener eso en el pito)-. Todos estamos aquí, en Derry. No fuimos a campamentos ni a visitar parientes ni de vacaciones. No nos fuimos "lejos". Todos estamos aquí. Presentes y a las órdenes."

--Allá hay una puerta -dijo Eddie al volver, subiéndose el cierre de la bragueta.

--Espero que te la hayas sacudido, Eds -advirtió Richie-. Si no te la sacudes siempre, puedes pescar un cáncer. Me lo dijo mi madre.

Eddie pareció sobresaltado y algo afligido. Enseguida vio la sonrisa de Richie y lo fulminó con una mirada que expresaba: "Qué puede esperarse de un mocoso." Luego dijo:

--Es demasiado grande para sacudirla. Pero Bill dijo que entre todos podríamos.

--Claro que nunca puedes sacudírtela del todo -prosiguió Richie-. ¿Quieres saber qué me dijo una vez un sabio, Eds?

--No -dijo Eddie-, y no quiero que me sigas llamando Eds. De veras. Yo no te digo Dick, así que...

--Este sabio me dijo: Lo dijo Platón y lo confirmó Colón: las dos últimas gotas siempre van al pantalón." Y por eso hay tanto cáncer en el mundo, querido Eddie.

--Si hay tanto cáncer en el mundo es porque los idiotas como tú y Beverly Marsh fuman cigarrillos -dijo Eddie.

--Beverly no es idiota -replicó Ben, severo-. Presta atención a lo que dices, Bocazas.

--Bip-bip, ch-chicos -dijo Bill-. Y hablando de Bev-Bev-Beverly, es bastante fu-fu-fuerte. Podría a-a-ayudarnos con esa p-p-puerta.

Ben preguntó qué clase de puerta era.

--D-d-de caoba me pa-parece.

--¡No me digáis que alguien tiró a la basura una puerta de "caoba"! -exclamó Ben, sorprendido.

--La gente es capaz de tirar cualquier cosa -aseguró Mike-. Cada vez que voy a ese vertedero me asombro. De veras.

--Sí -concordó Ben-. Muchas de esas cosas podrían arreglarse con facilidad. Y como dice mi madre, en la China y en Sudamérica hay gente que no tiene nada.

--Aquí mismo, en Maine, hay gente que no tiene nada -dijo Richie, ceñudo.

--¿Q-q-qué es e-e-esto? -preguntó Bill reparando en el álbum.

Mike se lo explicó, prometiendo mostrarles la foto del payaso cuando Stan y Beverly volvieran con las bisagras.

Bill y Richie cambiaron una mirada.

--¿Qué pasa? -preguntó Mike-. ¿Es por lo que pasó en la habitación de tu hermano, Bill?

--S-s-sí -murmuró el otro y guardó silencio.
Se turnaron para trabajar en el agujero hasta que Stan y Beverly volvieron con sendas bolsas de papel llenas de bisagras. Mientras Mike hablaba, Ben, con piernas cruzadas al estilo sastre, preparó unas ventanas sin vidrios que podían abrirse y cerrarse, en dos de tablas largas. Tal vez sólo Bill prestó atención a la celeridad con que movía los dedos; eran hábiles y sabían lo que hacían, como dedos de cirujano. Bill los admiró.
-Dice mi padre que algunas de estas ilustraciones tienen más de cien años -comentó Mike, con el álbum en el regazo-. Él las compra en esas subastas que la gente hace en los patios o en tiendas de segunda mano. A veces las intercambia con otros coleccionistas. Hay estereocopios: se ponen dos imágenes iguales en una tarjeta larga; después, si uno las mira con una cosa que parece un telescopio, ve una sola imagen, pero en tres dimensiones. Como "Museo de cera" o "El monstruo de la laguna negra".
--¿Y para qué quiere todo eso? -preguntó Beverly. Llevaba puestos unos vaqueros a los que les había hecho algo divertido a la altura de los bajos, con una tela de color intenso en los últimos veinte centímetros cómo si fuesen los pantalones de un marinero caprichoso.
--Sí -dijo Eddie-. En general, Derry es bastante aburrida.
--Bueno, no sé, pero creo que es porque mi padre no nació aquí -dijo Mike-. Es como... no sé, como, si todo fuese nuevo para él. O como cuando uno llega al cine en medio de la película, ¿entendéis?
--Cla-claro -dijo Bill-. Uno q-qquiere ver el pri-el principio.
--Eso. En Derry hay mucha historia. A mí me, gusta. Y creo que una parte tiene que ver con ese... ese... con "Eso", si se le puede llamar así. Miró a Bill, que asintió, pensativo.
--Después de desfilar el 4 de julio, estuve mirando el álbum porque estaba seguro de haber visto antes a ese payaso. Y mirad.
Abrió el libro y lo entregó a Ben, que estaba sentado a su derecha.
--¡N-n-no toquéis las pá-las páginas! -dijo Bill.
Había tanta ansiedad en su voz que todos dieron un respingo. Tenía apretada la mano que se había cortado con el álbum de George. Richie notó que mantenía el puño cerrado en un gesto protector.
--Bill tiene razón -dijo. Y esa voz apagada, tan diferente de la habitual, los convenció-. Tened cuidado. es como dice Stan. Si nosotros lo vimos, vosotros también podríais verlo.
--"Sentirlo" -corrigió Bill, ceñudo.
El álbum pasó de mano en mano; todos los sostenían con cautela, por los bordes, como si fuese dinamita.
Volvió a manos de Mike, que lo abrió por una de las primeras páginas.
--Dice mi padre que no hay modo de saber cuándo es ésta, pero tal vez la hicieron a principios o a mediados del siglo dieciocho -contó-. Un tipo a quien le arregló una sierra giratoria le dio una caja de libros e ilustraciones viejos. Ésta estaba allí. Él dice que tal vez vale unos cuarenta dólares, o más.
Era una xilografía del tamaño de una postal grande. Bill se sintió aliviado al ver que el padre de Mike había protegido sus fotos con una lámina plástica. Mientras

él contemplaba, fascinado, pensó: "Ahí está. Lo estoy viendo. De verdad. Ésa es la cara del enemigo."

La xilografía mostraba a un tipo extraño, haciendo malabarismos con bolos, en medio de una calle enlodada. Había unas cuantas casas a cada lado de la calle y algunas cabañas; Bill supuso que eran tiendas o puestos de intercambio. Aquello no se parecía en nada a Derry, exceptuando el canal, que sí estaba allí, pulcramente adoquinado por ambos lados. En el fondo, arriba, un par de mulas tiraba de una barcaza.

Alrededor del malabarista había cinco o seis chicos. Uno de ellos lucía un sombrero de paja. Otro tenía un aro y el palito para hacerlo rodar, pero no era como los que podían comprar en una tienda de juguetes, sino que estaba hecho con la rama de un árbol; Bill reparó en los nudos que indicaban los sitios donde se habían arrancado ramitas menores. "Esto no fue hecho en Taiwán ni en Corea", pensó, fascinado con ese niño que habría podido ser él, si hubiese nacido cuatro o cinco generaciones antes.

El malabarista esbozaba una enorme sonrisa. No llevaba maquillaje (aunque Bill tuvo la impresión de que toda su cara era maquillaje) y era calvo, excepto dos mechones que le brotaban como cuernos sobre las orejas. Bill reconoció al payaso. "Hace doscientos años, por los menos", en un arrebato de terror, enojo y entusiasmo. Veintisiete años después, sentado en la biblioteca pública de Derry, recordaría aquel primer vistazo al álbum de Will Hanlon y la sensación de entonces: la del cazador que encuentra el rastro fresco de un viejo tigre asesino. "Doscientos años... demasiado tiempo, y sólo Dios sabe por cuánto más..." Eso le llevó a preguntarse cuánto tiempo llevaba en Derry el espíritu de Pennywise... pero prefirió no insistir con ese pensamiento.

--¡Dame, Bill! -estaba diciendo Richie.

Pero Bill retuvo el álbum por un momento más mirando fijamente los bolos, seguro de que empezarían a moverse, a subir y bajar. Los chicos aplaudirían, riendo (aunque tal vez no todos; algunos lanzarían un grito y echarían a correr); las mulas arrastrarían la barcaza más allá de la xilografía.

No ocurrió nada. Pasó el álbum a Richie.

Cuando volvió a sus manos, Mike pasó algunas páginas más, buscando.

--Aquí está -dijo-. Ésta es de 1856, cuatro años antes de que Lincoln fuese elegido presidente.

El álbum volvió a pasar de mano en mano. Era una ilustración a color, una especie de caricatura; mostraba a un grupo de beodos, de pie delante de un bar, mientras un político, gordo, de grandes patillas, declamaba desde una tabla apoyada en dos toneles con una espumosa jarra de cerveza en la mano. La tabla que lo sostenía se arqueaba bajo su peso. A cierta distancia, un grupo de mujeres con sombreritos miraba con disgusto ese espectáculo donde se mezclaban lo payasesco y lo, intemperante. Bajo la ilustración, una leyenda decía: ""En Derry la política da sed", dice el senador Garner".

--Dice papá que este tipo de ilustraciones eran muy comunes unos veinte años antes de la guerra civil -comentó Mike-. La gente se las enviaba como si fuesen postales. Supongo que eran como algunos chistes de "Mad".

--Sá-sá-sátira -dijo Bill.

--Eso -repuso Mike-. Pero ahora mirad esta esquina.

La ilustración se parecía a las de "Mad" en otro sentido: en que tenía múltiples detalles y pequeños chistes secundarios. Un gordo sonriente vertía un vaso de cerveza en la boca de un perro. Una mujer se había caído sentada en un charco de barro. Dos pilluelos de la calle estaban poniendo fósforos de azufre en las suelas de un próspero comerciante. Una niña colgaba de un olmo, meciéndose boca abajo y mostrando las bragas. A pesar de ese desconcertante enredo de detalles, a nadie le hizo falta que Mike señalase al payaso. Vestido con un traje a cuadros de colores chillones estaba entre un grupo de leñadores borrachos. Guiñaba el ojo a un leñador que, a juzgar por su expresión boquiabierta, acababa de perder una apuesta. El payaso recibía una moneda de su mano.

--Él, otra vez -dijo Ben-. ¿Cien años después?

--Más o menos -respondió Mike-. Y aquí hay otra de 1891.

Era un recorte de la primera plana del "Derry News". "¡Hurra! ¡Se inaugura la fundición! "La ciudad hace un picnic de gala"." La foto mostraba la ceremonia de inauguración de la fundición kitchener; su estilo recordó a Bill los grabados de Currier e Ives que su madre tenía en el comedor, aunque ése no era tan pulido. Un hombre vestido con traje de calle sostenía un enorme par de tijeras abiertas junto a la cinta ante la vista de unas quinientas personas. A la izquierda había un payaso ("el" payaso), dando tumbos para divertir a un grupo de niños. El artista lo había captado cabeza abajo, con lo cual su sonrisa se convertía en un grito.

Pasó rápidamente el álbum a Richie.

La foto siguiente llevaba una leyenda al pie, de mano de Will Hanlon: "1933: Derogación en Derry." Aunque ninguno de los chicos sabía gran cosa sobre la ley Volstead o su derogación, la foto aclaraba los hechos sobresalientes. Ilustraba el bar de Wally, en la Manzana del Infierno. La taberna estaba repleta de hombres que llevaban camisas blancas con el cuello abierto, sombreros de paja, camisas de leñador, camisetas o trajes de banquero. Todos ellos levantaban victoriosamente vasos y botellas. En las ventanas se leían dos grandes letreros: ¡"Feliz regreso, Juan Ginebra"! y "Esta noche cerveza gratis". El payaso, vestido a la manera de los hombres elegantes (zapatos blancos. polainas y pantalones de pistolero), tenía el pie apoyado en el estribo de un coche y bebía champán servido en un zapato de talón alto.

--Es de 1945 -dijo Mike.

Otra vez en el "Derry News". El titular: "Japón se rinde. ¡Gracias a Dios la guerra ha terminado!" Un desfile avanzaba zigzagueando a lo largo de Main Street, rumbo a Up-Mile Hill. Y allí estaba el payaso, en el fondo, con su traje plateado de grandes botones, petrificado en la matriz de puntitos que componían la foto impresa, como si sugiriera (al menos, eso pensó Bill) que nada había terminado, que nadie se había rendido, que nadie había ganado, que el sálvese quien pueda seguía siendo norma y costumbre; como si sugiriese, en definitiva, que todo seguía perdido.

Bill sintió frío y miedo.

De pronto, los puntos de la imagen desaparecieron. La foto empezó a moverse.

--Eso es lo que... -balbuceó Mike.

--M-m-mirad -dijo Bill. La palabra cayó de su boca como un cubito de hielo medio derretido-. ¡Mi-rad to-to-todos!

Todos se agruparon para mirar.

--¡Oh, Dios mío! -susurró Beverly, sobrecogida.
--¡Es lo mismo! -exclamó Richie, mientras golpeaba a Bill en la espalda, presa de la excitación. Miró la cara blanca y ojerosa de Eddie, y la petrificada de Stan Uris-. ¡Lo mismo que vimos en la habitación de George! "Exactamente lo que"...
--Chist -susurró Ben-. Escuchad. -Y luego, casi sollozando-: Se los oye... Sí, se los oye.
Y en el silencio, roto sólo por el leve paso de la brisa estival, comprobaron que era cierto. La banda estaba tocando una marcha militar, debilitada y metálica por efecto de la distancia... del paso del tiempo... de lo que fuese. Los vítores de la multitud eran como el ruido que emite una radio mal sintonizada. Había chasquidos, como hechos con los dedos.
--Petardos -susurró Beverly, frotándose los ojos con dedos temblorosos-. Ésos son petardos.
Nadie contestó. Miraban la foto con ojos como platos.
El desfile serpenteó hacia ellos, pero antes de que los integrantes llegasen al primer plano, el punto en que habrían debido salir de la imagen a un mundo trece años posterior, desaparecían de la vista, como en una especie de curva desconocida. Primero, los veteranos de la primera guerra; después los "boy-scouts", el cuerpo de enfermeros, la banda de la iglesia, y finalmente, los veteranos de la Segunda Guerra Mundial que habían vuelto a Derry, con la banda del instituto cerrando el desfile. La multitud se movía y cambiaba de sitio. De las ventanas caían nubes de serpentina y confeti. El payaso bailoteaba por los lados haciendo cabriolas, imitando un saludo militar o fingiendo apuntar con un fusil. Y Bill notó, por primera vez que la gente le volvía la espalda, pero no como si lo viesen, sino como si percibiesen una ráfaga de viento o un olor desagradable.
Uno de los niños lo vio y se echó atrás.
Ben alargó la mano hacia la foto, tal como había hecho Bill en la habitación de George.
--¡N-n-n-no! -gritó Bill.
--No te preocupes, Bill -dijo Ben-. Mira. -Apoyó la mano sobre la película plástica que protegía la foto. Después de un instante la retiró-. Pero si retiras la cubierta...
Beverly soltó un alarido. El payaso, al retirar Ben la mano, había dejado de hacer cabriolas y muecas. Corrió hacia ellos, parloteando y riendo con su boca ensangrentada. Bill se encogió; pero retuvo el álbum, pensando que desaparecería de la vista, como había ocurrido con todo el desfile, los "boy-scouts", la banda y el descapotable que llevaba a Miss Derry 1945.
Pero el payaso no desapareció a lo largo de esa curva que parecía definir el borde de una antigua existencia. Saltó, en cambio. con audaz y ágil gracia a un poste de alumbrado, erguido en el primer plano a la izquierda. Trepó por él... y de pronto apretó la cara contra la dura hoja plástica. Beverly volvió a gritar, y también Eddie, aunque el aullido del chico fue más débil y sofocado. el plástico se abultó hacia fuera. Más tarde, todos aseguraron que habían visto lo mismo. La roja nariz del payaso quedó achatada, como cualquier nariz contra el vidrio de una ventana.
"¡Os voy a matar a todos! -gritaba el payaso, riendo-. ¡Tratad de detenerme y ya veréis! ¡Primero os vuelvo locos y después os mato! ¡No podéis detenerme! ¡Soy el hombrecito de jengibre! ¡Soy el hombre loco adolescente!"

Y por un momento fue el hombre lobo adolescente; su cara de licántropo plateada por la luna, los miraba con los blancos dientes descubiertos.
"¡No podéis detenerme porque soy el leproso!.
La cara del leproso, acosada, descarnada, llena de llagas podridas, los miró con los ojos del muerto viviente.
"¡No podéis detenerme porque soy la momia!"
Apareció la cara de la momia, anciana y cubierta de estériles grietas. Antiguos vendajes se solidificaban sobre la piel. Ben apartó la vista, pálido.
"¡No podéis detenerme porque soy los niños muertos!"
--¡"No"! -vociferó Stan Uris.
Sus ojos se dilataron sobre dos medialunas de piel amoratada, "Carne de susto", pensó Bill, sin saber por qué; doce años más tarde usaría el término en una novela, sin la menor idea de dónde lo había sacado, tomándola como los escritores toman la palabra exacta en el momento exacto, sencillamente como, un regalo del exterior
("otro espacio")
de donde vienen, a veces, las palabras acertadas.
Stan le quitó el álbum de las manos y lo cerró con violencia. Lo mantuvo firmemente cerrado con ambas manos. Miraba en derredor, con ojos desorbitados.
--No -dijo-. No, no, no.
De pronto, Bill descubrió que le preocupaba más esa reiterada negativa de Stan que el payaso. Y comprendió que ésa era la reacción buscada por el monstruo, porque...
"Tal vez porque "Eso" nos tiene miedo... tiene miedo por primera vez en su larguísima vida."
Cogió a Stan y lo sacudió dos veces, con fuerza, sujetándolo por los hombros. Al chico le castañetearon los dientes; dejó caer el álbum. Mike lo recogió para apartarlo apresuradamente; después de lo que había visto no le gustaba tocarlo, pero era de su padre y comprendía que Will jamás vería allí lo que él había visto.
-No -dijo Stan, suavemente.
-Sí -dijo Bill.
-No -repitió Stan.
-Sí. T-t-todos...
-No.
-L-l-lo vi-vimos, Stan -insistió Bill, mirando a los otros.
-Sí -dijo Ben.
-Sí -dijo Richie.
-Sí -dijo Mike-. Oh, Dios mío, sí.
-Sí -dijo Bev.
-Sí -jadeó Eddie, con la garganta cada vez más cerrada.
Bill miró a Stan, exigiéndole con los ojos que le sostuviera la mirada.
-N-n-no te de-dejes at-atrapar, tío -dijo-. T-t-tú también lo viste.
--¡No quería verlo! -gimió Stan. El sudor le cubría la frente.
--P-p-pe-pero lo-lo viste.
Stan miró a los otros, uno a uno, y se pasó la mano por el pelo corto con un largo suspiro tembloroso. Sus ojos parecieron despejarse de esa locura que tanto preocupara a Bill.

--Sí -dijo-. Sí, está bien. Sí. ¿Era eso lo que querías? Sí.
Bill pensó: "Todavía estamos juntos. Eso no nos detuvo. Todavía podemos matarlo. Podemos matarlo... si somos valientes."
Miró a su alrededor y vio, en cada par de ojos, cierta medida de la misma historia. No era tan grave como la de Stan, pero allí estaba.
--S-S-Sí -dijo y sonrió al niño judío. Al cabo de un instante, Stan le devolvió la sonrisa. Su cara se liberó, en parte, de esa horrible expresión de espanto-. Eso e-e-era lo que yo quequería, id-id-diota.
--Bip-bip, Dumbo -dijo Stan.
Y todos rieron. Con una risa chillona, histérica.
--Va-va-vamos -dijo Bill, porque alguien tenía que decir algo-. Te-terminemos la c-c-casita. ¿Q-q-qué os paparece?
Leyó la gratitud en los ojos de todos y se alegró por ellos... pero esa gratitud no aliviaba en nada su propio espanto. En realidad, había en ella algo que le daba deseos de odiarlos. ¿Acaso jamás podría expresar su propio terror porque no cedieran los frágiles vínculos que los convertían en una sola cosa? Y ni siquiera era justo pensar eso, ¿verdad? Porque él estaba utilizándolos, por lo menos hasta cierto punto. Utilizaba a sus amigos, arriesgaba la vida de todos para ajustar las cuentas por la muerte de su hermano. ¿Sólo había eso, en el fondo? Había más. Porque George estaba muerto. Y Bill sospechaba que, si era posible cobrar venganza, sólo era posible hacerlo por cuenta de los vivos. Entonces, ¿qué papel estaba jugando él? ¿El de una mierdita seca, armada de una espada de lata que trataba de parecerse al rey Arturo?
"Jo, macho -gruñó, para sus adentros-. Si en esta clase de cosas deben pensar los adultos, prefiero no crecer."
Su resolución se mantenía firme, pero, era una resolución amarga.
Muy amarga.

XV. El pozo de humo.

1.

Richie Tozier se ajusta las gafas al puente de la nariz (el gesto ya le resulta familiar, aunque lleva veinte años usando lentillas) y piensa, algo sorprendido, que la atmósfera de la habitación ha cambiado mientras Mike, recordaba el incidente con el pájaro, en la fundición, el álbum de su padre y la foto que se había movido.
Richie había sentido que allí crecía una energía poderosa, exultante. Había tomado cocaína nueve o diez veces en los dos últimos años (casi siempre en las fiestas, porque uno no quiere tener cocaína en su casa cuando se es un gran disc-jockey) y la sensación se parecía un poco a eso, aunque no exactamente. Ésta era más pura, más honda. Creía reconocer la sensación de su niñez, cuando la sentía a diario y acababa por considerarla algo natural. Suponía que, si de niño había pensado alguna vez en esa profunda fuente de energía (aunque no recordaba haberlo hecho), debía haberla considerado, simplemente, un hecho de la vida, algo que siempre estaría allí, como el color de sus ojos o sus horribles dedos de los pies, en forma de martillo.

Pero no había resultado así. La energía que uno derrocha siendo niño, la energía que uno cree inagotable, se escapa entre los dieciocho y los veintidós años reemplazada por algo mucho menos brillante, tan falso como la exaltación de la cocaína: decisión, metas, cualquiera de los términos que propone la Cámara de Comercio. No era nada notable porque no aparecía de un momento al otro, con un estallido. Y eso es lo que daba miedo, pensó Richie. El hecho de que uno no deja súbitamente de ser niño. El chico que llevábamos dentro se escurre poco a poco, tal como el aire de un neumático pinchado. Y un día, al mirarnos al espejo, nos encontramos con la imagen de un adulto. Uno podía seguir llevando vaqueros y asistiendo a los conciertos de rock; uno podía teñirse el pelo, pero la cara del espejo seguía siendo cara de adulto. Tal vez todo ocurría mientras dormíamos, como la visita de los ratones que se llevaban los dientes de leche.

"No -piensa-, los dientes no.. los años."

Ríe en voz alta ante la estúpida extravagancia de esa imagen y, cuando Beverly lo interroga con la vista, descarta la cuestión con un gesto de la mano.

--Nada, nena -dice-. Sólo estaba pensando.

Pero esa energía ha vuelto. No, no ha vuelto del todo, todavía no, pero está volviendo. Y no sólo a él; siente cómo va llenando la habitación. Mike luce bien por primera vez desde que todos se reunieron para ese horrible almuerzo. Cuando Richie entró en el vestíbulo y vio a Mike sentado con, Ben y Eddie, pensó, espantado. "Mike se está volviendo loco, tal vez se prepara para suicidarse." Pero ahora esa expresión ha desaparecido. No porque esté sublimada: ha desaparecido, en verdad. Richie, allí sentado, vio cómo se borraban los restos, mientras revivía la experiencia del pájaro y el álbum. Está energetizado. Y lo mismo ocurre con los otros. Se nota en la cara, en la voz, en el gesto de cada uno.

Eddie se sirve otra medida de ginebra con zumo de ciruelas. Bill bebe un poco de whisky y Mike abre otra lata de cerveza. Beverly echa un vistazo a los globos que Bill ha atado a la microfilmadora y acaba, apresuradamente, su tercer vodka con naranja. Todos han estado bebiendo con entusiasmo, pero ninguno está ebrio. Richie no sabe de dónde sale la energía que siente, pero no es del licor.

"Los negros de Derry son unos pájaros tonos": azul.

"Los Perdedores siguen perdiendo, pero Stanley Uris se ha puesto a la cabeza": naranja.

"Por Dios -piensa Richie, abriendo otra cerveza-, bastante malo es que "Eso" pueda transformarse en cualquier monstruo, a voluntad, y bastante malo es, que pueda alimentarse de nuestros temores. Pero además, resulta ser un chistoso aficionado a los juegos de palabras."

Es Eddie quien rompe el silencio.

--¿Hasta dónde creéis que "Eso" sabe lo que está pasando aquí? -pregunta.

--Estaba aquí, ¿no? -observa Ben.

--No creo que eso quiera decir gran cosa -responde Eddie.

Bill asiente.

--Ésas son sólo imágenes -dice-. No estoy seguro de que "Eso" pueda vernos ni saber lo que hacemos. Uno puede ver al locutor de televisión, pero él no nos ve a nosotros.

--Esos globos no son sólo imágenes -dice Beverly, señalándolos con el pulgar-. Son reales.

--Eso no es cierto -interviene Richie y todos lo miran-. Las imágenes son reales. Estoy seguro. Son...

Y de pronto, otra cosa cae en su sitio, algo nuevo; cae en su sitio con una fuerza tan firme que él se cubre las orejas con las manos. Sus ojos se ensanchan detrás de las gafas.

--¡Oh, Dios mío! -grita súbitamente.

Busca a tientas la mesa y se levanta a medias, pero vuelve a caer en la silla con un golpe sordo, como si no tuviera huesos. Derrama su lata de cerveza al tratar de cogerla, la recoge y bebe el resto. Mira a Mike, mientras los otros lo observan, sorprendidos y preocupados.

--¡El ardor! -dice, casi gritando-. ¡El ardor en los ojos! ¡Mike! El ardor que sentía en los ojos...

Mike asiente con la cabeza, sonriendo sombriamente.

--¿Ri-Richie? -inquiere Bill-. ¿Q-q-qué pasa?

Pero Richie apenas lo oye. La fuerza del recuerdo se abate sobre él como una marea, dándole frío y calor, alternativamente. De pronto comprende por qué esos recuerdos han vuelto uno a uno. Si hubiese recordado todo al mismo tiempo, esa fuerza habría sido como un cañonazo psicológico, disparado a dos centímetros de su sien: le habría hecho volar la cabeza.

--¡Lo vimos llegar! -dice a Mike-. Tú y yo vimos cómo llegaba "Eso", ¿verdad? ¿O fui sólo yo? -Coge la mano de Mike-. ¿Tú también lo viste, Mike? ¿El incendio forestal, el cráter?

--Lo vi -confirma Mike en voz baja, estrechando la mano de Richie.

El otro cierra los ojos por un instante, pensando que jamás ha sentido un alivio tan grande en toda su vida, ni siquiera cuando el jet de Los Angeles a San Francisco patinó en la pista y se detuvo a un lado sin que nadie saliese herido, sin más que algunas maletas caídas. Él había saltado al tobogán de emergencia y había ayudado a una mujer que se había torcido el tobillo. La mujer reía, repitiendo: "No puedo creer que no haya muerto, no puedo creerlo." Richie, que la llevaba casi en vilo con un brazo, mientras hacía señas con el otro a los bomberos, dijo: "Bueno, le diré que está muerta. Está muerta. ¿Se siente mejor ahora?" Los dos rieron, pero era una risa de alivio. Este alivio, sin embargo, es mayor.

¿De qué habláis vosotros dos? -pregunta Eddie, mirándolos.

Richie mira a Mike, pero el bibliotecario sacude la cabeza.

--Dilo tú, Richie. Yo ya he hablado bastante por hoy.

--Vosotros no lo sabéis o tal vez no lo recordáis, porque salisteis -les dice Richie-. Mikey y yo fuimos los últimos indios que se quedaron en el agujero de humo.

--El agujero de humo -musita Bill. Sus ojos están distantes.

--El ardor de mis ojos -dice Richie-, bajo las lentillas. Lo sentí por primera vez después de que Mike me telefoneó a California. En ese momento no supe qué era, pero ahora sí. Era humo; humo de veintisiete años atrás. -Mira a Mike-. ¿Psicológico, dirías? ¿Psicosomático? ¿Algo surgido del subconsciente?

--Yo no diría eso -responde Mike en voz baja-. Lo que sentiste fue tan real como esos globos, como la cabeza que vi en la nevera o como el cadáver de Tony Tracker que vio Eddie. Cuéntales, Richie.

--Fue cuatro, o cinco días después de que Mike llevara el álbum de su padre a Los Barrens. Un día de mediados de julio, creo. La casita ya estaba terminada. Pero... lo de la chimenea fue idea tuya, Ben. La sacaste de un libro.

Ben asiente, sonriendo.

Richie piensa: "Ese día estaba muy nublado. No había brisa. Truenos en el aire. Como aquel día, un mes después, en que formamos un circulo, de pie en el arroyo y Stan nos cortó la mano con un trozo de botella. El aire estaba inmóvil, como si esperase que ocurriera algo. Más tarde, Bill dijo que por eso aquello se había puesto insoportable: porque no había brisa.

"El 17 de julio. Sí, ése fue el día del pozo de humo. El 17 de julio de 1958. Casi un mes después de que terminaron las clases y se formó el núcleo de los Perdedores (Bill, Eddie y Ben) allá en Los Barrens. Dejadme ver el parte meteorológico de aquel día de hace casi veintisitete años -pensó Richie-, y os diré lo que decía antes de leerlo: Richie Tozier, alias el Gran Mentalista. Cálido, húmedo, probabilidad de tormenta. Y cuidado con las visiones que pueden sorprenderos mientras estáis en el agujero del humo."

Aquello ocurrió dos días después de ser descubierto el cadáver de Jimmy Cullum, un día después de que el señor Nell volviera a Los Barrens y se sentara directamente sobre la casita sin saber de su existencia, porque por entonces le habían puesto la trampilla y el mismo Ben había dirigido minuciosamente la aplicación del pegamento y la hierba. A menos que uno se pusiera en cuatro patas y gateara por ahí, no tenía la menor idea de que hubiese algo. Como la represa, la casita de Ben había sido un éxito rotundo, pero el señor Nell no tenía noticias de ella.

Los interrogó con cautela, anotando las respuestas en su libretita negra, pero ellos tenían poco que decirle, al menos con respecto a Jimmy Cullum. Y el señor Nell se fue otra vez, tras recordarles, una vez más, que no debían jugar solos en Los Barrens... jamás. Richie supone que el señor Nell les habría ordenado salir de allí si algún policía hubiese creído que Jimmy Cullum (o cualquiera de los otros) había muerto en Los Barrens. Pero la policía estaba bien informada: debido al sistema de cloacas y desagües, ése era el sitio al que los restos iban a parar.

El señor Nell había aparecido el día 16, sí un día también caluroso y húmedo, pero soleado. El 17, el cielo estuvo cubierto.

--¿Nos cuentas o no Richie? -pregunta Bev. Sonríe un poco, los ojos encendidos.

--No sé por dónde empezar -dice Richie.

Se quita las gafas, las limpia con la camisa y, de sabe por dónde. Por el momento en que la tierra se abrió ante sus pies y los de Bill . Ellos sabían dónde estaba la casita, por supuesto, pero aun así lo asustó el ver que la tierra se abría súbitamente en una ranura de oscuridad.

Recuerda que Bill lo llevó en "Silver" hasta el sitio acostumbrado de Kansas Street y escondió su bicicleta bajo el puentecito. Recuerda que los dos caminaron por el sendero hacía el claro; a veces tenían que apartarse porque la maleza era muy densa. Era pleno verano y Los Barrens estaban en el apogeo de su fertilidad. Recuerda haber dado manotazos a los mosquitos que zumbaban cerca de sus oídos. Hasta recuerda que Bill dijo (oh, qué claramente lo recuerda ahora, no como si hubiese ocurrido ayer, sino como si estuviese diciendo ahora mismo):

--Qué-qué-quédate quieto un s-s-s...

2.

--segundo, Ri-Richie. Tienes un mosquito gigante en el cuello.
--Oh, cielos -dijo Richie, que odiaba a los mosquitos. Bien miradas las cosas, eran como vampiros diminutos-. Mátalo Gran Bill.
Bill dio una palmada en el cuello de Richie.
Bill puso, la mano, frente a la cara de su amigo. En el centro de una mancha de sangre había un cadáver de mosquito aplastado. "Mi sangre -pensó Richie-, vertida por vosotros y por muchos más."
--Ajjj -protestó
--N-n-no te preocupes. El muy m-mmaldito no v-v-volverá a joder a nadie más.
Siguieron caminando, dando manotazos a los mosquitos atraídos por el olor de su sudor, algo que, años más tarde, sería identificado como, "feromonas", fueran lo que fuesen.
--Bill, ¿cuándo vas a contar a los otros lo de las balas de plata? -preguntó Richie, al acercarse al claro. En ese caso, "los otros" significaba Bev, Eddie, Mike y Stan, aunque este último debía de tener una buena idea de lo que ellos estaban estudiando en la biblioteca pública. Stan era inteligente, demasiado, pensaba Richie. El día en que Mike llevó el álbum de su padre a Los Barrens, Stan había estado a punto de volverse loco. En realidad, Richie quedó medio convencido de que no volvería a ver a Stan y que el Club de los Perdedores se convertiría en sexteto (palabra que a Richie le gustaba usar con frecuencia). Pero el chico había vuelto al día siguiente y Richie lo, respetaba aún más por eso-. ¿Se lo contarás hoy?
--Ho-o-oy no -dijo Bill.
--Crees que no dará resultado, ¿verdad?
Bill se encogió de hombros. Richie, que quizá entendía a Bill Denbrough como nadie hasta la llegada de Audra Phillips, intuyó todo lo, que su amigo habría dicho de no ser por su bloqueo verbal: que sólo en las historietas se veía a los chicos haciendo balas de plata. En suma, era pura idiotez. Idiotez peligrosa. Podrían intentarlo, sí. Hasta era posible que Ben Hanscom lo consiguiera, sí. En una película daría resultado, sí. Pero...
--¿Y entonces?
--Tengo una idea -dijo Bill-. Más sencilla. Pero solo si Be-be... Beverly...
--¿Si Beverly qué?
--De-dejémoslo.
Y Bill no quiso decir nada más al respecto.
Llegaron al claro. Si uno, miraba con atención podía notar que la hierba, en ese sitio, tenía aspecto apelmazado... "usado". Hasta podía pensarse que había algo artificial en la distribución de hojarasca sobre la hierba. Bill recogió una envoltura de caramelos (de Ben, casi con toda certeza) y se la guardó distraídamente en el bolsillo.
Los chicos cruzaron hasta el centro del claro... y un fragmento de suelo, de unos veinticinco centímetros por cinco de anchura, giró hacia arriba con un chirrido de

bisagras descubriendo un párpado, negro. De esa negrura asomaron dos ojos que provocaron a Richie un escalofrío. Pero eran sólo los ojos de Eddie Kaspbrak. Y fue Eddie, a quien visitaría en el hospital una semana después, quien entonó, con voz hueca:

--¿Quién camina, trip-trap, por mi puente?

Abajo, risitas y el fulgor de una linterna.

--Policías rurales, senorrr -respondió Richie con la voz de Pancho Villa, mientras se retorcía un imaginario, bigote.

--¿Ah, sí? -inquirió Beverly, desde abajo-. ¡Documentación!

--¿Documentación? -exclamo Richie, encantado-. ¡No necesitamos ninguna documentación, joder!

--Vete al infierno, Pancho -respondió Eddie, cerrando bruscamente el gran párpado.

Abajo hubo más risitas apagadas.

--¡Salid con las manos en alto! -ordenó Bill con autoritaria voz de adulto. Comenzó a pasearse por la trampilla de la casita, cubierta de hierba. El suelo cedía a cada paso, pero sólo un poco porque la construcción era buena-. ¡No tienen ninguna posibilidad! -bramó, imaginándose como el temerario Joe Friday de la policía de Los Angeles-. ¡Salgan de ahí, vagabundos, o entraremos!

Para dar énfasis a su amenaza, dio un salto sobre el mismo sitio. Abajo sonaron gritos y risas. Bill sonreía, sin darse cuenta de que Richie lo observaba con aire sabio, no como un chico mira a otro, sino, por un momento, como un adulto mira a un chico.

"No sabe que no siempre lo hace", pensó.

--Déjalos entrar, Ben, antes de que rompan el techo -dijo Bev.

Un momento después se abrió una trampilla, como la escotilla de un submarino. Ben se asomó por ella, ruborizado, y Richie comprendió que había estado sentado junto a Beverly.

Bill y Richie, se dejaron caer por la escotilla y Ben volvió a cerrar. Allí estaban todos, cómodamente sentados contra las paredes de madera con las piernas recogidas; las caras apenas eran visibles a la luz de la linterna.

--¿Q-q-qué hay de nuevo? -preguntó Bill.

--Poca cosa -dijo Ben. Estaba sentado junto a Beverly y su rostro lucía tan feliz como arrebatado-. Estábamos...

--Cuéntales, Ben -interrumpió Eddie-. ¡Cuéntales la historia y veremos qué opinan!

Richie se sentó entre Mike y Ben, rodeando sus rodillas con las manos entrelazadas. Allí abajo hacía un fresco delicioso... y había un "secreto" delicioso. Siguiendo el rayo de la linterna, que pasaba de cara a cara, olvidó momentáneamente lo, que tanto lo había asombrado un minuto antes.

--¿De qué estáis hablando?

--Oh, Ben estaba contándonos cierta ceremonia de los indios -dijo Bev-. Pero, Stan tiene razón, Eddie: te haría nada bien para el asma.

--A lo mejor no me hace nada -replicó Eddie (y Richie notó que el chico, para crédito suyo, sólo parecía levemente inquieto)-. Habitualmente me pasa sólo cuando me pongo nervioso. Y me gustaría probar.

--¿P-p-probar q-q-qué? -preguntó Bill.

--La ceremonia del pozo de humo -dijo Eddie.
-¿Y e-e-eso qué es?
El rayo de la linterna de Ben derivó hacia arriba y Richie lo siguió con los ojos. Vagaba sin sentido por el techo de madera de la casita mientras Ben les explicaba. Cruzó los paneles astillados de la puerta de caoba que tres días antes habían traído entre los siete desde el vertedero. Había sido el día antes de que se descubriera el cadáver de Jimmy Cullum. Lo único que Richie recordaba de Jimmy Cullum, un chiquillo tranquilo que también usaba gafas, era que le gustaba jugar al escondite en los días de lluvia. "Ya no volverá a jugar", pensó Richie. En la penumbra, nadie notó su estremecimiento, pero Mike Hanlon, que estaba sentado junto a él hombro contra hombro, le echó una mirada de curiosidad.
--Bueno, la semana pasada saque un libro de la biblioteca -estaba diciendo Ben-. Se llama "Espíritus de las grandes llanuras" y trata de las tribus indias que vivían en el Oeste, hace ciento cincuenta anos. Payutes, pauníes, kiowas, otoes y comanches. El libro es muy interesante. Me encantaría ir a la zona donde ellos vivieron: Iowa, Nebraska, Colorado, Utah...
--Cálmate y cuenta lo de la ceremonia del pozo de humo -ordenó Beverly dándole un codazo.
--Está bien -dijo él
Richie se dijo que habría dado la misma respuesta si Beverly le hubiese dado un codazo, ordenando: "Bébete el veneno, ¿quieres?"
--Casi todos esos indios tenían una ceremonia especial y nuestra casita me hizo pensar en ella. Cuando querían tomar una decisión importante, ya fuese ir tras los rebaños de búfalos, buscar agua fresca o iniciar una guerra contra sus enemigos, cavaban un agujero grande en el suelo y lo cubrían completamente de ramas, dejando una pequeña ventilación.
--El po-po-pozo de humo -dijo Bill.
--La celeridad de tu mente no deja de asombrarme, Gran Bill -dijo Richie-. Deberías presentarte a los programas de preguntas y respuestas de la televisión.
Estoy seguro de que ganarías una fortuna.
Bill hizo ademán de atacarlo y Richie retrocedió, dándose un buen golpe con el entablado.
--¡Ay!
--T-t-te lo, me-mereces -dijo Bill.
--Te mataré, maldito gringo -repuso Richie-. No necesitamos ninguna cre...
--¿Queréis dejarlo? -protestó Beverly-. Esto es muy interesante.
Y favoreció a Ben con una mirada tan cálida que Richie temió ver salir una voluta de humo de las orejas del gordo.
--Bu-bu-bueno, Ben -dijo Bill-. S-s-sigue.
--Está bien -graznó Ben. Tuvo que carraspear para seguir hablando-. Cuando el pozo de humo estaba terminado, encendían fuego en el fondo usando leña verde para conseguir una fogata bien humeante. Después, todos los guerreros bajaban a sentarse alrededor del fuego. El lugar se llenaba de humo. El libro dice que era una ceremonia religiosa, pero también era una especie de certamen. Al cabo de medio día, la mayor parte de los guerreros salían de allí, porque no podían seguir soportando el humo, sólo se quedaban dos o tres. Y se suponía que ésos tenían visiones.

--Claro. Y si yo respirara humo por cinco o seis horas, probablemente también tendría visiones -dijo Mike y todos rieron.

--Supuestamente, las visiones indicaban a la tribu qué debía hacer -dijo Ben-. No sé si esta parte es cierta o no, pero el libro dice que casi siempre las visiones eran acertadas.

Se hizo un silencio. Richie miraba a Bill, consciente de que todos estaban mirando a Bill. Y tuvo la sensación, una vez más, de que la historia de Ben sobre el pozo de humo no era, simplemente, algo que uno lee en un libro y quiere probar, como un experimento químico o un truco de magia. Sabía, todos lo sabían. Tal vez Ben lo sabía mejor que nadie: eso era algo que "debían" hacer.

"Se suponía que ésos tenían visiones... Casi siempre las visiones eran acertadas."

Richie pensó: "Apostaría a que, si se lo preguntamos, Ben nos dirá que ese libro le vino a las manos, prácticamente solo, como si alguien hubiese querido que él leyese ese libro en especial y nos hablase de la ceremonia. Porque aquí tenemos una tribu, ¿no? Sí. Nosotros. Y si, creo que necesitamos saber qué va a pasar ahora..

Ese pensamiento llevó a otro. "¿Esto tenía que suceder? Desde el momento en que Ben tuvo la idea de hacer una casita subterránea en vez de hacerla en un árbol, ¿esto tenía que suceder? ¿Qué parte de todo esto estamos pensando por nuestra cuenta y que parte piensa otra mente por nosotros?"

En cierto modo, esa idea habría debido resultarle consoladora. Era agradable imaginar que alguien más grande, más inteligente que uno, estaba pensando por uno, como los adultos que planeaban la comida, compraban la ropa y distribuían el tiempo para los chicos. Richie estaba convencido de que la fuerza que los había reunido, la fuerza que había usado a Ben como mensajero para darles la idea del pozo de humo, esa fuerza no era la misma que estaba matando a los chicos. Era una especie de contrafuerza, opuesta a la otra...

("oh bueno, bien puedes decirlo")

Eso. Pero de cualquier modo, no le gustó esa sensación de no tener control sobre sus propios actos, de ser controlado, de ser "dirigido".

Todos miraron a Bill esperando saber qué opinaba.

--P-p-pues -dijo- pa-pa-parece peperfecto.

Beverly suspiró. Stan se movió, incómodo.

--Pe-pe-perfecto -repitió Bill, mirándose las manos. Tal vez fue sólo el inquieto haz de la linterna o su propia imaginación, pero Richie creyó verlo un poco pálido y muy asustado, aunque sonreía-. T-t-tal vez una vi-visión nos diga qué p-p-podemos ha-a-acer con nunuestro p-p-problema.

"Y si alguien tiene una visión -pensó Richie-, ése será Bill." Pero en eso se equivocaba.

--Bueno -dijo Ben-, probablemente sólo servía para los indios, pero podría ser interesante probar.

--Si, probablemente nos desmayemos todos por el humo y muramos aquí dentro -dijo Stan, lúgubre-. Eso sería muy interesante, sí.

--¿No quieres intentarlo, Stan? -preguntó Eddie.

--Bueno, más o menos -reconoció Stan, suspirando-. Creo que me estáis volviendo loco, ¿sabéis?

--Miró a Bill-. ¿Cuándo?
--N-n-no hay me-mejor mommmmento que el pre-presente, ¿n-n-no?
Hubo un silencio confuso y pensativo. Luego Richie se levantó, abriendo la trampilla con los brazos estirados, para dejar entrar la luz mortecina de aquel sereno día de verano.
--Tengo mi hacha -dijo Ben, siguiéndolo-. ¿Quién me ayuda a cortar leña verde?
Al final lo ayudaron todos.

3.

Prepararse les llevó una hora. Cortaron cuatro o cinco brazadas de ramas verdes, pequeñas, de las que Ben retiró todas las hojas.
--Van a producir mierda -dijo-. Ni siquiera estoy seguro de que podamos encender el fuego con ellas.
Beverly y Richie bajaron a la ribera del Kenduskeag para recoger una serie de piedras de buen tamaño en la chaqueta de Eddie (la madre siempre le hacia salir con chaqueta, por mucho calor que hiciese, diciendo que podía llover). Mientras llevaban las piedras a la casita, Richie comentó:
--Tú no puedes hacer esto, Bey. Eres niña. Ben dijo que eran los guerreros los que bajaban al pozo de humo, no las "squaws".
Beverly hizo una pausa, mirándolo con irritación y regocijo. De la coleta le había escapado un mechón. Sacó el labio inferior para apartárselo de la frente con un soplido.
--Cuando quieras, Richie, te desafío a pelear.
Puedo tumbarte cuando me dé la gana, y lo sabes.
--¡Eso no impo.ta, Miss Sca.lett! -exclamó Richie, mirándola con ojos saltones-. ¡Es niña y niña será! ¡No es guerrero indio!
--Pues seré guerrera india, entonces -afirmó Beverly-. Y ahora, ¿llevamos estas piedras a la casita o quieres que te las tire por la cabeza?
--¡Cielo santo, Miss Sca.lett! -chilló Richie.
Beverly rió y dejó caer el extremo de la chaqueta: todas las piedras se desparramaron. No cesó de reñirle mientras las recogían. Richie, mientras tanto, bromeaba y chillaba con muchas voces, maravillándose, para sus adentros, de lo hermosa que ella era.
Aunque no había dicho en serio lo de excluirla del pozo de humo por su sexo, Bill Denbrough pareció apoyar esa opinión.
Beverly se enfrentó a él con los brazos en jarras y las mejillas arrebatadas por la furia.
--¡Puedes meterte esa opinión ya sabes dónde, Bill "Tartaja"! Yo también estoy en esto. ¿O ya no participo en este jodido club?
Bill, con paciencia, dijo:
--L-l-las cosas n-n-no son a-a-así, B-B-Bev, y lo s-s-sabes. A-a-alguien ti-tiene que e-e-estar fuera.
--¿Por qué?
Bill trató de explicarse, pero allí estaba otra vez el bloqueo oral. Miró a Eddie como pidiendo ayuda.

--Es por lo que dijo Stan -apuntó Eddie-. Lo del humo. Bill dice que realmente podría ocurrir que todos nos desmayásemos aquí abajo. Y moriríamos. Dice Bill que es lo que pasa en casi todos los incendios: la gente no se quema, muere asfixiada por el humo.
Beverly giró hacia Eddie.
--Bueno, está bien. ¿Él quiere que alguien se quede arriba por si hay problemas?
El chico asintió, angustiado.
--¿Por qué no te quedas tú, que tienes asma?
Eddie no dijo nada. Beverly se volvió hacia Bill, mientras los otros, con las manos en los bolsillos, se miraban los zapatos.
--Lo que pasa es que soy mujer, ¿no es cierto? Es eso. ¿verdad?
--Bebe, be. be...
--No hace falta que hables -le espetó ella-. Mueve la cabeza. Si o no. Tu cabeza no tartamudea. ¿Es porque soy mujer o no?
Bill, contra su voluntad, asintió con la cabeza.
Ella lo miró por un instante, con los labios estremecidos. Richie creyó que estaba por llorar, pero lo que hizo fue estallar súbitamente.
--¡Bueno, vete a la mierda! -Giró sobre sus talones para mirar a los otros, que retrocedieron ante esos ojos tan ardientes que parecían radiactivos-. ¡Iros todos a la mierda si pensáis eso! -Volvió a mirar a Bill y comenzó a hablar muy deprisa-. Esto no es un juego de niños, como el pilla-pilla, los pistoleros o el escondite, y tú lo sabes, Bill. "Se espera" de nosotros que lo hagamos. Es parte del asunto. Y a mí no vas a dejarme fuera sólo por ser mujer. ¿Entiendes? Te conviene entenderlo si no quieres que me vaya ahora mismo. Y si me voy, será para siempre. Para siempre. ¿entendido?
Bill la miraba; ella parecía haber recobrado la calma, pero Richie sintió miedo. Si alguna oportunidad tenían de hallar el modo de acabar con aquello que había matado a Georgie Denbrough y a los otros chicos, de acabar con "Eso", la posibilidad estaba en peligro. "Siete -pensó Richie-. Es el número mágico. Tenemos que ser siete. Así debe ser."
Un pájaro graznó en alguna parte.
--E-e-está bien -dijo Bill, y Richie soltó el aliento que contenía-. Pe-pe-pero a-a-alguien tendrá que queque-quedarse a-a-aarriba. ¿Quién?
Richie pensó que Eddie y Stan se ofrecerían voluntarios. Pero Eddie no dijo nada. Stan, pálido y pensativo, guardó silencio. Mike tenía los pulgares enganchados en el cinturón y sólo movía los ojos.
--V-a-va-vamos -insistió Bill.
Richie se dio cuenta de que ya nadie fingía. El apasionado discurso de Bev y la cara de Bill, sería y demasiado envejecida, se habían encargado de eso. El intento era parte del asunto, tal vez tan peligroso como la expedición que él y Bill habían hecho a la casa de Neibolt Street. Todos lo sabían... pero nadie se echaba atrás. De pronto se sintió orgulloso de sus compañeros y orgulloso de estar con ellos. Después de tantos años de ser excluido, finalmente lo incluían. Por fin lo incluían.. No sabía si seguían siendo perdedores o no, pero si sabía que estaban juntos. Eran amigos. Muy buenos amigos, joder. Richie se quitó las gafas y las frotó con los faldones de la camisa.

--Ya sé cómo hacer esto -dijo Bev.
Sacó del bolsillo una caja de cerillas. En la cubierta había fotos de las candidatas de ese año al titulo de Miss Rheingold, tan diminutas que hacía falta una lupa para verlas bien. Beverly encendió una cerilla y la apagó de un soplido. Después arrancó otras seis y les agregó la cerilla quemada. Les dio la espalda por un momento y, cuando volvió a mirarlos, los siete extremos blancos de las siete cerillas sobresalían de su puño cerrado.
--Elige -dijo a Bill, presentándole el puño-. El que saque la cerilla quemada se queda arriba para sacar al resto por si los otros se marean.
Bill la miró.
--¿A-a-así quieres que lo ha-a-aagamos?
Entonces ella le sonrió y su sonrisa le iluminó la cara.
--Sí, grandísimo tonto, así es como lo quiero.
--T-t-t-te amo, B-b-bev -dijo.
A las mejillas de la chica subió el color, como una llama apresurada.
Bill pareció no darse cuenta. Estudiaba los cabos de cerilla que asomaban del puño apretado y al fin eligió uno. La cabeza estaba azul, sin quemar. Ella se volvió hacia Ben y le ofreció los seis restantes.
--Yo también te amo -dijo Ben, ronco. Tenía la cara como una ciruela y parecía al borde de un ataque. Pero nadie se rió. En algún lugar muy profundo de Los Barrens, el pájaro volvió a graznar. "Stan ha de saber qué pájaro es", pensó Richie.
--Gracias -respondió ella, sonriendo.
Ben eligió una cerilla. Su cabeza estaba intacta.
A continuación los ofreció a Eddie, que sonrió. Era una sonrisa tímida, dulce y conmovedora.
--Creo que yo también te amo, Bev -dijo.
Y eligió una cerilla al azar. Su cabeza estaba azul.
Beverly presentó los cuatro cabos restantes a Richie.
--¡La amo, Miss Sca.lett! -vociferó Richie, e hizo exagerados gestos de beso con los labios.
Beverly se limitó a mirarlo. con una leve sonrisa y el chico sintió una súbita vergüenza.
--Te amo de verdad, Bev -dijo, y le tocó el pelo-. Eres estupenda.
--Gracias.
Richie tomó una cerilla y la miró, seguro de haber sacado la quemada. Pero no era así. Bev se volvió hacia Stan.
--Te amo -dijo Stan, mientras retiraba una cerilla. Sin quemar.
--Quedamos tú y yo, Mike -observó ella, ofreciéndole las dos cerillas restantes.
Él dio un paso adelante.
--No te conozco tanto como para amarte -dijo-, pero te amo, de cualquier modo. Tratándose de gritar, podrías darle lecciones a mi madre.
Todos rieron y Mike tomó una cerilla. Su cabeza también estaba intacta.
--Pa-pa-parece q-q-que te to-toca a ti, Bev -comentó Bill.
Beverly, con cara de disgusto (tanto lío, para nada), abrió la mano.
La cabeza de la cerilla también estaba azul y sin quemar.
--Hi-i-ciste tra-trampa -acusó Bill.

--No, no hice trampa. -La voz de la chica no era de protesta y enfado, como cabía esperar, sino de aturdida sorpresa-. Juro por Dios que no lo hice..

Y les mostró la palma. Todos vieron la débil marca de hollín de úa cerilla quemada.

--¡Te lo juro por mi madre, Bill!

El chico, la miró por un momento y acabó por asentir. Por tácito acuerdo, todos le entregaron sus cerillas. Eran siete, con las cabezas intactas. Stan y Eddie empezaron a gatear por el suelo, pero no encontraron ninguna cerilla quemada.

--"No hice nada" -dijo Beverly, sin dirigirse a nadie en especial.

--¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Richie.

--B-b-bajamos to-todos -dijo Bill-. A-a-así de-debe ser.

--¿Y si todos nos desmayamos? -preguntó Eddie.

Bill miró otra vez a la chica.

--S-s-si Bev di-dice la v-v-verdad y asssí es, no pasará na-na-nada.

--¿Cómo lo, sabes? -inquirió Stan.

--L-l-lo sé.

El pájaro volvió a graznar.

4.

Ben y Richie bajaron primero para que los otros les entregasen las piedras una a una. Richie se las pasaba a Ben, que fue formando un pequeño circulo, de piedras en medio del suelo, de tierra.

--Bueno -dijo-. Con esto basta.

Entonces bajaron los otros, cada uno con un puñado de ramitas verdes. Bill fue el último, cerró la trampilla y abrió el estrecho ventanuco.

--L-l-listo -dijo-. Ya está el p-ppozo de hu-humo. ¿Te-te-tenemos yesca?

--Utiliza esto si quieres -dijo Mike, sacando del bolsillo una maltratada revista de "Archie"-. Ya la leí.

Bill arrancó las páginas una a una con lentitud. Los otros se sentaron contra las paredes, rodilla con rodilla y hombro con hombro, observando en silencio. La tensión era palpable.

Bill puso ramitas pequeñas y astillas sobre el papel. Luego miró a Beverly.

--T-t-ti ti-tienes cerillas -dijo.

Ella encendió una; una llama diminuta y amarilla en la penumbra.

--Lo más probable es que esa porquería no encienda, de cualquier modo -dijo, mientras acercaba la llama al papel.

Cuando la cerilla ardió hasta cerca de sus dedos, la arrojó al medio.

Las llamas se encendieron, amarillas, crepitantes, recortando en nítido relieve cada una de las caras. En ese momento, Richie no tuvo dificultad en creer la historia de indios contada por Ben; así debía haber sido en los viejos tiempos, cuando la idea de los hombres blancos era sólo un rumor o una leyenda para aquellos indios que perseguían rebaños de búfalos tan grandes que cubrían los campos, de horizonte a horizonte, haciendo temblar la tierra como, durante un terremoto. En ese momento, Richie pudo imaginar a aquellos indios, kiowas, pauníes o lo que fueran, contemplando las llamas que se hundían en la leña verde

como llagas calientes, oyendo el leve sisear de la savia que brotaba de la madera húmeda, esperando que descendiese la visión.

Sí, en ese instante lo, creía todo... y al mirar aquellas caras sombrías, fijas en las llamas y en las páginas chamuscadas de la historieta, comprendió que ellos también lo creían.

Las ramas se estaban encendiendo. El recinto empezó a llenarse de humo. Una parte, blanca como las señales de humo, de las películas, escapaba por la chimenea. Pero como el aire estaba inmóvil en el exterior, la mayor parte permaneció allí. Tenía un olor acre que irritaba los ojos y la garganta. Richie oyó que Eddie tosía dos veces con un ruido seco. Luego quedó otra vez en silencio. "Él no debería estar aquí", pensó.

Bill arrojó otro puñado de ramitas verdes al fuego y preguntó, con voz débil, distinta de la suya habitual:

--¿A-a-alguien ti-tiene v-v-visiones?

--Sí: me veo salir volando de aquí -dijo Stan Uris.

Beverly se echó a reír, pero su risa se convirtió en un acceso de tos y acabó ahogándose.

Richie apoyó la cabeza contra la pared y levantó la mirada hacia la chimenea: un estrecho rectángulo de luz amarilla.. Pensó en la estatua de Paul Bunyan, aquel día de marzo. Pero eso había sido sólo un espejismo, una alucinación, una ("visión").

--El humo me está matando -dijo Ben-. ¡Uf!

--Vete -murmuró Richie, sin apartar los ojos de la chimenea.

Tenía la sensación de que estaba dominando la situación. Se sentía como si hubiese adelgazado cinco kilos. Y la casita sin duda se había vuelto más grande. Sobre eso estaba seguro. Al principio, la gorda pierna izquierda de Ben Hanscom había estado apretada contra la suya y el huesudo codo de Bill se le hundía en el brazo derecho. Ahora, ninguno de los dos lo tocaba. Echó un vistazo perezoso a derecha e izquierda para verificar sus percepciones. Eran correctas. Ben estaba a unos treinta centímetros. Bill, a su derecha, más lejos.

--Este lugar se ha agrandado -dijo.

Aspiró más profundamente y tosió con fuerza. Dolía, dolía en el fondo del pecho, como duele la tos cuando uno ha tenido una gripe. Por un rato pensó que jamás se le pasaría, que seguiría tosiendo hasta que tuvieran que sacarlo. "Siempre que ellos puedan", pensó, pero la idea era demasiado difusa como para asustarle.

De pronto, Bill le dio unas fuertes palmadas en la espalda y la tos remitió.

--No lo sabes, pero no siempre lo haces -dijo Richie.

No miraba a Bill, sino a la chimenea. ¡Qué brillante parecía! Podía ver el rectángulo, flotando en la oscuridad, pero ya no blanco sino verde.

--¿D-d-de qué hab-hablas? -preguntó Bill.

--De tu tartamudez. -Hizo una pausa, consciente de que algún otro estaba tosiendo-. Deberías ser tú quien hiciese las voces, Gran Bill, no yo. Porque tú...

Las toses se hicieron más fuertes. De pronto, la casita se inundó de luz, tan súbita y brillante que Richie entornó los ojos. Distinguió apenas la silueta de Stan Uris que salía a duras penas, trepando.

--Lo siento -logró decir el chico, entre toses espasmódicas-. Lo siento; pero no puedo.

--No importa -se oyó decir Richie. Su voz sonaba como si saliera de un cuerpo ajeno.

Un momento después se cerró la trampilla, pero el aire fresco que había entrado le despejó un poco la cabeza. Antes de que Ben se moviera para llenar el espacio que Stan había dejado vacío, Richie cobró conciencia de que su pierna volvía a presionar contra la de él. ¿De dónde había sacado la idea de que la casita se había agrandado?

Mike Hanlon arrojó más palitos al fuego. Richie volvió a respirar a bocanadas cortas mirando el ventanuco. No tenía idea del tiempo, que pasaba, pero experimentaba la vaga sensación de que, aparte del humo, la casita se estaba convirtiendo en algo cálido y agradable.

Miró alrededor buscando a sus amigos. Costaba verlos porque estaban envueltos en sombras, humo y una luz estival aún blanca. Bev tenía la cabeza reclinada contra el entablado, las manos en las rodillas y los ojos cerrados. Las lágrimas le corrían por las mejillas hacia los lóbulos de las orejas. Bill, con las piernas cruzadas, apoyaba la barbilla en el pecho. Ben...

De pronto, Ben se levantó y empujó la trampilla.

--Ben abandona -dijo Mike. Estaba sentado a lo indio, frente a Richie, y tenía los ojos rojos como los de una comadreja.

Otra vez los asaltó una relativa frescura. El aire se renovó al escapar humo por la trampilla. Ben iba tosiendo y haciendo arcadas. Salió con ayuda de Stan. Antes de que ninguno pudiera cerrar la trampilla, Eddie se levantó trabajosamente, mortalmente pálido salvo los dos parches amoratados bajo los ojos que le llegaban a los pómulos. Buscó a débiles manotazos el borde de la escotilla y habría caído de no ser por Ben, que le cogió una mano y Stan que le sujetó la otra.

--Perdón -logró decir el chico, con un susurro sibilante, antes de que lo sacaran a tirones.

La trampilla volvió a cerrarse con un golpe.

Hubo un período largo y tranquilo. El humo se acumuló hasta formar una densa niebla dentro de la casita. "Esto parece niebla londinense, Watson", pensó Richie. Por un momento se vio como Sherlock Holmes (un Sherlock muy parecido a Basil Rathbone, totalmente blanco y negro), se vio avanzar decididamente por Baker Street. Moriarty estaba a alguna distancia, lo esperaba un taxi y algo estaba en marcha.

El pensamiento fue asombrosamente claro, y sólido. Casi parecía tener peso, como si no fuese un pequeño sueño de bolsillo como los que tenía constantemente ("Batea Tozier para los Bosox, allá va, sube, sube... ¡Ha desaparecido! "Home run", Tozier... ¡Y acaba de romper todos los récords!.) sino algo casi real.

Aún le quedaba humor suficiente como para pensar que, si de todo eso no sacaba más que una visión de Basil Rathbone en el papel de Sherlock Holmes, toda esa cuestión de las visiones tenía más fama de la que merecía.

"Claro que no es Moriarty el que está allí. Es "Eso"... algún "Eso"... y es real. Es..."

Entonces volvió a abrirse la trampilla. Beverly forcejeaba por salir, entre toses secas, con una mano cubriéndole la boca. Ben la tomó por una mano y Stan por el brazo. Medio a tirones, medio forcejeando por su cuenta, desapareció.
--E-e-es cierto que se ag-se agrandó -dijo Bill.
Richie miró alrededor. Vio el circulo de piedras donde ardía el fuego, despidiendo nubes de humo. Al otro, lado estaba Mike, sentado con las piernas cruzadas como un tótem tallado en caoba; lo miraba fijamente a través del fuego, con los ojos enrojecidos por el humo. Sólo que Mike estaba a más de veinte metros. Y Bill, más lejos atún, a su derecha. La casita subterránea tenía, en ese momento, las dimensiones de un salón de baile.
--No importa -dijo Mike-. Va a venir muy pronto. Algo viene.
--S-s-sí -reconoció Bill-. Pe-e-epero yo... -Empezó a toser. Trató de dominarse, pero la tos empeoró hasta convertirse en un repiqueteo seco.
Vagamente, Richie lo vio levantarse tambaleante, y arrojarse hacia la trampilla.
--Bu-bu-buena: su-su...
Y desapareció arrastrado por los otros.
--Parece que sólo quedamos tú y yo, viejo Mikey -dijo Richie. Entonces él también empezó a toser-.
Estaba seguro de que sería Bill...
La tos empeoró. Se dobló en tos tosiendo sin poder recobrar el aliento. Le palpitaba la cabeza como a martillazos, como un rábano lleno de sangre. Sus ojos lagrimeaban tras las gafas.
Desde lejos, le llegó la voz de Mike.
--Sube si es necesario, Richie. No te marees. No vayas a matarte.
Levantó una mano- hacia Mike y la agitó en un gesto de negación. Poco a poco fue dominando la tos. Mike tenía razón. Algo estaba por ocurrir y ocurriría pronto. Y él deseaba estar allí cuando así fuera.
Reclinó la cabeza hacia atrás y clavó otra vez la vista en el ventanuco. El ataque de tos lo había dejado algo mareado, como si flotara en un almohadón de aire. La sensación era agradable. Siguió aspirando poco a poco, pensando: "Algún día seré una estrella del rock and roll. Sí, eso es. Seré famoso. Grabaré discos y haré películas. Tendré una chaqueta deportiva negra y zapatos blancos. Y un Cadillac amarillo. Y cuando vuelva a Derry todos se morderán los codos, hasta Bowers. ¿Qué importa que lleve gafas? Buddy Holly también lleva gafas. Cantaré hasta ponerme azul y bailaré hasta ponerme negro. Seré la primera estrella del rock and roll nacida en Maine. Y..."
El pensamiento se fue a la deriva. No importaba. Descubrió que ya no necesitaba respirar superficialmente. Sus pulmones se habían adaptado y podía aspirar tanto humo como quisiera.
Mike arrojó más palitos al fuego. Para no ser menos, Richie arrojó otro puñado.
--¿Cómo te sientes, Rich? -preguntó Mike.
Richie sonrió.
--Mejor. Casi bien. ¿Y tú?
Mike asintió, devolviéndole la sonrisa.
--Me siento bien. ¿Has tenido algún pensamiento raro?
--Sí. Por un minuto me creí Sherlock Holmes. Después pensé que podía bailar como los Dovells. Tienes los ojos rojos. ¿Lo sabías?

--Tú también. Parecemos un par de comadrejas en la madriguera.
--¿Sí?
--Sí.
--¿Quieres decir "está bien"?
--Está bien. ¿Quieres decir que tienes la palabra?
--La tengo, Mikey.
--Sí. Está bien.
Se sonrieron mutuamente. Entonces Richie dejó que su cabeza cayera hacia atrás, contra la pared, y miró el ventanuco. Al poco rato, empezó a divagar perdiéndose en la distancia... No, a la distancia, no. Hacia arriba. Estaba derivando hacia arriba. Como
("flotamos aquí abajo todos")
un globo.
--¿E-e-estáis bi-bien?
La voz de Bill bajaba por la chimenea. Llegaba desde Venus. Richie sintió que caía dentro de sí mismo con un golpe seco.
--Todo está bien -dijo, oyendo su voz lejana, irritada-. Todo está bien, te dijimos que todo está bien, Bill, cállate, déjanos coger la palabra, queremos decir que tenemos
("el mundo")
la palabra.
La casita era mas grande que nunca y ahora tenía suelo de madera encerada. El humo era espeso como niebla marítima; costaba ver el fuego. Era grande como un salón de baile en una comedía musical de la Metro. Mike lo miraba desde el otro lado, una silueta casi perdida en la niebla.
"¿Vienes, viejo Mikey?"
"Estoy aquí contigo, Richie."
"¿Todavía quieres decir está bien?"
"Sí... pero tómame de la mano... ¿puedes tomarme de la mano?"
"Creo que sí"
Richie alargó la mano y, aunque Mike estaba al otro lado de ese enorme salón, sintió que aquellos dedos fuertes, pardos, se cerraban alrededor de su muñeca. Oh, qué agradable contacto, qué agradable encontrar deseo en el consuelo, consuelo en el deseo, encontrar sustancia en el humo y humo en la sustancia...
Inclinó la cabeza hacia atrás y miró el ventanuco, tan blanco y pequeño. Ya estaba mucho más arriba. Kilómetros más arriba, como un tragaluz venusino.
Estaba ocurriendo. Empezaba a flotar. "Bueno, allá vamos", pensó, y empezó a elevarse aprisa, más aprisa, por entre el humo, la niebla, la llovizna...

5.

Ya no estaban adentro.
Los dos se encontraron de pie, juntos, en medio de Los Barrens, y estaba anocheciendo.
Eran Los Barrens y Richie lo sabía, pero todo era distinto. El follaje se veía más denso, salvajemente voluptuoso. Había plantas que él no había visto en su vida y

comprendió que algunas de las cosas que tomó por árboles eran, en realidad, helechos gigantescos. Se oía correr agua, pero con mucha más potencia de la normal; aquello no parecía la perezosa corriente del Kenduskeag, sino el río Colorado en el Gran Cañón.

Además, hacia calor. En Maine solía hacer bastante calor durante el verano y la humedad era tal que uno, a veces, se sentía pegajoso al meterse en cama. Pero allí hacía más calor y humedad de la que Richie había experimentado en su vida. Una niebla baja, ahumada y densa, llenaba los huecos de la tierra y se enroscaba a las piernas de los chicos. Tenía un olor fino y acre que se parecía al del humo de leña verde.

Él y Mike empezaron a caminar hacia el agua sin decir palabra, abriéndose paso entre el extraño follaje. De algunos árboles colgaban lianas gruesas como sogas que parecían hamacas. Richie oyó cómo algo corría precipitadamente entre la maleza. Parecía un animal más grande que un venado.

Richie se detuvo lo suficiente para mirar alrededor, girando en círculo para estudiar el paisaje. Sabia dónde debía estar el grueso cilindro blanco de la torre-depósito, pero no estaba allí. Tampoco el puente de ferrocarril que cruzaba hasta los patios de maniobras, en el extremo de Neibolt Street, ni las construcciones de Old Cape. Allí donde debía estar Old Cape sólo había barrancos bajos, salientes rocosas y grandes piedras entre gigantescos helechos y árboles.

Arriba se oyó un aleteo. Los chicos agacharon la cabeza en el momento en que pasaba un escuadrón de murciélagos, los más grandes que Richie había visto en su vida, y por un momento se aterrorizó, aún más que mientras huía con Bill en "Silver" perseguidos ambos por el hombre lobo. El silencio y el carácter extraño de ese lugar eran terribles, pero su espantosa familiaridad era aún peor.

"No hay por qué asustarse -se dijo-. Recuerda que es sólo un sueño, una visión. Yo y el viejo Mikey estamos en la casita del club, envueltos en humo. Muy pronto, Gran Bill se pondrá nervioso porque no respondemos. Entonces él y Ben bajarán a sacarnos. Esto es solo de mentirijillas, como dice Conway Twitty."

Pero vio que un murciélago tenía un ala tan desgarrada que por ella se veía brillar el sol neblinoso, y cuando pasaron debajo de un helecho gigante vio una gorda oruga amarilla que cruzaba una ancha fronda dejando caer su sombra hacia atrás. En el cuerpo de la oruga saltaban diminutos insectos negros. Si eso era un sueño, era el más nítido que había tenido en su vida.

Caminaron hacia el agua y, en aquella espesa niebla que les llegaba a las rodillas, Richie no sabía si sus pies tocaban el suelo o no. Llegaron a un sitio en que tanto la niebla como el suelo se interrumpían. Él miró, estupefacto. Aquél no era el Kenduskeag... y sin embargo lo era. La corriente hervía en un curso estrecho, cortado en la misma roca. Al otro lado se veía, un corte de siglos en capas de piedra: rojas, naranja, rojas otra vez. No se podía cruzar ese arroyo pisando unas cuantas piedras. Hubiese hecho falta un puente de cuerdas y uno sabía que, si caía en el agua, sería barrido de inmediato. El ruido del torrente sonaba a furioso y mientras Richie caminaba, boquiabierto, vio, que un pez de plata daba un salto en un arco imposible tratando de alcanzar a los insectos que formaban móviles nube sobre la superficie del agua. Volvió a caer, con un chapoteo, dando a Richie el tiempo suficiente para registrar su presencia y darse cuenta de que en su vida había visto un pez como ése, ni siquiera en libros.

Las aves formaban bandadas en el cielo, chillando con aspereza. No una docena ni dos docenas: por un momento los pájaros oscurecieron tanto el cielo que borraron el sol. Otra bestia pasó a toda velocidad por entre los matorrales. Y varias más. Richie giró en redondo, con el corazón palpitándole en el pecho, y vio algo similar a un antílope que pasaba como un relámpago.

"Algo va a pasar y ellos lo saben."

Las aves desaparecieron. Probablemente habían aterrizado en masa, más al sur. Otro animal paso ruidosamente junto a ellos... y otro más. Después se hizo el silencio, salvo el incesante rumor del Kenduskeag. Ese silencio tenía una cualidad de espera, una cualidad preñada que a Richie no le gustó. Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y buscó a tientas la mano, de Mike.

--¿Sabes dónde estamos? -preguntó, a gritos-. ¿Tienes la palabra?

--¡Sí, por Dios! -gritó Mike, ¡La tengo! ¡Esto es el pasado! ¡Richie! ¡El pasado!

Richie asintió. El pasado de tiempos remotos, cuando todos vivíamos en la selva y nadie vivía en otra parte. Estaban en Los Barrens tal como habían sido sabe Dios cuántos miles de años atrás. Estaban en algún pasado imposible de imaginar, antes de la edad de hielo, cuando Nueva Inglaterra era tan tropical como hoy lo es Sudamérica... si aún existía el hoy. Volvió a echar un vistazo, nervioso; casi esperaba ver la cabeza de un brontosaurio, contra el cielo, mirándolos, con la boca llena de barro y plantas arrancadas o un tigre que los acechara desde la espesura.

Pero sólo existía ese silencio, como el que reina cinco o diez minutos antes de que estalle una tormenta eléctrica, cuando los relámpagos purpúreos se acumulan en el cielo y la luz toma un extraño color amarillo amoratado, cuando el viento cesa por completo y uno percibe un aroma denso.

"Estamos en el pasado, hace un millón de años, o diez millones, u ochenta millones, pero aquí estamos y algo va a pasar. No sé qué, pero algo va a pasar y tengo miedo, quiero que esto termine, quiero volver, Bill, por favor, sácanos de aquí, es como si hubiéramos caído en una película, por favor, ayúdanos..."

La mano, de Mike estrechó la suya y él notó entonces que el silencio se había roto. Se sentía una vibración grave que se percibía en la piel, en vez de en los tímpanos. Fue en aumento. No tenía tono; simplemente, era:

("la palabra en el principio era la palabra el mundo el")

un sonido sin melodía, sin alma. Buscó a tientas un árbol que tenían cerca y al tocar el tronco con la mano, percibió la vibración atrapada dentro. En ese mismo instante comprendió que podía sentirlo en los pies: un latido firme que subía por los tobillos hasta las rodillas convirtiendo sus músculos en diapasones.

Crecía. Crecía.

Venía del cielo. Contra su voluntad, pero sin poder evitarlo, Richie levantó la cara. El sol era una moneda fundida que quemaba un círculo en la capa de nubes bajas, rodeada por un fantasmal halo de humedad. Abajo, ese tajo verde y fértil que eran Los Barrens permanecía en completo silencio. Richie creyó comprender qué era aquella visión: estaban por presenciar el advenimiento de "Eso".

La vibración adquirió voz: un rugido resonante que fue creciendo hasta aturdir. Richie se cubrió los oídos con las manos y gritó, pero no oyó su propio grito. Mike Hanlon, a su lado, estaba haciendo lo mismo y Richie vio que sangraba por la nariz.

Al oeste, las nubes se encendieron con un capullo de fuego rojo. Avanzó hacia ellos, dejando un rastro y fue ensanchándose de arteria a arroyo, a río de ominoso color y entonces, cuando un objeto ardiente cayo atravesando la capa de nubes, llegó el viento. Era caliente y chamuscante, lleno de humo; sofocaba. La cosa del cielo era gigantesca, como una cabeza de cerilla encendida, cuyo fulgor casi impedía mirarla. De ella se desprendían arcos de electricidad, látigos azules que dejaban truenos a su paso.
--¡Una nave espacial! -vociferó Richie, cayendo de rodillas, cubriéndose los ojos con las manos-. Oh, Dios mío, es una nave espacial. ,
Pero estaba convencido (y así lo diría a los otros después) de que no era una nave espacial, aunque debía haber cruzado el espacio para llegar. Aquello que había descendido en aquel día remoto, fuera lo que fuese, había llegado desde un lugar más lejano que otra estrella u otra galaxia, y si la primera idea que acudió a su mente fue nave espacial, quizá se debió a que su mente no tuvo otro modo de expresar lo que sus ojos veían.
Entonces se produjo una explosión, un rugido al que siguió un fuerte choque resonante que los arrojó al suelo. Esa vez fue Mike quien buscó a tientas la mano de Richie. Hubo otra explosión. richie abrió los ojos y vio un resplandor de fuego y una columna de humo que se elevaba hasta el cielo.
--¡"Eso"! -gritó a Mike aterrorizado. Nunca en su vida había experimentado ni experimentaría emoción alguna tan intensa, tan abrumadora. ¡"Eso"! ¡"Eso"! ¡"Eso"!
Mike lo levantó a tirones. Ambos corrieron por la alta ribera del Kenduskeag joven sin darse cuenta de lo cerca que estaban de la pendiente. Mike tropezó y cayó de rodillas. Luego le tocó a richie el turno de caer, raspándose la pantorrilla y desgarrándose los pantalones. Se había levantado viento y llevaba hacia ellos el olor de la selva incendiada. El humo se fue tornando más espeso. Richie cobró vaga conciencia de que él y Mike ya no corrían solos. Los animales habían vuelto a ponerse en marcha: huían del humo, del fuego, de la muerte. Huían, tal vez, de "Eso". Del recién llegado a su mundo.
Richie empezó a toser. Oyó que también Mike tosía. El humo era más denso; envolvía los verdes, los grises, los rojos del día. Mike volvió a caer y Richie perdió el contacto de su mano. Lo buscó a tientas y no lo encontró.
--¡Mike! -aulló, presa del pánico, tosiendo-. Mike, ¿dónde estás? ¡Mike! ¡Mike!
Pero Mike había desaparecido. No estaba por ninguna parte.
--¡Richie! ¡Richie! ¡Richie!
(¡!Guac¡!)
--¡Richie! ¡Richie! ¡Richie!, ¿estás

6.

bien?
Parpadeó, abriendo los ojos, y vio a Beverly arrodillada a su lado, limpiándole la boca con un pañuelo. Los otros (Bill, Eddie, Stan y Ben) estaban tras ella, solemnes y asustados. A Richie le dolía la cara. Trató de hablar, pero sólo emitió

un graznido. Trató de carraspear y estuvo a punto de lanzar un vómito. Sentía los pulmones y la garganta como si alguien se los hubiese forrado de humo.
Por fin logró preguntar:
--¿Me diste una bofetada, Beverly?
--Fue lo único que se me ocurrió -dijo ella.
--"Guac" -murmuró Richie.
--Me pareció que no reaccionabas -explicó ella. Y de pronto rompió a llorar.
Richie le dio unas torpes palmaditas en el hombro y Bill le apoyó una mano en el hombro. Ella estiró la suya, se la tomó y la apretó con fuerza.
Richie consiguió incorporarse. El mundo empezó a nadar entre las olas. Cuando todo se asentó, vio a Mike apoyado contra un árbol cercano, aturdido y ceniciento.
--¿Vomitó? -preguntó Richie a Bev.
Ella asintió, sin dejar de llorar. Él adoptó su voz de policía irlandés, aunque vacilante, para preguntar:
--¿Te he ensuciado, querida?
Bev se echó a reír entre sollozos y sacudió la cabeza.
--Te puse de lado. Temía que... q-q-que te aho-ahogaras con el...
Y empezó a llorar con más intensidad.
--N-n-no es justo -protestó Bill, siempre sosteniéndole la mano-. Aq-qquí el tart-t-tamudo soy y-y-yo.
--No está mal, Gran Bill -comentó Richie.
Trató de levantarse y volvió a caer sentado. El mundo seguía moviéndose. Tosió otra vez y apartó la cara, notando que iba a vomitar sólo un momento antes de que ocurriese. Arrojó una mezcla de espuma verde y saliva espesa que brotó en hilillos. Cerrando los ojos con fuerza, graznó:
--¿Alguien quiere merendar?
--Menuda mierda -gritó Ben, asqueado y riendo al mismo tiempo.
--A mí me parece que es vómito -corrigió Richie, sin abrir los ojos-. La mierda suele salir por el otro extremo, al menos en mi caso. No sé cómo será en el tuyo, Ben.
Cuando por fin pudo abrir los ojos, vio la casita del club a unos veinte metros, con el ventanal y la trampilla bien abierta. De ambas brotaba humo, que ya iba menguando.
Richie pudo ponerse, al fin, de pie. Por un momento creyó que iba a vomitar otra vez, a desmayarse, o ambas cosas al mismo tiempo.
--"Guac" -murmuró, mientras el mundo daba tumbos frente a sus ojos. Cuando pasó la sensación, se acercó a Mike.
El chico tenía aún los ojos enrojecidos; por la humedad de sus pantalones, Richie calculó que también había tomado el ascensor estomacal.
--Lo has hecho bastante bien para ser blanco -dijo Mike, dándole un suave puñetazo en el hombro.
Richie no supo qué decir... situación de exquisita rareza.
Bill se acercó, seguido por los otros.
--¿Tú nos sacaste? -preguntó Richie.
--C-c-con Be-Ben. Est-estabais gri-gri-gritando. L-l-los dos. P-ppero...
Miró a Ben.

--Debió ser por el humo, Bill -dijo el gordo. Pero en su voz no había convicción alguna.

Richie, con voz inexpresiva, preguntó:

--¿Eso significa lo que me temo?

Bill se encogió de hombros.

--¿Q-q-qué, Ri-richie?

Mike respondió por él.

--Al principio no nos visteis allí, ¿verdad? Bajasteis porque nos oyeron gritar, pero al principio no estábamos.

--Había demasiado humo -adujo Ben-. Oíros gritar así daba miedo. Pero esos gritos sonaban... bueno...

--M-m-muy le-le-lejos -concluyó Bill.

Con mucho tartamudeo, les contó que, al bajar con Ben, no habían visto a ninguno de los dos. Avanzaban a tientas con el humo, asustadísimos, temiendo que Richie y Mike pudiesen morir asfixiados si no los sacaban de inmediato. Por fin, Bill había encontrado la mano de Richie. Le había dado un tirón "de t-t-todos los dem-m-monios" y Richie había salido bruscamente de la penumbra, apenas consciente. Al volverse, Bill vio que Ben tenía aferrado a Mike. Los dos tosían. Ben había arrojado a Mike hacia fuera, por la trampilla.

El gordo escuchaba, asintiendo.

--No hada otra cosa que dar manotazos. Movía la mano como si quisiera saludar a todo el mundo. Fue una suerte que llegaseis en ese momento.

--Por la forma en que habéis, se diría que la casita es mucho más grande de lo que es -observó Richie-. Tiene apenas metro y medio de lado.

Hubo un momento de silencio, mientras todos miraban a Bill, que tenía el entrecejo fruncido. Por fin dijo:

--Era m-m-más gra-grande. ¿Ve-veverdad, B-b-ben?

Ben se encogió de hombros.

--Me parece que sí. A menos que fuese por el humo.

--No fue por el humo -aclaró Richie-. Antes de que pasara aquello, antes de que saliésemos, recuerdo haber pensado que estaba tan grande como los salones de baile de las películas. Apenas veía a Mike contra la pared opuesta.

--¿Antes de que "salieseis"? -advirtió Beverly.

--Bueno... quise decir... como si...

Ella aferró a Richie por el brazo.

--Ocurrió, ¿verdad? ¡Ocurrió! Tuviste una visión, como en el libro de Ben. -Le refulgía la cara-. ¡Ha ocurrido!

Richie se miró la ropa. Después se fijó en la de Mike. El negro tenía el pantalón de pana desgarrado en una rodilla; él, un agujero en las dos perneras del vaquero por donde se veían los rasguños sangrantes de sus rodillas.

--Si eso era una visión, no quiero ninguna otra -aseguró-. Yo no tenía ningún agujero en el pantalón cuando bajé. Son prácticamente nuevos. Mi madre me va a dar una buena.

--¿Qué paso? -preguntaron Ben y Eddie al mismo tiempo.

Richie intercambió una mirada con Mike. Luego dijo:

--Bevvie, ¿tienes un cigarrillo?

Tenía dos envueltos en un trozo de papel, Richie cogió uno, pero la primera calada lo hizo toser tanto que lo devolvió.
--No puedo -dijo-. Perdón.
--Era el pasado -dijo Mike.
--Qué dices -corrigió Richie . No era simplemente el pasado. Era mucho más atrás.
--Sí, es verdad. Estábamos en Los Barrens, pero el Kenduskeag corría en torrente. Y era hondo. Todo parecía muy selvático, joder. Perdona, Bevvie. Y había peces. Creo que salmones.
--Mi p-p-padre di-dice que no h-a-ay pesca en el K-k-kendusk-k-keag desde hace mu-mu-muchísimo tiempo. P-p-por las clo-cloacas.
--Pues esto era hace muchísimo tiempo, sí -aclaró Richie. Los miró a todos, con aire inseguro-. Creo que era hace un millón de años, por lo menos.
Un apabullado silencio siguió a esa aseveración. Beverly lo rompió, diciendo:
--Pero ¿qué pasó?
Richie sentía las palabras en la garganta, pero era preciso forcejear para sacarlas. Era casi como volver a vomitar.
--Vimos cuando llegó "Eso" -dijo por fin-. "Creo que" era "Eso".
--Cielos -se asombró Stan-. Oh, cielos.
Hubo un áspero siseo. Eddie acababa de usar el inhalador.
--Cayó del cielo -dijo Mike-. No quiero volver a ver algo así en toda mi vida. Ardía con tanta fuerza que no se lo podía mirar. Y arrojaba electricidad y provocaba truenos. El ruido... -Sacudió la cabeza, mirando a Richie-. Era como el fin del mundo. Y cuando golpeó contra la tierra inició un incendio forestal. Eso fue al final.
--¿Era una nave espacial? -preguntó Ben.
--Sí -dijo Richie.
--No -dijo Mike.
Se miraron.
--Bueno, creo que sí -dijo Mike, pero Richie dijo:
--No, no era una nave espacial, pero...
Volvieron a interrumpirse, mientras los otros los miraban, perplejos.
--Cuéntalo tú -pidió Richie a Mike-. Creo que tratamos de decir lo mismo pero no nos entienden.
Mike tosió en el puño y levantó la vista hacia los otros, casi como pidiendo disculpas.
--Es que no sé cómo explicarlo -dijo.
--Tra-tra-trata -ordenó Bill, ansioso.
--Cayó del cielo -repitió Mike-, pero no era una nave espacial, exactamente. Tampoco un meteorito. Era como el Arca de la Alianza que figura en la Biblia, con el Espíritu de Dios dentro... Sólo que "Eso" no era Dios. Con sólo sentirlo, verlo llegar, uno sabía que "Eso" era malo, que tenía malas intenciones.
Los miró.
Richie asintió.
-Vino de... "fuera". Tengo esa sensación. De fuera.
--¿Fuera de dónde, Richie? -preguntó Eddie.

--Fuera de todo. Y cuando bajó... hizo el agujero más grande que podéis imaginar. Convirtió esta gran colina en una rosquilla, más o menos. Aterrizó justo donde está ahora el centro de Derry.

Beverly dejó caer el cigarrillo a medio fumar y lo aplastó bajo un zapato. Mike dijo:

--Siempre ha estado aquí, desde el principio, del tiempo... desde antes de que hubiese hombres en "cualquier parte", a menos que hubiese unos pocos en Africa, viviendo en cuevas. El cráter ya no existe; probablemente la edad de hielo profundizó este valle, cambió algunas cosas- y rellenó el cráter. Pero "Eso" estaba aquí, tal vez dormido, esperando a que se derritiera el hielo, a que llegara la gente.

--Por eso usa las cloacas y los desagües -señaló Richie-. Para él han de ser como carreteras.

--¿Y no visteis cómo era? -preguntó Stan Uris con voz ronca.

Ellos menearon la cabeza.

--¿Podemos derrotarlo? -preguntó Eddie, en medio del silencio-. ¿Se puede derrotar a algo como "Eso"?

Nadie respondió.

XVI. La fractura de Eddie.

1.

Cuando Richie termina, todos asienten con la cabeza. Y Eddie asiente como los demás, recordando con los demás. En ese momento, el dolor le corre súbitamente por el brazo izquierdo. ¿Corre? no: lo desgarra. Es como si alguien intentase afilar un serrucho mellado en ese hueso. Hace una mueca y busca en el bolsillo de su chaqueta; después de seleccionar al tacto entre varios frasquitos, saca el Excedrin. Traga dos tabletas con un sorbo de ginebra y zumo de ciruelas. El brazo le ha molestado a ratos durante todo el día. Al principio no le prestó atención pensando que eran los pinchazos de bursitis que le atacan cuando el tiempo está húmedo. Pero a mitad del relato de Richie un recuerdo nuevo cae en su sitio y comprende de dónde sale el dolor.

"Ya no vamos por la senda del recuerdo -piensa-. Esto se está convirtiendo, cada vez más, en la autopista de Long Island."

Cinco años atrás, durante una revisión médica (Eddie se somete a una revisión médica cada seis semanas), el doctor le dijo sin darle importancia:

--Aquí tienes una vieja fractura. Ed. ¿Te caíste de algún árbol cuando eras niño?

--Algo así -reconoció Eddie, sin molestarse en aclarar al doctor Robbins que su madre habría sufrido un infarto si se hubiera enterado de que su Eddie trepaba a los árboles.

En realidad, no podía recordar cómo se había roto el brazo. No parecía importarle (aunque ahora se le ocurre que esa misma falta de interés era extraña en sí; después de todo, él es de los que dan importancia a cualquier estornudo, al menor cambio en el color de sus deposiciones). Pero era una fractura vieja, algo ocurrido hacía mucho tiempo en una niñez que apenas podía o quería recordar. Le

molestaba un poco cuando tenía que conducir muchas horas en días de lluvia. Un par de aspirinas lo solucionaba enseguida. No tenía importancia.

Pero ahora no es sólo una irritación sin importancia. Es como si un demente estuviese afilando ese serrucho enmohecido. Recuerda que así se sentía en el hospital, sobre todo a altas horas de la noche en los primeros días. Tendido en la cama, sudando de calor, esperaba a que la enfermera le trajese una píldora mientras las lágrimas le corrían por las mejillas hasta las orejas, pensando: "es como si un loco estuviese afilando un serrucho allí dentro."

"Si esto es la senda del recuerdo -piensa Eddie-, la cambiaría por un gran enema cerebral."

Sin darse cuenta de que está por hablar, dice:

--Fue Henry Bowers el que me fracturó el brazo. ¿Se acuerdan de eso?

Mike asiente.

--Fue poco antes de que desapareciera Patrick Hockstetter. No recuerdo la fecha.

--Yo sí -asegura Eddie secamente-. Fue el 20 de julio. La desaparición de Hockstetter se denunció... ¿Cuándo? ¿El veintitrés?

--El veintidós -corrige Beverly Rogan, aunque no les dice por qué está tan segura de la fecha.

Es porque vio a "Eso" llevarse a Hockstetter. Tampoco les dice lo que creía entonces y sigue creyendo: que Patrick Hockstetter estaba loco, tal vez más loco que Henry Bowers. Lo dirá luego, pero ahora le toca a Eddie. Y más tarde, probablemente, Ben narrará el punto culminante de aquellos acontecimientos de julio: la bala de plata que jamás se atrevieron a hacer. Una agenda de pesadilla como jamás la hubo. Pero, esa exaltación descabellada no cede. ¿Desde cuándo no se sentía tan joven? Apenas puede quedarse quieta.

--El veinte de julio -musita Eddie, haciendo rodar su inhalador por la mesa, de una mano a la otra-. Tres o cuatro días después de aquel asunto del pozo de humo. Pasé el resto del verano con un yeso, ¿recordáis?

Richie se golpea la frente en un gesto que todos recuerdan de los viejos tiempos. Bill piensa, con una mezcla de diversión e intranquilidad, que por un momento Richie se ha parecido a Beaver cleaver.

--¡Claro, por supuesto! Cuando fuimos a la casa de Neibolt Street estabas enyesado, ¿verdad? Y más tarde... en la oscuridad...

Pero Richie menea la cabeza, confundido.

--¿Qué, R-Richie? -pregunta Bill.

--Todavía no recuerdo esa parte -admite Richie-. ¿Y tú?

Bill mueve lentamente la cabeza.

--Ese día, Hockstetter estaba con ellos -dice Eddie-. Fue la última vez que lo vi con vida. Tal vez reemplazaba a Peter Gordon. Supongo que Bowers no quiso saber nada más con Peter después de verlo huir el día de la pelea a pedradas.

--Murieron todos, ¿no? -pregunta Beverly, sin alzar la voz-. Después de Jimmy, los únicos que murieron fueron los amigos de Henry Bowers... o sus ex amigos.

--Todos, menos Bowers -confirma Mike, mirando los globos atados a la microfilmadora-. Está en Juniper Hill, un asilo para enfermos mentales, en Augusta.

Bill pregunta:

--¿C-c-cómo fue que te romp-p-pieron el brazo, E-e-eddie?
--Tu tartamudez está empeorando, Gran Bill -observa Eddie, solemne, y termina su bebida de un trago.
--No importa -responde Bill-. Cucuenta.
--Cuenta- repite Beverly.
Y le apoya una mano en el brazo. El dolor vuelve a estallar en ese punto.
--Bueno -dice Eddie. Se sirve otra copa, la observa-. Un par de días después de salir del hospital fuisteis a casa y me enseñasteis aquellos balines de plata. ¿Te acuerdas, Bill?
Bill asiente.
Eddie mira a Beverly.
--Bill te preguntó si podrías dispararlos, llegado el caso... porque tenías mejor puntería que nadie. Según creo, dijiste que no podrías... que tendrías demasiado miedo. Y dijiste algo más, pero no recuerdo qué. Es como si... -Eddie saca la lengua y se pellizca la punta, como si tuviese algo adherido. Richie y Ben sonríen-. ¿Era algo sobre Hockstetter?
--Sí -dice Beverly-. Lo contaré cuando termines. Sigue.
--Después de que os marchasteis, vino mi madre y discutimos. Ella no quería que siguiera jugando con vosotros. Y pudo haberse salido con la suya porque tenía un poder de convicción...
Bill asiente otra vez. Se acuerda de la señora Kaspbrak, una mujer enorme, de extraña cara esquizofrénica, capaz de lucir pétrea, furiosa, angustiada y asustada, todo al mismo tiempo.
--Sí, habría podido salirse con la suya -dijo Eddie-. Pero pasó algo más, el mismo día en que Bowers me fracturó el brazo. Algo que me conmovió profundamente.
Emite una breve risa, pensando: "Me conmovió profundamente, sí. ¿Es todo lo que se te ocurre decir? ¿De qué sirve hablar si no puedes decirles lo que sentiste en realidad? En un libro o en una película, lo que descubrí el día antes de que Bowers me fracturase el brazo me habría cambiado la vida para siempre y nada habría sido como fue... En un libro o en una película. Aquello me había liberado. Yo no tenía ahora una maleta llena de píldoras en la habitación del hotel, ni estaría casado con Myra, ni tendría aquí este estúpido inhalador. Porque..."
De pronto, ante la vista de todos, el inhalador de Eddie rueda por la mesa sin que nadie lo impulse. Y mientras rueda, emita un sonido repiqueteante y seco, algo como marcas de huesos... algo como una risa. Cuando llega al extremo opuesto, entre Richie y Ben, se lanza solo al vacío y cae al suelo. Richie trata de sujetarlo, sobresaltado, pero Bill grita:
--¡N-n-no lo t-t-toques!
--¡Los globos! -chilla Ben y todos se vuelven.
Los globos atados a la microfilmadora rezan: "Los medicamentos para el asma provocan cáncer". Debajo de la leyenda hay calaveras sonrientes.
Estallan con explosiones gemelas.
Eddie contempla esto con la boca abierta; la familiar sensación de ahogo empieza a apretarse en su pecho, como candados que se cerrasen.
Bill lo mira.
--¿Q-q-qué te di-dijeron? ¿Quién fue?

Eddie se humedece los labios. Querría ir en busca del inhalador, pero no se atreve. ¿Quién sabe que puede contener ahora?

Piensa en ese día, el 20 de julio, el calor que hacia, el cheque que le había dado su madre firmado en blanco y el dólar correspondiente a su asignación.

--El señor Keene -dice y su voz suena lejana a sus propios oídos, carente de potencia-. Fue el señor Keene.

--No se puede decir que fuese el hombre más simpático de Derry -dice Mike.

Pero Eddie, perdido en sus pensamientos, apenas lo oye.

Sí, ese día hacía calor, pero el interior de la farmacia estaba fresco. Los ventiladores de madera giraban lentamente bajo el cielo raso; había un reconfortante olor a medicamentos y preparados. Ése era el sitio donde se vendía salud; ésa era la convicción de su madre, jamás formulada, pero transmitida con claridad. Con su reloj biológico puesto a las once y media, Eddie no sospechaba que ella pudiera equivocarse en eso ni en ninguna otra cosa.

"Bueno, pero el señor Keene acabó con eso", piensa ahora, con una especie de dulce enfado.

Recuerda haberse detenido ante las historietas haciendo girar lentamente el exhibidor por si había números nuevos de Batman, Superboy o El Hombre de Plástico, sus favoritos. Ha entregado la lista de su madre y el cheque al señor Keene (ella lo envía a la farmacia como otras madres mandan a sus hijos al supermercado). El farmacéutico se encargará de preparar el paquete y escribir la cantidad en el cheque dando el recibo a Eddie para que ella pueda deducir la suma de su saldo bancario. Para Eddie, todo eso es rutina. Tres medicamentos diferentes para su madre más un frasco de Geritor porque, según le ha dicho ella, misteriosamente, "contiene hierro, Eddie, y las mujeres necesitamos más hierro que los hombres". También hay vitaminas para él, un frasco de elixir para niños del doctor Swett.. y, por supuesto, su medicina para el asma.

Siempre es lo mismo. Más tarde se detendrá en el mercado de la avenida Costello, con su dólar, para comprar dos chupa-chups y una Pepsi. Chupará los chupa-chups, tomará el refresco y hará resonar el cambio en el bolsillo a lo largo de todo el trayecto de regreso a casa. Pero, ese día fue diferente; ese día terminó con él en el hospital, lo cual era muy diferente, sí. Pero comenzó de modo diferente, cuando el señor Keene lo llamó. Porque, en vez de entregarle la bolsa blanca llena de medicamentos y el recibo, indicándole que guardase el papel en su bolsillo para no perderlo, el señor Keene lo mira, pensativo, y dice:

--Ven

2.

a la oficina por un minuto, Eddie. Quiero hablar contigo.

Eddie lo miró por un instante, parpadeando, algo asustado. Por la cabeza le cruzó la idea de que el señor Keene podía creer que él había robado algo. Junto a la puerta había un letrero que él siempre leía al entrar. Estaba escrito en acusadoras letras negras, tan grandes que hasta, Richie Tozier podría leerlas sin gafas: "Robar en una tienda no es aventura ni una travesura. Es un delito perseguido por la justicia".

Eddie nunca había robado nada, pero ese letrero siempre lo hacía sentir culpable, como si el señor Keene supiese de él algo que él mismo ignoraba.
Pero el farmacéutico lo confundió aún más al decir:
--¿Te apetece tomar un batido?
--Bueno...
--Oh, la casa invita. Siempre tomo uno en la oficina, más o menos a esta hora. Da energías, siempre que no tengas que cuidar tu peso y creo que ninguno de los dos tiene ese problema. Mi mujer dice que parezco una calavera. El que necesita vigilar el peso es tu amigo, el chico Hanscom. ¿Qué sabor prefieres, Eddie?
--Es que mi madre dijo que volviese a casa en cuanto...
--Me parece que a ti te gusta el chocolate. ¿Uno de chocolate?
Los ojos del señor Keene chisporroteaban, pero era un chisporroteo seco, como el del sol en el desierto. Al menos eso pensó Eddie, aficionado a las novelas del Oeste.
--De acuerdo -cedió.
El gesto con que el farmacéutico se ajustó las gafas en la nariz lo puso nervioso. Se le veía inquieto, y complacido secretamente, todo al mismo tiempo. Eddie no quería ir a la oficina. No era sólo para tomar un batido. Y fuese lo que fuese, Eddie sospechaba que no se trataba de nada bueno.
"A lo mejor va a decirme que tengo cáncer o algo así -pensó Eddie descabelladamente-. Ese cáncer que ataca a los chinos. Leucemia. ¡Oh, Dios!"
"No seas estúpido -se contestó mentalmente, como, Bill "el Tartaja". Bill "el Tartaja" había reemplazado al "Llanero Solitario" en la vida de Eddie. A pesar de que no hablaba bien, siempre parecía dominarlo todo-. Este tipo es farmacéutico, no médico." Pero Eddie seguía nervioso.
El señor Keene había levantado la trampilla del mostrador y lo llamaba con un dedo huesudo. El chico lo siguió, reacio.
Ruby, la muchacha del mostrador, estaba sentada ante la registradora leyendo una revista de televisión.
--¿Quieres preparar dos batidos, Ruby? -le pidió el señor Keene-. Uno de chocolate y otro de café.
--Muy bien -dijo Ruby, marcando la página de la revista con un trozo de papel de aluminio.
--Llévalos al despacho.
--Muy bien.
--Ven, hijo, que no voy a morderte.
Y el señor Keene le guiñó un ojo, nada menos, dejando a Eddie completamente atónito.
Nunca, hasta entonces, había estado en la trastienda. Contempló con interés todos aquellos frascos, las botellas y las píldoras. De haber estado solo se habría quedado allí examinando el mortero, las balanzas y las pesas, los botes llenos de cápsulas. Pero el señor Keene lo empujó hacia adelante y cerró la puerta tras él. Eddie sintió un ahogo de advertencia. En la bolsa de su madre había un inhalador nuevo; podría echarse una buena bocanada en cuanto saliese de allí.
En una esquina del escritorio había un frasco con caramelos de regaliz. El señor Keene le ofreció uno.
--No, gracias -dijo el chico.

El farmacéutico se sentó en la silla giratoria y tomó uno. Después abrió un cajón y sacó algo que puso junto al frasco de caramelos de regaliz. Eddie sintió verdadera alarma. Era un inhalador. El señor Keene se reclinó en la silla giratoria hasta que la cabeza quedó casi tocando el calendario de la pared. En la foto del calendario se veían más píldoras.

Y por un momento de pesadilla, cuando el señor Keene abrió la boca para hablar, Eddie recordó lo que le había pasado en la zapatería siendo niño: los gritos de su madre al ver que tenía el pie puesto en la máquina de rayos X. Por ese único momento de pesadilla, Eddie pensó que ese hombre iba a decirle: "Nueve de cada diez médicos, Eddie, coinciden en que el remedio, para el asma provoca cáncer, como las máquinas de rayos X que había antes en las zapaterías. Probablemente ya lo tienes. Me pareció mejor que lo, supieses."

Pero lo que el señor Keene dijo fue tan extraño que a Eddie no se le ocurrió ninguna respuesta. Se limitó a permanecer sentado en la recta silla de madera, frente al escritorio, como un idiota.

Eddie abrió la boca y volvió a cerrarla.

--¿Qué edad tienes, Eddie? Once años, ¿verdad?

--Sí, señor -respondió el chico, débilmente.

Su respiración se iba tornando dificultosa. Aún no había comenzado a silbar como una cafetera (la expresión era de Richie, que solía decir: "Apaguen a Eddie, que ya hierve"), pero eso podía ocurrir en cualquier momento. Miró con nostalgia el inhalador. Como parecía hacer falta algún comentario, dijo:

--En noviembre cumplo doce.

El señor Keene asintió. Luego se inclinó hacia adelante, como los farmacéuticos de los anuncios televisivos y cruzó los dedos. Sus gafas refulgían bajo la fuerte luz de los fluorescentes.

--¿Sabes qué son los placebos, Eddie?

Eddie, nervioso, contestó lo que le pareció más aproximado:

--Son esas cosas que tienen las vacas, por donde sale la leche, ¿no?

El señor Keene se echó a reír y se meció en la silla.

--Pues, no -dijo, y Eddie se ruborizó. Ya sentía que el silbido se iba filtrando en su respiración-. Un placebo...

Lo interrumpieron dos golpecitos a la puerta. Ruby entró sin esperar autorización, con una anticuada copa de helado en cada mano.

--El de chocolate es para ti -dijo a Eddie con una amplia sonrisa.

Él se la devolvió lo mejor que pudo, pero su interés por los batidos de chocolate estaba en el punto más bajo de toda su vida. Se sentía asustado, con un susto a un tiempo vago y especifico. Así se asustaba cuando estaba sentado en la camilla del doctor Handor, en calzoncillos, esperando a que el médico entrara y sabiendo que su madre leía en la sala de espera ("El poder del pensamiento positivo", de Peale, o "Medicina popular", del doctor Vermont). Desprovisto de sus ropas, indefenso, él se sentía atrapado entre los dos.

Sorbió un poco del batido, mientras Ruby salía. Apenas sintió el sabor.

El señor Keene esperó a que se cerrase la puerta y volvió a esbozar su sonrisa radiante.

--Tranquilizate, Eddie, que no voy a morderte. Ni a hacerte daño.

Eddie asintió, porque el señor Keene era adulto y siempre había que dar la razón a los adultos (eso le había enseñado su madre). Por dentro pensaba: "Ya me han dicho esas mentiras." Era lo mismo que decía el médico cuando abría el esterilizador y dejaba escapar su atemorizante olor a alcohol. Era el olor de las inyecciones. Y éste era el olor de las mentiras. Todo se reducía a lo mismo: cuando los mayores decían que iba a ser sólo un pequeño pinchazo, que no dolía nada, significaba que iba a doler mucho.

Trató de tomar un poco más de batido. Necesitaba todo el espacio de su estrecha garganta para inhalar un poco de aire. Echó un vistazo al inhalador que seguía en el secante; tuvo ganas de pedirlo pero no se atrevió. De pronto se le ocurrió algo extraño: tal vez el señor Keene sabía que él lo necesitaba y no se atrevía a pedirlo; tal vez el señor Keene lo estaba

("torturando")

tentando a cometer una fechoría. Menuda tontería, ¿no? Los adultos no jugaban así con los niños, y mucho menos un adulto que repartía salud. No había que pensar en eso, porque sólo pensarlo requería un replanteamiento horrible del mundo, tal como Eddie lo entendía.

Pero allí estaba, allí estaba, tan cerca y tan lejos, como el agua junto a la mano del hombre que muere de sed en el desierto. Allí estaba, en el escritorio, bajo los ojos sonrientes del señor keene.

Eddie deseaba estar en Los Barrens, rodeado de sus amigos. La idea de que un monstruo, cualquier clase de monstruo, acechara bajo la ciudad donde él había nacido y crecido, utilizando las cloacas y los desagües para arrastrarse de un lado a otro, lo asustaba, y la idea de pelear contra ese monstruo, de enfrentarse a él, lo asustaba aún más. Pero esto era peor. ¿Cómo se puede luchar contra un adulto cuando dice que no va a doler y uno sabe que no es cierto? ¿Cómo se lucha contra un adulto que hace preguntas extrañas y dice cosas oscuramente amenazadoras?

Casi por casualidad, Eddie descubrió una de las grandes verdades de la infancia. "Los verdaderos monstruos son los adultos", pensó. No fue gran cosa, no fue un pensamiento que surgiera como revelación ni que se anunciara con trompetas y campanas. Simplemente vino y se fue, casi sepultado bajo un pensamiento más fuerte: "Necesito mi inhalador y quiero salir de aquí."

--Relájate -insistió el señor Keene-. Te pasas la vida muy tenso y eso te agrava el asma. Mira esto.

El señor Keene abrió el cajón de su escritorio, revolvió adentro y sacó un globo. Expandiendo su estrecho pecho hasta donde pudo (la corbata se le bamboleaba como un bote en una ola suave), lo infló. El globo decía: "Farmacia del centro. Recetas, preparados. Artículos farmacéuticos". El hombre sujetó el cuello del globo de goma y lo sostuvo delante de sí.

--Imaginemos que esto es un pulmón -dijo-. Tu pulmón. Tendría que inflar dos, claro. pero sólo me queda uno.

--Señor Keene, ¿puedo tomar mi inhalador?

A Eddie empezaba a latirle la cabeza. Sentía que la garganta se le cerraba. Su corazón estaba acelerado y la frente empezaba a cubrírsele de sudor. El batido de chocolate seguía sobre el escritorio; la cereza se iba hundiendo poco a poco en la crema batida.

--Espera un minuto -dijo el farmacéutico-. Presta atención, Eddie, quiero ayudarte. Es hora de que alguien lo haga. Si Russ Handor no tiene suficiente valor, tendré que hacerlo yo. Tu pulmón es como este globo, pero está rodeado por una cobertura de músculos. Estos músculos son como los brazos de un hombre que hace funcionar un fuelle, ¿comprendes? Cuando una persona está sana, esos músculos ayudan a los pulmones a expandirse y contraerse con facilidad. Pero si el dueño de esos pulmones sanos está siempre rígido y nervioso, los músculos comienzan a trabajar en contra de los pulmones, en vez de hacerlo a favor de ellos. ¡Mira!

El señor Keene rodeó el globo con una mano huesuda y pecosa. Oprimió, y el globo se abultó junto a sus dedos. Eddie hizo una mueca, preparándose para el estallido, y contuvo la respiración. Se inclinó sobre el escritorio y alargó la mano hacia el inhalador. Su hombro tiró la copa de batido, que se estrelló contra el suelo.

Eddie apenas oyó el ruido. Estaba dando manotazos al inhalador, metiéndoselo en la boca, apretando el gatillo. Aspiró una sola vez, desgarrante, mientras sus pensamientos se convertían, como siempre, en una carrera de ratas: "Por favor, mamá, me estoy ahogando, no puedo respirar, oh Dios, no puedo respirar, no quiero morir, por favor, por favor..."

La niebla del inhalador se condensó en las paredes de su garganta. Entonces pudo volver a respirar.

--Lo siento mucho -dijo, casi llorando-. Puedo limpiar y pagar la copa... pero no se lo diga a mi madre, por favor. Perdone, señor Keene, pero no podía respirar...

Otra vez el doble golpecito a la puerta. Ruby asomó la cabeza.

--¿Algún proble...?

--Todo está bien -dijo el señor Keene ásperamente-. Vete.

--Bueno, disculpe -dijo Ruby, poniendo los ojos en blanco antes de cerrar la puerta.

A Eddie comenzaba a silbarle otra vez la respiración. Inhaló otra bocanada de la medicina y trató de disculparse otra vez. Sólo se interrumpió cuando notó que el farmacéutico le sonreía... con aquella peculiar sonrisa seca. Tenía las manos entrecruzadas contra el abdomen. El globo yacía sobre el escritorio. Eddie tuvo una idea; trató de reprimirla, pero, no pudo. Por la expresión de aquel hombre se habría dicho que el ataque de asma le había sabido mejor que el batido.

--No te preocupes -dijo-. Ruby limpiará eso. Y si quieres que te sea sincero, me alegro de que hayas roto esa copa. Porque yo prometo no decir a tu madre que la rompiste, si tú me prometes no decirle nada sobre esta pequeña conversación.

--Oh, sí, lo prometo -se apresuró a decir Eddie.

--Muy bien, de acuerdo. Ya te sientes mejor. ¿verdad?

Eddie asintió.

--¿Por qué?

--¿Por qué? Bueno, porque... he tomado mi medicina.

Miró al hombre tal como miraba a la maestra, después de dar una respuesta de la que no se sentía muy seguro.

--Pero no tomaste ningún medicamento -dijo el señor Keene-. Lo que tomaste es un placebo. El placebo, Eddie, es algo que parece medicina y tiene gusto a medicina, pero no es medicina. El placebo no es un medicamento porque no tiene

ingredientes activos. También podemos decir que es una medicina de un tipo muy especial. Para la cabeza. -El farmacéutico sonrió-. ¿Lo comprendes, Eddie? Medicina "para la cabeza".

Eddie lo comprendía perfectamente. El señor Keene le estaba diciendo que estaba loco. Pero, respondió, con los labios entumecidos.

--No, no lo comprendo.

--Deja que te cuente una pequeña anécdota -dijo el señor Keene-. En 1954 se hicieron en la Universidad de DePaul una serie de pruebas en enfermos de úlcera. A cien enfermos de úlcera se les dio píldoras supuestamente para curarle las úlceras; en realidad, cincuenta de esas personas tomaron placebos. Eran pastillas de azúcar con una cobertura rosa. -El señor Keene emitió una risita extraña, aguda, la de quien describe una travesura y no un experimento-. De esos cien pacientes, noventa y tres dijeron experimentar una gran mejoría. Y ochenta y uno mejoraron de verdad. ?Qué te parece, Eddie¿ ¿Qué conclusión sacas de ese experimento?

--No lo sé -musitó Eddie débilmente.

El señor Keene se dio solemnes golpecitos en la cabeza.

--Lo que pienso es que casi todas las enfermedades empiezan por aquí. Hace muchísimo tiempo que trabajo en esto; conozco los placebos desde muchos años antes que los médicos de la Universidad de DePaul hicieran ese estudio. Habitualmente son los viejos los que terminan tomando placebos. Los viejos o las viejas van al médico, convencidos de que están enfermos del corazón, de cáncer, de diabetes o cosas así. Pero en muchísimos casos no es cierto. No se sienten bien porque son viejos, nada más. ¿Y qué hace el médico? ¿Puede decirles que son como relojes con los engranajes gastados? ¡Ja! No, a los médicos les gusta cobrar por el trabajo.

Su cara lucía una expresión mezcla de sonrisa mueca burlona. Eddie esperaba que todo eso terminara, de una vez. En la cabeza seguían resonándole unas palabras: "No has tomado, ningún medicamento."

--Los médicos no les dicen eso. Y yo tampoco, ¿Para qué? A veces, algún viejo se deja caer por aquí, con una receta que dice, directamente: "Placebo o 25 gramos de cielo azul"; así lo llamaba el viejo doctor Pearson.

El señor Keene se rió. Luego bebió un sorbo de su batido.

--Bueno, ¿qué hay de malo en eso? -preguntó. Como el chico guardó silencio, él mismo dio la respuesta- ¡Nada de malo! ¡Nada! Al menos... en la mayoría de los casos.

>Los placebos son una bendición para los ancianos. Y hay otros casos: enfermos de cáncer, de afecciones cardiacas degenerativas, de enfermedades terribles que aún no comprendemos. ¡Algunos son chicos como tú, Eddie! En esos casos, si un placebo hace que el paciente se sienta mejor, ¿qué tiene de malo? ¿Le ves algo de malo, Eddie?

--No, señor -dijo Eddie.

Y clavó la vista en la salpicadura de batido, crema batida y vidrios rotos. En medio estaba la cereza confitada como un testigo acusador en la escena del crimen. Con sólo mirar ese desastre se le volvía a oprimir el pecho.

--¡Entonces somos como Floreal y Pascual, pensamos igual! Hace cinco años, cuando Vernon Maitland tuvo cáncer de esófago (un cáncer muy doloroso) y a los

médicos se les acabó todo lo que podían darle para el dolor, yo fui al hospital con un frasco de píldoras de azúcar. Era un amigo muy querido, ¿sabes? Y le dije: "Mira, Vernon, estas píldoras son calmantes que están en la fase experimental. El médico no sabe que te las he traído, así que no digas nada. Quizá no dan resultado, pero yo creo que sí. Toma sólo una al día y sólo si el dolor es muy agudo." Él me las agradeció con lágrimas en los ojos. De veras, Eddie. ¡Y dieron resultado! ¡Sí! Eran sólo píldoras de azúcar, pero le calmaron el dolor... porque el dolor está aquí.

Y el farmacéutico, solemne, se dio otras palmaditas la cabeza.

--Mi medicamento hace efecto -dijo Eddie.

--Lo sé -dijo el señor Keene, con una sonrisa de adulto complaciente-. Te alivia el pecho porque te alivia la cabeza. El Hydrox, Eddie, es agua con una pizca de alcanfor para darle gusto a medicina.

--No -dijo Eddie. Su pecho volvía a silbar.

El señor Keene recogió con la cuchara parte del helado semiderretido, se lo llevó a la boca y se limpió la barbilla con el pañuelo mientras Eddie volvía a usar el inhalador.

--Tengo que irme -dijo el chico.

--Espera a que termine, por favor.

--¡No! Me quiero ir. Ya ha cobrado. Ahora me quiero ir.

--Espera a que termine -indicó el señor Keene, tan autoritario que Eddie volvió a sentarse.

A veces los adultos eran odiosos con todo su poder. Muy odiosos.

--Parte del problema consiste en que tu médico, Russ Handor, es débil. Y parte del problema es que tu madre ha decidido que estás enfermo. Tú, Eddie, estás atrapado en medio.

--No estoy loco -susurró Eddie.

La silla del señor Keene chirrió como un grillo monstruoso.

--¿Qué?

--¡Digo que no estoy loco! -gritó Eddie. Inmediatamente le subió a la cara un rubor angustiado.

El señor Keene sonrió "Piensa lo que quieras -decía esa sonrisa-. Piensa lo que quieras, que yo tengo mi propia opinión."

--Lo que estoy diciendo, Eddie, es que no estás físicamente enfermo. Tus pulmones no tienen asma. Es tu mente la que está enferma de asma.

--Lo que usted quiere decir es que estoy loco.

El señor Keene se inclinó hacia delante, mirándolo con intensidad por encima de sus manos cruzadas.

--No sé -dijo con suavidad-. ¿Estás loco o no?

--¡Es mentira! -exclamó Eddie, sorprendido de que las palabras le surgieran del pecho con tanta fuerza. Pensaba Bill, en cómo reaccionaría Bill ante semejantes acusaciones. Bill sabría qué decir, con tartamudez o no. Bill sabía ser valiente-. ¡Todo eso es mentira! ¡Tengo asma, claro que sí!

--Sí -dijo el señor Keene. Su sonrisa seca se había convertido en una extraña sonrisa de esqueleto-. Pero ¿De dónde la has sacado, Eddie?

La mente de Eddie daba vueltas y vueltas. Se sentía enfermo, sí, muy enfermo.

--Hace cuatro años, en 1954, el año en que se efectuaron las pruebas en DePaul, por casualidad el doctor Handor empezó a recetarle Hidrox. Eso quiere decir hidrógeno y oxígeno, los dos componentes del agua. Desde entonces vengo aviniéndome a ese engaño, pero no quiero seguir adelante. Tu medicamento para el asma funciona sobre tu mente y no sobre tu cuerpo. Tu asma es resultado de una tensión nerviosa del diafragma, ordenada por tu mente... o por tu madre. Tú no estás enfermo.

Se hizo un terrible silencio.

Eddie, sentado en la silla, sentía que la mente le daba vueltas. Por un momento consideró la posibilidad de que ese hombre estuviese diciendo la verdad, pero no podía enfrentarse a las derivaciones de semejante idea. Sin embargo, ¿qué interés podría tener el señor Keene en mentir sobre algo tan serio?

El señor Keene se sentó, con su sonrisa en el desierto, brillante, seca, sin corazón.

"Sí que tengo asma, tengo asma. El día en que Henry Bowers me pegó en la nariz, el día en que Bill y yo tratábamos de hacer el dique en Los Barrens, estuve a punto de morir. ¿Tengo que pensar en mi mente... estaba inventando todo eso? Pero ¿qué interés puede tener en mentir?

Sólo años más tarde, en la biblioteca, se haría Eddie una pregunta más terrible: "¿Qué interés tenía en decirme la verdad?"

Vagamente le oyó decir:

--Te he estado vigilando, Eddie. Te he dicho todo esto porque ya estás en edad de comprender, pero también porque he visto que, por fin, tienes amigos. Son buenos amigos, ¿verdad?

--Sí -dijo Eddie.

El farmacéutico inclinó la silla hacia atrás, haciéndola crujir otra vez como un grillo, y cerró un ojo. Podía ser un guiño o no.

--Y apostaría a que tu madre no les ve con buenos ojos, ¿verdad?

--Le caen bien, sí -protestó Eddie, pensando en las cosas cortantes que su madre había dicho de Richie Tozier ("Dice palabrotas... y por su aliento me doy cuenta de que fuma, Eddie"). Y en su despectiva recomendación de que no prestase dinero a Stan Uris porque era judío, su antipatía abierta hacia Bill Denbrought y "ese gordo"-. Le gustan mucho, repitió.

--¿De veras? -repuso el señor Keene, todavía sonriendo-. Bueno, puede que tenga razón o no. Pero al menos tienes amigos, Eddie. Quizá te convenga discutir con ellos este problema tuyo. Esta... debilidad de la mente. Y escuchar qué te dicen ellos.

Eddie no respondió. Le parecía mejor terminar esa conversación. Y estaba seguro de que, si no salía pronto de allí, terminaría llorando.

--¡Bueno! --concluyó el señor Keene, levantándose-. Creo que con esto hemos terminado, Eddie. Si te he puesto nervioso, o siento. Sólo he cumplido con lo que considero mi deber. Y...

Antes de que pudiese decir una palabra más, Eddie arrebató, su inhalador y la bolsa de medicamentos. Huyó. Uno de sus pies resbaló en el helado y estuvo a punto de caer. Un segundo después salía a toda carrera de la farmacia, a pesar de su aliento sibilante. Ruby miró sobre su revista, boquiabierta.

Detrás de él creyó percibir la presencia del señor Keene, de pie en la puerta de su despacho, observando su poco garbosa retirada sobre el mostrador de los medicamentos: delgado, pulcro, pensativo y sonriente. Sonriente con esa seca sonrisa de desierto.

Se detuvo en la triple esquina de Kansas, Main y Center, para tomar otra bocanada de su inhalador, sentado en el muro bajo, junto a la parada del autobús; ya tenía la garganta completamente embarrada por ese gusto medicinal

("sólo, agua con un poco de alcanfor")

y pensó que, si se veía obligado a usarlo, más, vomitaría.

Lo guardó en su bolsillo y se dedicó a contemplar el tráfico que subía por Main y Hill. Trató de no pensar. El sol le pegaba en la cabeza caliente y cegador. Cada coche que pasaba le arrojaba dardos de reflejo a los ojos; en las sienes nacía un dolor de cabeza. No podía encontrar el modo de seguir enfadado con el señor Keene, pero no le costó en absoluto sentir mucha pena por Eddie kaspbrak. Se sentía realmente apenado por Eddie Kaspbrak Probablemente Bill Dembrough no perdía tiempo sintiendo pena por sí mismo pero Eddie no podía remediarlo.

Por encima de todos, quería hacer exactamente lo que le había sugerido el señor Keene: bajar a Los Barrens y contar todo a sus amigos para ver qué decían, para ver qué respuestas tenían. Pero no podía hacer eso. Su madre lo esperaba en casa.

("tu mente... o tu madre").

Y si no llegaba a tiempo

("tu madre ha decidido que estás enfermo")

habría problemas. Ella daría por sentado que había estado con Bill, Richie o "ese chico judío", como llama a Stan (insistiendo en que no tenía prejuicios, pero "había que poner las cartas sobre la mesa", frase que utilizaba para referirse a la verdad en situaciones difíciles). De pie en esa esquina, mientras intentaba desesperadamente ordenar sus desmandados pensamientos, Eddie adivinó lo que ella diría si llegaba a enterarse de que otro de sus amigos era negro y de que en grupo había una chica, una chica a la que le estaban creciendo los pechos.

Echó a andar lentamente hacia Up-Mile Hill detestando la perspectiva de subir esa cuesta con semejante calor. Probablemente se podría freír un huevo en la acera. Por primera vez sintió ganas de que empezasen las clases, de iniciar un nuevo curso, de entenderse con las peculiaridades de otra maestra. De que terminara ese verano espantoso.

Se detuvo a mitad de la cuesta, no lejos del sitio donde Bill Denbrough redescubría a "Silver", su bicicleta, veintisiete años después, y sacó su inhalador del bolsillo. "Hidrox Pulverizador -rezaba la etiqueta-. Adminístrese a discreción."

Algo más encajó en su sitio. "Adminístrese a discreción". Aunque era sólo un niño que ni siquiera sabía limpiarse el culo (eso decía su madre, cuando ponía las cartas sobre la mesa), hasta un chico de once años sabía que un medicamento de verdad no se "administra a discreción". Los medicamentos de verdad pueden matar si uno los consume como le viene en gana. Probablemente hasta la aspirina podía matar si se consumía de ese modo.

Miró fijamente el inhalador sin prestar atención a la anciana que lo miraba con curiosidad mientras bajaba la cuesta rumbo a Main Street. Se sentía traicionado y por un momento estuvo a punto de arrojar el frasco de plástico a la alcantarilla.

Mejor aún, podría arrojarlo por la boca de la cloaca. ¡Claro! ¿Por qué no? Que se lo quedara "Eso", en sus túneles y sus cloacas chorreantes. ¡Ahí tienes un pla-ce-bo, monstruo de mil caras! Emitió una risa histérica y estuvo a punto de seguir el impulso, pero al cabo se abstuvo. Volvió a guardar el inhalador en el bolsillo y siguió caminando, oyendo ocasionales cláxones o el rumor del autobús del que parque Bassey. Estaba lejos de saber que muy pronto descubriría cómo era el dolor, el dolor de verdad.

3.

Cuando salió del mercado de la avenida Costello, veinticinco minutos después, con una Pepsi en la derecha y dos chupa-chups en la izquierda, Eddie se llevó la desagradable sorpresa de descubrir a Henry Bowers, Victor Criss, Moose Sadler y Patrick Hockstetter arrodillados en la acera, a la izquierda d la pequeña tienda. Por un momento, Eddie pensó que estaban jugando a algo; después vio que habían reunido el dinero de todos en la camisa de Victor. A un lado, en descuidado montón, estaban los textos para los cursos de recuperación.

En un día cualquiera, Eddie se habría evaporado silenciosamente volviendo a la tienda para preguntar al señor Gedreau si podía salir por la puerta trasera. Pero aquél no era un día cualquiera. Eddie quedó petrificado, con una mano en la puerta llena de anuncios de cigarrillos y la otra aferrando la bolsa del supermercado y la de la farmacia.

Victor Criss lo vio y dio un codazo a Henry, que levantó la vista. Lo mismo hizo Patrick Hockstetter. Moose, cuya transmisión era más lenta, siguió contando monedas por unos segundos, antes de que el súbito silencio penetrara en él. Entonces él también alzó los ojos.

Henry se levantó, sacudiéndose el polvo del mono. Tenía entablillada la nariz y su voz había adquirido un tono nasal, como sirena de niebla.

--Vaya, por todos los diablos -comentó-, uno de los tirapiedras. ¿Dónde dejaste a tus amigos, capullo? ¿Están dentro?

Eddie sacudió la cabeza antes de darse cuenta de que acababa de cometer otro error. La sonrisa de Henry se ensanchó.

--Muy bien -dijo-. No me molesta atraparlos uno a uno. Ven aquí, capullo.

Victor se puso a su lado; Patrick Hockstetter los siguió sonriendo del modo vacuo y porcino que Eddie le conocía de la escuela. Moose aún se estaba incorporando.

--Ven aquí, gilipollas -repitió Henry-. Vamos a hablar de piedras.

Aunque ya era demasiado tarde, Eddie decidió que sería mejor volver a la tienda. Allí había un adulto. Pero en el momento en que retrocedía, Henry salió disparado y lo sujetó. Le tiró del brazo con fuerza y su sonrisa se convirtió en una mueca. Le arrancó la mano de la puerta. Eddie se vio arrastrado hasta la calle; se habría estrellado en la grava, al pie de los peldaños, si Victor no lo hubiera sujetado rudamente por las axilas. Luego lo empujó. Eddie logró conservar el equilibrio, pero sólo dando dos vueltas de molino con los brazos. Los cuatro chicos

lo rodearon desde unos tres metros de distancia; Henry, algo más adelante, sonreía.

Algo más atrás, a su izquierda, estaba Patrick Hockstetter, un chico realmente escalofriante. Eddie no lo había visto en compañía de nadie antes de aquel día. Era un poco gordo; la barriga le colgaba un poco sobre el cinturón, que tenía una gran hebilla metálica. Su cara, perfectamente redonda, parecía siempre pálida, pero en ese momento estaba algo quemada por el sol. La quemadura se acentuaba en la nariz, que se le estaba pelando, pero se alargaba hacia fuera sobre las mejillas, como alas. En la escuela, a Patrick le gustaba matar moscas con su regla de plástico verde; después las ponía en la caja de los lápices. A veces enseñaba su colección de moscas a algún chico nuevo, en los recreos. Nunca hablaba cuando enseñaba sus moscas muertas, fuese cual fuese el comentario del chico nuevo. Y en ese momento su cara tenía la misma expresión.

--¿Cómo te va, "Tirapiedras"? -preguntó Henry, cruzando la distancia que los separaba-. ¿Has traído con qué tirar?

--Déjame en paz -dijo Eddie con voz temblorosa.

--Déjame en paz -le imitó Henry, agitando las manos en un simulacro de terror. Victor soltó la risa-. ¿Y si no te dejo, "Tirapiedras"?

Su mano salió disparada y golpeó violentamente la mejilla de Eddie. La cabeza del chico se inclinó hacia atrás. El ojo izquierdo empezó a lagrimearle.

--Dentro están mis amigos -dijo.

--Dentro están mis amigos -se burló Patrick Hockstetter-. ¡Oooh! ¡Oooh!

Y comenzó a describir un círculo hacia la derecha de Eddie.

El chico quiso volverse, pero la mano de Henry voló otra vez, golpeándole la otra mejilla.

"No llores -se dijo-, eso es lo que ellos quieren. No lo hagas, Eddie. Bill no lloraría. No llores tú tamp..."

Victor dio un paso adelante y le dio un empujón en el pecho. El niño dio un paso atrás y cayó despatarrado sobre Patrick, que se había agazapado detrás de sus pies. Cayó sordamente a la grava raspándose los brazos. Se oyó un ¡gufffff!: el aliento acababa de escapársele.

Un momento después tenía a Henry Bowers encima, inmovilizándole los brazos con las rodillas y el cuerpo con el trasero.

--¿Tienes con qué tirar, "Tirapiedras"? -le espetó.

Eddie se asustó más ante el brillo demencial que le vio en los ojos que por el dolor de los brazos o la imposibilidad de respirar. Henry estaba chiflado. A muy poca distancia, Patrick reía entre dientes.

--¿Quieres tirar piedras? ¡Aquí tienes piedras! ¡Toma!

Henry recogió un puñado de grava y se la plantó en la cara, frotándosela en la piel, dañándole las mejillas, los párpados, los labios. El chico abrió la boca y gritó a todo pulmón:

--¿Quieres piedras? Pues toma. ¡Toma piedras, "Tirapiedras"! ¿Quieres más? ¡Adelante!

La grava se le metía en la boca, lacerándole las encías, rechinando contra sus dientes. Sintió saltar chispas de sus empastes. Gritó otra vez y escupió grava.

--¿Quieres más piedras? ¿Otro poquito? ¿Qué te parece...?

--¡Basta! ¡Eh, vosotros! ¡Basta! ¡Tú, chico, déjalo! ¡Ahora mismo! ¿Me oyes? ¡Deja a ese chico!

Eddie, por entre sus párpados medio cerrados y llenos de lágrimas, vio que una mano grande sujetaba a Henry por la camisa y el tirante del mono. La mano dio un tirón, apartando a Henry, que aterrizó en la grava. Eddie se puso de pie con lentitud. Jadeando, escupió trozos de grava ensangrentada.

Era el señor Gedreau, con su largo delantal blanco, y parecía furioso.

Su cara no revelaba miedo alguno, aunque Henry le llevaba más de cinco centímetros y unos veinte kilos. No revelaba miedo porque era adulto y Henry sólo un niño. Pero esta vez, pensó Eddie, esa diferencia no significaba nada. El señor Gedreau no lo comprendía. No se daba cuenta de que Henry estaba loco.

--Marchaos de aquí -dijo el señor Gedreau, avanzando hacia Henry hasta ponerse frente a aquel chico de cara resentida-. Marchaos y no volváis nunca más. No me gustan los chicos pendencieros.

Repasó a los otros con su mirada furiosa. Moose y Victor clavaron la vista en sus zapatillas, Patrick se limitó a mirar a través del señor Gedreau, con sus ojos vacuos. El hombre volvió a dirigirse a Henry.

--Tomad vuestras bicicletas y... -dijo.

Pero Henry le dio un buen empujón.

Una expresión de sorpresa, que habría sido cómica en cualquier otra circunstancia, se dibujó en la cara del señor Gedreau, que cayó sentado en los escalones que llevaban a la puerta de su tienda.

--Maldito hijo de... -exclamó.

La sombra de Henry cayó sobre él.

--Vuelva dentro -dijo.

--Pero... -El señor Gedreau se interrumpió. Por fin había visto aquella luz en los ojos de Henry. Se levantó apresuradamente, y subió los peldaños tan rápido como pudo; tropezó en el penúltimo y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo. De inmediato estuvo de pie, pero ese tropezón, por breve que fuese, le robó cuanto quedaba de su autoridad de adulto.

Ya arriba, giró en redondo para gritar:

--¡Voy a llamar a la policía!

Henry hizo ademán de arrojarse contra él y el señor Gedreau se echó hacia atrás. Eddie comprendió que eso era el fin. Por increíble, por inconcebible que pareciese, allí no había protección para él. Era hora de irse.

Mientras Henry de pie ante los peldaños, fulminaba con la vista al señor Gedreau y los otros permanecían petrificados (hasta horrorizados, exceptuando a Patrick) por ese súbito y triunfal desafío a la autoridad de los adultos, Eddie vio su oportunidad. Giró en redondo y puso pies en polvorosa.

Iba ya por la mitad de la manzana cuando Henry se volvió, echando chispas por los ojos.

--¡Atrapadlo! -aulló.

Con asma o sin ella, Eddie corrió como nunca. En algunos tramos, hasta de varios metros, tuvo la sensación de que sus zapatos no habían tocado la acera. Y por unos segundos hasta albergó la embriagadora idea de que podría escapar.

De pronto, justo antes de que llegase a Kansas Street, donde quizá habría estado a salvo, un niño en triciclo salió pedaleando de un jardín cruzándosele por

delante. Eddie trató de desviarse, pero a la velocidad que llevaba habría hecho mejor tratando de saltar por sobre la criatura. (El niño se llamaba Richard Cowan; ya adulto y casado, engendraría a un niño bautizado Frederick Cowan que moriría ahogado en un inodoro y parcialmente comido por algo que surgiría del artefacto, en forma de humo negro, para tomar una forma inconcebible.)

Uno de los pies de Eddie quedó atrapado en el soporte posterior del triciclo, Richard Cowan apenas se balanceó, pero Eddie salió volando. Cayó contra la acera, resbalando tres metros y despellejándose codos y rodillas. Mientras intentaba levantarse, Henry Bowers cayó sobre él aplastándolo contra el suelo. La nariz del chico sufrió un breve encontronazo con el cemento. Voló sangre.

Henry giró de costado, como un paracaidista y en un segundo estuvo en pie. Tomó a Eddie por la nuca y la muñeca derecha. Su aliento, resonante en la nariz hinchada y cubierta de vendas, era cálido, húmedo.

-¿Quieres piedras, "Tirapiedras"? ¡Claro, joder! -Dio un tirón a la muñeca de Eddie, retorciéndosela a la espalda, y el chico emitió un chillido-. Piedras para el "Tirapiedras", sí. -Y le retorció la muñeca un poco más.

Eddie aulló. Detrás de él estaban acercándose los otros. También oyó que el niño del triciclo empezaba a llorar. "Ya somos dos, pequeño", pensó. Y a pesar del dolor, a pesar de las lágrimas y el miedo, rebuznó de risa.

--¿Te resulta divertido? -preguntó Henry, súbitamente desconcertado-. ¿Esto te resulta divertido?

¿Era posible que su voz revelara un matiz de miedo? Años más tarde, Eddie se diría que sí, que Henry había hablado como si estuviese asustado.

Eddie intentó zafar la muñeca de entre las manos de Henry. Estaba húmeda de sudor y hubiese podido soltarse. Tal vez por eso Henry la retorció con más fuerza. Eddie oyó un crujido en su brazo, como el de una rama de invierno que cediese bajo el hielo acumulado. El dolor que nació en ese brazo fracturado fue gris y enorme. Chilló, pero el sonido le pareció lejano. El mundo estaba perdiendo color. Cuando Henry lo soltó, dándole un empujón, tuvo la sensación de caer flotando. Le llevó bastante tiempo llegar a la acera. Tuvo oportunidad de echar una buena mirada a cada una de las grietas, de admirar el modo en que el sol brillaba, de reparar en los restos de una viejísima rayuela dibujada con tiza rosada. Por un instante cambió de forma y se pareció a una tortuga.

En ese momento podría haberse desmayado, pero cayó sobre el brazo fracturado y el nuevo dolor fue agudo, brillante, caliente, terrible. Sintió que los extremos astillados de los huesos rechinaban entre sí. Se mordió la lengua, sacándose sangre otra vez. Rodó hasta quedar de espaldas y vio que Henry, Victor, Moose y Patrick estaban de pie ante él. Parecían excesivamente altos, como deudos que miraran el interior de una sepultura.

--¿Te ha gustado, "Tirapiedras"? -preguntó Henry. Su voz llegaba desde lejos, flotando entre nubes de dolor-. ¿Te va la marcha, Tirapiedras? ¿Te ha gustado mi trabajito?

Patrick Hockstetter rió.

--Tu padre está loco -se oyó decir Eddie-. Y tú también.

La sonrisa de Henry se borró instantáneamente. Levantó el pie para asestar una patada y en ese momento sonó una sirena en la tarde calurosa, callada. Henry se detuvo. Victor y Moose miraron alrededor, inquietos.

--Mejor nos vamos, Henry -propuso Moose.
--Yo sí me voy, ahora mismo -afirmó Victor.
¡Qué lejanas sonaban sus voces! Como los globos del payaso. Parecían flotar. Victor huyó hacia la biblioteca, atajando por el parque McCarron.
Henry vaciló aún por un instante; quizá esperaba que el coche de la policía estuviera ocupado en otra cosa y lo dejara seguir con lo suyo. Pero la sirena sonó otra vez, más cercana.
--Tienes suerte, caraculo -dijo.
Y siguió a Victor, acompañado por Moose.
Patrick Hockstetter se quedó un momento.
-Aquí te dejo un regalito -susurró con su voz grave y ronca. Aspiró hondo y escupió una gran flema verde a la cara sudorosa y ensangrentada de Eddie-. No lo comas todo de una vez, si no quieres -dijo Patrick, esbozando su sonrisa inquietante . Deja un poco para después.
Giró lentamente y huyó también.
Eddie trató de limpiarse la flema con el brazo sano, pero hasta ese pequeño movimiento volvió a encender el dolor.
"Cuando saliste hacia la farmacia no habrías imaginado que terminarías en la avenida Costello, con un brazo roto y los mocos de Patrick Hockstetter corriéndote por la cara, ¿verdad? Ni siquiera pudiste tomarte la Pepsi. La vida está llena de sorpresas, ¿verdad?"
Incongruentemente, volvió a reír. Fue una risa débil, que le provocó dolor en el brazo, pero le hizo bien. Y notó algo más: no tenía asma. Su respiración era perfecta, al menos de momento. Menos mal, porque jamás habría podido sacar su inhalador, aunque lo intentara mil años.
La sirena ya estaba muy cerca; aullaba y aullaba Eddie cerró los ojos y vio rojo bajo los párpados. Luego el rojo se convirtió en negro, una sombra había caído sobre él. Era el niño del triciclo.
--¿Estás bien? -preguntó el niño.
--¿Te parece que estoy bien?
--No, me parece que estás jodido -dijo el niño.
Y se alejó pedaleando. Cantaba algo sobre un granjero.
Eddie empezó a reír como un tonto. Ya estaba allí el coche de policía; le llegó el chirriar de sus frenos. Se descubrió alentando la vaga esperanza de que viniera con el señor Nell, aunque sabía que el señor Nell no era de la patrulla.
"¿De qué demonios te ríes?"
No lo sabía. Tampoco sabía por qué, en medio de tanto dolor, sentía un alivio tan intenso. Tal vez porque aún estaba vivo, sin haber sufrido más que la fractura de un brazo, porque aún quedaban trozos para recoger. Se conformó con eso. Pero años más tarde, sentado en la biblioteca de Derry, con un vaso de ginebra y zumo de ciruelas ante él, a mano el inhalador, dijo a los otros que en su alivio había algo más: había tenido edad suficiente para sentir ese algo más pero no para definirlo.
"Creo que fue el primer dolor verdadero de mi vida -diría a los otros-. Y no se pareció en nada a lo que yo suponía. No acabó conmigo como persona. Creo... que me dio una base de comparación. Descubrí que se podía existir dentro del dolor, a pesar del dolor."

Eddie giró débilmente la cabeza a la derecha y vio grandes neumáticos Firestone, tapacubos cromados y luces azules que palpitaban. Oyó entonces la voz del señor Nell, densamente irlandesa, increíblemente irlandesa. Se parecía más a la voz de policía irlandés que a la voz del verdadero señor Nell... pero tal vez era efecto de la distancia.
--¡Jesús, María y José! ¡Es el chico Kaspbrak!
En ese momento, Eddie se alejó flotando.

4.

Y, con una sola excepción, se quedó lejos por largo rato.
En la ambulancia tuvo un breve período de conciencia. Vio al señor Nell sentado frente a él, tomando un trago de su botellita parda, mientras leía una novela barata llamada "Yo, jurado". La chica de la portada tenía los pechos más grandes que Eddie hubiese visto en su vida.
Sus ojos se desviaron hacia el conductor. El hombre lo miró de reojo, con una gran sonrisa libidinosa; sus ojos brillaban como monedas nuevas. Era Pennywise.
--Señor Nell -susurró Eddie.
El policía levantó la vista con una sonrisa.
--¿Cómo te sientes, hijo?
--... chófer... chófer...
--Sí, llegaremos enseguida -dijo el señor Nell y le entregó la botellita parda-. Prueba esto. Te sentirás mejor.
Eddie bebió; aquello sabía a fuego líquido. Tosió y eso le hizo doler el brazo. Miró hacia adelante y vio otra vez al chófer. Era sólo un tipo cualquiera, con el pelo cortado a lo militar. No era el payaso.
Volvió a desmayarse.
Mucho después despertó en la sala de urgencias. Una enfermera le limpiaba la sangre, el polvo, la flema y la grava con un paño frío. Ardía, pero también era maravilloso. Oyó que su madre lanzaba exclamaciones fuera. Trató de decir a la enfermera que no la dejara entrar, pero no pudo pronunciar palabra.
--¡Si está muriendo quiero saberlo! -aullaba su madre-. ¿Me oye? Tengo derecho a saberlo y tengo derecho a verlo. ¡Puedo entablarle juicio a este hospital! ¡Conozco muchos abogados! ¡Entre mis mejores amigos hay más de un abogado!
--No trates de hablar -dijo la enfermera a Eddie.
Era joven y él sintió que sus pechos le apretaban el brazo. Por un momento tuvo la absurda idea de que la enfermera era Beverly Marsh. Después volvió a perder la conciencia.
Cuando la recobró, su madre estaba en la habitación, hablando con el doctor Handor. Sonia Kaspbrak era una mujer enorme. Sus piernas parecían troncos, pero troncos suaves. Estaba muy pálida, salvo las fogosas manchas del maquillaje.
--Mamá... -balbuceó Eddie-, estoy bien...
--¡No es cierto, no es cierto! -gimió la señora Kaspbrak, retorciéndose las manos.
Eddie oyó crujir sus nudillos. Empezó a inquietarse al verla en ese estado. ¡Cómo la había hecho sufrir esa última aventura suya! Quiso decirle que se lo

tomara con calma si no quería tener una crisis cardíaca, pero no pudo. Tenía la garganta demasiado seca.

--No estás bien. Has tenido un accidente grave, muy grave. Pero te pondrás bien, te lo prometo, Eddie, te pondrás bien aunque tenga que traer a todos los especialistas del país. Oh, Eddie... Eddie... tu brazo, pobrecito...

Rompió en sonoros sollozos. Eddie vio que la enfermera, la que le había lavado la cara, la miraba sin mucha simpatía.

Mientras se desarrollaba el aria, el doctor Handor no hacía más que suplicar:

--Sonia... Sonia, por favor... ¿Sonia...?

Era un hombrecito flaco, laxo, cuyo bigotito no crecía muy recto y, además, estaba mal recortado, más largo a la izquierda que a la derecha. Parecía nervioso. Eddie recordó lo que el señor Keene le había dicho esa mañana y sintió cierta compasión por el médico.

Por fin, Russ Handor reunió fuerzas para decir:

--Si no puede dominarse, Sonia, tendrá que salir de la habitación.

Ella giró en redondo haciéndolo retroceder.

--¡Ni hablar! ¡No se atreva a sugerírmelo! ¡El que yace aquí, agonizando, es "mi hijo"! ¡"Mi propio hijo yace aquí, en su lecho de dolor"!

Eddie recobró la voz y los dejó atónitos:

--Quiero que te vayas, mamá. Si me van a hacer algo doloroso, te sentirás mejor si no estás aquí.

Ella se volvió a mirarlo, atónita... Ante esa expresión, el chico sintió que su pecho se apretaba otra vez, inexorablemente.

--¡Nada de eso! -exclamó ella-. ¡Cómo se te ocurre decir algo tan horrible, Eddie! ¡Estás delirando! No sabes lo que dices.

--Mire, no me interesa su discusión -dijo la enfermera-. Pero estamos sin hacer nada cuando, deberíamos estar arreglando el brazo de su hijo.

-¿Pretende sugerir...? -empezó Sonia elevando la voz hacia la nota aguda y penetrante que usaba en sus peores momentos.

--Sonia, por favor -dijo el doctor Handor-, no es lugar para discutir. Ayudemos a Eddie.

La mujer retrocedió, pero sus ojos centelleantes (los de una madre osa a quien le amenazan el vástago) prometieron a la enfermera que más tarde habría problemas. Incluso una denuncia. Luego sus ojos se humedecieron, extinguiendo las chispas o, por lo menos, ocultándolas. Tomó la mano sana de su hijo y la estrechó con tanta fuerza que le arrancó una mueca de dolor.

--Es grave, pero pronto te pondrás bien -dijo-, muy pronto. Te lo prometo.

--Claro, mamá -jadeó Eddie-. ¿Me puedes dar mi inhalador?

--Por supuesto. -Sonia Kaspbrak miró triunfalmente a la enfermera, como si se le absolviera de una acusación criminal-. Mi hijo tiene asma -dijo-. Es grave, pero él se las arregla maravillosamente.

--Qué bien -repuso la enfermera secamente.

La madre manipuló el inhalador para que él pudiese inhalar. Un momento después, el médico reconoció el brazo roto. Lo hizo con tanta suavidad como le era posible, pero aun así el dolor fue horrible. Eddie quería gritar, pero apretó los dientes para contenerse. Temía que si gritaba su madre hiciese lo mismo. El sudor le asomó a la frente, en gruesas gotas.

--¡Le está haciendo daño! -exclamó la señora Kaspbrak-. ¡Estoy segura! ¡No hay ninguna necesidad! ¡Basta! ¡No tiene por qué hacerle daño! ¡Es un niño muy delicado!
Eddie vio que la enfermera clavaba una mirada airada en la cara preocupada del doctor Handor. Y vio la muda conversación que transcurría entre ellos. "Saque a esta mujer de aquí, doctor." Y en los ojos sombríos de él: "No puedo. No me atrevo."
Dentro del dolor había una gran claridad (si bien, Eddie no habría deseado experimentarla con frecuencia; el precio era demasiado alto). En esa conversación sin palabras, Eddie aceptó todo lo que el señor Keene le había dicho. Su inhalador estaba lleno de agua alcanforada. El asma no estaba en su pecho sino en su cabeza. De un modo u otro tendría que medirse con esa verdad...
Miró a su madre y la vio nítidamente en su dolor: cada flor de su vestido estampado, las manchas de sudor bajo los brazos, allí donde la transpiración había empapado la tela, las rozaduras de sus zapatos. Vio lo pequeños que eran sus ojos entre las bolsas de piel. Y entonces se le ocurrió una idea espantosa: esos ojos eran casi tan depredadores, como los del leproso que había salido del sótano, en Neibolt Street. "Aquí vengo, todo está bien... De nada te servirá correr, Eddie..."
El doctor Handor apoyó suavemente las manos en su brazo roto y oprimió. El dolor fue un estallido.
Eddie se alejó flotando.

5.

Le hicieron beber un líquido y el médico vendó la fractura. Le oyó decirle a su madre que era una fractura simple, "como la que se hace cualquier chico al caerse de un árbol". Y la madre de Eddie respondió, furiosa: "¡Eddie no trepa a los árboles! ¡Ahora quiero saber la verdad! ¿Está grave, sí o no?"
Después, la enfermera le dio una píldora. Sintió sus pechos contra el hombro y esa presión le resultó reconfortante. Aun entre la niebla se dio cuenta de que la enfermera estaba enfadada y creyó decir: "Ella no es el leproso; sólo me come porque me ama." Pero tal vez no dijo nada, porque la cara furiosa de la enfermera no cambió.
Tuvo la vaga impresión de que lo llevaban por un corredor en una silla de ruedas, y que la voz de su madre se oía vagamente.
--¿Qué quiere decir con eso de que hay horario de visitas? ¡A mí no me hable de horario de visitas! ¡Se trata de mi hijo!
Se borraba. Eddie se alegró de que ella se borrase, se alegró de estar borrándose él mismo. El dolor había desaparecido. No quería pensar. Quería dejarse ir. Sabía que su brazo izquierdo estaba muy pesado. Se preguntó si lo habían enyesado. Oyó vagamente algunas radios en distintas habitaciones, vio a pacientes que parecían fantasmas con sus batas de hospital caminando por los amplios pasillos. Y hacía calor... mucho calor. Cuando lo llevaron a su habitación, vio que el sol descendía como un disco de sangre anaranjado. Y pensó, incoherente: "Como un gran botón de payaso."

--Ven, Eddie -dijo una voz-, puedes caminar.

Y descubrió que podía. Lo acostaron entre sábanas frescas y bien planchadas. La voz le dijo que, por la noche, tendría dolores, pero que no debía pedir calmantes a menos que fueran muy fuertes. Eddie preguntó si podía tomar un poco de agua. Se la trajeron. Estaba fresca y le hizo bien. La bebió toda.

Por la noche tuvo dolores bastante fuertes. Despierto en la cama, sostenía el timbre en la mano izquierda, pero sin apretarlo. Fuera había una tormenta eléctrica; cuando se encendían los relámpagos blanco azulados él apartaba la cara de la ventana, temeroso de ver un monstruo cuya cara sonriente se grabase en el cielo, en ese fuego eléctrico.

Por fin pudo conciliar el sueño. Y al dormir soñó con Bill, Ben, Richie, Stan, Mike y Bev, sus amigos, que llegaban al hospital en bicicleta (Bill llevaba a Richie en "Silver"). Le sorprendió ver que Beverly lucía un hermoso vestido verde, del color del Caribe en las fotos de "National Geographic". No recordaba haberla visto nunca con vestido: sólo con vaqueros, pantalones con estribo y conjuntos para la escuela compuestos de faldas y blusas; las blusas solían ser blancas y de cuello redondo; las faldas, pardas, tableadas y largas hasta la mitad de la pantorrilla, para que no se le viesen las rodillas rasguñadas.

En su sueño los vio llegar en horario de visita, a las dos de la tarde. Su madre, que estaba esperando con paciencia desde las once, les gritaba tan fuerte que todos se volvían a mirarla.

"¡Si tenéis idea de entrar allí, estáis muy equivocados!", la oyó gritar. Y el payaso, que había estado sentado todo ese tiempo en la sala de espera, pero en un rincón, con una revista frente a la cara, se levantó de un salto y fingió que aplaudía, palmoteando rápidamente con las manos enguantadas de blanco. Dio una voltereta, bailó e hizo un giro sobre las manos, mientras la señora Kaspbrak desataba su cólera contra los Perdedores y ellos se iban ocultando, uno a uno, detrás de Bill. Bill se limitaba a mantenerse erguido, pálido, aunque exteriormente tranquilo, con las manos bien escondidas en los bolsillos del vaquero tal vez para que nadie, ni siquiera el propio Bill, pudiera ver si temblaban... Nadie vio al payaso, salvo Eddie... aunque un bebé, que dormía apaciblemente en brazos de su madre, despertó con un llanto audible.

"¡Bastante daño habéis hecho ya! -vociferó la madre de Eddie-. ¡Yo sé quiénes fueron esos chicos! Tienen problemas en la escuela y hasta con la policía. El hecho de que esos chicos estén enemistados con vosotros no es motivo para que se ensañen con Eddie. Se lo he dicho y él está de acuerdo. Me encargó que os dijese que os marchéis, que ha terminado con vosotros y no quiere veros nunca más. ¡No quiere saber nada más de esa supuesta amistad! ¡Con ninguno de vosotros! Ya sabía yo que lo meteríais en problemas, y aquí están los resultados: ¡mi Eddie en el hospital! Un chico tan delicado como él..."

El payaso dio otra vuelta en el aire, saltó y se irguió sobre las manos. Su sonrisa era bastante auténtica y en su sueño Eddie comprendió que eso era lo que el muy bastardo buscaba: una buena cuña para meter entre ellos, para separarlos y aniquilar cualquier posibilidad de acción concertada. En una especie de sucio éxtasis, dio un doble salto mortal y besó burlonamente la mejilla de la madre.

"E-e-esos chi-chicos que le hic ... ", comenzó Bill.

"¡No me contestes! -chilló la señora Kaspbrak-. ¡Cómo tienes el descaro de contestarme! ¡He dicho que Eddie no tiene nada más que ver con vosotros!"
Entonces entró un interno corriendo y dijo a la madre de Eddie que guardara silencio o tendría que marcharse. El payaso empezó a evaporarse y, en el proceso fue cambiando. Eddie vio al leproso, a la momia, al pájaro; vio al hombre-lobo y a un vampiro cuyos dientes eran hojas de afeitar dispuestas en ángulos curiosos, como espejos de feria; vio a Frankenstein, a la bestia y a una cosa parecida a una valva carnosa que se abría y se cerraba como una boca; vio diez o doce cosas más, o cien. Pero antes de que el payaso desapareciese por completo, vio lo más horrible de todo: la cara de su madre.
"¡No! -trató de gritar-. ¡No! ¡No! ¡Ella no! ¡Mamá no!"
Pero nadie se volvió, nadie lo oyó. Y en los últimos instantes de su sueño se dio cuenta, con un horror frío, lleno de gusanos, que no podían oírle. Él había muerto. "Eso" lo había matado. Estaba muerto. Era un fantasma.

6.

El agridulce triunfo de Sonia Kaspbrak, que había expulsado a los supuestos amigos de su hijo, se evaporó en cuanto pisó la habitación privada de Eddie, a la tarde siguiente, el 21 de julio. No habría podido decir exactamente por qué esa sensación de triunfo debía evaporarse así o por qué la reemplazaba un temor descentrado. Había algo en la pálida cara de su hijo que no estaba borrosa de dolor o aflicción; tenía, en cambio, una expresión que ella no recordaba haberle visto. Algo penetrante, alerta, decidido.
La confrontación entre los amigos y la madre de Eddie no se había producido en la sala de espera, como en el sueño de Eddie. Ella estaba segura de que irían esos "amigos" a visitarlo, y seguramente estaban enseñándole a fumar a pesar de su asma; esos "amigos" que lo dominaban de un modo insano, a tal punto que él no hablaba sino de ellos cuando llegaba a casa; esos "amigos" que le habían hecho fracturar un brazo. Había contado todo eso a la señora Van Prett, su vecina.
--Ha llegado el momento -dijo, ceñuda- de poner las cartas sobre la mesa.
La señora Van Prett, que tenía un cutis horrible y siempre estaba dispuesta a asentir ansiosa, casi patéticamente, a cuanto Sonia dijese, en ese caso había tenido la temeridad de estar en desacuerdo.
--Más bien debería alegrarse de que ese chico haya hecho algunos amigos -le dijo, mientras tendían la ropa lavada, en el fresco del amanecer, antes de salir a trabajar (eso había sido durante la primera semana de julio). Está más seguro con otros chicos, señora Kaspbrak, ¿no le parece? Con todo lo que está pasando en la ciudad y todos esos pobrecillos asesinados...
La única respuesta de la señora Kaspbrak había sido un resoplido furioso; en realidad no se le había ocurrido ninguna respuesta adecuada, aunque más tarde pensó diez o doce, algunas extremadamente cortantes. Cuando la señora Van Prett pasó a verla, esa noche, bastante preocupada, para saber si Sonia la acompañaría al mercado, como de costumbre, ella le había respondido que prefería quedarse en casa a descansar.

Bueno, era de esperar que la Van Prett estuviese satisfecha. Ahora se daría cuenta de que ese maniático sexual que mataba a los niños no era el único peligro en Derry, ese verano. Allí estaba su hijo, en su lecho de dolor, que tal vez no pudiese volver a utilizar el brazo derecho; ella había sabido de casos así, y a veces, Dios no lo quisiera, alguna astilla suelta de la fractura entraba en la corriente sanguínea, llegaba al corazón y lo perforaba. Oh, por supuesto que Dios no pemitiría semejante cosa, pero ella había sabido de casos así y eso significaba que Dios podía permitir que pasaran esas cosas. En algunos casos.

Por eso se quedó en el largo y sombreado porche delantero del hospital, segura de que ellos se presentarían, fríamente decidida a poner fin a esa supuesta "amistad", esa camaradería que terminaba con brazos fracturados y lechos de dolor, de una vez por todas.

Al fin vinieron, tal como ella esperaba. Descubrió, con horror, que uno de ellos era un negro. Claro que ella no tenía nada contra los negros; los negros tenían todo el derecho de ir donde quisieran, en los autobuses del Sur y de comer en los restaurantes de blancos y no había que obligarlos a sentarse en butacas separadas en los cines, a menos que molestaran a

("las mujeres blancas")

la gente blanca. Pero también creía con firmeza en lo que ella denominaba "teoría de los pájaros": los mirlos volaban con otros mirlos, no con los petirrojos. Los grajos anidaban con otros grajos y no se mezclaban con los ruiseñores o las alondras. A cada uno lo suyo, era su lema. Cuando vio a Mike Hanlon, que se acercaba pedaleando entre los otros, como si estuviese en su sitio, su resolución creció, junto con la furia y el horror. Pensó como si Eddie estuviese allí y pudiera escucharla: "No me habías dicho que uno de tus amigos era "negro"."

Bueno, pensó veinte minutos después, al entrar en la habitación del hospital donde yacía su hijo con el brazo metido en un yeso enorme atado al pecho (se le encogía el corazón con solo mirarlo), los había echado de allí bien pronto. Y ninguno de ellos, excepto el chico de Denbrough, el de la tartamudez, había tenido el valor de contestarle. La chica, fuera quien fuese, le había clavado una mirada brillante, con esos ojos de jade, decididamente callejeros (seguro que vivía en la parte baja de Main Street o en algún lugar todavía peor), pero había tenido la prudencia de no abrir la boca. Si se hubiese atrevido siquiera a decir "ay", Sonia le habría dicho qué clase de chicas juegan con los varones. Y no quería que su hijo tuviese nada que ver con ese tipo de chicas.

Los otros se habían limitado a mirarse los zapatos. Era lo que cabía esperar. Cuando ella terminó de hablar, todos subieron a las bicicletas y se marcharon. El chico Denbrough llevaba al tal Tozier en el cestillo de una bicicleta enorme, de aspecto peligroso. La señora Kaspbrak se estremeció preguntándose cuántas veces habría ido su propio Eddie en ese artefacto, arriesgando los huesos y la vida.

"Lo hice por ti, Eddie -pensó, mientras entraba en el hospital con la cabeza erguida-. Te sentirás algo desilusionado, al principio. Es natural. Pero los padres saben más que sus hijos. Si dios hizo a los padres fue para que guiasen, instruyesen... y protegiesen." Después de la primera desilusión, él comprendería. Y el alivio que ella experimentaba era, por supuesto, por Eddie y no por ella. Cabía sentirse aliviada cuando una salvaba a su hijo de las malas compañias.

Sólo que al entrar, su alivió se trocó en nuevas inquietudes con sólo ver la cara de Eddie. No estaba durmiendo, como ella esperaba. En vez de una somnolencia de drogas, de la que despertaría desorientado, aturdido y psicológicamente vulnerable, lucía una expresión alerta, vigilante, muy distinta de su mirada suave y vacilante de costumbre. Aunque Sonia no lo sabía, Eddie, como Ben Hanscom, era del tipo de niños que mira rápidamente a la cara, como para saber qué emociones se están gestando allí y aparta la vista de inmediato. Pero ahora la miraba con insistencia ("Tal vez sea por los medicamentos -Pensó-, seguro que es eso; tendré que consultar al doctor Handor sobre sus medicamentos"), y fue ella quien se vio obligada a apartar la vista. "Es como si me estuviese esperando", pensó. Ese pensamiento habría debido hacerla feliz, pues un niño que espera a su madre ha de ser una de las creaciones favoritas del Señor.

--Has echado a mis amigos.

Las palabras surgieron inexpresivas y firmes.

Ella se echó atrás, casi culpable. Por cierto, la primera idea que le cruzó por la mente fue de culpabilidad: "¿Cómo lo sabe? ¡No puede estar enterado!" Inmediatamente se puso furiosa consigo misma (y con él) por pensar así. Así que le sonrió.

--¿Cómo nos sentimos hoy, Eddie?

Ésa era la reacción correcta. Alguien, algún tonto, tal vez esa enfermera incompetente y antipática del día anterior, había ido con el cuento. Alguien.

--¿Cómo nos sentimos? -preguntó otra vez al no obtener respuesta.

Pensó que el chico no la había oído. En ninguno de sus libros de medicina había leído que un hueso fracturado afectase al oído, pero era posible. Cualquier cosa era posible.

Eddie siguió sin responder.

La madre entró un poco más en la habitación detestando esa sensación tímida de su interior, desconfiando de ella, porque nunca se había sentido tímida ni vacilante junto a Eddie. También sintió enfado, aunque apenas naciente. ¿Qué derecho tenía su hijo a hacerla sentir así, después de todo lo que se había sacrificado por él?

--Estuve hablando con el doctor Handor y él me asegura que vas a quedar perfectamente bien -dijo Sonia, sentándose en una silla junto a la cama-. Claro que, si se presenta el menor problema iremos a ver a un especialista de Portland. Hasta de Boston, si hace falta.

Sonrió, como si otorgase un gran favor. Eddie no le devolvió la sonrisa. Y seguía sin responder.

--¿Me oyes, Eddie?

--Has echado a mis amigos -repitió él.

--Sí reconoció ella finalmente. También dos podían jugar a aquel juego. Le devolvió la mirada.

Pero entonces ocurrió algo terrible: los ojos de Eddie parecieron crecer... Las motas grises de su iris parecían moverse, como nubes de tormenta. Sonia cobró súbita conciencia de que el chico no estaba encaprichado ni con un berrinche ni nada de eso. Estaba furioso con ella... y Sonia, de pronto, tuvo miedo, porque en esa habitación parecía haber algo más, aparte de su hijo. Bajó la vista y abrió torpemente su bolso en busca de un pañuelo.

--Sí, los eché -dijo. Descubrió que su voz sonaba fuerte y decidida... mientras no lo mirara-. Has sufrido una herida grave, Eddie. No necesitas visitas, descontando la de tu madre. Y no necesitas visitas como ellos en tu vida. Si no hubiese sido por ellos ahora estarías en casa viendo televisión o construyendo tu coche de cartón en el garaje.

El sueño de Eddie era construir un coche de cartón y llevarlo a Bangor. Si ganaba, le concederían un viaje con todos los gastos pagados a Akron, Ohio, para el Derby Nacional de esos vehículos construidos con cajas de naranja. Sonia estaba dispuesta a dejarlo seguir adelante con ese sueño, siempre y cuando le pareciese que la realización de ese coche era sólo eso: un sueño. Ciertamente, no tenía intenciones de permitir que Eddie arriesgara la vida en un artefacto tan peligroso, ni en Derry ni en Bangor ni en Akron. Pero, tal como su propia madre había dicho tantas veces, lo que se ignora no hace daño. (Su madre también había tenido por costumbre repetir: "Hay que decir la verdad a cualquier costo", pero tratándose de recordar aforismos, Sonia, como casi todo el mundo, seleccionaba mucho.)

--No fueron mis amigos los que me rompieron el brazo -dijo Eddie con la misma voz inexpresiva-. Anoche se lo dije al doctor Handor y esta mañana al señor Nell. El que me rompió el brazo fue Henry Bowers. Había otros chicos con él, pero fue Henry. Si yo hubiese estado con mis amigos no me habría pasado nada. Me pasó esto por estar solo.

Eso recordó a Sonia el comentario de la señora Van Prett sobre la conveniencia de tener amigos y montó en cólera. Levantó bruscamente la cabeza.

--¡Eso no interesa y tú lo sabes muy bien! ¿Acaso crees que tu madre nació ayer? Sé muy bien por qué ese chico Bowers te rompió el brazo. Ese policía irlandés estuvo también en casa. Ese matón te rompió el brazo porque tú y tus "amigos" se lo buscaron. ¿Y crees que eso habría pasado si me hubieses hecho caso cuando te dije que no te tratases con ellos?

--No. Creo que habría pasado algo peor -dijo Eddie.

--¿Bromeas?

--Estoy hablando en serio. -Sonia sintió que de su hijo surgían oleadas de potencia-. Bill y mis amigos van a volver, mamá. Estoy seguro. Y cuando vuelvan, tú no vas a echarlos. No vas a decirles ni una palabra. Son mis amigos y no vas a robarme a mis amigos sólo porque te dé miedo quedarte sola.

Ella lo miró fijamente. Los ojos se le llenaron de lágrimas que le cayeron por las mejillas mojando el polvo que las cubría.

--Conque ahora le hablas así a tu madre -observó, entre sollozos-. Supongo que así les hablan tus "amigos" a sus padres. Supongo que lo aprendiste de ellos.

Se sentía a salvo en las lágrimas. Habitualmente, cuando ella lloraba, Eddie lloraba también. Era una treta sucia, tal vez, pero ¿había tretas sucias cuando se trataba de proteger a un hijo? difícilmente.

Levantó la vista bañada en lágrimas sintiéndose triste y traicionada. Eddie no podría resistir ese torrente de lágrimas y pesar. Su cara perdería esa expresión fría y alerta. Tal vez su respiración comenzara a silbar un poquito, segura de que la lucha había terminado y de que ella había conseguido otra victoria... por él, por supuesto. Todo por él.

La horrorizó tanto ver la misma expresión en su rostro -en todo caso, se había acentuado- que su voz se cortó en medio de un sollozo. Había tristeza bajo su expresión, pero hasta aquello atemorizaba: parecía una tristeza adulta. Y el imaginar a Eddie como adulto le hacía aletear un pajarito de pánico dentro de la mente. Así se sentía en las raras ocasiones en que se preguntaba qué sería de ella si Eddie no quería ir a la Escuela de Comercio de Derry o a la Universidad de Maine, de modo que pudiese volver a casa todos los días después de clases. ¿Qué pasarla si se enamoraba de una chica y quería casarse? "¿Qué lugar tengo yo en todo eso? -gritaba la aterrorizada voz de pájaro, cuando se le ocurrían esos pensamientos extraños, casi de pesadilla-. ¿Cuál sería mi lugar en una vida así? ¡Te amo, Eddie, te amo! Te amo y te cuido. Tú no sabes cocinar, cambiar las sábanas ni lavar la ropa. ¿Para qué, si yo hago todo eso por ti? ¡Lo hago porque te amo!"

Y él le dijo:

--Te quiero, mamá. Pero también quiero a mis amigos. Y creo... creo que estás llorando a propósito.

--Cómo me haces sufrir, Eddie -susurró ella.

Y las lágrimas anegaron su rostro. Si sus lágrimas de un momento antes habían sido calculadas, ésas no lo eran. A su modo, peculiarmente, ella era dura; había acompañado a su marido a la tumba sin derrumbarse; había conseguido empleo a pesar de la Depresión, había criado a su hijo y, cuando fue preciso, también luchó por él. Y ésas eran las primeras lágrimas totalmente involuntarias, no calculadas, que vertía en muchos años, tal vez desde que Eddie había enfermado de bronquitis, a los cinco, haciéndole temer lo peor. Ahora lloraba por esa expresión terriblemente adulta, alienada, de su rostro. Tenía miedo por él, pero también, de algún modo, tenía miedo de él. La asustaba esa aura que parecía rodearlo, que parecía exigirle algo.

--No me obligues a elegir entre tú y mis amigos, mamá -dijo Eddie. Su voz era tensa pero dominada-. No sería justo.

--¡Es que son malos amigos, Eddie! -exclamó ella, casi frenética-. ¡Lo sé y lo siento con todo mi corazón! ¡No te darán más que dolores y pesares!

Lo más horrible era que, en verdad, eso era lo que sentía; una parte de ella lo intuía en los ojos del chico Denbrough que la había mirado con las manos en los bolsillos, centelleante el pelo rojo bajo el sol de verano. Sus ojos eran tan serios, extraños y distantes... como los de Eddie en ese momento.

¿Y no había visto en torno de él la misma aura que ahora lucía Eddie? ¿La misma, pero más fuerte? Pensó que sí.

--Mamá...

Se levantó tan deprisa que estuvo a punto de tumbar la silla.

--Volveré al anochecer -dijo-. Es el "shock", el accidente y el dolor lo que te hace hablar así. Lo sé. Estás... estás... -A tientas, encontró el texto original en la confusión de su mente-: Has tenido un mal accidente pero te vas a poner bien. Y entonces te darás cuenta de que tengo razón, Eddie. Son malos amigos. No son como nosotros. No te convienen. Piénsalo bien y pregúntate si alguna vez tu madre te ha dado un mal consejo. Piénsalo y...

"¡Estoy huyendo! -pensó, con dolorido espanto-. ¡Estoy huyendo de mi propio hijo! Oh, Dios, por favor, no lo permitas..."

--Mamá.
Por un momento estuvo a punto de huir. Sentía a los otros en él: a sus "amigos" y a algo más, algo que estaba aún más allá de ellos. Y tuvo miedo de que eso le lanzara un destello. Era como si su hijo estuviese poseído por algo, por una fiebre espantosa, como había ocurrido con la bronquitis a los cinco años.
Hizo una pausa con la mano en el pomo de la puerta. No quería escuchar lo que él iba a decirle. Y cuando el chico lo dijo fue tan inesperado que ella tardó un momento en comprender. La comprensión cayó como un saco de cemento. Por un instante temió desmayarse.
Eddie dijo:
--El señor Keene dijo que mi medicamento para el asma es sólo agua.
--¿Qué...? -Sonia volvió los ojos flamígeros hacia él.
--Sólo agua. Con un agregado para darle gusto a medicina. Dijo que era un pla-ce-bo.
--¡Qué dices! ¡Eso es una absoluta mentira! No me explico por qué te ha dicho semejante mentira. Pero hay otras farmacias en Derry. Y voy a...
--He tenido tiempo de pensarlo -continuó Eddie, suave e implacable, sin dejar de mirarla a los ojos-, y creo que ha dicho la verdad.
--¡Te digo que no, Eddie! -El pánico había vuelto, aleteando.
--Creo que es verdad. De lo contrario habría alguna advertencia en el frasco. Algo como que es peligroso tomar demasiado. Aunque...
--¡Eddie, no quiero oír una palabra más! -dijo ella, tapándose los oídos con las manos-. No estás... no estás normal y eso es todo.
--Aunque sea algo que se puede comprar sin receta, siempre le ponen instrucciones -prosiguió él, sin levantar la voz. Posó en ella sus ojos grises y Sonia no pudo apartar la vista-. Hasta cuando se trata del jarabe para la tos... o de tu Geritol.
Hizo una pausa. Sonia dejó caer las manos; era demasiado esfuerzo mantenerlas sobre las orejas. Parecían muy pesadas.
--Y se me ocurre... que tú lo sabías, mamá.
--¡Eddie! -Fue casi un gemido.
--Porque -prosiguió él, como si ella no hubiese abierto la boca, concentrado en el problema, con el entrecejo fruncido-, porque vosotros, los padres, tenéis que saber de medicamentos. Utilizo ese inhalador cinco o seis veces al día. Y tú no me permitirías utilizarlo tanto si pensaras que podría... hacerme daño. Porque tu misión es protegerme, como siempre dices. Entonces... ¿lo sabías, mamá? ¿Sabías que era sólo agua?
Ella no dijo nada. Le temblaban los labios. Sintió que toda su cara temblaba. Ya no lloraba. Se sentía demasiado asustada como para llorar.
--Porque si lo sabías -prosiguió Eddie, siempre con el entrecejo fruncido-, no me explico que mi madre quisiera hacerme creer que el agua era medicamento... o que yo tenía asma aquí -se señaló el pecho-, cuando el señor Keene dice que sólo tengo asma aquí. -Y se señaló la cabeza.
Ella pensó explicárselo todo. Se lo explicaría con tranquilidad y lógica. Su miedo de que él muriera, a los cinco años, que casi la había vuelto loca, porque había perdido a Frank sólo dos años antes. Su idea de que sólo se podía proteger a un hijo vigilándolo y amándolo, atendiéndolo como se atiende un jardín, fertilizando,

sacando las hierbas y, a veces, podando, por mucho que doliera. Le diría que a veces era mejor para un niño (sobre todo tratándose de un niño delicado como Eddie) pensar que estaba enfermo en vez de ponerse enfermo de verdad. Y concluiría hablándole de la estupidez de los médicos y del maravilloso poder del amor; le diría que él tenía asma y que ella lo sabía, sin importar lo que opinaran los médicos ni lo que le dieran para eso. Le diría que se podía hacer medicamentos con algo más que las sustancias de un farmacéutico malicioso. "Eso es medicamento -le diría-, porque el amor de tu madre lo convierte en medicina. Es un poder que Dios da a las madres amantes y abnegadas. Por favor, Eddie, cariño, amor mío, debes creerme."

Al final no dijo nada. Su miedo era demasiado grande.

--Pero tal vez no haga falta que hablemos de esto -siguió Eddie-. El señor Keene puede haber estado bromeando. A veces los mayores... ya sabes, gustan de hacer bromas a los niños. Porque los chicos nos creemos casi cualquier cosa. Es cruel hacernos eso, pero a veces los grandes nos lo hacen.

--Sí -dijo Sonia Kaspbrak, ansiosa-. A muchos les gusta bromear y a veces se portan como estúpidos... crueles... y... y...

--Así que voy a seguir esperando a Bill y a mis amigos -dijo Eddie-, y seguiré usando mi medicamento para el asma. Me parece lo correcto, ¿no?

Sólo entonces, siendo ya demasiado, tarde, ella comprendió lo cruelmente que había caído en la trampa. Lo que él estaba haciendo era, casi extorsión, pero ¿qué alternativa cabía? Quiso preguntarle cómo podía ser tan calculador, tan dado a la manipulación. Abrió la boca para preguntarlo... y la cerró otra vez. Con toda probabilidad, con ese humor él podía contestarle.

Pero ella sabía una cosa, sí, una cosa era segura: jamás volvería a poner un pie en la farmacia del entrometido Parker Keene.

La voz de Eddie, ya extrañamente tímida, interrumpió sus pensamientos:

--¿Mamá?

Ella lo abrazó, con cuidado de no dañarle el brazo fracturado, y Eddie le devolvió el abrazo.

7.

Por lo que a Eddie concernía, su madre se fue justo a tiempo. Durante la horrible confrontación con ella había sentido que el aliento se le acumulaba en los pulmones y en la garganta, amenazando con envenenarlo.

Resistió hasta que la puerta se hubo cerrado tras ella; entonces empezó a jadear. El aire agrio subía y bajaba por su garganta cerrada como un fuelle caliente. Echó mano de su inhalador; eso le hizo doler el brazo, pero no le importó. Lanzó una buena ráfaga hacia su garganta y aspiró profundamente el sabor a alcanfor, pensando: "¿Qué importa que sea un pla-ce-bo? Las palabras no tienen importancia si el asunto funciona."

Se dejó caer sobre las almohadas, con los ojos cerrados, respirando libremente por primera vez desde que ella había entrado. Estaba asustado, muy asustado. Las cosas que le había dicho, el modo en que había actuado... tenía la impresión de no haber sido él mismo, como si una fuerza obrase a través de él... Y su madre

también la había sentido; él lo había visto en sus ojos y en sus labios estremecidos. Nada le decía que esa potencia fuera maligna, pero su enorme fuerza lo asustaba. Era como subir a un juego de feria realmente peligroso y darse cuenta de que uno no podía bajar hasta que todo terminara, pasara lo que pasara.

"No podemos echarnos atrás -pensó Eddie, sintiendo el peso caliente del yeso que le envolvía el brazo roto-. Nadie volverá a su casa hasta que, esto termine. Estoy asustado. -Y comprendió que el verdadero motivo por el que no se había dejado separar de sus amigos era algo que jamás habría podido decir a su madre-: No puedo enfrentarme solo a esto."

Luego sollozó un poco y se dejó caer en un sueño inquieto. Soñó con una oscuridad en la que funcionaba una maquinaria, una maquinaria de bombeo.

8.

Esa noche, cuando Bill y el resto de los Perdedores, volvieron al hospital, amenazaba lluvia. Eddie no se sorprendió al verlos entrar. Estaba seguro de que volverían.

Había hecho calor durante todo el día. Más adelante, todos estarían de acuerdo en que esa tercera semana de julio había sido la más calurosa de un verano excepcionalmente cálido. Las nubes de tormenta empezaron a acumularse a eso de las cuatro, purpúreas y colosales, preñadas de lluvia, cargadas de rayos. La gente hacía sus recados a paso rápido, con cierta intranquilidad, con un ojo puesto en el cielo. Casi todos decían que llovería a cántaros a la hora de la cena, lavando parte de la densa humedad del ambiente. Los parques y plazas de Derry, poco poblados durante todo el verano, quedaron totalmente desiertos alrededor de las seis. La lluvia se demoraba; los columpios pendían, inmóviles y sin sombra, en una luz extrañamente amarilla. Los truenos resonaban, gruesos; eso, el ladrido de un perro y el grave murmullo del tráfico en Main Street eran los únicos ruidos que llegaban por la ventana de Eddie. Hasta que aparecieron los Perdedores.

Bill fue el primero, seguido de Richie. Beverly y Stan entraron después; luego, Mike. Ben fue el último, incómodo con su jersey blanco de cuello alto.

Se acercaron a su cama con aire solemne. Ni siquiera Richie sonreía. "Las caras -pensó Eddie, fascinado. ¡Por el amor de Dios, esas caras! "

Veía en ellos lo que su madre había visto en él esa misma tarde. Una extraña combinación de poder y desolación. La luz amarilla de la tormenta les daba un aspecto fantasmal, distante, sombrío.

"Estamos pasando -pensó Eddie-. Pasamos a algo nuevo; estamos en la frontera. Pero ¿qué hay al otro lado? ¿Adónde vamos? ¿Adónde?"

--Ho-o-ola, E-e-edie -dijo Bill-. ¿C-c-cómo estás?

--Muy bien, Gran Bill -le respondió tratando de sonreír.

--Menudo día ayer -comentó Mike.

Detrás de su voz resonaban los truenos. Ni el velador ni la lámpara del cielo raso estaban encendidas y todos parecían desvanecerse y volver a aparecer en esa luz morada. Eddie imaginó esa misma luz cayendo sobre todo Derry, en el parque McCarron, entrando por los agujeros del techo del Puente de los Besos, dando al Kenduskeag un aspecto de vidrio empañado. Pensó en los columpios que

permanecían inmóviles, detrás de la escuela, mientras las nubes se amontonaban, cada vez más altas. Pensó en esa luz amarilla y atronadora y en el silencio, como si toda la ciudad estuviese dormida... o muerta.
--Sí -dijo-, menudo día.
--M-m-mis vi-viejos irán al ci-cicine p-p-pasado ma-mañana por la nnnoche -dijo Bill-. C-c-cambia la p-p-programación. Entttonces aprovecharemos p-p-para ha-a-acer los b-b-b...
--Balines de plata -dijo Richie.
--¿Pero no íbamos...?
Es mejor así -dijo Ben-. Sigo creyendo que podríamos haber hecho balas, pero no basta con creer. Si fuésemos adultos... entonces...
--Oh, sí, el mundo sería una joya si fuésemos adultos -comentó Beverly-. Los adultos pueden hacer lo que les da la gana, ¿no? Cualquier cosa, y siempre sale bien. -Emitió una risa nerviosa-. Bill quiere que yo dispare contra "Eso". ¿Te lo imaginas, Eddie? Yo, campeona de tiro al blanco,
--No sé de qué estáis hablando -dijo Eddie.
Pero tenía la impresión de saberlo. Al menos, se estaba haciendo una idea. Ben se lo explicó. Fundirían uno de sus dólares de plata para hacer dos balines, algo más pequeños que cojinetes. Y después, si de veras había un hombre-lobo en el 29 de Neibolt Street, Beverly le plantaría un balín de plata en la cabeza con el tirachinas de Bill. Adiós, hombre-lobo. Y si acertaban en cuanto a que se trataba de un único monstruo con muchas caras, adiós, "Eso".
La cara de Eddie debió tomar alguna expresión, porque Richie se echó a reír con un gesto de asentimiento.
--Ya imagino lo que sientes, tío. Yo también tuve la impresión de que Bill había perdido la chaveta cuando empezó a hablar de usar el tirachinas y no la pistola de su padre. Pero esta tarde... -Se interrumpió para carraspear. Lo que estaba por decir era: "Esta tarde, después de que tu madre nos echó..." Eso, obviamente, no servía-. Esta tarde fuimos al vertedero y Bill llevó su Bullseye. Mira. -Sacó del bolsillo una lata achatada que había contenido trozos de piña. En el medio tenía un agujero mellado, de cinco centímetros de diámetro-. Esto lo hizo Beverly con una piedra, desde seis metros de distancia. A mi modo de ver, es como un disparo de calibre 38. Bocazas está convencido. Y cuando Bocazas está convencido, no hay más que hablar.
--Una cosa es matar latas -dijo Beverly-, y otra son... las cosas vivas. Tendrías qué -hacerlo tú, Bill. De veras.
--N-no -dijo Bill-. Pro-probamos todos. Y v-v-viste có-cómo re-resultttó...
--¿Cómo? -quiso saber Eddie.
Bill lo explicó, lenta y entrecortadamente, mientras Beverly miraba por la ventana, con los labios blancos de tan apretados. Por motivos que no podía explicarse, sentía algo más que miedo: estaba profundamente avergonzada por lo ocurrido ese día. Camino del hospital había insistido en que tratasen de hacer las balas, no porque estuviese más segura que Bill o Richie del resultado que podían dar llegado el momento, sino porque, si algo pasaba en aquella casa, el arma estaría en manos de
("Bill")
otro.

Pero contra los hechos no se podía discutir. Cada uno de ellos había tomado diez piedras que arrojó con la Bullseye contra diez latas puestas a seis metros de distancia. Richie había acertado a una de las diez; Ben, a dos; Bill, a cuatro; Mike, a cinco.

Beverly, disparando casi como al azar, como si no tomase puntería, había derribado nueve de las diez latas acertándole directamente en el centro.

--P-pp-pero pri-primero ha-a-ay que ha-hacer los ba-ba-balines.

--¿Pasado mañana por la noche? Para entonces ya habré salido de aquí -dijo Eddie.

Su madre protestaría ante la idea... pero no protestaría mucho después de lo ocurrido esa tarde.

--¿Te duele el brazo? -preguntó Beverly.

Llevaba un vestido rosa (no el mismo que él había visto en su sueño; tal vez se lo había cambiado después de ser echada por su madre), al que había aplicado flores pequeñas. Y medias de seda o nylon; se la veía muy adulta pero también muy infantil, como a una niña que jugase a vestirse de gala. Su expresión era soñadora y distante. Eddie pensó: "Apostaría a que es así cuando duerme."

--No mucho -dijo.

Hablaron un rato intercalando sus voces con los truenos. Eddie no les preguntó qué había pasado más temprano, esa tarde, y ninguno de ellos lo mencionó. Richie sacó su yo-yo, lo lanzó un par de veces y volvió a guardarlo.

La conversación decayó. En una de las pausas se produjo un breve chasquido que desvió la atención de Eddie. Bill tenía algo en la mano y por un momento el paciente sintió que el corazón se le aceleraba, alarmado. Por ese breve instante pensó que se trataba de una navaja. Pero cuando Stan encendió la luz del cielo raso, dispersando la penumbra, vio que sólo se trataba de un bolígrafo. bajo aquella luz, todos volvían a parecer naturales, reales, simplemente sus amigos.

--Se me ocurrió que debíamos firmarte el yeso -dijo Bill.

"Pero no se trata de eso -pensó el chico de pronto, con súbita y alarmante claridad-. Es un contrato, Gran Bill, ¿verdad? O lo más parecido a un contrato que haremos jamás." Sintió miedo... y después vergüenza y enfado contra sí mismo. Si se hubiese roto el brazo antes del verano, ¿quién le habría firmado el yeso? ¿Quién, aparte de su madre y, quizá, el doctor Handor? ¿Las tías de haven?

Ellos eran sus amigos y su madre se equivocaba: no eran malos amigos. "Tal vez-pensó- no existen los buenos y los malos amigos; tal vez sólo hay amigos, gente que nos apoya cuando sufrimos y que nos ayuda a no sentirnos tan solos. Tal vez siempre vale la pena sentir miedo por ellos, y esperanzas, y vivir por ellos. Tal vez también valga la pena morir por ellos, si así debe ser. No hay buenos amigos ni malos amigos, sólo personas con las que uno quiere estar, necesita estar; gente que ha construido su casa en nuestro corazón."

--Bueno -dijo, algo ronco-, eso sería estupendo, Gran Bill.

Bill se inclinó solemnemente sobre la cama para escribir su nombre en el gran yeso que envolvía el brazo roto de Eddie con letras grandes e inclinadas. Richie firmó con un ademán florido. La letra de Ben era estrecha e inclinada hacia atrás; cada una parecía a punto de caer al menor empujón. Mike Hanlon firmó con trazos grandes y torpes porque era zurdo y el ángulo no le favorecía; puso su nombre sobre el codo de Eddie y lo envolvió con un círculo. Cuando Beverly se inclinó

sobre la cama, Eddie percibió un perfume floral y ligero. Ella firmó con caligrafía redondeada, según el método Palmer. Stan fue el último; sus letras eran pequeñas y apretadas; dejó su nombre junto a la muñeca de Eddie.

Después, todos dieron un paso atrás, como si tomaran conciencia de lo que habían hecho. Fuera, el trueno volvió a murmurar densamente. Un relámpago bañó la fachada de madera con una luz breve y tartamudeante.

--¿Listo? -preguntó Eddie.

Bill asintió.

--V-v-ven a mi ca-ca-casa de-después de cenar, p-p-p-pasado mañ-ñana, si pupu-puedes, ¿eh?

Eddie asintió.

Hubo otro período de conversaciones inconexas, casi desarrolladas al azar. Una parte se la llevó el asunto que concitaba la atención de Derry en ese mes de julio: el juicio a Richard Macklin por el asesinato de su hijastro Dorsey y la desaparición de Eddie Corcoran, el hermano mayor del pequeño difunto. Macklin tardaría aún dos días en derrumbarse y confesar, llorando, en el banquillo de los testigos. Pero los Perdedores estaban de acuerdo en que ese hombre no tenía relación con la desaparición del chico: probablemente éste había huido... o "Eso" se había encargado de él.

El grupo se retiró a eso de las siete menos cuarto. La lluvia aún no había caído. Continuó amenazando hasta mucho después de que la madre de Eddie hiciera su segunda visita (se fue horrorizada por las firmas del yeso y aún más horrorizada por la decisión de su hijo de abandonar el hospital al día siguiente); ella había imaginado una semana o más de absoluto reposo para que los extremos de la fractura pudieran "asentarse", según dijo.

Por fin, las nubes de tormenta se abrieron con el viento. No había caído una sola gota sobre Derry. La humedad siguió elevada; esa noche la gente durmió en porches, prados y sacos de dormir puestos en los sembrados de las granjas.

La lluvia cayó al día siguiente, poco después de que Beverly viera algo terrible de lo cual fue víctima Patrick Hockstetter.

XVII. Otro de los desaparecidos: La muerte de Patrick Hockstetter.

1.

Al terminar, Eddie se sirve otra copa con pulso tembloroso. Mira a Beverly y dice:

--Tú viste a Eso, ¿verdad? Lo viste coger a Patrick Hockstetter, el día después de que todos me firmaron el yeso.

Los otros se inclinan hacia adelante.

Beverly se echa el pelo hacia atrás, en una nube rojiza. Su rostro luce extraordinariamente pálido. Saca a tientas otro cigarrillo del paquete, el último, y acciona su encendedor. Parece incapaz de guiar la llama hasta la punta del cigarrillo. Al cabo de un momento, Bill le sujeta la muñeca con firmeza y aplica la llama al lugar debido. Beverly le dirige una mirada agradecida y exhala una nube de humo azul grisáceo.

--Sí -dice-. Aquello ocurrió ante mi vista.
Y se estremece.
--Él estaba lo-lo-loco -dice Bill.
Y piensa: "El solo hecho de que Henry fuese con un chiflado como Patrick Hockstetter al avanzar el verano es revelador. O Henry estaba perdiendo parte de su encanto, de su atractivo, o su propia demencia había progresado tanto que el chico Hockstetter le parecía normal. Ambas cosas llevan a lo mismo: la creciente... degeneración de Henry. ¿Sirve esa palabra? Sí, teniendo en cuenta lo que le sucedió y dónde terminó. Hay otra cosa que apoya esa idea", se dice Bill, pero todavía la recuerda apenas vagamente. Él, Richie y Beverly bajaron al local de Tracker Hermanos a principios de agosto; los cursos de verano que habían mantenido a Henry más o menos lejos de ellos estaban a punto de terminar. ¿Y Victor Criss no había ido a hablarles? Sí, en efecto. Por entonces las cosas se acercaban rápidamente a su fin y Bill piensa que todos los chicos de Derry lo presentían; más que nadie, los Perdedores y el grupo de Henry. Pero eso había sido después.
--Oh, sí, en eso tienes razón -dice Beverly-. Patrick Hockstetter estaba chiflado. Ninguna de las chicas quería sentarse a su lado en la escuela. Una estaba tranquilamente sentada, haciendo sus tareas y de pronto sentía una mano... casi tan liviana como una pluma, pero caliente y sudorosa. Carnosa. -Traga saliva y su garganta emite un pequeño chasquido. Los otros la observan con solemnidad alrededor de la mesa-. Una la sentía en el costado o sobre el pecho. Claro que ninguna de nosotras tenía mucho pecho por aquel entonces. Pero a Patrick no parecía interesarle eso.... Una sentía ese... contacto y se apartaba con un movimiento brusco, volviéndose. Y allí estaba Patrick, sonriente, con sus grandes labios carnosos. Tenía una caja lápices...
--Llena de moscas -dice Richie bruscamente-. Ya sé. Las mataba con una regla grande, verde, y las guardaba en su caja de lápices. Hasta recuerdo cómo era esa caja: roja, con una tapa de plástico con ondas blancas que se abría deslizándose.
Eddie asiente.
--Una se apartaba. Y él, con una gran sonrisa, solía abrir la caja de lápices para que uno pudiese ver esas moscas muertas -prosigue Beverly-. Y lo peor, lo más horrible, era el modo en que sonreía, siempre sin decir nada. La señora Douglas lo sabía, porque Greta Bowie lo había delatado, y creo que también Sally Mueller dijo algo. Pero... creo que la señora Douglas también le tenía miedo.
Ben se mece hacia atrás, sobre las patas traseras de la silla, con las manos entrelazadas detrás del cuello. Beverly no puede creer que esté tan delgado.
--Estoy seguro de que tienes razón -dice él.
--¿Q-q-qué le p-pasó, Be-beverly? -pregunta Bill.
Ella vuelve a tragar saliva, tratando de luchar contra el poder de pesadilla de lo que vio aquel día, en Los Barrens. Iba con sus patines atados y colgados del cuello sintiendo todavía una punzada en la rodilla que se había golpeado al caer en el pasaje Saint Crispin, otra de las cortas calles arboladas que terminaban, sin salida, allí donde la tierra descendía -y desciendeabruptamente hacia Los Barrens. Recuerda (oh, qué claros y potentes son esos recuerdos cuando vienen) que llevaba puestos unos pantaloncitos cortos, demasiado cortos, en realidad, porque apenas le cubrían las bragas. En el último año transcurrido había cobrado mayor

conciencia de su cuerpo; en los últimos seis meses, mejor dicho, a medida que sus curvas se acentuaban y se tornaban más femeninas. Uno de los motivos de esa mayor consciencia era el espejo, por supuesto, pero no el principal; el principal era que su padre parecía más áspero, en los últimos tiempos; tendía más a abofetearla, hasta a pegarle con el puño. Parecía inquieto, casi enjaulado, y ella se ponía cada vez más nerviosa cuando lo tenía cerca. Era como si entre los dos provocasen, cierto olor, un olor que no existía cuando ella estaba sola en el apartamento, un olor que no había existido antes, antes de ese verano. Y cuando mamá no estaba todo era peor. Si había un olor, cierto olor, él también debía percibirlo, porque Bev lo veía cada vez menos; en parte, porque su grupo jugaba a los bolos en el verano; en parte, porque él estaba ayudando a su amigo Joe Tammerly a arreglar coches... Pero Beverly sospechaba que también era por ese olor, el que provocaban cuando estaban juntos, sin ninguna intención por parte de ellos, pero tan inevitable como el sudor en verano.

La imagen de los pájaros, cientos y miles de pájaros que descienden hacia los tejados, los cables telefónicos, las antenas de televisión, vuelve a interponerse.

--Y hiedra venenosa -dice en voz alta.

--¿Q-q-qué? -pregunta Bill.

--Algo sobre la hiedra venenosa -repite ella, mirándolo-. Pero era eso. Sólo parecía hiedra venenosa. ¿Mike...?

--No importa -dice Mike-. Ya lo recordarás. Cuéntanos la que recuerdes ahora, Bev.

"Recuerdo los pantalones cortos, azules -les diría-, y lo desteñidos que estaban; cómo me apretaban a la altura del trasero y las caderas. Tenía medio paquete de Lucky Strike en un bolsillo y el Bullseye en el otro..."

--¿Recuerdas el Bullseye? -pregunta a Richie. Todos asienten.

--Me lo dio Bill -prosigue ella-. Yo no quería, pero... él... -Sonríe a Bill débilmente-. Al Gran Bill no se le podía decir que no, eso era todo. Así que lo tomé. Y por eso estaba sola aquel día. Para practicar. Aún no creía tener valor para utilizarlo, llegado el caso. Pero... aquel día lo utilicé. Fue preciso. Maté a uno de ellos... a una parte de "Eso". Fue terrible. Aun ahora me cuesta pensar en eso. Y uno de los otros me atrapó. Mirad.

Levanta el brazo y lo vuelve para que todos puedan ver una cicatriz en el antebrazo. Parece producida por un objeto circular y caliente, del tamaño de un habano. Al mirarla, Mike Hanlon siente un escalofrío. Es una de las partes de la historia que, al igual que el involuntario diálogo íntimo de Eddie con Keene, ha sospechado sin tener confirmación.

--En cierto aspecto tenías razón, Richie -dice-. Ese Bullseye era un arma asesina. Me daba miedo, pero también me gustaba.

Richie ríe y le da una palmada en la espalda.

--Mierda, siempre lo supe, falda tonta -afirma.

--¿Sí? ¿De veras?

--Sí, de veras. Me lo decían tus ojos, Bevvie.

--Es que parecía un juguete, pero era de verdad. Con aquel tirachinas se podían abrir agujeros en las cosas.

--Y aquel día abriste un agujero en cierta cosa -musita Ben.

Ella asiente.

--Fue a Patrick a quien...
--¡No, por Dios! -exclama ella-. Fue al otro. Esperad. -Apaga su cigarrillo, bebe un sorbo y logra sosegarse un poco-. Yo había estado patinando. Me caí y me di un buen golpe. Entonces decidí bajar a Los Barrens para practicar. Primero fui al club, para ver si estabais allí. No había nadie. Sólo aquel olor a humo. ¿Recordáis lo que tardamos en sacar el olor?
Todos asienten, sonriendo.
--Nunca logramos sacarlo del todo -dice Ben.
--Luego eché a andar hacia el vertedero -prosigue ella-, porque allí era donde hacíamos las pruebas. Allí había muchas cosas para probar puntería. Hasta ratas. -Hace una pausa. Su frente se ha cubierto de una fina película de sudor-. En realidad yo quería tirar contra las ratas -dice, por fin-. Contra algo vivo. Contra las gaviotas, no; sabía que no podría matar a una gaviota. Pero una rata... Quería intentarlo.
"Me alegro de haber ido desde Kansas y no desde Old Cape, porque allí, en el terraplén del ferrocarril, no había dónde esconderse. Me habrían visto enseguida y sólo Dios sabe lo que habría pasado.
--¿Qui-qui-quiénes te habrían visto?
--Ellos. Henry Bowers, Victor Criss, Belch Huggins y Patrick Hockstetter. Estaban en el vertedero y...
De pronto los sorprende a todos con una risa de niña; sus mejillas enrojecen. Ríe hasta que los ojos se le llenan de lágrimas.
--Vamos, Bev -dice Richie-. Venga, cuéntanos el chiste.
--Oh, era un chiste, sí -reconoce ella-. Era un chiste, pero creo que me habrían matado si me hubiesen visto.
--¡Ahora me acuerdo! -exclama Ben, y él también se echa a reír-. Recuerdo que nos lo contaste.
Beverly, riendo, dice:
--Se habían bajado los pantalones y estaban tirándose pedos.
Hay un instante de silencio. Luego todos sueltan carcajadas. El sonido retumba en la biblioteca.
Mientras piensa cómo contarles la muerte de Patrick Hockstetter, lo primero que recuerda es el aspecto del vertedero cuando uno llegaba por Kansas Street; era como entrar en un extraño cinturón de asteroides. Había un camino de tierra, con huellas profundas (en realidad, era una carretera de la ciudad que hasta tenía nombre: Old Lyme), que iba desde Kansas hasta el vertedero, la única calle que llegaba a Los Barrens; la utilizaban los camiones recolectores de residuos. Beverly caminó cerca de Old Lyme, porque se había vuelto más cautelosa (como todos ellos, probablemente) desde la fractura sufrida por Eddie. Sobre todo, cuando estaba sola.
Avanzó por entre densas matas, esquivando un matorral de hiedra venenosa, cubierto de hojas aceitosas y rojizas, oliendo la podredumbre ahumada del vertedero, oyendo las gaviotas. A su izquierda, por ocasionales aperturas en el follaje, se veía Old Lyme.
Los otros la miran, esperando. Ella hurga en su paquete de cigarrillos y lo encuentra vacío. Richie le pasa uno de los suyos.
Ella lo enciende, mira alrededor y dice:

--Caminar hacia el vertedero desde Kansas era como

2.

entrar en un extraño cinturón de asteroides. El cinturón de basuroides. Al principio no había sino matorrales que brotaban del suelo esponjoso. De pronto, uno veía el primer basuroide: una lata oxidada o una botella de gaseosa, llena de bichos atraídos por los restos de la bebida. Después, un brillante destello de sol, despedido por un trozo de papel de aluminio que colgaba de un árbol. se podía ver algún somier (o tropezar con él, si uno no andaba con cuidado) o algún hueso llevado por algún perro para mascar hasta el aburrimiento.

El vertedero no era tan feo; por el contrario, tenía cierto interés, pensó Beverly. Lo horrible (lo que daba un poco de miedo) era el modo en que se había extendido, creando aquel cinturón de basuroides.

Ya estaba cerca. Los árboles eran más grandes, casi todos abetos, y los matorrales iban raleando. Las gaviotas graznaban con sus voces agudas y quejosas; el aire estaba denso con el olor a quemado.

De pronto, a la derecha de Beverly, inclinada contra la base de un árbol, apareció una herrumbrada nevera Amana. Beverly le echó un vistazo, recordando al policía que había ido a darles una charla en tercer grado. Les había dicho que algunas cosas echadas como las neveras, eran peligrosas; algunos niños solían meterse dentro para jugar al escondite, por ejemplo, y allí podían morir asfixiados. Aunque para qué iba una a esconderse en una mugrienta...

Se oyó un grito, tan cerca que le hizo dar un salto, seguido por risas. Beverly sonrió. Después de todo, estaban allí. Habían dejado la casita por el olor a humo y estaban allí, tal vez rompiendo botellas a pedradas o recogiendo desperdicios.

Empezó a apretar el paso olvidando la raspadura de su rodilla en su ansiedad por verlos... por verlo a él, el de pelo rojo tan parecido al suyo, por si le sonreía con esa sonrisa que tanto la emocionaba. Se sabía demasiado joven como para amar a un chico; a su edad no se podían tener sino "enamoramientos", pero aun así amaba a Bill. Y apretó el paso, balanceando los patines en el hombro, mientras la goma del Bullseye marcaba un ritmo suave contra su nalga izquierda.

Estuvo a punto de salirles al encuentro antes de darse cuenta de que no se trataba de su grupo, sino del de Bowers.

Salió de entre los matorrales. El lado más empinado del vertedero estaba a unos setenta metros de distancia; una centelleante avalancha de basura yacía contra la pendiente del foso de grava. A la izquierda estaba la topadora de Mandy Fazio. Mucho más cerca, frente a sí, vio varios coches abandonados. A finales de mes se los recogía para enviarlos a Portland como chatarra, pero ese día había diez o doce, algunos sin ruedas, otros de lado, uno o dos volcados sobre el techo, como perros muertos. Estaban dispuestos en dos hileras. Beverly caminó por el pasillo escarpado, sembrado de desechos, entre los viejos automóviles, como una novia "punk" de años futuros, preguntándose ociosamente si podría romper algún parabrisas con el Bullseye. Uno de los bolsillos del pantaloncito azul estaba abultado por las municiones que usaba para practicar.

Las voces y las risas provenían de cierto sitio, detrás de los coches abandonados y a la izquierda, en el borde del vertedero. Beverly caminó alrededor del último, un Studebaker al que le faltaba el motor. El grito de saludo murió en sus labios. La mano que había levantado para agitar pareció marchitarse.

Su primer azorado pensamiento fue: "Oh, por Dios, ¿por qué están desnudos?"

A eso siguió un medroso reconocimiento. Quedó petrificada frente al Studebaker, con la sombra pegada a los talones de sus zapatillas. Por un momento quedó totalmente a la vista de los gamberros; si cualquiera de los cuatro hubiese levantado la vista desde el círculo que formaban, así en cuclillas, no habría dejado de verla: una chica de estatura más que mediana, con un par de patines al hombro, boquiabierta, escarlata y sangrando por la rodilla.

Antes de volar a ocultarse tras el Studebaker vio que, después de todo, no estaban completamente desnudos; tenían puesta la camisa; se habían limitado a bajarse los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos como si tuvieran que hacer "caquita" (en su espanto, la mente de Beverly había recurrido al diminutivo eufemismo que utilizaba cuando apenas era más que un bebé). Pero ¿dónde se había visto que cuatro chicos hicieran "caquita" al mismo tiempo?

Ya fuera de la vista, su primera idea fue escapar, escapar cuanto antes. El corazón le palpitaba con fuerza y sentía los músculos pesados de adrenalina. Miró alrededor, fijándose en lo que no le había llamado la atención al llegar, segura de que aquellas voces pertenecían a sus amigos. La hilera de coches abandonados, a su izquierda, era bastante escasa; los automóviles no estaban puestos flanco contra flanco, como estarían una semana antes de que viniese el chatarrero. Había estado expuesta a la vista de los chicos varias veces, hasta llegar a donde estaba. Si retrocedía, quedaría expuesta otra vez, y entonces podrían verla.

Además, sentía una especie de curiosidad vergonzosa: ¿qué diablos estaban haciendo?

Con cautela, los espió por detrás del Studebaker.

Henry y Victor Criss estaban más o menos de cara a ella. Patrick Hockstetter, a la izquierda de Henry. Belch Huggins estaba de espaldas a ella. Beverly observó que su culo era extremadamente grande y velludo; una risita medio histérica le borboteó súbitamente en la garganta, como el gas en un vaso de soda. Tuvo que apretarse la boca con ambas manos y desaparecer otra vez detrás del Studebaker, luchando por contener la risa.

"Tienes que salir de aquí, Beverly. Si te atrapan..."

Volvió a mirar por entre los coches abandonados, aún cubriéndose la boca con las manos. El espacio libre tenía, tal vez, tres metros de ancho y estaba sembrado de latas, trocitos de vidrio y hierba dura. Si llegaba a hacer un solo ruido podían oírla... sobre todo si aflojaban la atención en lo que tan concentrados los tenía, fuese lo que fuese. Al pensar en lo despreocupada que había sido su caminata hasta allí, a la chica se le heló la sangre. Además...

¿Qué cuernos estaban haciendo?

Espió otra vez y vio mejor los detalles. A poca distancia había un montón de libros y papeles. Eso significaba que acababan de salir de las clases de recuperación. Y como Henry y Victor estaban de frente, pudo verles sus "cosas". Eran las primeras "cosas" que veía en su vida, descontando las fotografías de un librito sucio que Brenda Arrowsmith le había mostrado el año anterior; y en esas

ilustraciones no se veía demasiado. Bev observó que parecían tubitos colgados entre las piernas. El de Henry era pequeño y lampiño, pero Victor lo tenía bastante grande y rodeado de vello negro.

"Bill tiene una así", pensó. Y de pronto tuvo la sensación de que el cuerpo entero se le cubría de rubor; el calor la recorrió en una oleada que la dejó mareada, débil, casi enferma. En ese momento sintió algo muy parecido a lo que había experimentado Ben Hanscom el último día de clases al mirar su brazalete de tobillo que centelleaba al sol... pero él no había sufrido ese terror entremezclado.

Lanzó otra mirada atrás. El sendero entre los coches, que conducía al refugio de Los Barrens, parecía mucho más largo. Le dio miedo moverse. Si ellos sabían que ella había visto sus "cosas" probablemente le harían daño. "Mucho" daño.

Belch Huggins aulló de pronto, haciéndole dar un respingo. Henry chilló:

--¡Noventa centímetros! ¡En serio, Belch, eran -noventa centímetros! ¿No es cierto, Vic?

Vic asintió y todos rieron.

Beverly espió otra vez por detrás del Studebaker.

Patrick Hockstetter se había levantado a medias, de modo que tenía el culo casi metido bajo la cara de Henry. El otro tenía un objeto plateado y reluciente. Ella tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de un encendedor.

--¿No dijiste que tenías uno en marcha? -protestó Henry.

--Y lo tengo -aseguró Patrick-. Ya te diré cuándo... ¡Prepárate! ¡Ya viene! ¡Aho... ahora!

Henry abrió el encendedor. En ese momento se oyó el inconfundible ruido de un buen pedo. No había forma de equivocarse, porque Beverly lo oía con bastante frecuencia en su propia casa, sobre todo los sábados por la noche, después de las salchichas con judías. En el momento en que Patrick se pedoneó y Henry accionó el encendedor, ella vio algo que la dejó boquiabierta: del trasero de Patrick parecía brotar directamente un chorro de llama azul, como la llama piloto de un calentador de gas.

Los chicos volvieron a bramar de risa, mientras Beverly se retiraba tras el coche, ahogando sus risitas. Si reía no era porque aquello la divirtiera. Era divertido, sí, pero sobre todo reía por una mezcla de profunda repulsión y espanto. Porque no conocía otro modo de medirse con lo que acababan de ver. Eso tenía alguna relación con las "cosas" de los chicos, pero no llegaba a ser el todo, ni siquiera la mayor parte de lo que sentía. Después de todo, sabía que los chicos tenían esas "cosas"; aquello podía considerarse como un vistazo de confirmación. Pero lo que estaban haciendo parecía tan extraño, ridículo y, al mismo tiempo, tan primitivo, que se descubrió, a pesar de su acceso de hilaridad, buscando a tientas el centro de sí misma, con cierta desesperación.

"Basta -pensó, como si ésa fuera la respuesta-. Basta, te van a oír. Basta ya, Bevvie."

Pero eso era imposible. Todo lo que podía hacer era reír sin usar las cuerdas vocales para que la carcajada brotase de ella bajo la forma de resoplidos casi inaudibles, con las manos pegadas a la boca y las mejillas como manzanas, los ojos anegados en lágrimas.

--¡Joder, eso duele! -aulló Victor.

--¡Tres metros y medio! -vociferó Henry-. ¡Lo juro por la memoria de mi madre! ¡Tres metros y medio, tíos!
--¡Me importa una mierda! ¡Me has quemado el culo! -bramó Victor.
Hubo más risas.. Beverly, aún tratando de ahogar sus carcajadas detrás del coche, pensó en una película que había visto por televisión. Se trataba de una tribu de la selva que tenía un rito secreto. Quien lo veía era sacrificado a su dios, que era un gran ídolo de piedra. Eso no le impidió seguir riendo, pero dio a sus resoplidos un matiz casi frenético. Cada vez se parecían más a alaridos silenciosos. Le dolía el estómago. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

3.

Si aquella calurosa tarde de julio, Henry, Victor, Belch y Patrick Hockstetter acabaron pedoneándose en el vertedero fue a causa de Rena Davenport.
Henry conocía los efectos de consumir demasiadas alubias asadas. Ese efecto estaba muy bien expresado en la breve estrofa que le había enseñado su padre cuando aún llevaba pantalones cortos: "¡oh, alubias y flatulencia! ¡Cuantas más comes, más ruido metes!"
Rena Davenport y su padre se entendían desde hacía casi ocho años. Ella era gorda, cuarentona y desaseada. Henry imaginaba que algunas veces se acostaba con su padre, aunque no lograba hacerse una idea de cómo alguien podía unir su cuerpo al de Rena Davenport.
El orgullo de Rena eran sus alubias. Las dejaba en remojo durante la noche del sábado y las horneaba a fuego lento durante todo el domingo. A Henry no le disgustaban (después de todo, eran algo para llevarse a la boca y masticar), pero después de ocho años cualquier cosa perdía su encanto.
Y Rena no se conformaba con hacer sólo un poco: preparaba alubias para alimentar a un regimiento. Los domingos al anochecer, cuando aparecía con su DeSoto verde (tenía un bebé de goma, desnudo, colgado del retrovisor, como si fuera él linchado más joven del mundo), solía traer un cubo de hierro galvanizado en el asiento trasero lleno de alubias humeantes. Esa noche comían los tres; Rena, siempre elogiando su propia mano para la cocina, mientras el chalado de Butch gruñía y mojaba el pan en el jugo o le ordenaba callarse si transmitían un partido por radio y Henry se limitaba a comer, mirando por la ventana, perdido en sus pensamientos. Ante un plato de aquellas alubias dominicales había concebido la idea de envenenar al perro de Mike Hanlon. A la noche siguiente, Butch recalentaba otro poco. Los martes y los miércoles, Henry llevaba un bote lleno de alubias para comer en la escuela. Los jueves, viernes a más tardar, ni Henry ni su padre podían probar una sola más. Los dos dormitorios de la casa olían a pedos rancios a pesar de las ventanas abiertas. Entonces Butch tomaba los restos y los mezclaba con otros sobrantes de comida para alimentar a "Bip" y "Bop", los dos cerdos. El domingo Rena aparecería con otro cubo humeante y el ciclo volvería a empezar.
Aquella mañana Henry había puesto una enorme ración de alubias en su mochila. Las comieron entre los cuatro, a mediodía, sentados en el patio bajo la sombra de un gran olmo.

Fue Patrick quien sugirió que fuesen al vertedero donde estarían solos en la tarde calurosa. Cuando llegaron, las alubias estaban haciendo su efecto.

4.

Poco a poco, Beverly volvió a dominarse. Sabía que era preciso salir de allí; en todo caso, la retirada era menos peligrosa que estar en las cercanías. Ellos estaban concentrados en lo que estaban haciendo y, si lo malo llegaba a peor, les llevaría una buena ventaja. En el fondo de su mente había decidido también que, si lo peor llegaba a terrible, unos cuantos disparos con el Bullseye podrían frenarlos.

Estaba a punto de escabullirse cuando Victor dijo:

--Tengo que marcharme, Henry. Mi padre quiere que lo ayude a cosechar maíz.

--Oh, diablos -protestó Henry-. No se va a morir si no vas.

--Es que está furioso conmigo. Por lo del otro día.

--Si no sabe apreciar una broma, que, se joda.

Beverly prestó más atención suponiendo que se referían a la gresca que acabó con la fractura de Eddie.

--En serio. Tengo que irme.

--Lo que pasa es que le duele el culo -dijo Patrick.

--Vigila esa boca, capullo -protestó Victor-. A ver si te crece.

--Yo también tengo que marcharme -dijo Belch.

--Qué, ¿tu padre también quiere que le ayudes a cosechar maíz? -preguntó Henry con ceño. Eso, a su modo de ver, debía ser un chiste, porque el padre de Belch había muerto.

--No, pero tengo trabajo. Reparto el "Weekly Shopper".

--¿Qué coño es eso del "Weekly Shopper"? -preguntó Henry, inquieto además de enfadado.

--Es un trabajo -explicó Belch-. Con eso gano dinero.

Henry emitió un ruido de disgusto. Beverly se arriesgó a echar otra mirada. Victor y Belch seguían de pie, abrochándose los pantalones. Henry y Patrick proseguían en cuclillas con los pantalones caídos. En la mano de Henry relumbraba el encendedor.

--¿Tú también te has acobardado? -preguntó a Patrick.

--No -aseguró Patrick.

--¿No tienes que cosechar maíz ni repartir basura?

--No.

--Bueno -dijo Belch, vacilando-, hasta luego, Henry.

--Seguro -dijo Henry y escupió junto a los zapatos de Belch.

Vic y Belch echaron a andar hacia las dos hileras de coches abandonados... hacia el Studebaker tras el cual se agazapaba Beverly. Al principio, ella se limitó a acurrucarse, petrificada de terror, como un conejo. Después se deslizó por el lado izquierdo y retrocedió hacia el coche siguiente, un maltratado Ford que no tenía portezuelas. Por un momento se detuvo y miró a ambos lados, oyendo cómo se aproximaban los chicos. Vaciló, con la boca reseca y la espalda ardiéndole de sudor; una parte de su mente se preguntaba cómo quedaría con un yeso como el

de Eddie y las firmas de los Perdedores inscritas en él. Después se lanzó al interior del Ford, por el lado del pasajero. Se tumbó en la mugrienta alfombra del suelo haciéndose tan pequeña como pudo. Allí hacía un calor espantoso; había un fuerte olor a polvo, tapizado podrido y cagarrutas de rata. Tuvo que esforzarse para no estornudar o toser. Oyó las voces bajas de Belch y Victor que pasaban a poca. distancia, conversando. Luego desaparecieron.

Estornudó tres veces, rápidamente y en silencio, apretando los labios y tapándose la nariz.

Probablemente podría irse si andaba con cuidado. Lo mejor era pasarse al lado del conductor, escurrirse por el espacio libre y evaporarse. Pero el horror de verse casi descubierta la había dejado sin valor, al menos por el momento. Se sentía más segura allí, en el Ford. Además, ahora que Victor y Belch no estaban, los otros dos también se irían pronto. Entonces ella podría volver al club. Había perdido todo interés en practicar con el tirachinas.

Además, tenías ganas de orinar.

"Vamos, daos prisa, íros de una vez, por favor..."

Un instante después oyó el aullido de Patrick.

--¡Uno ochenta! -vociferó Henry-. ¡Un auténtico lanzallamas! ¡Lo juro!

Luego, silencio por un rato. El sudor corría por la espalda de la chica. El sol entraba por el parabrisas resquebrajado y le calentaba el cuello. Su vejiga estaba tensa.

Henry gritó con tanta potencia que Beverly se sobresaltó:

--¡No seas gilipollas, Hockstetter! ¡Me has quemado el culo! ¿Qué estás haciendo con ese encendedor?

--Tres metros -informó Patrick, con una risita aguda, cuyo solo sonido inspiró a Bev un asco frío, como si hubiese visto una oruga en su ensalada-. Tres metros, Henry. Azul intenso. Tres metros, por lo menos. ¡Lo juro!

--Dame eso -gruñó Henry.

"Vamos, estúpidos, íros, íros..."

Cuando Patrick volvió, a hablar, su voz sonó tan baja que Bev apenas consiguió oírla. Si hubiese habido la más leve brisa, el sonido no le habría llegado.

--Quiero enseñarte algo -dijo.

--¿Qué coño dices?

--Es algo bueno -Insistió Patrick.

--¿Qué es?

Entonces se hizo el silencio.

"No quiero mirar. No quiero ver lo que están haciendo. Además podrían verme, seguramente me verán, porque hoy ya he gastado toda mi buena suerte."

Pero la curiosidad se impuso a la prudencia. Había algo extraño en ese silencio, algo atemorizante. Ella levantó la cabeza, centímetro a centímetro, hasta mirar por el parabrisas nublado y roto. No había peligro de que la viesen, porque los dos chicos estaban concentrados en lo que Patrick decía. Ella no entendía lo que estaba viendo, pero adivinó que era algo horrible. Claro que no cabía esperar otra cosa de ese Patrick, tan chiflado.

Tenía una mano entre los muslos dé Henry y la otra entre los suyos. Con una masajeaba la "cosa" de Henry y con la otra, la suya. Pero no era exactamente masajear... La estrujaba; tiraba de ella y la dejaba volver a caer.

"¿"Qué hace"?", se preguntó Beverly, horrorizada.
No lo sabía, pero le dio miedo. No había tenido tanto miedo desde que su lavabo había vomitado sangre salpicándolo todo. Una parte de ella le decía que, si ellos descubrían que los había visto hacer eso, no se limitarían a hacerle daño; tal vez la matarían.
Aun así, no podía apartar la vista.
Vio que la cosa de Patrick se había puesto más larga, pero no mucho; aún le colgaba entre las piernas como una serpiente sin espinazo. La de Henry, en cambio, había crecido de un modo asombros. Se levantaba, tiesa y dura, casi hasta tocarle el ombligo. La mano de Patrick subía y bajaba, subía y bajaba, deteniéndose a veces para estrujar o para hacer cosquillas en el saco extraño y pesado que Henry tenía debajo de su cosa.
"Son los huevos -pensó Beverly-. ¿Los chicos tienen que andar siempre con eso? Por Dios, yo me volvería loca. -Otra parte de su mente susurró-: Bill también tiene." Y su cerebro, por cuenta propia, se imaginó sosteniéndolos en la mano ahuecada, probando su textura... Esa sensación quemante volvió a recorrerla encendiendo un furioso rubor.
Henry miraba la mano de Patrick como si estuviese hipnotizado. A su lado estaba el encendedor, reflejando el sol.
--¿Quieres que me la meta en la boca? -preguntó Patrick. Sus grandes labios de hígado sonrieron, complacientes.
--¿Eh? -preguntó Henry, como arrancado de un profundo sueño.
--Que si quieres me la meta en la boca. A mí no me imp...
La mano de Henry salió disparada y Patrick cayó despatarrado; su cabeza dio un golpe seco contra la grava. Beverly volvió al suelo del coche, con el corazón acelerado en el pecho apretando los dientes para contener un gemido. Henry, después de tirar a Patrick, se había vuelto. Por un momento, antes de que ella bajase la cabeza para convertirse en un ovillo, le pareció que Henry la había visto.
"Dios mío, que no me haya visto -rogó-. Dios mío, perdóname por haber espiado. Por favor, Dios mío..."
La blusa blanca se le pegaba al cuerpo, por el sudor. En los brazos tostados le brillaban gotitas como perlas. La vejiga le latía dolorosamente. Muy pronto se mojaría los pantalones. Esperó que la cara furiosa y demente de Henry apareciese en la abertura donde habría debido estar la portezuela. Tenía que ocurrir. Era imposible que él no la hubiese visto. La sacaría de allí y le...
Se le ocurrió una idea nueva, aún más terrible. Una vez más tuvo que luchar para no orinarse encima. ¿Y si él quería hacerle algo con su "cosa"? ¿Y si quería que ella la pusiera en alguna parte suya? Ella sabía, claro, dónde había que ponerla, como si el conocimiento le hubiera surgido repentinamente en la mente. Pensó que, si Henry trataba de poner su cosa allí, se volvería loca.
"No, por favor, que no me haya visto, por favor."
En ese momento le llegó la voz de Henry, aumentando su horror porque sonaba mucho más cerca.
--No me gustan esas cosas de maricas.
Desde más lejos, la voz de Patrick:
--Sí que te gustó.
--¡No me gustó! -gritó Henry-. ¡Y si le dices a alguien que me gustó, te mato!

--Se te puso dura -apuntó Patrick. Por la voz, estaba sonriendo, cosa que no extrañaba a Beverly. Patrick estaba loco, tal vez más loco que Henry, y los locos no le tienen miedo a nada-. Yo lo vi.

Unos pasos crujieron en la grava, cada vez más cerca. Beverly levantó la vista con los ojos dilatados. Por el viejo parabrisas del Ford vio la nuca de Henry. Estaba mirando a Patrick, pero si se volvía...

--Si se lo dices a alguien, diré que eres marica -amenazó Henry-. Y luego te mataré.

--No me asustas, Henry -dijo Patrick, riendo-. Pero a lo mejor no digo nada, si me das un dólar.

Henry se volvió. Beverly ya no veía su nuca, sino un cuarto de su perfil. "Por favor, Dios mío, por favor", rogó mientras la vejiga le palpitaba más y más.

--Si lo dices -dijo Henry con voz baja y amenazadora-, yo contaré lo que haces con los gatos. Y con lo perros. Contaré lo de tu nevera. ¿Sabes qué pasará, Hockstetter? Te llevarán a un manicomio.

Silencio.

Henry tamborileó con los dedos en el capó del Ford.

--¿Me oyes?

--Te oigo. -La voz de Patrick sonaba rencorosa y un poco asustada. Pero estalló-: ¡Te gustó! ¡Se te puso dura! ¡Nunca he visto ninguna tan dura!

--Sí, supongo que has visto muchas, marica asqueroso. Pero acuérdate de la nevera. Tu nevera. Y si te veo otra vez cerca de mí, te parto la cara.

Silencio.

Henry se alejó. Beverly giró la cabeza y lo vio pasar junto al volante del Ford. Si él hubiese mirado hacia su izquierda la habría descubierto. Pero no miró. Un momento después, sus pasos se alejaban por donde Victor y Belch habían desaparecido.

Sólo quedaba Patrick.

Beverly esperó, pero nada ocurría. Pasaron cinco minutos. Su necesidad de orinar ya era desesperante. Podría contenerse dos o tres minutos, no más. Y la ponía nerviosa no saber dónde estaba patrick.

Volvió a espiar por el parabrisas y lo vio sentado allí. Henry se había dejado el encendedor. Patrick había guardado sus libros en la pequeña mochila de lona que le colgaba del cuello como si fuese un vendedor de periódicos, pero aún tenía los pantalones y los calzoncillos caídos alrededor de los pies. Estaba jugando con el encendedor. Encendía una llama casi invisible en el fulgor del día, cerraba la tapa y volvía a empezar. Parecía hipnotizado. Una línea de sangre le corría desde la comisura de la boca hasta el mentón. La mejilla se le estaba hinchando, pero él parecía no darse cuenta. Una vez más, Beverly sintió asco. Patrick estaba loco, claro que sí; nunca en su vida había tenido tantas ganas de alejarse de alguien.

Moviéndose con cuidado, reptó por debajo del volante, bajó a tierra y se deslizó por detrás del Ford. Luego echó a correr por el mismo camino por donde había venido. Cuando estuvo entre los pinos, detrás de los coches abandonados, miró hacia atrás. Ya no había nadie. El vertedero dormitaba al sol. Sintió que la tensión se le aflojaba en el pecho y el estómago, dejando sólo la urgencia de orinar.

Caminó apresuradamente unos pasos más y se apartó del sendero, a la derecha. Tuvo los "shorts" desabotonados casi antes de que la maleza hubiese

vuelto a cerrarse tras ella. Echó una mirada para asegurarse de que no había hiedra venenosa y se agachó, sujetándose de un tronco para no caer.

Mientras estaba subiéndose los pantaloncitos, oyó que unos pasos se acercaban desde el vertedero. Los matorrales sólo le permitieron ver un destello de loneta azul y el cuadriculado de una camisa escolar. Era Patrick. Volvió a agacharse esperando que él pasara rumbo a Kansas Street. El escondite era bueno, ya no tenía necesidad de orinar y Patrick estaba perdido en su propio mundo demencial. Cuando el chico desapareciese, ella retrocedería para dirigirse al club de los Perdedores.

Pero Patrick no pasó de largo. Se detuvo en el sendero, casi frente a ella, para mirar la herrumbrada nevera Amana.

Beverly podía observar a Patrick por un resquicio de los matorrales sin demasiado riesgo. Ahora que se había aliviado, volvía la curiosidad. Y si Patrick la descubría, ella estaba segura de correr más deprisa. El muchacho no era tan gordo como Ben, pero sí regordete. Sacó el tirachinas del bolsillo y puso cinco o seis municiones en el bolsillo de la pechera. Loco o no, un buen disparo a la rodilla lo detendría.

Se acordaba muy bien de esa nevera. Las había a montones en el vertedero, pero de pronto se dio cuenta de que era la única que Mandy Fazio no había desarmado, arrancándole el cierre y retirando la puerta.

Patrick comenzó a tatarear y a mecerse delante del viejo artefacto. Beverly sintió otro escalofrío. Era como en las películas de terror, cuando alguien trataba de llamar a un muerto para que saliera de la cripta.

¿Qué se traía entre manos?

Si ella lo hubiera sabido, si hubiera sabido lo que iba a ocurrir cuando Patrick hubiera terminado su rito particular y abriera la puerta enmohecida, habría salido corriendo como alma que lleva el diablo.

5.

Nadie, ni siquiera Mike Hanlon, tenía la menor idea de lo chiflado que estaba Patrick Hockstetter. Tenía doce años y era hijo de un vendedor de pinturas. Su madre era una católica devota, que moriría de cáncer de mama en 1962, cuatro años después de que Patrick fuera consumido por la oscura entidad que existía en Derry y debajo de ella.

Su coeficiente de inteligencia, aunque bajo, estaba dentro de lo normal; el chico había repetido ya dos cursos: primero y tercero. Ese año asistía a las clases de verano para no repetir también quinto. Sus maestros lo tenían por alumno apático (así lo habían anotado varios, en las seis líneas escasas que el boletín de la escuela municipal reservaba para "comentario del profesor") y bastante perturbador (cosa que ninguno anotó, porque sus sensaciones eran demasiado difusas para expresarlas en seis líneas, ni siquiera en sesenta). Si hubiera nacido diez años después, algún psicólogo habría podido derivarlo a un tratamiento que quizá (o quizá no, puesto que Patrick era mucho más astuto que lo que indicaba su coeficiente intelectual) habría revelado las aterradoras profundidades ocultas tras esa fofa y pálida cara de luna.

Era un sociópata. Tal vez, en ese caluroso julio de 1958, había llegado ya a ser un psicópata completo. No había creído nunca que las otras personas, cualquier otra criatura viviente, en realidad, fueran "reales". Creía ser, por su parte, una criatura auténtica, probablemente la única del universo, pero no estaba seguro de que esa autenticidad lo convirtiese en "real". No tenía, exactamente, la sensación de hacer daño ni la de sufrir daño alguno, como lo demostraba su indiferencia ante el golpe que Henry le había propinado en la cara. Pero, si bien la realidad era, para él, un concepto sin significado alguno, comprendía a la perfección el concepto de "reglas". Y, aunque todas sus profesoras lo encontraban extraño (tanto la señora Douglas, en quinto curso, cómo la señora Weems, en tercero, estaban enteradas de la existencia de aquella caja llena de moscas y aunque ninguna de las dos ignoraba sus implicaciones, cada una debía luchar con veinte o veintiocho alumnos más, cada uno con sus propios problemas), ninguna tuvo con él problemas serios de disciplina. A veces entregaba los exámenes totalmente en blanco; a veces, con un enorme y decorativo signo de interrogación. La señora Douglas había descubierto también que era mejor mantenerlo lejos de las niñas, porque tenía manos romanas y dedos rusos. Pero era tranquilo, tan tranquilo que, a veces, se lo habría podido tomar por un gran terrón de arcilla, torpemente modelado con forma de niño. Era fácil ignorar a Patrick, quien fracasaba en silencio, cuando una tenía que lidiar con niños como Henry Bowers y Victor Criss, activamente revoltosos e insolentes, capaces de robar el dinero de la merienda o de dañar las instalaciones escolares a la menor oportunidad, o con criaturas como la mal bautizada Elizabeth Taylor, una epiléptica cuyas neuronas funcionaban sólo esporádicamente, a quien había que convencer de que no se recogiera el vestido en el patio para exhibir sus bragas nuevas. En otras palabras, la Escuela Municipal de Derry era el típico carnaval pedagógico, un circo con tantas pistas que el propio Pennywise habría pasado inadvertido.

Por cierto, ninguna de las maestras (ni sus padres) sospechaban que a los cinco años Patrick había asesinado a su hermanito Avery, un bebé.

A Patrick no le había gustado que su madre trajera a Avery del hospital. No le importaba (eso pensó en un principio) que sus padres tuvieran dos hijos, cinco o cincuenta, siempre que los otros no alteraran su propia rutina. Pero descubrió que Avery la alteraba. Las comidas se servían tarde. El bebé lloraba por las noches y lo despertaba. Sus padres parecían estar siempre rondando la cuna; con frecuencia, cuando él trataba de llamarles la atención, le resultaba imposible. Fue una de las pocas veces en su vida en que Patrick se asustó. Se le ocurrió que, si sus padres lo habían traído a él mismo del hospital y él era "real", entonces Avery también podía serlo. Hasta era posible que, cuando Avery pudiera caminar y hablar, llevara al padre el ejemplar del "Derry News" y entregara a su madre los moldes de hacer pan. Entonces, ambos padres podrían decidir deshacerse totalmente de Patrick. No le daba miedo que quisieran más a Avery (aunque era obvio que lo querían más, efectivamente). Lo que le importaba era que: 1) las reglas habían cambiado o estaban siendo infringidas desde la llegada de Avery; 2) Avery podía ser real, y 3) era posible que lo expulsaran para favorecer a Avery.

Una tarde, Patrick entró en la habitación de su hermanito, poco después de que el autobús escolar lo dejase en la puerta de la calle, tras recogerlo en el parvulario. Era enero; comenzaba a nevar. Un viento potente ululaba en el parque McCarron,

sacudiendo las heladas ventanas del piso alto. La madre dormía en su habitación. Avery había estado inquieto durante toda la noche. Su padre estaba trabajando. El bebé dormía boca abajo, con la cabeza vuelta hacia un lado.

Patrick, inexpresiva su cara de luna, giró la cabeza del bebé hasta apretarle la carita contra la almohada. Avery hizo un ruidito de sofocación y la movió hacia un lado. Patrick observó eso y se quedó pensando, mientras la nieve se fundía en sus botas amarillas y formaba un charco en el suelo. Tal vez pasaron cinco minutos (pensar rápidamente no era la especialidad del chico). Luego volvió a poner la cara de Avery contra la almohada y la sujetó allí por un momento. El bebé se agitó bajo su mano, forcejeando, pero sus forcejeos eran débiles. Patrick lo soltó. Avery volvió a poner la cara de lado, sollozó un poco y siguió durmiendo. El viento envió una ráfaga, haciendo repiquetear las ventanas. Patrick esperó, por si el sollozo había despertado a su madre. No fue así.

Se sentía invadido por un gran entusiasmo. El mundo se presentaba ante sus ojos con claridad, por primera vez. Sus facultades emotivas eran gravemente defectuosas y, en esos momentos, experimentó lo que podía sentir una persona totalmente daltónica si, con una inyección, pudiera percibir los colores por un instante... o lo que un drogadicto en el momento en que la droga pone su cerebro en órbita. Aquello era algo nuevo, cuya existencia no había sospechado hasta entonces.

Con suavidad, volvió a poner a Avery de cara contra la almohada. En esa oportunidad, cuando el bebé forcejeó, él no lo soltó. Apretó la cara con más firmeza contra la almohada. Avery emitió gritos ahogados, y él comprendió que estaba despierto. Tenía la vaga idea de que, si lo soltaba, el niño podría denunciarlo a su madre. Lo sostuvo. El bebé forcejeó. Patrick siguió apretándole la cabeza contra la almohada. El bebé soltó un flato. Patrick siguió sujetándolo. Al final no hubo más movimientos. Él lo sujetó por cinco minutos más, sintiendo que el entusiasmo llegaba a su cima y comenzaba a mermar poco a poco; la inyección iba perdiendo efecto, el mundo volvía a ser gris, la droga maduraba en la somnolencia acostumbrada.

Patrick bajó la escalera y se sirvió un vaso de leche, con un plato lleno de galletas. La madre bajó media hora después, diciendo que no lo había oído llegar. Estaba tan cansada... ("Ya no te cansarás más, "mami" -pensó Patrick-; no te preocupes, me he encargado de eso.") Se sentó junto a él, comió una de sus galletas y le preguntó cómo le había ido en la escuela. Él respondió que bien y le mostró su dibujo de una casa con un árbol. El papel estaba cubierto de garabatos sin sentido, hechos con cera negra y marrón. La madre dijo que estaba muy bonito. Patrick llevaba todos los días los mismos garabatos negros y marrones. A veces decía que eran un pavo; a veces, un árbol de Navidad; a veces, un niño. La madre siempre le decía que estaba muy bonito... aunque, en una parte de sí tan profunda que ella apenas conocía, se preocupaba. Había algo inquietante en la oscura igualdad de esos grandes garabatos negros y marrones.

No descubrió la muerte de Avery hasta cerca de las cinco. Hasta entonces había supuesto que el bebé estaba durmiendo una siesta muy larga. Patrick estaba viendo los dibujos animados en el pequeño televisor, y siguió viendo la televisión durante todo el alboroto que se produjo a continuación. Estaban dando "Helicóptero de rescate" cuando llegó la señora Henley desde la casa vecina (su

madre tenía el cadáver del bebé ante la puerta de la cocina, gritando a todo pulmón, con la ciega esperanza de que el aire frío lo reviviera; Patrick tuvo frío y sacó un suéter del armario). Había empezado "Patrulla de caminos", su favorita, cuando el señor Hockstetter volvió del trabajo. Cuando llegó el médico acababa de empezar "Dimensión desconocida". "¿Quién sabe qué extrañas cosas puede contener este universo?", especulaba Truman Bradley, mientras la madre de Patrick chillaba y se debatía entre los brazos de su esposo, en la cocina. El médico observó la profunda calma de Patrick, su mirada sin interrogantes, y supuso que estaba en estado de "shock". Quiso que tomara una píldora. A Patrick no le importó.

Diagnosticaron muerte por asfixia accidental. En años posteriores, esa fatalidad hubiera despertado dudas, pues se desviaba del síndrome observado habitualmente en las muertes infantiles. Pero, cuando ocurrió, la muerte fue registrada y el bebé sepultado. Patrick se sintió gratificado al comprobar que las cosas volvían al orden y sus comidas llegaban nuevamente en hora.

En la locura de aquella tarde y la noche siguiente (gente que entraba y salía, portazos, las luces de la ambulancia en la pared, los gritos de la señora Hockstetter) sólo el padre de Patrick estuvo a punto de descubrir la verdad. Estaba de pie junto a la cuna vacía, unos veinte minutos después de retirado el cadáver; simplemente estaba allí, sin poder convencerse de que hubiera ocurrido todo eso. Al mirar hacia abajo, vio un par de huellas en el suelo de madera. Habían sido dejadas por las botas amarillas de Patrick. Al mirarlas, un pensamiento horrible se elevó por un instante en su cerebro, como gas venenoso de un profundo pozo de mina. Su mano subió lentamente hasta su boca, mientras los ojos se agrandaban. En su mente comenzó a formarse una imagen. Antes de que pudiera cobrar nitidez, él abandonó el cuarto, cerrando la puerta tras de sí con tanta fuerza que el marco se astilló.

Nunca hizo pregunta alguna a Patrick.

Patrick nunca volvió a hacer nada parecido, aunque no habría sido incapaz de repetirlo. No sentía remordimientos ni tenía pesadillas. Con el correr del tiempo, sin embargo, fue cobrando conciencia de lo que le habría pasado si lo hubieran descubierto. Había reglas. Si uno no las respetaba, le ocurrían cosas desagradables... incluso podían encerrarlo o sentarlo en la silla eléctrica.

Pero el recuerdo de aquel entusiasmo, aquella sensación de color y calidez, era demasiado poderosa y maravillosa para renunciar por completo a ella. Patrick mataba moscas. Al principio se limitaba a aplastarlas con el matamoscas de su madre; más adelante descubrió que podía matarlas eficazmente con una regla de plástico. También descubrió la diversión del papel cazamoscas. Se podía comprar una larga cinta pegajosa en el mercado de la avenida Costello, por sólo dos centavos. A veces, Patrick pasaba hasta dos horas en el garaje, observando a las moscas que aterrizaban y forcejeaban por liberarse, las miraba con la boca abierta y los ojos polvorientos encendidos por ese raro entusiasmo; el sudor le corría por la cara redonda y el cuerpo gordo. Patrick mataba escarabajos, pero cuando era posible los capturaba con vida. A veces robaba una aguja larga del alfiletero de su madre, clavaba con ella a un escarabajo y se sentaba en el jardín, cruzado de piernas, para ver cómo moría. En esas ocasiones, su expresión era la de un niño leyendo un libro interesante. Cierta vez había descubierto a un gato atropellado

que agonizaba contra la acera de Main; se sentó a observarlo hasta que una anciana lo vio empujar con el pie a la pobre bestia gemebunda. Entonces le pegó con la escoba con que estaba barriendo su acera, gritándole: "¡Vete a tu casa! ¿Estás loco o qué?" Patrick volvió a su casa sin enfadarse con la anciana. Lo habían pillado faltando a las reglas, eso era todo.

Por fin, el año anterior (ni a Mike Hanlon ni a ninguno de los otros les habría sorprendido, a esa altura, saber que había sido el mismo día en que George Denbrough fuera asesinado) Patrick había descubierto la herrumbrada nevera Amana en el vertedero.

Al igual que Bev, había oído la advertencia sobre esos artefactos abandonados, en los que treinta millones de estúpidos se ahogaban año a año. Patrick pasó largo rato mirando la nevera, jugando ociosamente con las manos en el bolsillo. Había vuelto ese entusiasmo, más fuerte que nunca, exceptuando el momento en que arregló lo de Avery. El entusiasmo volvía porque en los gélidos y humeantes páramos que componían su mente, Patrick Hockstetter había tenido una idea.

Una semana después, los Luce, que vivían a tres puertas de los Hockstetter, notaron la falta del gato "Bobby". Los chicos de Luce, que habían jugado con él desde siempre, pasaron horas buscándolo en todo el vecindario. Hasta reunieron sus ahorros para sacar un anuncio en el "Derry News". En vano. Si alguien hubiera visto a Patrick ese día, más gordo que nunca con su chaqueta de invierno, olorosa a naftalina, llevando una caja de cartón duro, tampoco habría sospechado nada.

Unos diez días después del de Acción de Gracias, los Engstrom, que vivían en la misma manzana que los Hockstetter, casi directamente atrás perdieron a su cachorro de cocker. Otras- familias perdieron gatos y perros en los siete u ocho meses siguientes. Por supuesto, Patrick se había apoderado de todos ellos, además de diez o doce animales callejeros que merodeaban por la Manzana del Infierno.

Los puso en la nevera próxima al vertedero, uno a uno. Cada vez que llevaba otro animal, con el corazón retumbándole en el pecho, los ojos calientes y acuosos de entusiasmo, temía que Mandy Fazio hubiera retirado el cerrojo del aparato o hecho saltar las bisagras con su maza. Pero Mandy nunca la tocó. Tal vez ignoraba que estaba allí; tal vez la fuerza de voluntad de Patrick lo mantenía lejos... o quizá era obra de alguna otra potencia.

El que más duró fue el cocker de los Engstrom. A pesar del intenso frío, aún estaba vivo cuando Patrick volvió por tercera vez, en otros tantos días, aunque ya había perdido toda su energía. cuando lo sacó de la caja de cartón para ponerlo por primera vez en la nevera, el animal meneó la cola y le lamió cariñosamente las manos. Un día después, el cachorro había estado a punto de escaparse. Patrick tuvo que perseguirlo casi hasta el vertedero, arrojarse sobre él y sujetarlo por una pata trasera. El cachorro lo había mordido con sus afilados dientecillos. A Patrick no le importó. A pesar de los mordiscos, llevó al cocker nuevamente a la nevera. Tuvo una erección al meterlo dentro. Eso no era raro.

Al segundo día, el cachorro trató de escapar otra vez, pero se movía con mayor lentitud. Patrick lo metió a empujones, cerró la herrumbrada puerta y se apoyó contra ella. Oía que el perrito rascaba la puerta y gemía.

--Vamos, perrito -dijo Patrick Hockstetter, con los ojos cerrados y la respiración acelerada . Vamos, perrito.

Al tercer día, al abrirse la puerta, el cachorro sólo pudo girar sus ojos hacia la cara de Patrick. Sus costados palpitaban rápidamente. Un día después, el cocker estaba muerto, con una corona de espuma congelada alrededor del hocico. Patrick, al verla, pensó en un helado de coco; rió locamente mientras retiraba el cadáver para arrojarlo entre las matas.

Ese verano, la provisión de víctimas (que Patrick consideraba "animales de experimentación") había mermado mucho. Dejando a un lado la cuestión de la realidad, tenía muy bien desarrollado el instinto de autoconservación y una intuición exquisita. Sospechaba que sospechaban de él. No sabía de seguro quién: ¿el señor Engstrom? Tal vez. El señor Engstrom se había vuelto a mirarlo con expresión pensativa, un día de esa primavera, en la tienda donde estaba comprando cigarrillos y donde Patrick había ido a comprar el pan. ¿La señora Josephs? Quizá; a veces se sentaba ante la ventana de su sala con un telescopio y, según la señora Hockstetter, era "una entrometida". ¿El señor Jacubois, que tenía una insignia de la Sociedad Protectora de Animales en el parachoques del coche? ¿El señor Nell? ¿Otra persona? Patrick no lo sabía con seguridad, pero la intuición le decía que alguien sospechaba de él, y él nunca discutía con su intuición. Se limitó a atrapar algunos animales vagabundos entre los derruidos inquilinatos de la Manzana del Infierno, eligiendo sólo los que parecían muy flacos o enfermos.

Sin embargo, descubrió que la nevera había adquirido un extraño poder sobre él. Comenzó a dibujarla en la escuela, cuando estaba aburrido. A veces soñaba con ella y la veía enorme, de unos veinte metros de alto, sepulcro blanqueado, poderosa cripta helada bajo el gélido claro de luna. En esos sueños, la gigantesca puerta se abría. Unos ojos enormes lo miraban fijamente. Entonces despertaba, sudando frío. De cualquier modo, no pudo renunciar del todo a las alegrías del artefacto.

Ese día había descubierto, por fin, quién sospechaba de él: Bowers. Al saber que Henry Bowers conocía el secreto de su cámara de eliminación, Patrick sintió algo parecido al pánico. En realidad no era muy parecido, pero de cualquier manera esa inquietud mental le resultó opresiva y desagradable. Henry lo sabía. Sabía que Patrick, a veces, desobedecía las reglas.

La última víctima había sido una paloma que descubrió dos días antes, en Jackson Street. La paloma estaba herida y no podía volar. Patrick fue a su casa, sacó la caja del garaje y puso a la paloma dentro. El ave le picoteó varias veces el dorso de la mano, dejándole huellas ensangrentadas. A él no le importó. Cuando abrió la nevera, al día siguiente, la paloma estaba muerta, pero él no retiró el cadáver. Ahora, teniendo en cuenta la amenaza de Henry, Patrick decidió que le convenía deshacerse de esos restos cuanto antes. Tal vez hasta llevara un cubo de agua y algunos trapos para limpiar el interior de la nevera, que no olía muy bien. Si Henry decía algo y el señor Nell bajaba a investigar, tal vez se diera cuenta de que algo (varios algos, en realidad) había muerto allí dentro.

"Si Henry se chiva -pensó Patrick, de pie en el pinar, contemplando la herrumbrada Amana-, yo diré que él le quebró el brazo a Eddie Kaspbrak. -Claro que, probablemente, eso- ya se sabía, nadie podía probar nada porque todos ellos habían declarado que habían pasado ese día jugando en la casa de Henry y el

padre de Henry, el loco, los había respaldado-. Pero si él se chiva, yo me chivo. Una cosa por otra."

Eso ya no importaba. Lo que correspondía era deshacerse de la paloma. Dejaría abierta la puerta de la nevera y después volvería con trapos y agua para limpiar. Bien.

Patrick abrió la puerta que daba a su propia muerte.

Al principio quedó sólo desconcertado, sin poder captar lo que estaba viendo. Para él no tenía sentido alguno. No había contexto. Se limitó a mirar fijamente, con la cabeza inclinada a un lado y los ojos muy grandes.

La paloma no era sino un esqueleto rodeado por un montón de plumas. En el cadáver no quedaba carne alguna. Y alrededor, pegados a las paredes interiores de la nevera, colgando del congelador, balanceándose de las rejillas, había decenas de cosas color carne que parecían grandes moluscos. Patrick vio que apenas se movían, aleteando, como en un brisa. Pero no había brisa. Frunció el ceño.

De pronto, una de aquellas cosasmoluscos desplegó alas de insecto. Antes de que Patrick pudiese captar el simple hecho, el ser había volado por el espacio abierto entre la nevera y el brazo izquierdo de Patrick. Lo golpeó allí con un sonido hueco. Hubo un instante de ardor que pasó enseguida. Patrick sentía el brazo como siempre... pero la carne pálida de aquella especie de molusco se puso rosa y luego, con súbita brusquedad, roja.

Aunque Patrick no tenía miedo de casi nada, en el sentido que habitualmente se da a la palabra (es difícil temer a las cosas que no son reales), había algo que lo llenaba de asco y repulsión. A los siete años, cierto cálido día de agosto, había descubierto, al salir del lago Brewster, que tenía cuatro o cinco sanguijuelas adheridas a su estómago y sus piernas. Gritó hasta quedar ronco, mientras su padre se las desprendía.

Ahora, en un mortífero arrebato de inspiración, comprendió que aquello eran extrañas sanguijuelas voladoras. Habían invadido su nevera.

Patrick empezó a aullar mientras golpeaba aquella cosa pegada a su brazo, ya hinchada casi como una pelota de tenis. Al tercer golpe, la cosa se abrió repugnantemente. La sangre, "su" sangre, le chorreó desde el codo a la muñeca, pero la cabeza del bicho, una especie de gelatina sin ojos, seguía prendida. En cierto modo, era como la estrecha cabeza de un pájaro que terminaba en una estructura similar al pico; pero ese pico no era plano ni puntiagudo, sino tubular y romo, como la trompa del mosquito. Y esa trompa estaba hundida en el brazo de Patrick.

Sin dejar de gritar, hizo una pinza con los dedos para arrancarse esa cosa reventada. La ventosa se desprendió limpiamente seguida de un flujo de sangre mezclado con un líquido como pus. Había dejado en su brazo un agujero del tamaño de una moneda, aunque no le dolía.

Y el bicho, aunque reventado, seguía retorciéndose y buscando en sus dedos.

Patrick lo arrojó, giró sobre sus talones... y más sanguijuelas salieron volando de la nevera y cayeron mientras él buscaba el tirador de la nevera. Se le posaron en las manos, en los brazos, en el cuello. Una lo tocó en la frente. Cuando Patrick levantó la mano para quitársela, vio otras cuatro bajo sus dedos; temblaban apenas, mientras se iban poniendo de color rosa.

No había dolor... pero sí una horrible sensación de drenaje. Aullando, girando sobre sí, golpeándose la cabeza y el cuello con las manos llenas de sanguijuelas, Patrick Hockstetter pensaba: "esto no es real, sólo un mal sueño, no te preocupes, no es real, nada es real..."

Pero la sangre que brotaba de las sanguijuelas reventadas parecía muy real, igual que el zumbido de sus alas... y su propio terror.

Una de ellas se metió debajo de, su camisa y se le adhirió al pecho. Mientras le pegaba frenéticamente, observando la mancha de sangre que se esparcía sobre ese lugar, otra cayó en su ojo derecho. Patrick lo cerró, pero no sirvió de nada: sintió el breve ardor al hundirse la trompa en su párpado para chuparle el fluido del globo ocular. Patrick sintió que el ojo se contraía dentro de la cuenca. Aulló otra vez. Una sanguijuela aprovechó para entrar en su boca y anidar en su lengua.

Todo era bastante indoloro.

Patrick avanzó a tropezones y agitando los brazos por el sendero que llevaba al depósito de coches viejos. Los parásitos le colgaban de todo el cuerpo. Algunos chuparon hasta llenarse y reventaron como globos. Cuando eso ocurría, bañaban a Patrick con un chorro de su propia sangre. La sanguijuela que tenía en la boca se iba hinchando; abrió las mandibulas, pues su único pensamiento coherente era que no debía reventar allí.

Pero reventó allí. Patrick despidió un chorro de sangre y carne de parásito como si fuera un vómito. Cayó en la mezcla de polvo y grava y rodó sobre sí, gritando. Poco a poco, el ruido de sus propios aullidos se fue borrando, como si se alejase.

Un momento antes de perder el sentido, vio que una silueta salía desde atrás del último coche abandonado. Al principio, Patrick pensó que era un hombre, tal vez Mandy Fazio. Estaba salvado. Pero al acercarse la silueta, vio que su cara era como cera derretida. A veces empezaba a endurecerse y se parecía a algo -o a alguien-, pero enseguida volvía a desdibujarse, como si no lograse decidir quién o qué deseaba ser.

--Hola y adiós -dijo una voz burbujeante, por debajo del sebo derretido de sus facciones. Patrick trató de aullar otra vez. No quería morir. Por ser la única persona "real", no podía morir. Si moría, todos los habitantes del mundo morirían con él.

La forma humana se apoderó de sus brazos, incrustados de sanguijuelas, y empezó a arrastrarlo hacia Los Barrens. La mochila llena de libros, manchada de sangre, iba dando tumbos tras él, aún enredada a su cuello. Patric, que seguía tratando de gritar, perdió la conciencia.

Despertó sólo una vez: cuando, en algún infierno oscuro, maloliente, mojado, donde no brillaba luz alguna, ni un solo rayo de luz, "Eso" empezó a alimentarse.

6.

En un principio, Beverly no comprendió lo que estaba viendo ni qué pasaba. Sólo sabía que Patrick Hockstetter había empezado a debatirse, a bailar, a dar gritos. Se levantó con cautela, sosteniendo el tirachinas en una mano y dos municiones en la otra. La voz de Patrick seguía oyéndose por el camino, chillando a todo pulmón. En ese momento Beverly fue la encantadora mujer en que se

convertiría; si Ben Hanscom hubiera estado allí para verla tal vez su corazón no lo habría resistido.

Estaba erguida en toda su estatura, con la cabeza inclinada a la izquierda, los ojos dilatados y el pelo peinado en dos trenzas que había rematado con dos pequeñas cintas de terciopelo rojo. Su postura era de concentración absoluta, felina. Había apoyado el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo girando el torso a medias, como si fuera a correr tras Patrick. El pantaloncito desteñido dejaba asomar el borde de sus bragas amarillas. Más abajo se veían las piernas ya suavemente musculosas, bellas a pesar de las costras, los moretones y las manchas de polvo.

"Es una trampa. Te ha visto, sabe que probablemente no puede alcanzarte en una carrera y por eso trata de que te acerques. ¡No lo hagas, Bevvie!"

Pero otra parte de ella reconocía demasiado dolor y miedo en esos alaridos. Quería ver qué le había pasado a Patrick con más claridad, si algo había pasado. Quería, sobre todo, entrar en Los Barrens por un camino diferente para no presenciar esa locura.

Los gritos de Patrick cesaron. Un momento después, Beverly oyó que alguien hablaba... pero comprendió que era su propia imaginación. Oyó la voz de su padre, que decía: "Hola y adiós." Su padre no estaba siquiera en Derry ese día. Había salido hacia Brunswick a las ocho, con Joe Tammerly, para recoger un camión. Sacudió la cabeza como para despejarla. La voz no volvió a dejarse oír. Había sido su imaginación, obviamente.

Salió de entre los matorrales al sendero, lista para correr en cuanto viera a Patrick abalanzarse sobre ella; sus reacciones se sensibilizaron tanto como bigotes de gato. Miró el sendero y sus ojos se dilataron. Allí había sangre. Mucha sangre.

"Sangre de mentirijillas -insistió su mente-. Por cuarenta y nueve centavos puedes comprar un bote en la tienda de Dahlie. ¡Ten cuidado, Bevvie!"

Se arrodilló para tocar la sangre con los dedos y la examinó con atención, No era falsa.

Entonces sintió un destello caliente en el brazo izquierdo, justo debajo del codo. Echó un vistazo y vio algo que, al principio, tomó por un abrojo. No, no podía ser un abrojo. Los abrojos no se retuercen ni aletean. Aquello estaba vivo. Un momento después notó que la estaba "picando". Lo golpeó con el dorso de la mano derecha, y aquello estalló, salpicando sangre. Bev retrocedió un paso, horrorizada, y entonces vio que la cabeza informe de aquella cosa seguía clavada en su carne.

Con un chillido de repulsión, tiró de ella y vio salir el aguijón de su brazo, como una daga pequeña, chorreando sangre. Entonces comprendió qué era la sangre del sendero, y sus ojos volaron a la nevera.

La puerta se había cerrado otra vez, pero varios parásitos estaban fuera reptando torpemente sobre el esmaltado blanco, herrumbroso. Ante la vista de Beverly, uno de ellos desplegó sus alas membranosas, como de mosca, y zumbó hacia ella.

La chica actuó sin pensar: cargó una de las municiones de acero en el Bullseye y tensó la honda. Al flexionar los músculos del brazo izquierdo, vio que la sangre

brotaba a borbotones del orificio que aquello había dejado en su brazo. Soltó la honda, apuntando inconscientemente a la bestia voladora.

"¡Mierda he fallado!", pensó en el momento en que el proyectil salía disparado como un fragmento de luz parpadeante bajo el sol neblinoso. Más tarde diría a los otros Perdedores que estaba segura de haber fallado, así como el jugador de bolos sabe que su tiro ha sido malo en cuanto la bola abandona sus dedos. Pero entonces vio que el proyectil describía una curva. Sucedió en una fracción de segundo, pero la impresión fue muy clara: había descrito una curva. Golpeó a la cosa voladora, convirtiéndola en pasta. Una lluvia de gotitas amarillentas cayó sobre el sendero.

Beverly retrocedió lentamente, con los ojos dilatados y los labios estremecidos, la cara bañada de un blanco grisáceo, espantada. Mantenía la vista clavada en la puerta de la nevera por si las demás cosas la olfateaban o percibían su presencia. Pero los parásitos se limitaron a arrastrarse lentamente, como moscas de otoño aturdidas por el frío.

Por fin giró en redondo y echó a correr.

El pánico latía oscuramente en sus pensamientos. Llevaba el tirachinas en la mano izquierda y de vez en cuando miraba sobre el hombro. Aún había sangre salpicando el sendero y las hojas de los matorrales, como si Patrick hubiese avanzado en zigzag al correr.

Beverly irrumpió otra vez en la zona de los coches abandonados. Delante de ella había un charco de sangre que la tierra pedregosa comenzaba a absorber. El suelo parecía removido, con marcas oscuras trazadas en la blanca superficie polvorienta. Como si en ese sitio hubiese habido lucha. Dos surcos, separados por medio metro, se alejaban de allí.

Beverly se detuvo, jadeando. Echó una mirada a su brazo y comprobó, aliviada, que el flujo de sangre iba menguando, aunque tenía trazos hasta en la palma de la mano. Empezaba a sentir dolor, una palpitación sorda y pareja, como se siente en la boca una hora después de la visita al dentista, cuando empieza a pasar el efecto de la novocaína.

Volvió a mirar atrás y, al no ver nada se dedicó a estudiar aquellos surcos que se apartaban de los coches abandonados y del vertedero para perderse en Los Barrens.

"Esas cosas estaban en la nevera. Seguramente se lanzaron todas sobre él; basta con ver toda esta sangre. Llegó hasta aquí y luego pasó algo más. ¿Qué?"

Tenía miedo de saberlo. Las sanguijuelas eran una parte de "Eso" y habían llevado a Patrick hacia otra parte de "Eso", tal como se lleva a un venado enloquecido de pánico hacia el matadero.

"¡Vete de aquí! ¡Vete, Bevvie!"

Pero siguió los surcos cavados en la tierra.

"¡Por lo menos ve en busca de los otros!"

"Iré... dentro de un momento."

Siguió caminando. Seguía los surcos por una pendiente cada vez más blanda. Los siguió otra vez hasta el follaje denso. Una cigarra chirriaba, estridente; de pronto quedó en silencio. Los mosquitos le aterrizaban en el brazo surcado de sangre. Los apartaba a manotazos, mordiéndose el labio inferior.

Allá delante había algo en el suelo. Lo recogió. Era una billetera de las que hacían los chicos en el curso de manualidades del Centro Cívico. El autor de ésa no era muy buen artesano: las puntadas de plástico ya se estaban soltando y el compartimiento para billetes flameaba como boca floja. En el monedero había una moneda de veinticinco centavos. La billetera sólo contenía una credencial de la biblioteca, extendida a nombre de Patrick Hockstetter. Beverly arrojó la billetera a un lado y se limpió los dedos en los pantaloncitos.

Quince metros más allá encontró una zapatilla. La maleza era ya demasiado densa y no le permitía seguir la huella de los surcos, pero no hacía falta ser rastreador para distinguir las salpicaduras de sangre.

El rastro descendía, serpenteante, por un soto empinado. Bev perdió pie y resbaló; los espinos la arañaron. Unas líneas de sangre fresca aparecieron en la parte alta del muslo. Ahora respiraba aceleradamente; el pelo, sudoroso, se le pegaba a la cabeza.

Las manchas de sangre llegaban hasta uno de los difusos senderos abiertos en Los Barrens con el Kenduskeag a poca distancia. Allí estaba la otra zapatilla de Patrick, con los cordones ensangrentados.

Beverly se aproximó al río con el Bullseye preparado. Los surcos habían reaparecido, ahora menos profundos. "Eso es porque perdió las zapatillas", se dijo ella.

Caminó por el último recodo del camino y se encontró frente al río. Los surcos bajaban hasta la orilla y, por fin, llegaban hasta uno de esos cilindros de cemento: una de las estaciones de bombeo. Allí se interrumpían. La tapa de hierro que coronaba ese cilindro estaba entreabierta.

Al inclinarse para mirar abajo, una gruesa y monstruosa risita brotó súbitamente del interior.

El pánico la invadió. Beverly giró en redondo y huyó hacia el claro, hacia el club, con el brazo ensangrentado protegiéndose la cara de las ramas que la fustigaban.

"A veces yo también me preocupo, papá -pensó, descabelladamente-. A veces me preocupo "mucho"."

7.

Cuatro horas después, todos los Perdedores, menos Eddie, se agazapaban entre los matorrales, cerca del sitio donde Beverly había visto a Patrick Hockstetter abrir la nevera. El cielo se había cubierto de nubes tormentosas; en el aire había otra vez olor a lluvia. Bill sostenía el extremo de la larga cuerda. Los seis habían reunido sus monedas para comprar la cuerda y un botiquín de primeros auxilios para Beverly. Bill había aplicado cuidadosamente un parche de gasa al agujero sanguinolento del brazo.

--D-d-di a tus pa-padres q-q-que te rasp-p-paste pat-pat-patinando -recomendó.

--¡Mis patines! -recordó Beverly, horrorizada. Los había olvidado por completo.

--Ahí están -señaló Ben.

Yacían a poca distancia. La chica corrió a recogerlos antes de que ninguno de ellos pudiera ofrecerse. Acababa de recordar que los había dejado a un lado antes de orinar, y no quería que los otros se acercaran a ese sitio.

Bill ató un extremo de la cuerda al tirador de la nevera; todos lo acompañaron cautelosamente, en grupo, listos para huir a la menor señal de peligro. Bev había ofrecido devolverle el tirachinas, pero él insistió en que se lo quedase. Nada se movió. Aunque el suelo frente al artefacto estaba manchado de sangre, los parásitos se habían ido.

--Podríamos traer al comisario Borton, al señor Nell y a otros cien policías, sin que sirviese de nada -comentó Stan Uris, amargamente.

--No verían un pimiento -concordó Richie-. ¿Cómo está tu brazo?

--Duele. -Ella hizo una pausa, miró a Bill, a Richie y otra vez a Bill-. ¿Creéis que mis padres verán la herida que tengo?

--N-n-no creo -musitó Bill-. Prepprep-p-pa-raos para co-co-correr. V-vvoy a at-t-tar esto.

Pasó el extremo de la soga por el tirador cromado, lleno de herrumbre, con el cuidado de quien desactiva una sombra. Ató un nudo flojo y retrocedió. Cuando hubo cubierto cierta distancia, dedicó a los otros una sonrisa temblorosa.

--Uff -dijo-. M-m-menos mal. Ya e-e-está.

Ya a una distancia prudencial (eso cabía esperar) de la nevera, Bill les repitió que estuviesen preparados para huir. Un trueno resonó directamente arriba haciéndoles dar un respingo. Comenzaban a caer las primeras gotas.

Bill tiró de la cuerda con todas sus fuerzas. El nudo se soltó, pero no antes de haber abierto la puerta de la nevera. Del interior cayó una avalancha de pompones naranja. Stan Uris emitió un gruñido. Los otros se limitaron a mirar, boquiabiertos.

La lluvia se tornó más fuerte. Los relámpagos soltaban latigazos allá arriba, intimidándolos. En el momento en que la puerta se abría por completo, restalló un rayo azul purpúreo.

Richie fue el primero en ver aquello y gritó con voz aguda, herida. Bill soltó una exclamación de furia y miedo. Los otros guardaron silencio.

En el lado interior de la puerta, en letras de sangre, reseca, se leían estas palabras:

Basta ya o los mato.
Es un consejo del amigo
Pennywise

A la lluvia torrencial se sumó el granizo. La puerta de la nevera se mecía, estremecida por el fuerte viento, mientras la leyenda empezaba a chorrear tomando el ominoso aspecto de un anuncio de películas de terror.

Bev no se dio cuenta de que Bill se había levantado hasta que lo vio avanzar hacia la nevera, sacudiendo los puños. El agua le chorreaba por la cara, pegándole la camisa a la espalda.

--¡Te vamos a m-m-matar! -vociferó.

Los truenos rugían, entre relámpagos tan poderosos que la chica llegaba a percibir su olor. A poca distancia de ellos se oyó el sonido resquebrajado de un árbol que caía.

--¡Vuelve aquí, Bill! -chillaba Richie-. ¡Vuelve, tío!

Empezó a levantarse, pero Ben lo bajó nuevamente de un tirón.

--¡Tú mataste a mi hermano George! ¡Hijo de puta! ¡Bastardo! ¡Quiero verte la cara! ¡Sal si eres valiente!

El granizo cayó a cántaros, fustigándolos aun a través de los arbustos. Beverly levantó el brazo para protegerse la cara. En las mejillas chorreantes de Ben habían aparecido manchas rojas.

--¡Bill! ¡Vuelve! -gritó ella, desesperada.

Un trueno más ahogó su voz, rodando por Los Barrens, por debajo de las nubes negras.

--¡Quiero verte la cara, maldito hijo de puta!

Bill pateaba con furia el montón de pompones que habían salido de la nevera. Giró en redondo y empezó a caminar hacia el grupo con la cabeza gacha, como si no sintiera el granizo, aunque a esa altura cubría el suelo como si fuera nieve.

Avanzó torpemente entre las matas. Stan tuvo que sujetarlo por el brazo para evitar que se metiera entre las zarzas. Lloraba.

--Ya vale, Bill -dijo Ben, rodeándolo con un brazo torpe.

--Sí, no te preocupes -agregó Richie-. No vamos a echarnos atrás. -Miró a los otros con ojos salvajes en la cara mojada-. ¿Alguien quiere echarse atrás?

Todos sacudieron la cabeza.

Bill levantó la vista secándose los ojos. Estaban todos empapados de pies a cabeza; parecían una camada de cachorros después de vadear un río.

--"Eso" n-n-nos ti-ti-tiene m-m-miedo -aseguró-. L-l-lo intuyo. P-Puedo jurarlo.

Beverly asintió.

--Tienes razón.

--Ayu-yu-yudadme -pidió Bill-. Pp-por favor. A-a-ayudadme.

--Lo haremos -dijo Beverly.

Y tomó a Bill entre sus brazos. Nunca había pensado en lo fácil que era rodearlo con los brazos, en lo delgado que era. Sintió el corazón de Bill palpitando contra la camisa; lo sintió junto al suyo. Y pensó que ningún contacto le había parecido nunca tan dulce, tan intenso.

Richie los abarcó a ambos con sus brazos y apoyó la cabeza en el hombro de Beverly. Ben hizo lo mismo por el otro lado. Stan Uris abrazó a Richie y a Ben. Mike, después de una breve vacilación, deslizó un brazo por la cintura de Beverly y el otro por los hombros estremecidos de Bill. Y así permanecieron, estrechándose, mientras el granizo se convertía en lluvia torrencial, tan densa que parecía una nueva atmósfera. Truenos y relámpagos resonaban en lo alto. Nadie hablaba. Beverly mantenía los ojos cerrados con fuerza, Se quedaron bajo la lluvia, abrazándose y escuchando el ruido del agua en los matorrales. Eso era lo que Beverly recordaba mejor: el ruido de la lluvia y el silencio compartido. Y un vago dolor porque Eddie no estaba allí, con ellos.

Recordaba esos detalles.

Y recordaba haberse sentido muy joven, muy fuerte.

XVIII. El tirachinas.

1.

--Bueno, Ben -dice Richie-, te ha llegado el turno. La pelirroja se ha fumado todos los cigarrillos, incluyendo la mayor parte de los míos. Se hace tarde.

Ben echó un vistazo al reloj. Sí, es tarde, casi medianoche. "Queda tiempo para un cuento más". piensa. Un cuento más antes de las doce, sólo para mantenerse abrigados. ¿Cuál será? Pero eso es sólo un chiste, por supuesto, y no de los mejores; sólo queda una historia por contar, al menos una que él recuerde, y es la historia de los balines de plata que hicieron en el taller de Zack Denbrough la noche del 23 de julio y que utilizaron el día 25.

--Yo también tengo mis cicatrices -dice-. ¿Lo recordáis?

Beverly y Eddie sacuden la cabeza; Bill y Richie asienten. Mike guarda silencio, con los ojos alertas en la cara cansada.

Ben se levanta y se desabrocha la camisa, abriéndola. Allí aparece una antigua cicatriz, con forma de H. Sus líneas están quebradas porque la barriga era más grande cuando pusieron allí esa marca, pero su forma sigue siendo identificable.

La gruesa cicatriz que desciende desde la barriga era más grande cuando pusieron allí esa marca, pero su forma sigue siendo identificable.

La gruesa cicatriz que desciende desde la barra transversal de la H es mucho más nítida. Parece una blanca cuerda de ahorcado de la que se hubiera cortado el lazo.

Beverly se lleva la mano a la boca:

--¡El hombre-lobo! ¡En aquella casa! ¡Oh, Dios!

Y se vuelve hacia las ventanas como si pudiese verlo acechar en la oscuridad exterior.

--En efecto -dice Ben-. ¿Y queréis saber algo curioso? Hace dos noches, esa cicatriz no estaba allí. Sólo se veía la antigua tarjeta de presentación de Henry; lo sé porque se la enseñé a un amigo mío, un tabernero llamado Ricky Lee, allá en Hemingford Home. Pero ésta... -Ríe sin humor y empieza a abrocharse otra vez-. Ésta acaba de volver.

--Como las que tenemos en la palma de las manos.

--Sí -dice Mike, mientras Ben se abrocha la camisa-. El hombre-lobo. Aquella vez todos vimos a "Eso" con forma de hombre-lobo.

--Porque así lo había visto Ri-RiRichie la p-pri-mera vez -murmura Bill-. ¿No fue así?

--Sí -responde Mike.

--Estábamos unidos, ¿verdad? -comenta Beverly con tono de ensoñación-. Tan unidos que nos leíamos la mente.

--El Viejo Peludo estuvo a punto de usar tus tripas para ligas, Ben -apunta Richie, pero no sonríe al decirlo. Se ajusta las gafas remendadas por la nariz; su cara luce blanca, ojerosa y fantasmagórica.

--Bill te salvó -dice Eddie abruptamente-. Es decir, Bev nos salvó a todos, pero si no hubiera sido por ti, Bill...

--Sí -concuerda Ben-. Me salvaste, Gran Bill. Yo estaba casi perdido en esa casa de locos.

Bill señala brevemente la silla vacía.

--Recibí cierta ayuda de Stan Uris. Y él la pagó caro. Tal vez murió por eso.

Ben Hanscom sacude la cabeza.
--No digas eso,
--Pero es v-v-verdad. Y si es cuculpa vuestra, también es culpa mía, y de t-t-todos los presentes, porque seguimos adelante. Aun después de lo que pasó con Patrick y de lo que había escrito en aquella nevera, seguimos adelante. Creo que es culpa mía, m-m-más que de nadie, porque yo qu-qu-quería que siguiéramos. Por Ge-Georgie. Tal vez hasta porque pensaba que, si ma-taba al as-s-sesino de Georgie, mis padres tendrían que q-q-q-q...
--¿Quererte otra vez? -adivina Beverly, con suavidad.
--Sí. Claro. Pero no c-c-creo que fuera cu-cu-culpa de nadie, Ben. A-así era Stan, s-s-simplemente.
--No pudo enfrentarlo -dice Eddie.
Está pensando en la revelación del señor Keene sobre su medicamento para el asma y su imposibilidad de abandonarlo. Piensa que podría haber abandonado la costumbre de enfermarse, pero no la de creer. Tal como han resultado las cosas, tal vez esa costumbre le ha salvado la vida.
--Ese día estuvo grandioso -dice Ben-. Stan y sus pájaros.
Una risa sofocada corre entre ellos; todos miran la silla que Stan habría debido ocupar si el mundo fuese un lugar recto y cuerdo donde los buenos ganaran siempre. "Lo echo de menos -piensa Ben-. Dios mío, cómo lo echo de menos..." Y dice:
--¿Recuerdas, Richie? Un día comentaste que, según decían algunos, él había matado a Jesús. Y Stan contestó: "Ése debe haber sido mi padre."
--Lo recuerdo -dice Richie en voz casi inaudible. Saca el pañuelo del bolsillo posterior, se quita las gafas y, después de enjugarse los ojos, vuelve a ponérselas. Guarda el pañuelo y propone, sin apartar la vista de sus manos-. ¿Por qué no lo cuentas, Ben?
--Duele, ¿verdad?
--Sí -dice Richie, ya tan espesa la voz que cuesta entender sus palabras-. Claro que duele.
Ben mira a todos y asiente.
--Muy bien. Otro cuento antes de las doce, sólo para mantenernos abrigados. Bill y Richie tuvieron la idea de hacer las balas...
--No -corrige Richie-. A Bill se le ocurrió primero; pero también fue el primero en ponerse nervioso.
--S-s-sólo empecé a preocuparme...
--Creo que no tiene importancia -interrumpe Ben-. Aquel mes de julio, los tres pasamos bastante tiempo en la biblioteca. Tratábamos de averiguar cómo se hacían las balas de plata. Yo tenía plata: cuatro dólares que habían sido de mi padre. Después, Bill se puso nervioso, pensando en qué situación nos encontraríamos si nos salía mal el disparo en el momento en que algún monstruo se nos viniera encima. Y cuando vimos la puntería de Beverly con el tirachinas, terminamos usando mis dólares de plata para hacer balines. Conseguimos los utensilios y nos reunimos, todo el grupo, en casa de Bill. Tú estabas presente, Eddie.
--Dije a mi madre que íbamos a lugar al Monopoly -completa Eddie-. Me dolía mucho el brazo, pero tuve que ir caminando porque ella estaba muy enfadada

conmigo. Y cada vez que oía a alguien detrás de mí, por la calle, me volvía como movido por un resorte pensando que era Bowers. Eso empeoró el dolor.

Bill sonríe.

--Y lo que hicimos fue reunirnos a mirar cómo Ben hacía las municiones. Creo qu-e Ben habría po-podido hacer las ba-balas de plata.

--Oh, no estoy tan seguro -aduce Ben, aunque no es cierto.

Recuerda que fuera estaba oscureciendo (el señor Denbrough había prometido llevarlos a todos en coche hasta sus respectivas casas); en la hierba cantaban los grillos y las primeras luciérnagas parpadeaban junto a las ventanas. Bill había preparado cuidadosamente el tablero del Monopoly en el comedor, como si llevaran más de una hora jugando.

Recuerda eso y el claro charco de luz amarilla que caía sobre la mesa de trabajo de Zack. Recuerda que Bill dijo:

--Hay que tener c-c-c...

2.

cuidado. No quiero qu-que esto quequede hecho un des-s-sastre. Mi padre se v-v-va a po-poner f-f-f...

Escupió una ristra de efes y, por fin, logró decir "furioso".

Richie se secó ostentosamente la cara.

--¿Repartes toallas después de la ducha, Bill "Tarta"?

Bill hizo ademán de pegarle y el chico se encogió, chillando con su voz de negrito esclavo.

Ben no les prestaba atención. Observaba los utensilios y las herramientas que Bill iba disponiendo bajo la luz. Parte de su mente deseaba tener algún día un taller tan bonito como ése, pero la mayor parte se concentraba en la tarea a realizar. No sería tan difícil como la fabricación de balas de plata, pero aun así tenía que ser cuidadoso. No había excusas para un trabajo chapucero. Eso era algo que nadie le había enseñado; simplemente, lo sabía.

Bill había insistido en que Ben se encargara de hacer las municiones, así como insistía en que Beverly se encargara de utilizar el tirachinas. Cabía discutir esas decisiones y las habían discutido, pero sólo veintisiete años después, al relatar el episodio, reparó Ben en que nadie había sugerido que una bala o balín de plata podía no servir para detener a un monstruo; tenían de su parte el peso de mil películas de terror.

--Bueno -dijo Ben, haciendo crujir los nudillos mientras miraba a Bill-, ¿tienes los moldes?

-Oh. -Bill dio un respingo-. A-aaquí.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su pañuelo. Lo desplegó sobre el banco de carpintero. Dentro había dos bolas de acero opaco, cada una con un pequeño agujero. Eran moldes para balines.

Después de decidir que serían balines y no balas, Bill y Richie habían vuelto a la biblioteca para investigar cómo se hacían los balines.

--Qué atareados estáis -había comentado la señora Starrett-. Balas una semana, balines a la siguiente. ¡Y estamos en vacaciones!

--No queremos perder el adiestramiento -dijo Richie-. ¿No es cierto, Bill?
--S-s-sí.
Según resultó, hacer balines era muy fácil, una vez se tenían los moldes. La cuestión era dónde conseguirlos. Eso se solucionó con un par de discretas preguntas a Zack Denbrough... y ninguno de los Perdedores se sorprendió al saber que sólo un taller fabricaba esos moldes en Derry: Herramientas de Precisión Kitchener. Su propietario era el sobrino-tataranieto de los hermanos que habían instalado la fundición Kitchener.
Bill y Richie fueron allá con todo el efectivo que los Perdedores pudieron reunir en tan breve plazo: diez dólares con cincuenta y nueve centavos. Cuando Bill preguntó cuánto costaba un par de moldes para balines de dos pulgadas, Carl Kitchener (que parecía un ebrio consuetudinario y olía a vieja manta de caballo) preguntó para qué querían los moldes. Richie dejó que Bill se encargara de la respuesta, sabiendo que eso facilitaría las cosas: si los chicos se burlaban de su tartamudez, a los adultos los ponía incómodos, cosa que solía resultar muy útil.
Antes de que Bill llegara a la mitad de la explicación que había preparado con Richie durante el trayecto (algo referido a un modelo de molino de viento para el proyecto de ciencia del año siguiente), Kitchener le hizo señas de que estaba bien y le propuso el increíble precio de cincuenta centavos por molde.
Bill, sin poder creer en tanta buena suerte, le entregó un billete de un dólar.
--Por esto no os voy a dar una bolsa -dijo Carl Kitchener, mirándolos con el, desprecio de quien está convencido de haberlo visto todo en este mundo, generalmente por duplicado-. No damos bolsas por compras de menos de cinco dólares.
--No i-i-importa, s-s-señor -dijo Bill.
--Y no os detengáis frente a mi tienda -indicó Kitchener-. A los dos les hace falta un buen corte de pelo.
Ya fuera, Bill dijo:
--¿N-notaste, Ri-Richie, que los m-m-mayores no te venden na-na-nada aparte de g-g-golosinas y rev-vistas si no te p-p-preguntan pa-para qué es?
--Cierto -dijo Richie.
--¿P-p-por qué será?
--Porque nos consideran peligrosos.
--¿S-s-sí? ¿Te p-p-parece?
--Sí -aseguró Richie y se echó a reír-. Quedémonos frente a la tienda. Nos levantaremos los cuellos, miraremos a la gente con aire sospechoso y nos dejaremos crecer el pelo.
--Vete a la m-m-m... -dijo Bill.

3.

--Bueno -dijo Ben, mirando los moldes-. Ahora...
Le hicieron un poco más de espacio, mirándolo con expresión esperanzada como mira al mecánico el dueño de un coche que no sabe nada de automóviles. Ben no reparó en esa expresión. Estaba concentrado en su trabajo.
--Alcanzadme esa bala -dijo-, y el soldador.

Bill le entregó una bala de mortero cortada en dos. Era un recuerdo de guerra que Zack había recogido en Alemania cinco días después de entrar con el ejército del general Patton. En otros tiempos, cuando Georgie aún llevaba pañales, se había utilizado en la casa como cenicero. Pero Zack había dejado de fumar y la bala de mortero había desaparecido. Bill la había encontrado en la parte trasera del garaje una semana antes.

Ben puso la bala de mortero en el torno, la ajustó y luego tomó el soldador de manos de Beverly. Sacó del bolsillo un dólar de plata y lo, dejó caer en el improvisado crisol. Sonó a hueco.

--Eso te lo dio tu padre, ¿verdad? -observó Beverly.

--Sí -dijo Ben-, pero no lo recuerdo muy bien.

--¿Estás seguro de que quieres usarlo para esto?

Él la miró con una sonrisa.

--Sí -contestó.

Y ella le devolvió la sonrisa. Para Ben fue suficiente. Si ella le hubiese sonreído dos veces, habría sido capaz de hacer balines de plata para matar a un pelotón de hombres-lobo.

--Bueno, manos a la obra. No hay problema. Es más fácil que andar a pie.

Todos asintieron, vacilantes.

Años después, al relatar todo eso, Ben pensaría: "Hoy en día cualquier niño podría ir a comprar un soldador de propano... siempre que su padre no tuviese uno en el taller."

Pero en 1958 las cosas no eran tan fáciles; Zack Denbrough tenía uno a gas que ponía nerviosa a Beverly. Ben se dio cuenta de que ella estaba nerviosa y quiso decirle que no se preocupara, pero temió que le temblara la voz.

--No te preocupes -dijo a Stan, de pie junto a ella.

--¿Eh? -se extrañó Stan, parpadeando.

--Que no te preocupes, digo.

--¡Pero si no estoy preocupado!

--Ah, me pareció. En todo caso, quería decirte que esto no es nada peligroso. Por si te preocupas.

-¿Te sientes bien, Ben?

--Perfectamente -murmuró él-. Dame las cerillas, Richie.

Richie se las dio. Ben hizo girar la válvula del gas y encendió un fósforo bajo la boca del soldador. Se oyó un ¡flump! y apareció un brillante fulgor azul y naranja. Ben graduó la llama hasta convertirla en un hilo azul y empezó a calentar la base de la bala de mortero.

--¿Tienes el embudo? -preguntó a Bill.

--Ten.

Bill le entregó un embudo que Ben había fabricado poco antes. El diminuto agujero de la base se ajustaba casi exactamente al de los moldes, y Ben lo había hecho sin tomar precauciones. Bill estaba asombrado, casi atónito, pero no sabía cómo expresarlo sin incomodar a su amigo.

Absorto en lo que estaba haciendo, Ben podía dirigirse a Beverly... y lo hizo con la precisión del cirujano que da órdenes a su enfermera.

--Bev, tú tienes el mejor pulso. Clava el embudo en el agujero. Usa uno de esos guantes para no quemarte.

Bill le entregó un guante de trabajo y Beverly puso el diminuto embudo en el molde. Nadie hablaba. El siseo del soldador parecía muy potente. Todos lo observaban entornando los ojos.

-E-e-espera -dijo Bill súbitamente.

Corrió a la casa y volvió un minuto después con un par de gafas oscuras envolventes, de poco precio, que llevaban más de un año languideciendo en un cajón de la cocina.

--Será me-mejor q-q-que te pon-que te pongas esto, Ben.

Ben las tomó con una gran sonrisa y se las puso.

--¡Caray, si parece Fabian! -exclamó Richie-. ¡O Frankie Avalon! ¡Cualquiera de los que salen en "Bandas de América"!

--Vete a la mierda, Bocazas -dijo Ben. Pero comenzó a reír a pesar de sí mismo. La idea de parecerse a Fabian o a alguno de ésos era muy extraña. Como la llama vaciló, dejó de reír y volvió a concentrarse.

Dos minutos después entregó el soldador a Eddie, que lo sujetó con timidez con la mano sana.

--Listo -dijo a Bill-. Dame el otro guante. ¡Rápido!

Bill se lo entregó. Ben se lo puso y sostuvo en la mano enguantada la bala de mortero, mientras hacía girar la manivela del torno con la otra.

--Sujétalo, Bev.

--Estoy lista, no te preocupes -respondió ella.

Ben inclinó el crisol sobre el embudo mientras los otros miraban; un chorrito de plata fundida fluyó entre ambos receptáculos. Ben vertía con precisión, sin desperdiciar una gota. Por un momento se sintió electrizado. Le parecía verlo todo aumentado por un fuerte resplandor blanco. Por ese único momento no se sintió Ben Hanscom, el gordo que usaba sudaderas, para disimular la barriga y las tetas; se sintió Thor, que fabricaba truenos y rayos en la forja de los dioses.

La sensación pasó de inmediato.

--Bueno -dijo-. Tendré que recalentar la plata. Que alguien ponga un clavo o algo así en el agujerito del embudo, antes de que los restos se endurezcan allí.

Stan lo hizo.

Ben sujetó otra vez la bala de mortero en el torno y tomó el soldador.

--Bien -dijo-; número dos.

Y volvió al trabajo.

4.

Diez minutos más tarde habían terminado.

--¿Y ahora? -preguntó Mike.

--Ahora pasamos una hora jugando al Monopoly -dijo Ben-, mientras la plata se endurece en los moldes. Después los abro con un cincel, a lo largo de las líneas de corte, y asunto terminado.

Richie echó una mirada inquieta a la cara resquebrajada de su reloj.

--¿A qué hora vuelven tus padres, Bill?

--D-d-diez, diez y m-m-media -dijo Bill-. Hay p-p-programa do-doble en el A-a-aa...

--Aladdin -completó Stan.
--Sí. Y después irán a c-c-comer pi-pizza. Casi siempre ha-ha-acen eso.
--Entonces tenemos tiempo de sobra -apuntó Ben.
Bill asintió.
--Vamos -propuso Bev-. Quiero llamar a mi casa. Lo prometí. Y no quiero que ninguno de vosotros hable. Mi padre cree que estoy en el Centro Cívico y que desde allí me llevarán a casa en coche.
--¿Y si quiere ir a buscarte más temprano? -preguntó Mike.
--Entonces me veré en un problema.
Ben pensó: "Yo te protegería, Beverly." En su imaginación se desplegó un sueño inmediato, con un final tan dulce que se estremeció. El padre de Bev empezaba a reñirla, le gritaba y todo eso (ni siquiera en su sueño lograba imaginar un enfado de Al Marsh). Ben se arrojaba delante de ella y le decía a Marsh que se marchase.
"Si quieres meterte en líos, gordo, sigue protegiendo a mi hija."
Hanscom, casi siempre tranquilo, podía convertirse en un tigre furioso cuando se enfadaba. Así que fue muy sincero con Al Marsh.
"Si quieres meterte con ella, tendrás que vértelas primero conmigo."
Marsh echaba a andar hacia él... pero el fulgor de acero que veía en los ojos de Hanscom lo detenía.
"Me las pagarás", murmuraba. Sin embargo, era evidente que había perdido las ganas de pelear. Después de todo, era sólo un tigre de papel.
"Lo dudo mucho", decía Hanscom, con una tensa sonrisa a lo Gary Cooper. Y el padre de Beverly se iba sigilosamente.
"¿Qué te pasó, Ben? -gritaba Bev, con los ojos brillantes, llenos de estrellas-. Parecías a punto de matarlo."
"¿Matarlo? -decía Hanscom, demorando en sus labios la sonrisa de Gary Cooper-. Ni pensarlo, nena. Aunque sea un gilipollas, sigue siendo tu padre. Podría haberlo maltratado un poco, pero sólo porque no soporto que nadie te levante la voz, ¿sabes?
Ella le echaba los brazos al cuello y lo besaba (en los labios, ¡"en los labios"!). "Te amo, Ben", sollozaba. Él sentía sus pechos pequeños firmemente apretados contra el torso y...
Se estremeció, descartando esa imagen brillante, terrible, con esfuerzo. Richie estaba en el marco de la puerta preguntándole si los acompañaba o no. Sólo entonces notó que estaba solo en el taller.
--Sí -dijo, con un pequeño sobresalto-, ya voy.
--Te estás volviendo senil, Ben -reprochó Richie, mientras lo veía acercarse a la puerta.
Pero le dio una palmada en el hombro. Ben sonrió y le rodeó brevemente el cuello con un brazo.

5.

No hubo problemas con el padre de Beverly. Había llegado a casa tarde después de trabajar, dijo la madre por teléfono. Se había quedado dormido frente

al televisor y sólo se había despertado el tiempo necesario para acostarse en la cama.
--¿Te traen a casa, Bevvie?
--Sí. El padre de Bill Denbrough nos llevará a unos cuantos.
La señora Marsh pareció súbitamente alarmada.
--No habrás salido con un chico, ¿verdad, Bev?
--No, por supuesto -dijo Bev, mirando por la arcada hacia el comedor donde los otros rodeaban el tablero de Monopoly. "Pero me gustaría que así fuera", pensó mientras agregaba-: Chicos, puajj. Lo que pasa es que aquí abajo todas las noches hay un padre o una madre que se encarga de llevar a los chicos a su casa.
Eso, al menos, era cierto. El resto era una mentira tan atroz que se ruborizó en la oscuridad.
--Bueno -dijo la madre-. Sólo quería estar segura. Porque si tu padre te pilla saliendo con muchachos a tu edad, se pondrá furioso. -Como si lo pensara mejor, agregó-: Y yo también.
--Sí, ya lo sé.
Bev seguía mirando hacia el comedor. Lo sabía, sí. Y allí estaba, no con un chico sino con seis, en una casa donde los padres habían salido. Vio que Ben la miraba, preocupado, y le esbozó una sonrisa. Él, aunque ruborizado, le devolvió el saludo.
--¿Estás con alguna de tus amigas?
"¿De qué amigas me hablas, mamá?"
--Eh, sí, está Patty O.Hara. Y creo que también Ellie Geiger. Está abajo, jugando al ping-pong.
La facilidad con que mentía la avergonzó. Habría preferido hablar con su padre; le habría dado más miedo, pero menos vergüenza. Eso debía significar que no era muy buena.
--Te quiero, mamá -dijo.
--Y yo a ti, Bev, -Su madre hizo una pausa antes de agregar-: Ten cuidado. En el diario dicen que puede haber otro caso. Ha desaparecido un chico llamado Patrick Hockstetter. ¿Lo conoces, Bevvie? Ella cerró los ojos por un instante.
--No, mamá.
--Bueno... adiós, cariño.
--Adiós.
Se reunió con los otros ante la mesa y jugaron al Monopoly durante una hora. Stan fue el ganador.
--Es que los judíos somos estupendos cuando se trata de hacer dinero -dijo Stan, mientras instalaba un hotel y dos grandes negocios en pleno centro-. Todo el mundo lo sabe.
--Jesús, hazme judío -dijo Ben.
Y todos rieron, porque Ben estaba casi en la quiebra.
De vez en cuando Beverly miraba a Bill, observando sus manos limpias, sus ojos azules, el fino pelo rojo. Mientras él movía el pequeño zapato plateado que usaba como marcador, pensó: "Si él me tomara la mano, me sentiría tan feliz que podría morir." En el pecho se le encendió, por un instante, una cálida luz. Sonrió en secreto, mirándose las manos.

6.

El final de la noche fue casi descorazonador. Ben tomó un cincel del estante y usó un martillo para golpear los moldes por las líneas de corte. Se abrieron con facilidad. Dos pequeñas bolas de plata cayeron a la mesa. En una de ellas se veía, vagamente, parte de una fecha: 925. En la otra, líneas onduladas que podían ser restos de la cabellera de la Libertad. Todos las miraron sin decir nada. Por fin, Stan tomó una.

--Bastante pequeña -observó.

--También lo era la piedra que David arrojó contra Goliat -apuntó Mike-. A mí me parecen poderosas. Ben se descubrió asintiendo. Él opinaba lo mismo.

--¿Tt-t-terminamos? -preguntó Bill.

--Terminamos -confirmó Ben-. Toma.

Y arrojó el segundo balín a Bill, sorprendiéndolo tanto que el chico estuvo a punto de dejarlo pasar.

Los balines circularon de mano en mano. Cada uno de ellos los observó de cerca, maravillándose ante su redondez, su peso, su misma existencia. Cuando volvieron a Ben, los retuvo en la mano mirando a Bill.

--¿Qué hacemos con ellos?

--Dá-dáselos a B-beverly.

--¡No!

La miró con amabilidad, pero severo.

--B-b-bev, ya he-hemos discut-t-tido esto y...

--Yo lo haré -aseguró ella-. Dispararé la honda cuando llegue el momento. Si llega. Probablemente provocaré que "Eso" nos mate a todos, pero lo haré. Eso sí: no quiero llevarlas a casa. Cualquiera de mis

("mi padre")

padres podría encontrarla. Y me armarían un escándalo.

--¿No tienes ningún escondrijo? -preguntó Richie-. Yo tengo cuatro o cinco.

--Tengo uno -dijo Beverly. Había una pequeña ranura en el fondo de su cama, donde a veces escondía cigarrillos, historietas y, recientemente, revistas de cine y de modas-. Pero nada seguro para este caso. Guárdalas tú, Bill. Al menos, hasta que llegue el momento.

--Está bien -aceptó él. En ese momento, unas luces iluminaron el camino de entrada-. Jolín, lle-llegan t-temprano. S-s-salgamos de a-aquí.

Acababan de sentarse otra vez alrededor del tablero cuando Sharon Denbrough abrió la puerta de la cocina. Richie puso los ojos en blanco e hizo ademán de secarse la frente. Los otros rieron con ganas. Richie acababa de hacer un buen chiste.

La madre entró un momento más tarde.

--Tu padre está esperando en el coche para llevar a tus amigos, Bill.

--Bu-bu-bueno, mamá -dijo él-. Ya t-t-terminá-bamos.

--¿Quién ganó? -preguntó Sharon, sonriendo a los amiguitos de su hijo con ojos brillantes.

"La niña será muy bonita -pensó-. Probablemente dentro de uno o dos años no podremos dejarlos solos si hay niñas en el grupo. Pero por el momento es demasiado pronto para que el sexo despierte."

--Ga-ganó St-Stan -dijo Bill-. Los ju-judíos son estu-estupendos cuando s-s-se trata de hacer d-d-di-nero.

--¡Bill! -exclamó ella, horrorizada y enrojeciendo.

Y tuvo que mirarlos a todos, asombrada, porque estaban aullando de risa, incluido Stan. El asombro se convirtió en algo parecido al miedo (aunque nada de eso diría a su marido más tarde, en la cama). En el aire había una sensación de electricidad estática, sólo que mucho más poderosa y atemorizante. Tuvo la impresión de que si tocaba a cualquiera de esos niños recibiría una tremenda descarga.

"¿Qué les ha pasado?", pensó, espantada. Tal vez hasta abrió la boca para decir algo así. Pero Bill ya estaba pidiendo disculpas, aunque con un fulgor travieso en los ojos, y Stan aseguraba que no importaba, que era sólo un chiste. Y ella se sintió demasiado confundida. Prefirió no decir nada.

De cualquier modo, fue un alivio que aquellos chicos se fueran y que su propio hijo, aquel desconcertante tartamudo, subiera a su cuarto y apagara la luz.

7.

El día en que el Club de los Perdedores se encontró finalmente con "Eso", en combate cuerpo a cuerpo, el día en que "Eso" estuvo a punto de destripar a Ben Hanscom, fue el 25 de julio de aieh. Fue un día caluroso, húmedo y tranquilo. Ben recordaba claramente el clima: la última jornada de calor. A partir de entonces se había instalado una temporada fresca y nubosa.

Llegaron al 29 de Neibolt Street a eso de las diez de la mañana. Bill llevaba a Richie en "Silver"; Ben mostraba sus amplias nalgas a ambos lados del vencido asiento de su Raleigh. Beverly bajó por Neibolt con su Schwinn de mujer, con el pelo rojo apartado de su frente por una banda verde. Mike llegó solo. Unos cinco minutos después, aparecieron Stan y Eddie, caminando.

--¿C-c-cómo está tu bra-brazo, E-eeddie?

--Oh, más o menos. Me duele cuando me vuelvo de ese lado, dormido. ¿Has traído todo?

En el cestillo de "Silver" había un envoltorio de lona. Bill lo sacó para desplegarlo y entregó el tirachinas a Beverly, que lo tomó con una pequeña mueca, en silencio. También había allí una cajita de lata para pastillas de menta. Bill la abrió, mostrando los dos balines de plata. Todos los miraron en silencio agrupados en el raído prado de la casa donde sólo parecían crecer hierbas malas. Bill, Richie y Eddie conocían ya ese lugar; los otro observaban con curiosidad.

"Las ventanas parecen ojos -pensó Stan. Y su mano buscó el librito que tenía en el bolsillo trasero tocándolo como para que le diese buena suerte. Llevaba ese libro consigo a casi todas partes; era la "Guía de pájaros norteamericanos", de M. K. Handy-. Parecen ojos sucios y ciegos."

"Hiede -pensó Beverly-. Lo huelo, pero no con la nariz exactamente."

Mike pensó: "Es como aquella vez en la fundición. Tiene el mismo ambiente... como si nos dijera que entremos."
Ben pensó: "Ésta es una de las guaridas de "Eso", sí. Como los agujeros Morlock, por donde entra. y sale. Y "Eso" sabe que estamos aquí. Espera que entremos."
--¿E-estáis se-seguros de que-de querer entrar? -preguntó Bill.
Todos lo miraron, pálidos y solemnes. Nadie dijo que no. Eddie sacó el inhalador del bolsillo y se aplicó un buen disparo.
--Dame un poco -dijo Richie.
Eddie lo miró, sorprendido, esperando el chiste.
Richie tendió la mano.
--No es broma. ¿Me das un poco?
Su amigo encogió el hombro sano, con un movimiento extrañamente descoyuntado, y le pasó el inhalador. Richie lo hizo funcionar y aspiró profundamente.
--Me hacía falta -dijo, devolviéndoselo. Tosió un poco, pero sus ojos estaban serenos.
--¿Puedo yo también? -preguntó Stan.
Así, uno tras otro, usaron el inhalador de Eddie. Cuando el medicamento volvió a su dueño, Eddie lo guardó en el bolsillo trasero de donde sobresalía el pico. Todos se volvieron para mirar la casa.
--¿Vive alguien en esta calle? -preguntó Beverly en voz baja.
--En esta parte ya no -respondió Mike-. Sólo los vagabundos que permanecen por un tiempo y luego se van en los trenes de carga.
--Ellos no ven nada -comentó Stan-. Están a salvo. En su mayoría, al menos. -Miró a Bill-. ¿Crees que los adultos pueden ver a "Eso", Bill?
--N-n-no lo sé. A-a-alguien debe de ha-haber.
--Ojalá conociéramos a alguien -murmuró Richie, ceñudo-. Esto no es trabajo para chicos, ¿no os parece?
Bill estaba de acuerdo. Cuando los hermanos Hardy se metían en líos, allí estaba Fenton Hardy para sacarlos. Lo mismo ocurría con Hartson, el padre de Rick Brant, y hasta Nancy Drew tenía un padre que aparecía al instante si los malos la arrojaban, maniatada, a una mina desierta o algo por el estilo.
-Tendría que haber algún adulto con nosotros -prosiguió Richie, mirando la casa cerrada, de pintura desconchada, ventanas sucias y porche oscuro.
Suspiró, cansado, y Ben sintió, que por un momento, la decisión general vacilaba. Por fin, Bill dijo:
--Va-va-vamos a ech-char un vist-ttazo. Mi-mi-mirad.
Caminaron hasta el lado izquierdo del porche donde el enrejado estaba suelto. Los rosales desmandados aún estaban allí... y aquellos que el leproso de Eddie había tocado al salir seguían negros y marchitos.
--¿Con sólo tocarlos los dejó así? -preguntó Beverly, horrorizada.
Bill asintió.
--¿E-e-estáis todos s-s-seguros?
Por un momento no hubo respuesta. Ninguno estaba seguro, aunque sabían, por la expresión de Bill, que él era capaz de entrar sin ellos. Además, en la cara

del líder había cierto embarazo. Como les había dicho anteriormente, George no había sido hermano de ellos.

"Pero todos los otros chicos -pensó Ben-: Betty Ripson, Cheryl Lamonica, ese chico de los Clements, Eddie Corcoran, tal vez, Ronnie Grogan... hasta Patrick Hockstetter. Eso mata a los chicos, mierda."

--Iré, Gran Bill -dijo.

--Claro, joder -repuso Beverly.

--Seguro -dijo Richie-. ¿O crees que vamos a perdernos la diversión, so capullo?

Bill los miró, con la garganta cerrada. Luego hizo un gesto de asentimiento y entregó a Beverly la caja de lata.

--Y tú, Bill, ¿estás seguro?

--Se-se-seguro.

Ella asintió, horrorizada por la responsabilidad y encantada por su confianza. Abrió la cajita, sacó las municiones y guardó una en el bolsillo delantero de sus pantalones. Puso la otra en la honda de goma del Bullseye y cerró la mano. Sentía la bolita bien apretada contra su puño; aunque fría al principio, se iba entibiando lentamente.

--Vamos -dijo con voz no demasiado firme-. Vamos, antes de que me arrepienta.

Bill hizo un gesto de asentimiento y clavó la mirada, en Eddie.

--¿Po-po-p-podrás, E-e-eddie?

El chico asintió.

--Por supuesto. La última vez estaba solo. Esta vez estoy con mis amigos, ¿me explico?

Los miró, sonriendo. Su expresión era tímida, frágil y muy hermosa.

Richie le dio una palmada en la espalda.

--Así me gusta, señorrr. Si alguien quiere robarrrle el inhaladorrr, lo matamos lenta y dolorrrosamente.

--Qué mal te sale el tono alemán, Richie -sonrió Bev.

--Deb-debajo del p-p-porche -dijo Bill-. Se-se-guidme todos. Después, al s-s-sótano.

--Si tú vas delante y esa cosa salta sobre ti, ¿qué hago? -preguntó Beverly-. ¿Disparo a través de ti?

--Sí, si es n-n-necesario. P-p-pero su-sugiero q-q-que trates pri-primero de dar la vu-vuelta.

Richie rió nerviosamente.

--R-r-revis-revisaremos toda la c-ccasa, s-s-si hace f-f-falta. -Bill se encogió de hombros-. Q-q-quizá no haya n-n-nada.

--¿Te parece? -preguntó Mike.

--No -dijo Bill-. "Es-s-so" está a-a-aquí.

Ben también estaba seguro. La casa de Neibolt Street parecía envuelta en un vaho letal. No estaba a la vista, pero se lo podía percibir. Se humedeció los labios con la lengua.

--¿Li-listos? -preguntó Bill.

Todos se volvieron para mirarle.

--Listos, Bill -dijo Richie.

--V-v-vamos. Síg-sígueme de ce-cerca, B-beverly.

Se dejó caer de rodillas y avanzó a rastras por entre los rosales marchitos hasta meterse debajo del porche.

8.

Entraron por este orden: Bill, Beverly, Ben, Eddie, Richie, Stan y Mike.

Las hojas, debajo del porche, crepitaban dejando escapar un olor viejo y agrio. Ben arrugó la nariz. ¿Alguna vez había percibido ese olor en las hojas muertas? Estaba seguro de que no. Y entonces lo asaltó una idea desagradable. Esas hojas olían como debían de oler las momias un momento después de que el arqueólogo abriese el ataúd: a polvo y a amargo ácido tánico.

Bill había llegado a la ventana rota del sótano y estaba mirando hacia dentro. Beverly se arrastró hasta su lado.

--¿Ves algo?

Bill sacudió la cabeza.

--P-p-pero eso n-n-no qui-quiere decir n-n-nada. M-m-mira: ahí est-t-tá el carbón p-p-por donde salimos Ri-RiRichie y yo.

Ben, que miraba por entre ambos, vio el carbón. Además del susto, sentía cierta excitación que recibió de buen grado al reconocerla instintivamente como arma. Ese montón de carbón era una señal distintiva en el paisaje, que uno sólo conocía por libros o por conversaciones ajenas.

Bill giró en redondo y se deslizó por la ventana. Beverly entregó el tirachinas a Ben plegándole los dedos sobre la honda y la bolita acurrucada en ella.

--Dámela en cuanto llegue abajo -le pidió-. Inmediatamente.

--Entendido.

Ella se dejó caer con agilidad. Para Ben, por lo menos, hubo un instante deslumbrador cuando los faldones de la blusa se le escaparon de los vaqueros, descubriendo un vientre blanco y plano. También la emoción de sentir sus manos al recibir el Bullseye.

--Ya la tengo. Baja tú.

Ben giró en redondo y empezó a retorcerse para pasar por la ventana. Habría debido prever lo que ocurrió de inmediato; era casi inevitable que se atascara. Su trasero chocó con el marco de la ventana y no le permitió avanzar más. Trató de salir y se dio cuenta, horrorizado, de que podía ir hacia fuera, pero con grave peligro de que los pantalones (y quizá también los calzoncillos) se le bajaran hasta las rodillas. Y allí quedaría, con su enorme trasero prácticamente en la cara de su amada.

--¡Date prisa! -dijo Eddie.

Ben tironeó ceñudamente con ambas manos. Por un momento le fue imposible moverse, pero al fin sus posaderas atravesaron el agujero. Los vaqueros le ciñeron dolorosamente las ingles estrujándole los testículos. La parte alta de la ventana le enroscó la camisa hasta los omóplatos. Ahora era la barriga lo que le impedía seguir.

--Húndela, Ben -dijo Richie entre risitas histéricas-. Si no la hundes, tendremos que enviar a Mike por el tractor de su padre para sacarte de ahí.

--Bip-bip, Richie -dijo Ben, apretando los dientes.

Hundió el estómago tanto como pudo, luchando contra el pánico y la claustrofobia. Su cara se había puesto roja, brillante de sudor. El agrio olor de las hojas seguía en su nariz, sofocante.

--¡Bill! ¿No podéis tirar de mí?

Sintió que Bill lo sujetaba por un tobillo y Beverly por el otro. Volvió a hundir el estómago Y. un momento después, caía a tumbos por la ventana. Bill lo sostuvo y ambos estuvieron a punto de caer. Ben no se atrevía a mirar a la chica. Nunca en su vida se había sentido tan avergonzado como en ese momento.

--¿E-e-estás bien, tío?

--Sí.

Bill soltó una risa temblorosa. Beverly le imitó y un momento después Ben también pudo reír un poco, aunque pasarían años antes de que pudiese ver algo remotamente divertido en lo que acababa de ocurrir.

--¡Eh! -llamó Richie desde arriba. Eddie necesita ayuda.

--Va-vale -dijo Bill.

Él y Ben se colocaron bajo la ventana. Eddie entró deslizándose sobre la espalda. Bill le cogió las piernas por encima de las rodillas.

--Cuidado -pidió el chico con voz quejumbrosa y asustada-. Tengo cosquillas.

--Ramón tiene cosquillas, señorrr -anunció la voz de Richie, convertida en la de Pancho Villa,

Ben sujetó a Eddie por la cintura tratando de no tocar el yeso ni el cabestrillo. Entre él y Bill lograron pasar a Eddie por la ventana del sótano como si se tratara de un cadáver. Eddie soltó un grito, pero eso fue todo.

--¿E-e-eddie?

--Sí -dijo el chico-. Está bien. No hay problema.

Pero de la frente le brotaban grandes gotas de sudor y respiraba con alientos breves, rápidos. Sus ojos recorrieron el sótano.

Bill volvió a retroceder. Beverly estaba a poca distancia, con el tirachinas listo para disparar en caso necesario. Sus ojos no dejaban de escrutar el sótano. Richie bajó a continuación seguido por Stan y Mike. Todos ellos se movían con una suave gracia que Ben les envidió. Por fin estuvieron todos en el sótano donde Bill y Richie habían visto a "Eso" sólo un mes antes.

La habitación estaba en penumbras, pero no a oscuras. Por las ventanas se filtraba una luz crepuscular que formaba charcos en el sucio suelo. El sótano pareció muy grande a los ojos de Ben, casi demasiado grande, como si estuviese presenciando algún tipo de ilusión óptica. Por arriba se entrecruzaban vigas polvorientas. Las tuberías de la caldera estaban herrumbradas. Una especie de trapo blanco, polvoriento, pendía de los caños de agua en mugrientos cordeles. El olor se percibía también allí abajo, un olor amarillo, sucio. Ben pensó: ""Eso" está aquí, sin duda. Desde luego que está."

Bill echó a andar hacia la escalera y los otros lo siguieron. Se detuvo ante el primer escalón para mirar abajo. Metió el pie y sacó algo. Todos miraron aquel objeto sin decir palabra: era un guante blanco de payaso, ya sucio de polvo.

--A-a-arriba -ordenó.

Al subir, salieron a una cocina mugrienta. Había una sola silla, de respaldo recto, en el centro del linóleo irregular. Era todo el mobiliario. En un rincón se amontonaban botellas de vino vacías. Ben vio otras en la despensa. Allí se olía a

alcohol y a cigarrillos rancios. Ésos eran los olores que dominaban, pero el otro olor también estaba allí, cada vez más fuerte.

Beverly se acercó a los armarios y abrió uno. De inmediato soltó un grito penetrante: una rata de color negro pardusco le saltó casi a la cara. Cayó en la mesa y los fulminó a todos con sus ojos negros. Beverly, sin dejar de gritar, levantó el tirachinas y tensó la honda.

--¡No! -rugió Bill.

Ella se volvió para mirarlo, pálida y aterrorizada. Luego hizo un gesto de asentimiento y aflojó el brazo sin haber disparado. Pero Ben comprendió que había estado a punto de hacerlo. La chica retrocedió lentamente, tropezó con Ben y dio un respingo. Él la rodeó con un brazo, estrechándola.

La rata se escabulló por la mesa hasta el extremo, saltó al suelo y desapareció por la despensa.

--Quería hacerme disparar -dijo Beverly con voz débil-. Que usara una de nuestras dos únicas municiones

--Sí -confirmó Bill-. Es c-c-como ese c-c-campo de ad-diestramiento del FBI. T-t-te hacen ca-caminar p-p-por una c-c-calle de d-d-decorado, por d-ddonde salen b-blancos. Si di-disparas contra la g-g-gente hon-honrada y no sólo c-c-contra los ma-maleantes, pipierdes p-p-puntos.

--No puedo hacerlo, Bill -dijo ella-. Voy a arruinarlo todo. Toma. Llévalo tú.

Le tendía el Bullseye, pero Bill sacudió la cabeza.

--D-d-debes ser tú, Beverly.,

En otro de los armarios se oyó una especie de maullido.

Richie se acercó.

--¡No te acerques demasiado! -exclamó Stan-. Podría...

Richie echó una mirada dentro y se volvió con expresión de asco. El golpe con que cerró el armario produjo un eco muerto en la casa vacía.

--Una camada de ratas. -Parecía enfermo-. La más grande que he visto. Tal vez la más grande del mundo. -Se frotó la boca con el dorso de la mano-. Hay cientos de crías allí dentro. Las colas... tienen las colas enredadas, Bill. Como atadas. -Hizo una mueca-. Como serpientes.

Todos miraron la puerta del armario; el chillido era apagado pero audible. "Ratas -pensó Ben, mirando la cara pálida de Bill, la cenicienta de Mike-. Todo el mundo teme a las ratas. Y "Eso" también lo sabe.

--V-Vamos -dijo Bill-. Aquí, e-een Nei-neibolt Street, la div-diversión nunca se ac-acaba.

Siguieron por el vestíbulo delantero. Allí se entremezclaban los desagradables olores a yeso podrido y orina rancia. Por los vidrios sucios pudieron echar un vistazo a la calle y ver sus bicicletas. Las de Bev y Ben estaban erguidas sobre sus soportes. La de Bill, apoyada contra un tronco de arce. A Ben le pareció que las bicicletas estaban a mil kilómetros de distancia, como si las viera por un telescopio al revés. La calle desierta, con sus escasos parches de asfalto, el cielo húmedo y desteñido, el "ding-ding-ding" de una locomotora que se desviaba por una vía lateral, todas esas cosas le parecían sueños, alucinaciones. Lo real era ese escuálido vestíbulo con sus hedores y sus sombras.

En un rincón había un montón de fragmentos pardos: una botella de cerveza rota.

En otro, mojada y henchida, una revista con fotografías de mujeres. La chica de la portada se inclinaba sobre una silla con la falda recogida, mostrando la parte alta de sus medias de red y sus bragas negras. La foto no era especialmente sexy, en opinión de Ben; tampoco le molestó; que Beverly la viera. La humedad había dado un color amarillento a la piel de la mujer y llenado de arrugas la superficie de su cara. Su mirada salaz se había convertido en la mueca libidinosa de una prostituta muerta.

(Años después, mientras Ben relataba esto, Bev gritó súbitamente, sobresaltando a todos, que no se limitaban a escuchar el relato sino que estaban reviviendo el episodio: "¡Era ella! ¡La señora Kersh! ¡Era ella!")

Ante los ojos de Ben, la vieja-joven de la revista guiñó el ojo y meneó el trasero en una lasciva invitación.

Frío, pero sudando, Ben apartó la vista.

Bill abrió una puerta a la izquierda y todos lo siguieron a una gran habitación que, antiguamente, podía haber sido la sala. De la lámpara pendía un arrugado par de pantalones verdes. Como el sótano, esa habitación parecía demasiado grande, casi tan larga como un vagón de carga, demasiado para una casa tan pequeña como parecía desde fuera...

"Oh, pero eso era fuera", dijo una voz nueva dentro de su mente, una voz jocosa y chillona. Ben tuvo la súbita certeza de estar oyendo a Pennywise en persona; Pennywise le estaba hablando por algún descabellado aparato de radio mental. "Fuera las cosas siempre parecen más pequeñas de lo que son, ¿verdad, Ben?"

--Vete -susurró.

Richie se volvió a mirarlo, pálido y tenso.

--¿Has dicho algo?

Ben sacudió la cabeza. La voz había desaparecido. Eso era lo importante. Sin embargo

("fuera")

había comprendido. Esa casa era un sitio especial, una especie de estación, uno de los muchos lugares de Derry por donde "Eso" encontraba su salida al mundo superior. Esa casa maloliente y podrida en la que todo estaba mal. No sólo porque parecía demasiado grande: también los ángulos estaban mal y la perspectiva no tenía sentido. Ben estaba de pie junto a la puerta que se abría entre la sala y el vestíbulo, mientras los otros se alejaban de él por un espacio que, de pronto, le pareció tan amplio como el parque Bassey. Sin embargo, a medida que se alejaban, parecían tornarse más grandes en vez de más pequeños. El suelo se arqueaba hacia abajo y...

Mike se volvió y llamó:

--¡Ben!

Ben vio la alarma en su rostro.

--¡Acércate! ¡Te estás quedando atrás!

Apenas si oyó esa última palabra. Se distanciaba, como si los otros se estuviesen alejando en un tren expreso.

Súbitamente aterrorizado, echó a correr. Detrás de él, la puerta se cerró con un ruido ahogado. Gritó... y algo pareció barrer el aire a sus espaldas agitándole la camisa. Miró atrás, pero no había nada. Eso no alteró su convencimiento de que algo había pasado por allí.

Alcanzó a los otros, jadeando, sin aliento. Habría jurado que -acababa de correr un kilómetro, pero cuando miró atrás, la pared opuesta del vestíbulo estaba apenas a tres metros.
Mike le apretó el hombro con tanta fuerza que le hizo daño.
--Me has asustado, tío -dijo. Richie, Stan y Eddie lo miraban interrogativamente-. Se le veía "pequeño" -dijo Mike-. Como si estuviese a un kilómetro de distancia.
--¡Bill!
Bill se volvió a mirarlo.,
--Tenemos que asegurarnos de que nadie se aparta -jadeó Ben-. Esta casa... es como la casa embrujada de los parques de diversiones o algo así. Nos perderemos. Creo que "Eso" quiere que nos perdamos. Que nos separemos.
Bill lo miró con los labios apretados.
--E-está bien -dijo-. To-to-todos unidos. N-n-nada de sep-separarse.
Todos asintieron, asustados, arracimados contra la pared del vestíbulo. La mano de Stan buscó a tientas el libro de los pájaros en el bolsillo trasero. Eddie tenía su inhalador en la mano, apretando y soltando, apretando y soltando, como un alfeñique dedicado a aumentar sus músculos con una pelota de tenis.
Bill abrió la puerta y se encontró con otro vestíbulo más estrecho. El empapelado, que tenía un estampado de rosas y elfos con gorros verdes, se estaba desprendiendo del yeso esponjoso. Las manchas amarillas de la humedad esparcían anillos seniles en el cielo raso. Un chorro de luz mohosa entraba por una ventana sucia, en el otro extremo.
De pronto, el corredor pareció alargarse. El cielo raso se elevó y empezó a estrecharse sobre ellos como un extraño cohete. Las puertas crecieron hacia arriba, alargadas como caramelo blando. las caras de los elfos se volvieron largas y extrañas; sus ojos eran agujeros negros y sangrantes.
Stan soltó un grito y se llevó las manos a los ojos.
--¡N-no no es re-real! -gritó Bill.
--¡Sí que es real! -aulló Stan, hundiendo sus pequeños puños contra los ojos-. ¡Es real y tú lo sabes, por Dios, me estoy volviendo loco, esto es una locura, esto es una locura...!
--¡Mi-mi-mira! -vociferó Bill.
Y todos ellos (Ben con la cabeza dándole vueltas) vieron que Bill se agachaba, enroscándose, y se arrojaba súbitamente hacia arriba. Su puño cerrado golpeó contra nada, absolutamente nada, pero se oyó un fuerte ruido de rotura. El yeso cayó de un lugar donde ya no había cielo raso... y de pronto lo vieron. El pasillo volvió a ser un pasillo, estrecho, sucio, de techo bajo, pero cuyas paredes ya no se estiraban hacia la eternidad. Bill los miraba, frotándose la mano lastimada, harinosa de yeso. Arriba se veía la clara marca dejada por su puño.
--N-n-no es re-real -dijo a todos-. S-s-sólo una fa-f-fachada f-f-falsa.
--Para ti, tal vez -dijo Stan sombríamente.
Su rostro mostraba espanto y horror. Miró en derredor, como si ya no supiera dónde estaba. Al percibir el hedor agrio que rezumaban sus poros, Ben, que se había alegrado demasiado por la victoria de Bill, volvió a asustarse. Stan estaba a punto de derrumbarse. Pronto se pondría histérico y volvería a gritar. Y entonces ¿qué pasaría?

--Para ti -repitió Stan-. Pero si yo hubiese intentado eso, no habría pasado nada. Porque... tú tienes a tu hermano, Bill, pero yo no tengo nada.

Recorrió el entorno con la vista: primero el salón, que había cobrado una tonalidad parda, sombría, tan densa y neblinosa que apenas se veía la puerta por donde habían entrado. Luego, el pasillo, iluminado pero también oscuro, también mugriento, también completamente inverosímil. Los elfos hacían cabriolas en el papel podrido bajo las rosas. El sol refulgía en los vidrios de la ventana, en el extremo del pasillo. Y Ben comprendió que si llegaban hasta allí encontrarían moscas muertas... más vidrios rotos ¿y qué más? ¿Las tablas del suelo separadas para hacerlos caer a una mortal oscuridad donde esperaban dedos codiciosos? Stan tenía razón: ¿cómo se les había ocurrido entrar en su guarida sin más protección que dos ridículos balines de plata y un inútil tirachinas?

Vio que el pánico de Stan saltaba de uno a otro, como un incendio de prados arrastrado por el viento. Se ensanchó en los ojos de Eddie, abrió la boca de Bev en una exclamación herida, hizo que Richie se ajustara las gafas con ambas manos para mirar alrededor como si temiera encontrarse con un enemigo pisándole los talones.

Temblaban, al borde de huir atropelladamente. Casi habían olvidado la recomendación de Bill de no separarse. Escuchaban al pánico que, con la fuerza de un vendaval, aullaba entre sus oídos. Como en un sueño, Ben oyó la voz de la señorita Davies, la ayudante de biblioteca, que leía a los pequeños: "¿Quién camina, "trip-trap", sobre mi puente?" Y los vio, vio a los niños inclinados hacia adelante, silenciosos y solemnes, reflejando en los ojos la eterna fascinación del cuento de hadas: ¿Sería el monstruo derrotado... o se los comería?

--¡Yo no tengo nada! -gimió Stan Uris. Parecía muy pequeño, casi tanto como para escurrirse entre las rendijas del suelo, como una carta humana-. ¡Tú tienes a tu hermano, tío, pero yo no tengo nada.!

--¡S-s-sí ti-ti-tienes! -chilló Bill.

Aferró a Stan y Ben y gimió mentalmente: "No, Bill, por favor, así actuaría Henry, si actúas así "Eso" nos matará a todos ahora mismo."

Bill hizo girar a Stan con mano ruda y le arrancó el librito del bolsillo trasero.

--¡Dame eso! -vociferó Stan, echándose a llorar.

Los otros, asustados, se apartaron de Bill, cuyos ojos parecían despedir llamas. Su frente relumbraba como una lámpara. Presentó el libro a Stan como un sacerdote presenta la cruz a un vampiro.

--T-t-tienes tus pa-p-p-p-pa...

Giró la cabeza hacia arriba con los tendones del cuello salientes, la nuez como una punta de flecha clavada en su garganta. Ben estaba lleno de miedo y piedad por su amigo Bill Denbrough, pero también experimentaba una fuerte sensación de maravilloso alivio. ¿Cómo había dudado de Bill? ¿Cómo había podido alguno de ellos dudar de Bill? "Oh, Bill, dilo, por favor, ¿no puedes decirlo?"

Y Bill, de algún modo, lo dijo:

--Tienes tus pa-pa-pa-p... ¡"Pájaros"!

Arrojó el libro a Stan. El niño judío lo tomó mirando a Bill sin decir palabra. En las mejillas le relucían las lágrimas. Apretó el libro hasta que los dedos se le pusieron blancos. Bill lo miró. Luego miró a los otros.

--V-v-vamos -ordenó.

--¿Crees que los pájaros servirán de algo? -preguntó Stan en voz baja y ronca.
--En la torre-depósito te sirvieron, ¿no? -apuntó Bev.
Stan la miró, inseguro. Richie le dio una palmada en el hombro.
--Vamos, Stan, amigo -lo alentó-. ¿Eres hombre o ratón?
--Debo de ser hombre -respondió Stan, tembloroso, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano-. Que yo sepa, los ratones no se cagan en los pantalones.
Rieron, y Ben habría jurado que la casa se apartaba de ellos, de ese sonido alegre. Mike giró.
--Esa habitación grande, la que dejamos atrás. ¡Mirad!
Miraron. El salón estaba ya casi negro. No era humo, no era gas; sólo negrura, una negrura casi sólida. El aire había sido privado de su luz. La negrura parecía rodar y doblarse ante sus miradas, casi coagulada en rostros.
--V-v-vamos.
Volvieron la espalda a lo negro y siguieron caminando por el pasillo. Había tres puertas en él: dos con sucios pomos de porcelana blanca; la tercera, con un simple agujero donde hubiera debido estar el pomo. Bill hizo girar el picaporte y empujó para abrir. Bev, pegada a él, levantó el Bullseye.
Ben retrocedió, consciente de que los otros estaban haciendo lo mismo, agrupándose detrás de Bill como perdices asustadas. Aquello era un dormitorio; estaba vacío. Sólo había un colchón manchado. Los herrumbrados fantasmas de los alambres en espiral, que formaban un somier desaparecido mucho tiempo atrás, habían quedado tatuados en el pellejo amarillo del colchón. Ante la única ventana, se balanceaban los girasoles.
--No hay nada... -comenzó Bill.
Y entonces el colchón empezó a inflarse y a desinflarse, rítmicamente. De pronto se desgarró por el medio dejando escapar un líquido negro, pegajoso, que manchó el relleno y corrió por el suelo hacia la puerta en largos cordones.
--¡Cierra, Bill! -gritó Richie. ¡Cierra esa maldita puerta!
Bill cerró de un portazo y miró a sus compañeros, asintiendo.
--Vamos.
Apenas había tocado el pomo de la segunda puerta, al otro lado del estrecho pasillo, empezó a sonar aquel alarido zumbante detrás de la madera barata.

9.

Hasta Bill retrocedió ante ese grito agudo, inhumano. Ben tuvo la sensación de que aquel ruido podía volverlo loco; imaginó un grillo gigantesco detrás de la puerta, como en esas películas donde la radiactividad hace crecer a todos los bichos. No habría podido correr, aunque ese espanto zumbador hubiese astillado los paneles de la puerta para acariciarlo con sus grandes patas peludas. Notó que, junto a él, Eddie respiraba con jadeos dificultosos.
El grito creció en intensidad sin perder su cualidad de insecto. Bill retrocedió un paso más. Su cara ya no tenía sangre. Bajo los ojos abultados, los labios eran sólo una cicatriz purpúrea.
--¡Dispara, Beverly! -se oyó gritar Ben-. ¡Dispara a través de la puerta! ¡Dispara antes de que nos atrape!

El sol caía por la sucia ventana del extremo con un peso febril.
Beverly levantó el Bullseye como si estuviese dormida, mientras el grito se hacía más alto, más alto...
Pero antes de que ella pudiese tensar la honda, Mike gritó:
--¡No! ¡No! ¡No tires, Bev! Jolín, cómo no me di cuenta...
Increíblemente, Mike estaba riendo. Se adelantó para abrir la puerta de un fuerte empujón. La madera se desprendió de la jamba hinchada con un ruido chirriante.
--¡Es un silbador! ¡Un simple silbador para espantar a los cuervos!
La habitación estaba vacía. En el suelo había una lata con ambos extremos cortados. En el medio tenía un trozo de cordel encerado, bien tenso y anudado contra los agujeros perforados en la lata. Aunque en la habitación no había brisa alguna (la única ventana estaba cerrada y cubierta con tablas puestas al azar, por donde pasaban ranuras de luz) no cabía duda de que el zumbido provenía de la lata.
Mike se acercó a ella y le soltó una patada. El zumbido cesó de inmediato mientras la lata iba a parar a un rincón.
--Sólo un silbador para alejar a los cuervos -explicó a los otros, como excusándose-. No es nada. Sólo un truco barato. Pero yo no soy un cuervo. -Miró a Bill, aún sonriente-. Todavía tengo miedo a "Eso", creo que a todos nos da miedo. Pero "Eso" también nos teme a nosotros. Sabes, creo que "Eso" está muy asustado.
Bill asintió.
--Pi-pi-pienso lo mmmmismo.
Se acercaron a la última puerta del pasillo. Bill pasó el dedo por el agujero donde hubiese debido estar el picaporte. En ese momento, Ben comprendió que allí terminaría todo; detrás de esa puerta no había triquiñuelas. El olor era más potente y también la mareante sensación de dos fuerzas opuestas que se arremolinan en torno a ellos. Echó un vistazo a Eddie, que tenía un brazo en cabestrillo y la mano sana ocupada con el inhalador. Miró a Bev, que estaba al otro lado, muy pálida, sujetando el tirachinas en alto como si fuese un hueso de la suerte. Pensó: "Sí tenemos que huir trataré de protegerte, Beverly, lo juro."
Ella debió de captar su pensamiento, porque giró hacia él y esbozó una sonrisa tensa. Ben se la devolvió.
Bill empujó la puerta. Los goznes pronunciaron un grito sordo y quedaron en silencio. Era un retrete... pero allí había algo raro. "¿Qué han roto aquí adentro? -fue cuanto Ben pudo pensar al principio-. Esto no fue una botella de vino."
Había fragmentos blancos sembrados por doquier. Por fin, Ben lo comprendió. Era la demencia que lo coronaba todo. Se echó a reír, y Richie le imitó.
--Alguien se tiró aquí la madre de todas las pedorretas -dijo Eddie.
Mike rió asintiendo con la cabeza. Stan sonreía. Sólo Bill y Beverly permanecían muy serios.
Los trocitos blancos sembrados por toda la habitación eran fragmentos de porcelana: el inodoro había estallado. El depósito, como borracho, se erguía en un charco de agua salvado de la caída por el hecho de que el artefacto estaba en un rincón y la pared lo había frenado.
Todos se aglutinaron detrás de Bill y Beverly haciendo chirriar bajo los pies los trocitos de porcelana. "Fuera lo que fuese -pensó Ben-, envió a ese pobre inodoro

al infierno." Imaginó a Henry Bowers arrojando dentro dos o tres M-80 y huyendo a toda prisa después de bajar la tapa. No se le ocurría otra cosa, como no fuera dinamita, que pudiese causar semejante cataclismo. Algunos de los fragmentos eran grandes, pero se los contaba con los dedos de una mano; en su mayoría se reducían a astillas afiladas como dardos. El empapelado (guirnaldas de rosas y elfos con gorros, como en el vestibulo) estaba salpicado de agujeros en todas las paredes. Parecían disparos de fusil, pero Ben comprendió que eran trocitos de porcelana empotrados en las paredes por la fuerza de la explosión.

Había allí una bañera, levantada sobre patas que imitaban zarpas con mugre de generaciones incrustada. Ben le echó un vistazo y vio, en el fondo, un residuo de salitre y mugre. Desde arriba, una ducha herrumbrada miraba hacia abajo. Había un lavabo y un botiquín torcido con los estantes vacíos. En esos estantes, allí donde habían estado los frascos, había pequeños anillos de herrumbre.

--¡Yo no me acercaría demasiado, Gran Bill! -señaló Richie.

Ben se volvió a mirar. .

Bill se estaba acercando al hueco abierto en el suelo donde había estado en otro tiempo el inodoro. Se inclinó hacia él... y giró hacia los otros.

--¡S-S-se oye un b-b-bombeo de maqmaquinaria, como en Los Barrens!

Bev se acercó más. Ben la siguió. Sí, se oía el palpitar constante. Sólo que así, retumbando por las tuberías, no se parecía al ruido de una maquinaria, sino al de un ser vivo.

--P-p-por aquí sa-sa-salió -dijo Bill. Estaba mortalmente pálido pero los ojos le brillaban de entusiasmo-. P-p-por aq-aquí sa-salió a-a-aquel d-d-día, y de aq-aquí sale s-s-siempre. ¡Los de-de-desagües!

Richie asentía.

--Nosotros estábamos en el sótano, pero "Eso" no estaba allí. Bajó la escalera, porque por aquí podía salir.

--¿Y eso lo hizo "Eso"? -preguntó Beverly.

--C-c-creo que t-t-tenía pri-prisa -contestó Bill, gravemente.

Ben miró el interior de la tubería. Tenía unos noventa centímetros de diámetro y estaba oscura como un pozo de mina. La superficie interior, de cerámica, tenía incrustaciones de algo que prefirió no investigar. Ese palpitar flotaba hacia arriba, hipnóticamente... y de pronto él creyó ver algo. No lo vio con los ojos del cuerpo, al menos al principio, sino con otro, profundamente arraigado en su mente.

Volaba hacia ellos, avanzando con la velocidad de un tren expreso, llenando por completo la garganta de esa oscura tubería. Estaba en su forma original, fuese cual fuese. Cuando llegase adoptaría alguna forma sacada de sus mentes. Venía, subía desde sus propios caminos asquerosos y de las catacumbas negras bajo la tierra, con los ojos relucientes de una luz feral, verde amarillenta. Venía, venía, "Eso" venía.

Y de pronto, al principio bajo la forma de chispas, Ben vio los ojos de "Eso" en la oscuridad. Tomaron forma: llameantes y malignos. Sobre el palpitar de la maquinaria, Ben percibió un ruido nuevo: "juuuu"... Un olor fétido eructó desde la mellada boca del desagüe. Se echó atrás, tosiendo y haciendo arcadas.

--¡Ya viene! -exclamó-. ¡Lo he visto, Bill, ya viene!

Beverly levantó el Bullseye.

--Bien -dijo.

Algo estalló en la boca del desagüe. Al reconstruir esa primera confrontación, más tarde, Ben sólo recordaría una forma cambiante, plateada y naranja. No era fantasmal sino sólida, y él percibió, detrás de "Eso", alguna otra forma, verdadera y definitiva. Pero sus ojos no podían captar exactamente lo que estaba viendo.

Y entonces Richie retrocedió a tropezones, con el rostro convertido en un garabato de terror, gritando una y otra vez:

--¡El hombre-lobo, Bill! ¡Es el hombre-lobo! ¡El hombre-lobo adolescente!

De pronto, la silueta se materializó.

El hombre-lobo estaba de pie en la boca del desagüe con un pie peludo a cada lado del agujero. Sus ojos verdes echaban llamas hacia ellos desde su cara repulsiva. Estiró el hocico y una espuma blancoamarillenta le escurrió entre los dientes. Emitió un gruñido aturdidor. Sus brazos se dispararon hacia Beverly, con los puños de su chaqueta de la secundaria recogidos sobre los brazos peludos. Su olor era caliente, crudo, asesino.

Beverly soltó un alarido. Ben la aferró por la parte trasera de la blusa y tiró con tanta fuerza que se le desgarraron las costuras bajo los brazos. Una zarpa barrió el aire allí donde ella estaba un momento antes. Beverly cayó tambaleándose contra la pared. La bolita de plata escapó de su mano. Por un momento centelleó en el aire. Mike, más rápido que el relámpago, la cogió de un manotazo antes de que cayera y se la devolvió.

--Dispara, nena -dijo. Su voz sonaba casi serena-. Dispara ahora.

El hombre-lobo emitió un rugido que acabó en un aullido escalofriante, con el hocico apuntando al cielo.

El aullido se convirtió en risa. La zarpa se abatió contra Bill, en el momento en que el chico se volvía para mirar a Beverly. Ben lo apartó de un empellón y Bill cayó despatarrado.

--¡Dispara, Bev! -aullaba Richie-. ¡Por Dios, dispara!

El hombre-lobo saltó hacia adelante y a Ben ya no le cupo duda, ni entonces ni después, de que "Eso" sabía exactamente quién era el jefe. Trataba de alcanzar a Bill. Beverly tensó la honda y disparó. Una vez más, el proyectil no iba hacia el blanco, pero en esa oportunidad no hubo curva salvadora. Pasó a más de treinta centímetros abriendo un agujero en el empapelado de la pared, sobre la bañera. Bill pronunció una maldición a gritos.

La cabeza del hombre-lobo giró en redondo; sus ojos verdes, relucientes, estudiaron a Beverly por un instante. Ben, sin pensar, se puso delante de ella, que buscaba a ciegas, en su bolsillo, la otra munición de plata. Sus vaqueros eran demasiado ajustados, porque aún estaba usando la ropa del año anterior. Sus dedos se cerraron sobre la bolita, pero se le escapó. La buscó a tientas y logró encontrarla. Tiró de ella sacándose el bolsillo y desparramando catorce centavos, dos entradas de cine y un puñado de pelusa.

El hombre-lobo lanzó un zarpazo a Ben, que se mantenía protectoramente de pie delante de ella... bloqueándole la puntería. El monstruo tenía la cabeza inclinada en el ángulo mortífero de la bestia de presa y hacía sonar los dientes. Ben estiró la mano, a ciegas. En sus reacciones ya no había espacio para el terror: experimentaba, en cambio, una especie de furia mezclada con el desconcierto y la sensación de que el tiempo, de algún modo, se había detenido con un inesperado chirriar de frenos. Hundió los dedos en el pelo duro,

apelmazado ("Su pelaje -pensó-, esto es su pelaje"), y sintió los pesados huesos de su cráneo. Tironeó de esa cabeza lobuna con todas sus fuerzas, pero, aunque era corpulento para su edad, no sirvió de nada. Si no hubiera retrocedido tambaleante hasta chocar con la pared, "Eso" le habría desgarrado la garganta con sus dientes.

"Eso" fue tras él, dilatados los ojos amarilloverdosos, gruñendo con cada aliento. Olía a cloacas y a algo más, algo silvestre, pero desagradable, como las castañas podridas. Una de sus fuertes garras se elevó. Ben la esquivó como pudo. La zarpa, terminada en grandes uñas, desgarró heridas sin sangre en el papel de la pared y en el blanco yeso de abajo. Ben oyó vagamente que Richie gritaba. Eddie aullaba, pidiendo a Beverly que disparara, que disparara.

Pero Beverly no disparaba. Era su única oportunidad y ella estaba decidida a actuar de modo que no hiciese falta otra. Sobre su vista cayó una clara frialdad que jamás en su vida volvería a experimentar. Todo estaba en perfecto relieve; nunca más volvería a ver las tres dimensiones de la realidad tan claramente definidas. Poseía todos los colores, todos los ángulos, todas las distancias. El miedo desapareció. Experimentaba la excitación del cazador que goza de la certeza de la próxima consumación. Su pulso se hizo más lento. El puño tembloroso, histérico, con que había estado tensando la honda cobró firmeza y se tornó natural. Aspiró hondo, muy hondo. Tuvo la sensación de que sus pulmones jamás acabarían de llenarse. Lejana, vagamente, oyó unos estallidos sordos. No importaban. Apuntó a la izquierda esperando acertar de pleno a la imposible cabeza del hombre-lobo.

Las garras del hombre-lobo volvieron a descender. Ben trató de esquivarlas agachándose, pero de pronto se vio apresado. "Eso" le sacudió como si fuese un muñeco de trapo. Sus fauces se abrieron.

--¡Hijo de puta!

Ben hundió un pulgar en uno de sus ojos. "Eso" aulló de dolor y una de aquellas zarpas le desgarró la camisa. Ben hundió el vientre, pero una de las uñas trazó una línea siseante de dolor en su torso. La sangre brotó de él manchándole los pantalones, las zapatillas, el suelo. El hombre-lobo lo arrojó a la bañera. Ben se golpeó la cabeza, vio estrellas y forcejeó hasta conseguir sentarse. Tenía el regazo lleno de sangre.

El hombre-lobo giró en redondo. Ben observó, con la misma claridad lunática, que el monstruo llevaba vaqueros Levi Strauss, desteñidos y con las costuras reventadas. De un bolsillo trasero le colgaba un pañuelo rojo, como los que usan los guardaagujas del ferrocarril. En la espalda de su chaqueta escolar, negra y naranja, se leían las palabras "Escuela secundaria Derry equipo matador"; más abajo, el nombre "Pennywise". En el centro, un número: 13.

"Eso" se lanzó contra Bill. El chico había logrado levantarse y estaba de espaldas a la pared, mirándolo fijamente.

--¡Dispara, Beverly! -gritó Richie otra vez.

--Bip-bip, Richie. -Beverly oyó su propia voz como si estuviese a mil kilómetros de distancia.

La cabeza del hombre-lobo estaba súbitamente allí, en la línea de fuego. Ella soltó la honda, sin el menor estremecimiento en sus manos; disparó tan tranquila,

tan naturalmente como había disparado contra las latas en el vertedero el día en que todos habían probado la puntería para ver quién lo hacía mejor.
Ben tuvo tiempo de pensar: "Oh, Beverly, si fallas podemos darnos por muertos, y no quiero morir en esta bañera sucia. Pero no puedo salir."
Beverly no falló. Un orificio apareció súbitamente en el centro del hocico. Bev había apuntado al ojo derecho y errado apenas por un centímetro.
El grito, casi humano de sorpresa, dolor, miedo y cólera, fue ensordecedor. A Ben le resonaron los oídos. De pronto, el orificio desapareció, oscurecido por borbotones de sangre. La sangre salía a chorros de la herida. Los borbotones empaparon la cara y el pelo de Bill.
"No importa -pensó Ben, fuera de sí-. No importa, Bill. Nadie lo verá cuando salgamos de aquí. Si es que salimos."
Bill y Beverly avanzaron hacia el hombre-lobo. Detrás de ellos, Richie gritaba histéricamente:
--¡Dispara otra vez, Beverly! ¡Mátalo!
--¡Sí, mátalo! -gorjeó Eddie.
--¡"Mátalo"! -gritó Bill, con la boca torcida en un rictus tembloroso. En el pelo tenía un poco de yeso, blancoamarillento-. ¡"Mátalo, Bevvie, no lo dejes escapar"!
"Pero si no quedan balines -pensó Ben-. ¿De qué estáis hablando? ¿Con qué va a disparar?"
Pero lo comprendió al mirar a Beverly. Si no hubiese estado enamorado de la chica en ese momento le hubiese entregado su corazón. Beverly había tensado la honda ocultando el hecho de que ya no había municiones.
--¡Mátalo! -vociferó Ben.
Y se dejó caer torpemente por el borde de la bañera. Tenía los vaqueros y los calzoncillos empapados, pegajosos de sangre. No sabía si su herida era grave o no. Después del primer escozor no había dolido mucho, pero tanta sangre lo asustaba.
Los ojos verdosos del hombre-lobo pasaron de uno a otro, llenos de incertidumbre y dolor. La sangre bajaba en hilos por la pechera de su chaqueta.
Bill Denbrough sonrió. Era un sonrisa suave, casi amorosa... pero no le tocaba los ojos.
--No debiste meterte con mi hermano -dijo-. Mándalo al infierno, Beverly.
Los ojos de la bestia perdieron la incertidumbre. Con gracia ágil y suave, giró en redondo y se zambulló en el desagüe. Al introducirse allí fue cambiando. La chaqueta de la secundaria se fundió en su pelaje y el color desapareció de ambos. La forma de su cráneo se alargó, como si estuviese hecho de cera y el material se ablandase, medio derretido. Su forma se alteraba. Por un instante, Ben creyó haber visto cómo era en realidad, y el corazón se le congeló en el pecho dejándolo jadeante.
--¡"Os voy a matar"! -rugió una voz desde el interior del desagüe. Era gruesa, salvaje, no humana-. ¡"Os voy a matar... Os voy a mata... Os voy a matar"...!
Las palabras se fueron alejando más y más, disminuyendo, borrándose, cobrando distancia. Por fin se unieron al ronroneo palpitante de la maquinaria de bombeo.
La casa pareció asentarse con un golpe sordo, seco y pesado. Pero no se estaba asentando. Ben comprendió que, de algún modo, se encogía, volviendo a

su tamaño normal. La magia que "Eso" había utilizado para hacerla parecer más grande se retiraba. La casa se reducía como un muelle. Volvía a ser una simple casa, con olor a humedad y a podredumbre, una casa sin muebles a la que acudían los borrachos y los vagabundos, para beber, conversar y dormir al abrigo de la lluvia.
"Eso" había desaparecido.
En su estela, el silencio parecía estridente.

10.

--S-s-salg-salg-salgamos de a-a-aquí -dijo Bill.
Se acercó a Ben, que estaba tratando de levantarse, y cogió una de sus manos tendidas. Beverly estaba de pie cerca del agujero. Se miró y la frialdad se trocó en un rubor que pareció calentar toda su piel. Debió haber aspirado muy hondo. Los estallidos opacos que le habían llegado eran los de los botones de su blusa. Habían saltado todos. La blusa pendía abierta, dejando sus pechos pequeños al descubierto. Cerró la blusa de un manotazo.
--Ri-Ri-Richie -dijo Bill-, ayúayud-d-dame con B-B-Ben. Está hehe-he...
Richie se acercó a él; y luego Stan y Mike. Entre los cuatro lograron que Ben se pusiera de pie. Eddie se había acercado a Beverly para rodearle los hombros torpemente con el brazo sano.
--Has estado grandiosa -dijo.
Y Beverly rompió en sollozos.
Ben dio dos pasos tambaleantes hasta la pared y se apoyó contra ella antes de caer otra vez. Se sentía mareado, el mundo recuperaba el color sólo para volver a perderlo. Y tenía, decididamente, ganas de vomitar.
Un momento después, el brazo de Bill estaba alrededor de él, fuerte y reconfortante.
--¿E-es-es gra-gra-grave, Ben?
Ben se obligó a mirarse el vientre. Esos dos simples actos, el de doblar el cuello y el de abrir la desgarradura de su camisa, requirieron más valor que la decisión de entrar en aquella casa. Esperaba encontrarse con la mitad de sus intestinos colgando como grotescas ubres, pero vio que el flujo de sangre se había reducido a un goteo intermitente. El hombre-lobo lo había herido larga y profundamente, pero al parecer no era mortal.
Richie se unió a ellos. Miró la herida que describía un curso retorcido desde el pecho de Ben hasta el bulto del vientre y clavó una mirada en la cara del chico.
--"Eso" estuvo a punto de llevarse tus tripas para usarlas de tirantes, Ben, ¿sabes?
--No es broma, tío -dijo Ben.
Él y Richie se miraron fijamente por un largo momento. Después soltaron una risa histérica al mismo tiempo, salpicándose mutuamente con saliva. Richie tomó a Ben en sus brazos y le dio palmadas en la espalda.
--¡Lo derrotamos, Ben! ¡Lo derrotamos!
--N-n-no lo de-de-derrotamos -corrigió Bill, ceñudo-. T-t-tuvimos susuerte. Sa-salgamos de aq-q-quí a-antes de que se le oc-ocurra vo-vo-volver.

--¿Adónde vamos? -preguntó Mike.
--A Los Barrens.
Beverly se acercó a ellos, sujetando los bordes de su blusa. Sus mejillas estaban muy rojas.
--¿Al club?
Bill asintió.
--¿Alguien puede dejarme su camisa? -preguntó ella, aún ruborizada.
Bill le echó un vistazo y la sangre le subió a la cara atropelladamente. Se apresuró a apartar la vista, pero en ese instante Ben sintió una oleada de certeza y horribles celos. Por ese único segundo, Bill había cobrado conciencia de ella de una manera que, hasta entonces, sólo el propio Ben había experimentado.
Los otros también habían mirado y apartado la cara. Richie tosió contra el dorso de la mano. Stan se puso rojo. Mike Hanlon retrocedió, como si lo asustase la curva de ese pecho blanco y pequeño, visible bajo la mano de la chica.
Beverly alzó la cabeza sacudiéndose el pelo enmarañado. Aún estaba ruborizada, pero su rostro era bellísimo.
--No puedo remediarlo: soy una chica -dijo-. Tampoco puedo remediarlo si estoy creciendo por arriba. Y ahora, por favor, ¿alguien me deja su camisa?
--Cla-claro -dijo Bill. Se quitó la camiseta blanca por la cabeza cubriendo el pecho angosto, las costillas visibles y los hombros quemados por el sol cubiertos de pecas-. T-t-toma.
--Gracias, Bill.
Por un cálido momento, los ojos de ambos se encontraron directamente. Bill no apartó la vista. Su mirada era firme, adulta.
--D-d-de nada -dijo.
"Buena suerte, Gran Bill", pensó Ben. Y apartó la cara. Le hacía sufrir en un lugar tan profundo que ni un vampiro, ni un hombre-lobo podrían alcanzarlo. De cualquier modo, existía algo llamado decoro. Si no conocía la palabra, tenía el concepto muy claro. Mirarlos cuando estaban mirándose así habría sido tan incorrecto como mirar los pechos de Beverly cuando soltara los bordes de la blusa para ponerse la camiseta de Bill. "Si así deben ser las cosas, de acuerdo. Pero nunca la amarás como yo. Nunca."
La camiseta de Bill le llegaba casi hasta las rodillas.
--V-vvamos -repitió Bill-. N-n-no sé qué pen-pensáis, p-p-pero pa-para m-m-mí, por ho-o-oy es b-b-bastan-bastante.
Todos coincidieron en eso.

11.

Se encontraban en la casita del club con la ventana y la trampilla abiertas. Adentro estaba fresco y en Los Barrens, ese día, reinaba un absoluto silencio. Estaban sentados, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Richie y Bev se pasaban un cigarrillo. Eddie se aplicó su inhalador. Mike estornudó varias veces y dijo que estaba a punto de pescar un resfriado.
--Es lo único que usted puede pescar, señorrr -repuso Richie, amistoso.
Y eso fue todo.

Ben seguía esperando que ese loco interludio de Neibolt Street tomase la tonalidad de los sueños. "Retrocederá y se hará pedazos -pensaba-, como pasa con los sueños. Uno despierta jadeando y cubierto de sudor, pero quince minutos después ya no recuerda siquiera de qué trataba el sueño."

Pero eso no ocurrió. Todo lo ocurrido, desde el momento en que había entrado a duras penas por la ventana del sótano hasta el instante en que. Bill habla utilizado la silla de la cocina para romper una ventana para que pudiese salir, permanecían luminosa y claramente grabados en su memoria. Eso no había sido un sueño. La sangre coagulada en su pecho y en su barriga no era un sueño. Y no importaba que su madre pudiera verlo o no.

Beverly se levantó.

--Tengo que volver a casa -dijo-. Quiero cambiarme antes de que llegue mi madre. Si me ve con una camiseta de chico me matará.

--La va a matarrr, señorrita -concordó Richie-, pero lentamente.

--Bip-bip, Richie.

Bill la miraba con gravedad.

--Mañana te devuelvo la camiseta, Bill.

Él asintió con un ademán de la mano, dando a entender que eso no tenía importancia.

--¿No tendrás problemas por llegar a tu casi así?

--No-no. Ap-p-penas mmme miran, en c-c-casa.

Ella asintió con la cabeza y se mordió el labio inferior. Era alta para su edad, y hermosa.

--¿Y ahora, Bill?

--N-n-no sé.

--Esto no ha terminado, ¿verdad?

Bill sacudió la cabeza: ,

--Ahora nos perseguirá con saña -dijo Ben.

--¿Más balines de plata? -inquirió ella.

El gordo descubrió que apenas podía sostenerle la mirada. "Te amo, Beverly... Puedes quedarte con Bill, con el mundo entero, con lo que te haga falta. Pero déjame quererte, deja que te siga amando. Creo que me bastará."

--No sé -dijo-. Podríamos, pero...

Dejó apagar la voz, encogiéndose de hombros. No podía decir lo que sentía; por algún motivo, no lograba sacarlo a relucir: que era como estar en una película de monstruos, pero no del todo. La momia le había parecido diferente, de algún modo, de un modo que confirmaba su realidad esencial. Lo mismo podía decirse del hombre-lobo; él podía atestiguarlo porque lo había visto en un paralizante primer plano que ninguna película, ni siquiera tridimensional, había podido permitirle; había visto el destello pequeño, anaranjado y fogoso (como un pompón) de sus ojos verdes. Esas cosas eran... bueno, eran sueños convertidos en realidad. Y una vez que los sueños cobraban realidad, escapaban al poder del durmiente y eran cosas mortíferas, capaces de actuar con independencia. Los balines de plata habían dado resultado porque los siete estaban convencidos de que funcionarían. Pero no lo habían matado. Y la próxima vez, "Eso" se acercaría a ellos de otra forma, una forma sobre la que la plata no tuviese poder.

"Poder, poder", pensó Ben, mirando a Beverly. Ya no era incorrecto: sus ojos se habían encontrado otra vez con los de Bill y ambos se miraban como si estuviesen perdidos. Fue sólo por un instante, pero a Ben se le hizo muy largo.

"Todo se reduce siempre al poder. Yo amo a Beverly Marsh; por eso ella tiene poder sobre mí. Ella ama a Bill Denbrough, y entonces él tiene poder sobre ella. Pero creo... que él está empezando a amarla. Tal vez fue a causa de la cara de Bev cuando dijo que no podía remediar el ser chica. Tal vez fue por verle el pecho. Tal vez sólo por lo bonita que se ve cuando la luz le da de perfil, o por sus ojos, No importa. Pero si él se enamora, Beverly tendrá poder sobre él. Superman tiene poder, excepto cuando hay criptonita alrededor. Batman tiene poder, aunque no pueda volar ni ver a través de las paredes. Mi madre tiene poder sobre mí, y su jefe sobre ella. Todo el mundo tiene algo de poder... salvo, tal vez, los bebés y los niños."

Después pensó que hasta los bebés y los niños tenían poder, porque podían llorar hasta que uno hiciera algo para calmarlos.

--¿Ben? -preguntó Beverly-. ¿Te han comido la lengua los ratones?

--¿Eh? No. Estaba pensando en el poder. El poder de los balines.

Bill lo miró.

--Me preguntaba de dónde salió ese poder -completó Ben.

--D-d-de... -comenzó Bill.

Pero cerró la boca. Esbozó una expresión pensativa.

--Bueno, tengo que marcharme -dijo Beverly-. Ya nos veremos.

--Por supuesto -dijo Stan-. Ven mañana sin falta. Vamos a romperle a Eddie el otro brazo.

Todos rieron. Eddie fingió arrojar su inhalador contra el bromista.

--Bueno, hasta mañana -dijo Beverly.

Y se impulsó para salir del agujero.

Al mirar a Bill, Ben notó que no reía. Aún tenía la misma expresión pensativa y el gordo comprendió que estaba absorto. Sabía también en qué pensaba su amigo. Él también pensaría mucho en eso, en los días venideros. No constantemente, pues había ropa que poner a secar por cuenta de su madre, juegos en Los Barrens y, durante un período lluvioso, en los cuatro primeros días de agosto, los siete se dedicarían a jugar al parchís en la casa de Richie Tozier. Su madre le anunciaría que Pat Nixon, en su opinión, era la mujer más bonita de Norteamérica, y quedaría horrorizada cuando Ben optara por Marilyn Monroe (exceptuando el pelo, le encontraba parecido con Bev). Tendría tiempo para comer todos los frankfurts y las golosinas que le cayeran a mano y para sentarse en el porche trasero a leer "Lucky Starr y las lunas de Mercurio". Tendría tiempo, para todas esas cosas mientras cicatrizaba la herida de su vientre y empezaba a escocer. Porque la vida, a los once años, continuaba siempre. Y a los once años, aunque fueses inteligente y capaz, no había mucho sentido de la perspectiva. Ben podría vivir con lo ocurrido en la casa de Neibolt Street. Después de todo, el mundo estaba lleno de maravillas.

Pero había momentos extraños en que sacaba a relucir las preguntas y volvía a examinarlas. "El poder de la plata, el poder de los balines, ¿de dónde viene un poder así? ¿De dónde viene el poder, cualquiera sea? ¿Cómo se consigue? ¿Cómo se utiliza?"

Le parecía que la vida de los siete podía depender de esas cuestiones. Una noche, al quedarse dormido, mientras la lluvia marcaba un compás adormecedor en el techo y contra las ventanas, se le ocurrió que había otra pregunta, quizá la única pregunta. "Eso" tenía una forma real; él había estado a punto de verla. Ver la forma era ver el secreto. ¿Valía eso también para el poder? Quizá sí. Pues ¿acaso no era cierto que el poder, como "Eso", cambiaba de forma? Era un bebé llorando en la noche, era una bomba atómica, era un balín de plata, era el modo en que Beverly miraba a Bill y el modo en que Bill le devolvía la mirada.
¿Qué era el poder, a fin de cuentas?

12.

En las dos semanas siguientes no ocurrió nada de importancia.

Derry: El cuarto interludio.

Tienes que perder.
No puedes ganar constantemente.
Tienes que perder.
No puedes ganar constantemente.
Lo sé, bonita.
Veo venir los problemas por la senda.
John Lee Hooker, "You got to lose".

6 de abril de 1985.

Os diré una cosa, amigos y vecinos: esta noche estoy borracho. borracho como una cuba de whisky barato. Fui al bar de Wally y allí empecé; después fui al almacén Main Street, media hora antes de que cerraran, y compré una botella. Ya sé lo que me espera: el que bebe barato por la noche, lo paga caro por la mañana. Y aquí estoy, un negro borracho en una biblioteca pública ya cerrada, con este libro abierto delante de mí y la botella de Old Kentucky a la izquierda. "Di la verdad y que se avergüence el demonio", solía decir mi madre. Pero olvidó decirme que al jodido la borrachera no le quita la vergüenza. Los irlandeses lo saben, pero ellos, por supuesto, son los negros blancos de Dios. Y quién sabe, quizá nos llevan cierta ventaja.
Quiero escribir sobre la bebida y el demonio. ¿Te acuerdas de "La isla del tesoro"? El viejo lobo de mar: "¡Todavía ganaremos Jacky!" Y apuesto a que el viejo gilipollas se lo creía. Lleno de ron o de whisky barato, uno se cree cualquier cosa.
La bebida y el demonio. Muy bien.
A veces me entretengo pensando cuánto duraría si me decidiese a publicar parte de estas cosas que escribo a horas avanzadas de la noche. Si sacase a relucir los gatos encerrados que hay en los armarios de Derry. En esta biblioteca

existe un Consejo de Dirección. Son once consejeros. Uno de ellos es un escritor de setenta años que hace dos sufrió un ataque y que ahora suele necesitar ayuda hasta para encontrar su nombre en la agenda impresa de cada reunión (y que a veces se le ha visto sacar grandes mocos secos de su peluda nariz para ponerlos cuidadosamente en sus orejas como quien protege sus ahorros en una caja fuerte). Otra es una mujer ambiciosa que llegó de Nueva York con su marido, un médico; habla sin cesar en un quejoso monólogo sobre lo provinciana que es Derry, donde nadie comprende "La experiencia judía" Y donde hay que ir a Boston para comprar una falda presentable. La última vez que esa muñeca anoréxica me dirigió la palabra sin utilizar los servicios de un intermediario fue durante la fiesta que el consejo organizó por Navidad, hace un año y medio. Había consumido una buena cantidad de ginebra y me preguntó si alguien, en Derry, comprendía "La experiencia negra". Yo, que también había consumido una buena cantidad de ginebra, le respondí: "Vea, señora Gladry, los judíos pueden ser un gran misterio, pero a los negros se los entiende en todo el mundo." Se le atragantó la bebida y giró en redondo tan bruscamente que se le vieron las bragas, bajo la falda al vuelo (no resultó muy interesante: yo habría preferido que fuese Carole Danner). Así terminó mi última conversación informal con la señora Ruth Gladry. No perdí gran cosa.

Los otros miembros del consejo son descendientes de los potentados de la madera. El apoyo que prestan a la biblioteca es un acto de expiación heredado: ellos, que violaron los bosques, ahora cuidan de estos libros, tal como un libertino podría decidir, al llegar a la edad madura, mantener a los bastardos alegremente procreados en su juventud. Fueron los abuelos y los bisabuelos quienes abrieron de piernas los bosques, al norte de Derry y de Bangor, y forzaron a aquellas vírgenes de túnicas verdes con sus hachas y sus sierras. Cortaron, aserraron y desgarraron sin una sola mirada atrás. Perforaron el himen de esos grandes bosques cuando Grover Cleveland era presidente y ya habían terminado la obra cuando Woodrow Wilson sufrió su ataque. Estos rufianes adornados de encajes violaron los grandes bosques preñándolos de una camada de despreciables abetos. Transformaron a Derry, un soñoliento pueblecito de astilleros, en una pujante ciudad donde los destiladeros de ginebra nunca cerraban y las rameras utilizaban sus tretas toda la noche.

Un viejo de aquel entonces, Egbert Thoroughgood, que ya tiene noventa y tres años, me habló de la noche en que había follado a una prostituta barata en un camastro de Baker Street (que ya no existe; ahora se alzan edificios de clase media donde antes bullía y bramaba Baker Street).

--Sólo después de consumir mi fuerza en ella me di cuenta de que estaba tendida en un charco de esperma de casi un centímetro de espesor. La porquería parecía mermelada. "Pero, mujer -le dije-, ¿por qué no te cuidas un poco?" Ella miró hacia abajo y dijo: "Si quieres repetir, cambiaré la sábana. Tengo dos en el armario. Sé muy bien en qué estoy acostada hasta las nueve o las diez, pero para medianoche tengo el coño tan entumecido que no lo siento."

Así era Derry en los primeros veinte años de este siglo: todo progreso, copas y cama. El Penobscot y el Kenduskeag estaban llenos de troncos flotantes desde el deshielo de abril hasta las heladas de noviembre. El negocio empezó a mermar en los años veinte, cuando la Gran Guerra y las maderas duras dejaron de

alimentarlo, y se detuvo a tropezones durante la Depresión. Los potentados de la madera invirtieron el dinero en los bancos de Nueva York o de Boston que habían sobrevivido a la catástrofe y abandonaron la economía de Derry. Se retiraron a sus bellas casas de Broadway Oeste y enviaron a sus hijos a las escuelas privadas de New Hampshire, Massachusetts y Nueva York. Y se dedicaron a vivir de los intereses y las vinculaciones políticas.

Lo que resta de esa supremacía, setenta y tantos años después de que Egbert Thoroughgood gastase su amor con una prostituta por un dólar en una cama de Baker Street, son bosques vacíos en los condados de Penobscot y Aroostook y las grandes casas victorianas que ocupan dos manzanas de Broadway Oeste... Y mi biblioteca, por supuesto. Sólo que esa buena gente de Broadway Oeste me quitaría "mi biblioteca" en un santiamén si yo publicase algo sobre la Liga de la Decencia Blanca, el incendio del Black Spot, la ejecución de la banda Bradley... o el asunto de Claude Heroux en el Dólar Soñoliento.

El Dólar Soñoliento era una cervecería y lo que puede haber sido el más extraño de los asesinatos múltiples de la historia americana se produjo, allí en septiembre de 1905. En Derry, quedan algunos veteranos que aseguran recordar el episodio, pero el único relato del que realmente me fío es el de Thoroughgood, que tenía dieciocho años cuando ocurrió.

Thoroughgood vive ahora en una residencia para ancianos. Está desdentado y su acento francoamericano es tan cerrado que sólo otro viejo habitante de Maine podría entenderlo si sus palabras se transcribieran en símbolos fonéticos. Sandy Ives, el folclorista de la Universidad de Maine a quien he mencionado ya en estas locas páginas, me ayudó a traducir lo que el viejo decía en mi grabadora.

Según Thoroughgood, Claude Heroux era "un mal "canuck" hijo de puta, con mirada de yegua a la luz de la luna". Tanto él como los que trabajaron para ese hombre lo creían astuto como zorro ladrón de gallinas... lo cual hace que resulte aún más extraña su incursión a hachazos en el Dólar Soñoliento. No responde a su carácter. Hasta entonces, los leñadores de Derry habían pensado que su talento lo llevaba, antes bien, a provocar incendios forestales.

El verano de 1905 fue largo y caluroso; hubo muchos incendios en los bosques. El mayor de ellos, que Heroux, más adelante, admitió haber provocado acercando una vela encendida a un montón de yesca, ocurrió en Haven. Ardieron ocho mil hectáreas de magníficos bosques, todos de maderas duras; el humo se olía a cincuenta kilómetros de distancia.

En la primavera de ese año se había hablado un poco de sindicatos. Los involucrados en el proyecto eran cuatro leñadores aunque no había mucho que organizar porque los trabajadores de Maine se oponían a los sindicatos y, en su mayoría, siguen así. Uno de esos cuatro era Claude Heroux, quien probablemente tomaba esas actividades sindicales como oportunidad para darse aires y pasar todo el rato bebiendo en las calles Baker y Exchange. Heroux y los otros tres se consideraban "organizadores"; los potentados de la madera los llamaban "agitadores". Una proclama, clavada en las cocinas de los campamentos desde Monroe a Haven, desde la plantación Summer a Millinocket, informaba a los leñadores que cualquier hombre al que se oyese hablar de sindicatos sería despedido inmediatamente.

En mayo de ese año hubo una breve huelga cerca de Trapham Notch. Se la disolvió en muy poco tiempo gracias a esquiroles y a policías municipales (y esto último fue bastante peculiar, ya que había casi treinta policías municipales rompiendo cráneos con mangos de hacha, cuando hasta ese día nadie había visto un solo agente en Trapham Notch, que, según el censo de 1900, contaba con una población de setenta y cinco personas). De cualquier modo, Heroux y sus compañeros organizadores consideraron que esa huelga era una gran victoria para su causa y bajaron a Derry para emborracharse y trabajar un poco más organizando o agitando, según el bando desde el que se mirase. Eso sí, el trabajo debía dejarles secos. Fueron a dar a casi todos los bares de la Manzana del Infierno, para terminar en el Dólar Soñoliento, abrazados por los hombros, con una borrachera de campeonato, alternando canciones sindicalistas con melodías patéticas, al estilo de "Los ojos de mi madre me miran desde el cielo", aunque, por mi parte, pienso que si una madre viese desde allí a su hijo en semejante estado, bien se le podría disculpar que mirase a otra parte.

Según Egbert Thoroughgood, el único motivo que uno podía encontrar para que Heroux estuviese en el movimiento era Davey Hartwell. Hartwell era el principal de los organizadores o agitadores y Heroux estaba enamorado de él. Tampoco era el único. Casi todos los hombres del movimiento estimaban profundamente a Hartwell, con ese amor orgulloso que los hombres reservan para aquellos de su propio sexo poseedores de un magnetismo que los aproxima a la divinidad. "Davey Hartwell caminaba como si fuese dueño de medio mundo y tuviera a su nombre una hipoteca sobre el resto", dijo Thoroughgood.

Heroux siguió a Hartwell a la organización de sindicatos tal como lo habría seguido a la construcción de barcos o a la resurrección del servicio de postas. Heroux era astuto y perverso; supongo que en una novela eso haría imposible cualquier cualidad positiva. Pero a veces, cuando un hombre se pasa la vida en medio de la desconfianza, solitario (o fracasado) tanto por elección como por la opinión de la sociedad, puede llegar a vivir para el amigo o la amante que encuentre, como el perro vive para su amo. Así parecen haber sido las cosas entre Heroux y Hartwell.

Los cuatro pasaron esa noche en el hotel Bentwood, al que llamaban El Perro Flotante (por motivos ya tan difuntos como el hotel en sí). Cuatro se inscribieron para alojarse allí; ninguno pagó su cuenta. Uno de ellos, Andy de Lesseps, no fue visto nunca más. Por lo que se cuenta, bien puede haber pasado el resto de su vida con toda comodidad en Portsmouth, pero lo dudo. De los otros agitadores, Amsel Bickford y Davey Hartwell en persona aparecieron flotando en el Kenduskeag, boca abajo. A Bickford le faltaba la cabeza; alguien se la había cortado de un hachazo. En cuanto a Hartwell, sus piernas habían desaparecido. Quienes lo encontraron juraron que nunca habían visto tal expresión de espanto y dolor en un rostro humano. Algo le distendía la boca inflándole las mejillas. Cuando lo pusieron boca arriba y le abrieron la boca, siete dedos de sus pies cayeron al barro. Algunos pensaron que pudo haber perdido los otros tres en sus años de leñador; otros aventuraron que se los había tragado antes de morir.

Prendido a la camisa de cada uno había una insignia con la palabra "Sindicato".

Claude Heroux nunca fue sometido a juicio por lo que ocurrió en el Dólar Soñoliento la noche del 9 de septiembre, por eso no hay modo de saber con

exactitud cómo escapó al destino de los otros aquella noche de mayo. Podemos suponer algunas cosas. Había pasado mucho tiempo librado a sus propios recursos, por lo que sabía moverse con rapidez. Quizá había desarrollado el instinto de algunos perros callejeros que los lleva a huir antes de que se presenten problemas graves. Pero ¿por qué no llevó a Hartwell consigo? ¿O tal vez lo llevaron a los bosques con el resto de los agitadores? Tal vez lo estaban reservando para el final y consiguió escapar aun cuando los alaridos de Hartwell (que debieron irse ahogando a medida que le metían los dedos de los pies en la boca) asustaban a los pájaros en la oscuridad. No hay modo de saberlo con seguridad, pero mi intuición se inclina por esto último.

Claude Heroux se convirtió en un fantasma. Aparecía en algún campamento de leñadores, hacía cola ante la cocina con el resto de los obreros, recibía su plato de potaje y, después de comerlo, desaparecía antes de que alguien descubriese que no formaba parte del personal. Semanas después, aparecía en alguna cervecería de Winterport hablando de sindicarse y jurando que se vengaría de quienes habían asesinado a sus amigos. Los nombres que mencionaba con más frecuencia eran los de Hamilton Tracker, William Mueller y Richard Bowie. Todos ellos siguen viviendo en Derry. Hasta el día de hoy exhiben sus magníficas mansiones en Broadway Oeste. Años más tarde, ellos y sus descendientes incendiarían el Black Spot.

No cabe duda de que a muchos les habría gustado eliminar a Claude Heroux, especialmente después de los incendios que se iniciaron en junio de ese año. Pero aunque se le veía con frecuencia, era rápido y tenía un instinto animal del peligro. Hasta donde he podido averiguar, nunca se cursó una orden de arresto contra él y la policía jamás intervino. Quizá se tenía miedo de lo que el hombre pudiese revelar si se le juzgaba por incendiario.

Fueran cuales fuesen los motivos, los bosques de Derry y Haven ardieron con frecuencia todo ese verano. Desaparecieron niños, hubo más peleas y asesinatos que de costumbre; un dosel de miedo, tan real como el humo que se olía desde Up-Mile Hill, pendía sobre la ciudad.

Por fin llegaron las lluvias, el 1 de septiembre. Llovió durante toda una semana. Se inundó el centro de Derry, lo que no era infrecuente, pero las grandes casas de Broadway Oeste estaban a mayor altura y en algunas de ellas debieron oírse suspiros de alivio. "Que ese "canuck" loco se esconda todo el invierno en los bosques, si así lo quiere -debieron decirse-. Por este verano no puede hacer más y lo pescaremos antes de que se sequen las raíces el próximo junio."

Y entonces llegó el 9 de septiembre. No puedo explicar lo que pasó. Thoroughgood tampoco puede explicarlo. Hasta donde sé, nadie puede. Sólo me es posible relatar los sucesos tal como ocurrieron.

El Dólar Soñoliento estaba repleto de leñadores que bebían cerveza. Fuera había una noche neblinosa. El Kenduskeag estaba alto; llenando su canal de ribera a ribera. Según Egbert Thoroughgood, "soplaba un viento otoñal, de esos que te suben hasta el culo". Las calles eran pantanos. En una mesa de la trastienda, un grupo jugaba a las cartas: eran hombres de William Mueller. Mueller era copropietario del ferrocarril GS " WM, además de potentado de la madera: poseía millones de hectáreas de excelentes árboles. Los hombres que jugaban al póquer en el Dólar esa noche eran a veces leñadores, a veces matones de

ferrocarril y siempre folloneros. Dos de ellos, Tinker McCutcheon y Floyd Calderwood, habían cumplido condenas en la cárcel. Con ellos estaban Lathrop round (cuyo sobrenombre, tan oscuro como el de hotel Perro Flotante, era Katook), David Stugley Grenier, y Eddie King, hombre de barba cuyas gafas eran casi tan gruesas como su barriga.

Parece muy probable que algunos de ellos formasen parte del grupo que había pasado los dos últimos meses buscando a Claude Heroux. Y parece igualmente probable, aunque no hay pruebas, que estuviesen con la partida encargada de acabar con Hartwell y Bickford, en mayo.

El bar estaba atestado, según dijo Thoroughgood. Había allí docenas de hombres bebiendo cerveza y comiendo.

Se abrió la puerta y entró Claude Heroux con una enorme hacha de doble filo. Se acercó al bar y se hizo sitio a fuerza de codazos. Egbert Thoroughgood, que estaba de pie a su izquierda, dijo que olía a guisado de mofeta. El cantinero le llevó una jarra de cerveza, dos huevos duros y un salero. Heroux pagó con un billete de dos dólares y se guardó la vuelta (un dólar y ochenta y cinco centavos) en los bolsillos de su chaqueta de leñador. Después de salar los huevos, los comió. Saló también la cerveza, la bebió de un trago y soltó un eructo.

--Hay más espacio fuera que dentro, Claude -comentó Thoroughgood, como si Heroux no hubiera sido buscado por todas las fuerzas de, Maine ese verano.

--Sí que es verdad -dijo Heroux con su acento "canuck".

Pidió otra jarra de cerveza, la bebió y volvió a eructar. La charla seguía en el bar. Varias personas lo saludaron. Claude respondía con gestos de la cabeza y la mano, pero no sonreía. Según Thoroughgood, parecía medio adormilado. En la mesa de atrás, la partida de póquer proseguía. Katook estaba dando. Nadie se molestó en decir a los jugadores que Claude Heroux estaba en el bar, aunque, puesto que la mesa distaba seis metros del mostrador, donde más de una vez resonó el nombre de Claude, es difícil comprender que hayan seguido jugando sin prestar atención a esa presencia potencialmente asesina. Pero así fueron las cosas.

Al terminar su segunda jarra de cerveza, Heroux se disculpó ante Thoroughgood, recogió su hacha y se acercó a la mesa donde los hombres de Mueller jugaban al póquer. Y entonces empezó a talar.

Floyd Calderwood acababa de servirse una copa de whisky barato y estaba dejando la botella en la mesa cuando Heroux le amputó la mano a la altura de la muñeca. Calderwood se miró la mano y gritó: aún sostenía la botella, pero sólo estaba sujeta a tendones y venas que pendían. Por un momento, la mano amputada apretó la botella con más fuerza; luego cayó en la mesa como una araña muerta. la sangre brotaba a borbotones de la muñeca.

En el bar, alguien pidió más cerveza; otro preguntó al cantinero, que se llamaba Jonesy, si aún se teñía el pelo.

--Nunca me lo he teñido -dijo Jonesy, que estaba muy orgulloso de su pelo.

--En la casa de Mamá Courtney, una puta me dijo que alrededor de la polla tienes el pelo blanco como la nieve -le dijo el mismo tipo.

--Pues miente -replicó Jonesy.

--Bájate los pantalones y enséñanos -repuso un leñador llamado Falkland, con quien Egbert Thoroughgood había compartido copas hasta la llegada de Heroux. Eso provocó la risa general.

Detrás de ellos, Floyd Calderwood chillaba. Algunos de los hombres reclinados contra el mostrador echaron un vistazo a tiempo de ver que Claude Heroux encajaba su enorme hacha en la cabeza de Tinker McCutcheon. Tinker era un hombre de barba negra que empezaba a encanecer. Se levantó a medias con la sangre chorreándole por la cara y volvió a sentarse. Heroux le desprendió el hacha del cráneo. Tinker empezó a levantarse otra vez y Heroux descargó el hacha de lado, clavándosela en la espalda. Según Thoroughgood, hizo el mismo ruido que un saco de ropa sucia arrojado en una alfombra. Tinker cayó sobre la mesa y las cartas le saltaron de la mano.

Los otros jugadores aullaban. Calderwoood, sin dejar de chillar, trataba de levantar su mano derecha con la izquierda mientras la vida se le escapaba en un chorro por la muñeca cortada. Stugley Grenier tenía una pistola colgada del hombro debajo de la chaqueta y estaba buscándola a tientas sin ningún éxito. Eddie King trató de levantarse y cayó de espaldas. Antes de que pudiese incorporarse, Heroux estaba de pie ante él, con un pie a cada lado de su cuerpo y balanceando el hacha sobre su cabeza. King gritó y levantó ambas manos para protegerse.

--¡Por favor, Claude, me casé el mes pasado! -gritó King.

Descendió el hacha: su cabeza desapareció casi por completo en la amplia barriga de King. La sangre salpicó hasta el techo. Eddie empezó a arrastrarse por el suelo. Claude le sacó el hacha, tal como un buen leñador la desprendería de un árbol blando, meciéndola atrás y adelante para aflojar la adherencia de la madera esponjosa. Cuando la liberó, la alzó sobre su cabeza. Volvió a descargarla y Eddie King dejó de gritar. Pero Claude Heroux no había terminado con él; se dedicó a cortarlo como si fuese leña para la estufa.

En el mostrador, la conversación se había desviado hacia el clima. Se discutía cómo sería el invierno venidero. Vernon Stanchfield, granjero de Palmyra, aseguraba que iba a ser templado. Su teoría era que la lluvia de otoño agota la nieve de invierno. Alfie Naugler, que tenía una granja en el camino de Naugler a la altura de Derry (ya ha desaparecido; la prolongación de la autopista interestatal pasa ahora por el sitio donde él cultivaba guisantes y judías), se permitió estar en desacuerdo. Alfie aseguraba que el invierno venidero sería una congeladora, pues había visto hasta ocho anillos en algunas orugas peludas, número increible, según decía. Otro hombre vaticinaba hielo; un cuarto, lodo. Jonesy enviaba por el mostrador, patinando, jarras de cerveza y escudillas con huevos duros. Por detrás de ellos seguía el griterío y la sangre manaba a chorros.

A estas alturas de mi interrogatorio, apagué la grabadora y pregunté a Egbert Thoroughgood:

--¿Cómo pudo ocurrir eso? ¿Quieres decir que ustedes no sabían lo que pasaba, que lo sabían pero dejaron que ocurriese, o qué?

Thoroughgood hundió el mentón en su chaleco manchado de comida. Sus cejas se unieron. El silencio de su habitación, pequeña, atestada y con olor a medicinas, se prolongó tanto que estuve a punto de repetir la pregunta. En ese momento, él respondió:

--Lo sabíamos. Pero no nos importaba. Era como la política. Sí, eso: como la política municipal. Es mejor dejar que se encarguen de eso los que entienden de política; y de los negocios, los que entienden de negocios. Esas cosas siempre resultan mejor si los trabajadores no se meten.
--¿Acaso está hablando del destino, de la fatalidad, y no se atreve a hacerlo directamente? -le espeté.
La pregunta surgió como si me la arrancasen. Por cierto, no esperaba que el anciano, lento e iletrado, respondiese... pero lo hizo sin inmutarse.
--Sí -confirmó-. Puede que sí.
Mientras los hombres, ante el mostrador, seguían hablando del clima, Claude Heroux talaba y talaba. Stugley Grenier había logrado, por fin, sacar su pistola. El hacha descendía para golpear otra vez a Eddie King, quien ya estaba hecho pedazos. La bala disparada por Grenier dio en la cabeza del hacha y rebotó con una chispa y un chirrido.
Katook se puso de pie y empezó a retroceder. Aún sostenía el mazo de cartas que había estado repartiendo; los naipes se desprendían y aleteaban hasta el suelo. Claude lo siguió. Katook tendió las manos. Stugley Grenier disparó nuevamente, pero la bala pasó a tres metros de Heroux.
--Basta, Claude -dijo Katook. Según contó Thoroughgood, parecía estar tratando de sonreír-. Yo no estaba con ellos. No participé en eso para nada.
Heroux se limitó a gruñir.
--Yo estaba en Millinocket -dijo Katook. Su voz empezó a elevarse hacia el grito-. ¡Estaba en Millinocket, te lo juro por mi madre! ¡Si no me crees, pregunta!
Claude levantó el hacha que goteaba. Katook esparció el resto de las cartas en su propia cara. El hacha descendió, silbando. Katook agachó la cabeza y el arma se enterró en el entablado de la pared posterior del Dólar Soñoliento. El perseguido trató de correr. Claude arrancó el hacha de la pared y la clavó entre sus tobillos. Katook cayó, despatarrado. Stugley Grenier volvió a disparar, esta vez con un poco más de suerte. Había apuntado a la cabeza del loco, pero la bala dio en la parte carnosa del muslo.
Mientras tanto, Katook se arrastraba hacia la puerta, con el pelo colgándole en la cara. Heroux blandió el hacha otra vez, bramando y balbuceando. Un momento más tarde, la cabeza cortada de Katook rodaba por el suelo lleno de serrín con la lengua ridículamente asomada entre los dientes. Se detuvo junto a la bota de un leñador llamado Varney que había pasado la mayor parte del día en el Dólar y estaba, por entonces, tan exquisitamente borracho que no hubiese podido decir si estaba en tierra firme o en el mar. Varney apartó la cabeza de un puntapié sin molestarse en mirar de qué se trataba y aulló pidiendo otra cerveza.
Katook se arrastró un metro más, barbotando sangre por el cuello, antes de darse cuenta de que estaba muerto. Sólo quedaba Stugley. Heroux giró hacia él, pero el otro había corrido hacia el retrete y la puerta ya estaba cerrada con llave.
Heroux se abrió paso a golpes de hacha, aullando y delirando en balbuceos; de la boca le caían hilos de baba. Cuando pudo entrar, Stugley había desaparecido, aunque ese cuartito frío y húmedo carecía de ventanas. Heroux se estuvo quieto un momento, con la cabeza gacha, untados de sangre los poderosos brazos. De pronto, con un bramido, levantó la tapa de la letrina. Tuvo tiempo de ver que las botas de Stugley desaparecían bajo la tabla mellada que servía de zócalo. Stugley

Grenier bajó a grandes gritos por Exchange Street, bajo la lluvia, cubierto de excrementos, gritando que lo asesinaban. Fue el único que sobrevivió a la matanza del Dólar Soñoliento, pero después de haber escuchado por tres meses las bromas sobre su método de huida, abandonó definitivamente Derry.

Heroux salió del retrete y se quedó allí, como el toro después de atacar, con la cabeza baja y el hacha colgando delante de él. Jadeaba y resoplába. Estaba cubierto de sangre y de trozos de carne de la cabeza a los pies.

--Cierra la puerta, Claude, que ese cubo de mierda apesta -pidió Thoroughgood.

Claude dejó caer el hacha e hizo lo que se le pedía. Se acercó a la mesa sembrada de naipes donde sus víctimas habían estado jugando. En el trayecto, apartó una de las piernas amputadas de Eddie King. Luego se limitó a ocultar la cara entre los brazos. En el mostrador seguían las conversaciones. Cinco minutos después empezaron a llegar más parroquianos, entre ellos tres o cuatro ayudantes del comisario (el que estaba a cargo era el padre de Lal Machen; cuando vio aquél desastre sufrió una crisis cardíaca y hubo que llevarlo al consultorio del doctor Shratt). Detuvieron a Claude Heroux. Cuando se lo llevaron iba con docilidad, más dormido que despierto.

Esa noche, en todos los bares de las calles Exchange y Baker resonaba la noticia de la matanza. Se empezó a acumular una especie de furia justiciera, de la que sienten los borrachos. Cuando cerraron los bares, más de setenta hombres se encaminaron hacia la cárcel y los tribunales con antorchas y linternas. Algunos llevaban pistolas; otros, hachas o picas.

El comisario del condado no volvería de Bangor hasta que llegase la diligencia de mediodía y Goose Machen estaba en el consultorio del doctor Shratt con un ataque cardíaco. Los dos ayudantes que montaban guardia en la oficina, jugando a las cartas, oyeron llegar a la multitud y huyeron. Los ebrios irrumpieron allí y se llevaron a rastras a Claude Heroux. Él no protestó mucho. Parecía aturdido.

Lo llevaron en volandas, como a un héroe de fútbol, por Canal Street, y lo colgaron de un viejo olmo que se inclinaba sobre el agua.

--Estaba tan aturdido que sólo soltó dos patadas -dijo Egbert Thoroughgood.

Según los registros, fue el único linchamiento que hubo en esa zona de Maine. Obviamente el "Derry News" no informó sobre el asunto. Muchos de los que habían seguido bebiendo mientras Heroux hacía su trabajo en el Dólar Soñoliento formaron parte del grupo que le puso la corbata. Hacia medianoche, el humor general había cambiado.

Hice a Thoroughgood la última pregunta: si había visto a alguien a quien no conociese durante los hechos de ese día; alguien que le resultase extraño, fuera de lugar, curioso, hasta payasesco; alguien que hubiese estado bebiendo en el bar, esa tarde, y que tal vez hubiese participado en el linchamiento por la noche.

--Puede que sí -respondió Thoroughgood. Ya estaba cansado, decaído, listo para hacer su siesta-. Eso fue hace mucho tiempo. Muchísimo.

--Pero usted recuerda algo -dije.

--Recuerdo haber pensado que seguramente había feria en Bangor -dijo Thoroughgood-. Esa noche estuve bebiendo cerveza en el Balde de Sangre. El Balde de Sangre estaba a seis puertas del dólar Soñoliento. Allí había un tío... bastante cómico, que hacía piruetas y malabarismo con vasos y monedas... cómico, ya me entiende.

El mentón huesudo se hundía otra vez en el pecho. Iba a quedarse dormido allí mismo. En las comisuras de la boca, que tenía innumerables pliegues y arrugas, empezó a burbujearle la saliva.

--Le he visto otras veces -continuó-. A lo mejor se divirtió tanto aquella noche... que decidió quedarse.

--Sí. Hace mucho tiempo que está por aquí -confirmé.

Su única respuesta fue un ronquido débil. Se había quedado dormido en su silla, junto a la ventana, con los medicamentos alineados en el dintel de la ventana como soldados de la ancianidad esperando órdenes. Apagué la grabadora y me quedé un momento mirándolo: un extraño viajero del tiempo, de 1890, que recordaba una epoca sin coches, sin luz eléctrica, sin aviones, sin estado de Arizona. Pennywise había estado allí, guiándolos por la senda hacia otro alegre sacrificio. Aquél, en septiembre de 1905, inició un gran período de terror que incluyó la explosión de Pascua en la fundición Kitchener, al año siguiente.

Eso plantea algunas preguntas interesantes (Y, por lo que sé, de vital importancia). Por ejemplo: ¿qué come "Eso", en realidad? Sé que algunos niños han sido comidos en parte; al menos, presentan marcas de mordiscos. Pero tal vez somos nosotros los que lo impulsamos a hacerlo. A todos se nos ha enseñado, desde la más temprana infancia, que eso hacen los monstruos cuando nos sorprenden en lo profundo del bosque: comernos. Es, quizá, lo peor que podemos concebir. Pero en realidad es la fe lo que alimenta a los monstruos, ¿no? Me veo llevado irresistiblemente a esta conclusión: el alimento puede ser vida, pero la fuente del poder es la fe, no la comida. ¿Y quién más capaz de un acto de fe absoluta que un niño?

Pero aquí se presenta un problema: los niños crecen. En la iglesia, el poder se perpetúa y se renueva mediante periódicos actos rituales. En Derry, el poder también parece perpetuarse y renovarse mediante ritos periódicos. ¿Es posible que "Eso" se proteja a si mismo por el simple hecho de que, al convertirse los niños en adultos, se vuelvan incapaces de tener fe o queden tullidos por una especie de artritis espiritual o imaginativa?

Sí, creo que ahí está el secreto. Y si hago esas llamadas, ¿cuánto recordarán mis amigos? ¿Cuánto creerán? ¿Lo suficiente como para acabar de una vez con este horror, o sólo para venir a su muerte? Los están llamando: eso lo sé. Cada asesinato de este nuevo ciclo ha sido una llamada. Dos veces estuvimos a punto de matarlo y al final lo hicimos huir por su madriguera de túneles y moradas malolientes bajo la ciudad. Creo, sin embargo, que "Eso" conoce otro secreto: aunque quizá sea inmortal (o casi), nosotros no lo somos. Le bastaría con esperar a que el acto de fe que nos hizo potenciales matadores de monstruos, además de fuentes de poder, se hiciese imposible. Veintisiete años. Tal vez para "Eso" ha sido un período de sueño, tan breve y reparador como una siesta para nosotros. Y cuando "Eso" despierta, es igual que antes. Para nosotros, en cambio, ha pasado la tercera parte de nuestra vida. Nuestras perspectivas se han estrechado; nuestra fe en la magia, que hacía posible la magia, se ha perdido como el brillo en un par de zapatos nuevos después de un día de duras caminatas.

¿Por qué nos llama? ¿Por qué no nos deja morir? Porque estuvimos a punto de matarlo, porque lo atemorizamos, según creo. Porque quiere venganza.

Y ahora que ya no creemos en los Reyes Magos ni en la cigüeña ni en Hansel y Gretel ni en el duende bajo el puente, ahora está listo para recibirnos. "Venid -dice-. Volved, terminad la labor que debíais hacer en Derry. ¡Traed vuestras bolitas y vuestros yo-yos! ¡Vamos a jugar! ¡Volved y veremos si recordáis la cosa más sencilla de todas: cómo es ser niños, seguros en la fe y, por lo tanto, temerosos de la oscuridad!"
En eso, al menos, alcanzo una puntuación de mil por ciento: estoy asustado. Horriblemente asustado.

Quinta Parte. El rito de Chüd.

No ha de hacerse.
Las goteras han podrido el telón.
La trama está deshecha.
Libra a la carne de la máquina,
no construyas más puentes.
¿Por qué aire volarás para unir los continentes?
Deja que las palabras caigan de cualquier manera
para que puedan tropezar de improviso con el amor.
Será un reconocimiento extraordinario.
Quieren rescatar demasiado,
la inundación ha hecho su obra.
Williams Carlos Williams, "Paterson".

Mira y recuerda. Mira esta tierra,
lejos, lejos, a través de las fábricas y de la hierba.
Seguramente, seguramente te dejarán pasar.
Habla entonces, e interroga al barro y a los bosques.
¿Qué oyes? ¿Cuál es la orden de la tierra?
La tierra está ocupada; éste no es tu hogar.
Karl Shapiro, "Travelogue for Exiles".

XIX. En las vigilias de la noche.

1. Biblioteca Pública de Derry, 1.15 h.

Cuando Ben Hanscom terminó la historia de los balines de plata, los otros quisieron seguir hablando, pero Mike les dijo que debían dormir.
--Por hoy ya habéis tenido bastante -dijo.
Pero era Mike el que parecía exhausto. Su rostro estaba ojeroso. Beverly tuvo la impresión de que se sentía físicamente mal.
--Pero no hemos terminado -dijo Eddie-. ¿Y el resto? Aún no recuerdo...
--Mike tiene r-r-razón -replicó Bill-. Ya lo recordaremos. O no recordaremos nada. Yo creo que sí. Y ya hemos record-d-dado todo lo que hacía falta.
--¿O todo lo que nos conviene? -sugirió Richie. Mike asintió.

--Mañana volveremos a reunirnos. -Echó un vistazo al reloj-. Es decir, hoy, más tarde.
--¿Aquí? -preguntó Beverly.
Mike negó lentamente con la cabeza.
--Sugiero que nos reunamos en Kansas Street, donde Bill solía esconder la bicicleta.
--Iremos a Los Barrens -dijo Eddie. Y de pronto se estremeció.
Mike volvió a asentir.
Hubo un momento de silencio mientras todos se miraban. Luego, Bill se levantó. Los otros lo imitaron.
--Quiero que todos vayáis con cuidado el resto de la noche -dijo Mike-. "Eso" ha estado aquí, puede estar dondequiera que estéis. Pero esta reunión me ha hecho sentir mejor. -Miró a Bill-. aún creo que se puede hacer. ¿Y tú, Bill?
--Sí, yo también pienso que se puede.
--Y "Eso" también ha de saberlo -agregó Mike-. Hará todo lo que pueda para volver las posibilidades a su favor.
--¿Qué hacemos si se presenta? -preguntó Richie. ¿Nos tapamos la nariz, damos tres vueltas con los ojos cerrados y pensamos cosas buenas? ¿Le arrojamos algún polvo mágico a la cara? ¿Cantamos viejas canciones de Elvis Presley? ¿Qué?
Mike sacudió la cabeza.
--Si pudiese deciros eso no habría ningún problema, ¿verdad? Sólo sé que existe otra fuerza (al menos existía cuando éramos niños) que quiso mantenernos vivos para que nos ocupáramos de "Eso". Tal vez aún existe. -Se encogió de hombros cansinamente-. Temía que dos o tres de vosotros no os presentarais a esta reunión. Por haber desaparecido o muerto. El veros a todos aquí me renueva la esperanza.
Richie consultó su reloj.
--Una y cuarto. Cómo vuela el tiempo cuando uno se divierte, ¿no, Ben?
--Bip-bip, Richie -dijo Ben con una sonrisa desteñida.
--¿Quieres volver al ho-ho-hotel conmigo, Beverly? -propuso Bill.
--De acuerdo.
Se estaba poniendo el abrigo. La biblioteca parecía ahora muy silenciosa, llena de sombras; daba miedo. Bill, sintió que los dos últimos días le caían encima de la espalda. Si hubiese sido sólo cansancio no habría importado, pero había más que eso: la sensación de estarse volviendo loco, soñando, sufriendo alucinaciones paranoicas. La sensación de ser observado. "Tal vez ni siquiera estoy aquí -pensó-. Tal vez estoy en el asilo para lunáticos del doctor Seward, con la casa desvencijada del conde en la puerta de al lado y Renfield al otro lado del pasillo; él con sus moscas, yo con mis monstruos, los dos seguros de que la fiesta continúa y vestidos de punta en blanco, no con esmoquin sino con chaleco de fuerza."
--¿Y tú, Ri-Richie?
El disc-jokey meneó la cabeza.
Voy a dejar que Parva y Kaspbrack me lleven a casa -dijo-. ¿Os parece bien, chicos?
--Claro -dijo Ben.

Echó un vistazo a Beverly, que estaba de pie junto a Bill, y sintió un dolor casi olvidado. Un recuerdo nuevo tembló casi a su alcance, pero se alejó flotando.

--¿Y tú, M-m-mike? ¿Quieres venir con Bev y c-c-conmigo?

Mike negó con la cabeza.

--Tengo que...

Fue entonces cuando Beverly soltó un alarido, un sonido muy agudo en la quietud de la biblioteca. La cúpula lo recibió y los ecos fueron como la risa de las hadas traviesas aleteando alrededor.

Bill se volvió hacia ella, Richie dejó caer su chaqueta. Se oyó un estruendo de vidrios rotos: Eddie había hecho caer, con el brazo, una botella de ginebra vacía.

Beverly retrocedía, con las manos tendidas y el rostro pálido. Sus ojos, hundidos en la órbitas amoratadas, estaban muy dilatados.

--¡Mis manos! -gritó-. ¡Mis manos!

--¿Qué ... ? -Y entonces Bill vio la sangre que chorreaba lentamente entre los dedos estremecidos de la mujer. Quiso acercarse, pero súbitas punzadas de dolor le cruzaron las manos. No era un dolor agudo, sino el que a veces se siente en una vieja herida cicatrizada.

Las antiguas cicatrices de sus palmas, las que habían reaparecido en Inglaterra, estaban abiertas y sangrando. Miró a un lado y vio que Eddie Kaspbrak contemplaba estúpidamente sus propias manos, también sangrantes. Lo mismo ocurría con Mike, Richie y Ben.

--Estamos en esto hasta el final, ¿no? -dijo Beverly. Estaba llorando, y ese ruido también se agigantaba en el vacío de la biblioteca. El edificio mismo parecía llorar con ella. Bill pensó que, si debía escuchar eso por mucho tiempo más acabaría por volverse loco-. Que Dios nos ayude: estamos en esto hasta el final.

Sollozó y una gota de moco le colgó de la nariz. Se la enjugó con una mano estremecida. Otro poco de sangre cayó al suelo.

--¡Rá-rá-rápido! -exclamó Bill y tomó a Eddie de la mano.

--¿Qué...?

--¡Rápido!

Alargó la otra mano. Después de un instante, Beverly se la cogió sin dejar de llorar.

--Sí -dijo Mike. Parecía aturdido, casi drogado-. Sí, está bien. Está volviendo a empezar, ¿no es así, Bill? Todo vuelve a empezar.

--S-s-sí, creo qu-que sí.

Mike cogió la mano de Eddie. Richie sujetó la otra mano de Bev. Por un momento Ben se limitó a mirarlos. Después, como si estuviera soñando, tendió las manos ensangrentadas a cada lado y se acercó a Mike y Richie. El círculo se cerró.

(Ah, Chüd, esto es el Rito de Chüd y la Tortuga no puede ayudarnos.)

Bill trató de gritar, pero no emitió sonido alguno. Vio que la cabeza de Eddie caía hacia atrás, con los tendones del cuello muy salientes. Bev dio dos golpes de cadera, feroces, como en un orgasmo breve y áspero como un disparo de pistola. Mike movía extrañamente la boca, como si riera e hiciera muecas de dolor al mismo tiempo. En el silencio de la biblioteca las puertas se abrieron y se cerraron con estruendo. En la hemeroteca, las revistas volaron en un huracán sin viento. En la oficina de Carole Danner, el ordenador IBM cobró vida y escribió:

"castigaexhausto
elpostetoscoy
rectoeinsisteinfaustoque
havistoalosespectroscastigaexh"

La bola se trabó. La máquina emitió un chisporroteo y un fuerte eructo electrónico con todos los circuitos sobrecargados. En la estantería alta, el sector de libros de ocultismo cayó súbitamente desparramando por doquier a Edgar Cayce, Nostradamus, Charles Fort y la Apócrifa.

Bill sentía un poder exaltado. Apenas notó que tenía una erección y que todos los cabellos de su cabeza se erguían como electrizados. La sensación de fuerza, en el círculo cerrado, era increíble.

Todas las puertas de la biblioteca se cerraron al unísono.

El reloj de péndulo, tras el escritorio de recepción, dio una campanada. De pronto, aquello desapareció como si alguien hubiese cortado la corriente.

Dejaron caer las manos mirándose unos a otros, aturdidos. Nadie dijo nada. Al menguar aquella sensación de potencia, Bill experimentó un horrible presentimiento de fatalidad. Contempló las caras pálidas y tensas de sus compañeros; se miró las manos. Las tenía manchadas de sangre, pero las heridas que Stan Uris había abierto en agosto de 1958 con un trozo de botella habían vuelto a cerrarse dejando sólo unas líneas blancas, torcidas como cepas. Pensó: "Aquélla fue la última vez que estuvimos los siete juntos: el día en que Stan nos hizo estos cortes, en Los Barrens. Stan no está aquí; ha muerto. Y ésta es la última vez que los seis estaremos juntos. Lo sé, lo presiento."

Beverly se apretaba contra él, temblando. Bill la rodeó con un brazo. Todos lo miraban, con ojos enormes y brillantes en la penumbra. La mesa larga a la que se habían sentado, sembrada de botellas vacías, copas y ceniceros desbordantes, era un islote de luz.

--Basta ya -dijo Bill- con voz ronremos el baile de gala para otro día.

--Me he acordado -dijo Beverly. Levantó hacia Bill sus ojos enormes, sus mejillas pálidas y mojadas-. Me he acordado de todo. De cuando mi padre descubrió que jugaba con vosotros. De la huida. De Bowers, Criss y Huggins. De cómo corrí. El túnel, los pájaros... "Eso"... "Lo recuerdo todo"...

--Sí -dijo Richie-. Yo también.

Eddie asintió:

--La estación de bombeo...

--...y que Eddie... -dijo Bill.

--Id a acostaros -recomendó Mike-. Descansad un poco. Es tarde.

--Ven con nosotros, Mike -sugirió Beverly.

--No. Tengo que cerrar. Y debo anotar algunas cosas. La minuta de esta reunión, podríamos decir. No tardaré mucho. Adelantaos.

Avanzaron hacia la puerta sin decir nada. Bill y Beverly estaban juntos. Los seguían Eddie, Richie y Ben. Bill sostuvo la puerta para que ella pasara y ella le dio las gracias con un murmullo. Al verla salir a los amplios escalones de granito, Bill la vio muy joven, vulnerable... Cobró súbita, conciencia de que se estaba enamorando otra vez de ella. Trató de pensar en Audra, pero su mujer parecía algo muy remoto. En ese momento estaría durmiendo en la casa de Fleet, mientras salía el sol y el lechero iniciaba su ronda.

El cielo de Derry había vuelto a nublarse; una niebla baja cubría la calle desierta en gruesas bandas. El Centro Cívico, estrecho, alto, victoriano, cavilaba en medio de la oscuridad. Bill pensó: "Y aquello que caminaba en el Centro Cívico, caminaba solo." Tuvo que ahogar una risita descabellada. Los pasos parecían demasiado audibles. La mano de Beverly tocó la suya y Bill la tomó, agradecido.

--Todo empezó antes de que estuviéramos preparados -dijo ella.

--¿Crees que alguna vez habríamos estado p-pre-parados?

--Tú sí, Gran Bill.

El contacto de su mano le resultó, de pronto, necesario y maravilloso. Se preguntó cómo sería tocarle los pechos por segunda vez en su vida y sospechó que pronto lo sabría, antes de que terminase aquella larga noche. Ahora más plenos, maduros... y su mano encontraría vello al abarcar la curva de su monte de Venus. "Te amaba, Beverly... -pensó-. Te amo. Ben te amaba... te ama. Te amábamos en aquel entonces... te amamos también ahora. Mejor así, porque todo está empezando. Y no hay modo de escapar."

Miró hacia atrás y vio que la biblioteca estaba a media manzana de distancia. Richie y Eddie se encontraban en el escalón de arriba; Ben, al pie de la escalinata, los seguía con la vista. Tenía las manos en los bolsillos y los hombros caídos; visto por la lente móvil de la neblina baja, se le podría tomar otra vez por un niño de once años. De haber podido enviar un pensamiento a Ben, bill le habría enviado éste: "No importa, Ben. Lo que importa es el amor, el cariño... Siempre el deseo, nunca el tiempo. Tal vez es lo único que podemos llevarnos, cuando salimos del azul del cielo para entrar en la negrura. Es un frío consuelo, tal vez, pero mejor que nada."

--Mi padre se enteró -dijo Beverly, de pronto-. Un día vino al club de Los Barrens y lo sabía. ¿Nunca te conté lo que solía decirme cuando se enfadaba?.

--¿Qué?

--"Me preocupas, Bevvie." Eso era lo que solía decir. "Me preocupas "mucho"." -Se echó a reír, pero temblaba-. Creo que quería hacerme daño, Bill. Es decir... otras veces me había lastimado, pero esa vez era distinto. Estaba... bueno, en muchos sentidos era como un extraño. Yo le quería. Le quería mucho, pero...

Lo miró. Tal vez deseaba que él lo dijese en su lugar. Bill no lo hizo. Era algo que ella debía pronunciar por sí misma tarde o temprano. Las mentiras y los autoengaños se habían convertido en un lastre que ya no podían permitirse.

--También le odiaba -dijo. Su mano tiró convulsivamente de la de Bill por un largo instante-. Nunca se lo dije a nadie. Creía que Dios me enviarla un rayo si alguna vez lo decía.

--Dilo otra vez, entonces.

--No, yo...

--Anda. Dolerá, pero creo que ya ha supurado por mucho tiempo allí dentro. Dilo.

--Odiaba a mi padre -dijo ella. Y empezó a sollozar-. Lo odiaba, le tenía miedo. Nunca pude ser tan buena como para conformarlo y lo odiaba, de veras. Pero también lo amaba.

Bill se detuvo la abrazó con fuerza. Beverly lo rodeó con brazos de pánico. Las lágrimas le humedecieron el cuello. Ese cuerpo era maduro y firme. Apartó un poco el torso para que ella no sintiera su erección... pero Beverly volvió a apretarse contra él.

--Habíamos pasado la mañana allá abajo -dijo-, jugando a cogernos o a algo así. Algo inocente. Ni siquiera habíamos hablado de "Eso" aquel día, al menos hasta entonces. Todos los días lo mencionábamos en algún momento. ¿Te acuerdas?
--Sí. En algún m-m-momento. Recuerdo.
--El cielo estaba cubierto. Hacía calor. Pasamos casi toda la mañana jugando. Volví a casa a eso de las once y media pensando en tomar un bocadillo y un plato de sopa después de darme una ducha. Después volvería para seguir jugando. Mis padres estaban trabajando. Pero no, él estaba allí. Había vuelto a casa. Y él.

2.

la arrojó al otro lado de la habitación antes de que ella hubiese entrado del todo. Beverly dejó escapar un grito de sorpresa que se cortó al chocar contra la pared con una fuerza entumecedora. cayó en el desvencijado sofá mirando alrededor, enloquecida. La puerta del vestíbulo se cerró de golpe. Su padre había estado de pie tras ella.
--Me preocupas, Bevvie -dijo-. A veces me preocupas "mucho". Lo sabes, ¿no? Te lo he dicho mil veces.
--Pero, papá, ¿qué...?
Caminaba lentamente hacia ella, cruzando la sala con expresión pensativa, triste, mortífera. Beverly no quiso ver, eso último, pero allí estaba, como el brillo ciego del polvo en el agua estancada. Se mordisqueaba pensativamente un nudillo de la mano derecha. Vestía su uniforme verde caqui. La chica, al bajar la mirada, vio que sus zapatos estaban dejando huellas en la alfombra de su madre. "Tendré que sacar la aspiradora -pensó- y limpiar eso. Si él me deja en condiciones de limpiar. Si..."
Era barro. Barro negro. La mente de Bevvie se desvió de un modo alarmante. Había estado en Los Barrens, con Bill, Richie, Eddie y los otros. Allá, en Los Barrens, el barro era negro y viscoso como el que su padre tenía en los zapatos, en ese lugar pantanoso donde crecían las cañas que Richie llamaba bambúes. Cuando soplaba viento, las cañas repiqueteaban con un sonido hueco, como tambores de vudú. ¿Era posible que su padre hubiera estado en Los Barrens? ¿Que su padre...?
¡"Wac"!
La mano del hombre se disparó hacia abajo y le golpeó en plena cara. Su cabeza volvió a golpear contra la pared. El padre enganchó los pulgares en el cinturón y la miró con una extraña curiosidad. distante. Ella sintió que un hilito de sangre le corría, caliente, desde la comisura izquierda del labio inferior.
--Te he visto crecer -dijo él.
Beverly se quedó esperando, pero por el momento eso parecía todo.
--¿De qué me hablas, papá? -preguntó en voz baja y estremecida.
--Si me mientes, Bevvie, te mataré a golpes.
Y ella notó, con horror, que él no la miraba. Miraba el cuadro de Currier e Ives colgado sobre su cabeza, por encima del sofá. Su mente volvió a dar un horrible resbalón hacia un lado. Se vio a los cuatro años, sentada en la bañera con su

barquito de plástico azul y su jabón Popeye. El padre, tan grande, tan querido, estaba de rodillas a su lado vestido con camiseta y pantalones grises; tenía una esponja en una mano y un vaso de refresco de naranja en la otra, la enjabonaba, diciendo: "A ver esas orejas, Bevvie, que mamá necesita patatas para la cena." Y Beverly oyó reír a su pequeño yo, que miraba aquella cara algo encanecida como si fuese eterna.

--No... no voy a mentir, papá -dijo-. ¿Qué pasa?

La imagen de su padre se iba deshaciendo poco a poco, por obra de las lágrimas.

--¿Estuviste en Los Barrens con una pandilla de chicos?

El corazón de la chica dio un brinco; sus ojos bajaron otra vez a los zapatones embarrados. Ese lodo negro, pegajoso. Si lo pisabas con fuerza, era capaz de arrancarte la zapatilla o el mocasín. Y tanto Richie como Bill estaban convencidos de que era una ciénaga.

--A veces juego allá c...

¡"Wac"! La mano, cubierta de duros callos, bajando otra vez. Ella gritó, dolorida, asustada. Su expresión la asustaba. Eso de que no la mirara la asustaba también. Algo malo le estaba pasando. ¿Y si la mataba? ¿Y si

("oh basta, Beverly, es tu %padre% Y los padres no matan a sus hijas")

perdía el control, qué...?

--¿Qué les dejaste que te hicieran?

--¿Cómo? ¿Qué...? -No tenía idea. de lo que su padre quería decir.

--Quítate los pantalones.

La confusión de Beverly iba en aumento. Sus palabras parecían absurdas. Y tratar de comprender le ponía enferma.

--¿Qué... por qué?

La mano se levantó. Ella se echó hacia atrás.

--Quítatelos, Bevvie. Quiero ver si estás intacta.

Apareció una imagen nueva, más descabellada que las anteriores; se vio a sí misma sacándose los vaqueros; una de sus piernas salía junto con ellos. El padre la castigaba con el cinturón, mientras ella trataba de escapar saltando sobre su única pierna. "¡Ya sabía que no estaba intacta! -gritaba el padre-. ¡Lo sabía, lo sabía!"

--Papá, no sé qué...

La mano bajó, pero esa vez no para darle una bofetada sino para sujetarla. Le aferró el hombro con furia. Ella gritó. El padre la levantó de un tirón y, por primera vez, la miró directamente a los ojos. Beverly volvió a gritar a causa de lo que se veía en esas pupilas: "nada". Su padre había desaparecido. Y Beverly comprendió, de pronto, que estaba sola con "Eso" en el apartamento. sola con "Eso" en esa pesada mañana de agosto. No experimentaba esa densa sensación de poder y malignidad no disimulada que había percibido en Neibolt Street diez días atrás ("Eso" estaba diluido por la humanidad esencial de su padre), pero allí estaba, obrando por medio dé él.

La arrojó a un lado. Ella cayó sobre la mesita de café, pasó por encima y acabó despatarrada en el suelo, gritando.

"Así es como ocurre todo -pensó-. Se lo diré Bill para que lo comprenda. "Eso" está por todas partes, en Derry. Se limita... se limita a llenar los lugares vacíos."

Rodó sobre sí. Su padre caminaba hacia ella. Se deslizó sobre los fondillos del vaquero, con el pelo en los ojos, para escapar.

-Sé que has estado allá abajo, me lo dijeron. No lo quise creer. No podía creer que mi Bevvie anduviera por ahí con una pandilla de chicos. Pero esta mañana te vi con mis propios ojos. Mi Bevvie con una pandilla de chicos. Doce años aún no cumplidos y ya anda con una pandilla de chicos.

Esa última idea pareció provocarle una nueva cólera que tembló en él como una corriente eléctrica.

--¡"Doce años no cumplidos"! -gritó, asestándole un puntapié en el muslo que la hizo aullar. Cerró las mandíbulas sobre el hecho, el concepto, lo que fuera, como el perro hambriento cierra los dientes sobre un trozo de carne-. ¡Doce años no cumplidos! ¡"Doce años no cumplidos"!

Pateó otra vez. Beverly escapó a rastras. Por entonces habían llegado a la zona de la cocina y su zapatón dio contra los armarios haciendo tintinear las cacerolas.

--No huyas de mí, Bevvie -dijo-. No te conviene. Será peor para ti. Créeme. Cree a tu padre. Esto es grave. Eso de andar con varones, dejar que te hagan sabe Dios qué, con doce años no cumplidos, eso sí que es grave, Dios lo sabe.

La sujetó con fuerza y la levantó de un tirón.

--Eres una niña bonita. Y hay muchos gamberros dispuestos a propasarse con una niña bonita. Y muchas niñas bonitas dispuestas a dejarse hacer. ¿Ya te has revolcado con esos chicos, Bevvie?

Por fin ella comprendió lo que "Eso" había puesto en la cabeza de su padre... pero parte de ella sabía que la idea había estado allí desde un principio. Eso no hacía sino utilizar las herramientas disponibles.

--No, papá; no, papá...

--¡Te he visto fumar! -aulló él.

Esa vez le pegó con la palma de la mano, con tanta fuerza que la envió tambaleándose hacia atrás, hasta la mesa de la cocina. Allí quedó espatarrada, con un dolor quemante en la parte baja de la espalda. El salero y el pimentero cayeron al suelo. El pimentero se rompió. Ante los ojos de Beverly se abrieron flores negras que desaparecieron luego. Los sonidos se oían demasiado graves.

Vio la cara de su padre. Algo en su cara. Le estaba mirando el pecho. Y ella notó, de pronto, que se le había desabotonado la blusa y que no tenía puesto su único sostén. Su mente volvió a desviarse hacia la casa de Neibolt, donde Bill le había dado su camiseta. Allá, las miradas ocasionales y furtivas de los chicos no le habían molestado porque parecían naturales. Y la mirada de Bill había sido más que natural: cálida y deseada, aunque profundamente peligrosa.

Ahora, a su terror se mezcló la culpa. ¿Y si su padre no se equivocaba tanto? ¿Acaso no se había

("revolcado con ellos")

permitido malos pensamientos? ¿No había pensado en lo que él decía, fuese lo que fuese?

"¡No es igual! ¡No es igual que el modo en que

("revolcándose")

él me está mirando ahora! ¡No es igual!"

Se abrochó la blusa.

--¿Bevvie?

--No hacemos más que jugar, papá. Eso es todo. Jugamos... No... no hacemos nada como... nada malo. No...
--Te he visto fumar -repitió él, acercándose. Su mirada recorrió su pecho y sus caderas estrechas sin curvas. Súbitamente canturreó, con una voz de jovencito que la asustó aún más-: ¡La que masca chicle fumará! ¡La que fuma beberá! ¡Y cuando una chica bebe, todo el mundo sabe qué es capaz de hacer!
--¡"Yo no hice nada"! -aulló Beverly, en tanto las manos de su padre le sujetaban los hombros. Ya no la pellizcaba ni le hacía daño. Esas manos eran suaves y eso la asustó más que nada.
--Beverly -repitió él, con la lógica absurda e indiscutible de los obsesos-, te he visto con varones. ¿Vas a decirme qué hace una chica con los varones, en ese pastizal, sino revolcarse?
--¡Déjame en paz! -gritó ella. El enfado surgía de un pozo muy profundo cuya existencia ella no había sospechado. Era una llama azul y amarillenta en su cabeza. Amenazaba sus pensamientos. Todas las veces que él la había asustado, todas las veces que la había avergonzado, todas las veces que le había hecho daño-. ¡Hazme el favor de dejarme en paz!
--No hables así a tu padre -repuso él, sorprendido.
--¡No he hecho éso que dices! ¡Nunca lo he hecho!
--Puede que sí, puede que no. Quiero asegurarme. Y sé cómo. Quítate los pantalones.
--No.
Los ojos de Al se ensancharon mostrando la córnea amarillenta alrededor de los iris azules.
--¿Qué has dicho?
--Dije que no.
Tal vez Marsh vio en los ojos de la niña la furia llameante, la fuerte oleada de la rebelión.
--¿Quién te lo dijo? -preguntó ella.
--Bevvie...
-¿Quién te dijo que jugábamos allá? ¿Fue un desconocido? ¿Un hombre vestido de naranja y plata? ¿Usaba guantes? ¿Parecía un payaso aunque no lo fuera? ¿Cómo se llamaba?
--Bevvie, déjate de...
--No -le interrumpió ella-. A "ti" te conviene dejarlo.
Él volvió a levantar la mano, ahora cerrada en un puño, como si tuviera intención de romper algo. Beverly la esquivó, el puño pasó silbando junto a su cabeza y se estrelló contra la pared. Él la soltó, aullando, para llevarse el puño a la boca. Beverly retrocedió a pasitos cortos y rápidos.
--¡Ven aquí!
--No -dijo ella-. Quieres pegarme. Te quiero, papá, pero cuando te pones así te odio. "Eso" está obligándote, pero es porque tú se lo permites.
--No sé de qué estás hablando, pero será mejor que vengas. No lo voy a repetir.
--No -repitió ella, volviendo a llorar.
--No hagas que vaya a buscarte, Bevvie, o lo lamentarás. Ven aquí.
--Dime quién te fue con ese cuento. Entonces iré.

El padre saltó hacia ella con agilidad felina, a tal punto que, si bien ella estaba esperando algo así, estuvo a punto de dejarse atrapar. Buscó a tientas el pomo de la puerta, la abrió apenas lo suficiente para pasar y corrió por el vestíbulo hacia la puerta de entrada en una pesadilla de pánico, tal como huiría de la señora Kersh, veintisiete años después. Detrás de ella, Al Marsh se estrelló contra la puerta, cerrándola de un golpe que la partió por el medio.

--¡"Vuelve aquí inmediatamente, Bevvie"! -aulló, abriendo la puerta de un tirón.

La entrada principal estaba con cerrojo porque ella había entrado por la trasera. Una de sus manos temblorosas manipuló el cerrojo mientras la otra tiraba inútilmente del pomo. Atrás, el padre volvió a aullar como

("quítate esos pantalones. Te estuviste revolcando")

un animal. Ella corrió el cerrojo y logró, por fin, abrir la puerta principal. El aliento, ardoroso, bombeaba en su garganta. Al mirar sobre el hombro lo vio justo atrás, alargando la mano para apresarla, sonriente, gesticulante; sus dientes de caballo eran una trampa para osos.

Beverly huyó por la puerta y sintió que unos dedos le tocaban la espalda sin poder sujetarla. Bajó al vuelo los escalones, pero perdió el equilibrio y cayó espatarrada en la acera de cemento despellejándose las rodillas.

-"Vuelve ahora mismo, Bevvie, o voy a despellejarte a latigazos".

Mientras él bajaba los escalones, ella se levantó con sendos agujeros en las perneras de los pantalones

("quítate los pantalones")

y las rodillas sangrando. Las terminales nerviosas cantaban "Adelante, soldados cristianos". Miró otra vez sobre el hombro.

Allí venía otra vez Al Marsh, portero y custodio, hombre canoso, vestido con uniforme caqui de grandes bolsillos, con un llavero sujeto al cinturón, el pelo arrebatado por el viento. Pero él no estaba en sus ojos. No estaba allí ese él esencial que le había lavado la espalda o golpeado en el estómago porque ella le preocupaba, le preocupaba "mucho"; ese él que una vez, teniendo ella siete años, había tratado de trenzarle el pelo y acabó riendo con ella por el desastroso resultado; ese él que sabía hacer batido de huevos con canela los domingos, más sabrosos que cuanto vendían en la heladería. El padre, figura masculina de su vida. En sus ojos no había en ese momento nada de eso. Sólo un vacío asesino. Sólo "Eso".

Beverly corrió. Huía de "Eso".

El señor Pasquale alzó la vista, sorprendido, dejando de regar su escuálido césped y de escuchar el partido de los Red Sox transmitido por su transistor desde el porche. Los chicos Zinnerman se apartaron del viejo Hudson Hornet que habían comprado por veinticinco dólares y que lavaban casi todos los días. Uno de ellos sostenía la manguera; el otro, un balde de agua espumosa. Ambos estaban boquiabiertos. La señora Denton miró desde su ventana del primer piso, con un vestidito y el resto de la ropa para coser en el regazo, la boca llena de alfileres. El pequeño Lars Theramenius apartó rápidamente su camioncito de la acera y se refugió en el césped moribundo de Bucky Pasquale, asustado al ver que Bevvie, la misma que había pasado toda una mañana enseñándole a atarse las zapatillas, pasaba como un rayo gritando, con los ojos dilatados. Un momento después pasó el padre, aullando. Lars, que por entonces tenía tres años y que moriría doce años

después en un accidente de motocicleta, vio en la cara del señor Marsh algo terrible e inhumano. Tuvo pesadillas durante tres semanas; veía al señor Marsh convertido en araña dentro de su ropa.

Beverly corría. Tenía perfecta conciencia de estar corriendo para salvar la vida. En Derry, a veces, la gente hacía cosas raras; no le hacía falta leer los periódicos ni conocer la peculiar historia de la ciudad para entender eso. Si su padre la atrapaba, no le importaría que estuvieran en la calle. Era capaz de estrangularla, de golpearla con el puño o con el pie. Y cuando todo hubiese terminado, alguien arrestaría a su padre para encerrarlo en una celda donde quedaría -como el padrastro de Eddie Corcoran, aturdido y sin comprender nada.

Corrió hacia el centro cruzándose cada vez con más gente. Todos los miraban con sorpresa, pero nada más. Después de una mirada, cada cual seguía su camino.

El aire que circulaba en los pulmones de Beverly se, volvía denso.

Cruzó el canal, mientras los coches atronaban sobre las grandes lajas de madera, en el puente, a su derecha. A la izquierda se veía el semicírculo de piedra donde el canal se hacía subterráneo para pasar por debajo del centro. Se desvió súbitamente hacia Main Street, sin prestar atención a los bocinazos ni al chirriar de frenos. Giró hacia la derecha porque en esa dirección estaban Los Barrens. Aún faltaba casi un kilómetro y medio; si quería llegar, tendría que ganar distancia a su padre en la difícil cuesta de Up-Mile Hill o en las calles laterales aún más empinadas. Pero no había otra cosa.

--"Vuelve aquí, putilla, te lo advierto".

Al llegar a la acera de enfrente volvió a mirar atrás. El padre cruzaba la calle prestando al tránsito tan poca atención como ella, con la cara roja y sudorosa.

Se desvió por un callejón abierto tras los depósitos, en la parte trasera de los edificios que daban a Up-Mile Hill: Frigoríficos Star, Carnes Envasadas Armour, Depósitos Hemphill, Carnes Eagle y Comidas Kosher. La callejuela era estrecha y estaba adoquinada. La cerraban aún más los cubos malolientes de basura. Los adoquines estaban resbalosos por obra de Dios sabía qué desechos. Allí había una mezcla de olores, blandos o penetrantes, a veces titánicos... pero todos hablaban de carnes y matanzas. Las moscas formaban nubes zumbantes. En uno de los edificios sonaba el escalofriante gemir de los serruchos para hueso. Los pies de la chica vacilaban en los adoquines. Golpeó con la cadera un recipiente galvanizado; un montón de tripas, envueltas en periódicos, asomó como un manojo de grandes capullos carnívoros.

--"Vuelve aquí, maldición, Bevvie, no empeores las cosas".

Dos hombres descansaban en la puerta de descarga de Kirsliner, masticando bocadillos con las cajas del almuerzo abiertas y a mano.

--Triste situación, chiquilla -dijo uno de ellos-. Me parece que vas a terminar con tu padre en la leñera.

Los otros se echaron a reír.

Él la estaba alcanzado. Ya se oían sus pasos resonantes y su pesada respiración. A la derecha, el ala negra de su sombra voló sobre la empalizada.

De pronto, con un chillido de furia y sorpresa, Al resbaló y cayó sordamente en el adoquinado. Se levantó un momento después. Ya no aullaba; no hacía sino

balbucear, lleno de furia incoherente, mientras los hombres sentados ante la puerta reían y se palmeaban la espalda.
El callejón torcía hacia la izquierda... y Beverly se detuvo, deslizándose, boquiabierta de horror. Ante la boca del callejón había estacionado un camión recolector de residuos. No había siquiera veinte centímetros libres a cada lado. El motor estaba en marcha. Por debajo de ese ruido, apenas audible, se oía el murmullo de una conversación en la cabina del camión. Más hombres almorzando. Faltaban sólo tres o cuatro minutos para el mediodía; pronto, el reloj de los tribunales daría la hora.
Oyó que su padre la seguía otra vez, acercándose. Entonces se arrojó al suelo para pasar por debajo del camión impulsándose con los codos y las rodillas heridas. El olor de los gases de escape, mezclado con el de la carne cruda, le dio náuseas. En cierto modo, la facilidad con que avanzaba era peor, porque estaba deslizándose sobre una capa de grasa y desperdicios. Siguió avanzando. En cierto momento se levantó demasiado y su espalda chocó con el tubo de escape del camión; tuvo que morderse los labios para no gritar.
--¿Beverly? ¿Estás ahí? -Cada palabra, separada de la anterior por un jadeo.
Ella miró hacia atrás y se encontró con los ojos de su padre, agachado junto al camión.
--¡Déjame.. en paz! -logró protestar.
--Putilla -replicó, ahogándose en saliva.
Y también se arrojó al suelo, con un tintinear de llaves, para arrastrarse tras ella con grotescas brazadas.
Beverly salió trabajosamente de debajo del camión y se aferró a una enorme rueda para incorporarse. Se golpeó la espalda con el parachoques delantero, pero un momento después corría de nuevo rumbo a Up-Mile Hill, con la ropa manchada de grasa y apestando. Al mirar hacia atrás vio que las manos de su padre, sus brazos pecosos, salían de debajo de la cabina del camión como garras de algún monstruo de la niñez.
A toda prisa, casi sin pensar, Beverly se arrojó por el espacio abierto entre el depósito Feldinan y el anexo de Tracker Hermanos. Ese pasaje, demasiado estrecho para merecer el nombre de callejón, estaba lleno de cajones rotos, hierbas, girasoles y más basura, por supuesto. Beverly se zambulló tras un montón de cajones y permaneció allí, agazapada. Poco después vio que su padre pasaba por la boca del pasaje subiendo la loma.
Se levantó y corrió hacia el otro extremo del pasaje donde había un alambrado. Trepó por allí como un mono y bajó por el otro lado. Ahora estaba en terrenos del Seminario Teológico de Derry. Corrió por el pulcro césped trasero y dio la vuelta al edificio. Alguien, dentro, estaba tocando en el órgano- una pieza clásica. Las notas parecían grabar en el aire quieto su agradable calma.
Entre el seminario y Kansas Street había un seto alto. Beverly miró a través de él y vio a su padre al otro lado de la calle, jadeante, con manchas de sudor oscureciéndole la camisa bajo los brazos. Miraba en derredor, con los brazos en jarras. El llavero chisporroteaba bajo el sol.
Beverly lo observó, también jadeante, con el corazón latiéndole en la garganta. Tenía sed y la asqueaba el hedor que despedía. "Si me dibujaran en una historieta -pensó-, me rodearían de líneas onduladas."

El padre cruzó lentamente hacia el lado del seminario.

Beverly dejó de respirar.

"Oh, por favor, no puedo seguir corriendo. Ayúdame, Dios mío. No dejes que me encuentre."

Al Marsh caminó lentamente por la acera y pasó frente al sitio donde su hija se había acurrucado, al otro lado del seto.

"¡Dios bendito, no dejes que me olfatee!"

Él no la descubrió, tal vez porque, después de su caída en el callejón y su travesía por debajo del camión de residuos, apestaba tanto como su hija. Siguió caminando. Ella le vio bajar otra vez por Up-Mile Hill hasta perderse de vista.

Entonces se levantó lentamente. Tenía la ropa cubierta de basura y la cara sucia y le dolía la espalda por la quemadura del tubo de escape, pero esos detalles palidecían ante el confuso torbellino de sus pensamientos. Se sentía como si hubiera navegado hasta franquear el borde del mundo; ninguna de las normas de conducta habituales parecía tener aplicación. No se imaginaba volviendo a casa, pero tampoco se imaginaba no volviendo. Había desafiado a su padre, lo había desafiado...

Tuvo que apartar ese pensamiento porque la hacía sentir débil, temblorosa, enferma. Quería a su padre. ¿Acaso no lo ordenaba uno de los Diez Mandamientos? "Honrarás a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra." Sí, pero él no era su padre, sino alguien muy diferente. Un impostor. "Eso"...

De pronto se vio asaltada por una pregunta terrible: ¿A los otros les estaría ocurriendo lo mismo o algo parecido? Tenía que avisarles. Los Perdedores le habían hecho daño y en ese momento tal vez "Eso" tomaba medidas para asegurarse de que no se repitiera. Y en realidad, ¿a qué otro lugar podría ir? No tenía otros amigos. Bill sabría qué hacer. Bill le diría qué hacer. Bill le llenaría el "y-ahora-qué".

Se detuvo allí donde el sendero del seminario se unía a la acera de Kansas para espiar al otro lado del seto. Su padre había desaparecido. Giró a la derecha y echó a andar por Kansas hacia Los Barrens. Probablemente ninguno de ellos estaría allí, sino en casa, almorzando. Pero volverían. Mientras tanto, ella podría bajar a la casita del club, tan fresca, y tratar de dominarse. Dejaría abierto el ventanuco, para tener un poco de luz y tal vez hasta podría dormir. Su cuerpo cansado y su mente tensa se aferraron a la idea. Sí, dormir, eso le haría bien.

Dejó atrás el último grupo de casas y se internó en Los Barrens, donde, por increíble que pareciera, había estado su padre, acechando, espiando.

No oyó, por cierto, paso alguno detrás de ella. Aquellos gamberros estaban tomando todas las precauciones necesarias para no hacer ruido. Más de una vez habían perdido la carrera y no pensaban perderla otra vez. Se acercaban a ella más y más, con suave andar de gato. Belch y Victor sonreían, pero la cara de Henry estaba a un tiempo vacua y seria. Su pelo revuelto delataba su desaliño. Sus ojos estaban tan descentrados como los de Al Marsh en el apartamento. Mantenía un dedo sucio apretado contra los labios, en un gesto de silencio. La distancia entre ellos y Beverly se redujo de veinticinco metros a quince, a nueve.

Durante todo aquel verano, Henry había estado vacilando al borde de un abismo mental, caminando por un puente cada vez más estrecho. El día en que había

permitido que Patrick Hockstetter lo acariciara, ese puente se había reducido a una cuerda tensa. Esa mañana, la cuerda se había roto. Al salir al patio, sin más ropa que los raídos calzoncillos amarillentos, había mirado el cielo. Allí estaba aún el espectro de la luna. Ante sus ojos, la luna se había convertido súbitamente en una cara esquelética y sonriente. Henry cayó de rodillas ante esa cara, exaltado de terror y júbilo. De la luna surgían voces fantasmales. Las voces cambiaban; a veces parecían fundirse en un suave parloteo, apenas comprensible... pero él presintió la verdad: todas esas voces eran una sola voz, una inteligencia. Y la voz le indicó que buscara a Belch y a Victor, que estuviese con ellos en la esquina de Kansas y la avenida Costello, al mediodía. La voz le dijo que entonces sabría cómo actuar.

Y ahí venía la pequeña zorra. Esperó oír la voz que debía decirle cómo actuar a continuación. La respuesta llegó mientras los tres continuaban acortando distancias, pero la voz ya no llegaba desde la luna: surgía de la alcantarilla junto a la cual estaban pasando. Era baja, pero bien audible. Belch y Victor echaron un vistazo hacia la reja, aturdidos, casi hipnotizados. Después volvieron a clavar los ojos en Beverly.

"Mátala", decía la voz de la cloaca.

Henry Bowers metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una navaja de unos veinte centímetros, con incrustaciones de falso marfil en los costados. Un pequeño botón cromado centelleaba en un extremo de esa dudosa obra de arte. Henry lo pulsó. De la ranura saltó una hoja de quince centímetros. El chico la hizo bailar en su mano y apretó el paso. Victor y Belch, aún aturdidos, lo imitaron para no quedarse atrás.

Beverly no oyó ruido alguno. No fue un ruido lo que le hizo girar la cabeza en él momento en que Henry Bowers se le acercaba, con las rodillas flexionadas y una sonrisa petrificada en la cara, silencioso como un indio. No. Fue una simple sensación, demasiado clara, directa y poderosa como para negarla: la sensación de que

3. Biblioteca Pública de Derry, 1.55.

alguien estaba observándole.

Mike Hanlon dejó el bolígrafo a un lado y paseó la mirada por aquel ensombrecido cuenco invertido que era el salón principal de la biblioteca. Vio islas de luz arrojadas por los globos colgantes; vio libros que se borraban en la penumbra; vio escaleras de hierro que ascendían en graciosas espirales hacia las estanterías. No había nada fuera de lugar.

Aun así estaba seguro de no encontrarse solo allí. Ya no.

Una vez los otros se hubieron marchado, Mike había limpiado todo con su habitual pulcritud; funcionaba como un piloto automático; su mente estaba a un millón de kilómetros y a veintisiete años de distancia. Vació los ceniceros, sacó las botellas vacías (camuflándolas para que Carole no se escandalizara) y guardó las latas retornables en una caja detrás de su escritorio. Luego fue en busca de la escoba para barrer los restos de la botella que Eddie había roto.

Cuando la mesa estuvo limpia, fue a la hemeroteca para recoger las revistas esparcidas. Mientras realizaba esas simples tareas, su mente revisó los relatos que habían contado, concentrándose, tal vez, en lo que no había sido dicho. Ellos creían haberlo recordado todo; probablemente en el caso de Bill y de Beverly era casi cierto. Pero había más. Les volvería a la memoria... si se les concedía tiempo. En 1958 no había tenido oportudad de prepararse. Aunque hablaban interminablemente (las charlas sólo habían sido interrumpidas por la batalla a pedradas, y el único acto de heroísmo grupal en Neibolt Street), tal vez se habrían reducido a eso, a fin de cuentas. Hasta aquel 14 de agosto en que Henry y sus amigos los habían perseguido, obligándolos a entrar en las cloacas.

"Quizá debía habérselo dicho", pensó, mientras ponía en su sitio la última revista. Pero algo se oponía fuertemente a la idea; la voz de la Tortuga, quizá. Tal vez eso era parte del asunto; tal vez, también esa sensación de circularidad. Quizá ese último acto iba a repetirse de algún modo actualizado. Él tenía linternas y cascos de mineros guardados para usar al día siguiente; había conseguido los planos de las cloacas y los sistemas de drenaje que había en el mismo armario. Sin embargo, a los once años, todas las discusiones y todos los planes habían quedado en la nada. Al final, simplemente se habían visto perseguidos hasta las cloacas, arrojados a la confrontación siguiente. ¿Ocurriría otra vez lo mismo? Mike había llegado a creer que la, fe y el poder eran intercambiables. ¿Y si la verdad última era aún más simple? ¿Y si no había acto de fe posible hasta que uno se veía rudamente arrojado al aullante medio de las cosas, como un recién nacido que saliera disparado del vientre materno sin paracaídas? Una vez iniciada la caída, uno se veía obligado a creer en el paracaídas, en la existencia, ¿no? Y tirar de la argolla durante la caída se convertía en la declaración final sobre el tema, de un modo u otro.

"Por Dios, si es Fulton Sheen con la cara negra", pensó Mike, sonriendo.

Mike limpiaba, ordenaba y pensaba, mientras otra parte de su cerebro esperaba que, al terminar, el cansancio le obligara a dormir por unas horas. Pero cuando terminó, se encontró más despierto que nunca. Entonces fue a la única sección cerrada, detrás de su despacho, y abrió la puerta de alambre tejido con una llave de su llavero. Esa sección, supuestamente a prueba de fuego cuando la puerta estaba cerrada, contenía los libros valiosos de la biblioteca: ediciones incunables, libros firmados por escritores ya fallecidos, asuntos históricos relacionados con la ciudad y documentos personales de los pocos escritores que habían vivido y trabajado en Derry. Si todo aquello terminaba bien. Mike tenía la esperanza de convencer a Bill de que donara sus manuscritos a la Biblioteca Pública de Derry. Mientras caminaba por el tercer pasillo del sector, sintiendo el familiar olor a polvo y a papel viejo pensó: "Cuando muera, creo que me iré con un carnet de biblioteca en una mano y un sello de "Plazo vencido" en la otra. Bueno, hay cosas peores."

Se detuvo en medio de ese tercer pasillo. Allí estaba su cuaderno de apuntes, el que contenía los relatos de Derry y sus propias cavilaciones; estaba escondido entre "El antiguo municipio de derry", de Fricke, y la "Historia de Derry", de Michaud. Nadie lo encontraría por casualidad.

Mike lo sacó y volvió a la mesa que habían utilizado para la reunión, deteniéndose para apagar las luces del sector cerrado y echar llave a la puerta. Se sentó a hojear las páginas escritas. ¡Qué extraña mezcla eran! En parte historia,

en parte escándalo, en parte Diario, en parte confesión. No había anotado nada desde el 6 de abril. "Pronto tendré que comprar otro cuaderno", pensó, volviendo las pocas páginas que quedaban en blanco. Pensó, divertido, en la primera versión de "Lo que el viento se llevó", escrita por Margaret Mitchel a mano, en montones de cuadernos escolares. Luego destapó su estilográfica y escribió dos líneas debajo de la última anotación: "31 de mayo." Hizo una pausa para mirar vagamente aquel ambiente vacío. Por fin comenzó a escribir todo lo que había ocurrido en los tres últimos días, empezando por la llamada telefónica a Stanley Uris.

Escribió en silencio durante quince minutos. Después su concentración empezó a ceder. Cada vez se detenía con más frecuencia. La imagen de la cabeza cortada de Stan Uris en la nevera trataba de entrometerse: la cabeza ensangrentada de Stan, la boca abierta y llena de plumas. La borró con esfuerzo y continuó escribiendo. Cinco minutos después se incorporó de un salto para mirar alrededor, convencido de que vería esa cabeza rodar por los mosaicos del suelo, con los ojos vidriosos y ávidos, como los de un trofeo de caza.

No había nada. No había cabeza. Sólo el resonar apagado de su propio corazón.

"Tienes que dominarte, Mikey. ES el nerviosismo, nada más."

Pero no sirvió de nada. Las palabras se le escapaban, los pensamientos parecían colgar fuera de su alcance. Sentía cierta presión en la nuca, cada vez más densa.

"Alguien lo observaba".

Dejó la estilográfica y se levantó.

--¿Hay alguien ahí? -preguntó. Su voz reverberó en la cúpula dándole un sobresalto. Se humedeció los labios y lo intentó otra vez-. ¿Bill? ¿Ben?

"Bill-ill-ill... Ben-en-en..."

De pronto, Mike anheló estar en su casa. Se llevaría el cuaderno. En el momento en que alargaba la mano para tomarlo oyó un paso leve, deslizante.

Levantó otra vez la mirada. Charcos de luz, rodeados por lagunas de sombras, cada vez más hondas. Nada más... al menos, nada que él pudiese ver. Esperó, con el corazón acelerado.

El paso se dejó oír otra vez, y en ese momento logró localizarlo. En el pasillo vidriado que conectaba la biblioteca principal con la infantil. Allí. Alguien. Algo.

Moviéndose silenciosamente, Mike se acercó al, escritorio de salida. La doble puerta que daba al pasillo estaba abierta, sujeta por cuñas de madera, y dejaba ver una parte del corredor. Distinguió algo que parecía un par de pies. Con súbito horror se preguntó si Stan habría acudido a la cita, después de todo, si pensaba salir de entre las sombras con su enciclopedia de pájaros en una mano, la cara blanca, los labios purpúreos, las muñecas abiertas. "Al fin vine -diría Stan-. Me costó un poco porque tuve que salir de un agujero en la tierra, pero vine..."

Se oyó otro paso. Mike vio entonces zapatos, sin lugar a dudas: zapatos y las perneras de un vaquero raído. Las hilachas, de color azul desteñido, colgaban contra dos tobillos sin medias. Y en la oscuridad, casi un metro ochenta por encima de esos tobillos, se veía un par de ojos centelleantes.

Mike buscó a tientas en la superficie del escritorio semicircular, sin apartar la vista de esos ojos. Sus dedos encontraron una caja pequeña, de madera: las

tarjetas de los préstamos vencidos. otra cajita, con broches para papel y bandas elásticas. Se detuvieron en algo que era metálico y lo tomaron. Se trataba de un abrecartas en cuyo mango se leían las palabras "Jesús redime", un endeble objeto que había llegado por correo enviado por la Iglesia bautista para promover una recaudación de fondos. Hacía quince años que Mike no iba a la iglesia, pero en memoria de su madre envió cinco dólares de los que no podía prescindir. Había tenido intenciones de tirar el abrecartas, pero allí estaba, entre el desorden que reinaba en su lado del escritorio (la parte de Carole estaba siempre impecable).
Lo tomó con fuerza y clavó la vista en el pasillo oscuro.
Hubo otro paso... y otro. Los vaqueros raídos eran visibles hasta las rodillas. Y vio la silueta a la que correspondían: una silueta grande, corpulenta, de hombros redondeados. Había una sugerencia de pelo irregular. El perfil era simiesco.
--¿Quién está ahí?
La silueta se limitó a contemplarlo.
Aunque todavía asustado, Mike había superado la debilitante idea de que pudiera ser Stan Uris salido de la tumba, convocado por las cicatrices de sus manos, por algún extraño magnetismo que lo había atraído como a un zombi. Quienquiera que fuese, no era Stan Uris: Stan, en su edad adulta, había medido un metro setenta y dos.
La silueta dio un paso más. La luz del globo más próximo al pasillo cayó sobre las presillas de su vaquero.
De pronto, Mike adivinó. Aun antes de oírle hablar, adivinó.
--Hola, negro -dijo la silueta-. ¿Has estado tirando piedras? ¿Quieres saber quién envenenó a tu maldito perro?
La silueta dio otro paso y la luz reveló la cara de Henry Bowers, más gorda y fláccida. La piel tenía un tono enfermizo, como de sebo; las mejillas eran casi belfos colgantes salpicados de barba crecida en la que había casi tanto blanco como negro. Había tres líneas onduladas grabadas en la frente sobre las cejas pobladas. Otras líneas formaban paréntesis en las comisuras de los labios gruesos. Los ojos, pequeños y perversos entre la piel amoratada, estaban inyectados de sangre y no había sentimientos en ellos. Aquella cara correspondía a un hombre empujado a una vejez prematura: un hombre de treinta y ocho años que iba a cumplir setenta y tres. Pero era, también, la cara de un chico de doce. Su ropa todavía tenía las manchas verdes de los matorrales donde se había escondido durante el día.
--¿No piensas saludar, negro?
--Hola, Henry.
A Mike se le ocurrió que llevaba dos días sin escuchar la radio, sin leer siquiera los periódicos que constituían todo un rito en su vida. Habían estado pasando demasiadas cosas. Estaba muy ocupado.
Por desgracia.
Henry salió del corredor y permanecio inmóvil, mirando a Mike con sus ojillos de cerdo. Sus labios se abrieron en una sonrisa indescriptible revelando los dientes cariados típicos de la parte boscosa de Maine.
--Voces -dijo-. ¿Alguna vez oyes voces, negro?
--¿Qué voces son ésas, Henry? -Mike puso las manos a la espalda, como un escolar a punto de recibir la lección y pasó el abrecartas de la mano izquierda a la

derecha. El reloj de péndulo, donado por Horst Mueller en 1923, marcó solemnes segundos en el suave estanque del silencio.

--De la luna -dijo Henry. Se llevó una mano al bolsillo-. Vienen de la luna. Muchas voces. -Hizo una pausa y frunció ligeramente el entrecejo, sacudiendo la cabeza-. Son muchas, pero en realidad una sola. La voz de "Eso".

--¿Viste a Eso, Henry?

--Sí -dijo Henry-. Frankenstein. Le arrancó la cabeza a Victor. Provocó mucho ruido. Parecía una cremallera gigantesca. Después fue en busca de Belch. Belch le hizo frente.

--¿Sí?

--Sí. Por eso conseguí escapar.

--Dejaste que lo matara.

--¡Qué dices! -Las mejillas de Henry se encendieron. Dio dos pasos adelante. Cuanto más se alejaba del cordón umbilical que conectaba la biblioteca de los adultos con la de los niños, más joven parecía. Mike vio en su cara la antigua perversidad, pero también algo más: al niño criado por Butch Bowers, el loco, en una buena granja arruinada con el correr de los años-. ¡Me habría matado a mí también!

--A nosotros no nos mató.

Los ojos de Henry centellearon de rancio humor.

--Todavía no. Pero ya os matará. A menos que yo os mate antes.

Sacó la mano del bolsillo. -En ella tenía una navaja de veinte centímetros con incrustaciones de falso marfil en los lados. Un pequeño botón cromado centelleaba en un extremo de esa dudosa obra de arte. Henry lo pulsó. De la ranura saltó una hoja de acero de quince centímetros. Él la, hizo bailar en su mano y caminó hacia el escritorio, algo más deprisa.

--Mira lo que encontré -dijo-. Sabía dónde buscar. -Un ojo enrojecido, obsceno, le hizo un guiño-. Me lo dijo el hombre de la luna. -Henry volvió a enseñar los dientes-. Hoy estuve escondido. Por la noche hice autostop. Un viejo me recogió. Le pegué. Creo que lo maté. Arrojé el coche a la zanja, en Newport. Cuando estaba en los límites de Derry, oí esa voz. Miré en una alcantarilla y encontré esta ropa. Y la navaja. Mi navaja.

--Te estás olvidando de algo, Henry.

El enajenado, sonriente, se limitó a sacudir la cabeza.

--Nosotros escapamos y tú también escapaste. Si "Eso" nos busca a nosotros, también te busca a ti.

--No.

--Yo creo que sí. Tal vez vosotros hicisteis el trabajo de "Eso", pero "Eso" no suele hacer favoritismos, ¿verdad? Mató a tus dos amigos y mientras Belch luchaba, tú escapaste. Pero ahora has vuelto. Creo que eres parte de su plan sin terminar, Henry. De veras.

--¡No!

--Tal vez verás a Frankenstein. ¿O al hombre-lobo? ¿Un vampiro? ¿El payaso? O si no, Henry... quizá veas cómo es en realidad. Nosotros lo vimos. ¿Quieres que te lo cuente? ¿Quieres que...?

--¡Cállate! -vociferó Henry, arrojándose contra él.

Mike dio un paso de lado y estiró un pie. Henry, al tropezar, resbaló por los mosaicos gastados como una patineta. Dio de cabeza contra la pata de la mesa que habían utilizado los Perdedores un rato antes. Por un momento quedó aturdido. La navaja pendía en su mano floja.

Mike fue tras él, buscando la navaja. En ese momento habría podido acabar con Henry clavándole el abrecartas de "Jesús redime" en el cuello, por detrás. Después llamaría a la policía. Habría alboroto policial, pero no demasiado. Estaba en Derry, donde esos sucesos extraños y violentos no eran del todo excepcionales.

Lo que le impidió obrar así fue comprender, demasiado súbitamente como para que fuera una idea consciente, que si mataba a Henry estaría trabajando para "Eso", tal como Henry trabajaría para "Eso" al matar a Mike. Y otra cosa: la otra expresión de Henry, la cansada y aturdida del chico maltratado que ha sido puesto en un sendero ponzonoso con un propósito desconocido. Henry había crecido dentro del radio contaminado de Butch Bowers; sin duda había pertenecido a "Eso" aun antes de intuir su existencia.

Por lo tanto, en vez de clavar el abrecartas en el vulnerable cuello de Henry, se dejó caer de rodillas para arrebatarle la navaja. El objeto cambió de posición en su mano, como por voluntad propia, y sus dedos se cerraron sobre la hoja. No hubo un dolor inmediato; sólo la sangre fluyendo por entre los dedos de la mano derecha, hacia la palma marcada.

Se echó -hacia atrás. Henry rodó sobre sí y volvió a tomar la navaja. Mike se puso de rodillas y los dos se enfrentaron, sangrando: Mike, por los dedos; Henry, por la nariz. El enajenado sacudió la cabeza y las gotas rojas volaron en la oscuridad.

--¡Os creíais muy listos! -gritó ásperamente-. ¡No erais más que un montón de maricas! ¡En una pelea limpia podríamos haberos vencido!

--Deja la navaja, Henry -dijo Mike, en voz baja-. Voy a llamar a la policía. Vendrán a buscarte y te llevarán otra vez a Juniper Hill. Estarás a salvo, fuera de Derry.

Henry trató de hablar y no pudo. No podía decir a ese negro que no estaría a salvo en Juniper Hill, ni en Los Angeles ni en las selvas de Tombuctú. Tarde o temprano saldría la luna, blanca como un hueso, fría como la nieve, y las voces fantasmales volverían a empezar y la cara de la luna se convertiría en la cara de "Eso", balbuceando, riendo, dando órdenes. Tragó sangre espesa.

--¡Vosotros nunca peleasteis limpio!

--¿Y tú?

--¡Malditonegropiojosotizóndelinfienomonoasqueroso! -aulló Henry.

Y se precipitó otra vez contra él.

Mike se echó hacia atrás para esquivar ese ataque torpe y mal equilibrado, y cayó de espaldas. Henry volvió a golpearse contra la mesa, pero giró en redondo y sujetó a Mike por el brazo. El bibliotecario movió el brazo con el abrecartas y sintió que entraba profundamente en el brazo de Henry. El enajenado aulló, pero en vez de soltarlo apretó la mano con más fuerza. Se arrastró hacia mike, con el pelo sobre los ojos, sangrando por la nariz rota.

Mike trató de apartarlo, pero Henry dibujó un arco centelleante con su navaja. Los quince centímetros penetraron en el muslo de Mike. Entraron sin esfuerzo,

como en una tarta caliente. Henry extrajo la hoja, chorreante, y Mike, con un alarido de dolor y esfuerzo, lo apartó de un empujón.

Trató de levantarse, pero Henry fue más rápido. Apenas logró evitar su próximo ataque. Sentía que la sangre le corría por la pierna en un torrente alarmante. "Creo que me dio en la arteria femoral. Dios, estoy malherido. Hay sangre por todas partes. Los zapatos se estropearán, maldición, los compré hace apenas dos meses..."

Henry llegó otra vez, jadeando y bufando. Mike se apartó a tropezones y dirigió hacia él el abrecartas. Desgarró la camisa raída y abrió un profundo corte en sus costillas. Henry gruñó, mientras Mike volvía a empujarlo.

--¡Negro sucio! -gimió-. ¡Tramposo! ¡Mira lo que has hecho!

--Suelta -el cuchillo, Henry -dijo Mike.

Detrás de ellos se oyó una risita disimulada. Henry se volvió a mirar... y lanzó un alarido de terror absoluto, llevándose las manos a las mejillas. Los ojos de Mike se desviaron hacia el escritorio vecino.

Se oyó un ruido agudo, vibrante, ¡"ka-apanggg"!, y la cabeza de Stan Uris surgió desde atrás del escritorio. Un resorte se hundía en su cuello chorreante. Tenía la cara lívida de pintura y una mancha roja en cada mejilla. Allí donde habían estado los ojos florecían dos grandes pompones naranja. Ese grotesco Stan-de-caja-sorpresa se balanceaba en la punta del resorte, como uno de los gigantescos girasoles de Neibolt Street. Abrió la boca y una voz chillona empezó a entonar:

--¡Mátalo, Henry! ¡Mata al negro piojoso, mata al tizón del infierno, mátalo, mátalo, "mátalo"!

Mike giró hacia Henry, espantosamente enterado de que había caído en una trampa. Se preguntó, vagamente, qué cabeza vería Henry en el extremo de ese resorte. ¿La de Stan, la de Victor Criss, la de su padre, tal vez?

Con un chillido, Henry se arrojó contra él, moviendo la navaja arriba y abajo, cómo si fuera la aguja de una máquina de coser.

--¡"Gaaaah, negro"! -gritaba-. ¡"Gaaaah, negro"!

Mike retrocedió. La pierna que Henry había apuñalado le flaqueó, arrojándolo al suelo. Apenas la sentía. Estaba fría y lejana. Al mirar abajo, vio que los pantalones claros estaban completamente rojos.

Mike empujó su abrecartas "Jesús redime" en el momento en que Henry se volvía para otro ataque. El enajenado se ensartó en él como insecto en un alfiler. Su sangre caliente bañó la mano de Mike. Se oyó un ruido seco. Cuando el bibliotecario retiró la mano, sólo tenía en ella el mango del abrecartas. El resto estaba clavado en el estómago de Henry.

--¡"Gaaah, negro"! -vociferó Henry, cogiendo con una mano el extremo de la hoja. La sangre le escurría entre los dedos. La miró con ojos dilatados, incrédulos.

La cabeza insertada en el resorte chillaba y reía. Mike, ya descompuesto y mareado, volvió a mirarla y vio que era la de Belch Huggins; parecía un corcho de champán humano, con una gorra de béisbol con visera hacia atrás. Soltó un fuerte gruñido y el ruido sonó lejano, lleno de ecos. Notó que estaba sentado en un charco de sangre caliente. "Si no me hago un torniquete en la pierna moriré."

--¡"Gaaaah"! ¡"Neeegrooo"!

Con una mano en el vientre sangrante y la navaja en la otra, Henry Bowers se apartó de Mike, tambaleante y avanzó hacia las puertas de la biblioteca.

Zigzagueaba como ebrio. Chocó contra un sillón y lo derrumbó. Su mano ciega desparramó una pila de periódicos. Llegó a la puerta, la abrió con el brazo tieso y se arrojó a la noche.

Mike ya estaba perdiendo la conciencia. Tiró de la hebilla de su cinturón con dedos casi insensibles. Por fin logró sacárselo. Rodeó con él su pierna herida, justo debajo de la ingle, y apretó con fuerza. Sujetándolo con una mano, empezó a arrastrarse hacia el escritorio donde estaba el teléfono. No estaba seguro de alcanzarlo, pero no importaba; se conformaría con llegar hasta allí. El mundo ondulaba, se oscurecía, se borroneaba tras oleadas de gris. Sacó la lengua y se la mordió con saña. El dolor fue inmediato y exquisito. El mundo volvió a su foco. Entonces se dio cuenta de que aún tenía en la mano el mango del abrecartas. Lo arrojó a un lado. Por fin estaba frente al escritorio, alto como el Everest.

Mike recogió la pierna sana y se impulsó hacia arriba sujetándose del escritorio con la mano libre. Tenía la boca torcida en una mueca temblorosa y los ojos eran sólo ranuras. Por fin logró incorporarse y cogió el teléfono. En un papel, pegado al aparato, se veían tres números: bomberos, policía y hospital. Con una mano temblorosa empezó a marcar el último: 5553711. Cuando el teléfono sonó, cerró los ojos y los abrió muy grandes al oír la voz del payaso Pennywise.

--¡Hola, negro! -chilló Pennywise. Una carcajada aguda perforó el oído de Mike-. ¿Qué haces? ¿Cómo te va? Está muerto, ¿no? ¿Quieres un globo, Mike? ¿Un globo? ¿Cómo te va? ¡Hola!

Los ojos de Mike se volvieron hacia el reloj de péndulo, el reloj de los Mueller; no le sorprendió ver allí la cara de su padre, gris, estragada por el cáncer. Tenía los ojos en blanco. De pronto, el padre sacó la lengua y el reloj empezó a dar la hora.

Mike perdió asidero. Se balanceó por un momento sobre la pierna sana y volvió a caer. El teléfono se balanceaba ante él, en el extremo del cable.

--Hola, tío Tom -gritaba alegremente Pennywise, por el auricular-. ¡Aquí el Rey de los Peces! Por lo menos, el Rey de los Peces de Derry, y eso no se puede negar. ¿Verdad, muchacho?

--Si hay alguien ahí -graznó Mike-, una voz real detrás de la que oigo, por favor, ayúdeme. Me llamo Michael Hanlon y me encuentro en la Biblioteca Pública de Derry. Me estoy desangrando. Si hay alguien ahí, no puedo oír. No se me permite oír. Si hay alguien ahí, por favor, dése prisa.

Quedó tendido de lado, con las piernas recogidas en posición fetal. Dio dos vueltas al cinturón en torno de la mano derecha y se concentró en mantenerlo apretado, mientras el mundo derivaba en esas algodonosas nubes de gris.

--Hola, ¿cómo te va? -chilló Pennywise por el teléfono-. ¿Cómo te va, negro piojoso? ¡Hola!

4. Kansas Street, 12.20.

--¿Cómo te va? -dijo Henry Bowers-. ¿Cómo estás, putilla?

Beverly reaccionó instantáneamente girando en redondo para correr. Fue una reacción más rápida de lo que ellos esperaban. La chica habría podido sacarles una buena ventaja inicial... de no ser por su pelo. Henry dio un manotazo y atrapó

parte de su larga cabellera y tiró de ella hacia atrás. Le sonrió en la cara. Su aliento era denso, caliente, hediondo.

--¿Cómo te va? -le preguntó Henry Bowers-. ¿Adónde vas? ¿A jugar otro poco con esos gilipollas de tus amigos? Creo que te voy a cortar la nariz para que te la comas. ¿Te gusta la idea?

Ella se debatió para liberarse. Henry, con una carcajada, le sacudió la cabeza por el pelo. La navaja lanzaba destellos peligrosos en el deslumbrante sol de agosto.

De pronto se oyó una bocina. Un largo bocinazo.

--¡Eh! ¡Eh! ¡Chicos! ¿Qué estáis haciendo? ¡Dejad a esa niña!

Era una anciana al volante de un Ford 1950, bien conservado. Se había acercado a la acera y se inclinaba sobre el asiento para mirar por la ventanilla. Ante esa cara honesta y enfadada, los ojos de Victor Criss perdieron su aturdimiento por primera vez. Miró a Henry, nervioso.

--¿Qué...?

--¡Por favor! -chilló Bev-. ¡Tiene un cuchillo! ¡Un cuchillo!

El enfado de la anciana se convirtió en sorpresa y miedo.

--¿Qué hacéis, chicos? ¡Dejadla en paz!

Al otro lado de la calle -Bev lo vio con toda claridad- Herbert Ross se levantó de su tumbona, se acercó a la barandilla del porche y echó un vistazo. Su cara estaba inexpresiva como la de Belch Huggins. Plegó el diario, giró en redondo y entró tranquilamente en su casa.

--¡Dejadla! -gritó la anciana.

Henry descubrió los dientes y, de pronto, corrió hacia el auto arrastrando a Beverly por el pelo. Ella tropezó, cayó sobre una rodilla y se vio arrastrada. El dolor del cuero cabelludo era terrible. Sintió que se le desprendían varios cabellos.

La anciana soltó un grito y subió frenéticamente el vidrio de la ventanilla. Henry le lanzó una puñalada y la hoja patinó en el cristal. La anciana soltó el embrague y el viejo Ford salió disparado por Kansas, dando sacudidas, pero chocó contra la acera y se embozó. Henry fue tras él, siempre arrastrando a Beverly. Victor se humedeció los labios y miró alrededor. Belch levantó su gorra de béisbol, desconcertado.

Bev vio, por un instante, la cara de la anciana, pálida por el susto; le vio bajar los seguros a manotazos en ambas puertas. El motor del Ford rechinó y se puso en marcha. Henry rompió un faro trasero de una patada.

--¡Sal de ahí, vieja puta!

Los neumáticos bramaron al alejarse por la calle. Un coche que venía en sentido contrario maniobró para esquivarla haciendo sonar el claxon. Henry se volvió hacia Bev, otra vez sonriente. En ese momento, ella le soltó una patada directamente a la entrepierna.

La sonrisa de Henry se convirtió en una mueca de dolor. La navaja se le escapó de la mano y repiqueteó en la acera. Su otra mano liberó la mata de pelo enredado (tirando una vez más al desprenderse) y el gamberro cayó de rodillas, tratando de aullar, sujetándose las ingles. Todo el terror de Bev se convirtió en odio deslumbrante: aspiró hondo y le soltó un enorme escupitajo a la cabeza. Después giró en redondo y echó a correr.

Belch dio tres pasos tras ella pero se detuvo. Él y Victor se acercaron a Henry, pero éste los arrojó a un lado y se levantó, vacilante, todavía cogiéndose la ingles con ambas manos; no era la primera vez que Beverly lo pateaba allí en lo que iba del verano.

Se agachó para recoger la navaja.

--Vamos -jadeó.

--¿Qué, Henry? -preguntó Belch, ansioso.

Henry giró hacia él una cara tan llena de sudor, sufrimiento y odio enfermizo que Belch retrocedió un paso.

--¡Dije que vamos! -logró balbucear.

Y empezó a marchar tras Beverly, tambaleante.

--Ya no podemos alcanzarla, Henry -dijo Victor-. Pero mira, si apenas puedes caminar.

--La cogeremos -jadeó Henry. Su labio superior subía y bajaba en un gesto canino inconsciente. Tenía la frente perlada de gotas de sudor que le corrían por las mejillas-. La cogeremos, sí. Sé a dónde va. Va a Los Barrens para reunirse con sus gilipollas.

5. Hotel Town House. 2.00.

amigos -dijo Beverly.

--¿Hum?

Bill la miró. Sus pensamientos estaban muy lejos. Iban caminando de la mano, en amistoso Silencio, cargado de atracción mutua. Él había captado sólo su última palabra. Una manzana más adelante, las luces del Town House brillaban a través de la niebla.

--Decía que vosotros erais mis mejores amigos. Los únicos que tenía en aquel entonces. -Sonrió-. Nunca he sido muy buena para hacer amigos, aunque en Chicago tengo una muy buena. Una mujer llamada Kay McCall. Creo que te gustaría, Bill.

--Probablemente. Yo tampoco soy muy hábil para entablar amistades. -También sonrió-. En aquella época sólo nos necesitábamos mutuamente.

Vio gotas de humedad en el pelo de Beverly y apreció el modo en que las luces le formaban un nimbo alrededor de la cabeza. Ella lo miró gravemente.

--Pues ahora necesito algo -dijo.

--¿Qué c-cosa?

--Que me beses.

Bill pensó en Audra. Por primera vez se dio cuenta de que se parecía a Beverly y se preguntó si no había sido ése su atractivo, desde un principió: la razón de que él tomara valor para invitarla a salir, en aquella fiesta hollywoodense en que se conocieron. Sintió una punzada de culpabilidad... y luego tomó en sus brazos a Beverly, su amiga de la infancia.

Ella lo besó con calidez y ternura. Sus pechos presionaron contra el abrigo abierto de Bill y sus caderas se movieron contra él. Él hundió las manos en su cabellera y la estrechó contra sí. Bev, percibiendo su erección, emitió una

exclamación ahogada y apoyó su cara en el cuello de él. Bill sintió las lágrimas contra la piel, cálidas y secretas.

--Vamos -dijo ella-. Pronto.

Bill la tomó de la mano y caminaron hasta el Town House. El vestíbulo era viejo, estaba festoneado de plantas y aún poseía cierto encanto descolorido. El decorado era al estilo de los leñadores del siglo pasado. A esa hora estaba sólo el recepcionista, a quien se veía apenas en el despacho, con los pies apoyados en el escritorio, viendo la televisión. Bill pulsó el botón del segundo piso con un dedo levemente tembloroso. ¿Entusiasmo, nerviosismo, culpabilidad, todo eso? Y también una especie de alegría y de miedo casi demenciales. Esos sentimientos no constituían una mezcla agradable, pero parecían necesarios. La condujo por el pasillo hacia su habitación decidiendo, de algún modo confuso, que si iba a ser infiel, cometería un acto de infidelidad completo consumándolo en su habitación, y no en la de ella. Se encontró pensando en Susan Browne, su primera agente literaria y también su primera amante, cuando él no tenía aún veinte años.

"Ahora engaño a mi mujer." Trató de meterse eso en la cabeza, pero parecía a un tiempo real e irreal. Lo más poderoso era una melancólica sensación de nostalgia, una impresión de desmoronamiento. A esa hora Audra ya estaría levantada, preparándose el café, en bata; sentada ante la mesa de la cocina, estaría estudiando sus guiones o leyendo una novela de Dick Francis.

Su llave sonó en la cerradura de la habitación 311. Si hubieran ido a la de Beverly en el cuarto piso, habrían visto parpadear, en el contestador, la luz que indicaba un mensaje a transmitir y el empleado le había dado, por fin, el mensaje de su amiga Kay para que llamara a Chicago (después de la tercera llamada frenética de Kay, por fin se había acordado de registrar el encargo). Y en ese caso, todo podría haber tomado otro rumbo. Tal vez los cinco no hubieran sido fugitivos de la policía al romper, finalmente, el alba. Pero fueron a la habitación de Bill... quizá porque así estaba dispuesto.

La puerta se abrió. Estaban dentro. Ella lo miró con los ojos encendidos, las mejillas arrebatadas, el pecho subiendo y bajando agitadamente. Bill la tomó en sus brazos, sobrecogido por la sensación de que todo era como debía ser; el círculo entre pasado y presente se completaba. Cerró la puerta de una patada torpe y ella rió con aliento cálido.

--Mi corazón.... -dijo, tomándole una mano para apoyársela en el pecho izquierdo.

Él sintió el palpitar bajo esa suavidad firme, casi enloquecedora; corría como una locomotora.

--Tu c-c-corazón...

--Mi corazón.

Estaban en la cama, aún vestidos, besándose. Ella deslizó una mano bajo la camisa y luego recorrió la hilera de botones, se detuvo en la cintura... y descendió más aún, acariciando su ardiente erección. Las ingles de Bill brincaron. Interrumpió el beso y se apartó.

--Bill, ¿qué ocurre?

--Tengo que deten-nerme un m-momento o me ensuciaré los p-p-pantalones como los ch-chicos.

Ella volvió a reír con suavidad y lo miró.

--¿Es por eso? ¿O porque te están atacando los remordimientos?
--Remordimientos -dijo Bill-. Siempre me a-a-atacan.
--A mí no. Los odio.
Él la miró.
--No lo tenía del todo en la conciencia hasta hace dos noches -continuó Bev-. Lo sabía, de algún modo, desde el principio. Tom pega y hace daño. Me casé con él porque... porque mi padre siempre se preocupaba por mí, supongo. Por mucho que yo me esforzase, él se preocupaba. Y seguramente Tom le habría gustado como yerno. Porque Tom también se preocupaba siempre. Se preocupaba "muchísimo". Y mientras alguien se preocupara por mí, yo estaría a salvo. Más que a salvo: sería "real". -Lo miró. La blusa se le había salido de los pantalones descubriendo una blanca franja de vientre. Él tuvo ganas de besarla-. Pero no era real, era una pesadilla. Vivir casada con Tom era como volver a la pesadilla. ¿Cómo es posible que alguien haga eso, Bill? ¿Que vuelva a una pesadilla por voluntad propia?
--Sólo se me ocurre un mo-motivo: la ge-gente vuelve atrás p-p-para encencontrarse a sí m-misma.
--La pesadilla está aquí -dijo Bev-. La pesadilla es Derry. Tom parece muy poca cosa comparado con esto. Ahora que puedo analizarlo mejor, me detesto por los años que perdí con él... No imaginas las cosas que me obligaba a hacer. Y yo las hacía de buena gana, ¿sabes?, porque él se preocupaba por mí. Lloraba... pero a veces la vergüenza es demasiada.
--Basta -dijo él en voz baja, estrechándole una mano.
Ella se la apretó con fuerza. Tenía los ojos acuosos, pero las lágrimas no cayeron.
--T-t-todo el mundo falla. Pero no se t-t-trata de un examen. Cada uno hace lo m-mejor que p-puede.
--Lo que quiero decir -explicó ellaes que no estoy engañando a Tom ni utilizándote para resarcirme. Nada de eso. Para mí es algo... normal, dulce. Pero no quiero hacerte daño, Bill, ni inducirte a algo que después lamentes.
Él lo pensó por un instante.. Lo pensó con verdadera y profunda seriedad. Pero el antiguo trabalenguas -"castiga, exhausto, el poste"... -volvió a irrumpir en sus pensamientos. El día había sido largo. La llamada de Mike y la invitación a almorzar en el Jade de Oriente parecían cosa de cien años antes. Cuántos relatos, desde entonces. Cuántos recuerdos, como fotografías en el álbum de George.
--Los amigos n-no se ind-inducen m-m-mutua-mente -dijo.
Y se inclinó para tocarle los labios, mientras comenzaba a desabrocharle la blusa. Ella le abrazó y lo apretó contra sí, mientras con una mano bajaba la cremallera de los pantalones. Por un momento sintió la mano de Bill en su vientre, cálida; un instante después, su ropa interior desapareció en un susurro.. Después, él buscó y ella lo fue guiando.
Arqueó la espalda suavemente contra el impulso penetrante de su sexo y murmuró:
--Sé mi amigo... Te amo, Bill.
--Yo también te amo -dijo él, sonriendo contra su hombro desnudo.
Empezaron lentamente y él sintió que su piel comenzaba a sudar, en tanto ella iba acelerando sus movimientos. La conciencia desaparecía, centrada única y

poderosamente en aquel vínculo. Los poros de Bev se habían abierto, emitiendo un olor almizqueño, encantador.

Beverly sintió llegar su orgasmo y avanzó hacia él, buscándolo, sin dudar que lo alcanzaría. De pronto, su cuerpo tartamudeó y pareció dar un salto hacia arriba, no ya orgásmico, sino, para alcanzar una meseta muy por encima de las que había alcanzado con Tom o con los dos amantes que le precedieron. Comprendió que eso no iba a ser un simple orgasmo. Sintió un poco de miedo... pero su cuerpo retomó el ritmo. Bill se tensó contra ella, en toda su longitud y en ese mismo instante ella alcanzó la culminación... o empezó a alcanzarla; un placer tan grande que era casi tormento desbordó insospechadas compuertas y ella tuvo que morder el hombro de Bill para ahogar sus gritos...

--Oh, Dios mío... -jadeó Bill.

A Beverly le pareció que él lloraba. Echó el torso atrás y ella temió que se retirase; trató de prepararse para ese momento, que siempre dejaba una fugaz sensación de pérdida y vacuidad inexplicable, algo así como la huella de un pie, pero entonces él volvió a pujar con fuerza. De inmediato Beverly alcanzó el segundo orgasmo, algo que nunca hubiera creído posible, y la ventana de la memoria se abrió otra vez. Vio pájaros, miles de pájaros que descendían en todos los tejados, en todos los tendidos telefónicos, en todos los buzones de Derry, pájaros de primavera contra un cielo blanco, y había dolor mezclado con el placer... Un leve dolor físico, mezclado con leve placer físico y, un descabellado sentido de afirmación. Ella había sangrado... había... había...

--¿Con "todos" vosotros? -exclamó de súbito, abriendo los ojos, azorada.

Entonces Bill se retiró.

--¿Qué? ¿Beverly? ¿Te... te s-ssientes b...?

--¿"Con todos vosotros? ¿Hice el amor con todos vosotros"?

Vio la sorpresa en la cara de Bill; lo vio quedar boquiabierto... y comprender de pronto. Pero no por su revelación, sino a pesar del aturdimiento que le provocó. Él la había alcanzado por sí mismo.

--Todos...

--Bill, ¿qué pasa?

--F-f-fue tu mo-modo de s-s-sacarnos -dijo él. Sus ojos brillaban tanto que ella se asustó-. ¿No lo c-c-comprendes, Bev-Beverly? ¡"Fue tu modo de sacarnos"! Todos... pero éramos... Ahora se le veía asustado, inseguro.

--¿Recuerdas ahora el resto? -preguntó ella.

Bill movió lentamente la cabeza.

--Nada específ-f-fico. Pero... -Estaba asustado de verdad-. En re-rerealidad, todo se red-reduce a que salimos "a fuerza de desearlo". Y no estoy seguro... Beverly, no estoy seguro de que, como adultos, podamos volver a hacerlo.

Ella lo miró por un largo instante. Después se sentó en el borde de la cama. Su cuerpo era suave y adorable; la línea de la columna vertebral apenas era discernible en la penumbra cuando se agachó para quitarse las medias de nylon que llevaba puestas. Su pelo se enroscaba sobre el hombro. Él pensó que volvería a desearla antes de la mañana y aquella sensación de culpa volvió a él atemperada sólo por el vergonzoso consuelo de saber que Audra estaba a un océano de distancia. "Pon otra moneda en la máquina de discos -pensó-. Esta

pieza se llama "Ojos que no ven, corazón que no siente". Pero en alguna parte duele. Tal vez en los espacios que separan a las personas."

Beverly se levantó y abrió la cama.

--Ven a acostarte, necesitamos dormir.

--Es-s-está bien.

Y estaba bien, en realidad. Él quería dormir... pero solo no, esa noche. El último impacto estaba pasando... quizá con demasiada prontitud. Pero en ese momento se sentía exhausto. Segundo a segundo, la realidad tenía un matiz de sueño. Y a pesar de su culpabilidad, Bill pensó que ése era un lugar seguro. Podría dormir un poco entre los brazos de Bev. Quería su calor y su amistad.

Se quitó las medias y la camisa para acostarse junto a ella. Bev se acurrucó contra él, calientes los pechos, frías las largas piernas. Bill la abrazó notando la diferencia: el cuerpo de Beverly era más largo que el de Audra, más pleno a la altura del pecho y de la cadera. Pero era un cuerpo bienvenido.

"Debió haber sido Ben el que estuviese contigo, querida -pensó, soñoliento-. Creo que así estaba previsto. ¿Por qué no fue Ben?

>Porque fuiste tú en aquella época y eres tú ahora, sencillamente. Porque lo que gira siempre vuelve al mismo sitio. Creo que fue Bob Dylan quien lo dijo... o tal vez Ronald Reagan. Y tal vez he sido yo porque Ben está destinado a llevarte a casa."

Beverly se retorció contra él inocentemente (y a pesar de que él huía hacia el sueño ella lo sintió endurecerse otra vez contra su pierna y se alegró de eso), buscando sólo su calor. Ella también comenzaba a adormecerse. Su felicidad al estar con él, después de tantos años, era real. Lo comprendió porque tenía un regusto amargo.

Tenían esa noche para ellos. Después tendrían que volver a las cloacas y hallarían a "Eso". El círculo se cerraría enteramente; las vidas presentes se fundirían con la niñez; serían como criaturas en alguna incomprensible banda de Moebius.

O morirían allá abajo.

Se volvió. Él deslizó un brazo entre su brazo y su torso para abarcarle un pecho en el hueco de la mano. Ella no temió que esa mano acabara por darle un fuerte pellizco.

Sus pensamientos empezaron a desdibujarse a medida que el sueño se apoderaba de ella. Como siempre, vio coloridas flores silvestres al franquear el umbral: grandes masas de flores que se balanceaban bajo un cielo azul. Se borraron, dando paso a una sensación dé caída, el tipo de sensación que, cuando niña, solía hacerla despertar sudando. Según había leído en sus textos de psicología de la universidad, los sueños de caída eran comunes en la infancia.

Pero esa vez no despertó con un sobresalto; sentía el peso cálido y consolador del brazo de Bill y su mano abarcándole el pecho. Pensó que, si caía, al menos no caería sola.

Por fin tocó suelo y echó a correr: ese sueño, cualquiera que fuese, avanzaba deprisa. Corrió tras él, persiguiendo el dormir, el silencio, tal vez sólo el tiempo. Los años pasaban con celeridad. Los años corrían. Si uno giraba en redondo y corría tras su propia niñez, había que apurar el paso y forzar los pulmones. Veintinueve: a esa edad se había teñido mechas en el pelo (más deprisa). Veintidós: se había enamorado de un jugador de fútbol llamado Greg Mallory, que

casi la había violado tras una fiesta de la universidad (más deprisa, más deprisa). Dieciséis: una borrachera con dos de sus amigas en El Mirador del Pájaro Azul, de Portland... Catorce... Doce...

"más deprisa más deprisa"...

Corrió hacia el sueño, persiguiendo los doce años, atrapándolo, y corrió a través de la barrera de memoria que "Eso" había lanzado sobre todos ellos (tenía gusto a niebla fría en sus exigidos pulmones oníricos). Corrió hasta sus once años, corrió como si la llevara el diablo, y en ese momento miraba atrás, miraba atrás

6. Los Barrens, 12.40.

por sobre el hombro, buscando señales de ellos, mientras resbalaba por el terraplén. No había rastros, al menos de momento. "Le había dado una buena", como decía a veces su padre... y el solo recordar a su padre arrojó sobre ella otra oleada de culpabilidad y desamparo.

Miró bajo el puente desvencijado con la esperanza de ver allí a "Silver", pero no estaba. Sólo había un depósito con las armas de juguete que ya nadie se molestaba en llevar a casa. Echó a andar por el camino, miró hacia atrás... y allá estaban: Belch y Victor prestaban apoyo a Henry, de pie los tres en el borde del terraplén, como centinelas indios en una película de Randolph Scott. Henry estaba horriblemente pálido. La señaló con un dedo. Victor y Belch empezaron a ayudarlo a descender. Sus talones levantaban tierra y grava.

Beverly los miró por un largo instante, casi hipnotizada. Luego volvió a correr cruzando el hilo de agua que discurría bajo el puente, sin reparar en las piedras de Ben. Corrió por la senda, jadeando. Sentía temblar los músculos de las piernas. Ya no le quedaba mucho. La casita del club. Si lograba llegar hasta allí quizá estuviera a salvó.

Corrió por el sendero abierto; las ramas azotaban sus mejillas, imponiéndoles aún más color. Una le golpeó en el ojo haciéndola lagrimear. Se desvió a la derecha avanzando a tumbos por entre la maleza y llegó al claro. Tanto la trampilla como el ventanuco estaban abiertas; desde dentro surgía música de rock and roll. Al oír sus pasos. Ben Hanscom asomó la cabeza. Tenía una caja de caramelos de menta en una mano y una revista de "Archie" en la otra.

Echó un vistazo a Beverly, boquiabierto. En otras circunstancias eso habría sido casi divertido.

--Bev, ¿qué diablos...?

Ella no se molestó en responder. Atrás, no demasiado atrás, se oía ruido de ramas rotas; de pronto, un juramento sordo. Al parecer, Henry estaba volviendo a la vida. Por lo tanto, Beverly se limitó a correr hacia la trampilla. Su cabellera volaba tras ella enredada de hojas verdes, ramitas y basura recogidos al pasar bajo el camión.

Ben la vio llegar como un regimiento aerotransportado y desapareció tan rápidamente como había surgido. Cuando Beverly saltó, la sujetó con torpeza.

--Cierra todo -jadeó ella-. ¡Date prisa, Ben, por el amor de Dios! ¡Ya vienen!

--¿Quiénes?

--Henry y sus amigos. Henry se ha vuelto loco. Tiene un cuchillo...

Ben dejó caer sus caramelos y su revista y cerró atropelladamente la trampilla. La cara superior estaba cubierta de hierba que el pegamento especial seguía sosteniendo bastante bien. Algunos trozos se habían aflojado, pero eso era todo. Beverly se alzó de puntillas para cerrar el ventanuco. Quedaron en la oscuridad.

Buscó a tientas a Ben y lo abrazó con la fuerza del pánico. Al cabo de un momento él también la abrazó. Ambos estaban de rodillas. Con súbito horror, Beverly se dio cuenta de que la radio de Richie seguía sonando en la oscuridad: Era Little Richard cantando "The girl cant help it".

--Ben... la radio... van a oírla...

--¡Mierda!

Ben la empujó con su fofa cadera y la radio cayó al suelo. Little Richard les informó, con su acostumbrado y ronco entusiasmo, que la chica no podía evitar que los hombres se detuvieran a mirarla. El coro atestiguó que, en efecto, no podía. Ben ya estaba jadeando. Ambos parecían un par de locomotoras de vapor. De pronto se oyó "crunch"... y silencio.

--Oh, diablos -protestó Ben-. La he aplastado. A Richie le va a dar un ataque.

La buscó a tientas en la oscuridad. Ella sintió que una mano le tocaba un pecho y se apartaba súbitamente, como ante una quemadura. Lo buscó con la mano, encontró su camisa y lo atrajo hacia sí.

--Beverly, ¿qué...?

--¡Chist!

Él guardó silencio. Se sentaron juntos, abrazados, mirando hacia arriba. La oscuridad no era tan perfecta; había una estrecha línea de luz por un costado de la trampilla. Otras tres recortaban el estrecho ventanuco. Una de ellas era bastante amplia, al punto de permitir la caída de un rayo de sol en la casita. Ella rezó para que los otros no la vieran.

Los oía aproximarse. Al principio no distinguió las palabras. Cuando llegó a escucharlas, apretó a Ben con más fuerza.

--Si escapó por los cañaverales será fácil seguirle el rastro -estaba diciendo Victor.

--Suelen jugar por aquí -replicó Henry. Hablaba con voz tensa, pronunciando las palabras a pequeños borbotones, con gran esfuerzo-. Es lo que dijo Boogers Taliendo. Y el día de aquella pelea a pedradas venían de aquí.

--Sí, juegan a vaqueros y cosas así -dijo Belch.

De pronto se oyeron pasos retumbar justo encima de ellos. La trampilla, cubierta de hierba, vibró. Un poco de tierra cayó sobre la cara de Beverly. Ellos estaban de pie sobre la casita. Beverly tuvo un calambre estomacal y se mordió los labios para ahogar un grito. Ben le puso una manaza en la mejilla y le apretó la cara contra el brazo mientras miraba hacia arriba, a la espera de lo peor. Tal vez ya lo sabían y aquello era un juego.

--Tienen un escondite -decía Henry-. Me lo dijo Boogers. Una casita en un árbol o algo así.

--Pues si les gustan los árboles, les voy a dar leña -dijo Victor.

Belch soltó un rebuzno de risa.

"Tump, tump, tump", por arriba. La tapa se movía un poco más a cada paso. Iban a darse cuenta; la tierra no cedía de ese modo.

--Vamos a buscar por el río -dijo Henry-. Apostaría a que está allá abajo.

--De acuerdo -dijo Victor.
"Tump, tump". Se iban. Bev dejó escapar un suspiro de alivio. Y de pronto Henry dijo:
--Quédate a custodiar el sendero, Belch.
--Bien -dijo Belch.
Y empezó a pasearse. A veces cruzaba justamente por la tapa. Seguía cayendo tierra. Ben y Beverly se miraban las caras tensas y sucias. La chica notó entonces que no había sólo olor a humo en la casita, sino también a la fetidez del sudor y la basura. Y a pesar del olor se abrazó a Ben con más fuerza. De pronto, su corpulencia le resultaba agradable y consoladora. Se alegró de que hubiera mucho para abrazar. Quizá, al terminar las clases, Ben no era más que un gordo asustado, pero ahora era mucho más que eso; había cambiado, como todos ellos. Si Belch los descubría, Ben era capaz de darle una buena sorpresa.
--Si les gustan los árboles les voy a dar leña -repitió Belch y rió entre dientes. La risa de Belch Huggins era un sonido grave, de duende-. Si les gustan los árboles les voy a dar leña. Eso es bueno. ¡Ja! Muy bueno.
Beverly notó entonces que el torso de Ben se sacudía en movimientos bruscos y breves; parecía estar soltando el aire en pequeñas bocanadas. Por un momento pensó que estaba llorando, pero al mirarlo mejor se dio cuenta de que intentaba no reír. Los ojos del chico, desbordando lágrimas se encontraron con los suyos. A la escasa luz que entraba por las rendijas, ella vio que su compañero tenía la cara casi morada por el esfuerzo de contener la risa.
--Si les gustan los árboles, les doy leña, leñita, leña -dijo Belch.
Y se sentó pesadamente en el centro mismo de la trampa. Entonces el techo se estremeció de un modo alarmante. Uno de los soportes emitió un crujido inquietante. Esa trampilla estaba pensada para sostener el peso de la hierba, pero no los setenta y dos kilos de Belch Huggins.
"Si no se levanta pronto acabará en nuestro regazo", pensó Beverly, y la histeria de Ben empezó a contagiársele. Se imaginó de pronto abriendo un resquicio en el ventanuco para sacar la mano y propinar un buen pellizco en el culo de Belch, que seguía murmurando y riendo bajo el sol. Hundió la cara contra el pecho de Ben en un último esfuerzo por no soltar la carcajada.
--Chist -susurró Ben-. Venga, Bev...
"Crrrac", más audible esa vez.
--¿Resistirá? -murmuró ella.
--Puede, si Belch no se tira un pedo.
Un momento después, Belch hizo exactamente eso: soltó un fuerte trompetazo que pareció durar varios segundos. Los chicos se estrecharon más aún sofocando mutuamente las risitas frenéticas.
Entonces, débilmente, oyó que Henry llamaba a Belch.
--¿Qué? -vociferó éste, levantándose y haciendo caer más tierra sobre Ben y Beverly-. ¿Qué, Henry?
Henry gritó algo más, de lo cual Beverly sólo pudo distinguir las palabras "orilla y matojos".
--¡Allá voy! -bramó Belch.
Sus pies cruzaron la tapa por última vez. Se oyó último crujido, más fuerte y una astilla de madera aterrizó en el regazo de Bev, que la recogió, extrañada.

--Cinco minutos más -dijo Ben, susurrando-. Habría bastado con eso.
--¿Has oído su pedorreta? -preguntó Beverly, riendo otra vez.
--Parecía la Tercera Guerra Mundial -confirmo Ben, riendo también.
Desahogarse fue un alivio. Rieron como posesos tratando de no levantar la voz.
Por fin, sin saber que iba a decirlo (y no porque tuviera alguna relación con lo que estaba pasando, por cierto), Beverly dijo:
--Gracias por el poema, Ben.
Ben dejó de reír y la miró con recelo. Sacó un pañuelo sucio del bolsillo y se limpió la cara lentamente.
--¿Qué poema?
--El "haiku". El "haiku" de la postal. Lo enviaste tú, ¿no es cierto?
--No -dijo Ben-, yo no te envié ningún "haiku". Si un chico como yo... si un gordo como yo hiciera algo así, la chica se reiría de él.
--Yo no me reí. Me pareció muy bello.
--Yo no sabría escribir nada hermoso. Tal vez haya sido Bill. Yo no.
--Bill sabe escribir -reconoció ella-, pero jamás escribirá algo tan bonito. Dame tu pañuelo.
Se lo dio. Beverly se limpió la cara.
--¿Cómo supiste que era mío? -preguntó él, por fin.
--No lo sé. Me di cuenta.
Ben tragó saliva. Se miró las manos.
--No lo escribí en serio.
Ella lo miró.
--Espero que eso no sea cierto. De lo contrario, me vas a arruinar el día. Y te diré que ya lo tengo bastante arruinado.
Él siguió mirándose las manos. Por fin dijo, en voz apenas audible:
--Bueno, es que te amo, Beverly, pero no quiero que eso estropee nada.
--No tiene por qué estropear nada -respondió ella, abrazándolo-. En este momento necesito todo el amor del mundo.
--Pero a ti te gusta Bill.
--Puede ser -respondió ella-, pero eso no importa. Tal vez importaría si fuésemos mayores. Pero todos vosotros me gustáis. Sois mis únicos amigos. Yo también te amo, Ben.
--Gracias -dijo él. Hizo una pausa, lo intentó y logró decirlo. Hasta pudo mirarla a los ojos mientras lo decía-: Lo escribí yo, sí.
Por un rato guardaron silencio. Beverly se sentía a salvo, protegida. Las imágenes de la cara de su padre y del cuchillo de Henry parecían menos vívidas y amenazadoras cuando estaba junto a Ben. Era difícil definir. esa sensación de amparo; no lo intentó, pero mucho más adelante reconocería la fuente de esa fuerza: estaba en brazos de un hombre capaz de morir por ella. Era algo que Beverly sabía, simplemente: estaba en el olor que brotaba de esos poros, algo completamente primitivo a lo que sus propias glándulas podían responder.
--Los otros iban a volver -dijo Ben, de pronto-. ¿Y si Henry los atrapa?
Beverly se irguió. Recordó que Bill había invitado a Mike Hanlon a almorzar con él. Richie llevaría a Stan a su casa para comer bocadillos. Y Eddie había prometido llevar su tablero de parchís. Llegarían pronto, sin imaginar que Henry y sus amigos estaban en Los Barrens.

--Tenemos que avisarles -dijo Beverly-. Henry no quiere cogerme sólo a mí.
--Pero si salimos y ellos vuelven...
--Al menos nosotros estamos prevenidos. Bill los otros no saben nada. Eddie no puede siquiera correr.
--Jolín -murmuró Ben-. Tendremos que arriesgarnos.
--Sí. -Bev tragó saliva y miró su reloj. Era difícil ver la hora en la oscuridad, pero le pareció que pasa de la una-. Ben...
--¿Qué?
--Henry se ha vuelto loco, de verdad. Está como ese chico de "Semilla de maldad". Iba a matarme y los otros dos estaban dispuestos a ayudarle.
--Oh, no -protestó Ben-. Henry está loco pero no a ese extremo. Seguramente...
--¿Seguramente qué? -inquirió Beverly.
Pensaba en lo que había visto en aquel cementerio de automóviles. Henry y Patrick. Henry, con los ojos en blanco.
Ben no respondió. Pensaba. Las cosas habían cambiado. Cuando uno era parte de los cambios costaba verlos. Había que retroceder para percibirlos. Al menos, había que hacer el intento.
Al terminar las clases Henry le daba miedo, pero sólo porque era más grande y porque era un matón de los que maltratan a los más pequeños. Eso era todo. Después, Ben había recibido esos cortes en la barriga. "Después", la batalla a pedradas, en la que Henry había arrojado los M-80 a la cabeza de la gente; con esas cosas se podía matar a alguien. Había empezado a cambiar... parecía casi perseguido por fantasmas. Uno siempre tenía que estar cuidándose de él, como de los tigres y las serpientes en la selva.
Pero uno se iba acostumbrando al punto en que ya no parecía anormal. Claro que Henry estaba loco, sí. Ben lo sabía desde el último día de clases, aunque se negaba a creerlo o recordarlo. Era ese tipo de cosas que uno no quiere creer ni recordar. Y de pronto, una idea, una idea tan fuerte que era casi una certidumbre, entró en su mente: ""Eso" está utilizando a Henry. Tal vez también a los otros, pero a los otros los utiliza por medio de Henry. Y si eso es así, entonces Beverly ha de tener razón. No se trata de tirones de pelo o de golpes en la nuca durante la hora de estudio, cuando la señora Douglas lee en su escritorio. No se trata de un simple empujón en el patio para que uno se caiga y se despelleje la rodilla. Si "Eso" lo está utilizando, Henry usará el cuchillo."
--Una vieja los vio cuando trataban de pegarme -estaba diciendo Beverly-. Y Henry quiso atacarla. Rompió el faro trasero de su coche de una patada.
Eso alarmó a Ben. Como casi todos los chicos, comprendía instintivamente que los niños viven por debajo de la línea visual (y por lo tanto, por debajo de la línea mental) de casi todos los adultos. Si un adulto iba por la calle pensando en sus cosas de adultos, nunca prestaba atención a los chicos que jugaban en la acera. Los gamberros como Henry podían propasarse con los otros chicos, siempre que se mantuvieran por debajo de esa línea visual. A lo sumo, algún adulto podría decirles "Vamos, pórtate bien", y seguía caminando sin detenerse a comprobar si el gamberro se portaba bien o no. Así que el gamberro esperaba a que el adulto girara en la esquina... y volvía a lo suyo. Al parecer, los mayores pensaban que la vida de verdad sólo empezaba cuando uno llegaba al metro y medio de estatura.

Si Henry había perseguido a una anciana, eso era cruzar la línea visual. Y eso, como ninguna otra cosa, sugería que Henry estaba loco de verdad.
Beverly leyó en su cara que él le creía y sintió alivio. No tendría que contarle lo del señor Ross, que se había limitado a plegar su diario para entrar en su casa. No quería contarle eso. Le daba demasiado miedo.
--Subamos Kansas Street -dijo Ben, abriendo abruptamente la trampilla-. Prepárate para correr.
Se levantó en la abertura y miró en derredor. El claro estaba silencioso. Se oía el rumor del Kenduskeag a poca distancia, trinos de pájaros, el "tumtud, tum-tud" de una locomotora diesel que resoplaba en los patios del ferrocarril. No oyó náda más y eso lo puso nervioso. Habría preferido oír las maldiciones de Henry, Victor y Belch entre los matorrales, junto al arroyo. Pero no se oía nada.
--Vamos -dijo.
Y ayudó a Beverly a subir. Ella también miró alrededor, intranquila, apartándose el pelo con las manos.
Él le tomó la mano y ambos avanzaron por entre las hierbas hacia Kansas Street.
--Será mejor que no utilicemos el sendero.
--Nada de eso -dijo ella-. Tenemos que darnos prisa.
--Bueno -asintió él.
Tomaron el sendero y echaron a andar hacia Kansas. Beverly tropezó con una piedra y

7. Terrenos del Seminario Teológico, 2.17.

cayó pesadamente en la acera plateada por la luna. Soltó un gemido y, con él, un largo hilo de sangre que salpicó el pavimento resquebrajado. A la luz de la luna parecía negra como sangre de escarabajo. Henry la miró por un largo instante, aturdido, y levantó la cabeza para mirar alrededor.
En Kansas reinaba el silencio de la madrugada; las casas estaban cerradas y a oscuras, salvo algunos faroles.
Allí había una alcantarilla.
Alguien había atado a la reja de hierro un globo con una cara sonriente. El globo se bamboleaba a impulsos de la brisa ligera.
Henry volvió a levantarse sujetándose el vientre con una mano pegajosa. El negro se la había dado buena, pero Henry se la había dado mejor. Sí, señor. Por lo que al negro concernía, Henry estaba seguro de haber hecho algo muy "bueno".
--Ese chico puede darse por muerto -murmuró Henry mientras pasaba, a tropezones, junto al globo. Otro poco de sangre le untó la mano-. Ese chico está acabado. Lo liquidé a él y los voy a liquidar a todos. Así aprenderán a no tirar piedras.
El mundo se mecía en oleadas lentas, enormes, como las que se veían por televisión al comenzar cada capítulo de "Hawaii 5-0".
("anótalos Dano, jajá, Jack Lord muy bueno. Jack Lord muy bueno").
Y Henry podía Henry podía Henry casi podía

("oír el ruido que hacían esos chicos de Oahu al levantarse enroscarse y sacudir")
("sacudir sacudir sacudir")
("la realidad del mundo". Teatro de misterio. ¿"Te acuerdas del" Teatro de misterio? "Al principio se oía una risa de loco. Parecía la de Patrick Hockstetter. Qué degenerado de mierda, ese chico. Terminó liquidado y por lo que a mí
concernía, eso era")
("mucho mejor que bueno, eso era %perfecto, lo máximo%")
("bueno chicos adelante no os echéis atrás ahora, chicos buscad una buena ola y
(arrojad
(arrojadarrojadarrojad
(una ola y deslizaos con la tabla hacia el lado conmigo arrojad
(la línea arrojad el mundo pero conservad")
Un oído dentro de la cabeza. Y ese oído seguía percibiendo el ruido "laspannng"; un ojo dentro de la cabeza: seguía viendo la cabeza de Victor que se elevaba en el extremo de ese resorte, con los párpados, las mejillas y la frente tatuados con rosetas de sangre.
Henry miró a su izquierda, y vio que las casas habían sido reemplazadas por un seto alto, negro. Sobre él se veía la mole estrecha, sombríamente victoriana del Seminario Teológico. Ni una sola ventana dejaba pasar la luz. El seminario había despedido a su última promoción en junio de 1974. Ese verano había cerrado sus puertas y, a partir de entonces, lo que por él caminaba, caminaba a solas... y sólo con autorización de las parlanchinas mujeres que se daban el nombre de Sociedad Histórica de Derry.
Llegó al camino que llevaba a la puerta principal. Estaba cerrado por una gruesa cadena de la que pendía un letrero metálico: "Prohibida la entrada - Policía de Derry".
Los pies de Henry se enredaron en la huella y volvió a caer, pesadamente a la acera. Más arriba, un coche giró por Kansas, desde Hawthorne. Sus faros delanteros bañaron la calle. Henry pudo distinguir las luces del techo: era un coche de la policía.
Pasó a rastras bajo la cadena y siguió como un cangrejo hacia la izquierda hasta quedar oculto tras el seto. El rocío nocturno le pareció maravilloso contra la cara. Permaneció boca abajo, humedeciéndose las mejillas y bebiendo lo que podía.
El coche policial pasó sin aminorar la marcha.
De pronto encendió las luces de emergencia lavando la oscuridad con erráticas pulsaciones de luz azul. No hacía falta la sirena en esas calles desiertas. Pero Henry oyó que el motor aceleraba. Los neumáticos arrancaron un grito de sorpresa al pavimento.
"Me han descubierto", balbuceó su mente... y entonces notó que el coche se alejaba por Kansas. Un momento después, un gorjeo endiablado llenó la noche. Imaginó un enorme gato negro, sedoso, que avanzaba a saltos en la oscuridad, todo ojos verdes y pelaje algodonoso: "Eso" con otra forma, viniendo en su busca, viniendo para devorarlo.

Poco a poco (y sólo a medida que el ruido se iba alejando) comprendió que se trataba de una ambulancia; iba en la misma dirección tomada por el coche de policía. Se tendió en el césped mojado, estremecido: tenla frío. Hizo esfuerzos

("rock and roll tengo una polla en el granero qué granero mi granero")

por no vomitar. Temía que, si vomitaba, se le escaparían todas las tripas... y todavía le faltaba ajustar cuentas con cinco de ellos.

"Ambulancia y patrullero. ¿Adónde van? A la biblioteca, por supuesto. El negro. Pero llegan tarde. Lo liquidé. Será mejor que apaguen la sirena, chicos, porque él ya no oye.. Está más muerto que mi abuela. Está ... "

Pero ¿estaba muerto?

Henry se humedeció los labios despellejados con la lengua reseca. Si el negro hubiese muerto, no se oirían sirenas en la noche. No, a menos que el negro los hubiese llamado. Entonces era posible que el negro no estuviera muerto.

-No -susurró Henry.

Se puso de espaldas y miró el cielo y las estrellas. "Eso" había llegado desde allí, él lo sabía. Desde algún lugar del cielo... "Eso"

("vino del espacio exterior con hambre de mujeres terráqueas, vino a robar a todas las mujeres y a violar a todos los hombres, dice Frank ¿no querrás decir robar a todos los hombres y violar a todas las mujeres? ¿Quién dirige ezte ezpectáculo pedazo de mamón tú o Jesse? Victor solía contar eso y era muy")

vino de los espacios entre las estrellas. Sólo mirar ese cielo estrellado le daba escalofríos; era demasiado grande, demasiado negro. Era posible imaginarlo rojo como la sangre, era posible imaginar una cara que se formaba en líneas de fuego...

Cerró los ojos, estremecido, con los brazos cruzados sobre el vientre y pensó: "El negro está muerto. Alguien nos oyó pelear y llamó a la policía, nada más."

Entonces, ¿para qué la ambulancia?

--Basta, basta -gruñó Henry.

Sentía otra vez la misma rabia desconcertada; recordó cuántas veces lo habían derrotado en los viejos tiempos, viejos tiempos que ahora parecían tan próximos y vitales. Recordó que, cuantas veces había creído tenerlos cogidos, se le habían escapado de entre los dedos, de algún modo. Así había sido aquella última tarde, cuando Belch vio a la putilla corriendo por Kansas hacia Los Barrens. Henry lo recordaba muy bien. Cuando a uno le dan una patada en los huevos, eso no se olvida. Y aquel verano había pasado muchas veces.

Henry hizo un esfuerzo hasta sentarse, haciendo una mueca ante la profunda punzada de dolor que le atravesó las entrañas.

Victor y Belch lo habían ayudado a bajar a Los Barrens caminando tan rápido como se lo permitía el dolor en la ingle y en el vientre. Había llegado el momento de acabar con aquello. Siguieron el sendero hasta un claro del que partían cinco o seis caminos como hilos de una telaraña. Sí, allí habían jugado algunos chicos; no hacía falta ser detective para darse cuenta. Había envolturas de caramelos, varias tablas y un poco de serrín, como si hubieran construido algo.

Henry recordaba haberse detenido en el centro del claro estudiando los árboles en busca de una casita. En cuanto la encontrara, treparía. Y la chica estaría allí, aterrorizada, y él le rebanaría la garganta con la navaja y le sobaría las tetitas hasta que dejaran de moverse.

Pero no había descubierto ninguna casita en los árboles; tampoco Belch ni Victor. A su garganta subió la familiar frustración. Dejaron a Belch para que custodiara el claro mientras él y Victor bajaban al río. Allí tampoco había señales de ella. Recordaba haberse agachado para coger una piedra y

8. Los Barrens, 12.55.

la arrojó al agua, furioso y desconcertado.

--¿Adónde coño ha ido? -inquirió, volviéndose hacia Victor. Victor meneó la cabeza.

--No lo sé -dijo-. Estás sangrando.

Henry bajó la mirada y vio una mancha oscura, del tamaño de una moneda, en la entrepierna de sus vaqueros. El dolor se había reducido a una palpitación sorda, pero los calzoncillos le apretaban demasiado. Se le estaban hinchando las pelotas. Sintió otra vez esa furia dentro de él, algo así como una cuerda anudada alrededor de su corazón. Ella le había hecho eso.

--¿Dónde cuernos está? -siseó.

--No lo sé -repitió Victor con la misma voz inexpresiva. Parecía hipnotizado, como si no estuviera allí-. Supongo que huyó. A estas horas podría estar en Old Cape.

--No -aseguró Henry-. Está escondida. Tienen un escondite y está allí. A lo mejor no es una casita en un árbol. A lo mejor es otra cosa.

--¿Qué cosa?

--¡No sé! -gritó Henry.

Victor se echó hacia atrás.

Henry se detuvo en medio del Kenduskeag; el agua fría bullía sobre sus zapatillas. Miró en derredor. Sus ojos se fijaron en un cilindro que asomaba sobre el terraplén, corriente abajo, a unos seis metros de allí. Una estación de bombeo. Salió del agua y caminó hacia allí. Una especie de miedo insoslayable se asentaba en él. Tenía la sensación de que se le tensaba la piel, de que los ojos se le ensanchaban permitiéndole ver más y mejor. Casi sentía que el fino vello de sus orejas se agitaba, como algas marinas en la marea.

Un zumbido sordo surgía de la estación de bombeo. Más allá se veía una tubería que asomaba por el terraplén, sobre el Kenduskeag, vertiendo un constante hilo de aguas residuales que caía al arroyuelo.

Se inclinó sobre la tapa redonda del cilindro.

--¿Henry? -llamó Victor, nervioso-. ¿Qué haces, Henry?

Él no le prestó atención. Miró por uno de los agujeros de la tapa de hierro. No vio sino negrura. Cambió el ojo por la oreja.

"Espera"...

La voz brotó hacia él desde la negrura interior y Henry sintió que su temperatura corporal descendía a cero; sus venas y arterias se congelaron en tubos de cristal. Pero con esas sensaciones llegó un sentimiento casi desconocido: el amor. Sus ojos se dilataron. Una sonrisa payasesca le extendió los labios en un gran arco enervado. Era la voz de la luna. Eso estaba abajo, en la estación de bombeo... abajo, en los desagües.

"Espera... vigila"...
Esperó, pero no hubo más: sólo el zumbido regular y soporífero de la maquinaria de bombeo. Fue a reunirse con Victor, que lo observaba con cautela. Sin prestarle atención, aulló llamando a Belch. El chico llegó enseguida.
--Vamos -dijo.
--¿Qué vamos a hacer, Henry? -preguntó Belch.
--Esperar. Vigilar.
Se arrastraron otra vez hacia el claro y allí se sentaron. Henry trató de separar sus calzoncillos de los testículos doloridos, pero le dolían demasiado.
--Pero, Henry, ¿qué...? -empezó Belch.
--¡Chist!
Belch guardó silencio. Henry tenía cigarrillos, pero no los ofreció. No quería que la putilla oliera el tabaco, si estaba cerca. Habría podido explicarlo, pero no había necesidad. La voz sólo le había dicho dos palabras que eran explicación suficiente. Los niñatos jugaban allí. Pronto llegarían los otros. ¿Por qué conformarse sólo con la pequeña zorra si podían coger a esas siete mierditas secas?
Esperaron y vigilaron. Victor y Belch parecían dormir con los ojos abiertos. La espera no fue larga, pero Henry tuvo tiempo de pensar en muchas cosas. Por ejemplo, cómo había encontrado la navaja esa mañana. No era la misma que había utilizado al terminar las clases; ésa la había perdido. Y la nueva era mucho mejor.
Llegó por correo.
Más o menos.
Henry se recordó de pie en el porche mirando al destartalado buzón, tratando de comprender lo que veía. Estaba rodeado de globos. Había dos atados al buzón donde el cartero solía dejar los paquetes. Los otros estaban atados al poste. Rojos, amarillos, azules, verdes. Era como si algún circo descabellado hubiera pasado sigilosamente por Witcham Street en lo más oscuro de la noche.
Al aproximarse al buzón, vio que los globos teman caras dibujadas: las caras de los niñatos que lo habían vuelto loco durante todo el verano, los que parecían burlarse de él a cada paso.
Miró fijamente esas apariciones, boquiabierto, y de pronto los globos estallaron, uno a uno. Eso le gustó; era como si estuviese reventándolos con el pensamiento, matándolos con la mente.
El buzón se abrió solo. Henry se acercó para mirar dentro. Aunque el cartero no pasaba hasta media tarde, no le sorprendió ver un paquete plano, rectangular. Lo sacó. "Sr. Henry Bowers, Unidad N.o 2, Derry, Maine." Y hasta tenía una especie de remitente: "Sr. Robert Gray, Derry, Maine."
Abrió el paquete dejando que el papel cayese junto a sus pies. Dentro había una caja blanca. La abrió. Y en un lecho de algodón blanco encontró la navaja. La llevó al interior de la casa.
Su padre yacía en su jergón en la habitación que ambos compartían, rodeado de latas de cerveza vacías, con el vientre abultado por encima de sus calzoncillos amarillentos. Henry se arrodilló a su lado y escuchó los ronquidos y soplidos de su respiración, observando el modo en que sus labios se abultaban y ahuecaban a cada aliento.

Apoyó el extremo de la navaja contra el flaco cuello de su padre. El hombre se movió un poco y volvió a caer en su sueño de cerveza. Henry mantuvo la navaja así unos cinco minutos, con los ojos distantes y pensativos, mientras con la yema del pulgar acariciaba el botón plateado de la empuñadura. La voz de la luna le habló, susurrando como el viento de primavera, que es cálido pero con una fría navaja escondida en medio. Zumbaba como un nido de papel lleno de avispas alborotadas, parloteaba como un político ronco.

A Henry le pareció muy bueno todo lo que la voz dijo. Así que pulsó el botón plateado. Se oyó un "clic" al soltarse el resorte. Quince centímetros de acero penetraron en el cuello de Butch bowers, tan fácilmente como los dientes de un tenedor en un pollo bien cocido. La punta de la hoja asomó por el otro lado empapada de sangre.

Butch abrió los ojos y los clavó en el cielo raso. -Su boca se abrió de pronto. De las comisuras brotó un hilo de sangre que corrió por las mejillas, hacia el lóbulo de las orejas. Empezó a gorgotear. Una gran burbuja de sangre se formó entre sus labios flojos y estalló. Una de sus manos ascendió hasta la rodilla de Henry y la apretó convulsivamente. Al chico no le molestó. A su debido tiempo, la mano cayó. Los gorgoteos cesaron un momento después. Butch Bowers había muerto.

Henry extrajo la navaja, la limpió en la sábana sucia y empujó la hoja hacia dentro hasta que el muelle volvió a chasquear. Miró a su padre sin mayor interés. La voz le había enumerado los trabajos del día mientras permanecía arrodillado junto a Butch, con la navaja contra su cuello. La voz le había explicado todo. Así que fue a la habitación vecina para telefonear a Belch y Victor.

Y allí estaban los tres, y aunque todavía le dolía la ingle, el cuchillo formaba un bulto reconfortante en el bolsillo de su pantalón. Tenía el presentimiento de que pronto empezarían los navajazos. Los niñatos bajarían hasta allí para retomar sus estúpidos juegos y entonces empezarían los navajazos. La voz de la luna se lo había dicho mientras él estaba arrodillado junto a su padre. Durante el trayecto hasta el centro él no había podido apartar la vista de ese pálido disco fantasmal que pendía del cielo. En realidad había un hombre en la luna: una cara espectral, horripilante, llena de destellos, con cráteres por ojos y una sonrisa siniestra que parecía llegarle casi a los pómulos. La luna le habló

("aquí flotamos, Henry, todos flotamos, tú también flotarás")

durante toda la caminata hasta la ciudad. "Mátalos a todos, Henry", había dicho la voz fantasmal de la luna. Y Henry lo comprendía. Henry sentía que podía secundar esas emociones. Mataría a todos sus torturadores. Entonces, esas otras sensaciones (de que estaba perdiendo el mando, de que se acercaba inexorablemente a un mundo más grande, donde no podía dominar como había dominado en el patio de la escuela, de que en ese mundo el gordo, el negro y el tartamudo podrían crecer, de algún modo, mientras que él sólo acumularía años) desaparecerían.

Los mataría a todos y entonces las voces, las que le hablaban desde dentro y la de la luna, lo dejarían en paz. Después de matarlos a todos, volvería a su casa y se sentaría en el porche trasero, con la espada japonesa de su padre cruzada en el regazo. Bebería una lata de cerveza. Escucharía la radio, pero no un partido de béisbol. El béisbol era cosa de viejos. Él escucharía rock and roll. Aunque Henry no lo sabía (de cualquier modo no le habría importado), en ese único tema estaba

de acuerdo con los Perdedores: el rock and roll era bueno. Tengo una polla en el granero, qué granero, cuál granero, mi granero. Entonces todo estaría bien. Todo estaría bien y cualquier cosa que ocurriese después no importaría. La voz se encargaría de todo; él lo presentía. Si uno cuidaba de "Eso", "Eso" cuidaba de uno. Así habían sido siempre las cosas en Derry.

Pero había que acabar con esos niñatos, acabar pronto, ese mismo día. Así se lo había dicho la voz.

Henry sacó del bolsillo la navaja nueva, la admiró, la hizo girar de un lado a otro apreciando los guiños del sol sobre la superficie cromada. Entonces Belch lo tomó del brazo, siseando:

--Mira eso, Henry. ¡Por todos los diablos! ¡Mira eso!

Henry miró y sintió que la clara luz del entendimiento estallaba sobre él: una sección cuadrada del suelo se estaba levantando como por arte de magia dejando al descubierto un hueco de sombras bajo ella. Por un momento sintió una sacudida de terror al pensar que allí podría estar el dueño de la voz... porque estaba seguro de que "Eso" vivía debajo de la ciudad. Entonces oyó el chirriar de la tierra en las bisagras y lo comprendió. Si no habían podido descubrir la casa del árbol era porque no existía.

--Por Dios, estuvimos encima de ellos -gruñó Victor.

En cuanto apareció la cabeza de Ben en la escotilla cuadrada, en el centro del claro, Victor hizo ademán de lanzarse a la carga. Henry lo sujetó.

--¿No los vamos a coger, Henry? -preguntó Victor, mientras Ben salía.

--Los cogeremos -aseguró Henry, sin apartar los ojos de aquel odioso gordo. Otro que pateaba las pelotas. "Te voy a patear las pelotas tan arriba que vas a usarlas de pendientes, maldito gordo. Ya verás"-. No te preocupes.

El gordo estaba ayudando a la putilla a salir del agujero. Ella miró alrededor y, por un momento Henry tuvo la impresión de que le estaba mirando a los ojos. Pero su vista pasó de largo. Los dos hablaron en murmullos y luego se abrieron paso por la densa maleza. En un segundo habían desaparecido.

--Vamos -dijo Henry cuando el ruido de la maleza se redujo hasta hacerse casi inaudible-. Los seguiremos. Pero a distancia y en silencio. Quiero atraparlos a todos juntos.

Los tres cruzaron el claro, como soldados de patrulla, caminando agachados y mirando hacia todas partes. Belch se detuvo a observar la casita subterránea y sacudió la cabeza, admirado.

--Pero si estuve sentado encima de ellos -comentó.

Henry le hizo señas de que lo siguiera, impaciente.

Tomaron por el sendero, porque así harían menos ruido. Estaban a medio camino hacia Kansas Street cuando la pequeña zorra y el gordo, de la mano ("Oh, qué bonito", se burló Henry) emergieron casi directamente frente a ellos.

Por suerte estaban de espaldas al grupo de Henry y ninguno de los dos se volvió. Henry, Victor y Belch se ocultaron entre las sombras, al lado del sendero. Pronto Ben y Beverly eran sólo dos camisas entrevistas por entre una maraña de matojos. Los tres reanudaron la persecución cautelosamente. Henry volvió a sacar la navaja y

9. Henry consigue coche: 2.30.

pulsó el botón cromado. La hoja salió bruscamente. La contempló, soñador, a la luz de la luna. Le gustaba el brillo de las estrellas en la hoja. No tenía idea de la hora porque la realidad iba y venía.

Un ruido irrumpió en su conciencia y comenzó a crecer. Era un motor de automóvil. Se acercaba. Los ojos de Henry se ensancharon en la oscuridad. Apretó la navaja con más fuerza esperando a que el coche pasara.

No fue así. Se detuvo junto a la acera tras el seto del seminario, con el motor en marcha. Henry hizo una mueca (el vientre se le estaba poniendo duro como una tabla; la sangre que manaba lentamente entre sus dedos tenía la consistencia de la savia de arce) y se puso de rodillas para espiar por entre las ramas del seto. Vio los faros delanteros y la silueta de un coche. ¿Policía? Su mano apretó la navaja y se aflojó, apretó y aflojó.

"Te envié un coche, Henry -susurró la voz-. Una especie de taxi. Después de todo, tienes que llegar pronto al Town House. La noche avanza."

La voz emitió una de sus carcajadas sordas y guardó silencio. Los únicos ruidos eran el canto de los grillos y el rumor regular del coche en marcha.

Se levantó torpemente y volvió al camino del seminario para echar una mirada al coche. No era de la Policía; no llevaba luces en el techo y la forma no correspondía. La forma era... antigua.

Henry volvió a oír esa risita... o tal vez era sólo el viento.

Emergió de la sombra del seto, se arrastró bajo la cadena y volvió a incorporarse. Caminó hacia el coche, que existía en un mundo blanco y negro, como una instantánea Polaroid, de claro de luna e impenetrables sombras. Henry era un desastre: tenía la camisa negra de sangre y los vaqueros empapados hasta las rodillas. Su cara era una mancha blanca bajo el corte de pelo militar.

Llegó a la intersección del camino y la acera y echó un vistazo al coche tratando de discernir qué era ese bulto tras el volante. Pero fue el coche lo que reconoció primero: era el que su padre había jurado poseer algún día, un Plymouth Fury 1958, rojo y blanco. Henry sabía, por haberlo oído decir a su padre muchas veces, que el motor era un V-8 327, de 255 caballos de fuerza, capaz de alcanzar los cien kilómetros por hora en sólo nueve segundos. "Voy a tener un coche como ése y cuando muera pueden enterrarme con él", había dicho Butch, muchas veces. Claro que nunca tuvo el coche y el estado se hizo cargo de su entierro después de que Henry fuera llevado al manicomio, delirando y aullando que veía monstruos.

"Si el que está adentro es él no creo poder soportarlo", pensó Henry, apretando la navaja, mientras se balanceaba para poder ver el bulto tras el volante.

Entonces se abrió la puerta del pasajero, se encendió la luz interior y el conductor se volvió a mirarlo. Era Belch Huggins. Su cara era una ruina colgante. Le faltaba un ojo y tenía un agujero de podredumbre en la mejilla reseca por donde se le veían los dientes ennegrecidos. Sobre la cabeza llevaba la gorra de béisbol que tenía puesta el día de su muerte. Estaba vuelta hacia atrás, con la visera cubierta de moho verde.

--¡Belch! -exclamó Henry.

El dolor le corrió hacia arriba desde el vientre haciéndole gritar otra vez sin palabras.

Los labios muertos de Belch se estiraron en una sonrisa abriéndose en pliegues grises, desangrados. Tendió una mano retorcida hacia la portezuela abierta a modo de invitación.
Henry vaciló por un instante. Luego cruzó por delante del Fury dándose tiempo para tocar el emblema en forma de V, tal como hacía siempre cuando el padre lo llevaba a Bangor, al salón de ventas. Cuando llegó al otro lado, una mancha gris lo abrumó en una suave ola. Tuvo que sujetarse de la portezuela para no perder el equilibrio. Allí permaneció, con la cabeza gacha, aspirando en breves jadeos. Por fin el mundo volvió, al menos en parte, y pudo dejarse caer en el asiento. El dolor volvió a retorcerle las entrañas; otro poco de sangre le cayó en la mano. Parecía gelatina caliente. Echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes haciendo sobresalir los tendones de su cuello. El dolor empezó a ceder.
La puerta se cerró sola. La luz interior se apagó. Henry vio que una de las manos putrefactas de Belch accionaba la palanca de cambios poniendo el coche en movimiento. Los nudillos blancos brillaban a través de la carne podrida de sus dedos.
El Fury bajó por Kansas hacia Up-Mile Hill.
--¿Cómo estás, Belch? -se oyó decir Henry.
Era una estupidez, por supuesto. Belch no podía estar allí, los muertos no conducen coches. Pero no se le ocurrió otra cosa.
Belch no respondió. Su ojo único, hundido, estaba fijo en la carretera. Sus dientes relumbraban enfermizamente por el agujero de la mejilla. Henry notó que Belch olía bastante mal. En verdad, olía como un canasto de tomates blandos y acuosos.
De pronto se abrió la guantera golpeando a Henry en las rodillas. A la luz del interior vio una botella Texas Driver medio llena. La sacó y bebió un buen trago. La bebida descendió como seda fresca y azotó su estómago como un estallido de lava. Henry se estremeció, gimiendo... pero luego se sintió un poco mejor, algo más conectado con el mundo.
--Gracias.
Belch giró la cabeza hacia él. Sus tendones hacían ruido, como las puertas al girar sobre goznes herrumbrados. Lo miró por un momento, con su ojo único y muerto. Sólo entonces notó Henry que le faltaba casi toda la nariz. Al parecer, algo se había ensañado con él. Un perro, tal vez. Quizá ratas. Los túneles por donde habían perseguido a los niñatos, aquel día estaban llenos de ratas.
Con la misma lentitud, la cabeza de Belch volvió a enfocar la carretera. Henry se alegró de eso. Belch lo había mirado de una manera que no llegaba a entender. Había algo en ese ojo hundido: reproche, enfado, ¿qué?
"Hay un chico muerto al volante de este coche."
Henry se miró el brazo y vio que tenía carne de gallina. Tomó apresuradamente otro trago de la botella, que cayó con más suavidad y esparció su calor con más amplitud.
El Plymouth bajó por Up-Mile Hill y giró en la rotonda, en sentido inverso a las manecillas del reloj... sólo que a esa hora de la noche no había tráfico y todos los semáforos parpadeaban en amarillo salpicando las calles vacías y los edificios con incesantes pulsaciones luminosas. El silencio era tal, que Henry oyó el chasquido de los relés dentro de cada semáforo. ¿O era pura imaginación?

--Aquel día yo no quería dejarte allí, Belch -dijo-. Es decir... por si... lo pensaste.

Otra vez aquel alarido de tendones secos. Belch mirándolo con ese ojo hundido y sus labios estirados en una sonrisa macabra, descubriendo las encías negras y agrisadas donde estaba brotando todo un jardín de musgo.

"¿Qué clase de sonrisa es ésa? -se preguntó Henry mientras el coche ronroneaba por Main Street, pasando junto al bar de Nan por un lado y al cine Aladdin por el otro-. ¿Es una sonrisa de perdón? ¿De viejos amigos? ¿O es el tipo de sonrisa que dice: Te la voy a dar, Henry, me vas a pagar el abandono en que nos dejaste a mí y a Vic? ¿Qué clase de sonrisa es?"

--Tienes que comprender cómo eran las cosas -dijo Henry. Y se interrumpió.

¿Cómo habían sido las cosas? Todo estaba confuso en su mente, como los fragmentos de rompecabezas que arrojaban sobre las mesas en esos malditos salones de recreo de Juniper Hill. ¿Cómo habían sido las cosas, exactamente? Ellos habían seguido al gordo y a la putilla hasta Kansas; esperaron entre los matorrales mientras ellos trepaban hasta lo alto. Si hubiesen desaparecido de la vista, él, Victor y Belch habrían abandonado el escondite para ir tras ellos; dos eran mejor que nada y el resto llegaría a su debido tiempo.

Pero ellos no desaparecieron. Se recostaron contra la cerca, conversando, mientras vigilaban la calle. De vez en cuando echaban un vistazo al terraplén, pero Henry mantenía a sus muchachos fuera de la vista.

Recordó que el cielo se había encapotado; las nubes llegaban desde el este; el aire se estaba espesando. Esa tarde llovería.

Y después ¿qué pasó? ¿Qué...?

Una mano huesuda, callosa, le ciñó el brazo. Henry dejó escapar un grito. Se había estado dejando llevar otra vez hacia esos algodones grises, pero el horrible contacto de Belch y la daga de dolor en su estómago, provocada por un grito, lo hicieron reaccionar. Miró a su lado. La cara de Belch estaba a menos de cinco centímetros de la suya. Aspiró hondo e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho: el viejo Belch estaba pasado, por cierto. Henry volvió a pensar en tomates que se pudrían silenciosamente en un cobertizo. Se le revolvió el estómago.

De pronto recordó el fin: el fin de Belch y Vic, por lo menos. Algo había salido de la oscuridad, cuando estaban en una excavación que tenía una reja arriba, preguntándose por dónde continuar. "Eso"... Henry no había podido decir qué era. Hasta que Victor gritó:

--¡Frankenstein! ¡Es Frankenstein!

Y así era; allí estaba el monstruo Frankenstein, con tornillos en el cuello y una profunda cicatriz suturada a lo ancho de la frente, caminando con zapatos que parecían cubos.

--¡Frankenstein! -gritaba Vic-. ¡Fran...!

Y en ese momento su cabeza desapareció. La cabeza de Vic voló por aquella excavación hasta golpear la piedra del otro lado, con un golpe seco. Los ojos amarillos y acuosos del monstruo se habían fijado en Henry, que quedó petrificado. Se le aflojó la vejiga y sintió que un líquido caliente le corría por las piernas.

El monstruo avanzó hacia él y Belch... Belch había...

--Mira, ya sé que salí corriendo -dijo Henry-. Hice mal, pero... pero...

Belch se limitaba a mirarlo.

--Lo siento -susurró Henry, para expresar que él también había sufrido lo suyo.
Sonaba flojo. Era como decir: "Sí, ya sé que a ti te mataron, Belch, pero yo me clavé una espina bajo la uña." Es que había sido espantoso, de veras, vagar en ese mundo de hedionda oscuridad por horas enteras. Recordó que, al final, había empezado a gritar. En cierto momento se había caído -una caída larga, vertiginosa, en la que tuvo tiempo de pensar: "Dentro de un minuto habré muerto y esto se habrá acabado", pero de pronto estuvo en una corriente de agua rápida. Bajo el canal, probablemente. Había salido a la luz del sol, ya escasa y avanzado con trabajo hasta la orilla, para salir del Kenduskeag a menos de cincuenta metros del sitio donde se ahogaría Adrian Mellon, veintiséis años después. Resbaló, cayó, se golpeó la cabeza y quedó desmayado. Al despertar ya había oscurecido. De algún modo se las ingenió para encontrar el camino hasta la carretera 2 donde hizo autostop para volver a su casa. Y allí lo había estado esperando la policía.
Pero ésos eran otros tiempos y esto era el presente. Belch se había puesto delante de Frankenstein, que le arrancó el lado izquierdo de la cara hasta el cráneo; hasta allí había visto Henry, antes de huir. Pero allí estaba Belch, en ese momento, y le señalaba algo.
Estaban detenidos frente al hotel Town House y de pronto Henry lo comprendió: el Town House era el único hotel de verdad que quedaba en Derry. En 1958 estaba también el Eastern Star al final de Exchange Street y el Descanso del Viajero, en Torrault Street. Ambos habían desaparecido en la renovación urbana (Henry estaba bien enterado de eso, porque leía el "Derry News" todos los días en Juniper Hill). Sólo quedaba el Town House y unos cuantos moteles junto a la interestatal.
"Allí deben estar ellos -se dijo-. Justo allí. Los que quedan. Durmiendo, soñando con ciruelas confitadas... o con cloacas, tal vez. Y yo me voy a encargar de ellos. Uno por uno."
Tomó otra vez la botella de Texas Driver y ahogó un resoplido. Sentía que la sangre volvía a caerle en el regazo y que el asiento estaba pegajoso debajo de él. Pero el alcohol mejoró las cosas; con el alcohol parecía que no importaba. Le habría sentado bien un buen whisky, pero mejor esa porquería que nada.
--Mira -dijo a Belch-, discúlpame por haber huido. No sé qué me pasó. Por favor... no te enfades.
Belch habló por primera y última vez, pero su voz no era la suya. La voz que surgió de su boca podrida era grave y poderosa. Daba terror. Henry gimió al oírla. Era la voz de la luna, la voz del payaso, la voz que había oído en sus sueños de desagües y cloacas donde el agua corría y corría.
--Cállate y mátalos -dijo la voz.
--Claro -gimió Henry-, si es lo que quiero hacer. No hay problema...
Dejó la botella en la guantera. Su cuello emitió un repiqueteo, como si tuviera dientes y entonces Henry vio un papel en el sitio de la botella. Lo sacó y lo desplegó dejando huellas sanguinolentas en los bordes. En la parte superior se veía este logotipo, en intenso color escarlata:

¡Hola soy Pennywise!

(Nota: a los lados del saludo aparecen dibujados dos globos con una cara sonriente dentro de ellos)

Debajo de eso, escrito en letras de imprenta:

Bill Denbrough 311
Ben Hanscom 404
Eddie Kaspbrak 609
Beverly Marsh 518
Richie Tolzier 217

Los números de sus habitaciones. Eso era muy útil. Ahorraba tiempo.
--Gracias, Be...
Pero Belch había desaparecido. El asiento del conductor estaba vacío. Sólo quedaba la gorra de béisbol con incrustaciones de musgo en la visera. Y una materia viscosa en el pomo de la palanca de cambios.
Henry miró fijo, con el corazón latiéndole dolorosamente en la garganta... y creyó oír algo que se movía en el asiento trasero. Bajó a toda prisa y estuvo a punto de caer al suelo. Al retirarse, cuidó de pasar bien lejos del Fury.
Le costaba caminar; cada paso le tiraba del vientre. Pero llegó a la acera y allí se quedó contemplando ese edificio de ocho pisos que, junto con la biblioteca, el Aladdin y el seminario, era uno de los pocos que recordaba con claridad. Casi todas las luces de los pisos superiores estaban apagadas, pero los globos de vidrio escarchado que flanqueaban la entrada principal lanzaban un suave fulgor en la oscuridad rodeados de un halo de humedad por la niebla baja.
Henry avanzó trabajosamente entre ellos abriendo una de las puertas con un golpe de hombro.
En el vestíbulo reinaba el silencio de la madrugada. Cubría el suelo una alfombra turca, ya descolorida. El cielo raso era un inmenso mural ejecutado en paneles rectangulares que mostraba escenas de los tiempos de los pioneros. Había sofás muy mullidos, sillones y una gran estufa de leña, apagada y silenciosa, con un tronco de abedul sobre la parrilla. Era un tronco de verdad; allí no había gas porque la chimenea del Town House no era sólo un detalle del decorado. Asomaban plantas de los tiestos planos. Las puertas dobles de vidrio que daban al bar y al restaurante estaban cerradas. En algún despacho había un televisor encendido con el volumen bajo.
Avanzó a pasos torpes por el vestíbulo. Tenía sangre en los pantalones y en la camisa, sangre acumulada en los pliegues de sus manos, sangre en las mejillas y en la frente, como pintura de guerra. Los ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas. Cualquiera que lo hubiese visto habría huido a toda carrera entre gritos de espanto. Pero no había nadie.
Las puertas del ascensor se abrieron en cuanto él pulsó el botón "subir". Miró el papel que tenía en la mano y los botones del tablero. Tras un momento de deliberación, oprimió el seis y las puertas se cerraron. Hubo un leve zumbido de maquinaria y el aparato empezó a subir.
"Será mejor que empiece por arriba y vaya bajando."

Se apoyó contra la pared posterior, con los ojos entrecerrados. El zumbido del ascensor lo tranquilizaba. Como el zumbido de la maquinaria en las estaciones de bombeo. Ese día no dejaba de acudirle a la memoria. Todo parecía casi predeterminado, como si todos ellos se limitaran a representar sus papeles. Vic y el viejo Belch habían actuado... bueno, casi como si estuviesen drogados. Recordó...

El ascensor se detuvo con una sacudida que provocó nuevas oleadas de dolor en su estómago. Las puertas se abrieron. Henry salió al pasillo silencioso. Allí había más plantas, plantas colgantes, de frondas largas. No quiso tocar ninguna de esas hojas verdes, chorreantes: le recordaban demasiado a las cosas que había visto colgar allá abajo, en la oscuridad. Volvió a mirar el papel. Kaspbrak estaba en el 609. Henry echó a andar en esa dirección deslizando una mano por la pared para apoyarse con lo que fue dejando un rastro de sangre en el empapelado (ah, pero se apartaba cada vez que llegaba a una de esas plantas; no quería contacto alguno con ésas). Su respiración era ronca y seca.

Allí estaba. Henry sacó la navaja de su bolsillo, se humedeció los labios con la lengua y llamó a la puerta. Nada. Volvió a llamar, con más fuerza.

--¿Quién es?

Soñoliento. Mejor. Estaría en pijama, despierto sólo a medias. Y cuando abriera la puerta, Henry le clavaría la navaja en la base del cuello, en ese hueco vulnerable que hay debajo de la nuez de Adán.

--El botones, señor -dijo Henry-. Traigo un mensaje de su mujer.

¿Estaría casado ese Kaspbrak? A lo mejor había dicho una estupidez. Esperó fríamente alerta. Por fin oyó pasos, un arrastrar de zapatillas.

--¿De Myra?

Parecía alarmado. Mejor. Más alarmado estaría dentro de unos segundos.

--Creo que sí, señor. No tiene ningún nombre. Sólo dice que es su esposa.

Hubo una pausa; luego un repiqueteo metálico, mientras Kaspbrak quitaba la cadena. Sonriente, Henry pulsó el botón de la navaja. "Clic". La puso contra su mejilla, listo para actuar. Oyó que giraba el cerrojo. Un momento después hundiría la hoja en la garganta de ese pequeño imbécil. Esperó. Al abrirse la puerta, Eddie

10. Los Perdedores en grupo, 13.30.

vio que Stan y Richie salía, del mercado de la avenida Costello, cada uno de ellos con un helado.

--¡Eh! -gritó-. ¡Eh, esperadme!

Se volvieron. Stan lo saludó con la mano. Eddie corrió para reunirse con ellos tan rápido como pudo. En verdad, no podía mucho porque tenía un brazo enyesado y el tablero de parchís bajo el otro.

--¿Qué tal, Eddie? ¿Qué haces, chaval? -preguntó Richie, con su grandiosa voz de caballero sureño-. Vaya, vaya... ¡El chaval tiene un brazo fracturado! Fíjate en esto, Stan: el chaval tiene un brazo fracturado. Vaya. Haz un acto de humanidad y llévale ese tablero de parchís, pobre chaval.

--No me molesta, puedo llevarlo -dijo Eddie, algo sofocado-. ¿Me das un poco de tu helado?

--A tu madre no le parecería correcto, Eddie -observó Richie, melancólico. Empezó a lamer más rápido. Acababa de alcanzar la parte de chocolate del centro, su parte favorita-. ¡Por las barbas de Jack, chaval! Vaya, vaya... puedes pillar alguna enfermedad si pones la boca donde la ha puesto otra persona.
--Me arriesgaré -decidió Eddie.
Richie, de mala gana, acercó su helado a la boca de Eddie... y lo retiró en cuanto el chico hubo dado un par de ávidas lametadas.
--Te doy el resto del mío, si quieres -ofreció Stan-. Todavía tengo el almuerzo en el estómago.
--Los judíos no comen mucho -dictaminó Richie-. Es parte de su religión.
Los tres iban caminando como buenos amigos hacia Kansas Street y Los Barrens. Derry parecía perdida en una profunda somnolencia de tarde calurosa. Casi todas las casas tenían las persianas bajas. Había juguetes abandonados en los jardines, como si sus propietarios hubieran sido llamados apresuradamente o puestos a dormir la siesta. Por el oeste retumbaban truenos.
--¿Es cierto? -preguntó Eddie a Stan.
--No. Richie te está tomando el pelo -dijo el chico-. Los judíos comemos tanto como cualquiera.
--Señaló a Richie-. Como él.
--No fastidies a Stan -riñó Eddie al otro-. ¿Te gustaría que alguien inventara cosas sobre ti sólo porque eres católico?
--Oh, los católicos hacen muchas cosas raras -apuntó Richie-. Mi padre me dijo una vez que Hitler era católico, y Hitler mató a millones de judíos. ¿Verdad, Stan?
--Sí, creo que sí -dijo Stan. Parecía azorado.
--Mi madre se puso furiosa cuando mi padre me dijo eso -siguió Richie con una pícara sonrisa-. Completamente furio-sa. Los católicos también tuvimos la Inquisición; usaban el potro de tormento, arrancaban las uñas y todo eso. Supongo que todas las religiones son bastante raras.
--Yo creo lo mismo -dijo Stan-. Nosotros no somos ortodoxos ni nada de eso. Es decir, comemos jamón y beicon. Apenas sé lo que significa ser judío. Nací en Derry y a veces vamos a la sinagoga de Bangor, en fechas como el Yom Kippur, pero... -Se encogió de hombros.
--¿Jamón? ¿Beicon? -Eddie estaba desconcertado. Él y su madre eran metodistas.
-Los judíos ortodoxos no comen esas cosas -explicó Stan-. La Torá dice algo sobre no comer nada que sé arrastre por el lodo o camine por el fondo de las aguas. Se supone que el cerdo está prohibido y la langosta también. Pero mis padres los comen. Y yo también.
--Qué raro -dijo Eddie, estallando en una carcajada-. Nunca había sabido de una religión que te prohibiera comer cosas. Algún día te dirán qué clase de gasolina debes usar.
--Gasolina "kosher" -replicó Stan. Y rió. Ni Richie ni Eddie comprendieron la broma.
--Tienes que admitir, Stanny, que es bastante curioso -señaló Richie. ¡Mira que no poder comer jamón sólo porque eres judío!
--¿Te parece? -comentó Stan-. ¿Tú comes carne los viernes?

--¡No, por Dios! -protestó Richie, espantado-. Los viernes no se puede comer carne, porque... -Sonrió-. Ya entiendo lo que quieres decir.

--¿Es cierto que los católicos van al infierno si comen carne en viernes? -preguntó Eddie, fascinado. Ignoraba que, dos generaciones atrás, en su propia familia polaca había sido de devotos católicos que no comían carne los viernes, así como no salían desnudos a la calle.

--Bueno, te lo explicaré, Eddie -dijo Richie-. No creo que Dios me envíe al horno sólo por comer un sándwich de mortadela un viernes, pero ¿para qué correr el riesgo? ¿Me explico?

--Sí, pero parece tan...

"Tan estúpido", iba a decir. Pero entonces recordó algo que la señora Portleigh les había contado en la escuela dominical, cuando él era pequeño. Según la señora Portleigh, un niño malo había robado un poco del pan de la comunión; cuando pasaron la bandeja, él lo cogió y lo guardó en el bolsillo. Lo llevó a su casa y lo arrojó en el inodoro para ver qué pasaba. De inmediato (según contaba la señora Portleigh a sus pequeños fieles), el agua del inodoro se tiñó de rojo brillante. Era la sangre de Cristo, decía ella, y había aparecido para demostrar a ese niño que había cometido algo muy malo, un sacrilegio. De ese modo le advertía que, al arrojar el cuerpo de Cristo al inodoro, había puesto su alma inmortal en peligro de condenación.

Hasta ese momento a Eddie le había gustado mucho la comunión, que sólo tomaba desde el año anterior. Los metodistas utilizaban zumo de uvas en vez de vino y representaban el cuerpo de Cristo con trozos de pan fresco. A él le agradaba la idea de tomar alimento y bebida como rito religioso. Pero tras el cuento de la señora Portleigh, su respeto religioso por el rito se oscureció convirtiéndose en algo más potente, algo horrible. El solo hecho de tomar el trozo de pan requería valor; siempre temía experimentar una descarga eléctrica o, peor aún, que el pan cambiara súbitamente de color en su mano, convertido en un coágulo de sangre y una voz descarnada comenzara a vociferar, en la iglesia: "¡Indigno, indigno, condenado al infierno!" Con frecuencia, después de haber tomado la comunión, se le cerraba la garganta y empezaba a respirar con trabajo. Con impaciencia llena de pánico, esperaba a que acabara la bendición para correr al vestíbulo y usar su inhalador.

"No debes ser tan tonto -se dijo, años después-. Eso era sólo un cuento. Y la señora Portleigh no era ninguna santa. Mamá dice que era divorciada y que jugaba a la ruleta en Bangor. Mamá dice que los verdaderos cristianos no apuestan, que dejan eso para los paganos y los católicos."

Todo era muy lógico, pero no le satisfacía. El cuento del pan de la comunión que convirtió el agua del inodoro en sangre seguía preocupándolo; hasta perdía el sueño. Una noche se le ocurrió que, si había un modo de superar todo eso, era tomar un trozo de ese pan, arrojarlo al inodoro y ver qué pasaba.

Pero ese experimento estaba más allá de su valor. Su mente racional no podía contra la siniestra imagen de la sangre que esparcía su nube acusadora y condenatoría en el agua. No podía contra el encantamiento mágico: "Éste es mi cuerpo; toma y come; ésta es mi sangre, vertida por ti y por muchos otros."

No, nunca había hecho el experimento.

--Creo que todas las religiones son extrañas -dijo, por fin.

"Pero poderosas -agregó su mente-, casi mágicas." ¿O eso también era blasfemia? Pensó en lo que había visto en Neibolt Street; por primera vez notaba un descabellado paralelo: después de todo, el hombre-lobo había salido del inodoro.

--Caray, parece que todo el mundo duerme -dijo Richie, arrojando el palito del helado a la alcantarilla-. ¿Alguna vez habéis visto tanta quietud? Se diría que todo el mundo fue a pasar el día a la playa.

--¡Eh, ch-ch-chicos! -gritó Bill Denbrough, desde atrás-. ¡E-e-esperen!

Eddie giró en redondo, encantado, como siempre, de oír la voz del Gran Bill. El chico venía pedaleando sobre "Silver", por la esquina de la avenida Costello, ganando distancia con respecto a Mike, aunque la Shwinn de Mike era casi nueva.

--¡Hai-oh "Silver"! ¡"Arrreeee! -chilló Bill.

Y llegó hasta ellos a casi treinta kilómetros por hora entre el rugido de los naipes sujetos al guardabarro trasero. Pedaleó hacia atrás, aplicó los frenos y se deslizó admirablemente hacia el lado.

--¡Bill "Tartaja"! -dijo Richie-. ¿Cómo estás, chaval? Vaya, vaya. ¿Cómo estás, chaval?

--M-m-muy bien. ¿Hab-béis v-visto a Ben o a Be-Beverly?

Mike se reunió con ellos, con la cara cubierta de sudor.

--¿Me puedes decir qué velocidad alcanza -esa bicicleta?

Bill se echó a reír.

--N-n-no lo sé. Es rá-rápida.

--No los he visto -respondió Richie-. Probablemente están allá abajo, cantando a dos voces. "Shi-bum, chi-bum... iá-da-da-da-da-da-da..."

Stan Uris fingió vomitar.

--Es pura envidia -dijo Richie a Mike-, porque los judíos no saben cantar.

--B-b-b-b...

--Bip-bip, Richie -le ayudó Richie.

Y todos rieron.

Echaron a andar hacia Los Barrens; Mike y Bill llevaban sus bicicletas. Al principio la conversación fue animada, pero luego decayó. Eddie, mirando a Bill, le notó una expresión intranquila; se le ocurrió que también a él le estaba afectando tanto silencio. Richie lo había dicho en broma, pero en verdad parecía que todo Derry había ido a pasar el día a la playa, a cualquier parte. no circulaba ningún coche por la calle; no había ninguna anciana que llevara su carrito de la compra.

--De veras que todo está demasiado tranquilo, ¿no? -se arriesgó a decir.

Bill asintió con un gesto.

Cruzaron Kansas hacia el lado de Los Barrens. Entonces vieron a Ben y a Beverly que corrían hacia ellos, gritando. Eddie dio un respingo: Beverly, habitualmente tan pulcra y limpia, siempre con el pelo lavado y recogido en una coleta, estaba llena de manchas que parecían toda la suciedad del universo, con los ojos dilatados y enloquecidos, un arañazo en una mejilla, los vaqueros perdidos y la blusa en jirones.

Ben venía tras ella, bufando, con el vientre bamboleante.

--No se puede ir a Los Barrens -jadeó Beverly-. Los chicos... Henry... Victor... están por allá abajo... la navaja... tiene una navaja.

--T-t-tranquila -dijo Bill, haciéndose cargo de todo inmediatamente, como de costumbre, sin esfuerzo y casi sin darse cuenta.

Echó un vistazo a Ben, que llegaba a toda carrera con las mejillas encendidas y el voluminoso pecho muy agitado.

--Ella dice que Henry se ha vuelto loco, Gran Bill -dijo Ben.

--Caray, ¿eso quiere decir que antes era cuerdo? -preguntó Richie y escupió por entre los dientes.

--Cá-cá-cállate, Ri-Richie -dijo Bill. Volvió a fijar su atención en Beverly-. Cu-cuenta.

Eddie deslizó la mano en el bolsillo y tocó el inhalador. No sabía qué ocurría, pero estaba seguro de que no era nada bueno.

Beverly, obligándose a hablar con toda la calma posible, logró contar una versión corregida de la historia; esa versión empezaba con Henry, Victor y Belch alcanzándola en la calle, omitiendo lo de su padre, pues la avergonzaba demasiado.

Cuando terminó, Bill guardó silencio por un momento, con las manos en los bolsillos y el manillar de "Silver" apoyado contra el pecho. Los otros esperaban, echando frecuentes miradas a la barandilla que cerraba el borde del terraplén. Bill pensó por largo rato sin que nadie lo interrumpiera. De pronto, sin esfuerzo alguno, Eddie se dio cuenta de que ése podría ser el último acto. Eso era lo que hacía sentir el silencio del día, ¿no? La impresión de que toda la ciudad se había marchado dejando sólo las cáscaras de los edificios vacíos.

Richie estaba pensando en la foto del álbum de Georgia que de pronto había cobrado vida.

Beverly pensaba en su padre, en su mirada vacía.

Mike pensaba en el pájaro.

Ben pensaba en la momia y en un olor a canela muerta.

Stan Uris pensaba en vaqueros negros y chorreantes, en manos blancas como papel arrugado, también chorreantes.

--Va-va-vamos -dijo Bill, por fin-. Bajemos.

--Bill... -dijo Ben con preocupación-. Beverly dijo que Henry estaba realmente loco. Que tenía intención de matar...

--N-no son d-d-de e-ellos -dijo Bill, señalando Los Barrens, a la derecha y por debajo de ellos: las malezas, los bosquecitos, los cañaverales y el destello del agua-. N-no es proppropiedad de e-e-ellos. -Miró a sus compañeros, ceñudo-. E-estoy cansado de q-q-que me as-asusten. En la pelea a pedradas los derrotamos y si hay que derrotarlos o-o-otra vez, l-l-lo haremos.

--Pero, Bill -dijo Eddie-, ¿y si no se trata sólo de ellos?

Bill se volvió hacia él y el chico quedó impresionado al verlo tan cansado y ojeroso. En la cara de Bill había algo que lo asustaba, pero sólo mucho después, en su edad adulta, cuando se deslizaba hacia el sueño tras la reunión en la biblioteca, comprendió qué era ese algo: era la cara de un niño llevado al borde de la locura, la cara de un niño que no estaba, en último término, más cuerdo ni más al mando de sus propias decisiones que el propio Henry. Sin embargo, el Bill esencial estaba aún allí, mirando con sus ojos perseguidos, asustados: un Bill enfadado y decidido.

--¿Y? -dijo-, ¿Y q-q-qué, si n-n-no?

Nadie le respondió. Sonó un trueno cercano. Eddie miró el cielo y vio aproximarse nubes de tormenta por el oeste. Iba a llover "hierros de punta", como decía a veces su madre.

--A-a-ahora os di-d-diré qué v-vvamos a hac-c-c-cer -manifestó Bill, mirándolos a todos-. Ninguno est-t-tá ob-obligado a ac-c-compañarme, si no q-q-quiere. C-c-cada uno d-d-decide.

--Yo te acompaño, Gran Bill -dijo Richie, en voz baja.

--Yo también -dijo Ben.

--Por supuesto -dijo Mike, encogiéndose de hombros.

Beverly y Stan estuvieron de acuerdo. Eddie fue el último.

--Me parece que tú no irás Eddie -dijo Richie-. Tu brazo no parece estar... muy bien.

Eddie miró a Bill.

--Q-q-quiero que v-v-venga -decidió Bill-. C-c-caminarás co-conmigo, EEddie. Yo t-t-te cuidaré.

--Gracias, Bill -repuso Eddie. Aquélla cara cansada, medio enloquecida, de pronto le parecía adorable; adorable y muy amada. Experimentó un vago asombro. "Creo que moriría por él, si me lo pidiera. ¿Qué clase de poder es ése? Si sirve para que tengas una cara como la de Bill ahora, a lo mejor no es tan bonito tener ese poder."

--Sí, porque Bill tiene el arma decisiva -apuntó Richie-. La bomba odorífera.

Levantó el brazo izquierdo y sacudió la otra mano bajo el sobaco descubierto. Ben y Mike rieron, Eddie sonrió.

Resonó otra vez el trueno, tan cerca que todos dieron un salto y se amontonaron. Se estaba alzando viento que sacudía la basura del arroyo de la acera. La primera nube oscura navegó por delante del disco difuso del sol y las sombras de los chicos se derritieron. Era un viento frío que heló el sudor en el brazo sano de Eddie, que se estremeció.

Bill miró a Stan y dijo algo peculiar:

--¿Has tr-raído tu li-libro de p-pájaros, Stan?

El chico se dio una palmadita en el bolsillo trasero Bill volvió a mirar al grupo.

--Ba-bajemos -ordenó.

Descendieron por el terraplén en fila india, salvo Bill, que lo hizo junto a Eddie, como había prometido. Dejó que Richie llevara a "Silver", empujándola; cuando llegaron al fondo dejó la bicicleta en su lugar acostumbrado, bajo el puente. Luego formaron un grupo cerrado y avanzaron mirando alrededor.

La tormenta que se aproximaba no causó oscuridad, ni siquiera penumbra. Pero la cualidad de la luz había cambiado; las cosas se destacaban en una especie de relieve acerado, como en los sueños: sin sombras, claramente cinceladas. Eddie sintió horror y aprensión al comprender por qué ese tipo de luz le parecía familiar: era la misma que recordaba haber visto en la casa de Neibolt Street.

Un relámpago tatuó las nubes, tan fuerte que los hizo cerrar los ojos, frunciendo el rostro. Eddie se cubrió la cara con una mano y contó: "Uno... dos... tres..." Y entonces se oyó el trueno, como la explosión de un M-80. Todos apretaron más el grupo.

--Esta mañana no se pronosticaba lluvia -dijo Ben, intranquilo-. El diario anunciaba caluroso y seminublado.

Mike había estudiado el cielo cuando él y Bill habían salido de casa de los Denbrough después de comer. Las nubes eran veleros de fondos negros, altos y pesados que navegaban velozmente por la neblina azul que cubría el cielo de horizonte a horizonte.
--Viene muy rápido -comentó-. Nunca vi una tormenta tan rápida.
Como para confirmarlo, estalló otro trueno.
--V-v-vamos -dijo Bill-. Po-pongamos el p-p-par-chís de E-E-Eddie en la ca-casita.
Echaron a andar por el sendero que habían abierto en las semanas transcurridas desde el incidente del dique. Bill y Eddie abrían la marcha, rozando con los hombros las anchas hojas verdes de los arbustos; los otros los seguían. El viento envió otra ráfaga que hizo susurrar los árboles y los matorrales. Más adelante, los cañaverales repiqueteaban misteriosamente como tambores en la selva.
--¿Bill? -dijo Eddie, en voz baja.
--¿Qué?
--Yo creía que esto pasaba sólo en las películas, pero... -Rió un poco-. Tengo la sensación de que alguien está observándome.
--Oh, e-e-están allí, c-c-claro -dijo Bill.
Eddie miró alrededor, nervioso y apretó un poco más su tablero de parchís. Luego

11. La habitación de Eddie, 3.05.

abrió la puerta a un monstruo salido de una historieta de terror.
Delante de él tenía una aparición cubierta de sangre que sólo podía ser Henry Bowers. Parecía un cadáver vuelto de la tumba. Su cara era una helada máscara de brujo que representaba el odio y el asesinato. Tenía la mano derecha a la altura de la mejilla. Aun mientras Eddie abría mucho los ojos y comenzaba a aspirar aterrorizado, la mano se disparó hacia adelante haciendo centellear la hoja como si fuera de seda.
Sin pensar (no había tiempo; si se hubiese detenido a pensar habría muerto), Eddie dio un empujón a la puerta para cerrarla. El canto de la hoja dio contra el antebrazo de Henry desviando la trayectoria de la navaja que quedó a dos centímetros del cuello de Eddie.
Se oyó un crujido: el del brazo de Henry, apretado contra el marco. El hombre soltó un grito apagado y abrió la mano. La navaja cayó ruidosamente al suelo. Eddie le dio una patada arrojándola bajo el televisor.
Henry aplicó todo su peso contra la puerta. Pesaba unos cuarenta y cinco kilos más que Eddie, que se vio empujado hacia atrás como un muñeco hasta que sus rodillas chocaron contra la cama y cayó en ella. Henry entró en la habitación y echó el cerrojo, mientras su víctima se incorporaba con los ojos muy abiertos. La garganta ya empezaba a silbarle.
--Bueno, marica -dijo Henry.
Sus ojos bajaron momentáneamente al suelo buscando la navaja. No la vio. Eddie buscó a tientas en la mesita de noche y encontró una de las dos botellas de

agua Perrier que había pedido antes. Era la que estaba llena; había bebido el contenido de la otra antes de ir a la biblioteca porque tenía los nervios destrozados y una fuerte acidez estomacal. El agua Perrier era muy buena para la digestión.

Cuando Henry, olvidándose de la navaja, echó a andar hacia él, Eddie cogió por el cuello la botella y la estrelló contra el borde de la mesita. El agua mineral siseó en la superficie empapando los botes de píldoras que allí había.

Henry tenía la camisa y los pantalones pesados de sangre. Su mano derecha pendía en un ángulo extraño.

--Grandísimo marica -dijo-. Ya te enseñaré yo a tirar piedras.

Se abalanzó sobre la cama y trató de agarrar a Eddie, que apenas comprendía lo que estaba ocurriendo. Sólo habían pasado cuarenta segundos desde que había abierto la puerta. Alzó la mano con el cuello de botella rota. El vidrio desgarró la mejilla derecha de Henry y le perforó el ojo.

El enajenado soltó un grito afónico y se tambaleó hacia atrás. Un ojo pendía de la cuenca, dejando escapar un fluido blanco amarillento. Su mejilla sangraba como una fuente. El grito de Eddie sonó más potente. Se levantó de la cama y fue hacia Henry, quizá para ayudarlo (no estaba seguro), pero el herido volvió a arrojarse contra él. Eddie blandió la botella rota como si fuera una espada de esgrima; esa vez las puntas de vidrio verde penetraron profundamente en la mano izquierda de Henry. Sangró profusamente y emitió un sonido denso, ronco, Casi como si se despejara la garganta. Luego arremetió contra Eddie, que cayó hacia atrás y se golpeó contra el escritorio. Su brazo izquierdo quedó a su espalda y recibió todo el peso de la caída. El dolor fue como una llamarada súbita, mareante. Sintió que el hueso cedía a la altura de su vieja fractura y tuvo que apretar los dientes para contener un alarido.

Una sombra bloqueó la luz.

Henry Bowers estaba de pie ante él balanceándose atrás y delante. Le fallaron las rodillas. Su mano izquierda goteaba sangre sobre la bata de Eddie.

Éste, al ver que las rodillas de Bowers flaqueaban del todo, sujetó contra su cuerpo el cuello de botella con las puntas hacia arriba y la tapa contra su esternón. Henry cayó como un árbol, ensartándose en el vidrio. Eddie sintió que se le rompía en la mano; un nuevo relámpago de dolor le estremeció el brazo izquierdo, todavía torcido bajo el cuerpo. Sangre caliente cayó sobre él en una cascada; tanto podía ser de Henry como la suya propia.

Bowers se retorcía y sus zapatos marcaron un ritmo casi sincopado en la alfombra. Eddie percibió su aliento hediondo. Lo vio ponerse rígido y rodar sobre sí con la botella grotescamente enterrada en su parte media, la tapa hacia el techo, como si hubiera brotado allí.

--"Gug" -dijo Henry. Nada más. Clavó la vista en el techo.

Eddie pensó que había muerto. Luchando contra las oleadas de vértigo que trataban de cubrirlo, y mantenerlo en el suelo, se incorporó sobre las rodillas y logró ponerse de pie. Se renovó el dolor de su brazo roto, que se balanceaba delante del cuerpo, y eso le despejó un poco la cabeza. Sibilante, luchando por respirar, avanzó hacia la mesita de noche. Recogió su inhalador, que estaba en un charco de agua; se lo llevó a la boca y apretó el gatillo. Después miró el cadáver tendido en la alfombra. ¿Era posible que ése fuera Henry? Lo era, sin duda.

Envejecido, con más gris que negro en el pelo cortado a lo militar, ya gordo, pálido y fofo, pero era Henry. Y estaba muerto. Por fin, Henry...

--"Gug" -dijo Henry repentinamente y se incorporó.

Sus manos lanzaron zarpazos, como buscando asideros que sólo él podía ver. El ojo vaciado goteaba; el párpado inferior sobresalía sobre la mejilla. Miró en torno, vio a Eddie acurrucado contra la pared y trató de levantarse.

Abrió la boca y despidió un vómito de sangre. Luego volvió a caer.

Con el corazón a toda marcha, Eddie manoteó el teléfono y no logró sino arrojarlo a la cama. Lo recogió precipitadamente en su sitio y marcó el 0. El teléfono sonó una y otra vez.

"Vamos -pensó Eddie-, qué están haciendo, ¿rascándose? ¡Vamos, por favor, contestad ese maldito teléfono!"

Sonaba y sonaba. Eddie no apartaba la vista de Henry temiendo que se levantara en cualquier momento. Cuánta sangre, por Dios, cuánta sangre.

--Recepción -dijo una voz soñolienta y resentida.

--Llame a la habitación del señor Denbrough -pidió Eddie-. Es urgente.

Con el otro oído estaba atento a las habitaciones contiguas. ¿Habrían hecho mucho ruido? ¿Y si alguien llamaba a la puerta para preguntar si tenía problemas?

--¿Está seguro de que quiere llamar a esta hora? -preguntó el empleado-. Son las tres y diez de la madrugada.

--¡Sí, quiero llamar! -respondió Eddie, casi a gritos.

La mano que sostenía el auricular temblaba convulsivamente. En el otro brazo sentía un nido de avispas. ¿Henry se había movido otra vez? No, seguro que no.

--De acuerdo -dijo el empleado-. Tranquilo, amigo.

Se oyó un chasquido; luego, el áspero zumbar de un teléfono interno. "Vamos, Bill, vamos, a ti..."

De repente se le ocurrió un pensamiento horriblemente posible: ¿Y si Henry había visitado antes a Bill? ¿O a Richie? ¿A Ben, a Bev? ¿Y si Henry había hecho una visita a la biblioteca? tenía que haber estado antes en otra parte; si alguien no hubiera ablandado a Henry, habría sido Eddie quien yaciera muerto en el suelo con una navaja enterrada en el pecho. ¿Y si Henry había visitado primero a los otros, sorprendiéndolos medio dormidos, como a él? ¿Y si todos estaban muertos? Esa idea era tan horrible que Eddie tuvo ganas de aullar.

--Por favor, Bill -susurró-, por favor, contesta.

Alguien contestó. La voz de Bill dijo:

--¿Ho-o-ola?

--Bill -dijo Eddie, casi balbuceando-. Bill, gracias a Dios.

--¿Eddie? -La voz de Bill se tornó débil; hablaba con otra persona; le estaba diciendo quién llamaba-. ¿Qué p-p-pasa, Eddie?

--Henry Bowers. -Eddie volvió a mirar el cadáver. ¿Había cambiado de posición? Esa vez no le fue tan fácil convencerse de que seguía igual-. Estuvo aquí... y lo he matado, Bill. Tenía una navaja. Creo...

--Bajó la voz-. Creo que es la misma navaja de aquel día. El día en que bajamos a las cloacas. ¿Recuerdas?

--Lo recuerdo -dijo Bill, lúgubre . Escucha, Eddie. Quiero que...

12. Los Barrens, 13.55.

v-v-vayas a de-decirle a B-b-en que v-v-venga.
--De acuerdo -respondió Eddie.
Y se quedó atrás. Ya se estaban aproximando al claro. Retumbaban los truenos en el cielo cubierto, los matorrales suspiraban a impulsos de la brisa, cada vez más fuerte.
Ben se reunió con él cuando llegaba al claro. La trampilla del club estaba abierta; era un cuadrado de negrura dentro del verde. El ruido del río sonaba muy claro y Bill tuvo, de pronto, una certeza descabellada: que estaba percibiendo ese sonido, experimentando ese lugar, por última vez en toda su infancia. Aspiró hondo oliendo la tierra, el aire y el hollín distante del vertedero que echaba humo como un volcán malhumorado, no decidido a entrar en erupción. Vio una bandada de pájaros que pasaba junto al puente del ferrocarril, rumbo a Old Cape. Levantó la vista hacia las nubes hirvientes.
--¿Qué pasa? -preguntó Ben.
--¿P-p-por qué n-no tratan d-de coggernos? -preguntó Bill-. E-están a-aa-aquí. E-e-eddie est-estaba en lo cicierto. L-l-lo siento.
--Sí -confirmó Ben-. A lo mejor son tan estúpidos que creen que vamos a volver a la casita. Entonces nos tendrían atrapados.
--P-p-puede -dijo Bill.
Y se sintió súbitamente furioso, impotente por su tartamudez. Eso le impedía hablar deprisa. Tal vez, de cualquier modo, no habría podido decir lo que deseaba: que le parecía poder ver las cosas con los ojos de Henry Bowers; que él y Henry, aunque en bandos opuestos, peones dominados por fuerzas adversarias, habían llegado a intimar.
Henry quería que ellos presentaran pelea.
"Eso" quería que ellos presentaran pelea.
Y "perecieran".
Un helado estallido de luz blanca pareció llenarle la cabeza. Serían víctimas del asesino que acechaba en Derry desde la muerte de George. Tal vez los cadáveres aparecieran, tal vez no. Todo dependía de que "Eso" pudiera o quisiera defender a Henry... y, en menor grado, a Belch y a Victor. "Sí. Para el mundo exterior, para el resto de esta ciudad, seremos víctimas del asesino. Y es correcto, aunque parezca curioso. "Eso" quiere que muramos. Henry es la herramienta para conseguirlo, para que "Eso" no tenga que dar la cara. Creo que yo seré el primero, Beverly y Richie podrían mantener unidos a los otros, pero Stan está asustado y Ben también, aunque me parece que es más fuerte que Stan. Y Eddie tiene un brazo fracturado. ¿Por qué los traje aquí abajo? Cielos, ¿por qué?"
--¿Bill? -inquirió Ben, ansioso.
Los otros se reunieron con ellos junto a la casita. Volvió a estallar un trueno; los matorrales susurraban con más intensidad. Los cañaverales repiqueteaban en la mortecina luz de la tormenta.
--Bill... -dijo Richie.
--¡Chist!

Los otros, intranquilos, guardaron silencio bajo su mirada ardorosa, como perseguida por fantasmas. Bill miraba fijamente los matorrales, el sendero que serpenteaba por entre ellos rumbo a Kansas Street. De pronto, su mente subió otro punto como hacia un plano superior. Ya no tartamudeaba en su cerebro; era como si sus pensamientos volaran llevados por una loca intuición... como si todo viniera a él.

"George en un extremo. Yo y mis amigos en el otro. Y entonces todo cesará

("otra vez")

>otra vez, sí, otra vez, porque esto ha ocurrido antes y siempre debe haber un sacrificio al final, alguna cosa terrible que le ponga fin, no sé cómo sé todo esto pero lo sé... y ellos... ellos ..."

--Permiten q-q-que pase -murmuró Bill, mirando con ojos muy abiertos aquel sendero que parecía una cola de cerdo-. Se-se-seguro.

--¿Bill? -preguntó Bev, suplicante.

Tenía a Stan a un lado, menudo y pulcro, con su camisa azul y sus pantalones chinos. Al otro, a Mike, que miraba a Bill intensamente, como si le leyera los pensamientos.

"Todos permiten que pase, siempre es así y la cosa se acalla, todo sigue, "Eso"... "Eso"...

("duerme")

Duerme... o hiberna como un oso... y luego todo vuelve a empezar, y ellos lo saben... la gente sabe... sabe que debe ser así para que "Eso" pueda existir."

--L-l-l...

"¡Oh Dios, por favor, por favor, golpea exhausto el poste, por favor déjame decir esto tosco y recto e insiste oh, "Dios oh, por favor necesito hablar"!"

--Os tra-traje aq-aquí p-p-porque n-no hay ni-ni-ningún l-lugar s-s-sseguro, -dijo. La saliva se le escapaba de los labios; se la limpió con el dorso de la mano-. D-d-d-"Derry" es "Eso". ¿C-comprendéis? -Los fulminó con la mirada; ellos se apartaron un poco ante aquellos ojos brillantes, aterrorizados-. D-D... ¡"Derry es Eso"! Ppodemos ir a c-c-cualquier pa-parte... c-c-cuando "E-E-Eso" n-n-nos atrrape, n-nadie v-v-verá nnnada, na-nanadie oirá nad-nada, na-nadie se d-ddará cu-cu-cuenta. -Los miró, casi suplicante-. ¿C-c-comp-comprendéis cómo es? S-s-ssólo nos qu-queda t-t-tratar de te-te-terminar con l-l-lo que empempezamos.

Beverly vio al señor Ross levantarse y, mirándola, plegar su diario para entrar en la casa. "Nadie verá nada, nadie oirá nada, nadie se dará cuenta. Y mi padre..."

("quítate los pantalones")

había querido matarla.

Mike recordó su almuerzo con Bill. La madre de su amigo, perdida en su propio mundo de sueños, como si no viera a ninguno de los dos, se había quedado leyendo una novela de Henry James mientras los chicos hacían sandwiches para comer de pie ante la mesa. Richie recordó la casa de Stan, limpia, pero completamente desierta. Stan se habla llevado una pequeña sorpresa pues su madre casi siempre estaba en casa a la hora del almuerzo y, en las pocas ocasiones en que se ausentaba, no olvidaba dejar una nota diciendo a dónde podría buscarla. Faltaba el coche; eso era todo. "Probablemente fue de compras con su amiga Debora", comentó Stan, con el ceño algo fruncido mientras preparaba sandwiches de huevo. Richie lo había olvidado hasta ese momento.

Eddie pensó en su madre, que lo había visto salir con su tablero de parchís sin repetir ninguna dé las advertencias acostumbradas: "Ten cuidado, Eddie, busca refugio si llueve, no vayas a jugar brusco, Eddie." No le había preguntado si llevaba el inhalador, no le había indicado a qué hora debía regresar a casa ni lo había prevenido contra "esos chicos rudos con los que vas". Simplemente había seguido mirando su telenovela como si él no existiera.

Como si él no existiera.

Una versión del mismo pensamiento pasó por la mente de los seis: en algún momento, entre la mañana y la hora del almuerzo, se habían convertido en simples fantasmas.

Fantasmas.

--Bill -dijo Stan ásperamente-, ¿y si cruzamos? ¿Por Old Cape?

Bill meneó la cabeza.

--N-n-no creo. Q-q-qued-quedaríamos at-t-t-tra-pados en el ba-bambú..., el p-p-pantano... o hab-ha-bría p-p-pirañas de v-v-verdad en el K-K-kend-d-d-duskeag... O a-a-algo a-así.

Cada uno imaginó el mismo fin a su modo. Ben vio arbustos que, de pronto, se convertían en plantas carnívoras. Beverly vio sanguijuelas voladoras, como las que habían salido de aquella vieja nevera. Stan vio que la tierra lodosa del cañaveral vomitaba los cadáveres vivientes de niños atrapados en la famosa ciénaga. Mike Hanlon imaginó pequeños reptiles con horribles colmillos que surgían amenazadoramente por la grieta de un árbol hendido. Richie vio el Ojo Reptante que caía sobre ellos desde el puente de ferrocarril. Y Eddie imaginó al grupo trepando por el terraplén de Old cape, sólo para encontrarse, al llegar a la cima, con el leproso cuya piel floja hervía de escarabajos y gusanos.

--Si pudiéramos salir de la ciudad... -murmuró Richie.

Hizo una mueca mientras un trueno le gritaba su furiosa negativa desde el cielo. Llovió otro poco. De momento apenas eran chubascos, pero pronto arreciaría un verdadero diluvio. La calinosa paz del día ya había desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido.

--Si pudiéramos salir de esta maldita ciudad -concluyó-, estaríamos a salvo.

--Bip-b... -empezó Beverly.

Pero una roca surgió de entre los matorrales alcanzando a Mike en la cabeza. El chico retrocedió, tambaleándose, sangrando por su gorra de motas. Habría caído si Bill no lo hubiera sujetado.

--¡Ya te enseñaré yo a tirar piedras! -La voz de Henry llegó hasta ellos, burlona.

Bill vio que los otros miraban alrededor con ojos desorbitados, listos para huir en distintas direcciones.

--¡B-b-ben!

Ben lo miró.

--Tenemos que huir, Bill. Están...

Otras dos piedras salieron lanzadas de los matorrales. Una golpeó a Stan en el muslo, arrancándole un grito, más de sorpresa que de dolor. Beverly esquivó la segunda, que rebotó en el suelo y pasó por la trampilla.

--¿Re-recuerdas e-e-el pr-primer día que e-e-estu-viste aq-quí -gritó Bill para hacerse oír sobre el trueno-. Cuc-cuándo t-terminaron las cla-claclases?

--¡Bill! -gritó Richie.

Bill lo hizo callar con un ademán de la mano; sus ojos permanecían fijos en Ben, como clavándolo en su sitio.

--Claro -dijo Ben, tratando, angustiado, de mirar a todas partes al mismo tiempo.

Los arbustos se inclinaban salvajemente, casi como bajo de un oleaje.

--El de-de-desagüe -dijo Bill-. La e-e-est-estación de b-bombeo. P-por ahí deb-debemos en-entrar. ¡Llévanos!

--Pero...

--¡Llé-llévanos!

De entre los arbustos surgió una andanada de piedras. Por un momento, Bill vio la cara de Victor Criss, como asustada, drogada y ávida, todo a un tiempo. Una piedra le golpeó en el pómulo y Mike le sostuvo para que no cayera. Por un momento no pudo ver claro. Sentía la mejilla entumecida. Por fin recuperó la sensibilidad en dolorosos latidos y sintió que la sangre le corría por la cara. Se limpió la mejilla, haciendo una mueca al tocar la dolorosa inflamación que se estaba formando allí. Miró la sangre y se limpió las manos en los vaqueros. El viento fresco le enredó el pelo.

--¡Así aprenderás a tirar piedras, jodido tartamudo! -gritó Henry, medio riendo.

--¡Ll-llé-llévanos! -chilló Bill.

Ahora comprendía por qué había enviado a Eddie en busca de Ben. Era a esa estación de bombeo adonde tenía que ir, y sólo Ben sabía exactamente cuál era; había varias en ambas riberas del Kenduskeag a intervalos irregulares.

--¡É-é-ése es el lug-lugar! ¡La ent-entrada! ¡El m-m-modo de lle-llegar a "Eso"!

--¡Bill, no puedes saber semejante cosa! -gritó Beverly. Él vociferó, furioso:

--¡Lo sé!

Ben tardó un instante, humedeciéndose los labios con la vista fija en Bill. Por fin partió a toda carrera por el claro encaminándose al río. Un relámpago brillante cruzó el cielo, blanco y purpúreo, seguido por un trueno desgarrado que hizo vacilar a Bill sobre sus pies.

Una piedra del tamaño de un puño pasó junto a su nariz y dio contra las nalgas de Ben. El chico chilló de dolor y se llevó la mano al trasero.

--¡Toma ya, gordo! -gritó Henry, con la misma voz entre risueña y vociferante. Los arbustos susurraron. Henry apareció en el momento en que la lluvia se convertía en un diluvio. El agua le corría por el pelo muy corto entrándole en los ojos, bañándole las mejillas. Su sonrisa mostraba todos los dientes-. Así aprenderás a tirar p...

Mike había encontrado una de las maderas que habían sobrado al hacer la trampilla. Arrojada con fuerza, dio dos vueltas en el aire y golpeó a Henry en la frente. El chico soltó un grito dándose una palmada en ese sitio como quien ha tenido una idea brillante, y cayó sentado.

--¡Co-co-corred! -aulló Bill-. ¡Se-se-seguid a B-b-ben!

Más manoteos y tropezones entre los matorrales. Mientras el resto de los Perdedores corría tras Ben Hanscom, aparecieron Victor y Belch. Henry se levantó y los tres iniciaron la persecución.

Aún más adelante, cuando Ben hubo recordado el resto del día, de la carrera entre los matorrales sólo conservaba una serie de imágenes confusas. Recordaba ramas sobrecargadas de hojas chorreantes que le golpeaban la cara; recordaba que los truenos y los relámpagos parecían interminables. Y recordó también que

los gritos de Henry, ordenándole volver y pelear, parecían mezclarse con el ruido del Kenduskeag al que se acercaban. Cada vez que aminoraba la marcha, Bill le daba una palmada en la espalda para obligarlo a darse prisa.

"¿Y si no la encuentro? ¿Y si no puedo hallar esa estación de bombeo en especial?"

El aliento le desgarraba los pulmones. Una punzada se le estaba hundiendo en el costado. Sus nalgas le escocían allí donde la piedra había golpeado. Beverly había dicho que Henry y sus amigos querían matarlos, y ahora Ben le creía, sí, sin duda.

Llegaron a la orilla del Kenduskeag tan repentinamente que él estuvo a punto de caer por el borde. Logró no perder el equilibrio, pero el terraplén, socavado por la inundación de primavera, se derrumbó y lo hizo rodar hasta el borde de la corriente. La camisa se le enroscó hasta el cuello y el lodo se le pegó a la piel.

Bill cayó sobre él y lo levantó de un tirón. Los otros lo siguieron, asomando entre los arbustos que cubrían el terraplén. Richie y Eddie fueron los últimos. Richie sostenía al enyesado por la cintura; las gafas se sostenían precariamente en la punta de la nariz.

--¿Ad-ad-adónde? -gritó Bill.

Ben miró a izquierda y derecha, consciente de la premura. El río ya parecía más crecido y el cielo, oscurecido por la lluvia, le había dado un peligroso gris pizarra. Sus orillas estaban sofocadas por la maleza y por árboles achaparrados, que bailaban al compás del viento. Oyó a Eddie sollozar, tratando de respirar.

--¿Ad-ad-adónde?

--No lo s... -comenzó.

Y entonces vio el árbol inclinado y el hueco abierto abajo por la erosión. Allí se había escondido aquella primera vez. Después de dormitar sin darse cuenta, había oído las, voces de Bill y Eddie. Y después habían llegado los gamberros. "Vamos, chicos, era un diquecito de mierda."

--¡Por allí! -gritó.

Se encendió otro rayo y entonces Ben pudo oírlo: era un zumbido, como el de un transformador sobrecargado. Cayó encima del árbol. Unos fuegos blanquiazulados chisporrotearon en la base retorcida reduciéndola a astillas y palillos de dientes para gigantes. El árbol cayó hacia el río con un estruendo ensordecedor levantando una alta llovizna. Ben aspiró bruscamente, horrorizado, oliendo algo caliente y demencial. Una centella subió por el tronco del árbol caído, pareció cobrar más brillo y se apagó. Estalló un trueno, no ya sobre ellos sino alrededor, como si se encontraran en el centro mismo de la tormenta. La lluvia diluviaba.

Bill lo golpeó en la espalda para sacarlo de esa deslumbrada contemplación de las cosas.

--¡Va-va-vamos!

Ben obedeció chapoteando a lo largo del río con el pelo en los ojos. Llegó al árbol (el hueco entre las raíces había sido aniquilado) y trepó por él clavando los pies en la corteza húmeda, que le despellejó manos y brazos.

Bill y Richie auparon a Eddie a viva fuerza. Ben lo sujetó cuando caía al otro lado. Los dos rodaron por el suelo y Eddie dio un grito.

--¿Estás bien? -preguntó Ben.

--Creo que sí.

Eddie se levantó y cogió su inhalador, pero se le escurrió de la mano. Ben lo atrapó en el aire. Su amigo, con una mirada agradecida, se lo llevó a la boca para recuperar el resuello.
Richie pasó también. Le siguieron Stan y Mike. Bill subió a Beverly al tronco para que Ben y Richie la sostuviesen por el otro lado. La niña cayó con el pelo aplastado contra la cabeza y los vaqueros azules ya negros.
Bill fue el último. Subió al tronco y pasó las piernas al otro lado. Entonces vio que Henry y los otros dos venían chapoteando hacia ellos. Al deslizarse al suelo, gritó:
--¡Pi-pi-piedras! ¡Tirad piedras!
Las había en abundancia en la ribera y el tronco caído constituía una barricada perfecta. En un par de segundos, los siete estaban arrojando piedras contra Henry y sus amigos, que ya estaban muy cerca del árbol. Era como disparar a quemarropa. El enemigo tuvo que retirarse chillando de dolor y de ira, golpeados en la cara, el pecho, los brazos y las piernas.
--¿Por qué no nos enseñáis a tirar piedras? -los desafió Richie, mientras arrojaba una del tamaño de un huevo contra Victor. Dio contra su hombro y rebotó casi verticalmente. El chico dio un grito-. ¡Uau! ¡Ven a enseñarnos, chaval, que aquí aprendemos rápido!
--¡Yiiiiaaaaaá! -aulló Mike-. ¿Os gusta esto?
Los gamberros retrocedieron y se arracimaron. Un momento después, trepaban el terraplén, resbalando y tropezando en la tierra húmeda que ya estaba perforada por pequeños arroyuelos, sosteniéndose de las ramas para no caer.
Desaparecieron entre los matorrales.
--Van a dar un rodeo para alcanzarnos por detrás, Gran Bill -señaló Richie, ajustándose las gafas.
--N-n-no imp-importa -dijo Bill-. Si-sigue, B-B-ben.
Ben trotó a lo largo del terraplén. Se detuvo temiendo que Henry y los otros surgieran ante sus narices en cualquier momento y vio la estación de bombeo veinte metros más adelante. Los otros lo siguieron hasta allí. Había otros cilindros en la ribera opuesta; uno estaba bastante cerca; el otro, cuarenta metros corriente arriba. Esos dos estaban arrojando torrentes de agua lodosa al Kenduskeag, pero del caño que sobresalía en la ribera, debajo del que tenían delante, sólo caía un chorrito. Y tampoco zumbaba. Ben se dio cuenta de que la maquinaria de bombeo estaba estropeada.
Miró a Bill, pensativo... y algo asustado.
Bill miraba a Richie, a Stan, a Mike.
--T-t-tenemos que sa-sa-sacar la t-t-tapa -dijo-. Ay-yu-Ayudadme.
La tapa de hierro tenla asas, pero la lluvia las había hecho resbaladizas; además, era increíblemente pesada. Ben se puso junto a Bill. El chico oía que el agua goteaba dentro con un ruido desagradable, lleno de ecos, como el del agua que cae en un pozo.
--¡Ahora! -gritó Bill.
Los cinco tiraron al mismo tiempo y la tapa se movió con un desagradable chirrido.
Beverly se puso junto a Richie. Eddie usó su brazo sano.
--Uno, dos, tres, ¡empujad! -ordenó Richie.

La tapa chirrió un poco más, deslizándose del cilindro, y dejó al descubierto una media luna de oscuridad.
--Uno, dos, tres, ¡empujad!
La media luna creció.
--Uno, dos, tres, ¡empujad!
Ben empujó hasta que aparecieron puntos rojos en su visión.
--¡Apartaos! -gritó Mike-. ¡Allá va!
Se apartaron mientras la gran tapa circular perdía el equilibrio y caía. Provocó una hendidura en la tierra mojada y aterrizó invertida, haciendo caer los escarabajos de su cara inferior.
--Ajj -dijo Eddie.
Bill echó un vistazo al interior. Había peldaños de hierro que descendían a un estanque circular de agua negra cuya superficie estaba poceada por la lluvia. La silenciosa bomba estaba en medio de todo eso, semisumergida. Bill vio que el agua fluía hacia la estación de bombeo desde la boca de la tubería de entrada. Con una sensación de oquedad en las entrañas, pensó: "Por aquí tenemos que entrar. Por aquí."
--E-e-eddie, su-sujétate a m-m-mí.
Eddie lo miró, sin comprender.
--Aúp-pate. T-t-te sost-t-tienes con el bra-con el brazo sano.
E hizo una demostración. Eddie comprendió, pero se mostró reacio.
--Rápido -le espetó Bill-. ¡Ya v-v-vienen!
Eddie rodeó el cuello de Bill. Stan y Mike lo impulsaron hacia arriba para que pudiera ceñir las piernas a la cintura de su amigo. Cuando Bill se introdujo, torpemente, por la boca del cilindro, Ben notó que Eddie tenía los ojos cerrados.
Sobre el ruido de la lluvia se oía otro: ramas pisoteadas y voces. Henry, Victor y Belch. La carga de la caballería más detestable del mundo.
Bill aferró el tosco borde del cilindro y se dejó caer tanteando cada peldaño. Estaban resbaladizos. Eddie parecía querer estrangularlo. Resultaba una demostración bastante gráfica de lo que debía de ser el asma.
--Tengo miedo -susurró Eddie.
--Yo-yo también.
Soltó el borde de cemento y se sujetó del primer peldaño. Aunque Eddie lo asfixiaba y parecía haber aumentado veinte kilos, se detuvo un momento para mirar Los Barrens, el Kenduskeag, las veloces nubes. Una voz interior (sin miedo, firme) le indicaba que mirase bien por si jamás volvía a ver el mundo de arriba.
Miró. Luego inició el descenso con Eddie aferrado a su espalda.
--No puedo más -balbuceó Eddie.
--Ya f-f-falta poco.
Uno de los pies de Bill tocó agua helada. Buscó el peldaño siguiente y lo encontró. Había otro más. Después terminaba la escalerilla. Quedó hundido hasta la rodilla en el agua, junto a la bomba.
Miró hacia la boca del cilindro. Estaba unos tres metros por encima de su cabeza. Los otros, alrededor de ella, miraban hacia abajo.
--¡Ba-ba-bajad! -gritó-. ¡De-de uno en uno! ¡Daos pr-risa!
Beverly fue la primera. Stan la siguió. Después bajaron los otros. Richie, el último, esperó para ver el avance de Henry y sus amigos. Por el ruido que hacían,

se le ocurrió que pasarían algo más a la izquierda, no tanto como para que el resultado cambiase.

En ese momento, Victor aulló:

--¡Henry! ¡Allá! ¡Tozier!

Henry los vio correr en su dirección. Victor iba adelante, pero Henry le dio un empujón que lo arrojó de rodillas. Venía armado de una navaja bastante grande.

Richie miró hacia el interior del cilindro. Ben y Stan estaban ayudando a Mike a abandonar la escalerilla. Él también franqueó el borde. Henry, al comprender lo que estaba haciendo, le gritó. Richie, con una risa salvaje, plantó la mano izquierda en la articulación del brazo derecho y levantó el puño hacia arriba en el gesto más antiguo del mundo. Para asegurarse de que Henry comprendiera bien, levantó el dedo medio.

--¡Morirás ahí abajo! -aulló Henry.

--¡Gilipollas! -replicó Richie, riendo. Estaba aterrorizado ante la perspectiva de bajar por esa garganta de cemento, pero no podía dejar de reír. Y exclamó con la voz de policía irlandés-: ¡jesús, María y José! ¡La suerte de los irlandeses no se acaba nunca, mi buen amigo!

Henry resbaló en la hierba mojada y cayó sobre el trasero, espatarrado, a seis metros de donde estaba Richie con el pie en el primer peldaño y el torso fuera.

--¡Eh, talón de plátano! -gritó, delirante de triunfo, antes de bajar velozmente por la escalerilla.

Estuvo a punto de caer por los peldaños resbaladizos, pero Bill y Mike lo sujetaron. Se encontró hundido en el agua hasta las rodillas; los otros formaban un círculo alrededor de la bomba. Temblaba de pies a cabeza; estremecimientos fríos y calientes se perseguían por su espalda. Y aún no podía dejar de reír.

--Si lo hubieses visto, Gran Bill, más torpe que nunca... No puede abandonar esa maldita costumbre de...

La cabeza de Henry apareció en la abertura circular, llena de arañazos y magulladuras. Sus ojos echaban chispas.

--¡Mamones! -bramó-. ¡Ahora bajo! Ahora veréis lo que es bueno.

Pasó una pierna por el borde y buscó con el pie el primer peldaño. Al encontrarlo, pasó la otra.

Bill ordenó:

--Cu-cu-cuando esté b-b-bastante cecerca, lo ag-ag-agarramos entrrre totodos. L-lo t-t-tiramos abajo y lo huhundimos. ¿En-n-ntendi-dido?

--Entendido, jefe -dijo Richie y le hizo el saludo militar con mano temblorosa.

--Entendido -dijo Ben.

Stan hizo un guiño a Eddie, que no entendía lo que estaba pasando salvo, tal vez, que Richie se había vuelto loco. Reía como chiflado mientras Henry Bowers, el temido Henry Bowers, bajaba para matarlos a todos como a ratas.

--¡Todos listos para atraparlo, Bill! -gritó Stan.

Henry quedó petrificado en el tercer peldaño. Miró a los Perdedores por encima del hombro. Por primera vez parecía vacilar.

Y de pronto Eddie comprendió: si bajaban, tendrían que hacerlo de uno en uno. Había demasiada altura para descolgarse de un salto, sobre todo considerando que aterrizarían sobre la maquinaria de bombeo. Y allí estaban los siete, esperándolos en un círculo compacto.

--Ba-ba-baja, He-Henry -invitó Bill, simpático-. ¿A q-q-qué espesperas?
--Claro -gorjeó Richie-. ¿No te gusta pegarles a los más pequeños? Baja, Henry.
--Estamos esperando, Henry -agregó Bev dulcemente-. No creo que te guste cuando llegues abajo, pero si quieres, baja.
--A menos que seas un gallina -agregó Ben. Y empezó a cloquear.
Richie lo imitó. Un momento después, todos cloqueaban. Aquel cacareo burlón reberveró entre las paredes húmedas y chorreantes. Henry los miraba con la navaja aferrada en la mano izquierda y la cara empalidecida. Aguantó unos treinta segundos y volvió a subir. Los Perdedores lo despidieron con silbidos e insultos.
--B-b-bueno -dijo Bill, en voz baja-. Va-vamos P-por e-e-esa tu-tutubería.
--¿Por qué? -preguntó Beverly.
Bill se ahorró el esfuerzo de explicárselo porque Henry reapareció en el borde del cilindro y dejó caer una piedra del tamaño de un balón de fútbol. Beverly soltó un alarido y Stan empujó a Eddie contra el muro circular con un grito ahogado. La roca golpeó contra la herrumbrada maquinaria produciendo un sonido musical. Rebotó a la izquierda y chocó contra el muro de cemento, pasando a un palmo de Eddie. Un fragmento de cemento se le clavó dolorosamente en la mejilla. Por fin, la piedra cayó en el agua con un chapoteo.
--¡Rá-rá-rápido! -gritó Bill, y todos se arracimaron contra la tubería. Medía un metro y medio de diámetro, aproximadamente. Bill hizo que todos entraran uno a uno (una vaga imagen circense: todos los payasos amontonados en un coche pequeñito, pasó por su conciencia en un destello meteórico; años más tarde usaría esa misma imagen en un libro titulado "Los rápidos negros"). Fue el último en subir después de haber esquivado otra piedra. Ante la vista del grupo cayeron más proyectiles que rebotaron contra la bomba en ángulos extraños.
Cuando las piedras dejaron de caer, Bill miró hacia fuera y vio que Henry bajaba otra vez por la escalerilla a toda prisa.
--¡Cogedlo! -gritó a los otros.
Richie, Ben y Mike asomaron tras él. Richie saltó a buena altura y sujetó a Henry por el tobillo. Éste, soltando una maldición, sacudió la pierna como si tratase de librarse de un cachorro juguetón. Richie se cogió de un peldaño para subir un poco más y logró morder el tobillo de Henry. El otro dio un grito y subió deprisa. Uno de sus zapatos cayó al agua, hundiéndose en el acto.
--¡Me ha mordido! -gritaba Henry-. ¡Ese malnacido me ha mordido!
--Sí, y para tu suerte en primavera me dieron la antitetánica -contestó Richie.
--¡Aplastadlos! -ordenó Henry, delirante-. ¡Hacedlos puré, aplastadles los sesos!
Volaron más piedras. Los chicos retrocedieron velozmente hacia la tubería. Mike recibió un cascote en el brazo y se lo apretó con fuerza haciendo una mueca de dolor hasta que el ardor fue cediendo.
--Estamos empatados -observó Ben-. Ellos no pueden bajar y nosotros no podemos subir.
--E-e-es que no deb-debemos subir -apuntó Bill, en voz baja- y todos lo sabéis. S-s-s-se su-su-supone que no sald-d-dremos de a-a-aquí.
Todos lo miraron, temerosos. Nadie dijo nada.
La voz de Henry, disfrazando la ira de burla, exclamó:
--¡Podemos esperar todo el día, niñatos!

Beverly había girado en redondo y estaba mirando hacia el interior de la tubería. La luz se perdía muy pronto y no se distinguía demasiado. Se trataba de un túnel de hormigón lleno hasta la tercera parte de agua precipitada. Notó que ahora llegaba más arriba que cuando habían entrado. Eso se debía a que, por no funcionar la bomba, sólo parte del agua caía al Kenduskeag. Sintió una punzada de claustrofobia en la garganta. Si el agua seguía ascendiendo, todos se ahogarían.
--¿Es preciso, Bill?
Él se encogió de hombros. Eso lo decía todo. Sí, era preciso. ¿Qué remedio cabía? ¿Dejarse matar en Los Barrens por Henry, Victor y Belch? ¿O por alguna otra cosa peor en la ciudad? Ella lo comprendió, por fin; los hombros de Bill no habían tartamudeado al encogerse. Era mejor ir en busca de "Eso". De frente, como en una película de vaqueros. Era más limpio, más valiente.
Richie dijo:
--¿Cómo se llamaba ese rito del que nos hablaste, Gran Bill? El que leíste en el libro de la biblioteca.
--Ch-Ch-Chüd -dijo Bill, sonriendo.
--Chüd -asintió Richie-. Uno muerde la lengua de "Eso" y "Eso" te muerde la tuya. ¿No es así?
--S-s-sí.
Y después se cuentan chistes.
Bill asintió.
--Qué curioso -comentó Richie, mirando la larga tubería-. No se me ocurre ninguno.
--A mí tampoco --dijo Ben.
Sentía un miedo pesado en el pecho, casi sofocante. Lo único que le impedía sentarse en el agua para llorar como un bebé o volverse loco era la presencia tranquila y segura de Bill... y Beverly. Preferiría morir antes que revelar ante Beverly lo asustado que estaba.
--¿Sabes adónde lleva esta tubería? -preguntó Stan a Bill.
El chico negó con la cabeza
--¿Sabes cómo encontrar a "Eso"?
Bill volvió a negar.
--Cuando estemos cerca nos daremos cuenta -dijo Richie súbitamente. Aspiró hondo, estremecido-. Si hay que hacerlo, vamos de una vez.
Bill asintió.
--Yo i-i-iré delante. Después, Eddie. Ben-Ben. B-b-bev. St-a-an. M-M-Mike. Tú atrás, Ri-Richie. C-ca-cada u-u-uno con la m-mano en el ho-o-ombro del q-que v-v-va d-delante. Está o-o-oscuro.
--¿Vais a salir de una puta vez? -chilló Henry Bowers, desde arriba.
--Por alguna parte saldremos -murmuró Richie-, supongo.
Formaron como una procesión de ciegos. Bill echó una mirada hacia atrás, para confirmar que cada uno tuviese una mano en el hombro del precedente. Luego, agachando un poco la cabeza, inició la marcha en la oscuridad por donde se había ido, casi un año antes, el barquito de papel que había hecho para su hermano.

XX. El círculo se cierra.

1. Tom.

Tom Rogan tenía un sueño descabellado. Estaba soñando que mataba a su padre.

Una parte de su mente comprendía que eso era descabellado porque su padre había muerto cuando él estaba apenas en tercer curso. Bueno... tal vez no correspondía decir que había muerto, sino que se había suicidado. Ralph Rogan se había preparado un buen cóctel de ginebra. La última copa, como quien dice. Tom había sido puesto a cargo de sus hermanos menores; cuando algo andaba mal con ellos, recibía una paliza.

Por lo tanto, no podía haber matado a su padre... Sin embargo, en ese sueño aterrorizante se veía apoyado, contra el cuello de su padre algo que parecía un mango inofensivo; sólo que no era inofensivo, ¿verdad? En un extremo tenía un botón y si él lo apretaba saldría una hoja que atravesaría el cuello de su padre. "No lo haré papá, no te preocupes", pensó su mente dormida, un momento antes de que su dedo apretara el botón y surgiera la hoja. Los ojos de su padre se abrieron, clavados en el techo; la boca emitió un ruido a gárgara sanguinolenta. "¡Yo no lo hice, papá! -gritaba su mente-. ¡Fue alguien, no yo!"

Trató de despertarse y no pudo. Lo más que logró hacer (y no resultó muy útil) fue perderse en un sueño nuevo. En ése se veía chapoteando por un túnel largo y oscuro. Le dolía la ingle y sentía la cara cruzada de arañazos. Lo acompañaban otras personas, pero apenas divisaba siluetas difusas. De cualquier modo, no importaba. Lo que importaba era que los chicos estaban por ahí, más adelante. Tenían que pagar. Necesitaban

("una paliza")

un castigo.

Ese purgatorio, fuese lo que fuese, olía mal. El agua chorreaba con ecos resonantes. Tenía los pantalones y los zapatos empapados. Y esas mierditas secas estaban en algún lugar del laberinto de túneles. Tal vez pensaban que

("Henry")

Tom y sus amigos se perderían. Pero les saldría mal.

(¡"Me río de ustedes"!)

porque él tenía otro amigo, oh, sí, un amigo especial, y ese amigo le había marcado el camino a tomar con... con..

("globos de luna")

unas cosas grandes y redondas, iluminadas desde dentro, que despedían un resplandor misterioso como el de las lámparas antiguas. En cada intersección flotaba uno de esos globos con una flecha que indicaba el camino por donde él y

("Belch y Victor")

sus invisibles amigos debían seguir. Y era el camino correcto, desde luego. Porque oía a los otros allá delante. Oía el chapoteo de su avance y los murmullos distorsionados de sus voces. Los estaban alcanzando. Y cuando los alcanzaran... Tom bajó la vista y vio que aún tenía la navaja en la mano.

Por un momento tuvo miedo. Eso era como una de las descabelladas experiencias astrales que él solía leer en los semanarios; esas experiencias en

que el espíritu abandona el cuerpo para entrar en el de otra persona. La forma de su cuerpo le parecía distinta, como si no fuera Tom sino
("Henry")
otra persona, alguien más joven. Empezó a luchar por salir del sueño y de pronto una voz le habló, tranquilizadora, susurrándole al oído: "No importa "cuándo" es esto, no importa "quién" eres. lo que importa es que Beverly está allí, está con ellos. ¿Y sabes una cosa? Ha hecho algo mucho peor que fumar a escondidas. ¿Sabes qué? ¡Ha estado follando con su viejo amigo Bill Denbrough! ¡Sí, de veras! ¡Ella y ese maldito tartamudo! Y..."
"¡Es mentira! -trató de gritar-. ¡No puede haberse atrevido a...!"
Pero sabía que no era mentira. Ella le había pegado con un cinturón en las
("me pateó en las")
pelotas. Y huyó. Y ahora lo había engañado, esa
("putilla")
maldita zorra lo había engañado, pero ahora iba a recibir su merecido. Primero ella y después Denbrough, su amigo, el novelista. Y si alguien trataba de interponerse, tendría también su parte.
Apuró el paso, aunque ya se estaba quedando sin aliento. Delante vio otro círculo luminoso cabecear en la oscuridad: otro globo de luna. Oía las voces de la gente, allí delante, y el hecho de que fuesen voces infantiles no le importó. Tal como esa otra voz decía; no importaba dónde, cuándo ni quién. Beverly estaba allí.
--Vamos, chicos, moveos -dijo.
Ni siquiera importaba que su voz no fuera la suya propia sino la de un niño.
Entonces, al aproximarse al globo de luna, miró hacia atrás por primera vez y vio a sus compañeros. Los dos estaban muertos. A uno le faltaba la cabeza. El otro tenía la cara desfigurada por, al parecer una garra enorme.
--No podemos correr más, Henry -dijo el de la cara desfigurada.
Sus labios se movieron en dos pedazos, grotescamente desconectados. Y fue entonces cuando Tom hizo pedazos el sueño con un grito y volvió en sí vacilando al borde de algo que parecía un gran vacío.
Trató de no perder el equilibrio, pero lo perdió y cayó al suelo. A pesar del alfombrado, el golpe disparó un estallido de dolor en su rodilla herida. Tuvo que ahogar otro grito contra el antebrazo.
"¿Dónde estoy? ¿Dónde coño estoy?"
Cobró conciencia de una luz blanca, débil, pero clara. Por un momento espantoso creyó que estaba otra vez en el sueño, que era la luz de esos globos ridículos. Entonces recordó que había dejado la puerta del baño parcialmente abierta con el tubo fluorescente encendido. Siempre dejaba la luz encendida cuando estaba fuera de su casa; así se ahorraba chocar contra los muebles si tenía que levantarse a orinar.
Eso puso la realidad en su sitio. Todo había sido un sueño, un sueño descabellado. Estaba en un hotel llamado Holiday Inn. Eso era Derry, Maine. Había seguido a su mujer hasta allí y, en medio de una pesadilla de locos, se había caído de la cama. Eso era todo, en resumen.
"Eso no fue una simple pesadilla."

Dio un respingo, como si esas palabras hubieran sido pronunciadas dentro de su oído y no de su propia mente. No parecía, en absoluto su voz interior; era fría, extraña... pero también hipnótica y creíble.

Se levantó lentamente, buscó el vaso de agua en la mesita de noche y se lo bebió. El reloj de la mesilla anunciaba las tres y diez.

"Vuelve a dormir. Espera a la mañana."

Aquella voz extraña respondió: "Pero mañana habrá gente, demasiada gente. Además, esta vez puedes ganarles de mano. Esta vez puedes bajar el primero."

¿Bajar? Pensó en su sueño: el agua, la oscuridad chorreante.

La luz se hizo más intensa. Giró la cabeza contra su voluntad, pero sin poder impedirlo. Soltó un juramento. Había un globo atado al pomo de la puerta del baño. Flotaba en el extremo de un cordel de un metro. El globo relumbraba, lleno de luz blanca, fantasmal; parecía un fuego fatuo, entrevisto en un pantano, soñadoramente, suspendido entre árboles cargados de musgo. En la suave superficie henchida del globo se veía una flecha, roja como la sangre.

Señalaba la puerta que daba al pasillo.

"No importa quién soy yo -dijo la voz, tranquilizadora. Y Tom notó que ya no venía de su propia cabeza ni de su oído, sino del globo, del centro de esa luz blanca, extraña y encantadora-. Lo único que importa es que conduciré todo a tu satisfacción, Tom. Me encargaré de que ella reciba una paliza; quiero que todos reciban una paliza. Se han cruzado en mi camino demasiado. Esta vez no lo toleraré... y ya es tarde para ellos. Escucha, Tom, escucha con atención. Ahora, todos juntos... seguimos la pelota que va rebotando..."

Tom escuchaba. La voz del globo lo explicó.

Lo explicó todo.

Cuando acabó, estalló en un definitivo destello de luz. Y Tom empezó a vestirse.

2. Audra.

Audra también tenía pesadillas.

Despertó sobresaltada y se incorporó en la cama con la sábana enrollada a la cintura; sus pechos menudos se movían a impulsos de la respiración agitada.

Su sueño, como el de Tom, había sido una experiencia confusa, inquietante. Como Tom, había tenido la sensación de ser otra persona... o de que su conciencia estaba depositada (y parcialmente sumergida) en otro cuerpo y otra mente. Había estado en un sitio oscuro, con varias personas más, rodeada de una opresiva sensación de peligro. Iban deliberadamente hacia ese peligro y ella quería gritarles que se detuvieran, pedirles que le explicaran lo que estaba pasando, pero la persona con quien ella se había hundido parecía saberlo y considerar que era necesario.

También tenía conciencia de que los perseguían. Y de que sus perseguidores los estaban alcanzando poco a poco.

En su sueño estaba Bill, pero seguramente ella tenía en la mente su comentario con respecto a la niñez olvidada, porque en su sueño Bill era sólo un niño de diez o doce años. ¡Aún no había perdido el pelo! Ella iba de su mano y sentía que lo amaba mucho. Su voluntad de seguir se basaba en la férrea seguridad de que Bill

los protegería, a ella y a todos; de que Bill, el Gran Bill, los sacaría de todo eso para devolverlos a la luz del día.

Oh, pero estaba tan aterrorizada...

Llegaron a un sitio donde se abrían varios túneles y Bill los miró a todos, uno por uno. Un niño que tenía el brazo enyesado (el yeso relumbraba en la oscuridad con una blancura fantasmagórica) alzó la voz:

--Por allí, Bill. Por la del fondo.

--¿S-s-seguro?

--Sí.

Y así habían seguido por ese túnel y habían encontrado una puerta, una diminuta puerta de madera de apenas metro y medio de altura, como de cuento de hadas. En esa puerta había una marca. No pudo recordar cómo era la marca. Pero aquello había provocado y concentrado todo su terror, obligándola a arrancarse de aquel otro cuerpo, de aquella niña, quienquiera

("Beverly-Beverly")

que hubiese sido. Despertó sentada en una cama extraña, sudorosa, con los ojos desorbitados, jadeando como si acabase de correr una carrera. Sus manos volaron a las piernas, casi esperando encontrarlas mojadas y frías por el agua en que había estado caminando mentalmente. Pero estaba seca.

Luego vino la desorientación. Aquello no era su casa de Topanga Canyon ni la que habían alquilado en Fleet. Era la nada, el limbo amueblado con una cama, un tocador, dos sillas y un televisor.

--Oh, Dios, vamos, Audra...

Se frotó encarnizadamente la cara con las manos y aquella especie de vértigo mental cedió un poco. Estaba en Derry. Derry, Maine, el sitio en que había crecido su marido en una niñez que decía no recordar. No le era un sitio familiar ni particularmente agradable por la sensación que le causaba, pero al menos tampoco le resultaba extraño. Estaba allí porque allí estaba Bill y al día siguiente iría a verlo al hotel Town House. Y aquella cosa terrible que estaba mal allí, aquello a lo que se referían esas cicatrices nuevas en las manos de él, fuera lo que fuese, lo enfrentarían juntos. Ella le llamaría para decirle que estaba allí; luego se reuniría con él. Después... bueno...

No tenía idea de lo que podía venir después. El vértigo, la sensación de estar en un sitio que era, en realidad la nada, la amenazaba otra vez. A los diecinueve años había hecho una gira con una pequeña compañía teatral: cuarenta representaciones, no tan maravillosas, de "Arsénico y encaje antiguo", en otras tantas poblaciones pequeñas y no tan maravillosas, en cuarenta y siete días no tan espléndidos. Empezaron por el teatro-comedor Peabody, en Massachusetts, para terminar en Play It Again Sam, en Sausalito. Y en algún punto intermedio, en alguna ciudad del Medio Oeste, como Ames (Iowa) o Grand Isle (Nebraska) o quizá Jubilee (Dakota del Norte), había despertado así, en medio de la noche, asustada por la desorientación, sin saber en qué ciudad estaba, qué día era ni por qué estaba allí, dondequiera que fuese. Hasta su nombre le resultaba irreal.

Y esa sensación volvía ahora. Su mal sueño se prolongaba en la vigilia haciéndole experimentar un horror alucinante de caída libre. La ciudad parecía haberla envuelto como una pitón y la sensación que le provocaba no tenía nada

de agradable. Se descubrió lamentando no haber seguido el consejo de Freddie. Habría debido quedarse.

Su mente se fijó en Bill aferrándose a la idea de él tal como una mujer que se estuviera ahogando se aferraría a un madero, a un salvavidas, a cualquier cosa que

("aquí abajo todos flotamos, Audra")

flotara.

Sintió un escalofrío; cruzó los brazos sobre los pechos desnudos, estremecida, y vio que tenía carne de gallina. Por un momento le pareció que una voz había hablado dentro de su cabeza, como si allí hubiera una presencia extraña.

"¿Me estaré volviendo loca? Dios mío, ¿es eso?"

"No -respondió una parte de su mente . Es sólo desorientación... causada por el viaje... y la preocupación por tu marido. Nadie habla dentro de tu cabeza. Nadie..."

--Aquí abajo todos flotamos, Audra -dijo una voz desde el baño. Era una voz real, real como las casas. Y astuta. Astuta y maligna-. Tú también flotarás.

La voz emitió una risita, que bajó de tono hasta parecer un burbujeo en un desagüe tapado.

Audra gritó... y se cubrió la boca con las manos.

--No he oído eso.

Lo dijo en voz alta. Desafiando a la voz. No pasó nada. La habitación estaba silenciosa. En algún lugar, lejos, un tren silbó en la noche.

De pronto sintió tal necesidad de Bill que le pareció imposible esperar a que amaneciera. Estaba en un cuarto de motel, exactamente igual a otros treinta y nueve, pero aquello era demasiado. Todo. Cuando una empieza a oír voces, todo es demasiado. Demasiado escalofriante. Le parecía estar deslizándose otra vez hacia la pesadilla de la que acababa de escapar. Se sentía asustada y terriblemente sola. "Peor aún -pensó-. Me siento muerta." De pronto, su corazón se detuvo por dos segundos provocándole una tos sobresaltada. Tuvo una sensación de claustrofobia dentro de su propio cuerpo y se preguntó si ese terror no tenía, después de todo, una raíz estúpida y vulgarmente física; si estaría a punto de sufrir un ataque al corazón, o si lo había tenido ya.

Su corazón se sosegó, pero intranquilo.

Audra encendió el velador y miró su reloj. Las tres y doce. Él estaría durmiendo, pero eso no le importaba; ya no importaba sino oír su voz. Quería terminar la noche con él. Si Bill estaba a su lado, su reloj físico se ajustaría al de él, y no habría pesadillas. Él vendía pesadillas a los otros (ésa era su profesión), pero a ella no le había dado otra cosa que paz. Por fuera de esa nuez extraña, fría, incrustada en la imaginación de Bill, él parecía creado y planeado para la paz. Tomó la guía amarilla y buscó el número del Town House.

--Hotel Town House.

--Por favor, con la habitación del señor Denbrough. El señor William Denbrough.

--Vaya. ¿Ese hombre nunca recibe llamadas de día? -dijo el empleado.

Antes de que ella pudiera preguntar qué quería decir con eso, había hecho la conexión. El teléfono sonó una, dos, tres veces. Ella lo imaginó dormido, completamente arrebujado bajo las mantas; imaginó una mano que salía, buscando a tientas el teléfono. Se lo había visto hacer en otras ocasiones y una sonrisita cariñosa afloró a sus labios. Desapareció cuando el teléfono sonó por

cuarta vez... por quinta y sexta. Antes de que terminara el séptimo timbrazo, la conexión se cortó.
--Esa habitación no contesta.
--Déjese de bromas -dijo Audra, más asustada que nunca-. ¿Está seguro de que llamó a la habitación correspondiente?
--Por supuesto -aseguró el empleado-. El señor Denbrough recibió una llamada desde otra habitación, hace apenas cinco minutos. Sé que la atendió, porque la luz permaneció encendida en el tablero por un minuto o dos. Seguramente fue a la habitación de la persona que llamó.
--Bueno, ¿qué habitación era ésa?
--No recuerdo. Creo que era del sexto piso, pero...
Colgó sintiendo una certeza desazonadora. Era una mujer. Una mujer lo había llamado... y él estaba con ella. Bueno, Audra, ¿y ahora qué?
Sintió las lágrimas escocerle los ojos y nariz; en la garganta sentía el nudo de un sollozo. No había enfado, al menos por el momento, pero sí una enfermiza sensación de pérdida y abandono.
"Audra, domínate. Estás sacando conclusiones apresuradas. Estamos en medio de la noche, has tenido una pesadilla y ahora supones que Bill está con otra mujer. Pero no es necesariamente cierto. Lo que vas a hacer es sentarte. De cualquier modo, ya no podrás dormir. Encenderás la luz y acabarás la novela que compraste para leer en el viaje. ¿Recuerdas lo que decía Bill? No hay droga mejor. Un Valium bibliográfico. Basta de miedos, basta de locuras y de oír voces. Dorothy Sayers y lord Peter: eso es lo que te hace falta. Los nueve sastres. Eso te ayudará a, esperar hasta el amanecer. Eso te..."
La luz del baño se encendió de pronto; Audra lo vio por debajo de la puerta. El picaporte chascó y la puerta se abrió en un movimiento entrecortado. Audra miraba fijamente, con los ojos dilatados y los brazos instintivamente cruzados sobre el pecho. El corazón empezó a golpearle contra las costillas; un frío sabor a adrenalina le subió a la boca.
La voz, lenta y arrastrada, dijo:
--Aquí abajo todos flotamos, Audra.
Esa última palabra se convirtió en un grito largo, grave, que iba desvaneciéndose: Audraaaaa... y terminó, una vez más, en ese burbujeo ahogado que tanto se parecía a una carcajada.
--¿Quién está ahí? -exclamó. "Eso no era mi imaginación, nada de eso..."
El televisor se encendió. Audra giró en redondo y vio a un payaso que vestía un traje plateado con grandes botones de color naranja; estaba haciendo cabriolas en la pantalla. En vez de ojos tenía sólo cuencas negras. Cuando estiró sus labios maquillados en una sonrisa, ella le vio dientes que parecían navajas de afeitar. El payaso sostenía una cabeza arrancada, chorreante, con los ojos en blanco y la boca abierta. Ella reconoció la cabeza de Freddie Firestone. El monigote reía y bailaba, haciendo girar la cabeza de Freddie. Unas gotas de sangre salpicaron el interior de la pantalla. Audra las oyó sisear allí dentro.
Trató de gritar, pero de su boca no surgió sino un débil gemido. Buscó a tientas el vestido que había dejado en el respaldo de la silla. Cogió la cartera. Huyó al pasillo y cerró de un portazo, jadeando. Dejó caer el bolso entre los pies y se pasó el vestido por la cabeza.

--Flotamos -dijo una voz baja y burlona, detrás de ella.
Un dedo frío le acarició el talón desnudo.
Audra soltó otro grito afónico y se apartó de la puerta, como bailando. Unos blancos dedos de cadáver surgían por abajo, buscando, con las uñas arrancadas y las raíces (blancas, sin sangre) al descubierto. Hacían ruidos susurrantes contra la áspera alfombra del pasillo.
Audra recogió su bolso y corrió, descalza, hacia la puerta que cerraba el pasillo. El pánico la cegaba. Su única idea era encontrar el Town House, encontrar a Bill. No importaba que estuviese en la cama con diez mujeres; si quería, podía formar un harén. Pero ella lo encontraría para que la sacara del horror que había en esa ciudad.
Huyó por el sendero hacia el aparcamiento buscando su coche con la mirada. Por un momento su mente se inmovilizó; ni siquiera recordaba en qué había llegado. Luego se acordó: un Datsun de color tabaco. Lo vio hundido hasta los ejes en la niebla inmóvil y corrió hacia él.
No podía encontrar las llaves en el bolso. Revolvió con pánico creciente, entre pañuelos de papel, cosméticos, monedas, gafas de sol y chicles formando un enredo incomprensible. No reparó en el maltratado LTD estacionado junto a su coche, ni en él hombre sentado al volante. Tampoco se dio cuenta cuando se abrió la puerta del LTD y aquel hombre bajó. Súbitamente temió haber dejado las llaves en la habitación.
Por fin, sus dedos tocaron un metal serrado bajo una caja de caramelos de menta. Lo cogió con un gritito de triunfo. Por un momento terrible pensó que podía ser la llave del Rover, que en ese momento descansaba en el aparcamiento del ferrocarril inglés a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia. Pero entonces palpó la etiqueta plástica de la agencia. Metió la llave en la cerradura respirando en breves jadeos y la hizo girar.
Fue entonces cuando una mano cayó sobre su hombro.
Gritó. Esa vez gritó con todas sus fuerzas. En algún lugar, un perro ladró como respuesta, pero eso fue todo. La mano, firme como el acero, la obligó a volverse.
La cara que tenía ante sí estaba hinchada, llena de chichones. Los ojos centelleaban. Cuando los labios magullados dibujaron una sonrisa grotesca, ella vio que ese hombre tenía varios dientes rotos. Los muñones parecían mellados y atroces.
Trató de hablar y no pudo. La mano apretó con más fuerza, clavándose.
--¿No la he visto en el cine? -susurró Tom Rogan.

3. La habitación de Eddie.

Beverly y Bill se vistieron apresuradamente sin hablar y subieron a la habitación de Eddie. Camino del ascensor oyeron que en alguna parte, a sus espaldas, sonaba un teléfono. Era un sonido apagado, como de otro lugar.
--Bill, ¿no era el tuyo?
--P-p-puede ser -dijo él-. Alg-gguno de los otros q-q-que llam-llamaba, tal vez.
Y pulsó el botón de "subir".

Eddie abrió la puerta, pálido y tenso. Tenía el brazo izquierdo doblado en un ángulo a un tiempo peculiar y extrañamente evocativo de otros tiempos.
--Estoy bien -les dijo-. Tomé dos Darvon. Ahora ya no duele tanto.
Pero era obvio que dolía igual. Sus labios, tan apretados que casi desaparecían, se habían puesto purpúreos de la conmoción.
Bill miró más allá y vio el cadáver en el suelo. Le bastó una mirada para comprobar dos cosas: que era Henry Bowers y que estaba muerto. Pasó junto a Eddie y se arrodilló junto al cadáver. tenía el cuello de una botella clavada en el abdomen junto con los jirones de la camisa. Sus ojos vidriosos estaban entreabiertos. La boca, llena de sangre medio coagulada, era una mueca; sus manos, garras.
Una sombra cayó sobre él. Bill levantó la mirada.
Era Beverly, que miraba a Henry sin expresión alguna.
--Nos persiguió tantas veces... -murmuró Bill.
Ella hizo un gesto de asentimiento.
--No parece haber envejecido, ¿verdad, Bill? No parece nada envejecido.
Se volvió hacia Eddie, que estaba sentado en la cama. A él sí se le veía envejecido: viejo y ojeroso, el brazo inútil apoyado en el regazo.
--Tenemos que llamar a un médico para Eddie.
--No -dijeron Bill y Eddie al unísono.
--¡Pero está herido! Su brazo...
--Es igual que l-l-la vez p-pasada -dijo Bill. Se puso de pie y la sujetó por los brazos para mirarla a la cara-. En c-c-cuanto s-s-salgamos del grugrupo, en cuant-t-to demos p-p-participación a la ci-a la ciudad...
--Me detendrán por asesinato -completó Eddie, inexpresivo-. O nos detendrán a todos. Después habrá un accidente, uno de esos accidentes especiales que sólo se producen en Derry, Tal vez nos encierren en la cárcel y un ayudante del comisario enloquezca y nos mate a todos. Tal vez muramos de botulismo o decidamos ahorcarnos en la celda.
--¡Eddie, eso es una locura! Es...
--¿Te parece? -preguntó él-. Recuerda que estamos en Derry.
--¡Pero ahora somos adultos! No pensarás que... Es decir... él vino en medio de la noche... te atacó...
--¿Con qué? -preguntó Bill-. ¿D-ddónde está la n-navaja?
Beverly miró alrededor y se puso de rodillas para buscar debajo de la cama.
--No te molestes -dijo Eddie con la misma voz débil y sibilante-. Le golpeé el brazo con la puerta cuando trató de apuñalarme. El arma se le cayó y yo la pateé. Cayó bajo el televisor. Ahora ha desaparecido. Ya busqué.
--Llama a los o-o-otros, B-Beverly -indicó Bill-. C-creo que po-podré entablillar el b-b-brazo de Eddie.
Ella lo miró por un largo instante, luego volvió a clavar la vista en el cadáver. A su modo de ver, esa habitación contaría una historia perfectamente clara a cualquier policía que tuviera dos dedos de frente. Aquello era un revoltijo. Eddie tenía un brazo fracturado. Bowers estaba muerto. Era, obviamente, un caso de defensa propia contra un atracador nocturno. Y entonces se acordó del señor Ross. Del señor Ross, que había echado un vistazo y después, simplemente, había plegado su periódico para entrar en su casa.

"En cuanto salgamos del grupo, en cuanto demos participación a la ciudad..."
Recordó a Bill de niño, pálido, cansado, medio enloquecido. Bill, diciendo: "Derry es "Eso". ¿Comprendéis? A cualquier lugar que acudamos... cuando nos coja, nadie verá, nadie oirá, nadie se dará cuenta. ¿Comprendéis cómo es? No podemos sino tratar de terminar lo que empezamos."
Y Beverly, mientras miraba el cadáver de Henry, pensó: "Los dos están diciendo que otra vez nos hemos vuelto fantasmas. Que todo empieza de nuevo. Todo. De niña pude aceptarlo, porque los niños son casi fantasmas. Pero..."
--¿Estás seguro? -preguntó, desesperada-. ¿Estás seguro, Bill?
Él se había sentado en la cama, junto a Eddie, y le tocaba el brazo con suavidad.
--¿T-t-tú no? -preguntó-. ¿D-d-después de t-todo lo que pa-pasó hoy?
Sí. Todo lo que había ocurrido. La horrible confusión al final del almuerzo. La bella anciana que se había convertido en una bruja ante sus ojos,
("mi padre también era mi madre")
la serie de relatos en la biblioteca, esa noche, con los fenómenos agregados. Todo eso. Aun así su mente le gritaba que detuviera eso, que lo parara con cordura, porque de lo contrario terminarían la noche bajando a Los Barrens, en busca de cierta estación de bombeo, y...
--No sé -dijo-, de verdad... no sé. Aun después de todo lo que ha pasado, Bill, me parece que podríamos llamar a la policía. Tal vez.
--Lla-llama a los o-o-otros -repitió él-. V-v-ve-remos qué pi-piensan.
--Está bien.
Llamó primero a Richie y después a Ben. Ambos prometieron ir inmediatamente, sin preguntar qué había pasado. Buscó en la guía el número de Mike y lo marcó. No hubo respuesta; después de diez o doce timbrazos colgó.
--Llama a la b-b-biblioteca -dijo Bill.
Había sacado los rieles de la cortina y estaba ligándolos firmemente al brazo de Eddie, con el cinturón de su bata y el cordón de su pijama.
Antes de que ella pudiera hallar el número llamaron a la puerta. Ben y Richie habían llegado juntos. Ben llevaba vaqueros y camisa suelta; Richie, un par de elegantes pantalones de algodón y la chaqueta del pijama. Sus ojos recorrieron cautelosamente la habitación detrás de las gafas.
--Por Dios, Eddie, ¿qué ha ocurrido?
--¡Oh, Dios mío! -exclamó Ben al ver a Henry en el suelo.
--¡S-s-silencio! -ordenó Bill-. Y cerrad la puerta.
Richie obedeció con los ojos fijos en el cadáver.
--¿Es Henry?
Ben dio tres pasos hacia el cuerpo y se detuvo como si temiera que fuese a morderlo. Miró a Bill, desolado. ,
--C-c-cuenta tú -dijo Bill a Eddie . Este m-m-maldito t-t-tartamudeo v-vva de mal e-e-en p-peor.
Eddie relató lo que había pasado; mientras, Beverly buscó el número de la Biblioteca Pública de Derry y llamó. Tal vez Mike se hubiese quedado dormido allí; hasta era posible que tuviese un catre en su oficina. Lo que no esperaba era lo que ocurrió: al segundo timbrazo alguien contestó. Una voz que ella no conocía dijo "¿Sí?".

--Hola -respondió ella, mirando a los otros, mientras hacía un gesto con la mano para que guardaran silencio-. ¿El señor Hanlon está ahí?

--¿Quién es? -preguntó la voz.

Ella se humedeció los labios con la lengua. Bill la miraba fijamente. Ben y Richie se habían vuelto hacia ella. Empezó a sentir verdadera inquietud.

--Antes dígame quién es "usted" -replicó-. No es el señor Hanlon.

--Soy Andrew Rademacher, jefe de policía de Derry -dijo la voz-. En este momento el señor Hanlon está en el hospital municipal. Fue atacado y gravemente herido hace un rato. Bien, ¿quiere decirme quién es usted? Necesito su nombre.

Pero ella apenas le oyó. El espanto la recorría en oleadas elevándola cada vez más, vertiginosamente, como si la sacara de ella misma. Se le aflojaron el vientre, la ingle y las piernas. "Así debe de ser -pensó-, cuando la gente se orina por causa de un susto. Claro. Uno pierde control de sus músculos..."

--¿Cómo se encuentra? -se oyó preguntar con voz quebradiza.

Un segundo después, Bill estaba a su lado poniéndole una mano en el hombro. Y Ben y Richie. Sintió un arrebato de gratitud hacia ellos. Estiró la mano libre y Bill se la tomó. Richie puso su mano sobre la de Bill. Ben agregó la suya. Eddie, que se había acercado, las coronó con su mano sana.

--Quiero saber quién es usted, por favor -insistió Rademacher.

Por un momento, la ovejita miedosa que llevaba dentro, criada por su padre y atendida por su esposo, estuvo a punto de responder: "Soy Beverly Marsh y estoy en el hotel Town House. Por favor, envíe al señor Nell. Aquí hay un cadáver y tenemos mucho miedo."

Pero dijo:

--Temo... temo no poder decírselo.

--¿Qué sabe usted de esto?

--Nada -dijo, asustada-. ¿Por qué se le ocurre que sé algo? ¡Por Dios!

--¿Usted tiene por costumbre llamar a la biblioteca a las tres de la mañana? -observó Rademacher-. Déjese de tonterías, señorita. Se trata de un delito, y por lo que hemos visto, bien podría ser asesinato antes del amanecer. Se lo preguntaré otra vez: ¿Quién es usted y qué sabe de esto?

Ella cerró los ojos apretando la mano de Bill, y volvió a preguntar:

--¿Tan grave está? ¿Dice eso sólo para asustarme? Por favor, dígame si va a morir.

--Está malherido. Ahora dígame su nombre y por qué...

Como en un sueño, ella vio que su mano flotaba y colgaba el auricular. Miró a Henry y sintió el impacto de una bofetada fría. Uno de los ojos del cadáver se había cerrado. El otro, el destrozado, supuraba como antes.

Henry parecía estar haciéndole un guiño.

4.

Richie llamó al hospital mientras Bill llevaba a Beverly a la cama, donde se sentó con Eddie. Tenía la mirada perdida en el vacío. Quiso llorar, pero no había lágrimas. La única sensación de la que cobró inmediata conciencia fue el deseo de que alguien cubriera a Henry Bowers. Ese guiño no le gustaba nada.

En un instante aturdidor, Richie se convirtió en periodista del "Derry News". Tenía entendido que el señor Michael Hanlon, jefe de bibliotecarios de la ciudad, había sido atacado mientras trabajaba, a altas horas de la noche. ¿Qué declaraciones podía hacer el hospital sobre el estado del señor Hanlon?

Escuchó, asintiendo.

--Comprendo señor Kerpaskian... ¿Su apellido se escribe las dos veces con K? Sí. Muy bien. Y usted es...

Escuchó, ya tan convencido de su propio papel que hizo garabatos con un dedo, como si escribiera en una libreta.

--Ajá... sí. Sí, comprendo. Bueno, lo que hacemos habitualmente, en casos como éste, es citarlo como "una fuente". Después, más adelante, podemos... sí... ¡Perfecto! -Richie rió y se enjugó el sudor de la frente con la manga. Escuchó otra vez-. Muy bien, señor Kerpaskian. Sí, voy a... Sí, lo tengo: Ke-r-p-a-s-k-i-a-n. Judío checo, ¿verdad? ¡No me diga! Qué... qué original. Sí, lo haré. Buenas noches. Gracias.

Colgó y cerró los ojos.

--¡Dios! -exclamó en voz baja y gruesa.

Hizo ademán de arrojar el teléfono al suelo, pero dejó caer la mano. Se quitó las gafas y las limpió con la chaqueta del pijama.

--Está con vida, pero en grave estado -dijo a los otros-. Henry lo trinchó como a un pavo de Navidad. Una de las puñaladas le cortó la arteria femoral; ha perdido toda la sangre que se puede perder sin morir. Parece que pudo aplicarse una especie de torniquete; de lo contrario lo habrían encontrado muerto.

Beverly se echó a llorar. Por un momento, sus sollozos y la respiración sibilante de Eddie fueron los únicos sonidos en la habitación.

--Mike no fue el único trinchado -dijo Eddie, por fin-. Henry parecía venir de la guerra.

--¿Todavía quieres ir a la policía, Bev?

Había pañuelos de papel en la mesita de noche, pero convertidos en una masa empapada, en medio de un charco de agua Perrier. Beverly fue al baño, dando un rodeo al pasar junto a Henry. Tomó una esponja y la empapó de agua fría. Surtió un efecto refrescante contra su cara hinchada y caliente. Se sintió capaz de pensar otra vez con claridad; con racionalidad no: con claridad. De pronto estaba segura de que la racionalidad los mataría si trataban de usarla en esas circunstancias. Ese policía: Rademacher. Tenía sospechas. ¿Y por qué no? Nadie llama a una biblioteca a las tres y media de la madrugada. Había supuesto cierta culpabilidad. ¿Qué supondría si se enteraba de que ella había llamado desde una habitación donde había un cadáver en el suelo, con una botella rota clavada en las entrañas? ¿Que ella y otros cuatro desconocidos habían vuelto el día anterior a la ciudad para una pequeña reunión y que ese tío había pasado por casualidad? ¿Habría creído ella misma en semejante historia? ¿Quién podía creerla? Naturalmente, podían apuntalar el relato agregando que habían vuelto para acabar con el monstruo que vivía en las cloacas de la ciudad. Eso agregaría una nota de convincente realismo.

Salió del baño y miró a Bill.

--No -dijo-, no quiero ir a la Policía. Creo que Eddie tiene razón: podría pasarnos algo, algo concluyente. Pero no es ésa la verdadera razón. -Miró a los otros

cuatro-. Lo juramos -dijo-. Todos juramos. El hermano de Bill... Stan... todos los otros... y ahora Mike. Estoy dispuesta, Bill.

Él miró a los otros.

Richie asintió:

--Está bien, Gran Bill. Intentémoslo.

--Las posibilidades parecen más escasas que nunca -dijo Ben-. Ya faltan dos.

Bill no dijo nada.

--Bueno -agregó Ben-, ella tiene razón. Lo juramos. -¿E-e-eddie? Eddie sonrió débilmente.

--Parece que tendréis que bajarme otra vez por esa escalerilla. Si es que todavía sigue allí.

--Esta vez no habrá nadie que tire piedras -apuntó Beverly-. Los tres han muerto.

--¿Lo hacemos ahora, Bill? -preguntó Richie.

--S-s-sí -respondió Bill-. C-creo que es ho-o-ra.

--¿Puedo decir algo? -preguntó Ben.

Bill lo miró con una sonrisa.

--L-l-lo que quieras.

--Vosotros sois los mejores amigos que he tenido. No importa qué resulte de esto. Sólo quería... deciros eso.

Los miró a todos y ellos le devolvieron la mirada con solemnidad.

--Me alegro de haberos recordado -agregó.

Richie resopló. Beverly soltó una risita. Un, momento después, todos reían, mirándose como antes, a pesar de que Mike estaba en el hospital, agonizando, tal vez ya muerto, a pesar de que Eddie tenía (otra vez) el brazo roto, a pesar de que era la hora más oscura de la madrugada.

--Qué habilidad para expresarte tienes, Ben -dijo Richie, riendo y limpiándose los ojos-. El escritor debería haber sido él, Gran Bill.

Bill, todavía sonriendo un poco, concluyó:

--Y con ese comentario...

5.

Fueron en la limusina que Eddie había conseguido. Richie iba al volante. La niebla se había vuelto más espesa; pendía en la calle como humo sin llegar a las lámparas de alumbrado. Arriba, las estrellas eran fragmentos de hielo, estrellas de primavera... pero Bill, que torcía la cabeza hacia la ventanilla medió abierta, creyó oír un tronar de verano a la distancia. En algún punto del horizonte, alguien estaba ordenando lluvia.

Richie conectó la radio. Se oyó a Gene Vincent cantar "Be-Bop-A-Lula". Movió el dial y sintonizó a Buddy Holly. Un tercer intento sacó a Eddie Cochran en "Summertime Blues".

--Me gustaría ayudarte, hijo, pero eres demasiado joven para votar -dijo una voz grave.

--Apaga, Richie -pidió Beverly con suavidad.

Él estiró la mano hacia el botón, pero sus dedos quedaron petrificados.

--¡No cambiéis la sintonía, que sigue el "Show de los Muertos" de Richie Tozier! -gritó la voz riente del payaso, sobre el chascar de dedos y acordes de la guitarra de Eddie Cochran-. No toquéis el dial, mantened sintonizado este magnífico rock. Han desaparecido de las estanterías, pero no de nuestros corazones. Y vosotros seguís viniendo. ¡Venid, venid todos! ¡Aquí emitimos todos los éxitos! ¡Tooodos los éxitos! Y si no me creéis, escuchad al discjockey invitado de esta mañana. ¡Georgie Denbrough! ¡Cuéntales, Georgie!

De pronto, el hermano de Bill gimió por radio:

--Tú me enviaste a la calle y "Eso" me mató. Yo creía que estaba en el sótano, Gran Bill, creía que estaba en el sótano, pero estaba en la cloaca. Estaba en la cloaca y me mató. Tú dejaste que me matara, Gran Bill, dejaste que...

Richie apagó la radio tan violentamente que el botón salió disparado.

--La verdad es que, en provincias, el rock da asco -dijo con voz poco firme-. Beverly tiene razón. Mejor apagamos, ¿no?

Nadie respondió. Bill estaba muy pálido, silencioso y pensativo. Cuando el trueno volvió a resonar hacia el oeste, todos lo oyeron.

6. En Los Barrens.

El viejo puente, el de siempre.

Richie estacionó junto a él. Todos bajaron y se acercaron a la barandilla (la vieja barandilla, la de siempre) para mirar abajo.

Los mismos Barrens, los de siempre.

No parecían tocados por los últimos veintisiete años; para Bill, la autopista elevada, único detalle nuevo, parecía irreal, algo tan efímero como un paisaje falso proyectado en una pantalla trasera para ambientar la escena de una película. Los arbustos y los matorrales centelleaban entre la niebla. Bill pensó: "Creo que a esto nos referimos cuando hablamos de la persistencia del recuerdo, a esto o a algo parecido, algo que se ve en el momento debido y desde el ángulo debido, imágenes que activan la emoción como el motor de un avión de propulsión. Uno lo ve con tanta claridad que todo lo que ha pasado mientras tanto desaparece. Si es el deseo lo que cierra el círculo entre el mundo y la necesidad, el círculo está cerrado."

--Va-va-vamos -dijo.

Y pasó sobre la barandilla. Todos lo siguieron por el terraplén, esparciendo arena y grava. Cuando llegaron al fondo, Bill verificó la posición de "Silver" y se rió de sí mismo. "Silver" estaba apoyada contra la pared, en el garaje de Mike. Al parecer, no desempeñaba papel alguno en todo eso. Aunque resultaba extraño, considerando el modo en que había reaparecido.

--Llé-llévanos -ordenó a Ben.

Cuando Ben lo miró, él le leyó el pensamiento en los ojos: "Han pasado veintisiete años, Bill; no sueñes." Pero el arquitecto hizo una señal de asentimiento y abrió la marcha por la maleza.

El camino que ellos abrieron se había cerrado desde hacía mucho tiempo. Tuvieron que abrirse paso entre marañas de espinos y hortensias silvestres, tan fragantes que sofocaban. Los grillos cantaban, soñolientos, alrededor. Unas

cuantas luciérnagas, que habían llegado temprano a la fértil fiesta del verano, perforaban la oscuridad. Bill se dijo que aún habría niños que jugasen allí, pero ellos habían abierto sus propios caminos secretos.

Llegaron al claro donde habían hecho la casita del club, pero ya no había claro alguno. Los matorrales y ciertos pinos deslucidos lo habían reclamado para si.

--Mirad -susurró Ben.

Y cruzó el claro (en la memoria aún estaba allí, simplemente cubierto por otra de esas transparencias). Tiró de algo: era la puerta de caoba que habían encontrado en los bordes del vertedero y que había servido de trampilla para la casita. Había sido arrojada a un lado, pero parecía no haber sido tocada en diez o doce años. Las enredaderas se habían atrincherado sólidamente en su superficie sucia.

--Déjala, Ben -murmuró Richie-. Es vieja.

--Lléva-llévanos, B-Ben -repitió Bill, desde atrás.

Todos bajaron al Kenduskeag siguiéndole hacia la izquierda del claro que ya no existía. El ruido de agua se hacía cada vez más audible, pero estuvieron a punto de caer al río antes de verlo: el follaje había formado una muralla enmarañada en el borde del terraplén. El filo de tierra se rompió bajo los talones de Ben. Bill tuvo que sujetarlo por el cuello de la ropa.

--Gracias -dijo él.

--De nada. En los v-viejos ti-tiempos me hab-b-brías arrast-t-trado concontigo. ¿P-p-por allí?

Ben asintió y los condujo a lo largo de la ribera luchando con los matorrales y los espinos. Cuánto más fácil era aquello cuando sólo se medía un metro cuarenta y se podía pasar por debajo de casi todas las marañas (tanto las mentales como las del camino), con sólo agachar la cabeza. Bueno, todo cambiaba. "Nuestra lección de hoy, niños -pensó Ben-, es la siguiente: cuanto más cambian las cosas, más cambian. Quienquiera que haya dicho que cuanto más cambian las cosas, más siguen siendo lo mismo, padecía un retraso mental grave. Porque..."

Su pie se enganchó en algo y cayó con un golpe seco. Estuvo a punto de darse con la cabeza contra el cilindro de la estación de bombeo. Estaba casi completamente cubierto por un arbusto de moras. Al levantarse, se dio cuenta de que se había rasguñado la cara y las manos con las espinas en varios lugares.

--Que sean tres docenas -dijo, sintiendo que la sangre le corría en hilillos por las mejillas.

--¿Qué? -preguntó Eddie.

--Nada. -Se agachó para ver qué lo había hecho tropezar. Una raíz, probablemente.

Pero no era una raíz: era la tapa de hierro. Alguien la había sacado.

"Por supuesto -pensó Ben-. La sacamos nosotros hace veintisiete años."

De inmediato se dio cuenta de que era una idea loca, aun antes de haber visto las marcas de metal brillante a través del herrumbre, en surcos paralelos. Aquel día, la bomba no había estado funcionando, Tarde o temprano, alguien tenía que haber ido a repararla y no habría dejado de poner la tapa en su sitio.

Se incorporó. Los cinco se reunieron alrededor del cilindro y miraron hacia el interior. Se oía el leve ruido del agua que goteaba. Eso era todo. Richie había llevado todas las cerillas que había encontrado en la habitación de Eddie.

Encendió toda una caja y la arrojó adentro. Por un momento vieron la cobertura interior del cilindro y el bulto silencioso de la bomba. Eso era todo.

--Tal vez no funciona desde hace tiempo -dijo Richie-. No tiene por qué haber pasado justamente hoy.

--Ha sido hace muy poco -apuntó Ben-. Desde la última lluvia, por lo menos.

Tomó otra caja de cerillas, encendió una y señaló las raspaduras nuevas.

--Ab-b-b-ajo hay algo -dijo Bill, mientras Ben apagaba la cerilla.

--¿Qué? -preguntó Ben.

--N-n-no sé. Pa-pa-parecía una cocorrea. T-t-tú y Ri-Richie, ayudadme a d-darle la vu-vuelta.

Aferraron la tapa y la volvieron como a una moneda gigantesca. Esa vez fue Beverly quien encendió la cerilla mientras Ben levantaba cautelosamente el bolso oculto bajo la tapa. Lo mostró sosteniéndolo por la correa. Beverly iba a sacudir la cerilla cuando vio la cara de Bill y quedó petrificada hasta que la llama le tocó la punta de los dedos. Entonces la dejó caer con una leve exclamación.

--¿Qué pasa, Bill?

Los ojos de Bill parecían haber adquirido peso. No podían apartarse de ese raído bolso de cuero y de su larga correa. De pronto recordó hasta el nombre de la canción que estaban emitiendo por radio en la tienda donde se lo había comprado a Audra. Era "Sausalito Summer Nights". La rareza suprema. Su boca se había resecado; la lengua y la cara interior de las mejillas parecían de cromo. Oyó los grillos, vio las luciérnagas, olió el verdor que crecía alrededor, y pensó: "Es otra triquiñuela, otra ilusión; ella está en Inglaterra y esto es sólo un golpe bajo porque "Eso" está asustado. Tal vez "Eso" no se siente tan seguro como cuando nos convocó para que volviéramos y en realidad, piensa bien: ¿cuántos bolsos de cuero con correas largas habrá en el mundo? ¿Un millón? ¿Diez millones?"

Más, probablemente. Pero sólo uno como ése. Lo había comprado para Audra en una marroquinería de Burbank mientras una radio, en la trastienda, emitía "Sausalito Summer Nights".

--¿Bill?

La mano de Beverly en su hombro, sacudiéndolo. Muy lejos. Veintisiete leguas bajo el mar. ¿Cómo se llamaba el grupo que cantaba "Sausalito Summer Nights"? Richie lo sabría.

--Yo también lo sé -dijo Bill, tranquilamente, ante la cara asustada de Richie. Y sonrió-. Era Diesel. ¿Qué te parece esa memoria absoluta?

--Bill, ¿qué pasa? -susurró Richie.

Bill soltó un alarido. Arrancó las cerillas de la mano de Beverly, encendió una y tomó bruscamente el bolso que Ben sostenía.

--Coño, Bill, ¿qué...?

Abrió la cremallera del bolso y lo vació. El contenido era inequívocamente de Audra y él, ni siquiera pudo volver a gritar. Entre los pañuelos de papel, las barras de chicle y los artículos de maquillaje, vio un paquete de caramelos de menta... y la polvera con piedras preciosas que Freddie Firestone le había regalado al firmarse el contrato de "El desván".

--Ahí ab-b-bajo está m-m-mi mujer -dijo.

--Y cayó de rodillas para guardar las cosas en el bolso. Sin siquiera darse cuenta, se apartó con la mano un mechón de pelo que ya no existía.

--¿Tu esposa? ¿"Audra"? -Beverly parecía horrorizada. Tenía los ojos desorbitados.
--S-s-su bolso. Sus c-c-cosas...
--Por Dios, Bill -murmuró Richie-. Eso no puede ser, lo sab...
Bill había encontrado la billetera de lagarto y la enseñó, abierta. Richie encendió otra cerilla y vio una cara que había visto en cinco o seis películas, la fotografía del carnet de conducir no era atractiva, pero ofrecía una prueba concluyente.
--P-p-pero He-e-enry ha muerto y Victor y B-b-belch... ¿Quién la atrapó? -Se levantó, mirando en redondo con febril intensidad-. ¿Quién la atrapó?
Ben le puso una mano en el hombro.,
--Será mejor que bajemos a averiguarlo, ¿no?
Bill lo miró, como si no estuviera seguro de quién era ese hombre. Por fin sus ojos se aclararon.
--S-sí -dijo-. ¿E-Eddie?
--Lo siento, Bill.
--¿Pu-puedes s-s-subir?
--No sería la primera vez.
Bill se agachó y Eddie le ciñó el cuello con el brazo derecho. Ben y Richie lo alzaron hasta que pudo rodearle la cintura con las piernas. Mientras, Bill pasaba torpemente una pierna sobre el borde del cilindro. Ben vio que Eddie tenía los ojos cerrados... y por un instante creyó oír el ruido de la carga de caballería más desagradable del mundo al abrirse paso por entre los matorrales. Se volvió, casi esperando que los tres aparecieran entre la niebla y los espinos, pero sólo se oía la brisa, cada vez más fuerte, haciendo repiquetear los cañaverales a unos cuatrocientos metros de allí. Sus antiguos enemigos habían desaparecido en su totalidad.
Bill se aferró del tosco borde de cemento y fue bajando a tientas, peldaño a peldaño. Eddie lo estaba ahogando. "Su bolso, ¿cómo vino a parar su bolso aquí? No importa. Pero si estás ahí, Dios, y si recibes súplicas, haz que esté bien, que no sufra por lo que Bev y yo hicimos esta noche ni por lo que yo hice un verano, cuando era niño... ¿Fue el payaso? ¿Fue Bob Gray el que la atrapó? Porque en ese caso no sé si Dios podrá ayudarla."
--Tengo miedo, Bill -dijo Eddie, con voz débil.
El pie de Bill tocó agua fría, estancada. Descendió a ella, recordando la sensación y el olor a humedad, recordando la claustrofobia que ese lugar le había hecho experimentar... Y a propósito, ¿qué les había ocurrido? ¿Cómo se las habían arreglado en aquellos desagües y túneles? ¿Dónde habían ido, exactamente, y cómo habían logrado salir? Aún no recordaba nada de todo eso; no podía pensar sino en Audra.
--Yo t-t-también.
Se agachó un poco, haciendo una mueca al sentir el agua fría en los pantalones y en los testículos, para que Eddie pudiera bajar. Ambos se irguieron en el agua, hundidos hasta la pantorrilla, para observar a los otros, que ya bajaban por los peldaños.

XXI. Debajo de la cuidad.

1. "Eso", agosto de 1958.

Había ocurrido algo nuevo.
Por primera vez en la eternidad, algo nuevo.
Antes del universo había sólo dos cosas. Una era "Eso"; la otra, la Tortuga. La Tortuga era una cosa vieja y estúpida que nunca salía de su caparazón. "Eso" pensaba que quizá había muerto, que estaba muerta desde hacía un billón de años, más o menos. Aunque así no fuera, seguía siendo una cosa vieja y estúpida; aunque la Tortuga hubiera vomitado el universo entero, eso no quitaba que fuera estúpida.
"Eso" había llegado hasta allí mucho después de que la Tortuga se retirara a su caparazón; allí, a la Tierra, donde había descubierto una profundidad de imaginación que era casi nueva, casi para tener en cuenta. Esa cualidad de imaginación hacía de la comida algo muy excitante. Sus dientes desgarraban carnes tensadas por terrores exóticos y voluptuosos miedos; soñaban con bestias nocturnas y cieno móvil; contra su voluntad, consideraban abismos infinitos.
Con esa sabrosa comida, Eso existía en un simple círculo de despertar para comer y dormir para soñar. Había creado un sitio a su imagen y semejanza y lo contemplaba con favor desde los fuegos fatuos que eran sus ojos. Derry era su matadero particular; el pueblo de Derry, su ganado.
Pero entonces... esos niños.
Algo nuevo.
Por primera vez en la eternidad.
Al irrumpir "Eso" en la casa de Neibolt Street con intención de matarlos a todos vagamente intranquilo por no haber podido hacerlo hasta entonces (y aquella intranquilidad, por cierto, había sido la primera novedad) había ocurrido algo totalmente inesperado, completamente inconcebible. Y "Eso" había sentido dolor, dolor, un gran dolor aullante en todas las formas que tomaba. Y por un momento, también había sentido miedo porque lo único que tenía en común con la vieja Tortuga estúpida y la cosmología del macrouniverso, fuera del diminuto huevo de ese universo, era justamente eso: todas las cosas vivientes deben regirse por las leyes de la forma que habitan. Por primera vez, "Eso" comprendió que quizá su capacidad de variar su forma podía ser una desventaja, a la vez que una ventaja. Hasta entonces nunca había sentido dolor ni miedo y por un momento temió morir.. Su cabeza se había llenado de un gran dolor blanco como la plata y "Eso" había rugido y gemido y aullado, y los niños habían escapado.
Pero ahora regresaban. Habían entrado a sus dominios bajo la ciudad: siete niños tontos que avanzaban a tientas, sin luces ni armas. Ahora los mataría, sin duda.
Eso había hecho un gran descubrimiento: no quería cambios ni sorpresas. No quería ninguna cosa nueva, nunca más. Sólo quería comer, dormir, soñar y volver a comer.
Después del dolor y de ese miedo breve, brillante, había surgido una emoción nueva (todas las emociones genuinas eran nuevas para él, aunque "Eso" era un gran mimo de las emociones): la cólera. Mataría a los niños porque, por una

casualidad asombrosa, le habían hecho daño. Pero antes los haría sufrir porque por un breve instante le habían hecho sentir miedo.

"Venid a mí, entonces -pensaba "Eso", escuchando sus pasos-. Venid a mí, niños, y veréis cómo flotamos aquí abajo... cómo flotamos todos."

Sin embargo, había un pensamiento que se insinuaba, por mucho que "Eso" intentara alejarlo de sí: si todas las cosas fluían de "Eso" (tal como había sido desde que la Tortuga había vomitado el universo y quedado desmayada dentro de su caparazón), ¿cómo era posible que alguna criatura de este mundo o cualquier otro lo burlara o lo hiriera, aunque sólo fuera nimia y brevemente? ¿Cómo era posible semejante cosa?

Así, una última novedad había venido a "Eso", no ya emoción, sino fría especulación: ¿y si "Eso" no era lo único, como siempre había creído?

¿Y si había "Otro"?

¿Y si, más aún, esos niños eran agentes de ese "Otro"?

¿Y si... y si...?

"Eso" empezó a temblar.

El odio era nuevo. El dolor era nuevo. El ver burlados sus propósitos era nuevo. Pero lo más horriblemente nuevo era ese miedo. No el miedo a los niños, porque eso había pasado, sino el miedo de no ser lo único.

No, no había ningún "Otro". No podía ser. Tal vez por el hecho de ser niños, su imaginación tenía cierto poder primitivo que "Eso" había subestimado por un momento. Pero ahora que regresaban, "Eso" los dejaría acercarse. Y luego los arrojaría, uno a uno, en el macrouniverso... en los fuegos fatuos de sus ojos.

Sí.

Cuando llegaran allí, "Eso" los arrojaría implacablemente a los fuegos fatuos.

2. En los túneles, 14.15.

Bev y Richie tenían unas diez cerillas, pero Bill no permitió que las utilizaran. De momento, había una vaga penumbra en los desagües. No era gran cosa, pero le permitía ver un metro hacia adelante; mientras pudiera seguir así, ahorrarían las cerillas.

Supuso que esa poca luz provenía de ventilaciones en las aceras, allá arriba, y quizá de los agujeros redondos para ventilación que tenían las tapas de registro. Resultaba extraño pensar que estaban debajo de la ciudad, pero a esas alturas lo estaban, sin duda.

El agua se volvía más profunda. En tres ocasiones dejaron atrás animales muertos: una rata, un gatito, algo brillante e hinchado que parecía una marmota. Bill oyó que uno de los otros soltaba una exclamación de asco.

El agua por la que avanzaban estaba relativamente serena, pero no mucho más adelante se oía un bramido hueco, incesante, que iba cobrando volumen hasta convertirse en un rugido monocorde. La tubería se desviaba hacia la derecha. Cuando giraron en el recodo, se encontraron con tres desagües que vertían agua en aquélla por donde caminaban. Estaban alineadas verticalmente, como las lentes de un semáforo y allí terminaba el tubo que les había servido de entrada. La luz dejaba ver que estaban, en un tubo de piedra, cuadrado, de unos cuatro o

cinco metros de altura. Allá arriba se veía una boca de tormenta. El agua caía en torrente sobre ellos, como en una ducha primitiva.

Bill investigó las tres tuberías. La más alta estaba arrojando agua casi limpia, aunque traía hojas, colillas, envolturas de golosinas, y otros desperdicios. La del medio traía aguas residuales. Y de la más baja brotaba un espeso torrente pardo grisáceo.

--¡E-e-eddie!

Eddie se puso a su lado, con el pelo planchado contra la cabeza. Su yeso era una masa empapada y chorreante.

--¿Por d-dónde?

Si uno quería saber cómo construir algo, se lo preguntaba a Ben. Si uno quería saber por dónde ir, se lo preguntaba a Eddie. Era algo sobre lo que había acuerdo tácito. Cuando uno estaba en un vecindario desconocido y quería volver a un sitio familiar, Eddie podía llevarlo a uno de regreso, girando a derecha e izquierda con invariable confianza, hasta que uno se veía llevado a seguirlo con la esperanza de que todo resultara bien... y, al parecer, siempre era así. Cierta vez, Bill había contado a Richie que, cuando había comenzado a jugar con Eddie en Los Barrens, tenía siempre miedo de perderse; Eddie, nunca. Con sus indicaciones los dos salían siempre donde él había previsto. "Si me perdiera en el Amazonas y Eddie estuviera conmigo, no me preocuparía en absoluto -había dicho Bill a Richie-. Él sabe. Mi padre dice que algunas personas tienen una brújula en la cabeza."

--¡No te oigo! -gritó Eddie.

--Pppregunté por d-d-dónde.

--¿Por dónde qué? -Eddie sujetaba el inhalador con la mano sana. Bill se dijo que no parecía un chico, sino una rata ahogada.

--¿Por d-dónde seguimos?

--Bueno, eso depende de a dónde queramos ir -dijo Eddie.

Bill lo habría cogido por el cuello de buen grado, aunque la pregunta era muy lógica. Eddie estudió las tres tuberías, vacilante. Por todas ellas podrían pasar, pero la última parecía bastante estrecha. Bill indicó a los otros que formaran círculo.

--¿D-dónde d-d-,diablos está "E-eeso"? -preguntó.

--En medio de la ciudad -respondió Richie-.

Exactamente en medio de la ciudad. Cerca del canal.

Beverly asintió con la cabeza. Ben y Stan hicieron lo mismo.

--¿M-m-Mike?

--Sí. Está cerca del canal. O debajo de él.

Bill volvió a mirar a Eddie.

--¿P-p-por d-dónde?

Eddie señaló la tubería inferior. El corazón le dio un vuelco a Bill, pero eso no le sorprendió.

--Por ahí.

--Joder -protestó Stan-. Por ahí baja la mierda.

--No sab... -Mike se interrumpió. Inclinó la cabeza como si escuchara. Sus ojos parecían alarmados.

--¿Qué...? -interrogó Bill.

Pero Mike le señaló que guardase silencio. Ahora Bill también lo oía: chapoteos. Se acercaban. Gruñidos y palabras sofocadas. Henry no había renunciado.
--Rápido -indicó Ben-. Vamos.
Stan volvió la vista hacia atrás. Después miró la más baja de las tres tuberías. Apretó los labios y asintió.
--Vamos -dijo-. La mierda se lava.
--¡Stan el galán acaba de soltarse uno bueno! -exclamó Richie, y rió.
--Richie, ¿quieres callarte? -siseó Beverly.
Bill abrió la marcha por la tubería haciendo muecas de asco. Había hedor a mierda, pero había también otro olor. Más leve pero más vital. Si el gruñido de un animal pudiera tener olor (y Bill se dijo que era posible, si el animal en cuestión había estado comiendo ciertas cosas), habrían percibido ese olor. "Vamos en la dirección correcta, sí. "Eso" ha estado aquí... y durante mucho tiempo."
Tras cinco o seis metros notaron que el aire se ponía rancio y malsano. Bill avanzaba lentamente, pisando cosas que no eran barro. Miró sobre el hombro y dijo:
--T-t-tú ven d-d-detrás de m-mí, E-E-Eddie. T-t-te voy a ne-necesitar.
La luz se dibujó en un gris muy pálido; se mantuvo así por poco tiempo y luego desapareció, dejándolos en
("del cielo azul a")
la negrura. Bill avanzaba arrastrando los pies con la sensación de estar atravesando físicamente el hedor. Iba con una mano tendida hacia adelante; parte de él esperaba encontrar, en cualquier momento, pelaje áspero y ojos verdes abiertos en la oscuridad. El fin llegaría en una llamarada de dolor, cuando "Eso" le descuartizara.
La oscuridad estaba llena de sonidos, todos amplificados y resonantes.
Bill oía los pies de sus amigos que se arrastraban tras los suyos; a veces, algún murmullo. Había gorgoteos y extraños gruñidos metálicos. Un agua asquerosamente tibia le pasó entre las piernas haciéndolo vacilar sobre los talones, mojado hasta los muslos. Eddie se puso frenético, hasta que el pequeño torrente cedió. Richie, desde el extremo de la fila, aulló con buen humor:
--Creo que acaba de mearnos el alegre gigante verde, Bill.
Bill oía correr el agua y los desechos en borbotones canalizados por la red de tuberías menores que, seguramente, corría sobre su cabeza. Recordó la conversación sostenida con su padre sobre las cloacas de Derry y creyó saber qué era ese tubo: servía para recibir el exceso que se presentaba durante las lluvias torrenciales y la temporada de inundaciones. Todo lo que arriba saldría de Derry, arrojado al arroyo Torrault y al río Penobscot. A la ciudad no le gustaba bombear su mierda al Kenduskeag porque de ese modo el canal apestaría. Pero las aguas residuales iban al Kenduskeag y cuando eran demasiado abundantes para las tuberías comunes, se producía un desborde... como el que acababan de recibir. Y si se había producido uno, podía haber otro. Levantó la vista, intranquilo. No veía nada, pero estaba seguro de que había rejillas en el arco superior de la tubería y, quizá, también a los lados. En cualquier momento podía haber...
No se dio cuenta de que llegaba al final del tubo hasta que cayó fuera de él, moviendo los brazos con desesperación. Cayó de bruces en una masa semisólida, unos treinta centímetros por debajo de la galería de la que acababa de salir. Algo

repulsivo corrío sobre su mano. Bill dio un grito y se incorporó llevándose la mano cosquilleante al pecho, consciente de que una rata acababa de pasar sobre ella. Sentía aún el tacto repugnante de su cola.

Trató de levantarse y se golpeó la cabeza en lo alto de la nueva tubería. Fue un golpe duro y Bill cayó otra vez de rodillas; grandes flores rojas estallaron en la oscuridad, ante sus ojos.

--¡C-c-cuidado! -se oyó gritar. Sus palabras retumbaron huecamente-. ¡Aquí hay un escalón! ¡Edd-eddie! ¿Dónde estás?

--¡Aquí! -Una mano de Eddie le rozó la nariz-. Ayúdame a salir, Bill, que no veo nada. Está...

Se oyó un grave sonido acuoso. Beverly, Mike y Richie gritaron al unísono. A la luz del día, la armonía casi perfecta de los tres habría sido divertida; allí abajo, en la oscuridad de las cloacas, resultaba aterrorizante. De pronto, los tres cayeron a los tumbos. Bill sujetó a Eddie tratando de protegerle el brazo.

--Oh, Dios, creí que me ahogaba -gimió Richie-. Nos ha empapado... Maldita sea, una lluvia de mierda. Ésta sí que es buena. La escuela tendría que organizar excursiones por aquí, Bill. Podríamos convencer al señor Carson de que las dirigiera...

--Y después la señorita Jimmison podría soltar una parrafada sobre higiene y salud -agregó Ben con voz estremecida.

Todos rieron con voces chillonas. Al apagarse la carcajada, Stan rompió bruscamente en lágrimas angustiadas.

--Tranquilo -dijo Richie, apoyando un brazo torpe en sus hombros pegajosos-. Nos vas a hacer llorar a todos.

--¡Estoy bien! -aseguró Stan, sin dejar de llorar-. No me importa el miedo, pero detesto estar así de sucio. Detesto no saber dónde estoy...

--¿S-s-servirán de a-a-algo las cerillas? -preguntó Bill a Richie.

--Las mías las tiene Bev.

Bill sintió que una mano tocaba la suya en la oscuridad y le ponía una cajita de cerillas que parecía seca.

--Las he llevado bajo el brazo -dijo ella-. Tal vez se enciendan. Prueba.

Bill arrancó una cerilla y la encendió con un chasquido. Bill vio que sus amigos estaban amontonados; la breve luz les hizo arrugar la cara. Estaban mojados y sucios de excrementos; se les veía muy jóvenes y muy asustados. Hacia atrás se extendía la galería por la que habían venido. Ahora estaban en una aún más estrecha que corría en línea recta hacia ambos lados con el fondo cubierto de un sedimento asqueroso. Y... Ahogó una exclamación y sacudió la cerilla, que ya le quemaba los dedos. Le llegaban ruidos de agua en rápida corriente, goteos y, de vez en cuando, un torrente, cuando las válvulas de desagüe se ponían en funcionamiento enviando más aguas residuales al Kenduskeag que ahora estaba muy atrás, sólo Dios sabía cuánto. Aún no se oía a Henry y los otros.

--A mi d-d-derecha ha-a-ay un mu-mumuerto -musitó-. A un-n-nos t-t-tres me-metros d-d-de nos-s-sotros. Puede s-s-ser P-P-P-P...

--¿Patrick? -preguntó Beverly, con voz al borde de la histeria-. ¿Patrick Hockstetter?

--S-s-sí. ¿Q-qui-quieres que en-enencienda otra ce-ce-cerilla?

--Hazlo, Bill -dijo Eddie-. Si no veo cómo corre la tubería, no sabré por dónde ir.

Bill encendió la cerilla. A su luz, todos vieron aquella cosa verde e hinchada que había sido Patrick Hockstetter. El cadáver les sonreía en la oscuridad con hórrida camaradería, pero sólo tenía media cara; las ratas se habían llevado el resto. Lo rodeaban los libros del curso de verano, hinchados por la humedad hasta parecer diccionarios.

--Caray -dijo Mike, ronco, desorbitado.

--Los oigo otra vez -dijo Beverly-. A Henry y los otros.

El eco debió llevar su voz hasta ellos, porque Henry vociferó en las cloacas y por un momento fue como si los tuvieran allí mismo.

--Os vamos a coger...

--¡Ya podéis venir! -gritó Richie con un destello febril en los ojos-. ¡Sigue adelante, talón de plátano! ¡Esta piscina parece la de la Asociación Cristiana de Jóvenes! Sigue...

Un alarido llegó por la tubería, tan lleno de loco terror y de tormento que a Bill se le cayó la cerilla. El brazo de Eddie cogió el suyo y él lo abrazó a su vez, sintiéndolo temblar. Stan Uris se apretó a él por el lado opuesto. Ese alarido seguía y seguía, hasta que se oyó un ruido obsceno, denso, y el grito se cortó.

--Algo se ha apoderado de uno de ellos -jadeó Mike, horrorizado-. Algo... algún monstruo. Bill, tenemos que salir de aquí... por favor...

Bill oyó que los restantes (uno o dos; a través del eco era imposible determinarlo) avanzaban a tropezones por la tubería, hacia ellos.

--¿P-p-por d-dónde, E-Eddie? -preguntó.

--¿Hacia el canal? -preguntó Eddie, temblando en brazos de Bill.

--¡Sí!

--A la derecha. Por donde está Patrick. -La voz de Eddie se endureció de pronto-. No me molesta mucho. Fue uno de los que me fracturó el brazo. Además, me escupió en la cara.

--Va-vamos -dijo Bill, echando un vistazo hacia la cloaca que acababan de abandonar-. ¡Fi-fila india! ¡Ma-mamantened cont-t-tacto, com-m-mo antes!

Avanzó a tientas arrastrando el hombro derecho por la untuosa superficie de porcelana, rechinando los dientes. No quería pisar a Patrick... ni meter el pie en él.

Se arrastraron junto a él, en la oscuridad, mientras las aguas fluían en derredor y la tormenta, fuera, traía a Derry una temprana oscuridad, una oscuridad que aullaba con el viento, escupía descargas eléctricas y crujía con árboles caídos que eran como gritos agónicos de enormes bestias prehistóricas.

3. Eso, mayo de 1985.

Ahora volvían otra vez y aunque todo iba tal como "Eso" lo había previsto, también volvía algo que "Eso" no había previsto; ese miedo enloquecedor.. esa sensación de "Otro". "Eso" odiaba el miedo; se habría vuelto contra él para devorarlo, de haber podido... pero el miedo bailaba fuera de su alcance, burlón y sólo era posible matarlo mediante la muerte de todos ellos.

Sin duda tanto temor carecía de motivos; ya eran más viejos y habían sido reducidos de siete a cinco. Cinco era un número de poder, pero no tenía la cualidad talismánica y mística del siete. El esbirro de "Eso" no había podido matar

al bibliotecario, cierto, pero moriría después en el hospital, minutos antes de que la aurora tocara el cielo, "Eso" enviaría a un enfermero drogadicto para que terminase con él para siempre.

Ahora, la mujer del escritor estaba con "Eso", viva y sin vida al mismo tiempo. Su mente había quedado totalmente destruida por la primera visión de "Eso" tal como era, ya descartadas sus pequeñas máscaras y encantos. Y todos esos encantos eran sólo espejos, por supuesto, que devolvían al aterrorizado espectador lo peor que tenía en su propia mente, como un espejo devuelve un rayo de sol hacia un ojo desprevenido aturdiéndolo hasta la ceguera.

Ahora, la mente de la esposa del escritor estaba con "Eso", en "Eso", tras el final del macrouniverso, en la oscuridad, más allá de la Tortuga; en las tierras lejanas, más allá de todas las tierras.

Estaba en su ojo, en su mente.

Estaba en los fuegos fatuos.

Pero los encantos eran divertidos. Hanlon, por ejemplo. Aunque él no tenía un recuerdo consciente, su madre habría podido decirle de dónde venía el pájaro que vio en la fundación. A los seis meses, su madre lo había dejado durmiendo en la cuna, en el patio lateral, mientras iba al fondo para tender al sol sábanas y pañales. Sus gritos la hicieron volver a toda carrera. Un gran cuervo se había posado en el borde del cochecito y le estaba picoteando, como las bestias malignas de los cuentos de hadas. El bebé gritaba de dolor y espanto sin poder alejar al cuervo que había percibido la debilidad de su presa. La madre ahuyentó al ave y al ver que Mikey sangraba por dos o tres heridas de los brazos, lo llevó al consultorio del doctor Stillwagon para aplicarle una antitetánica. una parte de Mike no había olvidado jamás aquello: bebé pequeño, pájaro gigantesco. Cuando "Eso" se acercó a Mike, Mike volvió a ver el pájaro gigantesco.

Pero cuando su otro esbirro, el marido de la chica de antes, había traído a la mujer del escritor, "Eso" no se había puesto cara alguna; no tenía por qué vestirse cuando estaba en su casa. El esbirro lo vio y cayó muerto de espanto, con la cara gris y los ojos cargados de la sangre que le había brotado del cerebro. La mujer del escritor había emitido un solo pensamiento y horrorizado: "Por Dios, es hembra"; después, todo pensamiento cesó. Nadaba en los fuegos fatuos. "Eso" bajó de su sitio y se hizo cargo de sus restos físicos preparándolos para una comida posterior. Ahora, Audra Denbrough pendía a buena altura, en el medio de todo, entrecruzada de seda, con la cabeza inclinada sobre él hombro, los ojos grandes y vidriosos, los pies apuntando hacia abajo.

Pero aún había poder en ellos. Aunque disminuido, estaba allí. Cuando eran niños, contra todas las posibilidades, contra todo lo que cabía esperar, contra todo lo que podía ser, habían logrado herirla gravemente, casi la habían matado, obligándola a huir hacia lo hondo de la tierra donde se había acurrucado, odiando y temblando, en un charco de su propia sangre extraña.

Y allí tenía otra cosa nueva: por primera vez en su infinita historia, "Eso" necesitaba hacer planes; por primera vez se descubría con miedo de coger de "Derry" lo que deseaba. ¡De "Derry", su coto de caza privado!

"Eso" siempre se había alimentado de niños. A muchos adultos podía utilizarlos sin que se supieran utilizados, y "Eso" también había utilizado como alimento a algunos de los más ancianos con el correr de los años. Los adultos tenían sus

propios terrores y se les podían activar las glándulas para que todos los elementos químicos del miedo inundaran el cuerpo y salaran la carne. Pero sus miedos eran, casi siempre, demasiado complejos. Los miedos de los niños solían ser más simples y más poderosos. Los miedos infantiles, con frecuencia, se convocaban con una sola cara... y si hacía falta un cebo, ¿a qué niño no le gustaba un payaso?

"Eso" comprendía, vagamente, que esos niños se las habían arreglado para volver contra él sus propias armas. Que, por coincidencia, por la unión de siete mentes extraordinariamente imaginativas, "Eso" había sido puesta en gran peligro. Cualquiera de los siete, a solas, le habría servido de alimento. Si no se hubieran reunido, por casualidad, "Eso" los habría elegido uno a uno, atraído por la calidad de sus mentes, tal como un león se siente atraído por el olor de las cebras. Pero juntos habían descubierto un alarmante secreto que ni siquiera "Eso" conocía: que la fe tenía dos filos. Si hay diez mil campesinos medievales que inventan los vampiros al creer en su realidad, puede haber uno (probablemente un niño) que imagine la estaca necesaria para matarlo. Pero una estaca es sólo madera; la mente es la maza que la clava en su sitio.

Pero "Eso" había acabado por escapar hundiéndose profundamente en la tierra, y los niños, exhaustos, aterrorizados, habían preferido no seguirla cuando estaba en su estado más vulnerable. Habían preferido considerarla muerta o agonizando, para poder retirarse.

"Eso" sabía de su juramento y tenía la certeza de que volverían, tal como el león sabe que la cebra volverá a la cañada. Por eso había empezado a hacer planes aún mientras caía en la somnolencia. Despertaría en salud, renovada... pero por entonces la infancia de aquellos siete estaría consumida como una vela. El antiguo poder de su imaginación reunida sería débil y apagado. Ya no imaginarían pirañas en el Kenduskeag ni creerían que si se mata una luciérnaga con la luz encendida sobre la camisa, esa noche se nos incendia la casa. En, cambio, creerían en las pólizas de seguro, en una cena con vino escogido, pero no demasiado pretencioso, como un Pouilly-Fuissé.83. Creerían en la televisión pública, en la utilidad del ejercicio para prevenir los ataques cardíacos y en la ventaja de no comer carnes rojas para evitar el cáncer de colon. Creerían en los sexólogos, cuando se tratara de follar agradablemente y en los predicadores intransigentes cuando quisieran sentirse redimidos. De año en año, sus sueños serían más pequeños. Y cuando "Eso" despertara, los llamaría, para que volvieran porque el miedo era fértil, su vástago era la ira y la ira pedía venganza.

"Eso" los llamaría para matarlo

Pero ahora, al saber que se acercaban, el miedo había vuelto. Eran adultos y estaban debilitados en su imaginación, pero no tanto como "Eso" había pensado. "Eso" había percibido un aumento ominoso en el poder del grupo, una vez reunidos, y se había preguntado, por primera vez, si acaso no habría cometido un error.

Pero ¿por qué ese pesimismo? El dado estaba echado y no todos los presagios eran malos. El escritor estaba medio loco por su mujer y eso era bueno. Porque el escritor era el más fuerte, el que, de algún modo, había estado adiestrando su mente para esa confrontación durante todos esos años. Y cuando el escritor estuviera muerto, con las tripas fuera del cuerpo, cuando el maldito Gran Bill hubiera muerto, los otros serían prontamente suyos.

"Eso" saciaría su hambre... y después quizá volvería a hundirse en la tierra. Para dormitar por un rato.

4. En los túneles, 4.30.

--¡Bill! -gritó Richie en la tubería resonante.
Avanzaba a toda prisa, pero eso no bastaba. Recordó que, de niños, habían caminado por allí medio agachados, alejándose de la estación de bombeo. Ahora se arrastraba; el tubo le parecía imposiblemente estrecho. Las gafas se le deslizaban hacia la punta de la nariz. Él no hacía sino ajustarlas otra vez. Bev y Ben venían tras él.
--¡Bill! -aulló otra vez-. ¡Eddie!
--¡Aquí estoy! -le llegó la voz de Eddie, desde delante.
--¿Dónde está Bill?
--Más adelante. -Ya lo tenía cerca. Richie, más que verlo, sintió su presencia-. ¡No quiso esperar!
La cabeza de Richie golpeó a Eddie en la pierna. Un momento después, Bev chocó de cabeza contra el trasero de Richie.
--¡Bill! -gritó el disc-jockey. La tubería canalizó su grito y se lo devolvió, haciéndole doler los oídos-. ¡Espéranos, Bill! Tenemos que estar juntos, ¿no lo sabes?
Débilmente, entre ecos, Bill gritó.
--¡Audra, Audra! ¿Dónde estás?
--¡Maldición, Gran Bill! -exclamó Richie quedamente. Se le cayeron las gafas. Las buscó a tientas con un juramento y volvió a ponérselas, chorreantes-. ¡Sin Eddie te vas a perder, so idiota! ¡Espera! ¡Espéranos! ¿Me oyes, Bill? ¡"Espéranos, maldita sea"!
Hubo un torturante momento de silencio. Al parecer, nadie respiraba. Richie no oía mas que el goteo distante. En ese momento la tubería estaba seca, a excepción de algún charco estancado.
--¡Bill! -Se pasó una mano temblorosa por el pelo intentando contener las lágrimas-. ¡Por favor, espéranos! ¡Por favor!
La voz de Bill llegó aún más débil.
--Estoy esperando.
--Joder -murmuró Richie. Dio una palmada al trasero de Eddie-. Sigue.
--No sé si podré ir mucho más allá con un solo brazo -dijo Eddie, como pidiendo disculpas.
--Sigue igual.
Y Eddie volvió a gatear.
Bill, ojeroso y casi exhausto, los esperaba en el tubo de cloaca donde se alineaban tres tuberías como lentes de semáforos. Allí había espacio suficiente y todos se pusieron de pie.
--Allá -dijo Bill-. C-Criss. Y B-B-Belch.
Miraron. Beverly soltó un gemido y Ben la rodeó con un brazo. El esqueleto de Belch Huggins, vestido con harapos enmohecidos, parecía más o menos intacto.

Lo que. restaba de Victor no tenía cabeza. Bill miró al otro lado del tubo y vio una calavera sonriente.

Allí estaba el resto de él. "Deberíamos haberlo dejado en paz", pensó Bill, estremecido.

Esa parte del sistema cloacal había quedado en desuso. A Richie el motivo le resultó obvio: la planta de tratamiento de desperdicios se había hecho cargo de todo eso. En algún momento, mientras ellos estaban ocupados aprendiendo a afeitarse, a fumar, a conducir, a follar, todas esas cosas buenas, había surgido a la existencia el Departamento de Protección Ambiental. Y el DPA había decidido que no debían vaciarse las cloacas, ni siquiera el agua residual, en los ríos y los arroyos. Esa parte del sistema cloacal había quedado, por lo tanto, en seco, criando moho, y los cadáveres de Victor Criss y Belch Huggins se enmohecían al mismo tiempo. Como los niños salvajes de Peter Pan, Victor y Belch no habían crecido. Aquéllos eran esqueletos de niños, con restos de camisetas y vaqueros. El musgo había cubierto los costillares y la hebilla del cinturón de Victor.

--Los atrapó el monstruo -dijo Ben-. ¿Recordáis? Oímos lo que ocurrió.

--Audra ha m-m-muerto. -La voz de Bill sonó mecánica-. Lo sé.

--¡No sabes nada! -le espetó Beverly con tanto énfasis que él se volvió a mirarla-. Sólo sabes que ha muerto mucha gente, en su mayoría, niños. -Se irguió frente a él con las manos en las caderas. Estaba perdida de suciedad y tenía la cabellera apelmazada por el polvo. A Richie le pareció magnífica-. Y tú sabes quién lo hizo.

--Hi-i-ice mal en d-d-decirle adadónde venía. ¿Por qué no me...?

Las manos de Beverly se adelantaron bruscamente y lo sujetaron por la camisa. Richie, sorprendido, vio que lo sacudía.

--¡Basta! ¡Ya sabes a qué vinimos! Lo juramos y lo vamos a hacer. ¿Entiendes, Bill? Si ella ha muerto, está muerta y se acabó. ¡Pero "Eso" no ha muerto! Te necesitamos, ¿entiendes? ¡Te necesitamos! -Estaba llorando-. ¡No puedes fallarnos! O nadie saldrá de aquí.

Él la miró durante un rato sin decir nada. Richie pensó: "Vamos, Gran Bill, vamos, anímate..."

Por fin, Bill los miró a todos y asintió.

--E-Eddie.

--Aquí estoy, Bill.

--¿T-t-todavía rec-recuerdas qué tubería es?

Eddie señaló más allá de Victor diciendo:

--Ésa. Parece bastante pequeña, ¿no?

Bill volvió a asentir.

--¿Podrás? ¿C-c-con el bra-brazo roto?

--Si es por ti, puedo, Bill.

El escritor sonrió con la sonrisa más cansada y más horrible que Richie había visto nunca.

--Llé-llévanos, E-Eddie. Acabemos con e-e-esto.

5. En los túneles, 4.55.

Mientras reptaba, Bill recordó el desnivel en que terminaba esa tubería. Aun así, el peldaño lo tomó por sorpresa. Sus manos, que se arrastraban por la superficie costrosa de la vieja tubería, volaron por el aire. Cayó hacia adelante y rodó instintivamente aterrizando sobre el hombro, que emitió un doloroso crujido.

--¡C-c-cuidado! -se oyó gritar-. ¡A-a-aquí está el esc-escalón! ¿Eddie?

--¡Aquí! -Eddie le rozó la frente-. ¿Me ayudas?

Rodeó a Eddie con los brazos y lo, sacó de allí tratando con cuidado el brazo roto. El siguiente fue Ben; después, Bev; por fin, Richie.

--¿T-t-tienes c-c-cerillas, RiRichie?

--Yo sí tengo -dijo Beverly. Bill sintió que una mano tocaba la suya en la oscuridad y le ponía en ella un librillo de cerillas-. Son sólo ocho o diez, pero Ben tiene más. De la habitación.

--¿Las llevabas bajo el b-b-brazo, B-Bev?

--Esta vez, no. Lo siento.

Y lo rodeó con los brazos en la oscuridad. Él la estrechó con fuerza, cerrando los ojos, tratando de sentir el consuelo que ella tanto deseaba transmitirle.

La soltó con suavidad y encendió una cerilla. El poder de la memoria era grande: todos miraron a la derecha. Allí estaban los restos de Patrick Hockstetter entre lo que en otro tiempo habían sido libros. Lo único reconocible era un semicírculo de dientes, dos o tres de ellos empastados.

Y algo más, a poca distancia. Un círculo reluciente, apenas visible a la luz vacilante de la cerilla.

Bill apagó la cerilla y encendió otra para recoger aquel objeto.

--La alianza de Audra -dijo.

Su voz sonaba hueca, inexpresiva.

La cerilla se consumió entre sus dedos.

A oscuras, se puso el anillo.

--¿Bill? -inquirió Richie, vacilando-. ¿Tienes alguna idea de

6. En los túneles, 14.20.

cuánto tiempo llevaban caminando por los túneles, debajo de Derry, desde que dejaran atrás el cadáver de Patrick Hockstetter? Pero Bill estaba seguro de que jamás podría hallar el camino de regreso. Lo dejaba de pensar en lo que su padre le había dicho: "Podrías caminar por allí semanas enteras." Si a Eddie le fallaba el sentido de la orientación, no haría falta que "Eso" los matara; vagarían hasta morir... O, si entraban en ciertas tuberías, hasta ahogarse como ratas.

Pero Eddie no parecía preocupado. De vez en cuando pedía a Bill que encendiera una cerilla; miraba en derredor, pensativo, y volvía a ponerse en marcha. Giraba a derecha e izquierda como al azar. A veces, las galerías eran tan altas que Bill no podía tocar el techo ni siquiera estirando el brazo. A veces tenían que arrastrarse durante horribles minutos que les parecían horas, o avanzar como gusanos, arrastrándose sobre el vientre. Eddie iba delante; los otros le seguían, cada uno con la cara en los talones del precedente.

Si había algo de lo que Bill estaba seguro era de que habían llegado a una sección fuera de uso dentro de la red cloacal. Todas las tuberías activas habían quedado más atrás o más arriba. El rugido del agua se había reducido a un rumor lejano. Esas galerías eran más viejas; no estaban hechas de cerámica horneada, sino de algo parecido a arcilla que a veces supuraba un fluido de olor desagradable. El hedor del excremento humano (esos gases densos que habían amenazado con sofocarlos) había desaparecido, pero lo reemplazaba otra fetidez, amarilla y antigua, que resultaba peor.

A Ben le pareció el olor de la momia. Para Eddie, aquello olía a leproso. Richie lo comparó con una viejísima chaqueta de franela, ya enmohecida y en putrefacción; una chaqueta de leñador, muy grande, como para un personaje como Paul Bunyan. Para Beverly, eso olía como el cajón de los calcetines de su padre. En Stan Uris despertó un horrible recuerdo de su más temprana infancia, recuerdo extrañamente judío, considerando que él sólo tenía una difusa comprensión de su propio judaísmo: olía a arcilla mezclada con aceite y le hizo pensar en un demonio sin ojos ni boca llamado el "Golem", un hombre de arcilla que los judíos renegados habían convocado en la Edad Media para que los salvara de los "goyim" que les robaban, violaban a sus mujeres y los expulsaban. Mike pensó en el olor seco de las plumas en un nido muerto.

Cuando llegaron al final de la estrecha tubería, se deslizaron como anguilas por la curva superficie de otra que formaba un ángulo oblicuo con la anterior. Por fin descubrieron que podían ponerse de pie. Bill palpó las cerillas que restaban: cuatro. Apretó los labios y decidió no decir a los otros que estaban a punto de quedarse sin luz. No lo haría mientras no fuera necesario.

--¿Có-có-cómo vais?

Respondieron con murmullos y él asintió en la oscuridad. No había pánico, nadie había llorado desde el arrebato de Stan. Eso estaba bien. Buscó las manos de sus compañeros y permanecieron un rato así, dándose ánimos por medio del contacto. Bill sintió en eso una clara exaltación, la seguridad de que eran, en conjunto, algo más que la suma de sus siete individualidades. Se habían convertido en un todo más potente.

Encendió una cerilla y vieron un túnel estrecho en dirección descendente. La parte alta estaba festoneada de telarañas. Algunas, rotas por el agua, pendían como sudarios. Bill sintió un escalofrío atávico. El suelo estaba seco, pero cubierto de un musgo antiquísimo y por algo que parecían hojas, hongos... o algún inimaginable tipo de excrementos. Más arriba vio un montón de huesos y algunos harapos verdes. Podía tratarse de un uniforme de trabajo. Bill imaginó a algún empleado del departamento de servicios públicos que se había perdido y, mientras vagaba por ahí, había sido descubierto...

La llama tembló. Bill inclinó la cabeza hacia abajo para que durara un poco más.

--¿S-s-sabes do-dónde estamos? -preguntó a Eddie.

Eddie señaló la dirección del túnel.

--El canal está hacia allí, a menos de ochocientos metros, salvo que esto vaya en otra dirección. Ahora debemos de estar bajo Up-Mile Hill. Pero, Bill...

Bill dejó caer la cerilla, que le quemaba los dedos. Quedaron otra vez en la oscuridad. Alguien suspiró y Bill pensó que era Beverly. Pero antes de que la cerilla se apagara había visto preocupación en la cara de Eddie.

--¿Q-q-qué? ¿Qué pasa?
--Cuando digo que estamos debajo de Up-Mile Hill, lo digo en serio. Hace rato que vamos bajando. Nadie hizo nunca una cloaca a esta profundidad. Cuando se hace un túnel tan profundo es para una mina.
--¿A qué profundidad crees que estamos, Eddie? -preguntó Richie.
--A cuatrocientos metros. Tal vez más.
--Dios nos ampare -dijo Beverly.
--De cualquier modo, éstas no son cloacas -observó Stan-. Uno se da cuenta por el olor. Es asqueroso pero no es olor a cloaca.
--Yo prefiero la cloaca -confesó Ben-. Esto huele a...
Un grito les llegó flotando desde la boca de la tubería que acababan de dejar y erizó la nuca de Bill. Los siete se amontonaron, abrazándose.
-...veréis hijos de puta, ya veréis...
--Henry -susurró Eddie-. Oh, Dios mío, todavía nos sigue...
--No me sorprende -comentó Richie-. Hay gente demasiado estúpida como para echarse atrás.
Oyeron un débil jadeo, rozar de zapatos, susurro de ropas.
--Ya veréis...
--Va-Va-Vamos -dijo Bill.
Iniciaron el descenso por la tubería caminando en parejas a excepción de Mike, que cerraba la fila: Bill y Eddie, Richie y Bev, Ben y Stan.
--¿A q-q-qué dist-distancia estará He-e-enry?
--No lo sé, Gran Bill -dijo Eddie-. Con tantos ecos... -Bajó la voz-. ¿Has visto ese montón de huesos?
--S-s-sí -dijo Bill, bajando también la voz.
--Tenía un cinturón para herramientas. Creo que era empleado del departamento de aguas.
--Tienes r-razón.
--¿Cuánto tiempo hará que...?
--N-n-no lo sé.
Eddie, en la oscuridad, cogió con su mano sana el brazo de Bill.
Habían pasado quince minutos cuando oyeron que algo venía hacia ellos, en la oscuridad.
Richie se detuvo, lívido de miedo. De pronto volvía a tener tres años. Al oír ese movimiento difuso, chapoteante, que se acercaba a ellos con un murmullo como de ramas susurrantes, supo qué era aun antes de que Bill encendiese la cerilla.
--¡El ojo! -gritó-. ¡Oh, Dios mío, es el ojo ambulante!
Por un momento, los otros no supieron con certeza qué veían. Beverly tuvo la impresión de que su padre la había encontrado, aun allí abajo, y Eddie vio la imagen fugaz de Patrick Hockstetter vuelto a la vida. Pero el grito de Richie, su certeza, congeló la forma para todos ellos. Vieron lo que Richie veía.
Un ojo gigantesco llenaba el túnel. La vidriosa pupila negra medía más de medio metro de diámetro. El iris tenía un tono rojizo, como cieno. La córnea era abultada, membranosa, entrecruzada de venas rojas que palpitaban sin cesar. Era un espanto gelatinoso, sin párpado ni pestañas, que se movía sobre un lecho de tentáculos. Esos seudópodos tanteaban la superficie rugosa del túnel y se hundían

en ella como dedos. A la luz moribunda de la cerilla, Bill creyó ver un ojo que se arrastraba sobre dedos de pesadilla.
Los miraba con febril avaricia.
La cerilla se apagó.
En la oscuridad, Bill sintió que esos tentáculos acariciaban sus tobillos, sus piernas... pero no pudo moverse. Tenía el cuerpo petrificado. Sintió que "Eso" se aproximaba, sintió el calor que irradiaba el monstruo y hasta oyó el pulso de sangre en sus membranas. Imaginó la viscosidad que sentiría cuando "Eso" lo tocara, pero aun así no pudo gritar. Aun cuando los tentáculos se le deslizaron por la cintura y se engancharon en las presillas de sus vaqueros para arrastrarlo no pudo gritar ni debatirse. Una mortífera somnolencia parecía haberse apropiado de su cuerpo.
Beverly sintió que un tentáculo se le deslizaba alrededor de la oreja y se tensaba como un nudo corredizo. Hubo una llamarada de dolor y se vio arrastrada, retorciéndose y gimiendo como si una vieja maestra, perdida ya la paciencia, se la llevara a la parte trasera del aula, donde la obligaría a sentarse en un banquillo con orejas de burro. Stan y Richie trataron de retroceder, pero toda una selva dé tentáculos invisibles ondulaba y susurraba junto a ellos. Ben rodeó a Beverly con un brazo y trató de retenerla. Ella se aferró a sus manos con la fuerza del pánico.
--Ben... Ben... "Eso" me ha atrapado...
--No ... Espera... tiraré...
Tiró con toda su fuerza. Beverly dio un grito con la oreja atravesada por el dolor: estaba sangrando. Un tentáculo seco y duro rozó la camisa de Ben, se detuvo y se retorció en un doloroso nudo contra su hombro.
Bill estiró una mano que golpeó contra una pasta blanda, mojada. "¡El ojo! -gritó su mente-. ¡oh, tengo la mano en el ojo!"
Trató de resistirse pero los tentáculos lo arrastraban inexorablemente. Su mano desapareció en aquel calor húmedo y ávido, luego la muñeca y después el brazo, que se hundió en el ojo hasta el codo. En cualquier momento el resto de su cuerpo quedaría adherido a esa superficie pegajosa; sintió que, en ese instante, se volvería loco. Luchó frenéticamente, golpeando los tentáculos con la otra mano.
Eddie, como en sueños, oía los forcejeos y los gritos ahogados de sus compañeros que se veían atraídos. Percibía los tentáculos alrededor, pero ninguno lo había tocado.
"¡Corre a tu casa! -le ordenó la mente, a toda voz-. Corre a casa con tu mamá, Eddie. ¡Tú puedes encontrar el camino!"
Bill soltó un aullido en la oscuridad, un grito agudo, desesperado, al que siguieron asquerosas sorbidas.
De pronto, la parálisis de Eddie se diluyó. ¡"Eso" estaba tratando de llevarse a Gran Bill!
--¡No! -bramó Eddie.
Nadie habría supuesto que ese grito de guerrero nórdico podía brotar de un pecho tan flaco, de los pulmones, afectados por el asma más terrible de Derry. Se arrojó hacia adelante saltando sobre los tentáculos sin siquiera verlos; el brazo roto le golpeaba contra el pecho con el yeso empapado. Buscó en el bolsillo y sacó su inhalador.
("tiene gusto a ácido de batería")

Dio de lleno contra la espalda de Bill Denbrough y lo arrojó a un lado. Se oyó un ruido acuoso, desgarrante, seguido por un maullido ansioso que Eddie no oyó tanto con el oído como con la mente. Levantó el inhalador.

("es ácido si yo quiero que lo sea así que trágatelo trágatelo")

--¡Acido de batería, maldito bastardo! -vociferó, disparando una ráfaga.

Al mismo tiempo le soltó una patada. Su pie se hundió profundamente en la gelatina de su córnea. Un borbotón de fluido caliente le cubrió la pierna. Retiró el pie, apenas consciente de que había perdido el zapato.

--¡Vete de aquí! ¡Desaparece! ¡Pírate!

Sintió que los tentáculos lo tocaban. Disparó el inhalador otra vez, rociando el ojo, y sintió u oyó otra vez aquella especie de quejido, casi asombrado y dolorido.

--¡Luchad contra "Eso"! -rugió Eddie-. ¡Vamos, que es sólo un maldito ojo! ¡Luchad! ¿No me oís?, ¡Lucha, Bill! ¡Venga, grandísimos maricas, lo estoy haciendo papilla y tengo un brazo roto!

Bill sintió que recobraba las fuerzas. Arrancó el brazo chorreante del ojo y lo golpeó con el puño cerrado. Un momento después, Ben estaba a su lado. Corrió contra aquello, gruñó de sorpresa y asco y descargó una andanada de golpes contra la superficie gelatinosa.

--¡Suéltala! -gritaba-. ¡Suéltala! ¡Vete de aquí! ¡Largo!

--¡No es más que un ojo! ¡Un simple ojo! -aullaba Eddie. Apretó nuevamente su inhalador y sintió que "Eso" se retiraba. Los tentáculos que había hundido en él cayeron-. ¡Richie, Richie! ¿no lo entiendes? ¡Es sólo un ojo!

Richie se adelantó a tropezones, sin poder creerlo: estaban derrotando al monstruo más espantoso del mundo. Sólo le dio un puñetazo débil. La sensación de hundir el puño en el ojo le revolvió el estómago. Emitió un ruido extraño ("glurt") y la idea de que acababa de vomitar sobre el ojo lo hizo repetirlo. Sólo le había dado un golpe, pero tal vez, puesto que ese monstruo era creación suya, bastaría con eso. De pronto, los tentáculos desaparecieron. Todos oyeron su retirada. Sólo quedaron los jadeos de Eddie y el quedo llanto de Beverly que se cubría la oreja sangrante.

Bill encendió una de las tres cerillas restantes. Todos se miraron, aturdidos y espantados. Por el brazo izquierdo de Bill corría una pasta espesa y turbia que parecía una mezcla de clara de huevo, parcialmente coagulada, con moco. A Beverly le goteaba la sangre por el cuello. En la mejilla de Ben había un corte. Richie se ajustó lentamente las gafas en la nariz.

--¿T-t-todos bien? -preguntó Bill con voz ronca.

--¿Y tú, Bill? -preguntó Richie.

--S-s-sí. -Giró hacia Eddie y lo abrazó con fiera intensidad-. Me has s-salvado la v-v-vida.

--Se comió tu zapato -observó Beverly con una risa alocada-. ¡Caray!

--Cuando salgamos de aquí te compraré un par nuevo -prometió Richie, palmoteando a Eddie en la espalda-. ¿Cómo lo hiciste, Eddie?

--Le disparé con mi inhalador. Fingí que era ácido. Tiene gusto a ácido cuando lo uso mucho. Funcionó de maravilla.

--¡Lo estoy haciendo papilla y tengo un brazo roto! -imitó Richie, con una risita demencial-. No ha estado mal, Eds.

--Detesto que me llames Eds.

--Lo sé -dijo Richie, abrazándolo con fuerza-, vaya, pero alguien tiene que fortalecerte, Eds. Cuando crezcas y dejes de llevar la existencia protegida de todo niño, descubrirás que la vida no siempre es tan fácil, chaval.
Eddie comenzó a chillar de risa.
--Ésa es la voz más horrible que he oído, Richie.
--Bueno, ten ese inhalador a mano -dijo Beverly-. Tal vez vuelva a hacer falta.
--Eso ha d-d-desap-parecido -dijo Bill. Y agregó, ceñudo-: Pero nos estamos a-a-acercando al s-s-sitio donde v-v-vive. Y c-c-creo que esta v-v-vez lo hemos he-e-rido.
--Henry todavía nos sigue -señaló Stan con voz ronca-. Lo oigo por allá atrás.
--Entonces sigamos -propuso Ben.
Lo hicieron. El túnel descendía más y más. Aquel hedor denso y salvaje se iba tornando más potente. A veces oían a Henry que los seguía, pero ya sus gritos parecían lejanos e inofensivos. Todos ellos tenían una sensación similar a la impresión de haberse desconectado que habían experimentado en la casa de Neibolt Street. Era como si hubieran avanzado hasta franquear el borde del mundo para caer en una extraña nada. Bill sentía (aunque no tenía el vocabulario suficiente para expresarlo) que se estaban acercando al oscuro y ruinoso corazón de Derry.
Miken Hanlon tuvo la sensación de que casi podía escuchar el latido enfermo y arrítmico de ese corazón. Beverly experimentó un poder maligno que crecía alrededor de ella tratando de envolverla y de separarla de sus compañeros para dejarla sola. Nerviosa, alargó las manos a ambos lados y tomó las de Bill y Ben. Le pareció que había tenido que estirarse demasiado.
--¡Tomaos de las manos! -indicó, nerviosa-. ¡Creo que nos estamos separando!
Stan fue el primero en darse cuenta de que se podía ver otra vez. En el aire había un resplandor difuso, extraño. Al principio sólo vio manos: las suyas, aferradas a la de Ben y la de Mike. luego notó que distinguía los botones de la embarrada camisa de Richie y el anillo de Capitán Medianoche, obtenido en una caja de cereales, que Eddie llevaba en el meñique.
--¿Veis algo? -preguntó, deteniéndose.
Los otros también se detuvieron. Bill echó una mirada alrededor y notó que veía, y que el túnel se había ensanchado asombrosamente. Ahora estaban en una cámara curva, tan grande como el túnel sumer de Boston. Más grande, se corrigió al seguir observando, cada vez más sobrecogido.
Todos estiraron el cuello para mirar el techo; estaba a quince metros o más, sostenido por contrafuertes curvados que parecían costillas. Entre ellos pendían telarañas polvorientas. El suelo era de lajas, pero estaba cubierto de tal acumulación de polvo que el ruido de sus pasos no había cambiado. Los muros curvados estaban separados por unos quince metros a cada lado.
--Creo que los de obras sanitarias enloquecieron al llegar aquí -dijo Richie, riendo con nerviosismo.
--Parece una catedral -comentó Beverly.
--¿De dónde viene esa luz? -inquirió Ben.
--Pa-parece sa-salir de las p-p-paredes -dijo Bill.
--Esto no me gusta nada -dijo Stan.
--Va-va-vamos. He-e-enry nos v-vviene pi-pisan-do los t-t-talones.

Un grito agudo hendió la penumbra; luego, un pesado tronar de alas. Una silueta venía navegando en la oscuridad con un ojo echando llamas.

--¡El pájaro! -gritó Stan-. ¡Cuidado! ¡Es el pájaro!

Se lanzó en picado hacia ellos como un avión de combate; su pico color naranja se abría y se cerraba descubriendo el rosado interior de su boca, acolchada como la almohada de satén de un ataúd.

Fue directamente hacia Eddie.

Su pico le rozó el hombro y él sintió que el dolor le hendía la carne como ácido. La sangre le corrió por el pecho. Eddie gritó mientras el aire, agitado por las alas, arrojaba una venenosa bocanada a su cara. El pájaro giró en el aire y regresó con su único ojo brillando malevolente. Sólo se apagó por un instante, cuando el párpado lo cubrió con un tejido fino como gasa. Sus garras buscaron a Eddie, que lo esquivó aullando. Las uñas le desgarraron la parte trasera de la camisa dibujando líneas escarlatas a lo largo de los omóplatos. Eddie, chillando, trató de escapar a rastras, pero el pájaro volvió a la carga.

Mike se adelantó buscando algo en su bolsillo. Lo que sacó fue un cortaplumas de una sola hoja. Cuando el pájaro se lanzó otra vez contra Eddie, levantó la pequeña arma contra una de las garras del pájaro. La hoja penetró profundamente arrancando un chorro de sangre. El ave retrocedió en vuelo rasante y volvió, con las alas hacia atrás, disparado como una bala. Mike se hizo a un lado en el último momento levantando otra vez su cortaplumas. Falló y la garra del pájaro le golpeó la muñeca con tanta fuerza que le dejó la mano entumecida. Más adelante le aparecería un moratón que le llegaría casi hasta el codo. El cortaplumas desapareció en la oscuridad.

El ave volvió con un chirrido triunfal y Mike protegió a Eddie con su cuerpo esperando lo peor.

Entonces Stan se adelantó hacia los dos niños acurrucados en el suelo. Se irguió, menudo, con un aspecto que seguía siendo pulcro a pesar de la mugre adherida a sus manos, sus brazos y su ropa. De pronto estiró los brazos con un gesto curioso, con las palmas hacia arriba y los dedos hacia abajo. El pájaro emitió otro chillido y pasó como una bala junto a Stan, casi rozándolo. El aire de su paso le levantó el pelo. El chico giró en redondo para enfrentar su regreso.

--Creo en las tanagras escarlatas, aunque nunca he visto una -dijo con voz alta y clara. El ave gritó y se desvió en vuelo rasante, como si la hubiera alcanzado con un disparo-. También creo en los buitres, en la alondra de Nueva Guinea y en los flamencos de Brasil.

--El ave chilló, volando en círculos, pero de pronto buscó lo alto del túnel-. ¡Creo en el águila dorada! -gritó Stan, siguiéndola con su voz-. ¡Y hasta creo que puede haber un ave fénix en alguna parte! ¡Pero no creo en ti, así que vete de una vez! ¡Desaparece, maldito pajarraco!

El pájaro desapareció.

Bill, Ben y Beverly se acercaron a Mike y Eddie. Ayudaron al enyesado a levantarse y Bill le examinó las heridas.

--N-n-nada pro-profundo.. P-p-pero ap-apuesto a que d-d-d-duele horrores.

--Me hizo jirones la camisa, Gran Bill. -Las mejillas de Eddie brillaban de lágrimas. Otra vez respiraba con dificultad. La voz de guerrero bárbaro había

desaparecido; hasta costaba creer que hubiera podido hablar así alguna vez-. ¿Qué le voy a decir a mi madre?

Bill sonrió.

--¿P-p-por qué no te pr-preocupas de eso c-c-cuan-do sa-sa-salgamos de a-aaquí? Asp-pira una b-bo-canada.

Eddie lo hizo, inhalando profundamente. Después estornudó.

-Has estado grandioso, tío -dijo Richie a Stan-.

-¡Grandioso!

Stan temblaba de pies a cabeza.

--Es que no hay ningún pájaro como ése. No lo hubo nunca. Ni lo habrá.

--¡Aquí estamos! -vociferó Henry, desde atrás. Su voz era completamente demencial: reía y aullaba; parecía algo salido del infierno-. ¡Belch y yo! ¡Ya veréis, mierditas secas! ¡No podéis escapar!

--¡V-v-vete, Henry! -gritó Bill-. ¡A-a-antes de q-q-que sea dem-demasiado ta-ta-tarde!

La respuesta de Henry fue un aullido hueco e inarticulado. Oyeron un rumor de pasos y, en un momento de lucidez, Bill comprendió cuál era la misión de Henry: se trataba de un ser humano real, mortal al que no podrían detener con un inhalador o un libro sobre pájaros. Con Henry la magia no daría resultado. Era demasiado estúpido.

--Va-Vamos. Te-te-tenemos que alalejarnos de él.

Volvieron a avanzar, tomados de la mano. La camisa de Eddie, hecha jirones, flameaba detrás de él. La luz fue cobrando potencia; el túnel era cada vez más enorme. A medida que descendía, el techo se alejaba hacia arriba. Ahora tenían la sensación, no de estar caminando por un túnel, sino de avanzar por un titánico patio subterráneo que daba acceso a algún castillo ciclópeo. La luz de las paredes se había convertido en un fuego amarillo verdoso. El olor era más fuerte y todos comenzaron a captar una vibración que podía ser real o existir sólo en la mente. Era incesante y rítmica. Era el latido de un corazón.

--¡Termina allí delante! -exclamó Beverly. ¡Mirad! ¡Hay una pared lisa!

Pero al acercarse, ya como hormigas en esa gran extensión de sucios y enormes bloques de piedra, notaron que la pared no era completamente lisa. En ella había una puerta. Y aunque la pared se elevaba metros y metros hacia arriba, la puerta era muy pequeña. No llegaba a medir un metro, como las que se ven en los cuentos de hadas. Estaba hecha de fuertes tablas de roble ligadas con bandas de hierro en forma de X. Todos comprendieron que era una puerta hecha sólo para niños.

Dentro de su cerebro, Ben oyó a la bibliotecaria que leía a los más pequeños: "¿Quién camina, trip-trap, sobre mi puente?" Los chicos inclinados, con la eterna fascinación centelleándoles en los ojos: ¿sería derrotado el monstruo... o se los comería?

En la puerta había una marca; acumulados al pie, un montón de huesos. Huesos pequeños. Huesos de a saber cuántos niños.

Habían llegado a la morada de "Eso".

Pero ¿qué significaba la marca que había en la puerta?

)Nota de transcripción: a continuación aparece el dibujo de una marca que podría ser un símbolo de escritura china, escrita con tinta y a mano.(

Bill vio un bote de papel.
Stan, un pájaro que alzaba vuelo hacia lo alto: un fénix, quizá.
Michael, una cara encapuchada, tal vez la del loco Butch Bowers.
Richie, dos ojos tras un par de gafas.
Beverly, un puño cerrado.
Eddie, la cara del leproso, todo ojos hundidos y boca arrugada. Todas las enfermedades estaban estampadas en sus rasgos.
Ben Hanscom, un montón de vendajes desgarrados; hasta creyó oler especies viejas.
Más tarde, al llegar a la misma puerta, con los gritos de Belch aún resonándole en los oídos, Henry Bowers vería en esa señal la luna llena... y negra.
--Tengo miedo, Bill -balbuceó Ben-. ¿Es necesario entrar?
Bill tocó los huesos con la punta del pie. De pronto los esparció -en un torrente polvoriento de una sola patada. Él también tenía miedo... pero había que pensar en George. "Eso" había arrancado el brazo a George. Entre esos huesos, ¿estarían los suyos, pequeños y frágiles? Sí, por supuesto.
Ellos estaban allí por los dueños de esos huesos, por George y todos los otros. Aquellos que habían sido llevados hasta allí y los que serían llevados, y los que habían sido abandonados en otro sitio para que se pudrieran.
--Es necesario -dijo.
--¿Y si está cerrada? -preguntó Beverly con un hilo de voz.
--N-n-no lo está -aseguró Bill, confiando en su intención-. Los lug-lugares como éste n-n-nunca est-están cecerrados.
Apoyó contra la puerta los dedos extendidos de la mano derecha y empujó. Se abrió a un torrente de luz verdeamarillenta, enfermiza. Aquel olor a zoológico les salió al encuentro, increíblemente fuerte, increíblemente poderoso.
Uno a uno fueron entrando por la puerta de cuento de hadas, el acceso a la guarida de "Eso". Bill

7. En los túneles, 4.59.

se detuvo tan bruscamente que los otros se entrechocaron, como vagones de carga cuando la locomotora se detiene de pronto.
--¿Qué pasa? -preguntó Ben.
--E-e-estaba aquí. El o-o-ojo. ¿Os ac-acordáis?
--Me acuerdo -dijo Richie-. Eddie lo detuvo con su inhalador, fingiendo que era ácido. Dijo algo relacionado con comida.
--N-n-no importa. Esta vez no v-vveremos na-nada que haya-hayamos vivisto antes -dijo Bill. Encendió una cerilla y miró a los otros. Sus caras parecían luminosas a la luz de la cerilla: luminosas y místicas. Y muy jóvenes-. ¿C-c-cómo estáis?
--Bien, Gran Bill -contestó Eddie. Pero estaba demacrado por el dolor-. ¿Y tú?
--Bi-bien. -Bill apagó la cerilla antes de que su cara lo desmentiera.
--¿Cómo fue? -le preguntó Beverly, tocándole el brazo en la oscuridad-. Bill, ¿cómo fue que tu mujer...?

--P-p-porque me-mencioné el no-nombre de la ciudad. Ella m-me siguió. Aun cu-cuando lo de-decía, algo me o-oordenaba que me c-c-callara. P-pero no lo hi-hice. -Movió la cabeza en la oscuridad, desolado-. Sin embargo, a-aaunque haya lle-llegado hasta DeDerry, n-n-no me e-e-explico c-c-cómo llegó aquí. Si He-e-enry no lo tratrajo, ¿qui-quién lo hiz-zo?

--"Eso" -respondió Ben-. No siempre parece maligno, ya lo sabemos. Pudo haberse presentado diciendo que estabas en dificultades y traerla para... para cabrearte, supongo. Para hacernos flaquear.

--¿Tom? -musitó Beverly en voz baja, casi cavilosa.

--¿Q-q-quién? -Bill encendió otra cerilla.

Ella lo miraba con desesperada franqueza.

--Tom, mi marido. Él también lo sabía. Creo que le mencioné el nombre de la ciudad, así como tú se lo mencionaste a Audra. No sé... no sé si lo memorizó o no. En ese momento estaba muy enfadado conmigo.

--Por Dios, ¿qué es esto? -se extrañó Richie-. ¿Una de esas telenovelas donde todo el mundo aparece, tarde o temprano?

--Telenovela, no -dijo Bill. Parecía asqueado-: espectáculo. Como el del circo. Bev fue y se casó con un doble de Henry Bowers. Si ella lo dejó, ¿por qué no pudo él venir aquí? Después de todo, el verdadero Henry vino.

--No -dijo Beverly-, no me casé con Henry sino con mi padre.

--¿Qué diferencia hay, si también te pegaba? -apuntó Eddie.

--Va-vamos -dijo Bill.

Siguieron caminando. Bill estiró las manos, en busca de la de Richie y la sana de Eddie. Pronto formaron un círculo, como antes, cuando el grupo era más numeroso. Eddie sintió un brazo sobre los hombros. Fue una sensación cálida, consoladora, profundamente familiar.

Bill experimentó el poder que recordaba de los viejos tiempos, pero comprendió que las cosas habían cambiado. El poder ya no era tan fuerte como, antes; forcejeaba y chisporroteaba como la llama de una vela. La oscuridad parecía más densa, más próxima, triunfal. Y se percibía el olor de "Eso". "Por este pasillo -se dijo-, no muy lejos, hay una puerta con una marca. ¿Qué había detrás de esa puerta? Es lo único que aún no puedo recordar. Recuerdo haber puesto los dedos tiesos para que no temblaran y recuerdo haber empujado la puerta. Hasta recuerdo el torrente de luz que surgió y su aspecto de cosa viva, como si no fuera sólo luz, sino víboras fluorescentes. Recuerdo el olor, peor que el de la jaula de los monos en un zoológico. Y después..."

--¿A-a-alguien rec-recuerda cómo era "Eso", en rea-realidad?

--No -dijo Eddie.

--Creo que... -comenzó Richie. Bill casi pudo sentir su gesto de negación-. No.

--No -dijo Beverly.

--Yo tampoco -repuso Ben-. Es lo único que no recuerdo. Qué era... y cómo lo combatimos.

--Chüd -dijo Beverly-. Así lo combatimos. Pero no recuerdo qué significa eso.

--Respald-d-dadme -dijo Bill-, que y-y-yo os re-re-respaldaré.

--Bill -advirtió Ben con voz calma-, alguien se acerca.

Bill escuchó. Se oían pasos arrastrados, vacilantes, que se acercaban a ellos en la oscuridad. Tuvo miedo.

--A-A-Audra... -llamó.
Y de inmediato supo que no era ella.
Lo que se acercaba se aproximó un poco más.
Bill encendió una cerilla.

8. Derry, 5.00.

La primera, en aquel día de primavera avanzada, en 1985, ocurrió dos minutos antes de que saliera el sol: Para comprender lo inusual de ese hecho habría sido preciso conocer dos detalles que eran del dominio de Mike Hanlon (quien yacía, inconsciente, en el hospital municipal de Derry, cerca del amanecer). Ambos se referían a la iglesia bautista de la Gracia que se erguía en la esquina de Witcham y Jackson desde 1897. En su parte superior, la iglesia terminaba en una fina cúpula blanca, apoteosis de todas las cúpulas protestantes de Nueva Inglaterra. Esa cúpula tenía, en todas sus caras, una esfera de reloj cuyo mecanismo había sido construido y enviado desde Suiza en 1898. El único reloj parecido estaba en la plaza municipal de Haven, a sesenta kilómetros de distancia.
Stephen Bowie, un potentado de la madera que vivía en Broadway Oeste, había donado ese reloj a la ciudad, que había costado unos diecisiete mil dólares. Bowie podía permitirse ese gasto. Desde hacía cuarenta años era feligrés devoto, además de diácono, y, durante varios años, también presidente de la Liga de la Decencia Blanca. Por añadidura, era célebre por sus devotos sermones con ocasión del día de la Madre.
Desde su instalación hasta el 31 de mayo de 1985, ese reloj había sonado fielmente para marcar cada hora y cada media hora con una notable excepción. El día del estallido en la fundición Kitchener el reloj no había dado las doce del mediodía. La gente creía que el reverendo Jollyn había acallado el reloj para demostrar que la iglesia estaba de duelo por la muerte de los niños y Jollyn nunca desmintió esa idea, aunque no era cierta. Simplemente, el reloj no había sonado.
Tampoco sonó a las cinco de la mañana del 31 de mayo de 1985.
En ese momento, en Derry los ancianos que habían pasado allí toda la vida abrieron los ojos y se incorporaron, perturbados por alguna razón que no podían determinar. Tragaron medicamentos, se pusieron las dentaduras postizas, encendieron pipas y cigarrillos.
Los ancianos ya no pudieron conciliar el sueño.
Uno de ellos era Norbert Keene que ya había pasado los noventa años. Se acercó trabajosamente a la ventana y contempló el cielo, que estaba oscureciendo. La noche anterior, el pronóstico meteorológico había anunciado cielo despejado, pero los huesos le decían que iba a llover y mucho. Sentía un miedo muy profundo. De algún modo se sentía amenazado, como si un veneno avanzara inexorablemente hacia su corazón. Pensó, sin saber por qué, en el día en que la banda de Bradley había entrado desprevenidamente en Derry. Ese tipo de obra hace que uno se sienta abrigado y perezoso por dentro, como si todo estuviera... confirmado. No podía expresarlo mejor ni siquiera para sí mismo. Después de una obra así, uno sentía que tal vez viviría para siempre y Norbert

Keene estaba muy cerca de eso. Iba a cumplir noventa y seis años el 24 de junio y todavía caminaba cinco kilómetros todos los días. Pero ahora se sentía asustado.

--Esos chicos -dijo, mirando por la ventana, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta-. ¿Qué pasa con esos malditos. chicos? ¿Con qué se han puesto a jugar ahora?

Egbert Thoroughgood, de noventa y nueve, el que había estado en el Dólar Soñoliento mientras Claude Heroux afinaba su hacha para tocar la marcha fúnebre para cuatro hombres, despertó en el mismo instante, se levantó y dejó escapar un grito oxidado que nadie oyó. Había soñado con Claude, pero Claude iba en busca de él. Un momento después de bajar el hacha, Thoroughgood había visto su propia mano cortada enroscándose sobre el mostrador.

"Algo va mal -pensó, a su manera confusa, asustada y temblando en su pijama manchado de orina-. Algo va horriblemente mal."

Dave Gardener, el que descubrió el cuerpo mutilado de George Denbrough en octubre de 1957, y cuyo hijo descubrió a comienzos de la primavera la primera víctima de este nuevo ciclo, abrió los ojos a las cinco en punto y pensó, aun antes de mirar el reloj del armario: "El reloj de la Gracia no ha marcado la hora. ¿Qué pasa?" Sentía un miedo indefinido. Con los años, Dave había prosperado. En 1965 había comprado el Shoeboat, que ya tenía sucursales en la gran galería de Derry y en Bangor. De pronto, todas esas cosas, las cosas a las que había dedicado la vida, parecían estar en peligro. "¿De qué? -gritó para sí mismo, mirando a su mujer dormida-. ¿De qué? ¿Cómo puedes estar tan inquieto sólo porque ese reloj no ha dado la hora?" Pero no hubo respuesta.

Se levantó y fue a la ventana sosteniéndose el pantalón del pijama. El cielo estaba intranquilo, lleno de nubes que llegaban por el oeste y la inquietud de Dave fue en aumento. Por primera vez en muchísimo tiempo, se descubrió pensando en los alaridos que lo habían hecho salir al porche, veintisiete años antes, para ver aquella figura que se retorcía bajo el impermeable amarillo. Miró las nubes que se acercaban y pensó: "Todos estamos en peligro. Todos nosotros. Derry."

El comisario Andrew Rademacher, que estaba convencido de haber hecho todo lo posible por resolver la nueva serie de asesinatos de niños que asolaba a Derry, estaba de pie en el porche de su casa con los pulgares metidos en el cinturón, contemplando las nubes con la misma intranquilidad. "Algo se está preparando. Parece que va a llover a cántaros, para empezar. Pero eso no es todo." Se estremeció... y mientras estaba en el porche, oliendo el beicon que su mujer preparaba en la cocina, las primeras gotas, del tamaño de monedas, oscurecieron la acera frente a su agradable casita de Reynolds Street. En algún lugar del horizonte, desde el parque Bassey, resonó un trueno.

Rademacher volvió a estremecerse.

9. George, 5.01.

Bill levantó la cerilla... y soltó un largo alarido.

Era George quien zigzagueaba por el túnel, hacia él. George, aún vestido con su impermeable amarillo salpicado de sangre, con una manga vacía e inútil. Su cara estaba blanca; sus ojos eran plateados. Se fijaron en los de Bill.

--¡Mi barco! -La voz perdida de Georgie se elevó, temblorosa, en el túnel-. ¡No lo encuentro, Bill! Lo he buscado por todas partes y no lo encuentro y ahora estoy muerto y todo es culpa tuya, culpa tuya, culpa tuya....

--¡Ge-Ge-Georgie! -chilló Bill. Su mente vacilaba, desprendiéndose de sus ataduras.

George avanzó tambaleante hacia él; su único brazo se elevó hacia Bill, con la mano blanca encogida en una garra.

--Culpa tuya -susurró muy sonriente. Sus dientes eran colmillos de carnívoro, se abrían y se cerraban lentamente, como los de una trampa para osos-. Tú me hiciste salir y todo... esto... es... culpa... tuya.

--¡N-n-no, Ge-Ge-Georgie! -gritó Bill-. Yo n-n-no sa-sa-sabía...

--¡Te voy a matar! -gritó Georgie.

Una mezcla de sonidos animales surgieron de aquella boca dentada: gemidos, aullidos, ladridos. Una especie de risa. Bill ya sentía el olor de George en putrefacción. Era olor a sótano, pululante, como de algún monstruo que acechara en el rincón, todo ojos amarillos, a la espera de destripar algún vientre de niño.

Los colmillos rechinaron. De los ojos comenzó a brotar pus amarillo que chorreó por la cara... y la cerilla se apagó.

Bill sintió que sus amigos desaparecían. Estaban huyendo, por supuesto, lo dejaban solo. Lo aislaban, tal como sus padres lo habían aislado, porque George tenía razón: todo era culpa suya. Pronto sentiría que esa única mano le aferraba la garganta; pronto sentiría que esos colmillos lo desgarraban, y estaría bien. Sería justo. Él había enviado a George a la muerte. Había pasado toda su vida adulta escribiendo sobre el horror de esa traición. Oh, le ponía muchas máscaras, casi tantas como "Eso" se ponía para ellos, pero la víctima, en el fondo, era sólo George, que corría con su barquito de papel parafinado. Y había llegado el momento de ajustar cuentas.

--Mereces morir por haberme matado -susurró George.

Ya estaba muy cerca. Bill cerró los ojos.

Una luz amarilla invadió el túnel. Bill abrió los ojos. Richie había encendido una cerilla.

--¡Defiéndete, Bill! -gritó Richie-. ¡Por el amor de Dios, hazlo!

"¿Qué haces aquí?" Los miró a todos, desconcertado. No habían huido, después de todo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible, después de haber visto lo traidor que él había sido con su propio hermano?

--¡Defiéndete! -vociferaba Beverly-. ¡Venga! ¡Sólo tú puedes hacerlo! Por favor...

George estaba a menos de metro y medio. De pronto sacó una lengua llena de hongos blancos. Bill volvió a aullar.

--¡Mátalo, Bill.! -gritó Eddie-. ¡Ése no es tu hermano! ¡Es "Eso"! ¡Mátalo ahora que es pequeño! ¡Mátalo!

George echó un vistazo a Eddie, apartando por un instante los ojos de plata, y Eddie retrocedió, hasta golpearse contra la pared, como si lo hubieran empujado. Bill seguía hipnotizado, mientras su hermano avanzaba hacia él: otra vez George, después de tantos años, George al final tal como había sido al principio y oía el crujir del impermeable amarillo mientras George acortaba la distancia, oía el tintineo de las hebillas de sus botas de lluvia y olía algo así como hojas mojadas, como si George, por debajo del impermeable, estuviera hecho de ellas, como si

los pies, dentro de las botas, fueran pies de hojas, sí, un hombre-hoja, eso era George, una cara de globo putrefacta y un cuerpo hecho de hojas muertas, como las que a veces atascan las cloacas después de una inundación.

Vagamente oyó que Beverly chillaba.

("golpea exhausto el poste")

--Bill, por favor, Bill...

("tosco y recto e insiste infausto")

--Buscaremos mi barquito juntos -dijo George. Por las mejillas le caían gruesos hilos de pus amarillo, remedo de lágrimas. Estiró la mano hacia Bill e inclinó la cabeza a un lado apartando los labios de esos colmillos.

(que ha visto los espectros que ha visto los espectros "que ha visto")

--Lo encontraremos -dijo George, y Bill sintió el aliento de "Eso", un olor a animales reventados en la autopista a medianoche. Bill vio que en la boca de George, se retorcían cosas-. Todavía está aquí abajo, aquí abajo todo flota, Bill, todos flotaremos.

Su mano se cerró sobre el cuello de Bill.

("Que ha visto los espectros que hemos visto a los espectros ellos nosotros tú has visto los espectros")

La cara contraída de George se encaminó hacia el cuello de Bill.

--...flotamos.

--¡Castiga, exhausto, el poste tosco y recto! -gritó Bill.

Su voz era más grave, en nada parecida a su voz habitual y Richie, fugazmente, recordó que Bill sólo tartamudeaba cuando hablaba con su voz normal. Cuando fingía ser otro, jamás lo hacía.

El falso George retrocedió, siseando, y se llevó la mano al rostro, como para protegerse.

--¡Eso es! -gritó Richie, delirante-. ¡Lo tienes, Bill! ¡Dale! ¡Dale!

--¡Castiga, exhausto, el poste tosco y recto e insiste, infausto, que ha visto los espectros! -tronó Bill, avanzando contra el falso George-. ¡Tú no eres ningún fantasma! ¡George sabe que yo no deseaba su muerte! ¡Mis padres se equivocaron! ¡Me culparon a mí y eso fue un error!

El falso George giró abruptamente, chillando como una rata. "Eso" comenzó a derretirse bajo el impermeable amarillo. El mismo material del impermeable parecía derretirse en grandes grumos amarillos. "Eso" estaba perdiendo su forma, tornándose amorfo.

--¡Castiga, exhausto, el poste tosco y recto, hijo de puta! -aulló Bill Denbrough-. ¡E insiste, infausto, que ha visto los espectros!

Saltó contra "Eso" y sus dedos se clavaron en el impermeable amarillo que ya no era tal. Lo que aferró se parecía a un extraño caramelo blando, caliente, que se fundió entre sus dedos en cuanto hubo cerrado el puño. Cayó de rodillas. En ese momento, Richie chilló porque la cerilla acababa de quemarle los dedos y volvieron a quedar en la oscuridad.

Bill sintió que algo le crecía en el pecho, algo caliente, sofocante y doloroso. Se cogió las rodillas y las acercó al mentón con la esperanza de que eso calmara el dolor; agradecía vagamente que la oscuridad impidiera a los otros presenciar su tormento.

Oyó que se le escapaba un gemido vacilante.

--¡George! -gritó-. ¡George, lo siento! ¡Yo no q-q-quería que te oc-ccurriera nada m-m-malo!

Tal vez había algo más que decir, pero no pudo. Por entonces estaba sollozando, tendido de espaldas, con un brazo contra los ojos, recordando el barco de papel, recordando el palpitar de la lluvia contra las ventanas de su dormitorio, recordando el olor a medicamentos y los pañuelos de papel sobre la mesita de noche, el leve dolor de la fiebre en la cabeza y en el cuerpo, recordando a George, sobre todo a George, con su impermeable y su capucha.

--¡Lo siento, George! -gritó entre lágrimas-. ¡Lo siento, lo siento, por favor... perdóname!

Un momento después, todos lo rodeaban, sus amigos, y nadie encendió cerillas. Alguien lo abrazó sin que él supiera quién, tal vez Beverly, tal vez Ben, o Richie. Estaban con él y en esa ocasión la oscuridad fue generosa.

10. Derry, 5.30.

A las cinco y media llovía torrencialmente. Los meteorólogos de las radios de Bangor expresaron una leve sorpresa y ofrecieron disculpas a las personas que habían planeado "picnics" o salidas basándose en el pronóstico del día anterior. "Mala suerte, amigos; es sólo uno de esos extraños cambios de clima que se producen a veces en el valle del Penobscot con brusquedad sorprendente."

En la emisora WZON, el meteorólogo Jim Witt describió lo que denominaba "un sistema de baja presión extraordinariamente disciplinado". Eso era decir muy poco. Las condiciones variaban, de nublado en Bangor a chaparrones aislados en Hampden, lloviznas en Haven y lluvias moderadas en Newport. Pero en Derry, a sólo cuarenta y cinco kilómetros del centro de Bangor, diluviaba. Los que viajaban por la carretera se encontraron avanzando por veinte centímetros de agua en algunos lugares. Más allá de las granjas Rhulin, una alcantarilla atascada en una hondonada había cubierto la autopista con tanta agua que era imposible pasar. Hacia las seis de esa mañana, la patrulla de caminos de Derry había, puesto ya carteles naranja con la palabra "desvío" a ambos lados de la hondonada.

Los que esperaban bajo el refugio de Main Street a que el primer autobús de la mañana los llevara al trabajo, miraban sobre la barandilla hacia el canal donde el agua estaba amenazadoramente alta dentro de sus límites de cemento. No habría inundación, por supuesto; en eso, todos estaban de acuerdo. El agua aún estaba un metro veinte por debajo de la marca más alta, en 1977, y ese año no había habido inundación. Pero la lluvia caía con dura persistencia y el trueno rugía en las nubes bajas. El agua descendía por Up-Mile Hill en arroyos rugiendo en las cloacas y en las alcantarillas.

No habría inundación, concordaban todos, pero en sus rostros había un matiz de inquietud.

A las seis menos cuarto un transformador de potencia instalado en un poste junto a la terminal de Tracker Hermanos estalló en un relámpago de luz purpúrea, esparciendo trozos de metal retorcido contra el tejado de madera. Uno de los fragmentos cortó un cable de alta tensión que también cayó en el tejado, chisporroteando, debatiéndose como una serpiente mientras despedía un chorro

casi líquido de chispas. El tejado se incendió a pesar del aguacero y muy pronto el local estaba en llamas. El cable de alta tensión cayó del tejado al camino cubierto de hierbas que conducía a la parte trasera donde los pequeños, años atrás, jugaban al béisbol. Los bomberos de Derry hicieron la primera salida del día a las 6.02 de la mañana y llegaron a Tracker Hermanos a las 6.10. Uno de los primeros en bajar fue Calvin Clark, uno de los mellizos Clark que iban a la escuela con Ben, Beverly, Richie y Bill. Al dar el tercer paso, la suela de su bota tocó el cable pelado. Calvin quedó electrocutado casi instantáneamente, con la lengua mordida y la chaqueta de goma despidiendo humo. Por el olor, parecía que alguien estaba quemando mantas, viejas, como en el vertedero.

A las 6.05, los habitantes de Merit Street, en Old Cape, sintieron algo que parecía una explosión subterránea. Los platos se cayeron de los estantes; los cuadros, de la pared. A las 6.0f, todos los inodoros de Merit Street estallaron súbitamente en un géiser de excrementos al producirse una inconcebible reversión en la nueva planta de tratamiento de Los Barrens. En algunos casos, esos estallidos fueron tan potentes que abrieron agujeros en los techos de los baños. Una mujer llamada Anne Stuart murió a causa de una antigua rueda dentada que salió disparada de su inodoro como de una catapulta, junto con una bocanada de aguas residuales. La rueda de maquinaria atravesó el vidrio opaco de la ducha y se le hundió en la garganta como una bala mientras se lavaba la cabeza. Fue casi decapitada. La rueda era una reliquia de la fundición Kitchener que había llegado a las cloacas casi tres cuartos de siglo atrás. Otra mujer murió al estallar su inodoro como una bomba en la violenta reversión causada por los gases de metano. La desafortunada mujer, que en ese momento estaba sentada en el retrete, leyendo un catalogo, saltó en pedazos.

A las 6.19 un rayo cayó en el llamado Puente de los Besos que cruzaba el canal entre el parque Bassey y el instituto de Derry. Las astillas volaron a gran altura y llovieron sobre el precipitado canal cuya corriente se las llevó.

Se estaba levantando viento. A las 6.30, el medidor instalado en el vestíbulo del Palacio de Justicia lo registró en más de veintitrés kilómetros por hora. Hacia las 6.45 había ascendido a treinta y seis kilómetros por hora.

A las 6.50, Mike Hanlon despertó en su habitación del Hospital Municipal de Derry. Su retorno a la conciencia fue una especie de lenta disolución; por largo rato pensó que estaba soñando. En ese caso, se trataba de un sueño muy raro, una especie de sueño de ansiedad, como habría dicho su antiguo profesor de psicología, el doctor Abelson. Al parecer no había motivos para esa ansiedad, pero allí estaba. Esa habitación blanca, sencilla, parecía amenazarlo.

Gradualmente se fue dando cuenta de que estaba despierto. La habitación blanca y sencilla era una habitación de hospital. Sobre su cabeza pendían frascos, uno lleno de líquido transparente; el otro, rojo oscuro: sangre. Vio un televisor apagado empotrado en la pared y cobró conciencia del batir de la lluvia contra la ventana.

Mike trató de mover las piernas. Una se movía libremente, pero la otra, la derecha, estaba aprisionada. En ella, las sensaciones eran muy débiles. Por fin notó que estaba fuertemente vendado.

Todo volvió poco a poco. Se había sentado a escribir en su cuaderno y había aparecido Henry Bowers. Un verdadero estallido del pasado, un hecho prodigioso. Después de una pelea...

¡Henry! ¿Adónde había ido Henry? ¿En busca de los otros?

Mike buscó a tientas el timbre. Estaba sujeto a la cabecera de su cama. Lo tenía ya en las manos cuando se abrió la puerta dando paso a un enfermero. Llevaba desabrochados dos botones de la chaquetilla; el pelo revuelto le daba un desaliñado aspecto parecido a Ben Casey. Llevaba al cuello una medalla de San Cristóbal. Aun en ese estado confuso, no del todo consciente, Mike lo reconoció inmediatamente. En 1958, en Derry, una niña de dieciséis años llamada Chery Lamonica había sido asesinada por "Eso". La chica tenía un hermano de catorce llamado Mark. Era él.

--¿Mark? -dijo Mike débilmente-. Necesito hablar contigo.

--Chist -repuso Mark, con la mano en el bolsillo-. No hables.

Entró en la habitación y se detuvo a los pies de la cama. Mike vio, con un escalofrío, sus ojos inexpresivos. Mark Lamonica tenía la cabeza levemente inclinada, como escuchando una música lejana. Sacó del bolsillo una jeringuilla.

--Esto te hará dormir -dijo.

Y empezó a acercarse a Mike.

11. Bajo la ciudad, 6.49.

--¡Chist! -exclamó Bill, de pronto, aunque no se oía otro ruido que el de los leves pasos del grupo.

Richie encendió una cerilla. Las paredes del túnel se habían separado. Los cinco parecían muy pequeños en ese lugar bajo la ciudad. Formaron un grupo apretado. Beverly tuvo una fantasmagórica sensación de cosa ya vivida, mientras observaba las gigantescas lajas del suelo y las redes de telarañas que pendían en lo alto. Ahora estaban cerca. Muy cerca.

--¿Qué oyes? -preguntó a Bill, tratando de mirar a todas partes mientras el fósforo se consumía en la mano de Richie. Esperaba ver alguna nueva sorpresa acechando en la oscuridad. ¿Tal vez el alienígena de esa horrible película con Sigourney Weaver? ¿Una gran rata de ojos naranja y dientes de plata? Pero no había nada: sólo el polvoriento olor de la oscuridad y, muy lejos, el rumor del agua precipitada como si las cloacas se estuvieran llenando.

--A-a-algo va m-mal -dijo Bill-. Mike...

--¿Mike? -se alarmó Eddie-. ¿Qué le pasa?

--Yo también lo sentí -confirmó Ben-. ¿Es...? ¿Ha muerto?

--No -dijo Bill. Sus ojos parecían distantes, carentes de emoción; toda la alarma se concentraba en su tono y en la posición defensiva del cuerpo-. Está... e-está... -Tragó saliva. Su garganta emitió un chasquido y sus ojos se dilataron-. ¡Oh...! ¡Oh, no...!

--¡Bill! -gritó Beverly-. Bill, ¿qué pasa? ¿Qué...?

--¡Dad-dadme las ma-manos! -gritó Bill-. ¡Rá-rápido!

Richie dejó caer la cerilla y tomó una mano de Bill. Beverly tomó la otra. Buscó a tientas con la mano libre y Eddie se la sujetó débilmente con los dedos del brazo entablillado. Ben completó el círculo.

--¡Envíale nuestro poder! -exclamó Bill con aquella voz extraña y grave-. ¡Envíale nuestro poder, quienquiera que seas, envíale nuestro poder! ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

Beverly sintió que algo brotaba de ellos en dirección a Mike. Su cabeza se balanceó sobre los hombros en una especie de éxtasis y el áspero silbido de Eddie, al respirar, se confundió con el rumor del agua en las cloacas.

12.

--Ahora -musitó Mark Lamonica.

Suspiró. Fue el suspiro de quien siente aproximarse el orgasmo.

Mike apretó el timbre una y otra vez. Lo oía sonar en la sala de enfermeras, al otro lado del pasillo, pero no vino nadie. Con una infernal visión interior, comprendió que las enfermeras estaban sentadas allí, leyendo el periódico, tomando café, oyendo sus timbrazos sin oírlos. Sólo responderían más tarde, cuando todo hubiera terminado, porque así funcionaban las cosas en Derry. En aquella ciudad era mejor no ver ni oír ciertas cosas... hasta que terminaran.

Mike soltó el timbre.

Mark se inclinó hacia él, con la punta de la hipodérmica centelleante. La medalla de San Cristóbal se balanceaba hipnóticamente, mientras apartaba la sábana.

--Aquí, justo aquí -susurró-. En el esternón.

Y suspiró otra vez.

Mike sintió súbitamente que una energía primitiva le recorría el cuerpo como electricidad. Se puso rígido y estiró los dedos convulsivamente. Sus ojos se ensancharon. Dejó escapar un gruñido y esa sensación de horrible parálisis desapareció como por ensalmo.

Su mano derecha salió disparada hacia la mesita de noche, donde había una jarra de plástico y un grueso vaso de vidrio. Su mano se ciñó al vaso. Lamonica percibió el cambio; esa luz soñadora, complacida, desapareció de sus ojos reemplazada por una recelosa confusión. Intentó retroceder pero en ese instante Mike levantó el vaso y se lo hundió en la cara.

Lamonica, con un grito, retrocedió a tropezones dejando caer la jeringuilla. Sus manos se cogieron a la cara lastimada. La sangre le corrió por las muñecas manchando la chaquetilla blanca.

La energía desapareció tan súbitamente como había llegado. Mike miró inexpresivamente los fragmentos de vidrio roto que había sobre la cama, la bata de hospital, su propia mano sangrante. Oyó el ruido rápido y liviano de suelas de goma en el pasillo.

Irrumpieron en su habitación las mismas enfermeras que tan tranquilamente hablan permanecido en su sala mientras el timbre sonaba frenéticamente. Mike cerró los ojos y rezó para que todo terminara. Rezó para que sus amigos estuvieran en algún lugar, debajo de la ciudad, para que estuvieran bien, y pusieran fin a todo.

No sabía con exactitud a quién le rezaba... pero lo hizo, de todas maneras.

13. Bajo la ciudad, 6.54.

--E-e-está bi-bien -dijo Bill por fin.
Ben no habría podido decir cuánto tiempo habían permanecido en la oscuridad, tomados de las manos. Le parecía haber sentido algo, algo que había brotado de ellos, del círculo, y acababa de volver. Pero no sabía a dónde había ido esa cosa, si es que existía.
--¿Estás seguro, Gran Bill? -preguntó Richie.
--S-s-sí. -Bill soltó las manos de Richie y de Beverly-. P-p-pero tendre-tendremos que terminar esto lo a-aantes p-posible. V-v-vamos.
Continuaron la marcha. Richie o Bill encendían de vez en cuando una cerilla. "No tenemos siquiera una escopeta de aire comprimido -pensó Ben-. Pero eso es parte del asunto, ¿verdad, Chüd? ¿Qué significa? ¿Qué era "Eso", exactamente? ¿Cuál era su cara definitiva? Aun si no lo matamos, lo herimos. ¿Cómo lo conseguimos?"
La cámara por la que caminaban (ya no podía llamársele túnel) se hacía cada vez más grande. Sus pasos despertaban ecos. Ben recordó aquel intenso olor a zoológico. Se dio cuenta de que ya no hacían falta las cerillas: había una especie de luz, un resplandor horrible y cada vez más potente. En esa luz cenagosa sus amigos parecían cadáveres ambulantes.
--Allí delante hay una pared, Bill -dijo Eddie.
--Ya lo s-s-sé.
Ben sintió que su corazón recuperaba la normalidad. Tenía un gusto agrio en la boca y empezaba a dolerle la cabeza. Se sentía deprimido y asustado.
--La puerta -susurró Beverly.
Sí, allí estaba. Veintisiete años antes habían cruzado esa puerta con sólo agachar la cabeza. Ahora tendrían que pasar a cuatro patas. Habían crecido; allí estaba la prueba final, por si hacía falta.
Ben sentía el pulso en la sien y en las muñecas. Su corazón seguía un palpitar ligero y rápido que se parecía a la arritmia. "Pulso de paloma", pensó sin saber por qué, y se humedeció los labios con la lengua.
Por debajo de esa puerta surgía una luz brillante, entre amarilla y verde; atravesaba el adornado agujero de la cerradura en un rayo tan grueso que parecía posible cortarlo.
La marca seguía sobre la puerta y una vez más todos vieron algo diferente en ese extraño diseño, Beverly vio la cara de Tom. Bill, la cabeza cortada de Audra, con ojos inexpresivos que se fijaban en él incriminatoriamente. Eddie, una calavera sonriente y puesta sobre dos tibias cruzadas: el símbolo del veneno. Richie, la cara barbuda de un Paul Bunyan enajenado cuyos ojos eran rendijas de asesino. Y Ben vio a Henry Bowers.
--¿Somos lo bastante fuertes, Bill? -preguntó-. ¿Podemos hacer esto?
--N-n-n-no lo sé -dijo Bill.
--¿Y si está cerrada? -sugirió Beverly con un hilo de voz.
La cara de Tom le hacía burla.

--N-no -afirmó Bill-. Los lug-lugares como éste n-n-nunca est-están cece-cerrados.

Apoyó los dedos de la mano derecha, extendidos contra la puerta (tuvo que agacharse para eso) y empujó. La puerta giró hacia un torrente de luz amarilloverdosa, enfermiza. Los recibió aquel olor a zoológico, el olor del pasado hecho presente, horriblemente vivo, obscenamente vital.

"Gira, rueda", pensó Bill porque sí. Y miró en derredor. Luego se dejó caer sobre manos y rodillas. Beverly lo siguió. Después, Richie. Detrás, Eddie. Ben fue el último; le ardía la piel con el contacto de la vieja suciedad que cubría el suelo. Pasó por el portal y, al incorporarse, el último recuerdo cayó en su sitio con la fuerza de un ariete psíquico.

Lanzó un grito y retrocedió, tambaleándose, llevándose una mano a la frente. Su primer pensamiento fue: "No me sorprende que Stan se suicidara. ¡Oh, Dios, por qué no me suicidé yo también!" Vio la misma expresión de aturdido espanto y la nueva aprensión en los rostros de los otros, en tanto las últimas llaves iban girando en sus correspondientes cerraduras.

Un momento después, Beverly, chillando, se aferraba a Bill: bajando a toda velocidad por su telaraña venía "Eso":una araña de pesadilla surgida de más allá del tiempo y el espacio, una araña que no hubiera podido imaginar el habitante más febril del infierno.

"No -pensó Bill fríamente-, tampoco es una araña pero esta forma no es algo que "Eso" haya tomado de nuestra mente; es lo más que nuestra imaginación puede aproximarse a

("los fuegos fatuos")

lo que "Eso" es."

Medía unos cuatro metros y medio de alto y era negra como una noche sin luna. Cada una de sus patas era gruesa como el muslo de un levantador de pesas. Sus ojos eran rubíes malévolos y brillantes que abultaban las cuencas, llenas de un fluido chorreante color cromo. Sus mandíbulas serradas se abrían y se cerraban, una y otra vez, dejando caer cintas de espuma. Ben, petrificado en un éxtasis de horror, vacilando en el límite de la locura total, observó, con la calma que existe en el ojo de la tormenta, que esa espuma estaba viva al caer en el suelo maloliente y que se filtraba por las rendijas retorciéndose como un protozoario.

"Pero "Eso" es otra cosa, una forma final que casi puedo ver, como se puede ver la forma de un hombre moviéndose tras la pantalla cinematográfica. Pero no quiero verla, por favor, no quiero ver a "Eso"..."

Ben intuyó que "Eso" estaba aprisionado en esa forma definitiva, la forma de la araña, por esa visión colectiva, no buscada, sin paternidad. Era contra este "Eso" que deberían vivir o morir.

La criatura gemía y chillaba. Ben tuvo la seguridad de que estaba oyendo dos veces esos ruidos: en la cabeza y, una fracción de segundo después, en los oídos. "Telepatía -pensó-. Le estoy leyendo la mente." Su sombra era un huevo achaparrado que se deslizaba sobre la antigua pared de esa madriguera. El cuerpo estaba cubierto de pelo áspero y Ben vio que poseía un aguijón capaz de ensartar a un hombre. De la punta surgía un fluido transparente que también estaba vivo; como la saliva, el veneno se retorcía hasta escurrirse por las, rendijas del suelo. El aguijón, sí... pero debajo de él, la barriga de "Eso" se abultaba

grotescamente, casi arrastrándose por el suelo. "Eso" cambiaba ahora de dirección, encaminándose, sin fallar, hacia el jefe del grupo: Bill.

"Es la bolsa de los huevos -pensó Ben y su mente pareció gritar ante las implicaciones de aquella idea-. No importa que sea "Eso" más allá de lo que vemos: esta representación es correcta, al menos simbólicamente: "Eso" es hembra y está preñada. Estaba preñada ya en aquel entonces y ninguno de nosotros se dio cuenta. Excepto Stan, quizá. Oh, sí, fue Stan quien lo comprendió, Stan, no Mike. Stan, quien nos dijo... Por eso tuvimos que volver, pasara lo que pasara, porque "Eso" es hembra y está preñada de algún engendro inconcebible... y está al final de su gestación."

Inconcebiblemente, Bill Denbrough se estaba adelantando para salir al encuentro de "Eso".

--¡No, Bill! -gritó Beverly.

--¡Que-que-quedaos atrás! -gritó Bill sin volverse.

Un momento después, Richie corría hacia él gritando su nombre y Ben descubría que sus propias piernas se habían puesto en movimiento. Le parecía tener una barriga bamboleándose delante de él; la sensación le resultó agradable: "Tener que volver a ser niños -pensó-. Es el único modo en que puedo impedir que "Eso" me vuelva loco. Tengo que convertirme otra vez en niño... tengo que aceptarlo."

Corría y gritaba el nombre de Bill, apenas consciente de que Eddie corría a su lado, balanceando el brazo roto con el cinturón de bata que Bill había usado para atarlo arrastrándose por el suelo. Eddie había sacado su inhalador. Parecía un pistolero demente armado con una extraña pistola.

Ben oyó que Bill aullaba:

--¡Tú ma-ma-mataste a mi hermano, hi-i-ija de p-puta!

Entonces "Eso" alzó las patas frente a Bill sepultándolo en su sombra, pataleando en el aire. Ben oyó un maullido ansioso y miró aquellos ojos malignos, rojos, ajenos al tiempo. Por un instante vio la forma oculta detrás de la apariencia: vio luces, vio una cosa peluda, reptante, infinita, que estaba hecha de luz y nada más, de luz naranja, una luz muerta que se fingía viva.

El rito se inició por segunda vez.

XXII. El rito de Chüd.

1. En la madriguera de Eso, 1958.

Fue Bill quien los retuvo unidos mientras la gran araña negra bajaba a toda velocidad por su tela provocando una brisa venenosa que les revolvía el pelo. Stan chilló como un bebé, los ojos pardos se le desorbitaban, se tiraba de las mejillas. Ben retrocedió lentamente hasta que su amplio trasero tocó la pared, a la izquierda de la puerta. Sintió un fuego frío quemarle los pantalones y volvió a apartarse, pero como en un sueño. Sin duda nada de todo eso podía estar ocurriendo; era, simplemente, la peor pesadilla del mundo. Descubrió qu e no podía levantar las manos. Parecían atadas a grandes pesos.

Richie sintió que los ojos se le iban hacia la tela. Aquí y allá, envueltos, parcialmente en hebras de seda que se movían como si tuvieran vida, había unos cuantos cadáveres putrefactos a medio comer. Creyó reconocer a Eddie Corcoran cerca del techo, aunque le faltaban las piernas y un brazo.

Beverly y Mike se abrazaron como Hansel y Gretel en los bosques, paralizados, mientras la araña llegaba al suelo y avanzaba, hacia ellos. Su sombra distorsionada corría a su lado, por la pared.

Bill los miró a todos: alto y delgado, con una camiseta sucia de barro y agua residual, que en alguna época había sido blanca; vaqueros y zapatillas cubiertos de mugre. Tenía el pelo sobre la frente y los ojos encendidos. Los miró a todos, como despidiéndose y se volvió hacia la araña. Inconcebiblemente, echó a andar hacia "Eso"; en vez de huir, apretaba el paso, con los puños apretados y las muñecas tensas.

--¡T-t-tú ma-mataste a mi he-e-ermano!

--¡No, Bill! -chilló Beverly, liberándose de los brazos de Mike para correr hacia él, con el pelo rojo ondeando tras ella. Y gritó a la araña-: ¡Déjalo en paz! ¡No lo toques!

"¡Oh, mierda, Beverly!", pensó Ben. Y corrió también, con la barriga bamboleándose frente a él, moviendo las piernas con fuerza, apenas consciente de que Eddie corría a su izquierda sosteniendo el inhalador con la mano sana como si fuera una pistola.

Entonces "Eso" alzó las patas frente a Bill, que estaba desarmado. Lo sepultó en su sombra. Ben aferró a Beverly por el hombro, pero la mano se le deslizó. Ella giró hacia él, con los ojos salvajes.

--¡Ayúdalo! -gritó.

--¿Cómo? -gritó Ben, a su vez.

Giró hacia la araña, oyó su maullido ansioso, miró aquellos ojos malignos, rojos, ajenos al tiempo y vio algo detrás de la apariencia, algo mucho peor que una araña. Algo que era todo luz demencial. Le faltó valor... pero era Bev quien se lo pedía. Bev, y él la amaba.

--¡Maldita, deja en paz a Bill! -chilló.

Un momento después, una mano le golpeaba la espalda con tanta fuerza que estuvo a punto de caer. Era Richie. Aunque le corrían las lágrimas por las mejillas, Richie sonreía como un loco. Las comisuras de la boca parecían llegarle casi a las orejas. Entre los dientes se filtraba un poco de saliva.

--¡Déjala, Ben! -ordenó-. ¡Chüd! ¡Chüd!

"¿Déjala? -pensó Ben-. ¿Habla como si fuera hembra?"

Y en voz alta:

--Pero ¿qué es eso? ¿Qué es Chüd?

--¡Qué coño sé yo! -chilló Richie. Corrió hacia Bill y quedó bajo la sombra de "Eso".

"Eso" se había bajado sobre las patas traseras. Las delanteras manoteaban el aire sobre la cabeza de Bill. Y Stan Uris, obligado a aproximarse, forzado a aproximarse a pesar de todos sus instintos, su mente y su cuerpo, vio que Bill mantenía la vista fija en "Eso", en sus inhumanos ojos naranja, ojos de los que brotaba aquella horrible luz cadavérica. Se detuvo, comprendiendo que había comenzado el rito de Chüd, fuera lo que fuese.

2. Bill en el vacío, antes.
3.

--¿Quién eres y por qué vienes a mí?

--Soy Bill Denbrough. Ya sabes quién soy y por qué he venido. Mataste a mi hermano y he venido a matarte. Te equivocaste al elegirlo a él, hija de puta.

--Soy eterna, soy la Devoradora de Mundos.

--¿Ah, sí? Pues se te ha acabado la comida.

--Tú no tienes poder; el poder está aquí, siente el poder, y después veremos si vuelves a hablar de matar a la Eterna. ¿Crees verme a mí? ¡Ven, entonces! ¡Ven! ¡Ven!

Arrojado...

("castiga")

No, arrojado no, disparado, disparado como una bala humana, como la Bala Humana del circo que llegaba a Derry en mayo todos los años. Se vio levantado y lanzado al otro lado de la cámara. "esto sólo ocurre en mi mente -aulló para sí-. Mi cuerpo sigue allí, de pie, cara a cara con "Eso", sé valiente, es sólo un truco mental, sé valiente, resiste, resiste..."

("exhausto")

Hacia adelante, rugiendo, disparado por un túnel negro y chorreante de azulejos que tendrían cincuenta años de antigüedad, o cien, mil, un millón, volando en mortífero silencio por intersecciones, algunas iluminadas por ese fuego verde amarillento, retorcido, y otras por globos relumbrantes llenos, de una fantasmagórica luz blanca, y otros muertos y negros. Fue arrojado a una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora, pasando junto a un montón de huesos, algunos humanos, otros no, como un dardo propulsado por cohetes por un túnel de viento, que ahora iba hacia arriba, pero no hacia la luz, sino hacia la oscuridad, una oscuridad titánica

("el poste")

y estalló hacia fuera, hacia una negrura total, la negrura era todo, la negrura era el cosmos y el universo y el suelo de la negrura era duro, era como ebonita pulida, y él se deslizaba sobre el pecho y el vientre y los muslos como un peso en una lanzadera. Estaba en el suelo del salón de baile de la eternidad, y la eternidad era negra.

("tosco y recto").

--Basta ya, ¿por qué lo dices? Nada te salvará, niño estúpido.

("¡e insiste, infausto, que ha visto los espectros!")

--¡Basta ya!

(¡"Castiga exhausto el poste tosco y recto e insiste infausto que ha visto los espectros!")

--¡Basta ya! ¡Basta! Exijo, ordeno, que termines ya.

("No te gusta, ¿verdad?")

Y piensa: "Si pudiera al menos decirlo en voz alta, decirlo sin tartamudear, podría romper esta ilusión..."

--Esto no es una ilusión, niño estúpido; "es la eternidad. Mi eternidad, y estás perdido en ella, perdido para siempre. Nunca hallarás el camino de regreso; ahora

eres eterno y estás condenado a vagar en la negrura... después de que me hayas visto cara a cara".

Pero allí había algo más. Bill lo percibía, lo sentía, hasta podía olerlo. Una gran presencia en la oscuridad. Una Forma. No sintió miedo, sino un respeto sobrecogedor. Aquello era un poder que empequeñecía el poder de "Eso" y Bill sólo tuvo tiempo de pensar: "Por favor, seas quien seas, recuerda que soy muy pequeño..."

Corrió hacia aquello y vio que se trataba de una gigantesca tortuga con el caparazón blindado de muchos colores deslumbrantes. Su antiquísima cabeza de reptil asomó lentamente y Bill creyó sentir una vaga sorpresa despectiva por parte de la cosa que lo había arrojado hasta allí. Los ojos de la tortuga eran bondadosos. Bill se dijo que era lo más antiguo que uno pudiese imaginar, muchísimo más antigua que "Eso", que aseguraba ser eterna.

--¿"Qué eres tú?

--Soy la Tortuga, hijo. Yo hice el universo, pero no me culpes por eso, por favor; me dolía la barriga.

--¡Ayúdame, por favor! ¡Ayúdame!

--En estas cosas no tengo nada que ver.

--Mi hermano...

--Tiene su propio lugar en el macrocosmos, la energía es eterna, como ha de comprender hasta un niño como tú".

Ahora la Tortuga estaba quedando atrás; aun a esa tremenda velocidad de deslizamiento, su flanco blindado parecía prolongarse interminablemente a su derecha. Pensó, vagamente, en un tren que pasara en dirección opuesta al suyo, un tren tan largo que, al cabo, parece estar quieto o hasta marchar hacia atrás. Aún podía oír el parloteo y los zumbidos de "Eso": su voz aguda, furiosa, inhumana, llena de loco odio. Pero cuando habló la Tortuga, la voz de "Eso" quedó completamente borrada. La Tortuga hablaba en la mente de Bill y Bill comprendió, de algún modo, que aún había "Otro" y que ese "Otro" Definitivo habitaba un vacío más allá de éste. Ese "Otro" Definitivo era, tal vez, el creador de la Tortuga, que sólo sabía observar, y de "Eso", que sólo sabía comer. Ese "Otro" era una fuerza más allá del universo, un poder más allá de todos los poderes, el autor de todo lo que tenía ser.

Y de pronto creyó entenderlo: "Eso" quería arrojarlo a través de alguna muralla, en el fin del universo, hacia otro lugar

("lo que la vieja Tortuga llamaba macrocosmos")

donde vivía realmente "Eso", donde existía como médula titánica y refulgente que podía no ser más que una pequeñísima mota en la mente de eso "Otro"; Bill vería a "Eso" desnudo, una fuerza destructiva y sin forma y quedaría misericordiosamente aniquilado o viviría eternamente, demente pero consciente dentro del ser de "Eso", homicida, infinito e informe.

--¡"Por favor, ayúdame! ¡Por los otros!

--Debes ayudarte a ti mismo, hijo.

--Pero ¿cómo? ¡Dime, por favor! ¿Cómo, cómo, cómo"?

Había llegado ya a la altura de las patas traseras de la Tortuga, densamente escamadas. Tuvo tiempo de observar su carne titánica pero viejísima. Tuvo tiempo

de maravillarse ante sus gruesas uñas, que eran de un extraño color amarillo azulado; en cada una nadaban galaxias enteras.

--"Por favor, tú eres buena, siento y creo que eres buena. Te suplico ayuda.

--Tú ya lo sabes. No tienes sino Chüd y a tus amigos.

--Por favor, oh, por favor.

--Hijo, tienes que golpear exhausto el poste tosco y recto e insistir infausto que has visto los espectros... es todo lo que puedo decirte. Una vez te metes en una mierda cosmológica como ésta, tienes que tirar el manual de instrucciones".

La voz de la Tortuga estaba desapareciendo. Ya la había dejado atrás, sumido en una oscuridad más profunda que lo profundo. La voz de la Tortuga estaba siendo sofocada, superada, por la voz alegre y parloteante de la Cosa que lo había arrojado hacia ese vacío negro: la voz de la araña, de "Eso".

--¿"Qué te parece esto, amiguito?, ¿te gusta?, ¿le das una buena puntuación porque tiene un ritmo muy bailable?, ¿puedes sujetarlo con las amígdalas y sacudirlo a derecha e izquierda?, ¿te ha gustado mi amiga la Tortuga? Yo creía que esa vieja estúpida había muerto hacía años. Además, para qué te sirvió. ¿Creías que podía ayudarte?

--No no no castiga exhausto no c-ccast-t-t-t- no

--¡Basta de cháchara! Hay poco tiempo; hablemos mientras sea posible. Háblame de ti, amiguito... Dime, ¿te gusta la fría oscuridad de aquí fuera?, ¿estás disfrutando de este recorrido por la nada que se extiende fuera? ¡Ya verás cuando pases al otro lado, amiguito! ¡Ya verás cuando cruces a donde estoy yo! ¡Espera! ¡Espera a ver los fuegos fatuos! Los verás y te volverás loco... pero vivirás... y seguirás viviendo..., dentro de ellos ... dentro de Mí".

"Eso" aullaba de venenosa risa y Bill notó que su voz empezaba a borrarse y a crecer, como si a un tiempo estuviera alejándose de su alcance... y precipitándose hacia él. ¿Y no era eso, exactamente, lo que estaba ocurriendo? Tuvo la impresión de que así era. Porque, si bien las voces mantenían una sincronización perfecta, la que en ese momento estaba más cerca era totalmente extraña; pronunciaba sílabas que ninguna lengua, ninguna garganta humana podía reproducir. Bill se dijo que era la voz de los fuegos fatuos.

--"Queda poco tiempo; hablemos mientras podamos".

Su voz humana se borraba como se borran las emisoras de radio de Bangor cuando uno viaja en coche hacia el Sur. Bill se llenó de un terror intenso, quemante. Muy pronto estaría más allá de toda comunicación cuerda con "Eso"... y una parte de él comprendía que, a pesar de toda su risa, de su extraña alegría, "Eso" no deseaba otra cosa. No le bastaba con enviarlo al sitio donde estaba, cualquiera que fuese, sino que necesitaba romper la comunicación mental. Si eso se interrumpía, Bill sería totalmente aniquilado. Quedar sin comunicación era quedar sin salvación; él lo sabía por la forma en que sus padres se habían comportado con él a partir de la muerte de George. Era la única lección aprendida de esa frialdad de nevera.

Distanciarse de "Eso"... y aproximarse a "Eso". Pero el distanciarse era, de algún modo, más importante. Si "Eso" quería comer niños ahí fuera, ¿por qué no los enviaba a todos allí? ¿Por qué sólo a él? Porque "Eso" tenía que deshacerse de su yo-araña. De algún modo, el "Eso" araña y el "Eso" de los fuegos fatuos estaban vinculados. Aquello que vivía en la oscuridad podía ser invulnerable

cuando estaba allí, pero "Eso" también estaba en la tierra, debajo de Derry, con una forma física. Por repulsiva que resultara, en Derry era física... y lo físico se podía matar.
Bill resbalaba en la oscuridad a velocidad siempre creciente. "¿Por qué sus palabras me parecen sólo una amenaza hueca? ¿Cómo es posible?", pensaba.
Creyó comprender cómo...
"Sólo hay Chüd", había dicho la Tortuga. ¿Y si eso fuera Chüd? ¿Y si acaso se habían mordido profundamente las lenguas, no en lo físico sino en lo mental, en lo espiritual? ¿Y si, en caso de que "Eso" arrojara a Bill al vacío, hacia su yo eterno e incorpóreo, el rito hubiera terminado? "Eso" se habría liberado de él, lo mataría y lo ganaría todo, al mismo tiempo.
--"Lo estás haciendo bien, hijo, pero muy pronto será demasiado tarde.
--¡Está asustada! ¡"Eso" me tiene miedo! ¡Nos tiene miedo a todos"!
Resbalaba, seguía resbalando y allá adelante había un muro, lo sintió, lo percibió en la oscuridad, el muro del límite final y más allá la otra forma, los fuegos fatuos...
--"No me hables, hijo, y no hables contigo mismo; estás desprendiéndote, muerde si te atreves, si quieres, si eres valiente, si puedes soportarlo... ¡Muerde, hijo"!
Bill mordió con fuerza; no con sus dientes sino con la dentadura de su mente.
Bajando la voz a un registro más grave (en realidad, adoptó la voz de su padre, aunque se iría a la tumba sin saberlo; algunos secretos nunca se saben y probablemente es mejor así), gritó:
--¡"Golpea exhausto el poste tosco y recto e insiste infausto que ha visto los espectros! ¡Ahora suéltame"!
Sintió en su mente el grito de "Eso", un alarido de rabia frustrada y arrogante.... pero también era un alarido de miedo y dolor. "Eso" no estaba habituada a ser derrotada; nunca le había ocurrido semejante cosa y hasta los momentos más recientes de su existencia, tampoco había sospechado que fuera posible.
Bill la sintió debatirse; ya no tiraba de él: "empujaba", tratando de apartarlo.
--¡"Golpea exhausto el poste tosco y recto, he dicho!
--¡Basta!
--¡Llévame devuelta! ¡Tienes que hacerlo! ¡Yo lo ordeno! ¡Lo exijo"!
"Eso" volvió a gritar, con un dolor más intenso, tal vez porque había pasado su larguísima existencia infligiendo dolor, alimentándose de él, pero sin experimentarlo nunca como parte de sí.
Aún trataba de empujarlo, de deshacerse de él, insistiendo, ciega y tercamente, en vencer, como siempre había vencido hasta entonces. Pujaba, pero Bill sintió que su velocidad exterior había disminuido y una imagen grotesca le vino a la mente: la lengua de "Eso", cubierta de esa saliva viviente, extendida como una gruesa serpiente, resquebrajada, sangrando. Se vio a sí mismo aferrado a la punta de esa lengua con los dientes, desagarrándola poco a poco, con la cara bañada en ese convulsivo licor que era la sangre de "Eso", ahogándose en su mortífero hedor, pero siempre aferrado, mientras "Eso" se debatía en su ciego dolor y su ira acumulada, para no dejar que su lengua se retirara hacia atrás.
("Chüd, esto es Chüd, aguanta, sé valiente, sé leal, defiende a tu hermano, a tus amigos; cree, cree en todas las cosas que has creído: creo que, si dices a un

policía que te has extraviado, él se encargará de que llegues a casa sano y salvo, cree que hay ratones que cambian los dientes de leche por monedas y que los Reyes Magos vienen en camellos a repartir juguetes y que el Capitán Medianoche bien puede existir, sí puede, aunque Carlton, el hermano mayor de Calvin y Cissy Clark diga que no es más que cuentos para niños; cree que tus padres volverán a quererte, que el valor es posible y que las palabras surgirán siempre con fluidez; no más Perdedores, no más acurrucarse en un agujero del suelo diciendo que es la casita del club, no más llorar en el cuarto de Georgie porque no pudiste salvarlo y porque no sabías; cree en ti mismo, cree en el calor de ese deseo")

De pronto, Bill comenzó a reír en la oscuridad, presa de un asombro total, encantado.

--¡"Mierda, creo en todas esas cosas; sí, creo"! -gritó, y era verdad: con once años había observado que las cosas salían bien antes que mal, en una proporción absurda.

Una luz se encendió. Levantó los brazos sobre su cabeza. Volvió la cara hacia lo alto y, de pronto, sintió que el poder fluía a borbotones de él.

Oyó que "Eso" gritaba otra vez... y se vio arrastrado hacia atrás por el mismo camino que ya hiciera, aún sujeto a la imagen de sus dientes profundamente hincados en la carne de esa lengua, dientes apretados como una lúgrube muerte. Se arrastró por la oscuridad; el viento de ese lugar vacío le soplaba en los oídos.

Pasó, arrastrándose junto a la Tortuga y vio que ella había escondido la cabeza en el caparazón. Su voz surgió hueca y distorsionada, como si hasta esa concha fuera un pozo con profundidad de eternidades.

--"No has estado mal, hijo, pero yo de ti acabaría el trabajo; no dejes que se escape. La energía tiende a disiparse, ¿sabes? Lo que se puede hacer a los once años, con frecuencia no se puede hacer nunca más".

La voz de la Tortuga se borraba, se borraba. Sólo quedó la oscuridad.... y después , la boca de un túnel ciclópeo... olores a tiempo y podredumbre... telarañas rozándole la cara como putrefactas hebras de seda en una casa embrujada... azulejos mohosos que pasaban en un borrón... intersecciones, ya oscuras en su totalidad, desaparecidos ya los globos de luna, y "Eso" que gritaba, gritaba:

--¡"Suéltame, suéltame! ¡No volveré jamás! ¡Déjame"! ¡"Duele Duele Dueeee"!

--¡"Castiga exhausto el poste"!- aulló Bill, casi en un delirio.

Vio luz delante, pero se estaba desvaneciendo, vacilando como una gran vela que se ha consumido casi por completo... y por un momento se vio a sí mismo con los otros, en fila, tomados todos de la mano; Eddie estaba a un lado; Richie al otro. Vio su propio cuerpo que se derrumbaba, vio que la cabeza le daba vueltas en el cuello, siempre mirando a la araña, que se retrocedía y giraba como un derviche, golpeando el suelo con sus patas peludas y ásperas, dejando gotear el veneno desde su aguijón.

"Eso" aullaba en su agonía de muerte. Al menos, así lo creyó Bill.

De pronto cayó sobre su cuerpo bruscamente. La fuerza de la caída arrancó sus manos de las de Richie y Eddie, haciéndolo resbalar de rodillas por el suelo hasta el borde de la telaraña. Sin darse cuenta, estiró la mano hacia una de las hebras. La mano se adormeció instantáneamente, como si le hubieran inyectado novocaína. La hebra era gruesa como un cable de tendido de teléfono.

--¡No la toques, Bill! -chilló Ben.
Bill apartó la mano con un movimiento rápido y brusco, dejando un sitio en carne viva en su palma, justo debajo de los dedos, que se llenó de sangre. Se levantó, tambaleante, sin apartar los ojos de la araña.
Se iba trabajosamente, abriéndose paso por la creciente penumbra que reinaba en la parte trasera de la cámara al desvanecerse la luz. Iba dejando charcos de sangre oscura a su paso. De algún modo, la confrontación había perforado sus entrañas en diez, en, cien lugares.
--¡La tela, Bill! -vociferó Mike-. ¡Cuidado!
Bill dio un paso atrás en el momento en que las hebras de la telaraña caían sobre las lajas a cada lado, como cadáveres de carnosas serpientes blancas. De inmediato empezaron a perder forma y escurrirse por los resquicios entre las piedras. La telaraña se deshacía desprendiéndose de sus numerosas ataduras. Uno de los cadáveres, envuelto como una mosca, cayó al suelo con un horrible ruido a calabaza podrida.
--¡La araña! -gritó Bill-. ¿Dónde está?
Aún la oía chillar de dolor. Comprendió vagamente que había entrado en el mismo túnel por donde había arrojado a Bill hacia... Pero ¿entraba allí para huir hacia el lugar donde había querido enviar a Bill... o para esconderse hasta que ellos se hubieran ido? ¿Para morir? ¿Para escapar?
--¡Mierda, las luces! -gritó Richie-. ¡Se están apagando las luces! ¿Qué ha ocurrido, Bill? ¿Adónde has ido? ¡Te dimos por muerto!
En alguna confundida parte de su mente, Bill comprendió que eso no era cierto: si lo hubieran dado por muerto habrían huido en desbandada y "Eso" los habría apresado con facilidad, uno a uno. o tal vez era más acertado decir que lo habían dado por muerto, pero también habrían creído que seguía con vida.
"¡Tenemos que asegurarnos! Si "Eso" está agonizando o si ha vuelto al lugar de donde vino, donde está el resto de ella, todo está bien. Pero ¿y si sólo está herida? ¿Y si se cura? ¿Qué...?"
El chillido de Stan se abrió paso dolorosamente entre sus pensamientos. Bajo la luz menguante, Bill vio que una de las hebras de la telaraña le había caído sobre el hombro. Antes de que Bill pudiera llegar hasta él, Mike se arrojó hacia Stan, apartándolo. El fragmento de telaraña cayó hacia atrás, llevándose un trozo de la camiseta de Stan.
--¡Retroceded! -gritó Ben-. ¡Apartaos, se está cayendo!
Cogió a Beverly de la mano y tiró de ella hacia la puertecita mientras Stan se levantaba dificultosamente y, después de dirigir alrededor una mirada aturdida, aferraba a Eddie. Los dos echaron a andar hacia Ben y Beverly ayudándose mutuamente; parecían fantasmas bajo la luz menguante.
Allá arriba, la telaraña se derrumbaba perdiendo su temible simetría. Los cadáveres giraban perezosamente en el aire, como plomadas. Las hebras transversales caían como peldaños podridos de un complejo de escalerillas. Los filamentos rotos golpeaban contra las lajas, siseaban, perdían forma y empezaban a fundirse.
Mike Hanlon avanzó en zigzag por entre ellos, tal como más tarde avanzaría entre los miembros del equipo adversario, en el instituto, con la cabeza gacha, esquivando. Richie se reunió con él. curiosamente reía, aunque tenía el pelo de

punta como púas de puerco espín. La luz se hizo más escasa; la fosforescencia que se había adherido a las paredes iba muriendo.

--¡Bill! -gritó Mike . ¡Vamos! ¡Larguémonos de aquí!

--¿Y si no ha muerto? -aulló Bill-. ¡Tenemos que seguirla, Mike! ¡Tenemos que asegurarnos!

Una telaraña se descolgó como paracaídas con un ruido espantoso, como de pellejo arrancado. Mike cogió a Bill por el brazo y lo apartó de un tirón,

--¡Ha muerto! -gritó Eddie, reuniéndose con ellos. Sus ojos brillaban febrilmente; su respiración sonaba como un gélido viento de invierno en la garganta. Las hebras de telaraña habían quemado parte del yeso de su brazo-. ¡La he oído! Estaba agonizando. Nadie da esos quejidos cuando sale a bailar. ¡Se estaba muriendo, estoy seguro!

Richie sujetó a Bill y lo atrajo a un recio abrazo, palmeándole la espalda.

--Yo también la oí. ¡Estaba agonizando, Gran Bill! Se moría... ¡Y ya no tartamudeas! ¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo diablos...?

A Bill le daba vueltas la cabeza. El agotamiento le vencía. No recordaba haberse sentido tan cansado en toda su vida, pero en su mente oía la voz de la Tortuga: "Yo de ti acabaría el trabajo; no dejes que escape... lo que se puede hacer a los once años, con frecuencia no se puede hacer nunca más."

--Pero tenemos que asegurarnos...

Las sombras se acrecentaban; la oscuridad era ya casi completa. Pero antes de que la luz se fuese totalmente, Bill creyó ver la misma duda infernal en la cara de Beverly... y en los ojos de Stan. Y todavía, al apagarse el último resplandor, seguían oyendo el tenebroso susurro-estremecimiento-golpeteo de aquella inefable telaraña que caía en pedazos.

3. Bill en el vacío, después.

--¡Bueno, otra vez por aquí, amiguito! Pero ¿qué ha pasado con tu pelo? ¡Estás calvo como una bola de billar! Qué vida triste y corta tienen los humanos. Cada vida no es sino un breve panfleto escrito por un idiota.

--Aún sigo siendo Bill Denbrough. Mataste a mi hermano, mataste a Stan el Galán y trataste de matar a Mike. Y yo voy a decirte algo: esta vez no cejaré hasta acabar mi trabajo.

--La Tortuga era estúpida, demasiado estúpida para mentir. Te dijo la verdad amiguito... La oportunidad sólo se presenta una vez. Me heriste... me cogiste por sorpresa, pero no volverá a suceder. Fui yo quien te llamó para que volvieras. Yo.

--Tú llamaste, sí, pero no eras la única.

--Tu amiga la Tortuga... murió hace años. La vieja idiota vomitó dentro de su caparazón y murió ahogada. Lástima, ¿no? Pero también muy extraño. Merecía figurar en el libro Guinness de los récords. Sucedió más o menos cuando tú sufriste ese bloqueo de escritor. Seguramente sentiste su desaparición, amiguito.

--Eso tampoco lo creo.

--Oh, ya lo creerás... ya lo verás. Esta vez, amiguito, quiero que lo veas todo, incluso los fuegos fatuos.

Bill sintió que "Eso" elevaba su voz, zumbante, chillona; después percibió toda la extensión de su furia y se sintió aterrorizado. Trató desesperadamente de recobrar la fe infantil, comprendiendo, al mismo tiempo que había, una mortífera verdad en lo que "Eso" acababa de decir: la vez anterior la había pillado por sorpresa. Esta vez, aun si "Eso" no había sido quien los había llamado, sin duda los estaba esperando.

Sintió renacer su furia en cuanto sus ojos se fijaron en los de la araña. Percibió sus viejas cicatrices y comprendió que la había herido de verdad, que aún estaba herida.

Y en el momento en que "Eso" lo arrojaba, mientras sentía que la mente le era arrancada del cuerpo, concentró todo su ser en aferrarse a ese pensamiento.... y "falló".

4. Richie.

Los otros cuatro lo observaban todo, paralizados. Era una exacta repetición de lo que había pasado antes... La araña, que parecía a punto de atrapar a Bill para devorarlo, se quedó súbitamente quieta. Los ojos de Bill se fijaron en los de "Eso", que parecían de rubí. Hubo una sensación de contacto... un contacto cuya percepción estaba más allá de sus posibilidades. Pero sintieron el forcejeo, la lucha de voluntades.

Entonces Richie levantó la vista hacia la nueva telaraña y reparó en la primera diferencia.

Como en la anterior ocasión había cadáveres, algunos medios podridos y a medio comer, pero a buena altura, en un rincón, se veía un cuerpo de mujer y Richie tuvo la certeza de que ése estaba fresco, tal vez con vida. Beverly no había levantado los ojos, pero Richie, a pesar de su propio terror, notó el parecido entre Beverly y la mujer de la telaraña. Su cabellera larga y roja; tenía los ojos abiertos, pero vidriosos e inmóviles; la saliva le corría desde la comisura de la boca hasta la barbilla. Había sido atada a uno de los hilos principales de la telaraña por medio de un arnés de grasa que le rodeaba la cintura y pasaba por debajo de sus brazos, de modo que pendía hacia adelante, medio inclinada, brazos y piernas balanceándose flojamente. Estaba descalza.

Richie vio otro cadáver a los pies de la tela, un hombre al que no conocía; sin embargo, su mente registró cierto parecido con el difunto y no llorado Henry Bowers. La sangre había brotado de sus ojos y estaba coagulada alrededor de la boca y sobre el mentón. Al parecer...

--¡Algo va mal! -gritó Beverly-. ¡Haced algo, por el amor de Dios, que alguien haga algo...!

Richie levantó la vista hacia Bill y la araña... y oyó una risa monstruosa. La cara de Bill se estaba estirando de un modo sutil. Su piel tenía el tono amarillento del pergamino, el brillo de una persona muy vieja. Tenía los ojos en blanco. 1405

"Oh, Bill, ¿dónde estás?"

A los ojos de Richie, la sangre brotó súbitamente de la nariz de Bill en forma de espuma. Se le retorcía la boca tratando de gritar... y ahora la araña avanzaba otra vez hacia él. Giraba, presentando su aguijón...

"Quiere matar su cuerpo mientras su mente está en otra parte. Quiere expulsarlo para siempre... Bill, ¿dónde estás? Por el amor de Dios, ¿dónde estás?"
Desde algún lugar, como a través de distancias inconcebibles, oyó gritar a Bill... y las palabras, aunque sin sentido, eran claras como el cristal; estaban llenas de una horrible
("la Tortuga ha muerto; era verdad, la Tortuga ha muerto")
desesperación.
Bev volvió a chillar y se cubrió los oídos con las manos, para no oír esa voz menguante. El aguijón de la araña se elevó. Richie corrió hacia "Eso" con una sonrisa de oreja a oreja y clamó, con su mejor voz de policía irlandés:
--¡Tranquila, chiquilla! ¿Qué diablos estás haciendo, eh? ¡Quédate quietecita si no quieres que te baje las bragas y te caliente el culo!
La araña dejó de reír. Richie sintió que, dentro de aquella cabeza, se elevaba un aullido de furia y dolor. "¡La he herido! -pensó, triunfante-. Además la he pillado por sorpresa. Creo que a bill se le escapó pero mientras "Eso" estaba distraída yo..."
En ese momento, los gritos en la cabeza de "Eso" parecían una colmena de abejas furiosas. Richie se vio arrancado de sí mismo y arrojado a la oscuridad, apenas consciente de que "Eso" estaba tratando de sacudírselo de encima. Y lo hacía bastante bien. Lo invadió el miedo, reemplazado de inmediato por una sensación de absurdo cósmico. Se acordó de Beverly con su yo-yo Duncan, enseñándole a utilizarlo. Y allí estaba Richie, el yo-yo humano, y la lengua de "Eso" era el cordel. Y ¿qué cosa había más absurda que ésa?
Richie rió. No estaba bien en aquella situación. "Eso" lo hizo reír otra vez.
La araña aulló sacudiéndolo furiosamente, bramando su furia por haber sido nuevamente tomada por sorpresa. "Eso" había creído que sólo la desafiaría el escritor. Y de pronto ese hombre, que reía como un niño enloquecido, acababa de atraparla cuando menos preparada estaba.
Richie sintió que se desasía.
--Un momento, señorita. O nos metemos juntos en esto o no le vendo ningún billete de lotería, joder, y le juro que todos tienen un premio grande.
Sintió dolor cuando "Eso" intentó defenderse. Vaya, eso sí que era divertido. Aun en la oscuridad, arrojado tras Bill, con sólo ese monstruo inimaginable conectándolo con su propio mundo, aun con el dolor de sus colmillos ponzoñosos invadiéndole la mente como una niebla roja, era muy divertido. "¡Mirad, amigos, y os convenceréis de que un disc-jockey puede volar!"
Estaba volando, sí.
Estaba en una oscuridad tan profunda como nunca había imaginado que pudiese haberla, viajando a la velocidad de la luz y sacudido como una rata entre las fauces de un doberman. Sintió que allá delante había un cadáver titánico. ¿La Tortuga a la que Bill había llorado con voz menguante? Sin duda. Era sólo el caparazón, una mole muerta. Quedó atrás y Richie siguió volando en la oscuridad.
"Quemando neumáticos, ahora sí", pensó y sintió otra vez esa gran necesidad de reír.
""Bill, Bill, ¿me oyes"?"
--Se ha ido, está en los fuegos fatuos. ¡Suéltame! ¡"Suéltame"!
(¿"Richie"?)
Increíblemente lejos, increíblemente lejos en la negrura.

"¡"Bill! Aquí estoy, Bill, sujétate. Por Dios, sujétate."
--Ha muerto, todos ustedes han muerto, son demasiado viejos, ¿no lo ves? ¡Y ahora suéltame!
--Vamos, zorra, nunca se es tan viejo que no se pueda bailar el rock.
--¡%Suéltame%!
--Llévame a donde esta él y tal vez te suelte".
("Richie")
Más cerca, ahora estaba más cerca, gracias a Dios...
--"Aquí vengo, Gran Bill. ¡Richie al rescate! ¡Aquí viene Richie, a salvar ese culo viejo y arrugado! Te debía una por lo de Neibolt Stret, ¿recuerdas"?
--¡"Sueltameeee"!
"Eso" estaba sufriendo y Richie comprendió hasta qué punto la había tomado por sorpresa. La araña había creído que sólo tendría que lidiar con Bill. Bueno, mejor así, A Richie no le interesaba matarla de inmediato; ya no estaba seguro de que se la pudiera matar. Pero a Bill sí lo podía matar, y Richie temió que a su amigo le quedara muy poco tiempo. Se acercaba ya a una enorme y horripilante sorpresa en la que era mejor no pensar.
(¡"No, Richie! ¡Vuélvete! ¡Esto es el límite de todo! ¡Los fuegos fatuos"!)
De pronto Bill estaba allí, resbalando a
(¿"la derecha, la izquierda?, allí no había dirección")
un lado u otro. Y más allá de él, acercándose a toda prisa, Richie percibió algo que, por fin, ahogó su carcajada. Era una extraña barrera no geométrica, que su mente no podía aprehender. Su cerebro lo tradujo lo mejor que pudo, tal como había traducido la forma de "Eso" a una araña y Richie lo concibió como una colosal, muralla gris, hecha de picas de madera fosilizada. Esas picas se prolongaban eternamente hacia arriba y hacia abajo. Y por entre ellas brillaba una luz cegadora. "Eso" se movió, fulminante, con una sonrisa y un bramido. La luz estaba viva.
("los fuegos fatuos")
Más que viva: estaba llena de una fuerza: magnetismo, gravedad, tal vez otra cosa. Richie se sintió levantado en vilo y luego succionado hacia abajo, algo lo hacía girar y tiraba de él, como si fuera en canoa por una garganta de veloces rápidos. Sintió que la luz se movía velozmante en su cara... y la luz estaba pensando.
"Es "Eso", es "Eso", el resto de "Eso"."
--"Suéltame, prometiste soltarme.
--Ya lo sé, pero a veces miento; mi mamá me pega cuando lo hago, pero mi papá se ha resignado".
Sintió que Bill iba a los tumbos hacia una de las grietas de la pared. Sintió que dedos de luz malignos se estiraban hacia él, y con un último esfuerzo desesperado tendió la mano hacia su amigo.
--¡"Tu mano, Bill! ¡Dame la mano! ¡La mano"! ¡"La mano, maldita sea"!
Bill alargó bruscamente la mano, abriendo y cerrando los dedos, mientras aquel fuego viviente se retorcía sobre la alianza de Audra en diseños fugaces: ruedas, medias lunas, estrellas, esvásticas, círculos enlazados que se convertían en cadenas. La cara de Bill estaba bañada por la misma luz y parecía un tatuaje. Richie se estiró todo lo posible mientras oía los alaridos de "Eso".

("se ha escapado, oh, por Dios, y va a pasar por")
Los dedos de Bill alcanzaron los de Richie y éste cerró la mano con fuerza. Las piernas de Bill pasaron por una abertura entre leños petrificados y, por un momento demencial, Richie notó que le veía las venas, los huesos y los capilares, como si esa pierna estuviera en la máquina de rayos X más poderosa del mundo. Richie sintió que los músculos del brazo se le estiraban como caramelo blando; sintió que la articulación del hombro crujía por la presión acumulada.
Reunió fuerzas para gritar:
--¡"Llévanos de regreso! ¡Si no nos llevas de regreso te mataré! ¡Te... mataré a fuerza de voces"!
La araña volvió a chillar. De pronto, un gran látigo atrapó el cuerpo de Richie. Empezó a perder asidero en la mano de Bill.
--¡"Sujétate, Gran Bill!
--¡Lo intento, Richie"!
"Mejor así -pensó Richie-, porque podrías caminar billones de kilómetros ahí fuera sin encontrar un lavabo."
Volvieron en un vuelo sibilante; aquella luz descabellada se fue borrando convertida en una serie de puntos brillantes que, al fin, se apagaron. Cruzaban la oscuridad como torpedos: Richie sujetando la muñeca de Bill con una mano dolorida. Allí estaba la Tortuga; pasó en un instante.
Sintió que se acercaban a aquello que pasaba, por el mundo real (pero pensó que jamás volvería a considerarlo como algo "real", exactamente, sino como un ingenioso telón de fondo, sostenido con un montón de cables entrecruzados... como las hebras de una telaraña). "Pero saldremos ilesos -pensó-. Volveremos y..."
Entonces empezaron otra vez las sacudidas, el verse arrojado a un lado y a otro. Por última vez, "Eso" trataba de aniquilarlos. Richie oyó un gutural rugido de triunfo y se concentró en vencer... pero seguía perdiendo asidero. "Eso" parecía estar perdiendo sustancia y realidad.
--¡Socorro! -gritó Richie-. ¡Se me escapa! ¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude!

5. Eddie.

Eddie tenía cierta noción de lo que estaba pasando; de algún modo lo sintió, lo vio, como a través de una cortina de gasa. En algún lugar, Bill y Richie trataban de volver. Sus cuerpos estaban allí pero la sustancia de ellos estaba muy lejos.
Había visto que la araña giraba para ensartar a Bill en su aguijón y que Richie se adelantaba a toda carrera gritándole algo con su ridícula voz de policía irlandés... Richie parecía haber mejorado muchísimo su imitación, en los años transcurridos, porque su voz se asemejaba misteriosamente a la del señor Nell.
La araña se había vuelto hacia Richie y Eddie vio que sus indescriptibles ojos rojos se abultaban en sus cuencas. Richie volvió a gritar, esta vez con la voz de Pancho Villa, y Eddie sintió que la araña aullaba de dolor. Ben soltó un grito áspero al ver surgir una grieta en aquel pellejo a lo largo de una de sus viejas cicatrices. Por allí brotó un torrente de líquido negro como petróleo crudo. Richie estaba diciendo algo más.... pero su voz empezó a languidecer, como el final de

una canción pop. La cabeza le cayó hacia atrás, con los ojos fijos en los de "Eso". La araña volvió a quedar inmóvil.

Eddie no habría podido decir cuánto tiempo llevaba allí. Richie y la araña se miraban fijamente. Eddie sentía el vínculo entre ambos; percibía un torbellino de palabras y emociones que se desarrollaban muy lejos. No escuchaba nada con exactitud, pero sentía los tonos en colores y matices.

Bill yacía en el suelo, acurrucado, sangrando por la nariz y los oídos, con el semblante pálido y los ojos cerrados.

La araña sangraba por cuatro o cinco puntos, nuevamente malherida, pero aún peligrosamente vital. Eddie pensó: "¿Por qué no hacemos algo? ¡Podríamos atacarla mientras está ocupada con Richie! ¿Por qué nadie hace nada, maldita sea?"

Imaginó un triunfo descabellado... y esa sensación se tornó más clara, más nítida. Más próxima. "¡Vuelven! -habría querido gritar, si no hubiera tenido la boca demasiado seca, la garganta demasiado tensa-. ¡Ya vuelven!"

La cabeza de Richie empezó a girar lentamente, de lado a lado. Su cuerpo se estremecía dentro de la ropa. Las gafas pendieron, por un momento, en su nariz... luego cayeron contra las lajas.

La araña sufrió una convulsión; sus patas golpearon secamente en el suelo. Eddie oyó un terrible grito de triunfo y, un momento después, la voz de Richie estalló claramente en su cabeza:

(¡"Socorro! ¡Se me escapa! ¡Que alguien me ayude"!)

Entonces Eddie se adelantó mientras sacaba el inhalador del bolsillo con la mano sana. Respiraba en dolorosos silbidos por la garganta no más grande que el agujero de un alfiler. En una visión demencial, la cara de su madre bailoteó delante de él, gritando: "¡No te acerques a "Eso", Eddie! ¡No te acerques! ¡Esas cosas provocan cáncer!"

--¡Cállate, mamá! -gritó Eddie con voz aguda y chillona, toda la que le quedaba.

La cabeza de la araña giró en su dirección, apartando momentáneamente los ojos de Richie.

--¡Toma! -aulló Eddie con su voz estrangulada-. ¡Toma un poco de esto!

Saltó contra "Eso" y disparó su inhalador al mismo tiempo, y por un instante recobró toda su fe infantil en los medicamentos, los medicamentos de la niñez que lo arreglaban todo, que le hacían sentirse mejor cuando los chicos más grandes lo maltrataban o cuando lo atropellaban al salir de la escuela o cuando tenía que quedarse sentado junto a Tracker Hermanos, porque su madre no le dejaba hacer deporte. Era buena medicina, medicina fuerte; y al saltar contra la cara de la araña percibiendo su asqueroso aliento amarillo, sobrecogido por su furia concentrada y su decisión de aniquilarlos a todos, disparó el inhalador directamante a uno de aquellos ojos-rubíes.

Sintió su alarido; esa vez no era de ira, sólo de dolor y agonía. Vio la miríada de gotitas que se posaba en ese bulto rojo-sangre, las vio ponerse blancas allí donde se posaban, las vio hundirse tal como se hubiera hundido una salpicadura de ácido sulfúrico. Vio que su enorme ojo empezaba a achatarse como una sanguinolenta yema de huevo y corría en un horrible torrente de sangre y pus.

--¡Vuelve ahora, Bill! -gritó en un postrer esfuerzo.

Y golpeó a "Eso". Sintió su ruidoso calor metiéndose en él; sintió un calor húmedo, terrible, y se dio cuenta de que su brazo sano se había deslizado en la boca de la araña.
Apretó otra vez el inhalador dentro de la maligna y maloliente garganta de "Eso", y sintió un dolor súbito, deslumbrante, claro como la caída de una guillotina. "Eso" había cerrado las fauces, desgarrándole el brazo a la altura del hombro.
Eddie cayó al suelo, sangrando por el muñón del brazo, vagamente consciente de que Bill se estaba levantando, estremecido, de que Richie avanzaba hacia él, a tropezones, como borracho tras una larga noche.
--Eds...
Todo se alejaba de él junto con su sangre: toda la ira, el dolor, el miedo, la confusión y el sufrimiento. Estaba agonizando, peor se sentía... Oh, Dios, se sentía lúcido, como una ventana a la que le acaban de limpiar los cristales y deja entrar, en su gloriosa y atemorizante luz, una insospechada aurora. La luz, oh, Dios, esa luz perfecta y racional que despeja el horizonte en alguna parte del mundo, segundo a segundo.
--Eds; oh Dios mío, Bill, Ben, alguien ha perdido un brazo, el...
Eddie miró a Beverly y vio que estaba llorando; las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras le pasaba un brazo por la cintura. Ella se quitó la blusa y trató de detener la hemorragia mientras gritaba pidiendo ayuda. Después miró a Richie y se humedeció los labios con la lengua. Se esfumaba, se esfumaba. Se iba tornando más y más translúcido, vaciándose. Todas las impurezas escapaban de él para dejarlo limpio, para que la luz pudiera pasar; de haber tenido tiempo suficiente, habría podido pronunciar un sermón. "No es malo -empezaría-. Morir no es nada malo." Pero antes necesitaba decir otra cosa.
--Richie- susurró.
--¿Qué? -Richie estaba hincado mirándolo con desesperación.
--No me llames Eds -dijo y sonrió. Levantó lentamente la mano izquierda y le tocó la mejilla. Richie lloraba-. Sabes que... que...
Eddie cerró los ojos, pensando cómo terminar; y mientras estaba pensándolo, murió.

6. Derry, 7.00/9.00.

Hacia las siete de la mañana, la velocidad del viento en Derry alcanzaba 56 km"h con ráfagas que llegaban a 68. Harry Brooks, meteorólogo destacado en el aeropuerto internacional de Bangor, hizo una llamada de alarma a la oficina de Augusta. Según dijo, los vientos venían del oeste y soplaban en un extraño esquema semicircular; él jamás lo había visto, pero cada vez se parecía más a un misterioso huracán de bolsillo limitado casi exclusivamente al municipio de Derry. A las 7.10, las principales radioemisoras de Bangor transmitieron las primeras advertencias de que se aproximaba un fuerte vendaval. La explosión del transformador de potencia en el local de Tracker Hermanos, había dejado sin energía eléctrica a todo el sector de Kansas Street que daba a Los Barrens. A las 7.17, un viejo arce de Old Cape, en Los Barrens, cayó con un estruendo aterrado y aplastó un almacén nocturno en la esquina de Merit con la avenida Cape. Un

anciano cliente, llamado Raymon Fogarty, murió al caerle encima una nevera; se trataba del mismo Fogarty que, como ministro de la primera iglesia metodista de Derry, había presidido el sepelio de George Denbrough en octubre de 1957. El arce derribó también tantos cables del tendido que dejó sin corriente a los bloques de Old Cape y a los Sherburn Woods, algo más elegantes. El reloj de la iglesia de la Gracia no había dado las seis ni las siete. A las 7.20, tres minutos después de la caída del arce en Old Cape, aproximadamente una hora y cuarto después de que se produjera el desbordamiento de todos los inodoros y sumideros de la zona, el reloj de la torre sonó trece veces. Un minuto después, un rayo cayó sobre la cúpula. Heather Libby, la esposa del ministro, estaba mirando por la ventana, de la cocina en ese momento; según su declaración, la cúpula "estalló como si la hubieran cargado con dinamita". Sobre la calle llovieron tablas pintadas de blanco, trozos de viga y piezas de relojería suiza. Los astillados restos de la cúpula ardieron por un instante y se apagaron bajo la lluvia, ya convertida en un diluvio tropical. Las calles que descendían por la colina hacia la zona comercial del centro burbujeaban bajo la lluvia. El curso del canal, bajo Main Street, se había convertido en un trueno constante que provocaba miradas intranquilas entre la gente. A las 7.25, mientras el estruendo de la cúpula de la Gracia aún reverberaba sobre Derry, el portero que iba al bar de Wally todas las mañanas en días hábiles, para limpiar el local, vio algo que le hizo salir aullando a la calle. Este hombre alcohólico desde once años atrás cobraba una miseria por sus servicios; su verdadero sueldo consistía en la autorización de beberse el resto de los barriles de cerveza guardados bajo el mostrador. Era Vincent Caruso Taliendo, más conocido entre sus ex compañeros del quinto curso por el seudónimo de "Boogers". Mientras limpiaba, en esa apocalíptica mañana de Derry, acercándose cada vez más al mostrador, vio que los siete barriles de cerveza se inclinaban hacia adelante como empujados por siete manos invisibles. La cerveza corrió en ríos de espuma blanca y dorada. Vincent dio un paso sin pensar en fantasmas ni en espectros, sino en la pérdida del de esa mañana. De pronto se detuvo con los ojos desorbitados. Un grito de horror se elevó en la apestosa caverna, que era el bar de Wally; la cerveza había dado paso a torrentes de sangre que se arremolinaban en los sumideros. La vio brotar a borbotones y correr por la barra en pequeños arroyos. De pronto, de las espitas comenzaron a brotar pelos y trozos de carne. "Boogers" Taliendo observaba todo eso demudado, sin fuerzas siquiera para volver a gritar. A continuación se oyó una explosión seca: uno de los barriles había estallado. Las puertas del armario instalado bajo la barra se abrieron de par en par y de ellas brotó un humo verdoso, como la estela de un truco de magia. "Boogers" había visto más que suficiente. Huyó gritando a todo pulmón hacia la callé. Cayó sentado, se levantó y lanzó una mirada de terror sobre el hombro. Una de las ventanas del bar estalló con el ruido de una galería de tiro al blanco. Alrededor de su cabeza zumbaron fragmentos de vidrio. Un momento después estalló la otra ventana. Él quedó milagrosamente ileso... pero decidió que había llegado el momento de hacer una visita a su hermana, la que vivía en Eastport. Se puso en marcha de inmediato y su viaje constituyó una saga en sí mismo, pero baste decir que, a su debido tiempo, logró salir de la ciudad. Hubo otros que tuvieron menos suerte. Aloysius Nell, de setenta y siete años, estaba sentado con su esposa en la sala de su casa, en Strapham Street, contemplando la tormenta que azotaba

Derry. A las 7.32 sufrió un ataque fatal. Su esposa dijo a su hermano, una semana después, que Aloysius había dejado caer la taza de café en la alfombra, súbitamente erguido y con los ojos dilatados, gritando: "¡Tranquila, chiquilla! ¿Qué diablos estás haciendo, eh? ¡Te quedas quietecita si no quieres que te baje las bra...!" Luego cayó fulminado al suelo. Maureen Nell, que conocía sus problemas de corazón desde hacía tres años, comprendió inmediatamente que aquello era el fin y, después de aflojarle el cuello de la camisa, corrió al teléfono para llamar al padre McDowell. Pero el teléfono no funcionaba. No emitía más que un ruido extraño, como el de los coches de la policía. Por lo tanto, aun sabiendo que eso era una blasfemia por la que debería responder ante san Pedro, había intentado administrarle los últimos sacramentos. Según dijo su hermano, confiaba en que Dios lo comprendería, aunque san Pedro no lo hiciera. Aloysius había sido un buen esposo y un buen hombre; si bebía demasiado era a causa de su sangre irlandesa. A las 7.49 una serie de explosiones sacudió la galería Derry, levantada en los terrenos de la difunta fundición kitchener. No hubo víctimas mortales; la galería no abría hasta las diez; los cinco hombres encargados de la limpieza no debían llegar hasta las ocho y, dado lo horrible de la mañana, muy pocos habrían ido a trabajar. Más adelante, un equipo de investigadores descartó que pudiera tratarse de un sabotaje. Sugirieron que las explosiones podían haber sido provocadas por el agua que se había filtrado hasta el sistema eléctrico de la galería. Fuera cual fuese el motivo, nadie haría compras en la galería Derry por mucho tiempo. Un estallido barrió totalmente el local de la joyería Zale. Anillos de diamantes, brazaletes de identificación, sartas de perlas, bandejas de alianzas y relojes digitales volaron por doquier en un verdadera lluvia de baratijas brillantes. Una caja musical voló al otro lado del corredor y cayó en la fuente, donde tocó una burbujeante versión del tema de "Love Story" antes de cerrarse. La misma explosión abrió un agujero en el local de Baskin-Robbins, convirtiendo los 31 sabores en sopa de helado que corrió por el suelo en arroyos turbios. El estallido que atravesó a Sears levantó un trozo de techo; el viento cada vez más fuerte se lo llevó como a una cometa. Descendió a mil metros de distancia atravesando limpiamente el silo de un granjero llamado Brent Kilgallon. El hijo de este hombre, de dieciséis años de edad, corrió al exterior con la Kodak de su madre y tomó una foto que fue comprada por el "National Enquirer" en sesenta dólares, que el chico utilizó para comprar dos neumáticos nuevos para su motocicleta. Una tercera explosión hizo pedazos la tienda Hit or Miss, haciendo volar faldas, vaqueros y ropa interior en llamas hasta el inundado aparcamiento. Por fin, otro estallido abrió la pequeña sucursal del banco farmers como si hubiera sido una caja de galletitas. También en ese caso voló un trozo del techo. Los sistemas de alarma se dispararon con un aullido que no pudo ser callado hasta que se produjo un cortocircuito en los cables del sistema independiente, cuatro horas después. Pólizas de préstamo, documentos bancarios, certificados de depósito, cheques y formularios volaron por los aires barridos por el viento. Y también dinero: en su mayoría, billetes de diez y de veinte, con una generosa suma de billetes de cinco, de cincuenta y de cien. Volaron más de setenta y cinco mil dólares según los empleados del banco. Más tarde, tras una violenta sacudida a la estructura de ejecutivos bancarios, algunos admitirían, estrictamente en privado, que habían sido, más bien, doscientos mil.

Una mujer de Haven, Rebecca Paulson, encontró un billete de cincuenta dólares aleteando bajo el felpudo de su puerta trasera, dos de veinte en su pajarera y otro de cien pegado a un roble, en el patio trasero. Ella y su marido utilizaron el dinero para pagar dos letras del coche. El doctor Hale, médico jubilado que vivía en Broadway Oeste desde hacía casi cincuenta años, murió a las ocho de la mañana. El doctor Hale se jactaba de que siempre, desde hacía veinticinco años, efectuaba la misma caminata de tres kilómetros desde su casa, rodeando el parque Derry y el colegio. Nada se lo impedía: ni la lluvia ni el aguanieve ni el granizo ni los vientos aullantes del nordeste ni las temperaturas bajo cero. En la mañana del 31 de mayo se puso en marcha desoyendo las advertencias de su ama de llaves. Sus últimas palabras, pronunciadas mientras se acercaba a la puerta de la calle encasquetándose el sombrero, fueron: "No sea tonta, Hilda. Esto no es más que un chubasco. ¡Si hubiera visto lo de 1957! ¡Eso sí que fue una verdadera tempestad!" Cuando el doctor Hale giró nuevamente por Broadway Oeste, una tapa de cloaca se levantó súbitamente de la acera frente a la casa de los Mueller y decapitó al buen médico tan limpiamente que su cuerpo dio tres pasos más antes de caer al suelo.

Y el viento seguía arreciando.

7. Bajo la ciudad, 16.15.

Eddie los guió por los túneles oscurecidos durante una hora, quizá una hora y media, antes de admitir, con más desconcierto que miedo, que por primera vez en su vida se había extraviado. Aún se oía el rumor del agua en las cloacas, pero la acústica de esos túneles era tan desconcertante que resultaba imposible determinar si los ruidos llegaban por delante o por detrás, por la derecha o por la izquierda, desde arriba o desde abajo. Se habían acabado las cerillas. Estaban perdidos en la oscuridad.

Bill se sentía muy asustado, por cierto. No dejaba de recordar la conversación que había mantenido con su padre: "Montones de planos desaparecieron si dejar rastros... Eso quiere decir que nadie sabe a dónde van esas malditas tuberías ni por qué. Mientras funcionan, a nadie le importa. Cuando dejan de funcionar, el departamento de aguas corrientes envía a tres o cuatro pobres tíos que deben tratar de descubrir qué bomba se estropeó o dónde está el embozamiento... Está oscuro, huele mal y hay ratas. Todos ésos son buenos motivos para no meterse, pero hay otro más importante: que uno puede perderse. No sería la primera vez."

"No sería la primera vez. No sería la primera vez. No sería"...

Por supuesto. Allí estaba ese montón de huesos y restos de uniforme que habían visto camino de la madriguera de "Eso".

Bill sintió que el pánico lo invadía y lo reprimió. No fue fácil. Lo sentía allí, vivo, forcejeando y debatiéndose, tratando de escapar. A eso se agregaba la pregunta inoportuna, imposible de, responder, sobre si habían matado a "Eso". Richie decía que sí, Mike decía que sí, y también Eddie. Pero a Bill no le había gustado la expresión asustada y dubitativa de Bev y Stan un momento antes de apagarse la luz, mientras cruzaban la puerta alejándose de la telaraña que caía.

--Y ahora, ¿que hacemos? -preguntó Stan.

Bill percibió el tremolor asustado e infantil de su voz y comprendió que la pregunta iba dirigida a él.
--Sí -dijo Ben-. ¿Qué? Maldición, ojalá tuviéramos una linterna o una vela.
Bill creyó oír un sollozo sofocado en aquella pausa. Eso lo asustó aún más. Ben se habría asombrado de saber que Bill lo consideraba fuerte y lleno de recursos, más estable que Richie y menos propenso a derrumbarse súbitamente que Stan. Si Ben estaba a punto de estallar, tendrían un problema muy grave. Y la mente de Bill no volvía al esqueleto del obrero de aguas corrientes, sino a Tom Sawyer y Becky Thatcher, perdidos en la caverna McDougal. Trataba de apartar esa idea, pero volvía subrepticiamente una y otra vez.
Otra cosa le preocupaba, pero el concepto era demasiado grande y vago para su cansada mente de niño. Tal vez era su propia simplicidad lo que hacía huidiza esa idea: se estaban separando. El vínculo que los había unido durante todo ese largo verano se estaba disolviendo. "Eso" había sido vencido. Podía estar muerto, como creían Richie y Eddie, o tan malherido que durmiera por cien años, mil, diez milenios. Se habían enfrentado a "Eso", habían visto su naturaleza de hembra tras la última máscara, y era horrible, por supuesto. Pero una vez vista, su forma física no era tan espantosa, con lo que perdía su arma más potente. Después de todo, ¿quién no había visto una araña en su vida? Causaban una horrible impresión; probablemente ninguno de ellos pudiera volver a verlas
("si es que salimos de esto")
sin sentir un estremecimiento de repulsión. Pero las arañas eran sólo arañas, después de todo. Quizá cuando el horror deponía sus máscaras, no había nada que la mente humana no pudiera resistir. Ese pensamiento era alentador. Nada, salvo
("los fuegos fatuos")
lo que había allá fuera. Pero quizá hasta esa luz viviente que se agazapaba en el portal del macrocosmos, estaba muerta o moribunda. Los fuegos fatuos y el viaje por la oscuridad hacia el sitio donde existían, ya se estaban tornando neblinosos y difíciles de recordar. Y en realidad, eso no venía al caso. El fondo de la cuestión, percibido aunque no comprendido, era, simplemente, que esa amistad estaba llegando a su fin... estaba terminando y ellos todavía estaban en la oscuridad. Aquello había podido hacer de ellos algo más que niños, quizá, mediante la amistad. Pero ahora volvían a ser niños. Bill lo sentía tanto como los otros.
--¿Y ahora, Bill? -preguntó Richie, planteándolo, por fin, directamente.
--N-n-no lo sé -dijo Bill.
Allí estaba otra vez su infatigable tartamudeo. Él lo oyó. Los otros lo oyeron. De pie en la oscuridad, oliendo el empapado aroma del pánico creciente, se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que alguien (muy probablemente Stan) pusiera las cartas sobre la mesa: "¿Y por qué no lo sabes? ¡Tú nos metiste en esto!"
--¿Qué pasó con Henry? -preguntó Mike, intranquilo-. ¿Sigue por allá fuera o qué?
--Oh, vaya -dijo Eddie, casi gimiendo-. Me había olvidado de él. Estará por aquí, probablemente tan perdido como nosotros, y podemos tropezamos con él en cualquier momento.... diablos, Bill, ¿no tienes ninguna idea? ¡Tu padre trabaja por aquí! ¿No se te ocurre "nada"?

Bill escuchó el sonido distante del agua. Trató de concebir la idea que Eddie, que todos ellos tenían derecho a exigirle. En efecto, él los había metido en eso y era responsabilidad suya sacarlos de allí. No se ocurrió nada. Nada.

--Tengo una idea -dijo Beverly en voz baja.

Bill oyó un ruido que no pudo identificar de inmediato. Un sururro leve, que no daba miedo. Luego, algo más fácil de reconocer: una cremallera. "¿Qué...?", pensó. Y de pronto se dio cuenta: ella se estaba desnudando. Por algún motivo, Beverly se estaba desnudando.

--¿Qué estás haciendo? -preguntó Richie, y su voz espantada se quebró en la última palabra.

--Hay algo que sé -dijo Beverly en la oscuridad. A Bill le pareció que su voz sonaba como si ella fuese mayor-. Lo sé porque me lo dijo mi padre. Sé cómo hacer para que volvamos a estar juntos. Porque si no estamos juntos no saldremos jamás.

--¿Qué? -preguntó Ben, aturdido y aterrorizado-. ¿De qué estás hablando?

--De algo- que nos unirá para siempre. Algo que demostrará....

--¡N-n-no, B-B-Beverly! -exclamó Bill, comprendiéndolo todo.

--...que demostrará cuánto os amo a todos -terminó ella-, y que todos sois mis amigos.

--¿De qué está hablando esta ch...? -empezó Mike.

Beverly, interrumpió sus palabras.

--¿Quién será el primero? -preguntó-. Creo que

8. En la madriguera de Eso, 1985.

se está muriendo -sollozó Beverly-. El brazo, le comió el brazo...

Alargó la mano hacia Bill y lo aferró, pero Bill dio un respingo.

--¡"Eso" se está escapando otra vez! -aulló. - Tenía sangre en los labios y en el mentón-. ¡Va-va-vamos! ¡Richie! ¡Ben! ¡E-e-esta ve-vez tenemos q-q-que liquidarlo!

Richie sujetó a Bill y lo miró como se mira a quien está delirando.

--Bill, tenemos que ocuparnos de Eddie. Tenemos que ponerle un torniquete y sacarlo de aquí.

Pero Beverly ya estaba sentada en el suelo, con la cabeza de Eddie en el regazo, y lo acunaba. Le había cerrado los ojos.

--Ve con Bill -dijo-. Si dejáis que muera por nada... si "Eso" vuelve dentro de veinticinco años, de cincuenta, aunque sea dentro de dos mil años, juro que... perseguiré al espíritu de cada uno de vosotros. ¡Iros!

Richie la miró por un momento, indeciso. Luego cobró conciencia de que su cara se estaba desdibujando; ya no era una cara, sino una forma pálida en las sombras. La luz languidecía. Eso lo obligó a tomar una decisión.

--Está bien -dijo a Bill-. Esta vez lo perseguiremos.

Ben estaba de pie detrás de la telaraña, que había comenzado a desprenderse otra vez. También había visto la silueta que se balanceaba allá arriba y rogaba que Bill no la viera.

Pero en el momento en que la tela empezaba a caer, hebra a hebra, Bill la vio.

Vio a Audra, descendiendo como en un ascensor viejo y ruinoso. Bajó tres metros, se detuvo, balanceándose y descendió abruptamente otros cuatro o cinco metros. Su cara no se alteraba. Tenía muy abiertos los ojos, azules como porcelana. Los pies descalzos, se movían como péndulos. El pelo le colgaba sobre los hombros. Tenía la boca entreabierta.
--¡"Audra"! -vociferó Bill.
--Tranquilízate, Bill -gritó Ben.
La telaraña ya estaba cayendo en derredor. Chocaba contra el piso con un ruido sordo y empezaba a escurrirse. De pronto, Richie sujetó a Bill por la cintura y lo empujó hacia una abertura de unos tres metros que quedaba entre el suelo y el primer hilo de la telaraña desprendida.
--¡Ven, Bill!
--¡Ésa es Audra! -gritó Bill, desesperado-. ¡Es "Audra"!
--Me importa un bledo que sea ella o el Papa -repuso Richie, ceñudo-. Eddie ha muerto y nosotros vamos a matar a esa araña, si es que todavía está viva. Esta vez vamos a terminar el trabajo, Gran Bill. Y ahora, ¡vamos!
Bill se quedó un momento más. Las fotografías de los niños, de todos los niños muertos, parecieron pasar por su mente como fotografías perdidas del álbum de George.
--E-e-está bien. Va-vamos. Y que D-d-d-Dios me pe-perdone.
Corrió con Richie bajo la hebra de telaraña segundos antes de que cayera y se reunió con Ben al otro lado. Ambos siguieron a la araña, mientras Audra se bamboleaba a quince metros del suelo, envuelta en un capullo entumecedor sujeto a la telaraña en derrumbe.

9. Ben.

Siguieron el rastro de sangre negra: aceitosos charcos goteaban en las grietas entre las lajas. Pero a medida que el suelo empezaba a elevarse hacia una negra abertura semicircular en el extremo más alejado de la cámara, Ben vio algo nuevo: un rastro de huevos. Eran negros, de cáscara dura, tan grandes como de avestruz. Una luz cerúlea los iluminaba desde dentro. Ben vio que eran semitransparentes y distinguió unas formas negras que se movían en el interior.
"Sus hijos -pensó, sintiendo que se le estrangulaba el estómago-. Sus hijos abortados. ¡Dios mío!"
Richie y Bill se habían detenido y miraban los huevos con anonadado desconcierto.
--¡Seguid! ¡Seguid! -les gritó Ben-. ¡Yo me encargo de esto! ¡Atrapad a "Eso"!
--¡Cógela! -indicó Richie, arrojándole una cajita de cerillas del hotel.
Ben la atrapó en el aire. Bill y Richie siguieron corriendo mientras el arquitecto los seguía con la vista, a la luz del resplandor cada vez más mortecino. Luego miró uno de aquellos huevos, con su negra silueta de raya que se movía dentro, y vaciló. Eso... joder, aquello era demasiado horrible. Reunió todo su valor. Recordó la cara pálida y moribunda de Eddie. Y plantó una de sus botas sobre un huevo. Se rompió con un chapoteo opaco, dejando escapar una placenta maloliente que formó un charco. Un momento después, una araña del tamaño de una rata

reptaba por el suelo tratando de escapar, Ben oyó en la mente sus agudos chillidos.
Corrió tras ella y volvió a asestarle un pisotón. El cuerpo de la araña crujió bajo su talón. Richie sintió náuseas y, en ese momento, no pudo contenerse. Vomitó, pero de inmediato movió el talón de un lado a otro triturando aquella cosa contra las piedras.
"¿Cuántos más? ¿Cuántos huevos más habrá? ¿No leí en alguna parte que las arañas los ponen por miles... o millones? No puedo seguir haciendo esto. Me volvería loco..."
"Es preciso. Es preciso. Vamos, Ben, ¡contrólate!"
Se acercó al huevo siguiente y repitió el proceso. Todo volvió a ser igual: el chasquido seco, el chapoteo, el golpe de gracia. Y otra vez y otra más. Y otra. Fue avanzando lentamente hacia el arco negro por donde habían pasado sus amigos. Ahora la oscuridad era total. Beverly y la telaraña habían quedado atrás. Aún oía el susurro de los hilos desprendidos. Los huevos eran pálidas piedras en la oscuridad. Al llegar a cada uno, encendía una cerilla antes de abrirlo. En cada caso pudo seguir el curso de la aturdida cría y aplastarla antes de que la luz se apagara. No tenía idea de cómo iba a proceder si las cerillas se acababan antes de haber roto el último huevo y matado su indescriptible cría.

10. "Eso", 1985.

Aún seguían.
"Eso" sintió que aún seguían acortando la distancia y su miedo creció. Tal vez no era eterna, después de todo; por fin había que concebir lo inconcebible. Peor aún, "Eso" sentía la muerte de su cría. Un tercero de esos odiados hombres-niños caminaba sin cesar junto a sus huevos, casi demente de asco, pero aniquilando metódicamente a sus hijos.
"¡No!", gimió "Eso", debatiéndose, mientras la fuerza vital se le escapaba por cien heridas. Ninguna de ellas era mortal pero cada una, como un canto de dolor, hacía más lenta su agonía. Una de sus patas pendía de una sola hebra de carne. Uno de sus ojos había quedado ciego. Sentía dentro de sí un terrible desgarramiento resultado de algún veneno que otro de los odiados hombres-niños le había arrojado a la garganta.
Y seguían acercándose, acortando la distancia. ¿Cómo era posible? Eso gemía. Cuando percibió que esta han casi directamente atrás, hizo lo único que cabía: se volvió para presentar batalla.

11. Beverly.

Antes de que se apagara el último resplandor y se cerrara la oscuridad completa, Beverly vio que la esposa de Bill descendía otros seis metros y volvía a detenerse. Había empezado a girar; la larga cabellera roja se le abría en abanico. "Su mujer -pensó-. Pero yo fui su primer amor, y si él creyó que otra mujer era la primera fue sólo porque había olvidado... porque se había olvidado de Derry."

Entonces se quedó en la oscuridad, sola con el ruido de la tela que caía y el peso inerte de Eddie. No quería soltarlo, no quería apoyar su cara en el sucio suelo de ese lugar. Por eso retuvo su cabeza en el hueco de un brazo que se había entumecido en su mayor parte, apartándole el pelo de la frente húmeda. Pensó en los pájaros. Probablemente era algo tomado de Stan. Pobre Stan, que no había podido enfrentarse a "Eso".

"Para todos ellos, yo fui el primer amor."

Trató de recordarlo; era algo hermoso en que pensar en medio de tanta oscuridad amenazadora. Así se sentía menos sola. Al principio, el recuerdo no cristalizó. Se interponía la imagen de los pájaros: cuervos, grajos y estorninos, aves de primavera que volvían cuando la nieve fundida aún corría por las calles y las últimas capas de blancura sucia se aferraban tercamente a los sitios sombreados.

Al parecer, era siempre en un día nublado cuando se oían y se veían esos pájaros primaverales. Entonces una se preguntaba de dónde venían. De pronto estaban allí en Derry, colmando el aire con su cháchara ruidosa. Se alineaban en los cables de teléfono y en los tejados de las casas victorianas de Broadway Oeste. Peleaban por un puesto en las ramas de aluminio de la complicada antena de televisión que coronaba el bar de Wally. Sobrecargaban las ramas negras y mojadas de los olmos, en el tramo inferior de Main Street. Se posaban a conversar con las voces chillonas de viejas campesinas en la feria. Y de pronto, ante una señal que los humanos no reconocían, alzaban vuelo a un tiempo ennegreciendo el cielo con su número... para descender en otra parte.

"Sí, los pájaros. Pensaba en ellos porque tenía vergüenza. Fue mi padre quien me inspiró esa vergüenza, supongo, y tal vez también por culpa de "Eso"."

Llegó el recuerdo, el recuerdo oculto tras los pájaros, pero vago y desarticulado. Tal vez siempre seria así. Había....

Sus pensamientos se interrumpieron al darse cuenta de que Eddie

12. Amor y deseo, 10 de agosto de 1958.

es el primero en venir, porque es el más asustado. Se acerca a ella, no como su amigo del verano, sino como habría acudido a su madre sólo tres o cuatro años antes: para recibir consuelo; no se aparta de su suave desnudez; en un principio ni siquiera parece sentirla. Está temblando y, aunque ella lo abraza, la oscuridad es tan perfecta que no puede verlo ni aun a esa distancia. Aparte del duro yeso, es como abrazar a un fantasma.

--¿Qué quieres? -le pregunta él.

--Pon tu cosa dentro de mí -dice ella.

Él trata de apartarse, pero Beverly lo retiene hasta que él cede. Ha oído que alguien (Ben, probablemente) ahogaba una exclamación.

--No puedo hacerlo, Bevvie. No sé cómo.

--Creo que es fácil. Pero tendrás que desnudarte. -Piensa en lo intrincado de separar yeso y camisa para luego volver a reunirlos y se corrige-. Los pantalones, al menos.

--¡No, no puedo!

Pero Beverly piensa que una parte de él puede y quiere, porque ha dejado de temblar y ella siente algo pequeño y duro contra su vientre.

--Puedes asegura, y lo obliga a tenderse.

Bajo su espalda y sus piernas desnudas, la superficie está firme, arcillosa, seca. El distante tronar del agua resulta tranquilizador como un arrullo, Lo busca. Por un momento se interpone la cara de su padre, áspera severa.

("quiero ver si estás intacta")

pero ella rodea con los brazos el cuello de Eddie, apoya su mejilla suave contra la otra mejilla suave y, mientras él le toca los pechos con timidez, suspira y, piensa, por vez primera: "Este es Eddie." Y recuerda un día de julio en que ninguno de los otros se había presentado en Los Barrens, sólo Eddie, con un montón de revistas de historietas y habían pasado leyendo juntos la mayor parte de la tarde.

Piensa en pájaros; en especial, en los grajos, los estorninos y los cuervos que vuelven en primavera. Sus manos aflojan el cinturón de Eddie, aunque él insiste en que no puede; ella responde que puede, ella sabe que puede, y lo que siente no es ya vergüenza ni miedo sino una especie de triunfo.

--¿Adónde? -pregunta él, y esa cosa dura se aprieta con avidez, contra el muslo de ella.

--Aquí.

--¡Bevvie, me voy a caer encima de ti! -protesta él, y empieza a jadear.

--Creo que, más o menos, ésa es la idea.

Ella lo guía con suavidad. Él empuja con fuerza y le duele.

--¡Sssss! -aspira ella, mordiéndose el labio inferior, mientras vuelve a pensar en los pájaros, en los pájaros de primavera que se alinean en los tejados de las casas y luego levantan el vuelo bajo las nubes de marzo.

--¿Beverly? -susurra él-. ¿Estás bien?

--No te apresures -indica ella-. Así te será más fácil respirar.

El obecede. Al cabo de unos momentos su respiración se acelera, pero ella comprende que no le ocurre nada malo.

El dolor desaparece. De pronto él se mueve cada vez más rápido y repentinamente se detiene tenso; emite un sonido, una especie de ruido. Ella adivina que eso es algo extraordinario y muy especial para el chico, algo como... volar. Se siente poderosa; experimenta una sensación de triunfo que crece con fuerza dentro de ella. ¿Era eso lo que tanto temía su padre? ¡Pues se entiende! Hay potencia en ese acto, sí, una potencia que corre por la sangre y capaz de romper cadenas. No experimenta placer físico, pero sí una especie de éxtasis mental, Percibe la unión de los cuerpos. Él apoya la cara en su pecho y ella lo abraza. El chico llora. Y la parte de él que establecía el vínculo empieza a desvanecerse. No porque se retire, sino, simplemente, porque se empequeñece.

Cuando el peso de Eddie se aparta, ella se incorpora y le toca la cara en la oscuridad.

--¿Lo has conseguido?

--¿Qué cosa?

--Lo que sea. No lo sé muy bien.

Él sacude la cabeza; Beverly lo sabe porque tiene una mano en su mejilla.

--No creo que haya sido exactamente como... bueno, como dicen los chicos más grandes, ya me entiendes. Pero fue... realmente hubo algo. -Habla en voz baja para que los otros no oigan-. Te amo, Bevvie.
En ese punto, su conciencia se pierde un poco. Está segura de que siguen hablando, pero no sabe qué se dicen. No importa. ¿Tendrá que convencerlos a todos, una y otra vez? Probablemente sí. pero no importa. Es preciso convencerlos de que acepten ese vínculo humano esencial entre el mundo y el infinito, el único sitio donde el torrente sanguíneo toca la eternidad. No importa. Lo que importa es el amor y el deseo. Aquí, en la oscuridad, se puede hacer como en cualquier otra parte. Quizá mejor que en muchas otras.
Mike se acerca a ella; después, Richie, y el acto se repite. Ahora Beverly siente cierto placer, un difuso calor en su sexo infantil, aún no maduro. Cierra los ojos cuando le toca el turno a Stan y piensa en los pájaros, la primavera y los pájaros, y los ve una y otra vez, todos posándose al mismo tiempo, colmando los árboles despojados por el invierno, jinetes de la estación más cruda, los ve alzar el vuelo una y otra vez, y el aleteo es como el flameo de las sábanas en la cuerda. Y piensa: "Dentro de un mes, todos los niños del parque Derry tendrán cometas y correrán para que los cordeles no se enreden entre sí." Vuelve a pensar: "Así es volar."
Con Stan, como con los otros, experimenta ese melancólico momento de desvanecimiento, de abandono; lo que verdaderamente necesitan de ese acto, algo definitivo, está muy cerca, pero aún no lo han descubierto.
--¿Lo has hecho? -pregunta a Stan.
Aunque no sabe exactamente a qué se refiere, sabe que él no lo ha hecho.
Hay una larga pausa.
Luego toca turno a Ben. Tiembla de pies a cabeza, pero no es el temblor temeroso de Stan.
--No puedo hacerlo, Beverly -dice él, tratando de sonar a razonable, aunque suena a cualquier cosa menos a eso.
--Sí, puedes. Lo siento.
Y lo siente, sí. Beverly lo siente bajo la suave presión de su barriga. El tamaño, del pene le despierta cierta curiosidad y lo toca levemente. Él jadea contra su cuello; el soplo de su aliento le provoca en el cuerpo desnudo carne de gallina. Experimenta la primera torsión de calor auténtico; de pronto, su sentimiento es demasiado grande; lo reconoce demasiado grande
("y también su pene es demasiado grande, ¿podrá recibirlo en ella"?)
y demasiado adulto para ella, como si el sentimiento lo hiciera mejor. Es como los M-80 de Henry: algo que no se hizo para los chicos, algo que puede estallarte en las manos. Pero no es momento ni lugar para preocuparse. Allí hay amor y deseo, y la oscuridad. Si no tratan de alcanzar las dos primeras cosas, sin duda se que darán en la última.
--Beverly, no...
--Sí.
--Yo....
--Enséñame a volar -dice ella con una calma que no siente, notando que él se ha echado a llorar-. Enséñame, Ben.
--No....

--Si tú escribiste el poema, enséñame. Tócame el pelo si quieres, Ben. Adelante.

--Yo, Beverly... yo....

Ben parece sacudirse convulsivamente. Pero ella percibe otra vez que no se trata sólo de miedo. Ella ha provocado parte de esa convulsión que constituye la médula del acto. Piensa en

("los pájaros")

su cara, su cara seria, dulce, querida, y sabe que eso no es miedo: lo que él siente es deseo, un deseo profundo y apasionado que apenas puede contener, y ella vuelve a experimentar esa sensación de poder, de algo parecido a volar, como mirar desde arriba y ver todos los pájaros en los tejados, en la antena del bar de Wally, de ver las calles como en un mapa, oh sí, eran el amor y el deseo lo que enseñaban a volar.

--¡Ben...! ¡Sí, así...! -exclama súbitamente.

Y el himen se rompe.

Duele otra vez y por un momento Beverly tiene la sensación de ser aplastada. Luego él se incorpora y la sensación desaparece.

Es grande, oh, sí. Ben vuelve a penetrarla y el dolor es mucho más profundo que cuando Eddie estuvo allí. Ella tiene que morderse el labio y pensar en los pájaros para soportarlo, luego toca los labios de Ben con un dedo y él gime.

Él vuelve a embestirla y ella siente que el poder pasa súbitamente a él. Primero tiene la sensación de ser mecida, de una deliciosa dulzura en espiral que la hace girar la cabeza de lado a lado, indefensa. De sus labios cerrados brota un zumbido sin música, esto es volar, esto, oh amor, oh deseo, oh esto es algo imposible de negar, vínculo, entrega, un círculo más fuerte, vínculo, entrega.. vuelo.

--Oh, Ben, oh, querido, sí... -susurra mientras el sudor le perla la cara y siente el vínculo, indisoluble, algo muy parecido a la eternidad-. Te quiero tanto, querido Ben....

Y siente que comienza a pasar, algo de lo que las chicas que murmuran sobre sexo en el baño no tienen idea; ellas sólo se escandalizan de lo asqueroso que ha de ser el sexo y Beverly comprende ahora que, para casi todas el sexo ha de ser un monstruo desconocido; se refieren al acto llamándolo "Eso". ¿Harías "Eso"? Tu madre y tu padre ¿todavía hacen "Eso"? ¿Tu hermana hace "Eso" con su novio? Y aseguran que ellas no piensan hacer "Eso" jamás. Oh, sí, cualquiera pensaría que todas las chicas del quinto curso son futuras solteronas y Beverly comprende que ninguna de ellas puede imaginar esa... esa plenitud. Si no grita, es sólo porque los otros, al oírla, se asustarían. Se lleva la mano a la boca y muerde con fuerza. Ahora comprende mejor las risas chillonas de Greta bowie, Sally Mueller y las otras. ¿Acaso ellos siete no han pasado la mayor parte de ese verano, el más largo y terrible de sus vidas, riendo como chiflados? Uno ríe porque lo que da miedo, lo desconocido, es también lo que divierte. Uno ríe tal como los niños suelen reír y llorar al mismo tiempo cuando se acerca un payaso haciendo cabriolas, sabiendo que es divertido... pero también algo desconocido, lleno del poder eterno de lo desconocido.

Con morderse la mano no logra ahogar el grito. Sólo consigue no tranquilizar a los otros -y a Ben- gritando su afirmación en la oscuridad.

--¡Sí! ¡Sigue así!

Imágenes gloriosas de vuelo le llenan la cabeza mezcladas con el áspero graznar de los grajos y los estorninos. Esos ruidos se convierten en la música más dulce del mundo.

Y Beverly vuela, vuela muy alto. Ahora el poder no está en ella ni en él, sino entre ambos, y él también grita y ella siente que le tiemblan los brazos. Entonces se arquea hacia arriba, hacia él, percibiendo su espasmo, su profundo contacto, esa fugaz intimidad total entre dos seres. Juntos irrumpen en el éxtasis vital.

Entonces todo termina y quedan abrazados. Cuando él trata de decir algo, quizá alguna estúpida disculpa que estropee lo que ella recuerda, ella lo interrumpe con un beso y lo despide.

Bill viene hacia ella.

Trata de decir algo, pero su tartamudeo es casi absoluto.

--Calla -dice ella, ya segura en su nueva sabiduría, pero notándose cansada. Cansada y dolorida. Tiene los muslos pegajosos, tal vez porque Ben terminó de verdad o porque están sangrando-. Todo saldrá perfectamente.

--¿S-s-eg-segura?

--Sí -afirma ella y entrelaza las manos tras el cuello de él papándole el pelo sudoroso y apelmazado-. Bien segura.

--¿E-e-ees... est-t-t esto... e-e-e?

--Chisssst...

No es como Ben; -hay una pasión, pero no de la misma clase. Estar con Bill es la mejor conclusión posible. Es bueno, tierno, casi sereno. Ella siente su ansiedad, pero atemperada, refrenada por su solicitud hacia ella, tal vez porque sólo Bill y ella misma comprenden lo grandioso de ese acto que jamás deberán mencionar a nadie, ni siquiera entre sí.

Al final, la dulce penetración de Bill la toma por sorpresa. Tiene tiempo de pensar. "Oh, va a ocurrir otra vez y no sé si podré soportarlo..." Pero aquella dulzura barre sus pensamientos. Apenas lo oye susurrar:

--Te amo, Bev, te amo. Te amaré siempre. -Una y otra vez, sin tartamudear en absoluto.

Ella lo estrecha y ambos se quedan así, la suave mejilla de Bill apoyada contra la suya.

Luego, él se retira sin decir nada. Beverly queda sola, reuniendo sus ropas lentamente, sintiendo un dolor sordo, palpitante, del que ellos, por ser varones, jamás tendrán noticias. Siente también cierto placer exhausto y el alivio de que todo haya terminado. Ahora siente cierto vacío en la entrepierna y, aunque se alegra de que su sexo haya vuelto a ser suyo, esa vacuidad le provoca una extraña melancolía que jamás podrá expresar, excepto al pensar en árboles desnudos bajo un blanco cielo de invierno, en árboles vacíos que esperan a los pájaros, como sacerdotes que presiden la muerte de la nieve.

Los busca a tientas.

Por un momento nadie habla. Cuando alguien lo hace, no sorprende a Beverly que sea Eddie:

--Creo que cuando tomamos a la derecha, dos recodos atrás, debimos haber ido a la izquierda. Jolín, lo sabía, pero estaba tan nervioso que...

--Has pasado nervioso toda tu vida, Eds -dice Richie.

--Nos equivocamos también en otros lugares -continúa Eddie, sin prestarle atención-. Si conseguimos volver, creo que no habrá problemas.

Forman una fila torpe: Eddie adelante, Beverly segunda, con la mano en el hombro del primero, tal como la de Mike está sobre el suyo. Vuelven a caminar más aprisa. Eddie no da muestras de nervios ni de preocupación.

"Volvemos a casa -piensa Beverly, estremecida de alivio y regocijo-. A casa, sí, y eso será bueno. Hemos hecho lo que vinimos a hacer y ahora podemos volver a ser sólo chicos. Y eso también es bueno."

Mientras avanzan por la oscuridad, oye que el rumor del agua corriente está cada vez más cerca.

XXIII. La salida.

1. Derry, 9.00/10.00.

A las 9.10, en Derry, la velocidad del viento se mantenía a un promedio de 83 km"h, con ráfagas de hasta 105. El anemómetro del Palacio de Justicia registró una ráfaga de 122; luego, la aguja bajó a cero: el viento había arrancado el cuenco giratorio del techo haciéndolo volar en la penumbra barrida por la lluvia. Como el barco de papel de George Denbrough, jamás se lo volvió a ver. A las 9.30, lo que el Departamento de Aguas declara imposible no parecía sólo posible, sino inminente: que el centro de Derry se inundara por primera vez desde agosto de 1958 al atascarse o derrumbarse, durante una gran tormenta de lluvia, muchas de las cloacas viejas. A las 9.45, coches y furgonetas empezaron a descargar hombres malhumorados a ambos lados del canal. El viento hacía batir locamente sus equipos de lluvia. Por primera vez desde octubre de 1957 se había decidido amontonar bolsas de arena junto a los lados de cemento del canal. La arcada donde se hacía subterráneo, bajo la triple intersección de la zona céntrica, estaba llena casi hasta el tope. Las calles Main y Canal y el pie de Up-Mile Hill estaban intransitables, como no fuera a pie. Quienes chapoteaban apresuradamente para colaborar en el operativo de refuerzo con bolsas de arena, sentían que las calles mismas se estremecían bajo el frenético fluir del agua, así como una autopista elevada tiembla cuando dos grandes camiones se adelantan. Pero se trataba de una vibración regular y esos hombres se alegraron de estar en la parte norte de la ciudad, lejos de ese rumor, más intuido que oído.

Harold Gardener gritó a Alfred Zitner, propietario de la inmobiliaria Zitner, de la zona Oeste, preguntándole si las calles irían a desmoronarse. Zitner dijo que antes se congelaría el infierno. Harold imaginó por un instante a Adolf Hitler y a Judas Iscariote repartiendo patines para hielo, pero siguió cargando bolsas. Faltaban apenas siete u ocho centímetros para que el agua alcanzara los bordes del canal. En Los Barrens, el Kenduskeag ya se había salido de cauce y, hacia mediodía, los frondosos matorrales y los arbustos asomarían apenas en un vasto y maloliente lago. Los hombres seguían trabajando, deteniéndose sólo cuando se acababan las bolsas de arena... pero a las 9.50 quedaron petrificados ante un gran ruido de desgarramiento. Más tarde, Harold Gardener contó a su mujer que creyó que había llegado el fin del mundo. No era el centro lo que se estaba derrumbando

(todavía no), pero sí la torre-depósito. Sólo Andrew Keene, el nieto de Norbert Keene, presenció lo ocurrido, pero esa mañana había fumado tanta marihuana que, en un primer momento, lo consideró una alucinación. Vagaba por las calles inundadas de Derry desde las ocho, aproximadamente desde la misma hora en que el doctor Hale ascendiera a ejercer como médico de cabecera en el cielo. Estaba empapado hasta los huesos (exceptuando los treinta gramos de hierba protegidos bajos la axila) pero no se daba cuenta. Sus ojos se dilataron de incredulidad. Había llegado al Memorial Park, que se elevaba en la ladera de la colina de la torre-depósito. Y a menos que estuviera viendo mal, la torre tenía una marcada inclinación, como esa chapuza que habían hecho en Pisa y que figuraba en todas las cajas de fideos. "¡Vaya!", exclamó Andrew Keene, abriendo los ojos (a esa altura parecían conectados a pequeños resortes) mientras empezaban los ruidos de madera astillada. La inclinación de la torre se tornaba más y más pronunciada ante ese espectador de vaqueros pegados a unas pantorrillas flacas y diadema empapada que le chorreaba en los ojos.

Por el lado del centro se estaban desprendiendo las ripias blancas, soltando chorritos. Y a unos seis metros de altura, sobre los cimientos de piedra, acababa de abrirse una nítida grieta. De pronto empezó a brotar agua por esa grieta; las ripias soltaban bocanadas al viento. La torre empezó a emitir un ruido crujiente, como si cediera, y Andrew la vio moverse como la manecilla de un gran reloj que pasara de las doce a la una, de la una a las, dos. La bolsita de marihuana se le cayó de la axila y quedó dentro de la camisa, cerca del cinturón. Ni siquiera se dio cuenta. Estaba totalmente absorto. Desde el interior de la torre-depósito surgían ruidos vibrantes, como si se estuvieran rompiendo las cuerdas de la guitarra más grande del mundo: eran los cables instalados dentro del cilindro para equilibrar la presión del agua. La torre empezó a inclinarse más y más. Tablas y vigas se desgarraban. Las astillas saltaban al aire y se arremolinaban en el viento. "Esto es una locura", chilló Andrew Keene, pero su comentario se perdió en el estruendo final de la torre bajo siete mil toneladas de agua que brotaron por el lado roto. Aquello provocó una ola gris inmensa. Si Andrew Keene hubiera estado colina abajo, habría abandonado el mundo sin pérdida de tiempo. Pero Dios protege a los borrachos, a los niños pequeños y a los drogados hasta el tuétano. Andrew estaba en un sitio desde donde podía verlo todo sin ser tocado por una sola gota. "Fantásticos efectos especiales", vociferó, mientras el agua arrollaba el Memorial Park y barría el reloj de sol junto al cual un niño llamado Stan Uris solía observar los pájaros con los binoculares de su padre. "¡Steven Spielberg, muérete de envidia!" También voló el baño para pájaros. Andrew lo vio por un momento danto vueltas y vueltas antes de desaparecer. Una hilera de arces y abetos que separaban el parque de Kansas Street cayó como una fila de bolos. Al caer arrastraron los cables de energía eléctrica. El agua corría por la calle. Empezaba a parecerse más a agua que a esa pasmosa muralla que había arrasado el reloj de sol, el baño para pájaros y los árboles, pero aún tuvo potencia suficiente para barrer diez o doce casas al otro lado de Kansas, arrancándolas de sus cimientos para arrojarlas a Los Barrens. Se desprendieron con horrible facilidad, casi todas aún enteras. Andrew reconoció una de ellas; pertenecía a la familia Karl Massensik. El señor Massensik había sido su maestro de sexto curso, un verdadero cancerbero. Mientras la casa se iba cuesta abajo, Andrew vio que aún

ardía una vela en una ventana y se preguntó si su mente no estaba agregando detalles imaginarios. En Los Barrens se produjo una explosión y una breve llamarada amarilla: una lámpara de gas había prendido fuego al aceite que brotaba de un depósito de combustible roto.

Andrew miró al otro lado de Kansas Street, donde cuarenta segundos antes había una pulcra hilera de casas de clase media. Habían desaparecido como por ensalmo. En el mismo sitio se veían diez agujeros de sótano que parecían piscinas. Andrew quiso expresar su opinión de que eso era una locura, pero ya no podía chillar. Sentía el diafragma débil e inútil. Oyó una serie de golpes secos, crujientes, como los que haría un gigante al bajar por una escalera con los zapatos llenos de galletitas. Era la torre-depósito que rodaba colina abajo: un inmenso cilindro blanco que aún derramaba los restos de su contenido; los gruesos cables que ayudaban a mantenerla íntegra volaban por el aire y se estrellaban como látigos de acero contra la tierra blanda, provocando surcos que, inmediatamente, la lluvia torrencial llenaba de agua. Ante la vista de Andrew, que mantenía la barbilla apoyada en la clavícula, aquel cilindro, ya horizontal, con una longitud superior a 37 metros, voló por el aire. Por un momento pareció congelada allí una imagen surrealista salida de la cabeza de algún chiflado, con el agua de lluvia chisporroteando en sus flancos rotos, desaparecidas las ventanas, aún encendida la luz de la cúspide, como advertencia para los aviones que volaran bajo. Luego cayó a la calle con un estruendo final. Kansas Street había canalizado gran parte del agua que empezó a correr hacia el centro por Up-Mile Hill. "Antes había casas allí", pensó Andrew Keene. Y de pronto las piernas le flaquearon. Se sentó pesadamente y contempló los cimientos de piedras donde había visto erguirse la torre-depósito durante toda su vida. Y se preguntó si alguien podría creerle.

Se preguntó si él mismo lo creía.

2. La matanza, 10. 02 del 31 de mayo de 1985.

Bill y Richie vieron que "Eso" se volvía hacia ellos abriendo y cerrando las mandíbulas. Su único ojo se clavó en ellos, fulminante, y Bill notó que "Eso" producía su propia iluminación, como una especie de horripilante luciérnaga. Pero la luz era vacilante; la araña estaba malherida. Sus pensamientos zumbaban vacilantes

(¡"dejadme! dejadme y tendréis todo lo que habéis deseado en vuestra vida: dinero, fama, fortuna, poder, yo puedo daros todo eso")

en la cabeza de Bill.

Bill se adelantó fijando la vista en aquel ojo único. Sentía que el poder crecía dentro de él, otorgando a sus brazos vigor y firmeza, llenando cada puño apretado de fuerza propia. Richie caminaba a su lado enseñando los dientes.

("puedo devolverte a tu mujer -sólo yo puedo hacerlo- y no recordará nada, así como vosotros siete tampoco recordasteis nada")

Estaban ya muy cerca. Bill percibió el hedor de "Eso" y notó, con súbito horror, que era el olor de Los "Barrens", el que ellos tomaban siempre por olor a cloaca, a arroyos contaminados y a basura quemada... Pero ¿alguna vez lo habían creído así, en el fondo? Era el olor de "Eso"; tal vez fuera más potente en Los Barrens,

pero pendía en toda Derry como una nube y la gente no lo sentía, así como los cuidadores del zoológico no huelen nada después de un tiempo y hasta se extrañan de que los visitantes arruguen la nariz.

--Juntos -murmuró a Richie.

Su compañero asintió sin apartar los ojos de la araña, que ahora retrocedía ante ellos temblando sobre las abominables patas flacas, por fin dominada.

("No puedo daros vida eterna, pero puedo tocaros y viviréis muchísimo tiempo, doscientos años, trescientos, tal vez quinientos y puedo haceros dioses en la Tierra, si me dejáis ir, si me dejáis ir, si me dejáis"...)

--¿Bill? -preguntó Richie.

Bill, soltando un alarido, se lanzó a la carga. Richie corrió con él, codo con codo. Ambos golpearon con el puño cerrado, pero Bill comprendió que, en realidad, no golpeaban con los puños sino con la fuerza de ambos, combinada y acrecentada por la fuerza del "Otro"; era la fuerza de la memoria y el deseo, pero, sobre todo, era la fuerza del amor y de la niñez no olvidada, como una inmensa rueda.

El chillido de la araña invadió la cabeza de Bill, casi astillándole el cerebro. Sintió que su puño se hundía en una humedad espasmódica. Su brazo penetró hasta el codo. Lo retiró chorreando sangre negra. Del agujero que había hecho brotó aquel líquido viscoso.

Vio que Richie estaba de pie, casi debajo de ese cuerpo abotagado, empapado de la sangre oscura de "Eso", en la clásica postura del boxeador, golpeándolo con los puños chorreantes.

La araña contraatacó con sus patas. Bill sintió que una de ellas le desagarraba de refilón la camisa y la piel. El aguijón golpeó inútilmente contra el suelo. "Eso "se inclinó hacia adelante tratando de morderlo. Bill, en lugar de retroceder, se adelantó y, en vez de usar sólo el puño, empleó el cuerpo entero convirtiéndolo en un torpedo. Penetró en su vientre como el "fullback" que baja los hombros y arremete.

Por un momento temió que rebotaría contra esa carne maloliente. Con un grito inarticulado, empujó con más fuerza, impulsándose con las piernas hincando las manos en "Eso". Y logró penetrar. Aquellos fluidos calientes le corrieron por la cara metiéndosele en las orejas. Los aspiró por la nariz, en pequeños hilos.

Estaba otra vez en la oscuridad, metido hasta los hombros en aquel cuerpo convulsionado. Y pudo percibir un ruido: como el parejo "wac-wac-wac-wac" del tambor de bronce que precede el desfile de un circo cuando llega a la ciudad.

El sonido del corazón de "Eso".

Oyó que Richie daba un súbito grito de dolor; luego sólo el silencio.. Bill hundió los puños hacia adelante. Se estaba ahogando, se estrangulaba en esa palpitante bolsa de aguas y entrañas.

"Wac-wac-wac-wac"...

Hundió con más fuerza las manos en "Eso", desgarrando en busca de la fuente de aquel sonido, perforando órganos frenéticamente. El pecho cerrado parecía hinchársele por falta de aire.

"Wac-wac-wac-wac"...

Y de pronto llegó al corazón: una cosa grande, viva, que bombeaba y palpitaba contra sus palmas.

--"Nonononono".

--¡"Sí! -gritó Bill, sofocado, ahogándose-. ¡Sí! ¡Prueba esto, hija de perra"! ¡"pruébalo! ¿Te gusta? ¿Te Gusta"?

Cruzó los dedos sobre la membrana palpitante del corazón, con las palmas abiertas en una V invertida... y las juntó con toda la fuerza que pudo reunir.

Hubo un último chillido de dolor y miedo al estallar el corazón entre sus manos, chorreándole entre los dedos en hebras temblorosas.

"Wac-wac-wac-wa".

El chillido se fue borrando, languideciendo. Bill sintió que el cuerpo de "Eso" se ceñía súbitamente, como un guante de goma. De pronto todo se aflojó. Cobró conciencia de que el cuerpo se inclinaba poco a poco, hacia un lado. Al mismo tiempo empezó a pujar hacia atrás, casi desfalleciente.

La araña cayó de lado: un enorme bulto de carne alienígena, humeante; sus patas aún se sacudían rozando los lados del túnel y el suelo en sus últimos estertores.

Bill se alejó, tambaleante, aspirando profundamente y escupiendo en un esfuerzo por quitarse de la boca ese gusto horrible. Trastabilló y cayó de rodillas.

Con toda claridad, oyó la voz del "Otro"; aunque la Tortuga hubiera muerto, "Aquello" que le había dado origen aún vivía.

--"Lo has hecho muy bien, hijo".

Y desapareció. El poder se fue con él. Bill se sintió débil y al borde de la demencia. Miró sobre el hombro y vio la pesadilla agonizante: la araña aún se estremecía.

--¡Richie! -gritó con voz áspera y quebrada-. ¡Richie! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

La luz había desaparecido. Había muerto con la araña. Buscó en el bolsillo de su empapada camisa y sacó la última caja de cerillas. No serviría de nada: las cabezas estaban empapadas en sangre.

--¡Richie! -aulló otra vez, sollozando.

Se arrastró, tanteando con las manos en la oscuridad. Por fin, dio con algo que cedió flojamente al contacto. Las manos de Bill se abalanzaron sobre aquello... y se detuvieron al tocar la cara de Richie.

--¡Richie! ¡Richie!

Aun entonces no hubo respuesta. Bill, forcejeando en la oscuridad, lo cogió en brazos y se levantó a duras penas. Luego volvió sobre sus pasos, llevando a Richie en vilo.

3. Derry, 10.00/10.15.

A las diez de la mañana, la incesante vibración que corría por las calles del centro aumentó hasta convertirse en un rugido resonante. El "Derry News" publicaría que los soportes del sector subterráneo del canal, debilitados por el violento ataque de aquella inundación masiva, se habían derrumbado, Sin embargo, hubo quienes disintieron de esa opinión. "Yo lo sé porque estaba allí -diría Harold Gardener a su mujer-. No es que los soportes del canal se hayan derrumbado. Fue un "terremoto", ni más ni menos. Fue un verdadero terremoto, joder."

De todas maneras, los resultados fueron los mismos. Mientras el rugido iba en constante aumento, las ventanas empezaron a hacerse añicos, los cielos rasos fueron cayendo y el crujir inhumano de las vigas retorcidas y de los cimientos se aunó hasta formar un coro horripilante. En la fachada de ladrillos de Machen, las grietas corrían hacia arriba por entre los agujeros de balas como manos codiciosas. Los cables que sostenían la marquesina del cine Aladdin sobre la calle se rompieron. El callejón de Richard, que corría tras la farmacia Center, se llenó súbitamente con una avalancha de ladrillos al derrumbarse el edificio Dowd, erigido en 1952. Se elevó una inmensa nube de polvo amarillento que el viento se llevó como un velo.

Al mismo tiempo estalló la estatua de Paul Bunyan, frente al Centro Cívico, como si se cumpliera finalmente la antigua amenaza de aquella profesora de arte. La cabeza, barbada y sonriente, voló perpendicularmente por el aire. Una pierna iba hacia adelante y la otra hacia atrás, como si Paul hubiera intentado una voltereta tan entusiasta que hubiera terminado por desmembrarlo. La parte media de la estatua estalló en una nube de esquirlas de metralla mientras la cabeza del hacha de plástico se elevaba al cielo lluvioso para caer luego y perforar limpiamente el techo del Puente de los Besos y, después, el suelo.

Y por fin, a las 10.02 de esa mañana, el centro de Derry se derrumbó.

Casi toda el agua de la torre-depósito había cruzado Kansas Street para terminar en Los Barrens, pero un torrente corrió hacia el distrito comercial haciendo el trayecto por Up-Mile Hill. Tal vez ésa fue la gota que desbordó el vaso... O quizá hubo, realmente, un terremoto, tal como Harold Gardener aseguró a su mujer. Main Street se llenó de grietas estrechas como un puño... que empezaron a abrirse como bocas hambrientas. El ruido del canal se elevó ya no ensordeciendo, sino con una potencia amenazadora. Todo empezó a estremecerse. El anuncio de neón que proclamaba "Liquidación de mocasines", frente a Shorty Squire, cayó a la calle e hizo un cortocircuito en el agua. Dos segundos después, el edificio de Shorty contiguo a una librería, empezó a "descender". El primero en ver ese fenómeno fue Buddy Angstrom, que dio un codazo a Alfred Zitner, quien miró boquiabierto y codeó a Harold Gardener. En cuestión de segundos, la operación de refuerzo con bolsas de arena quedó en suspenso. Los hombres alineados a ambos lados del canal se quedaron inmóviles mirando fijamente la escena bajo la lluvia torrencial, con el horror estampado en la cara. Shorty Squire parecía estar en algún gigantesco ascensor que iba hacia abajo. Se hundió en el cemento con majestuosa dignidad. Cuando se detuvo, uno habría podido entrar por las ventanas del segundo piso desde la acera inundada. Brotaba agua de todo el edificio. Un momento después, el propietario apareció en el tejado agitando desesperadamente los brazos para que lo rescataran. Pero fue totalmente borrado, al hundirse también el edificio de oficinas contiguo en cuya planta baja estaba la librería. Por desgracia, éste no se hundió tan en línea recta como el de Shorty, sino con una marcada inclinación (por un momento, se pareció a esa chapuza de Pisa, esa torre que aparece en todas las cajas de fideos). Al inclinarse empezó a despedir ladrillos por los lados y desde arriba; varios de ellos golpearon al propietario. Harold Gardener lo vio retroceder, tambaleándose, llevándose las manos a la cabeza... en el momento en que los tres pisos superiores de la librería se deslizaban limpiamente. Entre los que estaban

apilando bolsas de arena, alguien dio un grito. Un momento después, todo se perdía en el atronador rugido de la destrucción. Algunos hombres perdieron el equilibrio o fueron despedidos hacia atrás. Harold Gardener vio que los edificios de la acera opuesta de Main se inclinaban hacia adelante. La calle misma se hundía, rompiéndose. El agua se levantó en olas. Y los edificios de ambas aceras, uno tras otro, pasaron más allá del centro de gravedad hasta estrellarse contra la calle: el banco del Nordeste, el Shoeboat, el restaurante Bailley, la tienda de discos Bandler. Sólo que, a esas alturas, ya no había calle contra la que estrellarse. La calle había caído dentro del canal, estirada al principio como un caramelo blando, rota después en bamboleantes trozos de asfalto. Harold vio que la rotonda de la triple intersección desaparecía bruscamente en un géiser de agua. Y de pronto comprendió lo que iba a ocurrir.

--¡Salgamos de aquí! -gritó Al Zitner-. ¡El agua se va a acumular! ¡Al! ¡El agua se va a acumular!

Al Zitner no daba señales de haberlo oído. Tenía la expresión de un sonámbulo o, quizá, de alguien profundamente hipnotizado. Seguía allí con su chaqueta de cuadros rojos y azules completamente empapada, su camisa blanca, sus medias azules y sus zapatos marrones de suela de goma, todo de primera calidad. Observaba cómo un millón de dólares de sus inversiones personales se hundía en la calle, más tres o cuatro millones invertidos por sus amigos: los tíos con quienes jugaba al póquer y al golf o con quienes esquiaba en la propiedad de Rangely. De pronto, Derry, su ciudad natal, se parecía curiosamente a esa maldita ciudad donde la gente andaba en góndolas. El agua bullía entre los edificios que aún estaban en pie. Canal Street terminaba en una especie de trampolín mellado al borde de un lago revuelto. No era de extrañar que Al Zitner no oyera a Harold. Pero otros habían llegado a la misma conclusión que Gardener: no se puede arrojar toda esa porquería en una corriente torrentosa sin causar problemas. Algunos dejaron las bolsas de arena que acarreaban en las manos y salieron por piernas. Harold Gardener fue uno de ellos; por lo tanto, sobrevivió. Otros no tuvieron tanta suerte: aún estaban en las cercanías cuando el canal, ya ahogado por toneladas de asfalto, cemento, ladrillo, yeso, vidrio y unos cuatro millones de dólares en mercancías diversas desbordó sus límites de cemento y arrastró por igual a hombres y bolsas de arena. Harold no podía dejar de pensar que el agua quería atraparlo; por mucho que corriera, le seguía, cada vez más cerca. Por fin escapó trepando a fuerza de uñas por un empinado terraplén cubierto de matorrales. En una ocasión miró hacia atrás y vio a un hombre a quien creyó reconocer como Roger Lernerd, jefe del departamento de préstamos de la cooperativa Harold. Trataba de poner en marcha su automóvil estacionado en el aparcamiento de la minigalería de Canal Street. Aun sobre el rugir del agua y el viento aullante, Harold oyó el motor del coche mientras el agua negra y lisa corría a ambos lados hasta la altura del chasis. Por fin, con un grito grave y atronador, el Kenduskeag se salió de cauce e invadió la minigalería llevándose el coche rojo de Roger Lernerd. Harold siguió trepando, aferrado a ramas, raíces, cualquiera cosa que soportara su peso. Subir a tierras altas: ésa era la consigna. Tal como habría dicho Andrew Keene, esa mañana Harold Gardener estaba obsesionado con las tierras altas. Detrás de él, el centro de Derry seguía derrumbándose con un estruendo de artillería.

4.

--¡Beverly! -gritó.
Sus brazos y su espalda eran un único dolor palpitante. Richie parecía pesar una tonelada. "Déjalo en el suelo -susurraba su mente-. Está muerto, lo sabes. ¿Por qué no lo dejas en el suelo?"
Pero no podía hacer eso.
--¡Beverly! -volvió a gritar-. ¡Ben! ¡Quien sea!
Pensó: "Por aquí me arrojó, y también a Richie, sólo que nos arrojó mucho más lejos. ¿Cómo ocurrió? Lo estoy olvidando..."
--¿Bill? -Era la voz de Ben, estremecida y exhausta, bastante cerca-. ¿Dónde estás?
--Por aquí. Tengo a Richie. Tiene... está herido.
--Sigue hablando. -Ben ya estaba más cerca-. Sigue hablando, Bill.
--La hemos matado -continuó Bill, caminando hacia el sitio de donde provenía la voz de su amigo-. Matamos a esa maldita bastarda. Y si Richie ha muerto...
--¿Que Richie ha muerto? -exclamó Ben, alarmado. Ya estaba muy cerca. De pronto sus manos surgieron de la oscuridad y tocaron la nariz de Bill-. ¿Cómo que ha muerto?
--Yo... él... -Ahora sostenían a Richie entre los dos-. No lo veo -dijo Bill-. Ése es el problema. ¡N-n-no lo veo!
--¡Richie! -gritó Ben y lo sacudió-. ¡Richie, reacciona! ¡Vamos, maldita sea! -Su voz empezaba a temblar, gangosa-. Richie, ¿quieres dejarte de bromas y reaccionar de una vez?
Y en la oscuridad Richie dijo, con la voz soñolienta e irritable de quien apenas despierta:
--Está bien, joder.
--¡Richie! -vociferó Bill-. Richie, ¿estás bien?
--La muy hija de puta me derribó -murmuró el otro, con la misma voz cansada y aturdida-. Me golpeé contra algo duro. Eso es todo... todo lo que recuerdo. ¿Dónde está Bevvie?
--Por aquí -dijo Ben. De inmediato les contó lo de los huevos-. Aplasté más de cien. Creo que no dejé ninguno intacto.
--Eso espero -dijo Richie. Ya se le oía mejor-. Bájame, Gran Bill. Puedo caminar. ¿Me equivoco o el ruido del agua suena más fuerte?
--Sí -dijo Bill. Los tres estaban cogidos de la mano en la oscuridad-. ¿Cómo está tu cabeza?
--Duele horrores. ¿Qué pasó después de que me desmayé?
Bill le contó todo lo que se atrevió a contar.
--Así que "Eso" ha muerto -se maravilló Richie-. ¿Estás seguro, Bill?
--Sí. Esta vez estoy realmente seseguro.
--Gracias a Dios -dijo Richie-. No me sueltes, Bill. Voy a vomitar.
Bill lo sujetó mientras vomitaba. Luego siguieron caminando. De vez en cuando pisaban algo quebradizo que rodaba en la oscuridad: trozos de los huevos que

Ben había pisoteado. Le alegró saber que iban en la dirección correcta, pero aun así prefería no ver esos restos.

--¡Beverly! -gritó Ben-. ¡Beverly!

--Por aquí...

Su exclamación sonó débil, casi perdida en el incesante rugir del agua. Avanzaron en la oscuridad, llamándola sin pausa para orientarse.

Cuando al fin la encontraron, Bill le preguntó si le quedaban cerillas. Ella le entregó una cajita medio vacía. A la luz de una, las caras surgieron a una realidad fantasmal: Ben rodeaba con un brazo a Richie, que se mantenía medio encorvado y sangrando por la sien derecha; Beverly, con la cabeza de Eddie apoyada en el regazo. Después giró hacia el otro lado. Audra yacía acurrucada en las lajas, con las piernas abiertas y la cara vuelta. Las telarañas que la habían cubierto se habían derretido casi por completo.

Bill dejó caer la cerilla, que ya le quemaba los dedos. La oscuridad le hizo calcular mal la distancia; tropezó con el cuerpo de su esposa y estuvo a punto de caer.

--¡Audra! Audra, ¿me oyes?

Le pasó un brazo bajo la espalda y la incorporó. Pasó una mano bajo la cabellera para buscarle el pulso en el cuello. Allí estaba; un latido lento, regular.

Encendió otra y vio que sus pupilas se contraían. Pero era un reflejo involuntario; la fijeza de su mirada no cambió ni siquiera cuando le acercó la cerilla a la cara. Estaba viva, pero no respondía. A qué engañarse: estaba catatónica.

La segunda cerilla le quemó los dedos. Bill la apagó sacudiéndola.

--Bill, no me gusta cómo- suena el agua -dijo Ben-. Creo que nos conviene salir de aquí.

--¿Y cómo saldremos sin Eddie? -murmuró Richie.

--Podemos conseguirlo -aseguró Beverly-. Ben tiene razón, Bill. Tenemos que salir.

--Llevaré a Audra.

--Por supuesto. Pero tenemos que salir ahora mismo.

--¿Por dónde?

--Tú sabrás -dijo Beverly-. Tú mataste a "Eso". Has de saberlo, Bill.

Bill levantó a Audra tal como había levantado a Richie y siguió a los otros. Le resultaba escalofriante llevarla así en sus brazos; parecía una muñeca de cera.

--¿Por dónde, Bill? -preguntó Ben.

--N-n-no lo sé...

("Tú sabrás. Tú mataste a "Eso". Has de saberlo")

--Bueno, v-v-vamos -dijo Bill-. A ver si encontramos la salida. Beverly, t-t-toma esto.

Le entregó las cerillas.

--¿Y qué hacemos con Eddie? -preguntó ella-. Tenemos que sacarlo.

--¿C-c-cómo? -preguntó Bill-. Esto... se está viviniendo ab-abajo.

--Tenemos que sacarlo de aquí, tío -apoyó Richie-. Vamos, Ben.

Entre ambos lograron levantar el cuerpo, de Eddie. Beverly les alumbró el camino hasta la puertecita. Bill salió con Audra. Richie y Ben pasaron a Eddie.

--Bájalo -dijo Beverly-. Puede quedarse aquí.

--Está demasiado oscuro -sollozó Richie-. Compréndelo... demasiado oscuro. Y Ed...
--No importa -dijo Ben-. Tal vez así debe ser. Creo que, en efecto, así es.
Lo dejaron en el suelo y Richie le dio un beso en la mejilla. Después levantó la vista hacia Ben.
--¿Estás seguro?
--Sí. Vamos, Richie.
El disc-jockey se irguió frente- a la puerta:
--¡Maldita seas, hija de puta! -gritó de pronto.
Y cerró la puerta de una fuerte patada. La cerradura emitió un seco sonido metálico y quedó trabada.
--¿Por qué has hecho eso? -preguntó Beverly.
--No lo sé -respondió Richie. ,
Pero lo sabía muy bien. En el momento en que la cerilla se apagaba en las manos de Beverly, miró sobre el hombro y exclamó:
--Bill... la marca de la puerta.
--¿Qué pasa con ella? -Jadeó Bill.
--Ha desaparecido.

5. Derry, 10.30.

El pasillo vidriado que conectaba la biblioteca para adultos con la biblioteca infantil estalló súbitamente en un brillante fulgor. Los vidrios volaron en forma de paraguas lloviendo entre los árboles que se agitaban en los jardines. Semejante andanada mortífera habría podido herir y hasta matar a alguien, pero afortunadamente no había nadie dentro ni fuera de la biblioteca. La institución no había abierto. El túnel que tanto fascinó a Ben Hanscom de niño jamás sería reemplazado. La destrucción sufrida por Derry había sido tan costosa que pareció más sencillo dejar las dos bibliotecas como edificios independientes. Con el tiempo, los concejales de Derry olvidaron por completo para qué había servido ese cordón umbilical de vidrio. Tal vez sólo Ben habría podido decirles lo que se sentía al detenerse en una fría noche invernal, con la nariz goteando y los dedos entumecidos, para ver a la gente que pasaba de un lado a otro cruzando el invierno sin abrigo y rodeada de luz cálida y acogedora. Él habría podido explicarlo... pero tal vez no era la clase de cosas que uno puede declarar en una reunión de concejales. Todo eso es pura especulación. Los hechos son sólo éstos: el corredor de vidrio voló sin motivo aparente, sin que nadie saliera herido (un verdadero milagro, pues la tormenta de esa mañana dejó, sólo en pérdidas personales, 67 muertos y 325 heridos), y jamás fue reconstruido. A partir del 31 de mayo de 1985, para pasar de la biblioteca infantil a la de adultos había que caminar por fuera. Y si hacía frío, llovía o nevaba, había que ponerse el abrigo.

6. La salida: 31 de mayo de 1985, 10.54.

--Esperad -jadeó Bill-. Dejadme un momento... para descansar.

--Deja que te ayude con ella -repitió Richie.
Habían dejado a Eddie allá, en la madriguera de la araña, y eso era algo de lo que ninguno de ellos quería hablar. Pero Eddie estaba muerto y Audra aún vivía, al menos técnicamente.
--La llevo yo -dijo Bill, entre jadeos.
--Ni hablar. Terminarás con un colapso cardíaco. Deja que te ayude, Gran Bill.
--¿Cómo va tu cabeza?
--Me duele. Pero no me cambies de tema.
Bill dejó que Richie la llevara. Habría podido ser peor. Audra era una chica alta cuyo peso normal era de 63 kilos, pero el papel que debía representar en "El desván" era el de una joven retenida como rehén por un psicópata que se consideraba terrorista político. Como Freddie Firestone quería filmar primero todas las secuencias del desván, Audra se había sometido a una dieta estricta para perder ocho o nueve kilos. Aun así, después de andar a tropezones con ella por la oscuridad a lo largo de cuatrocientos metros (u ochocientos, o mil doscientos, quién podía calcularlo), esos 54 kilos parecían cien.
--Gra-gracias -dijo.
--De nada. Después te tocará a ti, Ben.
--Bip-bip, Richie -respondió Ben.
Richie sonrió a su pesar. Fue una sonrisa cansada que no duró mucho, pero siempre era mejor que nada.
--¿Por dónde, Bill? -preguntó Beverly-. Esa agua suena cada vez más fuerte. No me gustaría ahogarme aquí abajo.
--Recto hacia adelante; después, a la izquierda -dijo Bill-. Tal vez será mejor que apretemos el paso.
Siguieron andando media hora más mientras Bill iba indicando los giros. El ruido del agua continuó creciendo hasta que pareció rodearlos. Bill tanteó un recodo siguiendo con la mano una pared de ladrillo húmedo y de pronto sintió agua en los zapatos. La corriente era poco profunda, pero rápida.
--Dame a Audra -dijo a Ben, que jadeaba entrecortadamente-. Ahora iremos corriente arriba.
Ben le pasó cuidadosamente a su mujer. Bill logró echársela al hombro como un bombero. Si ella hubiera protestado, si se hubiera movido...
--¿Cómo vamos de cerillas, Bev?
--No quedan muchas. Bill, ¿sabes adónde vas?
--C-c-creo que sí. Vamos.
Todos lo siguieron por el recodo. El agua burbujeaba contra los tobillos de Bill. Subió hasta sus pantorrillas; después hasta el muslo. El tronar del agua se había intensificado hasta un estable rugir de bronce. El túnel por el que iban se estremecía sin cesar. Por un rato, Bill temió que la corriente se tornara demasiado potente como para avanzar contra ella, pero cuando dejaron atrás un tubo de alimentación que volcaba un enorme chorro de agua al túnel (le maravilló la fuerza del agua blanca) la resistencia del agua fue menor, aunque el nivel continuaba subiendo. Y...
--¡Eh! exclamó-. ¿N-n-notáis a-algo?
--¡Que hay cada vez más claridad! -apuntó Beverly-. ¿Dónde estamos, Bill? ¿Lo sabes?

"Creía saberlo", pensó Bill y dijo:
--¡No lo sé! ¡Vamos!
Hasta ese momento había pensado que se aproximaban a la parte del Kenduskeag que llamaban canal: la parte donde el río se sumergía bajo el centro de la ciudad para emerger en el parque Bassey. Pero allí abajo había luz, luz, y sin duda no podía haberla en el canal, bajo la ciudad. De cualquier modo, seguía brillando, inalterable.
Bill empezaba a tener dificultades con Audra, no por la corriente, que había perdido potencia, sino por la profundidad. "Muy pronto la tendré flotando", pensó. Veía a Ben a su izquierda y a beverly a su derecha; si giraba un poco la cabeza, también a Richie, que iba detrás de Ben. Cada paso se había vuelto decididamente peligroso. El fondo del túnel estaba lleno de escombros o algo parecido. Delante, algo sobresalía del agua como la proa de un navío a medio hundir.
Ben avanzó hacia allí, estremecido por el agua fría. Una cajetilla de cigarrillos, empapada, flotó delante de su cara. Él la apartó a un lado y tomó aquello que sobresalía del agua. Sus ojos se dilataron: parecía un cartel grande. Pudo leer las letras "al" y, debajo, "fut". De pronto comprendió.
--¡Bill! ¡Richie! ¡Bev! -Reía, atónito.
--¿Qué pasa, Ben? -gritó Beverly.
Ben tomó el objeto con ambas manos y lo volvió. Se oyó un rechinar producido por un lado del cartel al rozar contra la pared del túnel. Todos pudieron leer: "Aladdin". Y debajo: "Regreso al futuro".
--Es la marquesina del Aladdin -dedujo Richie-. ¿Cómo ha llegado aquí?
--La calle se hundió -susurró Bill.
Con ojos desorbitados, miró hacia arriba. La luz era más potente un poco más allá.
--¿Qué ocurrió, Bill?
--¿Qué demonios pasó?
--¿Bill? ¡Bill! ¿Qué?
--¡Estas cloacas! -exclamó Bill, fuera de sí-. ¡Tantas cloacas viejas! ¡Ha habido otra inundación!
Y creo que esta vez...
Volvió a avanzar impulsando a Audra hacia arriba. Ben, Bev y Richie le siguieron. Cinco minutos después, al mirar hacia arriba, Bill se encontró con un cielo azul que se veía a través de una grieta en el techo del túnel, una grieta que se ensanchaba hasta más de veinte metros. Delante, muchas islas y archipiélagos rompían el agua: montañas de ladrillos, la parte trasera de un sedán Plymouth, con el maletero abierto, un parquímetro apoyado contra la pared con inclinación de borracho.
Caminar se había vuelto casi imposible: diminutas montañas se elevaban por todas partes, amenazando con una fractura de tobillo. El agua corría mansamente a la altura del pecho.
"Ahora está serena -pensó Bill-. Pero si hubiéramos estado aquí dos horas antes, creo que nos habría dado la sacudida más grande de nuestra vida."
--¿Qué cuernos es esto, Gran Bill? -preguntó Richie, de pie junto a Bill mirando, maravillado, la desgarradura del túnel...

"Sólo que ya no es un túnel -se dijo Bill-, sino Main Street: o lo que de ella ha quedado."

--Creo que la mayor parte del centro está ahora en el canal, arrastrada por el río Kenduskeag. Muy pronto estará en el Penobscot, y por fin, en el océano Atlántico. ¿Me ayudas con Audra, Richie? No creo que pueda...

--Por supuesto -dijo Richie-. Descuida, Bill.

Y tomó a Audra de brazos de su amigo. Bajo esa luz, Bill pudo verla mejor, tal vez mejor de lo que habría deseado; el polvo y los excrementos que le manchaban la frente y las mejillas disimulaban su palidez, pero no llegaban a ocultarla. Aún tenía los ojos muy abiertos e inexpresivos. Su pelo pendía lacio, mojado. Se la habría podido tomar por una de esas muñecas inflables que vendían en ciertos negocios de Nueva York y Hamburgo. La única diferencia era su respiración tenue y estable...

--¿Cómo vamos a salir de aquí? -preguntó a Richie.

--Ben te hará un estribo con las manos -sugirió Richie . Tú puedes sacar a Bev, y entre los dos tiraréis de tu mujer. Ben puede subirme y nosotros lo sacaremos a él. Y a continuación os enseñaré a organizar un torneo de balonvolea para mil chicas universitarias.

--Bip-bip, Richie.

--Olvídalo, Gran Bill.

El cansancio lo estaba doblegando. Se encontró con la serena mirada de Beverly y la sostuvo por un instante. Ella le hizo un leve gesto afirmativo y él respondió esbozando una sonrisa.

--¿Me haces un estribo, B-B-Ben?

El arquitecto, que también parecía extremadamente cansado, asintió. Por una mejilla le bajaba un profundo arañazo.

--De acuerdo.

Se inclinó un poco y entrelazó las manos. Bill apoyó un pie y se impulsó hacia arriba. No fue suficiente. Ben levantó el estribo de sus manos y su amigo logró cogerse del borde de aquella grieta en el techo del túnel. Se izó con fuerza. Lo primero que vio fue una valla blanca y naranja. La segunda, una multitud de hombres y mujeres que pululaban más allá de la barrera. La tercera, la Gran Tienda Freese, que tenía un aspecto extrañamente comprimido. Le llevó un momento darse cuenta de que casi la mitad del edificio se había hundido en la calle y el canal que corría por abajo. La mitad superior se inclinaba hacia la calle y parecía a punto de caer como una pila de libros mal distribuidos.

--¡Mirad! ¡Hay alguien en la calle!

Una mujer estaba señalando hacia la grieta del pavimento por donde la cabeza de Bill había asomado.

--¡Loado sea Dios! ¡Hay alguien más!

Intentó adelantarse; era una anciana que llevaba un pañuelo atado a la cabeza, a la manera de las campesinas. Un policía la obligó a detenerse.

--Allí es peligroso, señora Nelson, ya lo sabe usted. El resto de la calle podría hundirse en cualquier momento.

"Señora Nelson -pensó Bill-. Te recuerdo, mujer. Tu hermana solía cuidarnos a George y a mí, cuando mis padres salían." Levantó la mano para demostrarle que

estaba bien. Como ella a su vez le devolvió el saludo, experimentó un súbito arrebato de optimismo... y esperanza.
Le volvió la espalda y se tendió contra el pavimento tratando de distribuir su peso del modo más parejo posible, como se hace sobre el hielo frágil. Alargó la mano para coger a Bev. Ella se tomó de sus muñecas y, con el último resto de sus fuerzas, Bill tiró, hacia arriba. El sol, que había vuelto a ocultarse, asomó tras un montón de nubes aborregadas y les devolvió sus sombras. Beverly levantó la vista, sobresaltada, y se encontró con los ojos de Bill. Sonrió.
--Te amo, Bill -dijo-. Y ruego a Dios que ella se reponga.
--Gra-gra-gracias, Bevvie.
La suave sonrisa de Bill hizo que a los ojos de ella afloraran las lágrimas. Él la abrazó. La pequeña multitud reunida tras la barrera rompió en un aplauso mientras un fotógrafo del "Derry News" tomaba una instantánea. Apareció en la edición del 1 de junio, impresa en Bangor a causa de los daños que el agua había hecho en las prensas del "News". El epígrafe era muy sencillo, pero tan cierto que Bill recortó la ilustración y la guardó en su billetera por muchos años: ""Sobrevivientes"", ponía, y no hacía falta más.
En Derry faltaban seis minutos para las once de la mañana.

7. Derry, el mismo día, más tarde.

El pasillo acristalado entre la biblioteca infantil y la de adultos había estallado a las 10.30. A las 10.33, la lluvia cesó. No fue amainando poco a poco: cesó de pronto, como si Alguien, Allá Arriba, hubiera cerrado el grifo. El viento ya había empezado a amainar, y paró en tan poco tiempo que la gente se miró con inquietud llena de superstición. El ruido fue como el de los motores de un 747, una vez posado en tierra. El sol asomó por primera vez a las 10.45. A media tarde, las nubes se habían retirado por completo y la tarde resultó despejada y calurosa. Hacia las tres y media de la tarde, el mercurio del termómetro ante la puerta de Rosa de Segunda Mano, marcaba 28 grados, la temperatura más alta de la temporada. Los peatones recorrían las calles como zombis, sin hablar mucho. Las expresiones de todos eran notablemente parecidas: una especie de estúpido asombro que habría resultado divertido si no hubiera sido francamente lastimoso. Al anochecer llegaron a Derry periodistas de las grandes cadenas de televisión. Esos periodistas harían comprender a la gente cierta versión de la verdad y la tornarían real... aunque algunos habrían sugerido que la realidad es un concepto bastante indigno de confianza, quizá no más sólido que un trozo de lona extendido sobre cables entrecruzados como hebras de telaraña. A la mañana siguiente, Bryant Gumble y Willard Scott, del programa "Today", visitarían Derry. En el transcurso del programa Gumble entrevistaría a Andrew Keene. "La torre-depósito se estrelló y rodó por la colina -dijo Andrew-. Fue una locura, ¿me entiende? Como para que Steven Spielberg se muriera de envidia, ¿sabe? Oiga, por televisión uno se imagina que usted es mucho más corpulento." Al verse a sí mismos y a sus vecinos por televisión, la cosa cobraría realidad. Eso les proporcionaría un sitio desde el cual aprender esa cosa terrible, inaprehensible. Había sido una "Tormenta anormal". En los días siguientes, "El número de

víctimas" aumentaría las "Secuelas de la tormenta asesina". Fue, en realidad, "La peor tempestad en la historia de Maine". Todos esos titulares, por terribles que fueran, resultaban útiles porque ayudaban a amortiguar el carácter esencialmente extraño de lo ocurrido. Quizá la palabra "extraño" sea demasiado suave. "Demencial" sería mejor. Al verse por televisión, las cosas parecerían más concretas, menos demenciales. Pero en las horas previas a la llegada de la prensa sólo estaban allí los habitantes de Derry, que caminaban por las calles sembradas de escombros, resbaladizas, con cara aturdida e incrédula. Sólo los habitantes de Derry, que casi no hablaban, que caminaban mirándolo todo, recogiendo ocasionalmente algo para examinarlo tratando de comprender qué había pasado durante las siete u ocho últimas horas. Algunos hombres, de pie en Kansas Street, fumaban contemplando las casas que yacían invertidas en Los Barrens. Otros hombres y mujeres permanecían detrás de las vallas metálicas, observando el agujero negro que había sido el centro de la ciudad hasta las diez de esa mañana. Ese domingo, los titulares del periódico anunciaban: "Reconstruiremos, asegura el alcalde de Derry". Y tal vez así fuera. Pero en las semanas siguientes, mientras los concejales discutían por dónde iniciar la reconstrucción, el inmenso cráter que había sido el centro continuaba creciendo de un modo nada espectacular pero incesante. Cuatro días después de la tormenta, el edificio de la Hidroeléctrica de Bangor se hundió en el agujero. Pasados tres días más, el local donde se vendían las mejores salchichas de Maine se derrumbó. Los desagües se desbordaban periódicamente en casas, edificios de apartamentos y locales comerciales. En Old Cape las cosas llegaron a tal punto que sus habitantes empezaron a abandonar el lugar. El 10 de junio se efectuó la primera carrera de caballos en el parque Bassey. La primera salida estaba fijada para las ocho, y eso pareció alegrar a todos. Pero una sección de gradas se derrumbó en cuanto los caballos tomaron la recta y hubo seis heridos. Uno de ellos fue Foxy Foxworth, gerente del Aladdin hasta 1973. Foxy pasó dos semanas en el hospital, con una pierna fracturada y un testículo perforado. Cuando lo dieron de alta, decidió ir a casa de su hermana, que vivía en Somersworth, Nueva Hampshire.

No era el único. Derry se estaba desmembrando.

8.

Observaron al enfermero que cerraba las puertas traseras de la ambulancia. Luego, el vehículo inició el ascenso de la colina, rumbo al Hospital Municipal de Derry. Richie había detenido a la ambulancia arriesgando su vida y su integridad física; tras una ardua discusión, logró que el iracundo conductor, quien insistía en que no había más lugar en el vehículo, aceptara tender a Audra en el suelo.

--¿Y ahora? -preguntó Ben. Tenía círculos oscuros alrededor de los ojos y un aro de mugre en torno al cuello.

--Yo v-v-voy al Town House -dijo Bill-. Q-quiero dormir di-dieciséis horas.

--Apoyo la moción -manifestó Richie, mirando a Bev con aire esperanzado-. ¿Tiene cigarrillos, señorita?

--No -dijo Beverly. Creo que voy a abandonar otra vez el vicio.

--Sensata idea, por cierto.
Empezaron a subir lentamente la cuesta en hilera.
--Se a-a-a-acabó -dijo Bill.
Ben asintió.
--Lo hicimos. Tú lo hiciste, Gran Bill.
--Lo hicimos todos -corrigió Beverly-. Siento que no hayamos podido subir a Eddie. Eso es lo que más lamento.
Llegaron a la esquina de las calles Upper Main y Point. Un chico de impermeable rojo y botas verdes hacía navegar un barco de papel por la fuerte corriente de la alcantarilla. Levantó la vista y, al ver que lo observaban, saludó con la mano. A Bill le pareció que era el niño del patinete cuyo amigo había visto al tiburón de la película en el canal. Sonriendo se acercó a él.
--Ahora t-t-todo está b-bien.
El chico lo estudió con aire grave. Luego sonrió. Era una sonrisa llena de vida y esperanza.
--Creo que sí -dijo el niño.
--Puedes apostar el tr-rasero.
El niño se echó a reír.
--¿V-v-vas a tener cuidado con ese pat-tinete?
--Qué va -dijo el chico.
Y esa vez fue Bill quien rió conteniendo el impulso de revolverle el pelo. Eso, probablemente, le habría provocado cierto recelo al chico. Por fin se reunió con los otros.
--¿Quién era? -preguntó Richie.
--Un amigo. -Bill metió las manos en los bolsillos-. ¿Os acordáis del momento en que salimos, la primera vez?
Beverly asintió.
--Eddie nos llevó a Los Barrens. Sólo que, de algún modo, salimos por el otro lado del Kenduskeag. Por el lado de Old Cape.
--Tú y Ben levantasteis la tapa de una cloaca -dijo Richie a Bill-, porque erais los más fuertes.
--Sí -dijo Ben-. Así fue. Aún había sol, pero estaba muy bajo.
--Sí -confirmó Bill-. Y allí estábamos todos.
--Pero nada es eterno -suspiró Richie, mirando hacia atrás, hacia la cuesta que acababan de ascender-. Fijaos en esto, por ejemplo.
Y les enseñó las palmas. Las diminutas cicatrices habían desaparecido. Beverly lo imitó. Ben hizo lo mismo. Bill agregó las suyas. Todas estaban sucias, pero sin marcas.
--Nada es eterno -repitió Richie.
Miró a Bill y éste vio que las lágrimas arrastraban lentamente la mugre de sus mejillas.
--Salvo, quizá, el amor -apuntó Ben.
--Y el deseo -agregó Beverly.
--¿Y qué me decís de los amigos? -sugirió Bill, sonriendo-. ¿Qué te parece, Bocazas?
--Bueno... -Richie, sonriendo, se frotó los ojos-, tendré que meditarlo, chaval. Vaya, vaya, tendré que meditarlo.

Bill tendió las manos y todos las entrelazaron. Así permanecieron por un momento; de los siete sólo quedaban cuatro, pero aún podían formar un círculo. Se miraron. También Ben estaba llorando, pero sonreía.

Os quiero mucho -dijo. Estrechó con fuerza las manos de Bev y de Richie por un momento-. Y ahora veamos si en esta ciudad sirven algo que se parezca a un desayuno. Además, tendríamos que llamar para contárselo a Mike.

--¡Bien pensado, señorrr! -reconoció Richie-. De vez en cuando hasta podemos sacar algo bueno de ti. ¿Qué te parece, Gran Bill?

--Creo que podrías dejar de fastidiar -dijo Bill.

Entraron en el Town House. En el momento en que Bill empujaba la puerta de vidrio, Beverly distinguió algo que jamás mencionaría, aunque nunca lo olvidaría: por un momento vio las imágenes de todos reflejadas en el cristal... sólo que eran seis y no cuatro, porque Eddie estaba detrás de Richie y Stan detrás de Bill, con su leve sonrisa en la cara.

9. La salida: anochecer del 10 de agosto de 1958.

El sol se pone limpiamente en el horizonte, bola roja ligeramente achatada que arroja una luz plana y febril sobre Los Barrens. La tapa de cloaca colocada sobre una estación de bombeo se eleva unos centímetros, vuelve a asentarse, se levanta otra vez y empieza a resbalar.,

--E-e-empuja, B-Ben. Me está r-rrompiendo el ho-ombro.

La tapa se desliza un poco más, se inclina y cae en la maleza que ha crecido alrededor del cilindro de hormigón. Siete niños salen de allí, uno a uno, y miran alrededor, parpadeando como búhos, en silencioso asombro. Parecen niños que nunca hubieran visto la luz del sol.

--Qué silencio hay -comenta Beverly quedamente.

Los únicos sonidos son el fuerte rugir del agua y el zumbar soñoliento de los insectos. La tormenta ha pasado, pero el Kenduskeag aún está muy alto. Más cerca de la ciudad, no lejos del sitio donde el río, con un corsé de hormigón, recibe el nombre de canal, ha desbordado sus riberas, aunque la inundación no es grave, apenas unos cuantos sótanos mojados.

Stan se aleja de ellos con cara inexpresiva y meditabunda. Bill se vuelve a mirarlo y, en el primer momento, cree que Stan ha visto un pequeño incendio a la orilla del río. Su primera impresión es de fuego: un fulgor rojo y cegador. Pero cuando Stan levanta el incendio en la mano derecha, el ángulo de la luz se altera y Bill ve que sólo se trata de una botella de Coca-Cola que alguien ha dejado caer junto al río. Ve que Stan la toma por el cuello y la golpea contra un saliente rocoso que sobresale de la orilla. La botella se rompe. Bill nota que todos están observando a Stan, viéndole buscar entre los fragmentos de vidrio, con expresión sobria, absorta. Por fin recoge un fino triángulo. El sol poniente le arranca destellos rojos y Bill vuelve a pensar: "Parece fuego."

Stan levanta la vista para mirarlo y Bill, de súbito, lo comprende todo con perfecta claridad. Es acertadísimo. Da un paso hacía Stan, con las manos tendidas, las palmas hacia arriba. Stan retrocede hasta el agua y entra en ella. Unos bichitos negros pululan apenas por debajo de la superficie y Bill ve que una

libélula iridiscente se aleja zumbando hacía los juncos de la otra orilla, como un diminuto arco iris volador. Una rana inicia un rítmico batir de tambores y, mientras Stan le toma la pata izquierda y arrastra el borde del vidrio por su palma, perforando la piel para arrancarle un poco de sangre, él piensa, en una especie de éxtasis: "¡Cuánta vida hay aquí abajo!"

--¿Bill?

--Sí, claro. Las dos.

Stan le corta la otra pata. Duele un poco, pero no mucho. Un chotacabras ha empezado a cantar en alguna parte; es un sonido fresco, apacible. Bill piensa: "Ese chotacabras está despertando a la luna."

Se mira las manos, ambas sangrantes, y recorre a los otros con la vista. Allí están todos: Eddie, con el inhalador en una mano; Ben, con la barriga abriéndose paso pálidamente entre los jirones de la camisa; Richie, con la cara extrañamente desnuda al no llevar gafas; Mike, silencioso y solemne, con los labios gruesos tan apretados que forman una línea fina. Y Beverly, con la cabeza en alto, los ojos grandes y límpidos, el cabello todavía adorable, a pesar del polvo que lo apelmaza.

"Todos nosotros. Todos nosotros estamos aquí."

Y los mira, los mira de verdad, por última vez, porque de algún modo comprende que jamás volverán a estar juntos los siete, al menos no de ese modo. Nadie habla. Beverly extiende las manos; después de un momento, Richie y Ben hacen lo mismo. Mike y Eddie los imitan. Stan hace los cortes, uno a uno, mientras el sol empieza a deslizarse detrás del horizonte enfriando ese fulgor de caldera que se convierte en una rosa crepuscular. El chotacabras vuelve a gorjear. Bill distingue las primeras volutas de niebla en el agua y tiene la sensación de estar formando parte de todo; es un breve éxtasis que no contará a nadie, así como Beverly, años más tarde, callará lo del momentáneo reflejo visto en un vidrio con la imagen de dos muertos que, de niños, habían sido sus amigos.

Una brisa toca los árboles y los arbustos haciéndolos suspirar y Bill piensa: "Este lugar es encantador y jamás lo olvidaré. Y ellos también son encantadores." El chotacabras llama otra, vez; por un momento, el chico se siente uno con él, como si él también pudiera cantar y desaparecer en el crepúsculo, como si pudiera alejarse volando.

Mira a Beverly, que le está sonriendo. Ella cierra los ojos y tiene las manos a ambos lados. Bill le toma la izquierda; Ben, la derecha. Bill siente el calor de esa sangre que se mezcla con la suya. Los otros van formando el círculo con las manos selladas de esa manera tan peculiar e íntima.

Stan mira a Bill con una especie de apremio, de miedo.

-J-J-juradme q-q-ue vo-volveréis -dice Bill-. Juradme que si "E-EEso" no ha m-m-muerto, vosotros v-vvolveréis.

--Lo Juro -dice Ben.

--Lo juro. -Richie.

--Sí, juro. -Bev.

--Lo juro -murmura Mike Hanlon.

--Sí. Juro -musita Eddie con voz débil.

--Yo también juro -susurra Stan, pero le falla la voz y baja la vista al hablar.

--L-l-lo ju-juro.

Eso es todo. Pero permanecen allí por un rato más, percibiendo el poder que existe en el círculo, el cuerpo compacto que componen. La luz mortecina les pinta las caras de colores evanescentes, el sol ya ha desaparecido y el crepúsculo agoniza. Permanecen juntos, en círculo, mientras la oscuridad se filtra por Los Barrens llenando los caminos que ellos han recorrido ese verano, los claros donde han jugado, los sitios secretos de las riberas donde se han sentado a discutir las viejas preguntas de la infancia, a fumar los cigarrillos de Beverly o, simplemente, a guardar silencio observando el paso de las nubes reflejadas en el agua. El ojo del día se va cerrando.

Por fin, Ben deja caer las manos y empieza a decir algo, pero de pronto sacude la cabeza y se aleja. Richie le sigue; después, Beverly y Mike, caminando juntos. Nadie dice nada; suben el terraplén hacia Kansas y, sencillamente, se separan. Y cuando Bill piense en eso, veintisiete años después, se dará cuenta de que realmente jamás volvieron a reunirse. Cuatro de ellos, se verían con bastante frecuencia; a veces cinco, tal vez hasta seis de ellos, una o dos veces. Pero nunca los siete.

Él es el último en alejarse. Pasa largo rato con las manos sobre la cerca, desvencijada, contemplando Los Barrens mientras, allá arriba, la primera estrella siembra el cielo estival, Se yergue bajo el azul y sobre la negrura mientras Los Barrens se van llenando de oscuridad.

"No quiero jugar aquí abajo nunca más", piensa de pronto. Y le sorprende descubrir que la idea no es terrible ni inquietante, sino una verdadera liberación.

Se queda allí un momento más, antes de volver la espalda a Los Barrens para iniciar el regreso a casa por la acera oscura con las manos en los bolsillos, echando de vez en cuando una mirada a las casas de Derry, cálidamente iluminadas contra la noche.

Al cabo de un par de manzanas empieza a apretar el paso pensando en la cena... y un par de manzanas más allá empieza a silbar.

Derry: El último interludio.

En estos tiempos, el océano parece una interminable flota de barcos. Difícilmente dejamos de encontrarlos en buen número al levar anclas. "Apenas es un cruce -dijo Mr. Micawber jugueteando con sus gafas- Apenas es un cruce. La distancia es bastante imaginaria."

Charles Dikens, "David Copperfield".

4 de junio de 1985.

Hace unos veinte minutos Bill me trajo esta libreta; Carole la había encontrado en una de las mesas de la biblioteca y se la entregó al pedirla él. Pensé que el comisario Rademacher podía habérsela llevado, pero al parecer no quiso saber nada de eso.

La tartamudez de Bill está volviendo a desaparecer, pero el pobre ha envejecido cuatro años en los últimos cuatro días. Según me dijo, espera que Audra sea dada

de alta en el Hospital Municipal de Derry (donde todavía sigo yo) mañana mismo, sólo para que una ambulancia la lleve al Instituto de Salud Mental de Bangor. Físicamente está bien; tiene sólo algunos cortes y magulladuras que ya están cicatrizando. Pero mentalmente...

--Si le levantas la mano la deja suspendida -dijo Bill. Estaba sentado junto a la ventana bebiendo una botella de gaseosa dietética-. La mano se queda suspendida hasta que alguien la vuelve a bajar. Tiene reflejos, pero muy lentos. El electroencefalograma muestra una onda Alfa severamente deprimida. Está c-c-catatónica, Mike.

--Tengo una idea ... -dije-. Tal vez no sea muy buena.

--Dila.

--Yo pasaré otra semana aquí. En vez de enviar a Audra a Bangor, ¿por qué no te la llevas a mi casa, Bill? -propuse-. Pasa la semana con ella. Háblale, aunque no te responda. ¿Sigue igual?

--Sí -dijo Bill con tristeza.

--¿Y puedes...? Es decir ¿te animarías a...?

--¿A cuidarla? -Sonrió. Fue una sonrisa tan dolorosa que aparté la vista por un instante. Así sonrió mi padre el día en que me contó lo de Butch Bowers y los pollos-. Sí, creo que podría hacer ese trabajo.

--No voy a decirte que te lo tomes con calma porque es obvio que no estás preparado para eso. Pero recuerda que tú mismo reconociste que mucho de lo que ha pasado estaba, casi con toda seguridad, predestinado. Y eso podría incluir el papel de Audra en todo esto.

--No sé p-por qué le dije ad-adónde venía. A veces es mejor callar. Y eso fue lo que hice.

Por fin, él dijo:

--Bueno. Si lo dices en serio...

--Lo digo en seno. En recepción tienen las llaves de mi casa. En el congelador encontrarás un par de bistecs. Tal vez eso también estuvo predestinado.

--Ella sólo toma papillas y líquidos.

--Bueno -repuse, aferrado a mi sonrisa -, tal vez haya motivos para una celebración. También hay una botella de vino bastante bueno en el estante superior de la despensa.

Se acercó para estrecharme la mano.

--Gracias, Mike.

--De nada, Gran Bill.

Me soltó la mano.

--Richie volvió a California esta mañana.

Asentí.

--¿Crees que nos mantendremos en contacto? -pregunté.

--T-tal vez. Por un tiempo, al menos. Pero... -Me miró a los ojos-. Creo que volverá a pasar lo de antes.

--¿El olvido?

--Sí. En realidad creo que ya ha empezado. De momento son sólo nimiedades, detalles, pero intuyó que se extenderá.

--Tal vez sea mejor así.

--Tal vez. -Miró por la ventana, jugueteando con la gaseosa entre las manos. Casi con seguridad pensaba en su mujer, tan silenciosa, bella y... "catatónica". Un muro infranqueable. Suspiró-. Tal vez, si.

--¿Y Ben? ¿Y Beverly?

Volvió a sonreír.

--Ben la ha invitado a su casa de Nebraska y ella aceptó ir, al menos por una temporada. ¿Sabes lo de su amiga, la de Chicago?

Asentí. Beverly se lo había contado a Ben y Ben me lo dijo ayer. Para expresar las cosas de un modo grotescamente discreto, la posterior descripción que Beverly hizo de Tom, su maravilloso marido, era mucho más verídica que la original. El maravilloso Tom mantuvo a Bev bajo un sometimiento emotivo, espiritual y a veces físico a lo largo de los últimos cuatro años. El maravilloso Tom llegó hasta Derry tras arrancar el dato a golpes a la única amiga íntima de Bev.

--Ella me dijo que piensa viajar a Chicago dentro de dos semanas para denunciar la desaparición de Tom.

--Una medida inteligente -dijo-. Allá abajo nadie podrá encontrarlo.

"Ni tampoco a Eddie", pensé, aunque no lo dije.

--Supongo que no -reconoció Bill-. Y apuesto a que, cuando vuelva a Chicago, Ben irá con ella. ¿Sabes una cosa? ¿Algo realmente descabellado?

--¿Qué?

--Me parece que no recuerda cómo acabó Tom.

Lo miré fijamente, en silencio.

--Ha empezado a olvidar -explicó Bill-. Y yo ya no recuerdo cómo era la puerta de la madriguera. Cuando trato de imaginarla me aparece una imagen de cabras caminando por un puente. Como en el cuento de los tres cabritos. Descabellado, ¿no?

--Tarde o temprano, la policía seguirá la pista de Tom Rogan hasta Derry -dije-. Tiene que haber dejado un rastro de papeles más ancho que una carretera. Coches de alquiler, billetes de avión...

--No estoy muy seguro -dijo Bill, encendiendo un cigarrillo-. Bien pudo haber pagado el pasaje en efectivo, dando un nombre falso. Probablemente compró un coche barato al llegar aquí o robó alguno.

--¿Por qué?

--Oh, vamos -dijo Bill-, no pensarás que hizo todo el viaje sólo para dar unos azotes a su mujer.

Nuestras miradas se cruzaron por un largo momento. Por fin, él se levantó.

--Oye, Mike...

--Tengo que irme -me adelanté-. Entiendo.

Él rió con ganas y después dijo:

--Gracias por prestarme tu casa, Mikey.

--No te voy a asegurar que sirva de algo. Que yo sepa, no tiene virtudes terapéuticas.,

--Bueno, hasta pronto. -Y entonces hizo algo extraño pero encantador: me dio un beso en la mejilla-. Que Dios te bendiga, Mike. Si me necesitas, llama.

--Tal vez todo salga bien, Bill -le dije-. No pierdas la esperanza. Tal vez todo salga bien.

Él asintió, sonriendo, pero creo que la misma palabra estaba en la mente de los dos: "catatónica".

5 de junio de 1985.

Hoy vinieron Ben y Beverly a despedirse. No harán el viaje en avión: Ben ha alquilado un Cadillac en Hertz y piensa ir en coche, sin prisa. En sus ojos, cuando se miran, hay algo especial; apostaría mi jubilación a que, si todavía no han empezado, lo estarán haciendo cuando lleguen a Nebraska.

Beverly me abrazó, me dijo que debía reponerme pronto y sollozó un poco.

Ben también me abrazó, preguntándome si les escribiría. Prometí que lo haría y pienso hacerlo... durante una temporada al menos. Porque esta vez también me está ocurriendo a mí.

Estoy olvidando cosas.

Tal como dijo Bill, de momento se trata sólo de nimiedades y pequeños detalles, pero tengo la sensación de que se va a extender. Podría ser que dentro de un mes o de un año sólo quede esta libreta para recordarme lo que ocurrió en Derry. Supongo que las palabras mismas podrían comenzar a borrarse hasta dejar estas páginas tan limpias como cuando las compré en Freese. Es una idea horrible que a la luz del día parece paranoica. Sin embargo, durante el desvelo nocturno la veo perfectamente lógica.

El olvido... La perspectiva me llena de pánico, pero también ofrece una especie de alivio. Me sugiere que esta vez "Eso" ha muerto de verdad, que ya no hace falta vigilar el nuevo comienzo del ciclo.

Sordo pánico, subrepticio alivio. Creo que me quedaré con el alivio, subrepticio o no.

Bill telefoneó para decirme que ya está en casa con Audra. Ella no presenta cambios.

"Jamás me olvidaré de ti", me dijo Beverly antes de irse con Ben.

Me pareció ver una verdad diferente en sus ojos.

6 de junio de 1985.

El "Derry News" pública hoy en primera plana algo interesante. El artículo se titula: "A causa de la tormenta, Henley abandona planes para la ampliación del auditorio". El Henley en cuestión es Tim Henley, un multimillonario, responsable de haber organizado el consorcio que construyó la galería Derry. Tim Henley estaba decidido a que Derry creciera. Lo hacía para obtener beneficios, por supuesto, pero también por algo más: Henley quería beneficiar a la ciudad. El hecho de que abandonara súbitamente la ampliación del auditorio me sugiere varias cosas. Que Henley pueda albergar rencor contra Derry es sólo la más obvia, y también es posible que esté a punto de perder hasta la camisa por la destrucción de la galería.

Pero el artículo también sugiere que Henley no es el único, que otros posibles inversores podrían estar reconsiderando sus proyectos. Al Zitner no tendrá que

preocuparse: Dios lo jubiló al derrumbarse el centro. Los otros, los que pensaban como Henley, se enfrentan ahora a un problema bastante complejo: ¿cómo se reconstruye una zona urbana que, está, al menos en un cincuenta por ciento, bajo agua?

Creo que Derry, después de una existencia larga y sádicamente vital, se está marchitando como una flor nocturna cuyo tiempo de floración ha transcurrido.

A última hora de la tarde telefoneé a Bill Denbrough. Audra no presenta cambios.

Hace una hora hice otra llamada: a Richie Tozier, en California. Atendió un contestador automático, con los Creedence Clearwater Revival como música de fondo. Esas máquinas siempre me desconciertan. Dejé mi nombre y mi número, vacilé y agregué mis deseos de que hubiese podido ponerse otra vez las lentillas. Iba a colgar cuando Richie cogió el teléfono.

--¡Mikey! ¿Cómo estás?

Su voz sonaba complacida y cálida, pero también había en ella un matiz de extrañeza. Su modo de expresarse era el del hombre que ha sido tomado por sorpresa.

--Hola, Richie -saludé-. Estoy bastante bien.

--Me alegro. ¿Estás muy dolorido?

--No mucho. Ya va pasando. Lo peor es el picor. No veo la hora de que me quiten los vendajes de las costillas. A propósito, me ha gustado oír los Creedence. Richie soltó una carcajada.

--¡Pero si no son los Creedence! Eso es "Rock and Roll Girls", del nuevo álbum de John Fogerty, "Centerfield". ¿No lo has oído?

--No.

--Tienes que conseguirlo; es fantástico. Igual que...

--Se interrumpió por un momento. Luego dijo-: Igual que en los viejos tiempos.

--Entonces lo voy a comprar -dije. Probablemente lo haga, porque siempre me gustó John Fogerty. "Green River" era mi gran favorito de los Creedence, creo. La letra dice "Vuelve a casa" justo antes de que la canción se pierda.

--¿Qué me cuentas de Bill?

--Está con Audra, cuidándome la casa, hasta que me den el alta.

--Qué bien. Me alegro. -Hizo una pausa-. ¿Quieres saber algo muy extraño, viejo Mikey?

--Claro -dije. Tenía una idea bastante aproximada de lo que me iba a decir.

--Mira.... estaba sentado aquí, en mi estudio, escuchando algunas cosas de "Casbbox" que tienen buenas perspectivas, revisando avisos y leyendo notas... Tengo dos montañas de cosas atrasadas; necesitaría un mes con días de veinticinco horas. Así que había conectado el contestador automático, pero con el volumen alto para contestar las llamadas que me interesaban y dejar que los idiotas hablaran con la grabadora. Y si te dejé hablar solo durante tanto tiempo...

--...fue porque al principio no tenías la menor idea de quién era yo.

--¡Sí, por Dios! ¿Cómo lo has adivinado?

--Porque estamos olvidando otra vez.

--¿Estás seguro, Mikey?

--¿Cuál era el apellido de Stan? -pregunté.

Hubo un silencio, un largo silencio. Vagamente oí la voz de una mujer que hablaba en Omaha... o tal vez en Ruthven (Arizona) o en Flint (Michigan). La oí agradecer a alguien las pastitas que había enviado, tan débilmente como a un viajero espacial que abandonara el sistema solar en el morro de un cohete agotado.

Por fin Richie dijo, inseguro:

--Me parece que Underwood, pero ese apellido no es judío, claro.

--Era Uris.

--¡Uris! exclamó Richie, a un tiempo aliviado y sorprendido-. No sabes cómo odio tener algo en la punta de la lengua y no poder sacarlo. En cuanto alguien inicia ese tipo de juegos de salón, me excuso y vuelvo a casa. Pero tú te acuerdas, Mikey. Igual que antes.

--No. He tenido que buscarlo en mi agenda.

Otro largo silencio. Después:

--¿Tú tampoco te acordabas?

--No.

--¿Bromeas?

--En absoluto.

--Entonces esta vez se acabó de verdad -dijo, y su voz denotó un gran alivio.

--Sí, creo que sí.

Volvió a hacerse ese silencio de larga distancia, el de todos los kilómetros que separan Maine de California. Creo que los dos estábamos pensando lo mismo: todo había terminado, sí, y en seis semanas o en seis meses cada uno de nosotros habría olvidado completamente a los demás. Se había acabado pero al precio de nuestra amistad y las vidas de Stan y Eddie. Casi los he olvidado. Por horrible que parezca, casi he olvidado a Stan y Eddie. ¿Era asma lo que tenía Eddie o migraña crónica? Que me aspen si lo recuerdo con seguridad, pero creo que era migraña; se lo preguntaré a Bill.

--Bien, da recuerdos a Bill y a su bonita mujer dijo Richie.

--De tu parte, Richie. -Cerré los ojos y me froté la frente. Él recordaba que la esposa de Bill estaba en Derry... pero no cómo se llamaba ni lo que le había ocurrido.

--Si alguna vez vienes a Los Angeles, tienes mi número. Podemos salir a comer.

--Por supuesto. -Sentí que las lágrimas me quemaban los ojos-. Si tú vienes por aquí, lo mismo.

--¿Mikey?

--¿Sí?

--Un abrazo.

--Lo mismo digo.,

--Bueno. Sujétalo por el rabo.

--Bip-bip, Richie.

Rió.

--Sí, sí, sí. Piérdetelo en la oreja, Mike. Vaya, vaya, en la oreja, chaval.

Colgó y yo hice otro tanto. Después me apoyé en las almohadas con los ojos cerrados, y no los abrí durante largo rato.

7 de junio de 1985.

El comisario Andrew Rademacher, quien sustituyo en el puesto a Borton a fines de los años sesenta, ha muerto. Fue un accidente extraño que no puedo dejar de asociar con lo que ha estado ocurriendo en Derry... con lo, que acaba de terminar en Derry.

El edificio que alberga el departamento de policía y los tribunales se levanta en el límite de la zona que cayó dentro del canal; aunque el edificio no se derrumbó, la conmoción (o la inundación) podía haber causado daños estructurales de los que nadie se percató.

Anoche, según dice el periódico, Rademacher permaneció trabajando en su despacho fuera de hora, tal como lo había hecho todas las noches desde la tormenta y la inundación. El despacho del comisario había sido trasladado desde el segundo al cuarto piso, debajo de una buhardilla donde se guarda todo tipo de registros y artefactos inútiles. Uno de esos artefactos era la silla para vagabundos que he descrito anteriormente en estas páginas. El edificio acumuló una buena cantidad de agua durante el diluvio del 31 de mayo y eso sin duda debilitó el suelo del desván (al menos eso dice el periódico). Fuese cual fuese la causa, la silla para vagabundos, que pesa cerca de 180 kilos, cayó directamente desde el desván sobre el comisario, que estaba sentado en su escritorio leyendo unos informes. Murió instantáneamente. El oficial Bruce Andeen acudió precipitadamente y lo encontró tendido entre los escombros, todavía con la estilográfica en la mano.

Volví a telefonear a Bill. Audra empezaba a comer algunos alimentos sólidos, según me dijo. Por lo demás, no había cambios. Le pregunté si lo de Eddie había sido asma o migraña.

--Asma -dijo, sin vacilar-. ¿No te acuerdas de su inhalador?

--Claro -respondí, recordándolo. Pero sólo porque Bill lo había mencionado.

--¿Mike?

--¿Sí?

--¿Qué apellido tenía?

Miré mi libreta de direcciones que estaba en la mesita de noche, pero no la cogí.

--La verdad, no me acuerdo.

--Era algo como Keikorian -dijo Bill; parecía preocupado-, pero no exactamente. Lo tienes todo anotado, ¿verdad?

--Sí -dije.

--Gracias a Dios.

--¿Tienes alguna idea con respecto a lo de Audra?

--Una -contestó él-, pero es tan descabellada que prefiero no hablar de eso.

--¿Seguro?

--Sí.

--De acuerdo.

--Mike, da miedo, ¿verdad? Me refiero al hecho de olvidarse poco a poco.

--Sí -reconocí.

8 de junio de 1985.

Raytheon, que debía iniciar la construcción de su planta de Derry en julio, ha decidido construir en Waterville. El editorial del "Derry News" expresa fastidio y, según creo haber leído entre líneas, un poco de miedo.

Creo que sé cuál es la idea de Bill. Tendrá que actuar pronto, antes de que este lugar pierda el resto de la magia, si ya no la ha perdido.

Creo que lo que pensé antes no era tan paranoico. Los nombres y las direcciones de los otros, anotados en mi agenda, se están borrando. El color y la cualidad de la tinta hacen que esas anotaciones parezcan escritas cincuenta o sesenta años antes que las otras. Esto ha ocurrido en los cuatro o cinco últimos días. Estoy convencido de que, cuando llegue septiembre, sus nombres habrán desaparecido por completo,

Supongo que podría conservarlos copiándolos una y otra vez. Pero también estoy convencido de que se borrarían a su debido tiempo y muy pronto podría convertirse en un ejercicio inútil, como el de escribir quinientas veces "No debo hablar en clase". Sería copiar nombres que no significaran nada por un motivo que ya no recordaría.

Dejémoslo desaparecer.

Bill, actúa pronto... ¡Pero con cuidado!

9 de junio de 1985.

Desperté en medio de la noche a causa de una pesadilla terrible que no podía recordar. Tuve pánico. No podía respirar. Cogí el timbre de llamada y no pude usarlo. Tenía una visión espantosa: que Mark Lamonica acudía a mi llamada con una hipodérmica... o Henry Bowers con su navaja.

Tomé mi agenda de direcciones y llamé a Ben Hanscom a su casa de Nebraska... La dirección y el número aún era legibles. No hubo nada que hacer. Me respondió una grabación de la compañía telefónica anunciándome que ese número había sido cancelado.

¿Qué pasaba con Ben? ¿Era gordo o cojeaba, o algo así?

No pude conciliar el sueño hasta el amanecer.

10 de junio de 1985.

Me han dicho que mañana podré volver a casa.

Llamé a Bill y se lo dije. Supongo que deseaba advertirle que cada vez tiene menos tiempo. Bill es el único a quien recuerdo con claridad, y estoy convencido de que él sólo me recuerda a mí con claridad. Porque ambos estamos todavía aquí, en Derry, supongo.

--Está bien -dijo-. Para mañana te dejaremos la casa libre.

--¿Sigues con tu idea?

--Sí. Creo que ha llegado el momento de intentarlo.

--Ten cuidado.

Rió y dijo algo que no acabé de entender:

--Con un patinete no se puede tener cuidado.
--¿Cómo sabré si has tenido éxito, Bill?
--Ya, te enterarás -dijo. Y colgó.
Mi corazón te acompaña, Bill, cualquiera sea el resultado. Creo que, en todo caso, siempre nos recordaremos en los sueños.
Este Diario está casi acabado... y supongo que nunca será más que un Diario y que la historia de Derry, con sus viejos escándalos y excentricidades, no tiene sitio fuera de estas páginas. Para mí está bien. Creo que mañana, cuando me dejen salir de aquí, habrá llegado el momento de empezar a pensar en alguna clase de nueva vida... Aunque no veo con claridad cuál podría ser.
Os quise mucho a todos, ¿sabéis?
Os quise muchísimo.

Epílogo. Bill Denbrough sale pitando (II).

La conocí cuando andaba por las calles
La conocí cuando andaba en el alcohol
La conocí cuando iba de fiesta en fiesta
Cuando esta novia bailaba el rock and roll
Nick Lowe.

Con un patinete no se puede tener cuidado, hombre.
Un chico.

1. Un mediodía a finales de la primavera.

Bill, desnudo en el dormitorio de Mike Hanlon, contemplaba en el espejo de la puerta su cuerpo delgado. La calva centelleaba a la luz que entraba por la ventana arrojando su sombra contra el suelo y subiendo por la pared. Tenía el pecho sin vello, los muslos y las pantorrillas flacos, pero cubiertos de músculo. "De cualquier modo -pensó-, lo que tenemos aquí es un cuerpo de adulto: de eso no cabe duda." Allí está esa barriga, producto de un exceso de buenos filetes, cerveza y almuerzos junto a la piscina. Además, tienes el culo caído, Bill, viejo amigo. Todavía puedes correr detrás del balón si no has bebido demasiado el día anterior, pero ya no como cuando tenías diecisiete años. Tienes michelines y tus pelotas empiezan a tomar ese aspecto pendular de la edad madura. En tu cara hay arrugas que a los diecisiete años no estaban allí... joder, ni siquiera estaban cuando te hiciste la primera fotografía como escritor, esa en que tanto te esforzabas por poner cara de saber algo, cualquier cosa. Estás demasiado viejo para lo que tienes pensado, Billy. Esto va a significar la muerte de los dos.
Se puso los calzoncillos.
"Si hubiéramos pensado así, jamás habríamos podido... hacer lo que hicimos."
Ya no recordaba lo que habían hecho ni por qué Audra estaba convertida en una ruina catatónica. Bill sólo sabía lo que debía hacer ahora. También sabía que, si no lo hacía inmediatamente, lo olvidaría. Audra estaba abajo, sentada en la

mecedora de Mike, con el pelo colgándole sin gracia sobre los hombros. Miraba arrobada el televisor, que en esos momentos emitía "Dólares por teléfono", un programa de entretenimiento. No hablaba y sólo se movía cuando uno la guiaba.
"Esto es diferente. Eres demasiado viejo, tío, convéncete."
"No."
"Entonces morirás aquí, en Derry. Muy loable."
Se puso calcetines de deporte, el único par de vaqueros que había comprado y la camiseta comprada en Bangor el día anterior de color naranja intenso, con la leyenda "¿"Dónde diablos cae Derry, Maine"?". Se sentó en el borde de la cama de Mike, la que había compartido durante una semana con su mujer, un cadáver caliente, y se calzó las zapatillas, compradas también en Bangor.
Al levantarse volvió a mirarse en el espejo. Lo que vio fue un hombre de edad madura vestido con ropas de chico.
"Estás ridículo."
"Como todos los chicos."
"Pero tú no eres un chico. ¡Renuncia a esto!"
--Déjame en paz -dijo Bill, suavemente-. Vamos bailar un poco el rock and roll.
Y salió de la habitación.

2.

En los sueños que tendrá en años posteriores, siempre se verá a sí mismo abandonando Derry a solas, en el crepúsculo. La ciudad está desierta, todos se han ido. El Seminario Teológico y sus casas victorianas de Broadway Oeste se yerguen, oscuras y lúgubres, contra un cielo sombrío: todos los crepúsculos estivales que uno haya visto, resumidos en uno solo.
Oye el eco de sus pasos que resuenan en el cemento. Aparte de ése, el único sonido es el del agua que corre huecamente por las alcantarillas.

3.

Sacó a "Silver" del garaje después de verificar otra vez las ruedas. La delantera estaba bien, pero la de atrás parecía un poco deshinchada. Sacó el inflador comprado por Mike y le dio más presión. Después comprobó los naipes y los alfileres. Las ruedas de la bicicleta aún hacían esos excitantes ruidos de ametralladora que Bill recordaba bien. Perfecto.
"Te has vuelto loco."
"Tal vez. Ya veremos."
Volvió al garaje de Mike, buscó el 3-5n-1 y aceitó la cadena y su rueda dentada. Después se incorporó para echar un vistazo a "Silver". Dio un ligero apretón al bulbo de la bocina. Sonaba bien. Hizo un gesto de asentimiento y volvió a la casa.

4.

Y vuelve a ver todos esos lugares, intactos, tal como eran entonces: la gran fortaleza de la escuela municipal, el Puente de los Besos con su compleja talla de iniciales pintarrajeadas, novios de la secundaria, dispuestos a comerse él mundo con su pasión, que al crecer se habían convertido en agentes de seguros, vendedores de coches, camareras y esteticiens. Ve la estatua de Paul Bunyan contra el cielo sangrante del ocaso y la cerca blanca, medio inclinada, que corre a lo largo de Kansas Street, en la acera que linda con Los Barrens. Ve Los Barrens tal como eran, tal como serán siempre en alguna parte de su mente... y el corazón le da un vuelco de amor y espanto.

"Me voy, me voy de Derry -piensa-. Nos vamos de Derry, si todo esto fuera un relato, éstas serían las últimas cinco o seis páginas. El sol se pone y no se oye más ruido que mis pasos y el agua en las alcantarillas. Es la hora de..."

5.

"Dólares por teléfono" había dado paso a "La rueda de la fortuna". Audra, pasivamente sentada frente al televisor, no apartaba los ojos del aparato. Bill lo apagó sin que la expresión de su mujer se alterara.

--Audra -dijo acercándose a ella para cogerla de la mano-, vamos.

Ella no se movió. Su mano permanecía en la de él como cera caliente. Bill le tomó la otra mano y tiró de ella para ponerla de pie.

Esa mañana la había vestido de un modo muy similar al suyo: con vaqueros y una camiseta azul; habría estado preciosa, de no ser por aquella mirada vacua, de ojos dilatados.

--V-v-vamos -dijo él otra vez.

La condujo por la cocina de Mike hasta la puerta. Ella le seguía sin resistencia, pero habría caído en el peldaño del porche trasero, si Bill no le hubiese rodeado la cintura con un brazo para guiarla.

La llevó hasta donde estaba "Silver", erguida sobre su soporte bajo la luz brillante del mediodía. Audra se detuvo junto a la bicicleta y miró serenamente la pared de la cochera.

--Sube, Audra.

Ella no se movió. Con paciencia, Bill se ocupó de hacerle pasar una larga pierna sobre el cestillo montado sobre el guardabarros trasero. Por fin quedó así, a horcajadas sobre el cestillo, sin tocarlo. Bill presionó suavemente su coronilla y ella se sentó.

Subió al asiento y retiró el soporte con el talón. Estaba a punto de buscar, hacia atrás, los brazos de Audra, para echárselos a la cintura, pero antes de que pudiera hacerlo sintió que sus manos lo rodeaban por propia voluntad, como pequeños ratones aturdidos.

Se quedó mirando aquellos dedos con el corazón acelerado: parecía latirle en la garganta. Era el primer movimiento que Audra había hecho en toda la semana; el primero desde que "Eso" ocurrió, fuera lo que fuese.

--¿Audra?

No hubo respuesta.

--Vamos a dar un paseo -dijo Bill y empezó a pedalear hacia Palmer Lane-. Quiero que te sujetes, Audra. Me parece... me parece que vamos a tomar una buena v-v-velocidad.
"Siempre que yo no pierda las agallas."
Pensó en el chico que había conocido en los primeros días de su estancia en Derry, cuando todavía estaba pasando "Eso". "Con un patinete no se puede tener cuidado", había dicho el pequeño.
"Nunca se dijo una verdad mayor, criatura."
--Audra, ¿estás bien?
No hubo respuesta. ¿Acaso ella había ceñido un poco más su cintura? Probablemente eran imaginaciones suyas.
Llegó a la acera y miró a la derecha. Palmer Lane corría directamente hasta Upper Main, donde un giro hacia la izquierda lo pondría en la colina que descendía hacia el centro. Colina abajo. Tomando velocidad. Sintió un estremecimiento de miedo y una idea perturbadora: "Los huesos viejos se rompen con facilidad."
Le pasó por la mente con tanta velocidad que apenas pudo registrarla. Pero...
Pero no todo era inquietud, ¿verdad? No. También había deseo... lo mismo que había experimentado al ver que el niño pasaba con el patinete bajo el brazo. El deseo de ir a toda velocidad, de sentir el viento que pasa sin saber si uno corre hacia él o si huye con él. De andar. De volar.
Inquietud y deseo. Había mucha diferencia entre el mundo y el deseo: la misma diferencia que entre el adulto, que calcula el riesgo, y el niño, que se sube y echa a andar. Toda la diferencia del mundo. Sin embargo, no era tanta. En realidad, ambas cosas no eran incompatibles. Como cuando uno se aproxima a la primera pendiente de la montaña rusa donde empieza la emoción.
Inquietud y deseo. Lo que se desea y lo que se tiene miedo de buscar. El dónde se ha estado y a dónde se desea ir. Un rock and roll decía algo de querer la chica, el coche, el lugar donde arraigarse y ser uno mismo.
Bill cerró los ojos por un momento, sintiendo a su espalda el suave peso inerte de su mujer, sintiendo la colina allá delante, sintiendo su propio corazón dentro de sí.
"Sé valiente, sé leal, aguanta."
Volvió a impulsar a "Silver".
--¿Quieres bailar el rock and roll, Audra?
No hubo respuesta. Pero no importaba. Él estaba listo.
--Sujétate, entonces.
Empezó a pedalear con fiereza. Al principio resultó difícil. "Silver" se balanceaba peligrosamente y el peso de Audra aumentaba el desequilibrio. Sin embargo, ella debía de estar haciendo algún movimiento inconsciente para equilibrarse; de lo contrario ya se habrían estrellado. Bill se irguió sobre los pedales sujetando el manillar con firmeza, la cabeza hacia el firmamento, los ojos entrecerrados.
"Nos vamos a hacer papilla contra la calzada, nos partiremos la crisma..."
"No, nada de eso; vamos Bill, vamos Bill, lánzate sin vacilar."
Se irguió más sobre los pedales haciéndolos girar, lamentando cada cigarrillo que había fumado en los últimos veinte años. "¡Al infierno con eso también!", pensó, y un arrebato de loco entusiasmo le hizo sonreír.

Los naipes, que hasta entonces habían estado disparando tiros aislados, empezaron a acelerar su click-clock. Eran naipes nuevos y sonaban con estrépito. Bill sintió el primer toque de la brisa en su calva y sonrió con entusiasmo. "Esta brisa la provoco yo -pensó-. La provoco accionando estos malditos pedales."
Se acercaba a la señal de "Stop" del extremo de la calle. Bill empezó a frenar... y de pronto (con una sonrisa de oreja a oreja) volvió a pedalear con fuerza.
Saltándose el "Stop", Bill Denbrough giró a la izquierda enfilando Upper Main por encima del parque Bassey. Una vez más, el peso de Audra le hizo calcular mal y estuvieron a punto de estrellarse. La bicicleta se tambaleó, pero volvió a recuperar la vertical. La brisa era más potente y le refrescaba el sudor de la frente, resonando en sus oídos con un ruido embriagador, parecido al del océano que se oye dentro de las conchas marinas, aunque en realidad no se parecía a nada de este mundo. Tal vez era un ruido con el que el chico del patinete estaba familiarizado. "Pero perderás contacto con él, chico -pensó-. Las cosas cambian. Es un truco sucio para el que debes prepararte."
Pedaleando con más potencia, encontró un equilibrio más seguro en la velocidad. Vio las ruinas de Paul Bunyan, como un coloso caído. Bill gritó:
--Haí-oh, "Silver", ¡"Arreeeee"!
Las manos de Audra ciñeron su cintura. Bill pedaleó más rápido, riendo a todo pulmón. Cuando pasó por el parque Bassey, la gente se volvió para mirarlo.
Upper Main empezaba a inclinarse hacia el centro de la ciudad en un ángulo más pronunciado. Una voz interior le susurró que, si no frenaba, pronto le sería imposible hacerlo: se precipitaría hacia los socavados escombros de la triple intersección como un murciélago salido del infierno y ambos se matarían.
Pero en vez de frenar, pedaleó con más fuerza. Ya volaba por la cuesta de Main Street, ya divisaba las barreras blancas y naranja, las calderas con sus fantasmagóricas llamas marcando el borde del socavón, ya vela los restos de los edificios que brotaban de las calles como imaginados por un loco.
--Haí-oh, "Silver", ¡"Arreeeee"! -gritó Bill Denbrough, delirante.
Y se precipitó colina abajo, captando por última vez que Derry era su ciudad, consciente, sobre todo, de "estar vivo bajo un cielo de verdad", y de que todo era "deseo".
Montado en "Silver", descendió por la colina como alma que lleva el diablo.

6.

marchándote.
Así que te vas y hay un impulso de mirar atrás, de mirar atrás sólo una vez mientras se extingue el crepúsculo para ver ese severo horizonte de Nueva Inglaterra por última vez. Las cúpulas, la torre-depósito, Paul Bunyan con su hacha al hombro. Pero tal vez no sea buena idea mirar atrás, así lo dicen todas las leyendas. Recuerda a la mujer de Lot. Es mejor no mirar atrás. Es mejor creer que habrá finales felices en todas partes. Y bien puede ser así. ¿Quién puede decir que no existen los finales felices? No todos los barcos que se pierden en la oscuridad desaparecen para siempre; si algo enseña la vida, al fin de cuentas, es

que, a fuerza de abundar los finales felices, es preciso poner en duda la racionalidad de quien no cree que Dios exista.

Te vas rápidamente cuando el sol empieza a descender, piensa en este sueño. Eso es lo que haces. Y si te permites un último pensamiento, tal vez piensas en fantasmas... en los fantasmas de unos niños formados en círculo, de pie en el agua al atardecer, cogidos de la mano, jóvenes las caras, sí, pero recias... tan recias que pueden dar vida a las personas en que se han de convertir, tan recias que comprenden, quizá, que aquellas personas en las cuales se han de convertir deben necesariamente dar vida a las personas que fueron. El círculo se cierra y la rueda gira, y a eso se reduce todo.

No hace falta mirar atrás para ver a esos niños; una parte de tu mente los verá siempre, vivirá con ellos para siempre, amará con ellos para siempre. No son, necesariamente, la mejor parte de ti, pero alguna vez fueron el depósito de todo lo que podías llegara ser.

Os quiero, niños. Cuánto os quiero.

Por eso: aléjate pronto, aléjate pronto, mientras la última luz se escurre, pon distancia entre tú y Derry, entre tú y los recuerdos, pero no entre tú y el deseo. Eso queda: el reluciente camafeo de todo lo que fuimos y creímos cuando niños, de todo cuanto brillaba en nuestros ojos, aún cuando estábamos perdidos y el viento soplaba en la noche.

Pon distancia y trata de mantener la sonrisa. Sintoniza un rock and roll en la radio y ve hacia toda la vida que existe con todo el valor que puedas reunir y toda la fe que logres invocar. Sé leal, sé valiente, aguanta.

El resto es oscuridad.

7.

--¡Eh!

--¡Eh, señor, cuidado...!

--¡Apártate!

--Ese idiota se va a...

Las palabras pasaron llevadas por el viento, carentes de significado, como estandartes sueltos en la brisa o globos sin atadura. Allí estaban ya las barreras; Bill percibió el olor a queroseno de las señales. Vio un oscuro bostezo allí donde había estado la calle; oyó el agua malhumorada que corría abajo, en la enredada penumbra, y el ruido le hizo reír.

Desvió a "Silver" hacia la izquierda, tan cerca de las barreras que la pernera de sus vaqueros llegó a rozar una de ellas. Las ruedas de "Silver" estaban a menos de ocho centímetros del espacio vacío en que terminaba el alquitrán y se estaba quedando sin espacio para maniobrar. Más allá, el agua había erosionado toda la calzada y la mitad de la acera frente a la joyería de Cash. Lo poco que restaba de la acera estaba cerrado por vallas.

--¿Bill? -Era la voz de Audra, aturdida, algo gangosa, como si acabara de despertar de un sueño profundo-. ¿Dónde estamos, Bill? ¿Qué estás haciendo?

--¡Haí-oh, "Silver"!, ¡"Arreeeee"! -gritó Bill, dirigiendo a "Silver" contra la valla que sobresalía en ángulo recto desde la vidriera vacía de Cash-. --¡"Haí-oh, %Silver%!, ¡Arreeeee"!

"Silver" dio contra la barrerá a más de sesenta kilómetros por hora y la hizo volar: la tabla en una dirección, los dos soportes en otra. Audra dio un grito y se apretó contra Bill con tanta fuerza que lo dejó sin aliento. Por las calles Main, Kansas y Canal, la gente se había detenido a mirar en los portales y aceras.

"Silver" salió disparada por el puente de la acera socavada. Bill sintió que su cadera y su rodilla izquierda raspaban la pared de la joyería. La rueda de "Silver" se hundió de pronto, haciéndole comprender que la acera se derrumbaba tras ellos...

...y entonces la bicicleta los llevó otra vez a terreno sólido. Bill giró para esquivar un cubo de la basura volcado y volvió a salir a la calle. Se oyó un chirriar de frenos. Vio el morro de un pesado camión que se acercaba pero aun así no pudo dejar de reír. Cruzó el espacio que el pesado vehículo ocuparía sólo un segundo después. ¡Joder, había tiempo de sobra!

Aullando, con los ojos vertiendo lágrimas, Bill hizo sonar la bocina, oyendo aquellos roncos bramidos que ardían como brasa en la luz del día.

--¡Bill! ¡Nos vamos a matar! -gritó Audra. Había terror en su voz, pero también diversión.

Bill siguió pedaleando. Audra se inclinaba con él facilitándole el equilibrio, ayudando a que los dos existieran con la bicicleta, al menos por ese momento breve y compacto, como tres seres vivos.

--¿Te parece? -gritó él.

--¡Estoy segura! -Y entonces ella cerró la mano sobre su entrepierna, donde había una ardiente y alegre erección-. ¡Pero no pares!

De cualquier modo, la decisión no estaba en manos de Bill. La velocidad de "Silver" estaba aumentando en Up-Mile Hill; el cerrado tableteo de los naipes volvía a reducirse a simples disparos. Bill se detuvo y se volvió hacia ella. Estaba pálida, asustada y confusa, pero despierta, despierta y riendo.

--Audra -dijo él, riendo con ella.

La ayudó a bajar de "Silver". Apoyó la bicicleta contra un muro de ladrillo y abrazó a su mujer. Le besó la frente, los ojos, las mejillas, la boca, el cuello, los pechos.

Ella lo estrechaba.

--¿Qué ha pasado, Bill? Recuerdo haber bajado del avión en Bangor. A partir de entonces no recuerdo absolutamente nada. ¿Estás bien?

--Sí.

--¿Y yo?

--También... Ahora.

Ella se apartó para mirarlo.

--Bill, ¿todavía tartamudeas?

--No -dijo Bill y la besó-. Mi tartamudez ha desaparecido.

--¿Para siempre?

--Sí. Creo que esta vez es para siempre.

--¿Dijiste algo sobre rock and roll?

--No lo sé. ¿Dije algo?

--Te amo -repuso ella.

Él asintió, sonriendo. La sonrisa le daba aspecto muy joven, con calva o sin ella.

--Yo también te amo -dijo-. Y eso es lo único que cuenta.

8.

Despierta de ese sueño sin poder recordar exactamente qué era. No recuerda nada, salvo el simple hecho de haber soñado que era niño otra vez. Toca la suave espalda de su mujer, que duerme a su lado y sueña sus propios sueños. Piensa que es bueno ser niño, pero que también es bueno ser adulto y poder analizar el misterio de la infancia... sus convicciones y sus deseos. "Algún día escribiré sobre todo eso", piensa, pero sabe que es sólo un pensamiento de amanecer, un pensamiento posterior al sueño. No obstante, es bonito pensarlo por un rato, en el límpido silencio de la mañana: pensar que la infancia tiene sus propios secretos dulces y que confirma la mortalidad y que la mortalidad define todo el valor y el amor. Pensar que lo que has mirado adelante también tienes que mirarlo atrás y que cada vida hace su propia limitación de la inmortalidad: una rueda.

Al menos, eso es lo que Bill Denbrough piensa a veces, en esas horas tempranas de la mañana, después de soñar, cuando casi recuerda su infancia y a los amigos con quienes la compartió.

FIN